This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Nierembergia

VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

TOMO VIII

TOLEDO

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1891

ZMIT

VARONES ILUSTRES

TOMO OCTAVO

VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

Nieremberg, Juan Eusebio

TOMO VIII

TOLEDO

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»

1891

VARONES ILUSTRES

TOMO OCTAVO

VARONES ILUSTRES

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

Nieremberg, Juan Eusebio

TOMO VIII

TOLEDO

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»

1891

66479A

P. FRANCISCO DE VILLANUEVA

I

NACIÓ este insigne varon, el P. Francisco de Villanueva, en un pueblo de la vera de Placencia, llamado Villanueva, el año del Señor de 1509, de unos pobres labradores, los cuales en su niñez le criaron cristianamente y le enseñaron á leer y escribir: hasta aquí se extendió su caudal y no más por su pobreza.

En su mocedad hizo oficio de sacristan en otro pueblo de la misma vera, que se dice el Lozar, siendo su cura de él el Maestro Losado, que despues fué Chantre en San Justo de Alcalá.

A este cura se le ofrecieron algunos pleitos sobre ciertas rentas eclesiásticas en Roma, y pareciéndole á propósito para solicitarlos, puso los ojos en su sacristan Villanueva, cuya discrecion é inteligencia de cosas y cuidado en lo que le encomendaban, habia bien experimentado.

Tratólo con él y aceptó el oficio. Estando solicitando estos negocios en Roma, comenzó á conocer y estimar la nueva Religion de la Compañía, que por aquellos dias confirmó y aprobó Paulo III, así por el buen olor que de su virtud y doctrina por toda la ciudad se derramaba, como por las buenas obras en que los veia ocupados en bien de los prójimos, con que allí y en otras partes muchos se movian á pedir ser recibidos en la nueva familia.

Uno de estos fué nuestro Villanueva, el cual para acabar consigo de descubrir sus deseos á S. Ignacio nuestro Padre, recien electo General, pasó una lucha grande, cual la suelen tener los que dejan el mundo y se llegan á Cristo; porque la fuerza del deseo que Dios le daba de entrar en su Compañía, le hacia ir muchas veces á casa á tratar de este negocio, y otras tantas, en llegando á la puerta, le hacia volver atrás una gran aversion que el demonio le ponia á los nuestros, y el haber de romper consigo y dejarlo todo; por lo cual no osaba acometer lo que deseaba ejecutar, hasta que con los continuos impulsos del Espíritu Santo, y con la fuerza de la divina gracia, venciéndose

á sí mismo, entró finalmente en nuestra casa, descubrió su contienda interior y deseos á S. Ignacio, el cual, habiéndole examinado, aprobó su vocacion, pareciéndole mozo cuerdo y de buen natural, acomodado al Instituto de la Compañía.

Mas para que más se satisficiese el mismo pretendiente de su vocacion, entrególe al P. Alonso de Salmeron, para que le diese los ejercicios; él se los dió en un lugar apartado de Roma casi una legua, yéndole á visitar de dos á dos dias.

Aprovechóse en ellos mucho, como lo mostró en las grandes y continuas luchas que pasó con el demonio, el cual, pronosticando cuán fuerte enemigo se le aparejaba en aquel mancebo, hizo todo cuanto pudo para impedirle.

Declaró él esto muy bien al Dr. Ramirez en una que le escribió, exhortándole á semejante victoria por estas palabras: «Como flaco experimenté, cuando el Señor fué servido de darme una centella de más luz y hube de saltar este arroyo de la libertad, ó, por mejor decir, del cautiverio á la obediencia, tantos temores, tantas rebeliones, que todo de piés á cabeza me hallaba lleno de opilaciones y dureza de propio amor; y como no podia deshacerlas, mi negocio era buscar algun medio cómo correspondiese á Dios y no descontentase á Eva, siquiera por ser herencia.

«Unas veces me determinaba á peregrinacion toda la vida, otras á servir hospitales; y con parecerme estaba dispuesto á muchos trabajos por Cristo, cuando queria saltar el arroyo de la libertad al paraíso terrenal de la obediencia, hallaba allí un muro de rebelion que me detenia. Lo cual bien examinado entendí se remediaba con disponerme á morir por el que por mí murió en cruz.»

Con tan santa determinacion se echó animosamente en las manos de S. Ignacio, el cual, señalándole tiempo y ayuda para que concluyese el negocio á que habia venido á Roma, despues de acabado muy bien, lo recibió entre sus hijos el mes de setiembre del año de 1541.

Dió luego aviso á su amo de su determinacion, dándole cuenta del estado en que estaban sus negocios y la conclusion dichosa que habian tenido con el favor de la nueva Religion, enviándole sus despachos como él los habia deseado.

Dos meses no bien cumplidos tuvo nuestro P. S. Ignacio al H. Villanueva debajo de su disciplina, y en ellos conoció el gran caudal que Dios le habia dado, y conforme á él le iba ejercitando.

Mandóle ir luego á la cocina, y como él sintiese en sí gran repugnancia, fuése delante de un crucifijo, y allí hizo voto de servir perpetuamente en ella; con esta fuerza mortificaba sus repugnancias y vencia sus pasiones.

Dióle juntamente con este oficio nuestro santo Padre otros tres de despensero, comprador y despertador, con que él se vió muy cansado y afligido, porque, impidiéndose unos oficios á otros, no podia dejar de hacer algunas faltas, por las cuales le daba fuertes reprensiones y penitencias.

Estuvo tan alcanzado de cuenta un dia que habia salido fuera de casa á su oficio de comprador, que entrándose en una iglesia lleno de amargura y afliccion, se postró de rodillas delante de nuestro Señor, y con todo su corazon le repetia estas palabras: «Señor que me criastes, habed misericordia de mí.»

Avisado S. Ignacio cómo andaba tan afligido el H. Villanueva con la carga de tantos oficios, respondia: «Dejadle, que lo vence todo junto,» dando á entender el gran caudal de virtud que habia Dios dado á su soldado.

Aún no habia estado en la Compañía dos meses cumplidos nuestro Villanueva, cuando nuestro P. S. Ignacio, viendo su crecida virtud, se determinó de enviarle á Portugal con ocasion de haberse embarcado para la India S. Francisco Javier, y quedádose en Portugal el P. Simon Rodriguez por órden del rey D. Juan III, á cuya voluntad habia Su Santidad dejado la disposicion de los dos, como se lo escribió nuestro Santo Padre.

El religioso rey, pagado sobre manera de la virtud y letras de los dos varones apostólicos y del mucho provecho que en su reino habian hecho, pareciéndole que, para llevar adelante la empresa comenzada de la promulgacion de la fe en la India, era necesario que fuesen criando mozos hábiles y virtuosos y del mismo Instituto que ayudasen y sucediesen á los dos, se determinó á fundar un colegio en su Universidad de Coimbra.

Avisó de esta voluntad del rey el P. Simon Rodriguez á nuestro Santo Patriarca Ignacio; y pareciéndole bien, recogió un buen número de los más aprovechados mozos que habian entrado en la Compañía, parte de los cuales estaban en Roma, y parte estudiaban en París.

Partieron, pues, hasta una docena con el P. Diego Miron, que siendo aún Hermano, iba señalado por su primer Rector, con la bendicion de Dios y de su P. S. Ignacio para Portugal, á los tres de noviembre del año de mil y quinientos y cuarenta y uno.

Embarcáronse en Civitavieja para Génova, y de allí para España; mas una grave tempestad que les sobrevino los echó á Francia, de donde se vinieron poco á poco á pié y pidiendo limosna. Y porque los de mayores fuerzas usaban tomar los hatillos de los otros, aliviándolos para el camino, el H. Villanueva, como más hecho al trabajo, con su fervorosa caridad quiso cargarse tanto, que le sobrevino un dolor grande de riñones, que le duró toda la vida; y no pudiendo pasar adelante, se quedó en Estella de Navarra en casa de un muy devoto discípulo que tuvo en Alcalá S. Ignacio nuestro Pa-

dre, llamado Estéban de Eguía, cuya caridad en curar al enfermo fué tan grande, que pudieron los demás proseguir descuidadamente su camino, y el enfermo no tardó en estar de manera que pudiese partirse á Portugal.

Llegó al fin bien cansado, y de su achaque indispuesto al nuevo colegio de Coimbra, donde ya sus compañeros habian comenzado á trabajar al principio del año de cuarenta y dos.

Hízole el P. Simon Rodriguez comprador, como lo habia sido en Roma; mas, hallándose peor cada dia de aquella enfermedad, y sobreviniéndole un ordinario dolor de cabeza, echó de ver que la tierra le era contraria, y avisó el P. Simon á S. Ignacio de lo que pasaba, quejándosele porque le enviaba algunos de aquellos Hermanos tan flacos, y en especial al H. Villanueva, hombre de edad, sin letras, y de tan poca salud.

El Santo le respondió que le enviaba lo que nuestro Señor enviaba á la Compañía: y cuanto al H. Villanueva creia que, si le tratase y conociese, hallaria en él las dotes necesarias para lo que se pretendia en Portugal; y que de sesenta estudiantes que entónces habia en la Compañía, él se contentaria que acabados los estudios, los veinte fuesen como Villanueva; y que si la tierra no le era tan á propósito, se le volviese á enviar á Roma, pasando por Alcalá, donde hallándose mejor de salud, se entretuviese allí hasta que otra cosa ordenase.

Con esto se resolvió el P. Simon Rodriguez á enviar de Coimbra á nuestro Villanueva, entrando el año de cuarenta y tres.

Luego que llegó á Castilla, sintió en sí manifiesta mejoria, por lo cual, aunque tenia licencia para que pasase por su tierra y allí se detuviese, hasta ver si con los aires naturales cobraba salud, no le pareció necesario, si bien llegó cerca de ella; y habiendo ya diez años que no veia á su madre y hermanos que aún vivian, pasó su camino derecho á Alcalá, donde entró para gloria de Dios y mucho bien de aquella villa, por el mes de abril de mil y quinientos y cuarenta y tres.

II

Con suma pobreza dió principio al colegio de Alcalá.

No tenia en aquel lugar á quién volver la cabeza, pero deparóle Dios unas devotas mujeres que tambien habian favorecido á S. Ignacio con limosnas, cuando estuvo allí: estas le encaminaron á un aposento vacío en unas casas del Maestro Losado, cuyos negocios habia hecho en Roma, y se le dieron de limosna.

Otro dia como llegó, hicieron estas buenas mujeres saber su venida á un estudiante gramático, mozo virtuoso, llamado Pedro Sevillano, que solia acudir á su casa; el cual fué luego á visitar á nuestro H. Villanueva, y de la visita quedó tan pagado y tan devoto suyo, que nunca más se apartó de él hasta que fué recibido en la Compañía; porque, como él solia decir, aunque habia tenido trato muy familiar y mucha devocion con otros religiosos, nunca habian despertado en su alma algun deseo ó mocion de ser religioso. Pero no bien le habia hablado el H. Villanueva diez palabras, cuando, diciendo dentro de sí: «Mi alma con la tuya,» sintió en sí como otro corazon y un nuevo espíritu que le iba moviendo á juntarse con él á vivir vida religiosa.

Comenzó luego á brotar fuera el incendio de amor de Dios que traia el H. Villanueva en su corazon: trataba mucha gente para ganarlos para Cristo; exhortaba á todos á la virtud, y á los más capaces daba los Ejercicios espirituales de su Santo Padre, con que hizo milagrosas mudanzas.

No parecia sino que S. Ignacio habia entrado segunda vez en Alcalá; y á la verdad, sino entró su cuerpo, entró su espíritu en el fervoroso de su hijo y discípulo Villanueva.

Pero, como el nombre de Ejercicios que andaba en boca de algunos aún no era conocido, comenzáronse á recelar de él, en especial un virtuoso sacerdote llamado Zavallos, que comunmente era tenido por hombre muy espiritual.

Este incitó á Sevillano, con quien tenia muy familiar amistad, que entrase en aquellos ejercicios, para ver qué cosa eran y qué doctrina enseñaban. Con este intento, algo temeroso Sevillano, más por probar que para ser aprovechado, rogó á nuestro Villanueva que le diese los Ejercicios.

Corcertáronse, para hacerlos él y un capellan mayor de S. Ilefonso, de salirse de Alcalá á una ermita que se dice de S. Sebastian, media legua de Galapagar. Allí tocó nuestro Señor á los dos, y abrió los ojos á Sevillano para conocer cuán sana doctrina era aquella, y cuán seguro camino, más para seguir que para tentar curiosamente; por lo cual luego se dedicó á la Compañía, y se vino desde la ermita á vivir junto con el H. Villanueva en aquel aposento que le habian dado por amor de Dios.

Supo S. Ignacio lo que pasaba, y así, mandó al H. Villanueva que se quedase en Alcalá, y que empezase á estudiar latinidad con la comodidad que pudiese, porque su pobreza era suma.

Con esta órden comenzó su gramática, entrando en aquellas menudencias de declinar y conjugar, más propias de niños que de un hombre de treinta y cuatro años, imitando en esto como en lo demás á su Padre y Maestro S. Ignacio.

Juntamente empezó á tratar más gente y á comunicar del bien de sus almas con muchas personas graves y doctas de la Universidad y del colegio mayor, como el Dr. Lartaun, que despues fué Obispo del Cuzco, el Dr. Aguilera, el Dr. Miranda y otros Doctores y personas señaladas; porque, como luego echaron de ver la capacidad del Hermano y el singular don que Dios le habia dado para hablar, y especialmente de Dios, todos le reverenciaban y procuraban tratar con él.

Como el siervo de Dios no buscaba de las almas más que á ellas mismas, no se aprovechó de su fervor más que para ser colegial gramático, para no ocuparse en servir alguna persona, pareciéndole que no seria ménos humildad entrar en la comunidad de tantos niños un hombre tan hecho; pero él se habia hecho como el niño del Evangelio, siendo en sus ojos el más pequeño del mundo.

Entró en su colegio con los demás, no mudando el hábito que traia, que era su manteo y sotana, bien cortos y pobres, porque dispensaron con él en el manto de colegial que nunca trujo.

Diéronle á él solo un aposento, hasta que el año siguiente de cuarenta y cuatro, alcanzó Sevillano licencia para vivir con él; y así, se volvieron á juntar, viviendo juntos en un aposento los dos con grande hermandad y amor.

Ningun dia faltaban á los Ejercicios espirituales y de devocion que usa la Compañía, con que traian muy rendida su voluntad á la de Dios, arrancando con la divina gracia toda contraria inclinacion y apetito; todo lo cual hacia fácil la continua devocion, frecuentes visitaciones y consuelos con que el Señor los regalaba. Ayudaba á esto el contento y gusto que sentian de la suma pobreza que pasaban; porque, aunque no faltaba á nuestro H. Villanueva la corta porcion de colegial, todo lo demás lo habia de buscar de limosna, y era de manera, que por no tener con qué comprar un libro viejo para el estudio, tomaba prestado el de otros compañeros y trasladaba poco á poco las lecciones que en la semana siguiente se habian de leer.

Pasaba muchas hambres el siervo de Dios, Villanueva, y cuando le venia gana de comer antes de su hora, satisfacia á este deseo con una recia disciplina, vareándose fuertemente todo el cuerpo. Solia salir á la orilla del rio y coger algunas varas delgadas de sauce ó mimbres, y con ellas volvia á casa y se castigaba cruelmente.

En el colegio, viendo la demasiada soltura y perdicion de sus colegiales y el desórden de los demás estudiantes, comenzó con amor y blandura á traerlos al camino de la virtud, tratándoles á veces en comun y á veces en particular de cosas de Dios y de sus almas; otras veces reprendiéndoles como padre; y aunque habia muchos que le oian de buena gana con aficion y de-

seo de aprovecharse, otros murmuraban de él y le imponian algunas calumnias, levantándole persecuciones y trabajos que se le juntaban á la gran pobreza que pasaba; pero todo lo deshacia y facilitaba su mucha virtud y discrecion.

A pocos dias el recogimiento y virtud que habia en el colegio creció de manera, que fué cosa muy pública y notoria en toda la Universidad. Porque fué tanto el respeto que le cobraron, que ninguno se atrevia delante de él á hacer travesura; y si acaso andaban en alguna, cuando él entraba la dejaban luego, y se iban huyendo á esconder á sus aposentos por no ser conocidos.

Los de mayor edad y capacidad de tal manera se reformaron en el cuidado del estudio y de la virtud, que no sólo causaba devocion, mas admiracion á los que sabian cómo habian antes procedido. Fué cosa muy notada de muchos que, fuera de uno ó de dos, todos aquellos colegiales se entraron religiosos, cosa bien nueva hasta entónces en aquella Universidad.

De estos fué uno el P. Fr. Diego de Yepes, religioso de S. Jerónimo, que despues fué confesor de Felipe II y Obispo de Tarazona, á quien Sta. Teresa de Jesus estimó mucho por su virtud y letras, y se confesó con él, y él escribió su vida despues de muerta la santa; el cual solia decir muy agradecido que el principio de su bien habia sido el P. Francisco de Villanueva.

Siendo colegial con él, una vez se le hizo encontradizo y le comenzó á hablar de esta manera: «¿De cuándo á cuándo os confesais, señor?» El le respondió que de Cuaresma á Cuaresma ó de Pascua á Pascua. Muy tarde es eso, le dijo, añadiendo: «¿Y de cuándo á cuándo os poneis camisa?»

De estas y semejantes razones ordinarias y llanas solia usar, mas con tanto espíritu, suavidad y gracia, que luego dejaba rendido al que hablaba, como lo quedó este estudiantico, tratando con él muy frecuentemente de allí adelante; y así, le enseñó á examinar cada dia su conciencia y las otras devociones que él solia encargar, hasta que á pocos dias le dió los Ejercicios espirituales, en los cuales se determinó ser de la Compañía, aunque por persuasion de un religioso Jerónimo, poco despues, quedando con el mismo propósito, sólo mudó la Religion.

De esta manera fué ganando todos los colegiales, los cuales le vinieron á cobrar tanto amor y respeto, y á tener tanta opininion de su santidad, que decian comunmente de él, que los animalillos domésticos, hasta los ratoncillos, le salian á pedir de comer y él se lo daba por su mano.

No hacia ménos fruto en todos los graves y doctos varones de la Universidad, porque no sólo á colegiales mayores, mas á algunos otros doctores trajo á hacer los Ejercicios espirituales. Y el que aún no sabia latin, tenia por discípulos en el espíritu á los que en ciencias eran maestros de todos.

Era tan profundo el sentimiento que tenia de Dios y de todos los medios que la Iglesia nos propone para llegarnos á Él, como es la oracion, la mortificacion y penitencia, resignacion de la voluntad en la de Dios, imitacion de Cristo y de sus Santos y del uso y frecuencia de los Sacramentos; que cuando se le ofrecia ocasion hablaba tan altamente de ellos, que la falta conocida de la doctrina y su poca autoridad, no era bastante á disminuir la opinion y crédito que de su virtud y religion se tenia.

Añadíase á esto, que el modo con que trataba de estas cosas, cuando se ofrecia coyuntura, era tan suave, tan discreto, y avisado, y tan lleno de espíritu, que junto con admirar á todos ver un hombre idiota hablar tan bien de cosas tan altas, por maravilla se hallaba alguno de los que le oian que no le quedase aficionado, y por el mismo caso con vivos y firmes propósitos de servir á Dios.

Por lo cual el P. Fr. Pascual Mancio, hombre doctísimo y gravísimo de la Orden de Sto. Domingo, que tuvo la primera cátedra de Teología en las Universidades de Alcalá y Salamanca, comenzó tanto á gustar de él, que le pasaban tres horas oyéndole.

Una vez, habiéndole oido un buen rato con mucha admiracion, le dijo que por qué no predicaba, que haria gran fruto; respondió el siervo de Dios: «Vuestra Paternidad no sabe que soy idiota y empiezo ahora á aprender la gramática.» De esta manera encubria su saber el que era tenido por maestro de tantos.

En esta ocasion pasó por Alcalá el siervo de Dios, P. Pedro Fabro, el primer compañero de S. Ignacio, y con una limosna que recabó de la infanta doña María, ordenó al H. Villanueva que diese forma á un colegio con algunos estudiantes que le enviaria, y que para eso buscase alguna casa, que en Alcalá llaman *patio* cuando es de estudiantes.

Topó uno tal que se le dieron de balde sólo porque le limpiase y aderezase.

Era este un patio llamado por ignominia de *Mataperros* ó de los *Aguadores*, el postrero de tres que habia detrás del colegio de la Trinidad y más apegado al muro de la villa.

Estaba tan sucio y lleno de basura, y los pocos aposentos de él tan deshechos y desbaratados, que en él no habitaban sino estudiantes pobres y aguadores.

Aderezóle el siervo de Dios con su compañero Sevillano lo mejor que se pudo, y metióse en él, quedándose en su colegio Sevillano estudiando su gramática por todo aquel año; pero nunca dejando de acudir á casa á comunicar con los demás.

Estando tan pobremente aderezado el nuevo colegio, llegaron los HH. Ma-

ximiliano Capela y Manuel Lopez, que teniendo por Superior á nuestro Villanueva, comenzaron á vivir en forma de colegio, si bien con harta pobreza; porque la limosna que les habia señalado la infanta doña María llegaba á sus manos muy limitada y disminuida, por lo cual les era forzoso favorecerse de otras personas, y aun les faltaba lo necesario, y se holgaran de tener el pan que era menester, que de carne con media asadura que traian del rastro, pasaban una semana entera, contentándose á las noches con yerbas cocidas.

Andaban con todo eso alegres y contentos y glorificando á Dios. Su modo de proceder era entónces practicar lo que habian aprendido de nuestro P. S. Ignacio en Roma, y habian visto ejercitar en Coimbra; porque entónces aún no habian salido las constituciones.

Nunca perdian sus Ejercicios espirituales; confesábanse con un fraile de la Trinidad que allí cerca tenian, y comulgaban cada ocho dias.

Los oficios de casa repartian entre sí, aunque el Superior reservaba para sí el buscar la comida, comprarla y aderezarla.

Con los de fuera hacian lo que podian con su ferviente y humilde comunicacion y ejemplar trato siempre que se ofrecia ocasion, y principalmente con su mucha modestia con que ganaban y aficionaban mucho á los estudiantes con quien trataban, porque en lo demás no tenian mano, como no eran sacerdotes.

En sus estudios trabajaban lo más que podian. El H. Sevillano estudiaba su gramática y nuestro Villanueva conservaba lo que habia aprendido; los dos solos Maximiliano y Manuel Lopez iban á las escuelas y oian de dos insignes maestros, que eran el P. M. Mancio y el Dr. Cuesta, que despues fué Obispo de Leon, cuyas letras eran muy estimadas.

Entrando el verano, pareció á los cuatro limpiar de propósito aquel patio y aderezar la casa lo mejor que pudiesen; hiciéronlo así no sin grande trabajo: ellos esporteaban la mucha tierra que en él habia, aderezaban los aposentos y sacaron una puerta á la calle, que antes no la tenia, porque se entraba por otra casa.

Del trabajo que en esto tomaron y de los calores demasiados, comenzaron todos á caer enfermos, fuera de nuestro Villanueva que estaba fuera de Alcalá dando los Ejercicios á una persona. Pero, como fuese agravándose la enfermedad y los calores creciendo, sin tener reparo de casa y faltándoles todo alivio, por lo cual andaban echados por los suelos, el Dr. Juan Carrillo que los curaba, les aconsejó que se saliesen de Alcalá si querian salvar la vida.

Como el siervo de Dios supo el estado de su gente, vino luego y llevólos á Guadalajara; allí alquiló una casilla, en que los puso. Curábalos un médi-

co del duque del Infantado, el Dr. Luis Gomez, dándoles juntamente algunas limosnas con grande voluntad, sabiendo que eran hijos de S. Ignacio, con quien tuvo mucha amistad cuando estuvo en Alcalá; porque por donde quiera que pasó el siervo de Dios, Ignacio, causó con su heróica virtud tanta admiracion, que dejó muchos aficionados y devotos para que sus hijos, cuando se esparciesen por el mundo, tuviesen en ellos algun alivio.

Servia á los enfermos el H. Villanueva, su Rector, con singular caridad, no perdonando á trabajo: salia cada dia fuera á comprar lo necesario, á traer los jarabes y las demás medicinas. En casa él era el que lo guisaba y aderezaba todo; hacia las camas y limpiaba el aposento en que estaban con tanta alegría, diligencia y amor, que los admiraba á todos, y verle era parte para que tuviesen grande alivio en sus dolores y pobreza.

Con todas estas ocupaciones, pasó este verano todo el libro de Job: con el poco latin que sabia sacaba de él y descubria tantos y tan profundos misterios, con que los consolaba en sus pláticas y espirituales exhortaciones que les hacia, que los admiraba.

Por el mes de agosto les envió nuestro Señor una ayuda, que fué un Hermano estudiante teólogo llamado Juan de Valderrábano, que acababa de recibir en Valladolid el P. Antonio de Araoz, y le enviaba á juntarse con los otros de Alcalá. Vino muy á tiempo á servir á los enfermos, ayudando á nuestro Villanueva que lo habia bien menester, hasta que llegó el tiempo en que, estando ya todos mejores, se pudieron volver á su casa de Alcalá.

Metiéronse en su pobre patio de Mataperros, donde, aunque pocos, no poco se daban á los espirituales ejercicios, procurando cada uno aventajarse á los otros en la humildad y caridad, y muy en particular en la religiosa obediencia.

Cupo al H. Valderrábano el oficio de la cocina que le duró por dos años, perseverando en él con tanto gusto y espíritu, que compuso allí un libro en que espiritualizó todo cuanto á aquel oficio tocaba. Aquí le labró nuestro Señor y le fundó en humildad para edificar en él las raras virtudes que tuvo; porque le dotó de un don de castidad purísima, la cual conservó con su divina gracia todos los dias de su vida: dióle más un don de oracion muy alto y perseverante, digno premio de la castidad.

Fuera del tiempo ordinario que tiene la Compañía, él tenia una hora de oracion á las tardes, de cinco á seis, tan sin faltar en ella, que todos los que despues fueron sus súbditos, ya sabian que aquella hora no se habia de ir á su aposento. Vino á ser este Hermano Rector de muchos colegios, y el primer Provincial que hubo en la provincia de Toledo, persona de gran espíritu y prudencia.

De la misma manera iba Dios enriqueciendo á los demás para los varios oficios y empleos de su servicio en que les puso. Y al paso que ellos iban creciendo en virtud, iba el Señor aumentando el colegio.

Llegaron presto á ser ocho con un sacerdote que les vino, ocupados los estudiantes en sus estudios y los demás en sus oficios, y todos en ejercicios de humildad, mortificacion y caridad con que crecian en letras y en virtud juntamente; aunque á pocos dias los mortificó nuestro Señor sacándoles el sacerdote por órden de S. Ignacio, nuestro Padre, que le llamó á Roma.

De allí adelante escogieron un sacerdote anciano virtuoso, que los domingos y fiestas los confesaba, decia Misa y comulgaba en la iglesia de S. Ildefonso ó en Sta María. Duró esto hasta el año de cuarenta y nueve, en que entró en la Compañía el Maestro Silva, sacerdote que les confesaba, decia Misa en casa y los comulgaba.

El verano del año siguiente de 1547, temiendo el H. Rector que por la incomodidad de la casa y destemplanza de aquel lugar no cayesen malos sus colegiales, procuró sacarlos de Alcalá; pero ellos se trataban tan mal, que no bastó aquella diligencia para estorbar que no cayesen todos enfermos fuera de uno solo.

No tenian socorro humano, pero en el divino tenian mucho. Deparóles el Señor al Dr. Ortiz, cura de Galapagar, que les llevó á su casa y curó con gran cuidado, dando tal ejemplo de paciencia y virtud los enfermos, que edificados de su grande religion todos los criados que les asistieron, dejaron cuanto tenian á la Compañía, y dos de ellos dieron sus mismas personas, pidiendo ser recibidos en ella, como lo fueron, y sirvieron mucho á nuestro Señor.

III

Gana á muchos con su trato y ejemplo, y con su prudencia previene un grande daño de los suyos.

Al invierno siguiente mudaron en Alcalá casa, fuera de la puerta de Santiago, por ser tan mala la antigua y tan pequeña que no era capaz para los que venian de nuevo.

Comenzó el H. Rector Francisco de Villanueva á estudiar Artes, aunque por sus muchas ocupaciones no las pudo acabar; pero suplió su falta el excelente entendimiento que Dios le dió; pues, con andar estudiando *súmulas*, era tanto el respeto que le tenian los doctores más graves de la Universidad, que reconocian en él superioridad.

Y como con ocasion de sus estudios, así él como los demás comunicasen

y tratasen más gente, mayor número iba allegándose á Dios, y pedian ser admitidos á hacer los Ejercicios espirituales. No pocos hubo que se movian á entrarse en la Compañía.

Uno de ellos fué el Maestro del H. Villanueva, el Dr. Velazquez, aunque no lo ejecutó, teniéndolo nuestro Señor escogido para servirse de él en apacentar sus ovejas, que lo hizo muy á gusto suyo cuando vino á ser Arzobispo de Santiago; el cual se admiraba de la santidad de su discípulo, á quien tenia por maestro de toda virtud y sapientísimo en las cosas de espíritu y en la Teología mística.

Era tan grande la edificacion que causaba en todos los que le veian, que ganaba con ella la voluntud de hombres gravísimos para sí y para Dios. Entre ellos fué uno el Dr. Alonso Ramirez de Vergara, persona nobilísima y de grandes prendas: fué colegial mayor, Rector de la Universidad, canónigo Magistral de Cuenca, y que despreció un rico obispado de España.

Díjole un huésped suyo muchas cosas del H. Villanueva y de los demas sus compañeros: dióle gana de saber qué gente era aquella; trabó amistad con el H. Rector, el cual le fué con gran destreza metiendo en pláticas espirituales. Como este Doctor era hombre de tan buen juicio y prudencia, iba notando atentamente cuán bien hablaba de Dios, cuán vivas eran sus razones no aprendidas en escuelas ni sacadas de los libros, con qué espíritu y cuán de veras las decia, y cuán impresas las dejaba en el corazon.

Todo lo cual le maravillaba mucho más, entendiendo que el H. Villanueva no tenia letras ni sabia más que un poco de latin mal sabido y las Artes que entónces estudiaba. Vino á gustar tanto de su trato y á serle tan devoto y amigo, que nunca perdió ocasion de conversar con él.

Cobró tanto crédito y estima de su virtud y santidad, y de su gran prudencia espiritual, que le vino á pedir le diese los Ejercicios espirituales, porque, aunque él era en letras y prudencia tan aventajado, le pareció que le faltaba mucho que podia aprender para el gobierno de su alma del nuevo maestro que escogia. Salió de los Ejercicios otro hombre, tan aficionado á su maestro espiritual, y por él á la Compañía, que quiso ser de ella, y ya que no lo vino á alcanzar, la dió cuanto tenia.

Fué á los principios muy notado por la amistad con los nuestros y murmurado de personas graves de la Universidad que se le daban por amigos. Reprendíanle porque tan familiarmente trataba con gente tan nueva, y se pagaba un hombre tan letrado y de tanta autoridad de gente tan sin letras y sin autoridad. Decíanle que mirase desautorizaba su persona, en quien habia tantas partes para cualquier dignidad, y ponia á peligro su honra, si se descubriese alguna cosa de gente tan desconocida.

Mas estas y semejantes razones no bastaban para que hiciesen dejar al buen doctor lo que habia alcanzado y perder lo que habia hallado. Disimulaba y respondia á los que de esto le hablaban lo mejor que podia con su mucha prudencia, no dejando de proseguir su trato y la amistad comenzada. Pero, porque todo esto lo declaró muy bien en una carta que el mismo Dr. Vergara escribió de Alcalá á los 18 de junio del año de 1548, en que hizo aquella mudanza para el P. Dr. Torres, que estaba en Salamanca, dándole cuenta de su dicha y quejándose de sí por haberla hallado tan tarde; en ella se verá esto mejor.

Dice entre otras cosas así: «Yo he comunicado algo de las materias de la santa Compañía con mi P. Villanueva, al cual me ha dado Dios por despertador de mi alma y ángel de guarda. Lo que siento en mí es, que me pesa lo tarde que lo comencé á gustar, y lo poco que lo he continuado: espero en nuestro Señor con su favor de lo acabar. Y porque no falta el capitan *¿qué dirán?* que me impide con toda la posible artillería, ruego á V. R. y á los Hermanos que allá están, me encomienden á nuestro Señor, para que dé el perficere, pues ha dado á sentir lo que es.»

Y para mostrar por las obras la voluntad verdadera y el sentimiento que habia cobrado de la Compañía, pocos dias despues que hizo los Ejercicios, echando de ver la incomodidad que los nuestros pasaban, andando por casas ajenas, alquiladas y mal aderezadas, envió al H. Villanueva un cofre de moneda, en que vendrian como setecientos á ochocientos ducados, que era entónces todo su caudal y tesoro, para que con ellos comprase una casa.

El H. Villanueva, cuando lo supo, dió el cofre á un Hermano, diciéndole que fuese luego al Dr. Vergara, y que, agradeciendo mucho su voluntad, se le tornase, diciendo que nosotros no teníamos necesidad de aquel dinero, que su merced la tendria más de él; y á quien Dios encomendase el comprarnos casa, él lo haria: que si á su merced Dios habia dado este cuidado, que allá se lo hubiese con nuestro Señor. Con tan raro hecho quedó el Doctor grandemente edificado y más afecto al H. Francisco de Villanueva.

En el mismo tiempo ganó el siervo de Dios con su ejemplo á un abogado muy célebre que estaba en Alcalá, bien conocido por sus grandes letras y virtud. Llamábase el licenciado Diego Martinez, el cual solia leer frecuentemente el libro de los Evangelios, mirando con atencion y suma reverencia aquellas palabras de vida, no sin grande gusto que recibia de tan soberana doctrina.

Echaba muchas veces los ojos por el mundo y por los varios estados que hay en él, buscando con grande ansia si acaso topase en alguna parte el Evangelio de Cristo practicado. Dábale mucha pena ver cuán olvidado estaba en el mundo el uso de los Sacramentos de la confesion y comunion que

Cristo nos dejó para remedio de los pecados, y deseaba sobre manera verle introducido.

Este letrado, recien venidos los nuestros á Alcalá, mirábalos atentamente considerando su modo de proceder; y, gustando de lo que en ellos veia, vino á decirse á sí mismo: «Hallado he lo que buscaba, he aquí la gente que deseaba.» Miraba la humildad y verdad de sus palabras, la fuerza del espíritu con que persuadian, su gran modestia, la caridad y amor que entre sí y con todos tenian, la devocion continua con Dios, el cuidado y diligencia con que andaban trayendo á todos á la frecuencia de los Sacramentos.

Todo esto le persuadió que era aquella gente la evangélica que buscaba, y que él habia pedido muchas veces á Dios, por lo cual les fué siempre muy familiar y devoto y continuo pregonero de la virtud y prudencia de nuestro Villanueva.

Ni fué poco maravilloso el modo con que ganó á un religioso de S. Francisco, de mucha autoridad y mano en Alcalá, si bien era lego y portero de aquel santo convento. Llamábase Fr. Cristóbal, el cual, aunque sin letras, era de tanta capacidad y de tan buen juicio, que en el gobierno de su monasterio no hacian nada sus Guardianes sin su direccion y consejo, y desde su portería hacia tantas y tan buenas obras en provecho de los prójimos, que por ellas era muy respetado de los suyos, é igualmente estimado y querido del pueblo y de la Universidad.

Entre las otras obras que hacia, tenia una de mucho servicio de nuestro Señor, y era criar pobres estudiantes. Uno de estos fué uno llamado Gamero, al cual por ser mozo bien inclinado y por su mucha virtud y modestia le cobró particular aficion, tratándole mejor que á los demás, porque decia que le criaba para su P. S. Francisco; mas él siguiendo más la mocion de Dios que le llamaba, que la aficion del buen Fr. Cristóbal, se resolvió de servir á Dios en la Compañía; y así, fué recibido en ella; y porque el H. Villanueva tenia necesidad de llegarse á Gandía, se lo llevó consigo.

Como el fraile le echase ménos, y viniese á saber lo que pasaba, tomó una posta y fué en su seguimiento, pareciéndole que luego, en viéndole el noviicio, se habia de volver con él. Alegróse sobre manera, cuando los alcanzó, de haberle hallado, y comenzando un largo razonamiento, llamándole con mucha ternura *hijo*, le ponia delante el amor y cuidado que de él habia tenido, lo mucho que por él habia hecho, y cómo le criaba para su Religion Pero viendo que ni estas razones ni otras que le traia eran bastantes para mudarle de su propósito, procuró persuadirle que siquiera se volviese con él para mirar mejor lo que hacia; mas ni con esto pudo trocar la voluntad de que tan prendado estaba de Dios.

El H. Villanueva estaba oyendo lo que decian con mucho silencio, sólo á la postrera razon dijo con mucha libertad, que si él queria volverse, se volviese en hora buena. Mas el novicio respondió que en ninguna manera volveria, porque pensaba morir en la Compañía. Viendo nuestro Villanueva al fraile triste y no poco indignado, le dijo una razon en pocas palabras, mas con tanto espíritu, que el fraile convencido, no sólo desistió de lo que hacia, pero se volvió más con estima del H. Villanueva que con aficion, ántes quedó tan disgustado con todos los de la Compañía, que no los podia ver pintados, hasta que nuestro Señor le mudó el corazon con esta ocasion.

Como se veia de tan buenas prendas y tan estimado de todos los suyos y de los seglares, vínole gana de ordenarse, procurándolo juntamente con mucho deseo sus parientes, los cuales le trujeron del Papa un breve para que se hiciese con resolucion. Teniéndole ya en su poder, le pareció no hacer aquella mudanza sin consejo de alguna persona santa y de espíritu. Y, aunque no estaba bien con el H. Villanueva, tenia en grande estimacion su santidad.

Parecióle no hallaria persona más espiritual ni de más acertado consejo, y así, determinó de darle parte de su intento y no á otro ninguno, y de no hacer otra cosa de lo que él le dijese. Vínose á nuestra casa, dió cuenta de todo su corazon á nuestro Hermano, mostrándole el Breve que consigo traia.

El siervo de Dios le dió por consejo que permaneciese en su primera vocacion, que en aquella agradaria más á nuestro Señor. El buen religioso, en oyendo esto, tomó luego su Breve, y con toda liberalidad, ofreciéndose de nuevo á Dios para servirle en su primer estado, le hizo pedazos delante del H. Villanueva; y á sus parientes que le daban priesa que se ordenase, respondió que no le tratasen de aquello, porque él estaba determinado de vivir y morir en el estado de lego, á que habia sido llamado

De esta manera premió Dios la mucha voluntad y buenas obras que habia hecho al novicio, el cual llegó á Gandía, donde con ejercicios creció mucho en virtud y en rara devocion. Hiciéronle Rector de Valencia, y á pocos dias de una tísica murió, yendo á gozar del premio de sus trabajos.

Este mismo año, que fué el de 1549, habia recibido el siervo de Dios Villanueva á un sacerdote de mucha edificacion, natural de Granada y discípulo del Maestro Avila, que se llamaba el Maestro Silva, muy devoto de S. Diego, con mucho gusto de los de casa, por desear tener un sacerdote que los confesase, dijese Misa y comulgase; porque hasta entónces de ordinario lo hacian con un sacerdote de fuera.

Fué Dios servido de quitarles presto este consuelo, dándole una larga en-

fermedad de que murió el año siguiente. La mañana que murió el P. Silva, estando todos los de casa bien afligidos por no saber dónde enterrarle ni con qué ornamentos por la suma pobreza que tenian, llamó á la puerta Fray Cristóbal sin haber caido en pensamiento de alguno, y habiendo preguntado por el H. Gamero dijo: «¿Qué tienen que parece que están todos tristes y turbados?» Dijéronle lo que pasaba, y él los consoló diciendo: «No tengan pena de eso, que yo le haré enterrar y les enviaré ornamentos y todo lo demás que fuere menester, y aun le haré enterrar dentro de la capilla de S. Diego.»

Vuelto á su convento, cumplió todo lo que habia prometido y mucho más. Hizo que todo el convento saliese á recibir el cuerpo y que hiciese el oficio del entierro, y sin contradiccion alguna le enterraron en la capilla de S. Diego, y se volvieron á casa los nuestros muy consolados, dando gracias á Dios por las mercedes que nos habia hecho; y al Guardian y convento agradecieron este tan singular beneficio, y en particular á Fr. Cristóbal, el cual, como supo la gran devocion que el P. Silva habia tenido con S. Diego, se admiró mucho conociendo que lo que se habia hecho habia sido singular providencia de Dios, que por los méritos de su santo quiso honrar á su siervo y devoto de la manera dicha, y dar á los nuestros ejemplos de confianza en las mayores necesidades.

Por lo cual nos fué siempre muy devoto, y nos proveia de ornamentos cuando se nos moria algun sacerdote en aquellos primeros tiempos, y venia muchas veces á casa, y trataba sus cosas con el H. Rector, con tanta estima de su virtud y con tanta confianza, que no hacia cosa de peso que no la comunicase con él, haciendo lo que él le aconsejaba, sin salir un punto de su direccion y consejo.

Con otras providencias semejantes remediaba nuestro Señor las necesidades que padecian los nuestros, y experimentaba el H. Villanueva con cuánta verdad dijo el Profeta que era Dios ayudador en las oportunidades.

Habia alquilado el siervo de Dios otra casa mayor, que es adonde está ahora el colegio: habíanle prometido el alquiler de limosna; faltó la seguridad de ella, cuando ya habia pasado todos los trastos y la pobreza que tenian los nuestros. No sabia qué hacerse el buen Hermano y queria ya tornarse á la casa antigua. Cuando más perplejo y cuidadoso estaba, llegó á casa el licenciado Diego Martinez, que con gran liberalidad le desahogó diciendo que en ninguna manera se tornase á mudar, que él pagaria el alquiler de la casa nueva; si bien poco le duró esto, porque el Dr. Vegara se la compró, con lo cual empezó á tener aquel colegio casa de asiento.

Fué creciendo la noticia y opinion de los de la Compañía, no sólo con los

favores que les hacian personas de mucha autoridad, pero con las persecuciones que les movieron algunos.

La primera levantó el Dr. Casas, colegial mayor: pasó su exceso á hablar mal de las Bulas Apostólicas que aprobaban nuestro modo de vida. Fué mandado de Su Santidad comparecer en Roma; pero la prudencia del H. Villanueva lo compuso todo y ocasionó á que se conociese mejor el Instituto de nuestra Religion.

Mayor tempestad se levantó con ocasion de un mal sacerdote que se fingia ser de la Compañía, mostrándolo en su traje y vestido y en la modestia exterior, fingiendo mucha devocion y recogimiento. Teníanle todos por santo y celoso, el cual tenia por nombre Hernando de Barrassa. Con esta capa de oveja hacia oficio de lobo carnicero.

Vióse en este caso el raro don que tenia el H. Villanueva en discernir espíritus y la singular providencia con que miraba el Señor por nuestra Religion, cuando estaba tan tierna esta nueva planta; porque, cuando venia aquel sacerdote á Alcalá, se encontró en el camino con nuestro H. Villanueva. Comenzó luego á hablar con él cosas de Dios; pero quedó de la conversacion tan poco satisfecho el siervo del Señor, Villanueva, que se apartó de él, queriendo ántes venir solo que mal acompañado.

Llegó á Alcalá el sacerdote hipócrita, y era tanta su disimulacion, que le cobraron los estudiantes tanto respeto, que no se atrevian los de su casa ni á hablar delante de él, cuánto ménos hacer las travesuras que suele gente moza, ni osaban tocar una guitarra en su presencia. Allegáronsele muchas mujeres principales de Alcalá, de las cuales era tenido por santo; y él, para más disimularse, venia muchas veces á nuestra casa, aunque no gustaba de ello el Rector Villanueva, y se lo daba á entender, diciendo que los Hermanos tenian que acudir á sus estudios, y él á sus ocupaciones; y así, no tenia que venir allí.

Porfiaba el sacerdote en hacérsenos amigo, hasta pedir al H. Villanueva le recibiese en la Compañía; y no queriendo hacerlo el prudente Hermano, dando por excusa que no tenia con qué sustentar á más gente, le prometió traer su sustento. Tornando á excusarse el Hermano, que no tenia licencia para tener más de los que habia, dijo que él recabaria la licencia. Replicando el Hermano que estaba muy léjos el P. Araoz que la habia de dar, porque estaba en Barcelona, le despidió, previniendo luego al dicho Padre para que, si tal sacerdote le pidiese la Compañía, no le admitiese.

No bastó nada para la importunacion de aquel mal clérigo, porque, diciendo y haciendo, se vino muchas veces á nuestra casa, trayendo su cama; mas

nunca quiso admitirle el siervo de Dios, aunque no sabia de él cosa mala. Pero, ya que no pudo ser admitido en la Compañía, se trataba como tal el lascivo sacerdote, diciendo que era de la Compañía.

Daba varias devociones, confesaba gran número de mujeres, cometiendo con muchas que engañó enormes maldades.

Vino últimamente á alcanzar algo de su mala vida el H. Villanueva, reprendiéndole con santa libertad; llevólo mal el sacrílego hombre, y una vez que encontró en el campo al Hermano, le quiso matar; y hubiéralo hecho si Dios no hubiera puesto tanta gracia en sus labios, que mitigó con su humildad la cólera y soberbia del sacrílego; con lo cual se confirmó más el siervo de Dios Villanueva en la mala espina que le daba su trato. Supo con más claridad sus sacrilegios y avisó á la Inquisicion.

Luego que le prendieron, se levantó todo el mundo contra nosotros; no se hablaba de otra cosa sino cómo habian preso á uno de la Compañía por gravísimos pecados y torpezas. Fué necesaria toda la prudencia y diligencia del H. Villanueva para limpiar esta mancha. Hizo hacer informacion de la verdad, cómo por órden suya fué preso el sacerdote que nunca habia sido de la Compañía, y cómo tantas veces se le habia dado con la puerta en los ojos, con lo cual se dió alguna satisfaccion al pueblo.

Mas hízolo nuestro Señor mucho mejor, como de Él esperaba el H. Villanueva; porque, tomando confesion al reo en el santo Oficio, confesó de plano que ni era de la Compañía, ni lo habia sido, ni le habian querido recibir en ella, habiéndolo él procurado mucho, y que por autorizarse más se hacia y decia que era de la Compañía, para hacer mejor y más á su salvo las maldades en que andaba.

Al fin le sacaron en un auto de Inquisicion al tablado, y le leyeron la sentencia que contenia sus sacrilegios, y cómo para mejor cumplirlos se hacia de la Compañía de Jesus, no lo siendo: sentenciáronle á reclusion perpetua en un monasterio, del cual huyó y nunca más pareció.

Habiendo visto este suceso el H. Villanueva, quedó muy maravillado, y dando gracias á Dios por tan singular providencia, decia: «Si yo no tuviera otro argumento para entender la proteccion que Dios tiene de la Compañía, sino este de Barrassa, bastaba, porque habiendo hecho la fuerza que hizo, y puesto las diligencias que puso para que le recibiésemos en nuestra Compañía, y habiendo tanta necesidad de obreros, que no tenemos aún sacerdote que nos confiese, jamás me pude inclinar á recibirle, aun cuando de él no sabia cosa mala.

IV

Reforma todo un convento de religiosos, y da á muchos los Ejercicios.

Con tantas muestras de virtud y prudencia, estimaba mucho nuestro P. S. Ignacio al H. Villanueva, aunque él era tan pequeño y vil en sus ojos, que escribió al Santo Patriarca las pocas prendas que tenia, y ménos para asistir en aquella Universidad de gente tan docta haciendo oficio de Rector; y así, le suplicaba enviase para aquel oficio algun hombre de letras y autoridad, porque él no tenia ninguna, ni podia ser para cosa de provecho.

La respuesta fué enviarle el grado de Coadjutor espiritual, y mandarle se ordenase de sacerdote y prosiguiese en su oficio.

Era tan humilde el siervo de Dios, que quedó confuso y avergonzado con la nueva dignidad que le mandaban tomar; excusóla cuanto pudo, dilatábala de dia en dia para que poco á poco se echase totalmente en olvido; mas sabiendo S. Ignacio las largas que daba el H. Villanueva, le mandó que sin réplica se ordenase luego: hízolo así por obedecer.

Con el Orden recibido se dió por más obligado el nuevo sacerdote al servicio de Dios y á humillarse más y rendirse á todos. Porque, pareciéndole que no sólo no hallaba en sí partes para el nuevo oficio que le habian dado, antes mucha falta de ellas, no quiso decir luego la primera Misa; mas tomó mucho tiempo para aparejarse, y como del aparejo sacase más conocimiento de su indignidad, resolvióse de nunca decir Misa, en la cual determinacion pasó dos años, hasta que, forzado con obediencia rigurosa, al fin la dijo, como luego veremos.

Despues de sacerdote hizo el P. Villanueva más maravillosas obras en provecho de las almas. Entre otras, es muy digna de memoria la reformacion de unos religiosos. El caso fué que á un fraile del monasterio de Tendilla de religiosos Isidros de la segunda Regla de S. Jerónimo, que despues acá se incorporó con los otros PP. Jerónimos, persuadió el siervo de Dios hiciese los Ejercicios espirituales de S. Ignacio.

Llamábase el religioso Fr. Pedro de Aragon, y era muy docto, el cual para cumplir este su deseo pidió licencia á su Superior para ir á Aragon su tierra. Vínose á nuestro colegio de Alcalá, trocando su largo viaje por la estancia pacífica de aquella casa.

Dióle el P. Villanueva los Ejercicios: de ellos salió tan aprovechado, que vuelto á su monasterio y contando á los principales de él lo que habia hecho, les exhortó á que todos hiciesen lo mismo.

Contradecíanle grandemente los más graves y viejos, y para convencerlos dió en un medio que le sucedió muy bien, y fué persuadirles que á lo ménos enviasen á hacer los Ejercicios á un fraile lego que allí tenian, hombre de gran persona y feroz en su aspecto. Traia una barba grandísima, cual solian traer en aquellos tiempos los capitanes y hombres valientes. Pero era muy más feroz en su condicion; porque, no le pudiendo poner en órden sus frailes despues de muchos años que habia estado en aquel convento, le habian querido muchas veces despedir de la Religion por incorregible; mas por ser de gente principal en Aragon, y por haber traido mucha hacienda á la casa, y ser él por si tan terrible, no le osaban echar.

Como no hallasen medio para corregirle, no tuvo dificultad el P. Fr. Pedro en persuadir á los demás le enviasen á Alcalá; y aunque algunos se reian teniéndolo por cosa de burla, y otros, como desconfiados, decian que no importaba más que le enviasen que no, y que si aquel fraile venia reformado, todos irian á hacer los Ejercicios, el P. Fr. Pedro tuvo tanta fe de que se habia de reducir, que lo aseguraba y prometia como si hubiera tenido de ello revelacion, y de esta manera daba por hecho el negocio que pretendia, que era que todos fuesen á hacer los Ejercicios.

Quiso Dios responder al deseo de Fr. Pedro, y con mucha facilidad lo persuadió al lego, aunque lo tomó por vía de burla y entretenimiento, por ver qué cosa eran aquellos Ejercicios; y así, como en el camino encontrase alguna gente del campo que le conocian y le preguntaban que á donde iba, él les respondia con risa y menosprecio: «Envíanme mis frailes á Alcalá á hacer no se que daños de hechizos.»

Llegó á Alcalá, y llamando con la campanilla salió á la puerta el P. Villanueva, que se halló allí cerca, porque entónces ni habia llaves ni portero, mas echábase el cerrojo á la puerta, y el que se hallaba más cerca acudia á abrir. Salió, pues, y halló á la puerta un Padre muy reverendo en una grande mula, con su criado, y preguntóle qué mandaba. Respondió el fraile que queria hablar al P. Rector. Díjole el P. Villanueva: «Diga V. R. lo que quiere.» Respondió: «Al P. Rector mismo quiero hablar.» Entónces le dijo: «Yo soy.»

Como oyó decir *yo soy,* miróle el fraile de piés á cabeza, y considerando su hábito y traje, sin más hablar vuelve las riendas á la mula para irse, diciendo: «¿No digo yo? Mirad á quién me envían.» El hábito que traia el P. Villanueva era un sayo pardo ajironado, á manera de los que traen los del Sayago, y encima una sobreropa tambien de pardo grosero y lleno de cal, como hombre que andaba metido en obras de albañiles.

Como vió que el fraile se iba, asióle de las riendas y rogóle que se apease

y tomase un bocado, que era tarde, y luego se iria. Despues de alguna porfia se apeó: diéronle de comer, asistiéndole el P. Villanueva, el cual le comenzó á hablar de Dios con tanto gusto del fraile, que dejaba el comer y se estaba espantado oyéndole, y le miraba ya con otros ojos y semblante. Con todo eso, se quiso ir en comiendo; mas el P. Villanueva le dijo que era tarde y no podia llegar aquella noche á su convento; que se quedase en casa: forzado condescendió á sus ruegos, y aquella noche le volvió á hablar de Dios con tal espíritu, que le pidió le diese los Ejercicios.

Tomándole, pues, á cargo el prudente varon, dióle los Ejercicios, teniéndole en sola la primera semana veinte y un dias. Quiso nuestro Señor trocar su corazon de manera que por todos aquellos dias no hizo sino hacer extraordinaria penitencia, dar gemidos y sollozos y derramar lágrimas. Volvió á su casa, y fué tal la mudanza de su vida y el ejemplo que comenzó á dar, que en pocos dias se fueron convenciendo todos los otros religiosos para imitarle y venir á hacer los Ejercicios.

El primero fué un viejo que más contradecia y habia sido Visitador de su Religion y religioso cincuenta años en ella. Este, pues, hizo tambien los Ejercicios, y en ellos salió tan aprovechado y con tanto amor al P. Villanueva, que hablaba de él todo el tiempo de su vida con grande ternura y estima, y se le sujetó como si fuera un niño. Vuelto á su casa, pudo tanto con su autoridad, que luego se resolvieron todos los demás de hacer lo que él habia hecho.

El primero que quiso dar principio á esta obra tan saludable fué el Prior, hombre de letras, que antes de entrar en Religion habia leido en Salamanca; y así, vino y los hizo. Fué tan alto el concepto que sacó de ellos, que decia habia de procurar alguna renta al colegio de Alcalá, para sustento de los que quisiesen hacer Ejercicios el tiempo que en ellos estuviesen, porque la Compañía entónces tenia tanta pobreza, que no podia aun sustentar sus hijos.

Estando el negocio en estos términos, viniendo de dos en dos los frailes a hacer los Ejercicios, supieron cómo dos Visitadores suyos, que habian venido de Italia, andaban visitando en Andalucía las casas de su Religion, y, sabido lo que pasaba, se daban gran priesa por llegar al dicho monasterio á estorbar este mal tan grande, como ellos decian.

Pero dióles Dios un medio para que cuando viniesen los Visitadores, ya ellos hubiesen acabado de cumplir su deseo; y fué que pidieron al P. Villanueva dos de la Compañía que fuesen á su casa de Tendilla, el uno para darles los Ejercicios, y el otro para oirles confesiones generales que querian hacer; de tal manera, que los que los habian hecho, sustentasen el coro y el órden religioso del monasterio mientras los hiciesen los que faltaban.

Hízose así, y porque el P. Villanueva por las muchas ocupaciones en que andaba no pudo ir, envió al H. Manuel Lopez para que diese los Ejercicios, y al P. Dr. Diego del Castillo novicio de solos tres meses, para que los confesase. Con tales ministros hizo Dios tal efecto y tan grande reformacion en aquel convento, que admiraba á todos, y tan á tiempo, que cuando los Visitadores llegaron, ya todos habian cumplido con lo que deseaban.

Luego que entraron los Visitadores, comenzaron á reprender á los frailes lo que habian hecho, y los mandaron dar los escritos de los Ejercicios; ellos se los dieron con gran obediencia y prontitud, dando señalada muestra de su observancia con tan nueva manera de obediencia y con tan raro ejemplo de paciencia, sin hablar palabra que no fuese religiosa, que decian no la habian hallado semejante en cuantas cosas habian visitado, mostrando los religiosos en sus obras exteriores la paz que Dios les habia comunicado en sus almas y conciencias.

Viendo los Visitadores tanta religion y obediencia, fueron ablandando y aprobaron los Ejercicios; sólo condenaban su hecho por haber sido sin órden de sus Superiores, que eran ellos. Mas la independencia que de muy atrás habia entre aquellos Padres y sus Prelados, era en todas las cosas tan grande, que no les pareció á los religiosos necesaria para tan santa obra otra licencia que la del Superior de su casa.

No es de pasar en silencio cómo aquel fraile lego que dijimos, á pocos dias, siendo refitolero, llevó á su aposento un brasero del refectorio para darle calor, y á la mañana fué hallado ahogado, admirándose todos y dando gracias á Dios que le habia querido llevar, estando tan trocado y tan bien puesto con Su Divina Majestad.

De esta manera salió con su intento el P. Fr. Pedro de Aragon y cobró ánimo para intentar otra obra mayor, y fué reformar toda su Religion, que estaba en España repartida por varias casas. Mas, como no pudiese hacer nada con los demás religiosos de los otros conventos, á lo ménos pudo alcanzar de Su Santidad por medio del Católico Rey D. Felipe II, que se redujesen todos á la Orden primera de S. Jerónimo, cuya cabeza es S. Bartolomé de Lupiana; y así lo acabó con mucho trabajo suyo, pero con gran provecho de los religiosos: y el dicho Fr. Pedro de Aragon gozó algunos años de esta reformacion, y acabó santamente en ella.

Alababa mucho el P. Villanueva el hecho de estos buenos religiosos, y humillaba á los de su colegio con su ejemplo, diciéndoles que confiriesen la humildad de aquellos frailes con la suya, y verian la ventaja que les hacian.

«Nosotros (decia) no hiciéramos lo que ellos hicieron, sujetándonos á otros religiosos á ser de ellos enseñados.» Y añadia: «Yo os prometo, Hermanos,

que si supiese yo de alguno que me quisiese enseñar á ser mejor religioso, que de muy buena gana me sujetaria á él. Y no penseis que no tiene Dios poder para enviar otros mejores que nosotros, y creo verdaderamente que los ha de enviar, como lo ha hecho de tiempo á tiempo en su Iglesia, enviándole de refresco nuevos obreros que labren su viña; porque no es abreviada la mano del Señor. Mirad cómo haceis los ministerios de la Compañia, porque os digo cierto que no andando como debeis, no le faltarán otros mejores que los hagan cuando vosotros os canseis.»

Esto decia el santo Padre á sus hijos porque no se ensoberbeciesen con las maravillas que Dios hacia por ellos, imitando en esto al Soberano Maestro de todos, Cristo Jesus, que cuando venian los discípulos muy contentos de los milagros que en su nombre hacian, los trajo á la memoria la caida de Satanás por su soberbia, para humillarlos y conservarlos en santo temor.

Fué singular gracia de Dios la que tuvo este su siervo en dar los Ejercicios de S. Ignacio con estrañas mudanzas de vida y efectos muy maravillosos, como en lo que hasta ahora habemos referido en parte se echará de ver. Diólos á Pedro, que despues se llamó el *Pecador*, cuya vida y muerte anda impresa. Diólos al P. Fr. Juan de la Peña, de la Orden de Predicadores, hombre doctísimo y muy gran religioso, y que siempre se mostró devotísimo de nuestra Compañía.

Diólos tambien al Dr. Torres, Obispo que fué de Canarias, persona de singular celo, santidad y obras milagrosas, el cual, predicando una vez, dijo desde el púlpito que más habia aprendido para su alma en treinta dias que allí habia estado recogido, que en treinta años que habia estudiado Teología. Por lo cual siempre procuró este santo y devotísimo varon enviar á todos los que bien queria á que hiciesen los Ejercicios, como envió muchos colegiales mayores, y doctores de Sigüenza, y al licenciado Espinosa, Provisor de aquel obispado, que despues fué su Obispo, y Cardenal, y Presidente del Consejo Real y muy devoto de la Compañía.

Diólos al Dr. Vergara, cánonigo de Cuenca, como se ha dicho, el cual luego tomó por Maestro de su alma al P. Villanueva y por ángel de su guarda, que así le llamaba, sin cuyo parecer ni direccion no hacia cosa de peso que tocase á su conciencia. Diólos á tantos doctores y colegiales mayores, dignidades y canónigos de diversas iglesias, y á otra infinita gente, que ó se entraban en Religion, ó de allí adelante vivian en temor de Dios y frecuencia de Sacramentos, que no se pueden contar.

Pero no se contentaba este Maestro de la vida espiritual con lo que hacia en casa con los que se ejercitaban; mas, dándoles forma de vivir en lo venidero, procuraba con cartas renovar lo que habian sacado, alentándolos á la

perseverancia sin temor de lo qué dirán. Así lo hizo con un canónigo de Cuenca (para que por un ejemplo se colija lo que hacia con los demás) á quien para este fin escribió de esta manera:

«Muy Reverendo mi señor: La gracia de Jesucristo, su paz y caridad esa siempre en el ánima de Vm.

»El buen olor que de sí esparce á gloria divina, ha llegado á mis oidos despues que de aquí partió. Sea bendito y glorificado el que en vuestra merced obra, y hace que los buenos sean probados á mayor virtud, y los malos se confundan en su ceguedad. Vaya adelante como fiel siervo de Dios, y no le espanten cualesquier encuentros del mundo; tenga á Dios siempre consigo, que sin duda saldrá vencedor.

»No tenga vergüenza de servir á quien no tuvo vergüenza de ofender. En la frente trae la cruz, no la quiera encubrir, sino sea muy al descubierto siervo de Dios, si se acuerda haber sido muy al descubierto siervo del mundo. *Humanum dico propter infirmitatem vestram:* porque, para decir lo que se debe, claro está que muy más diligentes y fervientes habemos de ser en el servicio de Cristo, que nunca lo fuimos en el servicio del mundo.

»Pues, señor, prosiga Vm. lo comenzado con grande fervor, porque no es coronado sino quien legítimamente combate. Y no el que bien comienza, sino el que bien continúa y persevera, será salvo. Jesucristo nuestro Señor, que por nosotros perseveró en las angustias de la Cruz, hasta decir: *Consummatum est*, dé á Vm. grande esfuerzo y constancia en su divino servicio, para que despues de muchos trabajos por su amor padecidos, con gozo y consolacion de su ánima pueda decir: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi; in reliquo reposita est mihi corona iustitiae: hanc reddat tibi Dominus in illa die iustus iudex, qui iudicaturus est mundum, et retribuet unicuique iuxta opera sua. Hic est, qui dixit, qui erubuerit me coram hominibus, erubescam et ego eum coram Patre meo.*

»Ea, pues, señor, confiese Vm. con palabras y obras delante de los hombres que tiene á Cristo por Señor, porque el mismo Cristo delante de todos los ángeles confiese que le tiene ya tomado por siervo, y como á tal le premiará, haciéndole de pecador, de pobrecico y de siervo, gran señor en el reino celestial, donde á la clara se conocerá lo que ahora se dice, que servir á Dios es reinar.

»El reine ahora en nuestras ánimas por gracia y despues por gloria, para que, hechos nosotros reino suyo y él hecho reino nuestro, no reine el pecado en nuestro mortal cuerpo, mas ántes sintamos cumplido lo que ahora cada dia pedimos, diciendo: *Adveniat regnum tuum.* Jesucristo nunca se parta de nuestra memoria, porque en él siempre pensemos; ni de nuestro en-

tendimiento, porque á él siempre conozcamos; y mucho ménos de nuestra voluntad, porque á él siempre amemos y su santísima voluntad siempre hagamos. Amen. Amen.

»La carta del Sr. Arcediano aún no he recibido; á él, y al Sr. Marquina, y al Sr. D. Diego con los demás señores mios, dará Vm. mis salutaciones humildes en Jesucristo.»

Solia tambien dar á los que se habian ejercitado, una muy buena consideracion para el desprecio del mundo, como un presupuesto que habian de tener en todas sus cosas. «El presupuesto, decia, que en nuestras almas habemos de poner para alcanzar el menosprecio de lo terreno y subir al deseo de lo eterno, es considerar que este mundo no es lugar de sosiego ni consolacion, como muchos le hacen, buscando su paz y contentamiento en hacer mayorazgos y palacios, adquirir riquezas, honras y estimacion en el mundo; más de suspiros, trabajos y pena. Pues es cierto, que así como la galera ó cárcel es á un malhechor lugar de pena, donde paga el delito que cometió, así por el pecado original nuestros primeros padres fueron echados del paraiso terrenal, y les fué dado este mundo por cárcel y destierro en pena del pecado.

»Y pues el lugar es de padecer y los trabajos son grandes, y los enemigos fuertes, justo es que nos armemos para llevar la cruz y sufrir trabajos, los cuales tanto más hieren y se sienten, cuanto ménos el hombre se esfuerza.»

Con estas y semejantes consideraciones exhortaba á los que trataba al desprecio del mundo y al sufrimiento de lo mucho que hay que padecer en él. No le faltaban sus ejercicios para las mujeres. Los que solia dar á las casadas, eran los que el Apóstol enseña á Timoteo y á Tito sus discípulos; que estén obedientes á sus maridos, crien sus hijos y rijan bien sus casas, sean hacendosas, no vagabundas. No le contentaba nada la ociosidad de las que se estaban royendo altares y daban en arrobamientos. A una beata que se arrobaba siempre que comulgaba, mandó que no la admitiesen más en nuestra casa.

V

Admira á Alcalá su divina sabiduría.

Era grande la discrecion espiritual y rara la prudencia que Dios habia comunicado á este siervo suyo, en la cual fué muy parecido á nuestro P. S. Ignacio; porque, aunque era hombre sin letras que no pasó de las *súmulas* por sus muchas ocupaciones, fué de altísimo y extraordinario entendimiento, y

sabia hablar en todas materias con grande admiracion de los que le oian, y mucho más en cosas espirituales y de Dios.

Hablaba con razones tan vivas y eficaces, que no dejaba lugar de duda, y esto con tanta suavidad y gracia, que el P. Maestro Mancio, teólogo tan conocido por sus muchas letras y religion, se le estaba oyendo muchas horas. En una ocasion que le oyó hablar, dijo: «No he topado yo Teología como la del P. Villanueva.» Otras veces solia decir que estimaba más la Teología de Villanueva, que la de cuantos doctores habia en la Universidad, y que hacia gran ventaja á la suya, que con tanto estudió y en tantos años habia aprendido.

El Dr. Bartolomé de Torres, catedrático de Teología en Sigüenza, solia hablar de esta materia con grande estima. Habiendo una vez en especial hablado un rato con el P. Villanueva, que estaba haciendo las tapias de la huerta de casa, vino lleno de admiracion á unos Padres que allí cerca vió, y díjoles: «Treinta años ha que ando entre Scotos y Durandos y Sto. Tomás y los demás Teólogos escolásticos, y nunca he topado en ellos razon tan fuerte, que de una manera ó de otra no la sepa soltar y deshacer; mas á las razones del *Dr. Villanueva* (así le llamaba por gracia) no las hallo solucion, porque me atan de piés y de manos.»

Muchas veces le acontecia, andando por casa, llegarse á nuestros Hermanos estudiantes cuando pasaban sus lecciones de Artes ó Teología ó disputaban sobre ellas, y les preguntaba: ¿De qué tratais? y diciéndole la dificultad en que andaban, añadia él por humillarlos: «¿Qué poco sabeis? ¿no me pondríades eso en términos que yo lo entienda?» y habiéndoselo declarado lo mejor que sabian, les decia: «A eso se ha de responder de esta y de esta manera,» tocando la dificultad y verdad, tan bien y tan acertadamente como si hubiera gastado la vida en leer aquellas dificultades; de manera que quedaban satisfechos, diciendo que en realidad de verdad habia dado en el punto de lo que pedia la dificultad, y que no le faltaban más que los términos de las escuelas.

Tuvo por excelencia este don en cosas morales, respondiendo con grande acierto á cualquier caso de conciencia que se ofrecia, dejando á cualquier hombre, por docto que fuese, con su respuesta satisfecho. Fué muy admirada y conocida esta prudencia con su gran virtud, de gente principal, y no ménos estimada de personas letradas y doctas. Y así, de ordinario solia en nuestro patio estar rodeado de doctores, colegiales mayores y religiosos que le venian á oir y á tratar con él sus negocios. Dábales tan buenas salidas y tan acertados consejos, que iban bien satisfechos y aficionados para volver otra vez.

En estas pláticas y conversaciones tenia esta gracia muy notada de muchos, que no perdia ocasion, por pequeña que fuese, de tratar de Dios: miraba mucho las personas con quien trataba, acomodándose á ellas y levantando plática de Dios y de la virtud de sus mismos negocios, sin serles molesto, ántes era muy afable y de buena conversacion, con mucha humildad y el respeto debido á todos.

Hacia esto no sólamente cuando hablaba de veras, sino tambien en las recreaciones y salidas al campo que suelen hacer los religiosos, alegrando á todos y mortificándolos con gran suavidad, notando sus faltas é imperfecciones con mucho gusto y gracia, para que las corrigiesen, dándoles documentos religiosos y mostrándoles á andar en espíritu y sacarle de cada cosa que se ofrece á la vista.

Lo mismo hacia con los de fuera, sacando de lo que le trataban reglas de bien vivir que les daba. A los caballeros y hombres de república les decia cómo se habian de gobernar cristianamente; á los labradores y gente rústica enseñaba á vivir en virtud por semejanzas y razones tomadas de sus labranzas. Lo mismo hacia con toda la demás gente que trataba; de manera, que á todos con sus pláticas pegaba fuego de amor de Dios y de la virtud,

Decíase comunmente entre los que le trataban, que la silla del P. Villanueva era la mejor que habia en Alcalá, dando á entender cuán provechoso fuese el rato de conversacion que con él se tenia, por el gran fervor y fuerza con que hablaba; ninguna palabra echaba de su boca que no la dejase escrita é impresa en los corazones de quien le oia.

Contaba el P. Dr. Diego de Avellaneda con grande admiracion y no menor gusto y consuelo suyo, que habiendo venido al colegio de Alcalá desde Granada, para consolar á su madre que estaba muy sentida de su entrada en la Compañía, viendo el aspecto del P. Villanueva, le tuvo en poco; mas oyéndole despues hablar con el P. S. Francisco de Borja, fué cobrando gran concepto de él, y mucho mayor cuando, tomándole por compañero, le llevó á casa de su madre, que estaba entónces en Alcalá, y le hizo tal razonamiento, todo tomado de los maitines de la noche antes, y guisado con tal gracia y espíritu, que le pareció oia á un ángel.

Yendo otra vez con él al campo, y topando unos cordericos, enseñándole a sacar espíritu, le dijo esta razon; que de la manera que un corderillo en naciendo, aunque sea en parte donde la vista se pueda derramar por yerbas verdes, y prados hermosos, y arroyos claros, olvidado de todo, se va á los pechos de la madre como si en el mundo no hubiera otra cosa; así, él en el discurso de su vida, olvidado de cuanto en el mundo hay, siempre se fuese a los pechos de nuestro Señor.

Tuvo particular don de discrecion de espíritu; á pocas palabras conocia á uno, y penetraba sus intentos y pretensiones, echando de ver qué espíritu le llevaba. Decia que no todos son para la perfeccion, aunque todos la deben desear alcanzar. Por esto tenia gran cuenta para meter en Ejercicios los de buenos naturales, capaces y constantes. Y así, dando los Ejercicios á un señor de título, por órden del P. Provincial Antonio de Araoz, le decia: «Padre, no hacemos nada, que edificamos sobre arena, que no tiene capacidad,» y luego se vió por experiencia, porque, habiendo hecho grandes extremos de reformacion de vida, desdijo con notable escándalo de todos.

Otra vez dió los Ejercicios á un beneficiado de Villalba con tanto espíritu y eficacia, que estando en el ejercicio de los pecados, tuvo tan notable sentimiento y dolor de las ofensas que habia cometido contra Dios, que se le vino toda la sangre al corazon, y haciéndose un ovillo juntos los piés con el colodrillo, abrió con los dientes la puerta de su aposento, quedando los Hermanos bien atemorizados.

Sosególos el P. Villanueva, y juzgando que aquel hombre no era para tratar cosas espirituales por la ternura que tenia, no le quiso recibir en la Compañía.

Este don se echó mucho de ver en el conocimiento que tenia y escrutinio que hacia de los que habia de recibir en la Compañía, porque era muy acertado en ver el espíritu que les traia, y si era alguno bueno para nuestra Religion. Acontecíale desechar algunos, que otros de casa aprobaban y tenian por muy buenos sujetos, y admitir á otros que no parecian tales. El tiempo declaraba haber sido su eleccion y voto el acertado; en esta materia hacia mucho caso de buenos naturales, y decia que queria más un buen natural, que á un Dr. en Teología, porque los que son de buenos naturales y de entendimiento, tienen hecho mucho para la virtud y religion.

Recibió en la Compañía grandes varones, al santo P. Martin Gutierrez, al admirable P. Cristóbal Rodriguez, á quien el Sumo Pontífice empleó en grandes empresas, al prudentísimo P. Gil Gonzalez, al apostólico varon Juan Ramirez, al espiritualísimo P. Juan de la Plaza, al devoto P. Pedro de Saavedra y á otros muchos varones señaladísimos.

Eran tan excelentes ingenios los que entraban, que sintiéndolo mucho la Universidad y no sabiendo cómo remediarlo, viendo la pobreza de nuestra casa, le ofrecieron un grande interés porque no recibiese ninguno sin dar de ello cuenta al Rector de la Universidad. Llegaron á decirlo al P. Villanueva, el cual con gran entereza respondió que no habia menester aquella merced que le hacian, que por ningun tesoro del mundo pondria estorbo en recibir cuantos buenos sujetos llamase Dios para la Compañía.

A los que recibia trataba con gran gravedad y libertad, dándoles á entender cómo ellos eran los que recibian el beneficio. Cuando recibió al P. Jerónimo de Ripalda, era de sólos catorce años; sintiéronlo mucho sus padres; procuraban con los medios posibles hacerle volver atrás, para lo cual trajeron provision real, para que fuese puesto en libertad en manos del Rector de la Universidad ó del Vicario, porque decian haber sido inducido, como muchacho, por engaños de los de la Compañía.

Tratando de esto con el P. Villanueva, su padre pretendia que fuese puesto en manos del Rector, que á la sazon era el Maestro Domingo Roldan, y no en manos del Vicario, porque era el Rector más á su propósito por ser su amigo. Mas el P. Villanueva, sin reparar en nada, confiado más de Dios y de la firme vocacion del novicio, que de las humanas persuasiones, con toda libertad le entregó y puso en poder del Rector, como su padre deseaba.

La noche antes que le habia de entregar, llamó á su aposento al Hermano ignorante de lo que pasaba; refirióle cómo su padre pretendia sacarle de la Compañía y habia traido para ello una provision real, y cómo á la mañana le habia de poner en manos del Rector su conocido, para que hiciese lo que quisiese de su persona, y sin decirle razon alguna para exhortarle á la constancia en lo comenzado, le habló de esta manera:

«Mirad, Hermano, que en la huerta nos falta el hortelano, y el Hermano cocinero anda indispuesto; si quisiéredes quedaros en casa, en alguno de estos oficios nos podreis servir, y sino, con la bendicion de Dios; que no se os tendrá á liviandad, pues sois muchacho, antes tendremos nosotros la culpa y nota de livianos por haberos recibido, y esto sabed cierto, que si os quisiéredes quedar allá, podreis volver á entrar en casa sin empacho alguno, porque con las mismas entrañas y amor que antes os ayudaremos en lo que pudiéremos.»

Venida la mañana, tomó el P. Villanueva á su novicio, llevólo al colegio mayor para hacer entrega de él, como estaba concertado. Llegando á la escalera que se sube hacia el cuarto del Rector, le dejó solo; él espantado que así le desamparase, le dijo: «¿Pues aquí me deja V. R.?» respondió el Padre: «Andad, Hermano, idos vos al Rector, que yo tengo por acá que hacer.» Como el Rector le vió, hizo que viniesen allí dos consiliarios, el secretario y notarios.

Hicieron todos lo que supieron para persuadirle que dejase el estado que habia tomado; mas el Hermano respondia tan bien á todas sus razones, que los tenia admirados: y queriendo concluir, el uno de ellos le dijo que mirase que le habia escrito su madre, que si no se le llevaban se habia de ahorcar. Parecióle á aquel Doctor que esto solo habia de amedrentar al novicio para

venir á hacer lo que le pedian; mas tambien á esto supo responder, diciendo con mucho modestia: «Yo creo que no hará tal cosa mi madre, mas, si lo hiciere, yo no seré causa de ello.»

Finalmente, habiéndose cansado y hecho lo posible con él, viendo cuán buena salida daba á todo lo que le decian, y cuán entero estaba en su resolucion, dijo uno á los demás: «¡Qué bien catequizado le envian!» Y vuelto al Hermano le preguntó: «Por vida vuestra que nos declareis qué os han dicho.» El Hermano con toda llaneza y verdad les contó aquel razonamiento que le habia hecho el P. Villanueva la noche antes que le entregase.

Maravillado el Rector del despego con que le habia hablado su Superior, y de la perseverancia del novicio, entendiendo que su vocacion era de Dios, le dijo: «No quiera Dios, hijo, que yo impida á quien llama Dios: volveos en buena hora á vuestra casa, y si quereis el alguacil y otros algunos que os acompañen, tomadlos.» Esto decia porque sabian que le estaban algunos aguardando repartidos por las calles por donde se habia de volver, puestos por su padre, para que si no quisiese desistir con la diligencia que se habia hecho, le cogiesen por fuerza y se lo llevasen.

Respondió el Hermano que no era menester, que él se iria por otras calles diferentes, que si algo sucediese, muchacho era y podria correr. De esta manera se libró de las bocas de los lobos y volvió á su casa en paz.

Tenia gran acierto el P. Villanueva en conocer el espíritu de los que recibia, parte por su gran prudencia y caudal natural, y mucho más por la luz sobrenatural que el cielo le comunicaba.

Revelábale nuestro Señor algunas cosas que estaban por venir. Cuando algunos pedian la Compañía, y él no los queria recibir, le solian importunar mucho los Hermanos, y él les dijo una vez: «Hermanos, cuando yo repugno, no me hagais fuerza, porque me da nuestro Señor á entender que no conviene;» é importunándole demasiadamente por una grande habilidad que no queria recibir, dijo á los Hermanos por el aprieto en que le ponian: «Dejadme, que no pasarán dos meses sin que veais el por qué no le recibo.» Fué así, que no pasaron los dos meses, cuando le vieron todos loco y sin juicio.

Los trabajos que á la Compañía sucedieron despues de su muerte, cuando vino el P. Dr. Jerónimo Nadal á España la tercera vez enviado del P. Maestro Lainez, los sintió él muchos dias antes; y cuando veia ú oia algunas cosas que tiraban á esto, como estaba su corazon tan sentido, se entraba en la capilla y se hartaba de llorar. Estando hablando con un Hermano que se llamaba Juan Bautista, le dijo: «Tened cuenta con esto que os digo, que el año de 1569 habrá en España muchos mártires; vos lo vereis, mas yo no:» y así se cumplió, porque el P. Villanueva murió el año de 1557, y el año

de 1569 se levantaron los moriscos del reino de Granada, y martirizaron á muchos.

Un Padre muy grave de muchas letras y virtud que en su noviciado le gozó, certificó que le habia dicho tres cosas que habian de pasar por él, y todas tres le habian pasado de la manera que el P. Villanueva se las habia pronosticado, el cual tuvo tambien conocimiento del tiempo en que habia de morir, y dijo cómo el P. Manuel Lopez le habia de suceder despues de él muerto en el oficio de Rector del colegio de Alcalá.

VI

Defiende á la Compañía en la persecucion del Arzobispo de Toledo.

Pero no hizo ménos admirable al P. Villanueva su paciencia que su santa prudencia, y una y otra fué necesaria para muchas adversidades, que no sólo á él, pero á toda la Compañía sucedieron por aquel tiempo. En particular una que movió el Arzobispo de Toledo D. Juan Martinez Siliceo, que si no fuera por el gran valor del P. Villanueva, bastara para agostar como un recio cierzo las flores que producia y mostraba al mundo esta nueva Religion que habia puesto Dios en el plantel de su Iglesia.

Habia en Toledo unos buenos sacerdotes que deseando imitar en sus santas obras y ejercicios de caridad á los de la Compañía de Jesus, movieron á mucha gente para que frecuentasen los Sacramentos, haciendo en todos cuantos trataban mucho provecho en sus almas. A estos sacerdotes solia exhortar el P. Villanueva que prosiguiesen en lo comenzado, instruyéndoles en muchas cosas del servicio divino, para lo cual habia ido algunas veces á Toledo, y daba á otra mucha gente los Ejercicios espirituales, porque donde quiera que iba, procuraba extender el reino de Cristo.

Con esto iba cada dia creciendo el número de los ciudadanos que trataban de virtud, frecuentaban los Sacramentos y acudian á sus confesores á ser instruidos y gobernados de ellos, á los cuales llamaba el vulgo *teatinos*, pensando que eran de los nuestros; mas el demonio siempre tiene quien haga sus partes, deshaciendo las de Dios.

No faltó gente ignorante y mal intencionadà, á quien no pareció bien tanta frecuencia de Sacramentos, ni el modo de vida de la nueva Religion, ni sus ejercicios: dieron parte de sus sospechas y falsos juicios al Arzobispo, agravando las cosas segun su pasion. Dícenle que en su arzobispado habia ciertos clérigos que habian hecho asiento en Alcalá, exentos de su jurisdiccion, que confesaban y predicaban y exhortaban á Ejercicios espirituales, y

se llamaban de la Compañía de Jesus, y que era bien examinarlos no introdujesen alguna falsa doctrina, porque, como gente nueva, metian nuevas costumbres con ciertos Ejercicios que daban, y mucha frecuencia de Sacramentos, nunca antes vista ni oida; y que dentro de Toledo habia ya más de quinientos teatinos, así de clérigos como de legos, casados hombres y mujeres.

Ofendió mucho al Arzobispo la novedad y el decir que eran exentos de su jurisdiccion, y que era cosa que se comunicase á legos y casados, y que se nombraban de la Compañía de Jesus. Concibió tal odio á los Ejercicios, que aun oirlos nombrar delante de sí no consentia, y juntamente contra el colegio de Alcalá, que sólo se habia fundado en su arzobispado y en todo el reino de Toledo, procurando con todas sus fuerzas deshacerlo y echar á la Compañía de toda su Iglesia.

Aumentó más este fuego, y confirmó el Arzobispo en su falsa opinion que por el mismo tiempo ciertos clérigos ignorantes habian dado licencia para comulgar dos veces al dia, lo cual falsamente imputaban á estotros piadosos sacerdotes. Pero sin más informacion el Arzobispo con un celo indiscreto derramó su ira contra los que más cerca tenia, que eran aquellos buenos clérigos de Toledo, y por sus públicos edictos revocó las licencias que tenian de administrar Sacramentos cualquier sacerdote que hubiese hecho los Ejercicios.

Mucho sintieron esto aquellos sacerdotes, por ver la injusticia tan clara que se les hacia sin haber precedido probanza bastante, y por cerrarles la puerta para confesar y dar el Santísimo Sacramento á tanta gente como con ellos trataba. El mismo sentimiento tenian los de la ciudad, que se habian señalado en esta devocion.

Despues de esto determinó el Arzobispo deshacer totalmente el colegio de Alcalá, y destruir al P. Villanueva y cuantos con él estaban. Dió sus provisiones y edictos, en que mandó so pena de descomunion mayor *latae sententiae* á todos los curas, beneficiados y súbditos de su arzobispado, para que no admitiesen á ninguno de la Compañía á predicar, ni confesar, ni administrar Sacramento alguno en sus iglesias, ni les diesen recado para decir Misa sin su licencia, y que revocaba cualesquier licencias que hasta entónces les fuesen dadas.

Los cuales edictos, aunque por la diligencia de algunos que nos querian bien no luego se publicaron, mas no dejó de esparcirse por España el ánimo del Arzobispo con no pequeña nota de la Compañía; porque, aunque no faltaba quien defendiese nuestro Instituto, con las exenciones que nos habian dado los Papas; pero muchos se holgaban que no saliesen en vano sus sospechas y temores, y, aplaudiendo á lo que el Arzobispo habia hecho, de

cian que no era posible que no hubiese descubierto algun gran mal en los nuestros, y que no tuviese mucha razon un tan gran Prelado para hacer lo que se decia.

Los nuestros, considerando por una parte su inocencia y por otra la injusticia manifiesta que se les hacia, y mucho más doliéndose del daño gravísimo que de tantas calumnias y persecuciones les amenazaba en tan grande desservicio de Dios nuestro Señor y daño de la santa Iglesia, pues huyendo todos ellos como de gente abominable, se impedia el provecho espiritual de los prójimos, que con su comunicacion pretendian; acudieron primeramente a Dios nuestro Señor con frecuentes oraciones, Misas y penitencias, pidiendo a Su Majestad ablandase el pecho del Arzobispo, y le enviase su luz para que saliese de su engaño, y viniese en conocimiento de la verdad; y juntamente por medio de algunos devotos de mucha calidad procuraron que se le hablase, dando por ellos sus quejas, maravillándose mucho que un Prelado como él, sin haber los de la Compañía cometido delito contra su Iglesia o contra su dignidad, no tratando de otra cosa sino de la mayor honra de Dios y del aprovechamiento de las almas, conforme á las facultades que de la Sede Apostólica tenian, hubiese permitido ser tan gravemente injuriados, y con tanta nota infamados, sin haber averiguado su causa, como la razon y el derecho pide: y que le suplicaban que, si algunos le habian hablado diferentemente de esto, fuese servido darles benigna audiencia, porque querian darle satisfaccion de las calumnias que les levantaban: y para darla cumplida de todo lo que les imponian, sólo pedian detuviese su ira como Padre y Prelado eclesiástico, hasta que fuese oida la parte acusada.

Estas y semejantes razones no templaron nada la ira del Arzobispo. Procedió la violencia tan adelante, que hubo de acudir el P. Villanueva al Consejo Real, el cual viendo tan clara injusticia le concedió dos provisiones: una en que mandaba intimasen al Arzobispo los notarios las Bulas de la Compañía; otra de inmunidad para que no hiciese agravio á quien las intimase.

No habia con todo esto quien se atreviese á hacerlo, hasta que el mismo P. Villanueva se determinó á ejecutarlo por sí mismo con gran valor, como lo hizo con efecto. Habló otras veces al Arzobispo con mucha humildad y sufrimiento para darle razon de todo. No aprovechó nada para poner en razon a aquel Prelado, ántes añadia palabras muy fuera de ella. Dijo que sospechaba que el Papa Paulo III no supo lo que hizo en aprobar y confirmar la Compañía, y que no podia dar licencia á los de ella para confesar y predicar y lo demás de derecho, y que si lo hacia de hecho que lo hacia mal, y que le diria que no lo podia hacer, y se lo probaria, porque se habia quemado más las cejas para estudiarlo que no él.

No es maravilla dijese esto el Arzobispo con las malas informaciones que tenia de las cosas de la Compañía. La cual, si fuera cual á él se la habian pintado, ni el Papa la pudiera haber confirmado, ni permitido su modo de vivir. No desistió por esto el P. Villanueva, porque era grande su ánimo, y la confianza que tenia en Dios mucho mayor. Habló al Arzobispo con libertad y agudeza, pidiéndole revocase sus edictos y diese libre licencia á los de la Compañía para hacer sus ministerios, y sino que él se la tomaria, pues la tenia de Su Santidad.

No tenia el Arzobispo qué responder á sus razones. Una vez le apretó de manera, que echaron de ver todos los presentes la poca razon y la mucha pasion que tenia el Arzobispo, el cual vino á confesar que no temia sino al *Clerigüillo* de Villanueva, así le llamaba.

Hízole el Arzobispo estos cargos. El primero, que ¿cómo siendo clérigos querian ser exentos de su jurisdiccion? y que no lo habia de consentir, que era querer ser toro de S. Márcos, que pacia donde queria. Lo segundo, que cómo habia ya tantos en Toledo sin su licencia, que le decian que habia más de quinientos. Lo tercero, que cómo se llamaban de la Compañía de Jesus, que era decir que los demás eran de la compañía del diablo.

Estuvo oyendo muy atentamente el P. Villanueva, y callando gran rato, hasta que le dijo el Arzobispo: «Responded, responded, responded á esto.» Respondió el P. Villanueva: «A V. S. Ilustrísima, la Compañía le ha de servir en todo y por todo, y tanto mejor, cuanto más de balde y sin tener obligacion; que para ello viene la Compañía, para servir á los Prelados y ayudar á todos.» «No (dijo el Arzobispo) mis súbditos habeis de ser, y no os consentiré de otra manera.»

Calló el P. Villanueva, y con mucha modestia se estuvo sin hablar, hasta que le volvió á decir el Arzobispo: «Responded, responded á lo que he dicho.» Respondió el P. Villanueva: «¿Cómo quiere V. I., que se ponga á responder á un Príncipe tan grande, un hombrecillo como yo?» «Responded, responded,» dijo el Arzobispo con mucha cólera. «Si yo tengo de responder (dijo el P. Villanueva) no tengo de perder nada de mi derecho, si para esto me da V. I. licencia, responderé.» «Decid cuanto quisiéredes, que yo os oiré,» dijo el Arzobispo; y el Padre; «Con licencia, pues, de V. I. responderé á las cosas que me ha dicho. Y cuanto á lo primero, esta Compañía que se llama de Jesus, es Religion: confieso que es nueva, como lo han sido todas las que ahora son antiguas, mas es aprobada por la Sede Apostólica, como V. I. le podrá ver por las Bulas auténticas y aprobadas que aquí traigo. Y aunque la Compañía es exenta de la jurisdiccion de los Prelados, siempre usa acudir á ellos con toda humildad y sujecion, presentándose á ellos y tomando su

licencia y bendicion para ejercitar sus ministerios de predicar y confesar; que para servir y ayudar á los prelados viene esta Religion de nuevo; y así, nos venimos á presentar á V. I., para que nos dé su bendicion, y vea que no venimos en nombre nuestro, sino de la santa Silla Apostólica y del Vicario de Cristo.

»Cuanto á lo que V. I. dice, que aquí hay ya más de quinientos de la Compañía, la verdad es, que aquí en Toledo no hay ni uno solo, si no soy yo, aunque indigno, que he venido ahora de Alcalá, donde estamos algunos, para dar cuenta á V. I. de nosotros y de nuestra Compañía de Jesus.» Quedó de esto admirado el Arzobispo, y dijo: «¿Pues cómo me han dicho que hay muchos casados?» Respondió el P. Villanueva: «Ninguno puede ser casado, porque todos, ó son sacerdotes ó se crian para ello, sacando los Hermanos que se reciben para el servicio de los oficios, á los cuales llamamos Coadjutores.»

Dijo el Arzobispo: «Pues venid acá, ¿cómo os llamais de la Compañía de Jesus, responded á esto, los otros son del diablo?» «A esto responderé, Ilustrísimo Señor, (dijo el Padre) que esto no es de arrogancia, ántes de humildad no tomar el nombre de nuestro Fundador Ignacio, sino un nombre que el Vicario de Cristo nos quiso dar, que fué grande regalo y merced de Su Santidad para la Compañía darle este nombre.

»Mas suplico á V. S. I. me oiga: ¿No hay religiosos que se llaman de la Santísima Trinidad, y otros de la Merced, y otros del Espíritu Santo? ¿Por eso por ventura los demás son de la cuaternidad, ó de la miseria, ó del espíritu maligno, porque no se llamen de la Trinidad, ó de la Merced, ó del Espíritu Santo? No por cierto, sino que como la Iglesia les dió aquellos nombres, á nosotros dió este de la Compañía de Jesus.»

«Venid acá doctor (dijo el Arzobispo) ¿en qué Universidad habeis estudiado?» Este concepto sacó de la plática, que el P. Villanueva era algun doctor graduado, no sabiendo más que un poco de gramática mal sabida, y apénas tuvo lugar de aprenderla con las muchas ocupaciones espirituales que le cargaron.

Respondió el Padre: «Yo señor no soy doctor, aunque estoy en Alcalá con otros de la Compañía de Jesus que están estudiando.» Satisfecho quedó en alguna manera el Arzobispo, aunque siempre en aquello reparó mucho, y no pudo sufrir que no le fuesen sujetos. Hallóse entre otros presente á esta plática Bartolomé de Bustamante, que habia sido Secretario del Cardenal Tavera, hombre de mucho caudal. De ella salió tan satisfecho, que quedó determinado de entrarse en la Compañía, como lo hizo luego el año de 53.

No es razon pasar en silencio lo que una vez de estas que le iba á hablar,

le aconteció con el mismo Arzobispo al P. Villanueva, en que mostró lo mucho que se despreciaba así mismo, y deseaba que otros le despreciasen.

Habia llegado de camino una mañana bien cansado, por la costumbre que tenia de hacer sus caminos á pié con el manteo al hombro, y con su breviario y un *Contemptus mundi*. Fuése derecho al Arzobispo, hablóle como solia, y habiendo acabado con él, quísose ir porque era tarde. Díjole el Arzobispo «¿Dónde os vais, Villanueva?« porque ya le habia conocido por sus padres, que tambien eran unos pobres labradores de Extremadura.

Respondió que tenia necesidad, é iba á buscar de comer. Díjole el Arzobispo: «Quedáos á comer ácá; aceptólo de buena gana, y como se sentaron á la mesa, vió en su asiento un pequeño panecillo, y dijo en voz alta á los que servian que le trajesen pan, y esto lo repitió algunas veces, con empacho de algunos caballeros que allí comian y condenaban su rusticidad.»

Trajéronle otros tres ó cuatro panecillos, y llególos junto á sí; trajeron despues una perdiz, y con el hambre que mostraba y aún tenia, entregóse en ella y nunca la quiso dejar, teniendo delante algunos otros platos que se habian servido; mas deteníase en ella, despues de comida la carne, en roer los huesecillos, quebrantándolos y dándoles una vuelta y otra, como si se muriera de hambre y no tuviera otra cosa que comer. Todos los circunstantes estaban maravillados y aun corridos de ver cuán metido andaba en sus huesos el P. Villanueva, y mirándole el Arzobispo, le dijo: «¿Por qué no comeis de eso otro?» Respondióle: «Porque, señor, esto me sabe bien, y eso otro no sé cómo me sabrá.» Este dicho le regocijó el Arzobispo con los demás, y díjole: «Comed á vuestro placer de lo que os da más gusto.»

Hacia esto el santo y prudentísimo varon para mortificarse así, de lo cual no perdia ocasion, y comer ménos, y privarse de platos más regalados, y juntamente para traer á la memoria al Arzobispo su fortuna pasada, aunque por ventura tambien pudiera caerle en gracia, para que remitiese algo de su enojo contra los nuestros, si bien nada de esto bastó; pues comenzó de nuevo otra persecucion contra lo temporal que en Alcalá teniamos, no dejando en nada de proseguir lo que contra lo espiritual habia comenzado.

Hizo en esta parte muchas molestias al P. Villanueva y á su colegio, y ya que no pudo deshacerle, procuró que no medrase. Para esto mandó comprar todas las casas alrededor, sin perdonar dinero alguno. Hízose la venta sin reparar en precio dentro de cuatro dias. Pero ¿cómo puede prevalecer ningun consejo humano contra la ordenacion divina? Esto mismo sirvió para que viniesen más presto aquellas casas y á menor precio en poder de la Compañía; porque las casas que fuera dificultoso sacar los nuestros del poder de sus dueños, la potencia del Arzobispo las recabó, y despues de él muerto, las die-

ron sus herederos á la Compañía por muy moderado precio, habiéndole costado á él mucho.

Mientras se compraban estas casas por el Arzobispo, estaba el P. Villanueva con gran paz dando mil gracias á Dios, diciendo que todas eran trazas divinas para que tuviésemos con más facilidad y á ménos coste las mismas casas que nos querian quitar, como sucedió así.

Estaba tan apasionado aquel Prelado, que no bastaron diligencias en España para ponerle en razon, ni los señores que le hablaron, ni las cartas que el rey le escribió, ni las veces que le habló el Nuncio de Su Santidad: fué necesario que el Sumo Pontífice le mandase escribir y juntamente al Cardenal Pogio, que en nombre de Su Santidad estaba en España y en la corte de los reyes, con nombre de Legado *a latere*.

No aprovechó nada, hasta que el mismo Cardenal habló al Arzobispo con gran resolucion; vióse con él por su persona, díjole primero por bien cuán mal pareceria á Su Santidad y á todo el mundo, si perseveraba en su determinacion contra una Religion aprobada por la Silla Apostólica. Mas, como ni por estas ni semejantes razones no diese nada de sí aquel Prelado, respondiendo al Cardenal y Nuncio que le dejasen gobernar sus ovejas; el Cardenal le dijo con toda libertad que él dejase á los de la Compañía, pues no eran sus ovejas, y sino que por órden del Papa le enviaria preso á Roma. Con este acometimiento que el Nuncio hizo y por ponerse de por medio personas de respeto, vino al fin á revocar sus edictos.

VII

Algunas de sus excelentes virtudes.

Pasado este nublado, le daba mucho cuidado al P. Villanueva la Misa que querian que dijese, porque hasta entónces, aunque estaba ordenado, no habia dicho la primera, porque nunca, por más que se aparejaba, se atrevia á decirla, pareciéndole que no tenia virtud alguna, siendo así que tenia todas en grado heróico y habia dado excelentes ejemplos de ellas desde que entró en la Compañía.

Dióle nuestro Señor un continuo don de oracion y devocion, andando siempre en su divina presencia, que le causó un tan grande calor en la cabeza, que le era á veces necesario echarse en ella jarros de agua fria.

Antes que los demás se levantasen, ya él habia tenido larga oracion; fué de esto testigo el P. Castañeda, que viviendo en el mismo aposento con el P. Villanueva, su Rector, por la apretura que habia en casa; de ordinario,

cuando despertaba, á cualquiera hora que fuese, le hallaba hincado de rodillas y puestas las manos en oracion, la cual era muy eficaz para recabar de nuestro Señor muchas mercedes.

Una vez que le llamaron para ayudar á bien morir á una doncella, viendo el sentimiento que tenia la madre de la muerte de su hija, se puso en oracion hincado de rodillas junto á la cama de la enferma, suplicando afectuosamente á nuestro Señor se sirviese de darla salud; y el Señor le oyó de manera, que antes que el Padre se levantase de la oracion, la enferma cobró salud y se levantó.

Tenia grande devocion en el Oficio divino, de donde sacaba sentimientos y conceptos provechosísimos y devotísimos para hablar con los prójimos; porque de aquí le nacia la mucha abundancia que tenia en sus pláticas, así con los de casa como con los de fuera, con tanta fuerza y espíritu, que á veces él mismo derramaba lágrimas de devocion.

Una vez, estando empedrando el patio principal de casa, sentado como suelen los oficiales, y con su hábito corto y pobre, estaba rodeado de doctores, y él les estaba hablando y ellos oyéndole como niños al maestro, y de cuándo en cuándo daba un golpe á la piedra y proseguia su razonamiento; veíase derramar suavísimas lágrimas que entre las piedras caian, dejando santificado aquel patio en que tanto se habia de servir á Dios nuestro Señor.

Era su ordinaria devocion de la vida de Cristo, conforme los Ejercicios de nuestro P. S. Ignacio, y no era nada devoto de otras contemplaciones, éxtasis ó arrobamientos. Solia decir que en esta vida no queria otras contemplaciones que de la vida y muerte de nuestro Salvador, para sólo imitarle, y lo demás dejaba él para la otra vida, cuando gozase de Dios en el cielo.

Fué hombre de gran mortificacion, y que á la continua traia guerra rompida y descubierta contra sus pasiones é inclinaciones, resistiendo y domando la rebelion que dentro del corazon deja el pecado, que de este vocablo usaba él mucho. Solia decir que la pasion ó tentacion que uno no vence en vida, acude á la hora de la muerte á hacerle guerra; pero cuando está vencida y mortificada, no tiene fuerzas para molestarle en aquella hora.

Supo de él por muy cierto el P. Duarte Pereira, hombre de rara virtud y espíritu, que nunca jamás, desde que entró en la Compañía, sintió repugnancia en cosa que no la acometiese y venciese. Decia, que si oyese pregonar que un ángel habia bajado del cielo á contarnos cosas de allá, y que estaba predicando en la plaza y que todos le iban á oir, él dejaria de ir á oirle, por vencer la curiosidad.

Tuvo la virtud de la humildad en sumo grado, mortificando por cuantos modos podia su honra y gloria. Andaba siempre pobremente vestido, con la

sotana y manteo corto y raido, y con tan gran menosprecio de sí mismo, que quien no le conocia no le estimaba en nada, por la poca cuenta que consigo tenia. Cuando habia obra en casa, que era de ordinario por comenzarse entónces el colegio, como cuando se hacian las tapias de la huerta, la balsa de la noria, la cocina, refectorio y algunos aposentos, trabajaba de ordinario como un peon ó jornalero, vestido con su sayo corto.

Acaecia no pocas veces llamarle doctores y religiosos y otra gente grave de la Universidad, para tratar con él negocios de importancia y salir así como estaba sacudiéndose el polvo de las mangas y ropa, con mucha edificacion y confusion de los que le hablaban. Y para vencer la vanidad, solia muchas veces decir que aquello no le era á él nuevo, que sus padres y abuelos habian usado aquel oficio, y que no era mucho hiciese él algunas veces en la Religion lo que, sí hiciese por toda su vida sino estuviera en ella, le vendria muy ancho, pues su linaje no hizo otra cosa.

Cuando estudiaba las *súmulas* en la Universidad, disputando con un estudiante y defendiendo su sentencia y conclusion, invistiósele al condiscípulo un espíritu de ira, con que alzando la mano le dió en su rostro una bofetada: él luego inmediatamente se hincó de rodillas y le pidió perdon de la ocasion que para ello le habia dado, con grande admiracion de los que lo vieron y supieron

Tambien porque secretamente hizo á cierta gente ejemplar y virtuosa que no diesen entrada en su casa á un hombre que parecia de bien y no le era, mas con sombra de virtud trataba de mucho mal en aquella casa, sin entenderlo la dueña de ella; el hombre indignado, viendo al P. Villanueva en la calle Mayor, le dió públicamente una bofetada; él al punto se hincó de rodillas y le volvió la otra mejilla, sin decirle mala palabra ni indignarse contra él, como discípulo de Cristo Jesus y fiel ministro de su Compañía, y queriendo el Vicario de oficio castigar al delicuente, rogó por él instantísimamente.

Con ser, como era, Rector, se iba muchas veces á comer á la cocina, y de ordinario era él cocinero, y decia: «Errado han el golpe los Superiores, que yo para este oficio era, no para el que tengo.» Y como de esto fuese avisado nuestro P. S. Ignacio, le ordenó expresamente que no entrase más ni pusiese los piés en la cocina para efecto de hacerla.

Tenian notadas sus discípulos algunas provechosas sentencias que traia en la boca y corazon y trasladaban de un cartapacio suyo, con que se animaba al desprecio de sí mismo y á mirar por sus faltas y dejar las ajenas que no le tocaban. Decíase á sí mismo: *Vides festucam in oculo alieno et non vides trabem in oculo tuo.* Y más: *¿Ad quid venisti?* ¿A qué veniste? y res-

pondia: «A ser crucificado y desollado, á morir á todas las cosas, á sufrir faltas y defectos ajenos.» Preguntaba otra vez: *¿Ad quid venisti?* y respondia: «A buscar la paz de mi corazon. ¿En qué? En los trabajos, en las necesidades, en los pecados y faltas ajenas.

Otras veces decia: «Calla y ruega á Dios en las cosas que no te toca á ti remediar. Hablen otros, tú solo vence el inmortificado espíritu que en ti vive de querer curar los defectos ajenos y de otros con el olvido de los tuyos. Lo que en ti no tienes curado, sufrélo en otros. Hasta que tus llagas estén sanas, no apartes tus ojos de ellas. ¿Qué paz hallas delante de Dios, en que todos sean perfectos y tú solo el llagado?» Estas y semejantes sentencias tenia á mano para humillarse siempre.

En la pobreza se señaló mucho, porque la amaba como á madre, y la buscaba no ménos que los más avarientos buscan las riquezas, en el vestido pobre y despreciado, en el comer lo peor, usando tomar su comida en la cocina de lo que á los otros sobraba. Si le daban alguna cosa particular, decia al que se lo daba: «No me afrentes,» porque no habiendo necesidad, tenia por afrenta del religioso no andar en todo con la Comunidad.

Cuando caminaba, de ordinario era á pié, su manteo al hombro, como hemos dicho, y cuando más con un jumento. Su comida en los caminos era pan y un poco de queso. Usaban los Hermanos unas candelillas que les daba el sacristan para llevar luz á sus aposentos, y pareciéndole á él no tan conforme á la pobreza, se las quitó con esta graciosa maña: pedíasela prestada a cada uno, como que queria él llevar tambien á su aposento luz, y uno á uno se las quitó de esta manera á todos y mandó al sacristan que no diese más á ninguno de aquellos cabos de velas.

La penitencia que hacia era continua, porque siempre, como se ha dicho, andaba haciendo guerra á la rebelion de su carne, y mortificando todas sus voluntades; en particular, era su sueño muy tasado, porque en el colegio donde estaba, siempre usó el oficio de despertador, y á la hora del despertar, ya habia él tomado una disciplina y tenido oracion, como lo advertian de ordinario algunos de sus más familiares.

La confianza que tuvo en Dios en cuantos trabajos se vió, así espirituales como temporales, fué grandísima: solia decir, y repetíalo muchas veces, que los Superiores de la Compañía más han de temer la desconfianza y poca fe de que les faltará lo necesario, que la misma falta y necesidad que se padece; pues más dañosa y perniciosa es aquella que no esta.

Aprendió esto de la experiencia, porque por los años de cincuenta y cincuenta y uno, como el colegio de Alcalá no tenia hacienda ni renta, sustentaba los que tenia en casa de limosna y no le alcanzaba. Por esta causa,

como él lo escribió á nuestro P. S. Ignacio, no se atrevia á recibir buenos sujetos que pedian la Compañía, diciendo que aun no tenia qué dar á los de casa, ¿cómo sustentaria los que de nuevo venian?: luego fué echando de ver que aun para los que tenia en casa le iba faltando, hasta que vino á conocer que aquel no era buen espíritu, sino desconfianza y tener pequeño corazon, no fiándose de Dios, que no falta á los pajarillos del aire y hormiguillas de la tierra.

Así, mudó de estilo, y á ninguno dejaba de recibir que le pareciese á propósito y entendiese que era llamado de Dios, así porque nuestro P. S. Ignacio le habia ordenado que todos los que le viniesen á las manos buenos para la Compañía los recibiese y se los enviase á Roma, como porque hacia esta cuenta consigo; que pues Dios los llamaba y traia á su casa y servicio, Él quedaba obligado á darles lo necesario y mantenerles como Señor á sus criados y esclavos de su casa; que él no servia en esto más que de mayordomo; así, le sucedia que el año que con esta liberalidad y confianza en Dios recibia, le daba el Señor liberalísimamente lo que habia menester y le sobraba para otros años.

A este fin, cuando veia algunos mancebos aptos para la Compañía por sus buenos ingenios y naturales inclinaciones, procuraba ayudarlos para que sintiesen la divina vocacion, con hacérseles encontradizo y preguntarles si habian menester algo y socorriéndoles en cuanto podia, aun en lo temporal.

Estaban todos los de casa maravillados de ver cómo proveia su colegio de lo necesario, sabiendo que no tenia ni una blanca sola de renta, y unos á otros se decian que Dios nuestro Señor los sustentaba por medio del P. Villanueva por milagro; y con la compasion que le tenian, entendiendo cuánto costaba al santo varon su sustento, se juntaron una vez los Hermanos, y fueron á él con un ánimo grande y le pidieron que no se afligiese, buscando para darles de comer, que ellos se ofrecian á pasar sin vino y sin otras cosas semejantes y se sustentarian con cualquier cosa; mas él les dijo: «Comed, Hermanos, y bebed lo que hubiéredes menester y servid al Señor, que la bolsa de Dios es grande y no os ha de faltar.»

Era asimismo liberalísimo con los que querian aprovecharse de la Compañía en las cosas espirituales de sus almas, recibiéndoles á todos á Ejercicios, dándoles, si eran pobres, la comida y cama sin interés alguno, como á los de casa, lo cual viendo sus súbditos, decian: «Padre, si V. R. usa de esa liberalidad, muchos se vendrán á hacer Ejercicios por gozar del barato y comer un mes de balde.»

A lo cual respondia el siervo de Dios: «Ojalá viniesen más, que á todos los estudiantes pobres yo los admitiré, y cuando no haya otra cama ni co-

mida que darles sino la mia, yo se la daré, porque ellos hagan los Ejercicios y se aprovechen. Y pluguiera á Dios que yo tuviera renta, que á pobres y á ricos les diera la comida de balde; mas querrá Dios que andando el tiempo tenga el colegio renta para ello.»

Era muy agradecido á los benefactores de la Compañía, como en este ejemplo se verá. Vivia con mucha necesidad al principio del colegio de Alcalá una buena mujer, ya muy vieja, llamada Mencía de Benavente, la cual de ordinario encomendaba en sus cartas nuestro P. S. Ignacio, como tan agradecido, porque cuando estudió en Alcalá le favoreció y ayudó todo lo que pudo, como si fuera su madre.

Pues queriéndola favorecer el P. Villanueva, y viendo que, por ser nuestra pobreza tanta, no podia como quisiera, pues por falta de camas dormian de dos en dos, y los manteos doblados servian de mantas y sobreropas en el invierno, y los mirabeles que el verano se hacian muy grandes, los guardaban secos para leña en las noches de invierno; con todo eso hacia que se le diese de comer cada dia de esta manera.

Al sentarse á comer, poníase una escudilla al principio de la mesa, y cuando se daba la porcion, que era bien corta, corria la escudilla por todos, y cada uno iba echando en ella una tajada de lo que le daban, y así se hacia una buena porcion; y acabada la comida la echaba el refitolero en un puchero con su caldo y un panecillo, y uno de casa se la llevaba, ó alguna otra persona devota enviaba por ella, porque la mujer no tenia á quien enviar. De esta suerte la sustentaba el P. Villanueva, dando ejemplo á los suyos que fuesen agradecidos á los bienhechores de la Compañía, buscando modos cómo servirlos y ayudarlos.

A aquel anciano sacerdote que los confesaba y comulgaba cuando en el colegio no habia sacerdote, el P. Villanueva le traia convidado á casa las fiestas y domingos en que los comulgaba; y no contento con esto, cuando cayó enfermo, le trajo á casa y le hizo curar con mucho amor y cuidado, como si fuera un Padre de la Compañía, todo el tiempo que duró la enfermedad; y finalmente, muriendo en casa, le hizo enterrar con la solemnidad que pudo, ejercitando su caridad y misericordia corporal con aquel de quien en vida la habia recibido espiritual.

No fué menor la caridad y cuidado que tenia de los enfermos, sin reparar en gasto ni trabajo. Recetando una vez el Dr. Mena ciertas cosas de botica, dijo al P. Villanueva: «Mire, Padre, que receto á peso de plata;» respondió él: «Recete Vm. lo que mandare, que para eso los cálices empeñaré.»

Habiendo otra vez muchos enfermos, hizo á los Padres enfermeros y cerró la puerta de la capilla donde confesaban, y él se puso en la portería, para

dar recaudo á los que venian. Aconteció otra vez que el médico recetó una cosa, y llevada la receta á la botica, el boticario dió otra, á su parecer equivalente á la que el médico dió, y dada al enfermo, no sólo no le hizo provecho, mas ántes daño, aunque no notable. Echólo de ver el médico y recibió pesadamente el hecho.

Como lo supo el buen P. Villanueva, tomó luego su manteo, y fuese á la botica; pidió el legajo de las recetas de casa, hizo cuenta con el boticario y nunca más consintió que de aquella parte se trajese á casa medicina.

Sintiólo mucho el boticario, y, muy corrido, echó muchos rogadores de dentro y de fuera de casa para ser otra vez recibido; mas el Padre nunca mudó de su determinacion, diciendo que la salud de cualquier hombre no se habia de poner en aquellos peligros, cuanto ménos la salud y vida de un siervo de Dios, la cual sola estimaba él en más que la de muchos seglares; porque miraba él no sólo la salud propia del enfermo, mas las muchas almas que por medio de cualquiera de la Compañía pueden llegar á Dios.

Esta era la causa porque estimaba en mucho á los predicadores, que de veras y con espíritu tratan de convertir almas. A los enfermos no se contentaba con regalarlos por medio de los enfermeros, sino que él mismo se iba á la cocina y les guisaba y aderezaba lo que habian de comer.

Finalmente, cual haya sido la vida de este gran siervo de Dios, y cuán discípulo de S. Ignacio nuestro Padre, y cuán parecido en su rara prudencia en el gobierno, acompañada de mucha suavidad, y la eficacia y espíritu de sus palabras, gran testimonio es ver que todos sus discípulos hablaban con suma reverencia de él, y más los muy santos y graves letrados, los cuales decian que ellos eran niños en comparacion de su Maestro, y que delante de ellos y de los más doctos hombres que habia en la Universidad, hablaba *tanquam potestatem habens*, y como el maestro puede hablar con los niños de escuela.

Pues este hombre tan admirable y tan santo, temblaba de pensar que habia de decir Misa, y si en su mano estuviera, nunca la dijera, y dilató el decirla cuanto pudo. Contentábase con recibir el Santísimo Sacramento de ocho á ocho dias, pero hacíalo con tanta copia de lágrimas, que ponia á todos devocion; porque por su grande humildad sintiéndose indigno de cosa tan alta, se iba deteniendo y dilatando el decir Misa de dia en dia; por lo cual, con órden de nuestro P. S. Ignacio, el P. Dr. Araoz, Provincial, le mandó rigurosamente que luego dijese Misa, como tambien le habia mandado que se ordenase.

Y porque él proponia el poco aparejo que para hacer tan alto oficio en sí veia, le señaló quince dias, que se cumplian en la Pascua del Espíritu Santo,

para que dentro de ellos en todo caso dijese la Misa; porque, mirando como él miraba su indignidad, confiriendo su bajeza con la alteza del que se habia de recibir, no sólo él, pero ningun hombre ni ángel se hallara cual él queria hallarse para tan gran ministerio.

Dijo su primera Misa rezada en el patio, que para ello se aderezó, y con tan grande devocion, que todo fué llorar él y los presentes. Esto fué mucho más cuando diciendo el Credo llegó á aquellas venerables palabras y llenas de todo consuelo: *Et homo factus est;* aquí ni el misacantano podia pasar adelante, y así, hubo de hacer una pausa notable, por el sentimiento y lágrimas que Dios le comunicaba, ni el auditorio pudo oir, ni ver lo que pasaba por el nuevo sacerdote sin tener el mismo sentimiento.

Predicó el P. Maestro Mancio, de la Orden de Sto. Domingo, que entónces leia la Cátedra de Prima de Teología en la Universidad, muy devoto de la Compañía, y en especial del P. Villanueva, de quien solia hablar altísimamente: habló en el sermon como hombre tan docto, del santo sacrificio de la Misa y del misacantano, segun el amor y estima que de él tenia.

Quedó el P. Villanueva tan humillado de la merced tan soberana que Dios le habia hecho, y tan agradecido á tan alto beneficio, que muchos de aquellos dias andaba admirado de verse en tan alta dignidad. No decia todos los dias Misa, para aparejarse mejor y para decirla con más reverencia, sino algunas veces, y estas previniéndola y leyéndola antes un buen rato y muy despacio, con grande consideracion de lo que habia de hacer.

Decíala con tanta atencion y reverencia y juntamente con una voz baja y sosegada, que tenia con un tono suavísimo, que parecia que la cantaba; con lo cual y porque de ordinario le daba nuestro Señor lágrimas en la Misa, causaba en los que le oian mucha devocion. Con la misma suavidad y tono rezaba sus Horas, y en lo que leia de la Sagrada Escritura le daba nuestro Señor muchas ilustraciones, y para poderse acordar de lo que se le habia ofrecido, iba haciendo señales en el breviario.

VIII

En otra persecucion defiende los Ejercicios de San Ignacio, el cual le ocupó en negocios graves.

Proseguia el siervo de Dios en el gobierno paternal de los nuestros, y en su fervoroso celo tambien para con los extraños, dando á muchos los Ejercicios espirituales, con mucho fruto de todos. No perdia ocasion en que pudie-

se ganar alguna alma para Cristo por medio de estos santos Ejercicios. Y así, el enemigo comun procuró quitarle tan poderosas armas.

Levantóle nueva persecucion sobre ellos con esta ocasion. Las veces que fué á Toledo á los negocios que traia con el Arzobispo de aquella ciudad, con cuantos trataba les hablaba de Dios y del aprovechamiento de sus almas, y para esto les exhortaba á hacer los Ejercicios espirituales. Acabó esto con el conde de Melito, que despues se llamó duque de Francavila, el cual con el ejemplo del Sto. P. Francisco de Borja, que poco antes con espanto de todos habia dado de mano al mundo y á todas sus cosas, andaba devoto y deseoso de servir á Dios: concertó con él que hiciese los Ejercicios, y con don Gaspar de Quiroga, canónigo de Toledo, que despues vino á ser Arzobispo de aquella iglesia y Cardenal, y con un Prior de Canarias que allí estaba.

Para que esto se pudiese hacer como se deseaba, ofreció el conde su castillo de Almenara, lugar solitario y por esto acomodado para aquel ministerio; y como viniese á Alcalá el P. Villanueva, hizo saber al Dr. Francisco Sanchez, que despues fué Abad mayor de S. Justo, y andaba deseando esto, el concierto que habia hecho con los de Toledo, y el lugar que para ello habian escogido para que se fuese con ellos.

El mismo oficio hizo con el P. Fr. Juan de la Parra, religioso de S. Francisco, de mucho ejemplo y virtud que tenia por confesor el conde de Melito, el cual, habiendo trabado muy estrecha amistad con el P. Villanueva, y tratado algunas veces de los Ejercicios, deseó verlos, y el Padre se los mostró escritos, y deseando que se los diese, como hacia á otros, excusábase teniendo respeto á su mucha santidad, pareciéndole que no los habia menester el que andaba de continuo ejercitándose en el amor de Dios.

Mas el santo fraile, perseverando en pedirlos, vino á decir: «Si los de la Compañía no me los quieren dar, tengo de pedir á Dios un ángel que me los venga á dar; y sé que si faltare en la tierra quien me los platique, Dios me dará un ángel del cielo que me los declare.»

Condescendiendo el P. Villanueva con su perseverante y humilde peticion, le avisó del lugar que habian escogido para recogerse; fueron, pues, cuatro de los nuestros con todo lo necesario al castillo, el P. Villanueva á dar los Ejercicios y el P. Pedro Tablares á confesar los ejercitantes, y los H. Martin Hernandez y Juan Manuel, recien entrados, á servirlos.

Faltó el conde á lo que habia propuesto, por ser cosa tan dificultosa acabar de salir del mundo, aun por ocho dias, el que tiene muchas raíces en él, y el canónigo de Toledo, luego que llegó, se halló mal de salud y se volvió, y nunca más tuvieron tan buena ocasion de su aprovechamiento.

Los otros tres perseveraron é hicieron sus Ejercicios con notable provecho,

como lo mostraron en la vida ejemplar que hicieron todo el tiempo que vivieron, especialmente el P. Fr. Juan, aunque antes era tenido por santo y por hombre muy espiritual; pues la ocasion y lugar los convidaba á darse más a Dios, y gastar más tiempo de lo ordinario en la oracion.

Entrando una vez el H. Juan Manuel á visitar el aposento de aquel santo religioso, le halló arrebatado con harto espanto suyo, y tuvo esto de allí adelante muy frecuentemente. De la misma manera le halló otra vez el P. Villanueva. Y porque se vea la devocion y estima que sacó de la Compañía, y de sus Ejercicios aquel santo fraile; aconteció que el H. Juan Manuel, cansado de servir á los ejercitantes en hacer la cocina y barrer y aderezar los aposentos y las demás cosas necesarias, anduvo tan tentado de su vocacion, que desde allí se queria ir y dejar á los Padres; más púsole nuestro Señor en el corazon el remedio que dan todos los santos para vencer todas las tentaciones más eficaz, y fué que pidiese consejo al P. Fr. Juan de la Parra, declarándole su tentacion, porque como hombre espiritual y no apasionado de la Compañía, siendo de otra Religion, le daria consejo saludable.

Hízolo así, y como le oyó el santo fraile, le consoló y animó á la perseverancia en lo que habia comenzado, diciéndole tantos bienes de la Compañía, que afirmó con toda verdad que, si él no fuera fraile, se entrara en ella. Quedó con esto quieto el Hermano de su tentacion, y perseveró hasta la muerte.

El Arzobispo de Toledo, que siempre quedó mal afecto á la Compañia, luego que supo todo lo referido y la mudanza que habia en los eclesiásticos de Toledo, oyendo cómo algunos de sus canónigos se ausentaban para hacer los Ejercicios espirituales en lugares apartados, y otras cosas que muchas personas mal intencionadas, escandalizadas con el nuevo nombre de Ejercicios, le decian, quiso acabar de ver qué cosa fuesen estos Ejercicios, y qué doctrina contenian.

Para esto hizo una junta de letrados en buen número, personas no más doctas que apasionadas, y dependientes de quien las escogió más para que le dijesen lo que deseaba, que por desear saber la verdad. Y así, todos de comun acuerdo, sin querer informarse de quien les pudiera y supiera dar razon de lo que eran, ni respetar la aprobacion que de ellos habia dado por un Breve suyo la Santidad de Paulo III, ni experimentar por la obra el fruto grande que se suele sacar de ellos; los condenaron notando todas las palabras del libro de nuestro P. S. Ignacio, y calificando sus proposiciones por temerarias, escandalosas, malsonantes, erróneas y muchas por heréticas, dignas de que se metiese en ellas la Inquisicion y las castigase.

Parecíale al Arzobispo que habia hallado capa para cubrir el mal que se decia haber hecho contra la Compañía, y que se veria claro cuánta razon te-

nia de no admitir en su Iglesia á los que tantos hombres condenaban por alumbrados, condenando aquella doctrina de que ellos tanto usaban. Confirmábase en esto más con una larga censura, y no muy favorable que habia hecho el Maestro Cano.

No entendieron estos doctores lo que pasa en la vía espiritual, pues no basta para entender las cosas maravillosas que allí enseña el Espíritu Santo, Maestro de aquella doctrina, ser uno muy aventajado teólogo, si no trata de ser espiritual; pues, como dice S. Pablo, el hombre animal, aunque más teólogo sea, no percibe las cosas de Dios. Y aunque estos teólogos tendrian buen celo, la falsa informacion que habian tenido de las cosas de la Compañia les ocupó de antemano el corazon, de manera que no dejaron la puerta abierta á la luz de la verdad; y así, la pasion, aunque originada de buen principio, llevó tras sí el juicio é inclinó á lo que quiso, como sucede en otras cosas.

Hizo tambien mucho el mal afecto del Arzobispo. Ultimamente volvió Dios nuestro Señor por la verdad, y mostró la pasion de los censuradores, que fué tanta, que llegaron á notar y censurar el Breve del Sumo Pontífice que aprueba los dichos Ejercicios, y la persona de S. Ignacio. Tocó esto en las niñas de los ojos al siervo de Dios P. Villanueva; opúsose á tantos contrarios, defendió las proposiciones calumniadas por la eminencia que tenia de la Teología mística, cuya escuela es la oracion y mortificacion; dió á censurar el libro de los Ejercicios á la Universidad de Alcalá, la cual le aprobó, especialmente el doctísimo Dr. Bartolomé de Torres, que despues fué santísimo Obispo de Canarias, el Dr. Cuesta, Obispo despues de Leon, el Dr. Vergara, Canónigo de la Magistral de Cuenca y electo Obispo, y otros muchos y muy insignes doctores.

Aprobáronlos otros Padres de la Religion de Sto. Domingo. Especialmente fué de gran momento por su mucha autoridad la del P. Maestro Mancio, religioso de la misma Orden, hombre doctísimo y catedrático de Prima, como hemos dicho, al cual dió el libro para censurar el Arzobispo, juntamente con la censura del Maestro Cano.

La respuesta fué que, por el hábito de Sto. Domingo, en aquellos Ejercicios no habia cosa mala sino era la censura del Maestro Cano, que sobre ellos habia hecho. Con esta ayuda sobre las diligencias hechas, iba dando razon á aquellos doctores el P. Villanueva de lo que eran los Ejercicios espirituales, haciéndolos capaces de la doctrina de ellos tan sana y del gran provecho que se hacia con aquellas consideraciones, exhortándolos de camino á que los experimentasen si querian satisfacerse del todo; desengáñabalos de aquella falsa opinion en que estaban, de nuestro P. S. Ignacio.

Todos vinieron á conocer la verdad y dejar el falso sentimiento en que estaban, por no haber entendido lo que contenia aquel nombre no usado de Ejercicios espirituales, que quedaron con esta ocasion más conocidos y acreditados.

Como daba el siervo de Dios tan buena cuenta de todas las cosas en que ponia la mano, y por ser tan conocida su prudencia, le quiso nuestro P. S. Ignacio hacer Profeso de cuatro votos, que es el último grado que hay en la Compañía y la mayor honra que puede dar; mas era tanta la humildad del P. Villanueva, que con muchas veras é instancias rehusó el recibir aquel grado, y al fin salió con ello; porque en demandas y respuestas se llegó la muerte del Santo Patriarca y la suya; pero el tiempo que le duró la vida le empleó nuestro P. S. Ignacio en muchos negocios que necesitaban de su mucha prudencia.

Habia deseado el Santo Patriarca visitase de su parte uno de la Compañía al apostólico varon P. Maestro Juan de Avila, persona muy conocida en el mundo por su santa vida, sabiduría divina y predicacion apostólica, para darle cuenta del Instituto de la Compañía y agradecerle lo que por ella hacia. Escogió para esto al P. Villanueva, que tenia tan bien entendido el espíritu de esta Religion y con sus obras lo practicaba.

Luego que recibió esta órden el siervo de Dios, tomó su manteo, y echándosele al hombro, se partió á pié, como solia, desde Alcalá para Córdoba, donde estaba el santo Maestro Avila; dióle el recado de nuestro P. S. Ignacio y larga cuenta de nuestro Instituto.

Holgóse el venerable Maestro Avila sobremanera con el P. Villanueva, maravillándose de que hubiese Dios encomendado á S. Ignacio lo que él habia tanto tiempo pretendido, y díjole: «Eso es tras lo que yo andaba tanto tiempo ha, y ahora caigo en la cuenta que no me salia á mí, porque nuestro Señor habia encomendado esta obra á otro, que es á vuestro Ignacio, á quien ha tomado por instrumento para lo que yo deseaba hacer y no acababa. Háme acontecido á mí lo que á un hombre que empieza una obra y luego se le cae; ó lo que á un niño que procura con todas sus fuerzas subir una cuesta arriba alguna cosa pesada, y por sus pocas fuerzas no puede, y viene un gigante, y arrebata de la carga que el niño no puede, y la sube con facilidad, y la pone donde quiere.

Añadió más, que á todos los que él viese de los que le seguian, ser á propósito para la Compañía, que él los aconsejaria que se entrasen en ella, como con efecto lo hizo, pues muchos de sus discípulos se entraron en nuestra Religion, y en ella vivieron y murieron santamente. Dijo más, que si él se hallara con salud y algunos años atrás, que él se entrara tambien en la Com

pañía, pero que estándose fuera no nos seria de ménos provecho que si estuviera dentro.

Fué así, porque con su mucha devocion y aficion que tuvo á nuestra Religion, la acreditó y autorizó, y mostró al mundo con el trato frecuente que con los de la Compañía tuvo y con quererse enterrar en el colegio nuestro de Montilla, la estima que él tenia y la que se habia de tener de ella. Volvió el P. Villanueva muy edificado de la discrecion y santidad del santo Maestro Avila, y muy satisfecho de sus sermones, de tal manera que solia él decir que anduviera muchas leguas por irle á oir; ni quedó ménos edificado el Maestro Avila del P. Villanueva y de su virtud.

Ocupóle luego S. Ignacio en otra jornada de gran consideracion é importancia; mandóle se llegase á Portugal á ayudar á componer con su prudencia, discrecion y santidad las cosas de la Compañía, que algunos comenzaron á inquietar, como S. Francisco Javier lo vió en espíritu este mismo año, que fué el mismo en que murió á la entrada de la China.

Hizo su oficio el P. Villanueva como de su discrecion y santidad se esperaba. Enteróse de las cosas y supo de raíz su orígen. Avisó á S. Ignacio de todo lo que habia en aquel negocio, y lo que él habia hecho, con cuya informacion se pudieron disponer las cosas de suerte, que resultó de ellas mayor servicio de Dios, y fué señalado por Provincial de aquel reino el P. M. Miron.

IX

Modo de su gobierno.

Acabados los negocios y compuestas las cosas de Portugal como se deseaba, se volvió el P. Villanueva á su colegio de Alcalá, el cual halló muy trocado y bien diferente del estado en que le habia dejado. Nunca de las ausencias de los Superiores dejan de padecer detrimento los súbditos, aunque la causa sea buena y santa, como lo era la que llevó al P. Villanueva á Portugal, porque la causa excusa la culpa, mas no impide el daño que se suele seguir.

Habia dejado encomendado el gobierno de su colegio al P. Diego Carrillo, el cual dos años antes habia entrado en la Compañía; y así, como nuevo, no tenia tanto conocimiento del modo de proceder de ella, lo cual fué causa que, por el ejemplo de un Hermano, todos los de casa viniesen á hacer tantas penitencias, que eran indiscretas, impidiendo los estudios y quebrantando irremediablemente la salud; y por consiguiente, impidiendo cosas de mayor gloria de Dios y más del propio fin de la Compañía y con peligro de

que se descuidasen en la mortificacion interior, abnegacion de su propio juicio y resignacion total de sí mismos.

Usaba aquel Hermano hacer penitencias extraordinarias así en abstinencias como en castigar su cuerpo; tenia muchas horas de oracion y un continuo callar, y para llevar su trabajo recibia cada dia el Santísimo Sacramento. Era hombre de rara virtud y abstinencia, y por esto pasaba con él el P. Vicerector, sin irle en nada á la mano. Trajo tras si gran parte del colegio; y así, hubo aquel tiempo penitencias excesivas de cuatro disciplinas al dia y no pocas de mucha sangre, cilicios extraordinarios, jubones de espinas y revolcarse sobre las ortigas de la huerta, que eran muy grandes, y otras cosas semejantes. Tenian cinco y seis horas de oracion y tanto silencio, que casi no habia rato de recreacion despues de comer, como se usó siempre en la Compañía, y en ninguna manera se hablaba uno á otro.

Pues como el P. Villanueva entró en su colegio de Alcalá, y vió lo que pasaba dijo muy maravillado: «No son estos los que yo dejé.» Luego procuró que saliese del colegio aquel Hermano, á cuya imitacion se habia introducido aquella demasía, y moderó á los que quedaron, conforme á la vida de la Compañía; porque, aunque para aquel Hermano era bueno, tanto espíritu de penitencia extraordinaria no lo era para todos; y así, con gran prudencia quitó á los demás Hermanos la ocasion de no errar en algunas demasías, y á él no le quitó la de su penitencia.

Lo que más deseaba el siervo de Dios en todos era una total mortificacion de la voluntad y desprecio de sí y de todas las cosas del mundo.

Solia decir el P. Villanueva que era muy diferente talento despegar las almas de la vida pasada y el ponerlas en oracion y espíritu; que algunos tenian mano en lo segundo y no en lo primero. Mas este siervo de Dios en todo tuvo gracia, porque con los Ejercicios despegaba las almas de la vida vieja admirablemente, como habemos visto, y á los que tomaba debajo de su gobierno, los encaminaba y hacia crecer en espíritu aventajadamente.

Testigo son de esto los Padres que gozaron de su gobierno en el colegio de Alcalá, los cuales salieron muy aprovechados, muy amadores de la virtud, despreciadores de sí mismos, celadores de las almas y grandes maestros de la vida espiritual. Por lo cual el P. Bartolomé de Bustamante, viendo esta gracia singular que Dios le habia comunicado para criar gente en la Compañía y varones espirituales, y lo mucho que le ocupaban los Superiores en fundaciones de colegios y otros graves negocios que se ofrecian, dijo, cuando murió, que nuestro Señor se le habia llevado tan presto, porque queriendo Su Majestad que estuviese en Alcalá criando gente de la Compañía, los Superiores le sacaban de eso para otras ocupaciones.

Su ordinaria enseñanza era la abnegacion de sí mismos, el despego de las cosas y ponerse indiferente á todo, segun la voluntad de Dios, y de esto hablaba en pláticas particulares y comunes. Todas sus exhortaciones hacia sobre mesa cuando acababa de comer, que era despues de todos, á la hora de los peones y trabajadores con quien él andaba como uno de ellos, á donde se le llegaban los Hermanos como moscas á la miel; y cuando los veia juntos, de alguna ocasion que allí se ofrecia hablaba altísimamente y con gran gusto de todos; lo mismo trataba en las pláticas de Comunidad muy de propósito.

Imponíalos tambien en que de buena gana tratasen unos con otros de decirse sus faltas con amor y caridad. Para hacerse esto, tenia señalado un rato de la quiete de mediodia, del cual se sacaba mucho provecho. Exhortábales á que se juntasen de dos en dos, para que uno á otro notase y le advirtiese los descuidos é imperfecciones que hacia entre dia contra las reglas, y se avisasen de ellos con amor y caridad para enmendarlos, y añadia: «Si fuera yo señor con renta, tuviera dos ó tres personas asalariadas, prudentes y de virtud, que anduvieran á mi lado, que *in flagranti,* luego que me vieran faltar en obra ó en palabra, me avisaran de mis faltas, reprendiéndome y castigándome por ellas.»

Por esta causa instituyó que cada uno tuviese á otro por superior, para que le dijese sus faltas y le mortificase, que fué costumbre que introdujo nuestro P. S. Ignacio en Roma. Mortificábales con singular gracia y acierto en todo aquello que conocia habia de quebrantar su propio juicio y voluntad, deshaciendo cuanto veia en ellos que sabia á mundo, y esto con mucha prudencia y discrecion, tomando el pulso á cada uno, y mirando en qué oficios de humildad y abnegacion seria bien ejercitarle, y en ellos le ejercitaba, así en casa como fuera de ella, mirando sólo al servicio de Dios, provecho de los nuestros y edificacion de los prójimos.

Cuando esto se ponia de por medio, no perdonaba á cualquiera, por más habilidad y letras que tuviese, ó por más caballero que fuese ó de otra condicion; ántes á los tales procuraba más mortificar; y así, unas veces les daba oficio de comprador, otras les enviaba al rastro, y les hacia vender públicamente el menudo, y traer acuestas la carne y de la plaza la verdura. Y si algo quebraban en la casa, les hacia salir por las calles á pedir limosna para comprarlo.

Cuando caian enfermos, enviaba algunos á que se curasen en el hospital de los estudiantes, donde estaba por administrador un fraile claustral muy devoto, que los curaba con mucha caridad y regalaba con grande cuidado. De todo lo cual los estudiantes de fuera se edificaban mucho, y se movian

más á la virtud y recogimiento con estos sermones de obras que con los que se hacian en el púlpito.

Pidióle una vez un Hermano una mortificacion pública; no se la concedió por entónces, y despues le dió una reprension tan áspera, que le hizo llorar, y díjole: «¿Veis, Hermano, cómo sentís más esta reprension mia, que la mortificacion que queríades hacer en la plaza?»

No era amigo de singularidades en asperezas corporales y abstinencias, haciéndolas extraordinarias y peregrinas, porque decia que algunas veces el demonio, cuando no alcanza su intento por otros medios, toma estos para sacar á uno de la Compañía, paliando sus astutos engaños con apariencia de más recogimiento y penitencia.

Su enseñanza en la aspereza corporal era la que pide nuestra regla para sujetar el cuerpo, no para matarle; y así, decia él que para una disciplina daria á uno licencia para cada dia; pero muchas que cansen, no veia de que provecho fuesen regularmente, sino de un poco de satisfaccion que toma el hombre, con que suele descuidar de otras cosas de grande importancia.

Estando una vez comiendo en la cocina, que lo solia hacer no pocas veces para mortificarse, entró un Hermano á pedirle una disciplina; él sacó una de la faltriquera y se la dió: el Hermano, mirándola y tentándola, dijo: «Muy blanda es esta,» él respondió: «A buen hambre no hay pan duro,» y prosiguió su comida, dando á entender que más hace la buena gana de penitencia, y el apretar la mano, cuando uno se castiga, que impide el instrumento.

Decia que los de la Compañía, que son verdaderos hijos de S. Ignacio, habian de andar tan recogidos y tan embebidos en Dios, que con la consideracion trajesen siempre consigo la celda en todo lugar, en las plazas, en las calles, no derramándose con las cosas que ven ó tratan; porque el instituto de la Compañía no es estarse uno en casa recogido en su aposento, sino de tal suerte entender en las ocupaciones y negocios de los prójimos, en que les pone la obediencia, como si se estuviera dentro de él, siguiendo las pisadas de Cristo nuestro Señor y de sus sagrados Apostóles, á quien en nuestro modo de vida tenemos por dechado, y á quien siguió nuestro santo P. Ignacio con todos los demás sus compañeros.

Esto le hacia tener un altísimo concepto de la Compañía, y decia: «Aunque yo viera quemar á Ignacio nuestro Padre, no me hiciera perder un punto de la estima que de él tengo, y lo que Dios ha hecho con él, me es bastante testimonio de que es cosa de Dios.»

Una vez vino al P. Villanueva un Hermano triste y desconsolado porque cierto religioso le habia dicho mucho mal de la Compañía, y él le consoló diciendo que no tuviese pena, porque la Compañía era como una danza bien

compuesta y artificiosamente ordenada, y como á algunos que ven de léjos semejante danza, les parece que los danzantes son locos y que los meneos que hacen son desatinos, mas los que de cerca la miran, viendo el órden y arte con que se hacen aquellos movimientos gustan de ella y la estiman y alaban; así son los que de léjos miran la Compañía, que como no ven la traza y armonía que tiene, ni la acaban de entender, paréceles todo lo que en ella hay desatinos; mas los que la tratan y conocen de cerca, gustan de ella, estímanla y alábanla como una cosa de gran traza y de soberana armonía; y así, no hay que maravillarse ni tomar pena que quien no la conoce, la llame locura y desatino.

Sentia altísimamente del exámen particular, y decia que era el instrumento inmediato para alcanzar la pureza de corazon, y que por conocer el demonio la importancia de este medio pone tantos impedimentos para que no se haga ó no se haga bien.

Enseñábales á sacar espíritu de todas las cosas; y así, el rato que se juntaban las noches de invierno en la cocina, le gastaban todo en esto, sacando espirituales documentos y provechosos conceptos de cuantas cosas habia en la cocina y de otras muchas. Y no sólo el H. Valderrábano, siendo cocinero, como se ha dicho, hizo un libro, espiritualizando todas las cosas de la cocina, sino el H. Dionisio Vazquez compuso otro por modo de diálogo, en que trataba de todas las ocupaciones de casa, y qué espíritu se habia de sacar de cada una de ellas.

Era amigo de acostumbrarles á que anduviesen á pié; y así, los veranos, en tiempo de las vacaciones, les enviaba peregrinando á algunos lugares, de donde venian muchos, movidos con el ejemplo y trato de los Hermanos, á hacer Ejercicios, y personas de cuenta, como el Provisor de Sigüenza, Juan de Espinosa, que despues fué Obispo, el Dr. Torres y otros doctores, de los cuales algunos se quedaron en la Compañía; y el P. Villanueva era el primero que andaba sus caminos á pié, dando ejemplo en esto, como en todo, a los Hermanos.

Sobre todo esto, procuraba que entre los estudiantes y todos hubiese grande union y caridad, como lo habia en realidad de verdad; nunca se vió cosa que la impidiese de palabra ni de obra. Si á alguno daba el Padre alguna penitencia, todos acudian á pedirla cada uno para sí, por aliviar de ella al Hermano á quien se daba. Si estaba alguno enfermo, todos acudian á regalarle y servirle á porfía, queriendo serle enfermeros. Si alguno iba fuera á otra parte, lloraban al despedirse más que si fuera un hermano carnal, á quien tiernamente amaran, y que se iba á partes adonde más no le viesen, y quisieran todos irse con él. Cuando volvia ó pasaba otro huésped por casa,

le recibian todos con tanta alegría, que no habia en el mundo rato de regocijo como aquel para ellos, procurando cada uno serle hospedero, y lavarle los piés, y proveerle lo que habia menester, de lo cual todo gustaba mucho el P. Villanueva, y con su ejemplo animaba á todos á llevarlo adelante.

En el estudiar, aunque andaban bien ocupados, porque en aquellos tiempos ellos eran los que hacian los oficios de casa, con todo eso les procuraba dar tiempo y que lo gastasen bien en sus estudios. Una vez topó al H. Gil Gonzalez en la huerta sentado con su libro en la mano, mas sin estudiar, y le dió una grande reprension, mostrándole que con más cuidado han de tomar los estudios los que se crian para traer almas á Dios, que los seglares que estudian para alcanzar grados y dignidades: y diciéndole el Hermano que le habian ocupado en ciertas cosas extraordinarias, el Padre le respondió: «Si yo os sacare del estudio para hacer alguna cosa, proponédmelo y replicadme una y tres veces, mirad que así os lo mando, porque quizá me habré olvidado de lo que tengo propuesto.»

Tenian los Hermanos mucho cuidado de acudir á él á preguntarle sus dudas para acertar á hacer lo que el buen Padre les enseñaba para juntar las letras con el espíritu; porque, como andaban tan sobre sí, deseando acertar en todo y tenian tan buen Maestro, iban á él para que les guiase; y así, el H. Juan Manuel le preguntó algunas cosas que sentia en sí dificultosas, y él respondió á ellas al modo que tuvo S. Basilio en las preguntas largas y breves que trató con sus monjes, y fueron muy estimadas las respuestas del P. Villanueva por su gran prudencia, y de ellas se hicieron varios traslados y se leian por leccion espiritual muy provechosa.

La vida en que habia puesto á nuestros estudiantes era esta: tenian dos horas de oracion, una por la mañana, de cinco á seis ó de cuatro á cinco, y otra antes de cenar, de siete á ocho en invierno y de cinco á seis en verano. Despues de comer y cenar, iban á dar gracias á la iglesia y gastaban en esto un cuarto de hora cada vez. Ayunaban los viérnes y sábados. La oracion tenian juntos en la capilla; entrábanse con ellos algunos devotos: muchas veces se juntaban en la misma capilla á tomar disciplina por cualquiera necesidad que se ofrecia.

Los tonos de predicar que comienzan: «Habeis de saber cómo el hombre ha caido esta mañana en el pecado,» se hacian cada dia á la segunda mesa, y cada noche á la cena se predicaba. Iba tambien el portero cada noche al Ministro á que le dijese las faltas que habia hecho en su oficio; y cuando el sacristan el domingo echaba las fiestas en el refectorio, decia la culpa de cuán mal habia hecho su oficio, y pedia le dijesen sus faltas, y desde la mesa se las iban diciéndo los Padres.

Despues de comer y cenar se juntaban todos en quiete, aunque de industria solia á veces no hallarse con ellos el Superior, porque era el respeto que se le tenia tan grande que, estando él presente, ninguno hablaba palabra; mas cuando estaba, tenia cuidado de recrearlos, haciendo que hablase quien queria. Otras veces los mortificaba diciendo alguna falta comun para humillarlos.

Estaba dada órden de las cosas que en la recreacion se habian de hablar, que todas eran de Dios y de su aprovechamiento espiritual Contaban historias de Santos, sus vocaciones y semejantes cosas. Era muy ordinario dar vuelta todos los de la quiete, dando cada cual gracias por algun beneficio recibido, el cual ejercicio, ejercitaban como los demás los Padres S. Francisco de Borja, Dr. Nadal y P. Villanueva, y cualquier Superior que allí se hallaba.

Usábase tambien otro ejercicio que el P. Francisco de Borja introdujo, y era abrir un diurnal, y cada uno escogia el verso de algun salmo que queria, y, segun el verso daba materia, hacia tres cosas; sacaba lo primero confusion propia, luego daba gracias á Dios por algun beneficio recibido, segun lo descubria el verso, y al fin pedia alguna merced á Dios.

Tambien se usaba muy de ordinario pedir alguna mortificacion, especialmente que le dijesen sus faltas, y decíanselas dos ó tres, que él ó el Superior señalaba, oyéndolas de rodillas.

La comunicacion y provecho que se hacia con los prójimos era muy grande; porque los Hermanos estudiantes, como estaban tan llenos de Dios, con mucha gracia y suavidad trataban de Él con los de fuera, y así, concurrian muchísimos á confesarse.

Hacian todos los oficios de casa los Hermanos estudiantes. Acontecia al Hermano despensero ó comprador ir con su esportillo debajo del manteo á las escuelas, para ir despues de leccion á comprar lo que le mandaban. El H. Gil Gonzalez pasó en la despensa todos los Concilios, é hizo de ellos un extracto.

A los votos religiosos, cuando los hacian, añadian otros particulares, segun su devocion y fervor, y eran bien heróicos. Unos prometian con voto ser perpetuamente cocineros, otros Coadjutores, otros leer siempre gramática y cosas semejantes, sujetando todas sus promesas y votos á la obediencia. Cuando de seis en seis meses se habia de hacer la renovacion de la Compañía, segun ella usa, los tres dias precedentes se preparaban para ella, y hacian particulares penitencias.

El dia de la renovacion se levantaban á la media noche, y luego tenian su hora de oracion, y tras ella una disciplina: acabada esta se les hacia una

plática, despues de la cual delante del Santísimo Sacramento renovaban sus votos en la forma comun, tras la cual cada uno decia en general las faltas que habia hecho hasta entónces en la guarda de lo que á Dios habia prometido, confundiéndose delante de nuestro Señor, y prometiéndole en adelante serle más fiel siervo. De esta manera pasaban todos, deteniéndose cada uno segun su devocion hasta la mañana, la cual llegada se decia la Misa, y en ella comulgaban.

Dadas gracias á Dios, salian de la iglesia tan inflamados y deseosos de servir de nuevo á nuestro Señor, que todos se abrazaban unos á otros con un amor como si de nuevo entraran en la Compañía, y pasaban aquel dia con grande alegría de su espíritu y consolaciones celestiales.

X

Funda otros colegios y vuelve á morir á Alcalá.

No dejó mucho tiempo nuestro P. S. Ignacio al P. Villanueva en su colegio de Alcalá despues que llegó de Portugal, porque luego echó mano de él para otra ocupacion de mucho servicio divino; porque el P. Antonio de Córdoba, hijo de D. Lorenzo de Figueroa y de doña Catalina Fernandez de Córdoba, condes de Feria y marqueses de Priego, luego que entró en la Compañía el año de mil y quinientos y cincuenta y dos en Salamanca, procuró con los de su casa que se diese traza cómo en Córdoba se fundase un colegio; por lo cual la marquesa de Priego, su madre, trató de este negocio con la ciudad, y concluyó que fuesen á Córdoba algunos de la Compañía.

Fué escogido para este negocio el P. Francisco de Villanueva; y así, se partió con el H. Alonso Lopez el mes de noviembre de mil y quinientos y cincuenta y tres, á verse con la marquesa de Priego, y habiendo tratado con ella el órden que se habia de tener, así en el sitio del colegio, para el cual ella daba unas casas que tenia en Córdoba, que llamaban del Agua, como en la renta que la ciudad habia de señalar, se partió con cartas de la marquesa para la ciudad y para D. Juan de Córdoba, Dean de aquella iglesia, hombre poderoso, rico y muy conocido y estimado por su mucha autoridad y nobleza, en que le pedia diese unas casas viejas que él tenia añejas á su Deanato, en que los de la Compañía viviesen entretanto que se edificaba el colegio en las otras casas.

Era este caballero muy averso á la Compañía y á todas sus cosas: con todo eso, hospedó al P. Villanueva en sus casas, más por respeto de la marquesa que se lo habia pedido, que por afecto ó devocion que á los nuestros tuvie-

se. Cuando la marquesa lo entendió, envió luego un capellan suyo á dar las gracias al Dean por lo hecho y para que el mismo capellan pusiese en órden la casa con todo lo necesario para que entrasen en ella los de la Compañía, rigiéndose en todo por lo que el P. Villanueva le dijese; el cual con su compañero iba á la dicha casa desde la del Dean, para dar traza en lo que se habia de hacer, y volvíanse á la casa de D. Juan á comer, cenar y dormir.

Como muchos ciudadanos acudiesen á casa del Dean á tratar con los Padres y los llamasen para confesar y visitar enfermos, así de dia como de noche, aconteció que una vez vinieron tarde de un enfermo, habiéndoles esperado el Dean para cenar; parecióle muy mal el estar fuera de casa á tales horas, y procuró informarse de gente de la ciudad en secreto, á qué partes iban y lo que trataban.

Todos le daban buena relacion y alababan grandemente el provecho que hacian en los enfermos, y cómo cuando él habia tenido mayor sospecha de ellos, habian sido el remedio de un alma que redujeron á grande dolor de sus pecados y á una buena confesion; con todo eso, para satisfacerse y certificarse más, procuraba el Dean secretamente mirarles por donde podia, cuando estaban en su retiro.

Acechábales de dia y de noche, para lo cual hizo barrenar el techo de su aposento. Veíalos que de noche estaban largas horas en oracion, que hacian muchas penitencias, que todo era modestia, santidad y Dios. Ofrecíales materia para hablar, por donde pudiese colegir lo que en ellos habia. Al fin, él vió tal vida, tales palabras y tan religiosa conversacion, que satisfecho de las personas, quiso informarse de su Instituto: y así, el P. Villanueva le dió muy larga razon de él.

Entendió el Dean que era gente enviada de Dios para gran servicio suyo y provecho de la iglesia, y mudado en otro hombre, no sólo trocó el odio que les tenia en amor, mas él quiso hacerles el colegio que venian á negociar con la ciudad por parte de la marquesa, con no pequeño espanto de toda ella, que como sabian cuán ajeno habia estado de hacer nuestra casa, se maravillaban que se hubiese hecho el principal autor de aquella obra, y sin reparar en lo que habia de señalar para la fundacion, porque dió todo lo que pudo; puso á los Padres, para dar principio al colegio, en las casas viejas que tenia, donde los dos, con algunos otros que vinieron despues, vivieron algunos dias; y aunque habia algun rumor de que les queria dar sus casas principales en que vivia, que eran nuevas, grandes y muy suntuosas, él estaba en muy contraria voluntad, pareciéndole cosa recia salirse de sus casas por meter en ellas aquellos Padres recien venidos.

Con esta determinacion solia decir al P. Villanueva que echase los ojos en la ciudad y mirase por algun buen sitio que fuese á propósito para edificar en él el colegio, porque aquellas casas de la marquesa, que dijimos, no eran á propósito. Mas el Padre le respondia que no tuviese pena, que hecha estaba ya la casa para su colegio, queriendo significar la casa del mismo Dean, que estaba bien fuera de hacer tal cosa.

No pasaron muchos dias en que Dios nuestro Señor le dió tan grande mocion interior de que diese luego sus casas á aquellos siervos suyos, que ni podia comer ni dormir sin pensar en ello. Una noche fué tanta la batería que le dió este pensamiento, que como él contaba parecia que le decian: «Dáselas, dáselas,» no dejándole pegar los ojos en toda la noche, de manera que, llegando la mañana, llamó al P. Villanueva y le contó lo que le habia pasado, y le hizo luego donacion de aquellas casas de su morada suntuosas y grandes, y con ellas les dió ornamentos preciosos y muchas piezas de oro y plata que tenia en gran número y de mucho valor para el servicio de la Iglesia, señalándoles la renta que habian concertado, y todo esto con tanta aficion, que no tenia otra recreacion ni otro pensamiento, sino pensar y tratar de su colegio, como á pocos dias lo mostró.

Y pasando por allí el P. Comisario, el P. Dr. Jerónimo Nadal, delante los regidores de la ciudad hizo su escritura de libre donacion de sus casas y dotacion del colegio, con tanto gusto de la ciudad, cuanto fué el provecho que en pocos dias experimentó en sus ciudadanos, como el mismo Dean lo escribió el año siguiente á la Santidad de Julio III, dándole cuenta, como á Padre y Pastor universal, de lo mucho que nuestro Señor era servido, y los prójimos aprovechados, y la Iglesia se amplificaba con la nueva Religion que Su Santidad habia confirmado.

Fué tenida por milagro la mudanza notable que hizo este caballero, así en trocar la poca voluntad que tenia á los de la Compañía en un grande afecto, estima y casi pasion que de allí adelante nos tuvo, como en la mejoría de su vida; porque, siendo antes más que licenciosa, de suerte que no habia cosa más pública en España que la amistad que tenia de mucha ofensa de Dios, con el trato del P. Villanueva la dejó y se mudó en otro varon, recabando este humilde Padre y los de la Compañía, lo que muchos príncipes y señores de España no pudieron alcanzar aunque lo procuraron.

Dió este caballero con la mudanza de su vida tanta satisfaccion de la pasada, que se puede hacer memoria de ella sin ofender su nombre.

Cuando la marquesa supo lo que pasaba, y que el Dean habia tomado á su cargo el colegio de Córdoba, determinó de hacer ella el de Montilla, como lo hizo. De esta manera alcanzó la virtud del P. Villanueva, que habiendo

salido para fundar un colegio, se fundasen dos; con lo cual se volvió al suyo de Alcalá, donde era muy deseado.

Fué creciendo tanto en aquella Universidad el número de la gente que venia á confesar y comulgar á nuestra casa, que se determinó el siervo de Dios labrar nueva iglesia que fuese más capaz, confiando sólamente en la Providencia divina; porque sin tener aún sesenta reales, abrió los cimientos, y pareciéndoles á muchos indiscrecion, decia que los abria para que diesen voces a Dios diciendo: «Henchidme, Señor, henchidme, Señor.»

Respondió Su Divina Majestad á la fe de su siervo muy colmadamente; porque luego el duque de Francavila aplicó las tercias de un lugar suyo para ayuda del edificio, con lo cual se acabó muy presto. Pero no sólo de adelantar su colegio de Alcalá cuidaba este siervo del Señor, sino de extender la Compañía; y así, yendo una vez á Cuenca, á ver á su devoto el Dr. Vergara, exhortó al canónigo Pedro del Pozo diese principio á un colegio nuestro en Cuenca, como se hizo luego.

Envióle despues nuestro P. S. Ignacio á visitar los colegios de Valladolid y Salamanca, y á fundar el de Plasencia, porque el Obispo de aquella ciudad, D. Gutierrez de Carbajal, que estando en el Concilio Tridentino conoció el raro ejemplo de virtud y singular sabiduría de los de la Compañía que asistieron á él, quiso tener un colegio en su ciudad.

Cuando pasó el P. Villanueva por Salamanca, salió con el P. Portillo á comprar en una feria buena cantidad de lana para el nuevo colegio; y echándola unos hombres en sacas para llevarla á Plasencia, viendo que no lo hacian bien, se quitó su manteo y sotana, y comenzó allí á vista de todos á llenar sus sacas hasta que las acabó, con harta admiracion y edificacion del P. Portillo, que se lo quiso estorbar y no pudo, y de cuantos lo vieron y supieron.

No perdia este humilde varon ocasion de su desprecio, porque no tenia otra honra sino la humillacion y mortificacion de Jesucristo, que, conforme al Apóstol, le rodeaba todo, y de piés á cabeza procuraba estar vestido de la imitacion de su Redentor, representando en toda su vida la humildad de Jesucristo.

A Plasencia llevó consigo al P. Dr. Márcos, que un año antes habia entrado en la Compañía. Aposentóles el Obispo en sus mismas casas, aunque otras que estaban pegadas con ellas les hizo dar, para que comenzasen á ejercitar los ministerios de la Compañía, que hicieron con grande edificacion de toda la ciudad.

Lo primero con que entró hablando el P. Villanueva al Obispo, fué decirle: Aquí nos trae V. S. para hacer fruto en sus ovejas; pero es necesario co-

menzar por V. S.» La cual palabra le causó no poca novedad al Obispo, porque nunca hombre nacido se le habia atrevido á decirle cosa semejante; mas fuéle el P. Villanueva con su trato y conversacion cautivando de manera, que el que antes habia sido más príncipe y señor de corte, que Prelado eclesiástico, de tanto brío, pundonor y respeto, que á ninguno reconocia, por ser hombre muy soldado en sus obras y trato; vino poco á poco a ablandarse, humillarse y rendirse, que á veces con sus palabras le hacia llorar, cosa que causaba grande espanto en los que conocian el ánimo militar del Obispo.

El cual no ménos admirado de ver en sí tanto rendimiento á un hombre tan humilde, solia decir que á nadie habia temido en su vida sino al P. Villanueva, y que nadie como él le habia sujetado; y era así, porque no hacia cosa sino lo que el P. Villanueva le ordenaba, así en el trato de su persona y casa, como en el edificio del colegio.

Y como una vez, señalando el sitio que era menester para la huerta, al Obispo no le pareciese que era necesario tan grande como el P. Villanueva señalaba, instando mucho en ello, el Padre, viendo que no bastaban sus razones para sacarle de su opinion, empezó delante de él á medir un pié tras otro, hasta siete en largo; y preguntándole el Obispo qué hacia, respondió: «Para mí, señor ilustrísimo, bástanme estos siete piés de tierra, que mañana me moriré; pero no lo que está señalado por V. S. para un tan principal colegio como ha comenzado, y á mí poco me cuesta volverme á mi colegio de Alcalá, con mi manteo al hombro y mi breviario, como vine.»

Convencido el Obispo, díjole que trazase y señalase por donde y como mejor le pareciese, y así se hizo; porque conforme al sitio que se escogió junto á la fortaleza, la huerta es muy grande y en lugar muy apacible y de muy buenas vistas.

Solia andar el Obispo sobre la obra con su báculo como un solícito sobrestante en compañía de muchos caballeros, y viendo una vez que no se daba recado á los oficiales por faltarles agua, dijo al P. Villanueva y á los demás que allí andaban: «¿No abria por ahí un mozo que con un par de jumentos acarree agua y haga las cosas necesarias?» respondió el humilde Padre: «Aquí ha llegado un hermano mio que hará bien ese oficio.»

Admirado el Obispo de tanta humildad y desprecio de sí, dijo que en su casa podria servir de otra cosa; mas el Padre le porfió tanto que no era para otra cosa, que hubo de quedarse para traer agua y servir en la obra; y poco despues, pasados algunos dias, fué recibido en la Compañía. Este es el Hermano Simon, de quien en treinta años que tuvo cuidado de la granja de la Magdalena de Plasencia, ninguno jamás se quejó, ántes á todos los pueblos

comarcanos donde trataba tuvo muy edificados con la conformidad de vida religiosa que siempre guardó.

Estuvo el P. Villanueva en esta fundacion de Plasencia dos años y medio, desde el otoño del año de cincuenta y cuatro hasta el abril de mil y quinientos y cincuenta y siete, aunque algunas veces venia á visitar su colegio de Alcalá, que era su querido y donde tenia sus delicias. Y así, como una vez le preguntase el P. Dr. Araoz, Provincial, estando en Plasencia, que á cuál colegio queria más, al de Plasencia ó al de Alcalá, le respondió que no habia comparacion, porque el de Alcalá era el primogénito y querido; porque tenia muy bien entendida la estima que se habia de hacer de un colegio donde se hacia gente para toda la Compañía, en gran servicio de Dios nuestro Señor y universal provecho de la Iglesia.

Decia que nuestro Señor habia fundado pocos años antes la Universidad de Alcalá, para que fuese Seminario de la Compañía y entrasen en ella tantos y tan buenos sujetos, como han entrado, para llevar el nombre del Señor por el mundo tan lleno de ignorancia é idolatría; porque á esta Universidad viene gran parte de la flor de la juventud y habilidades de España; y antes que viniese la Compañía, se quedaban en sus pretensiones de tierra y provechos temporales; mas ahora los escoge Dios para ir á tan distantes provincias y remotas regiones, como van, á fructificar en las almas de los gentiles, alumbrándolos y trayéndolos al rebaño de Cristo, trabajando en esta su gran viña, que regó con su preciosa sangre.

Entre tanto que el P. Villanueva estaba ausente, proveyó nuestro Señor que el Dr. Vergara sustentase el colegio de Alcalá con muy gruesas limosnas que le daba, y fué su primer fundador, aunque no quiso impedir que otro tuviese el título de tal, si le diese rentas competentes.

No dejaba el Obispo de Plasencia volver al P. Villanueva de asiento á su colegio de Alcalá, donde le deseaban mucho, especialmente el Dr. Vergara, que le tenia por su maestro y tenia entendido cuán necesaria era su presencia para el bien de aquel colegio. Instó tanto este doctor con S. Francisco de Borja, Comisario General, para que le trujera, que aunque con mucha resistencia del Obispo D. Gutierre, le hubo de dar gusto.

Llegó el siervo de Dios á su colegio de Alcalá Miércoles Santo á los catorce de abril del año de mil y quinientos y cincuenta y siete. Asistió á los Oficios de la Semana Santa con grande devocion y ternura; visitó en la Pascua sus devotos y conocidos, cumpliendo las obligaciones de su oficio y de su caridad. Entre otros que visitó, fué uno que no habia sido nada devoto de los de la Compañía, pero comenzaba á serlo, el cual le hizo sacar buen regalo de dulces: tomólo el Padre, aunque no lo comió, y, en saliendo de la casa, se lo

dió al compañero para que lo llevase á casa para los enfermos, diciéndole «Tomé esto, porque, como este hombre aún no nos conoce, no se disgustase y nos dejase.»

Fué luego á otra casa y sacáronle tambien otro tanto; mas no lo tomó, ántes dió una buena reprension á la persona que lo mandó sacar, que era muy devota, y díjole: «Nuestros devotos no han de ser parte para que rompamos con nuestras buenas costumbres y reglas; ántes, cuando vieren que uno de nosotros se descuida, se han de llegar á él y asirle de la oreja diciendo: «Mirad, Padre, que os descuidais.»

Andando en estas visitas de Pascua, se comenzó á hallar malo: fué cada dia creciendo la indisposicion, hasta que al fin le vino á derribar descubriéndose un fuerte tabardillo, con el cual, aunque iba cada dia empeorando y perdiendo las fuerzas corporales, no perdia, ántes le crecian las espirituales. Hacia que cada dia le dijesen Misa y recibia á nuestro Señor, con quien a sus solas trataba de su cercana partida, deseándola con ansias extrañas, por verse ya suelto de esta carne y estar presente con Cristo y con su Maestro S. Ignacio, á quien tenia siempre en su memoria.

Y porque, por la costumbre que tenia de andar en salud en la presencia de Dios no podia dejar de pensar en Él, diciéndole que no pensase tanto en Dios, que le hacia mal, respondió: «Dejadme, que no puedo más.»

Dentro de pocos dias le sacó la enfermedad de juicio, donde mostró bien cuán acostumbrado estaba á tratar de Dios nuestro Señor y de sus cosas, y de andar en su divina presencia, porque decia tan altas cosas y tan llenas de espíritu, y con afecto tan encendido, que le oian con grande espanto, gusto y reverencia todos los de casa. Decia las cosas tan bien ordenadas, que el Dr. Mena, catedrático de Prima de medicina, que le curaba con mucho cuidado y deseo de su salud por el amor y estima que tenia de su santidad, decia oyéndole: «No he visto locura con tanta cordura.»

Quiso nuestro Señor que, en recibiendo la Extremauncion, le volvió el juicio para poder despedirse de sus hijos, que alrededor de él estaban muy lastimados y llorando su pérdida. Y porque entendió que se decian Misas por su salud y escribian á otras partes para que se hiciese lo mismo, especialmente al santo P. Francisco de Borja, Comisario, que estaba entónces en Valladolid, para que ordenase que se hiciese esto con cuidado; dijo al Padre Dr. Saavedra que estaba con él: «Decidme Misas de *Requiem*,» y respondiéndole el Padre que no dijese aquello, que Dios le daria salud, como todos tenian necesidad, dijo él: «Haced lo que os digo, que bien podeis;» porque entendia ya el santo Padre que la voluntad de Dios era llevarle para sí a darle el premio de sus trabajos, como lo hizo la noche antes de S. Juan

Ante-Portam-latinam, que cayó en juéves á los seis de mayo, en el cual dia por la mañana hicieron los nuestros su entierro con el sentimiento que pedia la ausencia de tal Padre.

Depositáronle en la iglesia, que cuatro años antes él habia edificado, delante del altar mayor.

Manifestó el Señor la gloria de su siervo á algunas almas santas. Entre otros que tuvieron revelacion de su bienaventuranza, fué el venerable P. Martin Gutierrez, que despues fué mártir de Cristo.

El sentimiento que hubo de la muerte de este Padre no sólo en su colegio de Alcalá, que él tanto quiso, mas en todos los otros de España, bien lo declaró el P. Dionisio Vazquez en una que escribió dos dias despues de muerto, de Valladolid, esto es, á los ocho de Mayo, por comision de S. Francisco de Borja al P. Diego Carrillo, que hacia las veces de Rector en el colegio de Alcalá, en respuesta de otra, en que se le habia hecho saber del estado de la enfermedad. Dice, pues, así:

«Si los ojos no ven morir á nuestro P. Villanueva en Alcalá, bien lo saben llorar en Valladolid. Nunca pensé que se sintiera tan tiernamente la muerte de un santo. Yo no le lloro porque se va, siendo santo, sino porque se va siendo mi Padre, y me deja á mí con otros muchos huérfanos. Si es ido, *requiescat in pace.*

»Gran alivio y consolacion dió á nuestro P. Francisco de Borja, y al P. Provincial una inclusa de V. R. en que despues de la Extremauncion da alguna señal de vida, con haberle vuelto la habla y aliento. ¡Oh Padre, sáquenos por caridad de esta duda y díganos *si vivit animae nostrae pars,* ó si empezamos á morir, muriendo al cuerpo un alma bendita. Acá Misas y lo demás se dicen, pero yo querria que aprovechasen á otros difuntos y á nuestro Villanueva gozásemos acá.»

No sólo los de casa, mas áun los de fuera dieron testimonio de este sentimiento, porque el Obispo de Plasencia, D. Gutierre de Carvajal, que tanto habia resistido á que se viniese á Alcalá, en una de veinte y ocho de Abril del dicho año de mil y quinientos y cincuenta y siete, que escribió desde Madrid, donde al presente estaba, al P. Loarte en Plasencia, dice así:

«El P. Villanueva valiera más que no viniera acá, porque despues que llegó á Alcalá, le ha dado una calentura continua de que está harto trabajado, segun me escribe el Dr. Saavedra. Para él bien sé que le hará nuestro Señor merced de llevarle á descansar; á nosotros cierto nos hará mucha falta.»

Y en otra de veinte de mayo, escrita al mismo, dice: «No puede ser sino que las malas nuevas hayan llegado allá demás de tenerlo yo escrito, que nuestro Señor fué servido de llevarnos al P. Villanueva. Cierto por la falta

que nos hace, lo he sentido mucho; mas en parte está adonde nos podrá más ayudar. Obligados somos á hacer mucho más con su ausencia, porque no se vea nuestra falta.»

Y en otra de seis de junio, dice así: «Recibí su carta de V. R. y muy gran merced con ella, así por sentir la muerte del P. Villanueva como es razon, como por el ejemplo que nos da en ella. La falta de su persona no puede ser más; mas teniendo por cierto que está en parte donde más nos puede favorecer y ayudar á todos, es de tener gran contentamiento, pues goza de lo que tan bien tenia merecido, y por eso nos debemos alegrar sus amigos.»

El Dr. Alonso Ramirez de Vergara, cuyas letras, discrecion y virtud fueron tan conocidas en España, cuando le fué la nueva de la muerte del P. Villanueva, segun las diligencias que habia hecho con los Superiores para que le trujesen á Alcalá, por la falta que entendia hacia su ausencia á este colegio, hizo el sentimiento de su muerte, como quien tenia conocida la necesidad que él en especial y la Compañía tenia de tal persona, y dijo á dos de la Compañía que consigo tenia: «La excusa que tengo con Dios de haber tenido algun tiempo dos beneficios curados juntos para ayudar más al colegio de Alcalá, es haberme yo puesto en manos del P. Villanueva y haberme él dicho que los tuviese.»

Y á la hora de su muerte dijo con gran contento de su alma: «Dos cosas tengo por cierta señal de mi salvacion: la una es, no haber sido Obispo, y la otra haber tenido por Maestro al P. Villanueva,» cuyo parecer pesaba tanto acerca de él, que le tenia en más que el de todos los de la Compañía de España. Esta era la estima que del P. Villanueva tenia este insigne varon, y conforme á ella sintió su falta, habiendo perdido en él ayo, maestro y ángel de su guarda, como él lo solia llamar.

Y no es maravilla que tan altamente sintiese de él este doctor y otros varones como él, pues nuestro P. S. Ignacio, queriendo dar alguna demostracion del gran concepto que del P. Villanueva tenia, escribió, como hemos dicho, al P. Simon Rodriguez, aun cuando era novicio, que de sesenta estudiantes que tenia la Compañía, deseara él que los veinte salieran como Villanueva. Y en una del P. Polanco, que le escribió el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, le dice así:

«En lo demás que acerca de su persona escribe, en general me dice nuestro Padre escribiese que no debe de saber bien V. R. en la estima que él le tiene;» con las cuales palabras, aunque generales, significó bastantemente la singular opinion en que le tenia S. Ignacio.

Comun voz era entre los nuestros que le habia hecho Superior en cualquier colegio en que se hallaba, como lo mostraban los Rectores, que luego

que le veian en su casa acudian á él á tratar sus cosas como con su Padre y Superior, ahora fuese por haberlo así ordenado nuestro Santo Padre, como se pensaba, ahora por el comun respeto que todos le tenian, como á Padre, que habia sido el primero que habia traido la Compañía á estos reinos, y cuyo parecer en cualquier negocio tenian en tanto.

Y fuera de lo que merecia su rara prudencia y virtud, llenó á las provincias de España de excelentes sujetos que recibió en la Compañía: llegaron á ser ciento y cuarenta y cuatro los que se recibieron en el tiempo de su rectorado en Alcalá, todos escogidos, y muchos salieron hombres admirables.

Era el P. Villanueva de mediana estatura, corpulento y de fuerzas; el rostro redondo y algo moreno, encendido, con algunas rugas y no muy carnoso, mas muy modesto, grave y amable; la barba y pelo tenia negro, con algunas canas, aunque pocas.

Tenia grande encendimiento en la cabeza, por lo cual andaba muchas veces sin bonete; los ojos tenia negros, la nariz algo roma; hablaba bajo y despacio y con mucha suavidad palabras de grande peso y espíritu. Murió de edad de cuarenta y ocho años, habiendo gastado en la Compañía los diez y seis.

La vida de este siervo de Dios la escribió el P. Francisco Sachino en la segunda parte de la *Historia de la Compañía*, lib. I, y tambien el P. Orlandino en la primera parte.

P. NIEREMBERG.

P. ANTONIO DE MADRID

NACIÓ este Padre en un pueblo de Andalucía llamado Vejer, junto á Gibraltar. Sus padres eran tan pobres, como lo puede dar á entender su oficio: eran naturales de Fuenlabrada, pueblo cerca de Madrid; sustentábanse de guardar ovejas, y en este mismo oficio ocuparon á su hijo. Mas como la inclinacion que Dios habia puesto en su alma le excitase á ejercicios más altos, ella misma le hizo dejar sus padres y patria, y andar por tierras ajenas con deseo de estudiar.

Llegó á Alcalá, donde con el trabajo y pobreza que se pasa sirviendo, vino poco á poco creciendo hasta ser colegial trilingüe; donde se hizo tan aventajado, que á muchos dejaba atrás, especialmente en poesía.

Supo tan bien valerse, que pasó á Salamanca, y salió tan docto que se graduó de doctor, y fué colegial mayor de S. Bartolomé, colegio tan insigne de aquella Universidad, en la cual leyó dos veces las Artes con grande aprobacion y aplauso. Opúsose á la canongía magistral de Plasencia, y haciendo para ella los ejercicios acostumbrados, al cabo de su sermon muy bueno dijo: «Señores, no me creais que lo hago por la canongía.»

Pareció tan bien, que todos de comun consentimiento se la daban, si no se la quitara de las manos la competencia de unos bandos, que mirando á particulares respetos y pundonores, midieron la justicia por su gusto. Pero aunque no salió el Dr. Madrid con la canongía, salió con desengaño, que le valió más; y desde allí le fué el Señor disponiendo para conocer la vanidad del mundo y poca satisfaccion de sus esperanzas.

Con todo eso, para que tuviese que dejar más por Jesucristo, habiéndose despues opuesto á la capellanía magistral de la capilla Real de Granada, salió con ella. Estando allí, le dió nuestro Señor una mocion interior tan grande de que se entrase en la Compañía, y por otra parte sentia una contradiccion y repugnancia tan extraña á la misma Compañía, que la pelea interior que en su corazon padecia, le tuvo por algunos dias muy triste y melancólico, sin poder tomar gusto en cosa alguna, porque todo se le iba en pensar en aquel negocio.

Apretábale mucho un pensamiento, que de continuo le decia que habia de ir al infierno, si no se entraba en la Compañía; por otra parte le afligia el temor de que, una vez entrado, habia de vivir vida muy triste y desventurada.

Echóselo de ver un amigo suyo por la mudanza que veia en su exterior y en su conversacion, que no era alegre y con la gracia que solia: preguntóle qué tenia, porque le veia flaco y pensativo. Contóle en amistad toda su pelea, y habiéndole oido, le consoló y dijo que fuese é hiciese lo que Dios le inspiraba, y que estuviese cierto que no viviria vida triste sino muy alegre y llena de consuelo.

Con este buen consejo se animó á tratar con fervor de su entrada; y aunque tenia dificultad por una mala tísica que padecia, de que al fin murió, fué recibido, y acudió nuestro Señor con tanta gracia y consuelo á su nuevo soldado, que habiéndole vestido una ropa de casa que le dieron, le causó tan grande alegría y consolacion, que admirado de su engaño pasado, confesaba que no habia tenido dia de mayor alegría y consuelo en toda su vida. Decia, que hasta allí habia vivido en infierno, y que entónces comenzaba a gozar de un paraíso.

Empezaron luego á ejercitar la virtud del fervoroso novicio; porque apénas fué recibido en la Compañía, cuando le mandó el Superior, por despe-

garle más del mundo y hacérsele hollar, que vistiéndose de corto, tomase un arnero y fuese con él por agua á una fuente pública.

Obedeció con obediencia ciega el P. Madrid. Sale en cuerpo por las calles de Granada, donde era tan conocido y estimado, muy cargado con su criba. Mirábanse unos á otros los de la calle y plazas, viendo persona de tan grande autoridad y que habian visto antes acompañado de criados, con aquel humilde traje: más se maravillan cuando le ven, entre los otros que iban á la fuente con cántaros por agua, llegar él con su arnero á coger en él agua; unos dicen: «¡Qué gran loco!» otros que acertaban más: «Santo es ese doctor.» Los muy prudentes del siglo, y así por ventura los más necios, calificaban aquel hecho por imprudencia, los sencillos por excusado, los más lo veneraban y alababan aquel ejercicio de obediencia y heróico desprecio de sí y del mundo, con el cual empezó su milicia espiritual el nuevo soldado de Cristo.

Continuó su noviciado en Córdoba con igual mortificacion y victoria de sí mismo; allí, fortalecido más su espíritu, descubrió un gran talento de predicar la palabra divina. Hacia, siendo novicio, algunas pláticas y doctrinas con tal energía y fuerza de espíritu, que los que le oian decian que hacia temblar las columnas y estremecerse las piedras.

Convirtió algunas mujeres públicas, y, estando un dia exhortando á que favoreciesen con limosnas al sustento de las mujeres arrepentidas, movió tanto su celo, que cuarenta hombres se ofrecieron á sustentarlas, repartiendo entre sí su sustento, de manera que cada uno las daba un dia todo lo necesario.

En el noviciado trató más de mortificarse que de predicar. Acabado él no perdió lo uno y añadió lo otro. Toda su vida fué predicar con su ejemplo y palabra á Cristo crucificado, no perdiendo ocasion de humillarse, vencerse y mortificarse vivamente, aunque tenia cortísima salud; con lo cual daba gran eficacia á su predicacion, juntamente con las lágrimas que derramaba en el púlpito; porque, como estaba herido del amor divino, en refregando la llaga de su corazon con la memoria de la Pasion de Cristo, tornaba á derramar sangre, porque, como uno dijo, la sangre del amor son las lágrimas.

Todos confesaban que en elocuencia se igualaba al Dr. Constantino, que por aquellos años predicaba en Sevilla con gran admiracion, así de su rara elocuencia, como de su desastrado fin, siendo condenado por hereje; pero que el Padre se le aventajaba en las cosas que decia, y las demás dotes de gran predicador.

Corrió con su predicacion muchas ciudades de España; pero las principales plazas donde hizo punta al infierno, desde donde sacó de su garganta

muchas almas y llenó de gente los claustros religiosos, fueron Córdoba, Valladolid, Salamanca, Sevilla y Alcalá de Henares.

Predicaba con tan grande espíritu y devocion, que sólo verle puesto en el púlpito hacia llorar; porque estaba muy flaco de su tísica, y como luego acudia con su devocion y lágrimas, especialmente cuando nombraba el pecado mortal, del cual mal cuán grave sea lo tenia muy ponderado; enternecia las piedras y ponia espanto á cualquier pecador, por duro que estuviese.

Esto se echaba más de ver cuando ordinariamente acababa sus sermones con un pregon de Cristo, cuando le llevaban á crucificar, poniendo sus brazos en cruz, y con la voz lastimosa, que todos se deshacian en lágrimas, y particularmente cuando al mejor tiempo de la mocion, no pudiendo pasar adelante por su flaqueza (por lo cual no predicaba sino media hora ó poco más) lo dejaba diciendo: «Perdonadme, que no puedo más,» y aun se dejaba caer en el púlpito de cansado y flaco.

Fué cosa maravillosa y notada de los que le conocieron antes de entrar en la Compañía, que con haber tenido en el siglo poca gracia de predicar, de manera que no le podian oir, y los que le comenzaban á oir se le salian del sermon poco á poco; entrando en la Compañía se mudó tan extraordinariamente, que á porfía acudian á oirle por sola su gracia en el hablar, y por ver la propiedad de su lenguaje, y cuán al vivo traia delante de los ojos las cosas: muchos de los que le oian por esta curiosidad quedaban presos de su espíritu y devocion.

Era muy gracioso en las alegorías y semejantes colores retóricos, y con este modo de hablar deleitaba en gran manera los oyentes

Predicando una vez en la iglesia mayor, llegó á tratar de la adoracion de las imágenes, por ocasion de los que prendia la santa Inquisicion; y entre las demás razones, vuelto el rostro á una imágen que llaman Sta. María la Antigua, con quien toda la ciudad de Sevilla tiene especialísima devocion, dijo con grande afecto: «¡Que nos quieren quitar á Sta. María la Antigua! Esta palabra causó tanta mocion y tan grandes sollozos y gemidos y odio contra los herejes, que fué cosa muy notable.

Otra vez quiso el Asistente que el Padre predicara á las mujeres perdidas el juéves de la quinta dominica de cuaresma de la Magdalena, y por no estar para ello por su poca salud, dieron el sermon á otro, el cual no hizo provecho alguno en ellas. No quisieron que se pasase la ocasion, y otro dia pidieron al Padre que siquiera se subiese en el púlpito y hablase poco ó mucho á aquellas mujeres perdidas.

Fueron las que le trujeron cuarenta, y habiendo comenzado y dispuesto la gente, no hizo más de con las manos y rostro vuelto al Cristo, pedirle vi-

niese en el corazon de aquellas pecadoras; y luego volvíase á ellas, y derramando fuentes de lágrimas, como pidiéndoles tuviesen compasion de sí, y repitiendo esto algunas veces, con pocas palabras que entremetia, fué tan extraña la mocion que hubo en los oyentes y acudió nuestro Señor con tan abundante gracia sobre aquellas mujeres, que todas con grandes gemidos y lagrimas dejaron su mal vivir y fueron repartidas entre señoras honradas para que las ayudasen y pusiesen en estado, con admiracion de todos, que contaban este hecho por milagro.

Ni sólo esta vez despojó al demonio de tantas almas sus prisioneras; otra vez le embistió en Alcalá y le quitó igual presa de las manos, llevando cautivas para Cristo las cautivas de Satanás, con igual triunfo y trofeo que la vez pasada.

Un mártes de carnestolendas, el mejor dia del año para el demonio y la pascua del infierno, estaba muy afligido este celoso Padre de las ganancias que el demonio tendria aquel dia y de la pérdida de tantas almas olvidadas de su bien, pareciéndole cosa indigna que arrimasen las armas aquel dia los soldados de Cristo, cuando le hace mayor guerra el infierno. Juntamente con este dolor de su corazon, que se le partia de pena, le vino un deseo y ardor grande para embestir el principal castillo que tenia el demonio, que era la casa pública, juzgando que, por lo ménos, impedia, aunque fuese sólo una hora, que se ofendiese á Dios.

El suceso mostró que fué instinto divino: llevado del Espíritu Santo pide licencia al P. Rector, sale con su compañero á la calle; llevábase consigo la gente que encontró en el camino; iba el siervo de Dios hecho un fuego todo de caridad, echábasele de ver en el rostro lo que pasaba por su corazon; iba como turbado, y no es maravilla que tuviese esta divina turbacion quien iba a resucitar tantas almas, pues yendo el Hijo de Dios á resucitar un cuerpo, se dice que se turbó á sí mismo.

Llega á aquel homenaje del demonio, á aquella casa de pecados, hace que se junten las mujeres perdidas. Causóles grande novedad para qué las llamaban; cuando lo supieron se enojaban unas, otras se reian, todas hacian burla del siervo de Dios; júntanse todas, llega el fervoroso Padre á hablarlas, quédase suspenso antes de pronunciar palabra, porque le ató aquel breve rato la lengua una fuerte consideracion que le suspendió, viendo aquellas almas compradas y hermoseadas con la sangre preciosísima del Hijo de Dios, ser poseidas del demonio y envueltas en tanto cieno; atraviésale el corazon una espada de dolor, que entre cristianos se estime Dios en tan poco, que con desprecio é injuria suya se vendan los hombres á su enemigo, y se consientan oficinas públicas de pecados.

Con esta consideracion mudaba colores el P. Antonio, partíasele el alma de dolor, callaban todos mirándose unos á otros, maravillados de ver el sentimiento que mostraba en las muchas lágrimas que derramaba, hasta que, despues que habló bien eficazmente con los ojos, comenzó á hablar con la lengua, y arrebatado del espíritu del Señor que hablaba en él con tantas lágrimas que le impedian las palabras, preguntó con voz llena de quebranto e interrumpida con los sollozos y suspiros que echaba de su corazon lastimado: «Miserables mujeres, ¿de qué os sustentais? ¿cómo pasais esta vida? por qué los hombres tienen varios modos y oficios con que se sustentan, unos de fabricar las casas, otros de coser los vestidos, otros de labrar el hierro y otros con otras artes y oficios. Pero vosotras, decidme, ¿qué oficio ó arte teneis? ¿con qué os sustentais? miserables, ¿de qué os sustentais?»

Vínole aquí al siervo de Dios una avenida de lágrimas tan copiosa que no pudo pasar adelante, hasta que, desahogándose un poco con tristes gemidos que echó del pecho, tornó á decir: «Con lo que os sustentais es con las ofensas de vuestro Dios amorosísimo; susténtaisos con las injurias que haceis á vuestro Redentor, que derramó su sangre por vosotras, y de esto habeis hecho oficio.»

Dijo estas palabras con tal fuerza de espíritu, que penetró los corazones de cuantos le oian; y prosiguiendo su plática, añadió: «¿No habeis oido cómo Judas vendió á Cristo? pero él le vendió una vez, y esa con recato y á escondidas; pero vosotras cuántas veces le vendeis y con qué publicidad, que en medio del dia y en medio del lugar habeis hecho como almoneda de vuestro Redentor, de su sangre y tesoros infinitos de su gracia. Y ni Judas, ni aquellos sacrílegos sacerdotes de los Hebreos se atrevieron á usar ni tocar los treinta dineros en que fué vendido Cristo. Pero vosotras, respondedme, ¿el pan que comeis de qué lo comprásteis? ¿el vino que bebeis, de dónde le teneis? ¿los vestidos con que os cubrís, de dónde salen? ¿no sale todo del precio por el cual vendísteis á Cristo? De esa vuestra impía é infame ganancia y mercadería que públicamente ejercitais, de las ofensas y afrentas que haceis á Dios, ¿cómo podeis vivir, viviendo de esto?»

Apenas duró en su sermon un cuarto de hora con un pecho inflamado y ardiendo en amor de Dios, cuando se comenzaron á resolver en lágrimas aquellas mujeres perdidas, y comenzaron con gritos á decir: «Dadnos, Padre la mano y modo cómo sustentarnos, que queremos dejar nuestra mala vida, y haremos cuanto quisiéredes.» Cuando vieron esto los que estaban presentes, tampoco pudieron detener las lágrimas, ofreciendo su ayuda, sus casas y haciendas para asegurar aquellas almas. Ayudáronlas muy liberalmente, y así, el siervo de Dios se vino á casa con tantos trofeos como muje-

res perdidas habia, triunfando del demonio el mismo dia de sus triunfos, cuando la licencia y el pecado tiene más el campo por suyo.

Estos divinos instintos solia tener este santo varon, moviéndole el espíritu del Señor á donde queria ser servido de él, y llevarle á obrar semejantes maravillas. Otras veces le revelaba claramente dónde habia algunos pecadores, para que procurase su remedio.

Fué caso muy notable lo que le sucedió en un camino que hizo para confesar a una señora de título de estos reinos, que deseó comunicar su conciencia y poner su alma en las manos de tan gran siervo de Dios, como lo era el P. Antonio de Madrid. Llegó á pasar junto á una venta, y sin tener necesidad de apearse para descansar él ó dar de comer á las mulas, forzó á los que le llevaban que se detuviesen, y, aunque repugnando, lo hubieron de hacer.

Entrando en la venta, sentóse en un banco que estaba á la puerta, y comenzó á llorar y sollozar hilo á hilo, con admiracion de todos. Estaban allí unas mujercillas de mal vivir, y, viéndole llorar, llegaron á él, y le dijeron: «¿Por qué llora, Padre?» él las respondió: «Lloro vuestros pecados, porque os vais perdidas al infierno;» y lloraba y sollozaba más amargamente. Fué tal la mocion que causó en las mujeres, que comenzaron tambien ellas á más y más á llorar sobre sí mismas, hasta que, convertidas á Dios, el Padre las hizo remediar; de lo cual entendieron los que le llevaban que Dios le habia revelado que estaban allí aquellas mujercillas, y que por sólo su remedio se habia detenido en la venta; y así, por cosa de milagro se lo contaron todos los criados á aquella señora marquesa á quien iba á confesar.

El tema ordinario de la predicacion de este siervo de Dios era contra el pecado mortal, contra el cual hablaba con modos tan diversos y con tan extraña ponderacion, que revolvia las entrañas de los oyentes sólo oirle nombrar el pecado mortal. Unas veces decia: ¿Cómo que se sufra entre cristianos que en Cuaresma y en tiempo tan santo estén las carnicerías abiertas, donde públicamente se venda carne? Otras veces pedia limosna para redencion de cautivos del pecado mortal.

Con esto hacia efectos maravillosos, cuales fueron con dos personas muy principales; porque en materia de flaqueza temiéndose de próximo grande escándalo, salió la una de un sermon tan herida, que dejando luego las ocasiones se dió del todo á la virtud, y con el buen ejemplo que iba dando deshizo el daño que con su mal vivir habia causado. La otra tenia enemistades trabadas con personas principales de Alcalá y, yendo á ejecutar su mal ánimo, entró acaso donde el Padre predicaba más por ver lo que pasaba y salirse luego, que con deseo de aprovecharse.

Acertó á hablar entónces el predicador, no sin inspiracion divina, de cómo se han de amar los enemigos. Quedó el oyente tan otro, que luego perdonó á todos sus enemigos, dejó sus quejas y pasiones, y se vino á poner en manos del Padre, para que dispusiese de su vida, como mejor le pareciese en servicio de Dios.

Este peso y fuerza que tenia en el hablar le nacia del gran empacho y confusion que de sí y de sus culpas pasadas tenia, que parece que siempre las tenia delante de sus ojos; y así, pedia que rogasen á Dios se las perdonase. De este conocimiento le nacia una muy señalada humildad, teniéndose por el peor del mundo, y deseando que todos le hollasen y maltratasen, lo cual ya que no lo alcanzaba de los otros, él mismo se era el enemigo y perseguidor de sí mismo, no perdiendo ocasion que se ofreciese de maltratarse, mortificarse y abatirse: tenia consigo determinado de no pasar dia en que no hiciese alguna insigne mortificacion con que humillarse.

Solia para este efecto en sus sermones dejar algun buen concepto, de que le parecia estar más contento, hasta que lo vinieron á entender los Superiores, porque le notaban que cortaba la razon algunas veces, y le ordenaron que no dejase concepto alguno de los que se le ofreciesen. El invierno usaba lavarse, como si fuera verano, con el agua helada, aun las partes que no solemos lavar, y tomaba en la mano agua, y echábasela por el cuello abajo.

Encubria todo lo que le podia dar autoridad, con un hablar familiar y rústico é ignorante, mostrando que no sabia, especialmente con quien no le conocia. Llamóle una vez el P. Antonio de Araoz, Provincial, en la huerta, para preguntarle un caso de conciencia, y habiéndole oido, dijo él con gran desprecio de sí mismo y donaire pastoril: «¿Y qué sé yo de eso?» hasta que, reprendido del Padre, respondió lo que sabia á lo preguntado.

Estaban una vez ciertos Padres graves juntos hablando seriamente, y llegándose á ellos sin más ni más, dijo con la voz y tono muy de rústico: «Yo soy hijo de un pastor, y mi padre se decia Pedroche, y mi madre Antoña,» de lo cual quedaron bien admirados y edificados los Padres, viendo el espíritu con que lo decia. Su vestido y trato exterior era como de hombre muy despreciado. Tenia particular consuelo en tratar con los Hermanos Coadjutores, y así, de ordinario se llegaba á ellos.

Viniendo una vez del colegio de Ocaña al de Alcalá, llegó á una posada, y mientras comia la cabalgadura y descansaba, él se andaba paseando; y tapándose en el suelo con una manta vieja, y raida, y rota, como no perdia ocasion ni punto en que pudiera humillarse y ser despreciado, tomóla y echósela por encima del sombrero, y envuelto en ella echóse cuan largo era á la entrada de la posada al sol, como lo suelen hacer algunos pobres.

Un religioso grave que pasaba tambien de camino y se andaba paseando algo apartado, llegóse á él y dijo: «¿Qué haceis aquí, hermano?» él respondió rústicamente: «Estoíme aquí al sol, que tengo frio.» Preguntóle más: que de dónde venia y adónde iba; él le respondió: «De ahí vengo, de Ocaña, y voy a Alcalá.» Y al fin, que dónde vivia. «Ahí vivo, en Alcalá.»

Apartándose de él el religioso, llegaron á la misma posada dos mercaderes honrados de Ocaña, que tambien pasaban de camino, y poniendo en él los ojos, dijo el uno al otro: «¿No es este el Dr. Madrid?» y reconociéndole, maravillados de verle, se llegaron á él y le comenzaron á hablar con grande reverencia, diciendo: «Jesus, P. Dr. Madrid, ¿y aquí está V. P.? levantáronle y agasajáronle lo mejor que pudieron, aunque él se iba excusando y deshaciendo lo más que podia.

Viendo el religioso el respeto que le hacian, preguntó al uno de aquellos mercaderes quién era aquel, y él le dijo: «¿No le conoce V. R., que es el Dr. Madrid, aquel grande predicador y un santo? y á este tono otras palabras de alabanza. Lleno de confusion el buen religioso, se llegó á él y le pidió perdon por no le haber tratado con el respeto que se debia á su persona, por no haberle conocido. El humilde Padre le dijo que no habia de qué pedirle perdon, que muy bien le habia tratado y mejor que merecia.

A este modo eran las demás mortificaciones, que seria largo contarlas; y no era la menor la continua que tenia en sufrir sus enfermedades y su asma, las cuales agradecia á nuestro Señor como beneficio singular, como lo mostró un dia, hablando con un Padre muy familiar suyo que le trataba de esto, diciéndole: «No sabeis, Padre, el tesoro que tengo en esta asma, y lo que me valen los recuerdos que me da.»

Pero todo le parecia poco á este amador de Jesucristo por padecer más por su amado; y así, á la mortificacion de su continua enfermedad añadia muchas aflicciones muy vivas, al fin, cuantas él podia. Estaba tan malo y exhausto, que le quitaron los Superiores las penitencias corporales, lo cual fué forzoso para que viviese, porque no sufria la flaqueza de su cuerpo sobrecarga de las penitencias.

Con todo eso nunca se quiso dar por rendido, y siempre instaba le dejasen hacer penitencia; porfiaba sobre esto á los Superiores con tanta hambre y sed, que les pedia que por lo ménos cada semana le dejasen salir con disciplina pública en el refectorio, y que siempre que predicase tomase una por espacio de un *miserere mei;* y como tambien se lo negasen, porque ningun género de penitencia de estas dejaba de dañarle, él siempre porfiaba y procuraba sacar siquiera poderse dar cierto número de azotes, que aunque pocos, hacia tanto caso aun de lo poco, que lo tenia por gran favor y no salia

un punto de lo que ellos ordenaban, por el sumo respeto y reverencia que siempre guardó á la santa obediencia.

La continua mortificacion y odio que consigo traia el P. Antonio es buena muestra de su propio conocimiento, pues no contento con mortificarse de continuo y buscar para esto ocasiones, siempre andaba hablando consigo mismo sentencias que le humillaban.

Tenia tambien un librito muy pequeño que consigo traia, lleno de estas breves oraciones y dichos provechosos, con que renovaba su devocion, leyéndole cuando se hallaba solo, y hacia actos de dolor de sus culpas pasadas, del cual, porque esto mejor se vea, quiero poner aquí algunas sentencias.

No te engañes (dice) obrero loco, pensando que puedes reparar la pérdida de un tiempo con otro, porque no basta el dia de hoy para descargar perfectamente las deudas de hoy: *Sufficit diei malitia sua.* Por tanto, dijo un sabio: «No se puede vivir un dia bien vivido, sino pensando que aquel es el postrero. ¿Deseas vida larga, deseas tiempo? ¿para qué? ¿para hacer penitencia, trabajar y loar y servir á Dios? pues cátalo aquí. ¿Cómo deseas lo que tienes? ¿Puede ser de otra condicion el tiempo que aguardas? ¿Cómo desperdicias lo que deseas? Ahora tienes lo que deseas y no sabes si tendrás.

»Levántate ahora á la penitencia, muere á ti en cuanto fuere posible, sé laborioso para morir. Vaca dentro de ti en tu conocimiento, y al loor de Dios continuo. Ora sin cesar; el tiempo de la oracion deseálo y gástalo como pan del cielo para tu ánima.

Oracion á Jesus. Jesus mio, entra en la obra de tus manos y desarraiga y planta; destruye y edifica á tu gusto y guarda, tú que puedes, el edificio de mi corazon, en temor, amor, prudencia, claridad, limpieza, simplicidad delante de tus ojos, que de donde quiera me miran, obedeciendo por ti y como á ti, al alto y más bajo que tengo en tu lugar, cautivando mi entendimiento y aficionando mi voluntad, así en lo que parece poquito, como en lo que es mucho.

Semejantes á estos eran los demás dichos.

Solos siete años estuvo en la Compañía este fervoroso Padre, y los llenó tan bien de obras y virtudes, que pudieron equivaler á setenta de otro religioso, aunque fervoroso. El último término de su predicacion fué Alcalá de Henares, adonde vino el año de 1561 y predicó hasta su muerte, con tan extraordinaria mocion y provecho de los estudiantes, cual lo mostró el fervor con que se entraban en religiones.

Acabando, pues, de predicar el último sermon de su vida, primero de enero, dia de la Circuncision del Señor, en nuestra iglesia, con la mayor elocuencia y espíritu que jamás habia predicado, tanto que decian: «Este ser-

mon no le ha predicado el P. Dr. Madrid, sino algun ángel del cielo,» porque en él, como cisne divino, ya cercano á la muerte, cantó más suavemente que nunca; quedó tan acabado con la tísica, que muchos años habia tenia, que fué menester llevarle en brazos á la cama, donde le acudió una calentura tan grande que le puso en peligro, el cual como echase de ver el siervo de Dios, comenzó á tener tanto miedo de la cuenta que habia de dar á Dios, que á todos pedia Misas y oraciones, *pro peccatis*.

Y ofreciéndole el Abad de S. Bernardo, Fr. Luis de Estrada, que le amaba mucho por su santidad, visitándole, que le haria decir en su casa Misas, agradeciéndoselo mucho, le pidió que fuesen *pro peccatis*. Fué menester que sobre esta materia le consolase y alentase el P. Antonio de Araoz, Comisario.

Conjuró al Dr. Vallés que le curaba, que le declarase el peligro en que estaba. El le preguntó que para qué queria saber aquello; respondió que tenia ciertas cuentas que refinar con nuestro Señor. Declaróle el peligro grave en que estaba su vida, y desde aquel punto le dió Dios una paz, quietud y seguridad tan grande, que á todos maravilló su mudanza.

La tarde antes que muriese le cesó el ahogamiento del pecho, y pensando todos que era mejoría, le daban el parabien. Recibido el santo Sacramento, se quedó solo, fuera de un Padre que se quedó escondido en el aposento, y vuelto á un crucifijo que tenia en frente de su cama, hablóle de esta manera: «Yo, Señor, quisiera partirme: dícenme que estoy mejor, haced de mí como fuere para más servicio vuestro.»

A la noche querian algunos Padres quedarse á velarle; el siervo de Dios les dijo: «Váyanse á dormir, que no me moriré esta noche, yo les avisaré con tiempo.» A las tres de la mañana comenzó á trasponerse, y fué el enfermero por la candela para ayudarle, y él le dijo: «Sosiéguese, Hermano, que áun no es tiempo.» Pasada poco más de una hora, le volvió á decir: «Vaya á llamar á los Padres, que ya es llegada la hora.»

Acudieron todos con mucha priesa y halláronle ya trasportado y sin ningun uso de sentidos, que no respondia á cosa alguna que le preguntaban. Estando de esta manera, comenzó un coloquio con las tres divinas personas, con voz tan fuerte como cuando tenia salud, con palabras tiernísimas y de mucho peso, cuales siempre fueron las suyas.

Acabado el coloquio, volvió en sí y reconoció al P. Valderrábano, su Provincial, y al P. Manuel, su Rector, y al P. Antonio Sanchez, su confesor y á los demás, diciéndoles que tendria cuidado de encomendarlos á Dios y de remunerarles la caridad con que le habian acudido en su enfermedad.

Estando de este modo razonando, con mucha alegría dijo: «Adiós, Padres, que yo me voy,» y trasportado prosiguió el sobredicho coloquio y al

santo crucifijo que tenia delante dijo: «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, quita los de este pecadorazo; y diciendo á nuestra Señora: *Maria Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe,* dió su espíritu á nuestro Señor á la hora que en nuestra iglesia se comenzaban las Misas.

Hízose su entierro á la tarde con extraordinario concurso de la Universidad y del pueblo, con un grande sentimiento, que todos á una voz decian que era un santo. Fué su muerte el año de mil y quinientos y sesenta y tres.

La vida de este siervo de Dios la escriben las *Crónicas de la Compañía*, y especialmente el P. Francisco Sachino en la segunda parte, lib. VII.

P. NIEREMBERG.

H. PEDRO GOMEZ

EL primero que se recibió en el colegio de Ocaña, luego que entró allí la Compañía, fué el H. Pedro Gomez, natural de aquella villa, hijo de padres labradores.

Cuando pidió la Compañía, le dijo el P. Diego Carrillo, Rector, que mirase que entraba á ser el estropajo de la casa; él respondió que eso era lo que buscaba: y añadiendo el Padre, que al estropajo á veces le echan fuera por el albañal, respondió que él se volveria á entrar por la puerta. Con tales respuestas entendió el Padre la vocacion de Dios y el ánimo de servirle en la Compañía; y así, le recibió dia de la Magdalena del año 1558.

Luego en entrando, dió este Hermano en la vereda de su vocacion y reconoció aquello á que Dios le llamaba, y dándose de veras á la verdadera humildad y menosprecio de toda presuncion, comenzó á abrazarse con la mortificacion de sí mismo y con verdadero desprecio de sus cosas, como si le fuera en ello la vida: todos sus cuidados y ansias era su abatimiento y deshonra, con tantas ansias, como los del mundo buscan lo contrario.

Aplicóse luego al trabajo, y huia grandemente estar un punto sin hacer algo de provecho para la casa; y cuando no se ofrecia ocasion en que emplear los aceros que tenia de trabajar, pedia muy de veras al Superior le comprase un jumento, porque él venderia agua por las calles, para ser de algun provecho y no comer el pan de balde.

Cuando iba al campo, tomaba un bocado por la mañana y no comia más hasta la noche que volvia á casa, trabajando todo el dia con los peones. Y no se contentaba con esto, sino que entre tanto que ellos comian y descansaban, él se iba á recoger la aceituna que quedaba por el suelo perdida por donde todos los demás habian andado, aun no queriendo tomar para descansar el rato que se les concede á los jornaleros. Con todo esto, siempre andaba enojado consigo mismo y quejoso, pareciéndole que era un holgazan y comia el pan de balde. Y siempre que decia faltas en refectorio, que era muy de ordinario, entre otras agravaba mucho su flojedad.

Haciendo oficio de Procurador, iba siempre á pié á hacer las cobranzas ó a solicitar los negocios que se ofrecian, y aconteciόle andar quince leguas á pié en un dia, y de esta suerte solia ir hasta Córdoba á cobrar las rentas de unos beneficios que allí tenia el colegio.

Era grandemente humilde, y el concepto que de sí tenia era tan bajo, que todas las veces que en el refectorio veia puesta la picola, que es la mesa de las penitencias, se iba derecho á sentar en ella, pareciéndole que ningun otro habia en la casa que la mereciese sino él. Todas sus ansias eran buscar ocasiones de humillacion, y la que le venia á las manos no la perdia.

Una vez que le enviaron por aceitunas verdes, fué y trajo en los hombros un costal desde el campo, y pasó por medio de la plaza con sotana y sin bonete, y llegó á una esquina de la plaza junto á una botica donde habia mucha gente, y todos pusieron los ojos en él: pareciéndole buen lugar aquel y á propósito para vencer y mortificar su honra, y no queriendo perder la buena ocasion, suelta su costal del hombro y pónese á descansar muy despacio á vista del pueblo, y por espacio de media hora se estuvo quedo en aquel lugar, mirándole el pueblo, y él venciéndose á sí mismo, con grande edificacion de la gente que le conocia.

Otra vez, habiendo perdido una bolsa con algunos dineros, el Superior por probar su virtud le mandó que saliese á buscar otro tanto de limosna en cuerpo, con una sotana que traia muy rota y sin bonete. Encontróle el cura de S. Juan, y díjole: «A vos por ser flojo os deben de haber echado de la Compañía: merecíades que os diesen cien azotes;» él respondió entónces: «Mejor seria me diesen doscientos.» Otros que le encontraban en aquel traje juzgaban lo mismo, y le afrentaban de palabra al verdadero imitador de Cristo, llevándolo todo con alegría, acordándose de los oprobios que padeció.

Siendo portero, llegó su madre á darle un poco de ropa de la sacristía, porque tenia á su cargo el lavarla. Pero el Padre que hacia oficio de Ministro, viendo de léjos hablar al Hermano con una mujer, acudió á la portería, y en quedando solo el Hermano, como el Padre no sabia quién era la per-

sona con quien hablaba, comenzóle á reñir, diciéndole con palabras graves cómo se acordaba ahora de las personas que trató siendo seglar, y se ponia hablar con ellas, dándole una grave reprension; y preguntándole quién era la persona con quien hablaba, vino á decirle que era una mujer pequeña que lavaba la ropa.

Dió parte de ello el Ministro al Rector, el cual, deseando en los de su colegio todo recato en semejante materia, le apretó mucho en que dijese quién era aquella mujer; y últimamente respondió, que era la madre de sus hermanos, dando á entender que él ya no la tenia por tal.

Estaba su corazon tan despegado del afecto de parientes, que no se pudo acabar con él que comiese bocado en casa de su madre, diciendo que él no habia de comer nada sino en compañía de sus Hermanos. El tiempo que estaba en la portería, su madre con el amor de madre se llegaba á la puerta á ver á su hijo; pero él conociéndola cerraba la puerta de golpe y le decia que si queria algo, aguardase, iria á pedir licencia. El modo de pedirla era acudiendo al P. Rector á decirle que una mujer estaba á la puerta y queria hablarle, que si S. R. le daba licencia la hablaria; ya el Padre conocia al Hermano y sabia para quién pedia licencia y se la daba. Por aquí se verá el recato que este siervo de Dios guardaba en el trato con sus parientes.

Despues de haber vivido mucho tiempo en el colegio de Ocaña, mandándole salir de él por causa de su salud, llegóse por órden del Superior al tiempo de la partida á casa de su madre para despedirse de ella, y hallándola que estaba mal dispuesta en la cama, no quiso entrar dentro, sino desde la puerta del aposento le dijo que se quedase con Dios, que en el cielo se verian; tan descarnado estaba su corazon de su carne y sangre como esto.

Era extraordinariamente amado de todos, y con salir de ordinario con el oficio de Procurador á hacer algunos caminos, era tan grande el amor que todos le tenian, que cuando volvia, le abrazaban siempre con tanto contento y alegría como si fuera un huésped muy deseado. Viendo un dia una persona seglar principal el amor grande y entrañas hermanables que todos le tenian, se determinó de dejar el mundo y entrarse en la Compañía.

Haciendo á pié (como solia) un camino á Córdoba con harta flaqueza, se encontró con S. Francisco de Borja, y dióle cuenta de su conciencia con grande sentimiento, encareciéndole mucho que era muy cargoso á la Compañía, porque no servia sino de comer y holgar. El santo se admiró de ver su humildad y deseos de trabajar, y compadeciéndose de verle tan flaco, escribió á su Superior le aliviase de las cosas de trabajo y cuidase mucho de su salud.

Llegó al colegio de vuelta, y el P. Rector por aliviarle le hizo sobrestante

de los aljibes que se hacian, y que se estuviese sentado en una silla; pero él estaba tan corrido y penado, que le hubieron de conceder que ayudase á la obra: hízolo trabajando tanto en ella, que en tan buena demanda vino á acabar la salud.

Fué necesario enviarle á Jesus del Monte para que descansase; pero dentro de ocho meses fué nuestro Señor servido de llevarle con una feliz y sosegada muerte, y en el colegio de Alcalá, donde fué llevado para curarle, murió como habia vivido cinco años en la Compañía, dia de Sto. Domingo, cuatro de agosto de mil y quinientos y sesenta y cinco.

El mismo dia supo su madre la muerte de su hijo, estando en Ocaña, porque él se la manifestó cuando su dichosísima alma partió para el cielo, y la madre lo vino á decir luego al P. Rector del colegio.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO SUAREZ

FUÉ el P. Diego Suarez natural de Cuerva, lugar junto á Toledo: entró en la Compañía Maestro en Artes, habiéndolas oido con el P. Gil Gonzalez y el Dr. Paez, y por su aventajada habilidad llevó aventajado lugar en las licencias.

Como su padre supo su entrada, vino á Alcalá muy lastimado, por ver si podia apartarle del camino que habia tomado. Diéronle posada en casa y pusiéronle aquella noche en el mismo aposento de su hijo, la cual gastó toda persuadiéndole que se fuese con él, y cuando veia que no aprovechaba, se salia despechado á mirar al cielo, quejándose del rigor de su hijo, que con la divina gracia prevaleció; y acordándose de este caso, solia quejarse que habian usado con él de grande crueldad, dejándole en manos de su padre.

Luego le enviaron á Valencia á acabar su Teología, y estando un dia en la iglesia mayor, se le puso delante su padre, que con ansia le andaba buscando por ver si le podia apartar del camino que habia tomado, y delante de la mucha gente que allí estaba echó mano á una daga, y púsosela en los pechos diciendo, que si no se iba con él, le pasaria con ella.

Alborotóse la gente más que decirse puede, viendo en la iglesia un hombre desnuda la daga contra un religioso, y, para quietarlos, dijo el Hermano que era su padre, al cual lo aplacó con su gran modestia y mansedumbre, y

le llevó al colegio, y le consoló, y vivió despues muy contento por ver á su hijo religioso, y le fué á visitar al colegio de Zaragoza, bien distante de don de vivia, estimando mucho el estado en que le veia.

Adelantóse tanto este siervo de Dios en todo género de virtud, que aun siendo novicio, le hicieron Maestro de novicios, el cual oficio ejercitó en Valencia muchos dias.

Fué uno de los primeros que fundaron el colegio de Murcia, donde edificó mucho á los prójimos, así estando en el colegio, como andando por aquel obispado de Cartagena predicando y confesando, de manera que los dias que habia de predicar estaba toda la mañana confesando, hasta que le llamaban para ir á tomar la bendicion.

Hizo este oficio con tanto ejemplo de santidad y con tan suave trato y provecho de todos, que hasta hoy está fresca la dulce memoria de sus palabras y obras en los que le conocieron; y duró en esto cuatro ó cinco años, predicando de ordinario todos los dias de la doctrina cristiana y las fiestas del Evangelio; y cuando los labradores estaban muy ocupados en sus haciendas, convidábalos en amaneciendo y predicábales, y de parte de noche iban á su aposento y les trataba de nuestro Señor. Decia tambien la doctrina á la hora de la oracion á los labradores cuando venian de sus labranzas.

Fué hombre muy amigo de la pobreza y enemigo de presentes y regalos con que edificó grandemente los pueblos donde andaba. Su modestia fu rarísima y tan ordenado en todas sus cosas, que parecia no haber pecad Adan en él; no se hallaba hombre que le hubiese visto impaciente, ánte andaba siempre con una alegría modesta, convidando á todos á la virtud exhortando á ella con tanto gusto, que todos le llamaban el apóstol.

En tierra de Caravaca aficionó tanto la gente, que determinaron entre de contribuir cuanto fuese necesario para fundar un colegio en aquel pu blo, hasta que, cumpliendo el deseo de todos, salió Miguel de Reina, y de hacienda lo fundó.

Fué varon muy espiritual y primer Maestro de novicios de la provincia Aragon, ejemplo de todas las virtudes, rara modestia, pobreza admirabl celador ardentísimo de las almas, con un encendido fuego de caridad q ardia en su pecho, y le empleó bien en tantas y tan provechosas mision como hizo.

Comunicábasele mucho nuestro Señor en la oracion, en la cual gastal las noches enteras. Hacíale en ella el Señor muchas mercedes, y una f muy insigne, con que le quiso honrar sin saber él el modo; porque una n che, cuando sacaban los cimientos de la iglesia del colegio de Murcia, l monjas de Sta. Clara que están al fin de aquella calle, levantándose á mai

nes, vieron sobre el tejado del cuarto de nuestra casa grandes llamaradas de fuego.

Llamaron de priesa á sus criados para que viniesen á avisar á nuestra casa cómo se quemaba, para que se pusiese remedio: salió el portero á la puerta, y recibido el recaudo, fué de presto por todo el cuarto y desvanes, y no halló nada, y con esto los despidió; mas como las monjas volviesen á ver lo mismo, tornaron á avisar con más instancia, acudiendo juntamente mucha gente para apagar el fuego.

Salió á la puerta el Ministro con el portero, y metieron la gente en el patio, y ellos dos dieron otra vuelta por el cuarto, y visitando de uno en uno los aposentos, abrieron el del P. Diego Suarez, que estaba en medio de todos, y halláronle puesto en oracion el rostro hacia la pared en contra de la puerta, y levantado hasta tres palmos del suelo: con esto entendieron que esta era la causa del fuego que Dios mostraba sobre su aposento, y que habian visto las monjas.

Llamaron al P. Rector para que él tambien lo viese, y viólo con grande admiracion suya, sin que el Padre volviese en sí. Bajaron luego á la gente y la despidieron, diciendo que ya habian visto lo que era el fuego, y que no les vendria daño por él: esto se divulgó por las monjas, aunque no se descubrió claramente, porque los nuestros lo callaron.

Al cabo de diez años que vivió en aquel colegio, le hicieron Rector de él con grande gusto de todos y con mucha pena suya causada de su mucha humildad, porque se reconocia indigno de mandar, la cual le quitó la vida, acabados de hacer unos fervorosos ejercicios el primer año de su rectorado, con grande sentimiento de aquella ciudad.

Escribió la vida de este religioso varon el P. Cristóbal de Castro.

P. NIEREMBERG.

P. BARTOLOMÉ DE BUSTAMANTE

EL P. Bartolomé de Bustamante nació en Alcalá de Henares, aunque sus padres eran de la montaña. Dióse á los estudios con mucho cuidado, y salió muy buen latino y griego, y en las Artes, Cánones y Teología aprovechó tanto, que en todas tres facultades se graduó.

Fué hombre de muy buen entendimiento, acertado juicio y maduro consejo, y juntamente gran arquitecto. Fué secretario del Cardenal y Arzobispo de Toledo D. Juan Tavera, el cual, siendo presidente de Castilla y como gobernador de España, envió á Bustamante por la posta á Italia, para tratar con el Emperador D. Cárlos V y con el Papa Paulo III, de la celebracion del Concilio, que despues se celebró en Trento.

Murió el Cardenal el año de 1546, y Bustamante se retiró al beneficio curado de Caravana (que sólo este tenia y no quiso más) para apacentar sus ovejas, como lo hizo con el ejemplo de su vida, y con su doctrina, y vigilancia, y con hacer fabricar la iglesia de aquel pueblo, y adornarla de buenos ornamentos, y dejarle su librería, y con no querer tener ninguna mujer en su casa, aunque tenia muchas parientas honradas que le pudieran hacer compañía.

Aunque él estaba tan bien ocupado, no se sosegaba, porque Dios nuestro Señor, que le queria para mayores cosas, le despertaba y convidaba al menosprecio de todas las cosas frágiles y caducas, y él deseaba acertar y suplicaba humilde é instantemente al Señor que le encaminase para aquello en que más le habia de servir, hasta que un dia, diciendo Misa y teniendo el sacratísimo cuerpo de Cristo nuestro Redentor en las manos, comenzó con grandes sollozos y lágrimas á suplicarle que le cumpliese su deseo y acabase de ponerle en el lugar donde él queria que estuviese, pues en todo deseaba obedecer á su santísima voluntad.

En este punto (como él mismo despues lo contaba, no sin mucha ternura y devocion), sintió en su alma un impulso y movimiento interior, con una voz que le decia que se fuese luego á la provincia de Guipúzcoa y que allí hiciese lo que viese hacer al duque de Gandía, de cuya nueva vida entónces aún no tenia entera noticia.

Fué este llamamiento del Señor tan eficaz y poderoso, que luego el mismo dia dejó su casa y negocios, y se partió para donde Dios le llamaba. Llegó á la provincia, halló toda la tierra llena del suave olor de su santa vida, entró la ermita de la Magdalena de Oñate y topó con el mismo P. S. Francisco con una angarilla en las manos, llevando piedra y tierra para el edificio de la pobre morada que hacia.

Echóse á sus piés, dióle razon de su vocacion y venida, declaróle el deseo que tenia de imitarle y acompañarle en aquel estado y manera de vida. Concertáronse fácilmente los dos, porque era uno el espíritu que los movia; y así, despidiendo sus criados, se quedó Bustamante con el P. S. Francisco, y desde ese punto le tomó por compañero en las jornadas que hizo, y por consejero en los negocios que trató, visitando con él los colegios de la Compañía, que

se edificaban sumamente con el ejemplo de santidad de entrambos, sucediéndoles en los caminos casos bien particulares.

Cuando fué la primera vez á Portugal el bienaventurado P. S. Francisco por el deseo que tenian de verle aquellos reyes, llevó, como solia, por compañero al F. Bustamante. Prosiguiendo su camino, llegaron á una sierra muy áspera y fragosa, que llaman de los *Siete Pallares*, y está de la otra parte del rio Mondego, y no léjos de la ciudad de Coimbra. Caminando, pues, por esta sierra, iba el siervo de Dios, Francisco, delante recogido y absorto en su oracion, y el P. Bustamante le seguia, rezando el rosario de nuestra Señora que llevaba en las manos.

Al pasar un paso muy estrecho y peligroso, resbaló la cabalgadura en que iba el P. Bustamante, y comenzó á rodar por unos riscos y por un tan espantoso despeñadero, que sólo mirarle ponia grima. El buen viejo para todo lo demás perdió los sentidos sino para invocar á grandes voces los dulcísimos nombres de Jesus y María. Oyó el P. S. Francisco las voces de su compañero y las de unos hombres que, viéndole caer, dieron grandes gritos, y volviendo los ojos, vió rodar por aquella cuesta abajo al P. Bustamante, ya encima, ya debajo de su mula; y fijando los ojos en el cielo, dijo con grande devocion y ternura: «Jesus te ayude; defiéndele, Padre de las misericordias.»

Al mismo punto que esto dijo, se detuvo la cabalgadura en un lugar tan resbaladizo y dificultoso para hacer allí pié, que causó no pequeña admiracion á los que lo vieron. Hallóse el P. Bustamante con el rosario en las manos, y él y la cabalgadura sin lesion alguna, y con unas sogas le sacaron algunos caminantes de aquella profundidad donde estaba, alabando todos al Señor porque le habia librado de tan manifiesto peligro.

El atribuia despues esta misericordia de Dios á la intercesion de su bendita Madre, á la cual él llamó en su socorro, y cuyo rosario iba rezando y nunca soltó de las manos, y, despues de ella, á la oracion del Sto. P. Francisco, cuya santidad tenia muy conocida, y creia que eran sus oraciones muy poderosas delante de Dios para alcanzarle aquel beneficio de no haberse hecho pedazos.

Despues, cuando fundó S. Francisco de Borja el noviciado de Simancas, hizo Rector al P. Bustamante, para que con su raro ejemplo y madura prudencia criase los novicios que Dios nuestro Señor á manos llenas enviaba á la Compañía, y los amoldase á nuestro instituto y encaminase á toda perfeccion: fué cosa rara el fervor que tuvieron con tan espiritual y santo Maestro.

La vida que en esta casa hacian los novicios era mucho para alabar á

nuestro Señor; porque el fervor de su oracion era extraordinario, raro el cuidado y vigilancia de su mortificacion, extremado el rigor de sus penitencias, entrañable el amor entre sí y la competencia que habia entre todos de ser cada uno el primero en el trabajo, y no habia entre ellos diversidad de voluntades y juicios, sino suma paz y concordia entre todos, y una alma y un corazon, maravillosa igualdad en grados y personas desiguales, rara puntualidad de obediencia, particularmente en el levantarse por la mañana á dar gracias y alabar al Señor.

El silencio era admirable, porque fuera de los tiempos señalados apénas se hablaba palabra. Excusar las faltas, mayormente reprendidas, teníase por crímen de religion; la pureza de intencion era tan amada y tan ejercitada en las obras, pretendiendo en todas la mayor gloria de Dios, que para refrescar esta en la memoria, señaló quien despues de la oracion de la Misa y los demás ejercicios dijese en voz alta: «Exámen,» y era como advertirles que examinasen con qué intencion habian hecho las obras pasadas y la continuasen y corrigiesen en la que habian de comenzar.

De esta manera se criaban nuestros novicios en aquellos tiempos: salian por Simancas y los pueblos comarcanos, y los que eran teólogos y sacerdotes á predicar, y enseñar la doctrina cristiana, y á pedir limosnas con sus alforjas, y derramaban buen olor de sí y de la Compañía por todas partes, y aunque cansados, volvian muy contentos y consolados á su casa.

Mas no eran solos los novicios los que se ejercitaban en toda virtud, sino tambien los otros Padres y Hermanos más antiguos en la Religion, cuyas virtudes eran muy raras, las costumbres santas, la vida irreprensible; porque, primeramente, tenian un amor para con Dios muy encendido y deseoso de trabajar y padecer mucho por Él, y cuando se ofrecia la ocasion, padecian muchos trabajos y padecíanlos con gran contento y alegría, porque lo que les faltaba de comodidad y regalo del cuerpo el Señor lo suplia interiormente con la abundancia de la dulzura que daba al alma.

Tambien se descubria este amor por las llamas que arrojaba en todos los que trataban con ellos: todas sus pláticas eran hablar de Dios y exhortar á los hombres que lamentasen y llorasen sus pecados, que huyesen las ocasiones de caer, que se levantasen si estaban caidos, que se diesen á la oracion y penitencia, que examinasen sus conciencias y las purificasen con el uso de los Santos Sacramentos; y en efecto, como estaban llenos de Dios, rebosaban lo que tenian dentro.

Pues ¿qué diré de la caridad admirable que, tenian entre sí, así en acudir á socorrer las necesidades unos de otros, como en no reparar en cosillas ó palabras que algunas veces se dicen ó hacen sin malicia é inadvertidamente, y

no ménos en procurar satisfaccion y pedir perdon á la persona que podia tener queja de él y esto antes de acostarse?

Habia un amor tan tierno y entrañable entre todos, que cuando alguno partia de un lugar para otro, parece que se les partia el corazon; tantas eran por una parte las lágrimas y sollozos de los que se iban y de los que quedaban, y por otra no era menor la alegría, por ver que iban enviados del Señor como obreros para cultivar su viña. Pues cuando venian algunos huéspedes, allí era el recibirlos como si fueran ángeles venidos del cielo, el abrazarlos y regalarlos, el lavarlos á porfía los piés y el dejar sus aposentos y sus camas cuando era menester.

Tambien se echaba de ver este amor en la paz y union con que vivian entre sí los Padres y Hermanos de diferentes tierras y provincias y los súbditos con el P. Bustamente; porque verdaderamente estaban tan hermanados como si tuvieran una sola alma y un solo corazon, y el amor espiritual cerraba los ojos de la carne y los abria á lo que solo en la Religion se debe estimar.

Mostrábase así mismo este amor en otra cosa muy sustancial, que era avisar con grande llaneza, caridad y libertad los unos á los otros de cualquier falta que veian entre sí; porque, cierto, era cosa maravillosa la sinceridad y llaneza con que esto se hacia y la humildad y hacimiento de gracias con que el aviso ó reprension se recibia.

No digo nada de la obediencia y de la reverencia amorosa de los súbditos para con su Superior, no sólamente en las cosas de importancia, sino en las más mínimas; porque no se puede fácilmente creer la alegría, prontitud y puntualidad con que se obedecia aun las cosas trabajosas y dificultosas, y la confianza que nuestro Señor daba á los que las emprendian por obediencia, y el buen suceso que tenian.

Juzgar mal de lo que los Superiores ordenaban, se tenia por sacrilegio, hablar mal por blasfemia, buscar razones en lo que se mandaba, por culpa grave, y no ménos ser curioso en querer saber lo que habian de ordenar. Finalmente, estaban los nuestros como una cera blanda en manos de su Superior, y tan rendidos á su voluntad, que la prontitud en obedecer de los súbditos era grande alivio para el Superior.

Eran muy humildes y menospreciadores de sí, del mundo y de los juicios vanos de los hombres; buscaban los lugares más bajos, contentándose con cualquiera cosa que les daban, y todo les parecia que les venia ancho y que los sobraba, teniéndose por indignos de cualquiera honra y dignidad, especialmente del sacerdocio, el cual ninguno le pretendia ni hablaba de ordenarse. Estas eran algunas de las virtudes en que los de la Compañía se

esmeraban, y tanto agradaban á Dios nuestro Señor y edificaban y movian á sus prójimos á toda virtud con su ejemplo.

Pudiera poner en particular mortificaciones muy raras de gente principalísima que habia en aquella casa, que, por no alargarme, las dejo.

Estaba tan asombrado D. Juan de Mos, que era caballero muy principal, de ver personas tan grandes en el siglo, tan pequeñas en su reputacion y trato, que la fuerza de su ejemplo le hizo tambien imitarlos. Aunque era casado este caballero, dejaba su casa y se venia á vivir con los nuestros, lo cual se le permitia por ser fundador y mostrar tanto afecto y devocion á los de la Compañía y no serles de estorbo.

Tratábase allí como uno de ella con los religiosos; comia en el refectorio, y en la cocina ayudaba al Hermano cocinero en los más humildes ejercicios de ella, como el menor novicio, gozándose grandemente con los ministerios más bajos. Amaba á todos los de la Compañía como á hermanos, y así los llamaba y tenia por tales. Decia que quisiera ser emperador por sólo dar mucho á la Compañía, haciendo muchas fundaciones, doliéndose de haberla conocido tan tarde, y mucho más de que en algun tiempo la hubiese aborrecido.

El pueblo tambien estaba admirado de tanta mortificacion como veia en aquellos siervos de Dios, y tan mudados los particulares de la villa en sus vidas y costumbres, que eran otros.

Daban largas limosnas á los nuestros, y cuando iba á comprar algo alguno de ellos (era lo más ordinario ir á comprar el H. Juan Manuel, persona en el siglo de mucha nobleza) se corrian de vendérselo, por el respeto que le tenian; porque la vergüenza que no tenia el humilde Hermano en ser comprador, tenian los tenderos de ser con él vendedores; y ya que no podian recabar que lo recibiese de balde, remitian grande parte del precio, teniendo tanto respeto á su sangre, y más á sus virtudes, que no querian dárselo, para que no fuese cargado, sino ellos mismos lo llevaban á casa, á la cual respetaban como casa de Dios y un prodigio de la tierra, donde estaba la grandeza del mundo verdaderamente hollada y ensalzada la virtud y humildad de Cristo.

Asombrábanse las gentes de ver allí un grande de España y otro hijo de grande y otros señores y mayorazgos y de sangre nobílisima, humillarse tanto por Cristo, honrándose de los oficios más humildes y andar en competencia los que habian despreciado púrpuras y ricos estados, sobre cuál se habia de abatir más. Fué tan nueva en el mundo esta práctica tan perfecta del Evangelio, que venian á verlo por sus ojos muchos grandes, y señores, y personas religiosas de diversas Ordenes, quedando admirados de lo que veian,

porque ni en humildad ni en obediencia les parecia poderse pasar más adelante.

Aquí en Simancas le sucedió al P. Bustamante un caso muy particular. Dióle devocion de rogar al Sto. P. Francisco, que afectuosamente suplicase á Dios nuestro Señor le concediese á él todo lo que el Santo Padre le pedia para sí: «Yo lo haré de voluntad» dice S. Francisco de Borja; fuése á su oracion á negociar para su amigo y compañero lo que le rogaba, y dentro de tres horas le sobrevino al P. Bustamante una fuerte calentura con tan terrible dolor de cabeza, que le parecia que agudos clavos por toda ella le atravesaban.

Apénas era llegado este accidente, cuando conoció la causa y raíz de su daño y el claro desengaño con que Dios le mostraba que era mayor su atrevimiento para pedir trabajos, que la fuerza y virtud para llevarlos; conociendo esto, envió á rogar al bienaventurado Padre que luego le fuese á ver, que se moria con intolerables dolores.

Entrando por la puerta del enfermo el santo varon, le dice con rostro muy afable y risueño: «Pues P. Bustamante, ¿cómo va? ¿qué mal es este tan repentino?» «¡Oh Padre mio! le dice el fatigado viejo; yo conozco que fuí un atrevido y soberbio en osar pedir la carga que no puedo llevar. No hay en mi virtud para tanto dolor; por reverencia de Dios que le suplique me quite el dolor de la cabeza, que ni temo la calentura, ni la muerte, sino morir rabiando, que si dura lo que ahora siento, temo que se me turbará el juicio, y sin conocimiento ni memoria de Dios no sé que paciencia tendré ni qué fin haré.» «Tenga, Padre, buen ánimo, le dijo el santo varon, que buen Dios tenemos y no prueba más de lo que nos basta. No morirá ahora, que aún le quedan muchos años para trabajar, satisfacer y merecer.» Salióse con esto, y puesto él en su oracion, se le quitó al enfermo todo el mal.

Era despues entretenimiento verle contar al buen P. Bustamante cómo se confundió de haber deseado y pedido para sí lo que pedia el Santo Padre Francisco, que eran dolores y tormentos y padecer martirio por amor de Dios, los cuales deseos tampoco le faltaban al P. Bustamante; pero él por su humildad exageraba el atrevimiento de aquella peticion, y el dolor que tenia de cabeza tan excesivo, no pidió que se le quitasen por no padecer, sino por temer que le privaria de juicio.

Despues fué el segundo Provincial de la provincia de Andalucía, la cual fundó en gran observancia con su grande ejemplo, celo y prudencia. Fué tambien Visitador de aquella provincia y de la de Toledo, donde procedió con la prudencia que solia y providencia particular para prevenir daños, remediar faltas y corregir las imperfecciones de sus súbditos.

Al P. Juan de Castañeda, insigne predicador y persona de gran valor, letras y virtud, siendo Rector de Plasencia, le envió á Toledo á ser cocinero, y despues de haberle tenido muchos dias en la cocina, dispuso que fuese por Rector á Valladolid, saliendo tan mejorado de aquella oficina de humildad, que tenia ya otra condicion, habiéndose trocado de riguroso en manso y apacible, constando á todos de la prudencia del P. Bustamante en saber gobernar á aquel sujeto de tan grandes prendas, quitándole el lunar que tenia del rigor de su condicion, aunque nacido del buen celo.

Era el P. Castañeda extraño domador de altivez y soberbia; y porque entendió que cierto Padre, que era su súbdito, era altivo, le hacia le descalzase y acompañase en los sermones, y con los que se le humillaban era en extremo blando y benigno; pero por la aspereza que tenia de su natural, le quiso ejercitar el P. Bustamante y curar de aquel siniestro á persona de tantas dotes, como en efecto lo hizo, procediendo el P. Castañeda con grande humildad y edificacion el tiempo que estuvo en la cocina, y despues con igual mansedumbre y apacibilidad.

Fué tambien el P. Bustamante á Roma á la Congregacion general en que fué elegido S. Francisco de Borja, dando en todos los cargos y negocios que trató muy gran satisfaccion, por su gran religion, prudencia y vigilancia.

Era muy riguroso y severo para consigo mismo, y, con ser viejo y enfermo de asma y hacerle daño el pescado, guardaba con todo rigor los ayunos de la Iglesia y el de los viérnes y sábados de todo el año, sin comer cosa de huevos ni leche.

Estaba tan desengañado de la vanidad del mundo y de toda la grandeza, aparato y resplandor de cortes y estruendo de príncipes, reyes y señores, y tan persuadido, que desaparecen como humo; que, cuando entraba en esta plática, se encendia y derramaba muchas lágrimas, como hombre tan experimentado y que con sus propias manos habia palpado el poco tomo que tienen todas las cosas de la tierra.

Fué devotísimo del Santísimo Sacramento, delante del cual rezaba el Oficio de rodillas y el menor de la Santísima Vírgen María, nuestra Señora, a quien así mismo de rodillas y delante del Santísimo Sacramento solia cada dia rezar el rosario entero de los quince misterios; exhortaba á todos cuantos podia que fuesen muy devotos de esta Señora y le rezasen su rosario, y que, cuando no pudiesen, por las cuentas en lugar de las Ave Marías, dijesen: «Bendita sea la gloriosa Vírgen María Madre de Dios.»

Aconsejaba á los nuestros que dijesen una oracion de S. Buenaventura que él solia decir, en que pide la devocion de nuestra Señora á ella misma y á su precioso Hijo, y es la que se sigue traducida del latin: «¡Oh dulcísimo

Señor mio Jesucristo, otorgad á este, el más miserable de todos los pecadores, que sirva con reverencia á la Santísima Vírgen María vuestra Madre; y vos, clementísima Señora mia, alcanzadme de vuestro Hijo que perpetua y perfectamente esté dedicado á vuestro servicio, y en todo tiempo, con una mente pura os obedezca, y con un corazon devoto atienda y esté colgado de vuestra benignidad.

Por esta devocion que el P. Bustamante tuvo á la Sacratísima Vírgen, recibió muchas misericordias de su mano y fué librado de grandes peligros.

Tenia especial talento y gracia del cielo para tratar con señores y príncipes, sin que se le pegase nada de sus pasiones, dictámenes y humores, que no es pequeño don de Dios para los religiosos que andan en corte; porque, como él estaba tan sazonado y maduro y tan desengañado como dijimos, podia con seguridad, como bueno y diestro nadador, echarse al agua para sacar de ella á los que se ahogaban, sin peligro de ahogarse.

Pidió una vez á la condesa de Niebla, madre del duque D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, mil ducados de limosna para el colegio de Trigueros, que se fundaba en su Estado, y para facilitarla más, que se hiciese la paga en tres tercios. Hallábase en aquella coyuntura la condesa falta de dineros por haber faltado aquel año la pesquería de los atunes, y excusóse al principio; mas luego considerando la confianza y llaneza con que el Padre se los habia pedido, se los mandó dar y todos juntos: y el Padre, agradeciéndola mucho esta limosna y merced, la dijo: «Por estos mil ducados ha de dar nuestro Señor á V. S. cien mil.»

El Padre lo dijo y Dios cumplió su palabra; porque, siendo ya por S. Juan, y queriendo alzar las redes y dejar las almadrabas y pesca, en solos siete dias siguientes cogieron tantos atunes, que les valieron ciento y cinco mil ducados, y otros dicen más, cosa que ni antes ni despues jamás se ha visto; tuviéronlo todos por milagro, y así lo celebraron y escribieron en los libros del duque.

Hallándose ya viejo y cansado el P. Bustamante de los trabajos de estudios y gobiernos, era tanto su celo de la honra de Dios y tanta la ansia de la salvacion de los prójimos, que iba á predicarles en el rigor del invierno, y en el púlpito usaba de palabras vivas y eficaces, para remediar pecados, y procuraba que en todas partes se adelantase el ministerio de enseñar á los niños, y para esto él mismo compuso unas coplillas devotas, con las cuales y con algunos donecillos y premios despertaba á los niños y los aficionaba á aprender con más cuidado la doctrina cristiana.

Recogióse al fin de sus dias al colegio de Trigueros, diciendo á todos que

allí se iba á morir; y así, un dia predicando, dijo en el púlpito al pueblo: «Hijos, yo me vengo á morir con vosotros, y será presto.»

Luego le dió la última enfermedad, de que murió dentro de nueve dias, en los cuales tenia fijo su corazon y pensamiento en la Santísima Vírgen, sin perderla un punto de vista, ni caérsele de la boca su dulcísimo nombre; y aunque algunas veces la fuerza de la enfermedad le turbaba el sentido, para esto solo le tenia siempre muy entero.

Cuando le trajeron el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, con estar descaecido, flaco y tan falto de fuerzas que no podia moverse, en viéndole, cobró luego vigor y aliento, y cubierto con una ropa, salió de la cama, y puesto de rodillas, le adoró y recibió con admirable ternura y reverencia, y poco despues dió el alma al Señor, repitiendo aquellas palabras: *Maria Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.*

Murió por el mes de junio del año de 1571, siendo de edad de setenta años. Sepultóse su cuerpo en la iglesia mayor de Trigueros junto al altar mayor.

Escribieron del P. Bustamante el P. Rivadeneira, P. Sachino y P. Andrés Scoto.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO DE BALBAS

MUY célebre y venerado de todos era en el estado eclesiástico el doctor Pedro de Balbas; pero el estado religioso que para morir escogió, le hizo admirable; y así, quiero hacer de él alguna memoria para ejemplo de vocaciones religiosas de los que fueren llamados á la última hora.

Nació este señalado varon en la ciudad de Zamora de padres muy honrados. Vino á la Universidad de Alcalá, y pasando en sus estudios por todos los colegios de Artes y Teología y por los grados de esas mismas facultades, siempre llevó el primer lugar, como tambien los primeros premios en todo género de composiciones latinas, griegas, hebreas y poéticas, porque en todas le daban todos ventaja.

Leyó su curso de Artes, fué colegial mayor y Rector de la Universidad, y leyó la cátedra de Teología de Durando, y al fin, la de Prima de Sto. Tomás.

de suerte que vino á alcanzar todo lo que en la Universidad se podia desear, porque, fuera de esto, vino á ser su cancelario y Abad mayor de S. Justo, que es de las iglesias colegiales la más autorizada del mundo de personas doctas.

Fué demás de esto consultor y calificador de la santa general Inquisicion, y tan bien puesto con el rey y con todos los de su Consejo, que cada dia aguardaba le proveyesen una grande dignidad por la mucha autoridad y estima que de él todos tenian, así por su entereza de vida como por sus muchas letras é ingenio.

Mientras iba con tan próspero viento en la opinion del mundo, procurando él no perderla con Dios, trató de hacer los Ejercicios espirituales de S. Ignacio, para poder ver el camino por donde le queria guiar Dios. Fué á Jesus del Monte para estar con mayor soledad el año de 1562, y allí le dió los ejercicios el P. Duarte Pereira, de los cuales salió tan movido á la vida religiosa, y en especial á la de la Compañía, que luego con instancia pidió ser recibido en ella.

Como el P. Duarte oyó su peticion y las razones que le movian á tal mudanza de vida, dió aviso al P. Manuel Lopez, Rector, que estaba en Alcalá, y fué á Jesus del Monte, y estando ya determinado de recibirle, una tentacion vehementísima le acometió, que luego pidió ciertas largas, con que quiso diferir su entrada. Dijo que tenia una hermana monja que estaba depositada en un monasterio y que le era necesario mirar por ella.

Pasada esta ocasion, volvió á Alcalá olvidado de sus primeros propósitos, y fué subiendo por las cátedras y oficios que habemos dicho con gran prosperidad, creciendo en amor y opinion con cuantos habia en la Universidad y fuera de ella; porque era tal su condicion y trato, juntamente con sus muchas letras, que á todos aficionaba.

Con todo eso, como era temeroso y Dios le queria bien, dábale en su conciencia tales inspiraciones y remordimientos, que nunca se podia quietar; porque entre aquellos fervorosos deseos que Dios le habia dado en los Ejercicios, habia hecho voto de ser de la Compañía; mas él iba dando largas, ayudándose para esto de la poca salud que tenia, porque tenia tan mala la cabeza, que tan necesaria es para leer, que algunas veces decia que estaba á ratos á peligro de perder el juicio.

Teniendo, pues, tan bastante causa para pedir dispensacion de su voto, algunos de sus amigos que procuraban su consuelo y quietud le trujeron muchas veces dispensacion; mas Dios, que le queria traer á su casa, le daba tantos desconsuelos en su alma y tantas tristezas y escrúpulos, que no tenia hora de descanso. Habíale dado el Señor grande sentimiento con aquel verso del Salmo 75: *Tu terribilis es, et quis resistet tibi? Ex tunc ira tua;* diciendo

que despues que él resistió á Dios, su ira se habia embravecido contra él.

Por lo cual este grande doctor, viéndose ya tan adelante en pretensiones y que cada dia estaba aguardando un grande obispado, y que si entraba en él se le cerraba la puerta para su remedio, y que las tristezas y desconsuelos le iban cada dia más en aumento; determinó de dar la última resolucion á este negocio, y para esto fuése á Madrid á verse con el P. Fr. Juan de Vega, fraile agustiniano, hombre de grande autoridad y muy insigne predicador, para que, puesto su caso, le dijese lo que debia hacer, con presupuesto que luego pondria en ejecucion lo que con él resolviese.

Antes que hiciese esto, fué al colegio de la Compañía de Jesus y hablo con el P. Bartolomé de Isla, su discípulo, diciéndole lo que iba á hacer, y el se lo alabó y exhortó á que se quietase con lo que aquel Padre agustino le aconsejase. Fué, pues, á S. Felipe, monasterio donde estaba el P. Fr. Juan de Vega, y contóle su caso con toda sinceridad, diciéndole la dispensacion que tenia de su voto y las razones que para pedirla habia tenido de su poca salud, declarándole muy por menudo sus achaques.

El prudente religioso, miradas las razones que le decia el doctor, le respondió que le parecia evidencia que no tenia obligacion á cumplir su voto, y con esto podia ir sin ningun escrúpulo. Ibase ya muy contento el Dr. Balbas con la resolucion; mas al fraile vínole un pensamiento de que no le habia dicho de qué Religion era el voto, y que así, no le habia dado buena resolucion, por lo cual, habiendo ya bajado una escalera el doctor, le dió voces llamándole, y él subió admirado de la novedad, y díjole aquel Padre: «No me ha dicho Vm. de qué Religion ha sido ese voto; y así, no me parece que he dado buena resolucion si no sé esto.»

El doctor rehusó decirlo, añadiendo que no habia necesidad de aquello mas el fraile le apretó de manera, que le hubo de decir que el voto era de la Compañía de Jesus, y que en ninguna otra entrara sino en esta Religion. El fraile, estando un poco pensando, le dijo: «Señor doctor, siendo así, digo sin duda que Vm. está obligado á cumplir su voto, porque en la Compañía se usa ayudar y acudir á cada uno segun su necesidad; y así, para sus achaques no le faltará allá lo que fuere menester, y este es mi último parecer.»

El doctor, aunque maravillado de la salida que se le dió, se resolvió de hacer lo que le dijeron, y, vuelto á Alcalá, convidó á dos de sus discípulos á comer, que eran el Dr. Isidoro de Caja, que despues murió milagrosamente Obispo de Mondoñedo, y el otro el Dr. D. Francisco Escriba, que despues siendo canónigo de Valencia, se entró en nuestra Compañía.

Sobre cena púsoles el caso como de tercera persona, y ellos con toda verdad respondieron que no sabian cómo librar á aquella persona de su obliga

cion siendo el voto de la Compañía, donde tratan á las personas de ella segun su necesidad, sin faltarles nada.

Con esta respuesta confirmado, no le parecia que tenia ya razon con que excusar su dilacion; y así, á los 16 de setiembre de 1571, una tarde se vino á casa y habló al P. Manuel Lopez, que entónces era ya Provincial, diciéndole cómo él estaba determinado de entrarse en la Compañía, si le queria recibir.

El Padre, poniéndole delante dificultades, así de parte de su persona, que tan bien puesto estaba en la Universidad y tan querido de todos, como de parte de la Compañía, donde se habia de hacer como un niño y ponerse á cualquier ejercicio de humillacion que le mandasen, excusaba el recibirle; mas el doctor le respondió que todo lo tenia mirado y que á todo venia dispuesto. Al fin dijo el P. Manuel: «Pues que así es, vea Vm. lo que quiere, que de la manera que le pareciere se hará.

Dijo el pretendiente que volveria á su casa y daria órden en sus cosas, y el dia siguiente por la tarde vendria á ejecutarlo: quedó así concertado y á la hora determinada vino, y en la huerta de casa volvieron á tratar del negocio; el P. Provincial poniéndole dificultades y él deshaciéndolas, hasta que se hincó de rodillas y le pidió con lágrimas que le recibiese; el Provincial hizo llamar al P. Santander, Rector, y dándole razon y largas delante de él, se volvió á hincar de rodillas pidiéndolo con más instancia: y no pudiéndolo negar le echó los brazos encima y lo mismo hizo el P. Rector.

Acudieron luego los de casa y echáronle la ropa muy alegres de que Dios hubiese traido tal persona á su Compañía. Los pajes del Abad, como desde la puerta de la huerta, donde estaban aguardando, vieron lo que pasaba, entendiendo lo que era, comienzan á levantar el grito llorando: «Que se queda mi señor en la Compañía;» y con estas voces fueron por las calles más públicas á la Universidad y á S. Justo, diciendo: «El Abad se queda en la Compañía.»

A esta voz espantados los de la Universidad y todos los canónigos de S. Justo, no sabian qué decir de tal mudanza; lastimábanse de perder un hombre como el Dr. Balbas, con quien tan honrada estaba la Universidad, y de perder una cabeza tan digna de serlo del Cabildo de S. Justo; y todos á porfía venian á casa, unos á ver si le podian ver, otros á dar el parabien á la Compañía.

Venian los Superiores y los lectores de las Religiones á visitarle á él y al P. Provincial, y diciendo que el parabien le daban ellos á sí mismos; porque, con entrarse tan gran sujeto en la Compañía, honraba todas las Religiones, dando testimonio que era mejor vida la religiosa que la que él habia dejado,

pero que juntamente daban la enhorabuena á la Compañía, pues la habia escogido por la mejor de todas las Religiones.

Así hablaban ellos por su gran modestia y humildad, y para confirmar al novicio en su vocacion; mas los nuestros les iban á la mano en tan demasiadas honras que nos hacian: de estas visitas hubo muchas todos aquellos primeros dias.

Comenzó el novicio tan bien la vida religiosa, que como el menor de la casa acudia á todos los ejercicios de probacion con la humildad y cuidado que podia acudir un niño: oia sus pláticas, llevaba su doctrina y catecismo de coro el que era doctor de todos y á quien consultaban todos los de España. Barria con gran gusto, fregaba y cogia la basura.

Iba á la conferencia de casos y era cosa de grande edificacion ver con que sumision estaba delante del P. Maestro Deza y decia su parecer; mas no le daba en esto ventaja el P. Deza, porque los dos andaban tan á porfía en humillarse, que era cosa de espanto y de mucha edificacion.

Pusiéronle en su aposento por el gran frio que hacia y su poca salud unos paños moriscos de poco valor, de que el Dr. Balbas usaba en su casa un dia preguntó á un Hermano novicio: ¿Qué le parece, Hermano, del aposento? ¿está bueno? Respondió el Hermano que, ya que su Reverencia habia dejado el mundo, no le parecia bien lo de los paños colgados, que le dejase todo: parecióle bien el consejo del novicio, y pidió con instancia que se los quitasen luego, y así se hizo.

Hiciéronle un dia que ayudase á servir en refectorio con su delantal de lienzo, como es costumbre, y en acabando dijo: «Más he estimado esto que el roquete de Obispo.»

Despues de algunos dias vinieron los de S. Justo en forma de cabildo á visitar á su Abad, y dióseles libremente lugar, y en nombre de todos uno les dió el parabien y declaró cuán grande ejemplo los habia dado, y que tal obra no se podia esperar sino de una persona como la suya.

Él se lo agradeció, añadiendo que diez años habia que andaba resistiendo á Dios, y con toda su Filosofía y Teología, deshaciendo las razones que interiormente le hacia; mas no quedaba satisfecho; y así, rendido á su saber y poder, habia venido á servirle, y estaba tan contento en su casa, que no tuviera en mucho haber dejado el arzobispado de Toledo por la suerte que habia cabido, y les certificó que nunca habia visto el Evangelio practicado sino en los pocos dias que habia estado en la Compañía, y con esto los despidió muy edificados y enseñados.

Otra obra de grande gloria de Dios se hizo el dia de Todos los Santos siguiente. Habia dicho su primera Misa el Dr. Caxa en la capilla de los no

cios, apadrinándole el P. Rector y su Maestro el P. Balbas, y echóle la fiesta en el refectorio con un maravilloso sermon el H. Hernando de Mendoza de que el Misacantano quedó espantado, viendo que tales sermones se hiciesen entre paredes.

Acabada la comida se fueron todos á tomar el sol, y allí se armó una doctrina cual nunca jamás se vió en Alcalá: hubo muchos que se opusieron á llevar la campanilla, y, señalados cinco que diesen sus votos, al fin todos de una voluntad dieron sus votos al P. Balbas, que con grande instancia la pedia, distribuyéndose juntamente las cañas, la una al P. Rector y otra al P. M. Deza, y la tercera al P. Ministro, que como Maestro de ceremonias iba rigiendo la procesion: iban cuatro Hermanos para ir entre los niños poniéndolos en órden, y otros cuatro para cantar á trechos.

Concertada la doctrina y haciendo el P. Balbas señal con su campanilla, comenzó á moverse aquel ejército cristiano, y con él toda Alcalá: fué tanta la gente que cargó, fuera de que ningun corrillo paraba delante que no le llevasen consigo, que todos tenian bien que hacer en defender á los niños, que no los atropellase la gente, la cual iba tan descuidada de sí, mirando al P. Balbas, espantados de ver la autoridad del mundo de tal manera rodar, que ponia doblado cuidado el guardar los niños.

Y cierto, habia mucha razon de llevar los ojos tras sí y arrebatar la atencion, la serenidad, la modestia y gravedad religiosa con que llevaba la campanilla, y verle cuán preciado iba de su oficio, y con cuánto cuidado daba á sus tiempos sus golpes, el ir tan señor de sí, tan libre del cautiverio de las opiniones y del *qué dirán* del mundo, ver ir con venerables canas entre niños de tan tierna edad, tantas letras entre tanta ignorancia, tanta dignidad entre tantos pequeñuelos, que verdaderamente parecia bien ser obra del que dice: *Ecce nova facio omnia.*

Cantando, pues, la doctrina, y diciendo mil alabanzas á Dios los que precedian y se seguian por lo que veian, llegaron á la plaza de S. Justo, donde no se podia romper: la gente que habia, por no poder ir con el tropel de la turba que iba por la calle Mayor, habian ido por otras calles: aquí, despues de haber sacado á los niños fuera porque no se ahogasen, empezó y acabó el P. Rector una plática de mucho fervor, provecho y consuelo de todos, la cual acabada, era tanto el concurso de la gente que habia cargado, que cuando quisieron revolverse para tornar á casa, no pudieron hacer más de sí de lo que queria la ola de la gente, que era tanta, que todas las calles de Alcalá iban de mar á mar.

Entróse el P. Balbas por la calle de la Justa, y cuando asomó á la plaza del Mercado fueron tales las avenidas de la gente que habian atajado por

las otras calles y callejuelas y por la calle Mayor, que se les hacia angosta la plaza con ser de las mayores de España. Y las mujeres tomaban los chapines en las manos por darse más priesa para ver al Abad (que así le nombraban) y toda esta gente le siguió hasta nuestra casa.

Verdaderamente quedaron persuadidos los sabios del mundo que estas cosas que ellos desestimaban, viéndolas tan autorizadas con tales letras, dignidad y virtud, son de más estima y precio que ellos pensaban.

Como entró el novicio en casa, el P. Luis de Guzman, que era su Maestro de novicios, le preguntó cómo le habia ido. El respondió: «Padre, hasta llegar á la puerta todavía sentí acá algunas turbaciones y repugnancias; mas de allí adelante, en mi vida sentí tantos consuelos de nuestro Señor, y no me pesaba de otra cosa sino de no ser Arzobispo de Toledo, para honrar más aquella campanilla.»

Adelantóse siempre en sus ejercicios, creciendo cada dia más en su virtud y religion: y como él aún se era todavía Abad y cancelario, viniéronle á pedir la Universidad que fuese á echar la bendicion á los licenciados, cosa de harto interés: él les respondió que la diese allá quien quisiese, excusando para sí todas las cosas de honra.

Llegó el dia de Navidad y dijo sus tres Misas, y todo el dia estuvo muy alegre hasta la noche, que se fué á acostar indispuesto. Vínole á visitar el Dr. Juan Gomez, catedrático de Prima de medicina, su discípulo, y tomándole el pulso entendió que era la calentura maligna, y comenzó á derramar lágrimas.

Entendió luego el dichoso novicio que habia de morir, con tan gran confianza y satisfaccion que se habia de salvar, que decia se arrebataba el cielo; de modo que aun en un frenesí furioso que le dió, lo más que hacia era afirmar esto mismo con juramento, diciendo á grandes voces: «Vive Dios, la gloria me llevo;» con que mostró la seguridad que en su alma estaba, y la grande merced que Dios le hizo en traerle á acabar á su casa, como acabó de esta enfermedad el dia 2 de enero de 1572, aun no cumplidos cuatro meses que habia estado en la Compañía.

Sabida su muerte, el cabildo de S. Justo pidió que le dejasen enterrar como á su cabeza y Abad, que lo fué hasta que murió Concedióseles que le enterrasen en nuestra casa; y así lo hicieron con gran solemnidad y sentimiento de toda la gente de fuera y de los de casa.

Hallóse entre sus escritos que Dios le habia dado deseos de ir á predicar su Evangelio entre los infieles, en que se echa de ver la gran estimacion que se debe hacer del empleo de convertir los indios, pues un hombre tan grande, despues de tantos cargos, tanta sabiduría y tantos desengaños, escogia por

mejor esta ocupacion, deseando pasar á las Indias para ayudar á aquella gente desvalida y ruda.

De esta manera acabó alegre y consolado el que habia vivido tan desconsolado en el mundo.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO DE SAAVEDRA

EL siervo de Dios Pedro de Saavedra nació en Esquivias, pueblo del arzobispado de Toledo, á los 10 de febrero del año de 1510, de padres honrados, los cuales se fueron á vivir á Almonester, quince leguas de Sevilla, por haber sido proveido alcaide de allí Martin Vozmediano, su padre, el cual crió á su hijo con igual cuidado de su virtud que de las letras.

Dejóle de veinte años de edad cuando murió, que fué muy cristianamente, habiendo dicho antes la hora de su muerte.

Como se vió nuestro Pedro huérfano y de tan poca edad sin oficio ni sombra de lo que habia menester, determinó de irse á Salamanca á estudiar leyes: en el cual estudio se aventajó tanto, que por él y por su buena condicion y mejores respetos, ganó muchos amigos, preciándose de tenerle por tal personas muy insignes.

Entre otras lo fué muy íntimo el licenciado D. Gaspar de Quiroga, que vino á ser Cardenal y Arzobispo de Toledo, el cual, siendo Vicario general de Alcalá y su partido, llamó á nuestro Saavedra para que fuese su teniente y le ayudase; gustó mucho de hacerlo, pareciéndole que se le ofrecia ocasion de pretender cátedra de Cánones en aquella Universidad, en la cual entró á los 3 de mayo de 1541.

A pocos dias, por las muestras que dió de sus muchas letras y cristiandad, un gran letrado que allí habia, llamado el Dr. Antonio Dagado, puso los ojos en él para señor y marido de una sola hija que tenia, con toda la hacienda que habia ganado, y cada dia aumentaba, la cual era gruesa.

Tratólo con él, y pareciéndole bien á su amigo D. Gaspar de Quiroga, se concluyó el negocio y se casó el año de 1542. Vivió en su estado matrimonial muy á gusto de Dios y de los hombres, porque deseaba servir á nuestro Señor de veras, y para esto habia tomado por abogado á S. Diego de Alca-

lá, de quien fué muy devoto, oyendo Misa en su capilla y dando él la limosna de ella, y el Santo le hizo muchas mercedes, y Dios por él le comunicó sentimientos muy particulares.

Cada dia que oia aquella Misa, veia al tiempo de alzar que se levantaba el cuerpo Santo y se humillaba al Santísimo Sacramento, y juntamente sentia un suavísimo olor, que duraba buen tiempo del que allí estaba, como él dió testimonio en su dicho y está en el proceso de la canonizacion de S. Diego.

Hízole tambien Dios nuestro Señor muy insigne y afamado en su abogacía, acudiendo á él á pedirle consejos en sus pleitos todos los de la tierra. Por la fama de sus letras y virtud fué proveido por el emperador Cárlos V y los de su Consejo por Oidor para la Audiencia y Chancillería que aquel año de 1548 se instituyó y puso en el nuevo reino de Granada en el Perú.

Estaba ya á punto de partir con su mujer y cinco hijas. Los padres de su mujer, que, como dijimos, era única, sentíanlo sobremanera, procurando apartarle de aquella voluntad; y como no pudieron, habiendo oido muchas cosas del P. Francisco de Villanueva, Rector del colegio de la Compañía, y de su santidad, fuese á él por único remedio el Dr. Dagado, rogóle que procurase estorbar á su yerno esta jornada, porque ellos no tenian sino aquella hija, y su yerno no tenia necesidad de ir á Indias para allegar hacienda, pues la suya era gruesa, y cuanto los dos ganaban en su abogacía, que era mucho, era para él.

Tomó á su cargo el siervo de Dios este negocio, y hablando á nuestro Saavedra, le persuadió que antes de su partida hiciese los Ejercicios de S. Ignacio para concertar su alma con Dios, por si quisiese disponer en el camino de su persona. Vino en ello el Dr. Saavedra, y el P. Villanueva se los dió, y en ellos hizo tal mudanza, que con mucha liberalidad puso en sus manos el negocio, y de su parecer fácilmente desistió de aquella pretension, excusándose con el Consejo de Indias, por llevar mal su mujer tan larga jornada.

De este suceso él quedó tan agradecido y pagado, y sus suegros de la misma manera, que de allí adelante fueron muy devotos de la Compañía, y el Dr. Saavedra no hacia cosa sin el parecer y direccion del P. Villanueva.

Desde estos Ejercicios comenzó á vivir muy de otra manera, con mayor ejemplo de vida, ejercitando su oficio con mucha claridad y verdad; desengañaba á los que no tenian justos pleitos, favorecia á los pobres, y á los que tenian justicia ayudaba mucho, procurando con el juez y partes que abreviasen términos y plazos.

Por esta brevedad y por el gran nombre de muy letrado y nada interesado que cada dia iba cobrando, acudia á su casa gente innumerable, y porque la vanidad no deslustrase la pureza de su intencion, y entre tantos negocios

exteriores tuviese algun recuerdo para su alma, usaba dos cosas dignas de memoria.

La una era, que tenia industriada á una niña la menor de sus hijas, que seria de tres á cuatro años, que entrase muy frecuentemente en su estudio donde él estaba, y le dijese: «Señor padre, acuérdese V. que se ha de morir,» y porque la niña no se olvidase y lo hiciese más veces, solia darle despues de dicho esto como en premio alguna moneda ó cosa semejante; con esto acaecia estar la sala llena de gente que venian á pedir parecer para sus pleitos, y la muchacha rompia por medio de todos, y en alta voz decia: «Señor padre, acuérdese que se ha de morir.»

La otra era, que tenia mandado á esta niña que, siempre que llegase algun pobre á la puerta, no se despidiese, sino que ella entrase á pedirle limosna, y se la llevase, y besase la mano al pobre, con amenaza que si no lo hacia la habia de azotar; y así, la muchacha, cuando daba la limosna, pedia la mano y la besaba, aunque más asco la diese, y porque algunos pobres no se la querian dar, lloraba la niña temiendo los azotes, hasta que cumplia lo que le habian mandado.

Para que el Señor la ayudase en cuanto hacia, llegábase muchas veces á Su Divina Majestad recibiendo muy amenudo los santos Sacramentos de la Confesion y Comunion, con mucha ternura de lágrimas y devocion que Dios le comunicaba muy á manos llenas.

Usó, desde que hizo los Ejercicios, tener algunas horas de oracion, hurtando á los negocios y al sueño lugar de ella: una era antes de acostar. Sucedió un dia que los negocios y pleitos fueron tantos, que no se vació la casa hasta media noche, y, viéndose muy cargado de sueño, quiso por aquella noche dejar la oracion y otras penitencias que acostumbraba ejercitar; habíale casi vencido la tentacion y el sueño, cuando muy pesaroso reparó en el engaño del enemigo, y, reprendiéndose á sí mismo, se determinó de no dejar un punto lo que solia hacer antes de acostarse, y en pago de su determinacion, fueron tantos los consuelos interiores de su alma y la luz que nuestro Señor le comunicó, que le parecia que estaba en el cielo, y aun exteriormente sintió en su aposento una fragancia de olores tan suaves, que, como él decia exhortando á no dejar jamás las buenas costumbres de su vida, ni antes ni despues habia sentido tan suave y delicado olor.

Entre tantas mercedes que le hacia nuestro Señor, le quiso probar llevándole su mujer cuando más necesidad tenia de ella para la crianza de sus hijas; la cual, estando ya cercana á la muerte, sintiendo mucho que sus hijas, que eran pequeñas, viniesen en poder de madastra, le pidió con lágrimas que por el amor que se habian tenido, pues sabia cuánto habia querido aquellas

niñas, le hiciese esta merced por ser la postrera cosa que le pedia, que escogiese mujer que les fuese madre y no madrastra. No quiso pedirle cosa mayor, pareciéndole que era razon casarse, quedando de tan buena edad, porque entónces tenia sólo cuarenta y dos años.

El doctor respondió: «Espero en Dios, señora, que os dará salud; mas, si otra cosa dispusiere S. D. M., digo que haré lo que me pedís,» é hincándose luego de rodillas, y echándose de pechos sobre la cama, tomó un crucifijo que tenia la enferma, y abrazándose con él dijo: «Yo hago á este Señor voto de castidad,» y aunque la suegra que allí estaba, le impedia diciendo: «Mirad, señor, lo que haceis,» respondió él: «Digo que prometo á mi Dios castidad, y yo lo cumpliré, y yo os prometo de decir la primera Misa que dijere por vos.» Agradeciólo mucho su mujer, y con esto murió muy consolada.

Viéndose ya el doctor libre y suelto del vínculo matrimonial, comenzó á deliberar sobre qué estado tomaria, supuesto que no habia de casarse otra vez. Toda la duda estaba entre dos Religiones que por algunas razones le tenian perplejo; deliberaba ó entrarse en la Compañía, donde él hallaba gran descanso de su ánima y mucho consuelo por la continua comunicacion que tenia con el P. Francisco Villanueva y los demás, ó hacerse fraile francisco, á lo cual mucho le movia la devocion de S. Diego, de quien habia recibido tan singulares mercedes.

No sabiéndose él por sí determinar, fuése á su acostumbrado refugio, que era su grande patron S. Diego, y sin algun temor que haria las partes de su Religion, pidió á nuestro Señor por los méritos de su Santo le declarase su voluntad, para escoger entre aquellos dos estados el que fuese para su mayor servicio.

Estando en su oracion tratando de esto con nuestro Señor, súbitamente oyó un ruido dentro de la arca donde estaba el cuerpo del Santo, como si se meneara, y oyó una voz que le dijo que nuestro Señor se serviria más que fuese de la Compañía de Jesus.

Oyendo esta respuesta, se le ofreció luego que tenia esto grandes dificultades y que él no las podia vencer; y pensando en ello, le parecia de repente que veia la imágen de S. Cristóbal como comunmente se suele pintar; y como esto lo tuviese por distraccion y tentacion, procuraba echarlo de sí y volver á su oracion; mas, como le volviese esta representacion segunda y tercera vez, dijo al Señor: «Si es esta impertinencia quitádmela, y si por aquí me quereis responder, declarádmelo, que no lo conozco.» Y luego entendió que le decia el Señor: «Mira á este hombre cómo pasa contrastando las aguas y olas de este rio, estribando sobre el báculo que lleva en la mano, y mirando no las aguas que pasa, sino al Niño Jesus que lleva sobre sus hombros. No

mires la dificultad que has de pasar, sino la ayuda del báculo de la cruz, en que has de estribar, abrazando con gana los trabajos, y mirando á Jesus que es tu guía y capitan, en cuya Compañía entras y con cuyo favor todo te será fácil.»

Con esto se determinó luego y ofreció para entrar en la Compañía, y, viniendo muy consolado á su casa, queriendo saber tambien el gusto de sus hijas, las llamó á todas siendo niñas, pues la mayor no pasaba de diez años, y puestas en órden por su edad, unas tras otras las fué preguntando á cada una cuál gustaria ella más, que se hiciese fraile de S. Francisco, ó de la Compañía de Jesus: ¡cosa maravillosa! con tener las niñas grande miedo á los de la Compañía y mucha familiaridad y amor con los Padres de S. Francisco y tener dos tios frailes, hermanos de su abuela, todas sin empacho alguno fueron diciendo que gustarian más que fuese de la Compañía.

Con esto, muy consolado y cierto de su vocacion, trató este negocio con el P. Villanueva, el cual, aunque desde luego por órden del Sto. P. Francisco de Borja le admitiera, mas parecióle mejor por entónces que se detuviese, dando órden en sus cosas y rematando muchos negocios que tenia, y tambien para que fuese ganando para poner en estado á sus hijas. Él bien quisiera ejecutarlo luego, mas al fin se sujetó á la obediencia del P. Villanueva, porque no hacia cosa sin su parecer y voluntad; por esta causa se detuvo hasta el tiempo que él quiso.

Entre tanto, siendo ya catedrático en la Universidad, el marqués de Mondejar, presidente de Indias, le mandó escribir que, pues ya tenia quitado el impedimento pasado con la viudez, le proveeria, si gustaba, Oidor de Méjico, porque habia buena ocasion; él tomó su carta y fuese al P. Villanueva para que viese lo que queria que hiciese; el Padre le respondió que se excusase de tan larga jornada, agradeciendo al marqués la merced que le queria hacer.

Hízolo como se lo dijo, y porque los deseos que Dios le daba eran tan fervorosos y continuos, deseó al voto de castidad que habia hecho añadir otro de pobreza, aunque se lo impidió el P. Villanueva; pero, ofreciéndose á sí todo y sus cosas á Dios, prometió de hacerlo cuando el P. Villanueva se lo mandase; y para que quedase más firme, escribió su ofrecimiento en un papel, y firmado de su nombre se lo entregó al mismo Padre, para que él tuviese aquella memoria de su mano, el cual, porque se vea cuán fervoroso andaba entre su abogacía y lecciones este devoto doctor, y cuán grande respeto y sujecion tenia al siervo de Dios, Villanueva, me pareció poner aquí, y es como se sigue:

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios Todopoderoso, en quien, aunque indignísimo pe-

cador, creo firme y católicamente, á quien adoro, á quien de toda mi ánima y corazon deseo reverenciar, servir y agradar todo lo restante de mi vida, hasta ser presentado delante del acatamiento divino por los méritos, vida y muerte de mi Señor Jesucristo é intercesion de su gloriosísima Madre la Vírgen Santa María Nuestra Señora Abogada de los pecadores: Yo el Dr. Pedro de Saavedra, abogado, vecino de la villa de Alcalá de Henares, mísero y frágil pecador, considerando por la inefable bondad y misericordia de mi Dios y Señor cuán ingrato y desconocido he sido á mi Dios, y lo que á su alta y adoranda Majestad se debe por sus criaturas, y principalmente por quien Su Majestad es, por tan inmensas mercedes y beneficios que de su mano liberalísima tengo recibidas; y deseando de todo mi corazon dar algunas señales de gratitud y reconocimiento segun mi miseria, cuanto sea conforme á la voluntad soberanísima de mi Dios y Señor; desconfiando de mis fuerzas y sólo poniendo mi esperanza y espíritu de perseverancia en la sangre preciosísima de mi Señor Jesucristo, y que por sus méritos será en descuento de mis innumerables miserias y pecados, y que mediante su santísima Pasion vendré á verdadero conocimiento y verdadera penitencia, ofrezco mi ánima y mi cuerpo y todas mis cosas perpetuamente á mi Dios y Señor; y abdico y aparto de mí todo mi querer y voluntad, y todo ello lo pongo libre y agradable y espontaneamente en las manos de mi Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Redentor y Señor del mundo, á quien humildemente suplico por su muerte y Pasion santísima, y por su admirable Ascension, y por la intercesion de la Reina de los ángeles, Madre suya y Abogada de los pecadores, y de toda la corte celestial, presente este ofrecimiento á su Padre Eterno, y me alcance de él aceptacion con la gracia del Espíritu Santo, para que en mí y en todo, y por todo se haga su altísima y placidísima voluntad en este valle de lágrimas, y en aquella vida bienaventurada que para siempre sin fin ha de durar.

»Y porque de mi parte segun mi miseria y fragilidad haya alguna correspondencia, previniendo en todo la gracia y misericordia de mi Dios y Señor benignísimo y omnipotentísimo, digo que, por cuanto yo tengo hecho voto de castidad va para dos años, ahora de mi propia y agradable voluntad ratifico, apruebo y si necesario es, hago de nuevo el dicho voto.

»Item, digo que así mismo, atento que yo tenia en determinacion conmigo de no hacer ni determinar de mí cosa, sin parecer y voluntad del muy reverendo Padre y señor mio, el P. Francisco de Villanueva, Rector de la Compañía de Jesus del colegio de Alcalá, á cuya obediencia en mi alma y corazon estaba sometido por mi Señor Jesucristo con deseo de acertar, temiendo de mi propio parecer y voluntad, por servir principalmente á mi Dios y Señor.

»Y ahora digo, que ratifico y apruebo y afirmo de nuevo esta misma voluntad, y es mi intencion y entiendo en esta cláusula todo aquello que quisiere y determinare de mí, á honra y gloria y servicio de mi Dios y Señor, bien así como si fuera su esclavo comprado por sus dineros, porque mi intento es total y perfectamente perder mi voluntad y libertad en Jesucristo Señor mio, por su servicio y amor principalmente, y ser poseido del inmenso y poderoso Dios y Señor mio, que me crió y conserva, cuyo soy, y á quien me ofrezco; y por ser libre de aquel cautiverio y lazos del demonio, que tanto desagrada á nuestro Bien infinito.

»Item, digo que, atento que yo de presente estoy en compañía de mis padres y de mis hijas, sirviéndolos y aprovechándoles en cuanto en mí es por mandado del dicho señor y Padre mio Francisco de Villanueva, y tuve intento de hacer voto de pobreza porque la esperanza, ó codicia humana de bienes temporales por mis pecados no me embarazasen en el camino del Señor, y á su Reverencia pareció de presente otra cosa, que para obviar que mi alma no se apegue á cosas frágiles y que tan poco han de durar, y esté sola y desembarazada para amar y servir á mi Dios y Señor, con su ayuda y favor propongo y prometo á mi Señor Jesucristo, que cada y cuando que al dicho señor y Padre mio Francisco de Villanueva le pareciere que conviene que yo haga voto de pobreza, y de la manera que le pareciere le haré.

»Y si necesario es, desde ahora para entónces le hago y prometo y voto todo lo arriba dicho por amor de mi Señor Jesucristo, á quien sea honra y gloria en los siglos de los siglos, por siempre jamás. Amen. Dia de la Ascension gloriosísima y de la Cruz. Y porque haya memoria de lo arriba escrito de mi mano y de cómo en manos del dicho señor y Padre mio Francisco de Villanueva hice los dichos votos y promesas, le entregué esta escritura, firmada de mi mano. *El Dr. Saavedra.*»

Con esta determinacion de entregarse á nuestro Señor pasó este devoto doctor en espirituales ejercicios y comunicacion con los de nuestra Compañía, como uno de ella, hasta que al fin del año de 1555 el P. Villanueva le ordenó que se recogiese en casa, como lo había prometido, pues ya era tiempo, y se irian los dos á Plasencia, donde el Santo P. Francisco de Borja, que entónces era Comisario General de la Compañía en España, los aguardaba.

Aunque sus deudos, como supieron su determinacion, lo sentian mucho, especialmente los frailes franciscos hermanos de su suegra, quejándose mucho, así de él como de los de la Compañía porque le admitian, dejando cuatro hijas huérfanas; pero él no se turbaba por esto, ántes, pidiendo licencia á sus suegros, que tomaron á su cargo sus cuatro hijas, sabiendo el modo cómo

Dios le habia llamado, con grande sentimiento y lágrimas, como si fuera á morir, se la dieron.

Despedido de sus amigos y devotos dos ó tres dias despues de la Epifanía del año de 1556, se vino á nuestra casa, y á los 14 de enero se partió de Alcalá con el P. Villanueva, y á los 27 del dicho mes llegaron á Plasencia y fueron recibidos de S. Francisco de Borja y de los demás que allí estaban con grande caridad y regocijo. Y porque supo el Sto. P. Francisco el gran desconsuelo en que habian quedado los suegros del Dr. Saavedra, quiso consolarlos con su propia carta, lo cual tuvieron por muy grande y singular favor, que fué escrita al Dr. Antonio Dagado de esta manera:

«Magnífico señor en Cristo, la gracia del Espíritu Santo sea siempre en el ánima de Vm. Amen. No dudo sino que la venida del carísimo Dr. Saavedra habrá sido á Vm. penosa, por amarle como tan buen padre á tan buen hijo; mas tanto mayor ocasion tengo yo de consolar á Vm., cuanto el Señor le ha dado gracia de ser mejor padre que otros suelen, pues ellos no aman de sus hijos más de los bienes temporales y la presencia momentánea de la carne y sangre.

»Pero Vm. que conoce cuán breve es lo de acá para quien va donde vamos, y cuán pequeña ausencia es la de este destierro para quien espera gozar eternamente de la presencia de los que ama, consolará á su misma alma y gozárase en el Señor, porque, dando pena á la carne sensual, se acuerda de crucificar el espíritu.

»No perdió Vm. el que amaba como á hijo, pues le dió á su verdadero Padre, ni desamparó él á Vm., pues se puso debajo del amparo divino, para desde allí mejor ejercitar el oficio de hijo con Vm. y de padre con quien tiene obligacion.

»¡Oh cuán fuertes se hacen las flacas fuerzas del hombre! ¡oh cuánto puede el debilitado que desconfía de sí y encomienda á Dios á sí y á los suyos! Si nuestro mantenimiento y bien todo lo hemos de alcanzar de la larga mano del Señor, ¿quién duda sino que cuanto más nos llegáremos á Él con amor y servicio, más abundantes bienes alcanzaremos, no sólo para nosotros, sino para los nuestros?

»Apartóse de Vm. para llegarse más á su Dios: dejó su casa para ir á la del Señor: partióse de los hijos para serlo por mayor participacion del que nos es Padre y Señor. Placerá á la divina bondad y misericordia que Vm. y los demás que han recibido pena con esta mudanza serán consolados y muy alegres con las buenas nuevas que cada dia sabrán del carísimo Dr. Saavedra, y conocerán que ahora ha topado con las verdaderas Indias, y ha dado en las minas del inmenso tesoro, pues le busca, no en el occidente de la

tierra, sino en el oriente del cielo, que ha nacido y resplandecido en su alma con mucha claridad y hermosura: el Señor por quien es se la acreciente.

»De mi sé decir á Vm. que, así como este es el mayor bien que á los que mucho amo deseo en la tierra, así no puedo dejarme de alegrar mucho y dar gracias al Señor por ver al que en él mismo amaba tanto, animado á ser uno de los pobres que Cristo suele elegir para enriquecerle de divinos dones.

»Lo que yo pido á Vm. como á persona dotada de tanta cristiandad y prudencia, es que, conformándose en todo con la voluntad santísima del Señor, se consuele, y alegre, y consuele á los que viere tener de ello necesidad; pues este es socorro que los fuertes como Vm. deben á los flacos: y aunque puedo poco, quedaré y quedo de esto obligado á todo lo que tocare á Vm. y cosas del H. Dr. Saavedra; y así, en todo procuraré consolarlos como Hermano verdadero, aunque no hubiese en medio otra cosa sino haberse él venido á servir al Señor de todos; lo cual como á consiervos nos obliga, especialmente que yo me siento por muy obligado, particularmente para en todo lo que pudiere ser útil á Vm. ó cosas suyas, cuya magnífica persona nuestro Señor en su santísimo servicio conserve y acreciente. De Plasencia 30 de Enero de 1556. Su siervo en el Señor, *Francisco.*»

Tenia el P. Comisario mucha necesidad del Dr. Saavedra para los continuos y grandes negocios que en el gobierno de la Compañía se le ofrecian; y así, le quiso tomar por compañero, y por esto luego á los nueve de febrero le envió á Valladolid para que se ordenase de todas órdenes y le aguardase allí. Llegó á los trece de febrero, y luego un sábado, á los veinte y dos, dia de la Cátedra de S. Pedro, se ordenó de Epístola, y el domingo siguiente de Evangelio, y luego el mártes, dia de S. Matías, de Misa.

Cuando se vió levantado á tan alta dignidad, no acababa de dar gracias á nuestro Señor, y esto hacia con más veras cuando supo allí en Valladolid que los dos Oidores que fueron con él proveidos el año de cuarenta y ocho, para el nuevo reino de Granada, volviendo este año de cincuenta y seis muy ricos y honrados, llegando á España y estando casi en el puerto, se ahogaron y pereció todo cuanto traian.

Veia en sí la suma providencia de Dios, que le habia impedido aquel camino de Indias por medio del P. Villanueva, para traerle al puerto rico de la Religion de que gozaba.

Ibase imponiendo en la Misa y ceremonias de ella el nuevo sacerdote con intento de decirla el primer dia de Pascua por su compañera, como se lo habia prometido, y eran tantos los regalos y consuelos con que Dios tiernamente le regalaba, y tan copiosas las lágrimas que derramaba cuando de-

cia la Misa en seco para ensayarse, que decia él que nuestro Señor le criaba á los pechos como á niño, sustentándole con leche y miel.

Para la Semana Santa se partió con el P. S. Francisco á Simancas, donde en la Pascua dijo la primera Misa, cumpliendo su obligacion, con tantos sentimientos y consuelos, que no se pueden declarar, cuales los tuvo muchas veces, y muy particulares, el verano siguiente, cuando supo la muerte de nuestro P. S. Ignacio en las Montañas, adonde habia sido enviado de Valladolid.

El año siguiente de cincuenta y siete, por la Semana Santa vino al colegio de Alcalá, para ver á sus suegros é hijas, al mismo tiempo que llegó el P. Villanueva de Plasencia; y como le diese un deseo encendidísimo de saber si estaba su mujer en carrera de salvacion, una noche, estando rezando maitines en su aposento, vió una extraordinaria luz y claridad, y con gran gloria y resplandor á su amada compañera, la cual le habló, agradeciéndole el haberse entrado en la Compañía de Jesus y haberle dicho la primera Misa que le habia prometido; díjole cómo estaba ya gozando de Dios, á quien continuamente rogaria por él y por sus hijas, y con esto desapareció.

De esta vision quedó tan debilitado y flaco que, cayendo en tierra, no tuvo fuerza para levantarse, ántes comenzó á dar voces, á las cuales acudió el P. Villanueva con otros, y, levantándole del suelo, le echaron en la cama, donde por tres dias estuvo sin poder volver en sí, haciéndole los beneficios y reparos que fueron posibles para que cobrase las fuerzas que de aquella vision habia perdido.

Estimó en mucho Juan de Vega, siendo presidente del Consejo real de Castilla, al P. Saavedra, y le tuvo por su confesor hasta la muerte en Valladolid, donde entónces estaba la corte. Sirvió en la Compañía en cosas muy importantes, y fué fidelísimo compañero del P. S. Francisco de Borja en todos sus trabajos, y le acompañó hasta Roma el año de mil y quinientos y sesenta y dos.

Desde allí volvió á España para poner en estado á sus cuatro hijas, como las puso, sirviendo todas en castidad y religion á Dios nuestro Señor. Despues le hicieron Rector del colegio de Madrid, en el cual oficio permaneció hasta la muerte.

Dió en todas sus ocupaciones singular ejemplo de todas virtudes, y favoreciéndole nuestro Señor con muy particulares regalos y demostraciones: era comun fama, y él mismo lo confesaba, engrandeciendo las mercedes continuas que de Dios recibia, que le era tan propicio, que nunca jamás le habia pedido cosa que no se la hubiese concedido.

Estando una hija suya, monja en el monasterio de nuestra Señora que llaman de Constantinopla en Madrid, á la muerte, estúvola ayudando una tar-

de, y al fin de ella, volviéndose á casa, se pasó por casa de doña María de Mendoza, fundadora de nuestro colegio de Alcalá, y con mucha ternura y sentimiento le dijo en qué estado la dejaba; y á la mañana, doña Catalina de Mendoza, su sobrina, fué á nuestro colegio á confesarse con él, y hallóle tan alegre y regocijado, que, preguntándole por la hija, respondió: «Hame hecho merced nuestro Señor de significarme cómo ya tiene en su gloria aquella muchacha» (así la llamaba) que la noche ántes era muerta. Siendo Rector de Madrid, fué llamado á Alcalá porque su hija mayor estaba muy enferma y casi desahuciada de los médicos: como la visitase, y, al dicho de los que la curaban, estuviese sin remedio, él se vino á casa á pedir la salud de su hija al médico del cielo, y para esto dijo una Misa: estándola diciendo, le vinieron con grande priesa á llamar, diciendo que su hija se moria y todos la estaban llorando á gritos en su casa.

El Hermano que le ayudaba se llegó á él, y díjole que abreviase, que su hija se moria. El Padre sin turbacion alguna prosiguió su Misa con mucha atencion y reposo, y, cuando quiso consumir, paróse un buen rato con nuestro Señor en las manos, pidiéndole con lágrimas que no se la llevase. Concedióselo Nuestro Señor, y con tanta certidumbre, que luego dijo que no moriria de aquella enfermedad.

Dió gracias con brevedad y fué á casa de la enferma, y saliéndole á recibir otra su hermana llorando amargamente, la dijo: «No tengais pena, que no morirá vuestra hermana;» y llegando á la enferma le certificó con grande aseveracion, que no moriria de aquella vez y que se levantaria buena y sana. A pocos dias se levantó y vivió despues muchos años, y contaba lo que con su santo padre la habia sucedido, y cuán poderosas habian sido sus oraciones para alcanzarla milagrosamente salud.

Fué verdaderamente muy señalado el don que tuvo de oracion y trato con Dios, con una ternura y copia de lágrimas tan suave y continua, que ponia admiracion; porque, desde que comenzaba la Misa hasta que la acababa, sus ojos parecian dos fuentes de lágrimas sin poderlas reprimir. Persona hubo que por verle llorar tanto en la Misa, se compungió, y se convirtió al Señor, y enmendó su vida.

Ayudaba á esto el ser tan agradecido á Dios y á sus santos, por cuyos medios recibia tantas mercedes que por esto era devotísimo de nuestra Señora, y de otros muchos santos y santas, de quienes cada dia hacia particular conmemoracion, y les decia entre año Misas. Y para la memoria, en el calendario de los meses de su breviario tenia señalados en la márgen con una crucecica muchos santos, por cuyo medio decia él que habia recibido de Dios algun particular beneficio, porque no se le olvidase, como le tenia en

el nombre de S. Cristóbal á veinte y cinco de julio, por haberle Dios nuestro Señor allanado las dificultades de entrar en la Compañía por medio de su imágen, como al principio contamos.

Dióle nuestro Señor mucho celo de la salud de sus prójimos. Era muy dado al ministerio de confesar; gustaba mucho de hacer esto con gente pobre y muchachos; y así, hizo por medio de él nuestro Señor algunas mudanzas en hombres muy perdidos.

Fué una vez llamado á un hospital para confesar á un enfermo, el cual hizo su confesion con alguna desgana y frialdad, de suerte que el Padre aunque hizo su oficio, no quedó contento de la confesion ni satisfecho de penitente.

Vuelto á casa, la noche siguiente, estando en la cama, fué tan grande la inquietud de su corazon y el desasosiego que tenia, que hubo de levantarse á la media noche, y fué al P. Rector, y le dijo, que él tenia necesidad de llegarse á aquel enfermo, porque le daba el corazon ser necesario.

El P. Rector, teniendo respeto á su santidad y autoridad, aunque la hora era tan incómoda, le dió licencia y compañero. Entrando el P. Saavedra en el hospital, halló al enfermo muy al cabo, y hablándole con mucho amor y caricias, le iba ponderando la bondad y misericordia de Dios para con los pecadores que de veras se convierten, y juntamente poniéndole delante cuán grande pecador habia él sido, refiriéndole algunos de los pecados más graves, y con todo eso confiaba en Dios, que se los habia perdonado y que él no se espantaria de pecados; y así, le rogaba se confesase enteramente, porque le hacia saber que por su bien habia venido á aquella hora, no pudiendo sosegar hasta remediarle y ayudarle en aquel tránsito, del cual pendia su salvacion ó condenacion eterna.

Oyóle el enfermo y con las razones que el Padre le iba diciendo, nuestro Señor le abrió los ojos y le esforzó su corazon, para que descubriese sus llagas; y así, le dijo: «Oh Padre, Dios le ha traido acá, porque sepa que estaba determinado de irme al infierno por no confesar la verdad; tantos años ha que no la digo, ni me confieso á derechas. Pero, pues que me certifica que hallaré misericordia, y desea tanto mi salud, yo quiero declararle mi alma.»

Viéndole el Padre tan bien dispuesto, instruyóle á hacer una confesion general lo mejor que en aquel artículo se pudo, y hecha con mucho sentimiento y dolor, en recibiendo la absolucion, dió el alma al que dió su vida y sangre preciosa por ella, quedando el P. Saavedra muy consolado de este suceso y con cierta esperanza de la salvacion de aquella alma, como él contaba despues, para que se vean las misericordias de Dios con sus escogidos.

Ocupóse el siervo de Dios algun tiempo en andar por las montañas á re

mediar y consolar aquella pobre gente que estaba en extrema necesidad de lo temporal para sustentar la vida del cuerpo, y de lo espiritual para la de sus almas.

Repartióles una buena suma de dineros que la serenísima princesa de Portugal, doña Juana, gobernadora á la sazon de estos reinos, les enviaba, y con su predicacion y doctrina apacentó sus almas, y ordenó muchas cosas para remedio de ellas y de sus necesidades, y por haber visto al ojo el fruto grande que el Señor habia hecho en aquella mision, y por ser él tan amigo de la santa pobreza, que se consolaba mucho de comer los mendrugos de cuan que le daban de limosna; pidió al Sto. P. Francisco de Borja y á otros sus Prelados con grande instancia le enviasen á misjones de aquellos necesitados de doctrina, ofreciendo de ir á pié y pidiendo limosna, deseando no comer otra cosa que el pan duro que le diesen por amor de Dios.

Descubrióle nuestro Señor muchas cosas secretas y que estaban por venir, como se puede ver en lo que habemos contado y otras muchas ocasiones. Saliendo del colegio de Alcalá los PP. Valderrábano, Provincial, Manuel Lopez y Gil Gonzalez, camino de Roma á la eleccion de General por muerte del P. Lainez, les dijo: «Vayan con Dios, que ya sé que han de elegir al Padre Francisco de Borja,» y á pocos dias escribió una carta al P. Francisco de Borja en que le decia que, aunque al tiempo que la escribia, no era General, pero que, cuando llegase á sus manos, ya lo seria: daba el parabien á la Compañía de que le diese Dios tal Superior, y pedíale que por la amistad antigua le concediese que lo que le restaba de vida lo gastase en dar misiones por los pueblos, confesando pobres y sustentándose de mendrugos. Y diciéndole que cómo lo aseveraba tanto, pues podia ser que otro saliese General, respondió: «Cosa es cierta, que ya yo lo he visto hecho General estando en oracion.»

Fué muy perseguido del demonio, que tenia con él encuentros visibles, queriéndole amedrentar para que dejase los buenos ejercicios que hacia. Aparecíasele como á S. Antonio en varias figuras; unas veces como mona, haciendo mil monerías, otras como un ahorcado, colgado de una viga con un palmo de lengua; una vez le dió una gran bofetada en su rostro por las muchas que él debia de recibir con las virtudes de este santo varon.

Otra vez, yendo á tomar disciplina en un sótano, comenzó el demonio á hacer ruido dando muchos golpes, y él, como le conociese, díjole: «Anda *calzas pardas* (así solia llamar al demonio) que mientras tú haces el son, bailaré yo,» é hizo su disciplina.

Otra vez, que sentia un miedo grande que sentia yendo de noche á un lugar apartado del colegio de Alcalá, pidió licencia para ir despues de todos

acostados á tomar allí una disciplina: como salió de su aposento, sintió que iban delante de él haciendo ruido muy temeroso; mas él procuró animarse acordándose de un documento que tenia muy notado de nuestro P. S. Ignacio, que es propio del demonio, á semejanza de una mujer, enflaquecerse y perder el ánimo cuando la persona á quien tienta tiene buen ánimo y esfuerzo, oponiéndose contra sus asechanzas; mas, si comienza á tener miedo y perder el ánimo, no hay bestia tan fiera como el enemigo. De donde se ve cuán necesario es mostrarle ánimo, para amedrentarlo y vencerlo.

A la márgen de esta regla espiritual, como quien la habia muchas veces menester, tenia escritas estas palabras: «Nota para cuando el enemigo hace ruido ó aparece para poner miedo.» Pues teniendo en la memoria esta regla, caminó, aunque iba delante aquel ruido, hasta el lugar señalado, y cerrando tras sí la puerta, sintió otro mayor alboroto, dando golpes con las puertas; mas no obstante todo esto, él se animó y tomó su disciplina, la cual acabada, se volvió á su aposento, llevando delante el mismo ruido.

Cuando entró, llegó tan cansado y tan sin fuerzas, que se arrojó sobre la cama, y llamó á un vecino, y le pidió le trajese luz, el cual le halló que no podia echar el habla, hasta que poco á poco se sosegó.

Otra vez, estando una de sus hijas mala, se quiso quedar una noche en su casa para consolarla; dijo á la hija: «Si esta noche oyeres algun ruido no tengas miedo, que no es nada.» Entrada la noche, comenzó á hacerse un extraño ruido, como que su padre se disciplinaba, y la doncella, aunque tenia algun miedo; mas, entendiendo que tomaba disciplina, calló y se sosegó. A la mañana, llegando á visitar á su hija, le preguntó si habia tenido miedo aquella noche; ella respondió que más era la lástima que habia tenido de ver el rigor con que se azotaba; entónces la dijo: «Calla, necia, que no era yo, sino *calzas pardas*, que nos queria amedrentar.»

Estando una vez de noche disciplinándose en un desvan, sintió un ruido como de alano que venia corriendo á él, y pasóle por entre los piés con tanta furia, que por poco le hiciera caer; y aunque temió, cobró ánimo y prosiguió su disciplina.

Solia dormir sobre un arca, y algunas veces venia el demonio y dábale un gran grito á la oreja, y despertaba temblando, pero luego se asia de una cajilla de reliquias de que era muy devoto, y hablaba con el demonio burlando de él y diciéndole que se fuese de allí, y procuraba dormir para tener despues quieta oracion; porque, desvelándole, pretendia el demonio que despues no pudiese tener oracion. Una noche, despues de acostado el Padre, estaba con el H. García de Alarcon, su compañero, y vió que la cama se levantaba en alto y que andaba como bailando, y diciendo el Hermano: «¿Qué es esto

Padre?» respondió el viejo: «Mirad vos quién anda debajo de la cama,» y, echando á huir el Hermano, se quedó él riendo.

Habia otra vez aderezado un vaso de vidrio muy limpio, y puesto en una caja con un tapador muy gracioso de boj, para tener allí agua bendita de que era muy devoto, y hacíalo en desprecio del demonio, diciendo: «Qué envidia ha de tener de tan lindo vaso *calzas pardas.*» Salió acaso de su aposento, mas de manera que no era posible entrar en él algun otro sin saberlo el, y como volviese á entrar, no halló ni vaso, ni caja, ni tapador; andando haciendo pesquisa, no pudo entender qué persona humana hubiese entrado en su aposento, ni se atreviera á aquello; al fin, buscando por todo el aposento, halló todo aquello, vaso y tapador debajo de la cama, hecho muy menudos pedazos; sacólos maravillado de la grande envidia del demonio, y por darle más en cara buscó otro vaso é hizo otro tapador mejor.

Ordinariamente cuando rezaba, que era en un rincon de su aposento, sentado en el suelo con lágrimas continuas, el demonio, para distraerle de su atencion y devocion, se le aparecia en varias figuras, como se ha dicho.

Llegósele el fin de su vida á este siervo de Dios, y, sintiéndose malo en Madrid, se hizo llevar á Alcalá; comenzóle por un grave dolor de cabeza que de continuo le apretaba, y, sintiendo que el decir Misa le servia de alivio, la procuraba decir y más larga de lo acostumbrado, porque mientras estaba en la Misa se le quitaba del todo el dolor.

Agravósele cada dia la enfermedad, y principalmente el pesado dolor de cabeza que le hacia dar grandes gemidos, hasta que, recibidos con mucha devocion los Sacramentos, dentro de pocas horas acabó de aquel dolor á los 24 de Julio de 1572, habiendo estado los diez y seis en la Compañía.

Fué depositado en nuestra iglesia, no en más honorífico sepulcro que los demás religiosos. Pero nuestro Señor quiso mostrar la excelencia de la virtud de su alma por el privilegio que comunicó á su cuerpo; porque, pasados diez años, que fué el de 1582, queriendo enterrar á un hermano suyo sacerdote en la misma sepultura del siervo de Dios, hallaron su cuerpo incorrupto, entero y sano, de lo cual admirados todos, teniéndolo por gran milagro, no quisieron enterrar allí á su hermano, sino en otra sepultura que de nuevo abrieron.

De esta manera quiso nuestro Señor mostrar cuánto se agradó de este su fiel siervo, pues no contento con lo mucho que le regaló en vida, quiso tambien preservar su cuerpo sin corrupcion.

Escribe de este santo varon el P. Francisco Sachino en el segundo tomo de la *Historia de la Compañía.*

P. NIEREMBERG.

P. JUAN BAUTISTA SANCHEZ

En el número de los Padres primitivos de la Compañía entra el P. Juan Bautista Sanchez, que si bien no alcanzó en ella á S. Ignacio nuestro Padre, alcanzó á sus santos compañeros y recibió el espíritu de la Religion de los que le recibieron del Santo, cuyas pisadas siguió en la vida y la predicacion y en el celo de la conversion de las almas.

Fué este apostólico varon natural de la ciudad de Toledo, hijo de nobles padres, ricos y muy estimados; su padre se llamó Fernan Sanchez, caballero de valía en aquella ciudad, el cual, pretendiendo que su hijo ocupase altos puestos por sus letras y su sangre, le envió á estudiar á la Universidad de Alcalá, á donde ganó muchos amigos, porque era de vivo ingenio, gran músico, muy lucido en sus acciones, aventajado estudiante: fué primero en licencias y luego se graduó de Maestro en artes.

Cuando navegaba viento en popa con fundadas esperanzas de alcanzar los mayores puestos de la Universidad, vió morir á su padre de repente, salteado de una enfermedad ó accidente que en pocas horas le quitó la vida, y cuando vió muerto al que poco antes conversaba vivo, le cayó un espanto tan grande, que le quitaba el sentido, y apénas creia lo que miraba ni acababa de persuadirse á que era verdad lo que le habia sucedido, hasta que llevó á enterrar á su padre, y le vió meter en la sepultura y cubrir de tierra en compañía de los otros difuntos.

Aquí comenzó su consideracion, obrando la gracia divina con su buen entendimiento, como le sucedió á S. Francisco de Borja mirando á la emperatriz difunta. No podia borrar de la imaginacion la imágen de su padre difunto, ponderando qué le valia la nobleza y la riqueza en la sepultura, qué le aprovechaba el aplauso y estimacion que tenia en su ciudad sepultado entre los muertos.

Miraba cuán presto lo habia perdido todo y que de cuanto poseia en este mundo no habia llevado sino una pobre mortaja, desnudándole en el puerto de la muerte de la hacienda, de la nobleza, de los amigos y parientes, del menaje de la casa, de los gustos y entretenimientos del siglo, embargándole en aquella aduana en un instante de tiempo de todo cuanto aquí tenia «¡Oh vida frágil y engañosa, decia, y locura de los hombres ciegos, que por un soplo de gusto perdeis los gustos eternos, y trabajando tanto por lo ca

duco y perecedero, no levantais una mano á trabajar por los bienes eternos que nunca se han de acabar ni ha de haber miedo de perderlos!»

Abiertos los ojos con esta luz, se resolvió firmemente á despreciar el mundo con todas sus pompas y grandezas, y á buscar con todas veras los bienes eternos y verdaderos del cielo; mudó de vida como habia mudado de intento, dejó los amigos profanos por los espirituales y santos.

El primer paso de su conversion fué repartir de limosna á los pobres tres mil escudos de oro que, entre otras cosas, habia heredado de su padre, echando este sólido fundamento en el alto edificio de la vida espiritual que comenzaba á levantar en su alma, al modo que en los fundamentos de los alcázares suntuosos acostumbran los príncipes echar cantidades de monedas de las que corren en su tiempo.

Dióse á la oracion, á la mortificacion y penitencia, á frecuentar los hospiles, servir á los pobres y frecuentar los Sacramentos, atesorando riquezas espirituales y eternas que no las perdiese con la muerte, teniendo siempre á sus ojos la repentina de su padre, que era un cuchillo penetrante que le atravesaba el corazon.

Trocado con esta consideracion en otro hombre, deliberaba consigo qué estado tomaria para asegurar su salvacion; y en primero lugar se resolvió firmemente de no quedar en el siglo, mirando con luz divina sus falsedades, sus engaños, sus inquietudes y la locura de sus pretensiones sin término ni fin, hasta que llega el de la muerte, en que desvanece como humo todo cuanto se ha adquirido, dejando burlado á su dueño cuando más lo habia menester. Restaba luego deliberar qué género de vida ó Religion habia de seguir para conseguir su salvacion.

En este cuidado estaba, cuando llegaron á Toledo el P. Antonio de Araoz con su compañero el P. Miguel de Torres, los cuales se dieron presto á conocer con la santidad de su vida y los frutos de su predicacion.

Puso los ojos en ellos el nuevo pretendiente del cielo, y, contemplando su vida más milagrosa que milagrera de muchas y sólidas virtudes, el celo ardiente y desinteresado con que procuraban la salvacion de las almas, las obras de caridad que ejercitaban con los prójimos, la entereza de sus costumbres con la paz y union fraterna que guardaban entre sí; enterado de su instituto y sabiendo cuán léjos estaba nuestra Religion de bandos y pretensiones dentro y fuera de la Compañía, se resolvió de abrazar su santo instituto y seguir este órden de vida que tuvo por segura para el cielo.

Habló á los Padres que, examinada su vocacion y visto que era de Dios, le recibieron en la Compañía el año de 1549 con el otro mancebo, que fué el P. Bernal Vanegas, varon santísimo y de admirable ejemplo.

Pero, ¿quién podrá escribir el fervor con que empezó nuestro novicio la vida religiosa, las pruebas que hicieron en él áquellos santos varones, así dentro como fuera de casa en su propia tierra, su humildad, su penitencia, el desprecio de sí mismo, su oracion y su inviolable silencio? Su historia lo dice todo en una palabra, testificando por testimonio de los que le conocieron, que fué consumado en todas las virtudes y con su ejemplo, teniendo muda la lengua movió á muchos á seguir el partido de la virtud y dejar el de los vicios.

Ordenáronle de Misa y juntamente le mandaron predicar, y al primer sermon descubrió tan gran talento, que admiró á los oyentes, y conocieron los Superiores que Dios le habia escogido, como á otro Pablo, para que llevase su nombre por el mundo.

Era robusto de complexion, la voz entera y sonora, la eficacia en el decir era tal, que parecia tener los corazones en su mano para moverlos á lo que queria; como el ingenio era grande, cultivado con el estudio y ejercitado con la predicacion, adelantóse mucho en los discursos tan usados en aquel tiempo cuanto desusados en el nuestro, con lo cual juntando lo delgado de los conceptos con lo fervoroso del espíritu, fué uno de los más seguidos predicadores de su edad y de los más aplaudidos.

Y como tenia pocos la Compañía, por estar en sus principios, fué á predicar á las más ilustres ciudades del reino de Toledo, de Castilla y Andalucía, con grande crédito de la Religion y fruto de las almas: y, para vencer dificultades y allanar el paso á las fundaciones que en su tiempo se ofrecieron, le llevaron á predicar en ellas; y así, fué á fundar los colegios de Plasencia, Salamanca, Medina del Campo, Búrgos, Granada y Sevilla, poniendo las primeras piedras de sus edificios á costa de inmensos trabajos, persecuciones, afanes y pobreza, que estas son las piedras fundamentales que ponen los varones apostólicos para firmeza de sus Religiones en los edificios que comienzan.

A los principios de su predicacion dió más rienda á su ingenio que á su espíritu, y llevado del aplauso que los oyentes le hacian en los sermones y fuera de ellos, que suelen ser el viento con que muelen los molinos de los predicadores noveles, ponia más cuidado en la delgadeza de los pensamientos, en el pulimento de las palabras y en lo curioso de los discursos, que en reprender los vicios, ensalzar las virtudes y aterrar á los pecadores.

Mas, queriendo corregirle aquel Señor que le habia escogido para convertir los corazones y no para deleitar los oidos, le visitó con una enfermedad grave, en la cual le apretó los cordeles de manera que llegó á las puertas de la muerte, y mirando el tribunal de Cristo como si se hallara en él, le

pareció que le pedian cuenta de su vida, y en particular del talento de predicar que le habian dado, no para deleitar á los oyentes, sino para reprender los vicios.

Hallóse tan atajado y temeroso, que á no favorecerle Dios, acabara de temor la vida, y como otro S. Jerónimo cuando acusado y castigado en el tribunal de Cristo por *ciceroniano* y curioso, pidió treguas y ofreció la enmienda; así, nuestro predicador lloró su culpa y ofreció en adelante muy de corazon la enmienda, con que cesó aquel juicio y mejoró de su enfermedad, la cual le habia dado Dios para corregirle, y, en alcanzando salud, comenzó á predicar como un Apóstol, pidiendo perdon á todos de lo pasado y siendo otro predicador diferente en lo futuro, exhortando virtudes, reprendiendo vicios, aterrando pecadores, dejando curiosidades y discursos, hablando ordinariamente, pero muy extraordinario en la fuerza de las razones y el fuego del espíritu, el cual pegaba á todos los oyentes con sus palabras, que eran llamas encendidas que los abrasaban y movian á buscar las virtudes y aborrecer los vicios.

Y no por esto era ménos oido, sino mucho más seguido y aplaudido; que cuando el auditorio lleva buen grano á su casa de la miés de los sermones, el propio interés los trae á oirlos, y cuando no lleva más que paja de vanos conceptos que se los lleva el viento, no se mueve á oirle, y ménos á buscar á quien no les da algun fruto.

Predicando en Granada en el hospital de S. Juan de Dios, dijo mucho de la limosna, de cuán grata era á los ojos de Dios, y cómo el mismo Señor la recibia en sus pobres; y así, el que la daba á los pobres la daba al mismo Cristo, que se cubria y abrigaba con ella: trajo el ejemplo de S. Martin, que dió al pobre la mitad de su capa, con que apareció Cristo vestido, y luego, discantando sobre esto, levantó la voz con vivo sentimiento y grande fuerza de espíritu, diciendo: «¡Ay dolor, ay dolor, que vemos á Cristo desnudo, y no hay quien le vista ni quien le dé un pedazo de su capa para abrigarle! ¿Hay algun Martin en Granada que vista á Cristo desnudo?

Repitiendo estas razones, se movió un sacerdote de manera que se levantó en medio del auditorio, y quitándose el manteo, dijo: «Yo, Padre, doy mi capa y mi manteo para vestir á Cristo,» y, quedándose en cuerpo, le puso á los piés del púlpito; á este siguieron otros muchos dando allí de contado unos las capas, otros dineros, otros joyas y preséas de valor; á los hombres siguieron las mujeres dando algunas los mantos, otras las cadenas y sortijas, y, las que ménos, se quitaron las arracadas de las orejas para darlas á los pobres, con que se allegó una gruesa limosna, para socorrer la necesidad que padecian.

Predicando en la misma ciudad la Pascua de Navidad, y ponderando la necesidad que padecia Cristo desnudo en tiempo de tan gran frio y la que padecia actualmente en sus pobres desnudos, le sucedió lo mismo que la primera en el hospital de S. Juan de Dios, que allí luego dieron los oyentes muchas ricas preséas y buenas limosnas, que recogió el buen Padre y repartió á los pobres vergonzantes.

Fué tal la energía y el fuego con que reprendia, que uno de los Superiores le ordenó que se moderase en esto: tendria razon para ello, si el Padre lo hacia con exceso, si le puede haber en reprender vicios; cierto es que puede faltar el predicador en el modo y ocasion de reprender algunos.

El buen P. Juan Bautista recibió esta obediencia, y llevado del fervor, levantó la voz con gran viveza y reprendió algunas malas costumbres con la energía que solia; mas, reparando en ello, se detuvo y dijo: «Perdónenme, que he faltado en la obediencia, sin reparar he reprendido esto que me ordenaron dejase,» y luego sin hablar más palabra, se bajó del púlpito, pareciéndole que era indigno de predicar quien no habia obedecido, cosa que edificó mucho á todos, que admiraron la humildad y obediencia del santo predicador, que por tal le tenian.

Predicando en Granada, le vino la profesion de cuatro votos. Salió á pedir limosna por las calles conforme al órden de la Compañía: vióle el Arzobispo D. Pedro Guerrero, y envióle á llamar; informóse de aquella accion, del grado que recibia y la solemnidad con que se hacia la profesion, que por ventura era mayor que ahora, cuanto era menor el número de los profesos y más estimado su grado; y, como tenia tan grande estima del Padre, quiso que corriese por su cuenta la profesion, y el gasto, y el sermon que predicó el mismo Arzobispo con el concurso de la Audiencia, iglesia catedral, corregidor y ciudad.

Dijo en el sermon grandes loores del profeso y de la Compañía, ponderando el gran fruto que hacian pocos de los nuestros, como si fueran muchos, pues cada uno trabajaba por mil: y á la verdad, como cada uno tenia espíritu de muchos, obraba por muchos, y hacia oficios por muchos; que cuando este falta, muchos no hacen fruto por uno de los primitivos; y como el P. Bautista Sanchez tenia espíritu de muchos, obraba por muchos y valia por muchos, como lo ponderó en su profesion el dicho Obispo.

Y pudo decir mucho de su sabiduría y su predicacion, porque era elocuentísimo y persuadia con mucha suavidad cuanto queria, y aterraba con grande fuerza cuando ponderaba el rigor de la Justicia divina, el trance de la muerte, la terribilidad del juicio y las penas del infierno, y algunas veces parecia que temblaban las paredes y salian los oyentes llorando, mudos, pensa-

tivos y tan temerosos y compungidos, como si vieran sobre sí desenvainada la espada de la divina Justicia.

Y, lo que es cosa rara y que se ve pocas veces, teniendo tan grande entendimiento, tenia juntamente tan feliz memoria, que aprendió toda la Biblia y las obras de S. Gregorio Magno, siendo tantas y tan diferentes, que es cosa que admira; y todos los dias gastaba una hora en decorar y otra en repetir lo aprendido.

Tuvo estrecha amistad con Fr. Alonso Lobo, religioso francisco, que fué un traslado de los Profetas antiguos, varon verdaderamente apostólico, y que hizo grande fruto en la Iglesia: y, como eran unos en el espíritu y celo de las almas, así lo fueron en los corazones y en las voluntades, y se comunicaron y escribieron, afervorizándose el uno al otro para el ministerio de la predicacion y conversion del mundo.

Uno de los lugares en que hizo más fruto fué en la ciudad de Sevilla, en que, como es tan opulenta y concurren á ella mucho número de naciones, tuvo grande ocasion de ejercitar su talento y copioso pasto su fervoroso espíritu. Entre otras cosas grandes que acabó, fué refrenar las libertades y pecados que se cometian en la ribera del rio, yendo muchas veces á predicar a su arenal, y sacarle al demonio las almas de sus manos, y hacer plaza del cielo la que era del infierno.

Acostumbraban la mañana de S. Juan salir á las riberas de Guadalquivir tropas de hombres y mujeres con almuerzos y disfraces y muchos instrumentos músicos, á donde se cometian grande número de pecados, borracheras, gulas y lascivias.

No pudo el celoso predicador sufrir esta injuria contra Cristo, y que S. Juan, que habia sido tan penitente y tan casto en su alma y en su cuerpo, fuese celebrado con gulas y lujurias; y, como quien se opone á hacer rostro al enemigo, ordenó sus escuadrones aquella mañana, y fué muy temprano al rio con muchos predicadores de casa, los cuales repartió por la ribera en varias estancias á donde era la mayor frecuencia de los bailes y meriendas; y, tocando una campana pequeña como señal de acometer todos á una, y él en medio de todos á tal distancia que no se impidiesen unos á otros, comenzaron su predicacion, acometiendo al enemigo por todas partes con tal fervor y tan buen órden, que cesaron las músicas al sonido de aquellas trompetas, y se dejaron los bailes y las meriendas, y todas aquellas tropas de Venus y Baco que formaban un ejército contra el cielo, se retiraron de su mal intento y se trocaron en favor de las almas; las músicas en los sermones, las risas en llantos, los cantos en gemidos, la lujuria en castidad, la gula en abstinencia, la vocería en silencio, la disolucion en contricion de pecados, y donde Dios era

ofendido, fué servido y refrenada en adelante aquella perversa costumbre por el espíritu fervoroso del P. Bautista, á quien todos aclamaban por santo defensor de la honra de Dios y remedio de las almas.

La primera mision que hizo fué de Toledo á Salamanca con el P. Miguel de Torres, que (como dijimos) le habia recibido en la Compañía. Entraron en aquella ciudad pobres, desconocidos, mal vestidos, sin casa, ni hogar, ni alhajas, ni otro arrimo más que la providencia de Dios, que es el mejor de todos, y así, les sucedió mejor que si fueran á la sombra de los príncipes del mundo.

Hospedáronse como pobres en un hospital: allí comian lo que les daban de limosna, y desde allí comenzaron sus ministerios, sirviendo á los pobres enfermos, en cuya casa estaban, como lo manda Cristo en su Evangelio. *Curate infirmos, qui in illa sunt.*

Luego pasaron á enseñar la doctrina cristiana á los niños en las plazas, accion no vista por entónces en aquella Universidad, y como nueva causó mucha admiracion, y más cuando el P. Bautista subió en el púlpito y descubrió su gran talento, predicando como un Apóstol, y admirando al mundo que un predicador tan insigne se abatiese á barrer los hospitales, curar los pobres enfermos y enseñar las oraciones á los niños de la escuela, cobrando mayor estima y concepto de su persona por esta humildad que si le vieran muy entonado y muy vano, afectando gravedad y estimacion de sí mismo; que en la casa de Dios la humildad hace grandes de pequeños, y la soberbia hace pequeños de grandes, y el que se humilla gana estimacion en los ojos de Dios y de los hombres, y el que se ensalza la pierde en los ojos de todos, como se vió en estos nuevos predicadores del Evangelio, los cuales humillándose á estos ministerios con los pobres y los niños, ganaron estimacion de santos, y como tales fueron seguidos, consultados y respetados.

Ganaron de tal manera la ciudad, que trataron de fundarles el colegio que hoy tienen, que ha sido para tan grande gloria de Dios y honra de la Compañía, cuyo patronato tomó despues la serenísima reina doña Margarita de Austria, madre, patrona y amparo que fué de nuestra Religion, á quien debe inmortales gracias por el amor que nos tuvo y las mercedes que nos hizo, que sólo las conocen los que la alcanzamos y las recibimos, que fueran largas de contar, habiendo sido la primera piedra fundamental de este edificio la santa vida y fervorosa predicacion del P. Juan Bautista Sanchez.

Acabada esta mision con tan glorioso fin, pasó á la fundacion del colegio de Medina del Campo, adonde obró la casa del Señor por los mismos pasos que la de Salamanca, con humildad, ejemplo, penitencia y fervor, trabajando incansablemente en el aprovechamiento de las almas.

Hubo aquí ménos dificultades que vencer, porque fué su fundador Pedro Collado, á quien S. Ignacio nuestro Padre, estando en Flandes, profetizó que habia de fundar allí un colegio de su Religion; y en cumplimiento de esta profecía, ordenándolo así Dios, llamó al P. Bautista Sanchez, cuya fama volaba por todas partes, para dar buen principio á su fundacion, ganando las voluntades de aquella insigne villa con su apacible trato, con el ejemplo de su vida y la excelencia de su predicacion.

De aquí pasó á Valladolid, adonde habian comenzado á fundar los nuestras un corto hospicio, que vino á crecer en insigne casa de muchos y grandes ministerios, ayudando para ello el crédito de sus sermones y el grande fruto que hizo con ellos en aquella ciudad, de la cual le llevó Dios á la de Búrgos, en aquel tiempo de las mayores de España, de gran nobleza y autoridad.

Acompañóle el P. Hernando Alvarez, persona muy espiritual, y ambos hicieron esta peregrinacion á pié y pidiendo limosna, con pretexto de visitar la milagrosa imágen del santo Cristo que se venera en el convento del glorioso Dr. S. Agustin, y habiendo cumplido con su devocion, se hospedaron en un corto hospital que alindaba con la parroquia de S. Gil.

Allí estuvieron los pobres peregrinos comiendo pan de lágrimas y alguna corta limosna que les daban por amor de Dios, desconocidos de los hombres, durmiendo en unas pajas, sin más abrigo que sus pobres manteos, dándose á la oracion y penitencia; que de esta manera fundaron nuestros primeros Padres la Compañía, siguiendo el ejemplo de los Apóstoles que fundaron la Iglesia de Dios.

Mas como la luz no puede dejar de alumbrar, ni el fuego de abrasar, así la luz de estos santos varones no pudo dejar de lucir, ni el fuego de su caridad dejar de obrar en los corazones de sus prójimos; y moviéndoles la sabiduría de Dios y el celo de su gloria, salieron por las calles y juntaron los niños, ahondando en esta profunda humildad los fundamentos para el alto edificio que habian de levantar.

Ordenaron el escuadron de su infantería, cuyas voces cuanto más inocentes más agradables son á Dios, y con los piés descalzos para mayor religion, salieron de la parroquia de S. Gil en forma de procesion, llevando enarbolada una cruz, cantando las oraciones por las calles con igual admiracion y edificacion de la ciudad; que siempre lo nuevo admira y lo bueno edifica.

Llegados á la plaza, subieron en una mesa, explicaron la doctrina, predicó el P. Bautista con grandísimo fervor, moviendo á todos á lágrimas y contricion de sus pecados; y aunque el mayor golpe de la gente lo alabó, no faltaron personas de este siglo que murmurasen de la accion, como tampoco le faltaron á Cristo murmuradores en sus sermones.

Dieron parte al Provisor del Obispo de lo que habian hecho los clérigos forasteros, contra los cuales se indignó de manera, que luego, sin oirlos, dió contra ellos mandamiento de prision.

Lleváronlos á la cárcel, pusiéronlos en cadenas en oscuro calabozo, sin haber otra causa más que haber enseñado la doctrina cristiana á los fieles, y exhortádolos en la plaza á detestar los vicios y abrazar las virtudes: que estos gajes tiraron los Apostóles de su predicacion, y estos tiraron nuestros Padres primitivos de la suya, y estos han de esperar los verdaderos misioneros de la Compañía de sus misiones y predicacion.

Si S. Lúcas dice que los Apóstoles iban gozosos á los tribunales, y se alborozaban en las prisiones por hallarse dignos de padecer algo por Cristo: así fué el gozo que tuvieron nuestros misioneros padeciendo aquella cárcel por su amor: allí oraban, allí rezaban, allí levantaban la voz, dando mil gracias á Dios por la merced que les hacia en que padeciesen por Él, y con una boca de risa recibian á los que los hablaban, admirándose de su paciencia y alegría, y haciendo concepto de su grande santidad.

Llegóse el tiempo en que, sentado el Provisor *pro tribunali* con toda su Audiencia, sacaron á los reos acusándolos el fiscal de inquietos, desobedientes, malos eclesiásticos, despreciadores de la autoridad obispal, quebrantadores de sus fueros y leyes, haciendo procesiones y predicando sin su órden ni licencia, y rematando en que los desgraduasen y remitiesen al brazo seglar.

A todo estuvieron mudos los inocentes corderos, los ojos bajos con suma modestia y el corazon en Dios, cuando el Provisor, reparando en su compostura les preguntó sus nombres y quién eran, á que respondieron que eran religiosos de la Compañía de Jesus.

Poca ó ninguna noticia tenia de nuestra Religion, y así extrañó el nombre y su profesion: hízoles varias preguntas de nuestro instituto, y por remate dijo que por dónde constaba ser verdad lo que decian. Los Padres mostraron las letras patentes que llevaban de los Superiores, las cuales tomó y mandó que los volviesen á la cárcel, y él se fué á ver con el Arzobispo y darle cuenta de todo.

Era Arzobispo el Cardenal D. Francisco de Mendoza, que en Roma habia conocido y tratado á S. Ignacio nuestro Padre, y ayudado, como tan cristiano caballero, á la fundacion de la Compañía, y vista la patente, tuvo mucho pesar de lo que habia hecho el Provisor.

Luego al punto mandó traer los Padres á su presencia y los recibió y agasajó con grande amor y cortesía, haciéndoles muchas honras: sentólos á su mesa, dióles buena posada, pidiéndoles que continuasen las doctrinas y lo

sermones; y visto el grande fruto que hacian, los envió por todo su arzobispado á predicar á sus ovejas, y sintiendo su ausencia en la ciudad, dió órden que se fundase allí un colegio para tener siempre consigo personas tan religiosas y de tanta edificacion. Este fin tan glorioso tuvo la peregrinacion y cárcel del P. Bautista; veamos ahora brevemente el que tuvo la peregrinacion de su vida.

No perdonó Dios á oro tan fino el crisol del fuego de los trabajos; y así, le pasó por el horno encendido de gravísimas enfermedades y no menores persecuciones; porque, molido y quebrantado con el continuo trabajo de sus misiones, se le corrompió la sangre y los humores del cuerpo, y le cargaron tantos y tan graves dolores, que no cesaban de atormentarle de dia ni de noche; encogierónsele las cuerdas y perdió el uso de los piés, sin poder tenerse sino en dos muletas, y cada paso que daba era un nuevo tormento.

Este alivio halló en su vejez el fiel siervo del Señor, sufriendo sus dolores con admirable paciencia; los piés tenia negros, las piernas hinchadas, las manos contrahechas, en el pecho una hinchazon grande, que decian los médicos parecia milagro poder vivir con ella; y el mismo Padre, apremiado de su Rector, confesó que parecia le atravesaban el corazon, segun era la grandeza de su dolor.

Lo que más admira es, que jamás se quejó ni se oyó de su boca una voz ni un quejido, recibiendo á los que le visitaban con una boca de risa, diciendo: «Bendito sea Dios, alabado sea Dios: ayúdenme á bendecirle por las mercedes que me hace, que como á loco me ha atado de piés y manos; bendito sea por todo.» Y estando así, fué tan mortificado, que no admitió linaje de regalo, ni alivio, ni mudanza en la comida de cuando estaba sano, la cual fué siempre dos ó tres onzas de carnero y una docena de pasas, sin probar fruta alguna por su mortificacion.

Deseó toda su vida y pidió á Dios morir en Roma, para resucitar el dia del juicio en compañía de tantos santos como hay en aquella ciudad; y concedióselo el Señor por el medio que ahora diré.

Siendo su vida tan santa y su predicacion tan apostólica, no faltaron emulos, que más con celos que con celo de la gloria de Dios, le capitularon delante de nuestro P. General, oponiéndole que no tenia el espíritu de la Compañía, sino muy contrario á él. La delacion pasó tan adelante, que el P. Everardo Mercuriano, nuestro General, le mandó parecer en Roma, queriendo examinar su causa por su propia persona.

Cuando llegó este mandato, estaba enfermo en Plasencia; intimósele por la tarde el Superior, y el obedientírimo Padre respondió: «Vamos luego, sin tardanza,» y comenzó á vestirse para ir á Roma, como si fuera á pasar de un

aposento á otro. El Superior le detuvo diciendo que bastaria mañana, y el siervo de Dios gastó lo más de la noche en oracion, y Dios le reveló que moriria en Roma, como lo habia deseado, y el dia y hora de su tránsito, y luego tomó tinta y pluma y lo escribió en la última hoja de su breviario.

Llegada la mañana, se vistió y, contrahecho y enfermo como estaba, con rostro alegre se despidió de todos y subió en un jumento, sin llevar otra alhaja más que las muletas y su breviario, y partió á Roma por mayo de 1571 con un Hermano compañero, que fué con él hasta Barcelona: allí se embarcó, y con el trabajo que se deja entender llegó á Roma con admiracion de todos, y más del General, que ensalzó sobre las nubes su gran obediencia, y á vista de ojos reconoció la falsedad de sus delaciones, y le honró mucho; que es muy diferente cosa oir, que ver.

Y finalmente, adoleció en aquella santa ciudad, y antes de morir, dió su breviario al General, pidiéndole que no le abriese hasta despues de su muerte, que fué tan santa como habia sido su vida; y abriendo el breviario hallaron escritas de su letra estas palabras: *El pecador Bautista morirá en Roma tal dia,* señalando el de su muerte, principio de su eterna vida, de quien escribe el P. Orlandino en varias partes de su *Historia,* en especial tomo I, lib. 8, núm. 43; y lib. II, núm. 64; y tomo II, lib. 4, núm. 178, y lib. 7, núm. 107.

P. ANDRADE.

P. PEDRO MANRIQUE

PARA ejemplo de una constante vocacion, quiero poner aquí lo que pasó en esta parte á uno que tuvo grandes dificultades en su ejecucion, y supo romper con todas con gran prudencia y espíritu. Este fué el P. Pedro Manrique, hijo de D. Antonio Manrique, señor de las viñas y valle de Escaray, y de doña Luisa de Padilla, señora del Adelantamiento mayor de Castilla y condado de Sta. Gadea y otros lugares.

Siendo ya de edad, vino á estudiar á la Universidad de Alcalá, y allí tuvo algunas inspiraciones y pensamientos de ser religioso, y para resolverse mejor y acertar con la voluntad de nuestro Señor, se recogió en el colegio de la Compañía de Jesus para hacer los Ejercicios, de los cuales salió muy turba

do y como asombrado, porque una noche, estando todos acostados, sintió grande ruido en su aposento, y otras noches tambien oyeron él y otros cosas temerosas.

Fué esta gran tentacion del enemigo, que con este modo extraordinario le quiso apartar de su bien, y él se dejó vencer, porque con esto, sin tomar resolucion, se fué á Valladolid y se entibió en sus buenos deseos por haberlos comunicado con el Dr. Cazalla, el cual el año de 1559 fué quemado en Valladolid.

Despues vino á ser canónigo y obrero de la santa iglesia de Toledo, y queriendo el Católico Rey D. Felipe II enviar un embajador al rey cristianísimo de Francia, Cárlos IX, su cuñado, para pedirle el cuerpo de S. Eugenio, primer Arzobispo de Toledo, que estaba en S. Dionisio, cerca de París, y traerle á España con la decencia y solemnidad que convenia, escogió á D. Pedro Manrique, y él hizo aquella jornada y trajo el sagrado cuerpo de S. Eugenio y fué colocado en la santa iglesia de Toledo suntuosísimamente, llevando el cuerpo del santo en sus hombros el rey D. Felipe II, el príncipe D. Cárlos, su hijo, el príncipe de Bohemia Rodolfo, que despues fué emperador, y el archiduque Arnesto su hermano.

Dió D. Pedro Manrique muy gran satisfaccion en este negocio, no sólamente á la santa iglesia de Toledo, sino tambien á los reyes de España y Francia, de los cuales fué muy favorecido. Pero sucedióle en el camino, cuando volvia á España con el santo cuerpo, que un dia se puso á pensar lo que S. Eugenio habia padecido por Cristo, y juntamente le vino deseo de padecer á su imitacion algo por el Señor.

Viniendo con este pensamiento, dió una peligrosa caida del caballo, corriendo la posta, de la cual se le quebró un hueso en el espinazo y quedó toda la vida lisiado y padeciendo grandes dolores. Esta caida le levantó, y despertó y renovó en los deseos que antes habia tenido de ser religioso y de dar de coces al mundo, y hacer burla de todas sus grandezas y vanas esperanzas.

Para ejecutar este su pensamiento é intento, trató muy de propósito de entrar en la Compañía de Jesus, y como era persona tan calificada y tan emparentada con tantos señores y grandes de España, cuando se supo que trataba de dejarlo todo y crucificarse con Cristo, no se puede fácilmente creer la batería y asaltos que le dieron para estorbárselo señores, prelados, doctores y hombres de raras letras y virtud; mas el buen D. Pedro Manrique, viéndose cercado de todas partes y combatido de tan fuertes enemigos, que con nombre de amigos le hacian cruda guerra, determinó, despues de haberlo pensado y encomendado mucho á Dios, de escribir un papel y dar razon de sí y de la determinacion que habia hecho, para que se entendiesen los moti-

vos que habia tenido para hacerla, y cuán hondos fundamentos habia tenido en el espíritu de Dios y en la espiritual prudencia.

De este papel me ha parecido poner aquí el traslado para que mejor se entienda el grande espíritu y entendimiento de este discreto varon y las raras virtudes con que nuestro Señor le enriqueció, y el peso con que trató este negocio y tomó la resolucion que ejecutó de entrar en la Compañía, y juntamente puede aprovechar á los que, siendo de la calidad que era el P. Pedro Manrique, y estando en el estado en que él estaba se sintieren llamar de Dios por una parte, y por otra fueren combatidos del mundo para no rendirse á la inspiracion del cielo.

Carta de D. Pedro Manrique, en que da las razones que tiene para entrarse en la Compañía y responder á las contrarias.

Las razones siguientes parece que inducen á no mudar estado de vivir.

Está mi madre lastimada de que su hijo murió y su nieto se entró en la Compañía de Jesus: soíle ahora algun consuelo, y podria ser medio para su salvacion y para ayudar á hermanas y sobrinos.

Soy sacerdote, tengo una muy santa iglesia donde resido con alguna edificacion y con algunos buenos aparejos.

Tengo el oficio de obrero, con gran comodidad para procurar el culto divino y agradar á Dios, procurando que se distribuya bien tan gruesa hacienda, y puedo hacer bien á muchos que lo merezcan y lo han menester, y no sabemos lo que hará el que entrare en este oficio.

Tengo una recogida casa y muy virtuosa familia, y una manera de proceder buena dentro de casa, en la cual vivimos con mucha paz con algun fruto, á lo que parece.

Con tener opinion en el pueblo y con tener hacienda, soy instrumento de buenas obras, públicas y particulares, y ocasion que otros las hagan por persuasion mia, y con mi interés ó con intercesion puedo ser provechoso, y hay falta de personas celosas y que favorezcan á los virtuosos y á las necesidades públicas.

No tengo salud para ministerio ninguno ni para seguir las reglas de la Religion, y en lugar de aprovechar desedificaré á otros y desconsolarmehe á mí.

Soy blando de condicion y podria arrepentirme sin remedio; no tengo fuerte llamamiento á seguir Religion.

Presupuesto lo sobredicho, está luego en la mano una tentacion en esta manera: «Vivias en un santo monasterio, podias ser útil, espiritual y corporalmente á tus prójimos, y ayudábate á esto tu inclinacion; edificabas á mu

chos, sabias las dificultades de tu estado de vivir, y con la experiencia podias tomar lo bueno y huir lo dañoso, y para cumplir con tus obligaciones no te será impedimento la falta de salud.

»Haste ahora arrinconado donde eres inútil á los prójimos y carga á la Religion y ocasion de desedificar y relajar á los demás, viendo que no sigues las reglas de tu instituto, y, por consiguiente, has de vivir desconsolado; y si no te regalan, no tienes sujeto para poder pasar adelante, y si te regalan vivirás con mayor tentacion que en el siglo, pues el regalo que en la Religion te es impropio, en el siglo te fuera muy lícito y loable, siendo moderado y necesario.

»Esto es lo que puede decir el que más lo quisiere encarecer. Responderé por órden á ello, y despues diré otras razones particulares con el favor de Dios.

»Mi madre es rica de manera, que ni me ha habido menester para lo temporal, ni puede haberme menester adelante, porque goza su mayorazgo, y para su consuelo tiene otros hijos y nietos, y aunque yo viviera como ahora, no podia estar donde la sirviese, porque vive léjos de donde yo estoy obligado á residir, porque no tengo salud para caminar; y así, ha más de cinco años que no he podido besarla las manos. Conforme á esto la podré ser más util en la Religion sin ninguna comparacion, porque la encomendaré más á Dios y tendré más mano con ella para servirla y guiarla en las cosas de su salvacion, y por medio mio la ayudarán muchos siervos de nuestro Señor con oraciones, y consejos, y consuelo para que viva y muera tan santamente como yo deseo.

»Por mi impedimento de salud ha años que no digo Misas cantadas, ni voy á procesiones, ni puedo concurrir con mis compañeros á las cosas de nuestro ministerio, y he de estar sentado en el coro á todo tiempo, faltando necesariamente á las ceremonias y órden del coro, y haciendo desproporcion; y va esto cada dia tan adelante, que yo no puedo estar mucho rato aun sentado, por la descomodidad de las sillas; y así, verisímilmente de aquí á poco no podré ir al coro.

»Y para los cabildos se requiere prudencia, valor y pecho, lo cual todo me falta; y por ser naturalmente colérico y haberlo allí con gente principal é hijos de muchas madres, he de estar siempre sobre aviso, para reformar mi natural condicion, por lo cual no acierto á tener valor y pecho santo; y así, a bien librar, soy casi inútil, á lo ménos no cumplo con mi obligacion, y de esto tengo largos años de experiencia.

»Para el oficio de obrero se requiere salud corporal, que á mí me falta, y para hacerse sin peligro de la salvacion son muy contrarios estos miserables

tiempos, en los cuales nadie trata sino de sus intereses, y los que ménos los merecen más los procuran y mejor los alcanzan á pura intercesion é importunidad.

»Y en este oficio se padece más, porque, como todos imaginan que la Iglesia es muy rica, y que los que administran su hacienda pueden hacer bien sin sacar nada de su bolsa, acuden mil géneros de gentes á pedir cosas tan injustas, que no las osaran pedir á quien vieran que era dueño de lo que ellos pretendian, y padécense mil amarguras, ó enviando quejosos á muchos, ó quedando con harto escrúpulo de lo que por ellos se hace.

»En viendo uno que por vejez ú otro impedimento no puede trabajar, pretende que le reciban en la Iglesia. El que ménos merece salario ó acrecentamiento, más instancia hace hasta haberlo; el que ha consumido su hacienda quizá no bien y está perdido y desacreditado, de manera que no halla quien le fie, luego afierra con un emprestido de la obra; el que no puede vender en otro cabo la joya, alto á la santa Iglesia. Los oficiales, ya tienen por profesion el ser perezosos; los que cobran la hacienda detiénenla, y por sustentar sus casas no son algunos como debian, de manera que todos son á procurar su provecho, y el triste obrero ó ha de ser contra todos ó contra Dios.

»Por la misericordia sola de Dios, en mi casa se procede ménos mal que lo que se pudiera esperar de mí, y tengo muy buena familia; pero mejor casa es á la que voy, y más buena familia la que hay en ella, y, por consiguiente, más se sirve allí nuestro Señor, y todo esto es tan llano que no hay para qué gastar tiempo en probarlo con razones.

»Pero para más certidumbre de cuán acertado es trocar yo esta manera de vivir, conviene advertir las obligaciones que los sacerdotes y eclesiásticos tenemos de vivir en recogimiento y templanza en el tratamiento de nuestras personas y casa; porque, pues somos ministros de Cristo, que, siendo infinito poder, se hizo hombre, naciendo pobre y viviendo tan trabajado y muriendo tan despreciado y atormentado, cosa seria razonable que siquiera en algo le imitásemos.

»Pero mi desventura ha llegado á término que ni en el hablar, ni en el obrar, ni en el tratamiento de mi persona, ni en el aderezo de mi casa, ni en el acompañamiento, ni en cosa de cuantas me rodean parezco ministro de Dios, de manera que como á pintura mal hecha es menester que me ponga por escrito que soy sacerdote; y aunque los hombres me tengan por tal (por estar recibido, que el que lo fuere traiga ropas largas y corona), es cierto que Cristo no me conocerá sino para mi daño, porque me dirá que yo no me llamé ministro suyo sino para cobrar el patrimonio de los pobres y el precio de su sangre, y triunfar con ello y convertirlo en mis usos y gustos,

y que de las deshonras y desprecios que él padeció, y de su corona de espinas hago ya una guirnalda de autoridad y vanidad por ser ministro suyo, que, si fuera seglar y sólo hijo de mis padres, quizá no tuviera qué cenar ni unos zapatos que ponerme, y no me excusaré con alegar la inmemorial, pues el uso no puede hacer lícito lo que de suyo no lo es.

»De manera que, aunque me reformo en mucho, está recibida ya tanta desórden y desigualdad que no me podré sosegar; y, para vivir sin peligro, era menester hacer una mudanza dificultosísima ó casi imposible, y esta para mí es más trabajosa que dejarlo todo, ó era menester deponer este dictámen, y no acierto ni puedo.

»Los otros hombres, que son más conocidos por tales, no engañan; yo, por desventura mia y por mi artificio y maña, habiendo vivido y viviendo miserablemente, he cobrado nombre de virtuoso, lo cual es doblado daño; pues creo más á los que por su llaneza ó engaño sienten esto, que á mí que tantos años ha me conozco y sé el que soy y he sido, y cómo al cabo sigo mis aviesas inclinaciones y no me correspondo ni soy igualmente constante en mi proceder.

»Desedifico á los que me tenian por bueno, y en mi manera desacredito la virtud, y, dado caso que yo hiciese buenas obras, va todo tan lleno de miserias, que cuando piense que tengo algo, será todo humo; pero, si hiciese mucho y bien hecho, digo que haré más dándole todo junto, y con ello el corazon y á mí mismo, que es lo que Dios desea de mí, especialmente que es desordenada caridad olvidar yo mi provecho y dejar de procurar mi mayor bien por acudir al bien ajeno, de lo cual se sigue que no consigo lo uno ni lo otro.

»Y es de notar que ahora no me recibe Dios en cuenta sino lo que doy, y no lo que deseare dar, porque los deseos no merecen ser aceptados, pues me quedo con algo que no he menester y lo podria dar; mas el religioso no hay dia que no pueda dar millones de ducados, porque, como ha dado lo que podia dar, recíbele Dios en cuenta lo que desea dar, de manera que, dejándolo todo, me hago hábil para tener mucho más que dar.

»Y en cuanto á los que ahora se socorren de mí espiritual ó temporalmente (si algunos son) digo que, si Dios no se servia de ello, más vale que no lo tengan, y si Su Majestad me habia mandado que yo los ayudase, el dia que á mí me diere otro cargo, dará el que yo tenia á quien le haga quizá mucho mejor, y quien otra cosa cree deroga á la providencia que Dios tiene; ántes parece que podria yo consolarme de que si, por ir á Dios, dejo de hacer alguna limosna, pondrá Dios en el corazon á otro que lo haga, y de esta manera quedaremos ambos mejorados, como cuando el rey mejora de

oficio á uno, y aquel oficio que el tenia le da á otro que no tenia ninguno.

»Por la salud que me falta, me está bien dejar las ocupaciones, para las cuales se requiere precisamente salud, como es la residencia del coro, el Oficio, etc.

»Por estas mismas razones no osara entrar en Religion que tuviera reglas iguales para todos, porque estaba claro el desedificar á otros y desconsolarme á mí. Sea Dios bendito, que en su Iglesia proveyó remedio para que todo género de gente se pudiese acercar á Él

»Si tuviera salud, entrara en la Compañía de Jesus para servir de todas maneras, y porque no la tengo entraré para aquello que tuviere sujeto, de lo cual no he de ser yo el juez, sino el Superior, que con caridad y prudencia me ocupará en lo que nuestro Señor le enseñare que será más servicio de Su Divina Majestad.

»Y yo no pierdo punto de merecimiento por no entrar sano, pues á nadie obliga Dios á lo que no está en su mano, y los religiosos no se desedificarán conmigo, pues, antes que entre, saben mi impedimento y saben tambien conforme á su regla, hay cosas en que me ocupe, no sin alguna utilidad; ántes confío que ellos y todos se han de edificar, pues, entrando sin salud, es señal que entrara antes si la tuviera, y que voy á ella de buena gana, pues pospongo el regalo y comodidades de que pudiera lícitamente usar en el mundo por mi falta de salud.

»Los que han visto las constituciones de la Compañía y saben con cuánta prudencia y caridad y suavidad se procede en ella, no tendrán por arrojamiento, aun humanamente hablando, entrar en esta santa Religion un hombre enfermo.

»Que es verdad que soy blando de condicion, y por consiguiente sujeto a ser mudable, aunque no lo he mostrado en las obras, pues he vivido cuarenta y dos años sin tomar otro estado de vivir, con estar siempre temeroso de mi salvacion; pero ántes la Religion es para los blandos, porque en ella hay mil cosas que les convidan á ser buenos y constantes en la virtud y apartarse de las ocasiones que, juntadas con su blandura, les seria causa de destruicion.

»Es así, que no tuve al principio fuerte llamamiento: yo agradezco á Dios no haberle tenido, porque adelante me será de mayor merecimiento, y porque las obras que se hacen por aficion de la voluntad, no son tan durables, pues la voluntad puede aborrecer mañana lo que amó hoy, mas las que se hacen por luz del entendimiento duran más, porque siempre tienen una misma fuerza las razones; y si estos fuertes llamamientos suele darlos Dios á los limpios de corazon y que han pasado la vida santamente, no debo yo de querer regalos, habiendo sido miserable pecador.

»Tambien creo que suele Dios enternecer y aficionar la voluntad á los más mozos, porque ó les falta experiencia ó no les sobra entendimiento; á mí me basta que, estando libre y sosegado, mucho número de veces he conocido que no voy bien y que me cumple seguir Religion, y tengo unos renglones de mi letra escritos en pergamino, que dicen así: «Domingo 26 de abril de 1556 años, tengo siempre de tener en la memoria el estado que ya, deseoso de mi salvacion y desarraigado de toda pasion, he considerado serme más conveniente y procurarle con gran brevedad, huyendo todo lo que me puede apartar de él, aunque parezca bueno, pues es notorio engaño del demonio.

»Esto ha que lo escribí más de diez y siete años, y es cierto que nunca he estado tan metido en cosas del mundo que no hubiese lástima acordándome que dejaba de ejecutar cosa de que tanto bien se me ha de seguir; y yo confio que esta perseverancia es lumbre del cielo, y lo que sobre ellos en mi corazon tantas veces ha pasado; y el conocer claramente que de suyo es mejor lo que tomo que lo que dejo, y el estar tan fácil para dejar el arzobispado de Toledo, si le tuviera, como lo que tengo; y no me escandalizo que la sensualidad no abrace con alegría dejar regalo, y renta, y autoridad, casa y amigos, y lo que más es, dejar la libertad con todas sus circunstancias, antes seria insensibilidad no sentirlo.

»Pero esto no induce á que no sea llamamiento y á que no me convenga seguirlo, pues la carne hace su oficio y la razon ha de hacer el suyo, y todo esto me aprovechará adelante, siquiera para acordarme que supe lo que tomaba y lo que dejaba; cuánto más que sin duda aquestas razones han hecho que la voluntad se aficione á lo que el entendimiento conoce ser tan bueno, y puedo ya decir con verdad que tengo aficion de la voluntad, pues trato de esto con tanto gusto y ando más alegre desde que me determiné á ello.»

Bastaba lo dicho y sobraba, y lo que se podria decir, que no cabria en mucho papel, desmenuzando bien los trabajos y peligros del mundo y los bienes de la Religion; pero más en particular me deben mover las razones siguientes:

«Prometí á Dios quince años ha ser de la Compañía, y aunque me conmutaron en Roma el voto, siempre traigo desasosegada la conciencia, y más particularmente cuando estoy malo, que me vienen unos temores terribles de mi salvacion.

»Fuí perdídisimo en la mocedad: será conveniente y aun necesario que quien hizo lo ilícito se abstenga de lo lícito, y siquiera al tercio postrero de su vida dé á Dios alguna satisfaccion, haciendo lo que en mí fuere, pensando á lo ménos despacio la gravedad de mis pecados y la grandeza de la misericordia de Dios que me ha esperado tanto tiempo, ofreciéndole todas las co-

sas y mi libertad y alma, lo cual todo lo puedo hacer sin salud corporal, ántes el faltarme quizá será medio para más sosiego.

»Huve con humana solicitud la canongía y pensiones, no siendo letrado ni virtuoso, sino buscando en esto mis interesillos y comodidades y no el mayor y mejor servicio de Dios, para cuyo fin se instituyó la renta eclesiástica; anejé la sacristía de Robledo al Escorial, porque se me dió pension sobre un obispado, lo cual me ha tenido con escrúpulo; quizá he llevado frutos eclesiásticos mal ganados por mi poca residencia en la iglesia ó por ir á ella alguna vez con fin principal á intereses y por tener pensiones sin ser útil y sin estar en el estudio para cuyo principal intento se instituyeron, y sin haberlas menester para sustentarme, porque tenia de qué sin ellas. Lo cual todo, y haber empleado mi renta ménos bien, hace dudosa mi salvacion; y si lo dejo ahora todo entrando en Religion, satisfago por todo, pues doy la hacienda y la persona.

»He administrado oficios y hacienda ajena, en lo cual habré hecho excesivos gastos por vanidad mia y por seguir mi humano parecer; lo cual todo junto me apretará el dia de mi muerte.

»Tengo un pecho ambicioso, y, por consiguiente, peligra mi salvacion entre las honras, y hacienda y aparato, y lo que peor es, que vivo donde si no soy del todo malo, me han de señalar y marcar por bueno, y poniendo los ojos los otros en mí, no acierto á ponerlos yo en Dios; y es peligrosísimo que quien ha sido grande pecador y no tiene echadas raíces en la virtud, viva entre personas no muy virtuosas, teniéndole á él por virtuoso.

»Para mi ingenio y natural condicion he visto con larga experiencia que me es dañoso el vivir entre personas no muy santas, porque, como flaco, me ayudan y les ayudo á caer, y porque con un indiferente celo, juzgo fácilmente, y es costumbre comun mia que, cuando me veo entre flacos, siento bien de mí, y, cuando entre religiosos, me juzgo siempre por malísimo; y si me dijeren que reforme yo lo malo que veo en mí, respondo que en la manera de vivir que ahora tengo, me faltan fuerzas para ser cual debo y para enmendar mis faltas, y que por acá no hallo la ayuda que he menester.

»Han vivido poco mis hermanos, siendo más sanos todos que yo; y presupuesta mi poca salud y la edad que tengo, quédanme muy pocos dias de vida.

»No he jamás hecho cosa de veras por Dios, habiendo hecho tantas contra Él, y habiendo Él hecho tantas por mí, y por esto me cumple ofrecerle ahora la hacienda, persona y libertad, con lo cual confio quedará Su Majestad servido y el demonio burlado, pues creyendo él que tenia por suyo, le doy yo el traspié que él me tenia armado.

»El mejor medio de salvarse uno es asegurando el entendimiento y la voluntad; el entendimiento está claro que se asegura creyendo lo que la santa Madre Iglesia tiene y cree; y la voluntad se asegura obedeciendo á un Superior por amor de Dios y en su lugar, porque todo depende de una misma verdad que es Dios, y esta sola razon bastaba porque es fortísima.

»Los príncipes y prelados y personas ricas que hemos conocido en nuestros tiempos, ¿qué se hicieron, qué llevaron, qué les valió cuanto tuvieron? Holgara yo ahora que me fuera lícito hacer un largo catálogo de las tragedias que he visto en treinta años, de que tengo memoria. En resolucion, ellos vivieron poco, dejando acá lo que con tanto trabajo adquirieron, y llevando justo temor del riguroso juicio que esperaban.

»Si vivo y visto con demasiado regalo, justo será tomar órden de vida en la Religion, de que no pueda arrepentirme el dia de mi muerte; y si ahora tomo lo necesario á mi poca salud, seguro estoy que no me lo negarán en la Religion, sino que allá será con más prudencia y con particular mérito mio.

»Conviene acordarse de las aflicciones y trabajos que he padecido en la manera de vivir que tengo, sucediéndome cosas muy al revés de mi deseo, siendo importunado y aun vencido por amigos á que haga cosas que no me convenian, sufriendo sin razones y agravios con poco mérito, padeciendo emulaciones, envidias, desagradecimientos, trayendo á cuestas las duras y pesadas cargas del mundo, importunidades de parientes y de otras mil gentes que cada hora quieren que midais vuestras obras con su necesidad ó voluntad, y no con vuestra posibilidad ni con la razon; los contrarios os lastiman, los amigos os distraen y hacen perder los dias enteros con sus impertinentes y peligrosas visitaciones, de que no quedais con otra ganancia, sino con escrúpulo y remordimiento de conciencia; los desacatos de vuestros inferiores, las competencias de los iguales, las insolencias de los superiores y, finalmente, ántes se acabará la vida que se acaben de contar los trabajos de ella en salud y enfermedad, en abundancia y en necesidad, en amigos y enemigos.

»De manera que, si se discurre por todas las ocasiones de la vida en particular, se hallará que en cualquiera manera de vivir en el mundo, por agradable que sea, se padecen más trabajos que en la más áspera Religion.

»En ella no teneis que obedecer más que á uno, y, por la mayor parte, prudente y blando; mas acá habeis de obedecer á buenos y á malos y quebrantando vuestra condicion y aun la salud, y acá la hareis con pérdida de vuestra alma, y allá con ganancia, acá sin alivio ni consuelo, allá con mil socorros y mil favores de Dios, para que más claro se vea cuán tirano y riguroso imperio tiene el demonio sobre los suyos.

»Si con razon alaban al que por acrecentar su hacienda navega á Indias, poniendo á tantos peligros lo que tiene y la vida con ello, y al que por ser letrado ó aprender un oficio se emplea lo más del tiempo de su vida, habiendo de acabarse con ella cuanto se ha pretendido con tanto trabajo, ¿no será más cordura emplear los años que me quedan en aprender á ser humilde, devoto, manso y á estimar lo que es algo por algo, y lo que es nada por nada, y á ennoblecer y enriquecer mi alma de bienes que jamás se acaban y de que tan abundoso premio espero recibir?

»Imagínome la más alegre criatura que hay en la tierra, viéndome descargado de hacienda y de obligaciones y de renta eclesiástica, y que con verdad puedo decir un dia antes que muera: «Hoy soy pobre por Dios, hoy lo dejo todo por poseer á Dios, y porque Él me posea á mí,» y que pueda yo decir: «Hoy sé cierto que no puedo errar, haciendo lo que me mandare la obediencia, y sé que entónces mereceré comiendo y durmiendo, y ahora quizá enojo á Dios, aun cuando estoy trabajando.»

»Yo no se por qué medio he ganado crédito entre los que me tratan, y es milagro grande no les haber desengañado y no me haber perdido en mil ocasiones: esto podia acaecerme cada dia, y estoy obligado á temerlo; ¿pues qué mayor cordura puede ser que alzarme á mi mano y retirarme, dejando contentos y edificados á todos, y asegurar mi negocio, pues es cierto que en mí no hay virtud para conservar el crédito que ahora tengo, y mucho ménos la habrá para ganar más crédito adelante?

»Aunque no hubiera otra ganancia de mudar yo estado de vivir, sino descargar yo mismo mi alma, y pagar lo que me puede dar algun escrúpulo, y cumplir en mi vida mi testamento, esto bastaba por premio de cuanto en la tierra se podria dejar; pues vemos cuán pocos testamentos se cumplen jamás despues de la vida, como convendria. Ahora me hallo con sobrada hacienda, que, si la guardo, seria con peligro de mi alma, y, si la gasto, no podria despues hacer lo que ahora.

»Seria muy posible morirme yo ahora, pues mueren otros más sanos y más mozos: si estando muriendo alcanzase de Dios algun tiempo de vida para descargo de mi alma, ¿no me tendrian todos por dichosísimo, y yo por muy obligado á reconocer á Dios tan grande merced? pues hago cuenta que ha pasado así.

»En fin, heme de morir, sea de aquí á dos, diez ó veinte años, ellos pasarán tan presto como los vividos, presupongo que llega la hora; ¿qué tan gran aficion será para mí verme morir con renta eclesiástica, con aderezo de casa, con familia, con oficio y entre cumplimientos del mundo, y sin tener descargada mi alma ni cumplido mi testamento? Acuérdaseme bien lo que so-

bre esto padezco siempre que he estado malo; pues así es, prudencia cristiana será hacer ahora con sosiego, y espacio, y advertencia y con particular merecimiento lo que entónces querria tener hecho.

»Enséñanos nuestra ley, que por todo lo criado no se ha de cometer un pecado venial; ¿pues cuántos pecados veniales excusaré yo al dia de cometer en la Religion, que los cometo ahora? De esto es buen testigo la experiencia; ¿y cuántos pecados mortales hubiera yo dejado de cometer, si yo hubiera sido religioso, que los he cometido fuera de la Religion, Pues, si tanto aborrece Dios el pecado que por redimirle al hombre se hizo hombre, y padeció tal vida y muerte; que por redimir yo tantos males pasados, y por excusar tantos por venir tome el estado de Religion, y presupuesto que con hacer esto excusase solo un pecado venial, no quiero mejor paga, por dejar cuanto hay en la tierra, sino excusar á Dios un pequeño enojo.

»¿Qué hombre rico murió que en aquel dia de las verdades no desease haber sido un pobre pastor, por el temor de la estrecha cuenta que sabe que ha de dar? Pregunten á cuantos religiosos mueren: ¿Quisiérades haber sido ahora un clérigo autorizado y rico? Todos dirán que no. Pregunten á cuantos clérigos están muriendo: ¿Quisiérades haber sido un despreciador religioso? dirán: «No quisiéramos otra cosa.» ¿Pues, si con cuatro testigos se prueba ser una cosa verdad, y aun con dos, por qué no quedará probada esta verdad que la testifican cuantos religiosos y clérigos han muerto desde que Cristo vino al mundo?

»El ministerio de sacerdote y el oficio de canónigo y de persona pública y eclesiástica, pide pureza de vida, humildad, caridad, despegamiento de cuanto hay en la tierra, mansedumbre, celo, doctrina, virtud para alcanzar de Dios perdon de los pecados del pueblo, cuyo intercesor es, etc. Dios, que ha de ser el Juez, sabe cuán léjos estoy de esto, y, por ciego que estoy, lo veo, y si el pueblo piensa otra cosa, ese es nuevo engaño suyo y miseria mia.

»En fin, si soy malo, justo es mudar manera de vivir; y si soy bueno, no es razon que un buen sacerdote viva al modo que en el mundo se usa ahora, siquiera porque no parezca que aprueba los desórdenes que hay, y porque los otros no se aseguren, pareciéndoles que les será lícito hacer lo que hace aquel á quien tienen ellos por bueno.

»Diráme alguno que, segun esto, todos los que no toman estado de Religion se condenan. Respondo que, á lo que yo creo, hay muy eclesiásticos muy siervos de Dios, que no sólamente se salvarán, pero serán instrumento de que otros se salven, y que los que no fueren tales corren gran peligro, como yo le corria en la manera de vivir que hasta ahora he tenido, especialmente si el gusano de su conciencia les apretase, como á mí me ha apretado.

»Es gran yerro prometerme yo ni nadie á mí, que he de ser un santo y que he de reformar mis cosas, aprovechándome de lo bueno y apartando lo dañoso, y que gastaré poco y daré mucha limosna, porque muchos años ha que digo esto mismo, y, por mi ruin inclinacion y por la poca ayuda que acá tengo, y por las ocasiones hallo cada dia, desenvolviendo mi conciencia, que están los senos de ella llenos de mil aficiones, y habiendo vivido tanto ha con estos mismos aparejos y comodidades, me pego cada dia más á las cosas humanas; y es cierto que es menester mucha más virtud y más aceros para vivir en este mundo tomando de él unas cosas y dejando otras, y que se pasan muchos más tormentos y martirios en esto, que dejándolo todo.

»Pues conozco personas donde yo vivo, con la misma profesion y poco medrados en el espíritu, ¿qué puedo yo esperar de mí á la vejez, sabiendo cuánto peor ha sido mi mocedad que la de ellos, y cuán fácil soy para el mal?

»En trece años que ha que estoy en la Iglesia, he visto morir veinte y tantos canónigos y dignidades, y es cierta verdad que me excedian muchos de ellos en letras, virtud, prudencia, autoridad, etc. Lo temporal ya lo poseen otros, y no hay más memoria de ellos que si nunca fueran, y en lo espiritual sin duda que si ellos tornaran acá ahora, nos dijeran cuánto quisieran haber vivido en un yermo, para excusar los peligros que de suyo trae el estado de vivir que ellos tuvieron y el que yo ahora dejo.

»¿Qué consuelo puede llegar al que recibe el religioso, cuando lee lo que dice Cristo nuestro Redetor, que quien dejare el padre, madre ó hermanos, etc., recibirá en esta vida cien doblado, y en la otra vida eterna? ¿Que mercadería podria un hombre ejercitar en que tanto acrecentase su caudal?

»Prudencia humana es que, cuando entiende uno que le quiere despedir el señor con quien ha vivido, se despida él ganándole por la mano. De los años que ya he vivido, de las indisposiciones que tengo y de lo que veo pasar por otros, conozco claramente que el mundo me quiere despedir; pues yo quiero darle una higa y despedirme de él, siquiera por dejar firmado de mi nombre que he tenido muy ruin amo.

»¿Para qué cosa podrá haber sido mejor de poseer honra, hacienda, familia, buenos parientes, libertad, etc., sino para poderlo emplear en Dios, y, vendiendo lo que un hombre tiene, darlo á los pobres, y arrojarlo entre los brazos de Cristo, desnudo de sus propios cueros en la cruz por mi remedio? Pues Él fué tan misericordioso conmigo é hizo tanto por mí y tan á costa suya, cuando yo no se lo pedia y aun cuando le estaba crucificando, de creer es que ahora no me ha de desamparar y dejar caer en el infierno, cuando me fio de Él y le busco, y por hallarle lo dejo todo.

»Si los sanos entran en Religion á servir, entraré yo á morir bien, pues esto

es el fin para que todo se ordena; y si padeciere, á eso voy. Otros más delicados y más enfermos han entrado, y otros, estando sanos, han enfermado más gravemente y han vivido y muerto con grandísima consolacion, porque para lo que es sustancia de Religion no es necesaria la salud, ántes muchas veces es medio importantísimo la falta de ella; y si me faltare consuelo, justo será sufrir algo por satisfaccion de tantas culpas; dichoso será el trabajo con que se comprare vida eterna.

»Hay otra razon mayor que todas las que aquí digo, que es el toque interior que Dios da al alma, cuando quiere hacerle merced de ponerle aborrecimiento á las cosas de la tierra, y darle deseo de sacrificarse en servicio de Su Divina Majestad. Esta sola razon bastaba para mudar estado de vida, y no se puede declarar con palabras, ni es capaz de entenderla el que no ha recibido este toque de Dios.

»Es mucho de notar que, para acertar á servir á Dios, es necesario librarnos de los impedimentos que para esto puede haber porque, como nuestro Señor desea tanto darnos á sí mismo, que es nuestro sumo é infinito bien, tanto más desembarazada hallará la posada nuestra que para sí nos dió.

»Este desembarazo consiste en que nuestra voluntad esté libre para darse á El, y entónces lo estará, cuando, desasida de cosas de la tierra y de sí misma, busca sólo á Dios. Para lo sobredicho se requieren dos cosas: La una, quitar la voluntad de cuanto se posee en la tierra, que no es Dios; y la otra, negar esta voluntad propia, por hacer la de Dios, cuyo intérprete es un Superior; y pues tan gran tesoro como poseer á Dios en la tierra y ser poseido de Él no se puede alcanzar perfectamente, sino por medio de dejar el mundo y sujetarme á la obediencia, es muy justo que yo me humille y confunda, pues al tiempo que Dios habia ya de castigarme por tantos pecados como contra Dios he cometido, me da deseo y aparejo para tanto bien; y debo correrme y avergonzarme en pensar que dejo algo, pues ello es tan poco y lo seria cuanto se pudiese dejar, y en buscar tantas razones para persuadirme yo á lo que de suyo es tan bueno, pues una sola hora de la Religion no se paga con dejar por esto cuanto hay en el mundo.

»Por lo cual, conociendo mi mucha insuficiencia y espantándome de la infinita misericordia de Dios, desde ahora le doy mi cuerpo, alma, honra, hacienda y libertad, y quisiera que en mi mano estuvieran todas las almas que han nacido y nacerán, para entregárselas.

»Y si cuanto Dios tiene pudiera ser mio y no suyo, se lo diera todo, pues á El solo se debe, y en Él solo está bien empleado; y porque le sea agradable mi sacrificio, pido á Jesucristo nuestro Señor se le ofrezca con su vida y muerte, y á la Vírgen sin mancilla, y al Angel de mi Guarda, y á S. Eugenio mi

patron, y á todas las criaturas del cielo y de la tierra, que me ayuden á alabar y hacer gracias á este buen Dios de infinita misericordia, que le place mostrar su piedad en mi remedio, para gloria de Su Divina Majestad y gozo de los justos y esperanza de los pecadores, por grandes que hayan sido.»

Con este papel y con las razones que en él se escriben, mudaron parecer los que aconsejaron á D. Pedro Manrique que no se entrase en la Compañía, y entendieron que Dios le llamaba á ella, y el Padre concluyó su entrada en la Compañía, y fué recibido en el colegio de Alcalá á 13 de enero del año de 1573; allí tuvo el noviciado con notable aprovechamiento suyo y edificacion de todos los que le veian, porque en el vestido y lo demás que su enfermedad le daba lugar, andaba como el menor novicio de todos, con raro ejemplo y mortificacion.

Acabado el noviciado, hizo los votos con singular devocion y ternura, y se quedó por morador y operario en el mismo colegio, acudiendo á nuestros ministerios con gran fervor, caridad y discrecion. Venían le á visitar muchos señores, caballeros y canónigos por verle y comunicar sus cosas con él, y cuando le veian, no podian detener las lágrimas y dejar de alabar al Señor que habia hecho tan gran mudanza en un caballero tan ilustre, y tan rico, y tan cuerdo como él era.

Tenia el P. Manrique un crucifijo en su celda, y al pié de él esta letra:

Enterráos, pues moristes,
Porque si no oleréis mal.

Queriendo decir que, cuando el hombre entra en Religion, muere, y que debe enterrarse entrando con perfecta humildad en el conocimiento de sus faltas é imperfecciones, porque, no haciéndolo así, dará mal ejemplo, y olera mal y desedificará á otros.

Tuvo tanto cuidado de aparejarse para la muerte, como si no hubiera entrado en la Compañía para vivir en ella, sino para morir, y mereció le declarase el Señor el dia de su muerte, si bien él, aun antes de tener revelacion alguna, no tenia, despues de Dios, otra cosa más delante de los ojos que la muerte.

Para esto recogió en un libro pequeño todos los versos de David y las sentencias de los Santos que él habia leido y que para aquel paso le podian ayudar, y rogó á un Hermano que habia de estar con él, que cuando estuviesen solos y le viese descuidado en hablar y tratar con Dios las cosas de su alma, le avisase con algunas sentencias de aquel libro.

Despues, estando un dia sentado en una silla, llamó á este Hermano y le dijo: «Hermano, ya se llega el fin de mis dias, y aunque tengo aquí al Her-

mano mi compañero, he menester más compañía; y yo he pedido licencia al P. Rector que asista aquí conmigo hasta espirar.» El Hermano, como le vió levantado y sin nuevo accidente y que no habia en casa quien imaginase que se moria, le dijo: «Dios guarde á V. R., que no sé de dónde le ha venido ese pensamiento,» y el Padre le respondió: «Cierto, Hermano, que le digo verdad, que yo me muero, no tan presto que haya de ser mañana ó esotro dia, pero será al fin de la semana que viene.»

Como él lo dijo así lo cumplió nuestro Señor, y el sábado de la semana siguiente, á 12 de enero del año de 1577, recibidos todos los Santos Sacramentos y habiendo tenido todos aquellos dias y noches suavísimos coloquios con Dios nuestro Señor, le dió su alma con grandes muestras de que iba á recibir la corona de eterna gloria.

El H. Domingo Fernandez fué en el siglo criado del P. Pedro Manrique, y entró en la Compañía, y le sirvió hasta la muerte, y procedió con grande ejemplo de caridad, humildad, devocion y mansedumbre. Al tiempo, pues, que el P. Pedro Manrique pasó de esta vida, el Hermano le pidió con grande instancia que, pues le habia servido fuera y dentro de la Compañía, cuando se viese en la presencia de Dios nuestro Señor, le suplicase fuese servido de llevarle de esta vida para que juntos gozasen siempre de su bienaventurada vista, y el Padre se lo prometió.

Habian ya pasado casi cuatro meses despues de la muerte del Padre sin cumplirse lo que el Hermano deseaba, por lo cual andaba como triste y afligido, y una mañana, estando ya en Madrid y compañero del P. Francisco de Porres, Procurador general, acordándose de las miserias de esta vida en la oracion y en la Misa, suplicó humildemente á nuestro Señor fuese servido de otorgarle lo que él habia pedido al P. Pedro Manrique y él lo habia prometido, y declaró al P. Porres ser esta la causa de su tristeza y afliccion, porque viéndole el Padre congojado y penado, y preguntándole la causa de su tristeza y afliccion, no se la pudo negar.

El mismo dia despues de comer le dió al Hermano una recia calentura, y el la recibió como de la mano del Señor con muy alegre rostro y semblante, entendiendo que Dios le queria hacer merced y desatarle de las prisiones del cuerpo y llevarle á la eterna bienaventuranza como él lo deseaba; y así fué, porque, habiendo recibido todos los Santos Sacramentos, dió su espíritu al Señor á los 8 de mayo del mismo año de 1577.

Escribió la vida de este siervo de Dios, el P. Manrique, el P. Cristóbal de Castro y tambien el P. Pedro de Rivadeneira en la *Historia de la Asistencia de España.*

P. RODRIGO HURTADO

El P. Rodrigo Hurtado fué natural de la ciudad de Toledo, hijo de padres muy devotos, honrados y bienhechores de la Compañía; especialmente su madre fué muy gran sierva de Dios, y como tal crió á su hijo Rodrigo Hurtado en buenas y loables costumbres, y con la leche le infundió el temor santo del Señor.

Apénas sabia hablar cuando ya sabia las oraciones y las rezaba cada dia; siendo ya mayorcito, le dieron por ayo un sacerdote llamado el licenciado Porras (que despues en el levantamiento que hicieron los moriscos de Granada murió mártir en una tinaja de aceite hirviendo), del cual aprendió muchas virtudes, y particularmente la devocion de nuestra Señora la Vírgen María, cuyo rosario y horas rezaba cada dia, y ayunaba los sábados, y oia Misa, sin que por ningun estorbo dejase de cumplir con esta devocion.

Tambien aprendió de su ayo á ser caritativo con los pobres, y fuélo tanto, que yendo una vez camino, vió á un pobre viejo muy fatigado de dolor de ijada, y compadeciéndose de él, le sirvió y le aplicó por sí mismo los beneficios y remedios que en semejantes males se suelen hacer.

Creció en edad, y como hervia la sangre y los bríos de mozo, dióse mucho á ejercicios militares, juegos de cañas y entretenimientos cortesanos; y en fin, determinó de pasar á Indias, y teniendo ya licencia de sus padres, y tomando la bendicion de su madre, ella le dijo: «Anda con Dios, hijo, que yo espero en Su Majestad que has de ser santo.»

Fué á ver antes de la partida á su hermano Jerónimo Hurtado, que á la sazon estaba estudiando en Salamanca, y por su consejo se recogió en el colegio de la Compañía, para hacer una confesion general; y allí se resolvió de dejar la partida de las Indias y tomar otro camino más corto, derecho y seguro para el cielo. Pidió la Compañía con un gozo y alegría tan extraordinarios, que bien se echaba de ver que el Señor le guiaba y llamaba para ella; y así, fué recibido en ella el año de 1565, siendo él de edad de veinte y un años.

Enviáronle al noviciado de Medina del Campo, donde dió grandes muestras de su fervoroso espíritu y de las veras con que daba de coces al mundo, y se abrazaba con Cristo crucificado. Hacia muchas mortificaciones públicas y secretas. Era muy dado á la oracion y penitencia. Tuvo un raro don de lágrimas, y por ellas vino á padecer tanto de los ojos, que no podia leer li

bro ni estudiar, y aquel humor le cargó tanto á un lado de la garganta, que fué necesario ponerle en cura, y darle muchos cauterios, y cortarle grandes pedazos de carne, y hacer otros remedios para restañar la sangre, los cuales él sufrió con una paciencia y serenidad tan extraña, como si no fuera suyo aquel cuerpo que padecia.

Al fin fué Dios servido que sanó de esta enfermedad y otras que tuvo, y salió muy bien con sus estudios, y se dió al púlpito, y fué buen predicador. Estaba tan contento con su vocacion y con verse en la Compañía, que un dia dijo á sus hermanas: «Muchos años anduve buscando contento y nunca le hallé, y despues que estoy en la Compañía ningun dia me ha faltado.»

Era tan dado á la penitencia y mal tratamiento de su cuerpo, que cayendo una vez en una grave enfermedad en Toledo, y mandándole el médico que le echasen unas ventosas, no se halló lugar sano en que podérselas echar; y el demonio por esto y por las otras virtudes suyas, le perseguia y maltrataba.

Una vez, porque con un sermon que este Padre predicó en nuestra casa de Toledo se convirtió un hombre que habia treinta años que estaba en pecado mortal, se enojó tanto el demonio, que le maltrató de manera, que fué necesario sangrarle, y aún le amenazó que le habia de matar por haberle quitado un alma que él habia poseido tantos años. Otra vez estando en mision en el Corral de Almaguer, oyó su compañero, que era el P. Alonso de Arboleda, una noche grandes gritos, alaridos y ladridos de perros en el aposento del P. Rodrigo Hurtado, y acudiendo á él, le halló muy cansado y trasudando, como si hubiera peleado y luchado mucho tiempo, y él le dijo: «Dios se lo pague, Padre, que tan buena obra me ha hecho.»

Otra vez, entrando en su celda, halló en ella una mujer muy hermosa que le hablaba con ternura y caridad, y entendiendo que era el demonio, se fué corriendo á la iglesia delante del Santísimo Sacramento, que era el lugar donde el demonio no osaba entrar, y por esta causa él solia rezar allí sus Horas; porque cuando rezaba en otra parte, el demonio le infestaba y solia quitarle el breviario de las manos, y el Padre con risa se levantaba y le decia. «¿Dónde le has puesto? dale acá,» y al fin buscándole le hallaba en otra parte.

Cuando estuvo en la mision del Corral de Almaguer, le fué á visitar el Obispo de Troya, que era Visitador del Cardenal D. Gaspar de Quiroga, en el arzobispado de Toledo, y, en abriendo la puerta del aposento adonde estaba, le halló en oracion, levantado de tierra y tendido á la larga en el aire como si estuviera en una cama.

De estos raptos solia tener muchos, especialmente en la Misa, y por esta

causa le ordenaron los Superiores que fuese breve en ella, y al que le ayudaba le tirase de la casulla, porque no se arrobase y quedase suspenso como solia.

Finalmente, estando en la villa de Berlanga predicando, confesando y enseñando la doctrina cristiana en ella y en toda aquella comarca, en acabando de decir Misa un dia de la octava de la Ascension, le dió un gran catarro con calentura, y, aunque el médico juzgó que no era cosa de cuidado, él le tuvo de confesarse generalmente, y luego la mañana siguiente, que era en 13 de mayo del año de 1578, le dió una recia apoplegía que del todo le quitó el habla, y dentro de pocas horas espiró.

Teníanle todos por verdadero siervo de Dios, y á boca llena le llamaban santo los de aquel pueblo, y como á tal le hicieron un solemne entierro en la iglesia mayor de Berlanga: confirmáronse más en que lo era, por haber quedado su cuerpo tan tratable como si fuera vivo, y haber afirmado muchos que habian sentido salir de él una fragancia y olor suavísimo.

P. NIEREMBERG.

H. JUAN DE BRIONES

EL H. Juan de Briones, habiendo sido antes pastor, entró en la Compañía el año de 1564.

Entre las otras excelencias que tuvo, fué una muy señalada el ser devotísimo de la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, y su devocion tuvo principio de lo que aquí diré. Siendo pastor, vió en una tienda una imágen de nuestra Señora que le contentó mucho y le pareció que la misma imágen le hacia señas con la cabeza y le llamaba, y, como le sucediese esto muchas veces, pidió dineros á su amo, compró la imágen y llevóla consigo.

A esta imágen cobró gran devocion, y cada dia, al tiempo de repasar su ganado, la ponia en un árbol con muchos ramos y flores, y delante de ella rezaba su rosario y leia una hoja del *Contemptus mundi*, y luego con una devota sencillez tañia su rabel y bailaba con grande alegría y gusto delante de la imágen.

No sabia antes leer por ser rústico; pero, por hacer este servicio á la Vírgen, le vino gran deseo de saber leer, y llamó á un muchacho de la escuela y concertóse con él que le enseñase, y que cuando errase le tirase de la oreja;

el muchacho le tiraba muy recio, y Briones tomaba la leccion de rodillas y pagaba al muchacho su trabajo dándole algunas cosillas de comer; y así, salió con lo que deseaba.

Tenia padres muy pobres, dábales la soldada que ganaba y otras cosillas que le daban. Una vez, yendo á echar al prado un rocin de su amo, halló sobre una encina un rimero de pan é hinchó un costal que llevaba y le dió á sus padres, haciendo gracias á nuestro Señor que se lo habia enviado.

Entró en la Compañía y resplandeció con grandes y raras virtudes. Fué toda su vida cocinero, con tanta edificacion, que los Superiores querian que lo fuese en las Casas de probacion, para que los novicios aprendiesen de él y le tomasen por dechado; y así, cuando habia algun novicio tentado, no era menester sino encomendarlo al H. Briones, porque él le hablaba con tan dulces y eficaces razones que le destentaba, consolaba y alentaba á la perseverancia. Comunmente usaba de algunas sentencias del *Contemptus mundi*, que le entendia muy bien y le sabia casi de memoria.

Su penitencia era continua con cilicios muy ásperos y recias disciplinas cada dia y otras muchas mortificaciones secretas y públicas. Era tan grande ayunador, que tenia por gran regalo la cuaresma, adviento y dias de ayuno.

Tenia su imágen de la Vírgen puesta en la cocina con mucha decencia, y delante de ella rezaba de rodillas, y, al entrar y al salir de la cocina, le hacia profundas reverencias, y hacia que los Padres y Hermanos que venian á ayudarle hiciesen lo mismo; los sábados, y vigilias, y dias de nuestra Señora no se puede fácilmente creer las fiestas que hacia á aquella imágen y el regocijo con que la veneraba.

Tenia su oracion todas las mañanas delante del Santísimo Sacramento, y andaba puesto en una continua y familiar presencia de nuestro Señor, y sabia sacar espíritu y devocion de todo lo que hacia, veia y oia, que toda su vida era una perpetua oracion. No pudo el demonio sufrir tal gracia del cielo en un tosco y pobre Hermano, y comenzó á perseguirle.

Estando en el Villarejo, una noche que pasaba por las bóvedas le dió un gran bofeton, y á media noche, cuando el Hermano se levantaba á tomar disciplina, el demonio le hacia grande ruido en el tejado para espantarle; pero el perseveraba en su santo ejercicio, y se burlaba del demonio, y le ponia nombres con gran sencillez suya y desprecio de Satanás.

Y porque la simplicidad de algunos siervos de Dios es venerable, pondré un ejemplo con que este humilde varon con gran simplicidad baldonaba al demonio; decíale: «Aquí regañarás, *patillas*, á las mil maravillas; aquí regañarás, *patillas*.» Con estas palabras ridículas á los hombres se abrasaba de furor y rabia el mal espíritu.

Padecia este Hermano un vehemente dolor de estómago causado de un humor tan caliente, que para su remedio le mandaban entrar los médicos en una tina de agua fria cuando le apretaba el dolor, y luego se le aliviaba: leyó una vez en un libro que á un siervo de Dios que padecia un bravo dolor de estómago, le habia sido revelado que tomase cierto remedio con miel y especies muy caliente y que sanaria.

Parecióle al H. Briones que, por ser venido este remedio del cielo, seria bueno para él; tomóle y sanó, y los médicos lo tuvieron por milagro, por ser tan contrario al dolor que padecia.

Estando una vez enfermo, otro Hermano que tambien lo estaba, y muy malo, dió grandes voces pidiendo los Santos Sacramentos, y desagradó mucho al H. Briones, así por las grandes voces que habia dado, como porque en ellas no habia llamado á nuestra Señora; y en efecto, aquel Hermano sano, y salió de la Compañía y murió fuera de ella pobre y miserablemente.

Entre otros dones de Dios, tuvo una paz y serenidad en su alma admirable; nunca nadie le vió enojado, ni turbado, sino con el semblante alegre, manso y apacible, pues, aun siendo seglar, á un amo que sirvió y le defraudó el salario de casi dos años, él no sólo no le puso pleito ni se quejó; mas, viéndole despues en necesidad, le socorrió con lo que tenia.

Estando en el Villarejo y haciendo una vez una cestilla de esparto, el Sotoministro le dió una severa reprension y él la oyó con tanta paz y modestia que no respondió palabra, sino que, acabándosele el esparto, dijo: «Y aun con todo eso no alcanza el esparto para acabar esta cestilla.»

En todas las enfermedades y achaques que padecia, nunca le vieron el rostro triste ni le oyeron palabra de queja, ántes, cuando más malo estaba se mostraba más alegre y risueño, y si el mismo mal no se descubria, él siempre le callaba y disimulaba, como lo hizo en unas recias calenturas que le dieron graves dolores de riñones y de estómago que al fin le acabaron; y todos los dias de la enfermedad que pudo comulgó cada dia con gran ternura y sentimiento de su alma, hasta que, por no poder retener nada en el estómago, dejó de comulgar.

El dia antes de su dichosa muerte pidió al P. Rector le trujesen el Santísimo Sacramento: trújosele el mismo Rector, y teniéndole en las manos y diciendo: *Ecce Agnus Dei*, el buen Hermano se arrobó y enagenó de todos sus sentidos por buen rato, de manera que el Rector se volvió con el Santísimo Sacramento á la iglesia: y, volviendo despues el Hermano en sí, con gran devocion y admiracion dijo: «¿Y el Santísimo Sacramento dónde está? ¿Dónde está el Santísimo Sacramento,?» y el Padre se le tornó á traer y le recibió con grande ternura y afecto, como tambien habia recibido la Extremauncion,

y no mucho despues dió su espíritu al Señor en la Casa de probacion que entónces habia en Navalcarnero.

Fué su muerte por el mes de enero del año de 1580; enterráronle en la capilla mayor de la iglesia parroquial de aquel pueblo, y dejó de sí y de sus raras virtudes perpetua y suavísima memoria en los novicios que allí estaban y en todos los otros que le conocieron, haciendo gracias á nuestro Señor que toma lo que no es, para confundir lo que es, y con el desecho y basura del mundo muestra que en sus ojos no vale ni es nada lo más lucido que en él hay.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN MALDONADO

EL P. Juan Maldonado fué español de nacion, de la provincia de Extremadura; nació en un lugar que se llama Fuente del Maestro, que está en el partido de Zafra; tuvo padres nobles, y, acabados los primeros estudios, le enviaron á Salamanca, donde estudió con maestros muy doctos y celebérrimos, en especial el P. M. F. Domingo de Soto y el P. Francisco Toledo, que despues fué Cardenal de Roma.

Acabados los estudios, entró luego en la Compañía, despues le llevaron á Roma, y allí en nuestro colegio leyó Teología.

En este tiempo se instituyeron en París las escuelas de la Compañía; y así, por providencia divina le enviaron allá año de 1563, viviendo todavía Calvino, para que, cuando más triunfaba y casi vencia la fuerza de su elocuencia, doctrina é ingenio, el P. Maldonado reprimiese su herético orgullo.

El, pues, fué el primero de la Compañía que en aquella literaria palestra provocó á guerra, salió á la campaña y vino á las armas en defensa de la doctrina católica. Allí leyó Filosofía primero, despues Teología diez años enteros con mucho aplauso y gran concurso de oyentes, de modo que su fama se extendió latamente por toda Francia, sin haber apénas hombre docto, predicador, Obispo ó Abad que no procurase venir á su escuela, y hasta los mismos calvinistas asistian á sus lecciones.

Dos ó tres horas antes que él empezase, estaban los oyentes á porfía para tomar lugares, por no quedarse sin ellos. Muchas veces se salia del General y otras leia en la misma calle; el número grande de los oyentes no cabia en

ninguna parte, causando admiracion á los católicos y harta envidia á los herejes.

El año de 1570 le enviaron á Pavía con otros nueve compañeros, donde hizo muchas lecciones en lengua latina y algunos sermones en la francesa; pero, no pudiendo permanecer de asiento allí, se volvió luego, dejando confundidos sus contrarios con las disputas: pasó tambien á Lorena, y con esa ocasion volvió otra vez á Sedan, para argüir con los herejes: y hablando de este certámen Genebrardo, dice de esta manera: «Juan Maldonado venció á Capello, Holino y Loqueo, y otros veinte calvinistas, primero con disputas y despues con voces; porque ellos hallaron por mejor trocar los argumentos concertados en gritos confusos, por no poder dar buena salida á sus silogismos; convirtiéronse de los herejes Laureo, Henrico y Penniterio, que se hallaron presentes.»

Como él veia que estaba en los lugares donde florecian más los herejes, y que cada dia crecian más los errores; procurando imitar aquellos antiguos y santos Padres, lo que más procuraba con su doctrina era arrancar las heréticas sectas de Lutero, Zuinglio, Calvino y otros heresiarcas de aquellos tiempos, y plantar con firmeza las verdades católicas.

En este ministerio fué mucho el provecho que hizo, porque de su escuela salieron muy aventajados sujetos, y apénas hubo persona en toda Francia que, no pudiendo oirle presente, no trasladase sus doctos escritos.

Primero leyó por espacio de cuatro años un compendio de toda la Teología, luego empezó á leerla con más latitud, y, estando muy adelante, intempestivamente le imputaron sus enemigos muchas calumnias, porque dijeron que, estando para morir cierto Prelado de grande renta, le habia astutamente engañado, y que habia quitado á sus parientes la sucesion en la hacienda, persuadiéndole que la dejase toda á la Compañía, nombrándole juntamente traidor y codicioso; y algunos (excepto los de París) le llamaron hereje, pero de esta injuria le sacó á salvo Pedro Gondio, Arzobispo de París, con autoridad de Gregorio XIII, Sumo Pontífice: de aquella le dió por libre el Senado públicamente.

Pero aunque se manifestó su inocencia bastantemente, juzgó por más seguro ceder á la emulacion de sus enemigos y huir de aquella estimacion que de él tenian los hombres, pues tenia ya muchos años y pocas fuerzas, deseando ser de provecho, no sólo á aquel siglo con su persona, sino á los futuros con sus escritos: por esta causa se retiró al colegio de Burges, entregándose todo á la exposicion de la sagrada Escritura.

Habiendo lo primero empezado á escribir sobre los cuatro Evangelios, por algunas noches se le apareció una persona que le exhortaba á proseguir con

mucho valor aquel asunto empezado, porque habia de acabarle, como deseaba, pero que despues habia de vivir poco; y en diciéndole esto, con un dedo extendido le señalaba cierta parte del cuerpo.

Esta vision el tiempo la sacó verdadera, porque Gregorio XIII, Pontífice Máximo le mandó que viniese de Francia á Roma, para que le ayudase á acabar la edicion griega de los *Setenta intérpretes,* que estaba entónces haciendo; mas duróle allí poco la vida, porque, despues de haber acabado la obra empezada, se la entregó al P. Cláudio Aquaviva, Prepósito General, a 21 de diciembre de 1582, y desde aquel tiempo le empezó un dolor cruelísimo en aquella misma parte del cuerpo que le señaló aquella vision.

Creció el dolor cada dia con más violencia, hasta quitarle la vida apresuradamente. Fué á recibir de Dios el premio de sus trabajos al principio del año de 1583, en la vigilia de la Epifanía, sin haber cumplido cincuenta años de edad.

No será intempestivo, pues se trata del P. Juan Maldonado, hacer alguna mencion del P. Jerónimo Soriano, porque por el ejemplo de aquel se movió este á entrar en la Compañía. Los dos vivieron juntos en España y estudiaron la misma ciencia desde sus años primeros, lo cual fué causa de profesar muy estrecha amistad: hicieron ambos un pacto de que el primero que tomase estado de perfeccion, exhortara al otro que le siguiese.

Estando, pues, en Roma el P. Maldonado, acordándose del concierto, escribió al P. Jerónimo que estaba en España que le imitase, pero él cuando supo la resolucion de su amigo recibió mucho gusto, porque deseaba mucho ir por aquel mismo camino, y profesar aquel modo de vida.

Vivió el P. Jerónimo en la Compañía, dando muy loable ejemplo de humildad, caridad y las demás virtudes. Tuvo tanta devocion y confianza en la Vírgen Santísima, que casi todo lo que le pedia alcanzaba, experimentando milagrosos sucesos. En Nápoles leyó Teología con mucha aprobacion: fué tambien en Nola Maestro de los novicios.

Ultimamente fué Superior del colegio Cirinolano, que fundó el conde de S. Angelo por su consejo.

Finalmente, parece que fué providencia divina que, así como no rehusó seguir al P. Maldonado en la vida, no tardase mucho en seguirle en la muerte; y así, á tres de julio del mismo año, que es poca distancia, como llamado de su amigo difunto para gozar mejor vida, murió con tanta alegría, que parecia que aquel cuyo consejo le pasó de la vida del mundo á la religiosa, alcanzó con sus ruegos pasarle de la religiosa á la eterna.

Volviendo, pues, al P. Juan Maldonado, digo, que recibió muchos y grandes dones de Dios: fué de ingenio sutil, juicio admirable, memoria excelen-

te, diligencia increible, estudio indefenso, trabajo continuo, excediendo sus fuerzas, porque, aunque al principio era robusto, poco á poco con las lecciones y dilatados escritos se vino á debilitar.

No dejó autor teólogo, griego ó latino que fuese docto que no le leyese y notase; de aquí le nació su admirable y recóndita erudicion, la suma prudencia en el enseñar, la modestia con que llevaba tras sí las voluntades de todos, la noticia de muchas lenguas y la eficacia en sus argumentos, de modo que su ingenio y doctrina, admitida con tanto aplauso en Francia y España, admiran á cada paso los autores en sus escritos. Pero todas estas mercedes divinas se oscurecian con otras mucho mayores, porque fué su virtud muy heróica y grande su santidad.

Tuvo gran desestima de las cosas terrenas, mucho desprecio de los aplausos y pompas, increible humildad y modestia, pues, siendo tan docto, no presumia que lo era, y estando tan estimado de los hombres, no hacia caso de ellos. Era tan amado y honrado de los príncipes, Prelados y grandes, que con ser de otra nacion, el serenísimo duque de Lorena y el mismo rey Cárlos de Francia le hicieron predicador de la Casa real; pero él con modo admirable rehusó verlos, sin querer admitir las honras, tanto que algunos lo atribuyeron á remision y descortesía, pues rogado no aceptaba tales favores.

Llegábase á esto una ardiente y continua oracion, de que se seguia que de solo mirar una flor muy pequeña se excitaban en su corazon tan sublimes y divinos conceptos, que con ellos no sólo él se inflamaba en amor de Dios, sino que, si estaba acaso con algunas personas, las dejaba tambien abrasadas en aquel mismo fuego amoroso.

Fué notablemente templado en la comida y bebida; observaba rígidamente la pobreza evangelica, no queriendo tener cosa alguna particular que no la tuviesen todos; cuando hacia alguna mudanza á otra parte, no llevaba más que el vestido que tenia puesto, y ese muy llano y traido, y algunos papeles de sus escritos.

En suma, él fué un hombre crucificado á sí y al mundo, y para poder estar apercibido para la muerte con quietud y seguridad, la traia todos los dias cinco veces á la memoria, inquiriendo si habia algo en su conciencia que en aquella hora le pudiese afligir, y, si divisaba alguna cosilla, procuraba luego la enmienda.

Escribió este varon admirable fuera de los *Comentarios* sobre los cuatro Evangelios, divididos en dos tomos, otras diversas obras que las refiere el P. Felipe Alegambe.

P. NIEREMBERG.

P. VICENTE ZAPATA

FUÉ el P. Vicente Zapata natural de un lugar que se dice Tarazona, junto á la villa de Iniesta, en el obispado de Cuenca, y, siendo ya sacerdote, entró en la Compañía el año de 1572.

Fué Ministro en el colegio de Madrid y juntamente confesor, é hizo entrambos oficios con tanto cuidado y exaccion, que á los de casa y á los de fuera tenia muy edificados y consolados.

Tuvo en los principios una molesta y porfiada tentacion de sueño, que le quitaba la oracion y los otros ejercicios mentales, sin poderla desechar ni vencer con ponerse de rodillas, ni con otro algun medio de los muchos que tomaba, hasta que dió cuenta al Superior de aquella guerra y continua batalla que padecia. El Superior le ordenó que, cuando le viniese aquel pesado sueño, se echase á dormir do quiera que estuviese. Hízolo con obediencia, y el Señor concurrió con ella, y con esto quedó libre de aquella tentacion que tanto le fatigaba.

Estando en Madrid ocupado en los ministerios dichos, se partió por órden del P. General para la India oriental, y llegado á Lisboa, se embarcó en la nao *Capitana* con el P. Pedro Martinez, que fué Provincial de Goa y Obispo del Japon, y otros cuatro de la Compañía. Salieron de la barra de Lisboa cinco naos á los 23 de abril de 1585, luego el P. Vicente Zapata con los demás Padres sus compañeros comenzaron con grande ejemplo á ejercitar los ministerios de la Compañía y á ordenar la vida y modo que se habia de tener en aquella navegacion en servicio de nuestro Señor y bien de los que iban en su nave, que pasaban de 900 personas.

Encargáronse luego de curar los enfermos; hicieron un hospital para los pobres más necesitados, á los cuales acudia el P. Vicente Zapata con tan gran caridad y humildad, sirviéndolos aun en los más bajos oficios y proveyendolos de todo lo necesario con las limosnas que él recogia, que causaba en todos mucha edificacion y admiracion.

Tambien se ocupaba en los otros ministerios de la Compañía para con los prójimos, confesándolos, ayudándoles á bien morir y atendiendo á todas las otras cosas de su provecho espiritual y consuelo; y así, iba la gente muy reformada, y con gran paz y quietud navegaron prósperamente hasta los 19 de agosto, víspera de S. Bernardo, en que por voluntad divina dió la nao *Capitana* en un bajío, que llaman de la India, que está en veinte y ocho gra-

dos de la parte del Sur, más adelante del Cabo de Buena Esperanza, donde se hizo pedazos y pereció mucha gente aquella noche, por haber sido cosa repentina y no pensada, y los demás en aquella extrema necesidad clamaban y pedian misericordia al Señor.

Al amanecer, en medio de aquel bajío se descubrieron muchos como árboles de coral, y con el miedo de la muerte y deseo de la vida pensó la gente que era tierra, y unos nadando y otros con tablas se arrojaron para salvarse en ella; pero, huyendo de la muerte, la hallaron más presto, porque creciendo la marea muchos se ahogaron, y otros asidos á aquellos árboles murieron de hambre y sed.

En la vida del P. D. Pedro Martinez, Obispo del Japon, hacemos tambien mencion de esta desgraciada navegacion; pero es fuerza repetirla aquí añadiendo diversas circunstancias. En este miserable naufragio y repentina calamidad, los nuestros no quisieron desamparar á los que quedaban en los pedazos de la nao, que eran como 300 personas.

Porque el piloto mayor y un fidalgo portugués por nombre Diego Rodriguez Caldera, á nado tomaron el batel, que estaba quebrado por medio con los golpes de la mar, y le aderezaron y llevaron á nuestros Padres para que se embarcasen en él, mas nunca lo quisieron hacer, hasta que el P. Pedro Martinez, su Superior, se lo mandó expresamente por obediencia, y entónces se embarcaron, y con ellos como cincuenta personas, con solo un barril de bizcocho salado con agua de la mar y sin gota de agua dulce para beber.

El batel iba tan cargado que no podia navegar, y para que no se perdiesen todos los que iban en él, determinaron se perdiesen algunos, y con una resolucion al parecer cruel é inhumana, echaron al mar nueve ó diez hombres para aliviar al barco; quebraba los corazones el verlos forcejar contra la fuerza del mar, peleando á fuerza de brazos con la muerte por dilatarla un poco, porque escaparse de ella no podian.

Habia en el batel dos hermanos, y, habiéndose dado sentencia que uno de ellos se echase á la mar, fué tanto el amor que se tenian entre sí, que el hermano mayor con muchas lágrimas pedia que le echasen á él en la mar y salvasen á su hermano; y el menor con tanta ternura y eficacia persuadió á las cabezas de aquel triste espectáculo que le arrojasen á él y diesen la vida al hermano mayor, que se determinaron á hacerlo, deshaciéndose todos en lagrimas, viendo aquella amorosa porfía y contienda entre los dos hermanos, queriendo cada uno de ellos morir por dar la vida al otro.

El hermano mayor decia que él debia ser lanzado en la mar, porque á él le habia cabido la suerte, y que por sus pecados llevaba con paciencia aquella muerte que tan bien tenia merecida, pues nuestro Señor así lo disponia,

en quien esperaba que su hermano, como buen hijo, acudiria al remedio de su pobre madre y siete hermanas doncellas que tenia, por cuyo remedio los dos habian emprendido aquel largo viaje y triste navegacion.

El menor replicaba que él era para poco é inhábil para tan gran carga, y que el hermano mayor era hábil y ejercitado en negocios, y que podia mejor proveer á su madre y hermanas, las cuales, faltando él, quedarian sin remedio. Al fin, estas razones dichas con ternura y eficacia tuvieron más fuerza, y el hermano menor fué echado al mar, y, si no hubieran detenido al mayor, tambien él se hubiera arrojado tras él. Y era cosa de lástima y de grandísima compasion ver al pobre mozo seguir al barco nadando, pidiendo con lágrimas y suspiros le encomendasen á Dios, pues estaba ya tan cerca de la muerte.

Desacíase el hermano mayor oyendo á su hermano, y viéndole perdidas ya las fuerzas y rendido á las ondas del mar, con otro mar de lágrimas pedia que salvasen á su hermano y le echasen á él en su lugar. Mas el hermano menor, aunque con el alma ya casi en la boca, rogaba que tal no se hiciese y lo mejor que podia consolaba y animaba á su hermano.

Pudo tanto en el pecho de todos los que iban en el batel la constancia y generoso ánimo del amoroso hermano y valeroso mozo, que al fin se determinaron á darle la mano y recogerlo en el barco; y, aunque estaba ya tan cansado y casi ya para espirar de la lucha con las furiosas ondas, recogiéronle, regaláronle como pudieron, cobró aliento, y con un tierno y amoroso afecto se abrazaron los dos hermanos tan estrechamente y con tanta alegría, que con palabras no se puede explicar.

Pasado este trance, navegaron ochenta leguas en siete dias hasta llegar á tierra, padeciendo notable hambre; porque no comian sino un poco de bizcocho salado, tan tasado, que no les podia sustentar.

Descubrieron tierra con increible alegría, pensando que como madre los habia de recibir y que hallarian en ella descanso; porque no sabian la tierra que era, ni las fieras que la habitaban, y cuánto peor es pelear con hombres que con las ondas de la mar; no vieron la hora de saltar en tierra, y hallaron que era de cafres, que son bárbaros inhumanos y fieros que no tienen sino el nombre de hombres.

Luego dieron sobre ellos, y los cargaron de palos, y los desnudaron hasta dejarlos en carnes, y los llevaron cautivos, dándoles muchos azotes y unos pocos de salvados para su sustento. Mas, como prueba Dios á los suyos cuando quiere, con este cruel tratamiento y extrema necesidad que habian padecido, comenzaron aquellos pobres y desventurados navegantes á enfermar, y los Padres de la Compañía á curarlos, y á consolarlos con buenas palabras, ya que con otra cosa no podian.

Especialmente se esmeraba mucho en esta obra de tanta caridad el P. Vicente Zapata, buscándoles algunos salvados más para sustentarlos, y con amorosas y dulces palabras alentándolos y animándolos para que llorasen sus pecados, y pusiesen toda su confianza en Dios.

Fué tan grande el trabajo y el sustento tan corto y tan propio de bestias, que al cabo de tres meses murió el P. Vicente Zapata y los demás de la Compañía, sin quedar otro ninguno sino el P. Pedro Martinez y un Hermano, que por cumplir con el oficio de caridad, tomaron los cuerpos de sus hermanos, y lo más léjos que pudieron los enterraron en la playa de la mar. Aquí estuvieron nueve meses estos pobres cautivos en tan miserable servidumbre, que de todos ellos sólos veinte quedaron vivos.

Al cabo de los nueve meses vino un navío que los remedió, y el P. Pedro Martinez con su compañero prosiguió su viaje á la India. Entre estos veinte que escaparon y llegaron á la India, fueron los dos hermanos de quien se dijo arriba, que por aquella caridad y amor tan entrañable más que de hermanos, que tuvieron entre sí, Dios hizo merced y los dió salud, hacienda y crédito para remediar la necesidad de su madre y hermanas doncellas, como lo hicieron cumplidamente.

Esta relacion dió por escrito y firmada de su nombre el capitan Diego Rodriguez Caldera, que se halló presente á todo y fué uno de los veinte que escaparon.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN RAMIREZ

I

NACIÓ este santo varon, unos dicen en Madrid, otros en la ciudad de Córdoba, aunque su padre, que se llamó como él, era de los Ramirez de Madrid y tio de D. García Ramirez y de D. Diego Ramirez, mayorazgos de Madrid, los cuales fundó doña Beatriz Ramirez, secretaria de la Reina Católica doña Isabel, que por saber muy bien la lengua latina, fué llamada comunmente la *Latina*.

La madre de nuestro Juan Ramirez fué doña Leonor de Almeida, hija de un Veinticuatro de Granada. Criáronle sus padres en grande cristiandad con

la doctrina del V. P. Maestro Juan de Avila, insigne predicador y varon de gran santidad.

Despues del estudio de las letras primeras, prosiguió las Artes y Teología con gran provecho, hasta tomar el grado de doctor: y, como desde mozo le dió el Señor inclinacion para aprovechar á sus prójimos con la predicacion, movido del ejemplo de su Maestro el P. Avila y de otros sus discípulos, que se ocupaban en esto, queriendo imitarlos para alcanzar esta gracia de Dios; un dia de la conversion de S. Pablo, á quien tenia mucha devocion, siendo de hasta diez y seis años, pidió con muchas veras y sencillez al Padre Eterno, por su Hijo unigénito, que le hiciese su predicador.

Luego le representó nuestro Señor las ciudades de España en que habia de predicar, cumpliéndose todo despues como el mismo P. Ramirez habia visto y lo afirmó al cabo de su vida.

A los veinte y cinco años se ordenó de sacerdote; deseó cumplir el oficio a que se sentia llamado por Dios, pero, por no hacerlo por su propio parecer, comunicólo con el V. P. Avila, esperando su consejo, como tan acertado en todo, con la admirable discrecion de espíritu de que Dios le habia dotado.

Preguntóle si seguiria el oficio de la predicacion. Para la determinacion de esto quísole oir una vez; y así, le hizo un sermon y dióselo para que lo tomase de memoria y le predicase en un monasterio de monjas de la ciudad de Córdoba, adonde le fué á oir. Hizo el sermon el Dr. Ramirez, y en él, con la novedad y por tener delante á su maestro, turbóse, no acertando á decir una autoridad de Jeremías que iba diciendo; y así, hizo una digresion no acabando de volver al puesto de donde habia salido.

Echándolo de ver el P. Avila le dijo desde su silla sola esta palabra: «Aquilon,» con la cual le puso en camino y volvió á aquella autoridad, que decia: *Ab Aquilone pandetur omne malum,* y así prosiguió.

Acabado el sermon fué á oir el parecer de su Maestro el P. Avila; pensó que le habia de decir que tomase otro camino, porque aquel oficio no era para él; mas respondióle muy de otra manera, porque aquel sapientísimo varon no juzgaba por aquella falta de memoria ó turbacion el gran talento del nuevo sacerdote, sino por lo que se debe juzgar, y con resolucion le dijo que estudiase y predicase, que aquella era su vocacion, que para predicar su palabra le habia escogido nuestro Señor.

Con tal aprobacion animado, siendo de solos veinte y seis años, comenzó a predicar en la misma ciudad con gran espanto de todos y más del Provisor de aquella iglesia, que, cuando le pidió licencia, rehusaba dársela pareciéndole muy mozo; mas la divina gracia y el celo que Dios le dió de aprovechar á las animas suplió la falta de edad, de manera que en pocos dias se derramó la

fama del nuevo predicador de Andalucía, corriendo por ella como un Apostol.

Desde Córdoba, donde comenzó la primera salida que hizo, fué á Málaga; desde allí, habiendo predicado con gran concurso y gusto de la gente, escribió á su maestro Avila lo bien que le habian oido. El cual le respondió: «Huélgome que tan bien le vaya á V. R., pero mire que haga ese oficio con tanta verdad, como si tuviera la candela en la mano.»

Pasados dos años, á los veintiocho de su edad, viendo la necesidad á que habia venido su madre, ya viuda, con una hermana suya, parecióle que para hacer su oficio con más libertad y tener lo necesario para sí y para su madre, convenia venirse á Madrid á sus dos primos D. García y D. Diego Ramirez para que las favoreciesen. Hízolo así, y entró en Madrid el año de 1548, y sus primos le dieron casa en los cuartos del Hospital, cuyos patrones ellos eran, llamado de la Latina, por haberle fundado aquella señora llamada doña Beatriz Ramirez, vulgarmente la *Latina* como arriba dijimos.

Aquí ordenó su vida el Dr. Ramirez como de religioso, segun el órden que el Maestro Avila le habia dado: aderezó un altar de nuestra Señora, por la devocion grande que la tenia, cercándole de una reja baja de palo, donde siempre decia su Misa con mucho espacio y devocion. Por maravilla salia de casa, si no es á predicar por las parroquias de Madrid.

Era tan seguido y venerado de todos, así por el espíritu con que les hablaba como por el ejemplo que les daba de recogimiento y virtud, que ciertos religiosos, no sin alguna envidia comenzaron á murmurar de él, diciendo que no era oficio de bonetes predicar, sino de frailes, por lo cual le andaban mirando á las manos, oyéndole sus sermones por ver si le podian coger en algun descuido.

Padecian con él algunos buenos religiosos, sus amigos, que le defendian, especialmente el Maestro Vanegas, que en aquel tiempo enseñaba la juventud de Madrid en letras y virtud, y todos le veneraban por su mucha santidad. Este santo varon tomó á su cargo amparar al Dr. Ramirez, aunque á su costa, porque le perseguian algunos gravemente, estando en aquella falsa opinion de que los clérigos no habian de predicar y enseñar á la gente, sino decir su Misa sin meterse en otra cosa.

Y como ya tuviese noticia de la Compañía de Jesus y de las ocupaciones en que se ejercitaban, así por la fama que iba de Alcalá, como por haber hablado á algunos Padres de los que pasaban por Madrid, solia decir: «Yo espero en Dios que presto vendrán bonetes que hagan callar muchas capillas,» esperando que vendrian presto á Madrid, como á las demás partes de España, los de la Compañía, á predicar é instruir á la gente en el servicio de Dios; pero no por esto dejaba el Dr. Ramirez de hacer su oficio, predicando

no sólo en Madrid, sino en todos los lugares más principales del arzobispado de Toledo.

Habia cobrado grande estima de la Compañía por la que habia visto tener á su Maestro el P. Avila; y así, siempre que pasaba por Alcalá, se iba á nuestro colegio al olor de las heróicas virtudes que admiraba en aquellos primeros Padres y Hermanos; trataba muy familiarmente con los nuestros, comia con ellos y deseaba imitar su modo é instituto de vida, si Dios dispusiese de su madre; y aunque no se acababa de determinar del todo, trató de su entrada con algunos Padres, y ya como de la Compañía procuró se fundase un colegio de ella en Ocaña, no sin riesgo de su persona, pues por ello fué mandado prender por el Arzobispo de Toledo D. Juan Martinez Siliceo, que entónces perseguia muy descubiertamente á la Compañía, y al fundador tuvo mucho tiempo preso con notable rigor y violencia, contra la cual prevaleció la paciencia de los agraviados y vino á tener efecto la fundacion del colegio.

Quitó nuestro Señor el impedimento que tenia nuestro Ramirez para que acabase de alistarse por soldado suyo en la Compañía de su Hijo, llevándose á su madre. Estaba él en Toledo cuando la dió la enfermedad de la muerte, vino luego á Madrid, vióla, procuró que le diesen los Santos Sacramentos, consolándola con darla él mismo el Viático y Extremauncion, y exhortándola con sus santas pláticas y razones, haciéndole gracia, para más consolarla, de todas sus Misas, penitencias y obras que hiciese.

Estábase mientras duró lo más grave de la enfermedad en un oratorio encerrado, encomendándola á Dios; de rato en rato salia á ver cómo estaba y ayudarla con sus dulces y devotas palabras, hasta que dió su espíritu al Señor: entróse luego el Dr. Ramirez en su oratorio y en él se detuvo más de lo que solia.

Salió cuando supo que ya estaba el cuerpo compuesto; luego se fué derecho á él, y por última despedida, llegó á los piés y se los besó, poniendo en ellos su boca y ojos; llegó á las manos, hizo lo mismo, y últimamente al rostro, besándole en el carrillo, y, levantado, le dijo un responso: esto hecho, no fué allí más visto, porque luego se partió á tratar de disponer de su persona.

Entre tanto que se le hacia tiempo de llegar á verse con su Maestro el P. Juan de Avila para pedirle su parecer, anduvo predicando por algunos lugares del arzobispado de Toledo. Lo cual como viniese á noticia del P. Villanueva, que ya habia sabido los deseos del doctor y cómo se le habia quitado el impedimento de su madre, que habia tenido para determinarse; escribióle al principio del año de 1555 desde Plasencia, donde estaba, pidiéndole que, pues andaba sembrando la palabra de Dios por otras tierras,

allí estaba la de Plasencia, bien necesitada de doctrina, y en ella podria servir á Dios, y que de camino trataria sus negocios con el P. Comisario Francisco de Borja, que tenia deseo de conocerle; mas él se excusó diciendo que no tenia nada determinado en lo que le apuntaba; y así, que no habia para qué tratarle de ello, pues por otros caminos se podia servir á Dios nuestro Señor.

A esta respuesta escribió otra el P. Villanueva excusándose de haberle tratado de aquella materia, la cual por estar llena de doctrina para el propósito y mostrar bien la dificultad que siente uno que quiere dejar el mundo, quise poner aquí y es la que se sigue:

«Muy Reverendo señor: La gracia y amor eterno sea siempre con Vm. Amen. La de Vm. recibí, y con ella me holgué en saber de su salud y del fruto que por esa tierra se hace. Nuestro Señor le dé su gracia para que siempre trabaje en esa su viña, y aproveche á sus criaturas que tan caro le costaron; pues esto es lo que todos debemos pretender, pues somos cooperarios de Cristo, unos por una parte y otros por otra, segun diversas vocaciones; pues injusta cosa seria querer que Señor tan alto no tenga diversos oficiales y modos de servirse.

»Y aunque parece modo natural desear cada uno el aumento de su bandera y escuadron, y con mérito se puede desear y buscar, pues es para el servicio divino, nuestro Señor me ha hecho tanta misericordia de me dar este deseo tan libre, que á ningun hombre, por valeroso que sea, deseo verle en la Compañía, que no fuese traido por su mano; ántes suplico á Su Majestad, que no permita venir á ella hombre que no venga por su mano; porque con los que él trujere, aunque sean pajas, tendrá la obra buen olor y aumento, y con los que los hombres trujeren será estragada.

»Y tengo por tan gran bien la paz, union y conformidad que la divina Majestad se digna dar á esta Compañía entre los que en ella viven, que pensar de verla estragada y corrompida lo tengo en lugar de muerte, porque me parece medio paraíso terrenal.

»Yo, señor, escribia á Vm. convidándole se viniese á predicar á esta tierra por ser necesitada de doctrina, y paréceme que se hiciera mucho fruto, como lo hace por otras partes. Y con esto, porque, habiéndome significado personas graves, que sabian de Vm. que deseaba servir á nuestro Señor en esta Compañía, y que deseaba tratar de ello, pues nuestro Señor habia quitado el impedimento; parecióme que era buena ocasion, estando aquí el P. Francisco que deseaba conocer á Vm., para hacer Vm. este beneficio á esta tierra, y tratar de lo que tanto me decian deseaba, para que, bien mirado y encomendado al Señor, hiciera lo que en el Señor más juzgara con venir para el su divino servicio.

»De modo, señor, que mi fin no fué mover á Vm. á la Compañía, si nuestro Señor no le mueve; pero, presupuesto, como digo, que Vm. queria saltar, quise darle la mano, porque como flaco experimenté cuando el Señor fué servido de darme una centella de más luz, y hube de saltar este arroyo de la libertad, ó por mejor decir, del cautiverio de la obediencia, tantos temores, tantas rebeliones, que todo de piés á cabeza me hallaba lleno de opilaciones y dureza de propio amor; y cómo no podia deshacerlas, mi negocio era buscar algun medio como correspondiese á Dios y no descontentase á Eva, siquiera por ser herencia.

»Unas veces me determinaba á peregrinacion de toda la vida, otras á servir hospitales; y con parecerme estaba dispuesto á muchos trabajos por Cristo, cuando queria saltar del arroyo de la libertad al paraíso terrenal de la obediencia, hallaba allí un muro de rebelion que me detenia. Lo cual, bien examinado, entendí se remediaba con disponerme á morir por el que por mí murió en cruz.

»Sé, señor, á qué saben estas píldoras y las pocas fuerzas que en el hombre habia para semejante batalla; y así, como dije, mi carta no fué más que para ayudar á Vm., y en ello creí hacer algun servicio; ahora que Vm. no está en este propósito, yo me gozo con la determinacion que habrá hecho, que pues le va tanto en agradar á su Criador, y tanto más agradable es el servicio, cuanto más conforme es á su voluntad divina, creo yo será esta la que lleva á Vm. en lo que habrá determinado, porque sin esta guía no se puede hallar sosegada paz entrañable, aunque las obras en sí sean buenas.

»Resta, señor, que Vm. por allá y nosotros por acá nos demos priesa á cavar esta viña que está muy montuosa, y nos animemos en el mismo Señor. De nuestra parte siempre tendremos á Vm. por padre, y nos gozaremos en el mismo Señor, y nos terná por hijos. El nos dé su gracia, para que hagamos su santa voluntad. Amen.

»De Plasencia á 12 de Enero de 1555 años: siervo de Vm., *Villanueva.*»

Recibida esta carta, no se exasperó el Dr. Ramirez ni tampoco desistió de su demanda: apretábale mucho á entrarse religioso el ver cuán á peligro andaba en el mundo predicando, teniendo tantos ojos que le miraban y no con tanta aficion como convenia, y que él era solo y, si caia, no tenia quien le diese la mano; y así, le parecia que ó no habia de ir adelante en el oficio comenzado, ó se habia de recoger á alguna Religion que le hiciese espaldas, amparase y defendiese su doctrina contra los envidiosos y maldicientes que andaban notándole sus palabras.

Para acertar en negocio que tanto le iba, fuese á su Maestro el P. Avila, descubrióle las persecuciones que habia pasado de algunos por su predica-

cion, el peligro en que andaba y la necesidad que tenia de amparo; que le diese su parecer sobre qué Religion escogeria. Entónces el V. Maestro Avila con mucha resolucion le dijo: «Entraos en la Compañía.» Y como el Dr. Ramirez con la familiaridad de hijo espiritual le preguntase que por qué se lo decia á él tan resolutamente y no á los otros sus discípulos: «No penseis (le dijo) que todos harán lo que yo les dijere como vos.»

Tomó el doctor esta palabra de su Maestro como de Dios, porque le tenia por hombre por quien el Señor hablaba; y así, volvió al colegio de Alcalá para tratar de su entrada; allí fué recibido de S. Francisco de Borja con grande alegría de todos, y dando muchas gracias á Dios el religioso doctor porque le habia recibido en la Compañía de su unigénito Jesus, y los demás, porque habia traido á ella un soldado tan aventajado.

Fué luego enviado al nuevo colegio de Granada, parte por quitársele de delante al Arzobispo Siliceo, no quisiese intentar en él alguna novedad, parte para que allí ejercitase su talento.

Era Maestro de novicios en Granada el P. Dr. Plaza, hombre muy espiritual, á quien fué entregado el novicio Ramirez en compañía del Dr. Avellaneda, que siendo catedrático de Prima y Rector en la Universidad de Osuna, se habia entrado en la Compañía.

Ibase acomodando el Dr. Ramirez á la vida religiosa sin dificultad alguna; porque aun en el siglo tenia casi el mismo modo de vivir, como su Maestro el P. Avila se lo habia enseñado; si bien en el trato de oracion con nuestro Señor probó Su Divina Majestad al nuevo soldado con muchas sequedades; pero al cabo le pagó su trabajo, regalándole por extremo, como se verá.

II

Su predicacion despues de religioso y fuerza de sus palabras.

Comenzó, ó por mejor decir, prosiguió por órden de la santa obediencia el oficio y ministerio para que nuestro Señor le habia llamado, que antes por su voluntad ejercitaba, corriendo como un Apóstol con grande aplauso, mocion y fruto de las gentes por toda España, no dejando reino de Portugal, de Aragon, de Andalucía, de Castilla ni de Toledo, en que no esparciese la semilla del Evangelio, ni provincia, ciudad ó pueblo principal en que no predicase una y muchas veces.

Dióle nuestro Señor todas las prendas que para tan alto oficio se requerian, que parecia haber derramado su gracia en sus labios; porque, primera-

mente le dió una voz tan fuerte y clara, que era oida de muy léjos, y sobremanera fácil de reprimir en ella cualquier afecto; y así, cuando reprendia, era terrible y aterraba á los oyentes; cuando enseñaba, agradable; cuando exhortaba, llena de blandura y suavidad; cuando exclamaba ó hacia coloquios con Dios nuestro Señor ó con Cristo su Hijo, ó con la Vírgen que era muy de ordinario, muy devota y tierna, que quebrantaba los corazones por más duros que estuviesen, y resolvia en lágrimas á los que le oian, y mucho más cuando él enternecia su voz con las copiosas lágrimas que frecuentemente derramaba.

Su lenguaje era puro, casto y propio, no buscado, ni afectado, mas con que descubria la fuerza de sus razones y afectos, para lo cual sólo le servia; y con no buscarlo ni hacer estudio en el hablar, de su natural era elocuentísimo, en tanto grado, que el Maestro García de Matamoros, que en la Universidad de Alcalá tuvo muchos años la primera regencia de retórica, con grande fama de toda España, le oia siempre y hacia á sus discípulos le oyesen para que viesen puesto en práctica todo cuanto enseñan los maestros de la elocuencia, y tras cada sermon les referia con mucha admiracion la copia y diversidad de colores retóricos, nunca notados de los autores de que usaba, y aun de aquí se movió á hacer un libro que llamó de *Ratione concionandi*, poniendo en él las reglas que habia advertido en los sermones del P. Ramirez, para provecho de los demás predicadoras.

El celo que Dios le dió era segun su caridad. Tenia muy particular devocion con la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, y, por eso, de su Encarnacion y Pasion, de la cual predicaba casi continuamente: á cada sermon hacia memoria de ella con gran ternura del auditorio, y considerando la ansia con que aquella alma santísima tomó á su cargo por el complacimiento del Eterno Padre la salvacion de las ánimas hasta morir por ellas, se deshacia y carcomia de celo de la casa de Dios cuando sabia de pecados públicos, los cuales, despues de hechas las diligencias secretas que se deben hacer para su remedio, reprendia con gran fuerza y rigor.

Acontecia no pocas veces salir de sus sermones tan exasperados los públicos amancebados y tablajeros, que iban determinados de darle de puñaladas. Un caballero de Ocaña le aguardó en una calle para ejecutarlo. El siervo de Dios, avisado de ello, por huir la ocasion se fué por otra, y yéndose á quejar el caballero á un P. Prior de Sto. Domingo del agravio que el P. Ramirez le habia hecho; como lo supo, le fué á hablar, y habiendo venido el caballero al monasterio con grande furia con determinacion de hacer cualquier desatino; al bajar de una escalera, en la mesa de ella se encontraron, y como él se comenzase á alborotar y descomedirse, el buen Prior le ha-

bló con libertad, diciéndole qué nobleza era aquella y cristiandad descomedirse de aquella manera contra un siervo de Dios, que, si se miraba la nobleza, tan caballero era como él, y si la cristiandad, todos se le habian de arrodillar.

El Padre juntamente le habló con tanto amor y blandura, que el caballero volvió sobre sí, y luego se hincó de rodillas y le pidió perdon con lágrimas de sus ojos, quedando de allí adelante muy enmendado y amigo.

Mostraba tambien su santo celo en no consentir que en su presencia se dijese ó hiciese cosa ménos decente, porque era honestísimo, y mucho ménos delante del Santísimo Sacramento. Y así, estando en una ciudad de estos reinos, como á las fiestas del Santísimo Sacramento se representase una representacion con un entremés no tan decente como el lugar pedia; el celoso Padre, luego que lo echó de ver, no pudiendo sufrir tan grande desacato, se levantó delante de tan copioso auditorio y tan principal como en tales fiestas se suele juntar, y con severidad cristiana y religiosa libertad reprendió á los que hacian el auto. Hizo él solo con su autoridad y santidad que cesase aquella obra, no se atreviendo alguno de tantos como lo oian con tan grande gusto á hablarle palabra.

El celo con que miraba por la decencia y preciosa joya de la castidad, se podrá echar de ver por lo que le pasó predicando en Murcia. Llamóle una lasciva mujer con color de confesion, para solicitar á mal al purísimo varon, mas él, revestido del espíritu de Elías, comenzó á reprenderla y llamar á los demonios para que la arrebatasen y quitasen de allí; cayó en el suelo la mujer despavorida y desmayada, de manera que no se pudo mover, y fue necesario que acudiesen otros para llevarla á su casa, y quedó bien compungida y arrepentida de su mal intento.

La materia ordinaria de sus sermones era aficionar á la virtud y vituperar los vicios, hablando comunmente contra el pecado mortal, declarando cuán grande mal sea. Solia repetir muchas veces aquel dicho que de él quedó en boca de muchos: *Antes reventar que pecar.*

Los sermones en que á sí mismo se hacia ventaja, eran los de la Pasion, del juicio y de S. Pablo, particularmente de su conversion, de quien era muy devoto, y por eso le suplicaba muchas veces que le alcanzase de Cristo que le imitase en predicar su palabra hasta la muerte; concedióselo Dios, como diremos.

El fruto que hizo en toda España, la infinita gente que sacó de pecado, la que por su medio se entró en Religion, no se puede contar. Una vez predicando á las mujeres públicas, despojó al demonio de su más fuerte alcazar, convirtiendo veinte y dos de ellas en sólo un sermon. A este paso eran

los triunfos que alcanzaba de Babilonia, ó por mejor decir, del infierno; por lo cual el autor de la vida del V. P. Maestro Avila, entre otras cosas que dice de nuestro P. Juan Ramirez su discípulo, pone esta cláusula:

«No tuvo la corte dicha de gozar de la predicacion del P. Maestro Avila, fueron varios sus motivos para no dejar la Andalucía: pudo templar este justo sentimiento la predicacion del bendito P. Juan Ramirez, de la Compañía de Jesus, predicador verdaderamente apostólico, rayo abrasado en el amor divino, verdadero discípulo del P. Maestro Avila, ó para decirlo en una palabra sola, el P. Maestro Avila, religioso.

»Oimos á nuestros Padres la grandeza de la predicacion de este varon santo, los grandes efectos de su doctrina; eran sus palabras saetas encendidas que penetraban los corazones más duros; fué profeta acepto en su patria.» Esto es del autor dicho.

Cuando llegó á predicar á Salamanca el P. Ramirez, venia con algun temor de que en aquella Universidad tan llena de letras y agudeza, no habia de hacer el fruto que en otras ciudades de España, ni que habian de oir las verdades que decia llanas los que estaban hechos á las sutilezas de las escuelas; vino más por obedecer á los Superiores que por eleccion propia, porque le parecia que haria más provecho en otras partes.

Pero fué el efecto mayor que pensaba, y el fruto sobrepujó á su esperanza y aun á su deseo, para que entendiese cómo á los Superiores gobierna Dios, y que no hay mejor modo de predicar para ser oidos que predicar á Jesucristo con verdad, llaneza y espíritu, buscando el provecho ajeno, no el aplauso propio, y que los que echan por otro camino se engañan y yerran en dos cosas; la una, no alcanzando el fruto que debieran de los oyentes, moviéndolos á penitencia; la otra, que ni alcanzan el aplauso verdadero que desean, porque no agradan enteramente á los pueblos.

Fué increible el número de estudiantes que por sus sermones se entraron religiosos, y entre ellos fué uno que valió por muchos, el P. Francisco Suarez, el cual confesaba que llegaron á quinientos los que de la Universidad se entraron en Religion en un año que predicó en Salamanca este siervo de Dios, movidos él y los demás con la fuerza de sus palabras.

Otro insigne varon que entónces entró en la Compañía fué el P. Bartolomé Perez de Nueros, que llegó á ser Asistente de la Compañía, al cual hirió tan penetrantemente la espada de la palabra divina, que aunque le estorbaban la entrada los de su casa, y por eso le encerraron en ella, no le pudieron cerrar la llaga, y halló traza para ello. Hízose del divertido, y, para disimular la devocion, fingió distraimiento.

Púsose una vez á jugar á la pelota en una sala que caian las ventanas á la

calle, y de propósito echó en ella la pelota; pidió le abriesen para ir por ella; recabóla porque no le faltase materia de su divertimiento; él, en viéndose en la calle, corrió luego en cuerpo como estaba al colegio de la Compañía: vino tras él su hermano mayor y otra mucha gente, pero nadie, ni los propios de la Compañía, pudieron recabar con él se volviese á su casa, aun para mirarlo mejor.

Predicó muchos dias el celoso P. Ramirez contra los vicios de la lengua, de suerte que la ató á muchos para no decir ni consentir se dijese palabra contra otro ni de injuria. Este fruto no paró en Salamanca, extendiéndose a muchas partes de España, de donde eran los estudiantes que en aquel emporio de letras concurren, los cuales volvian á sus tierras, no sólo modestos, sino predicadores.

Persuadió tan eficazmente la estima de los Sacramentos, que no habia dia de fiesta ó domingo que no pareciese de jubileo plenísimo por los muchos que confesaban y comulgaban: en sola la iglesia de la Compañía pasaban de mil. Por las tardes hacia la doctrina á los niños con igual suceso que con los grandes. Dicen que fué el primero que en España dispuso la enseñanza de los misterios y verdades de la fe por preguntas y respuestas, modo acomodado á los niños.

Fuera de esto, juntaba en un lugar todos los de la Universidad, adonde por órden del Rector de ella acudian, y les platicaba las obligaciones del estudiante cristiano, con igual provecho que gusto de todos, porque se reformaron de manera los estudiantes que se olvidaron de sus ordinarias travesuras, ni ya querian salir de noche: tenian tanta hambre y sed de la palabra divina, que, cuando habia de predicar el P. Ramirez, echaban cédulas a los catedráticos para que dejasen las lecciones y pudiesen oir en su sermon la leccion del Espíritu Santo, que por su siervo les hablaba.

Los maestros no sólo dejaban ir á los discípulos, pero se iban con ellos al sermon y se hacian discípulos de aquel maestro divino.

No fué menor el fruto que hizo en la Universidad de Alcalá, porque era tanta la mocion que causaba y la multitud de estudiantes que se entraban religiosos, que notablemente se disminuia la Universidad y los maestros se hallaban sin discípulos, por lo cual entraron los doctores en claustro para dar remedio, á tan gran daño, como ellos decian. Salió de la consulta que se enviase un recaudo al P. Ramirez, pidiéndole que se templase en su hablar, y que no pusiese tanta fuerza en sus exhortaciones.

Vino con este recaudo el Maestro Matamoros, riéndose él mismo de su legacía; dijóselo al Padre doctor; mas él le respondió que dijese á aquellos señores que le enviasen á decir la doctrina que querian que predicase, la de

Lutero ó Mahoma, ó la de Cristo; que si él predicaba la de Cristo, y Él mismo llamaba para sí aquella muchedumbre de estudiantes, que no les pesase a ellos de lo que Cristo tanto gustaba. Las mudanzas milagrosas que hizo Dios por su medio, fueron muchas y muy milagrosas, en que parece que Dios obraba extraordinariamente, cumpliendo en los que avisaba, dignos castigos, con que, como si fuera Profeta, les amenazaba.

Aconteciόle algunas veces llevar su sermon estudiado y despues, al predicarle, arrebatarle tal espíritu, que dejando todo lo que llevaba estudiado, le hacia hablar diferente materia, necesaria para alguno de los que le oian, como le aconteció algunas veces meterse á tratar sin ninguna prevencion de la fe y de la potestad del Papa contra las herejías de estos tiempos, como si predicara á herejes, y otras veces contra el judaismo, y venirse despues á sus piés algunos luteranos y judaizantes á pedir remedio.

En Granada hubo un ciudadano á quien el Padre trajo á mejor vida, creciendo en ella con grandes consuelos de Dios y misericordias que le hacia, gastando de ordinario en oracion ocho horas cada dia. Este ausentándose el P. Ramirez de aquella ciudad, se comenzó á derramar, haciendo algunas liviandades en compañía de otros mozos.

Vuelto el Padre y sabiendo lo que pasaba, procuró verse con él, y, reprendiόle severamente de su liviandad, amenazándole algun grave castigo de Dios sino se corregia. Mostró alguna enmienda, mientras allí vivió el Padre, más por su respeto que por amor de la virtud; mas luego que le perdió de vista ausentándose, volvió á su distraccion, y andando una noche con su guitarrilla, le dieron un tal golpe en la cabeza que se la abrieron y luego allí de repente acabó.

Otra vez, llegando el P. Ramirez á Valladolidad de camino, entrada la noche, fué á apearse á nuestro colegio, y allí le dijeron que se habia de ir á posar á la Casa Profesa; yendo, pues, á pié, llevando un mozo delante su cabalgadura, vió un caballero que estaba en una ventana baja hablando con una mujer: el siervo de Dios, lleno de celo, llamόle aparte y dijόle: «¿Vm. me conoce?» El caballero dijo que no, que le hiciese saber quién era. El Padre le respondió: «Yo soy el P. Ramirez, de la Compañía de Jesus; Vm. se aparte de esos pasos en que anda; avísoselo de parte de Dios, y si no, aguarde un grande castigo de su divina mano.»

Con esto le dejó algo espantado, pero no de manera que dejase su conversacion, porque luego se volvió á ella y la llevó adelante, hasta que otra noche sacó á la señora de su casa, acompañándola otra que encubria sus malos tratos, y con ellas se fué al prado de la Magdalena, y mandando aguardar a sus criados en la puente Esgueva, se entró el rio arriba.

Habiéndose apartado algun tanto llevando la mujer de la mano, se le comenzó á levantar una figura tan espantosa, hecha estantígua tan alta, que él se atemorizó, y mirando á la otra mujer, la vió de la misma manera subirse; y él, viéndose entre dos tan espantosas fantasmas, echó de ver que eran dos demonios, que en figura de aquellas dos mujeres se habian salido con él, y, perdiendo totalmente el ánimo, cayó como muerto.

Viendo sus criados que se detenia demasiado, llegáronse donde sabian que estaria, y, hallándole caido en el suelo sin saberles decir la causa de su mal, no viendo rastro de aquellas mujeres, asieron de él y lleváronle á su casa, y allí, aplicándole algunos remedios sin provecho, al cabo de algun rato volvió en sí, y bien atemorizado procuró enmendar la vida, acordándose de la amenaza del siervo de Dios.

Despues de algunos dias, estando este caballero en Madrid, como supo que estaba allí el P. Ramirez, fué á nuestro colegio y le habló preguntándole si le conocia. El Padre le dijo que no; mas él, para contarle lo que habia pasado, le preguntó si se acordaba tal noche en Valladolid, que le habia dicho que se guardase de algun grande castigo. El, cayendo en la cuenta, respondió que sí: «pues sepa V. R. que se cumplió en mí su amenaza de esta manera,» y refirióle el caso que habemos contado, dando muchas gracias a nuestro Señor, porque no llegó hasta el cabo su castigo, pues no le quiso allí acabar, como pudiera, sino sólo amedrantarle, para que hiciese la mudanza de vida que de allí adelante hizo.

Semejante á esto fué lo que le aconteció con otro que desenfrenadamente se habia entregado á una torpeza: avisóle algunas veces, como tenia de costumbre, y, no sirviendo de nada sus avisos, al fin le envió un billete en que le avisaba de nuevo, y le amenazaba, sino desistia de su mal vivir, un grave castigo de parte de Dios. El hombre, no haciendo caso de lo que se le decia, fué adelante en su intento; y saliéndose un dia al campo con una mujercilla, un demonio le arrebató y le dió tal golpe, levantándole del suelo y dejándole caer, que luego allí murió; dando la mujercilla voces, acudió gente, y halláronle echando por la boca muchos espumarajos, y el billete del Padre en los calzones, con el cual vinieron á entender, que aquel habia sido en esta vida bien merecido castigo de su pecado.

No ménos concurria Dios con sus consejos y direccion, cuando traia alguno á sus manos necesitado de remedio; pues no sólo los remediaba, mas los ponia en el camino de la perfeccion. Vino á él una vez uno, á comunicarle las cosas de su alma, para que viese si iba acertado; y, habiendo penetrado su interior y visto su necesidad, entre otras cosas le dió de consejo que se habituase á alegrarse de que Dios sea quien es, dándole continuas gracias,

y de ordinario la norabuena de su gloria, deseando que todos le conozcan y glorifiquen.

Tomó tan bien aquel hombre el consejo del santo varon, que vino con este ejercicio á muy alta perfeccion, andando en perpetua alegría y deseando con extrañas ansias dar á Dios todo cuanto es, y diciéndole con el corazon y la boca muy de ordinario: «¡Cuán bien empleado está en vos, Señor, todo cuanto teneis!» que es ejercicio de encendidísima caridad.

Una mujer, entrando en la vía del espíritu con deseo de parecer espiritual, sin guía que la enderezase, que suele ser el mayor tropezadero que hay en ella, el demonio la tomó á su cargo, y la incitaba á hacer extraordinarias penitencias y azotarse con tanta crueldad, que quedaba como muerta; y para que entendiese cuán bien encaminada iba, dábale á veces, mientras se azotaba, voces tan suaves, diciéndola: «Date, hija, que me son tus azotes muy agradables,» que la pobrecilla se mataba, y vino poco á poco á acabarse de manera que más parecia de la otra vida que de esta.

Como ella se sentia tal, con un rayo de luz que Dios le envió comenzó á dudar de su camino, diciendo: «Válgame Dios el del cielo.» Andando de esta manera pasó por el pueblo donde la mujer vivia, llevado de Dios que la queria remediar, el P. Ramirez, el cual la habló y la desengañó, y con la receta del buen regimiento espiritual que la dijo, nuestro Señor la fué ayudando, y el demonio se fué enflaqueciendo y dejándola; aunque es verdad que, como tenia tan impresa en su corazon la suavidad de aquella voz que la hablaba y le robaba las entrañas, tuvo mucha dificultad en olvidarla; mas al fin, con la divina gracia la olvidó y comenzó con otro gusto nuevo á oir la de Dios, con mucho provecho de su alma.

Vino tambien á sus manos otro hombre tan desconfiado de su salud, que, sin poder alguno darle remedio, andaba buscando trazas cómo se pudiese ahorcar; estaba en esto tan apasionado, que de la manera que un hombre airado sigue sin freno su pasion, ó un enfermo que le aprieta su calentura apetece y busca la bebida, así él rabiosamente se echaba las manos á la garganta para ahogarse; mas con la suavidad del P. Ramirez y la confianza en Cristo que le descubrió, quedó el hombre tan quieto y sosegado, que desistió de su pretension.

Predicando en la ciudad de Valencia, habia allí una mujer muy obstinada en un pecado, no bastando sermones ni pláticas particulares para que dejase su mal vivir. Un dia, estando esta mujer en su aposento sola rezando unas oraciones vocales, le apareció un hombre junto á sí, que se entendió ser Cristo, muy mal llagado y muy sangriento, y esto por dos veces; y aunque la primera no hizo efecto, la segunda fué tan grande la mocion, compa-

sion y lástima que le hizo, y en tanto grado se le enterneció el corazon, que de la conmocion vino á enfermar y á sentir dentro de sí unos movimientos tan fuertes, que le decian se confesase con el P. Ramirez, que lo hubo de hacer, y hecho, fué el remedio de su vida y alma, porque la enmendó, y vivió de allí adelante con mucha quietud.

Tenia grande gracia este siervo de Dios en hacer amigos á los que estaban discordes y mal avenidos. En la corte habia un caballero que andaba en busca de su enemigo para matarle; y habiéndole hablado muchas personas graves y de calidad, así religiosos como seglares, no habian podido alcanzar de él cosa ninguna; mas, como lo supo el P. Ramirez, fuese á él, y hablóle con toda confianza y sencillez, diciendo que él no tenia delante otras razones que ponerle de más peso que aquellas venerables palabras de Cristo, que dice: *Diligite inimicos vestros;* que mirase si era razon hacer á Cristo este placer.

El caballero viéndose atajado con tan suave y sencilla razon, dijo: «Hasta ahora, Padre, que me persuadian con palabras y razones humanas á desistir de mi intento, respondia yo con las mias; mas, cuando habla Cristo, no puede ser sino que todos hemos de obedecer. Traigan á aquel hombre que yo le perdono y quiero ser su amigo.» Trajéronle y abrazóle, y de allí adelante le fué muy fiel amigo.

Esto contaba el Padre, queriendo mostrar la virtud que hay en las palabras de Cristo para remedio de las almas, y que no ha de haber razon que más fuerza haga que decirlo y quererlo así Su Divina Majestad.

III

Extraño suceso.

Entre otros casos raros que sucedieron á este fervoroso Padre, no quiero dejar de contar uno de gran espanto, el cual refiere tambien Alejandro Faya en la primera parte de sus ejemplos.

En cierta ciudad de España habia una señora viuda muy principal y muy sierva de Dios. Quedóle, cuando enviudó, una sola hija, la cual procuró ella fuese heredera de sus virtudes, como lo era de sus bienes. Con los buenos ejemplos de su madre salió la hija muy virtuosa y recogida, un dechado y modelo de doncellas. Murió la madre, quedando la hija de diez y seis años, sola, hermosa y rica. Pero prosiguió con tan buen ejemplo, que en tres años que vivió despues de su madre, fué tenida por una santa.

Confesaba y comulgaba todos los sábados en la Compañía, y hacia esto con muchas lágrimas; daba muchas limosnas, acompañándolas con la maceracion de su cuerpo con grandes asperezas y penitencias.

Por este tiempo llegó á aquella ciudad el P. Juan Ramirez, donde predicó con el espíritu y fruto que solia. Llamáronle un dia apriesa, para que fuese á confesar á aquella doncella virtuosa, que estaba enferma y pedia por él. Fué el Padre, hallóla en la cama, pero con buen semblante y entera. Despues de las salutaciones ordinarias, ella le dijo: «Padre, aunque mi mal no es ahora mucho, por lo que sucediere me quisiera confesar, que más vale hacerlo con tiempo.»

Comenzó la confesion con muchas lágrimas y grandes muestras de dolor de sus pecados. El Padre le echó la absolucion con mucho consuelo suyo; porque veia tal sentimiento por culpas tan ligeras como las que habia confesado la penitenta enferma, de quien luego se despidió y volvió á su casa.

A la noche fué el compañero del Padre á dar cuenta al Superior (como se usa en la Compañía), y díjole: «Padre, esta mañana salí con el P. Ramirez, que fué á confesar á doña fulana, y vi una cosa que me tiene confuso. Vi, Padre, que de cuándo en cuándo del rincon de junto á la cama salia una mano grande, negra y peluda y con grandes uñas, la cual llegaba á la garganta de aquella señora, y se la apretaba de suerte que parecia que la queria ahogar, y esto sucedió algunas veces.»

«Mire, Hermano, le dice el Superior, si acaso se durmió.» «No, Padre, no me dormí, respondió el Hermano, que al principio yo dudé eso mismo, pero como sucedió una y otra vez, me certifiqué de ello.»

Admirado el Superior, hizo llamar al P. Ramirez y le preguntó si habia confesado á aquella señora; respondió que sí, y no sin grande consuelo. «¿Por qué no ha vuelto, añadió el Superior, V. R. allá?» dijo el Padre: «Porque me parece que no hay necesidad, que no es el mal de consideracion; y así, no la dije que recibiese los demás Sacramentos.» Con todo eso le ordenó el Superior que volviese luego á visitarla, y supiese cómo estaba, y si queria reconciliarse, y si juzgase ser necesario que recibiese los demás Sacramentos, se los mandase recibir.

Obedeció el Padre, si bien le pareció que no habia tanta priesa. Fué allá, como á las diez de la noche, y cuando llegó á su puerta oyó dentro voces y llanto. Tocó á la puerta, y de quien vino á abrirla supo cómo acababa de espirar la doncella; entró y vió la difunta.

Volvió á su casa muy pensativo, y dió cuenta al Superior de lo que pasaba. El cual grandemente atónito le dijo: «Padre, yo envié allá á V. R. porque el Hermano que le acompañó me refirió esto y esto; vaya V. R. á en-

comendar á Dios esa alma, que demás de haberla confesado, se lo debemos á ella y á su madre.»

Vínose el Padre delante del Santísimo Sacramento, é hincado de rodillas, comenzó una fervorosa oracion. Al cabo de una hora, entre once y doce, oyó un gran ruido de cadenas, mezclado con unos tristes gemidos, y, abriendo los ojos, vió delante de sí una persona de piés á cabeza rodeada de llamas de fuego azul. Levantóse el buen Padre en pié, y con mucho ánimo le preguntó quién era.

Ella con voz triste y melancólica respondió: «Yo soy la malaventurada y desdichada alma de aquella miserable mujer que esta mañana confesaste, de aquella ciega pecadora, que por la ceguedad de los hombres era tenida por buena; pero por justo juicio de Dios estoy condenada á eternas penas del infierno.» Estremecióse el Padre y naturalmente tuvo pavor de oir nombrar el infierno, y de ver una alma que decia estar en él. Mas dándole el Señor ánimo la dijo: «¿Pues cómo es eso? ¿no confesaste hoy conmigo?» «Sí, Padre, respondió ella, pero no confesé bien, ni enteramente, y Dios me manda que para confusion mia, escarmiento de otros y gloria suya, te cuente mis pecados y desventuras.

»Sabrás, Padre, que en vida de mi madre, con su buen ejemplo y consejos viví bien: muerta ella, como quedé sola y hermosa, se aficionó de mí un mancebo, y tanto me molestó con ruegos y persuasiones, que di lugar á que hiciese su gusto. Despues, viéndome ya echada á perder, quisiera casarme, mas no me atreví, ni tampoco tuve ánimo para confesar mi pecado, por no perder la opinion y buen crédito con mi confesor; y por la misma causa no me quise confesar con otro, ni quise tampoco dejar las confesiones y comuniones cada ocho dias, como lo tenia de costumbre; y de esta manera proseguí tres años enteros, como si tal desventura no hubiera pasado por mí, añadiendo pecados á pecados y sacrilegios á sacrilegios.

»Al cabo de este tiempo quiso el Señor que me volviera á Él, y abriese los ojos, y para ello te envió á ti á esta ciudad. Oia todos tus sermones, y todos ellos clavaban y herian mi corazon, como si á mí sólamente los enderezaras. Volvíame á mi casa, encerrábame en un rincon, y allí me hartaba de llorar mi desventura; y yo me decia á mi misma: ¿Es posible que tú te quieras condenar y padecer para siempre eternos tormentos? ¡Cómo! ¿No tuviste vergüenza de cometer el pecado, y la has de tener para confesarle? ¿No temiste perderte, y temes el remediarte? ¿Qué te ha de hacer el confesor? ¿Hate de matar? ¿Ha de descubrirte? No. ¿Pues qué temes? Si tienes empacho de uno, busca á otro. ¡Cómo! ¿Y has de permitir que se pierdan los consejos saludables de tu buena madre y la sangre de aquel Señor que

se derramó para lavar las manchas de tus pecados? ¡Cómo, que en espacio de media hora puedes, si quieres, salir de estas congojas y del infierno, donde estas sumergida, y que no quieras! ¡Ah triste suerte!

»De esta manera lamentaba y lloraba mi miseria; pero al fin sin remedio, porque no acababa de resolverme; y de esta suerte andaba batallando conmigo misma muchas veces, ya acometiendo, ya retirándome, hasta que un dia fué tanta la fuerza que un sermon tuyo, oh Padre, hizo á mi corazon, que determiné de confesarme contigo; y, porque no se notase y reparase que mudaba confesor, y se sospechase algo de mí, estando buena y sana, me fingí enferma, y eché en la cama, y te envié á llamar.

»Venido, ya te acuerdas, comencé por pecados ligeros, dejando los grandes para la postre. ¡Oh si por ellos hubiera comenzado! mas no lo hice por vergüenza, y esta fué creciendo tanto, que me hacia llorar, y al fin me resolví de no descubrir mis llagas al que las habia de curar, diciéndome el demonio que harto más perderia con un hombre como tú, que con cualquier otro; y que buena estaba entónces; que despues, cuando enfermase, lo confesaria todo.

»Creyendo, pues, más al demonio que á Dios, acabé mi confesion sin manifestarte mis mortales heridas. Absolvísteme, ó por mejor decir, condenásteme. Apénas habias salido de mi casa, cuando á mí se me quitó el habla, y tras ella el sentido, y últimamente la vida, y con ella la esperanza de salvarme y de salir del infierno, á que estoy para siempre condenada.»

Díjole el Padre: «Yo te ruego que me digas qué es ahora lo que más te aflige y congoja.» «El ver, dijo, que pude con tanta facilidad librarme de estos tormentos, y no me libré; el ver que me pude confesar, y no me confesé; el ver que Dios te trajo de tan lejas tierras para mi remedio, y me quedé sin él; y que teniéndote á mi cabecera para mi salvacion, ha sido causa de mi mayor condenacion. Esto es, Padre, lo que más me aflige y me causa trasudores eternos.»

En diciendo esto, dando horribles gemidos y juntamente haciendo mucho ruido con las cadenas, desapareció.

IV

Su caridad y misericordia corporal.

Tornando á las obras fervorosas del P. Ramirez, no sólo hacia fruto en las almas, mas tambien daba remedio á los cuerpos con sus sermones, porque tomaban tan de veras encomendar la caridad y limosnas y el remedio de los

pobres, que más limosna se allegaba en un sermon suyo que en todos los de los otros en muchos meses. Y así, solia él decir: «No os espanteis, Hermanos, que os repita y encomiende esto tantas veces, porque cuanto más llego á la muerte, más gana me da el Señor de encomendaros la caridad que este mismo Señor tanto y tantas veces nos dejó encomendada en su vida.»

Solia pedir para vestir á algun pobre, y enviaban capas, sayos y sayas, y mantos, segun pedia la necesidad, en tanta abundancia, que habia para vestir muchos. Una vez, entre otras, le aconteció que, pidiéndole unas monjas les hiciese una plática, él les preguntó si tenia licencia para ello, y sabido que sí, la comenzó delante de algunos clérigos. El Vicario de las monjas entró de repente y comenzó á dar voces para impedirle, diciendo que se metia donde no le llamaban, y otras cosas bien excusadas.

El Padre le respondió con mucha humildad que le habian dicho que tenian licencia, y por eso habia comenzado su plática. Dejóla por entónces, mas despues, hablándole aparte, dió al Vicario una buena reprension por haber impedido la palabra de Dios con tanto ruido y desedificacion.

En pago de esto tuvo noticia cómo en el monasterio de este fraile padecian necesidad; fuése al Superior de aquella Religion y díjole que él habia sabido la necesidad en que estaban, que, si querian, la encomendaria en el púlpito. Agradecióselo mucho el Superior, y el P. Ramirez la encomendó con grandes veras, y despues de comer salió él pidiendo por las calles, y se dio tanta limosna y se llevaron tantas mantas y frazadas al monasterio, de que habia gran falta, que suplieron su necesidad y les sobró. Fué tan nombrada esta limosna, que por toda la tierra se divulgó, y por los monasterios de aquella provincia, con grande admiracion.

Predicando en Toledo, fué el invierno tan riguroso, que algunos pobres murieron de frio: quemóle esto al abrasado Padre en caridad y amor de Dios. Dió en sus sermones contra los ricos, por ser tan duros con los pobres, llamando bárbara crueldad la de aquellos que, teniendo las arcas llenas de vestidos, querian más los comiese la polilla que conservar la vida de los hombres y socorrer á Cristo, que en sus pobres se está muriendo de frio.

Señaló luego dos caballeros para que los que quisiesen favorecer aquella necesidad pudiesen llevar sus limosnas, las cuales dieron tan grandes de dineros y vestidos, que no hubo pobre en la ciudad conocido ó vergonzante, a quien no socorriesen muy cumplidamente. El mismo P. Ramirez se iba á las casas de los pobres, y no habia para él mayor recreacion, así para consolarlos con sus palabras santas, como para ser testigo de sus necesidades y poderlas decir desde el púlpito.

Hizo allí en Toledo que se estableciese que los moriscos cristianos nue-

vos no pudiesen comprar esclavos, porque habia hallado que los inducian á que siguiesen la falsa secta de Mahoma.

Fué tan grande la veneracion en que le tenia Toledo, que envió á la ciudad un comisario hasta Portugal, con cartas autentizadas del Ayuntamiento y firmadas con el sello público, para que recabase de S. Francisco de Borja no les sacase de Toledo al P. Ramirez.

En las demás partes que predicó tuvieron semejante alivio los pobres y se distribuian muchos caballeros para pedirles y recogerles las limosnas. Encomendando en Valencia la limosna de los necesitados, se alistaron muchos caballeros para cuidar de ellos, y dos de ellos andaban rondando cada noche, por ver si hallaban algun desamparado. Al fin, por todas partes donde pasaba este siervo de Dios, iba remediando cuerpos y almas, arrancando vicios, plantando virtudes y reparando todo.

V

Levántase una grave persecucion contra el siervo de Dios.

No podia sufrir el enemigo del linaje humano tanto bien como en él causaba la predicacion de este fervoroso Padre; y así, la procuró estorbar de muchas maneras. Lo primero, con una grande persecucion que levantó contra su sana doctrina, porque, estando en Granada predicando y haciendo gran bien en las almas, las cuales él buscaba con tanto cuidado, que no dejaba camino por donde no las siguiese, por las iglesias, cárceles, hospitales, escuelas y aun por las calles y plazas donde hallaba la gente más necesitada de doctrina, era muy bien oido de la gente; veíanse conversiones extraordinarias de pecadores, enmienda de costumbres estragadas, uso y frecuencia de Sacramentos, socorridos los pobres, amparados los huérfanos y necesitados, y por medio de sus sermones grande mudanza y aprovechamiento en la república. Por esto el demonio, que nunca duerme, determinó de hacerle guerra y en él á la Compañía.

Tomó ocasion de un sermon que el P. Ramirez predicó en Santiago á los inquisidores, en el cual tuvo necesidad de tratar cuándo es lícito descubrir en la confesion los cómplices del pecado y cuándo no. Y aunque lo que él predicó fué con mucho acuerdo, y habiéndolo primero comunicado con el mismo Arzobispo de Granada y con el P. Maestro Juan de Avila, por la necesidad que habia de poner remedio en cierta cosa muy grave y escandalosa, todavía no faltaron algunos religiosos que tomaron ocasion de este sermon para predicar que aquella era mala doctrina.

Tomáronlo tan de veras y predicáronlo tantas veces y con tanta asevera-cion y vehemencia, que hubo mucho escándalo en la ciudad, y algunos se apartaron de los nuestros y huian de tratar con ellos, teniéndolos por gente poco segura y sospechosa, porque los adversarios publicaban que revelábamos la confesiones; y así, se derramó esta voz por toda España, y aun se extendió hasta los Estados de Flandes, donde tambien se esparció esta misma fama, que los de la Compañía revelaban las confesiones.

Tomó la mano el Arzobispo de Granada para sosegar aquel falso rumor, y componer á los predicadores, y establecer la verdad de aquella doctrina. Juntó á todos los Superiores, maestros y letrados de todas las Ordenes, y los demás varones doctos que habia en la ciudad. Trató con ellos aquella cuestion, y convinieron en que la doctrina que el P. Ramirez habia predicado, era segura y sin sospecha.

Pero despues de las juntas que se hicieron con el Arzobispo y de la determinacion que en ellas se habia tomado, tornaron los predicadores á predicar lo contrario y á escandalizar de nuevo al pueblo. De manera que el Arzobispo, para atajar el daño y cortar de raíz el mal y la falsa opinion que sembraban algunos predicadores en sus sermones contra la Compañía, se determinó de predicar él mismo y declarar al pueblo la verdad.

Y así, el domingo de Ramos, declarando el santo Evangelio de aquel dia, sobre aquellas palabras: *Solvite illos, et adducite mihi,* dijo: «Los que desatan á los pecadores en las confesiones, han de trabajar por buenos consejos y persuasiones de traerlos al Señor. Yo he prometido hoy de tratar de esta materia del secreto de la confesion, por la necesidad que entiendo que hay de declararos el engaño que en esto hay; porque, aunque parece haber diversos pareceres y predicarse diferente doctrina, entendais la verdad de ella y os desengañeis del engaño que algunos teneis.

»Primeramente os digo que decir que se revelan confesiones es muy gran falsedad, y la gente de que se dice que lo hace es tan buena que sea confundido de Dios, sino es la mejor que yo he tratado en mi vida, y estoy bien informado de esto; tratadla, conocedlos, experimentadlos, entrad, entrad y vereis ser grandísima verdad la que os digo, y por lo que se aprovechan los que los tratan, lo entendereis.»

Despues declaró la verdad de la doctrina y añadió: «Decidme, ¿con qué satisfareis á una gente tan santa de un levantamiento tan grande como es decir que revelan las confesiones? Plegue á Dios que los que lo han predicado no lo paguen en el infierno. Sabed que todos los que contradicen la verdadera opinion que aquí os he dicho, hablando y tratando de ella conmigo, vienen á confesar que es aquella la verdad, y que así la tienen,

y tras esto predican lo contrario, sin darnos primero parte ni consultarnos.»

Finalmente, concluyó su sermon con poner silencio á los predicadores, y mandar que no se hablase ni tratase de aquella materia diferentemente de lo que él habia predicado. Esto predicó el Arzobispo por razon de su oficio, y escribió un tratado que envió á Roma en confirmacion de lo que él y el P. Ramirez habian predicado.

Y el Nuncio Apostólico en los reinos de España, que era el Obispo Marin, varon gravísimo y doctísimo de la sagrada Orden de Sto. Domingo, viendo la polvareda que habian levantado los adversarios de la Compañía, que muchos se cegaban con ella, escribió una carta á S. Francisco de Borja, Comisario General, la cual me ha parecido poner aquí, y es esta:

«Grandísima consolacion me ha dado la venida del P. Rector. Bendito sea nuestro Señor que me hace tanta merced que sus siervos se acuerden de mí. Hame dado mucha pena lo de Granada, no por causa del Padre confesor de la Compañía, el cual ha hecho lo que debia á Dios, para que se remediasen tantos sacrilegios y no podia hacer ménos, pues así lo mandan las reglas del mismo Dios; ni la regla divina es (como calumnian los adversarios de la Compañía) ocasion de retraer las personas de la confesion, sino de inducir á ella, y su manera es de provocar á los Sacramentos, no con sufrir y disimular que de ellos salgan pecados y sacrilegios, sino que con administracion de cosas tan santas se libren los cristianos de ellos y alcancen justicia, santidad y gracia de Dios.

»Lo que me ha dado pena ha sido el poco miramiento de los que han predicado afeando y achacando lo que debian de alabar y favorecer. Mas sepa V. S. que siempre el demonio sembró cizaña entre los de la santa Iglesia para causar division en los de la profesion de Cristo nuestro Señor, y todo esto no con manifiesta impiedad, sino con cubierta de celo y piedad fingida como parece ahora que debajo de especie de celo se mueven algunos cristianos y profesos de Religiones á turbar la quietud de la Compañía, que, á mi juicio, no es sino oponerse á la provision que en estos tiempos tan peligrosos ha dado á su Iglesia nuestro Señor.

»El celo de los tales contradictores de la Compañía no es de nuestro Señor, sino carnal, y lo quieren revestir con cosas de espíritu, y con efecto es celo de contencion, y tiene por hito el conservar no lo de Dios, sino lo que pretenden que la opinion de la Compañía les quita. Es simil á lo que dijo el Apóstol: *¿Cum sit inter vos celus et contentio, nonne carnales estis, et secundum hominem ambulatis? ¿Numquid divisus est Christus? ¿Quid est Paulus? ¿Quid Apollo?* ¿Qué Sto. Domingo? ¿Qué S. Francisco? Ministros son de Dios, cuya es esta Compañía. Pues no pongan division entre la Compañía

del Señor, y de Sto. Domingo, y de S. Francisco. Acuérdense de lo que dijo Cristo nuestro Señor á los Apóstoles, que no querian que los otros echasen los demonios en el nombre de Jesus: *Qui non est contra vos, pro vobis est.* Y lo del Apóstol. *Sicut per invidiam, sive per bonam voluntatem annuntietur Christus, in hoc gaudeo, et gaudebo.* Y la vana emulacion de Josué por Moisés, cuando le dijo que prohibiese que no *profetaseh in castris* aquellos dos, y le dijo Moisés: *¿Quid aemularis pro me? ¿Quis det ut omnis populus prophetet?*

»Si hubiesen aprendido bien en las escuelas de estos santos Maestros, sabrian que á la Compañía se habia de favorecer, y que favoreciéndola se hace servicio á Dios nuestro Señor.

»No se muevan los de la Compañía por esto, ni se entibie su fervor; porque siempre la Iglesia y los escogidos tuvieron esta guerra, no sólamente de los tiranos y enemigos manifiestos de la Religion cristiana, mas aún de los que hacian profesion de santidad; por esto estén en sus términos y no les mueva esta persecucion, aunque parezca que nace de hombres religiosos.

»Si más tiempo tuviese, diria más; pero sé que hombres tan ejercitados no tienen necesidad de exhortacion mia. Nuestro Señor conserve á V. S. en su santa gracia. De Olivares á 28 de Mayo de 1558. De V. S. siervo é hijo; el Obispo *Marin, Nuncio.*»

Con la autoridad de estos dos personajes tan grandes y tan calificados, se sosegó por entónces aquella borrasca, y mucho más con la verdad que es tan poderosa. Mas algunos años despues los mismos perseguidores nuestros dos veces tornaron á ladrar y á resucitar esta mala voz, que con el tiempo parecia estar sepultada.

Para reprimirlos y volver por la verdad en materia tan grave y tan perjudicial y escandalosa, fué necesario que en Madrid (donde ya estaba la corte y corria más esta voz) tuviesen los nuestros conclusiones públicas de esta materia, á las cuales concurrieron los hombres de mayor opinion y letras, religiosos y seglares que habia en ella.

Ventilóse, y disputóse, y se aseguró la verdad que el P. Ramirez antes habia predicado en Granada, y despues enseñado la Compañía. La cual verdad firmaron y confirmaron casi todos los más insignes letrados y catedráticos de Teología y del Derecho Canónico que habia en las Universidades de Salamanca, Alcalá, Valencia y Toledo.

Este fué el fin de este trabajo que comenzó en Granada por la ocasion que hemos dicho.

De allí á algunos años, que fué el de 1594, un Padre muy grave de la Orden de Sto. Domingo, y Maestro de la sagrada Teología, é Inquisidor Apos-

tólico en la ciudad de Cremona, en el estado de Milán, y se llamaba Fr. Pedro Vicecomite, hizo imprimir un tratado muy copioso y docto, en que se trata este caso del cómplice, y le dedicó al Cardenal Alejandrino, protector de la Orden de Predicadores, en el cual alaba, aprueba y confirma con grande encarecimiento toda la doctrina que de esta materia ha enseñado la Compañía.

VI

Resiste á una grande tentacion.

Pero no sólo exteriormente, desacreditando su doctrina, quiso el demonio impedir el fruto de la fervorosa predicacion del P. Ramirez; pero tambien interiormente con una tentacion bien peligrosa, y Dios la permitió para que saliese vencedor de ella su siervo, y de allí adelante apresurase más el paso en el cuidado de su propia perfeccion y de la ajena, como lo hizo.

Dilataban los Superiores de dar la profesion del cuarto voto al P. Ramirez, no por otra causa, sino porque excedia algunas veces en dar terribles reprensiones á las mujeres por cosas que no eran graves. De esta ocasion se aprovechó el demonio para persuadirle que no debia ser á propósito para la Compañía; y así, le convendria más pasarse á la Cartuja.

Apretóle mucho, hasta que de repente se le abrió una extraordinaria luz del cielo que se le puso delante los ojos, viéndose que estaba como en un despeñadero; y, como quien despierta de un profundo sueño, comenzó á decirse á sí mismo: «¡Oh miserable de ti! ¿Dónde estás? ¿Acaso estás despierto? ¿Estás en tu juicio? Tú, cuanto es por ti, has contravenido á los consejos de Dios, has menospreciado la gracia de la vocacion, has echado de ti al Espíritu Santo. Tú te has atrevido á pensar que hay en ti aquella junta de virtudes que debe estar en los profesos de la Compañía. ¿Y tú, por ventura, sabes lo que á tu particular y al bien público está bien, mejor que tus Superiores? ¿Tú te has atrevido á anteponer tu juicio al de aquellas personas santísimas y prudentísimas que fundaron la Compañía y ahora la gobiernan?

»¿Por ventura tú eres digno de la profesion, pues la pretendes, y soberbiamente codicias el premio de los humildes, y te has dejado engañar tan torpemente? ¿Qué es lo que quieres con ser profeso? Ya has hecho los votos con que quedaste verdaderamente religioso, y con los cuales te entregaste todo á Dios. Ya tienes estado de religioso, y ojalá lo seas, y tienes gran materia de ejercitar toda virtud, y para ser muy santo no te falta comodidad.

»¿Pues qué es lo que quieres con la profesion? ¡Oh vergüenza y cosa in-

digna! Un poco de más autoridad tienen los profesos; pero querer esto no es santidad, sino liviandad y ambicion. En la escuela de la modestia has aprendido disolucion. ¿A qué has venido, desdichado de tí, que dejaste el mundo para abrazarte con el improperio de la cruz de tu Señor. Ya has casi dejado la Religion por tu soberbia.

»¿Esto es lo que sentias de ti, cuando querias ser el menor de todos, cuando deseabas que te pisasen la boca y ser despreciado y ultrajado por Cristo para vestirte de su librea? Esta es buena profesion, querer un hombre ser olvidado de todos, y tenido por nada y estar á los pies de todos. ¡Oh buen Jesus, y cuánta diferencia hay de mí á Vos! Vos, Señor, no juzgaste por indigno de Vuestra Majestad ser pospuesto á un ladron y homicida en una causa criminal é infame; y yo, en vuestra casa y ya crucificado con Vos, ando tras las sombras de la gloria vana.

»¿Fuera de esto, soy yo solo el que en esta Religion no hace profesion de cuatro votos? El P. Francisco de Villanueva no la quiso hacer, ni se tuvo por digno de ella, aunque le tenian por muy digno los Superiores, y se la daban, y él siempre resistió. ¿Acaso el P. Antonio de Madril dejó de morir santísimamente por no ser aun profeso? ¿Cuántos son los que tú conoces mayores en edad y virtud que tú, que no sólo no desean, pero que rehusan este grado como superior á sus partes?

»Pero tú, loco desatentado, por agradar á Satanás é imitarle, te has despeñado, porque no te estiman más de lo que mereces, porque no eres preferido á los mejores: aprende á obedecer, maldito siervo, aprende á llevar el yugo, tierra y ceniza, religioso fingido. Bien persuadirás al pueblo el bien, pues tú te tomas el mal, y te engañas y perviertes. Subsiste á la cruz, no quieras bajar de ella. Allí está mejor el verdadero siervo de Dios é imitador de Jesucristo, donde está ménos estimado; aquí te llamó Dios y aquí has de morir. ¿Por ventura podrás tener mejores señales de la vocacion divina? Aquí puedes ejercitar los talentos y dones que Dios te ha dado para procurar la salvacion de las almas.

»Esta Religion te señaló aquel divino predicador de Cristo y hombre santísimo, tu Maestro el P. Juan de Avila: ¿cómo te olvidas de su consejo? A propósito eres para la Compañía, pues él te lo dijo; ¿por qué quieres perder tanto fruto como experimentas haber hecho, y sepultar tu talento? ¿por qué no te acuerdas que eres mortal, que has de parecer ante el tribunal de Cristo? Mañana te morirás y por ventura hoy; ¿qué te aprovechará la profesion, si careces de las virtudes de los profesos? y si estas tienes, no te hará aquella falta.

»¡Ay miserable de mí! ¡ay miserable! que me iba á olvidar de mi primera

vocacion, que soy cristiano y de la Compañía de Jesus. ¡Oh contumaz! ¡Oh hombre inquieto! ¡Oh censurador y despreciador de tus Superiores que has de tener en lugar de Dios! ¡Oh perturbador de la paz! ¡Oh destruidor de la observancia religiosa! Ciego, desnudo, tibio, y para ser vomitado y echado de Dios, persevera y guarda tu puesto.»

Estas cosas decia el P. Ramirez con la mucha luz que el Señor le comunicó, con la cual hizo luego dos votos heróicos, el uno de no salir de la Compañía por caso alguno, el otro de no pretender la profesion. Con tan insigne victoria le concedió el Señor una grande estima y prontitud de la obediencia, gran paz y seguridad de la conciencia y alegría de corazon muy dilatada, y juntamente nuevo fervor para predicar su divina palabra, con el cual perseveró hasta la muerte, adelantándose siempre en virtudes.

Daba despues muchas gracias á Dios el P. Ramirez por la singular merced que le habia hecho, especialmente cuando supo el arrepentimiento del P. Juan de Verdolaio, que por el mismo tiempo sucedió. Este Padre, siendo sacerdote seglar, fué un varon apóstolico y predicó por los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña con gran fama y fruto en todas partes. Mereció su celo que S. Ignacio le escribiese, y, aunque se alegró sumamente con su carta, no entró en la Compañía hasta despues de su muerte.

Cuando entró, admiró mucho á los seglares, diciendo: «Gran cosa debe ser esta nueva Religion, pues un hombre de tanta santidad y prudencia se ha entrado en ella.» Los de casa decian que Dios le habia traido despues de muerto S. Ignacio y otros varones santos de la Compañía, para poner en ellas nuevas columnas en lugar de las que la habian faltado. El mismo P. Verdolaio estaba tan gozoso, que, aunque añadió nuevos trabajos á los pasados, decia que Dios se los habia pagado todos, dándole en el último tercio de su vida aquel estado tan dichoso.

Pero envejecióse presto el buen Padre; cargarónle algunos escrúpulos, pareciéndole que era distraimiento el cuidar de los prójimos, para gozar de una contemplacion muy quieta; y así, determinó buscar mayor descanso de su espíritu en otra parte que en la que él mismo habia confesado le habia hallado sumo, buscó más que lo sumo en la Religion de la Cartuja, pasándose á ella.

Pero aconteciόle lo que dice S. Basilio de los que, navegando en un grande navío, se marean, y pareciéndoles que es la causa el navío, se pasan á un batel y se marean de la propia suerte, porque ellos se llevan en el estómago la cólera, que es causa de aquellas sus bascas. Lo mismo le pasó á este Padre, porque de allí á poco, preguntado cómo le iba y si tenia la contemplacion que deseaba, respondió suspirando: «Estoíme moliendo (hablaba

sólo de lo que á él le pasaba) ocho horas cada dia cantando en el coro, y así no queda hombre para contemplar, sino para descansar, ni puedo buscar despues el descanso del espíritu, sino del cuerpo.»

Consultándole tambien un caballero en qué Religion entraria, luego le aconsejó que fuese á la Compañía, con tales alabanzas de ella, que su sentimiento las pudo decir, y no repetir nuestra modestia. Con este suceso daba el P. Ramirez infinitas gracias á Dios que le habia librado á él de semejante inconstancia. Y entendió que, cuando se ofrecen algunas dificultades en la vida religiosa, no se ha de tratar de huirlas, sino de vencerlas, porque se aumentan en el que las teme y quiere huir, y se disminuyen en el que las acomete.

Admiró las trazas de la sabiduría divina, qne daba opinion y adelantaba la de la Compañía por medio de hombres, de los cuales despues se descartaba y echaba de ella; no de otra manera que los arquitectos para levantar un edificio ingieren en él algunos palos que sustenten los andamios, y despues los sacan fuera.

Conoció cuán necesaria era para la vida de la Compañía la virtud de la obediencia perfecta, y, por consiguiente, la grande perfeccion de su instituto; cuán suma y extendida era, pues toda la hermosura de las virtudes no la llenaban sin la perfeccion de una suma obediencia.

Quedó este Padre de allí adelante quieto, seguro, fervoroso y muy diligente para adelantarse en todas las virtudes, en que se procuró esmerar mucho y crecer de mil en mil, echándole nuestro Señor sus bendiciones, por que las virtudes y gracias que comunicó á este su siervo fueron muchas y extraordinarias.

VII

Sus grandes virtudes y dichosa muerte.

Con el singular don de obediencia que le concedió, le aconteció muchas veces estar muy puesto y determinado de predicar una cosa y muy persuadido que aquello era lo que le convenia; y sólo entender que la simple voluntad del Superior estaba en contrario, bastaba para dejarlo como si tal cosa no hubiera querido ni tratado.

Nunca fué amigo ni consintió en su persona particularidades, porque siempre comia con la comunidad, y en esto excedió á muchos. Siempre bebió sola agua. Una temporada, que duró más de seis años, vistió una sotana llena de remiendos cosidos con hilo blanco, con la cual juntamente ejercita

ba la santa pobreza y se mortificaba. Solia para su humildad salir al refectorio unas veces en cuerpo sin sotana, otras á decir sus faltas, y otras á oir que se las dijesen, pidiéndoselo así al Superior. Semejantes y otras mortificaciones hacia muy de ordinario.

Sentia tan bajamente de sí, que teniendo tantas partes como tenia para ser estimado de todos, andaba con un perpetuo temor de no ser echado de la Compañía por inútil é indigno de estar en ella. Conservó hasta el fin con la gracia bautismal su castidad y virginal pureza.

Sábese del P. Juan Fernandez, famoso predicador de Castilla y grande santo, con quien tenia mucha familiaridad el P. Ramirez, que, despidiéndose de él en Valladolid, le dijo estas palabras: «¡Ah, Hermano! no nos veremos más hasta el cielo, porque yo me voy á morir á la provincia de Toledo. Para que me ayudeis á glorificar al Señor, os quiero decir, que en toda mi vida no he ofendido á nuestro Señor mortalmente, porque, cuando niño, me crié con la doctrina del P. Maestro Avila, y despues en la Compañía traia siempre tan presente á nuestro Señor, que á veces me parecia que no me faltaba más que verle, especialmente á Cristo crucificado.»

De aquí le nacia hablar tan continuo de Dios y del amor y entrañas de Cristo, con cuyas pláticas metia un fervor de espíritu y un afecto del sumo Maestro Jesucristo, que todos los de la casa luego le echaban de ver, aunque Su Majestad le probó algun tiempo con muchas sequedades, y por espacio de ocho años con una tentacion tan grave (y parece era de fe) que le derribaba sobre una cama ó en el suelo, de afliccion y congoja; mas despues fué regaladísimo con consuelos, visitaciones espirituales y continuas lágrimas, especialmente diciendo Misa.

Y en el tiempo que le duró aquella tentacion, le enviaba nuestro Señor de cuándo en cuándo tales visitaciones, para dar alivio á su afligido corazon, y hallábase tan lleno de Dios; que él mismo se espantaba de sí, y tan consolado y alegre, que le parecia que cuantas calandrias y ruiseñores habia, estaban en su aposento haciéndole música, y que los rayos del sol entraban en él con resplandores nunca vistos; que con estas semejanzas exteriores declaraba la suavidad que experimentaba dentro de su alma.

Cuando oia contar alguna cosa de Dios, eran tantos los suspiros y lágrimas que derramaba, principalmente en los últimos años de su vida, que bien se echaba de ver que aquellas eran como llamaradas de la candela que se queria acabar. Y cuando esto mostraba por defuera, ¿cuál seria la llama interior de donde saltaban tales centellas? De sola una florecita ó yerba que veia, levantaba los ojos al cielo, y daba gritos de devocion y santos afectos. Espantábase que no tuviesen otros la presencia de Dios que él hallaba en

cualquiera criatura. Decia que de considerar la hermosura de una flor, se le ofrecia la hermosura divina. Esto le causaba aquel tan grande sentimiento y contento, que le hacia romper en aquellos gritos y suspiros.

Gustaba mucho de decir Misa en el altar mayor, donde estaba el Santísimo Sacramento; y cuando la decia en lo último de su vida, era tanta la abundancia de lágrimas que derramaba, y tantos los sollozos que daba, que fué necesario irle á la mano y decirle los Superiores con palabras serias que se reprimiese y fuese á la mano, porque era mucha nota en el pueblo y mucha flaqueza suya dejarse llevar tanto del ímpetu de su ternura y gusto espiritual. A lo cual respondia él: «Ya yo lo veo, pero no puedo más, perdónenme.» Y diciéndole que no dijese Misa en público, sino dentro de casa en alguna capilla, respondia: «No me quiten por amor de Dios el decir Misa donde está el Santísimo Sacramento, que ya saben el consuelo que con este Señor mi ánima recibe, y el hipo grande que por él toda mi vida he tenido.»

El mismo sentimiento tenia cuando oia cantar alguna cosa de devocion, que era menester acortar ó dejar del todo la música, porque no le hiciese daño á su salud. Muchos echaron de ver en él que Dios le descubria lo porvenir. Cosa cierta fué que mucho tiempo antes supo la hora en que habia de morir; y despidiéndose del P. Gabriel Vazquez, yendo á Roma por el octubre del año antes de su muerte, le dijo: «Vaya con Dios, Padre, que ya no nos veremos más hasta el cielo, que este año me tengo de morir.»

El año de 1568 andaba en la Universidad de Alcalá un estudiante noble que se decia D. Diego Manrique, hijo de D. Gonzalo Mesía, que despues fué marqués de la Guardia, bien mozo en sus costumbres y edad, porque, por una parte, era tan libre y agudo en el hablar, que en cualquiera conversacion en que se hallase, aunque muchos se le juntaban semejantes á él, todos le daban ventaja en la presteza de responder y agudeza en el decir, picando á unos y otros; y por otra, en todo género de liviandades, travesuras y riñas era siempre el capitan.

Estaba tan léjos de recogerse á Religion, que, saliendo una vez por el adviento el H. Hernando de Mendoza, hijo del marqués de Cañete, novicio, á una solemne doctrina en que llevaba la campanilla en cuerpo, el caballero D. Diego tomó por entretenimiento irse á su lado, burlándose de él y diciéndole dichos segun su liviandad, con harta mortificacion del novicio.

El cual, vuelto á casa, contó al P. Ramirez lo que le habia pasado, y sintiendo mucho la distraccion de aquel mozo, de cuyas cosas ya estaba informado, con espíritu más que humano, como por el efecto se vió, dijo al Hermano Hernando: «¿Ve este mozo cuán distraido anda? pues esté cierto que

no pasarán cuatro meses cuando venga pidiendo la Compañía, y verá las maravillas de Dios.» Lo cual, aunque el Hermano lo oyó con gusto por el deseo que tenia de su recogimiento, mas como cosa imposible segun la condicion del mozo, la puso en olvido.

Pasaron algunos dias, y, oyendo algunas veces al P. Ramirez, nuestro Señor le iba algo ablandando; pero lo que le acabó de rendir á desear mudar la vida fué saber cómo una vez habian ido á buscarle tres enemigos suyos á S. Justo para matarle á puñaladas, y, por haberse él ausentado del puesto un poco antes que llegasen, no se ejecutó. Por esta ocasion, movido de Dios nuestro Señor, no siendo aún bien pasados cuatro meses, al fin de la cuaresma pidió al P. Provincial Manuel Lopez lo recibiese, el cual, viendo su determinacion y perseverancia y la causa de su mudanza, lo recibió con espanto de los de casa y de toda la Universidad, cumpliéndose lo que el P. Ramirez habia dicho.

Y no fué en vano la mudanza, porque en diez y ocho meses que vivió en la Compañía mortificó tanto sus malos hábitos y pasiones, haciendo públicas mortificaciones, yendo con un saco pardo y de varios colores remendado, y otras veces con una ropa azul y un birrete colorado á la fuente del mercado con dos cántaros de agua, para regar la calle cuando la salian á barrer, y otras semejantes, con admiracion de los muchos estudiantes que le seguian, y otras secretas, que á poco tiempo ya no parecia que sabia hablar.

Y una vez reprimiendo una risa de que andaba apasionado, por la fuerza que se hizo le reventó sangre por los oidos, de que se le comenzó á enflaquecer la cabeza; y al fin, habiendo llegado de Zaragoza, á donde habia ido peregrinando y servido treinta dias en el hospital el año de 1569, un dia despues de la Concepcion de nuestra Señora, con mucho gusto suyo y grande sentimiento de los de casa, de una recia enfermedad acabó, dejando á todos muy confiados de su salvacion.

Fué el santo P. Dr. Ramirez muy fuerte y animoso en los trabajos y enfermedades, como lo mostró en la que tuvo en Valladolid el año de 1581 de mal de piedra, que fué muy notoria á todos, segun la gran noticia y estima que habia donde quiera de su persona, por lo cual diré brevemente las maravillas que Dios obró en este su siervo y cuánto se aprovechó de esta enfermedad.

Apretóle la piedra más que nunca, y, despues de aplicados los remedios que con consulta de los mejores médicos y cirujanos se pudieron aplicar, se determinaron de abrirle, porque de otra manera le daban ya por muerto, y aun aquel le daban por remedio dudoso, pareciéndoles que con alguna esperanza de vida era bien probar al que tenia cierta la muerte.

Sobre la ejecucion de tan peligroso remedio los Padres Superiores hicieron muchas consultas; y lo que de ellas salia siempre determinado con unánime parecer de todos los Consultores, era que no le abriesen, porque era viejo y se les moriria entre las manos.

Mas, como una vez apretase más el dolor, con las ansias que en su corazon sentia y cubiertos sus ojos de lágrimas, se fué delante de una imágen de nuestra Señora, que es la que remedia los males desahuciados de los hombres: postrado, de lo íntimo de su corazon la habló con gran ternura pidiéndole remedio y la determinacion de aquella consulta, si se abriria.

Respondiendo la Vírgen al deseo de su grande siervo, alzando un poco la cabeza le significó que sí. El Padre, lleno de confianza, por ver si se engañaba llegóse más cerca, y la Vírgen abajó más la cabeza diciendo que sí, con lo cual, muy agradecido y cierto de la vision, se fué al Superior y le pidió entrasen otra vez en consulta sobre si le abririan. ¡Cosa maravillosa!, habiendo antes contradicho todos, sin faltar ninguno dieron su parecer que sí, y así se ejecutó.

Escribió el Padre, cobrada ya la salud, esta vision al P. General Everardo, dándole como á Padre cuenta de las misericordias de Dios; y él mostró la carta al P. Gil Gonzalez su Asistente por las provincias de España. Pues, para que hiciese efecto el remedio, segun se habia determinado, los Superiores hicieron decir muchas Misas y tomar disciplinas, así en Valladolid como en otros colegios, y lo mismo hacia la gente de fuera por la devocion que con el P. Ramirez tenian, pues hasta las señoras iban descalzas á diversas estaciones y visitaban lugares píos á este fin.

Un dia antes que se hiciese el remedio rogó el Padre al cirujano que le dijese todo lo que en él habia de hacer, para prepararse mejor; porque al fin, como dijo bien S. Gregorio: *lacula praevisa minus feriunt.* El cirujano le trujo un libro en que estaba el remedio, donde lo leyó y se enteró de todo lo que habia de pasar.

Con esto se quedó reposando, y, pasada media noche, estando despierto, vínole un sentimiento tan grande de sólo imaginar lo que habia de pasar, que le pareció despues haber sido mayor que el que padeció pasándole. Y luego le vino al pensamiento Cristo nuestro Señor en el Huerto; consideró su santa Pasion, que fué tal, que le hizo sudar gotas de sangre; y decia él que por todo el mundo no quisiera dejar de haber pasado por aquel trabajo, sólo por haber venido á conocer por sí el sentimiento tan grande que su Señor y Maestro tuvo en el Huerto de Gethsemaní.

Llegado el tiempo no perdia de su presencia á la Vírgen Santísima, llamándola con gran ternura, muy consolado del buen suceso que habia de te-

ner, como se lo habia prometido; y animando él al cirujano, al fin le abrió y le sacó una piedra como un huevo ó riñon; y contento de que habia hecho bien su oficio, andando limpiando el vaso con la tienta topó con otra del mismo tamaño, y con ella desmayó, pareciéndole imposible que el Padre pudiese pasar tanto.

Mas él con el conhorte que le habia dado la Vírgen, animábale y quitábale el temor que tenia, y con esto le sacó la otra, con tanta admiracion suya, que tomó las dos piedras, y lleno de alegría se andaba de casa en casa por Valladolid, mostrándolas á todos y recibiendo las gracias de los que tan deseosos estaban de la salud y mejoría del Padre.

Cobrada del todo la salud, volvió á su oficio con más fervor, con una voz muy mejor, más gruesa y clara que antes, como todos notaban, y con determinacion de publicar en los auditorios más principales donde predicase las misericordias de Dios, como lo hizo en la iglesia mayor de Toledo, en Madrid y Alcalá, haciendo particular memoria de la Vírgen, á quien decia debia su salud, aunque no descubria su aparicion.

Al fin de sus dias, estando en Madrid, le dió gana de ir á Alcalá á predicar a los estudiantes, en quien habia hecho grandes frutos las veces que antes habia predicado. Y era que queria nuestro Señor traerle á descansar en el mismo colegio donde le habia comenzado en la Compañía á servir. Y fué así, que el otoño del año antes que muriese le dió nuestro Señor unas cuartanas con que pasó aquel invierno, hasta que, pasada Navidad, pareciéndole que estaba mejor, pidió que le dejasen predicar, entendiendo que el ejercicio le haria provecho; y así, predicó algunos sermones, aunque sentado en el púlpito por su flaqueza.

En uno de los cuales pasando un caballero (que no vivia tan cristianamente como convenia) por delante de la iglesia en su caballo, sólo alcanzó á oirle aquella palabra que solia repetir. «Antes reventar que pecar,» con tal fuerza dicha, que le penetró las entrañas y se compungió, y despues fué al mismo Padre y le descubrió su determinacion, que era de mudar la vida, y con su consejo y direccion la mudó, con mucho ejemplo y edificacion de todos.

Ponia espanto ver un hombre de casi setenta años y cuarenta de predicacion tan continua y fervorosa como la suya, y con los trabajos que por toda su vida padeció, hablar con un brío y fuerza de mozo, y tener la mortificacion y ejercicio de todas las virtudes, que acreditaba su predicacion como cuando novicio, ó por mejor decir, con mayor observancia y rigor, edificando a todos con el buen olor de Cristo que daba.

Y para que Dios le cumpliese lo que muchas veces le habia pedido, que era predicar hasta la muerte, predicó el último sermon de la Magdalena el

juéves de la semana de Lázaro en S. Ildefonso, diciendo que se habia esforzado á ello por las muchas misericordias que en esta conversion como en la de S. Pablo habia recibido de Dios, y habló con tanto brío reprendiendo terriblemente ciertos disfraces que habian sacado unos estudiantes poco honestos en una cátedra en tiempo tan santo, como si estuviera sano y fuera de mozo de treinta años; encomendó la caridad y limosna con mucho fervor diciendo, que no se espantasen que les encomendase tanto la caridad, que hasta la muerte Cristo tanto habia encomendado.

Como él estaba tan fatigado y las cuartanas le apretaban, sobrevínole luego el dia siguiente una flaqueza tan grande de estómago, que no podia tener nada en él, y junto con el palpitarle el corazon, lo cual habia tenido en su vida muchas veces, le dió un zollipo tan frecuente que apénas le dejaba hablar; y así, luego comenzó á decir que Dios se lo queria llevar para si antes de las Pascuas. Lo mismo decian los médicos, si aquello duraba. Todo esto perseveró y él se iba deshaciendo más y acabándose la virtud y mucho más con un vómito que le sobrevino muy ordinario de un humor pestilencial.

Dos cosas pidió á nuestro Señor y entrambas se las concedió. Una fue que le diese grandes congojas, para padecer algo por su amor y sentir lo que Su Divina Majestad habia sentido y padecido en su Pasion, y dióselas tan grandes todos aquellos dias hasta la mañana antes que murió, que no le dejaban hablar ni reposar un momento, y así á veces decia: «¡Oh Hermanos, y qué bascas de muerte padezco!» y pareciendo á algunos que le harian olvidar de nuestro Señor, le decian alguna cosa de Dios; y preguntándole si se olvidaba de Él, respondia: «Téngole tan fijo en mi corazon, que no puedo olvidarme de Él.» Y otra vez dijo: «Ya yo he dicho á mi amado, que tenga él cuidado del alma mia y se encargue de ella, porque las congojas grandes no me dejan hacer lo que yo queria,» y así todo su negocio era interiormente con Dios.

La otra cosa que pidió aquellos santos dias de la Pasion de Cristo, fue que le llevase el Señor el dia y hora en que Cristo murió. Y, como si tuviera respuesta, decia por cierto, que en aquella hora habia de morir, y así se le cumplió; porque el Miércoles Santo acabadas las tinieblas pareció á los Padres que le diesen el Viático, y cuando le vió delante, con su acostumbrada devocion y ternura, regalándose con su Dios, aunque la flaqueza no le dejaba hablar tanto como él queria, estando presentes los Padres y Hermanos que pudieron caber en su aposento, habló de esta manera: «¡Ay amado mio de mi alma y de mi vida! Si es posible, Señor, si es posible, hacedme esta merced, que muera yo el dia en que Vos moristeis por mí,» y añadiendo otros regalos de los que él solia tratar con Cristo, le recibió puestas sus manos.

Pasó el Juéves Santo mostrando siempre su obediencia y resignacion en hacer todo cuanto el enfermero le decia, por dificultoso que fuese. Decia algunas veces: «Perdonadme, Señor, los excesos y demasías que hice en mi oficio, en decir algunas curiosidades, y á mí me pesa mucho de ello;» y saben todos cuán léjos anduvo de estas cosas toda su vida.

A este propósito dijo una cosa, que por ser dicha de varon tan ejercitado en este oficio, y al tiempo que iba á dar cuenta á Dios, es digna de mucha ponderacion, y fué que entendia que se habian de condenar muchos predicadores, porque tenia Dios librada la salvacion de las almas en ellos, y olvidados de esto, ellos miraban más por sí, por su estima, y honra y reputacion, que por el provecho y salvacion de los prójimos.

Causó admiracion la mucha humildad y silencio que guardó en aquel tiempo, porque, aguardando todos que en aquella hora con el extraño celo y devocion que tenia habia de hacer algunos razonamientos de cosas de nuestro Señor, y encomendar alguna cosa de las que él solia en vida, especialmente de las riquezas de Cristo y los tesoros de su Pasion, y que habia de juntar todos los de casa para darles como Padre su bendicion; estuvo tan léjos de esto, que rogándoselo algunas veces, dió siempre muestras de pesar, diciendo: «No me traten de eso, Hermanos, que me dan mucha pena,» dando á entender que él era indigno de tratar aquellas cosas. Y á un Hermano que le habia servido con mucha diligencia en su enfermedad, pidiendole su bendicion, con tanta humildad se la dió, que más fué pedirle perdon de sus faltas que darle la bendicion.

Llegándose la hora que deseaba, se le quitaron todas aquellas congojas, y quedó tan sosegado, que viéndole el médico tan en su juicio hablar y menearse en la cama tan bien, media hora antes que muriese dijo, que no moriria tan presto, que todo aquel dia duraria. Mas aquel Señor que sabe y quiere dar gusto á sus siervos y cumplir sus voluntades, cumpliendo el deseo del santo P. Dr. Ramirez, apénas pasó media hora despues que el médico dijo aquello, cuando encomendándole á Dios un Padre su alma, y respondiendo los demás que alrededor de su cama estaban, mirándole al rostro, que tenia declinado sobre su mano derecha, con tanto sosiego y quietud que parecia que dormia y bien fuera de aquel paso, sin dar muestra de boqueada dió su santo espíritu al que le crió, Viérnes Santo á las doce del mediodia, que en aquel dia y hora se ofreció á su Eterno Padre en el árbol de la cruz; quiso en esto mostrar cuánto le habia agradado la grande devocion que siempre habia tenido este su siervo con su sagrada cruz y Pasion.

Fué tan dichosa muerte á los 4 de abril del año de 1586, á los sesenta y seis años de su edad, habiendo gastado en predicar los cuarenta de ellos, y

los treinta y uno en la Compañía. Como acabó de espirar, y en Viérnes Santo no se podian tocar las campanas, proveyó nuestro Señor de otras mejores, y fueron dos predicadores famosos que aquella tarde predicaban la Soledad de la Vírgen, los cuales tenian entre sí repartido todo el pueblo y Universidad, los cuales dieron principio á su sermon con la dichosa muerte del P. Dr. Ramirez; y como todos le amaban tanto, fué tan raro el sentimiento que hubo en los auditorios, que causó no pequeña admiracion.

No se hubieron bien acabado los sermones cuando todos á porfia vinieron á casa á verle, y besarle la mano. Fué puesto su cuerpo en una sala, con los mejores ornamentos de casa, y con un paño de seda á la cabecera, y un crucifijo con dos blandones á los lados, ardiendo en ellos dos cirios.

La gente que entraba y salia era innumerable; desde las tres de la tarde hasta la noche fué menester estar allí Hermanos, que no hacian más que apartar gente, dando lugar á que otros entrasen á besarle la mano, y no bastaba, porque, saliendo por una parte, se volvian á entrar por otra, no se hartando de verle, y tenian razon, porque, con haber estado con la enfermedad muy flaco y consumido, le dió nuestro Señor entónces un rostro tan hermoso y alegre, que aficionaba y ponia devocion á cuantos le miraban: y sin encarecimiento, si con algun artificio le quisieran componer el rostro, no estuviera mejor, con semblante tan alegre y como sonriéndose, que como dijo bien una persona grave de la Universidad, parecia que decia: *¿Ubi est, mors, victoria tua? ¿Ubi est, mors, stimulus tuus?* y que hacia burla de la misma muerte y de las cosas de esta vida.

Llegaba la gente con tanto afecto y devocion, que arrodillándose ante el cuerpo, lo reverenciaban como á santo, besándole piés y manos, y procurando haber siquiera un hilito de su ropa y vestido, tocándole rosarios é imagenes con notables muestras de amor; y con haber aquella tarde solemne procesion y el Oficio de Tinieblas, era tan perseverante el concurso de la gente que venia á verle, que en casa no se podian menear. Cuando se sacó el cuerpo por el patio para llevarle á la iglesia, era tanta la gente de canónigos, doctores y estudiantes de toda suerte, que llenaron el patio, corredores é iglesia, no hartándose de verle: fué menester subirse los nuestros al coro para hacer el Oficio.

Puesto en la iglesia, luego acudió la multitud devota de mujeres á lo mismo, y, aunque estaban de casa allí guardando el cuerpo, le quitaron los lazos de los zapatos y el bonete, y de presto le pusieron otro, y si estuviera el demás vestido patente, no le dejaran cosa. Mas la señora doña Catalina de Mendoza, nuestra fundadora, cobró el bonete, y se quedó con él por su mucha devocion.

Enterróse con harta apretura junto á la grada del altar mayor, sin caja ninguna, con mucho sentimiento del pueblo, que quisiera le pusieran en algun ataud, y le hicieran un lucillo en la pared, donde pudiera ser de todos venerado, acudiendo á su sepulcro por remedio de sus necesidades, esperando que por su intercesion habia de hacer Dios los milagros que por la de sus siervos fieles hace, y algunos se publicaron, pero ninguno pudo ser mayor que su santa vida, la cual escribieron el Licenciado Quintana, lib. II, de la *Nobleza de Madrid*, desde el cap. XLIII hasta el XLVIII. Tambien el P. Nicolás Orlandino y Francisco Sachino en la primera y segunda parte de la *Historia de la Compañía*. Y el Licenciado Luis Muñoz en el lib. II de la *Vida del Venerable P. Maestro Avila*, por todo el capítulo XI.

Del mismo siervo de Dios escribieron el P. Alejandro Faya, en la primera parte de sus *Ejemplos* en el número 23 del verbo *Communion*, y el P. Fr. Luis de Granada, el cual dice en la vida que escribió del P. Maestro Avila estas palabras: «Tambien el bendito P. Juan Ramirez fué de los llamados á la hora de prima; porque de muy pequeña edad comenzó á servir á nuestro Señor, guiado por el P. Avila, por cuyo consejo entró en la Compañía, despues de haber predicado muchos años fuera de ella, en la cual perseveró hasta la muerte, habiendo cuarenta años que predicaba en España en diversas provincias y ciudades con grandísimo fruto y consolacion de las ánimas; y cual fué la vida, tal fué el fin de ella; porque, estando muy al cabo de una grave enfermedad por la Semana Santa, y trayéndole el Miércoles de ella el Santísimo Sacramento, alegróse tanto de verlo, que dijo estas palabras muy suyas: ¡Oh amado, amado! ¿Es posible, es posible que yo haya de morir el dia que vos moristeis por mí?» así lo dijo y así lo pidió á nuestro Señor, y así se lo concedió, sacándole de esta vida con este regalo á la misma hora que el Salvador espiró en la cruz, como todos los que se hallaron presentes lo certifican, y así su enterramiento fué tan acompañado y tan glorioso como fué la hora de su acabamiento.» Todo esto es del P. Fr. Luis de Granada.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN MANUEL

El P. Juan Manuel fué natural de Treviño y criado en Navarrete, pueblos del obispado de Calahorra.

Fué desde niño bien inclinado y gustaba de entrarse en la iglesia, oyendo el Oficio divino hasta acabarse, haciendo propósito desde aquella tierna edad de gastar toda su vida en los templos sirviendo á Dios.

Oyendo hablar del juicio se estremecia, y con sólo este temor se apartaba de los juegos y conversaciones de los otros muchachos, y secretamente dejaba el almuerzo, la merienda y aun parte de la comida por hacer penitencia.

Tuvo algunos toques de Dios para ser religioso y pretendiólo ser en la Compañía y en S. Francisco; pero por ser de poca edad, ni fué recibido en la una ni en la otra parte, hasta que, venido á estudiar á Alcalá, y acabado loablemente el curso de las Artes, siendo ya de veinte y un años pidió la Compañía y perseveró en pedirla un año con mucha instancia, y fué recibido el año de 1552.

Tuvo allí su noviciado con notable aprovechamiento suyo y con tan grande fervor, que deseó toda su vida el estado de Coadjutor temporal. Pero los Superiores no se lo concedieron, ántes le ordenaron que acabase sus estudios, para los cuales tenia claro ingenio y asentado juicio. Acabados los estudios, estuvo en Toledo y en el Villar de Mestages, en el obispado de Astorga, para ser Rector y Maestro de novicios de la Casa de Probacion, que de Salamanca se habian pasado á aquel lugar.

De allí volvió á Toledo para responder á los casos de conciencia, y hacíalo con tanta resolucion y satisfaccion de los que venian á preguntarle, que comunmente le llamaban el ángel, por su suave condicion y rara virtud. De Toledo fué enviado á Múrcia por Rector de aquel colegio, y lo fué más de diez años; y con su vida ejemplar, letras, trato blando, afable y religioso, ganó los corazones de toda aquella ciudad, que acudia al P. Juan Manuel por consejos, ayuda y favor en todas sus necesidades, y él recibia todos lo que venian á él de todos estados, como si fuera padre de todos y esclavo de cada uno.

Lo mismo hizo en la ciudad de Toledo, donde volvió de Múrcia á ser Prepósito de la Casa Profesa de aquella ciudad, en la cual y en la de Múrcia predicó todos los años con mucho concurso, aplauso y fruto, porque lo tenian

por santo, y por letrado y por padre amoroso, que no pretendia ni celebra sino el bien de sus almas.

Era tanta su caridad y el deseo de ayudar á los prójimos, que procuraba que ninguno fuese desconsolado de nuestra casa, y para esto tenia siempre abierta la puerta de su aposento, así para los de casa, como para los de fuera, mostrando con esto cuán abiertas tenia las entrañas para abrazar y consolar á los que le buscaban.

Y sin duda que en esta virtud de la caridad se señaló mucho este bendito Padre, porque con sus súbditos era muy piadoso, compasivo y liberal proveedor de los enfermos, de quienes tenia gran cuidado, y no sólamente no se enfadaba con ellos, pero procuraba que algunos achacosos y enfermos de la provincia que estaban en otros colegios y tenian necesidad de particular cura y regalo, se los trujesen á él para curarlos y regalarlos, como lo hizo con muchos, esperando en nuestro Señor que por esta caridad que él usaba con sus hermanos Él le proveeria de todo lo que hubiese menester, y haria mil mercedes á su casa; y no se engañó.

No se encerraba esta caridad dentro de casa, ni se extendia sólamente á los de la Compañía, sino que salia fuera y abrazaba á los extraños. Siendo Prepósito de la Casa Profesa de Toledo, vino un pobre que parecia honrado á pedir limosna á la puerta; mandóle el P. Juan Manuel dar un pan; respondió el despensero que no habia en casa más de tres panes para la Comunidad, y el Padre mandó que se le diese el pan, confiando que el Señor que habia de suplir y proveer lo demás, proveeria tambien la falta de aquel pan.

De ahí á un rato, siendo ya casi hora de tocar á comer, llamó á la puerta un mozo que venia cargado con una canasta de pan y dijo: «Tome allá este pan, que no tienen pan para comer;» y preguntándole quién le enviaba, dijo que no era menester saberlo, y así, nunca se supo quién lo habia enviado.

Tenia tan asentado en su pecho esta limosna y misericordia para con los pobres, que lo que más repetia en sus sermones y más encomendaba al auditorio, era que todos hiciesen limosna, cada uno como pudiese, el rico como rico, y el pobre como pobre, aunque no diese sino una blanca ó un mendrugo de pan.

Esta misma caridad era la fuente de donde nacian los grandes y excesivos trabajos que tomaba en beneficio de sus prójimos, porque era gran trabajador y obrero incansable; ningun cargo ni ocupacion á él aneja era parte para que dejase de confesar y predicar, y hacer pláticas, y presidir á las conferencias de casos de conciencia, y responder á muchas dudas que le venian á consultar, sin excusarse jamás ni decir que estaba ocupado, ni á los de casa ni a los de fuera, aunque fuese la misma mañana en que habia de predicar.

Con esta caridad acompañó y juntó una profunda y rara humildad, la cual mostró en la instancia que muchas veces hizo para que le librasen del oficio de Superior, no por huir del trabajo (del cual fué siempre tan amigo como habemos dicho), sino por el deseo que tenia de obedecer más que mandar, teniéndose por indigno de ser Superior de los otros, y deseando vacar á sí, y atender á su aprovechamiento.

Siendo Superior, ordenó á un Hermano que todas las veces que le topase le avisase que se acordase de Dios, y què notase sus faltas, y que cada noche le viniese á decir las que habia notado, para enmendarse de ellas, y aun que le riñese y castigase como maestro á su discípulo. Y en efecto, el Hermano lo hacia vencido de la obediencia y de las veras con que se lo ordenaba. De aquí es que, como tan humilde, era amicísimo de la santa pobreza, sin admitir cosa particular en el comer ni en el vestir.

Padeció un tiempo una como hambre canina, y, para matarla, no tomaba sino un pedazo de pan y bebia un poco de agua. Dábanle por medicina algunas mañanas un poco de miel rosada, y él echábale agua diciendo: «Somos pobres y con esto durará más,» y solia encarecer con palabras graves la obligacion que tienen los religiosos, y más los de la Compañía, á ser pobres y á parecerlo.

Dióse tanto á la mortificacion y al vencimiento de sus pasiones, que con ser de su naturaleza tan colérico y como un fuego, nunca jamás se descompuso, ni nadie le vió airado, ni trocado en el semblante ni en las palabras, sino siempre con una paz y afabilidad benigna y suave; y no es maravilla que fuese tan mortificado el que era tan devoto y tenia tan continuo y familiar trato en la oracion con Dios nuestro Señor, á la cual daba todo el tiempo que podia. Y para poder hacer más oracion y con más quietud y sosiego, se acostaba una hora despues y se levantaba una hora antes que los demás. En esta oracion era muy regalado y favorecido del Señor.

Usaba de ordinario un ejercicio repartido en cuatro puntos, en que sentia notable fruto. El primero, andar siempre en la presencia de nuestro Señor; el segundo, referirle todas las cosas que viéremos y oyéremos: el tercero, sacar santas consideraciones en todas las obras de Dios, con hacimiento continuo de gracias; el cuarto, ofrecerle al principio las obras que hacemos, y al fin examinarlas.

Y como el Padre se entregaba tanto á Dios y procuraba vivir con Él, y beber de Él, como de una copiosísima y perenne fuente de gracias, no es maravilla que el Señor se le comunicase, y con su divina luz esclareciese su alma con espíritu profético, para que viese las cosas por venir, como le aconteció en Toledo, que estando hablando con la abuela de un niño que se

llamaba Hernando de Ávila, el siervo de Dios Juan Manuel la profetizó cómo él habia de predicar á la Misa nueva que aquel niño habia de decir, y así sucedió.

Despues de haber sido tantos años Prepósito de la Casa Profesa de Toledo, le hicieron Rector del colegio de la misma ciudad: y habiendo predicado en el mes de julio un sermon en la dedicacion de la iglesia de los frailes Carmelitas Descalzos, le dió una retencion de orina, con tan graves y tan terribles dolores, que no le dejaban reposar de dia ni de noche: estuvo muy apretado más de quince dias, llevando con admirable paciencia sus congojas y dolores, y con gran conformidad con la voluntad del Señor, comulgando muchas veces en este tiempo.

Lleváronle por su consuelo á morir en la Casa Profesa, y él se aparejó para aquel trance con singulares actos de contricion, aunque decia que en tiempo de salud debiamos negociarla y alcanzarla de nuestro Señor, porque en el tiempo de la enfermedad los recios dolores y los espantos de la muerte ahogan el espíritu, y no dejan al alma libre para lo que quiere y lo que aquel tiempo ha menester; y añadió, que una cosa es hablar de la muerte, y otra sentir lo que ella es.

Recibió la Extremauncion muy devotamente. Llegaron los de casa como a su Padre á pedirle la bendicion, y él por su humildad lo rehusó. Finalmente, á los 29 de julio del año de 1586 dió su alma al que la crió, siendo de edad de cincuenta y seis años.

Fué muy sentida su muerte en toda la ciudad de Toledo, porque era muy amado y tenido de todos por santo. En la cual opinion se confirmaron con una revelacion que hubo de su gloria, queriendo nuestro Señor acreditar á su siervo con este nuevo favor.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE PERALTA

La fama que de su sólida virtud y probada santidad dejó el P. Juan de Peralta, nos convida para que hagamos aquí alguna memoria de él, poniendo en su vida delante de los ojos un perfecto dechado de acendrada mortificacion y puro ejercicio de paciencia, sin estruendo ni resplandor de otras cosas más que de sólida virtud.

Fué el P. Juan de Peralta, que en el siglo se llamó Juan de Goñi, de la villa de Peralta en el reino de Navarra, del obispado de Pamplona, hijo de honrados y nobles padres, que le criaron desde su niñez cristianamente. Estudió en su tierra la gramática, y en Oñate tres años de Artes.

Siendo ya de veinte y dos años, fué á la Universidad de Alcalá para estudiar medicina: estudióla algun tiempo, y graduóse de licenciado en Artes, y despues se dió á la sagrada Teología, y fué muy estimado no ménos por su modestia y recogimiento, que por su claro y agudo ingenio.

Sentia grandes toques de Dios que le llamaba á la Religion, y por otra parte sentia tan bajamente de sí, que no osaba intentarlo, porque juzgaba que por ser inútil no le recibirian. Pero el Señor que le queria para sí, le llamó á la Compañía con tal vehemencia, que él la pidió con mucha instancia, y fué recibido en ella en Alcalá á los 14 de abril de 1568.

Tuvo su noviciado en el Villarejo de Fuentes con rara modestia, silencio, recogimiento, devocion y mortificacion. De allí le enviaron á Palencia a acabar su Teología, y despues volvió á Alcalá presidiendo á las conclusiones de los artistas, y juntamente era Maestro de los novicios del segundo año que ya estudiaban, y despues Prefecto de las cosas espirituales y confesor de casa, y los veranos, Superior en Jesus del Monte.

En todos los ministerios era exacto, y procuraba hacerlos con suma diligencia y perfeccion, y particularmente en confesar gente pobre y desechada, como lo hizo en Madrid, siendo confesor de los de casa, á los cuales daba muy buen recaudo, y todo el tiempo que le sobraba le empleaba en confesar á las criadas de las señoras; y esto hacia con más gusto que confesar á las mismas señoras. Acudia á todos los que le buscaban con gran prontitud y alegría, y decia que el portero y el sacristan eran sus Superiores, porque jamás se excusaba cuando le llamaban, y á quienes tenia avisado que siempre le llamasen para la gente pobrecita y desechada.

Nunca estaba ocioso ni hablaba fuera de tiempo, y esto guardó siempre en todo el discurso de su vida; y á esta causa, aunque tenia tantas ocupaciones, siempre le sobraba tiempo para orar y leer los santos, teniendo sus horas repartidas como un novicio, sin querer salir á visitas, aunque fuese de personas principales que se lo rogaban, si no era para alguno de nuestros ministerios.

Tampoco era curioso en preguntar ni querer saber cosas nuevas de los huéspedes, porque decia que el buen religioso tiene tanto que hacer dentro de su casa, que no tiene tiempo de saber lo que se hace en la ajena, y que la harina sale del molino conforme á la cibera que se le echa; y así, en los tres años que estuvo en Madrid, con ser tan ocupado y con tan poca salud y mucha falta de vista, estudió mucho en todas las materias morales, y paso

algunos santos Doctores, é hizo extracto de ellos y de otros autores, que es cosa que puso admiracion.

Habiendo estado doce años en la Compañía, le hicieron Rector del colegio del Villarejo y Maestro de novicios: fuélo seis años con notable aprovechamiento de los novicios que á sus pechos se criaron; porque él era el primero en el trabajo, y el que como buen pastor con su ejemplo iba delante; él era el Maestro que con sus pláticas espirituales y fervorosas les encendia en toda virtud. Él como madre amorosa los criaba, y como médico curaba sus llagas, y los consolaba en sus escrúpulos, y aconsejaba y guiaba en sus tentaciones.

Hacia todos estos oficios con un cuidado tan continuo é incansable, que fué necesario quitarle aquella carga y mudarle á Talavera, adonde con todos sus achaques acudió como el menor y más mozo del colegio á todos los trabajos y ministerios de la Comunidad, hasta que de puro trabajo cayó en una gravísima enfermedad de calenturas, dolores de estómago y hastío en la comida, y un continuo desvelo y mal de ojos, y finalmente, de una terrible hidropesía.

Para curarle mejor le mudaron á Toledo, donde Dios nuestro Señor le curó de todas sus enfermedades y miserias de este nuestro cuerpo corruptible y mortal, á los 7 de octubre del año de 1588, habiendo recibido los santos Sacramentos con entero juicio y mucha devocion, siendo de edad de cuarenta y seis años, y habiendo gastado los veinte sirviendo al Señor en la Compañía.

Esta es una breve suma del discurso de la vida del P. Juan de Peralta; mas ella fué tan llena de raras y excelentes virtudes, que para nuestro ejemplo es bien que refiramos algunas. Tuvo tan gran pureza de alma, que los confesores que le confesaron generalmente testificaron que nunca hallaron en él culpa grave; y así, se tiene por cierto que toda su vida conservó la inocencia bautismal y que fué perpetuamente vírgen.

Para esto le dió nuestro Señor desde su primera edad una vergüenza y empacho natural que no parecia hombre, sino una doncella casta y recogida; y ademas de esto él se ayudaba de su parte con un gran recato en tratar con mujeres, con las cuales no hablaba sino para cosas de sus almas, y entónces grave y brevemente; ni las escribia, si algun caso forzoso y urgente no le obligaba, porque decia que en hacer lo contrario se perdia mucho del decoro religioso.

Tambien le ayudaba para esta virtud la mortificacion tan continua de todos sus sentidos; porque la de los ojos le dió nuestro Señor con tal enfermedad, que cualquiera luz le era tormento. El oido jamás le aplicó á cosas cu-

riosas y sin provecho. La lengua refrenó con un silencio tan extraordinario, que á algunos parecia extremo; cuando era menester hablar en las quietes, hacíalo con muy agradable y suave conversacion, pero, si habia otro que hablaba, no despegaba su boca, porque decia que era grande cosa cuando el hombre va camino, topar con quien le haga la costa.

El sentido del gusto tenia tan mortificado, que con ser tan enfermo no comia bocado fuera de lo que le daba la Comunidad. Y aun siendo Superior, nunca consintió regalo en su celda, y teniendo una sed continua que le abrasaba por la destemplanza del hígado, nunca bebia entre dia fuera de comer y cenar. Estando enfermo, nunca se quejó de la comida, ni dijo: «Esto quiero, ni estotro no quiero,» ántes, teniendo grandísimo hastío, tomaba lo que le daban sin resistencia.

Aconteciόle una vez traerle el enfermero una escudilla de caldo de mal olor y peor sabor, y gustándole con duda de si le podria hacer mal, empezó á apartarlo de sí. Rogóle un Padre que estaba presente y no sabia lo que era, que tomase más, y él lo hizo luego sin ninguna réplica; tanta era su mortificacion. Y cuando tomaba alguna purga, la bebia trago á trago, como si fuera una bebida muy sabrosa, y con el último trago se enjaguaba la boca. Trataba su cuerpo como cruel enemigo, afligíale con sus ordinarias disciplinas, cilicios y penitencias, y teníale tan rendido al espíritu, que más parecia muerto que mortificado.

Esto mostró este santo varon en la singular paciencia que tuvo en algunos trabajos y pesadas persecuciones que padeció, y en las enfermedades terribles y congojas que para probarle, y afinarle, y hacerle digno de sí, le envió el Señor; porque, haciendo su oficio de Rector del Villarejo, y defendiendo la hacienda de aquel colegio que algunos le pretendian quitar, le infamaron falsamente delante de los Superiores de la Compañía de tales cosas y con tan grandes encarecimientos, que los mismos Superiores, aunque estaban muy satisfechos de su religion y virtud, fueron forzados, para cumplir con los seglares, á quitarle el oficio de Rector, lo cual el santo Padre llevó con increible paciencia y mansedumbre, sin quejarse de nadie, ni hablar palabra descompuesta, ni querer que otros le hablasen de esta materia, por no tener ocasion de resbalar, porque decia que aquel no era tiempo de hablar con los hombres, sino con Dios.

Aconsejándole alguno que diese razon de sí y escribiese al General, respondió con gran serenidad, como verdadero humilde: «A mí no me importa dar razon de mí; si á nuestro Padre importa que la dé, su Paternidad me lo preguntará.»

¿Pues qué diré del sufrimiento y mortificacion que tuvo de sus muchas y

dolorosas enfermedades? Habiendo de darle un cauterio de fuego, quisieron los médicos que le atasen el brazo para que no huyese del fuego y se retirase, mas él dijo que no era menester; y así, cuando le dieron el cauterio, se quedó con tanta paz y serenidad, como si aquel brazo no fuera suyo sino ajeno.

Pero para prueba de la mortificacion tan extraña que tuvo este siervo de Dios y de la singular paciencia que Dios nuestro Señor le dió en sus dolores y enfermedades, basta decir lo que le aconteció estando muy doliente y apretado del dolor de los ojos. Creció tanto una vez el dolor, que se le saltó un ojo, y él no se quejó ni hizo sentimiento alguno, ni lo dijo, hasta que pasados dias, viniéndole á visitar un Padre y viéndole sin el ojo, le dijo: «Paréceme que se le ha saltado á V.R. el ojo,» y él respondió con mucha paz: «Un dia de estos me dolió tanto el ojo, que me pareció que se me habia saltado.» ¡Qué puros y fijos debia tener en Dios los ojos del alma el que no sintió la falta de los ojos del cuerpo, ni se quejó cuando le faltó uno á pura fuerza del dolor!

Otro Padre, admirado de lo mucho que sufria y que no buscaba consuelo humano ni aun divino en sus excesivos trabajos, le preguntó que si una persona se viese muy trabajada y desconsolada, si seria bueno para recibir aliento en su espíritu dar á otra persona de confianza y espíritu cuenta de su trabajo, para con eso desahogarse algo. El siervo de Dios respondió: «Si no tiene hombros para llevar su trabajo á sólas, bien podrá buscar ayuda; pero lo mejor es llevar las penas á secas, sin querer alivio, ni consuelo ó desahogo,» lo cual él hacia así.

Su humildad fué tanta, que (como dijimos) mucho tiempo no se atrevió á pedir la Compañía por tenerse por inútil y creer que como á tal no le recibirian en ella. Huia de la honra con tanto cuidado, cuanto otros la apetecen. Cuando le hicieron profeso de cuatro votos, fué menester que su confesor le apretase, porque, como humilde, se tenia por indigno de aquel grado y con muchas lágrimas decia que no era para ello. Tenia por dichosos á los que tenian ménos talento, porque decia que les habian quitado las alas para que no volasen y cayesen en las uñas de alguna ave de rapiña. Procuraba de encubrir las gracias y dones naturales que Dios le habia dado, y nunca se excusó de cosa que se le impusiese contra razon y verdad.

Hija de la humildad es la obediencia, en la cual virtud el P. Peralta fué raro y perfecto: nunca replicó á cosa de obediencia ni aun propuso sino forzado de extrema necesidad, ni jamás escribió á Superior mayor siendo subdito. Cuando estuvo tan apretado de la enfermedad, sabiendo el médico que le curaba que habia estudiado medicina, quiso consultar con él ciertos

remedios que le pensaba hacer; mas él con gran paz le respondió: «Haga Vm. lo que quisiere, porque á mí más me va en obedecer que en tener salud.» Quien esto hacia con el médico corporal, ¿qué creemos que haria con los Superiores que tenia en lugar de Cristo?

Pero ¿qué maravilla es fuese tan callado, tan mortificado, paciente, manso, humilde y perfecto en la obediencia el que estaba tan arraigado en Dios y tan ocupado y absorto en la oracion, de la cual vivia, y en ella se ocupaba todo el tiempo que podia, desde que comenzó á ser novicio hasta que acabó la vida, aun estando enfermo? porque solia decir que la enfermedad no estorba al hombre el hablar con quien gusta y tener presente en su memoria á quien bien quiere; y así, él andaba continuamente en la presencia de Dios, y en cualquiera lugar le hallaba, y como estaba lleno de Dios, siempre que hablaba, hablaba de Él, y sus palabras eran muy serias y graves, y el Señor se le comunicaba copiosamente.

Dióle don de lágrimas, y aunque por el mal de ojos, que continuamente padecia, le era forzoso reprimirlas, pero en la Misa y en las pláticas espirituales derramaba muchas, sin poder hacer otra cosa. De esta oracion tambien nacia la fuerza que Dios daba á sus palabras, porque, con ser impedido de lengua, y por su cólera natural comerse las palabras, las que decia pegaban fuego y abrasaban los corazones de las personas con quien trataba.

Fué cosa muy notada y advertida de muchos que los novicios que él crió é instituyó salieron muy aprovechados, y que los demás que trataban con él sacaron maravilloso fruto de su espiritual comunicacion; porque, como él era tan humilde, manso y caritativo, consolaba y acariciaba á todos los que venian á él (y por esto venian muchos) sin cansarse él ni enfadarse de las flaquezas é impertinencias humanas. Especialmente mostraba su caridad con los enfermos, visitándolos muchas veces entre dia, y diciendo que por consolar á un enfermo se podia alguna vez dejar santamente la oracion, y que el tenia por de mucha ganancia las enfermedades que padecia, porque con ellas aprendia á compadecerse de sus hermanos y regalarlos en las suyas.

Finalmente, el P. Juan de Peralta fué un varon perfecto y verdadero hijo y obrero de la Compañía, y un retrato vivo de toda virtud; y nuestro Señor, que para tanta gloria suya le escogió, le hizo pasar por fuego y agua para hacerle descansar eternamente en el cielo, y acá en la tierra tambien le ilustró, y honró, y descubrió algunas cosas secretas y ocultas que no se podian saber, sino con lumbre del cielo.

Siendo Maestro de novicios, estando una noche en oracion, le descubrio el Señor que uno de sus novicios andaba muy tentado y con propósito de salirse de la Compañía y volverse á las ollas de Egipto. Y el siervo de Dios

á la media noche se fué á la celda del novicio, y con mucha gracia y blandura le dijo: «¿Hijo, de qué os inquietais y por qué os quereis ir?» Y entendiendo el novicio que aquel negocio era de Dios, que habia descubierto al P. Peralta lo que él imaginaba en su corazon, se le rindió, y sosegó y se confirmó en su vocacion.

A otro Hermano, despidiéndose de él, le dijo que no se verian más y lo que le habia de suceder en cierto negocio, rogándole que lo llevase adelante, que seria para gran servicio del Señor. Y todo lo que le dijo le sucedió.

Estando en Talavera enfermo pidió los papeles en que estaba la razon y descargo de todo lo que falsamente le habian imputado, y rasgólos como hombre que estaba cierto de su muerte; y diciéndole un Padre que no los rasgase, porque le harian falta si viviese, respondió: «No viviré y V. R. lo verá,» y así fué como él lo dijo, porque aquel Padre le acompañó hasta Toledo y se halló á su dichosa muerte.

P. NIEREMBERG.

P. MAESTRO ALONSO DEZA

NACIÓ este insigne maestro de maestros en la villa de Alcalá de Henares á los 12 de febrero de 1530 de padres nobles y virtuosos, y por sus oraciones alcanzaron este hijo, que fué el primogénito de los que tuvieron, y siendo su padre Lopez de Deza prioste del hospital del Altozana, hizo recibiesen en él á nuestro P. S. Ignacio contra la voluntad de los demás cofrades que lo contradecian.

El mayor cuidado que tuvieron los padres de nuestro Alonso Deza fué la crianza de sus hijos, acostumbrándoles desde niños á todo género de virtudes y letras, en que nuestro Alonso desde aquellos tiernos principios dió ciertas prendas de lo que habia de ser, aventajándose con exceso á todos sus condiscípulos, así en los primeros rudimentos, como en los estudios de la gramática, retórica y poesía, en que fué muy perito y aficionado.

Con estos fundamentos comenzó su curso de Artes con Gregorio Deza su hermano menor, y aunque tenian la casa de su padre, él no quiso que estudiase en ella sino en un pupilaje, por criar á sus hijos con más despego. Aprovechó tanto nuestro Alonso, que vino á graduarse de maestro en esta facultad, llevando el primer grado en la licencia y el segundo su hermano.

Acompañó las letras con una singular modestia y compostura, sin sentirse jamás en él género de liviandad ni oirse de su boca palabra de murmuracion, vicio que aborreció en extremo. Con esto se allegaba su buen talle y apacibilidad de trato, y otros dotes y gracias naturales, de que prendado un hombre rico y poderoso, le pidió á sus padres para casarlo con una nieta suya, en quien habia de dejar su memoria y hacienda. Bien quisiera su madre que tuviese efecto este casamiento, pero su padre lo resistió, diciendo que no habia de impedir el curso de sus éstudios á sus hijos; que, acabados, serian ya hombres para que escogiesen á su voluntad el estado que quisiesen, con que quedó libre nuestro Alonso de esta carga, porque le guardaba Dios para cosas mayores.

Opúsose despues de su grado de maestro en Artes á una colegiatura del colegio teólogo de aquella Universidad, sin que hubiese dificultad en dársela, donde con grandes ventajas acabó de oir su Teología, dando principio á sus actos para el grado de doctor con tanto nombre y admiracion de todos, viendo su agudeza en el argüir y responder, que los mismos maestros y doctores, por señas se pedian atencion para escucharle, porque de tal manera repetia el argumento que le proponian ó la respuesta que le daban, que él añadia aún mayor fuerza, y despues satisfacia con tanta distincion y resolucion, que cerraba totalmente los pasos á las réplicas que pudiera haber.

Finalmente, fué el más florido ingenio que en aquel tiempo se halló en aquella Universidad, y aun en los pasados, como lo afirmaban los más ancianos; y el P. M. Mancio, de la Orden de Sto. Domingo, su maestro, leyendo la cátedra de Sto. Tomás, decia que no sólo en aquella Universidad, sino en cuanto él habia andado, no habia experimentado mayor habilidad, y que, si perseveraba en sus estudios, seria de las mejores piezas de España; esta aprobacion y concepto tenian todos del Maestro Deza, mas él solo se despreciaba, porque en aquel verdor de edad y gallardía de ingenio era humildísimo é inclinado á todo género de virtud; no era sospechoso ni se turbaba por cosas que pareciesen desprecio suyo.

Vino una vez á confesarse con el P. Dr. Antonio Sanchez, de nuestra Compañía, y preguntándole la doctrina cristiana como á niño, segun él acostumbraba con otros para humillarlos, se la dijo con toda devocion y mansedumbre, sin murmuracion de que hubiese procedido con él ménos discretamente de lo que al parecer convenia, antes se edificó de aquel acto.

Siendo examinador de licenciados, los demás examinadores se remitian a su voto y pusieron la licencia en sus manos, pareciéndoles cumplir muy bien de esta suerte con su conciencia, cargándola sobre la del Maestro Deza, que ni por amenazas que algunos atrevidos le hicieron, si no los daba el grado

que pretendian, ni por otro respeto alguno faltó un punto á la justicia, dando á cada uno el lugar que segun su dictámen merecia.

No tuvo fingimiento alguno en sus opiniones y juicios, sino muy sólido y macizo parecer en ellas. Parecióse esto muy bien en el viaje que hizo á Sevilla por amistad con el Dr. Majuelo, cuando fué á la oposicion de la Canongía Magistral de aquella santa Iglesia, donde á la sazon halló á Constantino, que con extraña reputacion y aplauso leia Teología en S. Isidoro; vióle y oyóle, y, contra la comun opinion que de él se tenia, se descontentó mucho de su doctrina, pareciéndole mal su vida y tratamiento de su persona, lleno de regalillos y blanduras, amigo de quitar algunos ejercicios santos que usaban los religiosos, segun su disciplina regular. Volvió á su Universidad con notable desagrado de aquel Maestro tan famoso, y bien se vió su acertado juicio, porque dentro de pocos dias fué preso por perniciosísimo heresiarca.

Entre tantas y tan honestas ocupaciones en que iba ganando fama este virtuoso Maestro, satisfaciendo á todos mucho, así en varias sustituciones de cátedras que hacia, como por la leccion de Escoto que leia á los Padres Franciscos; estando ya para entrar en licencias de teólogo, en que sin duda ni contradiccion llevara el primer grado, le atajó nuestro Señor este dichoso curso de letras con su vocacion y llamamiento, dándole divinos toques con diversas inspiraciones para seguir la vida religiosa á que siempre fué inclinado.

Acostumbraba á leer los Evangelios, y recibia grandísimo gusto, no sólo en ver que era ley del cielo, sino en rumiar y contemplar con atencion su rectitud y verdad, y en procurar con grande ansia donde se hallase puesta en práctica, y si habia alguna Religion que á la letra la guardase; determinándose con estas disposiciones á responder á la divina voz que le llamaba, y solo le detenia el no atreverse á descubrir estos propósitos y deseos á alguno que le abriese camino y moviese plática.

Como este deseo le apretase más un dia, se fué á un convento á comunicarlo con un religioso suyo, con intento de descubrirle su pecho en la primera ocasion que hallase. El religioso comenzó á hablar de varias cosas bien fuera de la pretension que traia, sin hallar entrada á sus designios. Salió de allí bien descontento y con más vivos deseos de hallar persona á propósito para descubrir su intento; pero su empacho no le daba lugar para comunicarlo claramente con otros santos religiosos de tantos conventos como hay en Alcalá y pudieran satisfacer á su deseo; mas no dejó nuestro Señor de ofrecerle ocasion á propósito.

Sustituyendo, pues, algunos dias una cátedra de Artes, íbanle á oir dos Hermanos de nuestra Compañía de poca edad, pero muy callados y modes-

tos. El Maestro Deza les fué echando los ojos y aficionándose de su modestia y humildad, procurando hablarles algunas veces; con lo cual poco á poco vino á persuadirse que la vida evangélica que buscaba la hallaba en las obras y palabras de aquellos Hermanos.

Andando en esto, un dia se salió al campo con un devoto amigo suyo, y platicando de estos dos Hermanos y de los demás de la Compañía, el amigo claramente le comenzó á persuadir que se entrase en ella, y allí se determinó á comunicar su vocacion con uno de los dos Hermanos, si con sus pláticas le abria camino. El Hermano correspondió tan bien á su deseo y le habló de suerte de lo que á su alma convenia, y lo que importaba escoger estado en que servir á Dios, que el Maestro Deza, quitado el velo, le manifestó su intento. El Hermano le aconsejó que, para más certificarse de la voluntad de Dios, hiciese los Ejercicios espirituales de nuestro Santo Padre. Parecióle muy bien, poniéndolo por obra á media cuaresma con mucha devocion y fervor, y en ellos, queriendo nuestro Señor abrir hondas zanjas al nuevo edificio que en aquella alma queria levantar, despertó vivamente su espíritu, que tan arraigado estaba en las grandes esperanzas que de su ingenio se prometia, y sintió en sí una tan reñida lucha, que de la fuerza divina que ardia en su pecho y resistencia suya le causaron unas terribles calenturas de que fué necesario curarle en el colegio, sirviéndole con toda caridad y cuidado el H. Francisco, que por su notoria virtud era comunmente llamado el *Santo*, visitándole el médico cubierto el rostro por no ser conocido.

Finalmente, habiendo experimentado el Maestro Deza en su cura la caridad y humildad de los nuestros, que entre sí iba confiriendo, acabó de perfeccionar su determinacion; y así, Domingo de Pascua de Resurreccion, 10 de abril de 1558, habiendo cumplido los veinte y ocho de su edad, fué recibido en la Compañía con asombro de toda la Universidad, que aunque la súbita mudanza pudiera causar sospecha de poca consideracion, la opinion de su gran ser y prudencia cerró las bocas á todos, diciendo que, pues él lo hizo, supo muy bien lo que hizo, y que estaba muy bien lo hecho.

Movió tanto á los estudiantes esta novedad, que en aquellos dias no se trataba de otra cosa y muchos decian: «Dejemos el mundo, pues el Maestro Deza se ha entrado en la Compañía,» y así lo hicieron algunos con su ejemplo, y su hermana María Deza hizo lo mismo: estando ya para casarse rica y principalmente, viendo fuera del mundo á su hermano á quien amaba tiernamente, tomó el hábito de monja en el convento de S. Juan de la Penitencia de aquella villa, donde vivió y murió con grande opinion de santa, y aún vive hoy su memoria.

Luego que el Maestro Deza entró en la Compañía, dió muestras de su

grande humildad, sirviendo con mucho gusto los oficios bajos en que le ocupaban, hasta que de allí á pocos dias le enviaron á la Probacion de Simancas, donde se ejercitó con vivo deseo de su perfeccion en todos los oficios de humildad, especialmente en el de enfermero, á que acudia con mucha caridad.

Llegado el agosto de aquel año le hicieron volver á Alcalá y le ordenaron que el año siguiente de 1559 leyese Teología. Entró en este oficio de Lector con algunos miedos que le traian algo encogido, porque, como habia comenzado el camino de la mortificacion para domar sus bríos y enfrenar su libertad, hallábase embarazado sin el santo desempacho que aquel oficio requeria, y al fin, vencida la libertad profana que con la buena estima que de su ingenio tenia, y con el aplauso que la Universidad le daba habia cobrado, alcanzó con la humildad y mortificacion religiosa libertad de hijo de Dios, y comenzó á abrir sin temor los tesoros de su sabiduría; y fué cosa maravillosa, que habiendo sido antes muy escotista, luego, con la mudanza de vida, no se apartó un punto de Sto. Tomás.

Comenzó á tener auditorio de los estudiantes de fuera con grande aplauso y tanta satisfaccion, que notaban y escribian lo que podian de sus razones, hasta que, pidiéndolo ellos y condescendiendo con su peticion, vino á irles aguardando que escribiesen y á leer dictando, la cual costumbre desde entónces se introdujo, pareciéndoles á los oyentes no ser justo perder palabra alguna de tal maestro. Fué esta la primera leccion que se comenzó á leer en colegio de religiosos, que hasta entónces no se habia usado en ningun otro.

Creció el número de oyentes que concurrian á oir á este insigne Maestro de modo que fué necesario mudar de aula, y con todo eso en ella ni en el patio cabian, estando los más en pié. En este tiempo un catedrático de Escritura de la Universidad, que en la misma hora concurria con la leccion del P. Maestro Deza, por ser de diez á once, sentia la falta de los oyentes que se iban á la Compañía; pareciéndole que se tenia en poco su doctrina, trujo una provision del Consejo real para que ningun estudiante acudiese en aquella hora al colegio de la Compañía; pero los estudiantes, sin ser parte para estorbarlo el P. Maestro Deza, hicieron una larga informacion en que probaban el sumo provecho que sacaban de aquella leccion y el daño notable que se les seguia en estorbársela.

En este encuentro el P. Rector y á los demás Padres les pareció por bien de paz y por el respeto que se debia á la Universidad mudar la hora de diez á once en la de siete á ocho por la mañana, que no concurre con ninguna de las horas de la escuela; y con ser hora tan desacomodada y más en el invier-

no, no por esto se disminuyó el auditorio, ántes fué mayor, no quedando colegiales, teólogos ni religiosos de muchas Ordenes que no le viniesen á oir.

Este aplauso tan notable no pudó dejar de engendrar algunas envidias en los que leian en la Universidad; mas este prudente Maestro lo venció todo, no pretendiendo nada de nadie y honrando á todos, haciéndose inculpable con haber escogido tan segura doctrina como la de Sto. Tomás, á quien seguia siempre y con que cerraba las bocas de los que le andaban á la mira, aunque el Dr. Balbas, que en este tiempo leyó la cátedra de Prima de Santo Tomás siempre le tuvo aficion y respeto, no sólo á sus letras, sino á su virtud y religion.

Granjeó mucho este gran Maestro la voluntad y devocion de toda la Orden de Sto. Domingo por seguir siempre á Sto. Tomás, y por favorecerlos en todas las cosas que se les ofrecian en la Universidad con buenos y prudentes medios; y así, era tanta la confianza que de su persona y amistad hacian, que ninguna cosa intentaban sin su consejo y direccion, estimándole en tanto, que claramente confesaban haber alcanzado entera inteligencia de Sto. Tomás; y cuando sus lectores hallaban alguna lectura del P. Maestro Deza, les parecia estar descansados y no tener necesidad de más ayudas.

El P. Maestro Fr. Domingo Bañez siempre le engrandecia con muchos y levantados elogios, como fué decir que en los Comentarios que habia hecho sobre Sto. Tomás, no se habia valido de papeles y escritos de otros, sólo habia buscado con diligencia los del P. Maestro Deza, porque verdaderamente no daba evasiones á la doctrina del Santo, sino decia cuanto sentia llanamente, y despues con su alto ingenio le daba salida nunca pensada, y, si no acertaba, confesaba claramente su ignorancia.

Nunca se atrevió á decir el P. Deza que el Santo habia dicho alguna cosa ménos acertada; y así, leyendo la materia de Angeles, dijo con toda llaneza que él no sabia dar salidas á algunas doctrinas de Sto. Tomás, pero que entendia estar en ellas la verdad, aunque él no la alcanzaba; confesaba que por intercesion del Santo le habia dado Dios luz en muchas dificultades; y así, en la cátedra se le oyó decir cuando interpretaba algun lugar dificultoso: «Cierto estoy que el Santo dice la verdad, mas mi ingenio no la alcanza,» y al siguiente dia venia diciendo: «El Santo me ha descubierto su mente, y es la pura verdad que es esta.»

Estando leyendo la materia del pecado original, tratando la cuestion si la Santísima Vírgen era comprendida en la ley general de Adan, estaban todos sus discípulos á la mira á ver si dejaba á Sto. Tomás, y dictando sobre el punto, dijo: *Scribite; in hac controversia tenenda est sententia Sancti Thomae.* Quedaron todos los discípulos suspensos, y sin escribir se tenian las plumas

en las manos; tornó entónces en más alta voz á decir: *Scribite; in hac controversia tenenda est sententia sancti Thomae, non littera, spiritu.*

Escribid, en esta controversia se ha dé seguir la sentencia de Sto. Tomás, no en la letra sino en el espíritu; que fué decir el Maestro Deza que, si alcanzara Sto. Tomás estos tiempos, siguiera el sentir comun de los Doctores y de la Iglesia.

Viniendo de Roma de la eleccion del P. Cláudio Aquaviva, quinto Prepósito General de la Compañía, contó que, presidiendo allí un acto, le vino á arguir el P. Dr. Francisco de Toledo que despues fué Cardenal, con deseo de verle y oirle, y en materia de predestinacion le arguyó con un lugar de San Pablo tan bien, que confesaba el P. Maestro Deza, que en su vida no se habia visto tan apretado y que, vuelto en su corazon á Sto. Tomás, le dijo: «Vos sabeis, Santo, que desde que entré en la Compañía nunca os desamparé, y ahora tengo necesidad de vuestra ayuda, dádmela.» Con esto dió una respuesta que á dos réplicas que hizo, dijo el P. Toledo: «A tal solucion no tengo mas que replicar,» y quedó muy contento y satisfecho de la sabiduría del P. Maestro Deza.

Decia que nadie se habia de atrever á contradecir generalmente á Sto. Tomás, si no se hallase superior á él en el ingenio, en el estudio, ayuda de libros, memoria y oracion, por medio de la cual confesaba el Santo haber alcanzado lo que sabia, y que, si en estas confesaba verse inferior, era cosa temeraria comunmente contradecirle. Decia más, que de una vez que leia á otros Doctores antiguos los entendia, sin quedar qué entender para otra vez; pero que á Sto. Tomás despues de haberle leido una y muchas veces, siempre hallaba cosas que entender de nuevo, y que todo tenia misterio, el órden, las palabras, la conclusion, la razon, los argumentos, y en todo hallaba qué reparar, haciendo asiento en cosas que otros pasaban sin hacer caso de ellas, sin hallar artículo que no fuese de gran peso y necesidad.

Fué dilatado en su lectura, lo cual aunque á muchos desagradaba, de todos fué advertido que con su modo de leer sacó muchos y muy grandes discípulos; porque, sobre tener el ingenio muy delicado, era muy claro en enseñar, y como las cosas que tomaba entre manos las adelgazaba y llegaba hasta el cabo, mostraba á cualquier ingenio á discurrir por todas partes con la dificultad, atendiendo más no á que sólo supiesen las conclusiones, sino á que por sí discurriesen y penetrasen las dificultades, segun él se lo enseñaba con su lectura

Su doctrina era antes estrecha que ancha, enderezada siempre á edificar las almas y á quitarles ocasiones de tropezar; y aunque se notó esta estrechura y rigor en cosas mínimas, y principalmente en casos de religion y ob-

servancia regular, cuando la razon lo pedia; pero en algunas otras cosas era de ancho corazon, alegando razones que con su ingenio buscaba, y más para defender lo que estaba ya hecho. Cûando respondia á casos de conciencia, que de continuo le preguntaban, no se contentaba con sólo responder á sólo lo que le proponian, mas añadia: «Si el caso pasó ó pasara de esta ó de otra manera, se ha de responder lo contrario, para que el que pregunta, que de ordinario busca más defender su hecho que la verdad, no pueda defenderse con el parecer de los teólogos apoyando su engaño.»

Aunque sentia este gran Maestro altamente de todos los misterios de nuestra religion, de Cristo sentia altísimamente; y así, sus escritos en esta materia más parecian de un santo de los antiguos, que doctor escolástico, porque iban todos llenos de devocion y amor de Cristo; y decia, que lo primero que miraba en estas dificultades era cuál fuese la opinion más digna de Cristo, y que más honra le daba, que lo que era más honroso á Cristo era lo más verdadero.

Del sacrificio de la Misa tenia muy subidos conceptos; afirmaba que de sólo este punto tenia que leer un año. No podia estudiar en todos autores sino en los que eran de grande ingenio, como S. Agustin, Ricardo de San Víctor, y sobre todo gustaba de S. Pablo; y aunque tenia ingenio tan vivo, no era amigo de nuevas opiniones, ántes las más comunes le agradaban, mas no gustaba de leer muchos libros, sino los que son las fuentes de la doctrina, y despues profundamente discurria con su entendimiento, y por estar de ordinario ocupadísimo en casos y negocios, tenia un Hermano que a á la noche le leia un pedazo de Sto. Tomás, sobre lo que habia de leer, y con esto se iba á domir, y á la mañana prevenia una leccion que admiraba.

Como el P. Maestro Deza tenia tanto cuidado de honrar á Cristo, y á sus santos, y á los hombres con sus estudios y letras, Dios le tenia mayor de honrarle; porque no sólo el Cardenal Quiroga, Arzobispo de Toledo y los prelados eclesiásticos, mas los príncipes y señores seglares le respetaban mucho y trataban con grande confianza todos sus negocios con él. Fué cosa extraña lo que el Cardenal D. Pedro Deza se honró con él en Roma, reconociéndole por deudo suyo, saliendo á acompañarle una legua, cuando el Padre se volvió á España, hasta que se despidió de él.

El Maestro Mancio en un acto de sus frailes, á que fué convidado el príncipe D. Cárlos, primogénito que fué del rey D. Felipe II, entrando en él el P. Maestro Deza para argüir, dijo al príncipe: «Atienda V. A., que entra ahora el mejor bonete que tiene nuestra España.» Y leyendo en Salamanca, cuando decia alguna opinion suya, la confirmaba con decir: «Mi discípulo Deza tiene esta opinion,» preciándose de ella.

El rey Felipe II, cuando quiso cobrar por armas al reino de Portugal, para justificar su causa envió á consultar al P. Maestro Deza, y en la carta que le escribió, le honró mucho y dió á entender la gran confianza que de su virtud y letras hacia. A lo cual el Padre satisfizo con un parecer tan sólido y bien fundado, que fué el que se siguió, y con él concordaron los de todas las Universidades que despues fueron consultadas, y dijo el prudentísimo rey mostrando el gran concepto que tenia de él: «Bástame á mí sólo el parecer del Dr. Deza,» el cual solia decir por gracia que era doctor por el rey.

El grande Dr. Martin Navarro, tan celebrado en todo el mundo, tuvo grande estimacion de la sabiduría del P. Deza; y así, cuando en un acto que presidió en Roma fué convidado á argüir, el Dr. Navarro dió principio á su argumento con estas palabras llenas de humildad: *Liceat deliro seni delirare*, como si dijera: «Séale lícito á un viejo caduco caducar, y respondió el P. Maestro Deza: *Liceat sapientissimo viro omnium magistro omnes docere*. «Séale lícito á un sapientísimo varon, maestro de todos, enseñar á todos.» De lo cual quedaron tan amigos, que cuantos libros sacaba á luz el doctor Navarro, se los enviaba á España.

Tuvo innumerables discípulos en letras, ingenio y nobleza, y vacando la cátedra de Sto. Tomás, trató la Universidad de Alcalá de dársela al Padre Maestro Deza, pidiéndolo así todos los religiosos que oian, para poder gozar en las escuelas mejor de su leccion y honrarlas con su autoridad y letras; mas no tuvo efecto, porque los nuestros no la quisieron aceptar, sino debajo de condicion que la habia sólo de leer el tiempo que la Compañía quisiese.

Fué tanta la estimacion que alcanzó el P. Alonso Deza en la comun estimacion de toda España y de los más graves señores de ella, que vacando el Arzobispo de Toledo, entre tres que se propusieron y hallaron más dignos para aquella tan alta dignidad, fué uno el P. Alonso Deza.

No por andar este insigne varon tan ocupado en sus estudios, se eximia de los demás ministerios que la Compañía ejercita así dentro de casa como á los prójimos; porque confesaba la gente más granada de todos sus discípulos y los instruia en toda virtud, especialmente en cumplir con la obligacion de estudiante; y en lo que insistia mucho, como en punto tan esencial, era en el temor de Dios, sin tratar á nadie en particular que fuese religioso, aunque más lo desease para la Compañía: su cuidado sólo era que fuesen buenos cristianos, lo demás dejaba á Dios; porque decia que, puesto uno en estado de gracia y en recta observancia de los divinos mandamientos, luego *per simplicem emanationem*, Dios le alumbraba y le ponia en el estado que más le convenia.

jarro de agua, que le hubo de responder el Padre muy confuso: «Jesus, Padre mio, ¿quién con más razon ha de servir á V. R. que yo, indigno de ser su discípulo?»

No quiso Dios nuestro Señor que faltasen á este siervo suyo los méritos de una insigne paciencia, y así, permitió se le ofreciesen ocasiones bien graves en que ejercitarla. Un Superior, que habia sido su discípulo, movido de su celo, dió en mortificarle de manera, que causó notable reparo en todos los de casa, tanto, que movido de compasion el P. Bernardino de Velasco, que aun entónces era Hermano estudiante, entrando en su aposento, le dijo: «P. Alonso Deza, qué buena ocasion le ha puesto á V. R. Dios nuestro Señor en las manos, para merecer mucho delante de Su Divina Majestad, y más habiendo honrado tanto V. R. nuestra Religion, se ve tratar como si la hubiera quitado su crédito:» á lo cual el humilde Padre le respondió con mucha serenidad: «Despues que leí en S. Agustin, que Cristo Señor Nuestro habia pasado su vida, *bona faciens et mala patiens, donec suspenderetur in ligno*, haciendo bien y padeciendo mal, hasta colgarle de una cruz, es muy poco el bien que yo puedo hacer, y ménos el mal que puedo padecer.»

Fué escogido el P. Deza en una de las más graves Congregaciones que tendrá esta provincia, por haber concurrido en ella los mayores sujetos que en ella ha habido, para Procurador á Roma, y no faltaron algunos que quisieron descomponerle con el P. Cláudio Aquaviva, de manera, que antes que el P. Deza llegase á Roma, ya nuestro P. General estaba algo impresionado de lo que le habian mal informado, de donde resultó que nuestro P. General le envió á su provincia, sin darle despacho cumplido.

Sintióse grandemente en ella este desvío, y sabiéndose ya lo que pasaba, fueron á Jesus del Monte los Padres graves de esta provincia á recibir al P. Deza: cuando ya supieron que llegaba, todos fueron á abrazarle con grandes demostraciones de caridad y estima de su persona, y preguntándole cómo venia, respondió, que aunque cansado, pero que todo el trabajo de ir y volver á Roma se podia dar por bien empleado por conocer y tratar al P. General Cláudio Aquaviva, de cuya prudencia, santidad y prendas hizo un largo elogio, quedando todos aquellos Padres sobremanera edificados del P. Deza. Mas despues, enterado bien nuestro P. General de lo mucho que el Padre merecia, le hizo Prepósito de Toledo, y despues le señaló por Provincial de Castilla.

Viniendo á nuestro colegio de Alcalá el año de 1571 el Vicario de la Audiencia arzobispal de aquella villa á prender de hecho á un Superior nuestro, porque habia recibido en la Compañía á un caballero mozo; pretendiendo el P. Maestro Deza ponerle en razon, el Vicario ciego de la pasion, le dijo

que se fuese de allí, que sabia poco y era un bachiller; respondió con su acostumbrada mansedumbre: «Ese, señor, es mi nombre,» y diciéndole el Vicario otras palabras injuriosas, le volvió á responder con mucha gracia: «Hábito tengo yo para sufrir eso y mucho más.» Y preguntándole despues si habia sentido alguna indignacion contra el Vicario, dijo que no, sino lástima de ver un hombre tan fuera de sí, ciego de su pasion y cólera.

Otra vez fué á componer á un título, Grande de España, con sus hermanos sobre la hacienda que les tocaba de su padre, y pareciéndole á este señor que el P. Maestro Deza hacia la parte de los hermanos, entrando en su sala á decirle que se acabase de concluir aquel negocio como estaba concertado, muy enojado le dijo: «Juro á Dios y á esta cruz, que V. P. es el más injusto hombre que hay en España.» La respuesta de este siervo de Dios fué hincarse de rodillas y decirle: «V. E. me haga merced de darme esos piés, y se los besaré, que me ha hecho la mayor merced del mundo» con admiracion y espanto de los que se hallaron presentes; los cuales, retirándose un poco el señor repitiendo algunas palabras de enojo, llegaron de priesa á levantar al Padre.

No se olvidó este grande doctor entre tanta grandeza de caudal de la santa pobreza. Contentóse siempre con cualquiera cosa que le diesen, como verdadero pobre, sin quejarse jamás de que no le acudiesen con lo que parecia debérsele. Algunas veces pidió ciertas cosas al P. Ministro, que por olvido lo dilató, mas él, entendiendo que no se las queria dar, las dejó de pedir, sin hacer más mencion de ellas. Con que con haber tenido tantas ocasiones de poder ayudarse de los que trataba para el aumento de la casa ó colegio donde vivia, estaba tan sin codicia, que entre los Procuradores era muy notado que el P. Maestro Deza nunca traia nada, ni venia cosa alguna por su orden, por dejar á los prójimos toda su libertad de tratar y comunicar con el, porque de su natural era desinteresadísimo.

Y así, estando el almirante de Castilla una Semana Santa en nuestra casa, queriendo darle una limosna, el P. Maestro Deza no lo consintió, diciendo que cuando su Excelencia estuviese en su casa hiciese lo que fuese servido. Con sus parientes usó de este mismo retiro, sin darles la mano en cosa alguna, antes estorbándoles algunas, por parecer iban por su respeto, como le aconteció con el Dr. Gregorio Deza, su hermano, que siendo benemérito de cualquier dignidad eclesiástica y el que amaba más en este mundo, no sólo no le favoreció pudiéndolo hacer, sino que le divirtió de una oposicion á la Canongía Magistral de Cuenca, que tenia por cierta; y entrándose en la Compañía D. Pedro Manrique, Canónigo de Toledo, queriendo dar la suya al mismo Dr. Deza, lo estorbó con todas sus fuerzas.

Tenia grande mano con el Cardenal Quiroga, de quien era consultado qué personas le parecian á propósito para oficios y dignidades del arzobispado que él por sí proveia, y para ser propuestos á S. M. por dignos de una mitra. Y con ser así que el P. Deza le advirtió de muchas personas que por su parecer adelantó el Cardenal con grandes puestos, jamás le acordó de su hermano. De lo cual maravillado el P. Pedro de Rivadeneira, en una carta que escribió al mismo Cardenal le dice así:

«La carta original del P. Deza envio á V. S. Iltrma. así porque me parece que no acertaré yo á decir lo que él dice, como porque V. S. Iltrma. vea cuán recatado es y encogido en lo que le toca, que con tener un hermano de obra de cuarenta y cinco años, que se llama el doctor Deza, que lo es en Teología por Alcalá, y Canónigo de Santiuste, hombre de probada virtud y de los más doctos y de mejor púlpito que hay en aquella Universidad, y que ha tenido cargo de ánimas, y dado muy buena cuenta de ellas; y con haberlo escrito yo al P. Deza que nombrase á su hermano entre los otros, pues tenia tantas partes para ello, se me excusa con la que V. S. Ilustrísima por la suya verá.»

Esmeróse mucho este insigne varon en la obediencia á sus Superiores, porque á todas las cosas de comunidad acudia, por humildes que fuesen, con toda puntualidad; á los cuales, con haber sido algunos de ellos sus discípulos, guardaba tanto respeto, que como ellos mismos confesaban ningun súbdito tenian tan sujeto y rendido como él. Hablábalos siempre con el bonete en la mano: saliendo con ellos fuera, nunca iba al lado, quedando siempre un paso atrás, acompañándolos y honrándolos donde iban.

Fué un dia á la Universidad á cierta accion pública de D. Simeon, que despues fué Cardenal y muy devoto de la Compañía, y sentóse entre los demás estudiantes: los doctores comenzaron á llamar al P. Maestro Deza para que subiese arriba, y él á excusarse; porfiáronle mucho mas pidiéndole que siquiera pasase á su lugar de Maestro. Entónces dijo: «Está aquí mi Superior,» y con esto callaron todos, bien edificados de tanta sumision. Temió mucho entrar en la mar, mas la obediencia sola le quitaba el temor; y así, decia que entrar en la mar, si no era por obediencia ó caridad, era temeridad; pero que, mandándolo la obediencia, era mayor temeridad no entrar.

Era de complexion muy delicada, y así, sentia mucho los achaques y enfermedades, pero llevábalos con gran paciencia, de que algunos se maravillaban; porque, estando en Toledo muy apretado de la orina y con terribles dolores de ella, no se le oia otra palabra sino esta: «Si Dios quiere que duela, duela.»

Teniendo este insigne varon un ingenio tan agudo, aun en cosas muy pe-

queñas, en el trato mostraba una simplicidad de paloma y una candidez de niño, sintiendo de todos bien sin ser malicioso. Avisándole uno de casa que advirtiese que era demasiado llano en los negocios, respondió que no creia que hasta entónces le hubiese engañado en aquel particular hombre alguno; pero, como no daba mal por mal, sino bien por mal, parecíales que no entendia sus tratos.

Aunque resplandeció este Maestro en todo género de virtud, fué mucho más en la caridad y misericordia para ayudar á los prójimos en cuanto podia, y era tanto y tan ordinario el concurso de los que á él acudian, y las veras con que él tomaba la necesidad ó pretension de cada uno, que era maravilla que le quedase tiempo para estudiar.

A los que hacian actos para graduarse, ayudaba con sus letras y favor religioso y ayudas temporales. A los que veia quererse dar de veras á la virtud y no tenian de qué sustentarse, buscaba con qué remediarles para que llevasen adelante sus intentos; y así, fueron sinnúmero los que remedió y proveyó por medio de gente principal; porque, aunque pobre, enriqueció á muchos.

Vino un dia á comer muy tarde, y con el bocado en la boca volvió á salir fuera. Díjole un Padre que qué negocio se le ofrecia, pues habiendo venido tan tarde se volvia tan presto, y él respondió: «Hame pedido una pobre mulata, que la componga con su marido, que es un morisco que se ha de ir de casa antes de la una, y voy á hacer las amistades.» De estas obras hacia innumerables, y así, decian que el P. Maestro Deza no sólo ayudaba á los que se venian á favorecer de él, sino que él andaba á buscar las necesidades para remediarlas.

No dejó de dar este sabio Maestro algunos consejos saludables, como que no era bueno el ánimo del que tiene gana de corregir, sino del que deseaba no hallar qué corregir, y lo que encontraba digno de corregir le ofendia y procuraba guiarlo á la enmienda por el camino más suave: que la reformacion del hombre no ha de ser por lo exterior, sino por lo interior con el temor de Dios.

Decia que los que se regian por sentimientos, estaban muy sujetos á engaños y mutabilidad; que el fundamento ha de ser la ley y la razon que no se muda. Disuadia mucho la perplejidad é indeterminacion.

Pidiéndole uno consejo para decir su dicho en una informacion de limpieza, por estar dudoso en ella respondió que, supuesto que él estaba en duda, más honra de cristianos era levantar un linaje que tenia alguna sospecha y con su autoridad deshacer la queja injusta que echarle á perder del todo.

Solia decir que á veces se ofrecian cosas en que no parece bastaba la virtud de la paciencia, sino que era menester el dote de la impasibilidad. Hablando de aquel excelente acto de caridad de nuestro P. S. Ignacio, cuando preguntó al P. Maestro Lainez qué haria si Dios le ofreciese el cielo luego, pero que, si se quedaba en el mundo, le haria un muy calificado servicio, mas quedaba en duda su salvacion; á lo cual el P. Lainez respondió, que él escogeria irse luego al cielo, nuestro P. S. Ignacio dijo que no, que él escogeria hacerle aquel servicio tan calificado; y alabando al uno y al otro dijo, que nuestro P. S. Ignacio habia hablado como un serafin, y el P. Maestro Lainez como un querubin.

Preguntándole un Padre qué haria si supiese de cierto que habia de morir á otro dia, respondió que prepararia su leccion y la leeria y acudiria á lo demás en que le tenia ocupado la obediencia como los demas dias. Y verdaderamente andaba tan puesto en Dios, aun en las ordinarias ocupaciones, que parecia hacer cada una como si fuera la última de su vida en que le hubiese de coger la cuenta, que á Dios se debe dar de todas. Esto era de manera que un Padre de los nuestros, que con atencion le miraba, solia decir que deseaba él desenvolver en el altar los corporales con tanta devocion como solia el P. Deza desenvolver la servilleta en la mesa.

Fué nuestro Señor servido de dar fin y premio á tantos y tan útiles trabajos de este gran Padre y maestro de tantos y tan lucidos sujetos, sobreviniéndole por ocasion de ellos un dolor de ijada, que algunas veces solia tener, y engendrándosele una apostema oculta, de que murió santísimamente, habiendo sido el más amado en su tiempo de todo género de gentes.

Murió en el Señor en Toledo á los 29 de enero de 1589 años, á los cincuenta y nueve de su edad y treinta y uno de Compañía, estando electo por Provincial de Castilla. Fué su muerte muy sentida y llorada de todos, en especial de la Universidad de Alcalá. Los doctores y maestros desde sus cátedras dijeron honorificentísimos elogios de su virtud y letras. Los religiosos de S. Francisco vinieron á nuestra iglesia en forma de Comunidad. Vino tambien toda la Universidad en forma por mandado del Rector debajo de precepto que ninguno faltase, haciendo el Oficio con gran solemnidad, honrando al que tanto les habia honrado, y al que, como ellos decian, habia sacado del polvo la sagrada Teología, y puéstola en el punto que en aquel tiempo era posible.

Los colegiales teólogos le hicieron tambien solemnes exequias, pidiendo a un Padre de los nuestros predicase, como lo hizo, mostrando en esto el agradecimiento que á tan gran Maestro y colegial suyo debian y pagaban con aquella memoria, la cual vive hoy en aquella Universidad y en toda España.

Escribieron la vida de este grande doctor los Padres Cristóbal de Castro y Pedro Rivadeneira, y la resumió Felipe Alegambe en su *Biblioteca*.

P. NIEREMBERG.

P. MIGUEL DE TORRES

I

NACIÓ el P. Miguel de Torres de padres nobles en la villa de Alagon, del reino de Aragon, el año de 1509 á 23 de agosto, en que se celebra la vigilia de S. Bartolomé Apóstol.

Habia sido su padre casado dos veces sin tener hijos, y de la tercera tuvo á Miguel de Torres por medio de muchas oraciones y limosnas. Crióle en temor de Dios, y, despues que hubo aprendido las primeras letras, le envió á la Universidad de Alcalá, donde prosiguió sus estudios de Artes y Teología y alcanzó grado de doctor; fué colegial mayor y Rector de la Universidad y catedrático de Artes con tanta loa y satisfaccion de todos por su grande ingenio, rara modestia y prudencia, que fué escogido entre todos los colegiales mayores y doctores de la Universidad, para ir á Roma á defender el derecho de ella, contra el Cardenal D. Juan Tabera, Arzobispo de Toledo, y D. Gaspar de Quiroga, su Vicario General, que la pretendia sujetar á su jurisdiccion.

Llegó á Roma el mes de setiembre del año de 1540, en que fué por la Santidad del Papa Pio III confirmada la Compañía de Jesus; llevaba tan ruin opinion de nuestro P. S. Ignacio, que rehusaba verle y tratarle, por no perder reputacion. Era esto de manera, que ni aun ver queria á ninguno de los nuestros, y habiéndole instado mucho el embajador de España, Juan de Vega, que se viese con el P. Salmeron, respondió que qué dirian las gentes si le viesen tratar con unos hombres de los cuales se decia que habian huido de España, por no caer en manos de la Inquisicion.

Pero importunóle tanto el piadoso embajador, que dijo el Dr. Torres hablaria al P. Salmeron, pero de noche y disfrazado, y de esta suerte con gran cautela fué al lugar señalado. Habláronse los dos, la conclusion de la plática fué pedir el P. Salmeron al Dr. Torres, que siquiera una vez se viese con el Padre de su espíritu y gran siervo de Dios Ignacio.

Escandalizóse el doctor de esto: «En ninguna manera, dice, haré yo tal cosa, porque este Ignacio es el que querian en España quemar, y por él estais todos infamados, ¿qué pareceria al mundo si supiesen que yo hablo con él? bastaba esto para que luego me tuviesen por sospechoso los de la nacion española.» Rogóle el P. Salmeron, que siquiera en secreto y con el disfraz que quisiese, y de noche, en un lugar fuera de Roma le hablase. Condescendió al fin en esto muy contra su voluntad, y, como quien sale de camino, llegó de noche, como otro Nicodemus, al puesto donde S. Ignacio le estaba aguardando.

Iba el doctor muy prevenido, como si fuera á hablar con un hombre astutísimo y muy peligroso; lo cual aumentó mucho la maravilla que despues sucedió, trocando la mano del Señor el corazon del Dr. Torres; porque apénas le comenzó á hablar el Santo Patriarca, ni habia aún pronunciado diez palabras, cuando, lleno de un santo respeto y pavor, se postró el doctor á los pies de nuestro Padre, y reverenciando al Señor que estaba en su bendita alma y hablaba por su boca, se le entregó y puso en sus manos, para que hiciese de él lo que quisiese.

Aconsejóle S. Ignacio se recogiese á hacer sus Ejercicios; obedeció el doctor, retirándose para esto fuera de Roma. Salió de ellos muy fervoroso y con deseo de ayudar á las almas cuanto pudiese, aunque no determinado de entrar en la Compañía; y así, dijo á S. Ignacio que lo encomendase á Dios, que él haria lo que le dijese, porque esto entenderia ser voluntad divina; tan gran concepto cobró de aquel que le tenia en tan bajo antes que le tratase. El Santo dijo que diria por aquella intencion tres Misas, en las cuales le revelo nuestro Señor que era su voluntad que el Dr. Torres entrase en la Religion de la Compañía.

Díjoselo S. Ignacio, que esto era lo que convenia al mayor servicio divino, y queriendo añadir algunas razones de aquesta conveniencia, le detuvo el doctor diciendo: «No quiero, Padre, oir razones, porque las razones con otras las pudiera yo deshacer. Bástame á mi saber que esta benditísima alma de V. R. lo siente así, para que yo le obedezca, aunque sea en cosa tan árdua; hágase en mi en todo la voluntad divina,» y luego, sin apartarse de allí, hizo voto de ser de la Compañía.

No le quiso recibir luego S. Ignacio, hasta que, concluidos felizmente los negocios, diese cuenta de ellos á los de su colegio mayor y de la Universidad de Alcalá, como lo hizo. A la vuelta para España, ordenóle el Santo Patriarca se pasase por Valencia, y visitase al duque D. Francisco de Borja, y le confirmase en el voto que habia hecho de la misma manera de ser de la Compañía, y al duque escribió hiciese el mismo oficio con el Dr. Torres; por-

que de esta suerte queria el prudentísimo varon se confirmasen los dos en su santa vocacion como lo hicieron, y se consolaron mucho de verse y comunicarse los dos fervorosos pretendientes.

Pasó á Alcalá el Dr. Torres y tornó á su colegio mayor, donde vivió con habito de colegial, pero con espíritu de la Compañía, hasta que nuestro Santo Padre le ordenó el año de 1547 que se entrase en ella. Lo cual sucedió de esta manera.

II

Va á fundar el colegio de Salamanca, y padece grandes persecuciones.

El Cardenal D. Francisco de Mendoza, Obispo de Coria, viendo en Roma, donde residia, las santas obras de nuestro P. S. Ignacio, á quien habìa conocido en Salamanca, y de los demás de su Compañía, cuyo buen olor andaba esparcido por Italia, queriendo hacer un colegio de la misma Compañía en Salamanca para bien y provecho de tanta juventud como allí se junta á estudiar, pidió á nuestro P. S. Ignacio gente para ello, el cual, confiado de la buena voluntad del Dr. Torres, le escribió, estándose aún en su colegio, de esta manera: «El Cardenal D. Francisco de Mendoza me pide que envie algunos de los nuestros á fundar un colegio en Salamanca que él quiere dotar: no tengo á quién encomendar esto sino á V. R., y así, podrá tomar uno ó dos compañeros de los que en este colegio de Alcalá están, é irse con ellos á Salamanca por Superior.

Obedeció luego el doctor lo que nuestro Santo Padre le ordenaba, como si hubiera estado en la Compañía muchos años. Vistióse un hábito pobre como los demás, y tomó del P. Villanueva la noticia que pudo del gobierno y modo nuestro de proceder, y con el H. Sevillano, que sabia ya bien de las cosas de la Compañía, y Juan Gutierrez, hermano del P. Martin Gutierrez, se partió para Salamanca, dejando una cátedra de Teología que le ofrecian, y dos canongias de Zaragoza y Alcalá.

Llegó el P. Torres á Salamanca donde mucho ántes habia llegado su fama por sus raras letras, y así, era en ella bien conocido; por lo cual admiró más con el traje humilde y pobre con que entró. Alquiló una pobre casilla, en la cual vivió con tanta pobreza, que haciendo una capilla donde oraseu los nuestros, la hizo de lodo y paja, y no tuvo qué poner en el altar sino una estampa de papel, la cual colocó con mayor gusto que si fuese una excelente pintura de un artífice primo.

Comenzó luego á ejercitar los ministerios de la Compañía, dando ejemplo á los demás que le imitaban en todo con rara edificacion de la ciudad. No se cansaban de oir confesiones; eran celosísimos en hacer la doctrina á los

niños; visitaban los pobres de las cárceles; acudian á los hospitales, lo cual como advirtiese el corregidor y los regidores de la ciudad, desearon enterarse de qué gente era aquella tan ejemplar y provechosa.

Señalaron para esto algunos regidores, los cuales hallaron tal informacion de la santa vida de aquellos benditos Padres, que quedaron admirados, y mucho más cuando hablaron al siervo de Dios, Miguel de Torres, porque quedaron de su vista y conversacion tan satisfechos y enterados de la virtud de aquellos religiosos, que volvieron diciendo mil alabanzas de ellos, haciéndose lenguas en el Ayuntamiento, encareciendo su gran santidad. Fue esto de manera, que cuando volvieron los demás regidores á sus casas, mandaron á sus mujeres que no se confesasen con otros, sino con los de la Compañía.

Uno de los regidores que fueron á nuestra casa, viendo la pobreza de los nuestros, que no tenian en el altar más que una estampa de papel, la despegó de la pared y se la llevó consigo, enviándoles él de su casa una buena pintura que pusiesen en su lugar. Navegaban los nuestros con viento muy favorable, pero cuando ménos pensaron se levantó tal borrasca, que fue bien menester tener el gobernalle tan buen piloto como el P. Miguel.

Estaba á la sazon en aquella Universidad, y leia cátedra de Prima, el P. Fr. Melchor Cano, de la Orden de Sto. Domingo, varon por su religion, por su gobierno y letras de gran autoridad y muy respetado en toda aquella Universidad, el cual, mal informado del instituto é intencion de la nueva Religion de la Compañía, nunca pudo satisfacerse de las razones que muchos le decian; y así, en Salamanca fué el primero que con celo menos prudente se recató de la Compañía, y comenzó á tratar pesadamente de su instituto y de su manera de vivir, porque no estaba enterado de él y le parecia que en aquellos tiempos tan peligrosos debia ser sospechosa cualquier novedad.

Aunque algunos de su Religion le procuraron satisfacer y poner en razon, porque les parecia mal lo que hacia; con todo eso, como era persona de tanta autoridad, muchos de la Universidad, cerrados los ojos, le siguieron, de suerte que los maestros en las cátedras, y los predicadores en los púlpitos, y los religiosos y letrados en sus juntas, y los caballeros en sus conversaciones, y la gente popular en sus corrillos, dieron tras aquellos pocos y pobres Padres, de manera que apénas osaban andar por las calles, ni tratar con nadie; porque todos huian de ellos, como de gente infame y apestada.

Persuadióse el Maestro Fr. Melchor Cano, que habia ya nacido el Antecristo, y que los de la Compañía eran sus precursores; y con esta imaginacion interpretaba mal áun cuantas obras buenas habia en ellos; en todas sus conversaciones, y en el púlpito y la cátedra hablaba contra los nuestros. De-

cia que no está el mundo para fiarnos fácilmente de él ni de cualesquiera apariencias de santidad y virtud, para meter en nuestras casas los que no conocemos, especialmente, viendo que los de la Compañía desechan el escapulario y la capilla, que es hábito comun de todas las Religiones; que tiene la puerta cerrada para cualquiera que haya traido hábito de otra Religion; que desprecia el coro y el culto que en él se da á la Divina Majestad; que aquella composicion exterior tan cuidadosa de su exterior era máscara para disfrazar la fealdad del error, porque la mentira nunca se atreve á parecer con la cara descubierta en el mundo; y que por esto no comunicábamos las cosas de nuestro instituto, y, dejando á los letrados, que son como las luces de la Iglesia, nos íbamos á enseñar á los niños, que es traza de los antiguos tiranos, que pretendieron por este camino desarraigar la religion católica, y de los modernos herejes que la quieren pervertir.

«Pues el nombre de la Compañía de Jesus (decia) ¿qué es, sino una grande arrogancia, y quererse apropiar lo que S. Pablo da á todos los fieles? Especialmente que la vida de ellos es regalada y opuesta á la de Jesus y sin las asperezas y penitencias que por regla tienen las demás Religiones: Jesucristo perseguido y odiado del mundo, y ellos acariciados y aplaudidos; Jesus andaba por los pueblos más faltos de doctrina, y ellos por las cortes y ciudades populosas, y quieren cubrir sus faltas con ciertas contemplaciones y misterios secretos, que se llaman Ejercicios espirituales, y no los comunican sino á las personas muy confidentes, y tambien las cubren con una fingida humildad de cierto voto que hacen de no aceptar dignidades, y con el nombre de santo que dan á su Fundador, como si no le conociésemos y no le hubiésemos tenido en este nuestro convento de Salamanca.»

Estas y otras semejantes razones bien dilatadas dijo en viva voz, y puso en papel el P. Maestro Fr. Melchor Cano, y con su autoridad movió á mucha parte de la gente principal y casi á todo el vulgo, de manera que ninguno se osaba fiar de los nuestros; y se trató en el claustro de la Universidad si los echarian de ella.

El P. Miguel de Torres llevó este trabajo con gran conformidad con la voluntad divina y ánimo esforzado, encargando á todos sus súbditos encomendasen á nuestro Señor aquella persecucion, y procurasen dar el buen ejemplo de vida que hasta allí habian dado. Fué á visitar el P. Dr. Torres, al P. Maestro Melchor Cano (á quien habia conocido en Alcalá) para informarle mejor de nuestras cosas. Hízolo así; declaróle brevemente el instituto de la Compañía; mostróle las Bulas del Sumo Pontífice en su confirmacion: hízole relacion del fruto que en tan pocos años Dios habia obrado por medio de ella.

Procuró hacerle capaz de la santidad y méritos que el Señor habia puesto en su siervo Ignacio, y que no estaba tan destituida la Compañía de letras como pensaba, pues así el Fundador de ella, como todos sus primeros compañeros, eran graduados en la Universidad de París, y finalmente, el crédito que de la nueva Religion tenia el Papa, enviando por Teólogos suyos al Concilio de Trento á los PP. Lainez y Salmeron, y el rey de romanos instando que se hiciese Obispo de Trieste al P. Cláudio Jayo, para reformar aquellas provincias, y el rey de Portugal D. Juan el III, fundando el colegio de Coimbra y enviando á la India Oriental con potestad de Legado Apostólico que le habia dado el Papa, al P. Francisco Javier, y los Cardenales y otros Prelados de la Iglesia sirviéndose de los de la Compañía con gran satisfacion suya y edificacion y provecho de los pueblos.

Despues con toda humildad le rogó se quisiese servir de su persona y colegio, y tomarlo debajo de sus alas, para que como pequeñuelos pudiesen vivir seguros debajo de su amparo; porque, fuera del servicio que en esto haria á Dios y beneficio de las repúblicas, toda nuestra mínima Compañía le quedaria perpetuamente obligada, y más particularmente el colegio de Salamanca. No hicieron mella estas razones del P. Dr. Torres, ni la humildad y sumision con que las dijo en el pecho del P. Cano, ántes quedó con gran lástima que un hombre de tanta virtud y letras como el Dr. Torres, hubiese sido engañado y echádose á perder con la compañía en que estaba.

Viendo el P. Miguel que este medio no le habia sucedido bien, encargó á sus súbditos que tomasen el que usó el Apóstol, procurando volver bien por mal. Hablaban bien de sus cosas (como en efecto lo merecian); encarecian su religion y letras y el celo que principalmente le movia y las ocasiones presentes que tenia para celar el bien de la Iglesia con tantas veras, y escusaban lo que parecia que no se podia excusar. Como esto lo hacian los nuestros con tanto cuidado y tan de corazon, aunque no ganaron al P. Cano, que atribuyó todo lo que hacian y decian á artificio, todavía movieron los ánimos de muchos para que reparasen y tuviesen por hombres perfectos á los que en medio de tantas llamas no se quemaban, y en una mar tan turbada estaban con tanta seguridad.

III

Los de la Religion de Sto. Domingo vuelven por la Compañía.

Procuraron los mismos de la Religion de Sto. Domingo poner en razon al P. F. Melchor Cano: entre otros señaladamente el P. Maestro Fr. Juan de la Peña, varon por su gran religion y raras letras de los más insignes que los Padres Predicadores han tenido en España, muy prudente, y de acertado jui

cio, y medido en sus palabras, á quien parece que Dios nuestro Señor encargó este oficio; porque, enterado de nuestro instituto y manera de vivir y de la verdad que profesamos, juzgó que era grande servicio de nuestro Señor el defenderla de las calumnias que le oponian en Salamanca, y desengañar y reducir al P. Maestro F. Melchor Cano; y para excusar porfías y amarguras, puso por escrito su parecer, como lo habian puesto los contrarios, cuya breve suma es la que se sigue:

«Dice, pues, este religiosísimo y sapientísimo Padre que la piedad cristiana siempre debe inclinar nuestro juicio en los negocios dudosos á la parte mas favorable y á tener por buena la raíz de la intencion, cuando los frutos de las obras tienen sabor y color de salud, y aún muchas veces excusar la intencion, cuando la obra no se puede excusar. Que los negocios de la religion no se deben poner en ojos y lenguas del vulgo ignorante, porque es animal de muchas cabezas, sino en el peso de jueces y Padres de la fe, cuyo tribunal santo es como una aduana, donde se registran las espirituales mercaderías de doctrina y costumbres, para que con su marca y aprobacion puedan seguramente correr entre los fieles.

»Que este es el contraste y piedra del toque para conocer y distinguir el oro fino del falso, y que así á él le parecia. Que no cae debajo de duda la aprobacion de la Compañía, pues está aprobada y confirmada por el Vicario de Cristo nuestro Señor, como lo están las demás Religiones, y que no toda novedad es hija de novedad, sino las torres nuevas que se levantan, y no sobre piedra firme y fundamental de la fe que Cristo depositó en los sucesores de S. Pedro, que como la de Babel caerán. Mas otras novedades é invenciones santas, con que Dios por medio de sus Vicarios renueva casi en todos los siglos su Iglesia, ántes se deben llamar renovaciones de la misma Iglesia que novedades en ella, porque todas las Religiones tuvieron su niñez y fueron en sus principios desconocidas, y, como tales, sospechosas, siendo verdad que en la observancia religiosa y fervor de espíritu en aquellos tiempos florecieron más.

»Que ningun hereje jamás se sujetó al Romano Pontífice, sino el que por el mismo caso quiere dejar de serlo, y que estos Padres no sólamente se sujetan á él y le obedecen como los otros fieles, sino que hacen voto particular y solemne de obedecerle, y con el uso devoto de los Santos Sacramentos y la reverencia y culto de los santos, y de sus imágenes, y reliquias, y las demás cosas que profesan, han pregonado y hacen guerra á todos los herejes de nuestros tiempos. Que no es odio de las Religiones el no usar de capilla y escapulario, sino medio conveniente para los prudentes fines que tienen, y no sin imitacion de otras Religiones más antiguas; pues la que fun-

dó S. Agustin de clérigos regulares no sabemos que haya tenido hábito diferente del que usaban los otros sacerdotes. Y nuestro glorioso P. Sto. Domingo confirmada tenia su Religion, y con instituto diferente de todas las demás, pero no en otro hábito que los canónigos reglares, hasta que, años despues, la revelacion hecha á Fr. Reginaldo nos lo mandó mudar y tomar el que ahora tenemos.

»Ni es cosa nueva excluir á los que una vez han desamparado su primera vocacion en otras Religiones; pues demás de ser para desfavorecer á los apóstatas y á los que por su liviandad gustan de andar cada dia probando nuevas maneras de vida, tienen ejemplo en las órdenes militares, que si no es con expresa dispensacion no pueden admitir entre sus freiles á los que otros institutos han excluido.

»Lo del coro se tiene por más esencial en la Religion, pero no lo es tanto que no pueda haber Religion sin coro, pues nuestro glorioso Padre tuvo algunos años la suya sin él, y no fueron los peores. Tambien sabemos que desde el tiempo de los Apóstoles hay Religion y votos monásticos en la Iglesia, y el orígen de juntar esta manera de coro y salmodia comenzó muchos años despues; y S. Agustin atribuye el uso de ella en las provincias occidentales á S. Ambrosio: y S. Gregorio Papa prohibe en un Concilio romano con pena de anatema que en la Iglesia romana ningun sacerdote, ni aun diácono, cantase en el coro.

»Pues si le pareció á aquel glorioso Pontífice que los sacerdotes de su tiempo (que no eran pocos) debian desocuparse del coro, para más libremente acudir al oficio de la predicacion; y si en todas las demás Religiones, los colegiales, predicadores y lectores y gente ocupada son relevados de esta carga, ¿por qué se ha de atribuir á falta y menoscabo de religion, que donde todo el instituto y profesion es ayudar á los prójimos y todos los que hay (que no son muchos) se ejercitan en eso ó aprenden para ello, se desocupen de cantar en el coro para atender mejor á su oficio y ministerios.

»De una congregacion de clérigos habla muy bien S. Agustin en el libro de *Moribus Ecclesiae;* y por cierto que yo no hallo allí sino lo que esta Compañía profesa. Y no pienso que el faltarle el coro deshace la Religion, como tampoco allí parece que le habia. Persuadiérame que la composicion y modestia exterior, que en estos Padres vemos, era fingida y engañosa, si no estuviera satisfecho de la verdad con que andan en los ojos de Dios. Pero cuando esto hay, no es aquella ménos necesaria para hermosear y conservar en su frescor y gusto la virtud, que las hojas de que la naturaleza proveyó tan copiosamente á los árboles, no tanto para su adorno de ellos, cuanto para que se sazonasen y defendiesen sus frutos.

»Ni esconden de los ojos del sol su instituto, ántes comunican sus cosas y dan cuenta de ellas á la gente grave y docta, que desapasionadamente las quiere entender, si bien las hurtan á los del vulgo, cuya corta capacidad ni puede dar, ni es bien que dé su voto en cosas tan graves y que tanto la exceden.

»Y no se contentan con enseñar á la gente ya criada y de entendimiento, sino toman á su cargo los niños que comienzan á aprender en las escuelas, porque saben es tan eficaz remedio para la reformacion ó destruccion de la república; que no es el espíritu de Dios ménos sagaz que el de nuestro enemigo; ántes los herejes que por este medio quisieron contaminar, ó por mejor decir, contraminar la Iglesia, aprendieron esta industria de los santos antiguos, que como celestiales mineros usaròn de esta mina, infundiendo como en vasos nuevos en los pechos de los niños la fe con Dios y la devocion.

Ni hay para qué atribuir á arrogancia y soberbia el nombre de la Compañia de Jesus, que su Fundador puso, y la Sede Apostólica confirmó á esta Religion; porque, si esto valiese, tambien podrian poner á pleito á nuestro glorioso P. Sto. Domingo el nombre de Predicadores que tiene su Religion, como si por esto quisiéramos levantarnos con el oficio de la predicacion. No es así, no; ni porque la Religion de S. Francisco se llama de los Menores, se quiere por esto alzar con la humildad; ni es la Trinidad para solos los religiosos que se intitulan de ella. Esto de nombres déjase á la devocion y particulares respetos de cada uno.

Yo confieso sencillamente que no es cosa durable una Religion sin penitencia, y que no se puede conservar el estado religioso sin afliccion del cuerpo; pero no me persuado que la Compañía es tan ajena ni enemiga de esto; porque si bien es verdad que su regla no señala asperezas comunes y que comprendan por obligacion á todos, pero da lugar, ántes en cierta manera compele á que los particulares la usen, y con dejarlo á su devocion y al juicio de sus mayores, hace la penitencia más cierta y provechosa que si pusiera una misma tasa para todos. Porque á quien le mandan tener recogimiento, y pensar en sus pecados y en la vida y Pasion de Jesucristo nuestro Señor, y le encarecen de palabra y obra la importancia grande de la esperanza y penitencia, cierto sin obligarle le obligan; que no es posible andar de veras en oracion sin mortificacion, como lo muestra la experiencia; y de aquí se sigue ser de gran fruto interior la penitencia que estos Padres hacen, por tomarse con espíritu y vivo deseo de mortificarse, y el no exceder ni aflojar demasiado, dando á cada uno lo que ha menester conforme á su necesidad y fuerzas.

»Ni la comun manera de comer y vestir que profesan se puede llamar re-

galo, ni desmerece por esta parte esta Orden el nombre de la Compañía de Jesus; pues el mismo Señor dice del Bautista: *Venit Ioannes Baptista neque manducans, neque bibens;* y de sí al contrario: *Venit filius hominis manducans et bibens.* Y como á estos Padres los calumnian algunos el comun vestir y comer por via regalada y sensual; así no faltó quien del Salvador dijese: *Ecce homo vorax et potator vini.* Santísimamente otras Religiones toman demostracion exterior de estrechura y aspereza, pues esto alaba el Hijo de Dios en su Precursor; pero si alguna Religion no trujere este exterior, sino un comun y ordinario trato, no por eso debe ser tenida por extraña de Jesus, pues puede con razon decir que él tomó para sí estas partes y las otras dejó al Bautista.

»Tampoco se ha de vituperar el aplauso y honra que la gente les da, porque siempre la honra sigue como sombra á la virtud que huye de ella, y en si es tan hermosa, que luego que se descubre, lleva los ojos tras sí, y enciende y roba los corazones de los que la ven, aunque sea su enemigo.

»El asentar sus casas en lugares grandes y populosos, en estos principios es necesario hasta que haya tomado más fuerzas, y tenga mayor copia de sujetos, los cuales no se hallan sino en lugares grandes y de mucha frecuencia, aunque de los pocos que son, parte de ellos anda cultivando la viña de la India Oriental que Dios nuestro Señor ha descubierto á su Iglesia.

»Lo que dicen de los Ejercicios espirituales que usan y dan estos Padres, tiene ménos sospecha. Porque el libro de los mismos Ejercicios, despues de haber sido examinado por órden de su Santidad por tres personas gravísimas, y dos de ellas de nuestra insigne Religion, fué aprobado por la Sede Apostólica. Y los ejercicios de los santos y la experiencia, y toda buena razon nos enseña que dificultosamente se puede encender fuego en los ánimos de los prójimos, si el que le quiere encender no arde en si, y si con recogimiento interior no está compuesto.

»San Basilio y S. Benito, Padres é instituidores de la vida monástica el uno en Oriente y el otro en Occidente, la mayor parte de su Religion en esto la ponian. Nuestro glorioso P. Sto. Domingo y S. Francisco, ¿de dónde sacaban el fuego con que abrasaban los corazones, sino de la fragua de la oracion y trato con Dios? Mas fácilmente se nos pegan las costumbres y vicios de los seglares, que nosotros les peguemos el desengaño y virtudes religiosas. Y, en efecto, vemos que, si queremos con las manos calentar un guijarro frio, mientras nosotros le pegamos un poco de calor, él nos comunica tres doblada frialdad; y así, para cobrar el calor espiritual que cada dia perdemos con el trato de los seglares, es necesario volver frecuentemente á la fragua encendida de la meditacion, pues por haberse en esto descuidado ve-

mos muchas brasas encendidas hermosas, vueltas despues en feos y denegridos carbones.

»Ni hay para qué poner dolo en el uso que hacen de no admitir dignidades, pues se sujetan á la obediencia del Sumo Pontífice, que, cuando juzgare convenir, podrá mandárselo; y no habiendo extrema necesidad ni precepto, lícito es y obra virtuosa tenerse los sujetos de una Religion por inhabiles para tan grandes cargas y rehusar de su parte, imitando á tantos y tan aventajados santos que así lo hicieron.

»Y si todo esto que he dicho es así, como creo que lo es, muy digno parece de alabanza y de estima el Fundador de esta Religion; que frutos tan suaves y dulces no arguyen malicia, ni amargura en su raíz.

»Ni haber sido perseguido como inventor de novedades le hace sospechoso, pues este es el camino real que han llevado los demás santos y Fundadores de las Religiones. Y siempre fue así que la libertad y relajacion halló en el mundo mil valedores, y la virtud á duras penas quien la apoye.»

Esta es una breve suma del tratado que el P. Maestro Fr. Juan de la Peña escribió en defensa de la Compañía, respondiendo á las razones que contra ella habia dicho y escrito el P. Maestro Fr. Melchor Cano. La cual suma he querido referir aquí, para que quede siempre en nuestra memoria lo que debemos á tan insigne varon, que tan en sus principios y en tiempo tan turbulento, y en que un hombre tan estimado y de su misma Religion opugnaba la Compañía, él se le opuso y volvió por la inocencia de los que juzgó que contra razon eran maltratados.

Tambien he puesto aquí este discurso, para que por él conste que la contradiccion que la Compañía padeció en aquellos principios en Salamanca, aunque tuvo orígen de un Padre grave de Sto. Domingo, no fué de toda la Orden de Sto. Domingo, sino de un particular de ella y de algunos pocos aliados suyos que le siguieron, llevados de su autoridad y del celo por ventura de la verdad, vestido de capa de piedad; pues en el mismo tiempo otro Padre y Maestro de la misma Religion, y no ménos grave y docto que el primero, tomó su patrocinio, y dijo, y escribió lo que aquí queda referido; y fueron tan eficaces y de tanto efecto las razones del P. Maestro Fr. Juan de la Peña, que no sólamente la Compañía cobró su buen nombre con el pueblo, sino tambien con los hombres letrados y graves de la Universidad de Salamanca, y aun muchos y principales varones de la Orden de Predicadores tomaron muy de veras nuestra defensa, y despues la han continuado y favorecido mucho; y en aquellos tiempos turbulentos no fué solo el P. Fr. Juan de la Peña el que nos defendió, porque, en sabiendo lo que pasaba en Salamanca, el Rvdmo. P. Fr. Francisco Romey, General de la Religion de Sto. Do-

mingo, varon gravísimo y doctísimo, escribió una patente á todos los religiosos de su Orden, mandándoles lo que por ella se podrá ver, que traducida del latin dice asi:

«A todos los nuestros Venerables en Cristo, Padres y Hermanos de la Orden de Predicadores, donde quiera que se hallaren, Fr. Francisco Romey de Castellon, Profesor en sacra Teología, y humilde Ministro General, y siervo de toda la dicha Orden, salud y consolacion del Espíritu Santo.

»Sabed cómo en estos tiempos miserables, en que la religion cristiana es combatida de las armas de los herejes y maltratada de las perversas costumbres de los malos cristianos, nos ha enviado la misericordia de Dios como gente de socorro una nueva Religion de clérigos regulares, llamada la Compañía de Jesus, la cual ha aprobado y confirmado nuestro Santísimo en Cristo Padre y Señor el Papa Paulo III, movido de los grandes frutos que en la Iglesia esta Religion hace con sus sermones y lecciones públicas, con exhortar los fieles á la virtud, con oir las confesiones y con los otros sacros ejercicios, y con el ejemplo de santa vida de lo cual os he querido avisar, porque ninguno de vosotros, movido de la novedad de este instituto, se vuelva por error contra los soldados que Dios le ha enviado de socorro, ni murmure de aquellos de cuyo acrecentamiento se debia alegrar é imitar sus pias obras.

»Bien creemos que vosotros, como amigos y amados del celestial Esposo, no vituperareis ni sentireis mal de la variedad de los vestidos de su Esposa, ántes los estimareis y honrareis con aquella caridad que se goza con la verdad; mas, por no faltar á lo que debemos á nuestro oficio y por prevenir a cualesquier inconvenientes, por estas nuestras letras os ordenamos, y por la autoridad de nuestro oficio y en virtud del Espíritu Santo y de la santa obediencia y so las penas que quedarán á nuestro arbitrio, os mandamos que ninguno de vosotros, los dichos nuestros religiosos, se atreva á murmurar ni decir mal de esta dicha Orden, aprobada y confirmada por la santa Sede Apostólica, ni de sus institutos, así en las lecciones públicas, sermones y Ayuntamientos, como en las pláticas y conversaciones familiares; ántes trabajeis de ayudar á esta Religion y á los Padres de ella como á soldados de nuestra misma capitanía, y los defendais, y ampareis contra sus adversarios.

»En fe de lo cual mandamos sellar estas nuestras letras con el sello de nuestro oficio. Dada en Roma á 10 de octubre de 1548.—*Francisco Romey*. Maestro de Predicadores, en el tercero año de nuestra asuncion.»

IV

Sosiégase esta persecucion y otra de Toledo.

Todo esto era necesario contra la autoridad del P. Fr. Melchor Cano, por ser mucha la que tenia en España y la que merecian sus letras. Pero, como suele ser de grandes ingenios ser tenaces en lo que una vez aprendieron, por lo cual sintió Sto. Tomás que no eran capaces de enmienda los ángeles que una vez erraron; este gran doctor no podia corregir su sentimiento, y sólamente le reprimió un Breve que despachó el Sumo Paulo III, mandando á los Obispos de Cuenca y Salamanca que como Comisarios Apostólicos amparasen y defendiesen á los de la Compañía que estaban en Salamanca, y reprimiesen y castigasen á los que dijesen mal de ella.

Con este favor del Vicario de Cristo comenzó á abonanzar algo la mar y a serenarse el cielo, y mucho más con la gran entereza de los nuestros, humildad, paciencia y mansedumbre y con la caridad con que acudian á sus ministerios. Este fué el fin de aquella terrible tempestad, en la cual estuvo el P. Miguel de Torres, con ser él en quien combatian todas las olas, tan sereno y quieto, y tan gozoso de verse padecer algo por Cristo, como se podrá echar de ver por lo que escribió al P. Provincial, Antonio de Araoz, cuando estaban los vientos más bravos, y es lo siguiente:

«Dé muchas gracias á Dios V. R., Padre mio, porque parece que ha sido servido de guiarnos por los pasos de sus siervos y por la senda que el mismo Señor escogió para sí, como si fuéramos algo nosotros, ó hubiera en nosotros caudal para seguirle. Pero es tanta la suavidad y benignidad del dulcísimo Jesus, que no sólo quiso tomar en sí en cuerpo mortal toda la aspereza y trabajo de este camino para hacérnosle suave, pero tambien ahora, cuando está inmortal, nos ha favorecido con tan abundante gracia y auxilios divinos, que, como si no tuviéramos sentido y totalmente sin algun trabajo nuestro, nos ha llevado tras sí por el camino en que para mayor gloria de su nombre ha permitido probarnos.»

Estas y otras cosas semejantes escribia y sentia el siervo de Dios en medio de persecucion tan grave; y no contentándose con lo que le humillaban tantos calumniadores, él se humillaba más. Con ser él Superior de los nuestros, por imitar en todo el ejemplo de Cristo, él era el menor de todos, mirandose y tratándose, no como criado, sino como esclavo de sus súbditos. Admirábalos ver á un doctor tan eminente y famoso en las Universidades de España, hacer lumbre en la cocina, y guisar la comida, y fregar las ollas. El

por sus mismas manos hacia las camas de sus súbditos y barríales la casa y aposentos; él era el que servia á los demás y el último que se sentaba á comer; él tambien compraba la comida, ni habia oficio de humildad que no ejercitase, no faltando por lo mucho que hacia y trabajaba dentro de casa, á todas las obras de caridad para con los de fuera.

Iba á hacer pláticas á las cárceles y á los hospitales, y oia de confesion á los pobres, procurando ejercitar con ellos todas las obras de misericordia y caridad, remediando sus necesidades y solicitando sus causas y negocios, de suerte que le tenian todos en lugar de padre, y le veneraban como á santo. No dejaba de acudir con todo género de consuelo á los afligidos: á los condenados á muerte asistia y acompañaba hasta el suplicio con singular caridad y edificacion. De los enfermos agonizantes no se apartaba, con gran consuelo de sus almas en aquel último paso, y fué á muchos causa de su salvacion.

Entre otros, un malhechor que habia ocho años que estaba en graves ofensas de Dios, estando ya para morir, no podian recabar con él que se confesase, ántes estaba blasfemando y maldiciendo á los santos. Fué su remedio único el P. Torres más con sus oraciones que sus palabras. Pidió muy deveras al Señor la salvacion de aquella alma; hizo tambien que todos los de casa le encomendasen á nuestro Señor, por tenerse él por indigno de ser oido; mas por su grande humildad y fervorosa oracion le otorgó la infinita bondad la salvacion de aquel miserable, cuyo corazon trocó su poderosa y misericordiosa mano, moviendo al que estaba tan obstinado, para que pidiese al cielo misericordia, y se confesase con grande sentimiento y dolor.

En esto se empleaba el siervo de Dios con gran paz de su espíritu y tranquilidad de ánimo, mientras andaba la mar por alto, y ardia la persecucion contra él; ni despues de sosegada en Salamanca, le faltó ocasion de paciencia en otra persecucion que se levantó en Alcalá y Toledo, y creció el fuego de manera que fué necesario correr á su remedio el P. Miguel de Torres; porque el Arzobispo de Toledo, D. Juan Siliceo, por falsas informaciones que tuvo, persiguió mucho á la Compañía, y mandó publicar edictos contra ella, descomulgando á todos los curas y súbditos suyos, que consintiesen á alguno de la Compañía predicar, confesar ó administrar otro Sacramento ó decir Misa en sus iglesias.

Estaba terrible el Arzobispo, sin querer aflojar de su rigor por cuantos habian intentado ponerle en razon; y como la persona del P. Miguel de Torres era tan conocida por su autoridad y muchas letras, vino de Salamanca á Toledo á hablar á aquel Prelado, de quien habia sido bien conocido, estimado y amado. Estaba tan firme el Arzobispo en su parecer, que no pudo el

P. Torres hacer en Toledo más que dejar de sí gran nombre y fama, así por su rara virtud que se manifestó con grande ejemplo á aquella imperial ciudad, como por el grande desprecio del mundo y todas sus riquezas que mostró el siervo de Dios en aquella ocasion; porque el Arzobispo en vez de rendirse á las razones y justicia del P. Miguel, le procuró persuadir que dejase la Compañía, y tratar con tales hombres, por ser cosa indigna de su persona y letras, prometiéndole, si la dejaba, grandes rentas y dignidades eclesiásticas.

Todo esto edificó mucho á aquella ciudad; y ya que no pudo sosegar los vientos contrarios, dispuso las velas de manera que no las contrastasen, ganando al conde de Melito y á las personas más principales de Toledo, que contraminasen los intentos del Arzopispo.

No volvió el P. Torres á su colegio de Salamanca sin que primero hiciese muchas hazañas cristianas; porque, á peticion del Cardenal Mendoza, Arzobispo de Búrgos, fué á ilustrar toda aquella diócesis con su doctrina y ejemplo. Llevó consigo otros cuatro de la Compañía, insignes soldados del ejército de Cristo, y como el capitan, que era el P. Miguel, les daba grandes ejemplos, fué grande el provecho que se hizo con mucha enmienda y reformacion de costumbres, oyendo muchas confesiones generales de personas que por muchos años habian callado sus pecados en las confesiones porque sus curas no los supiesen, y desarraigando muchos abusos y malas costumbres que, cuando duermen los Pastores, se introducen sin sentir, se arraigan y envejecen, y dándoles luz y sacándolos de las tinieblas de la ignorancia, y errores que tenian por falta de doctrina, y revalidando con la autoridad de los Prelados muchos casamientos que por ignorancia no habian sido válidos, y poniendo freno á la vida libre de algunos clérigos, y haciendo otras cosas como estas del servicio de nuestro Señor, con lo cual se volvió á su colegio de Salamanca el P. Miguel lleno de triunfos.

Pero como el Arzobispo D. Juan Siliceo prosiguiese en la persecucion que se habia levantado contra la Compañía, fué necesario que tornase á Toledo el P. Miguel á hablar al Arzobispo. Iban de parte de la Compañía el P. Miguel de Torres y el P. Francisco de Villanueva; habláronle, diéronle cuenta del instituto de la Compañía, y cómo estaba confirmada por Religion con Bulas Apostólicas. Encendióse en cólera aquel Prelado apasionado, y dióles respuestas indignas de su dignidad; mas, tomando luego aparte al P. Miguel, á quien por su persona y letras no podia dejar de venerar, díjole, cómo él no estaba mal con la Compañía, y que todo lo que hacia contra la Compañía era para forzarla para que se pusiesen en ella los estatutos que él habia introducido en la Iglesia de Toledo, no admitiendo ninguno en la Compañía

que no fuese con las mismas diligencias é informaciones que se hacia para admitir los Canónigos de aquella santa Iglesia.

Y aunque el P. Miguel le dió muchas razones de que aquello no seria servicio de Dios, no quiso atender á ninguna. Avisó el P. Miguel á nuestro Padre S. Ignacio de lo que pasaba, y la poca esperanza que habia de templar al Arzobispo. El Santo Patriarca recibió aquellas nuevas por muy alegres, diciendo que para él eran muy nuevas, y que la persecucion que se habia levantado contra la Compañía sin culpa suya, era pronóstico del gran fruto que habia de hacer en Toledo, porque las mieses suelen ser más copiosas cuando las heladas del invierno son mayores. Acudió el Santo al Sumo Pontífice, el cual mandó escribir al Arzobispo y tambien á su Nuncio, ordenándole lo que habia de hacer, con lo cual se sosegó aquella tormenta, no tanto por amor cuanto por temor que tuvo el Arzobispo con una amenaza que le hizo el Nuncio de enviarlo preso á Roma.

V

Es Visitador y Provincial de Portugal, y confesor de la reina doña Catalina.

Era tan grande la virtud que en todas ocasiones mostraba el P. Torres, y la satisfaccion que daba á S. Ignacio, que el Santo le estimaba como merecia; y cuando sabia sus trabajos y las persecuciones que él principalmente padecia como persona más conocida, solia decir: «Quien tocare al Dr. Torres, me toca á las niñas de los ojos.» Señalóle luego por Visitador de Portugal, entregándole muchas firmas en blanco, para disponer en las cosas como le pareciese, que es señal de la gran estima y confianza que de él hacia.

Eran los negocios que se ofrecieron en Portugal de mucha consideracion, y así, escogió S. Ignacio para ello los más excelentes varones que habia en España, que fueron S. Francisco de Borja y el P. Miguel, y el año siguiente, que fué el de 1553, el P. Jerónimo Nadal. Todos estos tres raros varones fueron á aquel reino, para ordenar y componer las cosas, y lo hicieron admirablemente, edificando á todos y maravillándose de personas de tantas prendas y santidad de vida, y la edificacion que causó el P. Torres fué tan particular, que poco despues le pidió la reina doña Catalina por su confesor.

Acabada la visita de Portugal, fué elegido por Provincial de Andalucía, y fué el primero que tuvo aquella provincia, y el que la fundó, instituyó y gobernó con maravillosa observancia y celo. Despues hizo el mismo oficio en Portugal, porque le pidió la reina por su confesor, á la cual no se le pudieron negar, pero encargáronle juntamente el gobierno de toda aquella provincia.

En el oficio de confesor de la reina, la cual gobernaba todo el reino de Portugal por su nieto el rey D. Sebastian, que no tenia más que tres años, procedió con singular prudencia y utilidad de la república; daba admirables consejos á la reina, pero lo que principalmente procuraba era fundarla en el amor y temor santo de Dios nuestro Señor, y que segun este norte gobernase el reino.

Estaba muy léjos de procurar para sí la gracia de la reina, sólo procuraba la de Dios para la reina. Jamás pidió para sí nada ni para pariente suyo. Era tan humilde como si fuera el menor de todos: ni por estar empleado en negocios gravísimos, como los que se le ofrecian siendo confesor de la reina y Provincial de los nuestros, dejó de acudir á los ministerios más humildes, especialmente al de enseñar la doctrina á los niños, lo cual lo hacia delante de la misma reina, á la cual tenia tan impuesta en otras obras de virtud, que se preciaba mucho de favorecerlas.

Con lo que el P. Torres autorizaba aquel ministerio de la doctrina no se puede creer lo que floreció en su tiempo, y él fué causa de que en las carnestolendas se quitasen grandes abusos, con gran gozo de la reina, la cual gustaba que se hiciesen muchas doctrinas por el fruto que de ellas resultaba; y así, en una misma tarde salian varias procesiones de doctrinas por las calles y plazas de Lisboa, parándose allí donde topaban más gente, más juegos y más desenvoltura, para reformarlo todo.

Esta diligencia en los tres dias de carnestolendas desbarató grandes profanidades de aquellos dias, de suerte que lo que antes no podian remediar los reyes con sus alcaldes y alguaciles de la corte, lo remediaron los niños y los Padres que los doctrinaban. De lo que gustaba mucho la piadosa reina, era ver á las niñas decir las preguntas y respuestas del catecismo, á las cuales premiaba con varios dones que las daba, con lo cual se alentaba grandemente la enseñanza de la doctrina cristiana.

No estaba asido el P. Torres al oficio de confesor de la reina, ni por él dejaba de acudir á lo que debia á la Compañía; y así, aunque le queria tener siempre junto á sí la reina, se supo desasir de ella para acudir á la primera Congregacion general de la Compañía, en que fué elegido por Prepósito General de ella el P. Diego Lainez; porque aunque hicieron esta singularidad con el P. Miguel de Torres, que pudiese enviar su voto, estando ausente, ú otra persona en su lugar, que es una grande señal de lo mucho que le estimaba la Compañía; con todo eso, porque deseaba que se hallase personalmente en Roma, lo cual nacia de la misma estima, quiso él obedecer á la significacion del gusto del Vicario General y los Padres de Roma, y así, representando á la reina con gran viveza de palabras ser mayor servicio de

Dios y bien de la Compañía ausentarse entónces y no estarla confesando, recabó licencia para la partida.

A la vuelta de Roma tornó á proseguir su oficio de confesor de la reina y de Provincial con la edificacion y fruto que antes. Pero como el siervo de Dios era por una parte muy humilde, y por otra tan exacto en sus cosas, viendo que no podia visitar sus colegios, pidió al P. Jerónimo Nadal, Comisario de estos reinos, no proseguir el cargo de Provincial, pues lo habia sido más de tres años; y así, fué señalado en su lugar el P. Gonzalo Vazio Melo. Todo esto se hizo sin haber dado antes parte de ello á la reina; que es buen ejemplo de la libertad religiosa, como se debe proceder en ella sin dependencias de seglares, mirando siempre el mayor servicio divino. Pero ni la reina se ofendió de ello, y el infante Cardenal D. Enrique, que despues fue rey, lo alabó mucho.

Prosiguió el P. Miguel en el oficio de confesor de la reina, teniendo mucha mano con ella, aunque siempre con gran recato y religiosa prudencia, no queriendo embarazarse en las cosas del reino, ni encargarse de pretensiones de cortesanos por no dar ocasion á nadie de murmurar, sino era á los que se quejaban porque no queria favorecer á su ambicion.

En Portugal fué muy amado y estimado, y habiendo estado muchos años en aquel reino, siendo Prepósito General el P. Everardo, vino por su órden á Madrid para ser Rector ó Superintendente de nuestro colegio. Fué tanta su obediencia que, siendo ya de setenta años, y estando en una cama tullido que no se podia menear, no se quiso excusar, sino que, en hallándose mejor, se puso en camino, teniendo necesidad en todo él de quien le subiese y bajase de la cabalgadura por sus muchos años y poca salud.

En esta virtud de la obediencia fué muy extremado, porque era muy mirado y temeroso de conciencia, y no se atrevia en cosas graves á proponer nada á los Superiores, temiendo que por salir de sí lo que propusiese no seria acertado. En Madrid estuvo poco tiempo, porque la salud no le dió lugar para estar mucho; y así, por órden de la misma obediencia se retiró á la Casa Profesa de Toledo, donde vivió dando grandes ejemplos de heróicas virtudes, como los dió todo el tiempo de su vida religiosa. De las cuales diremos algo que nos podrá servir de espejo de religiosa perfeccion.

VI

Sus muchas virtudes.

Empezando por el gobierno que tuvo tantos años en la Compañía, siempre mostró una grande estima del instituto de ella, y juntamente un celo ex-

traño de la guarda de él, con tanta rectitud y entereza, que los que le conocieron y trataron, lo contaban, trayendo cosas particulares como cosas que no habian visto en otros.

Y porque se vea con cuánta verdad trataba y cuán sin doblez y con cuanta confianza, así en sus súbditos como en los demás, sin sospecha ni juicios, estando una vez tratando los Padres y Hermanos de cuán falsas y peligrosas son todas las sospechas que se tienen de otros, diciendo cada uno lo que le habia pasado en esta materia, vino él á decir: «No me acuerdo haber sospechado mal de nadie, ni habérseme ofrecido ocasion para ello, sino fué una vez que, entrando en una huerta unos seglares, saliendo un galápago que allí andaba en aquella sazon de entre las yerbas, desapareció por tres dias y sospeché si aquellos seglares se lo habian llevado; nunca me acuerdo en toda mi vida haber tenido otra sospecha,» porque decia él que no se podia persuadir que los hombres tratasen con doblez y engaño, y así, de todos pensaba bien.

De aquí es, que nunca en sus palabras y cartas usó jamás de cautela, ni de torcer razon, ni dar otro sentido á las cosas que el verdadero y sencillo. Cuando fué á Roma por Provincial de Portugal á la primera Congregacion en tiempo que los franceses traian guerra con los españoles, fué preso con los que iban con él de los franceses, y pensando los compañeros que diciendo quién eran iban más seguros, uno de ellos, que era el P. Luis Gonzalez, dijo cómo eran portugueses, mostrando cartas de favor de la reina doña Catalina, y, no obstante todo esto, los prendieron; y como llegasen á preguntar al P. Torres su nombre y de dónde era, él les dijo con toda verdad y llaneza: «Yo soy aragonés de nacion, y llámome Miguel de Torres, y soy Superior y Provincial de estos Padres, los cuales os han dicho la verdad que son portugueses.»

Los franceses cuando lo oyeron y vieron la seguridad y entereza con que les hablaba, cobráronle tanto respeto y reverencia, que, sin prenderle, mandaron que le hiciesen buen tratamiento, y por respeto suyo soltaron á sus compañeros, y los dejaron ir libres su camino. Esta claridad, verdad y rectitud con que trataba todas las cosas, le hizo muy respetado de todos y muy reverenciado, y juntamente el ver las entrañas de Padre con que procuraba el bien de sus súbditos le hacia ser de ellos muy amado.

Aconteció una vez en aquellos colegios de Portugal que á un novicio que el habia recibido, pasados algunos meses le vino una recia tentacion de volverse al siglo, y una mañana se salió por la puerta de una huerta que salia al campo, y aunque faltó no pocas horas, por ser el colegio de mucha gente no echaron de ver que faltase. Mas, como al pobre novicio le remordiese la

conciencia, volvióse de su camino, y sospechoso que lo sabia toda la casa, se entró por la puerta por donde se habia salido, y se fué derecho á echar á los piés del P. Torres, pidiéndole perdon y penitencia de su yerro.

El Padre le consoló grandemente y le dijo: «Sólo yo sé vuestra flaqueza, no lo digais á nadie que yo estimo en mucho vuestra vuelta, y de mí no se sabrá ni vos perdereis nada por ello.» Con esto quedó confirmado en su vocacion y despues fué un Padre muy santo. Tal era su blandura con los caidos y arrepentidos. De aquí nacia la compasion que con los necesitados tenia. Acudian á él muchas personas por remedio, y luego lo procuraba por medio de caballeros ú otros que podian dársele, ó si no, de lo que él tenia para vestirse daba con licencia. Cuando los pobres por la calle le pedian limosna, les decia: «Hermanos, yo soy pobre, mas yo os encomendaré á Dios,» y luego rezaba por ellos algo, y al compañero decia que hiciese lo mismo. Cuando iba á confesar los enfermos, y hallaba que padecian pobreza, no podia reposar hasta enviarles médico y medicinas y proveerles su necesidad, y aunque con los extraños y afligidos tenia tanta piedad, mas para con los suyos y todo lo que es carne y sangre, fué muy despegado.

Nunca jamás le vió alguno tomar en la boca cosa que á esto tocase, por lo cual comunmente se decia de él lo que de Melquisedech dijo S. Pablo: «Que era *sine patre, sine matre, sine genealogia.*» Cuando fué confesor de la reina doña Catalina de Portugal, no se pudo acabar con él que ayudase á sus deudos por esta vía, y pidiéndole algunos de ellos licencia para irle á ver, nunca se la dió. En Toledo estuvo un deudo suyo dos años, y nunca se atrevió a decirle que estaba allí.

Tuvo en esta parte alguna vez remordimiento de que hubiese sido poco misericordioso, porque decia con lástima que un sobrino suyo le habia pedido en Barcelona que le dejase ir á Roma con él y le acomodase allá de su mano, y él no lo habia querido hacer, y el sobrino se pasó á Italia sin saber lo él, y allá le volvió á pedir lo mismo, y él no quiso ayudarle; y así, el mozo desfavorecido se fué á la Goleta por soldado, á donde le cautivaron cuando se perdió, con harta pena y desconsuelo del Padre, aunque fué Dios servido de librarle por las oraciones de su siervo.

Por este santo olvido que tenia de sus parientes, aunque fué tres veces a Roma á las tres primeras Congregaciones, á la ida y vuelta pasando por Aragon nunca quiso entrar en su pueblo á ver sus deudos, pasando bien cerca de los muros. El mismo despego y recato tuvo con mujeres; nunca queria escribirles y grande habia de ser la necesidad espiritual que le forzase á responderles; nunca las saludaba con las salutaciones ordinarias y cumplimientos que se usan; sus salutaciones eran: «Dios bendiga, Dios guarde á Vm.» o

Gracias á Dios;» más que esto, si no era preguntado, no les hablaba, y cuando les respondia, se detenia algun rato, que se echaba de ver que se encomendaba á Dios, y miraba lo que habia de hacer, para que fuese como era razon.

Amaba la santa pobreza como á madre, pues, habiendo tenido tantas ocasiones de tener cosas curiosas, nunca las consintió, aunque la reina doña Catalina, á quien confesaba, se las ofrecia. En una bolsilla de cuero de harto mala traza, traia unas reliquias á que él tenia mucha devocion, y de este modo era lo demás, porque ni tenia relicario, ni imágenes sino de papel. Y aunque en los vestidos exteriores tenian cuenta sus compañeros que anduviese limpio y decente como pedia su persona, mas en los interiores nunca consentia que se los hiciesen nuevos, y así, de ordinario los traia viejos de quince ó veinte años, y que deseaban más los Hermanos que tenian oficio de esto hacerlos nuevos, que remendarlos cada dia.

Aconteció una vez que por órden del Superior le llevaron una sotana nueva, poniéndosela en lugar de la vieja antes que se levantase; mas él lo sintió, y asió de la vieja, y por ninguna vía consintió tal trueque, quedándose con la vieja, que apreciaba más que otro preciara la nueva.

Cuál haya sido su rendimiento y resignacion bien lo conoció nuestro Padre S. Ignacio cuando se puso en sus manos para entrar en la Compañía, y esta fué la causa porque tanto le estimó. Bien se echó de ver su rara obediencia, cuando, siendo de setenta años muy querido de todos en Portugal, así de los de casa como de los de fuera, le envió el P. Everardo á mandar que se fuese á Madrid, y él obedeció del modo que hemos dicho. Y al cabo de algunos años vino á verle un Padre portugués, que se llamaba Antonio de Vasconcelos, y deseoso de que se volviese á su provincia de Portugal, le solicitó para ello, y vuelto allá, lo trató con el P. Pedro de Fonseca, Visitador, que le enviase á llamar para que acabase en la provincia que tanto habia gobernado y donde tanto era amado, por haber recibido los más de ella en la Compañía.

Escribiéronle muy encarecidamente ofreciéndole todo lo necesario; mas él, que temia que era negociacion de aquellos Padres que le amaban y que habia sido en él algun gusto, respondió de esta manera: «Aunque fuera para mi de mucho consuelo y por muchas razones, verme en esa provincia y pasar ahí lo que me queda de vida, en particular en esa casa de S. Roque, en donde hay tal tesoro de reliquias; mas yo no me atreveré por mi gusto solo á hacer esa mudanza, si no hubiese órden de nuestro Padre, porque en cosas mias soy muy tímido. Y aun aquí para ir al colegio de Ocaña, donde con la experiencia de lo que he vivido allí sé que me irá muy bien de salud,

que estoy aquí por falto de ella, no me atrevo á pedirlo por salir de mí.

Continuó la penitencia y mortificacion desde que entró en la Compañía hasta la muerte; porque, aun cuando muy viejo, pedia licencia para comer de bajo la mesa á los piés de los Hermanos. Acostumbró siempre levantarse a oracion á la media noche, al fin de la cual, cuando él ménos pensaba ser oido, no faltaba quien con atencion le oia con grande consuelo darse de bofetones y baldonarse y hablar familiarmente con Dios, dando muchos suspiros y gemidos y sollozos.

Acabada la oracion usó siempre tomar una disciplina, con tan gran fervor como si fuera novicio. Procuró su compañero quitársela, porque no le hiciese daño en edad tan llena de achaques; pero teniála tan guardada, que nunca se la pudo hallar. Aconteció una vez que, disciplinándose, se le soltaron dos rosetas de la disciplina, y á la mañana como las halló ménos, con grande encogimiento dijo: «Yo he perdido dos rosetas de mi disciplina y no las puedo hallar por mi poca vista, búsquelas y démelas, que yo le mando una Misa. Y pareciéndole al santo varon que nunca se las daria, nunca se quiso apartar de él porque no se las escondiese. Tenia cuando esto pasó ochenta y tres años.

Con estas y semejantes ocasiones le decian el daño que le hacian estas cosas en tanta edad y con tantos achaques. Y él respondia: «Hermano, yo no fuí novicio, es necesario que yo me mortifique y que todos me mortifiquen En el ayunar se tuvo con él el mismo trabajo, porque, procurando que los médicos se lo disuadiesen, porque estaba tan viejo y flaco, no se podia acabar con él.

Ayunaba, fuera de los dias de precepto, todo el adviento, y los dias que hay desde la Ascension del Señor hasta Pascua de Espíritu Santo, y todos los viérnes del año, y todas las vísperas de nuestra Señora. Cuando en sus ayunos comia pescado, en ninguna manera habia de comer huevos ó cosas de leche, y cuando en sus enfermedades comia huevos, nunca consentia que le diesen pescado con ellos.

En todo procuraba dar ejemplo, siguiendo la comunidad. Salia á confesar de dia y de noche cuando le llamaban, y en tiempo áspero y de lluvias, nieves ó lodos. Y por estar él malo de los piés, convidábanle algunas veces con mula para ir á los enfermos; mas nunca se pudo acabar con él que la tomase, ni consentia que le hablasen en ello; ántes decia él que dejaria de ir a confesar pudiéndolo hacer otro, que dar motivo y ejemplo que otros tomasen aquella libertad.

Estas y las demás virtudes se echaron de ver más practicadas en la continuidad tan perseverante y constante que guardó en el proceso de su vida,

sin jamás perder un punto de tiempo, porque fué siempre muy avariento de él.

A la media noche se levantaba á tener una hora de oracion, la cual tuvo aquella hora desde que entró en la Compañía hasta que murió. Luego tomaba disciplina de la manera que habemos dicho. Luego se volvia á dormir, y á la mañana se levantaba con todos con tanta presteza, que entrando el despertador en su aposento, al cual pedia que fuese á él el primero á quien despertarse, luego se empezaba á vestir y, persignándose, decia salmos con grandísima atencion, y aunque los médicos le decian que por ser tan viejo y enfermo le era necesario no levantarse con todos tan de mañana, y habiendo quedado muchas veces desvelado de la oracion de la media noche, nunca se podia acabar con él lo hiciese.

Tenia despues su hora de oracion como la comunidad, y rezaba sus Horas; luego asentábase á estudiar, y su estudio era continuamente, con la pluma en la mano, sobre algun libro de la sagrada Escritura, y así acabó de comentar el *Evangelio* y *Apocalipsi* de S. Juan, de quien fué muy devoto, y un año antes que muriese comenzó á escribir sobre S. Mateo, y á esto daba todo lo que le sobraba de la oracion y de los prójimos. Cuando salia de su aposento llamado ó á decir Misa, ó á confesar alguno, ó á otras cosas semejantes, siempre salia rezando con el Rosario, hasta que comenzaba la obra á que era llamado, y luego se volvia rezando de la misma manera, y tenia su tiempo cada dia determinado para tratar con nuestra Señora sus devociones, porque le era devotísimo.

Cuando habia alguna particular necesidad en la Compañía, tenia antes de comer otra hora de oracion, y á la tarde tenia determinada otra hora para lo mismo. Y en estas obras era tan constante, que por ninguna cosa las dejaba, no dando audiencia á nadie que en aquel tiempo le quisiese hablar: lo mismo hacia cuando llegaba el tiempo del Oficio divino. Fué cosa maravillosa lo que, tratando de cosas espirituales, dijo á su confesor: «Yo (dice) Padre, ha cuarenta y tantos años que estoy en la Compañía, y nunca he faltado de acudir á la oracion y siempre he tenido sequedad en ella:» muestra esto mucho su constancia, y cuán léjos estaba de faltar en ella.

Aconteció una vez que D. Bernardino de Mendoza, hijo del marqués de Mondejar, cánonigo de la santa iglesia de Toledo, que con él se confesaba y gustaba mucho de sus santos consejos y pareceres, le envió un recaudo con un paje pidiéndole que le viese aquella tarde, y era la hora que habia de entrar en su oracion. Estúvose un rato perplejo y callando; porque por una parte no le sufria enviar á decirle que no podia, ni queria decir la ocasion que tenia; encomendóse á Dios como solia, y dijo á su compañero: «Tomad, Her-

mano, vuestro manteo,» y él tomó el suyo y fuese derecho á casa del canónigo que estaba bien distante, y, en viéndole, que le habia salido á recibir á la puerta de una sala, y en saludándole, antes de sentarse le dijo: «¿Es muy forzoso lo que V. S. me quiere?» ¿Por qué lo dice V. R.? dijo el canónigo «Porque, señor, me aguardaba un negocio de grande importancia á que acudir á esta hora. Si V. S. me da licencia y no corre mucha prisa lo que me queria, iré á hacerlo y luego volveré.»

Agradecióle mucho el canónigo el buen término que habia usado y se la dió muy de gana, y luego sin más palabra se volvió con mucha priesa á su oracion. De esta manera trataba los negocios de Dios, á quien tenia un filial respeto y á todas las cosas de su servicio, con una reverencia y atencion muy grande. Hallóle una vez su compañero yéndole á dar de cenar, por estar indispuesto en su aposento, sentado en una silla, y el un brazo puesto en una mejilla y mirando con extraña atencion á un crucifijo que le tenia robado su corazon. El Hermano por despertarle hizo algun ruido, y como no bastase, llegóse á menearle del brazo, y no volviendo en sí presto, salió y llamó á los primeros que topó de casa para que le viesen; alabando á Dios que así lleva tras sí á sus siervos. Dijeron que se fuese él á cenar y que le dejase gozar del regalo que Dios le hacia.

De esta manera se arrobaba cuando trataba con Dios; lo cual se echó de ver muchas veces en el rezar el Oficio divino. Notó entre otras el P. Francisco de Govea, persona muy grave, que fué Provincial de Portugal y habia rezado con el P. Torres cuatro años, que, siendo Superior, habia enviado á llamar con mucha priesa á un Padre que estaba fuera, y pareciéndole que tardaba, preguntaba y enviaba á saber del portero si habia venido; y era esta diligencia bien extraordinaria en el P. Torres.

Acertó á venir estando rezando el Oficio divino, y el portero fué luego á avisarle, pareciéndole que le daba mucho gusto y que luego le mandaria entrar, segun el ansia con que le habia buscado; mas notaron mucho que no quiso atender al recaudo del portero, ni en su semblante hubo mudanza, ni le mandó entrar, ni interrumpió su rezo, con haber deseado tanto su venida.

Cuando estaba muy viejo, por falta del oido no alcanzaba á oir el reloj ni la campana que le solia servir de despertador para levantarse á la media noche á tener su oracion, y dábale mucha pena el no saber á qué hora la tenia. Ofreciósele un medio que luego puso en ejecucion, y fué que pidió prestado un reloj á un caballero, su penitente, D. Fernando Conchillos, y púsole en la cabecera, y este le despertaba á la media noche; y por esta causa comia muy poco, ni era más que una colacion de parte de noche. Y no por ir camino interrumpia estos santos ejercicios, porque, en saliendo del pueblo, luego se

adelantaba de sus compañeros un buen trecho; y así, á sus solas iba negociando con Dios.

Una vez en Italia, haciendo esto, su cabalgadura le metió en una ladera de una sierra muy agria y peligrosa, y sin echar de ver donde iba, ni donde estaba, se vió rodar una cuesta abajo con su mula, sin parar hasta un llano orilla de un río. Levantóse la cabalgadura y él se subió en ella sin haber recibido lesion alguna, ni sentir dolor, y comenzó á buscar el camino. Sus compañeros le iban tambien buscando con temor de hallarle muerto; mas halláronle bueno y sano, y lo tuvieron por milagro, viendo el lugar por donde habia caido; y por tal merced y beneficio lo tenia él y agradecia á nuestro Señor.

Bien grave habia de ser la enfermedad que le hiciese dejar el Oficio divino y el decir Misa, siendo de ochenta años. Un invierno le dió perlesía en un lado del rostro, torciéndole la boca con mucha fealdad, y decian los médicos que en tanta edad y en tiempo tan frio no era posible sanar; mas nunca, aunque hacia bien áspero invierno, dejó de decir su Misa y el Oficio cada dia y de hacer sus ejercicios, y quiso nuestro Señor que en diez y siete dias quedó sano, cosa de que todos quedaron admirados, y luego volvió á andar con la Comunidad como si fuera mozo.

Yendo á Roma se quejaron de él sus compañeros al P. General, porque decia cada dia Misa y les hacia esperar y perder, como ellos pensaban, algunas jornadas; mas no era en su mano el dejarla; y así, á él y á ellos les guardó nuestro Señor de muchos peligros.

Era rara la tranquilidad de ánimo y mortificacion interior que guardaba este siervo de Dios en todas ocasiones. Nunca le vió nadie airado ni triste, porque, si algo le acontecia adverso, en levantando los ojos á Dios, de cuya mano lo recibia, luego se sosegaba. Nunca se rió con disolucion, ni habló de burlas, ni se quejó de nadie, ni dijo mal de otro, ni murmuró, ni quiso oir murmurar, ántes con severidad mandaba callar al que veia hablar de otro no tan religiosamente. Todos, tratando con él, se componian por ver su gravedad y virtud, que ponia devocion.

VII

Sabe que es predestinado, y muere subiendo su alma al cielo en un globo de fuego.

Todos estos dones le venian á este santo varon de aquella sobre excelente gracia y merced tan singular, fuente de todas las demás, que fué tenerle Dios en el número de sus escogidos, de la cual quiso nuestro Señor hacerle

sabedor por medio del P. S. Francisco de Borja, como él lo dijo al Padre Dr. Luis de Molina en el colegio de Evora, siendo Superior de él, y el Padre lector de Teología.

Estando los dos en su aposento tratando de revelaciones, vínole á decir el P. Molina que para tener por cierta la revelacion el que la recibia, no sólo habia de estar cierto de recibirla, sino que era de Dios y que de entrambas maneras certificaba Dios á sus Profetas, no sólo que habia de ser lo que revelaba, sino que era Él el que lo revelaba. Con esta ocasion le dijo el P. Torres: «Conforme á eso, en tiempo en que se decia que el P. Francisco de Borja alcanzaba mucho de nuestro Señor con tres Misas á la Santísima Trinidad, me fuí á él para que las dijese por mí, y él lo hizo, y despues me dijo haberle nuestro Señor revelado que yo era predestinado.» Y añadió: «Mirad, tanto podria yo dudar de esto y de ser de nuestro Señor la revelacion, como puedo dudar de que estamos ahora los dos hablando ó de otra cosa semejante. Y sabed, que despues que soy cierto, que vuestra alma está escogida para gozar de tanto bien, le tengo una reverencia extraordinaria.»

Todo esto refirió el P. Torres que le habia dicho el P. S. Francisco de Borja; y en acabando de decirlo al P. Molina, volvió sobre sí, y dijo: «Cierto no sé como os he contado esto: nunca pensé decirlo á nadie; mas tanto caso hice yo de ello, como si nunca tal me dijera el P. Francisco; ni por eso me hube de otra manera que si nunca tal me hubiera dicho; ni yo pensaba alcanzar aquello con sus Misas, sino que Dios hiciese merced á mi alma, que fuese yo verdadero siervo suyo y me dejase del todo á mí.» Oyendo esto el P. Molina dijo dentro de sí: «Y aun haberte tú habido de esa manera, es buena señal, que lo que al P. Francisco fué revelado, es así.»

Para cumplimiento de esta soberana merced, víspera de San Miguel, año de 1593, le dió una recia calentura continua con sus crecimientos, y, entre otros males, le resultó una parótida en la garganta, la cual, como le iba apretando, mandaron los médicos que le dieran el Viático, siendo despues de comer. Y diciéndoselo, respondió que para Viático era muy temprano, que en ayunas habia de comulgar; y así, se le dió aquella noche un poco despues de las doce y de la misma manera se le dió á los ocho dias.

Los médicos, viendo que iba acabando, dejaron dicho que al anochecer le diesen la Extremauncion. Dijéronselo, y él respondió que aún era temprano, aunque á los Padres por la falta de pulso les pareció dársela; y así, la recibió por obedecer con gran devocion; mas vivió despues diez y ocho dias, que parece que supo cuándo habia de morir, segun iba señalando los términos. Creció la parotida de tal manera, que todos decian era imposible comulgar por la dificultad del tragar, porque aun unas gotas de sustancia no podia pasar.

Mas quiso nuestro Señor mostrar lo que queria á su escogido, y así, el dia que le quiso sacar de esta vida le quitó por una hora el impedimento que tenia en la garganta; y como él se sintió sin él, llamó con una voz muy clara y con gran juicio, que le tuvo hasta el cabo, y dijo á su enfermero aparejase lo necesario para comulgar, trajese la estola y todo recado. Parecia segun hablaba que estaba ya bueno: llamó al confesor para reconciliarse, aunque dijo no sentia de qué. Trajéronle el Santísimo Sacramento, y entrando el Señor en su aposento, hízole un coloquio muy devoto y comulgó, y recibiendo el lavatorio, luego volvió á perder el habla y á cerrársele la garganta, quedando todos maravillados de tal suceso, porque aquel dia murió.

Ibanle diciendo salmos, y él los decia como podia, y aquel verso: *In te Domine speravi,* repitió muchas veces con una apacible alegría. Estando ya para espirar, sucedió un raro prodigio. Bajó un globo como de nube y de luz, y en dando el siervo de Dios la última boqueada, que salió su santa alma del cuerpo, se fué subiendo con ella, como se cree, dentro de aquel globo, hacia el cielo muy resplandeciente, y de esta manera dichosa murió el P. Torres á las nueve y media de la noche, sábado á 23 de octubre del año 1593, habiendo entrado en los ochenta y cinco años de su edad.

Quedó tan hermoso de rostro, que á todos ponia admiracion y devocion. Estaba en su enfermedad con una admirable paciencia sin quejarse ni repugnar á cosa que le ordenaban los médicos, y con una quietud con Dios y una atencion á él, que cuando le daban algo, decia: «Aguarda un poco,» como que se despedia de Dios para recibir lo que daban.

La tercera noche antes que muriese pidió á un Hermano que le ayudase á levantar para cierta necesidad. El cual no sabiendo qué se hacer, porque las fuerzas no le ayudaban, por ser la media noche no quiso llamar á nadie, y por ser el Padre muy pesado sacóle lo mejor que pudo; mas no fué tan bien, que al sacarle y al meterle no le pasase la espalda por la esquina del madero de la cama, que se parecia fuera del colchon, donde se raspó un buen pedazo del espinazo; y fué tanta la paciencia del santo viejo, que ni al salir ni al entrar en la cama, cuando sentia el dolor, habló palabra ni dijo lo que parece podia decir el más perfecto: «Mire, Hermano, lo que hace,» y hasta la muerte lo callara, si rodeándolo el enfermero á la mañana no le echara de ver y preguntara la causa.

Fué su muerte muy sentida de todos por la gran estimacion que hacian de su santidad. Decian algunos que murió el hombre más eminente del mundo en la junta de estas tres cosas, de prudencia, de letras y de santidad.

Escribieron de este siervo de Dios el P. Orlandino y P. Sachino en la

primera y segunda parte de la *Historia de la Compañía*, y en particular escribieron su vida el P. Pedro de Rivadeneira y el P. Cristóbal de Castro.

P. NIEREMBERG.

P. GIL GONZALEZ DAVILA

VENERAN las provincias de España, por haber sido Superior de todas al P. Gil Gonzalez Dávila, por varon prudentísimo, eruditísimo, celosísimo y santo, digno que se haga memoria de él en esta historia, pues ha quedado viva hasta hoy la de sus grandes prendas y no importa que la antigüedad haya ocultado las particularidades de sus grandes hechos, porque basta lo poco que de él sabemos para admirarnos y edificarnos.

Nació este insigne varon en un pueblo llamado Burojon, el año de 1532 de nobles y honrados padres. Estando su madre preñada de él, soñó una noche que salia de su vientre una luz más resplandeciente que el sol, y refiriendo por la mañana á su marido su sueño, él respondió que la criatura que tenia en sus entrañas habia de ser padre de mucha gente, como lo fué; criáronle sus padres con mucho cuidado, y pasada la primera edad, le enviaron á Alcalá á estudiar, donde se dió primero á la lengua latina y griega con grande aprovechamiento, y despues oyó sus Artes del Dr. Francisco Sanchez, el que el año de 1594 murió siendo Abad mayor de S. Justo.

Era de suyo blando y de suave condicion, y bien inclinado á todas las cosas de virtud, y tratando con los otros estudiantes de la Compañía, se aficionó á ella, y la pidió, y fué admitido el año de 1551 á los diez y nueve de su edad. Estudió su Teología con gran cuidado y salió muy escogido teólogo leyó el año de 1556 un curso de Artes en Cuenca á los de la Compañía, donde el Dr. Alonso Ramirez de Vergara (persona de gran estimacion en estos reinos por su prudencia, letras y dignidad) le cobró tanto amor y tanta estima de su virtud, prudencia y sabiduría, que, siendo mozo, consultaba con él cosas muy graves, y le tenia como por su consejero.

Ordenóse el año de 1558 de todas Ordenes, y, cuando el P. Maestro Jerónimo Nadal vino á España por Comisario General del P. Maestro Lainez, descubrió tanto caudal, religion y cordura en nuestro Gil Gonzalez, que le tomó por compañero de su visita, y poco despues le hicieron Rector del co-

legio de Alcalá; y siendo muerto el P. Lainez, y yendo el Provincial de la provincia de Toledo á Roma á la eleccion del General, quedó el P. Gil Gonzalez por Viceprovincial, y dió tales muestras de su acertado gobierno, que el nuevo General, que fué S. Francisco de Borja, le nombró por Visitador de la provincia de Aragon, y depues de la de Castilla, y acabada la visita, por Provincial de la misma provincia, con maravilloso gusto y satisfaccion de los de dentro y de los de fuera de la Compañía; siendo aún Provincial S. Francisco, pasó á mejor vida en Roma el año de 1572, y nuestro Gil Gonzalez, con los Padres Juan Suarez y Martin Gutierrez, sus compañeros, se partió para Roma para hallarse en la Congregacion que se juntaba para elegir nuevo Prepósito General.

Fueron por tierra, y pasando por Francia, que á la sazon estaba muy turbada de los herejes, fueron presos, y maltratados y despojados de los mismos herejes, y el P. Gil Gonzalez fué herido de una estocada gravemente, como adelante se dirá, y por esta causa no pudo llegar á tiempo á la Congregacion; mas, estando ausente y preso, fué electo con gran conformidad por Asistente de las provincias de España, y lo fué, y ejercitó loablemente su oficio hasta los diez y nueve dias del mes de febrero del año de 1581 en que fué el P. Cláudio Aquaviva electo por Prepósito General, el cual nombró por Provincial de la provincia de Toledo al P. Gil Gonzalez, y despues de Andalucía, y finalmente, le hizo Visitador de las provincias de Castilla y de Toledo.

En estos cargos se ocupó el prudente Padre muchos años con notable ejemplo de su persona, aprovechamiento de sus súbditos y utilidad de la misma Compañía, cumpliendo el oráculo que fué significado á su madre; porque fué padre, amparo y gobernador de mucho número de religiosos; porque en todas cuatro provincias, de Aragon, Andalucía, Castilla la Vieja y Toledo anduvo como un sol, ilustrándolas y fecundándolas en espíritu y fervor.

No se acabaron aquí los trabajos y caminos de este siervo de Dios; porque despues el año de 1593 en la Congregacion que se hizo de la provincia de Toledo en Alcalá, fué electo para ir á Roma á la Congregacion General, que habia intimado el P. Aquaviva, Prepósito General; fué á ella, y, acabada la Congregacion, el mismo Padre General le envió á España, y mandó que residiese en Madrid, donde estaba la corte del rey D. Felipe, y concurrian los más importantes negocios de la Compañía, para que con su consejo y prudencia tuviesen buena direccion. En este colegio de Madrid estuvo desde el año de 1594 hasta los 15 de enero del año de 1596 en que murió, habiendo entrado en los sesenta y cuatro, y gastado los cuarenta y cinco en la Compañía.

Fué adornado de grandes dones de Dios naturales y sobrenaturales. Era manso, apacible y suave en la conversacion. Tenia grande ingenio y memoria admirable. Era muy docto en la Teología escolástica, y en la Escritura, y leccion de santos, y de la historia eclesiástica, muy versado en Concilios, de los cuales hizo un compendio, y particularmente fué muy leido en las reglas é instituciones de todas las Religiones, y en los libros espirituales que tratan de la vida Religiosa y perfecta, de la cual hablaba él altamente, y sus pláticas y exhortaciones que hacia á los nuestros sobre nuestra regla é instituto eran maravillosas y llenas de erudicion grande, y de sentencias de los antiguos Padres y fundadores de las otras Religiones, con las cuales confirmaba nuestro instituto, y con extraña ponderacion declaraba la estima que habiamos de hacer de él, y escribió un tratado de esta materia, y otro sobre los Ejercicios de nuestro Santo P. Ignacio, muy dignos de su autor.

Era muy humilde y afable, y, siendo Superior, se igualaba en todo con sus súbditos, los cuales, convidados de aquella suavidad de condicion y prudencia verdaderamente espiritual y de padre, acudian á él como hijos, y le descubrian sus entrañas, y pedian remedio para sus necesidades, y le hallaban enteramente. Despues que dejó de ser Superior, y habiéndolo sido tantos años, y en cargos tan preeminentes, y hecho en ellos muchas cosas notables, nunca hablaba de cosas que hubiese hecho ú ordenado.

En la virtud de la obediencia se esmeró mucho. Encarecia en sus pláticas lo que importa en las Religiones esta virtud, y mucho más con las obras. Acabada su Teología, y pasándola con la copia de libros que habia de menester, le dijo S. Francisco de Borja que se aparejase para leer una cátedra de gramática, y al momento sacó los libros que tenia en su aposento, y con gran sencillez y alegría comenzó á estudiarlos y aparejarse para leer.

Cuando volvió á España de la Congregacion general, deseaba quedarse y vivir en el colegio de Alcalá, por estar con mayor quietud y sin el cuidado y trabajo de corte. Mas, porque el P. General mostró inclinacion á que viniese á vivir á Madrid, no se atrevió á proponerle la repugnancia que tenia de vivir en corte, por conformarse más con su voluntad y seguir más perfectamente la obediencia. Siendo Superiores los que él habia criado y habian sido súbditos suyos, cuando le llamaban á consulta iba con gran prontitud, y, si en ella el Superior era de diferente parecer del suyo, siempre le apoyaba y defendia y buscaba razones para que se entendiese que era acertado. Cuando llamaban á alguna cosa de la comunidad, como á barrer y cosas semejantes, era el primero que tomaba la escoba y acudia á barrer, dejando cualquiera otra ocupacion y letra comenzada.

En el trato de su persona fué riguroso; trajo mucho tiempo un cilicio de

abrojos, de los que nacen en el campo, cosidos en un juboncillo de lienzo, el cual se halló lleno de sangre y quebradas las puntas de los abrojos. Otras veces se ponia otro jubon con sus medias mangas muy áspero, tejido de cerdas. Usó tambien á tiempos de una cinta, ancha como una mano, de hoja de lata, agujereada á manera de rallo y las puntas adentro, y otras veces de otra cinta hecha de las mismas cardas que usan los cardadores en su lana.

Las disciplinas que tomaba eran muy continuas y ásperas, y tiempo hubo que tomaba tres cada noche sin acostarse en cama; y no por ser Visitador ni Provincial y andar caminos, dejaba sus penitencias; y en los caminos no admitia regalo ni tenia cuenta con las comodidades que algunas veces para tantos trabajos son menester, y en el trato de su persona, su vestido, cama, aposento y lo demás, todo olia á pobreza, sin diferencia de los otros religiosos y personas particulares. Guardaba los ayunos de la Iglesia con gran rigor, sin comer cosa de huevos ó leche, y con el mismo rigor ayunaba los viérnes y sábados de todo el año.

Pues ¿qué diré de su paciencia, fortaleza y constancia? Pasó los trabajos é incomodidades de largos caminos por mar y por tierra con grande alegría, y en las tempestades que se levantaron en su tiempo muy terribles contra la Compañía, nunca se espantó, ni (como buen piloto) dejó el timon, guardando siempre el mismo tenor y semblante sin quejarse de nadie.

Estando en Valladolid, se le hizo una apostema muy peligrosa en la garganta que le duró cuatro meses; abriéronle dos ó tres veces con fuego y lancetadas muy hondas, y cortarónle pedazos de carne sin que de su boca se oyese más que un suave quejido, diciendo: «Jesus, María,» y con la misma paz tomaba todos los remedios que los médicos y cirujanos ordenaban, por asperos y penosos que fuesen. Mostró más su constancia y fortaleza cuando los herejes le prendieron en Francia, yendo á Roma con sus compañeros; porque los desnudaron y maltrataron, y por el camino iban tratando de matarlos, y los Padres, entendiéndolo, se iban confesando uno con otro, así á caballo como andaban.

Llegados al pueblo, los pusieron en una torre descubierta al sereno y frio, con tanta incomodidad, que de ella y del maltratamiento murió el santo P. Martin Gutierrez, y al P. Gil Gonzalez, porque les iba más á la mano, le dieron una estocada los herejes en un muslo, de que estuvo muy malo; y hablando de este trabajo el P. Juan Suarez, que fué su compañero, cuando supo su dichosa muerte, escribió de Valladolid á un Padre del colegio de Madrid estas palabras: *Requiescat in pace dilectus Deo et hominibus P. N. Ægidius Gonzalez, cuius memoria in benedictione est; confessus est bonam confessionem coram Hugonotis, et Dominus noster (ut credo) confessus est*

eum coram Angelis Dei: ei datum est, non solum ut in Christum crediderit, sed etiam ut pro nomine eius sanguinem suum fuderit.

Tuvo maravilloso celo de una sed insaciable de las almas; y así, siendo Asistente en Roma, era él confesor de gran parte de la nacion española y de muchos italianos, y en las Pascuas y jubileos se estaba confesando buena parte de la noche y casi todo el dia, y en este ministerio de confesar hombres (porque nunca se aplicó á confesar mujeres) en los postreros años de su vida que estuvo en el colegio de Madrid, fué tan continuo, que ningun otro Padre le hacia ventaja; y aun decia, que se tenia por tan obligado á hacerlo, que no se atreviera á comer el pan del colegio si no lo hiciera.

Fué gran celador de la pureza y honestidad en su persona y en todos los que trataba, y con la prudencia de serpiente sabia juntar la simplicidad de paloma. Para todas estas virtudes le ayudó en gran manera la oracion y trato familiar con Dios, porque todo su regalo era retirarse á hacer oracion cuanto las ocupaciones forzosas de Superior le daban lugar, y Dios nuestro Señor le regalaba, visitaba y favorecia con grande benignidad y liberalidad, y con este esfuerzo y aliento del cielo, se animaba y ocupaba en sus ministerios con tanto fruto de su alma y de los otros, como queda dicho.

Acabó el curso de su peregrinacion el siervo de Dios en el colegio de Madrid á los 15 de enero de 1596. Murió de un catarro y modorra, recibidos todos los Sacramentos, con gran sentimiento de todas las provincias de España que habia gobernado, y de muchos caballeros y señores y personas de cuenta que le tenian particular aficion, de los cuales algunos se quisieron hallar presentes á su entierro y ayudar á llevar el cuerpo, y que el dia siguiente el P. Maestro Fr. Juan de Castañeza, de la Orden de S. Benito, conocido en la corte y en toda España por su santa vida y buen púlpito, predicase á sus honras, como lo hizo, representando sus grandes virtudes y aquella insigne confesion, sellada con su sangre, que hizo en Francia y dijo que él solia consultar al P. Gil Gonzalez como á un S. Gregorio Nacianceno o como á uno de aquellos santos antiguos.

La vida de este gran varon escribió el P. Pedro de Rivadeneira en la historia de la *Asistencia de España*.

P. NIEREMBERG.

P. ANTONIO DE MENDOZA

Era el P. Antonio de Mendoza hijo de los condes de Orgaz, cuya nobleza es muy antigua y esclarecida en España. Fué desde niño bien inclinado á la virtud, encogido y vergonzoso. Enviáronle á estudiar á Alcalá, y queriendo ser religioso escogió la Compañía, y fué recibido de poca edad, á los 18 de mayo del año de 1564, tomando tan de veras su aprovechamiento y el estudio de la perfeccion, que luego mostró que habia de ser dechado y ejemplo de ella á los demás.

Estaba un dia fregando en la cocina, y mirándose con su delantal entre platos, escudillas, ollas y sartenes, comenzó á pensar y hablando consigo mismo á decir: «¿Es posible que vine yo á esto, y que por hacer este oficio vil y bajo dejé yo la nobleza de mi sangre, el regalo de mis padres, el servicio de mis criados y todo lo que el mundo procura y estima? No vine yo á esto, sino á buscar la preciosa margarita; que en esta bajeza está escondida, la bajeza y humildad de Cristo, el espíritu religioso, el agrado de Dios que se halla en los oficios humildes; y pues si así es, no perdamos tiempo, tomemos este negocio con grande y entrañable afecto, porque no nos hallemos burlados habiendo perdido lo que dejamos en el siglo, y perdiendo lo que venimos á buscar en la Religion.»

Esta luz y esta razon le movió tanto que le hizo crecer en toda virtud y resplandecer de manera que, en ordenándole de Misa, le hicieron Prefecto de las cosas espirituales del colegio de Alcalá, y despues Maestro de novicios de la Casa de Probacion del Villarejo, de donde vino á ser Rector del colegio de Alcalá, y permaneció en aquel oficio hasta el mes de enero de 1584, en que fué electo Provincial de la Nueva España; y, acabado aquel oficio, volvió á España, y pasó á Roma á dar cuenta á nuestro P. General de las cosas de las Indias, y tornó á esta provincia de Toledo, donde estuvo hasta el año de 1593 en que se celebró en Roma la quinta Congregacion general de la Compañía, en la cual él se halló, y con gran conformidad fué electo por Asistente de las provincias de España é Indias, y lo fué hasta que murió.

Fué este Padre muy gran religioso y adornado de muchas y grandes virtudes, las cuales todas estaban fundadas en el cimiento de una profunda humildad, la cual le hacia gustar de todos los oficios humildes y buscar la propia humillacion.

Siendo Rector, unas veces tenia las llaves de la puerta, otras se iba á ser

mozo del cocinero, y daba tanta obediencia al cocinero, que aunque le llamasen, no salia de la cocina sin su licencia. Ayudaba á los novicios en el oficio manual. Enseñaba la doctrina á los niños con gran gusto: estaba tan desengañado y despreciador de todas las cosas del mundo, que nunca hablaba de lo que habia dejado en él, ni de su sangre, ni deudos, de los cuales deseaba ser olvidado, porque decia que á los religiosos les estaba bien no ser amados ni estimados de sus deudos, porque no los quieren sino para inquietarlos y no dejarlos cumplir con las obligaciones de su profesion: y que tenia experiencia que con quien ménos fruto hacen los religiosos es con sus deudos: porque la sangre y carne no oye de otra carne y sangre consejos saludables, ni lo que toca al espíritu y perfeccion de la vida.

Y así, tenia este siervo de Dios debajo de los piés todos los respetos del mundo y puestos los ojos en Dios, cuya gloria buscaba en todas las cosas, y abrazarse con la verdad, de la cual fué amicísimo, y tan verdadero y fiel hijo, que cuando la tenia de su parte, no dudaba ni temia cosa alguna, ni dejaba de romper por todas las dificultades y contradicciones que se le ponian delante, pareciéndole que con sola la verdad las podria contrastar, rendir y vencer.

Para mejor acertar con la verdad, temia mucho de su juicio, y en todo lo que le tocaba no fiaba nada de sí, especialmente en tiempos turbados, y cuando sentia en sí alguna pasion, que suele cegar la razon. Con esto fué varon muy prudente y de acertado juicio, y enemigo de cosas de mucho ruido, y amigo de los ejercicios caseros y ordinarios y que cada uno con la divina gracia los podia ejercitar.

Y así, este Padre no fué singular en su modo de proceder, ni extremado en lo exterior, aunque fué muy penitente, pues con la poca salud que tenia traia muy de ordinario un cilicio que le tomaba todo el cuerpo y tomaba disciplinas rigurosas. Y, aunque antes que entrase en la Compañía siempre fué conocido por mozo muy recogido y honestísimo, despues que entró en ella resplandeció como un ángel en la castidad, y no ménos en el amor de la santa pobreza, que era la que él cuando entró en la Compañía venia á buscar; porque su vestido era pobre, el manteo y sotana vieja, los zapatos remendados en fin, todo su traje olia á pobreza.

¿Pues qué diré de su grande obediencia, y del rendimiento y sujecion de voluntad y entendimiento que tenia á sus Superiores, queriendo lo que ellos querian, y no queriendo lo que no querian, porque los miraba como á ministros de Dios, de cuya voluntad santísima él estaba dependiente en todo?

Aconsejóle una vez un Padre muy grave que, si el General le quisiese hacer Superior, que replicase, pues á oficios honrosos bien se podia repugnar. Con este cebo de humildad hízolo así en cierta ocasion, y no le sucedió bien,

porque se halló desconsolado y afligido; y así lo escribió á aquel Padre que le habia dado el consejo y añadió que Dios le habia dado á entender que no hay cosa para el religioso más conveniente y segura que dejarse regir y llevar á todas manos de sus Superiores; porque Dios nuestro Señor no acude tanto á las obras grandes que hacemos por nuestra voluntad, como á las pequeñas ó grandes que van reguladas por la divina.

Como el observante Padre estaba tan asido á esta voluntad del Señor, trataba con Él como hijo con su padre, con mucha confianza y no se turbaba por cosa adversa que le sucediese. Cuando volvió de las Indias á España, aunque tuvo muy recias tempestades, no las temia, temiendo todos los otros que venian con él en el mismo navío; ántes estando para perderse y para dar en una roca la nave, y temblando todos por ver la muerte á los ojos, le hallaron á él muy seguro rodeado de resplandor y rezando la letanía, y echándose en alta mar por su consejo y contra el parecer de los marineros, salieron de aquel peligro y se salvaron.

Era muy compasivo y amigo de los pobres y de los enfermos, á los cuales visitaba cuando podia por sí mismo, y procuraba remediar y aun servir por su propia mano, y acudia con especial cuidado á sus penitentes, consolándolos y ayudándolos en sus trabajos con entrañas de padre y con sus palabras llanas y sin artificio, más eficaces y encendidas, encaminándolos por el camino derecho del cielo.

Todas estas virtudes se adelantaban en el P. Antonio de Mendoza, y se alimentaban de su continua oracion y trato familiar que tuvo con Dios nuestro Señor, con quien consultaba sus cosas, y pedia luz del cielo para acertar; y así, era tan compuesto y tan medido en sus obras y en palabras, y se echaba de ver que cuando le preguntaban alguna cosa se detenia en responder un poco, como quien pensaba lo que habia de decir, y lo encomendaba primero á Dios.

Con este tenor de vida y adornado de virtudes, vivió el P. Antonio de Mendoza treinta y dos años en la Compañía con grande ejemplo y estima de su persona; y queriendo nuestro Señor llevarle para sí y darle la corona, haciendo oficio de Asistente en Roma, le sobrevino un gran catarro, y le apretó mucho, aunque nunca dejaba de decir Misa todo el tiempo que pudo, y cuando la fuerza del mal le derribó, hizo que le comulgasen muchas veces.

Por divina revelacion supo la hora de su muerte, la cual abrazó con grande alegría, y con aquella conformidad con la voluntad de Dios que siempre guardó en su vida. Y por esto no quiso (como algunos le aconsejaron) pedir á Dios salud por medios extraordinarios, sino usar de los ordinarios y naturales, para que Su Divina Majestad hiciese de él lo que fuese servido. Estan-

do muy al cabo le dijo el médico: «¿Quiere V. P. que se abran aquellas ventanas para que se vea el cielo, á donde presto se ha de ir?» y él dijo: «No señor,» y, volviéndose á un Cristo que allí tenia, dijo: «Este es mi cielo y mi alegría,» y no pudiendo ya casi pronunciar palabra, poco antes de espirar rogó á un Padre que le hiciese caridad (pues él por sí no podia) de dar muchas gracias á nuestro Señor por él, porque habia sido servido de traerle á aquella hora y dejarle morir en la Compañía.

Y así, habiendo recibido los santos Sacramentos dió su espíritu al Señor á los 24 de mayo de 1596 estando presentes el P. General, y los otros Padres Asistentes, y derramando muchas lágrimas. Enterráronle en una bóveda de la iglesia, y, pasado año y medio, le abrieron para enterrar en ella otro Padre, y hallaron el cuerpo del P. Antonio de Mendoza con la carne tan blanda y tratable, como si acabara de morir, y el vestido con que le enterraron entero y sano.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO SALAZAR

LAS historias de los varones virtuosos se deben escribir para ejemplo y enseñanza de los fieles; y porque la una de las virtudes señaladas en que resplandeció el P. Diego de Salazar, es muy propia de ellos y contraria á los herejes, que es la veneracion de los santos y sus sagradas reliquias, he querido hacer aquí particular memoria de ella, ya que en las vidas de otros siervos de Dios hemos propuesto excelentes dechados de las demás virtudes, y no es razon falte un singular espejo de esta.

El P. Diego de Porres Marañon, que despues se llamó Diego de Salazar, nació en la ciudad de Cuenca el año de 1539 de padres nobles, los cuales en su niñez le criaron en toda cristiandad, enseñándole las letras que á tal edad convenian, hasta traerle á la Universidad de Alcalá; y pareciéndoles que por entónces no habia mejor puesto donde acomodarle que en casa del Cardenal de Mendoza, Arzobispo de Búrgos, lo procuró su padre y lo alcanzó. En casa del Cardenal, aunque llevó adelante lo poco que habia aprendido y se ordenó de corona, pretendiendo alguna cosa con que vivir honradamente en estado de Clérigo; mas en lo demás vivia como paje algo distraido, sin cuidado de lo que más le hacia al caso, que era el bien de su alma.

Sólo rezaba de ordinario el rosario de nuestra Señora, que mucho le ayudó para que la falta de sermones y leccion de buenos libros, y las ruines conversaciones de que siempre gustaba, no le acabasen de echar á perder. A los diez y ocho años, pues, de su edad, dándole Dios algunas aldabadas á su corazon avisándole de la mala vida que llevaba, comenzó á mirar por sí y á pensar si seria bien recogerse á alguna Religion, donde por más derecho camino alcanzase la salud de su alma.

Sentia entre las demás Religiones que se le ponian delante mayores movimientos de la Compañía de Jesus por el mayor afecto que de más antiguo tenia á esta Religion, y este pensamiento le traia algunas veces afligido, no acertándose á resolver, especialmente por las muchas cosas exteriores y del siglo que le llevaban tras sí, hasta que, apretándole más que nunca por el enero de 1560 años, se determinó de hacer una novena al santo Crucifijo de Burgos, para que nuestro Señor le inclinase á aquella Religion que más le convenia.

Inclinóle nuestro Señor por este medio con tanta luz y fuerza á la Compañía de Jesus, que nunca más se le quitó ó aflojó aquella determinacion, ántes creció de manera que, convidándole con otras Religiones y queriéndole en ellas recibir, no dió lugar á que le viniese á un primer movimiento de entrar en ellas.

El fervoroso deseo de poner por obra su determinacion le hizo tomar un nuevo disfraz que dió bien qué pensar y qué decir á los que le veian, y fué por el marzo siguiente venirse á pié de Búrgos al colegio de Alcalá á pedir la Compañía de esta manera. Vestido de soldado traia un coleto de terciopelo carmesí con sus martas y calzas de seda, y muslos de terciopelo carmesí con sus cuchilladas, y los zapatos eran de lo mismo. Venia ceñido con su espada, con la guarnicion y contera dorada y su daga de la misma manera, y su escarcela con lo que para el camino hubo menester.

Con este disfraz entró en el colegio á pedir la Compañía al P. Manuel Lopez, Rector de él, el cual mirándole de piés á cabeza, como á mozo, que más parecia que venia á buscar alguna compañía de soldados en que alistarse, que la Compañía de Jesus en que ser admitido, púsole muchas dificultades, y, como burlándose con él, le decia, si venia de manera que holgase de ser el comprador de casa, ó su mozo, ó el cocinero, ó tomar otro cualquiera oficio bajo de la casa; él decia que le recibiese, y en lo demás hiciesen de él lo que quisiesen, dando muestras de los fervores que por toda su vida tuvo en todo lo que le mandaron.

Al fin, viendo el Padre su determinacion y la vocacion de Dios, le recibió dia de la Anunciacion de la Madre de Dios, con quien tuvo siempre especia-

lísima devocion, á los 25 de marzo de 1560, siendo de veinte y un años; y para ver como cumplia su palabra, luego le ocuparon en ir, cuando era menester, con el comprador con una grande espuerta á traer lo que era necesario y con el vestido que trajo; sólamente le dieron unos zapatos remendados de tres ó cuatro suelas en lugar de los de carmesí. Otras veces cuando se barria la calle, le enviaba á la fuente del mercado y traia, vestido como se ha dicho, en sus dos manos dos cántaros de agua para regar cuanto era menester, con espanto y edificacion de toda la Universidad, que venia á ver este espectáculo, y él se aprovechó de tal manera de estas mortificaciones, que salió un varon perfecto, como veremos.

Pasó por todas las experiencias que usa la Compañía con todo fervor hasta que al fin de los dos años de noviciado hizo los votos acostumbrados. Luego le enviaron á oir sus Artes á Plasencia del P. Alonso de Sandoval, y tras ellas á oir su Teología en el colegio de Ocaña, y salió buen estudiante, y, ordenado, comenzó á ejercitarse en los ministerios de la Compañía, aunque más en ayudar dentro de casa á criar los novicios, á que fué más inclinado, por serlo á todo ejercicio de virtud y recogimiento.

Hiciéronle despues Rector de los colegios de Caravaca y Ocaña, en el cual oficio, no dejando de hacer lo que él estaba obligado con los de fuera, mas cuidado tenia con el aprovechamiento de los que Dios le habia dado cargo, dándose él más á los ejercicios virtuosos y á la oracion, con que mucho movia á los suyos á los mismos ejercicios.

Despues vino al colegio de Alcalá y se ocupó en tratar y confesar la gente de la villa, y á cuidar de la Congregacion de la Anunciata, en que mucho despues sirvió á nuestro Señor y á la Vírgen, la cual, segun él estaba persuadido, puso en el corazon del rey Felipe II que enviase á un religioso á peregrinar por todos los santuarios de España, que se ofreciesen en el camino de Santiago de Galicia, para alcanzar juntamente con este medio, por la intercesion de los santos, de Dios nuestro Señor la salud para su Majestad, y los buenos sucesos en negocios que traia entre manos. Escogióse para esto el P. Diego de Salazar, y él lo tomó por singular misericordia de Dios, por la gran piedad y devocion que siempre tuvo á los santos y sus cosas.

I

Sus santas peregrinaciones.

A los 22 de junio, dia de San Paulino, del año de 1587, partió el P. Diego de Salazar de Madrid para Santiago de Galicia, empezando por nuestra Señora de la Caridad de Illescas, donde estuvo por espacio de veinte y cuatro ho-

ras sin salir de la iglesia, gastándolas en decir Misa y en oracion, encomendándose á la Santísima Vírgen, delante de cuya imágen todo aquel espacio de tiempo hizo arder una vela blanca, suplicándola le tomase debajo de su amparo, y le favoreciese y encaminase en aquella jornada que él emprendia por obediencia de sus Superiores para gloria de su benditísimo Hijo y suya.

De Illescas fué á Toledo, é hizo un novenario en aquella santa iglesia, estando en el sagrario toda la mañana hasta la hora del comer; y habiendo dicho la postrera Misa en la capilla donde está la piedra en que puso los piés la serenísima Reina de los Angeles cuando bajó del cielo á aquella santa iglesia, y dado órden y limosna para que en aquella capilla cada dia se dijese Misa y cera bastante para que continuamente ardiese todo aquel año, se partió por Avila, Salamanca, Zamora, Monterrey y Orense, haciendo semejantes devociones en los lugares santos que visitaba.

Llegó á Compostela la víspera de Santiago, donde hizo su novena y dijo sus Misas, y dejando limosna y cera, como lo habia hecho en Toledo, para que por espacio de un año se dijese cada dia una Misa y ardiese siempre delante del santísimo Apóstol, se partió por Mondoñedo á la ciudad de Oviedo, donde en la cámara santa gastó tres dias mañana y tarde en oracion, suplicando á todos los santos, cuyas reliquias allí están, por todas las cosas que traia encomendadas. Visitó en Leon el cuerpo de S. Isidoro, Arzobispo de Sevilla, y á Sto. Toribio de Liébana, y allí adoró el santo madero de la Cruz. Pasó al Crucifijo de Búrgos, y volviendo por Palencia y Valladolid, y visitando las reliquias que habia en los pueblos por donde pasaba, llegó á Madrid á los 17 de setiembre, habiendo gastado en esta romería tres meses ménos seis dias.

Este fué como el primer preámbulo de su peregrinacion para Jerusalen, á donde el rey mandó que fuese; y él antes de ponerse en camino (que si le dejaran queria hacer á pié) se recogió por muchos dias en Jesus del Monte para darse más á la oracion, y aparejarse para aquella santa romería, y armarse con el favor del cielo contra los grandes trabajos y peligros que habia de pasar.

Salió de Madrid esta segunda vez á los 21 de marzo del año de 1588, dia de S. Benito, á quien por esta causa tomó por fiel compañero y singular patron; y habiendo visitado primero á nuestra Señora de los Llanos y Altamira, y en Cuenca S. Julian (de quien recibió un señalado favor), yendo por Valencia llegó á Barcelona Juéves Santo, á 14 de abril, donde hizo una novena en la iglesia mayor, y visitó á nuestra Señora de Monserrat, á S. Narciso de Gerona y la cueva donde S. Ignacio hizo penitencia en Manresa, y despues se embarcó á 5 de junio, y á los once llegó á Niza, de donde partió para Tu-

rin, y vió y adoró la sacra Sábana de Cristo nuestro Señor, como un tesoro incomparable, y de allí por Berceli, Novara y Arona entró en Milán, donde dicen que hay ciento veinte cuerpos de santos canonizados.

Aquí se entretuvo el devoto Padre regalándose con estos santos en continua oracion, y haciendo un novenario en la iglesia mayor, y dando órden que se hiciesen seis ornamentos muy ricos y cumplidos para los altares de la iglesia del Santo Sepulcro, con todos los aderezos y adherentes necesarios, y un cáliz de muy linda labor y mucho precio, que para todo habia dado larga limosna el rey D. Felipe.

De Milán fué á nuestra Señora de Loreto, donde fué muy regalado de la Santísima Vírgen, y visitando el cuerpo de S. Nicolás de Tolentino en aquella ciudad, y en Foligni el de la bienaventurada Angela de Foligni, y en Asís los del seráfico P. S. Francisco y de su hija Sta. Clara, y en Montefalco el de la otra Sta. Clara de Montefalco; llegó á Roma á los 17 de octubre, donde tuvo bien en que emplear su mucha y tierna devocion, por los innumerables santos y mártires que hay en ella. Gastó tres meses en visitar y adorar sus preciosas reliquias, y hacer oracion muy fervorosa y continua, suplicando al Señor por intercesion de los mismos santos, que mirase por él y tuviesen proteccion de todas las cosas que traia á su cargo.

Partió de Roma para Nápoles á los 14 de enero, y habiendo visitado las muchas reliquias que hay en aquella insigne ciudad, y las de S. Mateo en Salerno, y las de S. Andrés en Malsi, volvió á Roma por Monte Casino, donde está el cuerpo del Patriarca S. Benito, compañero suyo en esta jornada y protector suyo. Finalmente, despues de haber estado en Florencia, Génova y otras dos veces en Milán y en Alemania, se embarcó nuestro peregrino en la ciudad de Venecia en compañía de los frailes de S. Francisco, y vestido de fraile como uno de ellos.

Hízose á la vela á los 12 de setiembre del año de 1590, y aunque con muchos trabajos y borrascas, aportó á la santa ciudad de Jerusalen, Miércoles Santo á los 10 de abril, con increible gozo de su alma, adorando, besando y derramando muchas lágrimas en cada uno de aquellos lugares sagrados, en que se obraron los misterios de nuestra redencion; y no se contentó de ver lo que los otros peregrinos suelen ver y notar, sino todo lo que hay, y el pudo ver usando de suma diligencia; y pasó á Antioquía, Alejandría, Cairo y otras partes, y vió todas aquellas maravillas que se dicen haber sucedido en Egipto á la Sacratísima Vírgen y á su benditísimo Hijo, cuando, huyendo de la crueldad de Herodes, por aviso del cielo fueron á aquella provincia.

Embarcóse á los 10 de diciembre en Alejandría para Sicilia, y llegó á puerto de Mesina dia de la Epifanía, á los 6 de enero de 1592; allí visitó á

S. Plácido, en Catania Sta. Agueda, en Zaragoza Sta. Lucía, en Palermo Sta. Cristina, y habiendo dado otra vuelta á Italia, y visitado los otros santuarios que antes no habia visto, se embarcó en Génova á los 8 de octubre, y entró en Madrid á los 9 de diciembre el año de 1592, habiendo gastado cerca de cinco años en esta larga y santa peregrinacion.

Dió cuenta de su jornada á su Majestad, y repartió al rey, príncipe, emperatriz é infanta, á cada uno dos imágenes que habia tocado á muchas reliquias y á los lugares de la Tierra Santa, y á cada uno su redomita del agua del Jordan; despues vino á Alcalá, de donde habia salido, donde contó á sus Hermanos las misericordias que Dios con él habia usado, y repartió de las reliquias que consigo traia de la Tierra Santa, y tomó el cuidado de la Congregacion de la Anunciata, el cual tuvo con gran provecho de los estudiantes tres años y ocho meses que le quedaron de vida. De este discurso se podrá echar de ver la virtud que Dios habia puesto en este su siervo, pues tuvo tal teson en todo lo que era servicio de Dios, de la Vírgen nuestra Señora y de sus santos, que ningun peligro se le ponia delante que no lo deshiciese, y ninguna dificultad y trabajo que no la venciese, lo cual le nacia de la suma estima que tenia de las cosas divinas y sumo desprecio de todas las humanas, y aun de su misma vida, y del amor y confianza tan filial que tenia á Cristo nuestro Señor, y á su Madre benditísima, y á la intercesion de los santos, de donde le venia notar y publicar con gran curiosidad, y muy por menudo las misericordias que de Dios recibia, notando y escribiendo por beneficios de Dios y particulares providencias suyas todos los acontecimientos que le acaecian; porque, si eran prósperos, los referia por tales, y si adversos, por el suceso echaba de ver haber sido beneficio doblado y singular providencia el habérsele hecho falta, para que con ella Dios le trajese mejor el cumplimiento de su santo deseo.

Aconteciòle no pocas veces haberse determinado de partir de una ciudad á otra, y buscándose lo necesario donde era ordinario toparse, faltar de todo punto; y volviendo sobre sí, entender haber sucedido aquella falta por faltarle algunos cuerpos santos ó lugares píos que visitar, y hasta haber cumplido con esta devocion, haber querido Dios que no saliese; y luego haber tanta comodidad para la partida cuanta se podia desear; ¿cuántas veces se deshizo el viaje de Jerusalen que tanto deseaba, y resolvieron los Superiores que del todo se dejase? Mas Dios que tanto cuidado tenia de su peregrino, ejercitaba con esto su confianza y obediencia, y no era sino dilatarlo para mejor tiempo, en que más al seguro pudiese entrar en la Siria; porque si fuera cuando el Padre lo trataba y queria, le quitaran la vida, y con ella el cumplimiento de su deseo.

Y no es mucho que un siervo tan deseoso de la honra de su Señor tan menudamente ponderase las obras y providencias suyas, pues, estando tan cierto que la hoja del árbol no se menea sin su voluntad, ni un pajarico de los que vuelan por el aire no se levanta del suelo sin venir Su Majestad en ello, cierto habia de estar que ninguna cosa le sucedia en su alma y en su cuerpo que no le viniese por mano de Dios; y quien por otra parte tanto gustaba de que se hiciese su gusto y voluntad, habia de estar contento y alegre de ver cumplir en sí la voluntad divina.

La devocion que con la Vírgen Madre de Dios tenia, era muy conocida, trataba con ella con la familiaridad y amor y confianza con que suele tratar un hijo con su madre, que por tal la tuvo siempre y por tal la escogió desde que en su dia entró en la Compañía. Al tiempo que hubo de navegar á Jerusalen, habiendo de tomar nombre de madre, ninguna halló mejor que a la que era tan de antiguo su Madre, llamándose hijo de María de Stella, que era la Vírgen Estrella de la Mar. Nunca perdió ocasion en que pudiese estar pendiente de la Vírgen; cuando comenzaba sus peregrinaciones, daba principio con visitar alguna de sus casas.

La primera peregrinacion á Santiago comenzó por nuestra Señora de la Caridad y acabó por nuestra Señora de la Concepcion. La segunda comenzó visitando á nuestra Señora de los Llanos y de Altamira, y acabó visitando á nuestra Señora de Atocha y de los Remedios en Madrid, y en medio del camino los lugares donde más se recreaba eran los dedicados á nuestra Señora.

La primera iglesia que visitó llegando á Roma, fué Sta. María la Mayor tuvo tambien particular consuelo y devocion con la peregrinacion de Monserrate, y en Loreto, donde pasó nueve dias diciendo Misa en aquella casa santa, y estándose en oracion mañana y tarde gozando de la presencia que allí sentia de Dios y de su Madre. En Bresa en una iglesia de nuestra Señora de los Milagros dijo Misa á los cinco de agosto, dia de nuestra Señora de las Nieves, y allí se desnudó de sus vestidos y tomó los de romero, aceptando de nuevo á la Vírgen por Madre, y ofreciéndosele por siervo, esclavo é hijo.

En el condado de Tirol se alegró con gran gusto de su espíritu, por ser cosa con que la Vírgen se honraba, de que el archiduque de aquella tierra habia puesto en el camino real de Inspruk y Hala, quince columnas de trecho á trecho con su proporcion, en las cuales están dibujados muy al vivo en ciertas concavidades, hechas en las columnas, los quince misterios del Rosario, cercadas por debajo con un cerco cuadrado cada una para más decencia y seguridad, para que los que van de una ciudad de aquella

á otra, vayan por sus misterios rezando su rosario á la Vírgen nuestra Señora, comenzando por la primera columna cerca de Inspruk el primer misterio gozoso, y acabando en el postrer glorioso cerca de Hala, cosa digna de memoria para la devocion de nuestra Señora: y aún halló para renovar su devocion una casa de nuestra Señora de Loreto, que allí tienen hecha aquellos señores cerca de Hala, sacada muy al vivo, conforme la de Loreto, con todas sus particularidades que en ella hay.

II

Cosas raras y milagrosas que obró por intercesion de la Vírgen y devocion á las reliquias.

No contento con esto, traia consigo una imágen de nuestra Señora para tenerla más presente, á quien miraba, con quien hablaba y á quien acudia en todas sus necesidades; y cuando se hallaba en algun trabajo y peligro que ya no tenia remedio humano, acudia á la imágen de su Madre, y hablando con ella con toda confianza, le decia: «Ahora, Señora, habeis de hacer de las vuestras, pues los hombres no sabemos dar salida en este negocio,» y luego acudia y hacia lo que se le pedia.

Esto le aconteció muchas veces, de las cuales, por huir prolijidad, pondré aquí algunos ejemplos. Yendo caminando para Huete, dia de la Anunciacion de nuestra Señora, dióle deseo, si ser pudiera, de visitar á nuestra Señora de Altamira; tenia tres dificultades que le hacian casi imposible el cumplimiento de sus deseos, el ser tarde y llevar compañeros que llevarian mal cualquier rodeo, y más el no saber el camino para aquella santa casa; volvióse á la Vírgen diciéndole que, si le queria hacer aquella merced de que visitase aquel santuario, diese órden como se pudiese hacer, aunque fuese perdiendo el camino; y fué así, que perdieron el camino por espacio de una hora, y aportaron al pié del monte donde estaba aquella bendita casa, y subieron allá, y la visitaron, y saludaron, segun el siervo de Dios lo habia deseado.

Tres ó cuatro veces fué despedido de nuestro P. General y de los demás que trataban de su viaje á Jerusalen, por las muchas y gravísimas dificultades que hallaban; mas el Padre, aunque lo veia todo cerrado, y por ninguna parte hallaba camino para cumplir lo que tanto deseaba, acudia á su Madre la Vírgen María en la imágen que consigo traia, é hincado delante de rodillas le decia, que aunque él no veia modo cómo su deseo se cumpliese; mas que ella lo sabia guiar de manera que tuviese efecto; y así, lo ponia en sus manos para que de ella saliese lo que fuese más gloria de su Hijo.

¡Cosa maravillosa! á la confianza de su siervo é hijo acudia la Madre con tanta presteza y liberalidad, que luego, sin saber cómo, abria camino para hacerse lo que tan fuera estaba de él, dando remedios á las dificultades, como al fin se ejecutó con tanto consuelo y seguridad del piadoso Padre. Tan de su mano tenia á la Vírgen, que, cuando llegaba á la posada, ponia su hato y sobre él su imágen, y decíale: «Señora, guardaos á Vos y al hato:» con esto se iba á sus negocios y nunca halló que le faltase nada.

De esta confianza que tenia tan cierta por la intercesion de la Vírgen y sus santos, cuyas reliquias visitaba, nacia hacérsele sobrenaturalmente muchas cosas, haciendo Dios milagros para el consuelo de su siervo, que con tanta piedad habia tomado tan largo viaje. En la primera peregrinacion a los veinte y siete de agosto de 1587, habiendo visitado á Sto. Toribio de Liébana y al santo madero de la Cruz, que tienen en la cámara santa, y metido su dedo en el agujero del clavo con que se clavó la mano izquierda de Cristo nuestro Señor, á la vuelta se halló mala la mula con un hinchazon que no le dejaba caminar, y no teniendo humano remedio para que pudiese ir adelante, parecióle que no en balde nuestro Señor dejaba acá la santa cruz y las reliquias de sus santos, sino para el tiempo de las necesidades, y que teniéndola él al presente, Dios le remediaria con el remedio que suelen tomar otros peregrinos. Confiado, pues, en la virtud de la Sta. Cruz, hizo cinco cruces con el dedo que habia metido en el agujero del santo madero, por la devocion que siempre tuvo con las cinco llagas de Cristo, y luego sintió que su mula estaba sana, sin mostrar impedimento alguno para caminar en lo que le quedaba.

Otra vez semejante á esta, yendo á nuestra Señora de los Angeles, su mula llevaba hinchado el pecho y no queria andar sino muy poco y con grande pesadumbre; dijo Misa, suplicando á la Vírgen le quitase aquel impedimento para poder proseguir su viaje y no perder la compañía que llevaba, y tras esto le hizo cinco cruces con el mismo dedo que entró en el agujero de la Cruz, y luego quedó sana y anduvo como solia, y á poco rato fué una cuesta abajo dando tales saltos, que el ermitaño maravillado, dijo: «¿Esa es la mula que no queria andar?»

Estando el invierno de 1588 tratándose de la peregrinacion de la tierra santa de Jerusalen, tuvo en Jesus del Monte una gravísima enfermedad que le llegó al cabo, y aunque no habia determinado nada de aquel viaje, el Padre, porque por aquella ocasion no se le desbaratase lo que tanto deseaba, pidió encarecidamente á la gloriosa Vírgen Sta. Leocadia (cuyo cuerpo el año antes habia estado en Jesus del Monte hasta que se aparejase la solemnidad con que fué recibida en su ciudad de Toledo á los 16 de abril de 1587

que le diese salud; y luego la sintió, faltándole la calentura, como él mismo reconocia por singular beneficio. Solia por un tiempo tener cada dia dolor de ijada, y acudiendo á Dios por remedio, tomó de rodillas en Madrid cinco tragos del agua que milagrosamente mana de S. Isidro, santo muy reverenciado en esta villa, y nunca más le vino.

El dia primero de su jornada, contento sumamente de que ya se efectuaba su deseo, entrando en Alcalá, se le espantó el macho con tanta furia hurtando el cuerpo hacia atrás, que le derribó en el suelo llevándole arrastrando sin querer parar, no pudiendo sacar el pié del estribo; mas invocando el santo nombre de Jesus, se quebró una correa, y sacó el pié, y luego dijo un *Te-Deum laudamus* en hacimiento de gracias; y puesto de pié sintió el brazo izquierdo lastimado, de manera que fué menester ponerle algunos encerados, mas con todo eso le impedia mucho el hacer fuerza, en especial al subir y al bajar en la cabalgadura.

De esta manera llegó á Cuenca; mas, visitando el cuerpo de S. Julian, Obispo de aquella ciudad, que estaba entero y echaba de sí una fragancia celestial, él le pidió que, si era gloria de nuestro Señor, para proseguir su camino le aliviase ó quitase del todo aquel dolor é impedimento; luego sintió alivio y se le quitó del todo, de manera que nunca más sintió impedimento en su brazo; con esto crecia más su confianza, y del buen suceso en unas cosas sacaba cierta fe de que le tendria en las demás; y así, siempre que se le ofrecia ocasion invocaba el favor de los santos que habia visitado.

Habiéndose embarcado á los 5 de junio en Barcelona, sintiendo por marearse en la mar grandes bascas y pesadumbre, usando de un milagroso remedio, se quietó del todo.

Este fué tomar un poco de tierra del sepulcro de S. Daniel anacoreta, que está en un monasterio de monjas Benitas en un valle fuera de la ciudad de Gerona que poco antes de embarcarse habia visitado; partido de Inspruk de Alemania á 1.º de marzo de 1590, caminando á Trento, el caballo que llevaba alquilado, por estar el camino lleno de nieve y hielos duros, deslizó y tomó debajo al P. Salazar sin poder sacar los piés de los estribos, ni poderse valer, ántes mientras más fuerza hacia el caballo para levantarse, más peligrosamente caia á aquel lado cogiéndole la pierna debajo; y no teniendo remedio humano, acudió al divino, invocando el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el cual no desamparó á su siervo; pues, sin saber cómo ni cómo no, se halló libre y salvo en tierra sobre sus piés, quedándose el caballo caido como antes se estaba, espantado por no entender cómo hubiese sacado los piés de los estribos y cómo hubiese podido salvar un baúl que llevaba: todavía le dolia el pié derecho que habia estado debajo, de modo que

con dificultad le podia mover; á la tarde, caminando por un camino áspero y angosto y más áspero por estar helado y lleno de deslizaderos, dando en él lugar con dificultad á que pasase un carro, un madero de los que llevaba atravesado y que salia descompasadamente, le cogió la misma pierna que habia estado debajo del caballo, y fué de manera la herida, que fuera del dolor agudo que llevó por el camino, á la noche, cuando se apeó, no pudo menearse, ni halló remedio ni consuelo en la posada, sino un banco sobre que dormir.

Viéndose, pues, sin medicinas humanas, acudió á las divinas con la misma fe que solia, las cuales, como no se impiden unas á otras, antes se ayudan, escogió cinco en reverencia de las cinco llagas, conforme á su acostumbrada devocion. La primera, á la Vírgen que le habia cabido aquel mes, ofreció una Misa, pidiéndole que, si le agradaban á su Santísimo Hijo sus pasos y las visitas de las reliquias de sus santos, le diese salud, y si no, que no queria salud. La segunda, se ofreció de nuevo á servir á otros dos santos, Emeterio y Celedonio, que eran el dia siguiente, cuyos cuerpos habia visitado en España. La tercera, ofreció una Misa al santísimo niño Simeon de Trento, donde iba. La cuarta, junto con la invocacion de los santos, aplicó un cordon que llevaba que habia tocado en Viterbo al cuerpo de Sta. Rosa, y le ató á la pierna con algunas vueltas, cuya virtud habia experimentado algunas veces.

A la mañana, en levantándose donde habia dormido, para mayor abundancia, cumpliendo con el número quinario en reverencia de las cinco llagas, con el dedo que metió en la cruz en Sto. Toribio, hizo cinco cruces tres veces sobre el lugar más lastimado de la pierna; en acabando de hacerlas, se levantó y probó andar, y se sintió del todo sano y bueno, de manera que nunca más sintió dolor ni impedimento en la pierna desde este dia que era 2 de marzo, hasta que entró en Mantua á los 17 del mismo mes, en el cual dia la sintió mala y con mucha dificultad podia andar, por lo cual volviéndose á la Vírgen la pidió que perfeccionase y acabase lo que habia comenzado en la salud de su pierna, y al uso de la tierra compró una pierna de cera, que á la puerta de la casa de nuestra Señora se solian vender muchos votos de estos, y un corazon, y ofrecióle á nuestra Señora la pierna para que sanase la suya, y el corazon para dejar el suyo en manos de la Vírgen: al salir de la iglesia sintió tan sana y fuerte la pierna que nunca mas sintió mal en ella, y en prueba de esto aquel dia anduvo cuatro millas á visitar tres cuerpos de santos, volviendo con harta prisa por no hallar cerradas las puertas de la ciudad.

Otra vez 1.º de abril de 1591, saliendo de Damasco para Jerusalen, lúnes despues de la Dominica *in Passione*, fué á posar á una hostería que estaba en el camino, y, despues de comer, se halló de mala disposicion, y hacia

la noche le dió un frio y tras él una buena fiebre que le prometia una grave enfermedad; estaba en parte donde no habia remedio humano de médicos ni medicinas: fuéle forzoso acudir al acostumbrado del cordon de la vírgen Rosa de Viterbo, más preciosa que si fuera de plata ó de oro, el cual nunca le habia aplicado á algun enfermo, poniéndosele al cuello y diciéndole un Evangelio, que luego de repente no se hallase sano.

Púsose, pues, en sí mismo aquel cordon; quiso nuestro Señor que al levantarse de mañana se sintió tan bueno que prosiguió su camino como si no hubiera tenido nada y sin sentir de allí adelante más semejante indisposicion. En la tarde que se embarcó para Nápoles, estando cerca de tomar puerto en España, juéves 29 de octubre, le vino cierto mal que le impedia el caminar por tierra, y parecióle aplicar un remedio que otras veces habia aplicado por el mismo mal y sanado de él. Este era el maná de S. Nicolás; aplicóle con mucha indiferencia que, si era gloria de Dios y de su santo, sanase, y si no que no queria salud, y de aquel santo alcanzó la fe el buen Padre y la salud para acabar felizmente su larga peregrinacion.

Para echar el resto y mostrar cuán agradable habia sido la peregrinacion de su siervo, llegado á Madrid al fin de ella, quiso ver cómo estaba el agua que traia en unas vasijas pequeñas del rio Jordan, que le habian encomendado mucho para sus Majestades y Altezas; hallólo turbio, gastado y de tan mal olor, que no podia parecer delante de hombres; no sin gran pena por ver perdido el fruto de sus trabajos, hizo sus diligencias, cuantas pudo, con hombres prácticos y destiladores de aguas para que la aclarasen, mas ninguno pudo, ni supo.

Habiendo, pues, ido á Barajas á dar cuenta á su Majestad de su jornada, no se podia persuadir que, habiéndola traido de tan léjos, de rio tan famoso, tan precioso y santo, con tantos trabajos y peligros y para las personas que era, hubiese de faltar la divina providencia al tiempo que era menester; y así, poco antes que se partiese de Barajas para Madrid, echó dentro de las vasijas donde estaba un pedazo de *Agnus Dei* de los de la Tierra Santa, y tocándola cinco veces con la punta de una vara que traia para su Alteza de la ribera del mismo rio y del mismo lugar donde nuestro Señor fué bautizado; á la vuelta de Barajas luego el dia siguiente, la halló clara, como deseaba, para que se sepa estimar cualquiera cosa de las que se traen de la Tierra Santa. Empleóse bien, segun que habia pretendido el siervo de Dios, porque dió cuatro redomitas ó garrafas de ella toda clara y limpia, y sin que se perdiese una gota, á su majestad y á sus Altezas, despues que el Padre le dió otras cosas de devocion que traia, como tambien lo hizo con la majestad de la emperatriz doña María de Austria, hermana del rey D. Felipe II.

III

Algunas de sus muchas virtudes, y celo de la gloria de Dios.

Miraba Dios en todo por su siervo, cumpliendo la voluntad que tanta gloria traia á Su Divina Majestad, pues que él tan de veras procuraba hacer la voluntad de Dios y mirar por su honra; porque, primeramente, en sí mismo procuraba tanto para que por sólo Dios pareciese deshacerse, que con palabras y obras daba á entender su profunda humildad y el desprecio que de sí tenia.

De ordinario sus pláticas eran de la nada que es el hombre; y cuando entraba en esta materia hablaba con tanta fuerza y tan de veras, que bien se echaba de ver en qué estima se tenia. Si se tocaba plática de ser Superior, así lo despreciaba, sintiéndose por ineptísimo para ello, como otros ambiciosos lo desean y pretenden, teniéndose por muy aptos para tales oficios.

De aquí era el abrazar tan de entrañas la obediencia, cegando su entendimiento á lo que le mandaban; pues, aunque á veces le mandaban cosas que á su parecer eran repugnantes á lo que se pretendia, estaba tan fiado de Dios que lo mandaba, que lo sabria sacar á luz, que luego lo ejecutaba, y así, veia milagrosos efectos de la divina providencia. En la peregrinacion tan larga como habemos contado, todo su consuelo y confianza era entender que Dios la habia trazado y ordenado por la santa obediencia; y así, que Su Majestad le habia de sacar de peligros y dificultades que se le ofrecia, como le sacó en el efecto milagrosamente muchísimas veces.

En la castidad era como un ángel: ayudábale la grande devocion que tuvo á la Vírgen nuestra Señora, por cuyo esclavo se tenia y preciaba, y á quien hacia servicios particulares. Ninguna fiesta de ella venia que su víspera no le hiciese algun particular servicio de penitencia, de disciplina y ayuno, y aun muchas noches se pasaba sin cenar. Tenia tanta familiaridad con nuestra Señora, que la necesidad que tenia para sí ó para los otros, se la pedia como si la pidiera á su madre carnal, y así lo alcanzaba.

En la pobreza fué muy olvidado de sus comodidades, nunca se le vió tratar de su vestido ni comodidad, como si no tuviera necesidad de nada.

Todo su cuidado era tratar con nuestro Señor, con quien trataba familiarísimamente, y así, gustaba de estar con él muy largos ratos. Hacia frecuentemente Ejercicios espirituales, y tenia ofrecido hacer á lo ménos cada año unos largos Ejercicios, y, fuera de estos, siempre que se le ofrecia ocasion de lugar y de alguna persona espiritual de quien fuese enseñado con espíritu, luego

se le sujetaba, pidiéndole que se los diese, y estaba en ellos treinta dias, alumbrándole en ellos nuestro Señor con admirables conocimientos y fervorizándole con nuevos alientos de su espíritu y otros raros favores, creciendo cada dia de virtud en virtud y en el don de oracion.

De este acrecentamiento en el trato con Dios le salia un celo de mirar por su honra, procurándola con los prójimos, que siendo como era muy encogido y más dado á soledad y recogimiento que á comunicacion de hombres, despues la tuvo tan grande y tan á provecho de los prójimos, que hizo en ellos grandísimo fruto.

Ejemplo de esto es un hombre que vivia en la ciudad de Cuenca muy perseverante en la vida cristiana, con frecuencia de Sacramentos y obras de piedad desde que le convirtió nuestro Señor por medio de este Padre. Estaba en la Universidad de Alcalá, siendo mozo llamado Gualda, con nombre y hábito de estudiante, pero á la verdad más estudiaba en valentías y mocedades y en ser caudillo de otros estudiantes que se amparaban de él para sus maldades, y él se jactaba de que no hubiese caso feo en que no se hallase.

El P. Salazar, teniendo compasion de este mozo y lástima de su perdicion y de los que le seguian, determinó de embestir en él, y hablarle de lo que le convenia á su salud; mas, temiendo la dificultad, armóse primero con penitencia y oracion, pidiéndole el buen suceso á nuestra Señora y diciendo nueve Misas á este fin: con estas armas tomó su manteo y fuese á la posada del estudiante; los compañeros, cuando vieron al Padre en casa, avisáronle, y preguntando por él, salieron diciendo que no estaba en casa.

El Padre, entendiendo lo que era, les rogó que le dijesen que no queria más que una palabra de un negocio que le tocaba. Al fin admitido en el aposento, salióle el mozo al encuentro muy turbado y demudado, y díjole: «Padre, váyase V. R. á su casa, que yo estaré con V. R. á tal hora,» el Padre fiándose de aquella palabra, le dijo que en hora buena, y volvióse á casa; el mozo no faltó á su palabra; entró en el aposento del siervo de Dios, y sin más saludarle, sollozando y llorando, se le echó á los piés y le dijo: «Padre, véame aquí V. R., corte por donde quisiere, que yo vengo determinado de hacer todo lo que V. R. me mandare.»

El P. Diego, alegre con la presa, le consoló, y animó, y procuró llevar adelante la obra que el Espíritu Santo habia comenzado en aquella alma; hizo los Ejercicios, dándoselos el celoso varon, de los cuales salió determinado á todo cuanto el Padre le mandase. Saliendo de casa el Rector y corregidor, temian no les hiciese algun mal, porque les habia amenazado; mas el P. Salazar los aseguró que ántes iria á pedirles perdon; y así fué, porque, hincado de rodillas, pidió perdon al uno y al otro, y en una procesion salió junto á

una cruz, la cabeza descubierta, los ojos bajos y muy compuesto, mirándole todos como un milagro, tan quieto el que poco antes lo alborotaba todo.

Entre otras obligaciones tenia una; á una doncella, la cual cumplió casándose con ella. Vivió lo que estuvo en Alcalá con tanto recogimiento, sin faltar á sus confesiones y comuniones cada ocho dias, que todos estaban espantados de su mudanza; y era tan verdadera esta virtud, que en una ocasion se echó de ver; porque estando en una comedia, y teniendo á su cargo la casa y asientos donde se representaba, dos mozos descomedidos quisieron tomar los asientos que estaban ya asignados á otras personas, y diciéndoles él con mucho comedimiento que aquellos asientos estaban ya dados, mas que en otro lugar no les faltarian, el uno de aquellos más descomedido, le dijo: «Pese á tal con el ladron ruin, ¿quién otros hay para estos asientos mejores que nosotros?»

El mozo naturalmente brioso y valiente, y que, si le conocieran, no le osaran hablar, con espanto de todos los circunstantes no dijo otra palabra sino: «Cierto, señor, ninguno mejor que Vm. me ha conocido y me ha tratado como yo merezco;» y, diciendo esto, se fué de allí y se metió en un aposento, y perseveró despues en aquella vida cristiana que por medio de este siervo de Dios habia comenzado.

Otra cosa hizo digna de memoria cuando estuvo en Alemania encubierto, por no ser conocido de los que le andaban espiando. Salió de Inspruk á Uraltroz, que está en una alta montaña y muy agria de subir: llegado allá de noche y visitado á la Vírgen, se fué á la hostería que estaba en frente de la iglesia, la cual tenia el sacristan ó cura de la iglesia, que ambos oficios hacia, el cual era un viejo que habia estado más de treinta años amancebado con otra que ya era vieja como él, y vivian públicamente con escándalo de los que los conocian.

El Padre, celoso así de la honra de la Vírgen, que tuviese por cura un tan feo pecador, como de la de Dios, quisiérase salir de allí por no comer ni dormir en casa donde tan de asiento estaba el pecado; mas, no pudiendo ser otra cosa, tomó la mañana y fuese á la iglesia, y dijo la Misa pidiendo á la Vírgen, ó que tuviera otros mejores sacristanes, ó que los convirtiese, pues tan fácil le era.

Vuelto á la hostería para pagar el hospedaje, ya que se salia, le dió un toque nuestro Señor que hablase á aquel viejo de su conversion; el Padre sintió mucha dificultad por no saber lengua tudesca, y porque le habian dicho que aquel viejo era el cura de aquella iglesia y que habia muchos años que él no hacia el oficio, sino un hijo suyo; y así, que si algun latin sabia se le habria olvidado; y más que la mujer parecia que no daba entrada, temiendo

por ventura lo que habia de ser; al fin venció el celo de aquella alma, y aunque muchas personas religiosas y celosas habian tratado de su conversion, él diciendo entre sí: «Yo no tengo de hacer esta conversion ni mis palabras, sino la Vírgen con su incercesion,» pidió á la mujer que queria saludar al viejo, que de viejo y enfermo no se levantaba de la cama: al fin le dió entrada y, no le hubo bien dicho dos palabras, cuando empezando á llorar, se puso en sus manos para que le remediase; el remedio era difícil, porque descubrió que era tambien apóstata de una Religion, y que se habia salido de un monasterio del reino de Nápoles.

Quedó concertado que se trataria de su reduccion, y con esto salió el Padre con su compañero muy contento, y dijeron un *Te Deum laudamus*, y en las Misas y oraciones pidieron á nuestra Señora llevase adelante lo comenzado. Llegado al colegio trató con el P. Rector y el predicador este negocio, y ellos lo trataron con una persona principalísima de la ciudad, la cual le dió de comer y de vestir y llevó á un monasterio de su Orden, donde quedo reducido á su Religion y á la amistad de Dios y de la Vírgen, á quien habia tanto ofendido.

IV

Su santa muerte.

Semejantes á estas hizo este siervo de Dios otras muchas obras, que por evitar prolijidad se dejan de contar. Todo el tiempo que despues de su peregrinacion vivió, le tuvo en Alcalá teniendo cuidado de la Congregacion de nuestra Señora de la Anunciata, ocupacion para él muy agradable por ser toda en servicio de la Vírgen, y porque todo su cuidado era hacer á otros sus devotos de la misma Señora; y cumplió tan bien con esto su deseo, que gran número de estudiantes de los que estudian en la Universidad, los traia tan compuestos, y más á los nobles, que eran el ejemplo de los demás, porque ni faltaban á sus ejercicios espirituales ni á los de letras, ántes se hicieron con más solemnidad que solian, con que se animaban todos á la virtud y a la devocion de nuestra Señora, en cuyo servicio todo se hacia.

Entre estas ocupaciones el tiempo que le vacaba dió á escribir un itinerario de todo el camino que habia hecho cuando fué á Jerusalen, por habérselo mandado así su Majestad el rey D. Felipe II, en el cual, diciendo por menudo el órden que llevaba en su camino, declaraba las reliquias y cuerpos de santos que en cada lugar donde llegaba visitaba, con la historia de él y todo cuanto hizo en su servicio, contando muy en particular las dificultades y peligros de que Dios le libró, y las inmensas misericordias que con él usó

hasta hacer en él beneficios sobrenaturales y milagrosos por intercesion de sus santos y virtud de sus reliquias, el cual se puso en la librería magnificentísima de S. Lorenzo el Real, de cuyo original se ha sacado mucho de lo que aquí tengo escrito.

Andando en estas buenas ocupaciones, le fué ordenado que el postrer verano le pasase en el Fresno, poco más de dos leguas de Alcalá, porque la señora fundadora de aquel colegio se iba á aquel lugar por la salud, y el Padre la habia de confesar allí. Habiendo ayudado á los de aquel pueblo con sus pláticas y sermones y con acudir con los Sacramentos á los que querian, vino á hallarse mal, y por esto se hubo de venir á su colegio, aunque, con el ánimo que Dios le daba, parecia que el mal no era nada, y habiendo dicho á la fundadora que él se levantaria bueno el domingo para confesarla y comulgarla; él se lo pidió á nuestra Señora, como solia, y á nuestro P. S. Ignacio, y con admiracion del médico se halló aquel dia bueno é hizo el oficio que habia prometido, y á la tarde le apretó el mal de manera que le dieron el Viático y la Extremauncion, estando él con toda seguridad é igualdad.

En aquel tiempo se vió qué era lo que más amaba; porque hablaba altísimamente de su polvo y ceniza, queriendo imprimir en los corazones de los que le oian el afecto grande que tenia de la humildad; mas de la Vírgen hablaba con excesiva devocion, llamándola Madre y aseveradamente diciendo que él era su hijo, con cierta manera de filiacion que él no sabia explicar, lo cual repetia mucho como cosa que le causaba gran gusto.

Al fin, entre estos afectuosos coloquios y entre muchos actos que hacia de su humildad y aniquilacion, dió su espíritu al que se le dió, á las dos de la tarde, dia de S. Luis, 25 de agosto de 1596, de edad de cincuenta y siete años, habiendo estado los treinta y seis en la Compañía.

P. NIEREMBERG.

PP. JORGE VALIER Y FRANCISCO ROSILLO

EL P. Jorge Valier fué natural de Lieja, hijo de padres nobles: habia estudiado en la provincia de Toledo y hacia oficio de Ministro en el colegio de Oropesa, cuando fué sacado de la obediencia para el ejercicio de caridad en que murió juntamente con el P. Francisco Rosillo, el cual era natural del Provencio en la Mancha, del obispado de Cuenca, buen teólogo, y

de edad de treinta y ocho años, los cuales el año de 1596 en la armada que el adelantado D. Martin Padilla llevaba á Inglaterra, se embarcaron con otros de la Compañía á peticion del rey D. Felipe II, y repartidos todos los religiosos por los navíos, á estos dos Padres les cupo una nave gruesa en que iban cuatro compañías de infantería, y por capitan Gregorio de Chinchilla.

Despues de haber amonestado á todos los oficiales de la nave y á las cabezas de los soldados antes de salir de Lisboa, y exhortádolos con una plática que les hizo el P. Rosillo á que se confesasen, y, si llevaban algunas mujercillas las dejasen, y dispusiesen sus almas con la contricion y penitencia para que el Señor los ayudase y favoreciese en aquella jornada; la gente obedeció en todo á tan saludables consejos; mas fué nuestro Señor servido para nuestro castigo y escarmiento, que, habiendo salido la armada de Lisboa á los 18 de octubre, á los veinte y ocho dias del mismo mes se levantó una terrible tempestad de noche, y la nave junto á Corcubion, al cabo de Finibusterre, dió en unos bajíos al través con lastimoso espanto é increibles alaridos de ochocientas personas que iban en la nave, y como estaban cerca de tierra, algunos con poca consideracion se echaron y ahogaron en la mar; otros se salvaron con tablas, aunque muy maltratados.

Con la furia del viento se quebró el mástil de la nave, tocando con la punta en tierra, y por él, como por una puente, comenzaron á salir á tierra algunos capitanes y soldados, rogando é importunando mucho á los dos Padres que saliesen, porque ellos los pondrian en salvo.

Pero ellos, viendo que todavía quedaban en la nao más de trescientas personas afligidas, desconsoladas y sin remedio, abrasados del amor del Señor y de sus prójimos, no los quisieron desamparar, poniendo en peligro evidente sus vidas por sus hermanos, que es la mayor caridad; y así, cada uno con su crucifijo en las manos, comenzaron á animar la gente que quedaba en la nave, y exhortándola á la verdadera contricion y dolor de sus pecados, y á que se confesasen y pidiesen misericordia al Señor.

Todos se confesaron con mucha devocion y contricion, viendo la muerte a los ojos. Fué cosa maravillosa, que siendo aquella noche muy oscura y llena de tinieblas de modo que no se veian unos á otros, toda la gente que estaba en la nave veian los rostros de estos dos siervos de Dios y los crucifijos que llevaban en las manos tan distintamente y con tanta claridad como si fuera mediodia, significando nuestro Señor con esta maravilla lo mucho que se agradaba de aquella obra de caridad.

Despues de esto los fervorosos Padres con algunos caballeros se recogieron á la popa, donde estuvieron como una hora encomendándose muy de veras á nuestro Señor y nuestra Señora. Estando en esta oracion, sobrevino

tan gran golpe de mar, que á todos los arrebató y anegó, llamando siempre é invocando el santísimo nombre de Jesus y de María.

Este fin tuvieron estos dos Padres; algunos de los que iban en aquella nave que escaparon del naufragio, testificaron el milagro de haberse visto los cristos y los rostros de los Padres tan claramente como si les dieran los rayos del sol en medio de aquellas lóbregas tinieblas. Despues se hallaron los dos crucifijos que llevaban los Padres en las manos, y el capitan los guardó con mucha veneracion. Sacaron de la mar algunos oficiales del capitan Chinchilla los cuerpos de los dos siervos de Dios y los enterraron en una iglesia que está allí junto al Sardinero. Y despues el mismo capitan dió uno de los crucifijos al colegio de la Compañía de Santiago y el otro á D. Luis Carrillo, señor de Pinto, gobernador de Galicia, por habérsele pedido con mucha instancia y devocion. Esta muerte tan gloriosa de estos dos siervos de Dios se refiere en la *Historia* del colegio de Madrid.

P. NIEREMBERG.

P. GARCIA DE ALARCON

ESMALTÓ el P. García de Alarcon su gran nobleza con mayor resplandor de su virtud. Nació este siervo de Dios en la villa de Albaladejo, del obispado de Cuenca, á 23 de abril del año de 1534.

Sus padres fueron D. Alonso Giron de Alarcon y doña Juana Pacheco, señores de las villas de Albaladejo y Piqueres; y él, como mayorazgo, habia de suceder en aquel Estado, como sucedió, y en el de Villarejo de Fuentes, por ser su madre hermana de D. Juan Pacheco, que no tenia hijos.

Fué desde niño tan devoto, virtuoso y recogido, que luego se entendió que, andando el tiempo, habia de dejar el mundo y recogerse á vivir en Religion; y ya desde aquella edad aconsejaba á D. Luis Giron, su hermano menor y á otra hermana suya que, cuando comiesen á la mesa de sus padres, dejasen de comer de los platos regalados y sabrosos por reverencia de la Pasion de Cristo nuestro Redentor, y se concertó con ellos que les haria señal para que así lo hiciesen.

Siendo de edad de diez y ocho años, murió su padre, y él tomó la posesion de Albaladejo y Piqueres; fué á Granada á cierto pleito de mucha calidad,

nde dió muestras de muy cristiano y lucido caballero; porque vivia él y su familia con mucho recogimiento, y no por eso dejaba de ocuparse en los ejercicios de caballero con mucha loa y satisfaccion de aquella Audiencia y ciudad.

Estando en Granada, llegó á ella el P. S. Francisco de Borja, Comisario General de la Compañía, y con su vista y ejemplo se movió tanto, que propuso de imitarle, y, haciendo divorcio con el mundo, seguir sus pisadas, y así le pidió le admitiese en la Compañía, y el P. S. Francisco le recibió el año de 1555, y le envió á la Casa Profesa de Simancas, donde se esmeró entre los demás novicios en una rara y profunda humildad y singular comunicacion con Dios nuestro Señor.

Andaba en Simancas con un capote largo, tan despreciado, que los que no le conocian le tenian por criado ó por algun mozo simple de casa. Servia con grande alegría en la cocina y en el refectorio, y en Valladolid hizo este mismo oficio, y sirvió al cocinero con tanto gusto de su alma y tan persuadido que toda su vida habia de hacer aquel oficio, que no le pasaba por el pensamiento otra cosa.

Acabado su noviciado, le enviaron á Alcalá á estudiar sus Artes y Teología; y aunque él puso cuidado en sus estudios de letras, más gustaba de los interiores de su alma y del trato familiar con Dios, por el cual y por su rara modestia y ejemplo ayudaba mucho á los de casa y edificaba y movia á los de fuera.

Ordenóse de sacerdote y fué Maestro de novicios por algunos años. Gobernábalos por una parte con mucha suavidad y blandura, y por otra con gran mortificacion interior y exterior y observancia de las reglas. Despues de esto, el P. Antonio Cordeses, Provincial de esta provincia de Toledo, por orden del P. Everardo, Prepósito General, le tomó por su compañero, y siéndolo, en la Congregacion provincial que para elegir Procurador de la provincia y enviarle á Roma se celebró en Toledo el año de 1565, el P. García de Alarcon fué electo por Procurador, y fué á Roma, y volvió á España por Rector del colegio de Alcalá, y de allí fué enviado por Visitador de la provincia de Andalucía.

Acabada la visita, quedó por Provincial de la misma provincia, y lo fué hasta el año de 1581, en que, por haber muerto el General, se celebraba en Roma la Congregacion general para elegir sucesor al ya difunto. En esta Congregacion salió por General el P. Cláudio Aquaviva y por Asistente de España el P. García de Alarcon, y perseveró en aquel oficio por espacio de doce años con grande entereza, prudencia y diligencia en los negocios y singular recogimiento de su alma. Porque, como él de suyo era tan devoto y tan

amigo de tratar más con Dios que con los hombres, en cumpliendo con su oficio de Asistente, se encerraba en su aposento y gozaba á sus solas de Dios.

Soltó tanto la rienda á su fervor, que por algunos años las noches no cenó bocado, y se levantaba en medio de ellas, y se estaba en oracion hasta una hora antes que tañesen á levantar la comunidad, porque aquella hora tomaba para reposar un poco, y luego se levantaba con los demás para tener con ellos su oracion ordinaria, y esto hacia con gran secreto y disimulacion sin que nadie lo supiese, hasta que por estos excesos cayó en una grave enfermedad.

Fué necesario enviarle á curar á Nápoles, donde estuvo desahuciado de los médicos; pero nuestro Señor le dió salud y volvió á Roma, y se halló en la Congregacion general que allí se celebró el año de 1593, en la cual se eligieron nuevos Asistentes, y el P. García, descargado de aquel oficio, torno a España con deseo de recogerse en algun rincon para vacar á Dios, y, descuidado de negocios y gobiernos, aparejarse para morir.

Pero no le sucedió como pensaba; porque, estando muy descuidado y á su parecer seguro, le vino el año de 1593 la obediencia del General, en que le ordenaba que visitase la provincia de Toledo y de Castilla, con tanta precision, que le mandaba que no se excusase ni le replicase, porque él ya sabia todas las razones que en contrario podia alegar; y así, hubo de bajar la cabeza y sujetar al yugo la cervíz y aceptar el cargo de Visitador de estas dos provincias, muy contra su gusto, pero con gran resignacion á la obediencia en la cual deseaba morir; y así murió, estando ocupado en este oficio; porque, despues de haber visitado la provincia de Toledo, fué á la de Castilla, donde Dios nuestro Señor le dió á entender que se le acercaba el fin de su vida revelándosele, y que no acabaria aquella visita.

Desde este tiempo entró en más fervor, y tomaba más tiempo para la oracion. Aunque era en el celebrar el sacrosanto Sacrificio de la Misa siempre devotísimo, mas desde este tiempo hasta que murió fué mayor su devocion y el derramamiento de sus lágrimas. Con la luz que tenia del oráculo divino, cuando llegó á Salamanca, dijo á su compañero por muy cierto que su muerte seria muy presto, y, estando en Soria, le dijo que no acabaria la visita. Tambien escribió al P. General pidiéndole encarecidamente que le encomendase á nuestro Señor, para que se apiadase de su alma y tuviese misericordia de ella.

Finalmente, habiendo llegado á Oviedo y comenzado su visita, le dió la enfermedad de la muerte, y él con grande sosiego y paz se confesó con su compañero generalmente, y le dijo con mucha certeza que ya era llegado el término de sus dias, de que él estaba alegre y contento y con gran esperan

za de verse en el cielo, y que así, no habia que hacer caso de las medicinas corporales, sino de aparejarse para aquella jornada como él lo hizo, olvidándose de todos los negocios del mundo, por atender á aquel que es negocio de todos los negocios, y guardando gran silencio con los hombres, por hablar más libre y largamente con Dios.

Agravóse la enfermedad, y aunque en ella habia comulgado, cuando le dijeron que recibiese el Señor por Viático, se alegró por extremo, y dijo muchas veces: «Venga presto mi Señor, venga presto.» Al tiempo de recibirle, cruzó los brazos, y con el rostro encendido y como un fuego dijo: «¡Oh Señor mio! ¡Oh Señor mio!» y, en habiéndole recibido, avisó que le dejasen y no le inquietasen.

Despues recibió la Extremauncion con gran consuelo y gusto, y luego se tornó á recoger en su oracion con Dios. Mas, como el Padre Provincial de Castilla Cristóbal de Ribera, que allí estaba, y los otros Padres hiciesen sentimiento y derramasen muchas lágrimas, se volvió á ellos y les dijo: «No lloren ni tengan pena de mi muerte, porque yo me hallo en la hora del mayor contento que jamás tuve, pues por la infinita bondad de Dios, aunque soy un miserable pecador, tengo prendas de la vida eterna,» y con esto se tornó á recoger y no habló más palabra por más de una hora que le duró la vida, aunque dentro de sí con grande afecto y confianza hablaba con Dios y le decia: «Vos sabeis, Señor mio, que ni por padre, ni por madre, ni por otra persona, jamás he querido sino lo que fuese mayor servicio y gloria de vuestra divina Majestad, ni tampoco ahora lo quiero.»

Y así, puesto en Dios, y ofrecido en sus divinas manos, le dió su alma viérnes 10 de octubre á las tres de la tarde del año 1597; fué enterrado al otro dia en la iglesia de la Compañía de Oviedo, junto al altar mayor al lado del Evangelio.

Vinieron á su entierro el Obispo y Cabildo de la iglesia Catedral y los religiosos de todas las Ordenes que hay en aquella ciudad. Manifestó el Señor la gloria de que gozaba este su siervo á una persona de rara virtud y tenida por santa. En Valladolid, estando ella despues de su muerte afligida, le apareció el siervo de Dios y la consoló y certificó de la gloria eterna que poseia.

El Padre Provincial de Castilla, Cristóbal de Ribera, varon de gran religion y virtud, que acompañaba al P. García de Alarcon en su visita, escribió una carta á los colegios dándoles cuenta de la muerte de su Visitador, y en ella al cabo les dice estas palabras: «Por ser tan conocida en la Compañía la santidad de este gran siervo de Dios, no tengo yo para qué alargarme en decir muchas cosas que pudiera de su grande virtud y santidad; pero dos en par-

ticular diré por haberlas advertido mucho todo este año que he gozado de su santa compañía.

»La una es haberle visto tan humilde, y tan deshecho de sí mismo y de todas las cosas del mundo, y tan totalmente dejado de sí, que me parecia veia en él un hombre verdaderamente muerto al mundo y al amor propio. La otra es, que por experiencia conocí que en sus cosas no buscaba otros fines sino el mayor servicio y gloria de nuestro Señor; jamás le noté designio ni inclinacion, ni motivo que no fuese á este blanco.

»Su lenguaje era que se mirase lo mejor en cuanto trataba, y se hiciese aquello que fuese de mayor servicio y gloria del Señor. Con esto vivió, y este fué el fin de sus acciones, y con esto dió fin dichosísimo á su santa vida, siendo de edad de sesenta y tres años y habiendo vivido en la Compañía los cuarenta y tres. Quedamos lastimados y huérfanos con pérdida de tal Padre, aunque consolados y animados con el ejemplo de su vida y muerte.» Hasta aquí son palabras del P. Provincial.

P. NIEREMBERG.

P. MILLAN GARCIA

NACIÓ el P. Millan García en Veas, lugar del obispado de Cartagena, de padres honrados, el año de 1540. Fué desde niño muy inclinado á la virtud, para lo cual le ayudó mucho el haber tenido por maestro de gramatica en Ubeda á un discípulo del P. Maestro Juan de Avila y la enseñanza que de él tuvo, porque enseñaba á sus discípulos que viviesen con recato y se confesasen y comulgasen á menudo.

Siendo de doce años, oyó nombrar la primera vez la Compañía de Jesus y con sólo oir este nombre, se regaló su espíritu, se enterneció y se le imprimió en el corazon de manera que sin conocer á los de la Compañía los amaba, y se holgaba de oir hablar bien de ellos, y los defendia de los que hablaban mal. Despues de haber oido su gramática, vino á la Universidad de Alcalá, y oyó sus Artes y Teología, y se graduó de maestro en Artes, y cobró gran nombre en la Universidad.

Tuvo algunos movimientos é impulsos de hacerse religioso cuatro años antes que lo fuese; pero no se determinó en serlo, ni en qué Religion lo habia de ser, sino en suplicar á nuestro Señor muy de veras que le declarase

su voluntad; y para esto determinó de ofrecerle muchas oraciones, disciplinas, ayunos y limosnas.

Confesaba y comulgaba á menudo; tomaba por intercesora á la Santísima Vírgen María nuestra Señora, y ayunábale todos los sábados, comiendo pan y agua ó una escudilla de yerbas; y con gran resignacion y deseo de acertar suplicaba á Dios nuestro Señor que le alumbrase y declarase su voluntad, porque el tomar estado dependia de saberla, pues, en sabiéndola, pecho por tierra la seguiria.

En esta oracion y resignacion gastó medio año, sin hallar en sí inclinacion más á un estado que á otro, hasta que un dia, estando de rodillas en oracion, se sintió inclinado á ser de la Compañía, con un sosiego y una paz y fuerza de espíritu interior que bastó para persuadirle que era voz de Dios, y ejecutarlo dentro de ocho dias. Poco antes de esto tuvo un sueño divino que le confirmó en su vocacion, llamándole el Señor por este medio.

Soñó que salia de su posada y que un fiero y bravo alano venia á él con gran denuedo para embestirle y despedazarle, y que él, por escaparse de aquella bestia y guarecerse, iba huyendo primero al colegio mayor, y, hallando la puerta cerrada, fué huyendo por la calle de los colegios de frailes y despues por S. Francisco, y que, hallando las puertas de estos colegios y conventos cerradas, fué á dar al colegio de la Compañía; porque el alano con gran ferocidad venia siempre tras él, y que halló el postigo de la iglesia abierto, y él entró, y se guareció y el alano le dejó.

Con este sueño, y más con aquella inspiracion y vehemente impulso que despues tuvo, pidió la Compañía. Y habiéndole señalado el dia de su entrada, dió parte de ella á un su amigo, el cual le persuadia que no lo hiciese sin dar parte á su madre, que era viuda. Quísolo hacer así, y buscando un hombre que llevase las cartas, y estando almorzando para partirse, Millan se adormeció y vió que Cristo venia con una lanza en la mano amenazándole que, si más aguardaba, le vendria mal.

Fué de tanto efecto esta vision, que luego sin más detenerse se fué á la Compañía y fué recibido á los siete de mayo de mil y quinientos y sesenta y tres. Hizo su noviciado con grande fervor y espíritu, y aunque al principio Dios nuestro Señor le probó con varios escrúpulos, despues le sosegó y consoló.

Luego le pusieron á leer un curso de Artes en el colegio de Ocaña antes de ordenarse. Despues de ordenado de sacerdote, comenzó á predicar y descubrió un raro y apostólico talento para el púlpito. Ejercitóse en este ministerio con mucho fruto de los pueblos por donde anduvo en misiones, que fueron muchas por largo tiempo, y apénas hubo lugar de la Mancha en que

no predicase. Autorizaba sus sermones, fuera del resplandor de sus virtudes y ejemplo, el haberle visto algunas veces en el púlpito con resplandores visibles y rayos de grande luz que echaba de su rostro.

Tambien en un dia de Pascua del Espíritu Santo vieron algunas personas estar sobre el predicador de Cristo una paloma muy hermosa. Predicando tambien otro dia de Pascua de Resurreccion, vieron su rostro con tanta luz que parecia un sol. Acontecióle llegar á Villanueva del Cardete una vigilia de S. Pedro y S. Pablo, y del trabajo del camino y mal pasar caer malo su compañero, y para regalarle no hallar sino un huevo de limosna con muchos desdenes y no buenas palabras, por ocasion de una burla que á los de este pueblo y del Corral de Almaguer habia hecho un hombre con nombre y hábito de la Compañía; porque habia recogido mucha cantidad de joyas con título de empeñarlas y comprar paños para vestir los pobres de esos dos pueblos y fuese con todo, de lo cual estaban escandalizados y bien indignados con los de la Compañía y muy temerosos de su nombre.

Viendo, pues, su necesidad y el poco regalo que hallaba para el enfermo, fuese con él á la iglesia é hizo oracion, suplicando al Señor que remediase al compañero y los proveyese en aquella necesidad. De allí á poco entró en la iglesia á deshora, porque era mediodia y hacia gran calor, un hombre rico y principal del pueblo que jamás habia visto persona de la Compañía, ántes estaba mal con ella por cosas que falsamente habia oido decir; con todo eso llevó á los dos Padres á su casa y los hospedó y regaló. Y el P. Millan predicó allí algunos dias con notable concurso, mocion y aprovechamiento de toda la gente que acudia para confesarse con él, y desmarañar sus conciencias, y poner sus almas en sus manos. Porque á la grande mortificacion de este Padre respondia el fruto de sus sermones.

Fué este insigne varon tan excelente y consumado en el ministerio de misiones, que el P. Alonso de Andrade en el libro de sus misiones le pone por dechado é idea á los misioneros y obreros evangélicos por estas palabras.

Lo primero, pues, que hacia este varon de Dios era darse muy de veras á la oracion, penitencia y mortificacion, para hacerse por este medio digno instrumento de la obra del Señor. Retirábase del trato de los seglares, entregábase al de Dios y á su estudio, preparando los sermones y pláticas que le parecian necesarias para su mision.

Recorria los autores más clásicos que habian escrito de casos de conciencia, acomodándose en aquellas materias que sabia por experiencia eran mas importantes y usuales en las confesiones de los pueblos, como son la de matrimonio, restitucion, juramentos, votos y penitencia. Llegado el setiembre iba á su Prelado y se ponia en sus manos para que le enviase á donde le

pareciese ser más conveniente á la gloria de Dios y bien de las almas, declarándole con toda resignacion los movimientos que sentia en su espíritu y las voces que Dios le daba para aquel santo ministerio.

Habida la licencia y bendicion del Superior, partia con su compañero, á quien industriaba conforme á su fervoroso espíritu. No sacaba de casa más que su breviario y algunos pocos papeles de sus sermones, los que precisamente eran necesarios. Si el camino era corto de manera que le pudiesen andar á pié, iban ambos á pié, sin admitir por ruegos algunos dispensacion en esto. Si era largo de algunos dias, no alquilaban mulas, ni fletaban carro, por evitar la costa y no ser cargosos á los lugares adonde iban; mas pedian por amor de Dios á algunos de los que iban hacia aquella tierra que los llevasen de limosna.

Y de esta manera iban la mayor parte á pié, la otra, valiéndose de algun jumento para llegar al lugar donde iban, pagándoles esta limosna con otra mayor y mejor, espiritual para sus almas; porque raros fueron los que caminaron con el P. Millan, á quien no redujese á confesarse y hacer penitencia de sus pecados con ejemplar mudanza de vida. El cual estilo guardó siempre en su predicacion, caminando de un pueblo á otro á pié, y solo con su compañero, sin admitir compañía de seglares, ni fausto de acompañamientos y recibimientos; porque en los caminos se acompañaba con los ángeles y santos, gastando lo más del tiempo en oracion vocal y mental y coloquios de cosas celestiales.

En llegando á los pueblos, lo primero que hacia, siguiendo la regla de S. Buenaventura, era ir á presentarse á Cristo, su Prelado y Maestro, al templo; allí se hincaba de rodillas y de lo íntimo de su corazon le daba gracias por la merced que le habia hecho en el camino, y ofreciéndole su alma y cuerpo, sus fuerzas, salud y vida, le suplicaba que le diese acierto para emplearlas todas en su santo servicio y provecho de aquel pueblo; que no permitiese que sus pecados fuesen parte para estorbar el fruto de su santa palabra; que se doliese de las almas que estaban allí en pecado y diese fuerza á sus palabras y gracia á su predicacion para sacarlas de él.

Y al santo Angel que guardaba aquel lugar suplicaba, como lo hacia S. Francisco Javier, que le fuese medianero delante de Dios para alcanzar lo que pedia, y que le asistiese, enseñase y ayudase en el púlpito, confesionario y en todas partes, para hacer su ministerio con fruto y edificacion de aquella gente que le estaba encomendada. La cual oracion hacia con tanto fervor y lagrimas, que no pocas veces gastaba, sin reparar, muchas horas en ella, y era necesario que el compañero le llamase para disponer las cosas de la posada.

Salia de esta oracion tan aliviado del cansancio del camino, como si hubiera venido en una litera, porque los santos descansan en la oracion, y su mayor alivio es echarse en las manos de Dios. Luego se iba al hospital, el cual era su comun posada, cuando era decente para ejercitar sus ministerios, sin admitir por ningunos ruegos ni instancias otra alguna. Pero si no era decente, tomaba posada en alguna casa pobre cerca de alguna ermita, adonde residia casi todo el dia y parte de la noche, expuesto á todo género de personas.

Y cuando daban treguas, por breves que fuesen, se ocupaba en oracion, gastando siempre con Dios el tiempo que no gastaba con los hombres: rara ó ninguna vez se aposentaba en casas de casados, ni de nobles ó muy ricos, y ménos en casas de grandes señores ni de mujeres solas ó mozas, por la indecencia de estas y por el ruido y ocupacion de aquellos; sino en casa de algun eclesiástico virtuoso y no rico que no tuviese mucho tráfago de criados y pudiesen fácilmente tener todos entrada para hablarle. Y si esto no se podia, en casa de alguna viuda ó beata anciana de santa vida, cual fué aquella en cuya casa aposentó Dios al profeta Elías.

El estilo que guardaba en las posadas era de suma edificacion y dignísimo de ser imitado de los Padres misioneros; porque estaba tan recogido en su aposento (que él siempre procuraba fuese distinto del de su compañero) que jamás salia de él, sino era para la iglesia; ni entraba en los aposentos de los que le recibian, ni permitia que entrasen mujeres en el suyo, aunque fuesen domésticas. Servíale á la mesa el que le servia á la Misa y hacia clausura la celda en que entraba, como si fuera el claustro de la Religion, y ménos entraba en las oficinas, corrales ó huertas de la casa.

Con esto era veneradísimo, porque, así como la mucha conversacion es causa de menosprecio, el mucho retiro es causa de más aprecio. Y si no admitia visitas de los domésticos, mucho ménos de los extraños, remitiéndolos todos á la iglesia y al confesionario á tratar del bien de sus almas. Sólo en algun caso, cuando algun hombre muy ocupado, como son los pastores, ganaderos y forasteros, venia á confesarse ó á tratar algun caso, mitigaba este rigor, y le recibia y consolaba con mucha benignidad, porque la experiencia le habia enseñado que el confesor habia de ser como Dios, el cual recibe al pecador en cualquiera hora que gime sus pecados, sin dilatarle el perdon para mañana, y por no haberlo hecho así algunos confesores, se han perdido muchos pecadores.

El tratamiento de su persona era tal, que debiera habitar en medio de las plazas para pública edificacion, porque su cama era una tabla cubierta con una manta, ó, cuando mucho, admitia un jergon; tomaba todos los dias disci-

plina y más rigurosa cuando habia de predicar. Vestia continuamente un cilicio á raíz de las carnes, y nunca predicaba sin él, mudándole despues del sermon por gran regalo, como otros mudan delicadas camisas. Su comida, á lo apóstolico, era lo que le daban (como mandó Cristo á sus Apóstoles) por no ser cargoso; pero comia siempre moderadísimamente, ménos que en los colegios, alabándolo y agradeciéndolo todo. Jamás se supo de qué gustaba, porque jamás lo mostró, ni con acciones ni con palabras. Pero si veia que se desmandaban en regalarle, pedia con mucha cortesía á sus patrones que se moderasen, diciéndoles lo que le habian de dar, que era moderadísimo.

Y como veian que, si no le obedecian, le daban disgusto y no comia lo que le daban, obedecíanle en todo, aunque con dolor de su ánima. Nunca admitió convites ni los hizo; ayunaba por lo ménos dos dias en la semana, pero mal digo dos dias, porque toda su vida fué un perpetuo ayuno. No admitia presentes, ni regalos, ni de lienzos ó vestidos que le enviasen, y mucho ménos dineros, aunque fuese para repartir en limosnas; porque decia que mejor conocian ellos á los pobres del lugar y tenian más lugar para repartirlo.

La confianza que tuvo en la providencia de Dios fué rara, porque jamás cuidaba de lo que habia de comer, dejando este cuidado á Dios, que le enviaba a trabajar. Y por esto nunca llevaba cosa alguna, ni de comida, ni de bebida, ni de dinero de un lugar á otro.

Los pobres mendigos eran siempre sus convidados, á los cuales repartia lo que le daban. Y si alguna vez no hallaba á quien dar la limosna que le sobraba, lo arrojaba ó ponia en una piedra para que lo tomase el que tuviese necesidad, teniendo por agravio de la divina providencia llevar provision alguna de un lugar á otro. Con todos era manso y sólo consigo riguroso y aspero; pero con su compañero era afabilísimo, mirando por su salud, gusto, honra y consuelo, como un padre por el de su hijo, tomando siempre para si lo pesado, lo incómodo y cargoso, por aliviarle del trabajo.

De su predicacion habia mucho que decir; porque era un rayo en el púlpito, y parecia algunas veces que temblaban las columnas de los templos. Raro era el sermon que no se celebraba con lágrimas de los oyentes; y tal vez salieron de su sermon tan compungidos y atónitos, que meditando cada cual dentro de sí lo que las fervorosas razones del predicador les habia impreso en sus almas, se olvidaron de sí mismos y de sus compañeros, saliendo de la iglesia tan mudos y pensativos, que ninguno despegó sus labios para hablar al otro, y todos se recogieron en sus casas, regando las calles y sus aposentos con lágrimas. En breves dias trocaba los pueblos de manera que no los conocian los que antes los habian conocido; raro era el pecador que

no salia de sus sermones convertido. No hay número que sume los que mudaron de vida y se mejoraron con ellos de costumbres.

Crió muchos discípulos, así seglares como eclesiásticos, y de estos dejaba en los lugares como por maestros y tenientes suyos, para que regasen los árboles que dejaba plantados y promoviesen las almas á quien dejaba industriadas. Setenta años ha, cuando esto escribo, que predicó en algunos lugares á donde vive su memoria, y el fruto de su doctrina como si ahora se plantara; tales raíces echaba en los corazones, y de tal manera los encendia en el fuego del divino espíritu, que ellos encendian á los otros, y todos se abrasaban en el amor de Dios, de manera que ni el tiempo ni las contradicciones, ni el agua de su ausencia, que suele resfriar las almas, haya bastado para apagarle; y no era mucho que echase llamas por la boca cuando hablaba, quien nunca subia al púlpito sino abrasado en el fuego del Espíritu Santo.

Una hora antes de predicar, se retiraba, y, postrándose devotísimamente delante de la imágen de un santo Crucifijo, estaba en fervorosísima oracion llorando sus pecados y los del pueblo, y pidiendo á Su Majestad amor, fuerzas, razones, eficacia y espíritu para predicar su palabra con humildad suya y fruto de sus oyentes. Predicaba todos los dias al amanecer, cuando andaba en las misiones, y los dias de fiesta por mañana y tarde, sin perdonar las doctrinas á los niños en las plazas, enseñándoles la doctrina cristiana; y eran tales los concursos, que horas antes no se podia entrar en las iglesias, y venian de los pueblos á pié hombres y mujeres á oirle, teniéndose por dichosos los que podian alcanzar á besarle la mano.

Todos salian de sus sermones aprovechados, devotos y gustosos, ninguno herido ni disgustado; porque, aunque reprendia los vicios eficaz y libremente, nunca tocaba á persona particular, y mucho ménos á justicias, señores ó eclesiásticos, ántes enseñaba á tenerles respeto. Y si alguna vez era necesario responder por su doctrina contra los que le ladraban, era con tal modestia y humildad, que no heria al que le habia herido, sino con prudencia respondia lo conveniente, como quien hacia la causa de Cristo y no la suya.

Predicaba cosas llanas, pero buenas y probadas con razones eficaces, y lugares de la sagrada Escritura, y ejemplos y sucesos antiguos y modernos, de que usaba frecuentemente. Era buen retórico, y Dios le daba símiles y comparaciones vivísimas, que pintaba con grande propiedad, gusto y utilidad de los oyentes. No era largo en sus sermones, porque decia que la mucha semilla se ahoga una á otra, y ninguna arraiga; porque no puede abrazar tanto la corta capacidad de la tierra, ni el estómago se ha de cargar de más alimento que el que pudiere digerir.

En acabando el sermon, se ponia á confesar á todos los que llegaban, en que perseveraba hasta cerca de mediodia, en que decia Misa y tomaba alguna refeccion: luego rezaba las Horas canónicas menores de rodillas, costumbre que guardó toda su vida, y á las dos de la tarde volvia al confesonario, en que perseveraba hasta la noche; y entrada ésta, enviaba á las mujeres á sus casas, por la indecencia y riesgo que hay en que anden de noche por las calles, y se quedaba con los hombres hasta las ocho ó las nueve, que se recogia á rezar los Maitines y á orar y tomar una breve refeccion, con que descansaba algunas horas, hasta que á la mañana prevenia al alma como S. Antonio con su oracion, gastando grande parte de las noches con Dios, y los dias con los hombres, si bien andaba tan en la presencia del Señor en todas sus obras, que todas eran una continuada oracion.

¿Pero quién podrá decir la mansedumbre y las entrañas de caridad con que recibia á los pecadores, acordándose de la que tenia Cristo para con ellos, cuya persona hacia en el confesonario? Era blandísimo para los que lloraban sus pecados, consolándolos con palabras dulcísimas y animándolos en el servicio de Dios. Con los pecadores más duros se enternecia, y lloraba para moverlos á lágrimas. Los cuales, movidos de tal caridad, se dolian entrañablemente de sus pecados, todos salian consolados de sus piés, y no les pesaba sino de que se llegase el tiempo de levantarse de ellos.

Daba moderadas penitencias, diciendo que el Sacramento de la penitencia habia sido instituido para perdonar y no castigar pecados. Y como eran tantos los que de todas partes concurrian á confesarse con él y á ninguno se negaba, ni abreviaba por no desconsolarlos, estábase en pueblos pequeños un mes, y en los mayores cuatro y seis, y aun no bastaban para satisfacer la sed de los que venian á beber de su doctrina. Volvia de cuándo en cuándo, como lo hacian los Apóstoles, á regar las plantas que dejaba, y dándoles refresco por algunos dias, perseveraban y arraigaban en las santas costumbres que les habia enseñado.

Nunca le vieron airado, ni decir palabra descompuesta ó ménos decente; fué pacientísimo en las injurias, constante en las persecuciones que el demonio levantaba contra él como contra su mayor enemigo en la tierra, dando siempre bien por mal, humillándose y alabando á quien le injuriaba, con que ganaba á todos y quietaba las tempestades; que dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios.

Nunca fué á fiestas seculares, como son comedias, autos, carreras, juegos, danzas, músicas, ni á entretenimientos semejantes, ni le vieron en la plaza, ni en visitas excusadas perdiendo tiempo, las cuales hacia raras veces y á personas de mucho porte, y con inexcusable causa, y, aunque á todos recibia

con benignidad y mansedumbre, pero excusaba perder tiempo con ellos, cuanto le era posible.

Con los religiosos de las otras Ordenes fué cortesísimo, honrándolos y sirviéndolos; y así, los tuvo á todos por amigos: á las monjas comunicaba rarísima vez, y esta para confesar alguna con licencia de su Prelado, ó para consolar ó dar consejo en alguna cosa grave. Visitaba los enfermos y encarcelados, para bien de sus almas.

Ponia paz entre los desavenidos, en que le dió nuestro Señor singular gracia; y finalmente, no habia linaje de trabajo á que no pusiese el hombro por salvar á sus hermanos, dejando á todos edificados y contentos sin que en espacio de casi treinta años que gastó en este ministerio se oyese de él queja, ni sindicacion, ni cosa ménos decente con verdad ni con mentira, sino ántes siempre una loa de santo y continuas ánsias de los pueblos por llevarle cada cual consigo con extraña porfía y pretension; porque siempre los oficiales primos, y mucho más los santos, son pretendidos.

Finalmente, acabada su mision, que era al empezar la siega, volvia á su recogimiento tan pobre de los bienes temporales como rico de los espirituales, porque nunca traia más que llevó, y con el breviario y ropa que salió con eso mismo volvia; y en habiéndose reparado unos dias, hacia una mision a su alma, retirándose de todas las ocupaciones, por santas que fuesen, á unos devotos Ejercicios; allí desplegaba las velas de su devocion y se regalaba con Dios, pagándole nuestro Señor el servicio que le habia hecho con ilustraciones divinas y dulcísimas lágrimas con que regalaba su espíritu.

No escribia relaciones de sus proezas, pero tampoco no era avaro de las mercedes del Señor. Y así, daba de palabra cuenta á los Superiores de las cosas más notables y que podian ser de edificacion y aliento á los obreros apostólicos, porque así se lo mandaban, imitando en esto á los Apóstoles, que cuando volvian de sus misiones daban cuenta á Cristo y á los otros discípulos de lo que habian obrado. Hasta aquí el P. Alonso de Andrade.

Despues que hubo discurrido en estas misiones y predicado por los pueblos que habemos dicho, con raro ejemplo, admiracion y fruto de los que le oian como á un Profeta, estando ya más sazonado y maduro, y tenido, y estimado por gran siervo de Dios, predicó este Padre en las ciudades mas principales de los reinos de Aragon, Valencia, Toledo y Andalucía; y en Granada, con predicar muchos otros buenos predicadores, el dia que el P. Millan predicaba dejaban los demás de predicar, y las Audiencias se cerraban para irle á oir.

En todas partes fué oido y respetado como varon apostólico. Teníanle todos por maestro de predicadores y dechado de la perfeccion que deben

tener los varones apostólicos. Y aunque estaba en las ciudades grandes, no se olvidó de hacer fruto en los pueblos menores donde habia andado en mision, porque animaba con cartas á muchos clérigos virtuosos, los cuales les habia instruido en espíritu y celo de las almas para que las ayudasen cuanto pudiesen.

Hizo con sus sermones muchas y notables conversiones de hombres perdidos, que se volvieron á Dios é hicieron penitencia de sus pecados. Desarraigó de la república malas y envejecidas costumbres; instituyó Cofradías y obras pías; plantó el uso y frecuencia de los Sacramentos; quitó el mal uso de los juramentos, y finalmente, en cualquiera parte dejaba rastros de su santo celo y del espíritu y fervor con que predicaba y amenazaba con el castigo del cielo á los pecadores.

Y algunas veces el Señor con el mismo castigo confirmaba lo que el Padre habia predicado, lo cual era con espíritu de profecía, el cual tuvo este siervo del Señor, y con él dijo al P. Jerónimo de Florencia lo que le habia de suceder en su vida, profetizándole cómo habia de ser oido con grandes aplausos y estimacion de todos; pero que últimamente habia de morir dejado y casi olvidado de los hombres, como sucedió.

Entre las profecías que dijo en el púlpito fué muy celebrada la que dijo en ciertas provisiones que se habian hecho en el colegio mayor de Alcalá con muchas revueltas y manifiestas injusticias; porque, habiendo predicado un alto sermon hablando contra aquellas provisiones, dijo con espíritu más que humano: «¡Ay del provisor y ay de los proveidos, que dentro de tanto tiempo, que les señaló, irán á dar cuenta ante el horrendo tribunal de Dios!» lo cual se cumplió como lo dijo, muriendo los sobredichos al tiempo señalado con grande espanto y temor de toda la Universidad.

Era tan amado comunmente de la gente y tenido en veneracion, que cuando estuvo malo en algunas ciudades de enfermedad peligrosa, se hicieron por él muchas procesiones, plegarias y rogativas, y algunas señoras andaban las estaciones descalzas para pedir á nuestro Señor le diese salud. Donde más tiempo predicó y residió fué en Alcalá, donde fué oido y tenido como santo y profeta del Señor.

Una vez, estando en Granada en su aposento, al anochecer oyó una voz que le decia: «Deja lo que haces y ve luego á tal parte á remediar un alma.» Temió ser embuste del demonio y oyó la misma voz que le daba más priesa. Fuese delante del Santísimo Sacramento pidiendo le declarase lo que aquello era. Allí tambien oyó una voz que le dijo que fuese de priesa á cierta calle y veria venir un hombre de tales señas; que le remediase, porque se iba á ahorcar. Fué al Superior y con su licencia tomó un compañero; fué

á la calle y topó al hombre, y con buenas palabras le ablandó y quitó una soga que traia debajo del brazo, y le llevó á la Compañía, é hízole hacer unos Ejercicios, y con esto quedó muy mudado y vivió muy confiado de la misericordia de Dios que le queria salvar.

Nunca trataba en sus sermones sino de cosas serias, graves y que se asentasen en el corazon, y ejercitaba á los de la Compañía que todas sus pláticas y trato con los prójimos enderezasen á este blanco, como cosa tan propia de su instituto; y que para que hiciesen esto con los prójimos, se acostumbrasen hablar entre sí siempre de Dios, y aprendiesen en la conversacion doméstica lo que habian de enseñar á los de fuera; que para lo uno y para lo otro se diesen mucho á tratar familiarmente con Dios, que es la luz y maestro de todo buen trato, y el que enseña é imprime en el alma lo que ella ha de enseñar á los otros, y la llena de sus divinos licores para que rebose y los derive á los demás.

Con estos consejos y avisos aprovechaba á los de casa, para que ellos aprovechasen á los de fuera; pero mucho más los aprovechaba con su ejemplo y recogimiento y con hacer por obra lo que enseñaba con palabra. Y en esta demanda vivió y murió; porque, habiendo predicado un dia de Sta. Catalina en el colegio de Alcalá altamente y con extraordinario sentimiento, le dió una calentura con dolor de costado que en pocos dias le acabó la vida, habiendo recibido con singular devocion los Santos Sacramentos de la Iglesia y la noche antes rogado á algunos Padres que estaban con él que se saliesen y le dejasen solo, porque le quedaba mucho que hacer y poco tiempo. Y despues de esto despidióse de algunos Padres que predicaban, y les rogó que predicasen siempre á Jesucristo.

Murió á los 30 de noviembre del año de 1597, siendo de edad de cincuenta y siete años, de los cuales los treinta y cuatro vivió en la Compañía, y no fué despues de muerto tenido y venerado por santo ménos que cuando vivo

P. NIEREMBERG.

H. LUIS RUIZ

EL H. Luis Ruiz nació en Chilueches, aldea de Guadalajara, del Arzobispado de Toledo, de padres labradores, el año de 1542 dia de la Visitacion de Nuestra Señora, á 2 de julio. Fué el menor de siete hermanos que tuvo, y por muerte de su padre (que en fianzas habia perdido su hacienda) su madre quedó pobre, y su necesidad la forzó á venir á Alcalá á servir de ama

al Dr. Cuesta, canónigo de S. Justo y catedrático de Prima de Sto. Tomás, que despues fué Obispo de Leon.

Habíaselo pedido este doctor por el amor que cobró al muchacho, y contento de su habilidad, le hizo ir á la escuela, y despues estudiar gramática, al fin de la cual, por haber sido proveido Obispo de Leon, le señaló cincuenta ducados cada año para proseguir sus estudios, los cuales dejó, porque su madre se habia ido á servir á la duquesa del Infantado en Guadalajara, y la servia en hábito de labradora, de aderezar su aposento, y el muchacho no perdiendo la ocasion, se quiso tambien ir allá, y tanto se agradaron los duques de su servicio, que, á peticion de su madre, le admitió el duque para paje, y fué de él muy querido, y por tanto envidiado de las demás por algunas burlas y niñerías que á sus hijos hacia, de que gustaba el duque en tanto grado, que en muy breve tiempo le dió en preseas y joyas de oro, plata y vestidos, más de mil ducados.

Pasado año y medio, un tio suyo, que tenia dos ó tres curatos y algunos beneficios simples, queriendo disponer de ellos por causa de lo mandado en el Concilio de Trento, pasó en cabeza de su sobrino el curado de Orche, tierra de Alcarria, del Arzobispado de Toledo, junto con otros dos beneficios simples, que rentaban cerca de dos mil ducados.

Con este título se salió él y su madre de casa del duque con intento de volver á Alcalá á proseguir sus estudios, lo cual sintió el duque sobre manera; mas, con todo esto, al despedirse, le mandó cincuenta ducados cada año para gastarlos en Alcalá, mandándole que pidiese en su casa todo lo que hubiese menester en sus estudios; y así, volvió á Alcalá, y prosiguió su gramática y comenzó á oir el curso de Artes.

Todo el tiempo que estuvo en Alcalá, antes de ir á servir al duque, tuvo muchos impulsos de entrarse en la Compañía y la pidió diversas veces, mas nunca le quisieron admitir, desechándole por niño y travieso. Tambien despues que tornó á Alcalá le volvió nuestro Señor á llamar con toques más fuertes, á que ayudaban las oraciones de su madre; porque, si bien todo su sustento pendia de su hijo, cada dia oia Misa y rezaba un rosario, pidiéndole a nuestro Señor le trajese á la Compañía, y por este intento solia venir de Chilueches, tres leguas, siendo de más de cincuenta y siete años, á confesar y comulgar en nuestro colegio, y se volvia á pié.

Por espacio de dos años anduvo su hijo pidiendo la Compañía, y con todo esto el demonio le ponia tantos impedimentos y le traia tan metido en travesuras de mozo, que él mismo se las tomaba con deseo de apagar la luz que Dios ponia en su alma y de estorbar la voz que de dentro le llamaba: parece que andaba Dios con él á porfía, Dios á darle toques con casos ex-

traordinarios, y él á deshacerlos y olvidarlos con burlas y travesuras de estudiante liviano, buscando todas las ocasiones que podia para distraerse, especialmente viéndose que tenia ya lo que habia menester para pasar honradamente la vida.

Otros religiosos le hablaron para este efecto muchas veces; mas él los desengaño con toda libertad, diciendo que por ninguna cosa lo haria. Un Superior de un convento de Guadalajara, que le habia conocido en servicio del duque, le envió á llamar á Alcalá, y él por el respeto que le tenia fué allá, y le hospedó en su casa diez ó doce dias, con un criado y su mula, regalándole todo lo posible, y sólo por persuadirle que se entrase fraile de su Orden, prometiéndole todo regalo, y, pasado el noviciado, que le enviarian al mejor colegio de estudios que tenia, y para inducirle á esto, le iban los religiosos á entretener; mas estaba tan ajeno de moverse por este medio á la Religion, que ántes quedaba desedificado; y así, queriéndose volver, y diciéndole el Superior que cómo se volvia, que se quedase con ellos, le respondió: «V. P. no me lo mande, que no lo haré, que bastaba para no hacerlo haber jugado conmigo.»

Con esto se volvió á Alcalá y prosiguió el pedir la Compañía; mas él mismo hacia tales cosas, que cerraba la puerta para no ser recibido; porque de la rentilla que tenia tenia muchos amigos, y estos los más traviesos y valientes de la Universidad, que tenian por oficio hallarse en cuantos desconciertos y travesuras habia en la villa, especialmente en maltratar á los ministros de justicia y hacerles burlas, cual fué la que hizo una noche con ciertos amigos suyos; porque, espiando la justicia, y sabiendo que andaba hacia palacio, puso una soga atravesada por medio de la calle de Santiago, asida de dos clavos á media pierna de alto, y de la otra parte hicieron que se acuchillaban, y oyéndolos la justicia vino corriendo hacia los que huian, y todos los de la justicia tropezaron en la soga, y, dando de ojos, se maltrataron de la caida

Semejantes á esta eran las demás travesuras que hizo tambien con otros estudiantes; una sola no dejaré de referir, porque muestra el ánimo tan inclinado que tenia á la castidad, aunque en otras cosas se desmandaba. Estaba con otros siete estudiantes de compañía en una casa, que ahora es el colegio de Lugo, gente algo recogida, pues los siete se entraron Religiosos.

Uno de ellos habia más desenfrenado en cosas de mujeres, el cual tenia determinado de traer á su aposento una noche una mala compañía, y de ello dió parte á su compañero Luis Ruiz, el cual, no pudiéndolo estorbar, y viendo que aquello nunca se habia hecho entre sus compañeros, dejólos ir á la tarde á todos á leccion, y él quedóse en casa; y porque el aposento de aquel estudiante estaba sobre el suyo, buscó un poco de estopa y torció de ella un cor-

del muy flojo, y salpicóle bien de alcrebite con algunos granos de pólvora; subió luego á la cámara de aquel desventurado, y dió un barreno al suelo del aposento por debajo de la cama; rompió el jergon de paja, y echó en la paja algun poco de alcrebite derretido con unos granos de pólvora, y ató el cordel de estopa á los cordeles de la cama, y echóle por el agujero que caia al suyo; y para que no se sintiese el olor del acrebite, quemó una pastilla en su aposento, y otro que estaba antes del delincuente, el cual bien seguro de lo que habia de ser, se cerró como los demás, y despues, con el secreto que pudo, metió la mala mujer.

Cuando Luis sintió que estaban en su pecado, prendió debajo el cordel, y subió el fuego con tanta velocidad, que en un momento se asió á la cama tan furiosamente que todo cuanto en ella hàbia, colchon, sábanas y mantas, se abrasó, sólo los delincuentes saltaron de la cama, y con la turbacion se salieron al patio, y uno se puso á un rincon y otro al otro. Luis, que estaba en vela, salió del suyo con una hacha dando voces. «Fuego, fuego» y abrió la puerta de la calle, y en ella daba voces: «Fuego, fuego.»

Acudió tanta gente, alumbrándolos él con su hacha, que todos los vieron á los desventurados bien avergonzados, porque hasta los vestidos se les habian quemado. Fué tanto lo que lo sintieron y lo que se corrieron, que el estudiante que acababa sus Artes y era de los mejores de su aula, se fué á S. Francisco á meter fraile, salió muy letrado y buen predicador y muy religioso, y siempre tuvo este castigo como castigo del cielo con que le quiso nuestro Señor traer á sí, y por tal lo contó algunas veces al mismo Luis Ruiz, dando gracias á Dios por la misericordia que con él habia usado, porque el Luis nunca le quiso descubrir nada; y la mujer nunca más pareció en Alcalá. Esta fué la burla que á tantas veras trajo aquellas dos almas, aunque le costó el restituir todo el daño que habia hecho.

Entre estas mocedades con que se entretenia, queriendo desviar de sí los toques de Dios y echarlos á las espaldas, el mismo Señor, que no queria que se perdiese ni quedasen vanas las oraciones de su buena madre, con las mismas travesuras con que le ofendia le armaba el lazo con que cazarle, y le daba el golpe con que le derribaba. Porque una vez, estando en la esquina de una calle de Alcalá con un pistolete debajo del brazo bien cargado, aguardando cierta cosa no de servicio de Dios, vió venir la justicia y dió á huir y la justicia tras él, y tropezando cayó sobre el pistolete, el cual se disparó y salió la pelota y perdigones por debajo del pecho, á raíz del rostro, haciendo muchos agujeros en la capa sin dañarle en su persona, que se salvó porque la justicia con el ruido se detuvo.

Otra vez, pasando con un cuartago un vado que estaba bien hondo, el

cuartago en medio de él se dejó caer, cogiendo debajo al que iba en él, donde le detuvo un rato bien turbado, hasta que picándole con una varilla se levantó y se fué vadeando, y Luis Ruiz poco á poco se volvió adonde habia salido, teniéndole ya todos los de su pueblo por muerto, por venir el cuartago solo.

Yendo otra vez á Guadalajara en un macho, salió de repente un gran perro de una retama, del cual se espantó el macho y derribó en tierra á Luis, quedando él un pié metido en el estribo y más espantado de verse ir colgando, le llevó arrastrando más de un tiro de ballesta hasta meterle por una angostura bien alta, y viniendo dos hombres al encuentro, al fin quiso Dios que le tuvieron la cabalgadura y le llevaron á Guadalajara, donde estuvo más de quince dias curándose.

De estos manifiestos peligros le libró nuestro Señor para sacarle por medio de ellos del mayor peligro de la salvacion de su alma, y con todo eso iba poco á poco dilatando su conversion; y así, le dió Su Majestad el último toque, con que le hizo reparar y detener la furia de su corriente; y fué así, que estando en su tierra poco antes de ser recibido, en tiempo de verano, pasaron por allí ciertos amigos de los muchos que tenia y, queriéndoles festejar, para darles una ensalada, envió á pedir á una buena vieja cierta cantidad de pepinos y cohombros que tenia en su huerto, y en todo el pueblo no habia otros por ser tierra muy seca.

La mujer no se los quiso dar, ni de gracia, ni por dineros, ni yendo él á pedírselos. Él, bien sentido, cumplió como pudo con los estudiantes, y venida la noche, pidió á un amigo suyo que le acompañase, y á las once de la noche se fueron los dos á la huerta, y al compañero dejó guardando la puerta y él saltó la cerca y entró dentro, y arrancó todas las matas de pepinos y cohombros que habia, y las puso las raíces hacia arriba, y se salió, y se fue con su compañero á la era, donde se echaron á dormir quedando el amigo entre él y otro que allí se estaba.

Pasada hora y media, llamó Luis á su amigo y no respondia, y comenzó á llamarle más recio y menearle el cuerpo, y, como ni con eso respondia, le quisieron levantar con fuerza y hallaron que estaba muerto, sin sentido, con estar todos tres juntos uno con otro. De este caso se afligió mucho y el otro quiso huir, pero no le dejaron porque no se hiciese autor de la muerte; mas fueron los dos presos y desde la cárcel, aunque muchacho, supo lo que habia de hacer para remediarse. Hizo con su madre y un tio suyo que hiciesen un requerimiento á la justicia y clérigos que no le enterrasen y despachasen al corregidor de Guadalajara, que á su costa enviase dos médicos y dos cirujanos, los cuales le viesen y hallaron que no tenia golpe, ni herida, ni señal de

ella en todo su cuerpo, y abriéronle y hallaron el hígado podrido y una apostema que se le habia llegado al corazon, de que murió.

Hicieron su declaracion ante el corregidor de Guadalajara, y juntamente Luis hizo su descargo probando que aquel difunto habia mucho tiempo que andaba enfermo del hígado y descolorido, y se sangraba de él muchas veces, y con esto la parte perdonó, y el corregidor los dió por libres, y los soltaron.

Este último recuerdo abrió los ojos á nuestro Luis para advertir todos los avisos pasados que Dios le habia dado, y el fin en que paraban sus vanidades y travesuras; y, sintiendo el fuerte llamamiento de Dios, al fin de agosto de 1561 se vino á Alcalá á proseguir sus estudios con determinacion de pedir con todas veras la Compañía. Pidióla con grande instancia, y por sus liviandades y travesuras se la diferian; mas, viendo el peligro en que vivia y los inconvenientes que se le recrecian de amigos y otras ocasiones, se determinó de hablar al P. Jerónimo Nadal, Comisario General, que á la sazon estaba en Alcalá.

Hablóle, pues, con esta resolucion, domingo en la tarde, mediado noviembre: «Yo, Padre, ha mucho tiempo que pretendo la Compañía, y la he pedido y no me quieren admitir por mi poca edad y travesuras: ya sé, Padre, que lo que pido y hago es lo que me conviene: V. P. me haga merced de recibirme luego en ella, y yo le doy mi palabra, que si de aquí á mañana á las ocho no me recibe, que me tengo de entrar fraile, y estoy cierto que Dios no me llama para ello, y que tengo de vivir descontento y hacer muchos pecados, los cuales todos irán sobre el alma de V. P.»

Con esto se despidió de él, y se fué á su posada bien desconsolado, y pasó la noche en su casa muy inquieto, temiendo que no le habian de admitir y que le forzaba su palabra á entrarse fraile contra toda su voluntad. Llegada la mañana, el P. Comisario, temiendo no hiciese algun desatino, le envió á llamar con el H. Alonso de la Mambrilla entre las cinco y las seis, y él vino á las siete, y preguntándole el Padre qué habia determinado, respondió que no otra cosa que la del dia antes. Con esto dijo el P. Comisario: «Pues en hora buena, yo le recibo; mas conviene que vaya primero á su pueblo á despedirse de sus parientes.»

Hízolo aquel dia, y, convocando sus parientes más cercanos, sin descubrir nada á su madre que tanto lo deseaba, les declaró cómo él estaba determinado de irse á la guerra para saber de bien y de mal, y de esta manera hacerse hombre Alteróse la madre sobremanera y los demás parientes, queriéndole apartar de su determinacion, poniéndole delante la renta que ya tenia por la Iglesia; mas él les dijo que no volveria atrás de lo determinado aunque S. Francisco se lo mandase; y despedido de todos sin dejar á nadie que

le acompañase, se volvió el mártes de mañana, y se [illegible]
y le dijo cómo habia hecho lo que le habia mand[illegible]e con u[illegible]
bendicion, y le recibió, y dió órden en las cosas [illegible]co se volvió ado[illegible]
tarde á la nuestra con todas las preseas, y jo[illegible] muerto, por veni[illegible]
le habia dado el duque del Infantado.

El miércoles fué recibido y luego el [illegible], salió de repente un g[illegible]
otro Hermano de mucha edad, grueso de [illegible]y derribó en tierra á L[illegible]
á pié, que le era forzoso ir á su paso y a[illegible]pantado de verse ir co[illegible]
hato, por no poderse menear el otro Herm[illegible]hasta meterle por una [illegible]
H. Luis cuánto se habia de despreciar aquel [illegible]o, al fin quiso Dios [illegible]
por mucho teson, le mandaron se pusiese el vestida, donde estuvo [illegible]
cortesano que le habian dado y que hiciese su camino[illegible]
zado, pidiendo de puerta en puerta lo que habian de co[illegible]para sacarle por [illegible]

Llevaba unos zapatos de terciopelo carmesí con tres cuch[illegible]on todo eso [illegible]
tónces se usaban, con su cairel en los golpes de seda y oro, y una último to[illegible]
calza de aguja de seda carmesí, y los muslos de terciopelo carmesí con c[illegible]
chilladas, labrados de hilo de oro, una cuera de damasco negro con tres cu[illegible]
chilladas en el pecho y sus botones de oro y perlas, un tudesco de terciopelo con sus botones de lo mismo en la delantera, mangas y capilla, un sombrero de tafetan con su cordon de oro y sus plumas, y una medalla de oro que pesaba cuatro onzas y media, una cadena de oro que pesaba diez y siete onzas y media, la pretina de terciopelo negro y hierros dorados y su daga.

Con esta librea fué sesenta y tantas leguas pidiendo limosna, sufriendo muchas befas é injurias, diciéndole muchos que lo traia hurtado: ayudaba su pena el cuidado de guardar lo que llevaba, porque en el hospital de la Ginneta, donde durmió una noche, le hurtaron cuatro botones, que cada uno valia cuatro ducados, de cuatro docenas de ellos que llevaba.

Llegó á Múrcia, y por verle mozo y libre, los Padres de aquel colegio le quisieron probar bien, y á los dos dias le metieron en Ejercicios en un aposento muy pequeño y la ventana oscura, donde estuvo más de cuarenta y cuatro dias, bien tentado de volverse á su primera libertad, que con todas sus circunstancias se le representaba bien al vivo y le daba recia batería, pero con la divina gracia lo venció todo.

Luego le pusieron á servir en la cocina, y al cabo de un mes le ordenó el Superior que se vistiese de un hábito de picarillo, y fuese á la casa del Obispo D. Estéban de Almeida, y preguntase en la cocina si habian menester un mozo de cocina, y le recibieron, y estuvo allí ocho dias barriendo y fregando todos los instrumentos de cocina, y durmiendo sobre una tabla, y sufriendo pescozones y palabras de pajes y mozos de los que en palacio se usan. Al

ho dias le enviaron á llamar secretamente y volvió á casa. nos dias, le volvieron aquellas tentaciones primeras de sus ibertades y travesuras; y, con ayudarle con oraciones y pe- os de casa, y los PP. Paulo Hernandez, Miguel Gobierno y todos grandes siervos de Dios, con sus consejos, animán- rancia con el ejemplo de otros; no hubo remedio, sino que volverse á su casa, hasta que la noche ántes del dia en que enando en el refectorio, oyó leer el cap. II del lib. I de *Con-* que dice: «Todo hombre desea saber más: ¿qué aprovecha temor de Dios?»

itulo le abrió Dios los ojos y obró lo que todos los Padres dido; y desde entónces nunca más le acudió la tentacion de lo demás, ántes le dió nuestro Señor tal teson que, con entrar eguir sus estudios y ordenárselo dos Padres generales, el P. Maes- inez y S. Francisco de Borja cuando vino á España, no fué posible; porque les dió tales razones que los convenció; y así, se quedó para Coadjutor temporal, con grandísimo consuelo suyo y provecho de los colegios donde vivió.

Pasó en Múrcia su noviciado, y á los dos años hizo los votos, sin saber su madre de él cosa ninguna por entender que se habia ido á la guerra, lo cual como supo de él el P. Juan de Valderrábano, Provincial, visitando aquel colegio, á quien contó el deseo de su madre de que fuese de la Compañía y cómo le habia dicho que se iba á la guerra, el P. Provincial, vuelto á Alcalá, hizo llamar á su madre que estaba en Chilueches, y preguntándole qué hijos tenia y qué se hacia de ellos, le vino á decir con grande pena que el menor, que se llamaba Luis y era su más querido, se le habia ido á la guerra y no sabia de él poco ni mucho. A esto le dijo el Padre: «Pues sepa que ese que se despidió de ella para la guerra, se despedia para la guerra espiritual en la Compañía de Jesus, donde ha estado desde entónces y ahora le dejo en Múrcia. La alegría repentina que recibió fué tan grande, viendo tan fuera de su pensamiento cumplido su deseo, como de madre se puede imaginar y no decir.

Pidiósele al Padre para verle, é hizo que viniese y que se estuviese con su madre un mes; mas él abrevió y no se pudo con él que pasase de doce ó catorce dias; y así, se volvió á su colegio de Múrcia, donde se ejercitó en todos los oficios de Marta, especialmente comenzó á dar muestra del talento que Dios le dió de procurar los bienes temporales de la Compañía y defenderlos por justicia de los adversarios.

Pues, muerto el fundador de aquel colegio D. Estéban de Almeida, Obis-

po de Cartagena, á los 23 de Marzo de 1563, luego se levantó un pleito en la ciudad de Lorca sobre un censo de cinco mil ducados que dejó el Obispo para la fundacion, y para su defensa fué necesario acudir á Granada, y fué enviado el H. Luis Ruiz para solicitarle, teniendo solos veinte y tres años.

Llegó el dia en que se habia de ver, y subió á los estrados para hacer su oficio. Por verle los oidores tan mozo, el presidente de la Sala le dijo: «¿En vuestra Orden no ha habido otro que enviar á este negocio de más edad y experiencia que vos?» Respondió él: «Ahí verá V. S. el caso que hace la Compañía de bienes temporales; pues para defensa de ellos no echa mano de la cabeza ni del cuerpo, sino de los piés, y piés tan flacos.

Salió bien el negocio y trajo ejecutoria de él; de allí adelante hizo oficio de Procurador, sin dejar por eso otras buenas obras de caridad y celo de la gloria de Dios en que se empleaba; y así, todas las fiestas hacia la doctrina con grande solemnidad por la ciudad, y con esto era muy conocido y querido de todos los de ella.

Componia muchos enemigos, evitaba amancebamientos, quitaba pecados públicos y secretos y remediaba muchos pobres, sin perder un punto en sus negocios, en los cuales era diligentísimo, mirando siempre como procurador de los hijos de Dios, y así se lucia bien su caridad y celo en esta parte, andando las cosas del colegio con abundancia y prosperidad.

Pasados en Múrcia cinco años, fué á visitar aquel colegio el P. Gonzalo Gonzalez, recien electo Provincial de esta provincia de Toledo, y en tres meses casi que allí estuvo ejercitó á este Hermano en algunas mortificaciones bien grandes, pero conformes á heróica virtud que en el H. Luis conocia; porque, primeramente, queriendo entablar un órden que se habia dado de que los HH. Coadjutores anduviesen con sombreros, el primero que se le puso fué el H. Luis Ruiz, trayéndole por compañero con su sombrero por toda la ciudad, donde era tan conocido y estimado, visitando la gente más principal de ella.

Otra vez le llamó una mañana y le llevó al cuarto de casa hacia la calle, que está á teja vana y muy oscuro, y le señaló en la pared de ladrillo una ventana de más de vara y media en cuadro, diciéndole: «Abrid esta ventana como queda señalada, y no comais hasta que la hayais acabado, y en acabando avisadme.» Lo cual hecho, le llevó á la huerta de casa y le señaló dos mesas muy anchas y largas de murtas, y le dijo: «Afeitareis estas murtas, y no comais hasta haberlas acabado.»

Mientras hacia este oficio, el P. Provincial, sin saberlo él, envió á otro Hermano á las ermitas á que le tuviese aderezado de comer. Como acabase á más de las tres de afeitar las murtas, hízoselo saber, y entónces le dijo

que se fuese á las ermitas á pié sin comer, que allá comeria; y así, fué sin desayunarse y llegó á las cinco de la tarde y comió, y se estuvo allá por órden suya recreando dos ó tres dias.

A pocos dias, estando juntos todos los de casa despues de comer, el P. Provincial le hizo desnudar su sotana, dejándole con una almilla de cordellate blanco y calzas y calzones pardos, y le mandó tomar una gorra milanesa muy vieja y sucia, y un peine, y sus tijeras, y una varilla en las manos, y que fuese hecho loco por las calles que le señalaron más públicas al hospital que está junto á la iglesia mayor, al cual fué, hecho loco, teniéndole todos lástima y yéndole á ver al hospital alguna gente principal que le conocia, compadeciéndose de él.

Allí llegó un Hermano que le hizo señas que se volviese, y volviendo en son de loco, traia tras sí una gran multitud de muchachos á quien él enseñaba la doctrina, dándole grita: «¡Al loco, al loco!», echándole lodo, y otras cosas, y algunas piedras que le hicieron algunas descalabraduras pequeñas; que de esta manera y de otras semejantes probaban entónces á los nuestros, y humillaban los bríos de los naturales vivos, no sin grande provecho.

Despues de esto fué traido á la Casa Profesa de Toledo, y de allí fué enviado á las Canarias con el Dr. Torres, Obispo de ellas, donde sirvió mucho a nuestro Señor y á los prójimos con sus pláticas. Fué singular el provecho que se hizo en aquellas islas, edificándose los nuestros con el ejemplo del Obispo, y alentándose el celoso Obispo con el fervor de los nuestros que le acompañaban; porque era grande el espíritu del P. Diego Lopez y el H. Luis Ruiz que le asistieron en todo. No se puede fácilmente explicar las obras que en pocos meses que allí estuvo y vivió hizo, representando á su ganado uno de aquellos antiguos Pastores y varones apostólicos de la primitiva Iglesia.

Visitó á pié toda la isla de Canaria sin fausto ni muchedumbre de criados, ni gasto y carga de los pobres; confesaba por su persona á los pobres; visitaba y curaba los enfermos; enterraba por sus manos los difuntos; enseñaba la doctrina cristiana por las calles á los niños; andaba por los hospitales y servia á los dolientes en los más bajos y viles oficios; sacaba de la carcel los presos por deudas; hacia toda la limosna que podia, viviendo él y los suyos con mucha moderacion y templanza, y finalmente, resplandeciendo como un nuevo sol en una tierra oscura y tenebrosa donde la gente nunca habia visto semejante luz y claridad.

A todas estas obras le sirvieron los nuestros como compañeros y ministros, trabajando y padeciendo mucho con grande alegría y gozo de su espíritu, por ir en compañía de tan santo Prelado y ver á los ojos reverdecer

toda aquella tierra que habia estado tan inculta y tan llena de malezas y espinas, causadas de la ignorancia y de las torcidas costumbres de los vicios. Y demás del ejemplo de su santo Obispo y del respeto con que miraba y trataba á los de la Compañía, ayudaron tambien mucho, para que todo el pueblo se le tuviese, algunas maravillas que nuestro Señor obró por los nuestros. Sucedió que muriese en esta sazon el Obispo, con gran sentimiento de todos y aclamacion de santo.

Despues de su muerte, los nuestros llevaron adelante la labor que habian comenzado, predicando, confesando, enseñando la doctrina, ejercitándose en los otros ministerios de la Compañía, hasta que recibieron órden de S. Francisco de Borja, General entónces, de que se volviesen; ellos procuraron obedecer al punto, y, entendiendo que se lo habian de impedir, determinaron partirse ocultamente.

Pero no lo pudieron tener tan secreto que no se viniese á sospechar, y el gobernador y los regidores, el Provisor y todo el clero, el inquisidor y todo el pueblo hicieron lo posible para estorbarles la partida, y hasta los niños y negros vinieron de noche cantando la doctrina á la puerta de la casa de los de la Compañía, llorando y con lastimosas voces clamando: «Padres nuestros, no se nos vayan,» y, como todas estas diligencias no bastasen para que los nuestros mudasen parecer, porque el afecto que tenian á la obediencia les apretaba. La Audiencia real mandó dar un pregon, que so pena de la vida y perdimiento de bienes, ninguna persona de cualquiera calidad fuese osada á sacar de la isla á los Padres de la Compañía de Jesus ni á meterlos en bajel ni en navío.

El mismo mandato mandó publicar el inquisidor, so pena de excomunion mayor y otras pecuniarias, y dieron órden para que el navío que estaba aprestado y los Padres se habian de embarcar en él, se hiciese luego á la vela y se partiese al punto para España, so pena que le echaran á fondo. Y así se partió, y los Padres forzados por no tener en qué pasar á España, se quedaron por entónces en la Canaria con gran contentamiento y regocijo de toda la ciudad, porque veneraban á los tres de los nuestros que estaban allí, y eran el P. Diego Lopez, el H. Luis Ruiz y otro religioso, como apóstoles de Cristo.

Mas despues, como el P. Diego Lopez mostrase sentimiento de lo que con ellos se habia hecho, hizo entender suavemente á las cabezas de aquella república que él estaba determinado de no predicar, ni confesar allí mas, no que los otros dos compañeros se ocupasen en los ministerios que entónces solian; y pudo tanto, que les dieron licencia para poderse embarcar en el primer navío que de Canaria viniese á España, y dentro de mes y medio hubo

una carabela que iba á Portugal, en la cual se embarcaron, habiendo primero dado el H. Luis Ruiz dos mil ducados que para su sustento les habia dejado el Obispo, y él los entregó para que se empleasen en comprar trigo para hacer un depósito para los pobres, que fué acto de insigne caridad.

Cuando se supo que se embarcaban, fueron á acompañarlos hasta el puerto, que está distante de la ciudad como una grande legua, más de 400 personas, hombres, mujeres y niños; y al tiempo de entrar en el bajel, fué tanto el alarido y lágrimas, que quebraba el corazon, y muchos de todos estados hacian promesas y votos por su quedada. Oyó nuestro Señor los ruegos de aquella gente, porque, embarcados los Padres, padecieron una grave tormenta y arribaron y tornaron á la isla, y no pudieron encubrirse, y fueron visitados de la Audiencia, canónigos é inquisidores y Superiores de las Religiones de Sto. Domingo y S. Francisco, y los niños y negros en procesion entapizaron las calles por donde habian de pasar, y se detuvieron otros seis ó siete meses, ocupándose en sus acostumbrados ministerios con notable aprovechamiento de las almas, hasta que llegó á Canaria otro Obispo y se dispusieron las cosas de modo, que ya no fué necesaria allí la presencia de los nuestros. Con lo cual se volvieron á España cargados de trofeos espirituales y grandes merecimientos.

Vuelto de las Canarias el H. Luis, vino á su provincia de Toledo, y el P. Manuel Lopez, Provincial, le envió á Sigüenza, donde habia entónces algunos de los nuestros, é hizo oficio de comprador y procurador, y de camino se le ordenó fuese á su tierra á ver su madre, donde hizo una obra digna de su ánimo y caridad, la cual fué, que una mujer de Chilueches se habia aficionado del padre del H. Luis con deseo de casarse con él, y aunque no consiguió su intento, porque se casó con otra, no le perdió la voluntad, y siendo ya viuda trató de matarle á su mujer, madre de nuestro H. Luis, para cumplir su deseo de casarse con su padre. Pues el tercero dia de Pascua de Resurreccion del año de 1541 al cabo de una colacion, que por vía de concejo se da en aquel pueblo, la mujer tomó una docena de higos cordobeses negros que se habian dado en la fiesta, muy grandes, en que ya ella habia echado veneno.

Llamó á Francisco Ruiz, padre del Hermano, y díjole: «Tome, señor, estos higos, que son muy buenos y llevéselos á su mujer.» Tomó los higos, y por dilatarse la fiesta, los halló á la tarde sudados y que no estaban para llevar, y así, arrojó los ménos buenos y los demás se comió él, con los cuales se comenzó á hallar malo, y, sospechando lo que era, se le oyó decir muchas veces: «Dios te lo perdone, mujer,» mas nunca declaró nada y á su mujer pedia que le perdonase, porque todos entendian (y así lo decian los médicos)

que el mal era ponzoña, de la cual muy hinchado vino á morir al cabo de diez y seis meses, poco despues de nacido su hijo Luis.

Quedó la mujer con mucho dolor y temerosa del mal que habia hecho, sin querer descubrirse á nadie, hasta que vino allí el H. Luis. Fiada de su religion y de la caridad que veia hacer á otros, se atrevió á hablarle y contóle toda la historia como pasó, y el mal intento suyo, con tantas lágrimas y sentimiento, que el Hermano tomó muy de veras el remediarla; pedíale que la perdonase y que hiciese con su madre y hermanos lo mismo; él se lo prometió de alcanzar, y así, habló á su madre y hermanos, diciéndoles como él sabia quién habia muerto á su padre; que no quisiesen saber el como, pues ya estaba hecho sin remedio; que lo que habian de hacer era perdonar al delincuente para que Dios los perdonase.

Algunos contradijeron, pero, al fin, con la diligencia del Hermano, hicieron una escritura en que perdonaban á cualquiera persona que hubiese sido en la muerte de Francisco Ruiz, aunque en algun tiempo se viniese á saber, y que no le pedirian ni demandarian cosa alguna de ello; y hecho esto, al cabo de un mes murió aquella mujer bien consolada con la buena obra que se le habia hecho.

Todo lo que restó de vida al H. Luis lo gastó en defender las haciendas de casi todos los colegios de esta provincia de Toledo, y con tal ánimo y destreza, que en más de trescientos pleitos que tuvo, en ninguno fué condenado: por causa de ellos padeció muchos peligros de muerte por los caminos, así de ahogarse en rios en que cayó, como por dar en manos de salteadores, y más en manos de sus adversarios, que le aguardaban para matarle, y muchas befas, injurias y testimonios de los litigantes que le deseaban beber la sangre; mas todo lo sufrió y venció con la verdad con que defendia la justicia de los pobres, y así, Dios le ayudaba y le sacaba victorioso de negocios gravísimos, que parecia milagro.

Tuvo este buen Hermano grande pundonor en mirar por el honor de la Compañía, y por la fidelidad que le debia, y por la edificacion de los prójimos, pues nunca jamás en infinitas ocasiones que tuvo y en tantos caminos como anduvo, se tuvo sospecha de su ménos recato, ántes hizo muchas obras santas y sacó á muchas personas de su mal estado. De las sospechas que se tuvieron de él por medios falsos, y de que Dios le sacó honoríficamente, referiré aquí algo.

Tratando este Hermano un pleito del colegio de Madrid contra el señor de Aredo y de Gaña en Valladolid, fué á hacer una probanza necesaria a un pueblo que se llama S. Miguel de Luciana, donde halló un barbero que se habia casado en Madrid con una viuda de un platero muy devoto de la

Compañía, el cual habia llevado su mujer á aquel pueblo por ser su tierra, y vivian con grande necesidad, y tenia una hija de quince años, la cual deseaba haber un clérigo rico, que era Arcipreste y tenia diez y seis ó diez y siete hijos, y, aprovechándose de la necesidad, daba algunos vestidos á la moza, y á los padres enviaba dineros y otros presentes, para abrir por aquí camino á su mal intento.

La madre, que era temerosa de Dios, declaró su congoja á este caritativo Hermano, y despues hizo lo mismo su marido: él les animó y exhortó á no hacer vileza ni consentir pecado mortal, prometiéndolos de remediarlos, y avisándoles que ni al clérigo diesen lugar de entrar en su casa, ni á su hija dejasen salir de ella. Con esto se vino á Valladolid, y dió cuenta de esta necesidad á doña Magdalena de Ulloa, la cual con su acostumbrada caridad le dio treinta ducados para remediarlos, y le dijo que procurase traerlos á Valladolid, que ella recibiria en su casa á la moza y á ellos les pondria tienda.

Volvió el Hermano al pueblo á sus negocios y les dió los treinta ducados, con que los esforzó, y á la partida les dijo que, si querian ir á Valladolid por quitar la ocasion, que él haria á cierta persona que les pusiese tienda. Dijéronle que sí. «Pues dentro de mes y medio, dijo él, disponed de vuestras cosas é idos, y preguntad por mí, que yo cumpliré lo que digo.» Volvióse el Hermano á Valladolid, donde estuvo más de dos meses, y, no viniendo aquellos hombres, se vino á Madrid.

Acabo de pocos dias vinieron á Valladolid, y como no hallasen al Hermano y padeciesen más necesidad, se vinieron á Madrid, donde preguntaron por el H. Luis, y no le supieron dar razon de él. Pasados algunos dias, tornaron á preguntar por él, y supieron cómo vivia en Navalcarnero, lo cual sabido le escribieron cuatro ó cinco cartas dándole cuenta de su venida, y contándole su mucha necesidad. El Superior, á cuyas manos venian las cartas, recelándose por ver cartas con firma de mujer, aunque escritas por manos de su marido, y contar tantas necesidades, detenia las cartas y no se las daba, y así, nunca respondia. Lo cual, viendo aquellos pobres casados, forzados de su necesidad, enviaron otra carta de letra del marido y firmada de la mujer, en que hacia mencion de todas las demás cartas, y declaraba su necesidad, y al fin de ella decia: «Pues Vm., no se conmueve por nosotros, muévase por esta hija que engendró,» entendiendo haberla sacado del peligro en que habia estado.

Con esta carta se confirmó el Superior en el recelo que tenia, y con todas se vino á Madrid al P. Gil Gonzalez, Provincial, el cual las leyó, y en viéndolas dijo: «No es posible que el H. Luis Ruiz haya hecho una cosa como esta; aguardemos que, si es algo, él lo dirá,» y con esto cesó el negocio. Al

cabo de pocos dias, yendo el compañero del P. Provincial por una calle, le topó aquella mujer, y le preguntó por el H. Luis: él le dijo que vivia en Navalcarnero, mas que al presente estaba en Valladolid. Y preguntó á la mujer si le conocia, y de dónde, y donde ella vivia, porque cayó en lo de las cartas.

Ella le respondió que le habia conocido en las montañas de Leon, y que vivia junto á S. Francisco, y vuelto á casa dijo al P. Provincial cómo habia parecido aquella mujer que escribia al H. Luis. Hiciéronle saber á su Rector, y vino luego, y en llegando fué á casa de la mujer, é hízole muchas preguntas, si conocia al Hermano, y dónde le habia visto; y queriéndose despedir el Padre dijo: «Señora, suplícole que mañana á las ocho de la mañana nos veamos en la iglesia de mi casa, que tengo un negocio que tratar de importancia con Vm ; pregunte por el P. Rector de Navalcarnero.»

Ella dijo que así lo haria, quedando muy suspensa de lo que le podia querer aquel Padre, y dando y tomando sobre el negocio, cayó en que era sobre las cartas que habia escrito. Y estando en esto, vino su marido á más de las diez de la noche porque era camarero del Almirante de Aragon: le contó todo lo que le habia pasado y su sospecha, y pidióle que á la mañana se fuesen juntos á la Compañía, y así lo hicieron y preguntaron por el P. Rector de Navalcarnero, que se fué á un confesonario con ella, y el marido se quedó en el patio.

El Padre fué blandamente preguntando á la mujer acerca del Hermano, en qué habia entendido en su pueblo, y cómo habia vivido: en diciendo esto, dijo la mujer: «Paso, Padre, no pase más adelante, que ya sé que lo dice por unas cartas que yo le he escrito, y mi marido las notaba de su propia letra: y para que crea que digo verdad, ahí está en el patio; salga y háblele, sabrá la verdad, y véame, y verá qué edad y parecer tengo. Y si V. R. y los demás de esta Religion hiciesen las obras que el P. Ruiz hizo en aquella tierra, les podrian llamar más santos que hombres, porque por medio suyo me libró Dios una hija de muchas ocasiones y miserias con un mal eclesiástico que me la queria echar á perder. Y, si dije que la habia engendrado, dije verdad, porque la sacó de muchas ocasiones en que se me podia condenar, y por lo que él hizo está muy bien remediada y con mucha honra; sacó á muchos de graves pecados, en que vivian públicamente; hizo muchas paces en los pueblos de la comarca; hacia cada dia la doctrina; la iglesia del pueblo hizo que se cerrase de noche, que era corral de vacas y jumentos; hizo que ardiese siempre la lámpara delante del Santísimo Sacramento, porque nunca ardia; hizo dar una custodia de plata para tener el Santísimo Sacramento, porque recibiéndole él, se le dieron en un pedazo de palo, hecho en él un hoyo con una

azuela. Hizo otras muchas obras dignas de su persona y de la Religion que profesa, y voy maravillada de que con tan poca ocasion hayan imaginado mal; salga á la portería y verme ha,» y él no quiso salir, y con eso se despidió.

De otro testimonio libró Dios al H. Luis en la misma materia con el castigo del delincuente. Habia un Hermano lego arrojado en el juzgar, y fácil de lengua, y de no mucho discurso, por todo lo cual no le sufrió la Compañía, que se habia atrevido á decir de un Padre y dos ó tres Hermanos lo que él imaginaba, con que quedaban muy mal puestos, si la verdad no volviera por ellos.

Aconteció que una mujercilla perdida pasó por la dehesa, y vino á dormir á una granja, que entónces era de D. Juan Pacheco, señor del Villarejo de Fuentes, en la cual vivian dos arrendadores de las tierras que estaban al rededor de la casa, y con estos estaba la mujercilla al fuego, la cual entre otras palabras vino á infamar á aquel Hermano, que andaba en la hacienda de la dehesa, no le nombrando más por las señas que daba; todos los presentes vinieron á entender de quién hablaba, y teníase por cierto que no habia hecho tal vileza, sino que la mujer, por encubrir su vida infame, como lo tienen de costumbre las tales, habia dicho aquello; mas por ser él de poca capacidad y fácil de lengua, por echar de si la infamia, la cargó al H. Luis Ruiz, acomodándole algunas de las señas que habia dado aquella mujer, el cual acaso, habia sido enviado á la dehesa por tres ó cuatro dias, para recrearse por órden del Superior, porque andaba malo del corazon, y le solia tomar el mal dos veces al dia.

Al fin el Superior por el dicho de aquel Hermano, que certificó del H. Luis lo que de si se habia dicho, dia de la Transfiguracion 6 de agosto, con harto calor fué á la granja á hacer informacion del caso: llamó á la guarda y examinándole respondió con juramento y con toda resolucion, que la que lo habia dicho era una ruin mujer y perdida, y que no lo habia dicho por el H. Ruiz, sino por el otro, que era el que habia levantado este testimonio; que lo que habia era, que él habia caminado muchos dias y leguas con el H. Luis, y siempre le habia visto muy honesto, recatado y celoso de la edificacion, aun en todos los que iban con él, procurando que lo fuesen; y de este parecer fueron otros dos testigos que se hallaron presentes, y fueron preguntados. Con esto se echó tierra á este negocio.

Tenia este fervoroso Hermano mucho trato con Dios, y así, le manifestaba algunas cosas por venir; y, así con este espíritu de profecía, de allí á pocos dias, estando el H. Luis sentado con otros á un lado de la huerta de casa, vió pasar por la otra parte de la misma huerta aquel Hermano, y sin entender los demás por qué lo decia, dijo: «¿Ven aquel Hermano? pues sepan que no

morirá en la Compañía, sino que ha de morir fuera de ella una mala muerte y fué así, que á pocos dias apostató y se fué á Valencia con otros tres ó cuatro, y en un páramo donde por un buen trecho no habia árbol, ni donde poderse esconder un hombre, este desventurado por cierta necesidad se quedó atrás, y á poco volvieron la cabeza sus compañeros y le vieron caido, y vueltos á él, le hallaron muerto y el rostro muy feo, y la lengua sacada por detrás del colodrillo, digno castigo de haber puesto él su lengua maldita en los siervos de Dios con tanta liviandad y en cosa de tanta estima como es la honestidad.

Dióle Dios nuestro Señor al H. Luis mucha gracia para reducir con su industria á mejor vida gente que andaba bien fuera de ella, como se verá por los ejemplos siguientes. Yendo una vez á sus pleitos camino de Granada, temiendo lo que le podia suceder, puso á buen recaudo el dinero que llevaba, dejando alguno en la bolsa para el gasto ordinario. Saliéronle á la entrada de un monte dos ladrones que le metieron á lo espeso de él, á los cuales el Hermano les iba hablando de este manera: «Ya sé que quereis la bolsa, veisla aquí, y sino quereis más dejadme ir mi camino;» mas ellos sospechando lo que era, buscaron cuanto pudieron, y, no topando con nada, decia el uno al otro: «Matémosle;» y el otro: «No le matemos, que es buen teatino;» y decíalo, porque el Hermano, con el buen ánimo que Dios le daba, los entretenia diciéndoles algunas gracias, deseando con ellas aplacarlos.

Pedíales de comer como á buenos amigos, diciéndoles que le aquejaba la hambre, y diéronle de una gallina que él comió con mucho agradecimiento. Al fin, habiéndose holgado de su conversacion, le dejaron ir libre, avisándole que á poco trecho le saldrian otros al encuentro; que de su parte les dijese que le dejasen pasar por señas que la noche antes habian todos juntos hurtado unas gallinas; así pasó, y el Hermano con mucha alegría los saludo diciendo cómo ya otros les habian primero cogido la bendicion, y así, le dejaron pasar libre.

Andando despues por la plaza de Granada en sus negocios reconoció á aquel ladron que habia estorbado que no le matasen, echado de pechos sobre una mesa, y llegándose á él le dió una palmada en las espaldas, diciendo: «Esteis en buen hora ¿qué haceis por acá?» El otro, turbado temió no le quisiese descubrir; mas el Hermano, asegurándole de esto, afeóle el oficio que traia, mostrándole el peligro cierto de su vida y alma en que vivia; y poco á poco le trajo á que hiciese una buena confesion y á recogerse á una Religion, como lo hizo metiéndose fraile, y despues le vió y habló, siendo portero de un monasterio, bien agradecido de la merced que Dios le habia hecho por medio del Hermano.

Otro caso le pasó en Valladolid digno de memoria. Estaba allí una mujer de buen parecer en la casa pública, hija de gente honrada de Guadalajara, con quien se habia tratado de casarle cuando él era paje del duque, aunque no se efectuó. Como vino á su noticia por medio de algunos de Guadalajara que la conocian, pidióles se la trajesen á una ermita, donde á vista de ellos y junto al altar le preguntó si le conocia, diciéndole: «Yo soy Luis Ruiz;» como oyó el nombre bajó sus ojos de vergüenza, y comenzó á llorar amargamente.

El Hermano la consoló, prometiéndole su ayuda si queria salir de aquel mal estado, y que él haria de manera que su honra no padeciese. Holgóse de ello la mujer, y el Hermano pidió á aquellos hombres que la llevasen hacia la casa de la Compañía, y él fuese adelante á doña Magdalena de Ulloa, señora de mucha piedad, y le pidió la recibiese en su casa, entre tanto que la buscaba comodidad.

Ella repugnó mucho, temiendo no se pegase aquel mal trato á alguna de las criadas de su casa; mas él la aseguró con la palabra que le dió la mujer de proceder de manera que no se viese en ella resabio de lo pasado. Como lo prometió lo cumplió, porque vivió aquellos dias como si toda su vida hubiera pasado en recogimiento.

Con esto entendiendo el deseo que tenia de entrarse monja, hizo saber á sus padres cómo estaba en una casa honrada y el deseo que tenia de Religion, que sólo faltaba su beneplácito y el dote. Holgáronse los padres de tan buena nueva, y diéronle su dote de muy buena gana, y fué recibida en cierto monasterio donde dió tan buena cuenta de sí, que por su mucha religion y buena prudencia vino algunas veces á ser Superiora de aquel convento, con mucho consuelo y honor de sus padres y agradecimiento del bien que Dios le habia hecho por medio del H. Luis.

Otra vez, yendo camino de Valladolid, topó en una posada á un Religioso que llevaba consigo una doncella en hábito de novicio que habia sacado en Madrid de casa de sus padres; y, como fué avisado de lo que era, encomendose á Dios por ser el negocio tan grave y embistió con el Religioso, y díjole su parecer, prometiéndole de remediar el daño sin que se descubriese; y si no, que le habia de seguir y perseguir hasta hacerle castigar como merecia.

El Religioso se rindió al Hermano de miedo ó de grado; y con esto habló á la doncella, la cual como le contase lo que habia pasado, el Hermano se volvió á Madrid, y hablando á unos tios de ella, en cuya casa solia algunas veces vivir, ellos la recibieron hasta que, pasados dias, volvió como solia á casa de sus padres, sin que ellos sospechasen nada de su ausencia; y con esto

quedó remediada la pobre doncella y en la reputacion acerca de sus padres en que antes estaba.

Otras muchas cosas pasaron por este fervoroso Hermano, que por evitar prolijidad dejo, porque de las dichas se verá su virtud y verdad y el teson que tuvo en todo lo que era servicio de Dios y de la Compañía, y esto entre tantas contradicciones y adversidades, como en tanta diversidad de negocios que trató y tuvo.

Al fin, para coronar tal vida con feliz muerte, estando ya viejo, descansando en el colegio de Alcalá y aparejándose para morir, aunque no dejaba de la mano negocios ningunos de importancia, el año de la peste de Alcalá, que fué el de 1599, se ofreció con toda voluntad, aunque estaba excusado, á acompañar á los Padres que iban á confesar á los apestados, y ayudarlos de noche y de dia, en que trabajó mucho. Y así, habiendo andado en una calle donde habian muerto muchos, se le pegó una seca, y tomó tan de mano de Dios la enfermedad, que no queria ni decia otra cosa sino que Dios hiciese su voluntad en él, y pedia que le mortificasen y sacasen pedazos de su carne para más sufrir por Dios. Y así se le cumplió en los cauterios de fuego y ventosas sajadas que le echaron, lo cual todo sufria con grandísima paciencia y ánimo

Tuvo revelacion de su muerte y de otros de la Compañía, por lo cual dijo á su confesor que no seria él solo el muerto, que otros cuatro Hermanos irian tras él; y así fué, que de la misma enfermedad murieron otros cuatro Hermanos. Al fin, habiendo recibido los Santos Sacramentos, bien contento de morir en la Compañía, y haciéndose en él la divina voluntad, se fué á hacerla en el cielo á los 4 de julio de 1599, de edad de cincuenta y siete años, habiendo vivido en la Compañía los treinta y ocho.

Escribe la vida de este siervo de Dios el P. Cristóbal de Castro.

P. NIEREMBERG.

P. TOMAS DE SOTO

EL P. Tomás de Soto fué tan gran siervo de nuestro Señor, que todo lo que se dijere de él no será mucho, respecto de lo que verdaderamente fué y se pudiera decir sin ningun encarecimiento.

Nació este insigne varon en la ciudad de Toledo de padres honrados y tan buenos cristianos, que él mismo reconocia por gran merced de nuestro

Señor haberle dado tales padres, los cuales desde niño le criaron con tanta cristiandad y temor de Dios, que no sólamente le castigaban por lo malo que hacia, sino tambien por lo que tenia apariencia de mal; como si traia á casa alguna fruta que le hubiesen dado, le castigaban y azotaban rigurosamente, para que cobrase miedo á hurtar cosa alguna por mínima que fuese; y así, en viendo algo perdido en la calle, no lo osaba tocar. Con esta santa costumbre, hallando una vez en un camino una bolsa de dineros, no la tocó, y, pasando adelante, encontró con su dueño que volvia á buscarla, y díjole dónde la hallaria, y con las señas que le dió topó con ella.

De esta manera ayudaba su buen natural á la cuidadosa educacion de sus padres; porque como, nota Plutarco, en balde echarian los pescadores corcho en las redes para que sobrenaden, si tuviesen ellas por otra parte mucho peso de plomo, de suerte que las hundiese. Así tambien en balde seria la buena enseñanza, si el natural no la ayudase por sobra de malicia. Fué el del niño Soto muy bueno é inclinado á devocion.

Deseaba grandemente dar contento á sus padres y obedecerlos, y en esto procuraba aventajarse á sus hermanos; y así, era el más querido de ellos. Cuando iba á la escuela, pasaba por las espaldas de una iglesia, adonde correspondia el altar mayor y el sagrario del Santísimo Sacramento, y allí se encomendaba á nuestro Señor con gran reverencia y se encendia en mucha devocion. Acontecia ir el devoto niño pensando en otra cosa, pero, en llegando allí, luego se encendia de repente en amor de Dios.

Lo mismo hacia con una imágen de nuestra Señora que estaba en una esquina de la santa iglesia, y por esta devocion que desde niño tuvo con Cristo y su Madre Santísima, le libraron de graves peligros, guardando su vida para servirse de él en grandes cosas. Cayó una vez en un pozo muy hondo, siendo muy niño; pero ántes de llegar al profundo, se asió de los ramales de la soga con que se sacaba agua, estándose allí colgado, hasta que, buscándole, le hallaron de aquella manera y le sacaron.

Otra vez cayó en el rio Tajo y quiso nuestro Señor que tambien le sacasen de tan evidente peligro sin lesion ninguna. Crecian en él con la edad sus muchas virtudes; y viendo sus padres su buena habilidad y la inclinacion que mostraba á la iglesia, le pusieron al estudio con el maestro Cedillo, varon tan santo, que despues de veinte años que habia muerto, abriendo su sepultura en la santa iglesia, fué hallado su cuerpo entero con muy suave olor.

Aprendió de tal maestro letras y virtud con grande aprovechamiento; porque, así como un cuidadoso hortelano no sólo riega los árboles para que lleven la fruta que de su naturaleza tienen, sino que, ingiriendo en ellos mejores ramos, hace que lleven frutos más nobles y superiores á su naturaleza;

así tambien nuestro Tomás con la enseñanza de tal maestro no sólo perfeccionó su buen natural, sino que se adelantó á hacer obras más excelentes y heróicas y de mayor espíritu que en la mocedad se hallan.

Por este tiempo salia el devoto mancebo por las calles cada noche de invierno con una linterna buscando pobres desamparados y llevábalos á los hospitales, donde les tenia aparejadas sus camas y el regalo necesario para que no pereciesen de frio, como otros solian perecer por carecer de este abrigo y reparo. Llegó su caridad á curar por sí mismo las llagas de los pobres, las cuales se las besaba con mucha devocion. Y aunque esta obra se la impidieron, á cuantos pobres hallaba en las calles los llevaba á su casa y les daba de comer, sirviéndoles á la mesa descalzo y sin bonete, y luego los enviaba contentos, dándoles limosna y zapatos; y, cuando no tenia dineros para esto, empeñaba los libros; y así, ninguno se iba con las manos vacías.

Graduóse de bachiller en Cánones en Toledo. Tuvo fama de buenas letras, y en cosas morales su parecer era muy acertado. Ordenóse de sacerdote ántes de los veinte y cinco años por dispensacion; y, viendo que habia falta de confesores para pobres, alcanzó licencia para confesar todos los del arzobispado, donde quiera que estuviese. Hacíalo con mucha caridad, ayudándoles tambien á bien morir, especialmente en el hospital de los incurables, que llaman del Rey, que es muy lleno de asco y mal olor, y de él solia salir cubierto de asquerosas sabandijas.

La misma caridad ejercitó en el hospital de S. Nicolás, y generalmente confesaba á todos los pobres de Toledo. Por la fama de tan buenas y santas obras, el Cardenal Tavera y el Arzobispo Carranza le estimaban en mucho y agradecian las buenas obras en que se ejercitaba; porque les decian que era aquel sacerdote la mejor oveja que tenian, y pensaban darle muy buenos beneficios, si vivieran más tiempo en el arzobispado. Despues, en tiempo del Cardenal D. Juan Martinez Siliceo, cargó tanto el tabardillo en Toledo, que no cabian los enfermos en los hospitales, y en las calles se hallaban algunos muertos.

Viendo esto el siervo de Dios con otros dos amigos suyos, que despues entraron en la Compañía y fueron el P. Bautista Sanchez y el P. Vanegas, movidos de compasion, hicieron un hospital para los desamparados, y nuestro Tomás de Soto se encargó de confesarlos y enterrarlos. Todos ellos hacian muchas mortificaciones y penitencias públicas con admiracion y edificacion de toda la ciudad, de donde todos eran naturales.

Por este tiempo, tambien el racionero Rincon, amigo de los tres, fué á Alcalá é hizo los Ejercicios de S. Ignacio, y salió tan buen maestro de espíritu

que, vuelto á Toledo, se los dió á sus compañeros, de los cuales salieron grandemente aprovechados y animados á hacer mucho y padecer por Jesucristo, especialmente nuestro Tomás de Soto, el cual vino á ser beneficiado de la parroquia de Sto. Tomé. Confesaba tanta gente con su buen celo y aplicacion, que el cura se quejó al Arzobispo Siliceo, diciendo que él no tenia más que el nombre de cura, porque su beneficiado se llevaba toda la gente y todos los regalos.

Envió el Arzobispo á llamar al beneficiado, y hablóle de esta manera: Soto, estas quejas me han dado de vos, decidme lo que hay en esto.» Entónces él dijo: «Señor Ilustrísimo, yo diré la verdad. Yo me levanto muy de mañana, tengo primeramente mi oracion, luego rezo mis horas, luego me voy á la iglesia, estóime sentado toda la mañana confesando á cuantos vienen. Despues digo Misa y en ella comulgo á los que están dispuestos para ello. A la tarde visito los enfermos y pobres de la parroquia y dóiles alguna limosna. Cuando alguno me envia algun presente, dígole que lo lleve á tal enfermo ó tal pobre, y, cuando para mí es menester algo, tambien lo tomo. Infórmese bien V. S. I. y hallará que le digo la verdad.»

El Arzobispo le oyó con gran gusto todo lo que decia y le agradeció como buen Pastor lo mucho que hacia y trabajaba, animándole á perseverar y despidiéndole con palabras muy favorables; mas al cura le dió una buena reprension porque no imitaba á los que trabajaban con tanto celo de las almas y buen ejemplo.

Aumentó el Señor á nuestro beneficiado su hacienda por las muchas limosnas que hacia; desempeñó á sus padres, sustentábalos, y no sólo á ellos, pero á todos sus parientes pobres, para lo cual compró una casa á la cual los llevó consigo, siendo él padre de todos, haciendo otras muchas obras de gran caridad, no le faltando para acudir á todo; porque, como advierte Clemente Alejandrino, la misericordia y caridad son como los pechos de la madre, que se tornan á llenar de leche en habiendo dádola á la criatura, y como los pozos, que por mucha agua que dén, se tornan á llenar.

Entre otros ejemplos de su mucha caridad, topó una vez en la calle un pobrecito todo llagado; llevóle á su casa y curóle hasta que murió; besábale las llagas y hacia con él otros oficios humildes. Dia hubo en que dió trescientos reales de limosna. Jamás oyó que alguna persona estuviese afligida por haber perdido algo, que no se lo diese luego. Cuando topaba algunos muchachos ó muchachas de servicio ó pobres cargados con cántaros de agua que no los podian llevar, él se los tomaba y llevaba hasta sus casas.

Era tanto su fervor, que no perdia ocasion de mortificarse y ejercitar la

caridad. Hacíale nuestro Señor en la oracion grandes favores, y, fuera de la oracion mental de que era muy devoto, gastaba cada dia cinco cuartos de hora en oraciones vocales, con peticiones muy fervorosas que hacia.

Era devotísimo de las ánimas del purgatorio y hacia mucho por ellas. En todas las penitencias que daba á los que confesaba, les encargaba que las hiciesen por sus ánimas y por las ánimas del purgatorio. Rezaba cada dia el rosario y horas de nuestra Señora. Un dia con afecto muy tierno la suplicó que le recibiese por su hijo, porque él muy de veras proponia de tenerla por su madre toda su vida.

Mostróle presto la Sacratísima Vírgen cómo habia aceptado su ofrecimiento, porque poco despues, estando en oracion en el campo, se quedó dormido, y entre sueños le pareció que iba muy de priesa á ver á su madre á casa por hallarla allí antes que saliese, y en el camino se le apareció nuestra Señora con gran resplandor, y llegándose cerca, vió que tenia el rostro como aquella imágen de la santa iglesia, delante de la cual él solia rezar cada dia, y oyó que le dijó tres veces: «Andad, idos á casa.» Con las cuales palabras le dieron á entender que la Vírgen como Madre le convidaba con su casa de la gloria, y toda su vida le duró un grande consuelo, considerándose como hijo de la Vírgen muy querido.

Fué un tiempo cura de la cárcel; acudia con mucho cuidado á decir Misa á los presos, confesarlos y comulgarlos, acompañar á los ajusticiados y predicarles con mucho fervor. Pero al paso que él hacia estos servicios á nuestro Señor, le iba declarando Su Divina Majestad por siervo suyo, haciéndole muchos favores.

Pasando un dia junto al rio, vió mucha gente que estaba mirando una mula que se estaba ahogando; era de un pobre labrador que estaba llorando de ver que se le ahogaba su remedio, porque, estando bebiendo, se le fueron los piés sin poder volver á salir. Vió el devoto sacerdote cómo un demonio la tenia asida sin dejarla salir; mas, en llegando él allí, luego el demonio huyó y la mula pudo nadar y salir á la ribera. Dijo uno de los presentes: «En hora buena vino este sacerdote aquí, que con sola su presencia la mula se ha librado,» y todos atribuyeron á su santidad aquella maravilla.

Pidióle una vez un amigo doscientos ducados prestados: dejóle en prenda una sortija con una piedra de grande valor. Diósela á guardar á su madre, la cual un dia vino muy afligida á su hijo, diciendo que la sortija se habia perdido. Puso el siervo de Dios por medianera á la Vírgen Santísima, dijo algunas veces el *Magnificat*, y de allí á poco pusieron á su madre la sortija en las manos sin ver quien se la ponia, quedando llena de admiracion de cosa tan extraña.

Guardó perpetua virginidad entre muchas ocasiones en que el demonio le puso, y armó por medio de algunas mujercillas, las cuales él siempre lanzaba de sí con un celo muy fervoroso.

II

Entra en la Compañía, ejercítase todo en obras de admirable caridad.

Cuando hizo los Ejercicios de S. Ignacio tuvo deseo de entrar en la Compañía, mas dilatólo por ser canonista y por acudir á la pobreza y sustento de sus padres. Oyó luego Artes y Teología, graduóse de Maestro, y en muriendo sus padres, á los cuales no sólo corporal, sino espiritualmente ayudó confesándoles y siendo padre del espíritu de los que era hijo segun la carne; pidió con mucha instancia la Compañía y fué recibido en ella á 24 de junio del año 1563, habiendo repartido entre pobres mucha hacienda, y á la Casa Profesa dió casi cinco mil ducados.

Las virtudes con que resplandeció en la Compañía fueron admirables, y no lo fué poco el teson y perseverancia que tuvo en ellas hasta edad decrépita, que en él no lo fué sino siempre llena de sabiduría divina. No tuvo su vida variedad de ocupaciones ni estados por entrar ya hombre, sacerdote y perfecto operario; y así, fué una pieza toda de riquísima tela de virtudes que en su mayor vejez parece se renovaban más, mostrando nuestro Señor con muchas maravillas lo que se agradaba de ellas.

No fué la menor lo que se señaló en la caridad, que en este siervo de Dios fue rara; y por la que tenia con Dios y con los hombres, era incansable en las confesiones, confesando por espacio de treinta años todo género de gente. Era cosa maravillosa que, aunque todo el dia, tarde y mañana estuviese confesando á pié quedo (como lo hacia de ordinario), no se cansaba más que si nada hiciera. Hacíalo de tan buena gana por dar contento á Dios, que le quitaba todo sentimiento y trabajo, aunque estuviese confesando cien dias arreo, tarde y mañana; porque, así como no hay cosa tan fácil que no se haga muy dificultosa haciéndola de mala gana, así tambien no hay cosa tan difícil que, haciéndola con gusto, no se facilite.

Fuera de esto, si se sentia mal dispuesto, en sentándose á confesar se le quitaban todos sus achaques. No era menor maravilla que, cuando iba á confesar y ayudar á bien morir, si hallaba al enfermo fuera de juicio, en hablándole un poco, volvia en sí y se confesaba muy bien. Púsole nuestro Señor en las manos muchas almas que se iban á perder, y él las remedió con la divina gracia.

Vino una vez á sus piés cierta persona que estaba para desesperarse, á la cual se le apareció la Madre de Dios y le dijo que se fuese á confesar á la Compañía con el P. Soto. Obedeció luego, y topándose con el siervo de Dios, quedó muy consolada y perseveró en servir á nuestro Señor muy de veras. Otra mujer se subió sobre unos peñascos para despeñarse en el rio. Estando en esto oyó una voz que le dijo: «Confiésate y remediarte ha Dios.» Fuése á la Compañía, confesó con el P. Soto y halló el remedio tan cumplido como lo deseaba.

Yendo en Toledo la mañana de S. Juan un hombre, llamado Juan Fernandez, á confesarse á S. Juan de los Reyes, como antes lo habia concertado con otros amigos suyos; salióle al camino otro hombre de muy venerable aspecto, diciéndole que se confesase en la Compañía; persuadióselo, y él mismo lo llevó y habló al portero, el cual llevó al penitente al P. Tomás de Soto, el cual le confesó. Pero, cuando acabó de confesar, preguntando al portero que adónde estaba aquella persona que habia venido con él, respondió que habia venido solo y que no habia hablado á otro sino á él. Fué quien le trajo un ángel de Dios, porque desde aquel punto quedó Juan Fernandez tan trocado y aficionado de la Compañía, que determinó entrarse en ella tan de veras, que lo ejecutó y vivió en ella muy religiosamente.

Las personas que por vergüenza callaban á otros confesores sus pecados, se descubrian luego á este santo varon. Una mujer era tan deshonesta, que todo su linaje se afrentaba de ello: trujéronla sus deudos al P. Soto para que se confesase con él. Ella no quiso confesar, antes injurió con muy descompuestas palabras al siervo de Dios, diciéndole que era más deshonesto que ella, que era un hipócrita y embustero, y otras cosas semejantes.

El celoso Padre la dió á entender con mucha paz en una plática que la hizo la perdicion en que estaba. De allí á un año volvió á ver al siervo de Dios, agradeciéndole la buena obra que de él habia recibido, diciendo que se le imprimieron tanto sus palabras, que nunca más volvió á ofender á nuestro Señor.

Tenia este santo varon muy particular gracia en poner paces con muy cuerdas razones; y antes que le respondiesen, con grande gracia abrazaba á las personas diciendo: «Páguesele Nuestra Señora á Vm., y en el cielo lo halle. Amen.» Con esta su bondad y sinceridad, inclinaba los corazones á lo que queria.

Con las pláticas que solia hacer en la casa pública, convertia muchas de aquellas mujeres perdidas. Unas veces usaba de blandura, proponiéndolas la misericordia divina; otras de rigor, representando la justicia. En remediar necesidades de pobres era incansable, y remedió mucha gente.

Aprovechaba cuanto podia hasta los trapos viejos con que los pobres remendasen y vistiesen á sus hijos, yendo él mismo cargado hasta sus casas á llevárselos. Ocupóse algunos años en andar en misiones y predicar á los pueblos, y hacíalo con tanto espíritu y fervor, que no pocas veces hacia tres sermones en un dia con mucho fruto de las almas; porque todas cuantas personas acudian con trabajos, angustias ó melancolías, que hiciesen lo que el siervo de Dios las aconsejaba, quedaban remediadas de Dios nuestro Señor; pero las que no hacian lo que les decia, nunca sanaban.

Tenia particular don de Dios para sacar almas de mal estado, estorbar pecados y remediar necesidades espirituales y corporales, y especialmente á doncellas que estaban en peligro de perderse, y á las mujeres perdidas y de la casa pública, y consolar á los afligidos que acudian á él en gran número, por hallar en el siervo de Dios entrañas de padre y un ánimo incansable para proveer las necesidades de los pobres y buscar limosna para el sustento, vestido, abrigo y remedio suyo y de sus hijos. Dábanle camisas, vestidos, mantas, frazadas y dineros para esto, y él muy alegre y contento se lo echaba á cuestas y se lo llevaba por las calles, con no poca admiracion de la gente, para repartirlo á los pobres.

El año de 1581, en que fué aquel gran catarro que corrió como peste y caian malos todos los de una casa ó familia, en nuestra Casa Profesa cayeron casi todos enfermos de él, de manera que no habia quien fuese á confesar á los enfermos que pedian confesion. Mas al fervoroso P. Soto le dió nuestro Señor salud para que trabajase por todos, y salia solo todo el dia á confesar por la ciudad con gran caridad; y despues, viniendo cansado, se ponia á fregar y ayudar al enfermero con tanto fervor, como si viniera de alguna cosa de mucho descanso; y éralo para él este ejercicio de caridad.

III

Obras milagrosas y admirables visitas del cielo.

Sus oraciones alcanzaban mucho de nuestro Señor. Rogóle un dia cierta persona afligida que rogase á Dios por ella: hízolo el santo Padre y dijo una Misa por ella. Vino luego la persona á darle las gracias diciendo que ya sus congojas todas habian cesado.

Los condes de Arcos enviaron á nuestra casa á pedir que encomendasen á Dios á un niño suyo que estaba muy malo. Estaba en esta sazon el P. Soto en la sacristía para decir Misa; díjola por la salud del niño, y luego al punto vinieron á decir á nuestra casa que ya estaba bueno y sin calentura, dando

las gracias al P. Soto que con sus oraciones lo habia alcanzado de nuestro Señor.

Una mujer ciega de un ojo, pidió que le dijese un Evangelio el siervo de Dios; díjoselo y luego cobró vista perfecta. El P. Juan Manuel, Prepósito de la Casa Profesa, estaba muy peligroso, y queriendo el P. Soto hacer oracion por él, le dijeron que acababa de llegar á casa de camino otro enfermo muy apretado de cólico, que moria de dolores. Fuese el santo varon delante del Santísimo Sacramento, hizo oracion por entrambos con mucho fervor y lagrimas, y luego estuvieron uno y otro sanos y buenos sin tornar á recaer.

Un caballero cayó de su caballo y le llevaron á su casa medio muerto, pero por oraciones del siervo de Dios le dió Nuestro Señor salud. Estando en Navalcarnero, fué á hablar á un labrador, el cual, porque estaba afligido porque se le moria una mula, le despidió con mucha cólera. Sufrió el siervo de Dios las malas palabras, y para volver bien por mal, entró en el establo, hizo oracion al Señor y luego la mula estuvo buena.

Otros muchos enfermos fueron los que sanaron por las oraciones de este santo varon; porque, como la ocupacion de toda su vida era cumplir tan perfectamente la voluntad divina, cumplia nuestro Señor la suya cuando le pedia alguna cosa. Siendo ya muy viejo, su ordinaria estancia era el confesonario mañana y tarde sin jamás salir de casa, confesando y tratando de cosas espirituales, orando y rezando; y lo mismo hacia de noche en su aposento, gastando el tiempo en oracion y leccion de libros santos.

En la iglesia hacia una cosa de grande edificacion; porque decia que era el basurero del Niño Jesus, cuyo oficio era coger del suelo de la iglesia todos los papelillos y trapillos y todo lo que hallaba por el suelo; echábalo en su bonete con mucha devocion y llevábalo al corral. Hacia esto cada dia una ó dos veces, aunque hubiese gente en la iglesia. Y cuando le preguntaban que hacia, respondia con mucha gracia: «Soy el basurero del Niño Jesus.»

El se lo pagó muy bien, porque una tarde se le apareció el Niño Jesus con una inexplicable hermosura y con admirables júbilos de su alma, comunicados del Señor en aquella celestial visita (como él lo contó despues á su confesor); pero no lo vió esta vez sola, sino otras muchas.

Andaba siempre el santo varon en presencia de Dios, y así, todo su gusto era estar siempre tratando de esto. Aun durmiendo parece que su corazon velaba; soñando estaba, y juntamente en presencia de Dios, que aun por los sueños se le comunicaba. Teníalos siempre muy alegres y devotos, viendo á nuestro Señor Jesucristo en algunos pasos de su Pasion y otras cosas semejantes, con que velando y durmiendo andaba su alma consolada. Porque, aunque eran sueños y él mismo los tenia por tales, todavía quedaba el alma

de este siervo del Señor tan rica de consolaciones, que le duraban por todo el dia.

Una vez se le apareció en sueños Jesucristo con la cruz á cuestas y le miró con tal amor, que le atravesó el corazon y se le atravesaba cada vez que se acordaba de ello. Otra vez se le aparecieron S. Pedro y S. Pablo. Suplicó el devoto Padre á S. Pedro que le diese á conocer á Dios: llevóle el santo Apóstol á una iglesia, é hincáronse de rodillas delante del Santísimo Sacramento. Luego se oyó un grande ruido, y vió á Jesucristo clavado en la cruz en tierra, y luego los sayones alzaron la cruz en alto. Tenia Cristo la cara la más lastimosa que se puede pensar, toda llena de golpes que le habian dado, y corriendo sangre de piés y manos. Miró al P. Soto con una tan extraordinaria ternura y amor, que le duró toda la vida el sentimiento y devocion que allí experimentó.

Así andaba siempre en la presencia de Dios y tan lleno de su espíritu, que rebosaba en sus palabras, porque, hablando de Dios, no le faltaba qué decir, y en los efectos que hacia su oracion se echaba de ver cuán grata era al Señor y cuán eficaz para alcanzar de Él lo que le pedia, así dando salud á los enfermos y librando de la muerte á los que estaban cerca de ella, como consolando algunas almas afligidas y remediando otras necesidades y fatigas, por las cuales hizo oracion, suplicando al Señor que pusiese su mano y les remediase.

Por más de veinte años le persiguió el demonio, dándole de palos, maltratándole como á S. Antonio y afligiéndole con escrúpulos terriblemente. Y aunque se aconsejaba con hombres muy espirituales y se sujetaba á su parecer, con todo esto no cesaba la guerra. Y por otra parte nuestro Señor en la oracion le trataba con tanta sequedad, que de pura afliccion y desconsuelo decia á voces: *Domine, vim patior, responde pro me.* Y él mismo decia, que si Dios no le amparara, le ponian las tentaciones del enemigo en términos de desesperar ó perder el juicio.

Pero, así como cuando una fiesta es grande, trae consigo vigilia, y la Pascua de Resurreccion trae una cuaresma entera, así tambien la gran misericordia que Dios hizo despues á este su fiel siervo, trujo por vigilia más de veinte años de trabajos y penas de las grandes que se pueden pensar. La fiesta y misericordia divina que sucedió á tan larga y dolorosa vigilia, fué esta.

Una noche de nuestra Señora de la Expectacion le despertaron de repente, y en el momento que despertó, oyó como un gran ruido, y en el instante se halló en el convexo del cielo empíreo, el cual notó que estaba todo lleno de una luz que causaba gran contento, la cual no era como la luz de acá, y a la que más se parecia era á la luz de la aurora antes que salga el sol, que

tiene más de blanco. Pero aquella del cielo empíreo era sin comparacion más blanca y más clara, y regocijaba mucho al alma.

Oyó allí la música dulcísima de los ángeles y bienaventurados, la cual melodía le provocó mucho á conocer á Dios y reverenciarle con todas sus fuerzas, y á morir cien mil veces antes que desagradarle en la cosa más pequeña. Infundióle luego nuestro Señor tantas autoridades de la sagrada Escritura que hablaban de las alabanzas que dan los bienaventurados á Dios, más que si toda su vida hubiera gastado en estudiarlas.

Entendió de las mismas alabanzas de los santos, que eran *Velut sonitus aquarum multarum*. Luego se le allegaron tres santos vestidos de blanco. Díjole uno que se hincase de rodillas y reverenciase á Dios. El modo como se lo dijo fué como se hablan los ángeles y bienaventurados, sin decirle más palabra que hallárselo dicho y entendido en su corazon. Luego en un instante se postraron de rodillas él y los tres santos delante de Dios. Allí vió el santo varon cómo Dios era más resplandeciente que el sol, y salian de él una infinidad de rayos de tinieblas que todas daban en él; pero un rayito de aquellos era de luz, el cual le hirió el corazon con tanta fuerza, que le hizo sentar y sintió la herida como si le hubieran dado una puñalada; la cual herida y llaga del corazon le duró muchos dias.

Acabada de dar la herida, le dió nuestro Señor una suavidad de amor y un desmayo del mismo amor tan grande, que no hay lengua que lo pueda decir; con lo cual quedó tan endiosado, que no se acordaba de sí ni del cielo, aunque estaba en él, sino de sólo Dios, transformado en Él. Y aunque despues tuvo con la llaga grandes suavidades, mas distaban de aquella (como él decia) más que hay de la tierra al cielo empíreo.

De esta manera, despues de bien probado con tan largas tinieblas y desconsuelos, le descubrió el Señor los rayos de su divina luz, serenó su alma, desterró de ella los escrúpulos sin que más volviesen á molestarle, siendo los consuelos y regalos mucho mayores que habian sido las tristezas y desamparos, pues, aun estando en este valle de lágrimas, le arrebató hasta el cielo ante el Consistorio de la Santísima Trinidad, donde oyó músicas angélicas, entendió secretos altísimos, gozó de tanta suavidad que ni ojo vió, ni oreja oyó, ni él sabia declarar lo que por su alma habia pasado, por ser cosas tan incomprensibles.

Otra vez, á tres dias de diciembre del año de mil y quinientos y noventa y cuatro á las cuatro de la tarde, tuvo tan grande conocimiento de nuestro Señor, con tal abundancia de lágrimas que no lo sabia declarar. Dijo á su confesor que hablaba con Cristo tan familiarmente como con él. Una vez, entre otras, se le apareció con corona de espinas, y le dijo: «Habiendo yo

padecido tanto por los hombres, ¿cómo ellos no quieren padecer nada por mí? Yo les digo de verdad, que al salir de esta vida, se hallarán bien corridos y confusos.»

Estando un dia en su aposento, tuvo una visita de nuestro Señor, en que fue tan regalado, que le parecia ser la misma suavidad de que gozan los santos en la gloria, y no sabia declararse más. Otras veces oyó músicas celestiales, una á tres voces y otra á cuatro, de tiple, tenor, contralto y contrabajo, y lo que cantaban era:

Alabemos siempre á Dios
En tiempo y eternidad.

Dando un dia las comuniones en tiempo de gran concurso, por poco recato de una mujer se cayó la forma en el suelo, viéndolo el siervo de Dios; el cual sintió la mayor pena que en su vida habia sentido, por ver la apretura de la gente entre cuyos piés andaba su Señor. Hizo apartar la gente, la cual era tanta que no se podia desviar. Estando el devoto Padre con tan grande angustia, quiso nuestro Señor despenarlo, haciendo que la forma se subiese por sí misma en alto, y se pusiese encima del paño de las comuniones, bien lejos de donde habia caido, para que el milagro fuese más claro. Tomóla el siervo de Dios con gran reverencia, dando mil gracias á aquel Señor Sacramentado por aquel singular favor que le habia hecho.

Una vez, yendo á decir Misa, iba tan elevado que la comenzó con el bonete puesto, y la prosiguió hasta el Evangelio sin advertirlo él ni el ayudante; pero no permitió nuestro Señor que dijese el Evangelio de aquella manera; y así oyó una voz interior que le dijo clarísimamente: «Mira que tienes puesto el bonete.» Fuera de esto, el Angel de su Guarda le avisaba de lo que habia de hacer y de lo que se habia de apartar.

Al fin, por la comunicacion que tuvo con los ángeles y con los santos, aprendió dos lenguajes espirituales: el uno, el modo que tienen de hablar los espíritus angélicos en esta vida con las almas; y el otro, el modo de hablar que un bienaventurado tiene con otro allá en el cielo, los cuales decia que eran dos lenguajes diferentes.

IV

Sus raras virtudes y dichosa muerte.

Bien sabia nuestro Señor de quién fiaba tantos regalos y favores, que era de su siervo fiel, obedientísimo, humildísimo, penitentísimo y cabal en todas virtudes. Fué tan avenjada su obediencia, que le parecia que el obedecer al

Superior y á Dios todo era uno; y así, estando delante del Superior, estaba en pié con el bonete en la mano, con grande humildad y reverencia.

Obedecia con gran puntualidad y alegría, sin jamás replicar, y dejando la letra comenzada. Fué tal su teson y perseverancia en obedecer, que aunque estuviera rezando el Oficio divino, lo dejaba luego, diciendo con gran voluntad: «Ea, vamos luego, etc.,» y despues volvia á rezar de nuevo. Hablaba de la obediencia tan altamente como era la estima y amor que á ella tenia. Y en la última enfermedad, estando para espirar, aunque no podia hablar ni atender á nada, cuando oia la voz del Superior, levantaba la mano para quitarse la escofia y estar descubierto delante de su Superior.

Practicaba esta virtud con una fe muy viva, con la cual entendia que obedecia á Dios en la persona del Superior, y así, solia decir: «Claro está, que si á uno se le apareciera Dios y le dijera: *Haz esto por mí,* lo hiciera con todo el contento del mundo; y así, pues es cierto, que obedeciendo á nuestros Superiores obedecemos á Dios, hemos de obedecer con gran suavidad y contento, pues lo que ellos dicen dice Dios.»

Su humildad era tan grande, que no obstante los grandes favores que nuestro Señor le hacia como á tan grande siervo suyo, él se tenia en nada: todo era baldonarse y llamarse indigno de todo bien, y merecedor de todos los males del mundo, y que su ingratitud á tantas mercedes del Señor era merecedora de mil infiernos, y otras cosas semejantes. Porque, como el sol cuanto más alto está, más tarde y espacioso parece que camina, así este siervo de Dios, cuanto á más alto grado de mortificacion y penitencia y toda perfeccion habia subido, tanto por más tibio y flojo en el servicio divino se juzgaba; y por lo mucho que se despreciaba, el peor lugar y lo peor de la casa habia de ser para él, y en comedimientos de humildad era invencible, aunque fuese con persona muy inferior.

Siendo ya de noventa y cinco años, seguia siempre la comunidad y no habia de admitir particularidad ninguna; y cuanto más pobre y grosera era la comida, tanto de mejor gana la comia. A los que le aconsejaban que se desayunase las mañanas ó decian cosas semejantes, los llamaba enemigos, pues habiendo de dar tan presto cuenta á Dios, le aconsejaban tal cosa.

Llevóle una vez el portero una jarra de conserva para que á las mañanas se desayunase en su aposento; no hubo remedio que la quisiese recibir, hasta que le dijo el portero que mandaba el Superior que la recibiese; entónces obedeció, y habiéndola tenido algunos dias en su aposento sin tocarla, fue al Superior y díjole: «Padre, aquel regalo que V. R. me mandó recibir, me es una muy molesta tentacion, y no me deja dar gracias despues de Misa, dándome batería que me vaya á desayunar; por amor de Dios mande V. R.

se dé á los enfermos y á mí me libre de esta tentacion.» Tanto hizo, que al fin la echó de su aposento y despues no cabia en sí de contento, y decia: Jesus, María, Jesus, tentacion; Jesus, Jesus.»

Procedió siempre como un novicio muy fervoroso. Sus penitencias, cilicios y disciplinas eran de manera que alguna vez fué menester que le curasen cirujanos. Buscaba nuevas invenciones de penitencias. Unas veces, por el invierno, se entraba en el agua hasta los hombros, otras se echaba desnudo en el suelo ladrillado del aposento, otras no bebia en cuatro y cinco dias, otras ponia esparragueras en su pobre cama, ortigas y otras cosas semejantes; no echaba sal, ni aceite, ni salsas ningunas en la comida: todo su regalo era tratar de Dios y con Dios en su aposento, en quietes y en todas partes; y por eso era amicísimo de pláticas y sermones y siempre apuntaba algo para su aprovechamiento.

Su pobreza era tal, que nunca quiso vestido nuevo, sino era forzado por la obediencia. Su aposento era tan bajo, que casi daba con la cabeza en el techo. Su cama era tan corta, que le salian los piés más de un palmo; nunca admitió más de un colchoncillo, aun estando enfermo y en su última vejez, en la cual no perdonó nada del rigor de la mortificacion, ántes al fin de sus dias más amarga vida se daba. Los libros que tenia eran muy pocos y pobres, pero muy devotos. Contentábase con una silla de costillas. La mesa y lo demás todo era pobrísimo.

Su paciencia fué muy bien probada con tentaciones y persecuciones; el demonio, que procuraba quitársela, quedaba siempre corrido y vencido. Un dia corrió por una escalera y quebrósele la punta de la nariz, quedando colgada de un pellejito que se le cortaron, y el cirujano y médicos se admiraron de su paciencia y de ver que, despues de curado, no quedó rastro de fealdad. Por ventura fué este uno de los muchos favores de la Vírgen su Madre, porque el dia que cayó fué víspera de la Expectacion de nuestra Señora.

Perseguíale el demonio continuamente; ya le quitaba el pañuelo y se lo volvia á poner en la mano; ya le revolvia las cosas de su aposento y se las volvia á poner como de antes. Apareciósele muchas veces visiblemente tomando varias formas, como de ciervo y otras. Una vez vió en su aposento una cosa reluciente como estrella; alargó la mano á tomarla, mas oyó una voz que le dijo: «Guarda, guarda,» y, mirándolo bien, vió que era una gruesa y monstruosa araña.

Tuvo gran luz del cielo y direccion de espíritus para conocer los engaños de Satanás, el cual le mostró una vez un palacio riquísimamente aderezado y en el ventanaje hermosísimos tiestos de flores muy vistosas y diversas.

Díjole luego el ángel de tinieblas: «Pues ves estas cosas tan maravillosas, bueno debes de ser.» Entendió el siervo de Dios ser todo engaño del demonio y se humilló delante de Dios tanto más, cuanto el mal espíritu le habia querido engreir.

Cinco ó seis veces entró el santo varon en su aposento cerradas las puertas, y despues le ponia el demonio en el pensamiento, que, como si fuera su cuerpo glorificado, habia penetrado por ellas. Mas el siervo del Señor, conociendo los ardides de Satanás, respondia: «Santo Domingo entró en su monasterio cerradas las puertas, porque vino de noche, y así, hubo alguna necesidad, y Dios le favoreció en ella: mas yo entro sin haber esta necesidad, por lo cual me es esto sospechoso y de mucho peligro, y tengo necesidad de humillarme y mirar por mí, porque el demonio se transfigura en ángel de luz.» De estas cosas se podian referir muchas.

Lleno, pues, el P. Soto de todas estas virtudes y de muchos dias, quiso la divina bondad darle el premio que tiene prometido á sus siervos, pagando trabajos temporales con eterno descanso. Y así, á 30 de junio del año de 1600, poco más de mes y medio antes de su muerte vió en sueños una cruz, con la cual Cristo nuestro Señor le animaba mucho, diciendo que considerase los desamparos y angustias que Él habia pasado en el Huerto, para animarse él á tener paciencia en sus trabajos, con lo cual parece que quiso nuestro Señor prevenirle para los muchos dolores que le aguardaban en su última enfermedad, que tan cercana estaba.

Visitóle muchas veces nuestra Señora, y el Angel Custodio; y veces habia que por más de una hora eran sus ojos dos fuentes de lágrimas, con abundancia de divinos consuelos y júbilos de su corazon. Comenzáronle á fatigar desconciertos del vientre, y eran mayores sus fatigas, porque por una parte su fuerte complexion resistia; y por otra la mucha edad y la enfermedad le debilitaban extrañamente. Confesábase cada dia dos ó tres veces para tener más apuradas sus cuentas: comulgaba á menudo.

Alegrábase cuando le decian que tenia calentura, por ver que se acercaba el plazo de ir á ver á su Dios. No tomaba bocado hasta que le decian que la santa obediencia lo mandaba, y luego obedecia. Gustaba mucho de estar a solas con Dios Finalmente, se llegó la hora de su dichoso tránsito, y murió á veinte de agosto del año de mil y seiscientos, dia del glorioso S. Bernardo Abad, siendo de edad de noventa y seis años. Murió con admirable paz y serenidad de su alma. Muchas personas guardaron algunas cosas suyas por reliquias, y con razon, porque era tenido de todos y venerado por santo, y tal fama dejó, y durará siempre su santa memoria.

Escribieron la vida de este siervo de Dios el P. Francisco Antonio y el

P. Rivadeneira en la historia que dejó escrita de las provincias de España; y de él se escribe en la *Annua* de mil y seiscientos que se imprimió en Amberes año de 1618.

P. NIEREMBER.

P. LUIS DE MOLINA

NACIÓ el P. Dr. Luis de Molina en la nobilísima ciudad de Cuenca, honra del reino de Toledo, por el lustre de sus moradores, por su santa y esclarecida iglesia Catedral de las primeras de España y el obispado de los mayores del orbe, la fortaleza de su sitio y la amenidad de sus riberas y fertilidad de sus campos, y no ménos ilustre por haber dado al mundo un hijo tan insigne en letras y religion como fué el P. Luis de Molina.

Sus padres fueron nobles, de los caballeros hijosdalgo antiguos y calificados que conquistaron aquella ciudad y la libertaron de la servidumbre de los moros; su padre se llamó Diego de Orejon y Muela, y su madre Ana García de Molina, ambos recibidos en las de los hijosdalgo de Cuenca y en el Cabildo de S. Miguel de la dicha ciudad, que tiene estatuto de limpieza, y no entran sino los muy calificados de ella.

De su infancia y primera educacion no tenemos cosa cierta; en lo que no puede haber duda es, que desde sus primeros años dió muestras de su grande ingenio, y que siendo sus padres tan católicos como nobles, criaron á su hijo en el temor santo de Dios y en todo género de virtudes, como las profesaban ellos.

Aprendió con facilidad la lengua latina y las letras humanas, y para que fuese aventajado en las divinas, le enviaron á estudiar á la Universidad de Alcalá con designio de que alcanzase gran nombre, como lo prometia su ingenio, y con él altos puestos de colegios, cátedras y dignidades con que honrase su linaje; pero Dios, cuyos intentos son diversos de los hombres, le llevo con otros muy diferentes fines para hacerle una refulgente antorcha de santidad y doctrina en el cielo de su Iglesia.

Llegó á Alcalá á la sazon en que el P. Villanueva con sus santos compañeros daban principio al colegio que fundaron en aquella villa para tanta gloria de Dios y lustre de la Compañía, por el copioso número de hijos que le ha dado y da en todos tiempos, que con su santidad, letras y celo de las al-

mas han esclarecido la Iglesia y plantado la fe de Cristo á costa de su propia sangre en las remotas partes del mundo.

La vida de aquellos santos religiosos fué tal y el ejemplo y edificacion con que vivian, que como una piedra imán atraian para sí los corazones de los que los miraban; porque no hay mayor reclamo ni más dulce fuerza para ganar los corazones de los hombres, que la bondad y la virtud.

Uno de los que rindieron al servicio de Dios y menosprecio de el mundo, fué nuestro Luis de Molina, el cual considerando la santidad de aquellos pocos religiosos, la paz con que moraban, el ejemplo con que procedian, el bien que hacian á todos y la alteza de su nuevo instituto, que era traer á Dios todo el mundo, poblar el cielo de almas, y en primero lugar las suyas, obrando en su corazon la bondad divina, determinó de sacrificarse á Dios en esta nueva cruz de la Compañía, y, despreciando las esperanzas que tenia de valer en el mundo, seguir á Cristo desnudo, y no sólo crucificar su carne con todos sus apetitos, sino lo que (como dice S. Jerónimo) es más difícil, sacrificar su voluntad sujetándola al yugo de la obediencia.

Tomada esta resolucion pidió al P. Francisco de Villanueva, Superior de aquel colegio, que le recibiese en la Compañía, el cual, habiendo hecho las experiencias ordinarias que pide nuestra Religion, conociendo su aventajado ingenio y la habilidad que mostraba para los empleos de la Religion, junto con su buen natural y mucha virtud, dió parte de todo al P. Antonio de Araoz, Provincial de Castilla, que estaba en la corte del rey, y con su beneplácito le recibió en la Compañía siendo de edad de diez y ocho años, con tanto gozo suyo como de los religiosos del colegio, por haber ganado para Dios un tan aventajado sujeto.

Cuando sus padres supieron la resolucion de su hijo, sintiéronlo como padres, y más viendo que habia entrado en una Religion nueva no conocida entónces en el mundo, y de quien el vulgo ignorante publicaba mil mentiras; pero oyendo que era la Compañía de Jesus, se consolaron persuadidos que no podia estar mal su hijo en tal y con tal compañía.

Corria el año de 1554, catorce años despues de fundada la Compañía, y siendo su Prepósito General S. Ignacio nuestro Padre. Cuando fué recibido en ella este varon esclarecido, todas las cosas estaban en España muy en sus principios como la casa que se empieza, que no salen de la tierra más que los cimientos.

No estaban establecidas las provincias ni asentada la observancia de las constituciones, las cuales se hacian entónces y se habian de publicar por aquel tiempo por medio del P. Jerónimo Nadal, Comisario de España, a quien S. Ignacio habia enviado para publicarlas y entablar su observancia.

En España no habia casa de noviciado, ni los novicios estaban aparte como mandan las constituciones, ni tenian más que un año de noviciado como las otras Religiones, así como en Gandía, que fué de los primeros colegios de la Compañía, fué Superior el P. Andrés de Oviedo, que murió Patriarca de Etiopía y lo fué con nombre de Prior y no de Rector, y fué el primero y último de este nombre en la Compañía, porque despues se mudó el nombre de Prior en Rector cuando se estableciéron las constituciones.

Donde estaba más fundada la Religion era en Portugal, con el favor que los reyes de aquel reino hicieron desde sus principios á la Compañía, y en la casa de S. Roque, que es la primera Profesa de aquella provincia, habia un cuarto aparte para criar los novicios con su Maestro, distinto del Superior, que fué de los primeros noviciados que tuvimos.

Vista, pues, por los Superiores la incomodidad que habia en Castilla para criar los novicios conforme á las constituciones que se establecian, determinaron de enviar al nuevo soldado de la milicia de Cristo en peregrinacion desde Alcalá á Lisboa, á tener su noviciado; que no fué pequeña prueba de su constancia y del espíritu con que comenzó la vida religiosa, dejar su patria y su tierra, sus amigos y parientes, la lengua y region en que se habia criado, y peregrinar tantas leguas á reino extraño, desterrado de los suyos sin esperanza de verlos, mudando temple de tierra, sin saber cómo le iria, ni como le recibirian los que nunca le conocieron.

Golpe fué este que descubrió bien los quilates del oro fino de su vocacion y cuántas raíces y cuán firmes habia echado en tan poco tiempo en la Religion, pues sin dudar, ni proponer, ni hablar palabra, ni mostrar sentimiento alguno, se puso luego en camino, con gran prontitud y voluntad, con la pobreza, y mendiguez que en aquellos tiempos pasaba la Religion, caminando á pié sus hijos, pidiendo limosna, y pasando muchas incomodidades y trabajos por amor de Dios, como los llevó y sufrió en este camino nuestro nuevo soldado.

II

Su noviciado y progreso en los estudios, con el aprovechamiento de su espíritu.

Llegó á Lisboa despues de mucho trabajo, adonde fué recibido de los nuestros con la caridad y amor que profesa la Compañía, que en aquel tiempo comenzaba en la Religion, y estaba ferviente para con todos, y estuvo para con nuestro novicio, el cual fué recibido como si fuera un ángel del cielo, y hubo menester todo este calor de devocion, porque llegó á tiempo

en que se comenzaban á poner en práctica nuestras constituciones, cuya ejecucion en los principios es siempre dificultosa, como quien rompe nuevos caminos.

Y como hasta entónces no habian tenido nuestros novicios más que un año de noviciado, ni estaban separados de los antiguos, ni vedados de conversar con ellos, hubo de entrar nuestro novicio abriendo nuevo camino, esperando dos años en rigurosa sujecion y silencio, vedado de hablar una palabra á ningun religioso antiguo, y ménos á seglar, de cualquiera condicion que fuese, y á todas las mortificaciones posibles, así públicas como secretas, todo lo cual abrazó con tanto gusto y alegría, como si se hubiera criado siempre en este género de vida.

Era el ejemplo del noviciado, el primero en la oracion, el más fervoroso en la mortificacion y el más puntual en la obediencia, exactísimo en el silencio y extremado en la pobreza; habia tenido noviciado de noviciado en la peregrinacion que habia hecho; y como habia padecido tanta mendiguez y pobreza, la que profesaba la Religion tenia por opulencia y rico y delicado tratamiento; nada se le hacia dificultoso, todo fácil y gustoso por seguir á Cristo desnudo.

Dióle nuestro Señor por maestro de su espíritu un varon consumado en todo género de virtudes, tan prudente como santo, y tan diestro como prudente para criar los novicios, que fué el P. Antonio Correa, dechado de buenos Prelados y ejemplo de santos religiosos, cuya vida era tal, que callando enseñaba, y sin hablar persuadia la observancia y perfeccion religiosa, por la que practicaba en todas sus acciones y sus obras.

Siempre iba delante en la observancia religiosa á todos sus novicios, enseñándoles penitencia con su penitencia, y mortificacion con su mortificacion, silencio, oracion, humildad y desprecio de sí mismo con el que él mismo profesaba; mirándose en este espejo, crecian en santidad sus novicios con una tácita, pero eficacísima exhortacion, que no la hay mayor que el buen ejemplo del Maestro, y así, sacó los más aventajados que conoció aquella provincia, que honraron la Religion en Europa y en las Indias con sus letras y santidad, y algunos fueron Obispos de Japon y de Etiopía, adonde obraron maravillas.

Este santo varon ejercitaba á sus novicios en varias mortificaciones tan penosas, como ejemplares; porque los enviaba por las plazas y calles de Lisboa en cuerpo, en hábito de criados, á traer lo que era necesario para la casa; y cuando salia el Hermano comprador, iban con él dos novicios en este traje á traer lo que compraba, y volvian á casa cargados de seras de verduras y de lo que les mandaban.

No se sentaban en banco y ménos en silla, sino en el suelo desnudo; á todos llamaba de vos, pero con amor de padre y afecto de hijos: no se ponian á comer sin alguna mortificacion, y la comida era tan pobre y limitada, cual permitia la pobreza de aquel tiempo; velaban mucho y dormian poco; el trabajo y la penitencia era el pan cotidiano de su sustento.

Por este crisol espiritual pasó nuestro novicio, ejercitando todas estas mortificaciones con mucha alegría, y con mayor cuando le cabian las más penosas y difíciles de ir por la corte de Lisboa cargado como esclavo, para desprecio de sí mismo y mayor imitacion de Cristo.

Tomó tan á pechos el aprovechamiento en el espíritu en su noviciado, como despues el de las letras en el estudio, porque era vivo y tenaz en lo que emprendia, y aborrecia de corazon á los flojos y remisos, y se mortificó con tantas veras, que perdió la salud, y si, no le fuera á la mano la obediencia de los Superiores, perdiera tambien la vida.

Enflaquecióse de manera que, perdida la color y consumidas las carnes, juzgaban cuantos le miraban que estaba hético y mortal; y bien decian, si hablaban de la muerte del mundo, porque lo estaba á sus honores, estimaciones, regalos, comodidades y gustos y todo crucificado con Cristo en la cruz de la Religion, librando todos sus consuelos en padecer mucho por su amor.

Viéndole, pues, tan extenuado y sin fuerzas, le tasaron los Superiores las penitencias que hacia, y le acortaron las mortificaciones, porque no acabase del todo con su vida, con que se recuperó algo y pudo entrar en los estudios.

Acabados los años de su noviciado, hizo los primeros votos con grande júbilo de su espíritu, por verse ya religioso y ligado con Cristo nuestro Redentor. Luego le enviaron de Lisboa á la ciudad de Coimbra, peregrinando y mendigando con otro compañero, como se usaba en los fervorosos principios de la Compañía, que en todas las Religiones fué siempre mayor y más ferviente el espíritu primero.

Fué el colegio de Coimbra el primero que tuvo estudios formados de ciencias mayores en la Compañía; allí oyó el curso de Artes, y tuvo por maestro al P. Sebastian de Morales, persona de igual talento y letras para enseñar á sus discípulos, el cual habiendo sido consagrado por Obispo primero de Japon, murió en la mar cuando navegaba á la India; y aunque tuvo muchos y muy aventajados discípulos, el que más se adelantó fué el P. Luis de Molina, mostrando desde luego la agudeza de su ingenio, la viveza en argüir y la presteza y acierto en responder, con tal eminencia, que sin esperar á más plazos, pasó de discípulo á maestro, y con aprobacion de sus maestros le dieron la cátedra de Artes.

Leyó cuatro años el curso de Filosofía con aplauso universal en el colegio de Coimbra, el cual acabado, volvió de maestro á ser discípulo, y oyó los cuatro años de Teología, parte en Evora y parte en Coimbra.

Ordenóse de sacerdote y graduóse de doctor en Teología por mandado de los Superiores, para que supliese el grado la falta de canas que piden las cátedras superiores de la sagrada Teología, la cual comenzó á leer en las dos Universidades dichas, primero en la de Coimbra, y despues en la de Evora, á instancia del Cardenal infante, D. Enrique de Portugal, que fundó aquella Universidad y colegio, y quiso autorizarle con la persona y letras del P. Luis de Molina.

El cual leyó al principio la cátedra de Vísperas, y despues la de Prima con grande eminencia, admirable sutileza en el disputar, argüir y responder, leccion de libros, resolucion de casos, conocimientos de leyes y cánones, con tal agudeza de ingenio y claridad de doctrina que, volando su fama por España, venian á oirle y á ser discípulos suyos, no sólo de todo Portugal, sino tambien de los reinos de Castilla, estimando en todas partes sus escritos y valiéndose de ellos los catedráticos y maestros más eruditos de otras Universidades, con que se pobló y autorizó la de Evora en sus principios.

III

De sus muchas y excelentes virtudes.

No por hallarse en tan alta estimacion este señalado varon, á quien venian á consultar de todas partes como á un oráculo de sabiduría, ocupado en la lectura de ciencias tan superiores, remitió un punto el estudio de la propia perfeccion, ni olvidó, engolfado en el mar alto de la lecturas, el aprovechamiento de su espíritu, ántes como S. Pedro, cuando se hizo á alta mar y cogió el copiosísimo lance, despues que no cupo en su navío y le rompia las redes, se humilló profundamente á los piés de Cristo, confesando que no era digno de parecer en su presencia, tan léjos de envanecerse con el lance que habia hecho, que se hizo con el más humilde; así, nuestro P. Luis, que en todo procuraba seguir las pisadas de los Apóstoles de Cristo, cuanto más aprovechaba en las letras y más se engolfaba en el mar alto de la sabiduría, con mayor fruto y número de discípulos, tanto se humillaba más sin envanecerle el aplauso, ni derribarle la estimacion del mundo, ostentándose más humilde cuanto eran mayores las honras que le hacian, que, como dice S. Ambrosio, es rara virtud y que no la alcanzan muchos, despreciarse en los aprecios y humillarse en las honras; porque, como enseña S. Fablo, es propiedad de la

ciencia llenar de hinchazon á los sabios; y S. Isidoro añade que no pocas veces los hace arrogantes.

A este insigne doctor le hacia más humilde por la vigilancia que tenia en abatirse cuanto más le honraban y engrandecian, ejercitándose en los oficios humildes y ministerios de la Religion, sin desdeñarse de barrer, fregar y servir á todos, como cuando era novicio.

A todos tenia por Superiores y oia como á maestros: de ninguno habló mal ni censuró su doctrina, ántes con mucha estimacion de todos, alabando sus escritos, aunque fuesen de opiniones contrarias á las suyas, si bien decia ingénuamente lo que sentia; pero con tal moderacion que no ofendiese á alguno, con que sobresalian más las señales en él de religioso modesto con las demostraciones de maestro insigne.

Era verdaderamente humilde de corazon, como pide Cristo que seamos sus discípulos, en nada presuntuoso ni altivo, muy fácil de sujetarse y dejarse regir no sólo de los Superiores, sino de otro cualquiera que con algun fundamento le advirtiese, así en las materias que dictaba como en los pareceres que le pedian, confesando á las veces con toda candidez y sinceridad que no estaba en lo que le preguntaban, y pidiendo tiempo para ver sus escritos.

Y no fué pequeña muestra de su humildad el desprecio que tenia de sus materias, tan estimadas en el mundo, hijos que se miran siempre con igual aprecio y cariño; y el P. Molina los miraba con tal desprecio, que estudiaba y enseñaba en papeles viejos, cubiertas de cartas y pliegos quebrados, juzgando por mal gastado buen papel en su doctrina, siendo digna de ser engastada en plata con letras de oro.

No fué menor testimonio de esta humildad y bajo concepto que tenia de sí no haber tenido jamás pensamiento de sacar á luz sus escritos, ni darlos a la imprenta, hasta que los Superiores le mandaron por obediencia que los imprimiese; tan bajo era el aprecio que tenia de su doctrina y tan humilde el concepto de sí mismo.

Su obediencia fué á medida de su humildad, siempre sujeto y rendido al parecer y voluntad de sus Prelados, observando la candidez y puntualidad de novicio en cuanto le ordenaban. Fué observantísimo de las reglas y constituciones de la Compañía, no faltando por ningun respeto en la más mínima de todas; y fué de mucha importancia su ejemplo en aquel tiempo en que se establecieron, para que las abrazasen y guardasen los discípulos y los otros maestros, que el buen ejemplo de uno, y más tan señalado maestro, es estímulo de observancia para todos.

Y sin duda se debe gran parte de la observancia tan exacta y puntual

en que hasta el dia de hoy florece aquella provincia, á la que tuvo este santo varon de todas las reglas y obediencia, cuyo rendimiento y sujecion se verá por este ejemplo.

Cuando la santidad de Clemente VIII avocó á sí la causa del libro de la *Concordia del libre albedrío,* como diremos adelante, pidió el P. Molina ir á Roma á defender su opinion, pues era suya; y, siendo cosa, al parecer, tan justa, se la negaron los Superiores y enviaron á otros á defenderla por causas que tuvieron para ello, y el humilde Padre llevó esta obediencia con tanto silencio y rendimiento, que admiró á todos, y con razon, porque fué un gran sacrificio.

No fué menor el amor que tuvo siempre á la santa pobreza, esmerándose en ella así en el aposento, como en las alhajas y en la comida, y el vestido siempre pobre y de poco precio: no tenia en su aposento sino algunos pocos libros sin curiosidad ni adorno, los que necesitaba para su estudio; una imágen de papel de Cristo crucificado, que era el libro principal, donde, como otro S. Buenaventura, aprendia las sutilezas de la alta Teología que enseñaba; la cama era tan pobre como la pudiera tener el Hermamo más humilde de la Religion, sin permitir curiosidad ni cosa que desdijese de la mortificacion y pobreza; el breviario tan viejo, que en muchas partes no se podia leer de puro gastado y denegrido.

Nunca tuvo arca ni cosa cerrada con llave; y con ser tan preciosos sus escritos, cuando por obediencia vino á Madrid á leer la cátedra de Teología, que diremos despues, trajo sus papeles en un costal viejo, como si los llevara á echar en el rio; tal era la pobreza que resplandecia en todo cuanto tenia, y conforme á esto era su mortificacion y penitencia, estudiando tanto en mortificar sus pasiones como en revolver los libros: jamás admitió particularidad alguna, ni en su ancianidad ni en sus achaques, contento con lo que daban á todos los de casa y sufriendo sus menguas por el amor de Cristo.

Fué muy dado á la oracion, y de esta mina sacaba los tesoros de sabiduría con que enriqueció la Iglesia: á imitacion de su Padre y Maestro S. Ignacio, leia todos los dias un capítulo de *Contemptus mundi,* y le rumiaba como un panal de miel, en que hallaba dulce devocion para su espíritu; y así, siempre estaba templado y devoto.

Su modestia y silencio componia á cuantos le trataban, y su recogimiento fué como de un monje solitario; porque rarísimas veces salia de casa, y estas con precisa necesidad y á negocios muy importantes del servicio de Dios, y no sólo de casa, pero ni del aposento salia sino con justa causa. Todo su empleo era la oracion mental y vocal y el continuo trabajo del estudio; y

como á maestro tan primo le venian á consultar de todas partes, en que gastaba buena parte del tiempo.

Con este porte de vida tenia sujetas sus pasiones á la razon y al espíritu, y alcanzó un grande caudal de mansedumbre y paciencia, con que pudo llevar con igualdad de ánimo tantas y tan pesadas guerras como se levantaron contra sus escritos; y habiéndole hecho varios papeles de mano é impresos contra la doctrina de sus libros, motejándole de hereje y pelagiano, con grandes oprobios, injurias y calumnias, no se halla que respondiese mala palabra á ninguno, hablando siempre con gran templanza y modestia, con razones y no con injurias, sufriendo con admirable paciencia lo que muchos le decian.

Tenemos de esta verdad un grande testimonio sucedido en esta corte de Madrid adonde esto escribo; porque, habiendo ido á visitar á un consejero del señor rey D. Felipe III á la sazon que andaba más en su fervor la disputa y controversia de la libertad del libre albedrío con la predestinacion divina, ocasionada del libro de la *Concordia* que sacó el P. Molina, de que diremos despues, y esperando en la antesala la audiencia de aquel ministro; entró un religioso y trabó pláticas con el Padre, sin conocerle ni imaginar que pudiese ser el P. Molina, porque era pequeño de cuerpo, de poca presencia y pobremente vestido: en el discurso de la conversacion entró la materia de *Auxiliis,* que á la sazon tanto se controvertia, y el buen religioso, indignado, desfogó su pecho contra el Padre, diciendo mil males de él y peor de su doctrina: la más blanda palabra fué que era hereje tolerado, y su doctrina peor que la de Lutero, y que presto le quemarian con todos sus libros y papeles como á otro doctor en Salamanca, que antiguamente escribió contra Sto. Tomás.

Oyó estas injurias sin alterarse ni mudar el semblante del rostro, y con mucha paz y mansedumbre respondió pocas y buenas razones, mostrando cómo su doctrina no era contra Sto. Tomás, sino ántes muy conforme á la que el Santo enseñaba en sus artículos.

Estando en estas pláticas, salió el consejero del rey que esperaban, y con la gorra en la mano y los brazos abiertos se vino al Padre diciendo: «Sea V. P. muy bien venido, P. Luis de Molina, Maestro insigne de estos siglos.»

Cuando oyó esto el buen fraile, quedó tan atónito como corrido de las injurias que le habia dicho, y no ménos admirado de su paciencia y mansedumbre y de la modestia y fuerza de razones con que le habia respondido; y desde allí adelante le estimó más por su santidad, que le habia aborrecido por sus libros; que la virtud de la paciencia convierte los enemigos en amigos, y la impaciencia, al contrario, hace de los amigos enemigos.

IV

De su sabiduría y el valor de su doctrina.

Grandes son los elogios que de este insigne doctor dicen todos los autores, que desapasionadamente y con atencion á la verdad hablan de él y sus escritos; y aunque no es posible referirlos todos, diremos despues algunos. Lo ménos es llamarle *luz de nuestros tiempos, maestro máximo, y el primero en las materias morales, gloria de su siglo* y títulos semejantes, que sin lisonja le convienen, así á él como á su doctrina; porque su ingenio fué tan grande y su sabiduría tan profunda, que ahondó en las materias muy andadas muchos grados de ciencia.

Sobre lo que descubrieron los antiguos halló nuevos caminos hasta él no pensados ni descubiertos, para dar solucion fácil y congruente á muchas cuestiones dificilísimas de la sagrada Teología, nuevas inteligencias á las leyes, así canónicas como civiles, con razones claras y eficaces para decidir pleitos muy difíciles.

No fué como los que trasladan cartapacios ajenos y los venden por trabajos propios; porque siempre hiló de suyo, hallando salida á las más enmarañadas dificultades, y pasó á donde hasta su tiempo no la habia.

Y una de las cosas de mayor alabanza que tuvo este gran doctor, fué que siendo tan eminente en todas las materias y teniendo tan gran comprension de las opiniones y noticia de libros y autores, así modernos como antiguos, y pudiendo ganar el aplauso del mundo, que siempre aplaude la anchura y aborrece la senda estrecha, dando algun ensanche á las opiniones morales que tocan á la conciencia; siempre se inclinó á lo más seguro en la conciencia, siguiendo las opiniones que más promueven á la virtud y acrecientan el rigor de la vida religiosa.

Siguió y enseñó con gran entereza las opiniones más seguras y más llegadas á la razon y buenas costumbres, y á lo que enseñaron y praeticaron los Santos Doctores de la Iglesia. Nunca blandeó la vara de la rectitud por aficion ó amistad ó sola estimacion de maestro, ni le cautivó la parcialidad ó séquito de esta ú otra escuela, sino la verdad y la razon, ponderando las que tenian las opiniones con justísimas balanzas y escogiendo sin pasion las que juzgaba más cierta y más conforme á razon, con libertad y autoridad de maestro, cual la deben tener todos los que lo fueren, para enseñar libremente lo que Dios les dictare y les diere á sentir, y no atándose á lo que otros sintieron ó enseñaron, aunque tenga más autoridad, porque los hombres son

libres para opinar como Dios les enseñare; porque no ha limitado la sabiduría á personas ni tiempos, pues en todos abre sus fuentes y comunica su ciencia á los que es servido y á los que ahora nacen, como á los que ha muchos años que pasaron; y querer que no discrepen los que ahora enseñan de lo que enseñaron los antiguos, es querer atar los entendimientos á su doctrina y privarlos de la libertad que Dios les dió para entender, y elegir, y sentir, y opinar en las ciencias y materias probables.

Porque, como dijo Séneca, los maestros que nos precedieron no fueron señores que nos cautivaron y obligaron á no sentir diferente de lo que sintieron, sino guías que nos enderezaron los caminos, dejándonos libres para tomar este ó aquel. «La verdad (añade) está franca para todos, y no se descubrió tan totalmente á los antiguos, que no quedase parte para los venideros. Es fuente muy caudalosa que no la agotaron los pasados ni la agotarán los presentes; á todos queda parte que saber y conocer, y cada dia se van descubriendo nuevas venas de este tesoro escondido con el trabajoso estudio de los nuevos ingenios.»

Y, como dice Daniel, así como van pasando muchos, irán entrando muchas y varias ciencias; lo cual considerando el Cardenal Cayetano, condena con razon á los que impugnan la novedad en sentir y declarar la Escritura sagrada, por apartarse de los Doctores antiguos, porque de esa suerte perdiéramos la esperanza de poder declararla, y sólo trataríamos de trasladar lo que otros sintieron y no interpretarla y declararla, que fuera cerrar la puerta de esta fuente á todos los hijos de la Iglesia que se sustentan de ella.

Esto dice este ilustre doctor, de lo cual se infiere por buena consecuencia, que no se deben condenar las opiniones y doctrinas (cuando no son en materia de fe) sólamente por ser nuevas y parecer diferentes que las antiguas de los doctores que pasaron, porque por muchos caminos se puede ir á un mismo termino; y cuando vino sobre los Apóstoles el fuego de la sabiduría divina, aunque las lenguas eran diferentes, el Espíritu era el mismo; y así será tambien en los doctores antiguos y modernos, aunque las opiniones sean diversas.

Esto he dicho de paso para responder á los que con más rigurosa censura que deben, condenan algunas opiniones del P. Luis de Molina sólo por parecer diversas de las antiguas; porque el espíritu de Dios no se limitó á los pasados, ni quiso cautivar los entendimientos de los venideros á sus doctrinas, sino dejarlos libres para discurrir, y sentir y opinar, descubriéndoles nuevas razones y abriéndoles nuevos caminos, que no alcanzaron los antiguos, como lo hizo con este sabio doctor, el cual dijo libremente lo que Dios le enseñó, no con ánimo de ostentar vanidades, sino de decir verdades y

allanar dificultades de la sagrada Teología y Cánones, como se ven en sus escritos.

Y dije por parecer diversas, porque en la sustancia no lo son sino suyas; pues, como eruditamente prueba, su doctrina de *Auxiliis* es de S. Agustin y de otros muchos santos de la Iglesia.

Su sabiduría fué tan grande, y la opinion que tuvo en todo el mundo, que hablando de ella el muy docto P. Fr. Silvestro Maureolo, de la Orden de Sto. Domingo, dice que es la luz y la ciencia de la Teología moral, y el maestro que preside en todos los tribunales, y que es tanta su autoridad y tan grande su estimacion, que por su parecer sólamente, sin consultar otros autores, se descubre la verdad por escondida que esté, se dividen las causas, se determinan los pleitos y se da fin á los litigios; de suerte que el P. Molina sólo puesto en balanza con los otros autores, pesa tanto su parecer, como el de los teólogos y juristas, y su libro vale por los libros de todos los demás.

Sea prueba de esta verdad lo que le sucedió en esta corte de Madrid, cuando estaba retirado en Cuenca escribiendo sus libros, y fué que un hermano suyo fué preso por ciertos delitos que le acumularon, tan graves, que el Consejo Supremo le condenó á muerte por ellos; súpolo el P. Molina, y habida licencia de sus Prelados, vino á Madrid á defenderle, como vino S. Antonio de Italia á Lisboa á defender á su padre de la injusta muerte á que le habian condenado; que la piedad para con los parientes en tales casos es justa y santa, como lo mostró este caso.

El Padre no era conocido, y, como dijimos arriba, de presencia contentible; pareció en el Consejo real de Castilla al tiempo que se relataba la causa de su hermano, y, sin haber hablado á los Consejeros del rey, ni ser conocido de ellos, pidió licencia para hablar en aquella causa.

Alcanzóla con dificultad, pero habló con tal acierto y con tal caudal de ciencia, citando tantas y tan recónditas leyes, trayendo tantas razones y alegando tan grande copia de textos en favor de su hermano, que juntos con la energía y retórica en el orar, no sólo admiró al Consejo y á todos cuantos le oyeron, sino que, convencidos con sus razones, vieron la justicia claramente, y, reformando sus votos, decretaron de absolver al reo.

Pero deseando conocer á tal abogado, enviaron á saber quién era el religioso que les habia informado de la justicia de aquel hombre, y sabido que era el P. Luis de Molina, le llamó otro dia el Consejo, y pasando los límites de lo que usaban con todos, le recibieron con grandísima honra y le dieron asiento en lo alto entre los mismos consejeros, y ensalzando delante de todos los letrados sus letras, autoridad y sus escritos, le dieron las gracias por los

que habia impreso y le pidieron que prosiguiese en adelante, ofreciéndole su favor para ello; y, por último remate, mandaron venir á su hermano y se le entregaron libre y sin costas, absuelto de los crímenes que le habian impuesto. Tal fué la sabiduría de este insigne doctor, y tal su autoridad y la estimacion que en todas partes tenia.

Cuando el infante D. Enrique fundó la Universidad de Evora, dándole á escoger la Compañía maestros de todos los que habia en ella; de los primeros en quien puso los ojos fué el P. Molina, que á la sazon era mozo; y aunque no fué el primero lector de Teología fué de los primeros que fundaron aquella insigne Universidad, adonde leyó veinte años con el aplauso y estimacion que se ha dicho.

Y estando retirado en Cuenca escribiendo sus libros á la sazon que vacó la cátedra de Prima de Coimbra, pidió aquella Universidad al rey D. Felipe II, que para levantar los estudios, les diese á uno de dos Doctores por maestro, ó al P. Francisco Suarez, ó al P. Luis de Molina, que no es pequeña clasificacion de sus letras, pues corrió iguales balanzas con uno de los varones más doctos que alcanzó su siglo.

Cuando se levantaron las persecuciones que luego diremos contra el libro de la *Concordia del libre albedrío,* hubo varios pareceres sobre si la Compañía saldria á la defensa de su doctrina; y para tomar madura y acertada resolucion en cosa tan importante, ordenó nuestro P. General, el P. Cláudio Aquaviva, que se juntasen en Alcalá el P. Molina con los PP. Francisco Suarez y Gabriel Vazquez, que á la sazon leian en aquel colegio las cátedras de Teología y confiriesen la materia, llamando, si les pareciese necesario, otras personas doctas de la provincia.

Juntáronse todos y vieron las contradicciones que los émulos oponian, añadiendo las dificultades que á cada uno de los nuestros se le ofrecian, y certificó el secretario de esta Junta, que fué un Padre muy docto y erudito, que era tan grande la eminencia en todo lo que se trataba del P. Luis de Molina que, con ser los consultados tan gigantes en la ciencia, se le rendian como discípulos, y en todo y por todo se siguió la doctrina que habia escrito.

Y conforme á lo que determinaron, tomó toda la Religion empeño de seguirla y defenderla en todas partes, y la defendió por religion en presencia del Sumo Pontífice; cosa que no ha hecho hasta ahora con ningun autor ni doctrina de persona, por docta que sea, de la Compañía; prerrogativa bien singular de la que enseñó y descubrió la agudeza del ingenio del P. Molina y ejecutoria sellada de su gran sabiduría.

Tambien es apoyo de esta verdad lo que escribe de nuestro Padre el doctor Navarro en el tratado que hizo de *Superstitione,* en la cuarta disputa,

adonde le llama *doctísimo, agudísimo, ingeniosísimo, la luz de nuestros tiempos, así en la Teología como en los sagrados Cánones y en la Filosofía, porque en todo fué grande y eminente maestro.* Y el Dr. Juan Sanchez, bien conocido por sus eruditas obras y escritos, en las materias morales le llama «Maestro de maestros, que dió luz á los más sabios, así en las materias escolásticas como en las morales, en quien corrieron parejas la Teología y la Jurisprudencia, la Filosofía y los Cánones, porque habla con tal señorío y acierto en todas estas facultades, como si sólo hubiera estudiado toda su vida cualquiera de ellas.

En este concepto estaba uno de los cortesanos más prudentes que alcanzó su siglo, D. Juan de Borja, conde de Eicallo, mayordomo mayor que fué de la cesárea majestad de la emperatriz doña María de Austria y embajador diversas veces, con otros cargos muy honrosos que tuvo, el cual, escribiendo a la Santidad de Clemente VIII el año de 1601, su fecha en Madrid á 8 de junio, hablando del P. Molina le dice las siguientes palabras: «El P. Dr. Molina en veinte años que tuvo la cátedra de Teología de Prima de la Universidad de Évora, y otros muchos que vivió en aquel reino desde su niñez hasta muy larga vejez, fué siempre estimado por un hombre en religion grandemente ejemplar, y en letras tenido y respetado como oráculo de aquel reino.

Esto dice de nuestro doctor este noble y prudente caballero, y con la misma estimacion hablan de él cuantos le comunicaron vivo, y los que despues han leido sus escritos, y, hasta sus propios émulos que los contradijeron, confesaban que era raro ingenio, profundísimo doctor, eminente en las noticias de los autores, puntualísimo en sus citas y de gran leccion de santos y Padres antiguos, y que habia ocasionado grande estudio á los hombres doctos de su tiempo, que se desvelaba para penetrar las doctrinas tan bien fundadas que habia introducido en las escuelas, y para responder á sus razones y argumentos; que es de los mayores elogios que se pueden traer de su alta sabiduría. Ahora pasemos á tratar de sus libros y de las contradicciones y trabajos que padeció por ellos.

V

De los libros que escribió, y en particular del de la Concordia del libre albedrío con el decreto de la predestinacion divina.

Ocupado, pues, el siervo de Dios en leer y enseñar á sus discípulos, y en responder á tantos que le consultaban de todo el reino sobre negocios gravísimos, y con mayor cuidado y vigilancia en el estudio de su aprovechamiento, y en adelantar su espíritu, que fué siempre su mayor cuidado; pareció a

los Superiores que no era justo sepultar en solo Portugal aquel sol, que podia alumbrar el mundo, y que convenia al servicio de Dios y honor de la Compañía perpetuar su doctrina y difundirla por todas partes, imprimiéndola en doctos libros; y le ordenaron que dispusiese las materias que habia leido, para darlas á la imprenta, cosa que, como dijimos, nunca le vino al pensamiento, ni juzgó por su humildad que sus papeles eran dignos de imprimirse.

Recibió esta obediencia con el rendimiento y humildad que solia, y trató luego de disponer sus materias, para lo cual se juzgó por conveniente que dejase la lectura, porque la ocupacion de imprimir y sacar á luz buenos libros no admite compañía de otras ocupaciones, y pide á un hombre entero para que sus obras salgan cabales y lucidas.

En los veinte años que regentó la cátedra habia leido toda la Teología, y así, la pudiera imprimir toda con mucho lustre y crédito que tenia; pero quiso remirarse en ella y dar nuevo realce á todo lo que habia leido; y lo primero que hizo fué darse mucho á la oracion y encomendar á Dios esta obra, pidiéndole luz, sabiduría y acierto en lo que emprendia, que es el mejor principio del obrar y el medio más seguro para tener buen acierto en todo lo que se pretende; y así, su doctrina es más hija de su oracion, que de su estudio.

Dióle Dios á entender cuánto se habia de servir de ella, y cuán grato le era que no sólo aprovechase á los presentes, sino tambien á los futuros; porque, como enseña S. Agustin, lo que se enseña en sola voz, suena y pasa, pero lo que se escribe, permanece; aquello aprovecha á los que lo oyen, y esto á los presentes y venideros, por lo cual dijo S. Basilio con igual gala y agudeza, que las palabras volaban como los pájaros en abriéndoles la boca, por lo cual usamos de las letras y escritos como de pigüelas, para detenerlas y aprovecharnos de ellas; y así, fué ordenacion del cielo que se diesen á la estampa las obras de este eminentísimo varon, para que con estas piguelas tuviésemos su doctrina y nos aprovechásemos de ella.

Luego entró en grande duda sobre cuál materia habia de ser la primera, y despues de larga oracion y rigurosa penitencia, habiéndolo consultado con sus Prelados y confesores, se resolvió á dar principio á sus obras con el tratado de la *Concordia del libre albedrío con los dones de la gracia, con la presciencia, providencia y predestinacion de Dios*, moviéndose á sacar este libro, porque, como dice en la impresion de Amberes del año de mil y quinientos y noventa y cinco, era muy necesario y como antídoto del veneno de las herejías de estos tiempos, en que los herejes publican que los católicos quitamos la libertad del libre albedrío á los hombres, obligándoles á

creer y confesar la doctrina que dejó Dios en su libertad, y negando á la gracia divina sus efectos, con la necesidad de los efectos infalibles de los divinos decretos de la predestinacion.

Contra los cuales errores muestra claramente en aquel libro cómo se concuerdan los decretos de Dios con la libertad de los hombres, y que no pierden el libre albedrío sino que ántes le perfeccionan con la ciencia media y el conocimiento de los futuros contingentes y predefiniciones de la divina voluntad, siendo el blanco de sus escritos la gloria de Dios, el aumento de la fe, la destruccion de las herejías y el provecho de las almas.

El primero paso que dió en la impresion de sus obras fué reformar en la lengua latina, juzgando que así para los naturales como para las naciones extranjeras importaba mucho que no fuese la doctrina engastada en palabras toscas ni en bronco estilo, porque, como enseña Quintiliano, materias graves piden engaste de preciosas palabras y elegante estilo; por lo cual, imitando á S. Jerónimo que en su ancianidad aprendió la lengua hebrea, haciendose discípulo de un preceptor y condiscípulo de niños el que era el Maestro de la Iglesia y el oráculo del mundo; así, nuestro doctor siendo el maestro de aquel siglo, despues de enseñar á tantos las filosofías más sutiles y las más levantadas teologías, se hizo discípulo de un preceptor gramático, y comenzó los primeros rudimentos de la lengua latina, componiendo y construyendo como los demás discípulos; que sólo su profunda humildad y la caridad que ardia en su pecho del provecho de las almas, pudo llevar tan molesta ocupacion y tan humilde ejercicio.

Hecha esta diligencia, dispuso el primero libro de la *Concordia de la gracia con el libre albedrío*, el cual confiesa en el lugar citado que le costó mucha oracion y desvelo, y que habia más de treinta años que rumiaba estas materias antes de sacarlas á luz; y despues de acrisoladas con ordinarias disputas, no se determinó á estamparlas sin presentarlas primero al santo tribunal de la general Inquisicion de Portugal, para que en aquel crisol, que es la piedra de toque de toda buena y católica doctrina, se examinasen de nuevo con la atencion y rectitud que aquella sacra Rota acostumbra.

Era en aquella sazon Calificador de aquel Consejo Supremo un religiosísimo y doctísimo Maestro de la Orden de Sto. Domingo, que se llamaba Fr. Bartolomé Ferreira, el cual, despues de haberle mirado con grande atencion y cuidado, dió la aprobacion tan honorífica como se ve en el principio de la *Concordia*, y en el libro primero de los *Comentarios sobre la primera parte de Sto. Tomás*, ordenándolo así Dios, que el primero censor de esta obra fuese de la sagrada Religion de Sto. Domingo, para oponerle á los que despues le quisieron censurar más rigurosamente.

Y no obstante que bastaba la censura de persona tan docta y la aprobacion y licencia de aquel santo tribunal para imprimirle con toda seguridad; la humildad y santa intencion de nuestro religioso doctor no se contentó con esto, y, antes de sacarle á luz, le presentó en los tribunales de Castilla y Aragon, y con aprobacion de ambos le dió á la estampa en Lisboa año de 1588.

Aunque llevaba consigo resguardos de tan grande autoridad, como habia de ser de tan gran gloria de Dios y luz de la Teología para desterrar las tinieblas de las herejías de estos tiempos, se armó el orbe contra él, y ya con celo, ó ya con celos, muchos y graves teólogos le censuraron por herético, y le delataron á la santa Inquisicion, pidiendo que le prohibiesen y castigasen á su autor como á fautor de herejes, y que le hiciesen retractar públicamente setenta y tantas proposiciones que contenia el libro, unas heréticas, otras erróneas, otras temerarias y malsonantes, como hijas de su autor.

Escribieron contra él muchos papeles, probando más con palabras injuriosas que con buenas razones, que habia resucitado con este libro la herejía de Pelagio, que enseñó podiamos obrar bien y salvarnos sin la gracia divina por solas nuestras fuerzas y virtud, y otras muchas cosas á este modo, todas enderezadas á probar que el P. Molina era hereje pelagiano, y que la Compañía enseñaba y publicaba doctrinas heréticas en perdicion de las almas.

Vistas tantas y tan graves injurias como del buen Padre esparcian los émulos de sus escritos, le fué forzoso salir á la defensa de su doctrina; y lo primero, como verdadero siervo de Dios, se armó con oracion y con paciencia, no respondiendo mal por mal, ni malas palabras por tantas como contra él dijeron, mas con toda modestia y grande fuerza de razones respondió á las que le oponian, como se ve en el libro que imprimió el año siguiente, que fué el de 1589, con título de *Apéndice de la Concordia,* en que responde claramente á todo, y deshace las calumnias que le oponian. Examinóse la causa en la Inquisicion de Portugal, y oidas ambas partes, dieron sentencia con maduro consejo en favor del P. Molina, aprobando su doctrina como sana y buena, sin alguna sospecha de error ni viso de herejía.

Mas, como los contrarios hallaron tan mal despacho en Portugal, acudieron á Castilla, y en varios tribunales pusieron la misma delacion, pretendiendo probar que así el P. Molina como todos los de la Compañía eran herejes pelagianos, ó á lo ménos semipelagianos, como si les importara mucho que hubiese esta herejía en la Compañía.

Fué la porfía tan continuada, que obligó á la Religion á salir á la defensa y á tomar la causa por suya; y porque los contrarios se adelantaban en publicar que ya nos condenaban ó que presto nos condenarian, se defendieron en nuestro colegio de Valladolid unas conclusiones públicas de la *Ciencia*

media y de toda la doctrina del P. Molina del libro de la *Concordia*, que no supo bien á los contrarios, los cuales instaron con el tribunal del Santo Oficio que prohibiese tal doctrina; pero el Santo Tribunal, con la rectitud que profesa, habiendo oido á las partes y examinando muy despacio las doctrinas de unos y otros, mandó que cesasen por entónces las disputas de *Auxilis* por excusar los inconvenientes que de ellas se seguian.

Despues, por nuevas instancias que se hicieron, dieron licencia para escribir y disputar, pero con tal condicion que ninguna de las partes censurase á la contraria, sino que se defendiesen ambas doctrinas como probables en la escuela; con que la Compañía quedó victoriosa, y el P. Molina honrado y autorizado, viendo que toda la Religion abrazaba su doctrina.

No se quietaron con esto los contrarios, y, porfiando en su intento, acudieron á Roma, y dijeron tales cosas al Pontífice, que á la sazon era Clemente VIII, y á los jueces de la Suprema Inquisicion, y á toda la corte romana que les obligó á citar á las partes y á nuestro General por la Compañía; y vista la controversia, se remitió su decision á varias juntas de Cardenales y de los dos Generales de Sto. Domingo y la Compañía, que acompañados de varones doctos de sus familias, asistieron á ellas.

Duraron estas juntas todo el año de 1699 y los dos siguientes, sin poder ajustarse ni determinarse la materia, lo cual visto por el Sumo Pontífice, mandó que se disputase la cuestion en su presencia, y porque habia nacido de España, fueron españoles á su disputa.

Departe de Sto. Domingo fueron de los más eminentes maestros que tenian, y de parte de la Compañía el P. Gregorio de Valencia, bien conocido por sus doctos libros, y el P. Pedro de Arrubal, lector de Teología de la provincia de Toledo. Comenzaron las dispuestas al principio del año de 1600 siendo jueces con el Pontífice seis Cardenales de la Suprema Inquisicion de Roma, y catorce Calificadores, parte Obispos y Monseñores, y parte personas doctas de mucha autoridad y nombre.

En el ínterin que duraron las disputas, esparcieron por toda la Europa los contrarios del P. Molina que los jueces y censores habian condenado en su libro gran número de proposiciones opuestas á las que las Universidades y escuelas católicas enseñan, y en especial, que la manera con que declaraba la eficacia de los divinos auxilios y la ciencia con que Dios conocia con infalibilidad y toda certeza los futuros libres condicionados de la voluntad divina, que intitulaba la ciencia media, no era otra cosa sino los antiguos errores de los semipelagianos que tanto aborreció el glorioso Doctor de la Iglesia San Agustin; y de aquí inferian que su *Corcordia* se habia de prohibir perpetuamente, como llena de perversos principios de mala y pestilencial doctrina.

Esto derramaban los inquietos de más pasion que letras, dejándose llevar del celo de su Religion, porque ninguna hay tan perfecta que no padezca algo de esto de personas que se adelantan á dar por hecho lo que desean; pero Dios volvió por la honra de la Compañía y del P. Luis de Molina, cuya doctrina defendia, porque el año de 1598 dió la primera sentencia el Sumo Pontífice Clemente VIII, en que dió ambas opiniones por probables y facultad á ambas Religiones de Sto. Domingo y de la Compañía de Jesus, y á otras cualesquiera personas, para defenderlas de palabra y por escrito.

Y el año de 1607 á 5 de setiembre, la Santidad de Pablo V, que habia sucedido á Clemente VIII, expidió un Breve que fué como final sentencia, en que da por buena, sana y católica la doctrina de los *Auxilios divinos* del Padre Luis de Molina; y que tiene por bien que se defienda en las escuelas la sentencia y modo de filosofar de ambas Religiones, de la Compañía de Jesus y de Sto. Domingo, como probables y seguras, hasta que la Sede Apostólica determine otra cosa.

Y manda so graves penas que ninguno censure la opinion del otro ni diga palabras injuriosas de ella, ni de los que la defienden; todo lo cual fué notificado á los Generales de las dichas Religiones, para que lo hiciesen notorio en ellas.

Y para que ninguno pudiese alegar ignorancia de las personas seglares que disputaban estas materias, remitió el dicho Breve al tribunal de la santa Inquisicion de España, la cual por mandado del Sumo Pontífice le publicó el año siguiente de 1608, como largamente lo refieren los PP. Serlogio y Gabriel de Henao. El Breve lo trae todo á la letra el ya citado Pablo Leonardo, sect. 3, en quien le podrán ver los que quisieren.

Y parece cosa cierta que Dios y su Iglesia se han servido mucho de este libro, el cual ha dado gran luz para confundir á los herejes de nuestros tiempos y defender las verdades católicas, pues continuamente ha padecido tantas y tan grandes persecuciones, las cuales duran siempre entre los herejes, cuyos libros y escritos están vomitando veneno contra la *Concordia* del Padre Luis de Molina y contra los que la defienden, á los cuales llaman por escarnio y afrenta *Molinetas;* que es uno de los mayores créditos de esta doctrina ser impugnada y baldonada de los herejes calvinitas, enemigos capitales de la Iglesia.

Y, últimamente, en estos dias se levantó una de las más deshechas persecuciones que la Compañía ha tenido, no de herejes ni de infieles, sino de un doctor católico de Lovaina, primero catedrático de aquella Universidad y despues Obispo de Hipre, llamado Cornelio Jansenio, á quien siguieron y defendieron sus discípulos y mucha parte del vulgo, que, como ignorante, sigue las novedades más que las verdades y abraza como ciego lo peor.

La doctrina de este doctor no refiero por no hacer esta historia plaza de armas de los argumentos de escuelas; basta decir que fué opuesta á la *Concordia* que enseñó el P. Luis de Molina del libre albedrío con la gracia divina; y que el Sumo Pontífice Inocencio X; habiéndola examinado con suma diligencia y reconocido sus errores, condenó cinco proposiciones, que eran como cinco columnas principales en que estribaba toda su doctrina, en la Constitucion, que comienza: *Cum occasione impressionis libri, cui titulus, «Augustinus» Cornelii Iansenii, Episcopi Hiprensis.*

El año de 1653 y el siguiente de 1656 confirmó la dicha Constitucion, y condenó como mala y herética la doctrina del dicho Jansenio en cuanto se oponia á la del V. P. Luis de Molina en el libro de su *Concordia* la Santidad de Alejandro VII que sucedió á Inocencio X, y hoy tiene gloriosamente la Silla de S. Pedro.

Y no es pequeña gloria del P. Molina que su doctrina sea el blanco de los herejes que opugnan la fe católica: uno de sus libros tiene por título y por alma de su doctrina: *Contra Pontificem, et Iesuitas,* juzgando que es una la doctrina del Sumo Pontífice y la que defiende y enseña la Compañía, y que es lo mismo hacer guerra á nuestra doctrina que á la de la Sede Apostólica, y que mientras no derribaren este fuerte baluarte de la doctrina que enseñó el P. Molina y que llaman los herejes de la Compañía, estará defendida la Iglesia Católica y resplandecerá en el orbe la antorcha de su verdad segura, en que los mismos herejes confiesan que es el antídoto de su veneno, el arma de su defensa y el fundamento sólido de su firmeza, y como tal la han defendido de sus contrarios los Sumos Pontífices.

Y así, concluyo este punto con las palabras de Teodorico, referidas por Casiodoro, á un Obispo combatido por su doctrina: *Multo maior est opinio purgata, quam si, desinentibus quaerelis, non fuerit impetita.* De mayor crédito es la opinion acrisolada con la batería de las contradicciones y argumentos, que si no fuera con ellos impugnada; y haber salido de tan prolija lid con tan gloriosa victoria la del sapientísimo Dr. Luis de Molina, cede en grande gloria suya y de toda la Compañía.

VI

Pónense los testimonios de las Universidades y Religiones acerca de esta materia y las cartas que se escribieron al Pontífice.

En el ínterin que duraba en Roma la controversia, cada una de las partes diligenciaba pareceres y censuras de las personas más doctas que habia, para apoyo y defensa de su doctrina.

Llegó la fama á los oidos de los príncipes, entre los cuales la augustísima emperatriz doña María de Austria y Castilla, mujer de Maximiliano II, hermana del rey D. Felipe, así mismo II de las Españas, hallándose en Madrid y sintiendo como tan patrona madre y señora de la Compañía, fundadora de nuestro Colegio Imperial, en que esto escribo, el mal nombre que los émulos ponian á los de la Compañía y á su doctrina; escribió una carta á la Santidad de Clemente VIII, en que muestra su cristiandad y su afecto por el tenor siguiente.

Carta de la serenísima emperatriz para el Sumo Pontífice.

«BEATÍSIMO PADRE, etc.

»La experiencia que he tenido en Alemania y en España, con gran consuelo de mi alma, de lo mucho que la Religion de la Compañía de Jesus sirve á Dios nuestro Señor y á su Iglesia, me ha obligado á desear siempre muy de corazon y procurar su conservacion y aumento, y á verla tan favorecida de V. Santidad y de todos los príncipes católicos, cuanto lo ha sido de esa Santa Sede, y cuanto es aborrecida de todos los herejes y enemigos de ella, porque estoy persuadida que tales favores son necesarios para que el fruto de sus trabajos crezca, demás de serles muy debido en parte de premio por los muchos y grandes servicios de V. Santidad y de toda la santa Iglesia, en que con tanto trabajo suyo se emplean continuamente. A V. Santidad suplico humilmente, por lo que toca á lo universal de la Iglesia y por favorecer la singular devocion que yo siempre he tenido y tengo á esta santa Religion, que V. Santidad la tenga por muy encomendada y con su paternal proteccion les haga merced y favor en todas ocasiones, y especialmente en el negocio del libro del P. Molina, que con la autoridad de V. Santidad, el archiduque Alberto, mi hijo, siendo Inquisidor general en el reino de Portugal, con todo su Consejo examinó á instancia de sus émulos, hallando ser el libro seguro y católico, como tambien le han dado por tal muchas Universidades, Prelados y hombres doctos de Castilla, lo cual entenderá V. Santidad más largo del embajador de España.

»Cuya Beatísima persona guarde nuestro Señor con tanta felicidad y aumento de la fe y pueblo cristiano, como la cristiandad ha menester. De Madrid 14 de noviembre de 1598.

Muy obediente hija de V. Santidad, MARÍA.»

Esta es la carta de la serenísima emperatriz, que equivale á muchos testimonios, y basta para hacer probanza plena del abono de esta doctrina en la causa del P. Molina: y no contenta con esto, escribió otras cuatro á diferen-

tes Cardenales y al embajador de España, que era el duque de Sesa empeñándolos en favorecer esta causa: y porque tuviese más testigos, quiso que el mismo archiduque Alberto, su hijo, por quien habia pasado esta causa, escribiese de su mano al Pontífice, para que hiciese más fe; cuya carta, por ser de tan gran príncipe, quiero poner aquí, y es la siguiente: su fecha de once de abril de mil y quinientos y noventa y nueve.

Carta del archiduque Alberto para el Sumo Pontífice Clemente VIII.

«BEATÍSIMO PADRE:

»En el tiempo que yo estuve en Portugal gobernando aquel reino y la general Inquisicion de él, me fueron dados algunos memoriales contra un libro que un Padre de la Compañía de Jesus, llamado Luis de Molina, habia escrito á cerca de la *Concordia de la gracia divina y el libre albedrío del hombre;* y para proceder en aquel negocio maduramente, habiéndole comunicado con los del Consejo de la Inquisicion, se dió traslado al dicho doctor Luis de Molina de las cosas que se oponian á su libro, á las cuales él respondió, y yo mandé que se viesen y examinasen, así las objeciones como las respuestas, por personas doctas y graves de aquel reino, y, entre ellas, por algunos Padres de la Orden de Sto. Domingo.

»Habiendo hallado que no habia cosa en el libro que se debiese condenar, ántes contenia doctrina muy útil, sana y conforme á la divina Escritura, Concilios y Santos, y que su autor respondia muy bien, y con muy fundados principios á todo lo que le oponian, como se verá por el decreto de la general Inquisicion de aquel reino; se le dió licencia para que le imprimiese y publicase sin impedimento.

»Y así se hizo: de que he querido escribir á V. Santidad, por haber entendido que ahora de nuevo se trata ahí en Roma este mismo negocio, y que los que acudieron á mí en Portugal, han hecho recurso á V. Santidad, para que mande censurar algunas proposiciones de este libro; y me movió á hacer esto, así por habérmelo pedido su autor y por parecerme cosa justa, como para que, sabiendo V. Santidad de mí lo que ha pasado, pueda mejor mandar lo que se debe hacer en un negocio tan grave, en que va mi autoridad y la del Consejo de la Inquisicion de aquel reino, tan puesto á los ojos de los hombres doctos, y así de herejes como de católicos, etc.»

Esta es la carta del archiduque, y en esta misma conformidad escribió el Consejo de la Inquisicion de Portugal al mismo Clemente VIII; y consultada por el mismo Pontífice la Universidad de París, como madre de las ciencias, respondió aprobando la doctrina de este libro con una censura honorífica,

que guarda en sus archivos, y la trae el P. Ludovico Celloto, de nuestra Compañía, en la obra que compuso de *Hierarchia, et Hierarchis,* en el lib. VIII, cap. XVIII, pár. 2.º

Hija muy parecida á la de París es la muy ilustre Universidad de Alcalá de Henares, á quien el Supremo Consejo de la Inquisicion de España remitió el libro del P. Luis de Molina; y, habiendo señalado las personas más consumadas en letras y de mayor autoridad que habia, se juntaron varias veces á conferir y examinar la doctrina en presencia del señor Rector del colegio mayor y Universidad, y del Abad mayor de S. Justo, y Cancelario, el Dr. D. Juan Neroni.

Despues de largas disputas tenidas por el espacio de un año, aprobaron en todo y por todo el libro de la *Concordia* como bueno y católico, y ajeno de toda mala doctrina, y conforme á esto dieron honorífica censura, aprobando todo lo que contenia; y el claustro de la Universidad por una parte, y por otra el colegio mayor escribieron carta al Consejo de la santa Inquisicion, apoyando y alabando el libro que con tanta porfía reprobaban sus contrarios.

Salieron así mismo á la defensa del P. Molina y de su libro el Abad y Padres Maestros del muy célebre colegio de S. Vicente, del glorioso Patriarca S. Benito, de la Universidad de Salamanca, los cuales escribieron al Procurador que tenian en Roma, en 31 de junio de 1600, y entre otras cosas le dicen:

«Por la mucha noticia que V. P. tendrá de las proposiciones teológicas que ante Su Santidad se examinan tocantes á los *Auxilios* y *predeterminaciones divinas*, no hacemos aquí más larga relacion, sino sola advertencia de que las que defienden los Padres de la Compañía de Jesus son doctrina de nuestro P. S. Anselmo, las cuales por esto y por tenerlas por muy verdaderas, se enseñan tambien en nuestro colegio y se defienden por nuestros monjes, así maestros como discípulos, en las conclusiones públicas de él, y actos mayores, y en los Capítulos generales, para que atendiendo á que esta es causa comun y muy propia nuestra, en que estamos empeñados y atravesado el honor de nuestra Religion, nos haga merced, como se lo suplicamos, de hacer en esto su oficio, como en todo lo demás que toca á la defensa de las cosas de nuestra Orden, poniendo los medios necesarios para que verdades tan importantes sean favorecidas.»

Y al fin de la carta añaden: «Puede V. P. ayudar mucho á esta causa diciendo seguramente con verdad, así á Su Santidad como á cualquiera otro personaje, que estas opiniones de la Compañía y nuestras las leen y defienden tambien Agustinos, Franciscos y Carmelitas en las conclusiones de sus Capítulos, y cada dia se van entendiendo más y admitiéndose de teólogos muy doctos, como se va extendiendo la verdad de ellas, tan conforme

á la fe católica. Firmaron esta carta los mayores sujetos que ha tenido aquella observancia en muchos años. Fray Plácido Pacheco, Abad de aquel colegio y despues Obispo de Cádiz y Plasencia; Fr. Antonio Perez, bien conocido por sus libros, que murió Obispo de Avila; Fr. Antonio de Yepes, célebre coronista de su Orden; Fr. Leandro de Granada, que escribió y comentó las *Revelaciones de Sta. Gertrudis;* Fr. Mauro de Salazar, de grande opinion en aquel siglo; Fr. Gregorio de Creales, sujeto grande de muchos y graves oficios, Prelado de gran prudencia en la Religion de S. Benito.

No se debe ménos en esta parte á los muy religiosos y doctos Maestros del glorioso P. S. Agustin, los cuales desde sus principios recibieron, aprobaron y defendieron la doctrina de este libro, como lo testifica el P. Maestro Fray Agustin Antolinez, catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, y despues por sus grandes méritos Arzobispo de Santiago y dechado de Prelados, el cual en una carta de 12 de agosto de 1600 escrita al P. Maestro Fr. Juan Bautista Piambino, Procurador General por la Orden de S. Agustin en la curia romana, y uno de los Calificadores de la controversia de *Auxiliis*, señalado por Su Santidad, le dice así:

«A lo que V. P. me manda en la suya que diga lo que siento de la *Concordia* del P. Molina, respondo de bonísima gana por la mucha estima que yo tengo de su autor, aunque no le he visto ni le conozco más de por sus libros; lo que yo siento es, que es uno de los libros más doctos que se han impreso muchos años ha en nuestra facultad, y que ha hecho gran provecho con él á teólogos; y quisiera ser más autor de este libro, aunque pequeño, que de otros que andan muy validos, aunque son muy grandes; y en actos públicos y en conclusiones de oposiciones y en las ordinarias confieso que me he aprovechado mucho de él; y así, siempre le reverencio como á mi maestro, y es muy estimado de hombres doctos y de ingenio, y tienen razon. En nuestra provincia es muy recibida su doctrina, y así, en públicas conclusiones se defiende.»

Hasta aquí en la dicha carta; y en otra escrita por el mismo tiempo al P. Maestro Fr. Gregorio Nuñez, Procurador General de la Orden de S. Agustin por la provincia de Portugal en Roma, le dice así: «La doctrina del Padre Dr. Molina es tan bien recibida en esta Universidad y en nuestra provincia, que no hay quien lea ó defienda otras opiniones que las suyas; y de mi digo, que desde que salió, así en escritos como en actos públicos y lecciones de oposiciones, siempre me aprovecho mucho de él; y es razon que los hombres doctos favorezcan un libro tan útil para todos, etc.»

Hasta aquí este incomparable doctor, honra de su Religion y gloria de su siglo, cuyo testimonio bastaba para crédito y autoridad del P. Molina y sus

escritos, pues el que era maestro de maestros, y luz de las letras en España, se confiesa por su discípulo, que es todo cuanto se puede encarecer.

Y no fué él sólo de la Religion de S. Agustin el que defendió y apoyó la doctrina de aquel libro, sino otros muchos insignes maestros de ella, entre los cuales el tan docto como elegante P. Fr. Juan Márquez, catedrático de Vísperas de la Universidad de Salamanca y predicador del rey, da su parecer y testimonio, escribiendo á Fr. Bautista Piambino, Procurador General de su Orden en Roma, diciendo así en carta de 28 de setiembre de 1600.

«Acerca de la doctrina del P. Molina, de la Compañía de Jesus, cuyo libro Su Santidad remitió á V. P. lo que siento, es, que verdaderamente el autor es hombre eminente y de grandes letras y estudios, y en todas sus obras yo no he visto cosa que no sea muy digna de un teólogo católico é insigne en su facultad, etc.»

De esta manera hablaron y sintieron varones doctísimos de aquel tiempo de la persona y doctrina del P. Luis de Molina, y de la que contenia aquel libro, que fué el primer parto de su ingenio, que dió tal estampido en todo el mundo. Y, fuera de las dichas, le aprobaron dos insignes Universidades de Alemania, que fueron las de Maguncia, la cual dió su censura y escribió al Sumo Pontífice en agosto de 1601, y la de Hervípoli en 7 de junio de el mismo año, á quien han seguido las de París, Lovaina, Duay, Coimbra, Salamanca y Alcalá, y más de cien doctores y maestros teólogos, parte de la Compañía y parte de otras Religiones y seglares, en libros que han impreso de esta facultad, con grandes elogios así del P. Molina como de sus escritos cuyos testimonios no refiero por excusar prolijidad; podrálos ver quien quisiere en el libro que imprimió en Leon de Francia el año de 1544 el P. Paulo Serlogio, con nombre de Paulo Leonardo, de nuestra Compañía, en defensa de la *Ciencia media*, y de la doctrina del P. Molina.

Los dichos he querido referir para que se vea la estima que ha tenido su doctrina y cuán acrisolada ha quedado en el fuego tan continuo de tanta contradiccion por espacio de veinte años, que con tan grande perseverancia como paciencia del santo Padre le persiguieron sus enemigos.

VII

De los otros libros que escribió y el progreso de su vida hasta su santa muerte.

Corria el año de 1580, cuando las cosas de Portugal estaban alteradísimas por la desgraciada muerte de su rey D. Sebastian, y las de la Compañía mudadas con el gobierno del P. Everardo Mercuriano que habia entrado á ser

General, y, con designios de mejorar las cosas, mandó que todos los españoles que se hallasen en otros reinos viniesen al suyo de España y á las provincias en que habian entrado en la Religion.

Este mandato fué utilísimo á nuestra provincia de Toledo, porque por él recuperamos algunos sujetos de los mayores que tenia toda la Compañia, como fueron el P. Pedro de Rivadeneira, secretario que fué de S. Ignacio nuestro Padre, Provincial de Sicilia y Asistente de la Compañía; el eruditísimo P. Juan de Mariana, varon grande en letras divinas y humanas, honra de su nacion y gloria de estos siglos; el P. Jerónimo de Ripalda, en quien corrieron parejas la santidad y sabiduría con el ardiente celo de las almas, y otros muchos, entre los cuales fué el P. Luis de Molina que con esta ocasion vino de Portugal á Castilla á defender su libro de las calumnias que le ponian.

Y, aunque pudiera quedarse en la corte, adonde campeara su ciencia y fuera estimadísimo de los que gobernaban á España, pisando todos estos aplausos se retiró al corto colegio de Cuenca, su antigua patria, adonde como en una ermita hizo su morada en un aposento retirado del bullicio de la gente y de todo consorcio humano, vacando continuamente á la oracion y al estudio, que eran el sustento de su alma y su pan cotidiano, si bien, como tan hijo de su Religion y celoso del bien de las almas, nunca dejó de ayudarlas confesando y doctrinando en todos tiempos y ocasiones como obrero incansable de la viña del Señor.

Diez y ocho años vivió en este retiro (aunque el P. Baltasar Tellez dice que fué poco tiempo) como consta de los libros de aquel colegio, adonde yo he vivido y estado en su aposento, que es bien pobre y estrecho, y comunicado á los que le trataron allí mucho tiempo; y así, en esto hablo como testigo de vista, fuera de la nueva averiguacion que tengo hecha para escribir esto.

Escribió, fuera del libro de la *Concordia* y su *Appendix,* dos tomos sobre la primera parte de Sto. Tomás, concernientes al primero de la *Concordia*, aunque no tan contenciosos.

En este retiro de Cuenca compuso y dió á la estampa seis tomos sobre la materia de *Justicia,* en los cuales resplandeció tanto su delicado ingenio que parece se excedió á sí mismo, porque causa admiracion á cuantos los leen la singular comprension y disposicion de todo el Derecho Civil que muestra en ellos, y cómo pudo un hombre, que siempre cursó la Teología escolástica, tratar con tanta copia y con tan grande certeza doctrinas tan recónditas que no profesó.

Y maravilla más hacer esto en tiempo que no estaba el mundo rico de libros como ahora; y el muy docto P. Silvestre Maureolo solia decir que ha-

bia hecho ociosos á los jueces y negligentes, porque en sus libros hallaban todos sus pleitos decisos.

Otros muchos tratados hizo muy doctos y eruditos, pero con su muerte quedaron como hijos huérfanos, sin padre que los alimentase y vistiese, con que no han podido salir á vistas en el mundo; que el autor que no saca sus obras viviendo, arriesga las esperanzas de que salgan despues de muerto.

Ocupado el varon de Dios en obras tan fructuosas y tan esclarecidas, llegó el año de 99, en que vino por Visitador de la provincia de Toledo el Padre Estéban de Ujeda de la de Andalucía, y llegando á visitar el colegio de Cuenca y hallando en él tan retirado al P. Luis de Molina, juzgó por inconveniente tener á un varon tan consumado en lo escondido de un rincon, sino que convenia sacar á plaza el sol de la sabiduría, para que campeasen sus rayos y diese luz al mundo, como si no la diera, y más perfecta con sus libros que con sus palabras.

Mas, como á los decretos de los Superiores no hay réplicas y ménos en la Compañía, adonde se profesa tan exacta obediencia, rindióse á la del Superior el religiosísimo Padre, y por su órden y mandato dejó su amado retiro y vino á Madrid por la obediencia, á regentar la cátedra de Teología moral que la señora princesa doña Juana fundó en nuestro colegio.

En publicándose en la corte que habia llegado á ella el P. Luis de Molina, tan célebre por sus libros y doctrina, no quedó señor, ni consejero, ni letrado de importancia que no viniese á verle y consultarle. Los presidentes y los consejeros, y los jueces de tantos tribunales como hay en la corte, todos le consultaban como á un oráculo sobre negocios gravísimos, estimando su sentencia como antiguamente la de Platon sus discípulos, que en oyendo *ipse dixit, él lo dijo,* enmudecian, sin contradecir ni replicar á su sentencia.

La misma estimacion tuvo en la corte la del P. Molina, seguida y venerada de todos los jueces y tribunales. Finalmente, la carga de los negocios fué tal y tan grande que, faltándole las fuerzas extenuadas con la penitencia y el estudio, le rindieron en la cama y en breves dias acabó su vida con una muerte tan santa como habia sido su vida, de que para dar fin á su historia pondré aquí un testimonio del P. Pedro de Arrubal, dado al Pontífice Paulo V siendo Cardenal en Roma.

Fué este Papa uno de los jueces de la controversia del libro de la *Concordia*, señalado por Clemente VIII, y llegado á Roma á defender la doctrina del P. Molina, le preguntó el Pontífice, que entónces era el Cardenal Bargesio, qué persona era el P. Luis de Molina y qué opinion de religioso tenia, á que el P. Arrubal respondió lo siguiente: «Señor, cuando me mandaron venir á esta controversia, pasé por Cuenca á comunicar la doctrina que se

habia de defender con su primero autor, que era el P. Molina, y pregunté al Rector de nuestro colegio lo que ahora se me pregunta,» y me respondió estas palabras: «Todos los dias ruego á Dios por la salud y asistencia en este colegio del P. Molina, porque su vida y religion es freno de los mozos y ejemplo de los viejos, y á todos nos compone y afervoriza con su santo espíritu. Esto me dijo y esto respondo á lo que se me pregunta.»

«Así lo creo yo, dijo el Cardenal, y estoy muy cierto que es muy sana la doctrina de su libro, porque quien sabe con tanta eminencia la de nuestra facultad, no se puede dudar sino que sabrá mejor la de la suya.» Esto dijo y no fueron sólas palabras; porque, siendo Pontífice, dió sentencia en su favor en público consistorio el año de mil y seiscientos y cinco á veinte y ocho de agosto, dia del glorioso S. Agustin, que quiso honrar en su dia á quien tan de veras le habia seguido y defendido.

Nació este bendito Padre en Cuenca el año de mil y quinientos y treinta y seis. Entró en la Religion el de cincuenta y cuatro; en el mismo pasó á Lisboa; volvió de Portugal el de ochenta y uno, estuvo en Cuenca retirado diez y ocho años, en Madrid solos seis meses, con grande ejemplo y edificacion de vida, y trocó esta mortal por la eterna el año de mil y seiscientos á doce de octubre.

Su muerte fué llorada de todos por ver ponerse aquel sol que daba luz con los rayos de su sabiduría. Su entierro fué honorífico, al paso de la estimacion en que todos le tenian. Su cuerpo pusieron en una caja en parte reservada, de donde se trasladó á la nueva iglesia del colegio el año de mil y seiscientos y cincuenta y tres, y su cabeza fué llevada como preciosa reliquia al colegio de Alcalá, y colocada con mucho honor con las de otros varones insignes en santidad y letras que venera aquel esclarecido colegio.

Escriben del P. Molina el P. Felipe Alegambe en su *Biblioteca*, el P. Baltasar Tellez, lib. V, cap. XLV, y raro ó ningun autor hay, así de los teólogos como de los juristas de nuestro tiempo que no hagan honorífica mencion de este doctor, en especial los que siguen la doctrina de la Compañía, que es la suya. Y el príncipe de los poetas líricos de esta edad, Juan Bautista Másculo, en el primero libro de sus odas celebra su sabiduría y sus libros con una elegantísima de sesenta y ocho versos, que por ser tan larga no la refiero aquí; quien la quisiere ver, podrá leerla en su autor; para nuestro intento bastan los arriba referidos.

P. ANDRADE.

H. FRANCISCO DE MOSCOSO.

POR la santa vida de este dichoso Hermano entenderemos que no está la perfeccion en los muchos años de Religion, sino en la eleccion de Dios y en el estudio con que cada uno acude más ó ménos á cooperar con su gracia.

En Badajoz hubo un caballero de muy conocida nobleza, que se llamaba D. Gomez de Moscoso; tuvo un hijo por nombre D. Francisco de Moscoso, que desde niño dió muestras de rara virtud. Era noble, de condicion humilde, manso y apartado de la desenvoltura y libertad de aquella edad, y tan sujeto y obediente á sus padres, como si no tuviera ninguna voluntad.

Era asimismo muy misericordioso con los pobres, y siempre que llegaban á su puerta, él pedia la limosna y se la llevaba con alegría; y si alguna vez no se la daban, enviábales con algun paje un recaudo, porque no le sufria el corazon despedirlos sin darles nada. Siendo de edad de cuatro años, quiso ayunar la vigilia de Pascua de Navidad, y salió con ello, y de allí adelante ayunó todos los años aquel dia. Y siendo ya de once, le nació otro hermano, y él dijo que se holgaba mucho que sus padres tuviesen quien heredase su casa, porque él pensaba ofrecerse á Dios en Religion; y así, vivia como quien se ensayaba para ella, con tanto recato, que no consentia que ni aun la ama que le habia criado le dijese palabras tiernas, como las suelen decir á los otros niños.

Ayudó su padre á la buena inclinacion del hijo, ocupándole en los estudios de gramática; y para que juntamente con las letras aprendiese virtud, el mismo le llevó á Ocaña, y le puso en el convictorio que estaba á cargo de los Padres de la Compañía, para que en él con los otros estudiantes se criase en el amor y temor santo del Señor. De allí le pasaron á Salamanca, donde comenzó á estudiar Derechos, viviendo en medio de su mayor libertad con más recato y recogimiento, celando no sólamente su castidad, sino tambien la del compañero con quien vivia, y haciéndole gracias, porque no se dejaba vencer de la blandura y lazos de algunas mujeres que le solicitaban á mal; y así, le hizo á él Dios merced de conservarle la pureza de alma y cuerpo por toda la vida.

Siendo ya de diez y seis años, hablóle Dios al corazon y llamóle para la Compañía. Avisó á su padre, que era tan cristiano caballero como generoso; y con ser D. Francisco su hijo primogénito y heredero de su casa, no

sólo no le puso estorbo, ántes le favoreció y le llevó consigo á Sevilla, y le presentó al P. Provincial de la Compañía, pidiéndole con instancia le recibiese en ella, y consagrándole en sus manos á Dios.

Recibióle el P. Provincial y envióle al noviciado de Montilla, donde vivió algunos meses con raro ejemplo de obediencia, humildad y recógimiento religioso. Dióle una enfermedad larga de una fiebre hética, que poco á poco le iba consumiendo; y, para que no le acabase, por parecer de los médicos le enviaron á los aires naturales, haciendo él con lágrimas toda la instancia que pudo para que no le enviasen, por no verse un punto fuera de la Compañía.

Mas luego que entendió ser aquella la voluntad de nuestro Señor, obedeció como religioso, y como tal deseó y trató con un Padre que le llevaba é iba en su compañía, que le dejase en su tierra ir á vivir al hospital, y no pudiendo alcanzar esto, hizo mayor instancia para que siquiera le dejase apear en él, para reconocer como pobre su propia casa, y tomar aquel breve tiempo el consuelo de verse tratado allí como pobre de la Compañía.

Habíale mandado el P. Rector, cuando partió de Montilla, que el tiempo que estuviese en su casa tuviese á su padre por Superior, y que le obedeciese, no sólamente como á padre carnal, sino espiritual, que tenia la vez de Dios en la tierra; y él lo guardó tan puntualmente, que en esto y en el recato y tratamiento de su persona causaba admiracion y grande edificacion en los que le miraban, porque no consentia que ninguna persona sino sus padres llegasen á menearle, cuando la necesidad lo pedia; y queriendo lavarle los piés ántes de olearle, no dió lugar á que nadie le tocase sino su propia madre, y con un paño mojado y no con las manos. Su muerte fué como la vida, de santo; su mismo padre la escribió al P. Antonio Linero, Rector del colegio de Montilla, en una carta del tenor siguiente:

«Gloria sea al Señor por todas sus obras, que fué servido de llevar para sí á nuestro Francisco, dejándonos á todos muy consolados y edificados con su buen fin: fueron muchas las virtudes que mostró, y aunque ellas y la paciencia que siempre tuvo fué muy grande, sin oirle jamás una palabra de queja y muchas de humilde agradecimiento por lo que con él se hacia; el cuidado y amor de la pobreza y obediencia fué cosa que espantara á quien lo viera. Deseó mucho hasta que murió ser pobre, y enterrarse en una sepultura de limosna.

»Teníame por Rector, como V. P. se lo habia mandado, y hasta el agua que habia de beber me pedia que le señalase, por no exceder de mi voluntad, cuya muestra decia él que le bastara tener para obedecer y para que tuviese su valor la obediencia. Preguntado en la mayor fuerza de su enfermedad cómo le iba, siempre respondia que bien; y replicándole que cómo podia

hallarse bien, yéndole el mal en aumento, dijo que el mal venido de la mano de Dios para él era bien; y así, teniendo él lo que es bueno, de fuerza le habia de ir bien; tan puesto estaba en las manos de nuestro Señor y tan resignado en su voluntad.

»Una hora antes que muriese, vile congojado y apretado con los dolores; preguntéle qué tenia. Respondióme: «Tengo el cuerpo muy cansado.» Yo le dije, como le veia tan cercano á la muerte: «Dios te dé descanso para siempre, que presto será.» Respondióme luego: «No me le dé, sino haga aquello que más fuere servido.» Señor, llegando aquí me confundo, pues en aquel paso aun el descanso eterno no quiso pedir, sino resignarse en la voluntad divina, y en estos actos de obediencia entregó el alma á aquel Señor que la dió por él, *obediens usque ad mortem.*

»Ordenó su entierro al modo que usa la Compañía, y trataba de esto con tanta quietud de ánimo y alegría como si tratara de volver á Montilla. Hízose todo como él lo pidió; lleváronle cuatro clérigos por la conformidad del hábito con el de la Compañía. Hícele meter en una caja, al ponerlo en la sepultura, á fin de escribir en ella su nombre, Hermano de la Compañía de Jesus, para que siquiera entre los muertos gozase su cuerpo de tan dichoso nombre, ya que por mis pecados merecí verle con él tan poco tiempo entre los vivos. Y para que, si en algun dia fuese esta ciudad tan dichosa que haya en ella casa de la Compañía, pueda mudar á ella aquellos huesos; porque sé cierto será acrecentamiento para su alma de gloria accidental, y para mí grandísimo contento que en vida lo que vivió y en muerte para siempre permanezca en esta santa Compañía.»

Hasta aquí es la carta de su padre, y todas las palabras de ella son otros tantos testigos de la rara virtud de su hijo y de la suya, tan poco vista en los padres de este siglo.

Despues de muerto, queriéndole componer las manos para poner en ellas la cruz, no acertaron ni pudieron. Determinaron atarle los pulgares y entablarselas; para ello buscaron un libro, y cuando volvieron con él, hallaron que, sin que nadie le hubiese tocado, las manos estaban juntas é iguales, y juntos los dedos con grande proporcion, y en medio de ellas tanto hueco que cabia la cruz. El dia en que murió y el siguiente y algunos dias despues se sintió en el aposento donde murió un muy suave olor como del campo cuando está florecido en el verano.

Dos meses despues de haberle puesto en el sepulcro, fué necesario abrirle para enterrar otro cuerpo, y habiendo sido el tiempo lluvioso y muy húmedo, no se sintió mal olor dentro de la sepultura, ántes llegándose un tio suyo, que no se habia hallado á su muerte, á besar con devocion el arca en que

estaba el cuerpo de su sobrino, se le quitó un catarro y mal de cabeza que padecia, y al punto se halló libre y sano como si nunca lo hubiera tenido. Fué la muerte de este novicio puro y bendito, á los 8 de octubre del año de 1601.

P. NIEREMBERG.

H. PEDRO DE VELLON

EL H. Pedro de Vellon, nació en Sta. María de Ordenes, diócesis de Santiago, y entró en la Compañía en el colegio de Alcalá á los 23 de noviembre del año de 1567, siendo de veinte y seis años.

Tenia oficio de cantero, el cual ejercitó en la Compañía hasta la muerte en diversas partes donde habia obra. Dióle nuestro Señor desde sus principios un grande don de oracion, y trato con Su Divina Majestad, y un teson de mortificarse con recias penitencias, que fué cosa extraordinaria, porque todas las noches se pasaba sin cenar.

Su sueño era muy poco y este lo más de su vida en el suelo con una piedra por cabecera, y dormia ceñido con una soga al cuerpo; otras veces se echaba sobre unos maderos esquinados y en forma de potro; otro tiempo durmió entre unas tablas que estaban en forma de ataúd, con que tenia presente la memoria de la muerte. El aposento que tuvo en Villarejo era tan estrecho, que era imposible caber en él una persona sino es que estuviese encogida, y tan expuesto á todas las inclemencias del cielo, que más era penitencia que descanso la estancia en aquel hueco de pared.

Castigaba su cuerpo con tres disciplinas cada dia tan sin duelo como si castigara una bestia, y con esta disposicion se prevenia antes de ir á su trabajo, en que nunca faltaba á la hora acostumbrada, con tres horas de oracion antes de oir Misa; la primera gastaba en alabanzas divinas, llamando á todas las criaturas que le alabasen con él, la segunda en peticiones encomendando á Dios todas las necesidades comunes de la Iglesia, de los prójimos y suyas. La tercera, en meditacion de la vida de Cristo.

A la noche nunca iba á dormir sin haber tenido otras dos y á veces tres horas de oracion, y esta era su cena despues del trabajo de todo el dia. Las fiestas gastaba todas en oir las Misas desde la mañana hasta mediodia, y despues en oracion, de manera que cada fiesta gastaba doce horas con nues-

tro Señor, y estas siempre de rodillas, y por esta causa se le hicieron en ellas dos callos tan grandes y duros como dos medias bolas.

Con estos ejercicios le dió nuestro Señor una grande victoria de sus pasiones, y unas virtudes tan sólidas, que no se echaba de ver en él falta ninguna. Siempre andaba con una boca de risa y muy alegre, sirviendo en cuanto podia á todos. Queriendo nuestro Señor premiar los servicios de este su siervo, un lúnes de mañana, estando en oracion hincado de rodillas, perdió el sentido de la vida temporal y ganó la eterna. Fué la muerte de este santo Hermano repentina, pero dichosa, á 17 de setiembre del año 1601.

Consoláronse todos de la pena que les dió tan súbita muerte, viendo que no moria sin buen apercibimiento, pues toda su vida se habia preparado para este paso y el dia antes habia confesado y comulgado, segun su costumbre, y la muerte le cogió en tan buena ocupacion como la oracion; murió de sesenta años de edad y treinta y cuatro de Compañía.

La piedra que tenia este siervo de Dios por almohada se guardó por reliquia, y repararon muchos que estaba como cavada donde ponia la cabeza tantos años habia.

P. NIEREMBERG.

P. MANUEL LOPEZ

UNO de los esclarecidos varones que ilustraron la Compañía en sus principios fué el venerable y santo P. Manuel Lopez, natural de la ciudad de Oporto, insigne en el reino de Portugal, así por su antigüedad y nobleza, y á la cual dió nuevo realce el venerable P. Manuel Lopez, por haber nacido en ella el año de mil y quinientos y veinte y cinco, de padres nobles y ricos y de mucha estimacion en aquella ciudad.

En teniendo edad, le pusieron al estudio de las letras humanas, en que aprovechó mucho en breve tiempo con su buen ingenio y aplicacion, y viéndole tan codicioso de saber, le enviaron sus padres á Salamanca, adonde estudió Filosofía; en acabando el curso de los cuatro años de Artes, volvió á Portugal, y de Oporto pasó á Coimbra á estudiar Teología; pero Dios que le tenia predestinado para otras ciencias diferentes, superiores á las de escuelas, le dió á conocer en aquella Universidad á los de la Compañía, cuya vida

ejemplarísima le cautivó el corazon, y con deseo de seguir sus pisadas, pidió al P. Simon Rodriguez, Superior entónces de ella, que le admitiese en la Religion, y hechas las experiencias ordinarias, le recibió el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, teniendo veinte de edad, que habia gastado en los estudios.

Aquí comenzó á cursar en la ciencia de la perfeccion y en la filosofía del cielo y el desprecio del mundo y de sí mismo, ejercitándole su santo Maestro en muchas y grandes mortificaciones dentro y fuera de casa, enviándole por las plazas cargado y mal vestido, quebrantando su voluntad en todo lo que mostraba inclinacion y apetito, haciendo en él tantas y tan penosas experiencias, que no sólo convenia ser mortificado para llevarlas, sino totalmente muerto al mundo y á sí mismo.

A todas las cuales echó el sello, arrancándole de todo Portugal, desterrándole para siempre de su patria y mandándole que fuese por mozo de mulas, sirviendo á pié al P. Pedro Fabro, no cuatro ni seis leguas, sino más de ciento, desde Coimbra á Castilla, hasta llegar á Alcalá de Henares, á servir al P. Francisco de Villanueva, á quien S. Ignacio nuestro Padre envió de Roma á fundar en aquella Universidad el colegio que tanto ha florecido y tanta gloria ha dado á la Compañía; que de esta manera se criaban en aquella edad dorada los novicios de la Religion á prueba de grandes mortificaciones, humillaciones y rigurosas experiencias, con que se criaban robustos en el espíritu; pluguiera á Dios que se criaran así ahora y no flaquearan rendidos á cualquiera humillacion y penitencia por la blandura del noviciado y la flaqueza de su espíritu.

Tan largo y trabajoso camino pasó á pié el P. Manuel Lopez, criado en opulencia y regalo, sirviendo al santo P. Fabro con admirable humildad y cuidado, sin rendirse á tantas fatigas y trabajos como padecia, cuando, llegado cansado, le era forzoso cuidar de la mula, echarla de comer, llevarla á dar agua, sufrir los baldones y malas palabras de los otros mozos de mulas, dormir entre ellos para ensillarla y curarla á tiempo conveniente, y, fuera de esto, buscar al Padre la comida y dársela sazonada, que, aunque santo, era de edad y era forzoso mirar por su salud para que pudiese llevar el trabajo del camino.

Y si el que iba á caballo necesitaba de este cuidado, ¿qué necesidad padeceria el que iba á pié y sirviéndole por montes, valles, piedras y pantanos, lloviendo y nevando, con todas las inclemencias que suelen pasar los caminantes? Finalmente, el fervoroso novicio pasó las fatigas del camino con mucha alegría, ofreciéndolas á Dios y juzgando que con ellas compraba barato ser admitido en la Compañía. Tal estima tenia de ella y tal aprecio de su

instituto y de la perfeccion que profesaba y habia experimentado en los religiosos del colegio de Coimbra.

Llegó á Alcalá y fué recibido del P. Villanueva con mucha caridad y amor, estimando mucho la accion tan heróica que habia hecho sirviendo en tan largo camino al P. Fabro, y esperando que de tan gloriosos principios habia de coger la Religion sazonadísimos y copiosos frutos de virtudes en adelante.

Vino luego al mismo colegio de Alcalá (si merecia nombre de tal una pobre casa vieja, sin templo, ni alhajas, ni renta, ni hacienda) otro Hermano estudiante, de nacion flamenco, que se llamaba Mario Capela, y estos dos fueron las primeras piedras fundamentales de los insignes estudios de aquel colegio, á los cuales envió á oir Teología á la Universidad el P. Villanueva, y con su modestia y santidad edificaron de manera á sus condiscípulos y á los estudiantes de las escuelas, que ganaron las voluntades de muchos, los cuales venian á buscarlos al colegio y á pasar las lecciones con ellos.

Con la comunicacion creció la voluntad, y con la experiencia de su mucha religion creció la estimacion, y muchos entraron en la Compañía, dando los dos santos Hermanos principio á pasar á los estudiantes seglares y enseñarlos letras y virtud en aquel colegio, como hasta hoy se practica con igual edificacion y fruto.

Acabó sus estudios el año de mil y quinientos y cincuenta, teniendo veinte y cinco de edad, y luego se ordenó de Misa con indecible consuelo de su alma. Aquí extendió las velas de su devocion, regalando su espíritu con aquel divinísimo Sacrificio.

Comenzó á ejercitar los ministerios de la Compañía con los prójimos, predicando y confesando, acudiendo á las cárceles y hospitales, enseñando la doctrina á los niños y á los grandes y echando las primeras líneas en aquella Universidad de los ministerios de la Compañía, con que ganó gran número de estudiantes para ella; mas, como el P. Francisco de Villanueva, que como primero Rector iba fundando su colegio, se hallaba forzado á salir algunas veces de Alcalá á negocios precisos, y conocia el grande caudal de religion y prudencia del P. Manuel Lopez, dejábale siempre por Superior del colegio, y era como su coadjutor en el gobierno, en que desde luego mostró grande talento, expedicion y prudencia para gobernar la Religion con mucha blandura y eficacia, y con gran paciencia en los negocios que emprendia, cual es menester para el gobierno; pues, como dice el proverbio de los sabios y experimentados, tanto tiene un Superior de prudencia, cuanto tiene de paciencia.

Y húbola menester el P. Manuel en esta ocasion, porque alcanzó las perse-

cuciones que movió á la Compañía el Arzobispo D. Juan Martinez Siliceo, mal informado de nuestras cosas; y el medio que tomó para consumirnos y que no creciésemos, tomó Dios para aumentarnos, porque compró á excesivo precio todas cuantas casas habia en la manzana de nuestro colegio de Alcalá, y en muriendo él, nos las dieron todas sus testamentarios por la cuarta parte que habia dado por ellas; porque se vea que no hay trazas humanas que valgan contra las divinas, y aprendan los siervos de Dios en sus persecuciones y trabajos á fiar de la divina Providencia, que hace instrumento de su bien el que sus adversarios fabricaron para hacerles mal.

Desde este tiempo perseveró en oficio de Superior casi todo el resto de su vida, porque, habiendo muerto en el colegio de Múrcia el P. Bautista de Barma, su primer Rector, fué enviado en su lugar, y fué el segundo Rector de aquel colegio, el cual gobernó todo el año de 1556, y el siguiente vino por Rector de Alcalá, por haber pasado á mejor vida su buen Padre y fundador, el P. Francisco de Villanueva, y fué así mismo el segundo Rector de aquel colegio, el cual gobernó nueve años continuos con suma paz y consuelo de los súbditos, adelantando siempre la observancia religiosa no ménos con su ejemplo que con sus palabras y exhortaciones santas.

Florecia en este siervo de Dios aquel espíritu primitivo de nuestra sagrada Religion, en que el más superior era el más humilde de la casa y el que más de corazon abrazaba el oficio más bajo, el más mortificado, el más penitente, el más caritativo para con todos, sin resabio de amor propio, y ménos de ambicion ó soberbia ó estimacion de su persona ú oficio.

Era pobrísimo, y nunca estaba más gustoso que cuando le faltaba lo necesario en la comida ó vestido; siempre tomaba para sí lo peor y lo más desechado, el aposento más incomodo, el vestido más viejo, las alhajas más traidas, y ninguna supérflua, sólo admitia las precisamente necesarias.

Su modestia y compostura edificaba á cuantos le miraban, y no era por esto tétrico ni melancólico, sino afable y jovial con una alegría modesta y una modestia suave; era padre de sus súbditos para mirar por ellos, hermano para solazarlos, compañero para consolarlos, siervo para servirlos, y solo Superior para acomodarlos y regalarlos, y todo esto, junto con su apacible condicion, le hacia amabilísimo y era pretendido de todas partes, para que los gobernase.

Ni por antender al gobierno descuidaba de los ministerios con los prójimos, porque era siempre el primero en el confesonario, y en la predicacion, y en hacer las doctrinas en las plazas, y acudir á los hospitales y las cárceles y en dar tambien los Ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre, con que ganó muchos y buenos sujetos para la Compañía, haciendo á todas manos dentr

y fuera de casa, gobernando y obrando sin perdonar á trabajo, por aprovechar á las almas.

A todo daba vida el espíritu de oracion que Dios le comunicó, en que era tan continuo, que ninguna ocupacion le impedia para orar á Dios en su corazon, trayéndole presente y ofreciéndole cuanto obraba; ejercicio muy usado de aquellos primeros Padres de la Compañía que bebieron en su fuente el espíritu de S. Ignacio, á quien no se le pasaba hora ni tiempo en que no levantase el corazon á Dios, cebando el fuego divino de su pecho y avivándole con estas aspiraciones, para que nunca se apagase el fuego del amor y devocion que habia en él.

Con el aliento de tan esforzado capitan andaban tan fervorosos los soldados de la milicia y Compañía de Jesus que militaban debajo de su bandera, que era necesario ponerles freno en las penitencias, mortificaciones y oracion, para que no consumiesen sus fuerzas, y pudiesen atender al estudio de las letras y á los ministerios con los prójimos. Y aquel religioso colegio era un retrato del cielo en la caridad y union entre sí y con el Superior, y en la oracion y modestia con que edificaban el mundo y ganaban los corazones de todos.

Y porque se vea el fervor del celoso Superior, así de la gloria de Dios como del bien de las almas, no callaré un caso ejemplarísimo y de mucha edificacion que hizo en este tiempo; y fué que, viendo en las carnestolendas al pueblo desenfrenado correr á los vicios y locuras de aquellos dias, y cometer muchas ofensas de Dios, ordenó su santa milicia, y salió con veinte y dos religiosos del colegio, todos predicadores, los cuales repartió por todas las plazas y calles más públicas del lugar, para que á una se opusiesen á los vicios, y enfrenasen con el fervor de su espíritu los desórdenes y locuras de aquellos dias.

El tomó el puesto más peligroso y á donde concurria mayor tropa de enemigos, y dieron una batería tan recia á los contrarios á Cristo, reprendiendo los vicios y pecados, la embriaguez, la gula y la lujuria, amenazándoles con el rigor de la justicia divina; que el pueblo se detuvo y se refrenó en los desórdenes de aquellos dias, y muchos vinieron á nuestro colegio á confesar y comulgar, trocando los banquetes del mundo en este divino.

El fervoroso Superior predicó con tal espíritu que, entre otros muchos, redujo á tres públicas rameras, que eran el escándalo de la villa, y las trajo consigo como despojos de su victoria, y las sacó de aquel mal estado en que estaban, y las puso en bueno y santo, á donde sirvieron á Dios toda su vida; y desde entónces quedó entablada esta loable costumbre de predicar aquellos dias que se continua hasta hoy con mucha gloria de Dios, provecho de las almas y destruccion de los vicios.

Llegóse el año de 1565 en que pasó á mejor vida el P. Diego Lainez, segundo General de la Compañía, y en la Congregacion provincial que se hizo para su eleccion fué señalado por más votos el P. Manuel Lopez, como persona tan experta y ejemplar, por uno de los vocales para la Congregacion general, por lo cual hizo ausencia de su amado colegio de Alcalá todo el tiempo que tardó en esta jornada, que fué cerca de un año.

Hallóse en aquella Congregacion en que fué electo por General S. Francisco de Bórja. ¡Dichosos tiempos, en que se daban los oficios á personas de tan alta virtud, que hoy los vemos en los altares reverenciados por Santos! Tal fué el electo en aquella Congregacion general, y tales los electores de ella, que, depuestos todos los respetos humanos, atendieron sólamente á la mayor gloria de Dios y bien de la Compañía; espíritu que, heredado de tan santos Padres, experimentamos por la gracia de Dios en los presentes y confiamos perseverará en los venideros.

En los caminos y en Roma se portó el santo Rector con mucha edificacion, dejando en todas partes suave olor de santidad; que los que le dan dentro de casa le dan tambien fuera de ella, y los que en los colegios son divertidos y vencidos del amor propio, lo son mucho más cuando salen fuera y se ven en libertad. Concluida esta jornada, volvió á su colegio de Alcalá, el cual gobernó otros tres años con título de Superintendente.

Gobernando, pues, el colegio de Alcalá nuestro P. Manuel con la satisfaccion y consuelo de sus súbditos que se ha dicho, le envió S. Francisco de Borja patente de Provincial de su provincia de Toledo con expreso mandato de que tomase sobre sus hombros la carga de este oficio, que á la verdad más era carga que cargo, cuando la Religion estaba tan niña, que era fuerza traerla los Superiores en brazos, hechos blancos de tantas flechas como de todas partes la tiraban, defendiéndola de sus émulos y buscando con qué sustentarla.

Fué Provincial cuatro años que vivió S. Francisco de Borja, hasta que en el de mil y quinientos y setenta y tres salió de esta miserable vida para la eterna, y por su muerte le fué forzoso al P. Lopez volver á Roma y hallarse en la Congregacion general, en que fué electo el P. Everardo Mercuriano, el cual le hizo Prepósito de la Casa Profesa de Toledo, la cual gobernó tres años.

Cuando pensó que le diera treguas la obediencia para retirarse al trato de la oracion, y á mirar por sola su alma, le ordenaron que partiese á la provincia de Castilla con cargo de Rector y Maestro de novicios de Villagarcía, á donde estuvo seis años dando los resplandores de virtud y santidad que habia dado en todas partes. De aquí le enviaron por Prepósito de la

casa Profesa que habia en Búrgos, que despues se convirtió en el colegio que hay ahora.

A esta sazon murió el P. Everardo Mercuriano, y fué electo el P. Lopez por vocal para la Congregacion general que se juntó en Roma por su muerte, adonde volvió la tercera vez, y se halló en la eleccion del P. Cláudio Aquaviva, que se celebró el año de 1581. En estas ausencias escribió una carta á un hijo espiritual suyo, llamado Pedro Jimeno, persona de señalada virtud, la cual vino á mis manos y me ha parecido ponerla aquí para que se vea el estilo y modo que guardaban aquellos Padres primitivos de la Religion, y el espíritu que moraba en este siervo de Dios.

Al H. Pedro Jimeno, de la Compañía de Jesus.

«El Rey de gloria, resucitado para resucitarnos para vida eterna, sea y more siempre en su alma, Hermano carísimo, y le dé nuevo espíritu y nueva gracia, y abundante, con que siempre resucite á mejor vida y más perfecta, que para esto es la vida que nos concede, y en esto se emplea ella bien, á esto tenemos obligacion los que por su divina misericordia somos llamados á esta Religion de su santo nombre, por donde entiendo que los que de veras y con fidelidad le sirven, ganan y medran mucho, y atesoran para la vida eterna grandes bienes.

»Mucho me holgué de ver carta suya, y que esté tan fresca la memoria de la misericordia que Dios le quiso hacer por medio de este vil y ruin instrumento, como fueron mis manos. El Señor sea glorificado, que bien mostró ser obra de sus manos y que le llamó para salvarle en esta barca de la Compañía, que no pierde nada por ser nueva, ántes es merced de Dios particular acertar á entrar en ella cuanto ménos está cascada del tiempo.

»Dénos el Señor su gracia, para que, así como nos entró en ella, así vamos la navegacion quieta y sosegada, que velando y durmiendo se va navegando, ganando cielo y mereciendo con Dios quien á su obediencia se ha consagrado y sacrificado. Dejemos al Señor que gobierne y nos lleve con el soplo de su divino espíritu adonde Él quisiere que aportemos, que, siendo puerto suyo, será seguro y de vida eterna.

»Y ya que, Hermano mio, estamos cerca de desembarcar, désenos poco, que nos quepa la suerte aquí ó allí, pues de cualquiera parte en que el justo muriere en Dios, dará consigo en la patria, adonde nos veremos y gozaremos perpetuamente, y no nos apartaremos, estando en Dios nuestro Señor, en el cual está nuestra bienaventuranza.

No le espanten olas de la mar, que es comun cosa á los que navegan, ni

ménos otras tormentas causadas de aires, que permite Dios; mas acuérdese de que va Jesucristo nuestro Redentor en la misma barca, y dígale lo que dijeron los discípulos: *Domine, salva nos, perimus;* Señor, salvadnos, que perecemos; que Él mandará á la mar que se sosiegue; porque las tentaciones no las permite Dios á los suyos, sino para mayor bien, más ganancia y mayor tranquilidad del corazon, y para que reconozcamos al Señor que es autor de todo bien, y que á Él hemos de acudir en todas necesidades. Él sea siempre, Hermano, en su alma, sea su consuelo, su guía, su compañía y su todo. Amen.»

Esta es la carta para aquel bendito Hermano, en que el P. Lopez dibujó su espíritu, y dijo lo que siempre hacia, el aprecio que tenia de su vocacion, y el recurso y confianza en Dios en sus trabajos, que sin duda fueron muchos en tantos años de gobierno, cuando la Religion era combatida de todas partes con muchas persecuciones, y en tantos y tan largos caminos como anduvo en el servicio de Dios, todo lo cual llevó con admirable paciencia y conformidad con su santa voluntad.

Concluida la última jornada de Roma, volvió á su colegio de Alcalá á tener su santa vejez á donde habia pasado su primera edad y trabajado tan felizmente con igual gloria de Dios y lustre de la Compañía; porque el tiempo que gobernó aquel colegio, fuera de haberle aumentado en sitio, edificio y renta, recibió en la Compañía muchos y muy escogidos sujetos, que despues la ilustraron en diferentes partes del mundo, y florecieron en virtud, letras y gobierno, y en Europa y en las Indias hicieron grandísimo fruto con su predicacion, sacando á los infieles de las tinieblas de la infidelidad, y poblando con sus almas las filas del cielo; y vez hubo que de los que recibió, se contaron en un tiempo veinte y dos lectores de Teología, que leian en España, Italia, Francia, Alemania y las Indias, sin otro gran número de lucidos sujetos que ocupaban los gobiernos y púlpitos de la Compañía.

Toda su vida vivió con gran deseo de poner en aquel colegio el noviciado de la provincia que hasta entónces no tenia casa cierta, ni fundacion alguna; y esta última vez que vino á él, puso el último esfuerzo para fundarle en ella, juzgando por de mucha importancia que estuviesen los novicios á vista de la Universidad, para que moviesen con su ejemplo á los estudiantes seglares y edificasen á todos con su modestia.

Cumplióle Dios este deseo, porque á su instancia se entabló el noviciado en un cuarto separado de aquel colegio, con tan grande gozo de su alma, que le puso en olvido todos los afanes pasados, y tomó por su cuenta disponerle y alhajarle, en que trabajó de manera que se apuró de fuerzas y enfermó gravemente; y conociendo que se llegaba el fin de su destierro y la hora de

caminar al cielo, se dispuso para la jornada, recibiendo con mucha devocion los Santos Sacramentos de la Iglesia: despidióse ternísimamente de todos sus hijos, exhortándolos á la perseverancia en el bien comenzado, y encargándoles mucho que llevasen adelante el fervor de espíritu y las santas costumbres que habia entablado en aquella casa su santo maestro, el P. Francisco de Villanueva.

Luego se retiró con Dios, con quien tuvo dulcísimos coloquios, y lleno de años y merecimientos, dió fin á sus trabajos, y principio á su bienaventuranza el año de 1603, á los setenta y ocho de su edad y cincuenta y ocho de Compañía.

Sus hijos celebraron con lágrimas sus exequias en la tierra, y los ángeles con cánticos en el cielo, á donde vive y vivirá eternamente gozando de sus merecimientos.

Su vida escribieron el P. Pedro de Rivadeneira en la *Historia* de esta Asistencia de España, que está en este colegio de Madrid, y el P. Castro en la *Historia de Alcalá* sucintamente. Hacen mencion de él Orlandino en el tomo I de la *Historia de la Compañía*, lib. V, núm. 76, á donde dice que fué recibido en Valladolid, pero engañóse como en otras casas que escribió de España, de que tuvo cortas, por no decir falsas, noticias, porque entónces no habia casa ni colegio en Valladolid, ni hubo ocasion para que fuese seglar á aquella ciudad, como la hubo para ir á estudiar á la de Coimbra. Y el P. Sachino en el tomo II, lib. VI, núm. 116, á donde pone un grande elogio de su fervoroso espíritu.

P. ANDRADE.

P. GABRIEL VAZQUEZ

LAS joyas más preciosas del alma son la sabiduría y la virtud, cuando puede con el entendimiento hallar la verdad y con la voluntad la abraza; y aunque cada una es muy preciosa en sí, la junta de entrambas las realza mucho y hace preciosísimas; así como lo son dos perlas cuando se hallan iguales para ornato de una gran reina, porque la estimacion que cada una tuviera por sí sola, crece con tener compañera.

Esta suerte han tenido los hombres más doctos y excelentes escritores de la Compañía de Jesus, que en ellos se han hermanado la sabiduría y la vir-

tud, no siendo ménos santos y observantes que eruditos y doctos. El P. Diego Lainez no admiró más al Concilio Tridentino con su sabiduría prodigiosa, así les pareció á aquellos Padres, que edificó con su profunda humildad. El P. Pedro Canisio no fué de más terror á los herejes con sus doctísimos escritos que con sus santísimas obras y trabajos; ni el Cardenal Belarmino fue más admirable en su pluma, que lo fué en su vida. Pudiera discurrir por otros muchos, en los cuales se esmaltó una gran sabiduría con una singular virtud

Entre estos admirables varones es uno el P. Gabriel Vazquez, varon bien célebre de los hombres por sus ingeniosos escritos, como estará premiado de Dios por sus religiosas virtudes, á quien no le faltó para ser hombre en todo grande una gran virtud, que es la verdadera grandeza.

Nació este insigne varon de padres nobles en Villaescusa de Haro, lugar corto, mas tan fertil para dar sujetos grandes que ha producido once Obispos. Dista este pueblo poco más de un cuarto de legua de Belmonte, lugar más conocido; y así por esto como por haberse mudado á vivir en él sus padres y criádole allí en toda cristiandad desde los tiernos años, es tenido Belmonte por su patria.

Nació con una estrella formada en la espalda y con dos coronillas en la cabeza. Admiró á la comadre el verle nacer tan señalado. Lo mismo vió el médico y encargó á sus padres le criasen con gran cuidado, porque sin duda aquel niño seria gran lumbrera de la Iglesia. Esta estrella le duró siempre, si bien el Padre, siendo ya de más edad, no se la dejaba ver ni aun á su misma hermana, que dió de esto testimonio.

En el mismo Belmonte aprendió las primeras letras, aunque empezó mas tarde que otros niños, porque de siete años aún no sabia pronunciar los primeros nombres de padre y madre con que se destetan las criaturas. Esta rudeza fué misterio de la naturaleza, que quiso hacer con ella más reparo del prodigio de ingenio en que habia de prorrumpir, con el cual recompensó muy en breve las tardanzas primeras.

Estudió la gramática en los estudios de la Compañía, haciendo aun desde entónces raya entre todos sus condiscípulos. Despues de aprovechado en estos estudios menores, fué á la Universidad de Alcalá para ejercitar en los mayores su grande ingenio. Era su padre letrado, y así, la primer eleccion de facultad más fué por imitar la profesion paterna que su inclinacion propia Dió principio á sus cursos oyendo los sagrados Cánones, mas la agudeza de su ingenio metafísico le hizo buscar el ejercicio del que más le habia de armar. Pasóse á oir Filosofía, que era donde su natural y Dios le llamaba.

Fué colegial artista, que en aquella Universidad se alcanza por oposicion y exámen, y como nuestro Gabriel alcanzó mayor fama y ciencia entre to-

dos sus condiscípulos, no es mucho alcanzase el colegio primero que ninguno. Iba el ingenioso mancebo haciendo raya en aquella florida Universidad, cuando un rayo del cielo le abrió los ojos para otra filosofía más sublime, que es la cristiana, añadiendo la luz sobrenatural á la natural de su gran entendimiento.

Echó de ver la vanidad del mundo y que cuanto le podia prometer á sus aventajadas dotes, era perecedero y caduco. Veia, fuera de eso, los peligros de la vida, y que era mejor acogerse al puerto que andar luchando con las olas, y así, se acogió al de la Religion, entrando en la Compañía de Jesus á 10 de abril de 1569, á la cual queria Dios ilustrase con su gran doctrina y escritos, y hacerle en ella un esclarecido doctor y maestro en grandes escuelas y célebres Universidades.

Pero, para que se vea la fuerza de la divina gracia, lo que acabó á reducir a persona de tan gran entendimiento y de ingenio tan formal y riguroso para que se entrase en la Compañía, fué una razon llana que oyó al P. Fr. Domingo Bañez, religioso de Sto. Domingo, dispuesta en forma de silogismo, la cual le convenció el entendimiento, siendo así, como el mismo P. Vazquez contaba ponderando los maravillosos caminos de que se sirve Dios para guiar las almas por el de la perfeccion, que aquel silogismo con que se habia hallado concluido, tenia dos faltas notables, segun buenas reglas de diálectica; pero Aquel cuya providencia hace que le sirvan todas las cosas, aun las que le resisten, para sus altísimos fines, se sirvió de una razon ineficaz para dar su gracia eficaz al que queria escoger para su casa.

Recibido en la Compañía nuestro Gabriel, tuvo con mucho fervor su noviciado, parte en Alcalá, parte en Toledo y Sigüenza, esmerándose en todas virtudes y singularmente en la humildad, porque sobre esta piedra queria levantar nuestro Señor el alto edificio de su sabiduría, y así, la puso muy profunda, porque lo que se habia de fabricar habia de subir mucho. Entre otros nombres de que se maravilla en Dios y engrandece S. Dionisio Areopagita, es el de *parvo* ó pequeño, y á este atribuye su infinita noticia y sabiduría, porque una gran sabiduría no asienta bien sino es sobre la humildad y pequeñez en los propios ojos de cada uno.

Así, le hizo nuestro Señor muy humilde y pequeño en sus ojos, porque queria hacer muy grande su sabiduría en los ojos de los hombres. No habia para él gusto como ejercitarse en los oficios más despreciados y viles; el fregar ollas y platos, limpiar los lugares más inmundos, eran sus delicias. El oficio de cocinero era el que más deseaba y ejercitó con mucho gusto, sin pensar que era para otra cosa.

Estaba pendiente de la obediencia en que se esmeró mucho. Despues de

las experiencias del noviciado, en que edificó á todos, le enviaron á la Universidad de Alcalá para estudiar su Teología: hinchóla luego de su fama y admiracion de su ingenio. Una leccion oia en la Universidad, las demás en nuestro colegio; conocíanle todos los estudiantes de escuelas; juntabanse para oirle argüir al poste, cuando acaba el maestro la leccion. Decíanse unos á otros: vamos á ver como aprieta el Hermano del orillo pardo, porque andaba nuestro Gabriel con un ceñidor de orillo pardo, para despreciar mas al mundo ó para estimar más la pobreza de Cristo; y esta insignia de su virtud eran las señas que daban de su ingenio.

Apretaba con tanta viveza y eficacia al maestro cuando le argüia, que hizo teatro grande aquella particular disputa por los muchos que acudian á oirle. El maestro que tuvo en casa fué el doctísimo P. Alonso Deza, maestro de insignes maestros, oráculo de la Teología de sus tiempos, y á quien ofreció la Universidad de Alcalá la cátedra de Prima voluntariamente, digno maestro de tal discípulo, y el discípulo digno de tal maestro, que reconoció luego la grandeza de ingenio del H. Vazquez.

Admirado de su gallardía, dijo una vez, como desafiándole, que le habia de apretar en unas conclusiones. Súpose esto en la Universidad, vino toda ella el dia señalado para ver aquel raro espectáculo donde habian de combatir tan prodigiosos ingenios. Vienen los maestros y doctores y un innumerable vulgo de estudiantes.

Empezada la disputa, á cada consecuencia no sabian los más doctos que se pudiese responder, y á cada respuesta no saben qué se pueda replicar. Admiran al uno, porque halla con qué satisfacer á lo insoluble; admiran al otro, porque halla que argumentar á lo que estaba tan bien satisfecho. Cada réplica llevaba nueva fuerza, y parecia que concluia; y cada respuesta parecia que atajaba. A ninguno faltó qué decir y á entrambos faltaba ya la fuerza para decirlo, sólo el auditorio no sabia qué decirse, sino es lo del poeta:

Pugnavere pares, succubuere pares

ó que estuviese la victoria por el discípulo, en no ser vencido de tan grande maestro.

Los otros Hermanos condiscípulos no miraban como tal á nuestro Vazquez, sino como á maestro, leyendo y buscando sus apuntamientos más que las materias de otros grandes doctores. Ya desde este tiempo comenzaba á echar los fundamentos y descubrir algunas líneas de los admirables sentimientos con que despues ilustró su Teología. Pero él estudiaba con tan pura intencion y tan sin pensamiento de ganar honra en el mundo, como se lo

podia prometer su grande caudal, el aplauso de sus condiscípulos y la estimacion de todos; que pidió instantemente pasar á las Indias, posponiendo su aplauso y comodidad á la salvacion de aquellas almas, por imitar más á su Capitan Jesus.

Mas, como le tenia Su Divina Majestad escogido para maestro de tantos que en todas las partes del mundo le ayudasen en esta gloriosa empresa, contentándose con su liberal oferta, impidió la ejecucion de sus deseos. Acabados los estudios de Teología, hizo acto de ella en Alcalá, presidiéndole el P. Deza. De tal respondiente y presidente, que en muchos siglos no habia concurrido junta semejante ¿qué se podia esperar sino la admiracion que á todos causó aquella accion? La misma hizo en Toledo, donde defendió otro acto en la quinta Congregacion provincial.

Entre uno y otro acto leyó á los nuestros los libros de *Anima*, y acudió á la Universidad para estudiar la lengua hebrea, porque en todo quiso ser consumado teólogo, para que no le faltase parte de erudicion sagrada. Y como su humildad era tan grande como su sabiduría, no se corrió de profesarse públicamente discípulo de la gramática hebrea, quien en Teología era preferido á los maestros y doctores.

No se detuvieron los Superiores en poner á tan grande antorcha sobre el candelero. Mientras se desocupaba cátedra de Teología escolástica leyó la de moral en Ocaña por dos años. Entre otras materias que leyó, fué la de *Restitucion*, que presto la sacaron otros á luz, aunque algo mudada, con gran crédito y aplauso de quien tan bien se supo aprovechar de los papeles de este docto Padre, cuyos sentimientos son por la mayor parte lo que publicó el Dr. Navarro en su docto libro de *Restitutione*.

Madrid fué donde dió principio al magisterio de la Teología escolástica. Dos años la leyó en aquella corte, despues de los cuales la prosiguió en Alcala con tan gran fama, que voló por muy distantes provincias de Europa. Estrecha era para sus pregones Alcalá, corta España; y así, llegó á Roma tan viva, y tan sonora, y tan poderosa, que llevó tras sí al mismo P. Vazquez, porque fué llamado á Roma por la grande opinion que se esparció de su doctrina, para que con ella ilustrase á la cabeza del mundo, siendo él tan mozo que aún no tenia treinta años de edad; tan apresuradamente creció en sabiduría; por lo cual dice Felipe Alegambe ser digno de admiracion en el P. Vazquez lo que lo fué en Sto. Tomás, que antes de los veinte y cinco años enseñó Teología.

Hizo de camino la profesion de cuatro votos en Belmonte, su patria: pasó á Italia, en Florencia estuvo desahuciado cuarenta dias, llorando todos su muerte; pero él dijo á un religioso muy grave de otra Religion que no ha-

bia que temer, yendo gobernado por la santa obediencia, y que sin duda llegaria á Roma sano.

Cuando más apretado estaba del mal, y ya casi muerto, vió á Sta. Catalina mártir, Patrona de los sabios, que estaba rogando por él á nuestro Señor. Y desde entónces mejoró, hasta que cobró entera salud sobre toda esperanza que podia dar la medicina, que lo tuvo por milagro; mas no el P. Vazquez que, aunque quedó muy agradecido á Dios, era tan humilde que no se tuvo por digno de que por él se rompiesen las leyes de la naturaleza, y con gran ingenuidad decia que aquella vision tuvo causada de la flaqueza de la cabeza, y que no fué más que imaginacion propia; tan poco milagrero era, y tan poco se satisfacia de semejantes visiones, en lo cual, como en otras cosas, hizo oficio de maestro, enseñándonos cómo no nos hemos de fiar de semejantes apariencias; y verdaderamente hay grande engaño en estas cosas, y, por la mayor parte, es lo más seguro hacer la cuenta que se hizo este sabio doctor, el cual tuvo por más cierta significacion de la voluntad divina la obediencia de los Superiores.

Seis años tuvo á Roma, y aun á Italia toda, admirada de la agudeza de su doctrina y grandeza de ingenio. No habian visto tal energia en el argüir, ni semejante comprehension en el responder. Teníanle por oráculo, acompañaban la veneracion con amor, estimábanle y queríanle, y así, sintieron grandemente cuando volvió á España.

En sospechando que le querian restituir á su patria particular y comun emporio de las letras, la Universidad de Alcalá, se oyó esta comun voz en las escuelas de Roma: *Si Pater Vazquez abit, tota Schola perit.* Todos los colegios de aquella corte sagrada y los seminarios de ella, que acuden a nuestras escuelas, fueron de comunidad á reclamar y pedir á nuestro P. General que no le dejase salir de Roma, clamando todos á una: Si el P. Vazquez se va, toda la escuela se acaba.

No aprovechó todo nada, porque queria Dios luciese este sol en su propio hemisferio, é hiciese célebre la más célebre Universidad del mundo en Teología, cual era la de Alcalá, donde hizo asiento el P. Vazquez, hasta que le mudó por el que en el cielo merecieron las virtudes y trabajos. Allí derramó los rayos de su doctrina, admirando los más doctos en sus escritos la gran comprehension de las materias que trataba, la ingenuidad con que daba su parecer, careándose siempre, como águila generosa, con los rayos de la verdad, sin abatirse á otros respetos, la constante consecuencia de su doctrina, la solidez de su profundo y claro ingenio, el nervio y valentía de sus argumentos, la copiosa y puntual erudicion, la majestad del estilo.

Sobresalian estas ventajas, y parecia excederse á sí mismo cuando trata

ba de las incomparables excelencias de la humanidad de nuestro Redentor Jesucristo, de quien fué celosísimo honrador, y como á tal los más eruditos daban la prima, así en esto como en apoyar la necesidad que tenemos de su gracia; siendo el P. Gabriel Vazquez uno de los más insignes defensores que ella ha tenido despues de S. Agustin, á costa de gravísimas contradicciones que padeció por esta causa, de que le sacó la gracia divina más autorizado y glorioso.

Sentia dignísimamente de Dios; y si por esto dijo Teófanes de S. Dionisio que estaba adornado de un entendimiento decente á Dios, esto mismo se podia acomodar á este ingenioso doctor, cuyo entendimiento se señaló tanto en sentir altamente de los misterios soberanos y de la gracia divina. No perdia papel ni escrito suyo que no viese el otro norte de la Teología del mismo tiempo, el doctísimo P. Francisco Suarez.

Al gran caudal de que la divina Majestad habia dotado al P. Vazquez para las letras, le ayudó él mucho con su rara aplicacion. Era perpetuo estudiante, sin consentir se le pasase una pequeña parte de tiempo ociosamente. Cuando le llamaban al patio, fuera de las salutaciones y cortesías precisas, no hablaba palabra que no fuese acerca del negocio que le consultaban, y en concluyéndole, se volvia á su aposento á proseguir su continua tarea del estudio, que se entiende fué la que le ocasionó su temprana muerte.

Fué tan grande la estima que tenian de él, especialmente en la Universidad de Alcalá, que ni el rigor del invierno, ni la incomodidad de la hora, por ser á las siete de la mañana, fueron parte para que anticipadamente no se llenase con apretura el aula de discípulos que venian á escribir sus materias. Los maestros con grandes diligencias procuraban haber sus papeles, y con no menores gastos trasladarlos, para gozar más despacio de tan rico tesoro de sabiduría.

Los estudiantes, para conseguir el grado de doctores en Teología, hacian los actos por sus escritos, declarándose por sus discípulos los de mejores prendas, y teniendo su doctrina por calificacion de aventajados ingenios. En lo cual se ha esmerado el insigne colegio teólogo de aquella Universidad, que como lo es de tan lucidos ingenios, se ha preciado mucho de discípulo, y defensor de la doctrina de tan excelente maestro, siendo en él comun voz, que al defensor del P. Vazquez nunca le ponian en cuidado los argumentos contrarios, y que su doctrina sólo armaba á los ménos ingeniosos.

El aplauso que tuvo en sus argumentos fué increible. Cuando iba á argüir a los actos, cuantos lo veian ó sabian, concurrian á porfía como á un raro espectáculo, y con ruido y prisa obligaban á que se cortase el hilo del argumento que estaba empezado, para que entrase luego arguyendo el P. Vaz-

quez, sin ser posible quietarlos de otra suerte. En comenzando su argumento, era admirable el silencio y suspension que causaba en todo el auditorio, la eficacia y energía con que argüia, insistiendo en un medio con notable precision al punto, y apretando siempre con nueva valentía.

En dejando el P. Vazquez de argüir, le aclamaba todo el auditorio, no eran sus aplausos los ordinarios, porque tampoco lo eran sus argumentos: á voces decian unos: «Concluido ha;» otros: «No hay qué responder;» otros á gritos prorrumpian: «Víctor el P. Vazquez, Víctor.» Luego se salian los estudiantes de tropel, como si el acto se hubiera acabado.

En la inteligencia de la sagrada Escritura, particularmente en averiguar la contextura y vigor de la letra, y en penetrar el fondo de las razones que en el Nuevo Testamento se insinúan del Verbo Encarnado, fué uno de los mas insignes escriturarios que ha tenido la Compañía, como se ve en la interpretacion de algunas parábolas y otros muchos lugares de Escritura que toca en sus obras, admirando así en esto como en los *Comentarios* sobre la Epístola á los romanos, á los más insignes intérpretes.

Vino á él una vez un hombre que, leyendo un libro donde se referian algunas herejías, se le habia pegado una, de manera que no podia echarla de sí, y el P. Vazquez con un lugar de S. Pablo que le explicó con la claridad y viveza que solia, le convenció de tal suerte, que le envió satisfecho y sin ningun recelo de la verdad católica. No fué este ingenioso doctor ménos eminente en las materias morales, sino más, á juicio de muchos, excediéndose a sí mismo en ellas.

Tenia unos excelentes principios tan magistrales, que con gran facilidad resolvia lo particular de cualquier caso, por dificultoso que fuese. Acudian á consultarle de varias partes del mundo; en especial lo hacia el duque de Lerma, privado de Felipe III en los negocios más graves, á quien oyeron decir muchas veces que en las cosas en que otros no se atrevian á responder, ó no con solucion y claridad, lo hacia el P. Vazquez con maravillosa facilidad y despejo.

Por esta causa el eruditísimo en materias morales Antonio Diana, llama á nuestro Vaquez fénix de los ingenios, *ingeniorum Phoenix, Gabriel Vazquez*. Tuvo raro magisterio y destreza en quietar escrúpulos y aclarar perplejidades. Pero donde veia una mínima sospecha de relajacion, era recatadísimo, circunspecto y rígido en opinar, siguiendo en esto la ingenuidad de su ingenio á la religion y piedad de su voluntad.

Nunca firmó parecer de otros, si él no lo sentia. En aquella revolucion de las Religiones, ocasionada por la Constitucion de Sixto V, con que muchos se salian pretendiendo nulidad de la profesion, nunca fué posible se acomodase

con tantos pareceres como para ello hubo, ántes persuadió á muchos desistiesen de pretension semejante.

Este mismo rigor guardaba consigo, de que se pudieran traer muchos casos particulares. Sucedíale muchas veces tener los juéves un recísimo dolor de estómago, de que era muy achacoso, y nunca pudieron recabar con él comiese carne el viérnes siguiente, aunque los médicos procuraban persuadírselo con mucha fuerza de autoridad y razones, respondiéndoles que á ellos tocaba señalar el grado de la necesidad, y al teólogo el de la obligacion: solia decir dejaba él sacar las materias morales para el descanso de la vejez, que no merecimos.

Despues que empezó á publicar sus libros y ser más comun su profunda sabiduría, admiró más á quien los leia. El P. Diego de Alarcon los llama *Nectar teológico;* añade, que con sûs obras la Teología escolástica antes inculta, se hizo un paraíso y jardin de doctrina, y una floresta de sabiduría. Muchos grandes doctores le llamaban *maestro de maestros;* otros, *sol de la Teología;* otros, *doctor del orbe;* otros, *pasmo de ingenios.*

Despues recogeremos muchos testimonios de gravísimos doctores que despues de su muerte con semejantes y otros grandes renombres admiran y engrandecen á doctor tan insigne. Entre otros ilustres testimonios que podia traer de la excelencia de los escritos de este grande teólogo, no quiero pasar aquí en silencio el del sapientísimo P. Francisco Suarez, su contemporáneo, el cual, estando leyendo en la Universidad de Coimbra la cátedra de Prima, de ordinario solia tener abierto sobre la mesa de su estudio algun tomo del P. Vazquez, y decia, cuando entraba á visitarle algun doctor ó insigne maestro, señalando con el dedo el libro del P. Vazquez: *Este sí que es autor.*

Pues cuán sólida sea su doctrina para defender lo que enseña la fe católica, mal de su grado lo confiesan los herejes, de los cuales muchos se han rendido á la valentía de su pluma. Cuando salieron los tres libros de *Culto adorationis,* primicias de sus escritos, luego que los leyó un grande hereje frances, muy privado de su rey, dijo: «Yo hasta ahora tenia por idolatría adorar imágenes, mas yo creo que es acto de religion, y confieso he estado engañado.»

En Sevilla, leyéndolos un caballero, se aficionó tanto á su doctrina, que sin conocer por otra vía á su autor, le dejó en su testamento un buen legado para ayuda de sus impresiones.

Ilustraban á tan grande y general doctrina de este excelente maestro muchas virtudes; y porque convenia que la sabiduría del cielo, que la divina Majestad depositó en su alma, no extrañase la posada por ménos limpia, le dotó de una pureza angélica, contestando los que le confesaron generalmen-

te habia guardado siempre la pureza virginal entera y sin mancilla, ayudandose para esto de un extremado recato y austeridad de vida, y el hermoso coro de todas las virtudes, por donde se verá con cuánta verdad le llamó el R. P. Fr. Luis de S. Juan Evangelista, Comisario General en la curia romana, por la provincia ultramontana de la Religion Descalza de S. Francisco, en el libro que intituló: *Luz de sacerdotes y guía de confesores,* en el primer tomo: *Angel en vida y en entendimiento.*

En esta parte opinaba con notable apretura y recato; y habiendo sabido que algunos habian entendido mal una sentencia suya acerca de esta materia, lo sintió sobremanera. En las demás virtudes religiosas se esmeró mucho, dándoles á todas su lleno y perfeccion, por lo cual con mucha razon el Padre Luis de la Palma, Provincial que fué dos veces de esta provincia de Toledo, tan conocido en todo el mundo por su excelente prudencia y singular magisterio de espíritu, solia decir del P. Vazquez (de quien fué discípulo) que era una viva idea de la *Secunda secundae* de Sto. Tomás, porque en él se hallaban todas las virtudes ejercitadas con la formalidad y primor que en ella Sto. Tomás enseña, y muy á lo sólido, y sin resabio de afectacion.

No fué la menor la grandeza y entereza de ánimo, principalmente en no desdecir un punto por ningun temor ni esperanza de lo que juzgaba más conforme á la regla de la razon. Trújole un gran señor de estos reinos una vez a firmar un papel, prometiéndole, si le firmaba, uno de los mejores obispados de España. El Padre con buena gracia dijo una y otra vez si era cierta la mitra, y él con grande aseveracion le respondió seria sin duda, añadiendo muchas firmezas á la promesa.

Entónces nuestro religioso doctor, despreciando los favores y privanzas humanas, tomando la pluma firmó lo contrario, añadiendo que ningun doctor pío podia confirmar tal papel; resolucion que espantó grandemente al príncipe que lo solicitaba y á otros que lo supieron, creciendo en todos la estima que antes tenian de este excelente varon, á quien cuadran maravillosamente las palabras que en otra ocasion dijo S. Agustin hablando del Bautista: *Quia talis erat non quaerebat gloriam suam, sed testimonium perhibebat veritati.*

Otro suceso semejante refiere como testigo de vista el R. P. Fr. Luis de S. Juan Evangelista en el lugar arriba citado, por estas palabras: «Delante de mí le mostraron cierto caso firmado de algunos hombres doctos, pidiendole que lo mirase y afirmándole que se le daria cierta cosa, si firmaba, que la tuviese él ó la diese á su hermano, el Dr. Vazquez, ó á otro de su Orden, cosa era de estima y basta esto. Él lo miró y dijo estas palabras: «Ni por el Sumo Pontificado firmaré tal cosa, porque tengo el dictámen contrario de

estos doctores. Meta cada uno la mano en su pecho, y vea si digo mucho, pues aquí le tiraron dos crueles golpes de ambicion y codicia, y tuvo tanta virtud que ambos los venció con su virtud y cristiandad.» Hasta aquí son palabras formales de este autor.

Defendióse en la Universidad de Alcalá cierta opinion que tocaba en la persona del Papa (era entónces Clemente VIII). Llegó á oidos de Su Santidad y sintiólo tanto, que mandó compareciesen en Roma los que la habian defendido ó firmado.

El sustentante era el Maestro Gaspar Hurtado, colegial mayor y catedrático de Artes, el cual poco despues llevó primero en licencias de doctores en Teología en competencia de los mayores sujetos que se vieron en aquella Universidad; porque fueron todos hombres muy insignes como el mismo Padre Dr. Gaspar Hurtado, que despues entró en la Compañía y fué sucesor del P. Vazquez en la primera cátedra de Teología de nuestro colegio, donde fué mi maestro y muy insigne escritor, afirma en su tratado de *Fide, disp. 11, diff. 13* alabando á sus competidores por estas palabras: «He tenido siempre en mucho esta victoria, porque de diez que competiamos sobre el lugar y órden que nos habian de señalar los doctores, siete eran colegiales mayores y ocho maestros que leian Artes, y cuatro que fueron Rectores de la Universidad. El segundo lugar tuvo el Sr. D. Juan de Pereda, catedrático de Prima de Escoto, que llevó por oposicion una canongía de Cuenca, y despues fué Obispo de Oviedo y Gobernador del Arzobispado de Toledo. El tercero fué el Dr. Andrés Merino, catedrático de Prima de Sto. Tomás. El cuarto fué el Dr. Melchor de Bolivar, que fué Rector de la Universidad, Canónigo de Toledo y catedrático de Vísperas de Teología en Alcalá. Los demás de la misma manera fueron de los más señalados doctores.

Fué, pues, el sustentante aqueste insigne Maestro P. Gaspar Hurtado. Con el fueron llamados, porque firmaron las conclusiones, el Dr. D. Alvaro de Villegas, catedrático entónces de Vísperas, Canónigo de Toledo y despues Gobernador de todo el Arzobispado, y que rehusó admitir tres Arzobispados, y el Decano de la facultad de Teología, el Dr. D. Gregorio de Cámara, catedrático de Escritura.

Para prevenir la causa la Inquisicion de Toledo, sabiendo que poco antes se habia defendido lo mismo en nuestro colegio de Alcalá, llamó al P. Rector y al P. Vazquez, que se habia hallado presente á las conclusiones, y al P. Luis de Torres, que las presidió. Como el P. Vazquez era tan conocido, corrió luego la fama del caso hasta las provincias extranjeras; hablábase de él, como se suele, conforme á los diversos afectos.

Los adversos á la Compañía no sólo le hacian ya hereje, pero aun se alar-

gaban á referir un gran catálogo de sus herejías, y en su concepto le daban ya por quemado. Los bien afectos hacian extremos de sentimiento, si bien los más enterados de la gran prudencia y sabiduría de este gran doctor, no podian persuadirse de que un hombre tan docto y atentado hubiese dicho cosa de que no pudiese salir bien.

Con esta ocasion dice el P. Cristóbal de Castro que los reyes católicos, D. Felipe III y doña Margarita, su mujer, como tan protectores de nuestra Compañía vinieron á consolar á los de nuestro colegio de Alcalá el primer viérnes despues de Pascua del Espíritu Santo, favoreciéndolos y honrándolos mucho con su grata presencia y benignas palabras.

El P. Vazquez, con la satisfaccion que tenia de su conciencia y con la gran confianza que tenia en nuestro Señor, se portó en esta sazon con tanto valor, que era el aliento de los demás, practicando lo que pocos dias antes habia dicho en una conversacion, que como él no tuviese culpa no sentiria demasiado se la achacasen. Entró, pues, en el santo Tribunal, diéronle silla y, llamándole de Paternidad, le preguntaron qué sentia ó enseñaba acerca de aquella opinion.

Él con grande sosiego y magnanimidad respondió que, si era preguntado como reo nunca la habia enseñado, defendido ni firmado. Si como teólogo, que le diesen libros y tiempo para que, despues de examinado bien el punto diese, su parecer. Satisfizo á los Inquisidores su respuesta, diciendo, en saliendo el Padre, que todo era sustancia pura sin accidentes.

Habiendo pasado algunos dias en la Inquisicion guardando la misma distribucion que tenia en casa y gobernándose por la campana de nuestra Casa Profesa, de que se edificaba mucho su compañero el P. Luis de Torres, mayormente cuando le veia cortar el hilo de la conversacion y desembarazarse de cualquiera ocupacion con tanta puntualidad en oyendo tocar á exámen, como lo pudiera hacer un fervoroso novicio en la quietud de su noviciado; últimamente fueron el P. Rector y el P. Vazquez dados por libres y honrados con increible gozo de los buenos, así en Toledo y Madrid como en Alcalá, donde se señaló mucho el insigne colegio teólogo, el cual tenia puesta centinelas y preparado muy honorífico recibimiento para su venida.

Sabiendo que los Padres, excusando este aplauso, por caminos extraordinarios habian entrado en nuestro colegio sin ser sentidos de las centinelas, prorrumpió de repente aquella noche á deshora con luminarias y fuegos, publicando y festejeando con estas y otras demostraciones de alegría la venida de su maestro, á que concurrieron el Abad con su Iglesia, el Rector con su colegio mayor y el Corregidor con su Ayuntamiento. Y confirmóse más este contento poco despues, dando la Inquisicion por libres á los defensores de aquella opinion.

Con esta ocasion no se puede creer lo mucho que creció la fama de la persona y letras de nuestro gran doctor. Desde entónces el excelentísimo duque de Lerma le consultaba muy frecuentemente en los negocios más graves; y así por honrar al P. Vazquez como porque el Consejo Supremo de Inquisicion tuviese un hombre tan docto y de tanta satisfaccion, procuró fuese Calificador, aunque hecha la gracia, pruebas y título, murió ántes de ejercer el oficio.

Con tan grande magnanimidad de este eminentísimo teólogo se juntaba igual humildad y un bajísimo concepto que de sí tenia quien era tan estimado del mundo; continua materia de su meditacion, en la cual repetia á menudo: *Soy nada, soy nada*. Nacíale de aquí un generoso desprecio de los aplausos que tanto le siguieron en España é Italia, siendo los que tuvo en la Universidad de Alcalá tan grandes, que ni ántes ni despues se han visto en ella semejantes.

En una leccion de oposicion á la cátedra de Vísperas, el opositor se alargó en alabarle. El Padre que estaba presente, se salió de allí luego muy avergonzado, diciendo no habia tenido en su vida cosa de tanta pena. Oyendo otra vez á un su discípulo decir que pasados cien años seria autor gravísimo y muy seguido, respondióle con severidad: «¿Y de qué momento será eso despues de muerto, pues aun en vida es de ninguno? Sólo es de estíma lo eterno, no lo caduco que pasa.»

Señaláronle para leer una cátedra en la Universidad de Salamanca, y sabiendo que se excusaba, tomó muy á pechos un amigo suyo el persuadírselo, alegándole que ya tenia autoridad en Alcalá, y discípulos que perpetuarian su doctrina, y admitiendo la cátedra de Salamanca, la tendria tambien en aquella Universidad, y se extenderia por todo el mundo.

Respondióle el humilde Padre con gran entereza: «Jesus, Padre, ¿no ve que todo eso es vanidad? ¿pues eso le hace fuerza? Mirad con lo que me venia; no soy yo tan ignorante ni tan necio que tome trabajos verdaderos por glorias falsas, que alcanzadas hinchan, no llenan; ya ha mucho tiempo que estoy resuelto á no tomar ni dejar nada para estos fines.»

Cuando por órden de nuestro P. Cláudio se dispuso que todas las obras que se imprimiesen se remitiesen primero á Roma para que allá se reviesen, con tener el P. Vazquez las suyas tan á punto para darlas á la imprenta, sintió tan poco esta dilacion, que dijo á un su confidente no le habia quitado nada de sueño, porque á él poco le iba en ello, que mañana se moriria y sólo pretendia servir con sus trabajos á la Compañía y á la Iglesia.

Dos años le tuvieron detenido el primer tomo sobre la primera parte de *Sto. Tomás*, y diciéndole el P. Luis de la Palma, que para qué queria por

dos ó tres proposiciones en que se reparaba, tener detenido tanto tiempo un tomo tan grande y de tantas y de tan importantes materias escolásticas, y suspensa la impresion de todos sus escritos, que mudase aquellas proposiciones y con esto prosiguiria libremente la impresion; el P. Vazquez le respondió, que no se le daba nada y que tambien dejaba de hacerlo por estar su doctrina tan trabada, y tan dependientes unas conclusiones de otras que, si mudaba aquellas proposiciones, habia de ser forzoso mudar casi toda su doctrina. Y así, pues juzgaba nuestro Padre General que sin aquella mudanza no convenia imprimirse aquel tomo, él tambien tenia por más conveniente se quedasen sepultados todos sus escritos.

Bien descubre esto por una parte la grandeza de nuestro gran doctor, y por otra cuán desasido estaba de los aplausos que tanto suelen estimar los hombres muy doctos. De este mismo afecto de humildad le nacia no decir palabras en su alabanza, y admirarse de oir que algunos tenian vanidad de argüir y responder. Confesaba ingenuamente no le habia jamás molestado ni tocado en sus estudios semejante pensamiento; tan limpiamente como estaba á Dios la gloria de todo, quedándose con sola su nada.

Siendo maestro, se iba frecuentemente á la cocina á ayudar al cocinero, y despues, siendo de más años y más atareado de ocupaciones, nunca dejó de fregar en su dia, como si fuera el menor de casa, haciéndolo con tanta aplicacion y aseo que ninguno le llegaba. Y como S. Bernardo se preciaba de segar bien, este humilde doctor lo hacia de fregar; y como tan aficionado y estimador de este ejercicio de humildad, preguntándole en la visita el Padre Provincial si habia notado alguna cosa que pidiese remedio, dijo que solo habia advertido convenia mudar el fregadero á otra parte más limpia y acomodada. El P. Provincial lo mandó luego ejecutar, admirándose de ver á un lector de Teología tan estimado de todos, hacer tanto caso de una cosa como aquella.

Componia su aposento y hacia su cama sin admitir ayudante. Entrándole una vez á visitar el Abad mayor de Alcalá, y hallándole que estaba haciendo su cama, lo extrañó mucho, diciéndole que cómo su Paternidad entendia en aquello. El Padre le respondió con gracia, que porque no le sabian hacer las cosas como él gustaba.

Los que de varias partes bien léjos venian á visitarle ó verle movidos con la fama de su excelente sabiduría, no acababan de maravillarse cotejando la majestad de sus escritos y el peso de sus razones con la apacibilidad y llaneza que experimentaban en su trato humilde y sincero; por él le quedaban notablemente afectos y se hacian lenguas en su alabanza; mas pegábasele tan poco de este aplauso al humilde Padre que, echándolo en risa, decia: *Basta*

que me vienen á mí á ver, como si fuera la Habada. Decia esto porque en aquellos tiempos habian traido á España de la India aquella bestia, y todos iban á verla.

Su alivio era tratar con los Hermanos más sencillos y humildes, como si fueran sus iguales. A uno le instó le dijese sus faltas, y, oidas, se lo agradeció mucho, y le rogó se las notase y advirtiese de ellas de allí adelante. Llevaba con gran rendimiento las reprensiones y penitencias públicas que se suelen dar en la Compañía en el refectorio, para ejercitar en humildad y mortificacion á los religiosos por faltas muy ligeras y aparentes, y sólo pedia con gracia le despachasen presto, por no perder de su estudio toda la primera mesa.

En los concursos públicos nunca hizo caso del lugar mejor, tomando el que estaba más á mano desocupado, y excusándose del más honrado (que le obligaban á tomar) con capa de más comodidad en el más humilde. Escribiendo de Roma á un hermano suyo, que supo habia entrado en la Compañía, lo que más le encargó fué que procurase ser muy humilde.

Con S. Agustin y su doctrina tuvo particular afecto porque decia se habia esmerado mucho este Santo Doctor en la virtud de la humildad. Mostró tambien el P. Vazquez el amor grande que tenia á esta virtud en no haberse dejado retratar, por más instancia que varias veces le hicieron.

En la pobreza fué tan extremado, que no siendo de natural estrecho, en esto lo parecia. Era cosa de grande edificacion ver un tan gran doctor, tan excelente en las cosas morales y de natural magnánimo, no atreverse á tomar ni disponer de la cosa más mínima sin licencia del Superior. En dos cosas tenian algunos por muy escrupuloso al P. Vazquez. La una, en no decir ni consentir se dijese en su presencia cosa que desde mil leguas desdorase á otro; ya se sabia que delante de él ninguno se habia de atrever á murmurar de nadie, aunque la murmuracion fuese muy leve. La otra era en materia de pobreza, por mostrarse tan menudo y remirado en ella, que no daba un pliego de papel ni prestaba un cuaderno sin licencia.

Trajo una vez de la huerta ó granja unos pocos de membrillos, luego se los dió al P. Ministro diciéndole tomase aquellos membrillos que habia traido, y que, si gustase de darle alguno, se lo enviase. Otra vez habiéndole pedido su hermana unas manzanas de la huerta, por no hallar á quien pedir licencia para ello, no las quiso dar.

En cosas tan pequeñas se descubre una grande observancia, y así, se refieren semejantes menudencias en las vidas de muchos santos, porque fuera de ser grande argumento de la virtud del corazon, no dejan de tener gran dificultad. Y así, en la vida de S. Laurencio Justiniano, habiéndose referido de

él una cosa bien pequeña, dice su autor (que fué Bernardo Justiniano su sobrino) hablando con los Padres de la Cartuja: «Parecerán estas cosas ménos admirables á los que no las han experimentado en sí. Pero vosotros, nobles atletas de Cristo, que cada dia teneis experiencia de estas cosas, sé que juzgais que son mucho más dificultosas de observar que de decirse.

Verdaderamente no se muestra la virtud tan fuerte en las observancias grandes como en las más pequeñas, porque una sutil aguja traspasa un coleto de ante, no pudiéndole penetrar una espada, el cual resistirá á una bala y no podrá resistir á la punta de una lesna. Y así, es grande fortaleza de virtud y singular observancia la que aun en cosas tan pequeñas no cede ni falta á su entereza. Esta religiosa observancia de cosas mínimas tanto es más admirable cuanto cae en varones más grandes, y así, lo fué mucho en este grande doctor.

Fué el P. Vazquez muy de veras pobre religioso, y no se corria de parecerlo. Tenia siempre hilo y aguja con que se cosia y remendaba sus vestidos, imitando en esto á nuestro gran Apóstol del Oriente, S. Francisco Javier, que en medio de tantos y tan apostólicos empleos, pagaba con especial consuelo de su espíritu este religioso tributo á la santa pobreza, y así lo tenia muy notado el Hermano que cuidaba de la ropería, que al P. Vazquez le duraban más y con más aliño los vestidos.

Su sotana era de ordinario la más raida y descolorida de casa, y á este talle era lo demás del vestido; y cuando con maña se lo trocaban por algun nuevo, se iba á la ropería á deshacer con instancia el trueco, juzgándose por engañado. Treinta años estuvo en la Compañía sin ponerse manteo nuevo, hasta que, presidiendo delante del Sr. D. García de Loaisa, Arzobispo de Toledo, mandó su Ilustrísima traer un paño entero, de que le cortasen un manteo nuevo y le quitasen el viejo y raido que traia.

Yendo un dia al campo á nuestra huerta de Esgaravita con D. Antonio Venegas, Inquisidor entónces de la Suprema, y despues Obispo dignísimo de Sigüenza, reparó este caballero en el sombrero del Padre, que era muy roto y viejo. Díjole con sal y gracia: «Muy viejo está, Padre, el sombrero, y cano ya de blanco; por tantas bocas pide ser ya jubilado, cuantos son los agujeros que tiene.» «Esta es, señor, la condicion (respondió el P. Vazquez de las cosas humanas, que de nuevo con el tiempo se hacen viejas, y por este medio se remoza el hombre interior, así como el fénix, que cuanto mas viejo en las plumas, está más cerca de renovarse, y yo con el deseo de remozarme gusto de verme con plumas viejas.»

Ofreciéronle algunos grandes señores, y entre ellos el duque de Lerma, que pidiese algo para sí ó para sus deudos, y haciendo instancia sobre esto,

el religioso Padre se excusaba, diciendo que su Religion le daba cumplidamente lo necesario para comer y vestir, y con esto estaba contento, conforme al Apóstol: *Habentes alimenta et quibus tegamur*, etc.

Su comida era siempre de pobre, contentándose con lo ordinario de la comunidad; cuando mucho, pedia unas yerbas cocidas por la flaqueza de estómago, y quedaba tan satisfecho con este pequeño regalo, que decia: «Bien puede el rey haber comido más, pero no mejor;» y si alguna vez se le hacia falta en esto, lo llevaba con gran paciencia y silencio; y porque en cierta ocasion entendió que un discípulo suyo habia dado en cara al cocinero con este descuido, lo llamó y reprendió, exhortándole á no hablar otra vez palabra en esta materia, mostrándole cuánto se holgaba de sentir efectos de la santa pobreza.

La compasion y misericordia que usó con los pobres fueron admirables; socorríalos en cuanto podia corporal y espiritualmente; enterneciase siempre y compadecíase entrañablemente de ver su miseria. Cuando estaba en Jesus del Monte averiguaba los pobres que habia en Loranca y su comarca para ayudarlos en lo que pudiese, y así, acudian á él todos como á Padre.

Llegó un dia un muchacho á pedirle limosna para su madre, que padecia gran necesidad. El Padre le ofreció la sotana que traia vestida, mas, no dejando el Superior ponerlo por obra, le dió los dineros que pudo juntar, pidiéndole perdon de no haberle cumplido lo prometido.

Aunque á todos los que acudian á él con sus dificultades, les respondia y satisfacia con gran benignidad y amor, esmerábase más con los pobres y más despreciados, mediando y componiendo sus pleitos y diferencias. Decia que, respondiendo casi siempre á los casos de conciencia sin ver libros, los revolvia muy de propósito para dar parecer en favor de algun pobre ó miserable. Crecian las muestras de su paternal compasion para con los de casa, consolándolos y socorriéndolos siempre que podia, é intercediendo con los Superiores para excusarles las penitencias. Ninguno tuvo jamás queja de haber padecido algo por su ocasion.

No resplandeció ménos el P. Vazquez en la virtud de la obediencia, como verdadero hijo de la Compañía. Cuando nuestro P. General le llamó á Roma, se le ofrecieron muchas y muy graves dificultades, y no fué la menor el verse entónces tan estimado y aplaudido de toda la Universidad de Alcalá, siendo el oráculo no sólo de los teólogos, mas tambien de los juristas y canonistas, y aun de los médicos y filósofos, y sus papeles tan pretendidos de los catedráticos de Prima de las Universidades mayores de España; mas despreciólo todo por no faltar un punto al gusto de su Superior.

Ofrecíale en cierta ocasion un señor de estos reinos una cosa muy útil

para él y deseada, mas, reparando el Padre habia de ser con ménos lisura y conformidad en la obediencia, alzó luego la mano de ella generosamente, sacrificando su gusto y comodidad en el altar del holocausto de la perfecta obediencia, lo cual solia hacer con grande alegría.

Una vez el Dr. Vazquez, hermano del P. Vazquez, y catedrático en Alcalá, convidó una tarde, juntamente con su hermano, al P. Luis de Torres y P. Jerónimo de Florencia, que estaban entónces en aquella Universidad, ya con la fama que despues por sus grandes prendas extendieron por todo el mundo. Queria el Dr. Vazquez llevarlos al campo, teniéndoles para esto aparejada una merienda, por divertirlos de las continuas ocupaciones de sus estudios. Los dos Padres, gustosos de aquella recreacion, dijeron al P. Vazquez pidiese licencia al Ministro, que habia sido su discípulo, porque el P. Rector estaba ausente; hízolo así el P. Vazquez por darles gusto, mas el Ministro se la negó.

El religioso Padre se volvió muy alegre y contento á sus compañeros, los cuales, como le vieron tan risueño y contento, dijeron: «Ea, vamos luego. «No, no, dijo el P. Vazquez riéndose, porque no nos han dado licencia. Los dos Padres extrañaron el caso, y algo enfadados le dijeron: «¿Pues cómo se viene riendo V. R. habiéndole negado su discípulo esa licencia y dejándonos burlados?» «Yo, respondió el observante Padre, tan contento estoy con un no, como con un sí de cualquier Superior mio.»

Es muy considerable otro caso que le sucedió leyendo en nuestro colegio de Alcalá su opinion acerca de la necesidad que tenemos de la gracia divina para hacer cualquiera buena obra; de pasó notó con alguna censura la opinion contraria; delatáronsela al P. Gil Gonzalez, Visitador que entónces era de esta provincia y residia á la sazon en Toledo, el cual le ordenó no censurase la dicha opinion.

El P. Vazquez luego que le intimaron este aviso, sin replicar ni dar queja alguna, ni mostrar sentimiento, en la primera leccion desde la cátedra, despues de haber referido la censura que habia dado de aquella opinion y las razones y autoridades que le habian movido, añadió que lo contrario era lo que se habia de defender, y que así lo sentia él y defenderia de allí adelante, que la dicha opinion no era digna de tal censura.

El fondo que en esta ocasion descubrió de humildad, docilidad y rendimiento al juicio de su Superior y de una mortificacion perfecta en la cosa en que suelen estar muy vivos aun los más espirituales, penetráralo el que despues de muy aplaudido y estimado de todos por su doctrina, como lo era en esta sazon el P. Vazquez, fué probado en esta piedra de toque. En el recurso á los Superiores, aun para cosas muy menudas, parecia nov:

cio, pidiendo licencia para todas: sin ella no escribió carta, ni la abrió, ni la cerró sin registrarla, aunque le diese priesa el mensajero y le costase mucho trabajo el buscar al Superior.

Viniendo una vez unos religiosos de otra Religion por ciertas cartas que les habia de dar, les dijo que ya las tenia escritas, pero no cerradas, por no haber podido hallar al P. Ministro para enseñárselas, y, diciendo, esto se apartó luego á buscarle, suplicándoles que le aguardasen; de lo cual quedaron los religiosos no ménos admirados que edificados. Otra vez, habiendo ya escrito á su tierra, y dando mucha priesa el mensajero que acabase de dar las cartas porque no podia esperar más, le envió sin ellas, porque no halló tan presto al Superior para registrarlas. Y aunque muchas veces le solian dar las cartas cerradas, por ningun caso se podia recabar de él las abriese antes de haberlas registrado con el Superior.

Habíase el P. Vazquez en todas estas cosas como novicio, y así, daba ocasion á los Superiores que le tratasen como á tal, y en esto era mayor su observancia y virtud. Estando una vez al poste con sus discípulos, despues de haber leido, respondiéndoles á las dificultades que le preguntaban, pasó por allí el P. Ministro, y por mortificarle le dijo en público algunas faltas, más encarecidas por el Ministro que cometidas por el P. Vazquez, el cual con gran humildad y paciencia las oyó, sin responder otra palabra que decir: «A la enmienda me remito.»

Tenia notable estima de todas nuestras reglas, aun de las más menudas. Decia, que aunque por rigor de reglas no obligue ni aun á pecado venial lo que en ellas se ordena; con todo eso, en la práctica, por tener tan entrañados con altísima sabiduría los dictámenes de las virtudes religiosas, apénas se quebrantarian sin algun pecado, lo cual siguió tambien despues el doctísimo P. Francisco Suarez.

Disputándose en cierta ocasion un punto de perfeccion religiosa, dijo el P. Vazquez su parecer. Opúsole un Hermano haber dicho nuestro P. S. Ignacio lo contrario, y al punto respondió retractándose: *Si nuestro Padre lo dijo, esa es la verdad:* tan superior era el concepto que tenia del magisterio de espíritu de nuestro Santo Padre.

Fué muy puntual en acudir á la señal de la campana como á voz de Dios: aconteciole muchas veces empezar á escribir una razon, y en oyendo tocar la campana que le llamaba para alguna obediencia, dejar la letra y el concepto comenzado. Siempre se esmeró mucho en la guarda de la distribucion, andando con todos y levantándose cuando todos. Y si por alguna indisposicion tenia necesidad de dormir algo más de lo ordinario, tomábalo de parte de noche, por no dejar de levantarse á la hora de la comunidad, y po-

der tener su hora de oracion entera antes de entrar en leccion; porque la oracion por ningun acontecimiento la habia de dejar.

Esta misma puntualidad y observancia solicitaba en sus discípulos, no consintiendo que por su ocasion faltasen en lo ordenado por la santa obediencia, siendo tambien en esto perfecto dechado de religiosos maestros. Amábalos á todos como Padre, sin señalarse con ninguno, sino es con los extranjeros y con los que veia esmerarse en virtud, á los cuales tenia notable respeto y veneracion; en especial la tuvo á S. Luis Gonzaga, su discípulo y penitente, á quien en vida miraba como á santo y despues de muerto se le encomendaba como á bienaventurado, guardando y venerando sus papeles como reliquias.

Y aunque en las disputas era acre y exacto, sin que en esta parte se ahorrase con nadie, fuera de ellas trataba á todos con apacibilidad religiosa, sin mostrar torcimiento, y gustaba mucho de encontrar quien fuese en esto de su condicion, de suerte que la oposicion se quedase sólo en el entendimiento, y no pasase á la voluntad. En lo cual fué admirable la grandeza de ánimo de este gran maestro; porque, aunque entendiese no era alguno aficionado á su doctrina, no sólo en público, pero aun en lo secreto, con sus más confidentes hablaba bien de él y con la misma estima como si fuera muy aficionado á ella.

En especial era grande la estimacion con que hablaba del P. Francisco Suarez y de sus escritos. Alababa mucho el tomo de *Vita Christi*, añadiendo que era muy benemérito de la escuela, «la cual, dijo una vez, debe mucho al P. Francisco Suarez, por haber sido el primer teólogo que ha reducido á estilo escolástico, y averiguado con rigor teológico todo lo tocante á la vida y excelencia de la purísima Vírgen Señora nuestra,» mostrando en esto el P. Vazquez, no sólo el grande aprecio que hacia de la doctrina del P. Suarez, sino tambien su filial y piadoso afecto para con tan grande Madre, de cuya honra tanto se gozaba.

Avisáronle un dia cómo cierto maestro de Teología habia hablado mal de él y de su doctrina, y ofreciéndole el cuaderno en que estaban escritas las injurias y una pesada censura, no quiso el P. Vazquez verlas, sacudiendo de sí con sequedad al que las traia. Y siempre que oia decian algunos mal de su doctrina de palabra ó por escrito, no hacia caso de las palabras, ni leia los escritos, resuelto de no vengarse, ni atender sino sólo á la razon libre de pasiones.

Este mismo sufrimiento mostraba cuando en su presencia con el calor de las disputas alguno se descomponia, atendiendo sólamente á apretar su razon y buscar la verdad, despreciando con grandeza de corazon las descor-

tesías ó injurias, y acreditando más de esta suerte su persona y doctrina. Nunca consentia se menospreciase á nadie en su presencia; y aunque no era ligero en alabar con encarecimientos, porque su grande capacidad no se llenaba tan fácilmente, pero á ninguno deshacia.

Con estas virtudes estaba muy dispuesto el P. Vazquez para la muerte, y tenia más sazonada y compuesta su conciencia que sus escritos. Padecia frecuentemente recios dolores de estómago, efectos de su continuo estudio. Apretóle más un miércoles por la tarde. Hizo su cama él mismo, como tenia de costumbre, acostóse, fuésele aumentando el dolor, y en los de casa la pena y cuidado. Aplicáronsele varios remedios toda la noche; mitigósele algun tanto el dolor por la mañana, y dejóle dormir.

Revolvió el juéves á las diez del dia, y á la tarde le sobrevinieron dos calenturas con sus frios, creciendo por momentos el rigor del dolor, hasta que á las nueve de la noche llegó á ser tan excesivo, que le vino á acabar á 23 de setiembre de 1604, sin haber hecho más que un dia de cama; porque el antecedente al de su muerte habia celebrado y confesádose, como lo hacia cada dia, ántes de decir Misa.

Y aunque conforme al sentir del vulgo inadvertido pudiera parecer muerte repentina, no lo fué conforme á la verdad y al grave sentir del mismo P. Vazquez, el cual solia reparar á este propósito en aquella peticion de la Iglesia en las letanías, donde, con acierto del cielo, no pide que nos libre de la muerte repentina á solas y como quiera; «porque esta, decia muchas veces, es efecto de la predestinacion, tomando nuestro Señor con particular providencia este medio para preservar á sus escogidos de lo más reñido del combate con nuestro comun adversario, que en aquella hora por ser la última suele ser más recia y peligrosa la pelea, y por eso muy temida de los varones más espirituales. Aquella sólamente se le debe llamar muerte repentina y desgraciada, y como de tal pide la Iglesia á la divina Majestad nos libre, que le coge al hombre de repente é improvisadamente, esto es, *desapercibido*, y sin tener hecha la provision necesaria del aceite de la caridad y gracia divina, como aconteció á las vírgenes locas.»

Cuán grande provision tuvo en aquella hora esta insigne lumbrera de la Teología, bastantemente lo podemos colegir de su religiosa y ejemplar vida, cuyo eco es la muerte. Y la divina Majestad parece quiso confirmarlo con un resplandor grande y extraordinaria luz que se vió en el aire sobre nuestra casa á la misma hora en que el Padre espiró. El médico que le solia curar y habia ido aquel dia á Mondéjar con mucho sobresalto de la salud del Padre, cuando volvia por el camino, vió esta prodigiosa luz. Luego entendió era señal del cielo para significar la sobrenatural de aquella religiosa alma que en-

tónces partia á poseerle. Corrió cuanto pudo, llegó á nuestra casa, verificó la puntualidad de la hora, testificando de la vision y de lo que de ella pronosticaba su corazon.

Templó esto en parte en los nuestros el crecido dolor que sentian por tan gran pérdida, gastando toda la noche en llorarla. El Dr. D. Alvaro de Villegas, que despreció tantos obispados, hombre de severa y muy atenta censura, públicó una revelacion de su gloria, añadiendo que sólo tres horas estuvo en el purgatorio.

Fué tambien muy grande el sentimiento que en la pérdida de tan gran doctor mostró la Universidad de Alcalá. Acudieron el dia siguiente todos los que lo supieron á nuestro colegio de Alcalá á honrar su entierro. Fuera cosa larga referir los elogios que decian del difunto, dando el pésame á los de casa. El Prior de Sto. Domingo dijo: «Padres, si he de decir lo que siento, hoy les ha llevado Dios un hombre doctísimo sobremanera y que no tenia igual en el mundo.»

El Dr. Feliciano, catedrático de Prima de Cánones, bien conocido en el mundo por sus escritos, testificó que en su facultad de Derechos no habia conocido hombre tan docto, y que le habia sucedido muchas veces despues de haber cansádose en averiguar varias dificultades, venir á consultar al P. Vazquez, y que en dos palabras le desentrañaba toda la dificultad, y le satisfacia de manera que no le dejaba razon de dudar.

Un grave doctor salmanticense, luego que tuvo noticia de la muerte del P. Vazquez: «Hasta aquí (dijo) nuestra Universidad reconocia á la de Alcalá en Teología, ahora que le ha faltado el P. Vazquez pleitearemos la primacía.» El Dr. Espinosa, Canónigo de Toledo, viniendo á consolar á los nuestros dijo, que si para cosas gravísimas se juntara Concilio en la Iglesia, de dos que en ella se hallaran, habia de ser el uno el P. Vazquez, y si uno solo, él habia de serlo. Son muy ilustres testimonios los que despues de su muerte han dado de la vida y doctrina de nuestro gran doctor otros hombres doctísimos. El ingenioso Dr. Fr. Basilio de Leon, catedrático de Prima de Salamanca, le llamó *rayo de las escuelas* por su sutileza, presteza y fuerza. El mismo dijo, que un solo P. Vazquez le valia por mil autores, y que era el príncipe de los teólogos de su edad.

El muy erudito Antonio Diana dice, como ya hemos apuntado, que es el *fénix de los ingenios*, estimando á él solo más que á otros muchos doctores. El R. P. Fr. Francisco Tamayo, excelente predicador y varon doctísimo, le nombra *polo de la Teología*. El P. Luis de Torres y otros le llaman *Agustino español*, y el gravísimo P. Fr. Luis de S. Juan Evangelista, le llama *Angel en entendimiento*.

El P. Antonio Posevino, con ser muy escaso en dar elogios á varones doctísimos de los modernos, se singulariza llamando al P. Vazquez *varon perspicaz y verdaderamente docto.* El ilustre poeta Angelino Gaceo canta de él:

Vazquezius ille magnus in notissimis
Theologus.

El P. Diego de Alarcon le da varios renombres; llámale *lucido ornamento del cielo teológico, sol de la Academia complutense, varon hecho á manos de la sabiduría y de las gracias, Caton ortodoxo, teólogo afortunado y escogido para averiguar la verdad.*

El Dr. Juan Sanchez, bien conocido en toda España por la agudeza de sus escritos, habiendo referido un sentimiento del P. Vazquez, añade: «¿Quién no se admirará de la agudeza de ingenio de este grande doctor? (esto es el Padre Vazquez) ¡Ay dolor! que tan temprano acabó su vida este doctor no bien visto de otros! Nuestros pecados merecieron que se ausentase de nosotros conforme aquello del Profeta Isaías: Quitára de Jerusalen al más sabio de los arquitectos y prudente en el hablar misterioso. Cuán diligentísimo haya sido este doctor en revolver los Concilios sagrados, y los libros de los santos principalmente de S. Agustin, todos lo confiesan. Cuán nervosas razones traiga para defender las sentencias que dictó, lo echará de ver quien lo leyere. Cuán acertado juicio haya tenido en las cosas morales con una prudencia excelente, bastantemente lo declaran sus escritos. Finalmente, los que son poco afectos á este doctor, pienso que es porque no consideran bien sus obras.» Todo esto es del autor citado.

Fray Basilio de Leon, catedrático de Prima de Salamanca, en varias partes de sus *Varias* alaba mucho á este gran doctor, á quien respetaba como a su maestro. En una parte dice, que era varon verdaderamente de ánimo cándido y puras costumbres, y no ménos en virtud célebre, que en doctrina y erudicion, no sólo excelente en Filosofía y Teología, pero en la noticia de ambos derechos tan aventajado, que no halló entre los teólogos á quien pueda comparar con él, y se puede contar entre los mejores jurisconsultos, como lo muestran sus disputaciones de leyes. En otra parte dice de él: *Diligens scriptor, si quis alius;* diligente escritor, si hay algun otro que lo sea.

Tambien Laurencio Beierlinch, en su *Cronclogía Universal,* dice: «La memoria del P. Gabriel Vazquez, de la Compañía de Jesus, nunca se caerá de las escuelas de Teología, por sus ilustres y eruditos *Comentarios* en la primera parte, y en la 1, 2 del Dr. Angélico, los cuales por ser tan celebrados comunmente por su claridad y doctrina, conservan tan firmemente la fama y

nombre de este doctor, que no tiene necesidad de otro pregon; porque como por las uñas se conoce el leon, así tambien por este su parto se conoce cuan grande varon haya sido Gabriel Vazquez.» Esto dijo aqueste escritor, aun cuando no se habian publicado todas las obras de nuestro insigne teólogo, que cuanto más veia el mundo, más le admiraba.

Fray Dionisio Cucho, catedrático de Teología de Alcalá, autor de la *Vida de Fr. Pedro de Lorca*, llama á nuestro P. Gabriel Vazquez *utriusque Theologiae aeternum decus,* y hablando de él y de su contemporáneo el otro milagro de su siglo, el doctísimo y eruditísimo P. Fr. Luis de Leon, que fué tambien de Belmonte, dice: «Tienen envidia los extranjeros y los venideros la tendrán y aun acusarán á la naturaleza, porque hizo mortales á tales varones que habian de nacer en todos los siglos y provincias, ó, ya que nacieron en un tiempo y una parte sola, no habian de morir.»

Fuera agraviar al afecto del gravísimo y doctísimo P. Fr. Luis de S. Juan Evangelista, si calláramos lo que dice de este grande doctor en el lugar arriba citado, por estas palabras: «¿Quién hay que no haya conocido aquel sol de la Teología y Maestro de maestros y doctores, aquel hombre admirable en toda virtud? Perdóneme su santísima Compañía, que no sé si conoció la santidad de aquel angel en vida y en entendimiento. «Y despues de algunos renglones añade: «Ninguno piense que hablo del P. Gabriel Vazquez de esta manera por lo mucho que le quise, sino por lo mucho que le traté y supe de su interior.» Y en otra parte habia dicho: «Maestro, luz y sol de la Teología (el P. Vazquez digo) aquel que justamente merece, sin agraviar á ninguno, nombre de *doctor del orbe,* como en su tiempo el gloriosísimo Crisóstomo.» Hasta aquí las palabras del autor sobredicho.

Ni son poco honoríficas las de nuestro gravísimo historiador el P. Pedro de Rivadeneira: en ellas está un epílogo elocuentísimo de lo que queda referido, el cual dice: «Arrebatónos de repente la muerte temprana á nuestro Gabriel, á 23 de setiembre del año de 1604 y de su edad cincuenta y cinco, sintiendo grandemente su falta todos los nuestros y las personas estudiosas, acudiendo á su entierro todas las Religiones y todos los profesores de facultades, doctores, canónigos, los magistrados eclesiástico y seglar y toda la Universidad de Alcalá.

«Y con razon por cierto; porque fuera de su exquisita, excelente y recóndita erudicion, su sumo ingenio y juicio, fué varon admirable en la singular entereza de vida, candor de ánimo y sinceridad, muy amador de la pobreza, observante de la obediencia y grande despreciador de toda ambicion y fausto. De manera, que parecia competian entre sí la virtud con la doctrina, la obediencia con el ingenio, la piedad con la sabiduría.

«Pero muerto el P. Vazquez vivirá eternamente en la memoria de los hombres, y con las clarísimas memorias de su ingenio que deja publicadas y que en breve se publicarán, será celebrado eternamente con grandes alabanzas de los estudiosos de la sagrada Teología.» Otros muchos elogios propios y ajenos añade Felipe Alegambe en su *Biblioteca*.

El P. Diego de Alarcon, sus *Comentarios* sobre la primera parte de *Santo Tomás*, no los dedica á otro sino á este eminentísimo doctor, á quien hace un elocuente panegírico donde refiere su vida, laméntase de su muerte y admira su doctrina.

P. NIEREMBERG.

P. LUIS DE GUZMAN

UNO de los insignes varones espirituales y mortificados que ha tenido la Compañía en la provincia de Toledo fué el P. Luis de Guzman, que fué dos veces Provincial en ella, y siéndolo la segunda vez, murió en Madrid a los 10 de enero del año de 1605.

Nació este venerable Padre en la villa de Osorno, del obispado de Palencia, el año de 1543, de padres calificados y nobles; y, despues de haber estudiado las primeras letras, y á su edad conveniente, fué enviado de sus padres á la Universidad de Alcalá, á donde estudió las Artes con grande diligencia, y se graduó de licenciado.

Era mozo asentado y de buen juicio; y, considerando la mutabilidad de las cosas humanas, que hoy son y mañana no parecen, tenia algunos instintos é impulsos del cielo, para menospreciar lo caduco y frágil y aspirar á lo macizo y eterno. Pero, como era mozo y se deleitaba en las cosas sensibles y presentes, y el ejemplo de sus compañeros le movia, tuvo muchas luchas y peleas dentro de su corazon sobre lo que habia de hacer, si seguir á Cristo entrando en alguna Religion, ó gozar de los gustos de esta vida quedándose en el siglo.

Y aunque él solia decir á sí mismo: «No son los mayores bienes de la tierra más que un poco de humo, que se desaparece luego, pues ¿qué hay que fiar del mundo? pongamos nuestra confianza en Dios, y dejando estas cosas perecederas á mí me conviene sin duda entrar en Religion;» con todo esto no podia acabar de resolverse, luchando en él la razon y la pasion.

Vióse verdaderamente en nuestro D. Luis de Guzman la guerra campal que suele hacer el demonio á los que quieren alistarse por soldados de Cristo en la milicia de la Religion. Traia guerra tan continua en su pecho, que sus amigos, viéndole andar triste y pensativo, le preguntaron la causa de su tristeza. Descubrióse á uno muy íntimo y virtuoso, el cual le dió por consejo que, para acertar, era muy conveniente que descubriese su conciencia á uno de la Compañía é hiciese unos Ejercicios, en los cuales nuestro Señor le sacaria de aquella guerra.

Tenia juntamente otro amigo algo travieso que le daba por remedio que se alegrase, así en juegos como en convites; pero, como Dios andaba de por medio, en todo aquello hallaba acíbar, y no tenia un punto de descanso. Al fin, tomó el consejo del amigo bueno, al cual él solia llamar el *Angel bueno*, y entróse á hacer unos Ejercicios.

El compañero malo, á quien él llamaba el *Angel malo*, cuando supo lo que habia hecho D. Luis de Guzman, queria tomar el cielo con las manos, y trazando en su corazon cómo sacarle de los Ejercicios, dió en una traza del demonio. Hizo escribir algunas cartas, unas como enviadas de otros amigos, y otras fingidas de sus padres, y otras suyas, y haciendo de ellas un gran pliego mandó á un mozo, que en hábito de correo llegase á la Compañía y dijese que venia con gran prisa á traer aquellas cartas que eran de gran importancia, y que, buscando á su señor D. Luis, le habian dicho que estaba en la Compañía, y así, pedia por amor de Dios que leyese las cartas y le despachase luego.

Los Padres, como le vieron venir de aquella suerte, no sospechando cosa alguna mala, le dieron sus cartas á tiempo que estaba ya casi determinado de ser religioso. Pero, tomando el pliego y leyendo las cartas que le escribian y las quejas que le daban de que sin más hablarlos los dejase, trayéndole otras mil razones para apartarle de su propósito, con tal fuerza, que como él por una parte estaba movido de nuestro Señor, y por otra halló aquella resistencia; volvió de nuevo á sentir una guerra en su pecho, tal que le afligia extraordinariamente.

Acabó sus Ejercicios, y salió de ellos con resolucion de ser religioso de la Compañía, pero con la compañía de aquel *Angel malo* empezóse á resfriar, aunque nuestro Señor no se olvidaba de apretarlo. Estaba á la sazon en el colegio mayor por Porcionista un tio suyo, que despues entró en la Compañía, llamado D. Bartolomé de Isla, y, viéndose tan congojado, se determinó de descubrirle su pecho y contarle lo que pasaba.

El tio se holgó mucho de que Dios diese tales deseos á su sobrino. Confirmóle en ellos, diciendo que no los dilatase más; que luego los pusiese por

obra, y para que más se consolase supiese que dentro de tres dias se habia él de entrar tambien en la Compañía de Jesus, y que así, le parecia que se entrasen juntos; que lo mirase bien, porque, si en esto se determinaba, él recabaria que le recibiesen. Esto pasó por la mañana. Por la tarde acudió á su tio, y juntos fueron á la Compañía, hablaron á los Superiores y diéronles el sí, para que viniesen juntos.

Aquel mismo dia supo esto el mal amigo, y con todas las veras posibles procuró apartarle de aquella que él llamaba locura y desatino, aunque el otro compañero bueno le animaba y alentaba; pero el malo urdió una diabólica traza con aquella astucia de este siglo, con que los hijos de él hacen ventajas á los hijos de luz.

Habló á dos capitanes amigos que poco antes habian venido á Alcalá, y, llevándolos consigo, se hizo encontradizo con D. Luis. Como venian de concierto hiciéronse muy amigos, y lleváronle por la villa paseando; al anochecer vinieron á llegar á la casa del *Angel malo*, el cual, y los dos capitanes medio por fuerza le hicieron se quedase en ella.

El por no ser descortés cenó allí aquella noche y durmió: á la mañana le tenian aparejada una caza, que aunque él hizo lo que pudo por no ir á ella diciéndoles que tenia dada su palabra á su tio, y á los Padres de la Compañía de irse el dia siguiente á entrarse religioso, y que no queria ponerse ni ponerle á peligro de quebrantarla; fué tanta la batería que le dieron, que hubo de ir con ellos, con condicion que se vendria á la noche. Pero, como sus amigos andaban por cazarlo á él, le llevaron á un bosque que llaman del Arzobispo á donde tenian perros, escopetas y ballestas para hacer su montería: fueron tan sagaces y de tal suerte le engañaron, que cuando habian de venirse ya era tan noche que determinaron de quedarse; y así, sacaron unos naipes, y entretuviéronse hasta ya muy tarde.

El dia en que habia concertado su tio que habian de venir juntos á la Compañía, le aguardaba el tio, mas, viendo que tardaba su sobrino, con consulta de los de la Compañía determinó de aguardar al dia siguiente, esperando que viniese de la caza, porque el buen amigo y *Angel bueno* habia dado aviso de lo que pasaba. Pero, como D. Luis vió que no habia cumplido su palabra, se trocó de tal suerte, que no sólo no queria ser religioso, pero ya lo aborrecia.

Cuando sus compañeros vieron que tan bien le habian cazado, volviéronse á Alcalá y quedóse en casa del *Angel malo* y ruin amigo. El tio, avisado por el *Angel bueno*, fué allá aquella noche, y, hablándole, le halló tan trocado, que determinó de dejarlo y entrarse en la Compañía el dia siguiente por la mañana, que era lúnes á 3 de mayo, y así lo hizo, quedándose D. Luis en el mundo.

Al *Angel malo* ya le parecia haber acabado con su intento, y, dejandole que se viniese á su posada, tuvo ocasion el otro compañero de afearle lo que habia hecho, mostrándole cuán grave mancha habia puesto en su honra, habiendo quebrantado su palabra, y lo que más habia que temer era que Dios habia de salir á la demanda y pedirle muy estrecha cuenta de aquella palabra que habia dado.

Con esto y con lo que nuestro Señor obraba en él, volvió la guerra rompida que solia traer, hasta que por consejo del amigo malo determinó salirse de Alcalá. Pero el *Angel bueno*, sabiendo su determinacion, con gran pena de ver que el demonio por medio del *Angel malo* llevaba á su amigo de vencida, le habló de esta manera:

«Hermano mio, sabe nuestro Señor que el amor que os tengo es tan grande, que no deseo mayor bien á mi persona que á la vuestra. Veo que os vais, y que tras una descortesía haceis otra, y siento vuestra desdicha y vuestra afrenta. Decidme en qué ley cabe que, habiendo dado vuestra palabra los otros dias al P. Gil Gonzalez, Provincial, y á vuestro tio, no hayais siquiera dado alguna excusa de vuestra falta, para en alguna manera dorar lo mucho que con ellos habeis perdido, y ahora, para enmendarlo, os querais ir sin despediros ni hablarlos. No ha de pasar así; por la amistad antigua sólo os pido que hableis una palabra al P. Gil Gonzalez, y luego os podeis venir.»

Con estas razones, más avergonzado que persuadido D. Luis, le dijo que así lo haria, pero con una condicion, que le habia de hablar por la puerta falsa por donde entran los carros y al Padre solo sin otra compañía. El *Angel bueno* con mucha alegría é increible gozo vino volando á nuestra casa, y, llamando al P. Gil Gonzalez, le contó lo que pasaba y pidió aguardase en el lugar señalado. Volvió luego para traer á D. Luis y ya le halló mudado, pero apretándole con que era mucha descortesía y poco término quebrantar tantas veces su palabra, y Dios tambien que le ayudó, salió de su casa, y llegando á la puerta de los carros, entró D. Luis, quedándose fuera el compañero.

El Padre le preguntó qué queria; y nuestro Señor le turbó de suerte que no pudo hablarle una palabra hasta que el Padre le dijo: «¿Pues qué, señor D. Luis, quiere ser de nuestra Compañía?» Él sin saber lo que decia, respondió: «Sí, Padre.» Replicó el Padre: «¿Quiere que vamos á que le abracen todos los Padres?» Respondió: «Sí, Padre.» Contaba despues que en todo esto no sabia lo que se hablaba, y que le habia turbado parecerle, cuando entraba por la puerta, que estaba todo aquel lugar lleno de religiosos de la Compañía, como en la verdad sólo estuviese el P. Gil Gonzalez, y que todos le afeaban el haber quebrantado su palabra.

Nuestro Señor le cegó de este modo, para, como á otro Saulo, abrirle los ojos. Y fué recibido, lúnes á las nueve de la noche, á los 3 de mayo de 1563, con grande contento de su tio, siendo él de veinte años.

Como el H. Luis se vió ya religioso tan sin pensar, acordándose de lo que por él habia pasado, tornó á hallarse tan triste y afligido, que no sabia qué hacerse; mas poco despues, apretándole mucho varios pensamientos, se salió de su aposento y empezó á mirar desde una ventana á la huerta; vió un pajarillo muy vistoso y pintado que sobre un árbol estaba gorjeando, encrespado el cuello y cantando tan dulcemente, que no podia apartar los ojos de él; estándole mirando pasó por allí un gavilan, y en medio de su contento le llevó entre sus uñas.

Sobre este caso comenzó á filosofar el novicio, ó por mejor decir, le comunicó nuestro Señor un sentimiento muy á propósito de su disposicion. Conoció cómo los mundanos, por más contentos y alegres que parezcan, por mas gusto y contento que tengan, son bien pobres y desdichados, porque en medio de sus gustos y placeres, en medio de sus músicas y pasatiempos, llega el gavilan de la muerte, y los coge entre sus uñas, y acaban miserablemente.

Con esto le abrió nuestro Señor los ojos, para que conociese la misericordia que Su Divina Majestad habia usado con él, y juntamente quedó tan quieto y sosegado, que le parecia que estaba ya en el paraíso. Al principio de su noviciado dió muestras de lo mucho que nuestro Señor habia de obrar por él, porque era un dechado de todas las virtudes; hacia muchas penitencias y muy dificultosas mortificaciones, saliendo por la Universidad con varios trajes y disfraces.

En la obediencia se esmeraba mucho: en prueba de esto sólo diré un caso en que se mostró la santa sencillez con que procedia. En el colegio de Alcalá, donde pasó su noviciado, habia un perro tan bravo, que era menester entre dia tenerle muy atado, para que los de casa pudiesen andar con seguridad. El Superior mandó al H. Luis de Guzman que fuese á servir al despensero. Fue al Hermano y díjole que le mandase hacer lo que quisiese. El despensero, despues de haberle ocupado en otras cosas, le dijo: «H. Luis, tomad esa lechuga y llevádsela para que coma el perro.» El Hermano la tomó, y, sin más detenerse, se la puso junto á él, y, volviéndose á su oficio, el despenseró le preguntó que si habia comido la lechuga el perro. El Hermano le dijo que no y que junto á él la habia dejado Preguntóle más, si la habia mojado en vinagre, respondió que no. «Pues andad (dijo), que aún no teneis habilidad para dar de comer á un perro: tomad esta escudilla de vinagre y mojad la lechuga en ella y dádsela á comer, y si no quisiere comer, abridle la boca y metedle dentro la lechuga, y volveos luego.» El obediente Herma-

no, sin replicarle una palabra, tomó su vinagre é hizo lo que le mandaron, sin que el perro le hiciese mal ninguno. Cosa que maravilló á muchos por su grande fiereza.

Comenzó su Teología en el mismo colegio, no dejando los ejercicios de novicio; pues, con ser de los mejores estudiantes, siempre andaba tras su desprecio. Muchas veces pedia ir á la cocina y servir en otros oficios bajos. Todo el tiempo de su estudio mató la carne que en el colegio se gastaba Salia de ordinario con varios disfraces para su mayor humillacion, así á las doctrinas como á traer agua de la fuente que está en el mercado, unas veces vestido con un sayo cuarteado, con diversos jirones de azul, verde, pardo y colorado, y con un bonetillo viejo y colorado, y otras con otras semejantes invenciones, que mostraban el cuidado que tenia en vencer sus pasiones y desarraigarlas de su corazon.

Pasados los dos años de su noviciado, el año de 1565, lúnes antes de la Ascension, á 28 de mayo, hizo sus votos con gran consuelo suyo por verse atado con Dios. Acabó sus estudios con un acto mayor con mucha satisfaccion de sus maestros y Superiores. Ordenado de sacerdote, le escogió el Padre Manuel Lopez, Provincial, por su compañero. Tan presto mereció ser empleada su gran prudencia y rara virtud.

Luego, el año de 1573, le hicieron Maestro de novicios de la Casa de Probacion que en aquel año se hizo aparte del colegio, hasta que se volvió á juntar. Fué despues enviado por Rector de Belmonte, donde estuvo muchos años por respeto de la fundadora que así lo pedia instantemente por el gran provecho de su espíritu, que con tal maestro y guía experimentaba.

Servíase mucho nuestro Señor de esto; pues una vez que le sacaron para Provincial de Andalucía, no duró en aquel oficio porque sus grandes achaques le impedian el caminar, y así, se volvió á Belmonte.

Muerta la fundadora, vino al colegio de Alcalá por confesor de los de casa y Prefecto de las cosas espirituales, hasta que el año de 1594 entró á ser Rector del mismo colegio é hizo este oficio hasta el diciembre de 1595, en el cual, dia de la Concepcion de nuestra Señora tomó el gobierno de esta provincia de Toledo, haciendo este oficio por muerte del P. Antonio de Mendoza.

Fué electo Asistente de nuestro P. Cláudio Aquaviva por estas provincias; mas por sus achaques no pudo ir á Roma y acabó el oficio de Provincial por sus tres años. Despues de ellos volvió á hacer oficio de confesor y Maestro de novicios. Ultimamente, nuestro P. General Cláudio Aquaviva, porque le tenia en gran concepto, le volvió á hacer Provincial de Toledo, y estando al fin de su oficio, se le llevó nuestro Señor para darle el premio de sus trabajos el año de 1605, como despues diremos.

II

Algunas de sus virtudes.

Las muchas virtudes que en este espiritualísimo Padre resplandecieron le hicieron muy apto para que los Superiores echasen mano de él para los oficios de gobierno en que le pusieron, en que fué siempre raro ejemplar de religiosos.

Amó grandemente la humildad, fundamento de toda virtud, y daba muestras de ella en el encogimiento exterior con que andaba delante de todos, que parecia que no era digno de mirar el cielo y que todos los otros le eran Superiores. Por huir la gravedad, traia la sotana y manteo un geme más cortos que suelen los demás. Ninguno le oyó palabra de su propia alabanza y sí muchas de su desprecio, por la grande desestima que de sí tenia.

Decia con mucho sentimiento que no era él que solia y que estaba más aprovechado al principio de su conversion, pues entónces no habia cosa para él dificultosa en su mortificacion y desprecio, porque todo le parecia poco, añadiendo que habia sido como los almendros, que arrojan mucha flor y de ordinario se hielan; mas, aunque así lo sentia, en las obras mostraba que su flor llegaba á llevar frutos, pues no dejaba pasar ocasion de su humillacion.

No se le daba nada de hacer una misma plática á sus súbditos en un mismo colegio dos ó tres veces, despreciando su honor de que le dijesen que repetia. Siendo Rector de Belmonte, tomó por compañero para salir de casa á un novicio muy sencillo, el cual anduvo por el pueblo á la mano derecha del P. Rector, y, sabido lo que era, se edificaron mucho de la humildad del Padre y del poco caso que hacia de aquellas cosas; porque cierto, aunque era muy cortés, más gustaba de la sencillez religiosa, no mirando en cumplimientos de mundo. Cuando era Provincial y llegaba á un colegio, se iba los tres dias primeros á fregar los platos de la cocina y decia que no queria que le diesen por huésped otro plato de mayor regalo que fregar los platos de todos.

Cuando dejó el oficio de Provincial en Andalucía por sus muchos achaques, pidió al Superior le diesen oficio de Coadjutor en casa, pues no estaba para otra cosa; y por la fuerza que hizo en esto, tomó el oficio de refitolero en el colegio de Baeza. Cuando vino á esta provincia, hizo el mismo oficio en Belmonte con suma edificacion de los de casa y de los de fuera, que tanta estima tenian de él.

Cuando barrian la casa, gustaba grandemente, aun siendo Superior, de coger la basura, viéndole los de fuera que grandemente se edificaban de su

rara humildad, y hasta á la misma calle salia á coger la basura. Yendo una vez á visitar al P. Manuel Lopez ya noche, le halló sin luz, y el siervo de Dios, no mirando que habia sido Rector y Provincial las veces que habemos dicho, tomó el candil y fué por luz y de camino le aderezó; queríansele tomar los Hermanos para hacer aquel oficio, mas él no se le quiso dar, diciendo que importaba más hacerlo él que otro cualquiera.

Cuando tenia rota alguna cosa del vestido, no llamaba al Hermano que tenia de esto cuidado á su aposento, sino él se iba á él, y, si era menester desnudar la sotana en algun apartado, lo hacia y allí estaba hasta que le cosian.

Algunas veces decia que á los sermones, aun de los Hermanos estudiantes, y pláticas de los recien venidos, iba á aprender y sacar algo de provecho y hacíasele esto fácil con imaginar á Cristo que hablaba por cualquiera Hermano.

De esta humildad le nacia la repugnancia que tenia á oficios de gobierno. La primera vez que fué declarado por Provincial de esta provincia de Toledo, lloraba hilo á hilo abrazando á los de Alcalá, diciendo: «Este oficio, Padres y Hermanos mios, no tiene consigo otra cosa buena sino el abrazarlos á todos.» Habia pedido encarecidamente á nuestro P. General que los pocos años que le quedaban de vida le eximiese de cargos; y respondiéndole que lo haria, así como leyó la carta se hincó de rodillas y la besó y la puso sobre la cabeza.

Pretendieron muchas personas graves y de calidad que nuestro P. General se le dejase en Madrid para tratar con él las cosas de sus almas, pero el escribió con mucha fuerza pidiendo licencia para recogerse en un rincon, el más apartado de la provincia, donde ni fuese conocido ni buscado. Conforme á esto es lo que solia decir un compañero de los que habia tenido en el provincialato, que no le conoció otra pasion sino huir de la corte, y, cuando los negocios de su oficio lé obligaban, dar priesa en ellos y salirse presto por huir las ocasiones de honra que le hacian.

Su pobreza era conforme á su humildad. Comunmente traia el vestido viejo y nunca consentia, siendo Superior, que le hiciesen nuevo. Una vez, pocos años antes que muriese, fué el Hermano á cuyo cargo está esto á él, y le dijo: «Deme V. R. licencia para que le haga una sotana, que no esta esa ya para traerse de vieja.» Respondió el verdadero pobre de Cristo: «Verdad es, Hermano, que está muy vieja, mas no hay para qué hacerme á mi sotana. Lo que puede hacer es, ver si hay alguna que otro haya desechado, que esa tomaré de mejor gana,» y, diciendo y haciendo, se fué con el Hermano, hasta que le dió una que pocos dias antes habia dejado un Padre, y con ella quedó muy contento.

Cuando no podia recabar que le hiciesen de vestir de viejo, á lo ménos pedia que no se gastase con él mucho paño, y así, traia los vestidos de ordinario angostos y cortos, y decia que era supérfluo traer á cuestas tanto paño. Otra vez andaba el Hermano ropero deseoso de darle ropa nueva; aguardó á que saliese de casa para tomar la vieja y en su lugar ponerle la nueva. El Padre lo entendió y volvió tan presto, que cuando vino á su aposento el Hermano, ya él estaba en él, y díjole: «¿Qué es lo que quiere, Hermano?» Él con su ropa en las manos confesó lo que pretendia. Entónces riéndose, le dijo el santo varon: «Sepa, mi Hermano, que yo lo imaginé y por eso me adelanté á venir, porque yo no tengo necesidad de otra ropa; vaya con Dios y déla á otro.»

La pobreza de su aposento era grande: no tenia más libros que su breviario y alguna Suma, un *Contemptus mundi*, y algun otro libro espiritual. El papel que gastaba lo iba á pedir pliego á pliego, como el menor de casa; sillas viejas é imágenes, las comunes que le ponian, sin curiosidad en nada. En el comer fué muy parco, con haber sido muy enfermo y lleno de achaques; hubo tiempo en que se sustentaba con sola una escudilla de leche cada dia; y cuando vino á poder comer más, no tomaba á mediodia nada, sino á la noche. Esta cena, no consentia que fuese más particular, que la que daban á los demás.

Y la cuaresma, porque le aderezaban de nuevo la cena, pidió con encarecimiento al P. Ministro del Villarejo, donde entónces estaba, que no se hiciese aquello, sino que le guardasen lo que habia de comer á mediodia; y así se hubo de hacer por su consuelo, aunque estuviese pasado de sazon; y porque su necesidad forzaba á darle algunas cosas particulares, fuese al Superior, y díjole: «Si V. R. gusta de hacerme caridad que yo esté en esta casa, en que estoy muy contento y con tanto consuelo, mande V. R. que la comida se me dé la ordinaria que dan á todos, y, si no se hace esto, entenderé que no gustan de tenerme aquí, y así, procuraré que me envie el P. Provincial á otra parte.»

Con esto venció el deseo de su mortificacion y pobreza al que, conforme á su necesidad, se tenia de mirar por él. Aunque era tan pobre, era muy liberal y confiado de Dios; hacia gastos necesarios á los colegios que gobernaba, y nunca le faltaba limosna para ello. Cuando nuestro P. General Cláudio Aquaviva le mandó que sacase los novicios del Villarejo, por irse consumiendo la renta de la casa, así lo hizo, y los trajo á Alcalá y Madrid, y con llegar más de cuarenta, los sustentó de limosna y muy cumplidamente.

La pureza que en su ánima le comunicó nuestro Señor fué muy insigne, conforme á la grande humildad que tuvo; porque como él solia decir, tomándo

de la doctrina de los santos, así como Dios castiga la soberbia con manifiesta lujuria, así premia la humildad con castidad de ángeles. Prueba de esto es la persecucion que se levantó en Belmonte por las lenguas maldicientes de un religioso y otro seglar, noble en sangre, mas pernicioso en lengua, el cual le infamó de amancebado entre la gente que le veneraba como á santo y le respetaba como á padre.

Creció la infamia de manera, que forzó á la Compañía á salir á la defensa por justicia, la cual como fuese tan adelante que descubrió la verdad, y las honras de muchos falsarios habian de padecer, el humilde Padre procuró que se desistiese por el bien de muchos, y así se hizo, aunque Dios tomó á cargo el castigar á los primeros movedores de aquella persecucion, permitiendo que al religioso despidiesen de su Religion, y el seglar fuese ajusticiado en Madrid por otros enormes delitos.

En la obediencia, que es la virtud que más adorna á un religioso, fué tambien muy ejemplar; porque, aunque á cosas de honra que le solian mandar, solia proponer no pocas veces, como á hacer la *Historia del Japon*, que le mandó componer nuestro P. General Cláudio Aquaviva; con sólo una seña de la voluntad del Superior luego la ejecutaba con todo cuidado. Cuando tocaban á cosas de comunidad, acudia tan presto, que prevenia aquella obediencia estando ocupado en ella aun antes que acabasen de tocar, y muchas veces antes.

Al barrer salia con su escoba el primero de todos, como si fuera un novicio. Cuando escribia alguna carta, iba luego á mostrársela al P. Rector, el cual como se encogiese y no la quisiese ver, teniéndole respeto como á Padre de todos, él le replicaba é instaba que la leyese, diciéndole, que él no era más que los otros.

En el Villarejo andaba como el más mínimo novicio, y cuando salian al campo, se ponia entre los demás, aguardando que el P. Ministro le señalase compañero, como le señalaba á los novicios: y diciéndole que tomase el que gustase, él respondia, que si no le señalaban compañero, no saldria al campo.

Pacientísimo fué en sumo grado así en las muchas y continuas enfermedades que tuvo (sin jamás hablar de sus achaques, sino cuando era preguntado, y esto sin exajeraciones, ántes las deshacia hablando con moderacion como en persecuciones y tribulaciones que le sucedieron, especialmente en los últimos años de su vida, por algunos que no gustaban de su gobierno. Y como se dice de Cristo que aprendió de lo que padeció, él quedó enseñado para consolar á otros afligidos, y tenia particular cuidado con los enfermos y preguntaba á todos de sus achaques, que dias antes habia sabido, como quien los traia presentes por el cuidado que le daban.

Llevando al Villarejo una vez dos novicios, llegó á Albalate, y como no hallase en el meson sino dos camas, hizo á los dos novicios que se acostasen en ellas, pareciéndole que iban cansados del camino, y él, con ser viejo y achacoso, pasó la noche en el suelo.

Estas y las demás virtudes que en este siervo de Dios tanto resplandecian, eran muestra del trato familiar que con Dios traia continuo, como lo enseñaba él á los otros. Decia muchas veces que el religioso que no tenia oracion más de la retirada en su aposento ó en la iglesia, que no merecia llamarse hombre de oracion, porque esta habia de ser perpetua en la celda, y fuera de ella, por la casa, calles y plazas. Y que la oracion retirada habia de servir de templar el alma, y encender el corazon para poder todo el dia conservar el buen temple y calor que de ella se sacó.

Y él hacia lo que á los otros aconsejaba, porque en todo tiempo y lugar, en todo género de negocios y ocupaciones, y hasta en las religiosas recreaciones que con los demás tomaba, guardaba siempre una compostura y gravedad tan religiosa y apacible, que mostraba estar siempre con actual atencion á Dios nuestro Señor, con quien estaba tan asido, que solian decir de él algunos que en lo que tocaba á las cosas de nuestro Señor, parecia agente natural determinado.

Tan inclinado estaba á todo lo bueno, y tan pendiente del gusto y voluntad divina. Reparó en esto una persona gráve y título, que con él trataba, y díjole: «Padre, una cosa quiero preguntar á V. P. y no me la ha de negar, porque deseo saberla, y es que me diga si anda todo el dia en oracion, pensando en nuestro Señor, y refiriéndole sus obras.» A esta pregunta no respondió nada, mas puso en el suelo los ojos, y con una modestia y empacho religioso, callando lo que se le preguntaba, y divirtiendo la plática, mostró lo que por su humildad queria con su silencio encubrir.

Mas para muestra de la continuidad y grandeza de su oracion, es bastante saber que por darse tanto á ella se le extragó de tal suerte el estómago, que en casi un año no pudo comer más de una escudilla de leche. Fuera de esto, estando en el Villarejo se recogió una vez como solia, á tener oracion desde las doce hasta las cuatro de la tarde, y fué tanto lo que nuestro Señor le llevó tras sí, que ni el ruido que hacian los novicios en sus oficios le inquietó para que la acabase, ántes se detuvo de manera, que á las ocho de la noche salió preguntando si el reloj habia dado las cuatro.

Comunicóle Dios en la oracion grandes sentimientos; descubrióle muchas verdades y cosas por venir y la gloria de algunas personas. Tuvo este siervo de Dios grande cuidado del alma de doña Francisca de Leon, fundadora del colegio de Belmonte, así en su vida como despues de muerta.

Tomó muy á pechos el encomendarla á Dios desde la víspera de la Ascension que se siguió á su muerte hasta la víspera de Pascua del Espíritu Santo, en que, estando él en su celda, se la mostró nuestro Señor hermosísima sobremanera, y con un semblante alegre se volvió hacia él haciendo demostracion de agradecimiento, certificándole que como le habia sido agradecida en vida, lo habia de ser en la muerte; y viólo por el efecto, porque aunque siempre habia recibido muchas mercedes de nuestro Señor, despues que estuvo en la Compañía, pero nunca tantas como despues de muerta aquella señora, de manera que se sentia por muy bien pagado por los servicios que le habia hecho.

De allí adelante no la encomendó más á Dios, ántes por muchos dias tuvo impresa aquella figura que no la podia echar de sí, y le forzaba á encomendarse á ella, que así paga Dios á sus siervos los servicios que le hacen.

No es maravilla en este siervo de Dios que tanto gustase de comunicársele Su Divina Majestad, porque era candidísimo y gustaba grandemente de los que vivian con llaneza y claridad, como con novicios, con los cuales era su contento y recreacion tratar. Por esta causa, cuando venia cansado de visitar la provincia, para descansar se iba al noviciado y tambien trataba familiarmente con los HH. Coadjutores.

Cuanto más asido estaba de Dios, más estaba despegado de toda carne y sangre; porque tuvo un despego de sus parientes muy parecido al de aquellos antiguos monjes. No se supo que hubiese ido á su patria desde que entró en la Compañía. Tenia una hermana en Madrid casada con un caballero, y con ir y venir á esta villa, nunca se pudo alcanzar de él que la viese. Quejábase de esto mucho la hermana á un Padre nuestro, con quien se confesaba: dióle palabra de llevársele con algun engaño la primera vez que hubiese ocasion, porque de otra manera le parecia no seria posible, por habérselo el Padre muchas veces pedido y sin fruto.

Sucedió, pues, que habiendo ido de Alcalá á Madrid el P. Luis de Guzman á negocios del noviciado, no hallaba compañero con quien salir fuera de casa; el Padre que confesaba á su hermana se ofreció á acompañarle, diciendo que él tambien tenia necesidad de salir, y que, si le parecia, podian irse juntos, y que, en acabando el Padre sus negocios, irian á hacer uno solo que él tenia.

Vino en ello el P. Luis de Guzman, y acabados los negocios que traia, acompañó al otro Padre, el cual le llevó á casa de su hermana. Entrando en una sala donde estaba ella, quedábase el P. Luis en unas sillas que habia junto á la puerta; díjole entónces el compañero: «Pase V. R. adelante, P. Luis de Guzman,» como oyó su nombre la hermana, fuése para él diciendo: Je-

sus, hermano mio, pues teníale yo de ver? ¿Está mi casa descomulgada? ¿Cómo tan tarde ha venido á ella?» El siervo de Dios, conociendo el engaño la dijo: «No tiene Vm. que agradecerme esta visita, porque por engaño me han traido, que de otra suerte en ninguna manera viniera.»

Otra vez, volviendo á Madrid, supo que su hermana estaba enferma, y la mañana que se habia de volver á Alcalá dijo por ella Misa, y viniendo un criado de parte de ella á pedirle la fuese á visitar antes de su partida, la respondió que ya habia sabido su enfermedad y la habia dicho aquella mañana una Misa, que para su alma en casa habia muchos Padres que la ayudarian mejor que él, y con esto no tenia necesidad de su visita, y luego se partió para Alcalá. Con todo eso el año de mil y quinientos y noventa y siete, sabiendo que estaba ya á la muerte, por la mucha importunacion, así de los de casa como de los de fuera, la fué á ver una hora antes que muriese.

III

Su celo y casos raros que le sucedieron.

Desde que este santo Padre se ordenó, puso Dios en su corazon un celo extraño de las almas, que cada dia crecia conforme crecia el amor que á Cristo (que las redimió) tenia. Cuando sabia de algunos distraidos, luego los buscaba ó hacíaseles encontradizo, y con mucha prudencia y blandura los ganaba para Dios.

Hubo de estos muchos testigos que en la Universidad de Alcalá fueron por él reducidos, y ya personas graves y en las letras insignes, reconocian la merced que Dios les hizo por su medio. Un doctor grave de Alcalá, entrando plática en una conversacion del P. Luis de Guzman, dijo con mucha reverencia y estima: «Este Padre es un grandísimo santo, muy prudente y grande hombre para ganar almas.» Y preguntado por qué decia aquello, respondió: «En tiempo de mi mocedad, siendo yo estudiante en esta Universidad, habia una camarada de estudiantes muy traviesos que traian alborotada esta villa, y no pudiendo la justicia remediarlo, aquel santo hombre, el P. Luis de Guzman, tomó á pechos el remediarlo, y para esto procuró tratar con uno de aquellos mozos insolentes, y poco á poco le persuadió á que se confesase.

El mozo, temiendo mucho la penitencia que sus pecados merecian, lo reusaba todo lo posible; pero, persuadido de las buenas y encendidas razones que el Padre le decia, se vino á confesar con él; en la confesion empezó á decir muchos y extraordinarios pecados, y de rato en rato volvia el rostro para

mirar al del Padre, y como le veia que ni le reñia ni mostraba rostro airado, sino que ántes lo animaba diciendo que otras cosas habia él oido peores en confesion, y que así, podia muy bien manifestar todos sus pecados, que no se espantaba él de ellos, sino de cómo no habia hecho otros mayores; con esto animado el penitente acabó su confesion, y esperando alguna terrible penitencia, el Padre le dijo que rezase cinco *Pater noster* y otras tantas *Ave Marías*, que él tomaba á su cargo la demás penitencia que sus pecados merecian.

Rendido y obligado con esto el mozo, se fué luego á los otros sus compañeros, y contándoles lo que le habia sucedido, persuadió á todos que se fuesen á confesar con el P. Luis de Guzman, y habiéndose con ellos el Padre blandamente, los ganó de suerte, que lo que no habia podido la justicia, recabó el trato blando y fervorosa oracion de aqueste Padre.

A este propósito viene otro caso que el mismo siervo de Dios contaba, que le habia sucedido en Alcalá. Habia allí un estudiante tan en estremo atrevido, que traia revuelta la villa, porque casi cada noche tenia pendencias con los alguaciles y otras gentes, por lo cual comunmente en la Universidad le llamaban el *Bachiller Nequitia*. Sucedió que un dia envió al Padre la obediencia á que hiciese una plática á las mujeres perdidas. Dióle nuestro Señor tanta fuerza y eficacia en sus palabras, y tanto sentimiento y ternura, que aunque al principio se reian y hacian donaire de lo que oian, tocadas despues de la virtud de Dios, comenzaron todas á llorar sus pecados y miserable estado con grande copia y abundancia de lágrimas, y de siete que eran las seis se apartaron de aquella mala vida.

Entre todas dió particularmente Dios nuestro Señor tan gran dolor de sus pecados á una de ellas que, yéndose el Padre á nuestra casa, ella, sin reparar en lo que dirian los que la viesen, se fué tras él dando gritos y voces, atravesando por toda la villa hasta llegar á nuestra casa. Vió aquel estudiante lo que pasaba, é informado del caso, tocóle tambien á él nuestro Señor: fuese otro dia por la mañana á nuestro colegio é hizo que le llamasen al P. Luis de Guzman, y llamado, casi riéndose le dijo: «Padre, dígame qué entremes era aquel de ayer tarde?; ¿por qué venia aquella mujer tras él alborotando el pueblo?»

Respondióle el Padre cómo aquella mujer venia á hacer cuenta con Dios y á confesarse, llorando sus pecados con deseo de enmendar su vida. Dijo entónces el estudiante: «Y Padre, ¿querrá V. P. confesarme á mí?» El siervo de Dios, que conocia ya con quién hablaba, por haberle dicho quién era, le dijo: «De muy buena gana haré yo eso; pero paréceme que para que Vm. lo haga con mayor fruto y satisfaccion y con el conveniente aparejo, será bueno

que se recoja aquí en casa por algunos dias á hacer los Ejercicios, donde podrá despacio y con quietud hacer la confesion que desea. Véngase acá al anochecer, que yo le tendré aparejado un aposento á propósito para ello.»

Vino el estudiante en lo que el Padre le dijo, dió la palabra de acudir á la hora señalada y cumplióla. Dióle el Padre los Ejercicios, y estando dándole el ejercicio de los pecados, ponderando la gran maldad, que es atreverse una cosa tan vil, como es el hombre, á ofender gravemente á la Majestad de un tan gran Señor como es Dios, puso en él los ojos, y vió que se demudó y trocó la color del rostro, y clavó los ojos en el suelo, y quedó tan otro del que antes era, que casi nunca de allí adelante alzó los ojos del suelo el que antes no sabia ponerlos en él.

Salió de los Ejercicios tan trocado, que pretendió con muchas veras entrarse en nuestra Compañía y lo alcanzó; pero hizo tantas penitencias y asperezas en el noviciado, que antes de acabarse se le estragó la salud de manera, que por órden de los médicos fué necesario salir, para ver si alcanzaba mejoría. Y vivió siempre con grande ejemplo de virtud y modestia.

A otros muchos redujo con su blando trato y comunicacion á la virtud: aunque algunos fueron despues por malas compañías pervertidos: contaré dos para escarmiento de otros. El uno fué un caballero muy principal de aquestos reinos, á quien sus padres habian enviado á Alcalá, y, para que aprendiese más virtud que letras, le encomendaron al P. Luis de Guzman, el cual le fué tratando y juntamente aficionando al trato con Dios nuestro Señor, de suerte que en pocos dias el caballero no se conocia, porque sus pasatiempos y gustos, que antes eran juegos, banquetes y otras amistades ménos buenas, las mudó en tratar del remedio de su alma, en confesar y comulgar, rezar su rosario y otras oraciones y trato de Dios nuestro Señor.

Acudia muchas veces á hablar al P. Luis, el cual, como le vió tan mudado, le cobró tanta aficion que le daba licencia para que hablase y tratase con los novicios: con ellos comulgaba y aun á veces acudia á oir las pláticas que el Padre les hacia. Entre estos ejercicios le dió nuestro Señor unos fervorosos deseos de entrarse en la Compañía, y habiéndola pedido con muchas lágrimas, el Padre le respondió que era necesario mirar muy bien lo que emprendia, poniéndole delante la dificultad de la vida religiosa y otros impedimentos que podria tener, y añadió que era menester dar cuenta á sus padres, porque, habiéndosele encargado, seria de mucho inconveniente el recibirle sin darles parte del negocio.

El mozo se deshacia en lágrimas alegando mil títulos y razones para que no le dilatasen sus deseos. Pero el Padre le iba animando y dándole algunas largas para encomendarlo á Dios nuestro Señor y pensar qué consejo toma-

ria. Algunos amigos de este caballero rastrearon de su trato y modo de proceder que pretendia ser religioso; dieron cuenta á su padre, el cual con grande enojo envió algunos criados suyos que por fuerza se le llevasen, y así lo hicieron con no poca pena del P. Luis de Guzman, el cual le escribió una carta dando larga cuenta de lo que habia pasado y reprendiéndole lo que contra nuestro Señor habian hecho; mas ellos sin hacer caso de esta carta ponian todo su cuidado en apartar al mozo de aquellos santos deseos, y despues de otros medios de que usaron, fué enviarle á Salamanca donde apénas estuvo tres meses, cuando se distrajo y sin saber quién, ni la causa, le hallaron una noche miserablemente caido en tierra, atravesado su cuerpo con muchas heridas, yerto, frio y sin alma.

Los padres, despues de haber llorado su desgracia, conocieron el castigo de Dios nuestro Señor. Escribieron una carta al P. Luis de Guzman, diciendo que ya (aunque á su costa) habian conocido el yerro grande que los padres hacen estorbando á sus hijos que no acudan al llamamiento de su Dios.

El otro fué que habia en Alcalá otro caballero semejante en los principios al pasado; aunque no le habia dado nuestro Señor deseos de ser religioso, pero sí se los daba muy grandes de servirle: por esta causa vino á la familiaridad con el P. Luis de Guzman que el pasado, hasta darle licencia para que, cuando quisiese, hablase con los novicios. Ofreciósele un camino muy grande al Padre, y con deseo de que con su ausencia no se le mudase aqueste caballero, le dió cuenta de su camino y le amonestó á que en ausencia suya fuese el mismo que cuando él estaba presente.

Para animarle más, le dió de nuevo la misma licencia que antes le habia dado, y le dejó encomendado á un Padre muy espiritual para que le ayudase y confesase entre tanto que él venia, diciendo que, si Dios no disponia las cosas de otra suerte, él estaria en Alcalá el miércoles de Ceniza siguiente. Fuese el Padre, y el demonio, viendo que ya se le habia ido su freno y aquel santo varon á quien él tenia tanto respeto, incitó á unos amigos suyos para que le apartasen del trato de la Compañía y entretuviesen en vanidades, lo cual acabaron con él, y de tal suerte que dentro de un mes ó poco más que el Padre habia faltado, acordándose que se llegaba ya el miércoles de Ceniza en que el Padre le dijo que habia de venir, y por otra parte mirando á su alma tan trocada que no la conocia, le dió una melancolía tan notable que sus compañeros se la conocieron.

Para quitársela, le ocupaban en ocasiones y tales cosas, en que no sólo se le aumentaba, pero su pobre alma se desfiguraba más cada dia. Fue tres ó cuatro veces á confesarse y, unas por vergüenza, otras por persuacion de sus amigos lo dejaba, hasta que el mártes de Carnestolendas temiendo la venida

del siervo de Dios se escabulló de sus amigos y fué á la Compañía, y preguntó por el Padre á quien el P. Luis de Guzman lo habia dejado encomendado. El demonio, viendo que se le iba de las manos, ayudóse de aquellos malos compañeros que tenia, los cuales no hallándole, sospecharon que estaria en la Compañía, y, como si le vieran en algun peligro de la muerte, así fueron allá para sacarle de él.

Llegaron á tiempo que habia enviado á llamar á su confesor, y le dijeron, que ¿qué aguardaba allí en dia de Carnestolendas? Respondió el pobre mozo: «Vengo á confesarme, que quizá con esto se me quitará esta pesadumbre y tristeza con que ando» en lo cual no andaba engañado, porque las mayores tristezas de los hombres son las que causan los pecados, y no hay medicina más cordial, que la de la buena conciencia. «Gentil melancolía (respondieron ellos) es la que ahora teneis; quitad de ahí que estais casi loco, y os acabareis del todo: en verdad que os habeis de venir con nosotros á holgar, y con eso se os quitará mejor aquesa melancolía, que para confesar, tiempo hay, mañana entra la Cuaresma, bueno y sano estais, no hay quien os apriete, venios con nosotros,» y juntamente le asieron y sacaron de nuestra casa, y se le llevaron por la villa.

Bajó el Padre muy contento, porque le tenia lástima, sabiendo la vida que traia; pero no le pudo hallar, y por señas que dió de él, le dijeron cómo otros mozos caballeros le habian llevado consigo. El Padre muy triste se volvió á su aposento. Al dia siguiente, miércoles, á mediodia, llegó el P. Guzman á Alcalá, y como traia al mozo en el corazon, la primera palabra que habló fué preguntar por aquel caballero. Hizo tanta instancia, que le dijeron todo lo que habia pasado: y luego juéves á prima noche le hallaron muerto en la calle, que llaman de los Escritorios, atravesado el cuerpo con una estocada.

Quiero juntar con estos otros dos casos, que el P. Luis de Guzman solia contar haberle acaecido camino de Madrid, bien terribles, y que muestran la ira de Dios, contra los que no se aprovechan de su misericordia. «Yendo yo (decia) de Alcalá á Madrid, y llegando junto á las viñas de Torote, salió á mi un hombre, que me pareció viñadero, y dándome uvas, me preguntó si era de Misa. Respondíle yo que sí. Díjome: Dios le ha traido por este camino, Padre, dese priesa y éntre por esa viña, y hacia aquella parte topará muriéndose un hombre, á quien se le llevan los diablos al infierno. Dicho esto pasó adelante, sin querer guiarme.

»Yo enderecé mi camino á aquella parte que el viñadero me enseñó, y habiendo andado un grande rato, oí unas voces lastimosas que mostraban salir de pecho muy atribulado. Quise darme priesa, mas, á pocos pasos, la cabalgadura en que iba se me espantó de tal suerte que tuve necesidad de

apearme, y atarla algo léjos de aquella parte, porque andaba por extremo inquieta. Luego caminé á pié hacia donde sonaban aquellas afligidas voces.

»Despues de haber andado largo rato, topé con un mozo, de edad á mi parecer de treinta años, alto y bien dispuesto, de rostro hermoso y muy bien vestido, que estaba tendido en el suelo, revolcándose en su sangre, herido de muerte. Yo le saludé, y la respuesta que me dió con grandes gritos, fué: ¡Ay miserable de mí! ¡Ay desdichado de mí! Vamos luego, vamos luego.

»Yo como le vi de aquella suerte, empecé con las mejores razones que supe á engrandecer la misericordia de nuestro Dios, diciéndole que con sólo confesar sus pecados, aunque fuesen infinitos, se los perdonaria. Y que pues nuestro Señor le habia hecho tan singular merced que en aquel desierto le habia deparado un sacerdote, que no perdiese tan buena ocasion. Y añadí que yo le confesaria de buena gana, y le ayudaria en su trabajo. Respondió, que en hora buena, que él se confesaria.

Lleguéme cerca de él, asentéme en el suelo, roguéle que dijese sus pecados; él en lugar de decírmelos, tornó á dar aquellos tristes gritos: ¡Ay miserable de mí! ¡Ay desdichado de mí! Vamos luego, vamos luego. Torné a hablarle y persuadirle que se confesase, prometiéndole, que en confesando luego cesaria su congoja. Cuando ya le tenia persuadido, en queriendo decirme sus pecados, luego se afligia extraordinariamente, y daba aquellas miserables voces.

»Tres horas ó más estuve allí con él, y jamás pude recabar de él me confesase sus pecados, hasta que delante de mis ojos, dando aquellas voces, y torciendo el rostro, y haciendo grandes gestos y visajes espiró, quedando el más feo y abominable que se podia imaginar.»

Añadia á esto lo que se sigue: «A la vuelta que hice de Madrid, me tope con unos labradores que tambien venian de Madrid en compañía; debian de ser, á mi parecer, panaderos, que habian ido á vender pan; vi que llevaban mucha grita y barahunda; llegándome más cerca, oí que iban diciéndose palabras tan feas y descompuestas, juntas con muchos juramentos, que estuve por detenerme, por no oir cosas tan abominables. Pero, pareciéndome que yendo yo con ellos en compañía se reportarian, dime un poco de priesa, y juntándome más, los saludé, diciendo: «Loado sea Jesucristo.»

»Quise trabar plática con ellos, pero la respuesta que me dieron, sin tener respeto á verme religioso, fué decirme mil palabras deshonestas y afrentosas; y procurando quietarlos, se irritaban más: yo les reprendí su mal término, amenazándoles con la ira de Dios; pero, viendo que gritaban y silbaban, y decian las mismas cosas que antes, y que no podia remediarlos, qui-

se siquiera apartarme para no oir tan sucias cosas; fuime deteniendo, dejándolos que caminasen, hasta que no los pudiese oir.

Apartéme, pues, como tres tiros de piedra; pero dentro de poco rato oí que levantaban un grande alarido, y que, apeados de sus cabalgaduras, se habian hecho una muela; yo temiendo algun desastre que les hubiese acaecido, dime priesa y hallé que uno de estos labradores habia caido del pollino en que iba; apeándome yo, llegué á él y procuré que me hablase, mas no hablaba palabra, ni daba muestras aun de que estaba vivo.

Tomé de aquí ocasion para reprenderles, dándoles á entender que habia sido aquel castigo del Señor por los juramentos y palabras que iban diciendo; pero, como si fueran unas bestias, así hicieron burla de lo que les decia, y subiendo en sus jumentos me dejaron, y se fueron continuando sus pláticas lascivas; solo se quedó allí uno de ellos, al cual rogué despues de haber aguardado más de una hora, que tomase aquel cuerpo muerto y lo llevase al lugar cercano, para que allí le enterrasen; así lo hizo, y yo me vine muy maravillado de los castigos de Dios nuestro Señor y de la insensibilidad que tenemos los hombres y cristianos.»

Diferente suceso fué el que tuvo el año de mil y seiscientos y uno un estudiante, de edad de diez y nueve ó veinte años, tan dado á galas y al vicio de la carne, que no sabia qué cosa era mirar los libros. Pocas veces iba á oir las lecciones, porque las malas compañías que tenia le habian trastrocado el juicio.

Una noche, entre otras, yendo á cumplir su mal intento con una mujercilla, al pasar por cierta calle se le puso delante una figura tan fea y espantosa, que le hizo espeluznar los cabellos; pero, como era algo animoso, pasó adelante, y volviendo la cabeza, vió que habia ya desaparecido; cobró ánimo, y por cumplir la palabra que habia dado, dióse más priesa por llegar á la casa que deseaba; cerca de ella tornó á ver aqnella espantosa figura, de lo cual cobró tal miedo, que, trasudando todo el cuerpo, se tornó con mucha priesa á su casa; cuando quiso entrar por la puerta, halló que estaba allí aquel monstruo que le amenazaba.

Fué tanto el sobresalto y espanto que le dió que, dando un temeroso grito, cayó en el suelo desmayado; al ruido salieron los vecinos y hallaron al mozo tendido como muerto en el suelo, perdidos los pulsos y tan desfigurado, que ya le juzgaban por muerto. Subiéronle á su cama, abrigáronle é hiciéronle algunos remedios, con lo cual volvió á su sentido, pero tan espantado que parecia no estar en sí.

Venida la mañana, se vino á la Compañía, y pidiendo por el P. Guzman, le contó lo que habia pasado y le pidió que le diese remedio para su mal. El

Padre le dijo que entrase á hacer los Ejercicios, y que él se los daria y le confesaria, y en ellos le declararia el Señor su voluntad. Entróse la misma noche, y Dios, por medio de las oraciones y consejos del siervo de Dios, le curó de tal manera que se resolvió de irse desde nuestra casa á meterse fraile Descalzo. El Padre, despues de muy encomendado á nuestro Señor, le dijo que aquello le convenia, y que él no sólo le recabaria el hábito, pero que tambien le acompañaria; y así lo hizo, yendo el mozo con el mayor contento que decirse puede á recibir el hábito, en el cual perseveró con vida muy ejemplar.

No le sucedió tan bien á un hermano de este santo Padre cuyo bien procuró con muchas veras. Deseó mucho que se recogiese á vida religiosa como él. Pidióselo á Dios nuestro Señor, y teniendo el mozo deseo de ello, tirábanle tanto las cosas del mundo que no habia remedio que se acabase de resolver á arrancar de él. Ponia el P. Luis los medios que le parecian necesarios para ello, animándole con el premio y amedrentándole con el castigo, si no respondia á la vocacion que Dios le daba; pero pudieron con él tanto las cosas y entretenimientos del siglo, que se resolvió á quedarse en él.

Díjole entónces el Padre: «Habeis escogido lo que era conforme al sabor estragado de vuestro paladar, pero vos vereis cómo antes de muchos años os sale al rostro, y el castigo que, por haberle dejado, Dios os envia.»

Sucedió en breve como se lo profetizó el siervo de Dios; porque, saliendo á un desafío con otro le dieron heridas mortales, de las cuales espiró; pero antes de morir, tomando la pluma y mojando en la sangre de sus heridas, escribió á su hermano una carta dándole cuenta de su desastrado fin y del castigo que Dios le habia dado por haberle dejado, no respondiendo á sus santas inspiraciones; acabó la carta diciendo que para mayor testimonio de la verdad del caso, y para que movido á compasion le encomendase más de veras á nuestro Señor, pidiendo le perdonase sus culpas, le escribia aquella carta, sirviéndose por tinta de la sangre que de sus heridas derramaba.

Fué muy insigne el don de discernir espíritus que Dios comunicó á este su siervo y la destreza en desenmarañar almas, deshaciendo los enredos con que las traia el demonio enredadas con color de santidad, de lo cual recibia el enemigo mucho pesar, como se verá por estos ejemplos. Vino una vez á nuestro colegio de Alcalá cierto hombre, bien necesitado de remedio, á buscarle.

Pidió por un Padre letrado y de mucho espíritu, que tenia de él necesidad; llamáronle al P. Luis de Guzman, y viéndole dijo: «Padre, mire si está despacio, porque si no lo está, ó yo me volveré, ó buscaré otro que lo esté.» El santo varon con aquella mansedumbre que solia, le respondió que estaba tan

despacio, que si era menester se estaria con él no sólo hasta la noche sino tambien hasta la mañana, y diciéndole algunas palabras blandas, le metió en una sala que sale al patio que llaman de Jeremías, por estar en una pared de ella pintado, donde le oyó un largo discurso de su vida y de muchas y varias visiones que habia visto, y entre ellas contó la que se sigue:

«Yo (dijo) estando una noche en una sala de mi casa acostado en mi cama, se me apareció un ángel de extraordinario resplandor, y despues de haberme hablado suavemente y con palabras amigables, me dijo que era el ángel del Señor, enviado para declararme su voluntad y tratarme muy familiarmente, descubriéndome sus secretos; porque Dios me queria á mí (aunque indigno) tomar para instrumento para reformar el mundo que estaba lleno de pecados; y en señal de que era esto así verdad, hizo aparecer allí en el aposento un sol y una luna, que daba tanta claridad cual suelen dar estos mismos planetas en el cielo.

»Estando en esto vi que entraba por la sala una vision infernal, y era una figura de muerte, de mayor estatura que de hombre, con unas uñas negras y tan largas, que parecian mayores que un palmo, entre las cuales traia una cosa negra, la cual la arrojaba por la sala, y, dando un grande salto, la recogió entre sus uñas apretándola, y daba tan temerosos gritos, que me ponia grandísimo pavor. Entre estas visiones, Padre mio, estaba tan lleno de temor y trasudando, que no podia valerme.

»En este tiempo el ángel que se me apareció primero tornó á venir y á decirme que no tuviese miedo de aquella fantasma que veia, que él era ángel del Señor y me libraria de ella, y que tuviese mucha cuenta, porque aquella horrible figura era el demonio que de envidia de lo que nuestro Señor queria hacer por medio mio, venia á engañarme para que se estorbase. Con esto desaparecieron aquellos dos ángeles, y quedé lleno de pensamientos y muy alterado.

»Este ángel del Señor se me suele aparecer en varias formas y figuras, y á veces me hablaba sensiblemente diciéndome que haga algunas cosas, y entre ellas me mandó que dos horas por la mañana y dos por la tarde tenga oracion en esta forma. Díjome que me pusiese de rodillas y que me dejase caer sobre los codos, y que, hecho esto, levantase los piés y las manos de suerte que no llegasen á tierra, y así estuviese el tiempo dicho, estribando sólamente sobre las rodillas y los codos, estando en esta postura con increible trabajo.»

El Padre le fué oyendo con mucho silencio hasta que acabó, y luego le habló de esta manera: «A mí me parece, señor, que así este ángel resplandeciente que se os aparece, como la voz que os habla, y aquella fantasma que

se os apareció, son demonios que se han hecho de gavilla para martirizar en esta vida aquel bulto negro que visteis en las garras del demonio, que es la triste de vuestra alma, y despues llevarla al infierno.»

Apénas acabó el Padre de decir estas palabras, cuando el hombre empezó á trasudar, y erizarse los cabellos, y mudarse de tal manera que el P. Luis de Guzman reparando en ello, le preguntó qué sentia; él le respondió: «Padre, aquella voz que otras veces me suele hablar, me está diciendo que os diga que mentís en todo cuanto me habeis dicho.» «El es el que miente (respondió el prudente varon) que como padre de mentiras no sabe decir verdad y esta es la que yo os he dicho.» Añadió el hombre. «Padre, díceme que si en testimonio de que es ángel de Dios, quereis que hable aquí en latin ú otra lengua de cualquier materia, lo hará sin dificultad alguna, y diciendo y haciendo, comenzó á hablar latin con una ligereza increible, tanto que el Padre se espantaba por ser el hombre sin letras.

El Padre le dijo: «Sólo esto bastaba para testimonio de quién él es, que el ángel bueno no ha menester ayudarse de estas pruebas para autorizarse, el demonio sí, que como es tan falto de lo bueno ha menester ayudarse de aquestas probanzas y testimonios en su abono, para probar sus falsedades por ser él tan ruin y miserable.» Estando en esto, comenzó á hablar del misterio de la Santísima Trinidad y del Santísimo Sacramento con tanta agudeza, propiedad y precision en las palabras, que segun decia el Padre, no habia oido cosa tan alta ni la pensaba oir, con lo cual se acabó de persuadir que hablaba por él el demonio.

Y le preguntó que dijese si acaso habia hecho alguna ofensa de Dios nuestro Señor que no hubiese confesado, ó si habia precedido algun pacto antes que tuviese aquellas visiones del demonio. El hombre respondió que no, pero sólo se acordaba que de una confesion habia salido muy escrupuloso, y no la habia tornado á hacer, aunque andaba muy desasosegado, y que poco despues le sucedió lo que habia referido.

Concluyó el siervo de Dios con decirle: «Estais muy necesitado de remedio, el cual os daré, placiendo á Dios, y cesarán estas visiones del demonio. Conviéneos mucho recogeros á hacer Ejercicios y una buena confesion, con que desaparecerán todos los demonios que os atormentan.» Hízolo el hombre y salió de los Ejercicios tan satisfecho y sosegado, que nunca más sintió ni vió aquellas visiones.

Otra vez, estando confesando el Padre, se llegó un hombre á reconciliarse con él una palabra para ir á comulgar; la palabra era que habia dejado un pecado mucho tiempo sin confesar, y que, aun habiendo estado á punto de morir y habiéndose confesado á esta causa, y recibido el Santísimo Sacra

mento, y juntamente, en recibiéndole, oido una voz que le decia: «Condenado vas,» no bastó todo para que confesase aquel pecado. Fuese el demonio poco á poco (dijo el hombre) apoderando de mí, que no me deja que haga cosa buena, porque si voy á visitar al Santísimo Sacramento, luego á empellones me saca de allí; si tomo el rosario, me le hace dejar y quita de las manos. No me deja encomendar á Dios, ni hacer obra de virtud.»

Todas estas cosas no las dijo el hombre así al principio de la confesion, sino el Padre con su prudencia y blandura se las iba sacando, y al fin le dijo: «Hermano, venios á la tarde que tengo que tratar con vos, y no comulgueis hasta haberme hablado, porque quiero que sepais que teneis necesidad de otro más largo, aunque fácil remedio.» Era esto en tiempo de Pascua de Resurreccion cuando se cumple con la Iglesia, y el hombre daba priesa que le absolviese para comulgar y decia: «¿Qué dirán, Padre, en mi casa, si ven que no comulgo?» El Padre le respondió: «¿Y qué dirán de mi en el cielo, si yo os absuelvo? Haced lo que os digo, que teneis gran necesidad.»

Al fin vino á la tarde, y le persuadió el Padre se recogiese á hacer Ejercicios, en los cuales hizo una confesion entera con satisfaccion de los dos, saliendo muy consolado. Ausentóse el Padre algun tiempo del colegio y, vuelto, topóle aquel hombre en la calle, y como le vió, se arrojó á sus piés, é hincado de rodillas, se los queria besar. El Padre le levantó y preguntó qué era aquello. «¿No se acuerda V. P. de un hombre que confesó tantos años ha? etc. El Padre le conoció. «Pues sepa (dijo) V. P. que desde entónces no he sentido cosa de aquello sino ántes vivo consolado y quieto con deseo de servir á Dios.» Y así se despidió de él.

Semejantes á este trajo nuestro Señor á sus manos otros casos para que con su discrecion apartase lo bueno de lo malo y diese el conveniente remedio á lo malo, y lo bueno calificase por tal. Yendo peregrinando, llegó á un pueblo donde, como le conocieron por de la Compañía, le trajeron una doncella que andaba fuera de sí, para que viese si estaba endemoniada.

Hablóla el Padre y supo de ella lo que contaré: «Yo tenia (dijo la doncella) gran deseo de limpieza virginal, y llevando una vez de comer á la gente que andaba labrando las heredades de mi amo, vínome una tentacion contra la castidad, y puesta en grande aprieto y afliccion, iba pidiendo á nuestro Señor favor para resistirla con grande ansia y lágrimas. Yendo yo de esta manera, vi ante mis ojos á Jesucristo puesto en una cruz, el cual me consoló y prometió librar de aquel aprieto en que me hallaba. Yo, hincada de rodillas, le hice voto de guardar toda mi vida castidad, y con esto muy consolada acabé mi jornada.

Di de comer á los peones, y, vuelta á mi casa, andaba y ando tan absorta

teniendo presente aquel sacrosanto crucifijo y la merced tan soberana que me hizo, que no acierto á hacer cosa que me mandan; porque todo cuanto habia de hacer lo hago al revés, por lo cual soy maltratada de mis amos de palabra y obra á cada paso. Pero nuestro Señor me ha dado á entender que me conviene pasar con mucha paciencia todos estos males, y ser tenida y estimada por una loca (como lo soy) y por esta razon no sólo callo á todo cuanto conmigo hacen mis amos, pero tengo particular gusto de padecer por Cristo nuestro Señor.»

Hízola el Padre algunas preguntas, y por los efectos conoció la causa; y así la dijo que todo cuanto le habia contado era de Dios, pues tan buen fruto sacaba de darle tan alto grado de paciencia; consolóla y animóla grandemente á que pasase adelante, porque Dios la queria bien y la haria mil mercedes, y así, la dejó consolada y alentada para padecer más por Dios.

Diverso suceso tuvo otra mujer de quien el P. Luis de Guzman solia contar, hablando contra las personas que no andaban con Dios en verdad, que pasando él por cierto pueblo de esta provincia, le dieron noticia de que en él habia una mujer de insigne santidad que casi todos los dias comulgaba, hacia otras muchas obras buenas y, lo que más les parecia, era que se arrobaba y enajenaba de tal suerte, que solia estar sin menear ni aun los ojos por espacio de siete horas en altísima contemplacion delante del Santísimo Sacramento.

Decíase que algunas veces la habian visto levantada del suelo en el aire, y otras cosas maravillosas.

«La mujer supo que habia venido allí un Padre de la Compañía, y deseosa de hablarme, me envió á pedir (así lo contaba el mismo Padre) que por amor de Dios me fuese á la iglesia, que tenia ciertas cosas que conmunicar conmigo. Yo lo hice, y habiendo estado algun tiempo hablando, eché de ver que no sólo no sabia qué cosa era oracion, pero aun temí que traia algun trato con el demonio.

»Para más certificarme y tambien para cogerla más claramente, le pregunté si en aquellas visiones y raptos que tenia habia visto alguna vez al espíritu tropológico. Ella me dijo que no habia oido semejante cosa. Yo la dije «Pues hasta tanto que viéredes aqueste espíritu, creed que estais en muy bajo grado.» Luego, el dia siguiente, habiendo dicho Misa, púseme á confesar allí en la iglesia, y la mujer se me llegó, é hincada de rodillas, me dijo que daba infinitas gracias á Dios nuestro Señor, que ya habia visto el espíritu tropológico que yo el dia pasado le habia preguntado si habia visto.

»Para más al descubierto declararle su necesidad, la pregunté qué figura tenia, y ella respondió un disparate; tomando de esto ocasion, la reñí áspera

mente amenazándola con la ira de Dios nuestro Señor, diciendo que habia entendido sus enredos y marañas, que volviese sobre sí, y lo que habia hecho hasta entónces con fingimiento lo enmendase con una confesion y con penitencia. Despues la hablé con más blandura, prometiéndola perdon de Dios nuestro Señor, pero no se quiso confesar. Salíme del pueblo, y, pasados cinco ó seis meses, supe que la habian castigado por bruja ó hechicera, pagando públicamente con deshonra la honra que con máscara de fingida santidad habia ganado.»

Semejante fin tuvo otra mujer que, engañada del demonio con las mismas ficciones habia sido avisada de él, que no tratase con el P. Luis de Guzman, que le descubriria sus enredos; tanto era el odio que le tenia: lo cual pasó de esta manera. Habia en cierta villa de esta provincia de Toledo una mujer engañada del demonio con falsas visiones y revelaciones. Esta fué á confesar con un Padre de la Compañía, al cual le contó lo que por su alma pasaba, y los regalos que el señor (al cual ella llamaba esposo suyo) le hacia.

Quedó el Padre temeroso de que aquellas no fuesen marañas del ángel de tinieblas, para engañar á su salvo aquella pobre mujer. Díjola que lo encomendase á Dios, y que él lo trataria con alguna persona espiritual que tuviese luz de nuestro Señor, para poder mejor encaminarla para gloria de Dios y bien suyo, porque él no se atrevia á resolverse tan presto en cosa tan grave, sin tomar consejo. Sucedió que en esta ocasion vino allí el P. Luis de Guzman. Fuese á él el Padre con quien aquella mujer se confesaba, y contóle todo lo que de ella sabia.

El siervo de Dios le hizo algunas preguntas á cerca del modo de proceder, estado y condicion de la mujer, y le respondió: «Padre, segun lo que yo he colegido de la relacion que V. R. me ha dado, esa mujer está ilusa, y todo esto ó se lo levanta de su cabeza, ó son marañas del demonio. Pero para mayor satisfaccion V. R. la haga que venga á tratar sus cosas conmigo, porque querria hacerla algunas preguntas acerca de la oracion y visiones, que de sus respuestas se echará de ver más claramente la verdad.»

Vino en ello el Padre, habló á la mujer, y díjola que aguardase en el confesonario, que él haria que viniese el P. Luis de Guzman á hablarla. La mujer, oyendo el P. Luis de Guzman, se alteró y dijo: «Eso no haré yo en ninguna manera, porque el esposo me ha dicho que ni por pensamiento me pase el tratar mis cosas con ese Padre, ni descubrirme á él; y así, no hay que hablarme en esto, porque es cosa que no me conviene hacerla, si quiero conservar la amistad del esposo, que ese Padre no debe ser amigo suyo.»

Procuró el confesor persuadirla con buenas razones lo hiciese, pero no pudo acabarse con ella. Dióle cuenta al Padre de lo que pasaba, el cual mo-

vido de compasion de ver engañada aquella pobre mujer, puso algunos medios para hablarla, sin que ella le conociese, pero no fué posible; y así, le avisó al confesor que mirase que todo aquello era embuste del demonio, y que, segun esto, la desengañase y reprendiese ásperamente, si no dejaba aquellas cosas, ó hablándola blandamente; y que si no bastaba esto para desengañarla, en ninguna manera la confesase, ántes la amenazase con el castigo que vendria presto sobre ella. Hízolo así el Padre, y no queriendo desengañarse la dejó, y en breve la azotaron públicamente, como el siervo de Dios lo habia dicho, descubriéndose cómo todas eran ilusiones del demonio y engaños de la mujer.

IV

Otras grandes virtudes y su dichosa muerte.

Tuvo con esto el P. Luis de Guzman una grande eficacia para persuadir á lo bueno, y disuadir lo malo á cualquiera que tomaba entre manos; porque, aunque no ejercitó el oficio de predicador, en las pláticas que á veces hacia así en las doctrinas como á gente seglar y religiosa, se echaba de ver que le habia dado Dios grande talento; porque, como con la luz del cielo tenia tomando el pulso á las cosas espirituales, y habia llegado á distinguir lo precioso de la virtud, de lo vil de los vicios; hablaba con tan vivas y fuertes razones, que ataba de piés y manos al que le oia.

Juntamente con la fuerza interior de la razon que ponia, era tanta la que exteriormente hacia, que una vez, haciendo una plática en la plaza de Belmonte en una doctrina, perdidas las fuerzas corporales, desmayó y fué menester traerle en brazos á casa. Y cuando en el colegio de Alcalá hizo los ejemplos tres ó cuatro años por cuaresma, húbolos de dejar, porque comenzó á echar sangre del pecho por la eficacia con que hablaba, y ayudaba el lenguaje que tenia puro y casto, más fuerte y bien significativo de lo que queria decir; lo cual hizo muy gran provecho en los que le oian, especialmente cuando contaba algunos casos que por sus manos habian pasado, como son los referidos.

En su gobierno guardó aquella blandura y suavidad que solian los Superiores antiguos de la Compañía, procurando más llevar por amor á sus súbditos con deseo de su bien, que no por temor. Era en su aspecto muy sereno y grave; mas la humildad suya é igualdad que tenia con todos en hablar, le hacia fácil y que todos gustasen de tratar con él. Cuando habia de hacer alguna cosa, la miraba mucho, y encomendaba á Dios, y determinándose

que convenia al servicio de Dios, y bien de la Compañía hacerse, atropellaba con todo el mundo, no bastando ruegos algunos para que la dejase.

Y aunque algunos por esta causa tenian sentimiento y quejas, mas ninguno se quejaba de él que lo hiciese sin consejo, ó por quererlos mal, ó por otras causas semejantes; sólo decian: «Hásele puesto en la cabeza que es servicio de Dios, y así, no será posible apartarle de ello,» echando la culpa á su mucha santidad. Así, cuando negaba alguna cosa daba tantas razones porque no se debia hacer, y con palabras tan blandas, que el que la pedia salia convencido de que convenia hacerse como se pedia.

Tenia por eminencia el secreto en las faltas de los súbditos, y en cosas que eran de su deshonor no hablaba de ellas ni zahiriéndolas á los culpados, si se enmendaban, ni mostrando menos confianza ni estima de los tales; por eso se decia que echarlas en él, era como echarlas en un pozo. Y si acaso entendia (como algunas veces acaeció) que alguno de sus súbditos andaba desconsolado y triste, pareciéndole que el Padre hacia ménos confianza, y tenia menos estima por faltas pasadas; procuraba hablarle con más gusto y familiaridad, poniéndole en ejercicios y oficios de confianza, por quitarle la ocasion, que de tal imaginacion el demonio suele sacar, para que se vayan de la Compañía y lo pierdan todo. Con este cuidado se animan á servir á Dios, y perseverar en la enmienda de su vida, y en la perfeccion de las virtudes religiosas.

Este amor y estima que de sus súbditos tenia era tan grande, que habiendo un Hermano hecho una falta grave por la cual merecia ser despedido de la Compañía, persuadido el Padre que estaba de ella enmendado, no sólo no le echó, mas le consoló y honró; y, ordenando nuestro P. General dos y tres veces que le despidiese, él replicó otras tantas, que fué cosa muy extraordinaria en este santo Padre, por ser tan obediente; pero hacíale hacer esto el amor que tenia al caido y el deseo de que perseverase, porque no le viniese tan grande mal, como es ser echado de la Compañía de Jesus á perderse.

Su ordinaria enseñanza, así en las pláticas generales como en particulares, consistia en dos cosas; en la observancia de las reglas y en el exámen de la conciencia. Persuadia con toda fuerza á que se leyesen cada dia las reglas y se entendiese la perfeccion que cada una pide para guardarlas. Decia que no pensase nadie que era cosa poca quebrantar una regla; porque, así como un caminante que no repara en salirse un poco del camino y luego otro poco, á pocas veces que no repare en esto, se hallará perdido el camino; y así como si á una nave se le hace un agujero muy delgado, aunque por él entre poca agua, si despues se hace otro y otro, á pocos ratos vendrá á hundirse; así

quien no hace caso de quebrar una regla y otra regla, presto saldrá de camino y vendrá su nave á hundirse en la mar y salirse de la Compañía.

Decia que la Compañía más ha menester hombres santos que letrados, y esto se habia de alcanzar andando uno ajustado con las reglas; y explicaba esto con un ejemplo: «Una pared, aunque sea de tierra, si va á regla y plomo suele subir mucho y fundarse en ella grandes edificios, pero si no va á regla, aunque sea de piedra, no sólo no se puede cargar sobre ella algun edificio, pero ni aun ella se puede sustentar á sí.» Por esto decia: «Un hombre de pocos talentos naturales, si vive conforme á sus reglas, aunque sean talentos de tierra, se pueden seguramente fundar sobre él los ministerios de la Compañía. Pero si uno es grande letrado, gran predicador y tiene otros talentos, si no se rige por sus reglas, ni él podrá sustentar los ministerios de la Compañía ni aun á él mismo, sin caer miserablemente.

Decia tambien que no cualquiera santidad, nacida de diferente espíritu, era buena para la Compañía; que más queria él un hombre con dos grados de santidad que se ajustase con sus reglas, que no otro con ocho que no se ajustase á ellas sino á otras diferentes, aunque fuesen buenas; y declarábalo con este ejemplo: «Si un caballero quisiese un dia salir muy galan, y para esto le diesen dos vestidos, uno de damasco hecho muy á su talle y medida y otro de brocado de tres altos, con muchos esmaltes y pedrería, pero tan ancho y tan mal tallado, que cupiesen en él dos cuerpos como el suyo, claro está que dejaria este por inútil y se vestiria el que estaba á su medida. Así decia, que el religioso de la Compañía, para salir adornado delante de los ojos de Dios, se ha de vestir con el vestido justo de sus reglas, y así será más provechoso para la Compañía que el otro santo, más de espíritu contrario ó diferente del de la Compañía.

Cerca del exámen tenia muchos sentimientos, los cuales dejó escritos en un libro que hizo sobre los Ejercicios de nuestro Santo Padre, lleno de erudicion y doctrina. Decia, que esta diferencia hay entre el exámen general y particular, que aquel siega las malas yerbas y descubre raíces; mas este va poco á poco arrancando la raíz de la mala yerba, tomándola una á una. Y con esto viene el hombre en poco tiempo á mucha humildad y santidad.

Decia que este exámen de la conciencia es el medio más eficaz que hay en la Iglesia de Dios, para ser un hombre en poco tiempo santo; porque, así como el ser uno buen hortelano consiste en tener en su huerta buenas yerbas y arrancar las malas, y esto no lo hace plantando todas las buenas juntas y arrancando juntas todas las malas, sino una á una; así con este exámen se van plantando poco á poco en el alma las buenas yerbas de las virtudes, y arrancando los vicios uno á uno, y á cabo de poco

tiempo se halla un hombre con todas las virtudes y la perfecta santidad que con ellas anda.

En esta materia no habia Tulio ni Demóstenes que tan bien hablase, por andar él tan versado y ejercitado en ella; pues los que le conocian y habian tratado familiarmente, decian que la santidad tan grande que tenia, la habia alcanzado con traer siempre con exaccion este exámen particular aplicado á nuestras reglas y modo de vivir. Personas hubo de mucha virtud y trato con nuestro Señor, que teniendo deseo de conocer algun grande amigo de Dios, cuales eran los de los tiempos antiguos, en conociendo á este Padre, decian tenian delante el cumplimiento de sus deseos.

En la muerte quiso nuestro Señor, aun en esta vida, honrar su mucha virtud; porque, habiéndole dado una muy recia enfermedad en Segura de la Sierra, la cual le tuvo tan al cabo, que le dieron el Viático, y tuvieron ya la Extremauncion en su aposento para dársela; le dió nuestro Señor salud para poder venir á Madrid, donde con más concurso de gente y más honra fuese enterrado.

Y fué así, que de una recaida de achaque de un corrimiento con dolor en un lado, murió á diez de enero del año de mil y seiscientos y cinco, recibidos todos los Sacramentos, con grande conformidad con la voluntad de Dios y alegría de su corazon, y con una paz y quietud tan grande, que parecia que otro se moria por él, y así trataba de su partida y muerte como si fuera no más que mudanza de un colegio á otro.

El dia de su entierro acudió mucha gente seglar y religiosa, con ser dia de trabajo, y gente noble que le conocia y estimaba mucho por su rara virtud. Hicieron el oficio los Padres de nuestra Señora de la Merced con mucha música. Hubo en su entierro mucho sentimiento, ternura y lágrimas. Acudieron á la sepultura algunas señoras que allí habia, y entre ellas, la duquesa de Gandía, que le tenia mucha voluntad y devocion, y le besó el pié y luego la mano, diciendo con lágrimas á las demás: «Este Padre, señoras, era santo; yo le he tratado y conozco muy bien, y era un grande santo.»

El dia siguiente al de su entierro los Padres de S. Agustin por vía de Convento vinieron á nuestra casa y pidieron licencia para hacer otra vez el Oficio de difuntos; agradeciéronselo mucho los nuestros, desocupáronles el altar mayor, y ellos le dijeron el nocturno y Misa cantada y responso. Despues de esto, en el noviciado, reconociendo lo mucho que le debian, no contentos con haberse hallado en su entierro todos, le dijeron otro nocturno con su Misa, responso y sermon, donde se dijo algo de lo mucho que de él habia que decir.

Murió á los sesenta y dos años de su edad y cuarenta y dos de Compañía,

y fué enterrado en la iglesia del colegio de Madrid, de la Compañía de Jesus, donde acabó su peregrinacion. Háse mostrado el Señor admirable por algunas reliquias de este su siervo, teniéndolas por tales algunas prendas suyas personas devotas, y concurriendo la divina Bondad á su devocion con algunas maravillas.

De este santo varon escriben las *Annuas de la Compañía;* y el P. Rivadeneira y P. Cristóbal de Castro dejaron escrita su vida, y hace copiosa memoria de sus grandes virtudes Felipe Alegambe en su *Biblioteca.*

P. NIEREMBERG.

H. FRANCISCO DIAZ

EL H. Francisco Diaz, Coadjutor temporal, fué natural de Tarancon, diócesis de Cuenca; floreció en el colegio de Alcalá hasta que murió de edad de treinta y dos años bien empleados desde los pechos de su madre, pues, estando en ellos, ántes de saber hablar ni pronunciar palabra alguna libró á su madre de la muerte milagrosamente; porque, habiéndose enojado su padre con ella, que era colérico y de terrible condicion, sacó un puñal y alzó el brazo para darle una puñalada; el niño dejó el pecho y alzó su manecilla como para recibirla, y le dijo: «¿Qué hace padre?» el cual se turbó con tan evidente milagro y extraño prodigio, y quedó admirado y enmendado.

Correspondió la vida de nuestro Francisco con sus principios, viviendo con gran virtud, la cual perfeccionó en la Religion, escogiendo la Compañía de Jesus para salvarse con más seguridad y ventajas que en la vida secular, aunque modesta y virtuosa. Hizo en el colegio de Alcalá el oficio de enfermero, y fué varon ejemplar en todo género de virtud religiosa; veneró las reglas como preceptos del Señor, guardándolas con toda puntualidad; fué muy penitente con extraordinaria alegría interior y exterior; con ella misma y con gran modestia y diligencia servia á los enfermos, á los cuales acudia con toda caridad en todas sus necesidades.

Sirva de ejemplo lo que hizo con un Hermano, que con poco tiento se habia hecho una herida en el párpado de un ojo, que por mal curado se le vino á poner muy hinchado y asqueroso y lleno de inmundicia, con grandes dolores del Hermano; llamaron entónces al H. Francisco el cual comenzó á lim-

piarle con un lienzo delgado, pero la herida y toda la parte estaban tan enconadas, que sentia grande dolor el enfermo, y, dolido el H. Francisco á compasion dejó el lienzo, y con la lengua con grande tiento y suavidad lo limpió perfectamente, y lo curó despues con mucha brevedad.

Con este y otros ejemplos semejantes tuvo muy edificados no sólamente a los de casa, sino á los médicos y cirujanos, y por esta caridad le tenian todos particular amor y le estimaban mucho, especialmente el Dr. Pedro García, catedrático de Prima de Alcalá, y despues médico de cámara de Felipe III, el cual hacia tanto aprecio de su diligencia y cuidado, y más de su caridad y virtud, que en sus enfermedades pedia al P. Rector se le diese para que atendiese y cuidase de su salud.

Tenia el H. Francisco grande trato interior con Dios, procurando no perderle de vista andado muy embebido en su presencia; y era fervorosísimo devoto de la Vírgen Santísima y de S. José su Esposo. Tenia por ayudante en su ministerio otro Hermano de mucha virtud, por la cual le amaba en el Señor grandemente, y estando los dos un dia del verano de 1604 en Jesus del Monte, le dijo el H. Francisco: «Hermano, no tengo un año de vida, Dios me quiere llevar para sí, este invierno moriré, y así, no hay sino que me encomiende á Su Majestad, para que me disponga bien para la cuenta;» díjole el Hermano: «No dé en eso, ¡qué melancolía!» Y él respondió: «No la tengo, sino que le dije lo que ha de ser, él lo verá.»

Vueltos á Alcalá prosiguió en su enfermería aun con mayor cuidado y caridad que hasta entónces. Dióle la enfermedad de que murió á los primeros de marzo; llevóle de comer su amigo que le ayudaba en la enfermería, y díjole que aquel negocio ya era acabado, como se lo habia dicho el verano pasado, y que el dia de S. José moriria, y preguntóle en qué dia caia; díjoselo el Hermano y añadió: «Pues ese moriré sin duda, no lo diga á nadie, encomiéndeme á Dios muy deveras, que este es el tiempo en que se han de ver los amigos.»

Vino por la tarde el Dr. Pedro García á visitarle, conoció la malicia con que entraba la enfermedad y comenzó á recetar: oyó al H. Francisco lo que decia y calló, y al salirse, le dijo que le queria hablar en particular, y saliéronse los demás, y díjole: «Señor doctor, pues tanta merced me ha hecho en vida, hágamela tambien en muerte. Esto que le dijere es para Vm. solo; yo me tengo de morir el dia de S. José, que la Vírgen (que está allí) me lo ha dicho (y señaló á una parte del aposento); lo que le suplico es, que no me aplique medicinas costosas de bebidas ni unturas, sino sangrías, ventosas y otras de poca costa, porque no han de ser de provecho, y es bien mirar por la pobreza y no gastar al colegio.»

Salió el doctor con las lágrimas en los ojos diciendo que aquel Hermano era un santo, y refirió lo que le habia pasado: fuéle apretando la enfermedad de manera que cuatro dias antes del de S. José, recibidos los demás Sacramentos le dieron la Extremauncion, y le echaron una ventosa sajada en el lado del corazon, último remedio para acabar con la enfermedad ó con la vida; pero la enfermedad se quedó en el punto en que estaba antes de la ventosa, con admiracion de los médicos y de todos, espantados que no hubiese hecho uno de los dos efectos.

Como los de casa le veian tan apretado y sabian habia dicho moriria el dia de S. José, les parecia que la revelacion no salia cierta; pero la enfermedad se estuvo en calma hasta la víspera de S. José en la noche, en la cual le velaban dos Hermanos á los cuales dijo se recostasen en un colchon que tenian, y que él avisaria en siendo necesario. En dando las doce de la noche el reloj, tocó él mismo una campanilla; acudieron los Hermanos y díjoles que llamasen al P. Ministro para que le dijese la recomendacion del alma, porque se moria; ellos replicaron pareciéndoles que no estaba tan malo, y que no era hora de inquietar la casa; díjoles que lo hiciesen.

Vino el P. Ministro, al punto se le dijo la recomendacion, y en acabándola espiró antes de la una de la mañana del glorioso S. José, habiéndole Dios guardado aquellos últimos cuatro dias para darle en qué merecer y cumplirle los deseos que tenia de morir el dia del santísimo Esposo de su Madre y Señora nuestra, en 19 de marzo de 1605.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Alonso de Ezquerra.

P. NIEREMBERG.

H. FRANCISCO MORENO

I

La vida del fiel siervo de Dios, H. Francisco Moreno, es un claro espejo en que podrán mirar los HH. Coadjutores la perfeccion de su estado y las virtudes en que más se deben esmerar. Era este devoto Hermano varon verdaderamente santo y mortificado, el cual nació en la villa de Caceres en el obispado de Coria. Tuvo por padre un excelente maestro de es-

cuela; y así, deseó encaminar á su hijo por los mismos pasos; y aunque nuestro Francisco hizo notable resistencia, el Señor (que se queria servir de él tan aventajadamente en este ministerio) permitió le saliese en vano una pretension del mundo, que con ansias deseaba; con lo cual se dedicó á esta ocupacion en la ciudad de Segovia, acudiendo siempre á una muy observante Religion á tratar las cosas de su alma; mas no hallando una vez por la mucha priesa de confesiones el buen despacho que deseaba, acudió á la Compañía de Jesus, donde con la suavidad de los nuestros llenó las medidas á sus deseos, diciendo en su corazon: «Esta es la gente con quien me conviene tratar.»

Gustaba á los veinte y cinco años de su edad andar bien vestido y tratar con gente noble. Su ordinario juramento era entónces: «Así me dé Dios lo que deseo como no sea ser religioso, aunque de esto seguro estoy;» mas no sucediéndole las cosas segun su deseo, pidió á nuestra Señora le trocase el corazon y tuvo efecto su oracion, porque el dia siguiente, á la misma hora, se sintió tan trocado que lo que nunca pensó, pidió la Religion de Sto. Domingo, donde tenia un hermano bien estimado en ella, con intento de estudiar para ordenarse; mas no hallando quietud en estos deseos, se los dió el Señor de entrar en su Compañía donde fué admitido. Y aunque deseaba primero estudiar, persuadido de los nuestros que no dejase resfriar sus buenos propósitos, él se rindió á servir á Dios en estado más humilde.

Entróse religioso con tal edificacion que movió de tal manera á una ama que tenia, que hizo una rara conversion, viviendo de allí adelante como una santa. Comenzó el novicio con el fundamento de los Ejercicios de la primera semana á concebir de sí gran desprecio; y para apoyar este fervor, le duró todo el tiempo de su vida confesarse de las cosas más afrentosas que por él en el mundo habian pasado con notable confusion.

Comenzó el demonio á acosarle con una molesta tentacion, cómo habia entrado por lego; mas él despues de mucha oracion y disciplinas hizo instancia al P. Rector del colegio de Segovia le concediese, para alcanzar victoria de esta tentacion, alguna mortificacion pública; y así, salió por las calles con unas calzas seguidas, y con un juboncillo verde y con una espuerta al cuello, pidiendo limosna. Otra vez fué tambien en calzas y jubon por las principales calles de la ciudad con un caldero para traer agua de la fuente, oyendo muchas injurias, diciendo algunos se habia vuelto loco, deteniéndose de propósito el siervo de Dios para que le despreciasen más.

De estas y otras trazas solia usar para vencerse; mas pagóle nuestra Señora estos deseos con mostrársele muy afable en su corazon, diciéndole una vez: «Yo seré tu Madre y te ampararé,» y desde este punto hasta el último de su vida la tuvo cordialísima aficion. Ejercitóse con gran fervor y humil-

dad en la cocina y en cavar la huerta, con tantas ansias de tener oracion, que no pensaba ni trataba en otra cosa sino cómo pudiera hacer entrega total de sí á Dios nuestro Señor. De Segovia fué enviado á la Casa de Probacion de Medina del Campo donde le cargaron de oficios, haciéndole cocinero y despensero, y acudiendo él á tantas cosas, que llegó á molerse de manera que todos los huesos del cuerpo le dolian; pero el siervo de Dios estaba tan contento con su trabajo y tan deseoso de mayores mortificaciones, que decia era para él aquel trabajo de la Religion un nuevo paraíso, y que no la hallaba cosa pesada.

Enviáronle luego á Salamanca, aunque con mucho sentimiento de los religiosos de Medina por el virtuoso ejemplo que les daba, el cual aumento mucho en el colegio de Salamanca, donde pidió para mayor mortificacion suya, que si habia heredades, le enviasen á cavar en ellas; mas hiciéronle enfermero donde trabajó más que si todo el dia estuviera cavando. Madrugaba cada mañana y tenia cuatro horas de oracion, sin la que otros ratos añadia; porque le vino devocion de tener por cada uno de los que habia en el colegio una hora de oracion, de la cual tenia una hambre insaciable. Y aunque acudia al servicio de los enfermos era con tanto recogimiento y tan empapado en devocion y tan unido con Dios, que todo el dia estaba orando con grandes júbilos, consuelos espirituales y coloquios tiernos con Dios.

Entre otros regalos del cielo que le hizo nuestro Señor, una mañana le levantó á una altísima contemplacion en que le comunicó tan grande conocimiento de su ser infinito que quedó fuera de sí, espantado y atónito de la grandeza de Su Divina Majestad, lo cual le duró por más de cuarenta años, ó por mejor decir, toda su vida; y á los principios fué tan vivo, que le hacia correr por la casa para todas las cosas de obediencia, y, no cabiéndole en el pecho su secreto, le forzaba á dar muchos suspiros porque se le abrasaba el corazon de amor de Dios, y, por más fuerza que se hacia, no podia encubrir la llaga que tenia su alma.

Otra vez, estando haciendo una cosa de gusto, le mandó el Superior que hiciese otra de mayor mortificacion. Obedeció con grande presteza y alegria, y pagóselo nuestro Señor de contado; porque, yéndola á hacer, fué arrebatado en espíritu de tal manera, que le pareció que estaba en el tercer cielo como S. Pablo, dándole nuestro Señor á entender que aquel favor habia sido en premio de la buena voluntad con que habia obedecido. Otro rapto tuvo tambien por el mismo tiempo, en el cual pasaron por su alma tales cosas que no las podia explicar lengua humana. Durábanle estos raptos media hora ó una entera, con los cuales andaba tan animado para servir á Dios, que deseaba padecer por su amor grandes tormentos y trabajos, con

mayor sed de la cruz de Cristo, que el ciervo acosado tiene de la fuente de las aguas.

Parecíale que todo el rigor y penitencia de la vida religiosa no era nada para sus grandes ansias; y así, recabó con el P. Provincial que, fuera de los Superiores, le señalase otros dos Padres que tuviesen cuidado de mortificarle cuanto pudiesen; y el dia que alcanzaba que le diesen una reprension pública que durase todo el tiempo de la comida de la comunidad, estaba como en la bienaventuranza de contento y alegría. Aconteciόle tener que acudir él solo á catorce enfermos, sin parar todo el dia de hacer los varios medicamentos, ni tener tiempo para descansar un punto de dia ni de noche, sino es cuando se iba á recoger á la una de la noche, levantándose antes de amanecer.

Su ocupacion y caridad era tan grande, que por dar recado á todo le era fuerza andar saltando las escaleras y corriendo por la casa; por lo cual le daban tambien buenas penitencias, que para el siervo de Dios eran su mayor regalo. Todo este trabajo y cansancio decia que era para él cama de rosas, y ántes procuraba añadir más que quitar, tomando á su cargo el acudir á otros Padres achacosos y hacerles las camas y otras cosas que habian menester. Y al P. Ministro le pedia que, fuera de sus oficios y ocupaciones ordinarias, le tuviese siempre guardada alguna cosa que hacer de mayor mortificacion.

Andaba tan deseoso de trabajar y tan lleno de amor de Dios, que para desahogarse se iba al Superior y le decia, como quien padece una grave enfermedad: «Padre, que me abraso,» deseando que le mortificase más y diese mayor pasto á la grande hambre que tenia de padecer por su Dios. Y como el Superior no le diese el alivio que buscaba, él procuraba mortificarse cuanto podia, y así, lamia la podre y chupaba la materia y salivas sangrientas de los enfermos, y se enjuagaba la boca con hieles y otras cosas asquerosísimas.

Llenábase las espaldas de cosas que le punzasen y hacia otras grandes mortificaciones, como era revolcarse todo desnudo en espinas y otras matas que le lastimaban y rasgaban las carnes. Salia con ásperas disciplinas al refectorio; otras veces quitada la sotana y encorozado y tiznado, con otras invenciones que le hacia hacer la fuerza de su amor, y al juicio y prudencia humana parecieran indiscrecion. Era tanta la instancia y el ansia con que pedia estas mortificaciones, que se las concedian los Superiores sólo por desahogarle algo y dar algun refrigerio á su corazon tan ansioso de mortificarse.

Leia juntamente delante de todos largos catálogos de sus faltas, diciendo de su vida cuanto le podia causar confusion y vergüenza, pero sin exceder los límites de la decencia, teniendo por gloria ser despreciado y tenido en poco. Traia ordinariamente sotana parda y la más vieja y descosida de la

casa. Otro tiempo anduvo con una vestidura leonada, sin quitársela, aun cuando tenia las llaves de la portería. Si alguna vez le mandaba el Superior ponerse algun vestido mejor para salir fuera, era tanta la pena que le daba, que como quien ha comido una cosa que no le asienta en el estómago no descansa hasta echarla de sí, así él no descansaba hasta quitarse aquel vestido, importunando á los Superiores le descargasen de aquella cruz y tormento.

Y no sólo en casa, pero por la ciudad hacia otras públicas mortificaciones. Venia cargado de cuanto compraba en la plaza. Llevó por medio de las escuelas una acémila cargada de harina, aguijoneándola y dándola muchas palmadas delante de los estudiantes que más le conocian, porque era conocido de muchos por haber sido discípulos de escribir de su padre. Otras veces fué hasta el rio tras unos carneros que se habian perdido, y los volvió á casa con mucho trabajo. Iba tambien en cuerpo por un cántaro de agua á la plaza, donde se detenia de propósito para ser más notado y escarnecido, como lo hizo en Segovia.

Corríase que hubiese en el mundo otro que se mortificase y trabajase por Dios más que él; porque, así como queria amar á Dios más que ningun hombre del mundo, así queria padecer y hacer más por Dios que hombre nacido; por eso, cuando veia á los otros Hermanos que eran muy fervorosos, se animaba tanto con su ejemplo, que se quisiera deshacer por Jesucristo. Y porque en aquel tiempo habia Hermanos muy santos y fervorosos en aquel colegio, era cosa rara cómo se encendia él más y crecia á palmos.

Entre otros habia un Hermano tan callado que no hablaba en todo el dia, y en nueve años arreo no habló una sola palabra que no pidiese á Dios primero licencia para hablarla.

Otro habia que su ordinaria oracion era cada dia de cinco á ocho horas siempre de rodillas. Otros habia dados grandemente á la oracion y favorecidos en ella de nuestro Señor con muy particulares favores, principalmente uno, que todo era silencio, obediencia y oracion, el cual tenia mucha conversacion con los ángeles y visitas del cielo, de Cristo y su Madre Santísima. Y otro cuya contemplacion era tan alta, que le vieron muchas veces levantado del suelo. Era hombre de gran silencio, caridad y trabajo; porque en todo el dia no paraba ejercitándose en obras de caridad; y cuando veia que algun Hermano estudiante estaba ocupado en alguna cosa manual ó de trabajo luego él con gran caridad se la quitaba de las manos, diciéndole: «Hermano mio, yo haré eso y él váyase á estudiar, no pierda tiempo aquí.»

Estaba hecho un cielo aquel colegio; no se oia en él entre dia una palabra sino sólo suspiros del corazon, anhelando todos por lo eterno, encendidos todos en amor de Dios y deseos de trabajar mucho por él. Con tales ejem

plos se encendia tanto el H. Francisco Moreno, que no habia para él cosa de trabajo que le pareciese mucho; y fuera del que él se tomaba y los Superiores le daban, como veia nuestro Señor que tenia su alma capacidad para mucho y su hambre no se satisfacia con poco, le dió á beber su cáliz lleno, permitiendo al demonio le afligiese con escrúpulos penosísimos y molestas tentaciones, y juntamente le quitó la salud y le llenó de muchos achaques, para que por todas partes padeciese.

Ocasionáronsele en gran parte de su excesivo trabajo y penitencia; y particularmente porque, entre otras cosas con que condescendió el Ministro del colegio á sus fervorosas instancias de que le mandase mucho, fué una que le mandó limpiar un corral que estaba todo lleno de estiércol podrido, en lo cual gastó muchos dias recibiendo el mal olor que despedia; con lo cual vino a tener la cabeza tan perdida que no podia tener oracion, que fué lo que más sintió el siervo de Dios.

La vida que pasaba era un perpétuo purgatorio, padeciendo interior y exteriormente grandes penalidades. Vino á estar de suerte, que habiendo de recogerse á Ejercicios espirituales para hacer los votos; ni de rodillas, ni sentado, ni echado podia tener oracion, y andaba como rodando por el suelo, presentando á nuestro Señor sus llagas, sin poder tener más oracion que esta y sin haber sentido en su alma consuelo alguno, hasta que, al cabo de ocho dias de Ejercicios, queriendo salir de su aposento, puso los ojos en un crucifijo pidiéndole perdon de sus pecados y que usase con él de misericordia.

Respondióle Cristo con gran dulzura, diciendo: «¿Pues para qué me puse yo en esta Cruz, sino para amarte, y perdonarte, y remediarte?» Con este favor quedó tan animado el siervo de Dios, que le parecia poco cuanto habia hecho y padecido por un Señor tan bueno, que así se mostraba blando y amoroso con los que le servian; y aunque se le acrecentaban cada dia más sus penas y achaques, no por eso desmayaba un punto.

Hízosele en un pié una llaga muy penosa, que le dió que penar por quince años. Padecia grande estrechura de corazon, y mal de la cabeza, y unos muy penosos resfriados, y otros muchos achaques, y con todos ellos acudia a sus oficios, como si estuviera sano, pasando en todo con el rigor de la Religion, y levantándose siempre á su oracion de la mañana, aunque no hubiese dormido en toda la noche y hubiese pasado grandes dolores, tomando de la misma manera sus disciplinas ordinarias, y haciendo otras penitencias como el más fuerte del colegio, y trabajando con el mayor fervor que podia.

Acontecíale haber pasado las noches de claro en claro sin dormir, y tan turbado de la cabeza, que le parecia que todo el mundo se queria acabar, y hacer un frio intolerable como suele hacer en Salamanca, y en tocando á le-

vantar, ponerse en un momento en pié y acudir á su oracion á presentarse delante de Dios, como solia, en lo cual sólo hallaba descanso contra sus males y contra el demonio, que claramente era el que se los aumentaba y perseguia de muchas maneras.

Una vez se revistió en el cuerpo de un rocin que estaba paciendo en el campo, y, pasando el Hermano por el camino, acometió á él como un leon, con una furia y rabia que parece le queria hacer pedazos, sin poderlo estorbar los que iban en su compañía, y levantándose la bestia en dos piés muy derecha como si fuera hombre, poniendo su cara junto á la del Hermano, que iba a caballo, comenzó á barbearle, y como reprenderle diciéndole, como lo sentia en su corazon el H. Francisco: «Vos ¿por qué no quereis consentir en esta tentacion que ha tantos años os traigo?» estándose el rocin en aquella postura y gesto muy largo tiempo, al cabo del cual descargó tantas coces en el siervo de Dios, que le pareció le habia hecho pedazos una pierna; hasta que el santo varon le echó de sí con una imprecacion, con que le mandó ir de allí como maldito, y al punto arrancó á correr la bestia á toda furia, dejándole bien maltratado.

Cargaron luego sobre el siervo de Dios tantos males, así del cuerpo como tribulaciones del alma y tanta flaqueza de fuerzas, que no sabia qué hacerse, ni cómo pasar adelante; porque estaba tan debilitado que ni una paja le parecia podia alzar del suelo, ni habia otra esperanza sino irse á su tierra para que con los aires, libertad y regalo tomase algunas fuerzas.

Sentia esto el devoto Hermano mucho, y así, acudió á un crucifijo que tenia, y tomándole en las manos como para despedirse de él, le miró aquel amoroso Señor con ojos de tanta piedad y clemencia, que resolvia los suyos el H. Francisco en copiosas lágrimas, dando tantos suspiros que parece se le arrancaba el corazon, y luego allí de repente le fueron restituidas todas sus fuerzas enteramente, y se sintió tan aliviado y animado como si le hubieran quitado alguna pesada carga de sus hombros, de suerte que ya no fué necesario hacer aquella jornada: de esta manera le consolaba el Señor en sus mayores aflicciones.

Hiciéronle cocinero por aliviarle alguna cosa del trabajo de la enfermería, aunque para el fervoroso Hermano no habia mayor alivio que trabajar mucho en la casa de Dios. No fueron ménos los regalos que nuestro Señor le hizo en esta ocupacion, en la cual tuvo muchas visiones imaginarias del Niño Jesus, el cual le venia á ayudar á hacer el oficio cuando estaba más ocupado y él se ocupaba de muy buena gana, porque se solia estar solo fregando toda la tarde con arena todas las cosas de la cocina, porque estuviese todo limpio.

Por este mismo tiempo, para probar todo género de mortificacion, hizo una

larga peregrinacion á nuestra Señora de la Peña de Francia, la cual hizo guardando grande silencio con su compañero, estando siempre en continua oracion, padeciendo gravísimas incomodidades de tiempos lluviosos y recios temporales, pidiendo limosna de puerta en puerta, la cual era bien moderada; pero el Señor no se olvidaba de consolar á su siervo en el tiempo del mayor desconsuelo de las cosas temporales.

Llegando á un lugar, todo mojado, y hecho un agua, y traspasado de frio sin haberse desayunado, habiendo dado vuelta á todo el lugar, no habiendo allegado el menor refugio del mundo para remedio de algunas de estas necesidades, se volvió á la iglesia alegre en su interior con este buen despacho, agradeciendo á su Dios que le trataba tan como á hijo con tantos trabajos; mas el Señor no faltó como Padre al que en los trabajos se tenia por su hijo; porque á deshora entró en la iglesia una mujer venerable y anciana, y dijo al Hermano y á su compañero: «Ea, Padres, vengan, que ya está aderezada la cena, hecha la cama y encendida lumbre.»

Dió el siervo de Dios muchas gracias al Señor, por la singular providencia que de ellos habia tenido. Semejante á esta fué la que nuestra Señora tuvo de él en otra peregrinacion que hizo á Guadalupe; porque en medio de un desierto, faltándole totalmente las fuerzas, pidió con grande confianza á la Vírgen Santísima le socorriese como Madre y como tal le acudió, pues, levantando los ojos, vió á un pastor que ofreciéndole de comer, de que él más necesidad tenia, le confortó y recreó.

En la misma peregrinacion habiendo tenido una recia calentura, quedó tan desganado, que no arrostraba á viánda ninguna, sólamente le vino al pensamiento una cosa que le pareció la comeria de buena gana. Apénas llegaron al lugar, cuando luego salió un caballero que les convidó que fuesen á comer á su casa. Llevólos allá casi por fuerza, donde les hizo grandes regalos y caricias, y lo primero que dió al H. Francisco Moreno, fué un hermoso plato de aquella comida que sólamente habia apetecido, por lo cual dió muchas gracias á nuestro Señor.

II

Siendo maestro de escuela hace singular fruto en los niños.

Desde el colegio de Salamanca fué enviado el H. Moreno á Villarejo de Fuentes, en la provincia de Toledo, para que en aquel lugar ejercitase su oficio de maestro de escuela; porque pedia uno el fundador de aquel noviciado a quien debia mucho la Compañía. Y con estar el fervoroso Hermano cargado de achaques y males, vino á pié pidiendo limosna.

Iba todo el dia en profunda oracion por los caminos, comunicándole nuestro Señor tantos sentimientos divinos, que no los podia abarcar su capacidad humana. Y así, algunas veces, para desahogarse, iba dando con el báculo á las yerbas, ramas y piedras diciéndoles: «Callad, criaturas de Dios, no me deis tantas voces;» porque eran tantas las grandezas divinas que le enseñaban todas las criaturas, que no podia con ellas la flaqueza de su cabeza.

En este camino se encontró con el P. Bartolomé de Sicilia que á la sazon era secretario del marqués de las Navas, el cual, habiendo sido su discípulo, en agradecimiento del beneficio recibido, le hizo él otros de regalo para su camino, y, por estar ocupado, á la partida le dejó dicho á un criado le dijese en su nombre, que en el cielo sin falta se verian. Cavaron tanto estas palabras en el pecho del secretario, pareciéndole que si habia de llegar al cielo como el H. Moreno habia dicho, no era buen camino el que llevaba; y así, se resolvió de ir al colegio de Alcalá, donde hizo tanta instancia, que tambien fué admitido en la Compañía por las santas oraciones del H. Moreno, el cual llegó al Villarejo donde comenzó á ejercitar su oficio con tanta medra de los niños, que preguntaban algunas personas, admiradas de su modestia y compostura, si aquellos niños se criaban en la misma Compañía.

No sólo se extendia su caridad á los niños, pero á todos los del pueblo; y como, por ser gente labradora la de este lugar, no pudiesen acudir de dia, sacó licencia para tener las noches de Adviento y Cuaresma escuela, y creció tanto con esto el número de discípulos, que algunas veces se contaban trescientos y cincuenta hombres, entre casados y solteros, y despues de una platica espiritual, los enviaba consolados á su casa.

Este oficio de maestro de escuela ejercitó todo lo restante de su vida en la provincia de Toledo en varios colegios; en Villarejo, donde estuvo tres veces y vino á morir; en Huete, en Segura y Caravaca, teniendo en todas partes la misma estima de santidad y haciendo grande provecho en chicos y grandes, lo cual todos reconocian, y así, le amaban grandemente.

Fué verdaderamente escogido de Dios para aqueste oficio; y así, aunque al principio estaba tal que no tenia cabeza ni fuerzas para lidiar con tantos muchachos, y parecia imposible por sus grandes achaques el pasar adelante, se halló de repente, cuando ya lo habia de dejar, con tantas fuerzas y ánimo, que lo prosiguió toda la vida con singular eminencia. Estaba muy persuadido de cuánto fruto é importancia era instruir á los niños en sus tiernos años antes que el demonio y mundo sembrase su cizaña, en todo género de virtud y santidad y temor de Dios; y así, puso en esto maravilloso cuidado é imprimiaseles á los niños lo que les decia, que sin vergüenza pudieran ser ellos maestros de otros que se tienen por más aventajados. Sabia guisar el manteni

miento espiritual con suma dulzura, y así, les entraba en provecho á los niños.

Algun tiempo le molestó el demonio con tentaciones de impaciencia que le dieron mucho cuidado, y pedia á nuestro Señor se las quitase. Hízolo nuestro Señor cuando ménos pensaba y con un modo muy regalado, porque sintió una vez que le dieron en el pecho un golpe y que le metian dentro alguna dádiva, con lo cual se alegró sobremanera su corazon, y se halló desde aquel punto totalmente trocado, sintiendo de allí adelante una grande suavidad, gusto y amor en el trato con los niños, con una nueva luz de lo mucho que Dios los quiere, y un deseo entrañable de encaminarlos al cielo y trabajar con ellos hasta la muerte.

Procuraba grandemente aficionar á los niños á la devocion de la Vírgen gloriosísima nuestra Señora, y que desde estos años la tuviesen por Madre y amparo; y tal impresion hacia en ellos la fuerza y espíritu con que el buen Hermano se lo enseñaba, que niño hubo, entre otros, que desde las ocho de la noche hasta las diez estaba todas las noches rezando rosarios á nuestra Señora.

Otro niño tanto se aficionó á la devocion de la Vírgen, que algunas veces le hallaron abrazado con la imágen de nuestra Señora, llorando con tan grande fuerza, que parece le salian de los ojos dos arroyos de lágrimas; y preguntándole por qué lloraba tanto, respondió que acordándose de las lágrimas que la Vírgen Santísima derramó en la muerte de su Hijo: y ninguno de estos niños pasaban de diez ó doce años.

Otro niño se estaba las horas enteras delante del Santísimo Sacramento, y eran tantas las horas, que no acudia por ello á las lecciones de la escuela; azotóle el siervo de Dios porque no venia con tiempo, á lo cual respondió el niño: «Pues Padre, si estoy rezando, ¿cómo tengo de venir?» El santo varon le decia: «Yo no te azoto porque rezas, sino porque no vienes á tiempo.» Despues de salido de leccion, iba el devoto Hermano (como tenia de costumbre) á visitar el Santísimo Sacramento, y hallaba ya al muchacho puesto en oracion, aun cuando acababan de azotarle.

A otro niño de tal manera se le pegó la devocion de nuestra Señora y de hacer el exámen de la conciencia cada noche delante de alguna imágen suya, que viniendo su padre, que vivia fuera de aquel lugar á verle, como le llevasen aquella noche á su posada, ya que se querian recoger, andaba el niño con atencion buscando por las paredes del aposento alguna imágen, y preguntándole el padre qué buscaba, respondió: «Señor, si hay aquí alguna imágen de nuestra Señora, para hacer delante de ella el exámen de la conciencia, como cada noche los de la escuela le hacemos,» lo cual fué para el padre de tanto consuelo, que no se hartaba de decir bien de la Compañía.

Una vez llevaron á este niño á ver á su madre, y estando delante de ella, púsose un dia muy mesurado y pensativo. Preguntóle la madre qué tenia y en qué pensaba, respondió: «Pienso en las penas del infierno.» Replicó la madre: «¿Pues qué tienes tú que ver con las penas del infierno?» dijo entónces el hijo: «¡Ay madre mia, y si supiese Vm. qué cosa son las penas del infierno y cuán terribles!»

Niños hubo que, dándoles un bofeton y diciéndoles palabras ásperas, se hincaban de rodillas, volviendo el otro carrillo, como el santo Hermano les habia enseñado que lo decia Cristo. Y vez hubo que uno de los que los herian no se acababa de maravillar, viendo tan bien enseñados á los niños de tan tierna edad, recompensando con mil bendiciones que echaban á su maestro el agravio que les habia hecho. Los niños, que eran muy traviesos, y que por cualquiera cosa arremetian á otros para vengarse, en entrando en poder del santo Hermano, se amansaban mudándose en otros, y daban en mucha devocion.

Con la fama que habia de la buena educacion de los niños, se los traian de cuarenta y cincuenta leguas alrededor. Uno le trujeron de Zaragoza que era travieso, pero dentro de poco tiempo tuvo tal devocion, que desde las diez de la noche hasta la una se estaba en oracion hincado de rodillas. Las cosas que se hallaban los niños, no las tomaban para sí, sino se las llevaban á su maestro para que buscase á su dueño y se las restituyese, y esto aunque fuesen pocas cosas y de gusto de los muchachos ó alguna moneda.

Un niño, á quien dijo su padre que entrase á coger varas de una huerta, le respondió: «Padre mio, eso no haré yo en ninguna manera porque es malo, y las cosas malas dice el P. Moreno, mi maestro, que no se han de hacer, aunque nuestro padre nos lo mande.» Estando otro niño de seis años á la muerte, mandó llamar á su padre, y, acordándose de lo que habia oido decir en la escuela, le dijo: «Padre, mire que todo este mundo es un poco de aire; mire por sí no se quede burlado, que al fin le pagarán con una sepultura; si hubiere sido bueno, buen cielo le aguarda; y si malo, para los malos es el infierno; diciendo semejantes desengaños murió.

Otro niño bien chiquito se apartaba siempre de sus hermanas y primas pequeñuelas como él, y avisándole sus padres que no huyese de aquellas muchachas, pues eran sus parientes, replicó como no admitiendo aquel consejo, y dijo: «Sí, y aun eso es lo que nos aconseja el P. Moreno.»

Era tan agradable este nombre á los muchachos, que aun dentro de sus propias casas le obedecian, amaban y temian. De suerte que decian los Padres que si el H. Moreno lo mandaba, se habia de hacer, aunque pesase á todo el mundo, y si no lo mandaba no se habia de hacer. Y así el señor del

Villarejo, en viendo al siervo de Dios, decia: «He aquí al señor del pueblo;» y en saliendo por la calle ó en entrando en una casa, padres é hijos se iban tras él. Entre sí mismos tambien se tenian grande amor los niños, y cuando se iban ó venian, se abrazaban con mucho amor, como si fueran religiosos de la Compañía.

Lloraban cuando se ausentaban unos de otros, y por afligido que algun forastero viniese de nuevo por dejar á su padre y madre, luego se olvidaba de ellos con el amor de sus condiscípulos. Una vez vinieron por un niño de su tierra; él, cuando lo supo, levantó un llanto inconsolable derramando muchas lágrimas, y luego se le arrimó otro que comenzó á llorar de la misma manera. Preguntaron al un niño: «¿Por qué lloras?» y respondió sollozando: «Porque han venido por mí;» y preguntándole lo mismo al otro, dijo: «Porque han venido por mi compañero.»

El mismo provecho hizo en la ciudad de Huete, con tanto gusto de los niños y tal fervor, que las bandadas de ellos se levantaban y venian á la escuela antes de amanecer en la mitad del invierno, y se metian en el zaguan de la portería, hasta que abriesen la puerta de la iglesia para oir la primera Misa, y reprendiéndoles por qué venian tan temprano, respondian: «En nuestras casas se levantan á estas horas á hacer las haciendas que son menester, y nosotros no podemos sufrir estar en la cama.»

Las fiestas y domingos que no habia doctrina acudian á leer libros devotos, y traian en esto tanto fervor que se escondian por los rincones para leer más á su gusto y sabor. Otros se juntaban para esto, que ponia devocion verlos. Otros se iban á estar delante del Santísimo Sacramento derramando abundancia de lágrimas, de suerte que no parecian sólo muchachos quietos, sino religiosos. De ordinario era tanto su fervor y amor que tenian con la disciplina, que cuando á alguno se le concedia, no cabia de contento.

Un niño muy principal andaba llorando tras el H. Moreno rogándole con muchas veras que le mandase dar de azotes en la escuela por sus faltas. Otra vez le dió con mucho secreto una cédula en la cual decia: «V. R. me llame aquí delante de todos, y me diga que soy un grande bellaco digno de todo castigo, y que por mis bellaquerías merezco ser azotado, y hágame dar muy bien de azotes.»

Una vez, queriendo el siervo de Dios entretenerse con sus niños en tiempo de Pascua de Navidad, les dijo que quién queria dar aguinaldo al Niño Dios, que nacia llorando por nosotros, y que habian de ser azotes los que mandasen; luego se levantaron los niños pidiendo les diesen, unos doce, otros quince azotes, otros más. Despues de haber juntado el siervo de Dios buena cantidad, díjoles que el Niño Jesus era tan bonito que con poco se contentaba;

y así, que lo daba por recibido. Fué cosa de admiracion ver cómo se entristecieron los niños porque no les queria azotar por el Niño Jesus, instándole con muchos ruegos y peticiones que les mandase dar los azotes que habian ofrecido, cosa tan contraria á los muchachos, que huyen del azote como de la muerte.

Era tan amado de todos, que por él hacian la ciudad y caballeros de Huete mucho bien á la Compañía, y lo sintieron grandemente cuando le sacaron de allí, que fué á peticion del fundador de la Casa de Probacion del Villarejo; y temiendo el P. Provincial que los de Huete se habian de poner en armas para detenerle que no saliese de aquella ciudad, le ordenó que, sin despedirse de nadie, secretamente se saliese.

Cuando los niños de la escuela vinieron por la mañana y echaron ménos á su P. Moreno, fué tanto lo que lloraron y el llanto que hacian, que fué necesario bajase el P. Rector á hacerles una plática para que se sosegasen. Entre otras que les dijo fué que, cuando nuestro Señor subió á los cielos no dejó otro á sus discípulos. Mas la Compañía por un Hermano que les quitaba les daba un Padre sacerdote, nombrándoseles allí. Mas, en oyendo los niños otro nombre que el de su santo maestro, clamaron por él y repetian: «¡Oh P. Moreno! ¡Ay P. Moreno! Saliéronse luego corriendo á quejarse al Ayuntamiento de la ciudad, y dieron sobre ello una peticion.

La ciudad no lo sintió ménos, y así, hizo luego un propio al P. Provincial, y aunque no fué de efecto para que volviese el Hermano, tuviéronle los niños tan presente en su memoria y corazon, que le escribian muchas cartas muy tiernas y amorosas, y las escribian llorando.

En Villarejo fué recibido como un ángel del cielo, y prosiguió con el fruto y aplauso que la primera vez, hasta que le sacaron para Segura, donde fue de la misma manera estimado de todo el pueblo, que iban á dar las gracias á la fundadora de nuestro colegio y el parabien de haber hecho traer allí aquel Hermano tan santo y tan útil. Los niños le querian tanto que se andaban tras él.

Cuando llegó la mañana que se hubo de partir y vieron una mula ensillada, preguntaron que para quién era. No faltó quién les dijo que para su maestro. Luego que lo oyeron comenzaron todos á deshacerse en lágrimas: fue tanto el llanto y alarido de los niños, que hubo de salir el Rector á sosegarlos; díjoles: «Yo os prometo, que al que me saliere de esta puerta, que yo le haga castigar y azotar muy bien.» Pero, apénas hubo salido el H. Moreno en su mula, cuando, olvidados de las amenazas del P. Rector y del respeto que le tenian, arrancaron todos á correr por la puerta afuera, llorando por su santo maestro, yéndose desalados tras él.

Llegó á Caravaca el siervo de Dios, donde fué tambien recibido y admirado como en otras partes. Llenóse su escuela de tanta gente que no cabia, porque los estudiantes y los mozos del pueblo se hicieron como niños, viniendo á aprender escribir y virtud del H. Moreno. Mas, como él por sí no podia acudir á tantos, ayudóle nuestro Señor manifiestamente. Salian casi todos tan lindos escribanos y de tantas y tan hermosas formas de letras, que admiraba, y esto tan sin trabajo del maestro, que en dando á uno la materia, parece que otro tomaba el cargo de acabarle de enseñar como si le llevara de la mano.

Eran tan hermosas las planas de los muchachos, que hacia el H. Moreno ponerlas en unas alfombras colgadas en la plaza; tan dignas eran de ser vistas, y acudian á verlas los caballeros y lo principal del pueblo, con lo cual estaban todos tan reconocidos al bien que les habia venido por el siervo de Dios, que venian á dar las gracias á la Compañía, y pedir que de ninguna manera le sacasen de Caravaca. Finalmente, tuvo este siervo de Dios tanto cuidado de la buena enseñanza de los niños, que salieron de su escuela innumerables religiosos de todas órdenes, y venian despues á agradecerle lo que les habia aprovechado.

III

Su cuidado y gracia en hacer las doctrinas.

Tuvo singular cuidado de hacer la doctrina y particular gracia de nuestro Señor, que deramaba en sus labios para mover á los oyentes; porque con el trato que tenia con Dios le comunicó Su Divina Majestad tan altos sentimientos, y él los decia con tal espíritu que estaban los oyentes derramando muchas lágrimas, y no pudiendo leer libros, era tal la sabiduría del cielo con que Dios le habia llenado, que ponian admiracion sus palabras y resolvian en llanto á grandes pecadores. Fué esto de manera que llenó á la comarca su fama, y venian muchos de fuera á oirle.

Una vez empezó á tratar del amor de Dios con tal afecto y fuerza, que el P. Dr. Ayala que le estaba oyendo, vertiendo arroyos de lágrimas, sacó un pañizuelo y con él en la mano levantó un brazo, y con voces muy altas salidas del corazon comenzó á decir: «¡Oh amor! ¡oh amor! ¡oh amor!» Con lo cual fué tan grande la emocion de todo el auditorio, con ser muy grande, que parecia haber venido el juicio final. Y en llegando á casa el P. Doctor, se encerró en su aposento, hartándose de llorar.

Persuadió tanto el H. Moreno la costumbre de decir: «Alabado sea Jesucristo,» que no se hartaban los niños de decirlo, y por las calles y plazas y

aun por los caminos se salian á decir á los pasajeros: «Loado sea Cristo.» Fué de suerte que aun los niños que no sabian hablar, repetian balbuciendo en los brazos de sus madres: «Loado Quito,» sin saberlo pronunciar bien, con lo cual enternecian á sus mismas madres.

Los cantares que se oian por las calles y caminos todos eran de Dios. Quitáronse juegos de naipes y de bolos y juramentos, y en oyendo á alguno jurar, se hincaban los niños de rodillas, pidiéndole por amor de Dios que no jurase, diciéndole: «Mire Vm. que se ofende nuestro Señor.» En las doctrinas iban los niños con tal mesura y modestia que edificaban á los que los veian, y los forasteros entendian que todos se criaban dentro de la Compañía.

Mezclaba en las doctrinas algunos dialoguitos de la Pasion, del pecado mortal y de otras cosas semejantes que hacian llorar á todos. Un religioso grave de la Orden de S. Jerónimo, viendo á dos niños de cuatro años decir por modo de diálogo el catecismo y doctrina cristiana con tanta modestia y expedicion y gracia, se admiró tanto que hincado de rodillas compelido de su devocion, puestas las manos, dijo: «Gracias os doy infinitas, Señor, que veo ya que de las bocas de los niños é infantes, que apénas se han quitado de los pechos de su madre, sacais tanta gloria; pues hoy veo lo que nunca jamás pensé ver.»

Por el provecho que en los diálogos experimentó, hizo el Hermano algunas comedias muy devotas que representaron los niños, las cuales eran tan tiernas que estaba la gente llorando. Era tanto el caso que hacian todos de las doctrinas que, en llegando á la plaza y antes que llegasen, estaba todo que no cabia de gente y las ventanas llenas. Muchas veces era tan grande el concurso, que no bastaban en Caravaca los alguaciles para hacer lugar. Iban á verlas el gobernador, los vicarios, los frailes Carmelitas y Franciscos, los regidores y todo lo mejor del lugar.

Una vez un niño, hijo de una persona principal, que no era aun de seis años, dijo la doctrina con notable gracia y presteza. Despues de haberla acabado, díjole el H. Moreno: «No es posible sino que este niño quiere mucho á nuestro Señor, y que él le ha ayudado á decir tantas cosas y todas tan bien dichas.» Ahora veamos si esto es verdad: «Venid acá, niño, ¿quereis mucho á nuestro Señor?» Respondió el niño: «Sí Padre, mucho le quiero.» Replicó el Hermano: «¿Qué tanto le quereis?» Dijo el niño: «Muchísimo le quiero.» Instó el Hermano: «Decid qué tanto.» Respondió el chiquito: «Más le quiero que á mi madre, y más que á mi padre y que á mis tios.» Díjole entónces el siervo de Dios: «Mucho amor es ese, pero otro amor hay más único, que todo esto que acabais de decir.» Replicó el niño: «Pues más le quiero que á

mi vida y que á mí corazon y que á mi alma.» Díjole el santo varon: «Oh hermano mio, todas estas son palabras, vengamos á las obras.»

Estaba el niño muy bien vestido y galancito, y así, le dijo el siervo de Dios: «¿Esta ropita quereis me la dar, para que yo sirva con ella á los pobres del Niño Jesus?» Respondió el muchacho con gran contento, desnudándose: «¿Esta ropita? ¿esta ropita? ve aquí la ropita y con ella mi corazon;» despues de quitada, la arrojó en el alto, diciendo: «La ropita, la ropita, ve ahí la ropita y con ella mi corazon.» Dijo entónces el H. Moreno: «Ahora que estais tan ahorrado y tan gentil hombre, ¿qué es lo que haríades de buena gana por amor de Dios?» Dijo el niño entónces á grandes voces, hincándose de rodillas: «Padre, aquí donde estoy hincado de rodillas, daré la vida de muy buena gana por amor de Dios; ¡alto! vénganme á matar, vénganme á matar.» Dijo el Hermano: «Dad acá una soga, dad acá una soga, veremos si esto es verdad.»

Entónces salieron otros dos ó tres niños con una cadena de oro en las manos, cantando aquella cancion:

El que ofrece á Dios la vida
De voluntad, es tesoro
Que torna la soga en oro,
Y vuelve la muerte en vida.

Y luego le pusieron la cadena al cuello, con que quedó la gente muy gustosa y edificada por la devocion que les causó.

Sucedió de allí á muy pocos dias que murió aquel niño, juzgando todos que habia aceptado Dios la ofrenda de la vida que le habia hecho. Semejantes invenciones y trazas usaba el siervo del Señor para mover á piedad al pueblo, y detenerle con gusto en la enseñanza de la doctrina divina.

IV

Sus devociones, trato con Dios y obras maravillosas.

Con tantas ocupaciones exteriores que tenia este santo varon, ni perdia de vista á la divina Majestad, por la continua presencia de nuestro Señor que traia, ni le faltaba tiempo para su larga oracion y muchas devociones. Tenia particular devocion con la Santísima Trinidad, y el primer dia de la semana le ofrecia las buenas obras de aquel dia para serle agradable en lo restante de la semana. Y cuando se levantaba y acostaba, en reconocimiento del be-

neficio de la vocacion á la Religion, pidiendo por el don de la perseverancia, rezaba una oracion que él con su devocion habia compuesto.

Con la santísima humanidad de Cristo Señor nuestro tenia tambien singular devocion, bañándose continuamente en la sangre purísima de Cristo, lo cual decia le era dulce sobre todas las dulzuras del mundo. Por esta causa su leccion espiritual era en un libro de la Pasion, y, una vez acabada, la volvia á leer, hallando siempre nuevos sentimientos; y los rosarios que rezaba eran por los misterios de la Pasion, y esta era la materia de su oracion mental por espacio de muchos años.

Con el Santísimo Sacramento tuvo particular afecto, y así, comulgaba dos veces cada semana con singular aprovechamiento, deseando comer más y más de aquel Pan divino, si le fuera permitido. Cinco veces le visitaba cada dia, pidiéndole el don de la perseverancia para sí y para todos los de la Compañía, é hízole nuestro Señor por esta devocion singulares favores.

En la devocion de la Vírgen Santísima se esmeró, procurando alcanzarla por todos los medios posibles, y así, se tomaba estrecha cuenta cómo le iba en esta devocion, para ver si menguaba ó crecia en ella. Túvola desde su entrada en la Compañía, pues, como dijimos, en Segovia se le apareció muy afable diciéndole con singular amor: «Yo seré tu Madre,» y desde aquella hora, *accepit eam in sua.*

Rezaba tres rosarios y dos letanías de nuestra Señora cada dia; algunas veces rezaba otros tres rosarios de Salves, y cuando las ocupaciones le daban lugar, llegaba á rezar cada dia ocho rosarios; y en cesando de cualquiera ocupacion, la suya era rezar Salves á nuestra Señora, pidiéndola perseverancia y buena muerte. Con cualquiera necesidad suya ó ajena, instituia muchas novenas, procurando en aquellos dias esmerarse en esta devocion santa más y más, y haciéndose más imitador de la Vírgen Santísima.

Al Angel de su Guarda tuvo particular recurso, y en muchas de sus necesidades le tuvo muy favorable, y así, decia á su ángel: «Angel mio, á tal hora me habeis de despertar por el amor que teneis al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,» y cumplíalo el ángel puntualmente á varias horas, en diferentes ocasiones y tiempos; y cuando algunas veces despertaba despavorido sin saber qué hora era, se querellaba con ternura á su ángel diciendo: «Amado mio, ¿cómo me has olvidado, pues sabes la necesidad con que te lo ruego?» pero averiguando la hora que era, hallaba puntualmente ser la que él habia pedido á su ángel.

Unas veces le despertaba llamándole, otras haciendo algun ruido, otras entrando de golpe en el aposento. Y si alguna vez se descuidaba en suplicarselo con devocion y reverencia, lo castigaba por ello como cuidadoso ayo; y

estando una noche con necesidad de luz, se la encendió su ángel. Finalmente, en todo se sintió de él muy favorecido.

De las ánimas del purgatorio fué siempre muy compasivo, y así, ofrecia por ellas la satisfaccion de todas sus obras, sacando lo que la obediencia manda aplicar por otras razones. Tenia escritas grandes memorias de indulgencias que cada dia ganaba por ellas. Muchas veces vió á las ánimas que le daban las gracias. Fuera de los dos exámenes ordinarios, añadia otros cuatro, diciendo que seis veces tenia necesidad de este freno del exámen para enmienda de sus faltas.

Desde su entrada en la Religion se dió mucho á la oracion. Toda su vida tuvo oracion por la mañana y por la tarde, retirada y mental, sin ser parte ocupacion ninguna ordinaria ó extraordinaria que pudiese estorbarlo, y así, sentia cuando alguna vez se la interrumpian. Estaba tan prendado de este ejercicio, que en viéndose desocupado de sus ocupaciones, aunque quisiera, decia que no podia hacer otra cosa.

Todos los años hizo infaliblemente los Ejercicios, por enfermo que estuviese, y aconsejaba que por ninguna ocasion se habian de dejar, pues, cuando más no podemos, se contenta Dios con vernos en su presencia, deseosos de hacer mucho por su amor. Continuamente andaba abrasado con estos deseos, hablando siempre tiernísimamente con Dios, y tanto se ejercitó en estos coloquios, que sin reparar en ello, en cesando de otra ocupacion, siempre hablaba con nuestro Señor.

Fué tanta la dulzura que halló en este ejercicio, que ya era el remedio para sus dolores de cabeza, enfermedades y melancolías penosas. Consideraba dentro de su corazon á Cristo Señor nuestro á la mano derecha, y á la izquierda á nuestra Señora y á la Santísima Trinidad dentro de su alma, y deciase á sí muy contento: «¿Qué quieres, alma mia? no hay para qué quebrarte la cabeza, que el reino de Dios está dentro de ti; no habrás movido los labios, cuando serás entendido no estás tú mismo tan cerca de ti como Dios está, que tu pensamiento entiende antes que le concibas, y tus obras sabe antes que las hagas. Abre los ojos y mira el testigo que tienes de todas ellas, y si un poco vas torcido, son sus ojos tan de lince que luego lo ve.»

Para confirmarle nuestro Señor en este sentimiento, le mostró algunas veces unos ojos tan despiertos, que parecia ser imposible encubrírseles nada en todo lo criado. Acompañó á esta oracion y presencia divina tan recatado silencio, que decia él que, si se podia negociar con palabra y media, no se habia de negociar con dos.

Comunicóle el Señor grandes favores, porque, fuera de lo que hemos dicho, en Huete se le apareció la Vírgen Santísima, y la habló por espacio de

media hora con grandísima dulzura: luego sintió que su aposento quedaba con un olor más suave que ámbar.

Otra vez, habiendo pasado casi dos años de perpetuo desconsuelo en la oracion, levantando los ojos á una imágen de Cristo que estaba orando al Eterno Padre, le dijeron interiormente con gran dulzura: «Por este que ves aquí te perdonará el Eterno Padre tus pecados.» Desde entónces se dilató su afligido corazon con una suavidad increible que le duró muchos dias.

Habiendo una grande sequedad en Caravaca, y habiéndose hecho varias procesiones, estándose el cielo de bronce, tomó el santo varon este negocio á su cargo é hizo una novena á nuestra Señora con muchas y excesivas penitencias y oraciones, y como aun todavía perseverase el no llover, hizo otra al Santísimo Sacramento, y, puso tanto conato, que vino á rendirse del todo y á faltarle las fuerzas del cuerpo, y así, le fué necesario dejarlo.

Mas una mañana, luego que despertó, le habló con grande suavidad nuestro Señor, y le dijo: «Hijo, ¿cómo te has cansado, cómo te apartaste de pedirme? ¿Esta es la confianza que decias que habias de tener aunque no cayese gota de agua todo el año? anímate y consuélate, que ya se ha cumplido tu deseo.» Dentro de media hora se revolvió el cielo y dió tan copiosa lluvia de agua, que parece se venia al suelo, perseverando en el pecho del Hermano un consuelo celestial, que con grande dulzura le regalaba segun que iba perseverando la lluvia; y como fuese tanta, estando un dia en su aposento le dijeron: «¡Quieres más agua, estás contento?» «No me contentaré, dijo él, con cuanta ha caido, hasta que oiga dar gracias á Dios por las calles por el beneficio recibido;» y dentro de muy breve espacio oyó á unos que iban diciendo las palabras que tenia en su aposento para dar gracias á Dios, y luego se sereno el cielo, y la tierra quedó fértil con tan copiosa avenida de agua, y el alma de este siervo de Dios más regada y fértil con otra copiosa avenida de agua de celestiales consuelos.

En otra sequedad juzgaba era razon no pedir á Dios el agua, porque fuese castigo de algunas grandes culpas que habia en el pueblo, y con este azote del cielo volviese sobre sí; pero le pareció que muchas veces le hacian grande instancia que pidiese el remedio de aquella gente, y aunque resistió á este golpe, tal fué la batería que le dieron, que no lo pudo excusar. Mas estando delante del Santísimo Sacramento, dijo: «No entenderé ser voluntad de Dios que yo pida esta agua, sino siento primero alguna extraordinaria devocion á nuestra Señora.»

Apénas hubo acabado estas palabras, cuando sintió en su corazon un júbilo tan grande que, sin reparar en ello, comenzó á hablar con tan gran ternura con la Vírgen Santísima, creciéndole por momentos su devocion y afec-

to. Con esto pidió agua al cielo, y antes de acabar la novena que para esto hizo, la envió Dios copiosísima.

Otra cosa semejante le sucedió en el Villarejo de Fuentes el año noventa y siete, porque, pereciendo los panes por falta de agua, como no fuesen oidas las oraciones que hacia todo el pueblo, añadió él muchas suyas acompañadas de penitencias, y hablando tiernamente con Dios, le pidió no le desamparase. Estando el cielo sereno, sintió él en su corazon mayor serenidad que hasta entónces habia experimentado, con increible dulzura y muy crecida esperanza de que Dios le habia oido; revolvióse el cielo de repente, cayó infinita copia de agua, que en el pueblo llamaban el agua del milagro; y fué así, porque, segun estaba la disposicion del tiempo, fué milagrosa. Finalmente, jamás pidió cosa con instancia, que no alcanzase lo que pedia.

Andando una vez el siervo del Señor en un camino muy afligido y cansado, porque iba calenturiento y á pié, sin haber tenido qué comer ni aun dónde dormir, vió sobre una peña un pájaro, la más hermosa cosa que se podia desear, y como iba el siervo de Dios muy lastimado, enterneciósе con aquella vista, y dijo: «¡Oh Señor, quién tuviera aqueste pájaro!» Al punto se levantó el obediente pájaro de donde estaba, y dando muy contento un revoloteo, se abajó y puso cerca del santo varon en un agujero de la misma peña, donde esperó sin huir á que viniese á cogerle, aguardándole con mucho sosiego que llegase.

Cuando le vió en sus manos el devoto H. Francisco, no cabia de gozo, alabando á nuestro Señor por su infinita bondad y hermosura, agradeciéndole aquel favor, como si de su mano inmediatamente le hubiera recibido. Desde aquel punto se sintió aliviado y con salud y fuerzas para acabar aquella peregrinacion. No es maravilla se le viniesen las aves á las manos á quien estaba tan puesto en las de Dios, ni que se le rindiesen las criaturas á quien estaba tan rendido al Criador.

V

Su humildad, enfermedades, tribulaciones y penitencias.

Con tantos favores y regalos que hacia nuestro Señor á este su siervo, él se conservaba en una humildad profundísima Juzgábase á sí por el hombre más maldito del mundo, y así, se consideraba como condenado á los infiernos, con una soga á la garganta llena de ñudos, en señal de reo y de condenado.

Ordenáronle los Superiores que diese por escrito cuenta de su conciencia y declarase algunos favores que nuestro Señor le habia hecho, lo cual hizo él

con suma humildad y tan sin peligro alguno de vanidad, que dijo en el último trance de esta vida: «Padre, por la misericordia de Dios no tengo peligro de vanidad, pues lo que me movia á hacer esta memoria de cosas que me han sucedido fué puramente escrúpulo porque no se me olvidasen, y para moverme con ellas á ser más agradecido á mi Dios; y cierto que tenia grave repugnancia de escribirlas y que me holgara en el alma hubiera quien me lo estorbara; pero siempre me pareció que tenia obligacion á ello, y por haberlo hecho así nuestro Santo P. Ignacio, haciendo catálogo de los beneficios que de Dios habia recibido; y si fuera mayor gloria de Dios que yo dejara escrita una confesion general de toda mi vida desde el dia que tuve uso de razon hasta la hora presente, para que todos tuviesen noticia de todas mis maldades, lo hiciera de harto mejor gana, para que, teniendo compasion de mí, me encomendasen al Señor.»

El mismo declara lo mucho que sentia hacer esto, tanto que dice era tan grande el aborrecimiento que tenia á escribir cosas suyas, que no se hartaba de parecerle mal; porque ántes hallaba su corazon tan aparejado para descubrir y llorar sus pecados, que todas las lágrimas del mundo que acompañaran á las de su sentimiento fuera muy poco. Decia que jamás halló en sí cosa que le pareciese bien; pero con toda la pesadumbre que tenia, se hizo fuerza á escribirlo, deseando que alguno lo rompiera despues, porque él no queria honra para sí, y si le pusiesen en el infierno sin ofensa de Dios, aún no se hallara vengado de sí mismo.

Consolábase sólamente si Dios fuese servido de ello, y que despues de muerto él y dado cuenta de sí á nuestro Señor, no se le daria nada que se supiesen sus cosas ó no. Cuando lo escribia, ponia las mercedes de Dios á una parte y á otra la grandeza de sus culpas, y en medio á Jesucristo, juez rigurosísimo, con la vara de su justicia en la mano, temiendo su castigo si se desmandase, y si no, esperando abrazo de paz.

De la humildad y confusion de sí mismo con que siempre andaba, le nacia la suma reverencia que tenia de los demás. Tenia mucha devocion en pensar bien de todos, en no juzgarlos, en estimarlos en mucho y excusarlos en cuantas cosas podia. Decia que si ántes que entrasen en la Compañía los respetaba y reverenciaba sin conocerlos, cuánto más lo debia hacer despues de haber entrado y conocido sus muchas virtudes.

Teníale tambien muy humilde la paternal providencia con que nuestro Señor gobernaba á este su siervo, contrapesando los muchos favores que le hacia con grandes penalidades que le enviaba. Cuarenta años tuvo una tentacion tan pesada, que no hubo confesor ni Superior que no le tuviese grande compasion. Muchas veces le parecia que con ella bajaba en vida á las penas

del infierno, por el gran dolor y sentimiento que por esta causa recibia su corazon.

Tuvo tambien otras tentaciones muy penosas, molestísimos escrúpulos y congojosos pensamientos, que de la resistencia de ellos le resultaban graves dolores, en especial de la cabeza, porque, haciendo fuerza con ella, de sí mismo se enajenaba, durándole á temporadas más de treinta dias á la continua. Llevaba este trabajo con tan singular paciencia y silencio, que aquejado del escrúpulo, preguntó al Superior si habia que hacerle de pasar tantos dolores sin darle parte de ellos. Y lo que más sentia era el retardarse algo del ejercicio continuo de su oracion.

Tanto le apretó este sentimiento, que le resultaron de él tales estrechuras de corazon, que á veces le ponian en extremo peligro, sufriendo por Dios estos y otros dolores, como aquella llaga que en un pié tuvo tantos años, cortamientos del cuerpo, inflamaciones penosísimas que requemaban lo que se le ponia encima y con tan gran dolor, que por no dar gritos se ponia un pañuelo en los dientes que apretase. Juntamente solia padecer tal sed que parecia mal de rabia; pero llevábalo todo con suma paciencia y aun agradecimiento á la Majestad soberana, que le daba á gustar algo de su cruz.

A sus achaques llamaba fieles amigos y compañeros de la Religion; y cuando más le apretaban, con ternura decia: «Seais bien venidos, pajecitos de mi Dios, que me venís á traer recaudos suyos y á darme nuevas que el Señor me ama; vengais mil veces en buen hora, pues me traeis tan dulces nuevas de que el Señor no me tiene olvidado.» Afirmaba el santo varon que no hay cosa que así humille un corazon como las enfermedades, pero que tampoco la habia que en más breves dias enriqueciese á un hombre como el juntarlas con los dolores de Cristo.

En todas sus enfermedades nunca quiso perder el seguir á la comunidad; pues, pasándose las noches de claro en claro, sin reposar un punto y sin poder arrostrar á mantenimiento alguno, jamás dejó de seguir la comunidad, así en levantarse con todos, como en lo que tocaba al mantenimiento. Con la experiencia que de sí tenia, solia decir que más le edificaba un achacoso con paciencia que un gran penitente, aunque derramase mucha sangre.

Gravísimamente fué molestado de escrúpulos en tanto grado, que decia á veces le parecia haber estado en el infierno; mas el Señor en medio de sus apreturas le acudia de ordinario con increible consuelo. Y así, decia que como el que navega en tiempo de alguna tempestad ve las olas hinchadas, que con su hinchazon y coraje amenazan ruina á la galera, mas dentro de poco espacio se van resolviendo en espuma; así el Señor pone tal el corazon á veces, que le hace tragar la muerte; mas á un volver de cabeza se pasa

aquel reventon y deja á un alma con tranquilidad y bonanza en un mar de leche, de quietud y reposo.

Las consolaciones que de Dios recibió, ordinariamente eran despues de algun grande trabajo ó preparacion para él. Entre otras cosas con que le ejercitó el demonio, fué una plaga semejante á la de las ranas de Faraon, pero con animales más asquerosos y ponzoñosos que eran salamanquesas, que le representaba y ofrecia donde quiera, tanto que no habia parte donde no topase alguna. Cuando comia, le parecia que comia de ellas, y cuando fregaba, aun entre los platos las hallaba verdaderamente, y donde quiera que iba; la cual plaga se le aumentaba con sus malos humores y estrechura de su corazon; mas se consolaba con esta consideracion: «Haz cuenta, se decia, que la santa obediencia te tiene en las Indias en una isla toda llena de víboras ponzoñosas.»

Afligióle tambien el enemigo con otro trabajo aún más peligroso cuando estaba en Caravaca, que era tener un tal enfado á cuanto veia de aquella tierra, que le parecia muerte. De suerte que quisiera tener siempre cerrados los ojos, porque le era un gran tormento y martirio verlo. Pretendia en esto el demonio que saliese de aquel lugar donde hacia singular provecho en chicos y grandes.

Tuvo remedio de esta tribulacion con una novena que hizo al Santísimo Sacramento; porque, en acabándola y recibiendo el Santísimo Cuerpo de Cristo, se trocó de repente y le parecia de allí adelante paraíso todo cuanto antes le era como infierno, con muchos júbilos de alegría y gozo en el Señor, pareciéndole ya todo cuanto veia en aquel lugar hecho de oro, y se le representaban los demonios corridos delante de él y afrentados de no haber salido con victoria, perseverando de esta vez dos años con gran paz y sosiego, sin que el demonio osase á acometerle.

No perdia el ánimo de padecer este siervo de Dios con el trabajo de sus tribulaciones y enfermedades, ántes solia añadir más penitencia y mortificacion mientras más enfermo estaba; decia que se habia de salir á Dios al camino, y que, cuando á uno aflige con enfermedades por sus pecados, habia de tomar la mano el enfermo y castigarse con penitencias por ellas, que con eso serian ménos las enfermedades, y por la experiencia habia él hallado que se hallaba peor cuando dejaba las penitencias. Y así, entre todas las virtudes religiosas grandemente se esmeró este santo varon en la de la mortificacion y penitencia; aunque los Superiores, yéndole á la mano, le tiraban el freno. Pedia tambien hacer públicas mortificaciones y molestas peregrinaciones.

Las mortificaciones hacia con tanto desprecio de sí, que la gente le tuvo

muchas veces por loco; y habiendo gozado de muchos oprobios para él muy dulces, se iba por las calles muy contento á vista de todos. Y en el Villarejo de Fuentes, siendo maestro de su escuela, fué con una bestia por una carga de agua, dándola palmadas y aguijoneándola, como lo hacen los aguadores de oficio. Otras veces salia en cuerpo, y á veces con gorra y capa corta, andando con gran ansia de mortificarse en todo.

Traia sotana parda muy de ordinario y sombrero hecho pedazos y con una cinta blanca, y salia á limpiar la calle. Fregaba casi todos los dias. En su vestido guardó extremada pobreza, trayendo las sotanas muy viejas y remendadas; mucho tiempo trujo una sotana azul. Si á veces le era fuerza traer algun vestido mejor, reventaba de pena, hasta que al fin con licencia le trocaba. En las penitencias secretas fué siempre puntualísimo, pues, fuera de las que hizo cuando mozo, en tan cansada vejez, como de setenta y dos años, cada semana tomaba cinco disciplinas, otras veces cada dia. Y cuando iba más al fin de su edad, dormia todas las noches vestido encima de unas tablas, acompañando á esto ásperos cilicios.

Las manos traia como acuchilladas, llenas de grietas en el invierno, por no quererse reparar del frio. Cuanto más iba entrando en edad, acrecentaba las penitencias por tener hecho algo, como él decia, para la hora de la muerte, provocándose por estas palabras: «Ahora sí que puedes granjear á Dios para la hora de tu muerte, y hacer á poca costa lo que entónces te será de sumo consuelo.»

VI

Su celosa caridad y santa muerte.

Sobre todas estas virtudes se fundó su gran caridad y amor de Dios, porque se moria y se le iba el alma por agradar más y más á su Criador, con unas perpetuas ansias de servirle cuanto pudiese, diciendo muchas veces: ¡Oh quién hubiera servido á Dios desde las entrañas de su madre! ¡Oh quién hubiera tenido tanta ventura! ¡Oh si mi ánima desde aquella hora nunca hubiera hecho otra cosa, nunca amara otra cosa! ¡Oh si yo pudiera haber tenido tanta ventura!»

Andaba tan hambriento de esto, que no tenia otro hipo y deseo sino de amar á este Dios tan lindo, como él decia. De este tan gran amor de Dios se originaba la grande caridad que tenia para con sus prójimos y celo de su salvacion; porque verdaderamente fué celosísimo del bien y aprovechamiento de los prójimos; y así, decia que el hijo de la Compañía no habia de saber dar un paso que no fuese encaminado al bien de los prójimos, enseñándoles

cuán digno es Dios de ser amado y cómo es el centro de nuestra bienaventuranza, y es lástima que pierdan á su Dios por un sucio deleite; porque, si tuviesen una infanta, decia él, para esposa del príncipe, y viésemos salir al encuentro á un hombre vil y bajo que se alzase con ella, tomándola por su esposa, la venganza que concibiria el pecho del príncipe contra aquel hombre infame, esa hemos de tener contra el pecado que cautiva para sí el alma criada para esposa de Dios; y con tantas veras procuraba él en esta parte la gloria de Dios como otros la procuraban para sí, haciéndolo con tal ardid y maña, que nunca se puso á persuadir á hombre, por distraido que fuese, que no alzase mano de sus vicios y no saliese con victoria de su pretension, o si alguno no le quiso oir, dejase de ser castigado de Dios con manifiesta de mostracion de su justicia.

En el Villarejo vivia un hombre grandemente desenfrenado en materia de juramentos, y por habitar cerca de la casa de la Compañía, algunas veces con sus juramentos ofendia las castas orejas de muchos de ellos. Intentados muchos medios sin haber aprovechado alguno, envió el P. Rector á nuestro H. Moreno, fiado que con su afabilidad, celo y eficacia en sus palabras, recabaria él solo lo que muchos otros sin fruto habian intentado.

No le engañaron sus esperanzas, pues á dos palabras así le rindió, que la respuesta fué: «Padre, en recompensa de que cumpliré lo que me manda, córteme unas plumas, y envíeme un poco de tinta, porque tengo necesidad de escribir dos renglones.» Llevado el recaudo para escribir, escribió una larga confesion general, cosa que nunca antes habia pensado hacer; y el efecto de la confesion, causada por el buen celo del santo Hermano, fué que desde aquel dia jamás se le oyó jurar, y confesó despues muy amenudo, con grande copia de lágrimas.

Un caballero muy rico y noble habia andado mucho tiempo desavenido con su mujer y desbaratado en juegos, dando mucho que decir á todos: apartóle un dia á solas el H. Moreno, deseoso de su reduccion, y, entre otras, le dijo estas razones: «Yo sé, señor, cuán amigo es Vm. de conservar su buen nombre y fama, y estále bien, pues lo merece; mas, como yo soy tan su siervo, cuando reparo en alguna cosa que le pueda manchar, le confieso que, como le quiero tanto, me llega al alma. Mire que anda un rumor de la distraccion de sus juegos, y de las sinrazones que hace con su mujer, cosas que desdoran mucho su honra; y como en el mundo los amigos son fingidos, y á duras penas se halla uno que hable al corazon, si yo no se lo dijera á Vm. no creo hallara quien se atreviera á hacerlo; y así, no se pusiera estanco á cosa que tanto le importa.»

Parecióle al caballero cosa recia lo que se le pedia, y mostró desmayo en

la ejecucion para adelante, por estar muy rendido á estos dos vicios; y así, respondió, que le parecia no tendria remedio. Replicóle el Hermano que todo lo que en Dios se funda, sin falta tendria firmeza; y, aunque le propuso algunos remedios, todos los echaba por alto, sin admitir ningun partido, ni aun á rezar un Ave María cada dia que con instancia le pidió.

Visitóle despues estando doliente, pidiéndolo por el amor que le tenia hiciese una confesion bien hecha. Y así supo reducirle y ganarle para Dios con la fuerza de sus razones y espíritu del cielo, que alzando el caballero mano de sus juegos y haciendo vida maridable con su mujer, fué de tanta utilidad en el pueblo su mudanza cuanto habia sido ocasion de ruina á muchos su mala vida; y estúvole tan obediente de allí adelante, que para el dia que le avisaba viniese á confesar, infaliblemente con la misma puntualidad que un niño de la escuela acudia; y, si algo se tardaba, enviado á llamar, dejaba al punto lo que hacia y venia á cumplir el mandato del que habia tomado por padre. Y persuadiéndole un caballero de mucha autoridad hiciese cierta cosa fuera de lo que tenia concertado con el H. Moreno: «Yo (dijo) no me atreveré á hacer tal cosa, porque debo mucho al que por sus oraciones me ha apartado de mi mala vida.» Dió esta mudanza mucha gloria á Dios y estima en el lugar de la virtud y santidad del celoso Hermano.

A otro caballero del hábito de Santiago, que públicamente estaba mal amistado con una mujer de viles tratos, le redujo tambien el fervoroso Hermano con la fuerza de sus razones, y, aunque mil veces se las echó por alto, al fin le rindió é hizo dejar la mujercilla, casarla á su gusto, hacer una confesion general con grandes muestras de contricion y prendas para vivir enmendado, atribuyendo esta mudanza milagrosa (como él decia) á la santa memoria del H. Moreno.

A otro hermano de este caballero, de veinte y cuatro años, despues de haber estudiado con loa sus leyes, de tal manera le apartó de los vicios que aquella edad consigo llevaba, que le hizo venir á la escuela cada dia, y en una mesa aparte hacer se entretuviese en echar cuentas, por divertirle de la mala cuenta que de su persona en ocasiones habia dado; y así, decia él con gran donaire: «¿No es bueno que, despues de haber estudiado en Salamanca tanto tiempo, me tenga ahora el H. Moreno debajo de su dominio como si fuera un niño de escuela?» ¡Bendicion de Dios en tales hombres, que con tanta gracia llevan á los hombres á la gloria! Si habia de jugar cañas, la primera estacion era pedir la bendicion de su P. Moreno.

Habia criado el siervo de Dios á un niño en grande virtud, por lo cual le habia querido mucho; pero, saliendo de la escuela, se distrajo tanto en los estudios que, cuando volvió al Villarejo era á muchos de escándalo. Hízole lla-

mar un dia el santo Hermano, y díjole muy severo: «¿Sois vos el que yo queria tanto, y el que solia ser tan virtuoso? ¿En qué habeis venido á parar, que me dicen que todos tropiezan en vos?» Fueron de tanta eficacia estas palabras, que se fué el mozo á su casa, y se metió en un aposento para hartarse de llorar, donde se estuvo sin comer, aunque le buscaron para ello, sustentándose de pan de lágrimas: hasta que, despues de muy buscado, le halló escondido su padre ya de noche, y, preguntándole qué hacia allí encerrado, porque habia hecho andar locos á todos los de su casa buscándole por el pueblo; respondió el mozo: «¿Pues dónde habia de estar el que habia de estar en el infierno?» Y de allí á poco se entró religioso.

Los que no quisieron aprovecharse de los avisos del santo Hermano fueron castigados de Dios. Visitando al siervo de Dios un mancebo, dióle parte de ciertas contiendas que entre él y su padre aquellos dias se habian levantado. Hizo gran fuerza el H. Moreno en reducir al mozo á la amistad de su padre, porque estaba terco por parecerle que el volver en gracia de su padre era menoscabo de su hacienda. Díjole: «Señor, el mandamiento de honrar á los padres no le dió Dios con cortapisa, si te estuviere mejor á tu hacienda, sino absolutamente. A mi pesarmeha mucho, que Vm. no me creyese, porque como los hijos inobedientes mueren con desgraciadas muertes, perderé en Vm. un buen amigo.»

Despedidos con esto, se partió el H. Moreno para un breve camino de seis dias; mas á la vuelta ya habia tres dias ántes espirado aquel su amigo, á quien él habia amenazado con la muerte, si no obedecia á su padre.

Semejante á este suceso fué uno que tuvo un mancebito de su escuela, hijo de madre rica y sobrino del cura del lugar. Fiado el mozuelo en el favor de su tio y hacienda de su madre, vivia más licenciosamente de lo que a su edad convenia, despreciando los muchos y buenos consejos que su buen maestro le daba continuamente. Tan léjos estaba de aprovecharse de ellos, que ántes por risa y mofa los repetia palabra por palabra en conversacion a otros mozuelos.

El celoso Hermano le amenazó diciendo que, si no volvia sobre sí, le habian de suceder en breve tiempo mil desgracias, y que no fiase en parientes ni en bienes temporales, porque todo le habia de faltar. Era terrible el mozo y fué necesario para amoldarle que le sentase Dios bien la mano.

Quiso ir á su tierra á ver á su madre que era rica y principal, y á una su hermana bien hacendada, y, despidiéndose de su maestro para hacer esta jornada, le volvió á amonestar abriese los ojos y volviese sobre sí; porque en todo lo que fiaba le habia muy en breve de faltar. Partióse, pues, el mozo, y ya que llegaba á su lugar, le preguntó un hombre conocido á dónde camina

ba tan de prisa: él respondió: «A ver á mi madre, que ha mucho que no la veo.» Añadió el hombre: «Pues si á esto va, ahorre de camino, que su madre ya es muerta, porque el mes pasado la enterramos.»

El con el sentimiento de hijo comenzó á llorar la muerte de su madre con amargura; pero no quiso desistir de su camino sino allegar á consolar á su hermana. Replicó el hombre: «Ménos hay que ir á esto, que su hermana murió ántes que su madre, y de la pena de su hija murió ella.» «¡Ay desdichado de mí! (dijo el mozo) pues si no tengo consuelo en mi lugar, quiero volverla á buscar con mi tio.» Volvió la rienda, y ya que se avecindaba al Villarejo, le dijo un hombre: «¿No sabeis, señor, cómo vuestro tio el cura es ya muerto?» Echó de ver con estas muertes y trabajos cuán acertados eran los consejos de su buen maestro, y con cuánto espíritu del cielo habia previsto estas tres muertes aun antes de suceder.

A un caballero casado, principal y rico, habia persuadido algunas veces el Hermano á que se confesase, por verle licencioso y desenfrenado en materia de castidad. Andaba algo indispuesto, y vínose un dia á nuestra casa á consolar. Llamóle, y, estando aparte, le dijo: «¿Quiere Vm., señor mio, que le diga un poquito de la condicion de Dios para que la sepa?» El respondió que le oiria de entera voluntad. «Pues sepa Vm. (le dijo) que se ha Dios con nosotros, como algunas veces acontece á un padre con su hijo. Dícele el padre: «Niño no hagas esto, y viendo que no se enmienda, dále un repelon porque se acuerde. Y otro dia, viendo aprovechó poco la correccion, le sienta más la mano; y cuando esto aun no sirve, enciérrale en una pieza, desnúdale, y de alto á bajo no se harta de dar azotes en él. Vuestra merced anda cayendo y levantando; crea que estas caidas es como darle Dios un repelon ó bofeton, avisándole que se enmiende; mire que se lo aviso que mire por sí; porque si no, cuando ménos se cate, desenvainará Dios la espada, y le cortará allí luego la vida, y con estrecho rigor le pedirá cuenta de cómo y en qué la ha gastado.»

Experimentó el caballero esta verdad, pues antes de quince dias se vió luchando en la cama á brazo partido con la muerte por no haber enmendado la vida y tomado el consejo saludable del buen amigo. Y enviándole á decir el santo Hermano si se acordaba de las razones que poco antes le habia dicho, el le envió á suplicar con veras se viese con él. Fue el dia siguiente por la mañana, mas ya el pobre y desacordado caballero tenia perdida el habla; pero hacian este oficio los ojos, porque, sin apartarlos del Hermano, fijos y clavados en el rostro, con ellos le decia con palabras mudas con grave dolor de su corazon, cuánta verdad habia sido con la que pocos dias ántes le habia amenazado si no miraba por sí.

Un estudiante mozo y libre en sus costumbres, hijo único de sus padres, heredero de gruesa hacienda que era el regalo de su madre, aunque contrario á la condicion de su padre, quiso tomar hábito clerical; pidiólo con grande instancia á sus padres, los cuales, como lo comunicasen con el H. Moreno, les respondió que en ninguna manera viniesen en ello, porque no queria ser clérigo sino para andar más á sus anchuras, y que mirasen que, si era clérigo, les habia de dar mala vejez.

Con todo esto la madre tanto insistió en que se le concediese su peticion, que vino á tener efecto el deseo del mozo; mas salió verdadera la profecía del santo Hermano, porque á pocos dias de ordenado soltó la rienda a sus apetitos y dió bien en qué entender á sus padres, diciéndoles palabras desmedidas y descompuestas, y haciéndoles gastar no pequeña parte de su hacienda. Vino al fin el pobre padre afligido al H. Moreno dándole cuenta de la distracion de su hijo y rogándole procurase amoldarle.

El santo Hermano le tomó á su cargo y persuadió con vivas razones se apartase de aquellos ruines tratos. No pudo por entónces negociar nada, y así, le despidió con estas palabras: «Plegue á Dios, señor, que en esto yo me engañe; pero, á mi corto ver, no os lograreis mucho tiempo, que los hijos inobedientes á sus padres ¿cuándo se lograron? Aparejáos para morir bien, que será en breve, y guardadme esta palabra.»

Todo lo echó por alto el mozo y tomó por vía de entretenimiento. Mas cumplióse tan puntualmente, que en pocos dias despues de este razonamiento rindió el alma con bien pocas prendas de su salvacion, dejando mala fama en el lugar de la desobediencia que tenia á sus padres, que fué un clavo que tuvieron toda la vida atravesado en el corazon, viendo el desastrado fin que su hijo tuvo por no haber dado crédito á las razones del siervo de Dios.

Estas son algunas de las virtudes y obras que Dios obró por su siervo Francisco Moreno, al cual, creciendo de virtud en virtud, le fué disponiendo nuestro Señor para una felicísima muerte, la cual él mucho tiempo antes deseó por verse ya desatado de las cadenas de este cuerpo mortal, y gozar de la vista clara de aquel Señor que tantas prendas de su bienaventuranza le habia dado.

Un mes antes que falleciese, encontrándole el P. Rector como absorto puesto los ojos en el cielo, le dijo: «Gran cosa es, H. Moreno, haber pasado ya la mayor parte de la vida y sentirse con prendas y esperanzas de su salvacion. A lo cual él respondió: «Cierto, Padre, no me da cuidado alguno esto ni me acuerdo de esto, sino de cómo agradaré más y más á Dios y cumpliré su santísima voluntad.» Y así razonaba de su muerte bien pocos dias antes que llegase, como si fuera de cosa que no le tocara. Y dándole el P. Rector las

nuevas de su cercanía, se alegró tanto como lo suele hacer el seglar más ambicioso que alcanza lo que mucho habia deseado; afirmando que no tenia cosa que hacer de nuevo en aquella hora que ya mucho antes no lo tuviese negociado; y aunque habia sido temeroso, en esta hora alcanzó gran paz y con ella dió su alma al Criador.

Su muerte fué muy sentida de todos por perder un varon santo que les edificaba con su ejemplo y ayudaba con sus oraciones. Acudió la clerecía del lugar á su entierro y, cantando su Misa y nocturno, mostró juntamente con todo el pueblo lo mucho que debian á este santo varon.

Fué su dichosa muerte el año de 1606 siendo él de setenta y dos años de edad y cuarenta y seis de Religion. Su vida escribió el P. Francisco Cortés, de nuestra Compañía.

P. NIEREMBERG.

P. FRANCISCO DE BENAVIDES

FUÉ el P. Francisco de Benavides varon digno de memoria por su singular humildad y bondad. Era hijo legítimo de los condes de Santistéban, casa muy noble y calificada en España.

Deseó entrar en la Compañía, mas era tan humilde que no se atrevia á pedirlo por parecerle que era inútil y sin provecho; mas apretóle tanto la inspiracion divina, que vino á vencer su empacho y declarar sus deseos. Fué luego recibido en el colegio de Alcalá el año de 1569, y procedió de manera en la Religion, que desde su noviciado fué formando en su persona un ejemplar maravilloso á quien debian imitar los que vienen á ella á buscar lo que les falta en el siglo, para hallar la verdadera grandeza y eterno descanso, que es por la santa humildad, y á desembarazarse de lo supérfluo y no necesario que los desvanecen con altivez, tirano de su verdadera libertad.

Fué el P. Francisco de Benavides de natural manso y sencillo, y una blanda cera en la cual fácilmente se imprimen los buenos dictámenes y santas inspiraciones; vivió siempre con corta salud, de que se valió, no para exenciones y privilegios, sino para traer más rendido el cuerpo y hacer más señor al espíritu; con lo cual le facilitó á un trato continuo con Dios muy cordial.

Tuvo particular devocion con la Vírgen Santísima y muy grande con nuestro P. S. Ignacio, y gastaba muchas horas de oracion delante de su imá-

gen, acudiendo á él siempre que se veia en alguna particular necesidad, haciéndole muchos servicios y ofertas hasta alcanzar lo que humildemente pretendia.

Abrazóse estrechamente con la mortificacion, y fuéle tan fiel, que con padecer muchos tiempos, y áun años, graves enfermedades, tales y tantas que por ellas pudiera justamente permitirse le diese algun regalo; con todo eso nunca comió cosa que le hubiese de ser gustosa; y tanto más lucia esto en su grande espíritu, cuanto fué más compasivo con los enfermos, para los cuales tuvo siempre entrañas paternales llenas de caridad y compasion; sólo consigo era riguroso, queriendo ántes ordinariamente faltar á su salud que á la mortificacion, y de esto resultaba el necesitar de pocas cosas.

De lo uno y de lo otro imprimiósele en el alma el amor á la santa pobreza, de la cual dejó tanto más raro ejemplo cuanto en mayor abundancia y opulencia se crió en la casa de sus padres y pudiera vivir en el siglo.

Labró en la mina de la humildad tan continuamente que no paró hasta ponerse en el centro de ella, haciéndose en su trato como niño, y para esto no reparaba en el asentarse á oir sermon en las gradas del altar con los demás niños, aun siendo Rector, como lo hizo en varias ocasiones en el colegio de Madrid, que eran muy graves y de gran concurso de señores.

Llevar los bancos de una parte á otra, coger la basura y ser el primero en el asir de lo más humilde, era en él muy ordinario; su vestido era muy traido y viejo, y todo el trato de su persona era tan humilde, mortificado y pobre, que decia el P. Jerónimo Florencia que no habia conocido alma más buena ni cuerpo más malo que el del P. Benavides, por el tratamiento tan malo y humilde con que le mortificaba. Afectaba el esconder y encubrir todo lo que fué y pudiera ser en el mundo, por ajustarse lo posible al que por su infinita caridad se humilló á tomar forma de siervo, y morir por él y por todos en la cruz.

Fué perfectamente obediente, respetando y venerando las ordenaciones de los Superiores, mirando en todas ellas á Cristo nuestro Señor, y á esta santa obediencia correspondió el grande amor con que todos le obedecieron cuando fué Superior, y á este amor la grande caridad con que el Padre gobernaba, teniendo á sus súbditos en el lugar de hijos amantísimos en el Señor, la cual no miraba á solos ellos, sino que se dilataba á todos los de la Compañía; y era tan cordial, que si sabia que alguno se salia ó le despedian de ella, le daba mal de corazon, de manera que le afligia por muchos dias.

Fué grandemente amador de la pureza desde su niñez, y tuvo siempre embrazado el escudo de la paciencia, de que se valió en algunas ocasiones. En todo era tan ejemplar y edificativo que era una regla viva, huyendo la más

mínima sombra de imperfeccion, como se verá por este caso. Tenia gusto de tratar con otro religioso muy espiritual, por concordar mucho en un mismo espíritu y deseos del servicio de Dios.

Notaron esta amistad otros, y, pareciéndoles ser particular ó inclinarse á ello, se lo advirtieron al P. Benavides, el cual luego al punto la dejó, y para quitar ocasiones y sombras á los dichos y juicios que se podian hacer, se concertó con estotro amigo que se apartase el uno del otro cuanto pudiese; y porque al P. Benavides no dejarian ir á las Indias, el otro lo procuró y se fué allá, que fué acto muy propio de la gran virtud de entrambos, la cual parece calificó nuestro Señor con el suceso que luego veremos.

Por estas y las demás virtudes que le adornaron como á varon perfecto, y por sus muchos dones naturales y sobrenaturales, fué siempre el P. Benavides estimado y venerado, y al mismo paso se ponia él debajo de los piés de todos. Dióle Dios buen talento de gobierno: comenzó por compañero del Provincial, en que se ocupó algunos años con mucha satisfaccion de la provincia. Despues le nombró nuestro P. General por Rector del colegio de Alcalá al fin del año de 1595, y con su verdadera humildad propuso y replicó muchas veces á esta eleccion, hasta que, obligado de la obediencia, la aceptó el dia de la Asuncion de nuestra Señora, 15 de agosto del año siguiente.

Luciósele bien al colegio entrar en tales manos, no sólamente en materia de la observancia religiosa, que con su grande ejemplo la tuvo muy en su punto, sino tambien en materia de letras. Fueron recibidos en su trienio cuarenta y ocho sujetos que muchos de ellos han gobernado en España y en las Indias, aumentando la santa Iglesia con sus sermones y doctrina, y adornándola con sus devotos escritos; y en su tanto no fué ménos provechoso en lo temporal del colegio; últimamente el año de 1607 en la Congregacion provincial que se tuvo en Toledo fué elegido en primer lugar para la sexta Congregacion que se tuvo en Roma el año de 1608, para la cual partieron el P. Benavides, el P. José de Villegas y el P. Francisco de Porras.

Llegaron á Génova en compañía del Cardenal Lomelino á los 13 de noviembre, y á los 24 se tornó á embarcar para ir á Nápoles con el Cardenal, y corrióles mal tiempo, y así, se detuvieron en el mar muchos dias, en los cuales le sobrevino al Padre una calentura extraordinaria (que otras eran en él ordinarias) y de ella no dió parte ni la declaró en seis dias, al fin de los cuales, sintiéndose muy apretado, se declaró, con que fué forzoso el desembarcarle.

Lleváronle al colegio de Sena, donde dentro de ocho dias murió, habiendo recibido muy devotamente todos los santos Sacramentos con grande consuelo suyo y edificacion de los de aquel colegio. Murió habiéndole señalado

nuestro P. General por Provincial de la provincia de Toledo, y como á tal se le dijeron las Misas y sufragios que acostumbra la Compañía.

Al mismo punto que murió en Sena el P. Benavides se lo reveló nuestro Señor en Roma á un devoto y conocido suyo, tenido por varon santo, que fué Fr. Pedro Egipciaco, el que alcanzó del Papa fuese Religion la Hermandad de S. Juan de Dios; el cual por hacer bien á su amigo el P. Benavides se fue luego al marqués de Aitona, embajador de España, á pedirle una limosna para decirle Misas; mas dentro de muy poco se volvió con ella entera, diciendo: «Tome V. E. su limosna, que no ha menester Misas para quien la pedí, que ya me ha dicho nuestro Señor que está en el cielo;» declaróle tambien cómo era el P. Francisco de Benavides, que aquel dia habia muerto en Sena, lo cual despues averiguó el marqués ser verdad.

Tambien un particular suceso acreditó la virtud del P. Benavides; porque aquel religioso amigo con quien se habia concertado de apartarse uno de otro cuanto pudiesen en vida, habiendo sido enviado desde las Indias á Roma, murió tambien en el camino y en la misma ciudad de Sena, y fué sepultado en la misma sepultura. Con tan singular providencia merecieron juntarse en la muerte los que tan heróicamente se apartaron en vida, y unirse en el cielo gloriosamente los que en la tierra santamente se dividieron.

Escribió la vida del P. Benavides el P. Alonso de Ezquerra.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO RIVADENEIRA

La vida del venerable P. Pedro de Rivadeneira, hijo en Cristo de nuestro P. S. Ignacio, muy regalado y estimado suyo, escribió copiosamente el P. Luis de la Palma, Provincial que fué dos veces en esta provincia de Toledo, el cual le trató familiarmente muchos años, y que testifica por experiencia lo que escribe de sus virtudes, y haberlo oido de su boca, y hallado en sus papeles despues de su muerte, que reducido á breve método es de esta manera.

Nació este insigne Padre en la ciudad de Toledo año de 1527, de padres nobles y ricos, cuyos abuelos sirvieron á los Reyes Católicos, D. Fernando y doña Isabel en oficios honrosos de su palacio, y fueron regidores de aque

lla noble ciudad. Tuvieron muchos hijos, entre los cuales fué el cuarto nuestro Pedro, á quien Dios escogió desde el vientre de su madre para ministro de su Evangelio; porque, estando preñada de él, hizo voto á la Santísima Vírgen, de quien era muy devota, de consagrarle aquel hijo para su santo servicio y hacer de su parte cuanto pudiese para que fuese sacerdote y ministro de Dios y siervo suyo. Con este santo intento le crió su madre con particular cuidado, inclinándole siempre á cosas de virtud, doctrinándole y apartándole de todo lo que le podia estorbar de ella.

Era de vivo ingenio y de superior natural, aspirando desde niño á cosas grandes; y llevado de su briosa inclinacion, no se ajustaba demasiado á la voluntad de su madre, haciendo algunas travesuras, que aunque propias de aquella edad, daban pena á su madre, que desde luego deseaba y procuraba verle santo. Tal vez se le trujeron maltratado de una mula, bañado en sangre y mal herido en el rostro. Otra vez quebrada una pierna, y más sentia su madre verle falto de la virtud que de salud, porque le decia con lágrimas en los ojos: «Hijo, estos son los frutos de la desobediencia, por la cual Dios te castiga,» palabras que testificó él despues que nunca las olvidó en toda su vida, quedándole desde aquel dia muy obediente.

Era á esta sazon de diez años, y, habiendo salido aventajado escribano, le pusieron sus padres al estudio, y, como tenia buen ingenio, en breve tiempo hizo raya entre todos sus condiscípulos: aprendió la gramática y retórica con tanta suficiencia, que la podia leer y enseñar públicamente; y disponiendo las cosas para que estudiase facultades mayores, vino á Toledo el Cardenal Alejandro Farnesio, nieto del Papa Paulo III, á dar el pésame al emperador Cárlos V de la muerte de la emperatriz doña Isabel, su mujer, y á consolarle.

Acertó el Cardenal á tener su casa junto á la de nuestro Pedro, el cual, como inclinado á cosas grandes y honrosas, no salia de su palacio, asistiéndole y sirviéndole con tan buena gracia y agrado, que el Cardenal se le aficionó de manera que lo pidió á su madre para llevarle á Roma en su compañía, ofreciéndole grandes aumentos.

Vino en ello fácilmente, porque, aunque sentia apartarle de su lado, no quiso privar á su hijo de las mercedes que le ofrecia aquel príncipe; pero acordándose del voto que habia hecho antes de parirle, le tomó á parte y le dijo estas palabras: «Yo, hijo, os ofrecí á Dios antes que naciésedes, porque quise que fuésedes antes hijo suyo que mio. Prometíle que seríades sacerdote y dedicado á su altar; con este designio os crié, con este os di estudio, con este os he doctrinado, deseando inclinaros á tomar estado de clérigo; yo os ruego que lo cumplais como yo lo prometí.»

Oyó nuestro Pedro con atencion estas razones de su madre, y con más

seso y cordura de la que su edad prometia, le respondió: «Ahora, señora, soy niño, y no es tiempo de tomar estado; cuando sea mayor veré lo que me conviene y desearé siempre darle gusto en todo.» Dióle con esto su bendicion y saludables consejos y partió para Roma en compañía del Cardenal, que le amaba y estimaba como si fuera su sobrino.

Llegaron á Roma, y con el favor que el Cardenal le hacia tomó alas para hacer algunas travesuras, porque le reñian y castigaban; y un dia, porque no fué á la hora señalada de la comida á servir á la mesa con los demás, temiendo el castigo, se andaba por la ciudad como huido: acertó á pasar por la casa en que vivia nuestro P. S. Ignacio con sus compañeros, que á la sazon estaban tratando de que Su Santidad confirmase la Compañía aprobando su instituto, y llevado de la novedad y mucho más de Dios, que por este medio le quiso llamar á la Religion, entró dentro, habló con nuestro Santo Padre, de cuya conversacion y trato quedó tan prendado, que pidió ser recibido en la Compañía y luego lo consiguió, porque aquella misma noche quedó por uno de sus compañeros, cosa bien rara para el exámen que el Santo guardaba en la eleccion de los suyos. Pero, como tenia tanta luz del cielo, conocia con ella el valor del sujeto que recibia.

Cuando su madre supo que habia entrado en una Religion de clérigos, que tenia por nombre la Compañía de Jesus, se holgó en extremo, pareciéndole que veia cumplido su voto y juzgando que Religion de tal nombre no podia dejar de corresponder á él con sus obras; y así, le escribió aprobando su eleccion y animándole á la perseverancia.

Catorce años no cumplidos tenia el H. Pedro de Rivadeneira cuando fué recibido en la Compañía; pero en las costumbres y natural daba á entender ser de más edad; por lo cual nuestro Santo Padre, á pocos meses de noviciado le hizo su secretario, fiando de su prudencia los negocios de la Religion, á la cual decia nuestro Pedro que, como era entónces niña, le habian dado secretario de su edad.

Ejercitó este oficio con grande satisfaccion, y habiendo acabado los dos años de noviciado con singular aprovechamiento suyo y edificacion de todos, le envió nuestro Santo P. Ignacio á estudiar en compañía de otros seis Padres, de los cuales los cinco iban á Coimbra al colegio que el rey don Juan III fundaba en aquella ciudad, que fué el primer estudio formado que tuvo la Compañía; y con el otro Padre fué el H. Pedro de Rivadeneira á París, adonde habia algunos de los nuestros estudiando en el colegio que decian de los Lombardos, más como seglares que en forma ni hábito de religiosos, si bien sus costumbres eran tan loables, que por ellas los veneraba toda aquella Universidad.

Salieron todos siete de Roma sin otro viático que la bendicion de nuestro Santo Padre, caminando á pié, pidiendo limosna y posando como pobres en los hospitales. Llegaron cerca de Aviñon, adonde, como nuestro fervoroso Hermano era muy delicado y mozo, descaeció de manera que le dió un desmayo, que le privó de los sentidos y se cubrió de un sudor frio como de muerte. Con estos accidentes entendieron sus compañeros que acabaria allí la vida; mas fué nuestro Señor servido de darle salud tan en breve, que se tuvo por milagro, porque á la mañana se halló bueno y sano y tan fuerte, que pudo caminar nueve leguas á pié con los demás aquel dia.

En Aviñon se partieron los cinco para Portugal y el H. Pedro para París, despidiéndose los unos de los otros con grande sentimiento y lágrimas; mas en el camino empezó su compañero á desquiciarse de la obediencia que su Santo Padre le habia impuesto; pero nuestro Pedro le habló con tan eficaces palabras y buen espíritu, que le redujo al verdadero camino de la santa obediencia.

Llegaron á París despues de dos meses de camino y de haber caminado en ellos trescientas y ochenta leguas con increible incomodidad y pobreza: allí se juntaron con los pocos que habia de la Compañía, y todos iban á estudiar al colegio de Sta. Bárbara, adonde habia tambien cursado nuestro P. S. Ignacio y sus compañeros; pero al mejor tiempo, cuando nuestro H. Pedro de Rivadeneira iba estudiando con fervor, sucedió que el rey Francisco de Francia rompió la guerra con el emperador Cárlos V, y por esta razon echó un bando que todos los españoles y flamencos saliesen de su reino, pena de la vida.

Con esta ocasion salieron los nuestros, y con ellos el H. Pedro, con tanta priesa, que les era forzoso caminar doce y catorce leguas al dia á pié, y mendigando, por no incurrir en la pena. Pasaron á Flandes y llegaron á Lovaina á continuar sus estudios, y fueron los primeros de la Compañía que entraron en aquellos estados y dieron noticia de ella más con obras que con palabras, porque entre todos no habia más que un sacerdote, que era el P. Jerónimo Domenech, Superior suyo. Procedian con tan grande modestia, edificacion y ejemplo que admiraban á los que los trataban. Comulgaban juntos cada ocho dias. Con su vida y palabras movieron á muchos á despreciar el mundo y seguir á Cristo.

Entre todos se señalaba el H. Pedro, así en virtud como en letras. Pero el demonio envidioso, no pudiendo sufrir la guerra que le hacia un mozo de diez y seis años, levantó contra él un tropel de tentaciones, melancolías y tristezas. Hallóse combatido, ya de algunos que le persuadian dejase aquella vida que habia comenzado, ya de las tristezas interiores que le cubrian el

corazon. Deseaba mucho ver á su amado P. S. Ignacio que le habia criado, con cuya vista juzgaba se le quitarian todos aquellos nublados de congojas.

Esto pasaba á tiempo que nuestro Santo Padre llamaba á Roma al P. Jerónimo Domenech, el cual quiso llevar consigo al H. Pedro. Salieron de Flandes á pié como solian, atravesaron por Alemania hasta llegar á Venecia, y de allí pasaron á Ravena, donde enfermó gravemente el P. Jerónimo Domenech por los muchos y grandes trabajos del camino, porque los más de los dias se vieron sepultados en la nieve, traspasados del hielo y aires frios de aquellos montes y sierras, y de esta manera llegaban á las posadas, y, como pobres, no hallaban albergue ni con qué poderse reparar.

Y tal vez les acosó tanto la hambre y necesidad que el H. Pedro se cayo sin sentido en el suelo, diciendo á voces: «Que me muero de hambre,» y, sin hallar remedio, caminó de esta manera algunas leguas, hasta llegar á un monasterio de monjes, á donde por gran regalo le dieron un pedazo de pan y una escudilla de caldo que partieron entre los dos. Y quedando enfermo el Padre, el H. Pedro por su mandado partió para Roma ochenta leguas de camino; y hallándose necesitado y sin remedio, vendió en la plaza una almilla en cinco reales, con que llegó á Roma, á donde entró el año de 1543.

Llegó tan desecho y desfigurado, que los de casa no le conocian; mas en viendo y hablando á S. Ignacio nuestro Padre, se alegró de manera que en breve tiempo recobró las fuerzas y el color perdido. Envió luego nuestro Padre un religioso que asistiese y curase al P. Jerónimo Domenech.

Grande fué el consuelo que el H. Pedro de Rivadeneira recibió con la vista y conversacion de nuestro Santo Padre; pero duróle poco, porque, reconociendo el demonio que todas las medras de este Hermano pendian de amor cordial que le tenia y de la confianza con que le descubria su pecho, puso todas sus fuerzas en quitarle este consuelo y trocarle el corazon, para lo cual se valió, así de los trabajos pasados, como de un mal sacerdote de casa que luego despidió el Santo Patriarca.

Cargóle una pesada melancolía y tristeza, acordándose de lo mucho que habia padecido, mirando la vida que traia, y como más penosa la que estaba por pasar. Parecíale que S. Ignacio nuestro Padre era la causa de todo, y trocó el amor en odio. Atizaba este fuego el mal sacerdote, dándole malos consejos y diciéndole que dejase la Religion, porque así lo pensaba él hacer. Tres meses duró esta guerra, que fué la más dura que padeció en su vida y la más peligrosa, hasta que la descubrió á su Superior; pero, en declarándola empezó á esclarecer la luz divina en su alma.

En el tiempo que Pedro callaba esta tentacion, más padecia; y aunque S. Ignacio nuestro Padre con luz del cielo conocia su dolencia y procurab-

curarla, él obstinado resistia, recatándose de él como si fuera su enemigo. El Santo lo encomendaba á Dios, y fueron tan eficaces sus oraciones, que con ellas alcanzó su remedio; porque le visitó nuestro Señor con una recia enfermedad que le duró algunos meses, con que declaró la verdad á S. Ignacio, su Padre, el cual le consoló y animó para que perseverase en el bien comenzado.

Luego le dió nuestro Señor salud, declarando el fin para que le habia dado la enfermedad; hizo unos Ejercicios muy fervorosos que le dió el Santo Padre, y con él la confesion general, y tratándole amorosamente, volvió á su antiguo amor; y porque aún no habia hecho los primeros votos y se estaba en el estado de novicio con haber más de tres años que estaba en la Religion, quiso nuestro Santo Padre que los hiciese en sus manos antes de comulgar, en el modo y forma que el Santo le ordenó, como lo hizo. Tanta era la sinceridad con que entónces se procedia, y la confianza que el Santo Patriarca tenia de los suyos, que al H. Pedro no se le ofreció jamás queja ó sentimiento de no haberle dado los votos ni aun pensamiento de hacerlos, hasta que se lo mandaron.

Siendo ya verdadero religioso, pidió por su mucha humildad á nuestro P. S. Ignacio ser Coadjutor espiritual y dedicarse á leer una cátedra de Gramática, teniéndose por indigno de otro grado mayor; mas, considerando el Santo que estudiando podria ser de mayor utilidad á los prójimos, le envió á estudiar á Pádua á donde estuvo cuatro años, y en tan breve tiempo salió excelente filósofo y teólogo, aprovechando juntamente á los prójimos con ejemplo y buenas pláticas nacidas del santo celo que ardia en su corazon.

Por este tiempo, que era el año de 1549, envió nuestro P. S. Ignacio al Padre Diego Lainez á Palermo, á instancia de aquella ciudad, á dar principio al colegio que en ella tiene la Compañía, y que fuese con él el H. Rivadeneira á fundar en él los estudios de latinidad y retórica, dándole esta cátedra y título de Prefecto de ellos. Tenia á la sazon veinte y un años de edad y muchos más de prudencia, religion y letras, con que sirvió á Dios en aquel ministerio y honró la Compañía.

Leyó la primera leccion de retórica delante del virrey, y Senado, y toda la nobleza, y personas doctas de la ciudad, con aplauso y admiracion de todos, así por su mucha erudicion y letras, como por la modestia y santidad que resplandecia en su persona. Tres años gastó en esta ocupacion, pasando juntamente sus estudios y predicando todos los domingos del año con increible fruto de los oyentes. El concurso de ellos era grande, admirando el reino ver un mozo de tan poca edad, tan prudente, tan religioso en la vida, tan celoso en el espíritu, tan infatigable en el trabajo procurando sólamente el bien de las almas.

Extendióse la fama de este insigne varon por todo el reino de Sicilia, y no habia ciudad ni villa que no procurase gozar de la luz de su doctrina, y llegó á Roma, con no pequeño gozo de nuestro Santo Padre Ignacio, viendo tan copiosos frutos del hijo que tanto queria y habia criado desde sus tiernos años; y, determinando por entónces fundar el colegio Germánico, llamó al H. Pedro para que fuese la primera piedra de aquel espiritual edificio.

Vino á Roma y dió principio al colegio con una leccion de retórica que hizo delante de la corte romana con tan grande eminencia, que á todos puso admiracion; con la misma prosiguió leyendo y predicando juntamente como lo habia hecho en Palermo, y con igual fruto, por espacio de tres años.

Todo esto paso ántes de ser sacerdote, mostrándose siempre muy ajeno de ordenarse ni tenerse por digno de esta dignidad; mas S. Ignacio, viendo el fruto que hacia y las medras que tendria si se ordenaba, le mandó que se dispusiese para ello, pero el H. Pedro le pidió con todo afecto y rendimiento no le mandase cosa tan grande y desigual á sus fuerzas y virtud.

Nuestro Santo Padre juzgándole por más digno cuanto él se hallaba por más indigno, le mandó que se ordenase, á que él obediente y rendido bajó la cabeza, y, recibida primero su bendicion, recibió luego las órdenes, dia de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, y dijo la primera Misa la noche de Navidad siguiente, año de 1553, en Sta. María la Mayor en la capilla del Pesebre, á donde la habia dicho S. Ignacio su Padre, con increible gozo de su alma, viendo cumplido el voto de su madre, la cual recibió grande contento cuando lo supo.

Viéndose ya sacerdote el P. Pedro de Rivadeneira, empezó una vida de ángel, adelantándose en todo género de virtud, dándose más á la oracion y trato con Dios y al celo de la salud de las almas, á que se entregaba con todas las fuerzas posibles, aumentándoselas Dios al paso que él las gastaba en su servicio. Era el primero en los actos de la comunidad, muy fervoroso en las penitencias y mortificaciones, infatigable en las confesiones, y tan suave en el trato, que todos le buscaban para el bien de sus almas, sin negarse á ninguno.

En los sermones juntaba con la doctrina y erudicion la fuerza del espíritu con que movia á los oyentes al amor de Dios y al desprecio de las cosas de la vida. Fueron muchas y grandes las conversiones de gente perdida que hizo en aquella ciudad; pero duróles poco, porque tuvo necesidad de él la Compañía para fundar su Religion en los Estados de Flandes, á donde á la sazon estaba el rey D. Felipe II, á quien le envió S. Ignacio nuestro Padre, fiando de su prudencia y buen espíritu aquella empresa, que fué de las más importantes que en aquel tiempo se ofrecieron.

Al punto se partió con la bendicion de su Santo Padre guardando en todo su instruccion. Entró en Lovaina y empezó á predicar en latin, porque no sabia bien la lengua natural, con grande fruto y admiracion; ganó tambien muchos y buenos sujetos para Dios en aquella Universidad, que entraron en varias Religiones y no pocos en la Compañía, entre los cuales fué el P. Dr. Diego de Ledesma, varon señaladísimo en letras y virtud y maestro de muchos en aquella Universidad.

Voló la fama de su doctrina á la villa de Bruselas á donde estaba la corte del rey D. Felipe II, la cual deseosa de tener á este insigne predicador envió por él, ordenándole que fuese á apredicar al rey y cortesanos españoles que le servian, á lo cual fué con el celo y voluntad que acudia á todo lo que era bien de sus prójimos. No se puede explicar fácilmente el fruto que hizo en la corte con sus sermones, causando mucha reformacion de costumbres, frecuencia de Sacramentos, visita de hospitales y confesiones.

Llegó á los oidos del rey, el cual se informó del P. Rivadeneira de nuestra Religion é instituto, y estimándolo por las muestras de espíritu fervoroso que habia visto en sus religiosos, á quienes llamaban nuevos Apóstoles del mundo, ayudando para ello el duque de Feria, dió su licencia y decreto firmado de su nombre, para que la Compañía pudiese fundar casas y colegios en aquellos Estados, ayudándolos para esto con sus reales limosnas.

Ocupado en tan santos empleos este insigne varon, pasó de esta mortal vida á la eterna S. Ignacio nuestro Padre á los 31 de julio del año 1556, y en su lugar fué electo el P. Diego Lainez por General de la Compañía, el cual le envió luego á llamar para valerse de él en el gobierno de la Religion. Ejecutó luego esta obediencia no sin grande sentimiento de todos, sintiendo su ausencia como de padre y rogando á nuestro Señor que volviese presto á visitarlos, por lo mucho que perdian.

Llegó á Roma el año siguiente de 1557, y parece que oyó Dios las oraciones de los que deseaban volviese á consolarlos; porque en esta ocasion se concluyeron las paces entre el Papa Paulo IV y el rey D. Felipe II, y para mayor firmeza envió el Sumo Pontífice á su sobrino el Cardenal Carrafa á visitar de su parte al rey. Y para el buen acierto de los negocios que habia de tratar, ordenó Su Santidad le acompañase el P. Alonso de Salmeron, Asistente entónces de la Compañía, el cual llevó por su compañero al P. Pedro de Rivadeneira, y con esta ocasion volvió á Flandes no muchos meses despues de haber salido de Bruselas, ofreciendo á Dios estas peregrinaciones tan penosas y llevándolas con mucha alegría por su amor.

En Flandes continuó su predicacion y santos ministerios con el fruto que solia. No le duró mucho esta quietud, porque el rey envió al duque de Feria

á visitar á la reina María de Inglaterra y asistirla de su parte en la enfermedad de que murió, por estar él ocupado en las guerras de Francia. El duque, como estimaba al P. Rivadeneira como á varon apostólico, le llevó consigo á Inglaterra por único remedio de su familia contra el veneno mortal de las herejías de aquel reino, en el cual predicó y enseñó la verdad católica el tiempo que allí estuvo, y fué el primero de la Compañía que le alumbró con la luz de su doctrina.

En Lóndres tuvo órden de pasar á España á negocios de mucha importancia, y, no teniendo efecto esta jornada, le mandó el P. Diego Lainez que volviese á Roma, á donde llegó el año de 1559, ejecutando siempre estas obediencias con la prontitud y voluntad que si fuera un novicio de tres dias, resignado totalmente en las manos de sus Superiores.

Antes de morir nuestro Santo P. Ignacio dejó señalado con otros al P. Rivadeneira para que hiciese la profesion de cuatro votos; y así, en llegando a Roma, ordenó el P. Diego Lainez que se pusiese en ejecucion. Pero el humil de Padre, juzgándose por indigno de este honroso grado, pidió que no se le diesen, sino el más ínfimo de la Compañía, alegando para ello muchas razones, que más eran en su favor que contra él. Duró esta porfia un año, suplicando y proponiendo á los Superiores su insuficiencia; y, aunque por no disgustarle condescendieron con él por aquel tiempo, últimamente le mandó nuestro P. General que sin hablar más palabra obedeciese, y así, hizo su profesion á los 3 de noviembre del año de 1560.

Conociendo el P. Diego Lainez la buena cuenta y satisfaccion que habia dado el P. Pedro de Rivadeneira en los negocios árduos que se le habian encargado, determinó de hacerle Superior, y el primer cargo que le dió fué de Visitador de los colegios de Italia, extramuros de Roma, en que procedió con igual acierto. Acabada esta visita, le dió cargo de Provincial de la Toscana (que fué el primero en aquella provincia) en que se ocupó algunos años, reparando los colegios que habia y fundando otros de nuevo, asentando en todos la disciplina religiosa con la fuerza de su ejemplo y observantísima vida, predicando, confesando y alumbrando á los fieles con la luz de su doctrina, como si no gobernara ni tuviera otra ocupacion alguna.

Antes de acabar este oficio, fué electo por Asistente de Italia en lugar del P. Alonso de Salmeron, que fué con el P. Lainez por mandado de Su Santidad al Concilio de Trento. Las más de las provincias que tenia entónces la Compañía le deseaban y pedian, así por su Superior como por su Maestro y Padre. Pero ya que no podia con su presencia, lo hacia con sus cartas y escritos, consolando á sus hermanos é hijos en Cristo. Al fin, venció Sicilia, á donde la obediencia le envió por Comisario y Provincial, y en el camino

fué preso de salteadores con otros seglares y religiosos que iban en su compañía, llevando con alegría aquel trabajo, dando por él infinitas gracias á nuestro Señor.

Despues ablandó con muchas y tiernas razones á los salteadores, poniéndoles delante el riesgo de sus vidas, la importancia de su salvacion y las penas eternas que les aguardaban, con que se compungieron, y reconociendo el espíritu divino que moraba en aquel varon apóstolico, le veneraron como á santo, y por su respeto dieron libertad á todos sus compañeros, aunque ellos por entónces no dejaron su mal estado.

Llegó á Palermo, donde fué recibido como ángel del cielo, acordándose todos de las primicias de su espíritu que habia dado en aquella ciudad, á donde continuó con mayor fervor sus ministerios, estableciendo juntamente las cosas de la Religion y atendiendo al consuelo y aprovechamiento de sus súbditos, que le amaban como á Padre y veneraban como á santo. Aquí propuso unos preceptos de la obediencia, que por ser lo último que habia dictado nuestro P. S. Ignacio, los llamaba *el testamento del Santo Varon.*

Tres años estuvo en esta ocupacion, al fin de los cuales, por muerte del P. Lainez, fué electo por General S. Francisco de Borja, el cual le hizo Rector del Colegio Romano, en que á la sazon habia doscientos y sesenta religiosos, y juntamente Superior de todos los de la Compañía que habia dentro de Roma, excepto la Casa Profesa que tocaba al General, y eran tantos, que su número igualaba al de cualquiera provincia.

La carga era á su juicio desigual á sus fuerzas; pero Dios se las daba tan cumplidas, que no sólo atendia á su gobierno, sino á la predicacion y demás ministerios, como si para sólos ellos hubiera quedado en aquella ciudad. Ultimamente, habiendo el Santo P. Francisco de Borja de partir á España en compañía del legado de Su Santidad, le hizo Asistente de España y Portugal, el cual oficio ejercitó hasta que el Santo Francisco murió y fué electo por General el P. Everardo Mercuriano, á quien pareció conveniente volviese á España este insigne varon, por verle cargado de importunas enfermedades, ocasionadas de tantas peregrinaciones y continuos trabajos, para que con los aires naturales recobrase salud y sirviese de nuevo á la Compañía.

El cual volvió á España el año de 1573, treinta y ocho despues que salió de ella. En llegando, empezó á mejorar; y con el deseo que traia de recogerse y darse á la oracion y contemplacion, compuso brevemente algunas cosas de sus hermanas y deudos, y luego vino al colegio de Madrid á un aposento apartado, á donde vivió el resto de su vida, que llegó á los ochenta y cuatro años, empleándose en todo género de devocion, y en escribir muchos libros para utilidad de los fieles.

Resplandeció siempre este venerable Padre en la devocion y trato con Dios, y mucho más en este retiro, mostrándolo por la igualdad de vida que conservaba en todos tiempos, por la dulzura y mansedumbre con que trataba á todo género de personas, por la luz y acierto que tenia en todas sus cosas, por el sosiego y madureza de sus acciones, y más por sus palabras y escritos, que todos están llenos de esta luz y de este fervor y afecto celestial.

Vivia en la corte como si fuera en el desierto; y solia decir que de mejor gana vivia en Madrid que en otro lugar particular; porque los de la corte, ocupados en sus negocios, son de tal condicion, que fácilmente olvidan á quien los olvida, y á quien no los busca no le buscan; y así, para que no le buscasen, tenia su aposento en lo más alto de la casa, y cuando bajaba abajo, decia: «Vamos á Madrid,» y cuando subia: «Subamos á Jesus del Monte.»

En esta soledad tenia distribuido su tiempo y señaladas horas para todas ocupaciones, y este órden guardaba exactamente y con tanto rigor como si fuera un novicio. Por las mañanas, luego que se levantaba, se hincaba de rodillas y hacia oracion delante de las imágenes y reliquias que tenia en su aposento, y luego besaba la tierra. Y esto mismo hacia todas las veces que volvia á él. Cada dia decia Misa con mucha devocion y haciendo particular pausa al tiempo de comulgar, y nunca la dejó de decir, sino por enfermedad que le obligase á ello.

Cuando estaba enfermo, recibia el Santísimo Sacramento á menudo, y, para recibirle, se levantaba de la cama con su sotana y manteo, y se ponia de rodillas y con muchas lágrimas en medio del aposento. Prepárabase de ordinario para decir Misa con rezar las Horas menores, las cuales rezaba con devocion y haciendo memoria de los pasos de la Pasion que en aquella hora sucedieron, y rezaba para esto las oraciones que empiezan: *Salve hora sacra.*

Despues de esto se recogia un rato en su aposento y leia un capítulo de *Contemptus mundi*, cuya leccion estimaba en mucho; y porque las noches no podia bajar á decir las letanías con la comunidad, él las rezaba siempre de rodillas despues de decir maitines, ó la letanía comun de los Santos, ó la de nuestra Señora, ó la del nombre de Jesus, segun eran las fiestas.

Tenia hecha memoria particular de todas las personas que habia de encomendar á nuestro Señor, para acordarse de ellas al tiempo de las devociones Rezaba las estaciones siempre que las habia, y ganaba las indulgencias de ellas. Despues que hizo el *Manual de oraciones,* rezaba cada dia cinco señaladas; la primera del santo del dia; la segunda á Cristo nuestro Señor haciéndole gracias por los dones y privilegios que dió á su Santísima Madre; la tercera al ángel de su Guarda; la cuarta á S. Miguel; la quinta á nuestra Señora.

Todas estas oraciones rezaba el siervo de Dios cada dia y cuando se ha

llaba con alguna enfermedad; y en la postrera llegó á tanta flaqueza que él no podia leerlas y pedia á su compañero que se las leyese despacio para que él las pudiese ofrecer, y se regalaba y enternecia de oirlas, como lo hacia generalmente siempre que alguno le hablaba de Dios.

Cada dia leia la historia del santo de aquel dia, y contaba despues con mucho gusto lo que habia notado de sus virtudes. Y cuando era fiesta de nuestro Señor, ó de la Santísima Madre, ó de los ángeles, leia lo que tenia escrito de estas fiestas, y antes que escribiese el *Flos Sanctorum,* leia cada dia el *Martirologio Romano*, y despues las *Anotaciones* que sobre él hizo el Cardenal Baronio.

Tanto fué siempre el gusto y aficion con que meditaba las vidas y ejemplos de los Santos, que parece le disponia nuestro Señor para escribir sus historias con tanto acierto y piedad como las escribió, y para tanto provecho y reformacion de las costumbres. Para lo cual se aparejaba siempre con leccion y meditacion de lo que habia de escribir, y antes de empezar á dictar, de rodillas ó sentado, segun la salud que tenia, rezaba la oracion del santo ó santa cuya vida escribia.

La devocion que tuvo á la Santísima Vírgen fué muy entrañable; siempre que salia de su aposento, la saludaba profundamente hincándose de rodillas, y la pedia licencia para salir, y, en volviendo, examinaba lo que habia hecho, y si hallaba alguna imperfeccion, le pedia perdon de ella, y si no, le daba gracias por ello.

La reverencia que tuvo á nuestro P. S. Ignacio fué rara y singular, confesando que no tenia agradecimiento bastante á lo que le debia, aunque le cortasen á pedazos todos los miembros de su cuerpo. Amaba tan tiernamente á la Compañía, que decia se hubiera holgado haber nacido en ella y que desde el vientre de su madre le hubiese recibido en su seno nuestro Santo P. Ignacio.

Fué muy compuesto y moderado en el hablar y agradecido no sólo á aquellos de quien recibia algun beneficio, sino á los que le hacian alguna mala obra los alababa. Nunca habló sino muy honoríficamente de todos, la cual modestia guardó siempre en sus escritos.

Corrió parejas la humildad en este grande varon con la obediencia, como se vió cuando el embajador del archiduque Fernando, que despues fué emperador II de este nombre, estando de partida, rogó instantemente al P. Pedro de Rivadeneira le diese su bendicion, el cual divirtiéndose de propósito, no atendió á lo que decia el embajador, hasta que el P. Rector, que estaba presente, se lo mandó. Entónces el humilde Padre, hincándose de rodillas hizo la señal de la cruz con la mano, y dijo: «Dios nos bendiga á entrambos.»

A los novicios visitaba con mucho gusto, y se hacia niño con ellos, y les hacia contar sus vocaciones, y él les contaba la suya y las tentaciones que habia tenido en sus principios, para que no desmayasen ellos con las suyas, y les referia algunas cosas de nuestro Santo Padre y de los principios de la Compañía con tanta dulzura y suavidad que se andaban todos tras él como si fuera su padre. Con los HH. Coadjutores se entretenia largos ratos, y más con los que eran más sencillos y devotos, preguntándoles de sus oficios, y pidiéndoles cuenta de sus devociones, y ayudándoles en todas las ocasiones que podia.

Así como se menospreciaba á sí y á sus cosas, honraba y alababa á los demás. Cuando algunas personas le alababan sus escritos y el acierto que habia tenido en ellos, se confundia y avergonzaba, dando de todo la gloria á Dios, y maravillándose de cómo pudiese él haber acertado á escribir cosa buena; y cuando le decian que su estilo hacia ventaja al de Fr. Luis de Granada, se ponia en resistencia como que se le hacia grande agravio al Padre Fr. Luis de Granada, alabándole y encareciéndole sobre manera sus escritos, y de aquí le nació el no perder ninguna ocasion de honrarle en los suyos.

Y en lo que descubria tambien su humildad este insigne varon era en el agradecimiento con que recibia cualquier falta que le advirtiesen de sus libros, haciendo él tanta ventaja en la prudencia y juicio á los recusores que examinaban sus libros.

No se aventajó ménos este religioso varon en la caridad y amor que tuvo á los prójimos, procurando siempre su salvacion; y, cuando podia, acudia á sus necesidades corporales, como fué que, estando resuelto el Cardenal D. Gaspar de Quiroga de fundar á la Compañía un colegio en Alcaráz y darle mil ducados de renta, y habiendo sucedido un año estéril en que los pobres padecian gravísima necesidad en la Mancha, le escribió una carta suplicándole encarecidamente que la renta que queria dar á aquel colegio la convirtiese en remediar las necesidades presentes de los pobres, porque, aunque la Compañía perdiese aquella fundacion, Dios nuestro Señor lo supliria por otra parte, y era más justo que él cumpliese con su obligacion y con el buen ejemplo que debia dar á los demás Prelados de España.

En la última enfermedad que tuvo no mostró nada de enfado ni de pesadumbre: hablaba pocas palabras por vacar de todo punto á Dios. El P. Provincial y demás Padres que asistieron á su dichosa muerte, aguardaban que les echase su bendicion y á toda la Compañía. El con el dedo (que ya no podia hablar) señaló á una imágen de nuestro P. S. Ignacio, de quien podian aguardarla.

Pasó al eterno descanso á los primeros de octubre de 1611, alegre y lleno

de gozo de haber visto ya la beatificacion de nuestro P. S. Ignacio. Concurrieron á su entierro muchos señores y grandes con innumerables religiosos, besándole las manos en señal de reverencia y devocion. Fué cosa maravillosa que el año de 1633 se halló la cabeza del P. Pedro de Rivadeneira tan entera y sin daño de corrupcion, que parece habia acabado de morir; y los que le conocieron en vida por el rostro echaron de ver ser el mismo, y así, pusieron la cabeza en lugar más decente.

Fué tanta la estima de su virtud, que Fr. Francisco Tamayo, varon gravísimo de la Orden de S. Francisco de Paula, Calificador de la Inquisicion, dijo de él lo que Sto. Tomás de S. Buenaventura: «Dejemos al santo trabajar por el santo;» estando ocupado en lo último que escribió este siervo de Dios, que fué un catálogo de los hechos de S. Ignacio para su canonizacion, cuya censura se remitió á este religioso Padre.

Ambrosio Machio, Arzobispo de Caller, en su *Apéndice* llama al P. Rivadeneira: «Admirable en santidad, celebérrimo historiador en historia eclesiástica y en escribir los hechos de los Santos, y tan primero en este género de historiar, que no ha hallado la religion cristiana otro segundo ni más benemérito de este título.»

El P. Juan de Mariana en señal de su afecto y devocion que tuvo á este venerable Padre le hizo un elegante epitafio.

P. NIEREMBERG.

H. PEDRO CARRILLO

La santidad de este siervo de Dios es muy digna de memoria. Tuvo muy profundo cimiento en su grande humildad, en la cual se señaló con actos heróicos muy desde sus principios; porque, habiendo estudiado latinidad y Artes, en cuya facultad se graduó de bachiller con fama de estudiante y de buen ingenio, y entrando en la Compañía para sacerdote y ocupádose en ella algunos años en leer la gramática; viendo que el estado de Coadjutor era más proporcionado para su humildad, y teniéndose por indigno del sacerdocio, hizo instancia con los Superiores para que le dejasen ser H. Coadjutor. Adelantándose más cada dia en esta virtud, tuvo grandes deseos de ser despreciado, para lo cual usó de una traza que tambien algu-

nos santos usaron, que fué hacerse loco y dementado, haciendo y diciendo cosas proporcionadas para que le tratasen por tal y le diesen muchos azotes, los cuales deseaba él recibir por Cristo.

Corrió la fama por toda la provincia de que el H. Pedro Carrillo se habia vuelto loco, con gran lástima de todos, hasta que su Padre espiritual, á quien se descubrió, le mandó no pasase adelante, y el verdadero obediente al punto lo dejó; mas no olvidó el afecto de su humildad y desprecio de sí mismo, en el cual le quiso nuestro Señor acrisolar, permitiendo que en un tiempo fuese muy perseguido de todos, con sumo desamparo, sino es de un Padre grave con quien comunicaba sus cosas, que le procuraba consolar, al cual respondió que no le daba pena aquella persecucion y desamparo, ántes deseaba que todos los hombres y el mismo infierno se levantase contra él.

Tuvo don de profecía, y, entre otras, fué muy celebrada la que dijo en Toledo. Habíanse opuesto á una canongía de la santa iglesia de Toledo el Maestro Curiel, gran teólogo y catedrático de prima en Salamanca, y juntamente D. Alvaro de Villegas, catedrático de Alcalá. Conocia al de la de Salamanca un Padre de los de casa, y deseaba saliese con su pretension; pidio al H. Carrillo que estaba en oracion, suplicase á nuestro Señor diese á este la canongía, pues tan bien la merecia.

Preguntóle despues el Padre si habia hecho lo que le habia pedido: «Sí, dijo él, mas no quiere nuestro Señor, ni la Vírgen que sea canónigo el Maestro Curiel, sino el Dr. Villegas.» Añadió, que le daba Dios la canongía en premio de lo que habia padecido en un trabajo que pocos dias antes habia tenido en aquella ciudad:

Rogóle el Padre que tornase á hacer instancia á nuestro Señor sobre lo mismo. Encontróle el dia siguiente, y preguntóle si lo habia hecho; respondió que sí, pero que no seria Curiel canónigo, sino Villegas por la razon dicha. Con esto le dejó el Padre, entendiendo que era negocio de Dios. Llegó el dia de entrar á votar en Cabildo, y antes de salir de él, corrió la voz por la ciudad que el Maestro Curiel era canónigo.

Oyólo el Padre, y viendo al Hermano le dijo: «¡Ah Hermano! ¿no ve como Curiel es canónigo?» respondió el Hermano: «No es así.» Y replicando el Padre que ya habian venido á decirlo á casa, y no se oian otras voces sino aclamarle por canónigo; el santo Hermano se puso muy colorado de empacho, por forzarle á declararse más, y con gran fuerza y aseveracion dijo: «No hay tal, ni es posible.»

Muy poco despues, habiendo salido los canónigos de votar, se verificó la verdad y el espíritu de Dios que hablaba por este su siervo, quedando por canónigo de aquella iglesia el Dr. Villegas, y con todo eso nunca el humilde

Hermano tornó á hablar palabra al Padre, trayéndole á la memoria lo que habia dicho, ántes lo cubrió con perpetuo silencio.

Algunos enfermos recibieron salud por su oracion, la cual él hacia de rodillas todo el tiempo que el Padre á quien acompañaba estaba con el enfermo, y lo mismo hacia en las visitas de los sanos. Al fin, fué varon consumado en todas las virtudes; fué tan obediente que no se le conoció voluntad. Era devotísimo de la santa pobreza, amándola en el aposento, en el vestido y en todas las demás cosas de que usaba: traia siempre lo peor de casa; no disponia de cosa, por pequeña que fuese, ni la recibia, aunque fuese un pliego de papel, de nadie sin expresa licencia del Superior.

Estando en Oropesa, donde últimamente murió, le dió el conde de aquel Estado, que le amaba y estimaba mucho por su santidad, unos pebetes para la sacristía; mas él respondió que no tenia licencia para recibirlos, que se la diese S. E. para pedirla al Superior, y con su obediencia volveria por ellos. Tuvo una castidad muy privilegiada y favorecida de Dios, y conservóla con el singular recato que tuvo de la vista y trato de las mujeres. Siendo limosnero en Madrid, no tomaba la limosna de mano de mujer, sino cubierta la suya con el manteo, y sobre él la recibia, lo cual tenian observado aun las vendedoras de la plaza. Y en Toledo teniendo el mismo oficio, no entraba dentro de las casas, sino, quedándose en el zaguan, esperaba que le trajesen la limosna.

Sus confesores afirmaron que jamás amancilló su cuerpo, y que murió con la flor de su virginidad: ayudáronle para esto mucho dos cosas. La primera el ser muy penitente; tomaba dos veces disciplina cada dia, usaba de cilicios continuos y cadenas. Persiguióse con tanto rigor, que fué menester que los Superiores le fuesen á la mano. Hallabánle en la cama donde se acostaba cardos y cosas semejantes que le espinasen sobre que se echaba. En el invierno, aunque estaba achacoso, dejaba, cuando se queria acostar, de parte de noche todos los vestidos esparcidos por varias partes del aposento, para padecer más frio en recogerlos cuando saltaba de la cama.

Usó de extraordinaria penitencia y rigor en la comida, entreteniéndose disimuladamente en la mesa como si comiera, siendo notablemente poco lo que comia, hasta que, avisados los Superiores así de algunos que lo habian advertido como de su mucha flaqueza, le ordenaron comiese lo necesario, lo cual él, como muy obediente, hizo con tanta puntualidad, que hacia grande escrúpulo de dejar algo de lo que le habian señalado.

La otra fué el ordinario recurso que tuvo á la santa oracion, en la cual, fuera del tiempo que la comunidad en ella gasta y de otros ejercicios espirituales, gastaba en este santo ejercicio tres horas de la noche despues de tocado á acostar; despues madrugaba mucho para tener más oracion, para

la cual buscaba todo el tiempo que podia, de modo que añadia otras siete horas, viniendo á tener cada dia diez horas de oracion. Todos los ratos que podia hurtar á las ocupaciones gastaba en este santo ejercicio de donde le nacia tener tan habituada la memoria, y levatado el corazon á las cosas divinas, que sin procurarlo, se le iba el alma á ellas, como se vió en la enfermedad de que murió; porque, habiéndole encomendado que divirtiese algo el pensamiento de la profunda consideracion de Dios, porque no se le cansase la cabeza, respondió que le seria más dificultoso el divertirse que el pensar en Dios.

Siempre traia en la boca el *Gloria Patri*, ó salmo, ó algun himno de nuestra Señora, de quien fué singularmente devoto, interrumpiendo á veces el canto con sollozos y lágrimas de consuelo. Otras veces mientras componia el refectorio ó hacia otros oficios de trabajo, todo empapado en Dios solia repetir: «¡Oh mi Dios y mi Señor, quién os fuera servidor!

No sabia ni era en su mano hablar de otras cosas que las del cielo, de las cuales era su conversacion, si alguna tenia; y, si alguna vez oia alguna ligera murmuracion ó alguna cosa contra el prójimo, al punto se entristecia y procuraba apartarse de la plática. No fué ménos su caridad para todos, especialmente con los enfermos, con los cuales gastaba dias y noches; nunca le vieron turbado ni enojado.

Tuvo esta santa vida una muerte muy preciosa en el acatamiento divino, porque fué estando orando, y el modo fué semejante al de S. Pablo, primer ermitaño; estando algo indispuesto, mas sin peligro de morir, al parecer de todos, por no tener testigo de su muerte como S. Pablo, dijo al enfermero que estaba con él que se recogiese y descansase; hízolo así, y despues, volviendo á ver cómo estaba el enfermo, halló al santo H. Carrillo fuera de la cama, hincado de rodillas en el suelo y un brazo levantado hacia el cielo, ya sin alma ni vida. Túvose por cosa milagrosa aquella postura de poderse tener un cuerpo muerto con el brazo levantado y puesto de rodillas.

Esta dichosa muerte, aunque fué de grande sentimiento, causó igual consuelo á los de casa y edificacion á los de fuera, que se confirmaron en la opinion que habian concebido de su santidad. La condesa de Oropesa, donde murió el siervo de Dios, y otras muchas personas hicieron instancia, en sabiendo de su muerte, por su rosario, disciplina, cilicio y otra cualquier cosa que fuese suya, estimándolas como reliquias de un grande siervo de Dios. Murió á 5 de julio del año de 1615, á los setenta de su edad, de los cuales gastó en la Compañía treinta y siete.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE MARIANA

MERECIA el erudito y sabio P. Juan de Mariana una pluma semejante á la suya y el mayor historiador del mundo, para escribir la historia del mayor historiador de nuestra edad, igual á los antiguos de mayor autoridad y crédito y superior á los modernos, y que no tuvo otra falta sino no haber escrito en tiempo de los romanos ó en el de los atenienses, griegos y persas tan celebrados de los siglos, pues no fué ménos que ellos ni en la gravedad del estilo, ni en la propiedad de las palabras, ni en el peso de las sentencias, ni en la verdad de la historia, ni en el valor para decirla sin pasion ni respeto alguno para callarla ó disminuirla; porque, como dice Quintiliano en el lib. VI de su *Retórica*, altas materias piden estilo levantado, y cosas grandes no se pueden explicar con palabras humildes, así como las piedras preciosas piden rico y vistoso engaste.

Piedra preciosísima es en la corona de la Compañía la vida del sapientísimo P. Juan de Mariana, que la ilustró y enriqueció con su religion, con sus letras, con sus escritos, con su ejemplo y santas costumbres por espacio de setenta y un años que vivió en ella, y para sacarla á luz dignamente, necesitaba de altísimo estilo, sapientísimo historiador y de orador elocuentísimo, y cualquiera fuera corto para lo mucho que merece; pero el que viviendo se contentó y conformó siempre con la pobreza de nuestra Religion, sufrirá la humildad de mi estilo en el ínterin que mejor y más digna pluma escribe sus acciones y pinta la imágen de su alma en la tabla de su historia.

Las notias que tenemos son cortas, aunque le alcanzamos vivo; pero su moderacion hizo que no las tuviésemos, sepultando en silencio todo lo que podia redundar en su alabanza; mas, porque tan señalado varon no quede en perpetuo olvido, haré aquí un breve resúmen de lo que se ha podido alcanzar de su vida.

Nació el P. Juan de Mariana en la nobilísima villa de Talavera, llamada de la Reina, uno de los más ricos y más ilustres lugares de Castilla, el año de 1537 de padres honrados, calificados y ricos. Desde pequeño empezó como otro Séneca á dar muestras del grande caudal de ingenio de que Dios le habia dotado, adelantándose á todos sus condiscípulos y descollando entre ellos como un lucero entre las demás estrellas.

Salió en breve tiempo eminente latino, como lo muestran sus escritos, y despues de haber entrado en la Compañía, añadió á la retórica la lengua

griega y hebrea en que fué eminentísimo. Enviáronle sus padres á la Universidad de Alcalá á estudiar ciencias mayores de Artes y Teología, pero Dios le llevó con otros intentos superiores á estudiar otras ciencias altísimas tocantes al provecho de su alma y al adelantamiento de su espíritu; porque, llegando en aquella sazon al colegio de Alcalá el P. Maestro Nadal, enviado por S. Ignacio nuestro Padre con autoridad de Comisario para establecer en estas provincias las constituciones de la Compañía, llamó Dios al P. Mariana de la vanidad del siglo para que le siguiese pobre y humilde en su santa milicia, la cual se juntaba entónces y andaba Dios alistando varones de todo aliento, espíritu y santidad, que la fundasen y fuesen como las columnas, y sus vidas ejemplares á todos los venideros.

Entre ellos trajo al P. Juan de Mariana, el cual fué recibido y alistado en la Compañía de Jesus de edad de diez y siete años, el de 1554, siendo Prepósito General S. Ignacio nuestro Padre, á quien se dió luego cuenta de las grandes prendas del nuevo soldado que Dios nos habia traido, de que tuvo mucho agrado, y dió gracias á nuestro Señor por ello, echándole desde Roma su bendicion, la cual le cayó en España y con ella la gracia del Altísimo para trabajar en la viña de la Iglesia tantos años con tanto fruto y honra nuestra.

Luego que fué recibido, le enviaron á Simancas á tener su noviciado. El principal maestro era S. Francisco de Borja, y de tal maestro salió tan aventajado discípulo. Reconociendo, pues, el Santo su caudal, se valió de él para disponer un tratado de *Meditaciones espirituales*, que despues salió impreso con sus obras sobre la *Profecía de Jeremías,* empezando el P. Mariana desde el noviciado á dar principio á sus libros.

La vida que allí se profesaba es bien sabida entre los nuestros, pues la casa era como pajiza, unos techos viejos labrados á tejavana; la division de los aposentos era de esteras; las camas de cañas enhiladas en cordeles como carrizos de carros; la comida pobrísima, más para dilatar la muerte que para alimentar la vida; la penitencia mucha, la oracion continua con la presencia de Dios que se practicaba entre aquellos ángeles vestidos de carne, no perdiendo como ellos á su Dios de vista en cuanto obraban.

El capitan era santo y los soldados le seguian á porfia y sobre apuesta con emulacion santa en la penitencia y en la observancia. En esta escuela curso dos años el nuevo estudiante de Cristo crucificado, libro en que leia de dia y de noche, y espejo en que se miraba, y Maestro de quien aprendia el desprecio del mundo, el odio santo de sí mismo, la caridad para con todos, el amor fino de Dios, la exactísima obediencia y la paciencia y tolerancia en los trabajos, en que toda su vida se esmeró.

Habiendo, pues, aprovechado en esta escuela con grandísimas ventajas, sa-

lió tan docto en esta sagrada Teología, que pudo enseñarla novicio y pasar de discípulo á maestro; más teníale Dios destinado para otros diferentes empleos, y así, inspiró á los Superiores que le llevasen al colegio de Alcalá á consumar sus estudios, á donde fue, acabado su noviciado.

Oyó en la Universidad á donde cursaban nuestros estudiantes, porque aún no tenia maestros la Compañía; y como el caudal del ingenio era tan grande, en breves dias hizo raya entre todos, y fué de manera que, como dice el Padre Castro en la *Historia del colegio de Alcalá*, era cursado su aposento de sus condiscípulos como las aulas de sus maestros, viniendo unos y otros á consultar sus dudas y á pasar las lecciones, costumbre antigua de aquel colegio de pasar nuestros estudiantes á los seglares con igual fruto y edificacion de todos, porque los discípulos se hacen maestros enseñando, y los seglares se aprovechan en letras y virtud con el trato de los religiosos, y no pocos lo han sido por este medio; el cual acreditó mucho la ciencia y caridad del Padre Juan de Mariana, de quien dice el sobredicho autor que, como descubrió tan aventajado caudal y tan grande talento para el magisterio, empezó por mandado de los Superiores á presidir conclusiones, haciéndole maestro de sus condiscípulos.

Fué el primero que subió en cátedra en aquel esclarecido colegio que ha sido como una esfera de las ciencias, á donde han leido de los mayores y más sabios maestros que ha tenido la Compañía, siendo como el capitan de todos el P. Juan de Mariana en sus gloriosos principios.

La fama de su sabiduría en tan pocos años llegó á Roma, como la de Séneca antiguamente siendo niño; y el P. Diego Lainez, á la sazon General de toda la Compañía, le mandó ir á aquella corte para hacerle maestro de los estudios que trazaba poner en ella, para que fuesen luz y enseñanza de toda la Religion, concurriendo á ellos de todas las provincias los estudiantes á estudiar y aprender la sabiduría.

Le hizo catedrático y le dió la profesion de cuatro votos, la cual hizo en sus manos antes de ordenarse de Misa. Leyó las Artes y la Teología teniendo de los religiosos de casa doscientos discípulos, entre los cuales cuenta al P. Roberto Belarmino, que despues fué Cardenal, y luz de la Iglesia, y el maestro sumo de Italia, como lo dice el mismo P. Juan de Mariana en el prólogo de la exposicion sobre toda la Escritura que le dedicó.

De Roma pasó á Sicilia á dar tambien principio á los estudios de Teología, la cual leyó algunos años: de Sicilia vino á París á donde se graduó de doctor y leyó cinco años con igual aclamacion y fruto de los discípulos, los cuales se derramaron por varias tierras y provincias y fueron insignes maestros que alumbraron el mundo con sus letras y libros y doctrina. Trece años

gastó en esta ocupacion en Roma, Sicilia y Francia, hasta que la falta de salud le forzó á remitir la tarea del estudio, y venir á los aires naturales á recobrar salud.

Pero ¿qué diré de la excelencia de su doctrina, y de la estimacion de sus materias; y del lustre con que leyó, y el crédito que ganó en todas partes y con todos los maestros, que fué de lo más esclarecido que alcanzó su edad? porque, como dice el P. Pedro de Rivadeneira en el libro *De los escritores de la Compañía*, á donde habla como testigo de vista por haberle alcanzado en Roma y en Sicilia, tenia felicísima memoria, grande agudeza de ingenio, muy presto en hallar razones y argumentos para las opiniones que defendia, severo y recto en el juicio y en la eleccion de ellos, claro en la disposicion y enseñanza de su doctrina, acre en los argumentos, presto en las respuestas, dotado en muy alto grado de todas las partes que debe tener un gran maestro, y así, se lo lució en la doctrina y en los discípulos.

Conociendo esto el P. Andrés Scoto, se lamenta con razon de que el Padre Mariana aplicase su caudal á los libros de historia y política, y no á sacar á luz lo que trabajó y supo de la sagrada Teología, de que tuviéramos esclarecidos libros, que dieran grande realce á las ciencias y fueran la luz de las escuelas; pero no le dió lugar á esto su corta salud, como luego diremos.

No fué el P. Juan de Mariana de los letrados que con ocasion de sus catedras y de acudir á sus lecciones alzan mano de todos los otros ministerios y ni confiesan, ni predican, sino es algun sermon muy raro y muy lustroso; porque como el caudal era tan grande y el espíritu de verdadero hijo de la Compañía, criado con la leche de la enseñanza de S. Francisco de Borja, tenia fuerzas para todo y jugaba de ambas manos, leyendo y predicando, enseñando y confesando, escribiendo como maestro y trabajando como operario en la viña del Señor; y para este efecto aprendió cumplidamente las lenguas italiana, sicula y francesa, y en todas predicó y enseñó la doctrina cristiana á los fieles, y los guió y los industrió en el camino del cielo, haciendo grande fruto en todas partes.

Sea ejemplo de esta verdad lo que le sucedió en París, á donde una vez, entre otras, fué á hacer una plática espiritual á un convento de monjas, el cual estaba dividido en bandos, muy alterado é inquieto y con riesgo de mayores daños. Tomáronse varios medios para quietarle y reducirle á paz y concordia, sin la cual la disciplina religiosa va por el suelo; pero todos sin fruto, porque la cabeza de los bandos era una monja noble y rica, que no admitia medios de composicion.

Tomóse por último remedio que fuese el P. Juan de Mariana á predicarles, fiando de su buen espíritu y talento que pondria fin y remedio á tanto-

males. Una sola plática les hizo con tanta viveza y energía y con tal fuego de espíritu, que le emprendió en sus corazones y las movió á lágrimas y penitencia de todo lo pasado; y la promotora de aquellas discordias se puso en sus manos rendida como una cordera, y se redujo á una vida ejemplar, con que en una tarde dió fin á la tempestad que tanto tiempo y con tanto riesgo habia durado en aquella casa, y se restauró en ella el espíritu perdido y la observancia religiosa.

Empleado, pues, en tan gloriosas ocupaciones, con tanta gloria de Dios, fruto de las almas y lustre de la Compañía, fué Su Divina Majestad servido de acortarle los pasos con la falta de salud, la cual perdió, como buen soldado, peleando las batallas del Señor; y los médicos resolvieron, que sino mudaba de temple, serian pocos los dias de su vida.

Como era tan preciosa en el acatamiento de Dios y de los hombres, trataron los Superiores de dar órden cómo no la perdiese, y para esto le ordenaron volver á España á los aires naturales, esperando que con ellos y con vacar de la tarea de los estudios, se recuperaria; y así, volvió á España el año de mil y quinientos y setenta y cuatro, con sumo dolor de Francia, por verse privada de un varon tan consumado.

Fué recibido de los suyos con la estimacion que merecia su persona; y aunque pudiera hacer asiento en la corte, á donde lograra sus talentos, luciendo como el sol en lo alto de estos reinos, ó en Talavera, su patria, á donde entre sus parientes tuviera el regalo que su salud necesitaba; pero fué tan mortificado y tan exacto en la observancia regular, que por ajustarse más á la regla que ordena que los profesos en la Compañía vivan en las Casas Profesas y no en los colegios, si no es con precisa causa; no la hallando en su persona, se fué á la Casa Profesa de Toledo, y asentó allí su morada tan de asiento, que no se mudó de ella en todo el resto de su vida, que fué tan dilatada que llegó á los ochenta y ocho años.

El porte de vida que guardó en todo este tiempo fué de gran seriedad y un ejemplo de los religiosos venideros, edificacion y enseñanza de los presentes; porque, lo primero, fué observantísimo de sus reglas y de todas las obediencias y ordenaciones de sus Prelados, y en esta parte hablo de experiencia, porque viví con él algunos años, y como testigo de vista testifico, que no se ordenó cosa alguna para la observancia regular, que no fuese el primero en ejecutarla.

Habia muchos ancianos y achacosos en aquella casa, á los cuales por su ancianidad y falta de salud se permitia alguna vez salir al campo á caballo. Quitaron esta indulgencia, ordenando que todos fuesen á pié ó se quedasen en casa; y, con ser el más viejo y no el ménos achacoso el P. Mariana, fué el

primero en cumplir este mandato, tomando luego una caña por báculo y saliendo con su compañero al campo.

Era puntualísimo á la voz de la campana, dejando cuanto tenia entre sus manos, por importante que fuese, y acudiendo á lo que era llamado. Cincuenta años estuvo en la Casa Profesa, y en todos ellos no faltó á la mesa primera, ni por la mañana ni por la noche, una vez tan sola; y la misma observancia tuvo en ir á letanía, y á plática, y á todas las acciones de comunidad á que era llamado.

El trato de su persona fué de un pobre religioso y de un filósofo antiguo, como Sócrates ó Caton; porque comia moderadísimamente y con tan grande templanza, que nunca comió más un dia que otro, ni mudó de manjares, ni aunque hubiese algun extraordinario tocaba á él, tomando lo necesario para la vida y aborreciendo lo supérfluo y todo lo que podia ser regalo.

La misma templanza guardó en el vestido, alhajas y aposento, el cual no mudó en cincuenta años, ni le adornó, ni enlució, ni pidió más de lo que la obediencia le dió. La cama pobre, las alhajas pobres y humildes y precisamente necesarias, algunos libros para su estudio, sin género de curiosidad ni policía; nunca vistió paño fino, sino el más pobre, aunque era el más pesado, y decia que le abrigaba más y que bastaba.

Rarísima vez salia del aposento sino era á hacer algun ejercicio por la tarde á la galería de la casa, ó á visitar el Santísimo, á quien tuvo siempre por vecino, viviendo pared en medio del coro de la iglesia, con que podia con más facilidad visitarle; y si guardaba el aposento, mucho más guardaba la casa, de la cual no salia sino rarísimas veces y con gravísima causa.

No tuvo conocimiento con mujer alguna en toda su vida, ni quiso confesarla, sino rarísima vez, vencido de muchas instancias. Fué grande despreciador del mundo, de sus riquezas, honras y deleites; todo el suyo era en la oracion, y el estudio, y en los ministerios de la Compañía.

Todo cuanto sacó de las impresiones de sus libros, que fué mucho por la estimacion que tuvieron, lo dió á su Religion, sin pegársele nada á las manos, ni reservar para su regalo cosa alguna, y ménos para sus parientes, porque no reconoció otros más que los de la Compañía.

Tuvo grande respeto á los Superiores, y, siéndolo él á todos en el caudal, se sujetaba á su direccion como un niño; y era cosa admirable y digna de eterna memoria para la posteridad, ver á un varon tan sabio y una cabeza de tanto seso, nevada de canas, y consultado de los mayores hombres del orbe en materias gravísimas, y estimados sus pareceres como de un oráculo, dar cuenta de su conciencia á un Superior, discípulo de sus discípulos, y tomar su direccion á la edad de ochenta años, como si fuera un novicio de ca

torce para todas las cosas de su alma; y con ser acérrimo en defender sus opiniones y no volver atrás en lo que una vez dijo; en llegando el voto del Superior y su dictámen, deponia el suyo y se sujetaba á su obediencia.

Aconteciéle en una Congregacion provincial decir su parecer el primero, como el más antiguo en un punto de gobierno, apoyándole con muchas y fuertes razones, y ser la mayor parte de contrario parecer, y deponer el suyo públicamente, conformándose con los más, aunque eran mucho más mozos y de ménos experiencia.

No hay mercader que así estime sus joyas, por ricas que sean, como el P. Mariana estimaba la joya preciosísima del tiempo, aprovechándole cuanto era posible. Levantábase muy temprano y recogíase muy tarde; dormia poco y velaba mucho; de ochenta y más años se levantaba el primero en el rigor del invierno á tener oracion, y en acabándola se reconciliaba todos los dias indefectiblemente; y, si tal vez no hallaba al confesor, se reconciliaba despues de haber dicho Misa; tan vigilante y cuidadoso era en la pureza de su conciencia.

Luego decia Misa el primero de todos con gran reposo, autoridad y devocion, y daba gracias; con espacio rezaba las Horas menores y se ponia á confesar ó á estudiar, conforme era menester; y habia muchas personas que madrugaban á oir su Misa como de un santo varon.

Dos veces cada año se recogia en la quinta de la Casa Profesa á hacer los Ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre por espacio de quince dias, vacando á todas las ocupaciones, por graves que fuesen, por atender á la de su alma. Cuando vino de Francia, tomó confesonario en el patio para confesar á los pobres y humildes y á la gente baja de la república, que es la más pobre y desvalida, en que se ocupó muchos años.

Fué grande estimador de los ministerios de la Compañía y más de los más humildes, como eran visitar las cárceles y hospitales y enseñar la doctrina á los niños, preciándose más de esto que de las cátedras que habia leido. Siendo muy anciano, venia con su caña en la doctrina, rigiendo á los niños por las calles y asistiendo á la explicacion en las plazas para autorizar este santo ministerio, como lo hacia S. Ignacio nuestro Padre.

Mas, como el fuego no puede no quemar ni el sol olvidar su luz, así los grandes sabios no pueden olvidar la de su sabiduría ni dejar sus estudios, como le sucedió al P. Juan de Mariana que, trayendo la salud tan quebrantada de París, no pudo dejar los libros ni olvidar el estudio; y como la flaqueza no le permitia ocuparse en lo sutil de la Filosofía y Teología que siempre habia profesado, tomó como por pasatiempo la *Historia*, materia más entretenida y de ménos trabajo.

Como su ingenio era tan grande y no desigual su memoria, en poco tiempo se hizo dueño de esta ciencia y maestro insigne en ella; y, como habia oido murmurar de nuestra España á las naciones extranjeras, motejándonos de incultos y aun de bárbaros por no tener historia latina que diese noticia de nuestras cosas á las demás naciones, como elías la tenian de las suyas, quiso volver por la honra de España y tomar trabajo de sacar su historia, como lo hizo con tan grande eminencia, que se adelantó á las demás naciones del mundo en la grandiosidad del estilo y en la gravedad con que escribió; y no ménos en la verdad, que es la principal parte y la más necesaria en el historiador, en quien es tan grande falta callarla como decir la mentira; porque el historiador no ha de hacer panegíricos de alabanzas, sino historiar lo sucedido, cómo fué y cómo pasó, con toda sinceridad y claridad, así lo bueno como lo malo, sin dejar cosa alguna de las que toquen á la historia y al hilo y contexto de ella; y si tuviere inconveniente decir la verdad, ménos inconveniente es dejar la historia que viciarla y faltar en las leyes del verdadero historiador, como lo hizo el P. Mariana en algunas historias que le pidieron que sacase personas de grandísima autoridad; y por haber en ellas muchas verdades que fuera inconveniente resucitarlas, le tuvo por menor no sacarlas que dejar de decirlas; y así, no se resolvió á tomar la pluma para disponerlas, por muchas instancias que le hicieron, porque su valor era invencible, y, como tenia tan á los piés los valimientos con los príncipes y cuantos intereses de honras y riquezas pueden dar, nunca le pudieron vencer ni desquiciar un punto de la verdad, por lo cual padeció tanto que pudo ser contado entre los mártires de ella.

Cuando sacó el libro de *Mutatione monetae,* dice en el prólogo: «Esto escribo, no porque juzgue que se han de enmendar los inconvenientes que aquí digo, sino para que, cuando se vean con la experiencia cumplidos, sepa el mundo que hubo quien tuviese pecho y valor en este mismo tiempo para conocerlos y decirlos,» y dentro de veinte años se cumplieron todos de manera, que los jueces buscaron el libro del P. Mariana para guiarse por él y remediarlos; y cuando murió, dijo D. Francisco de Contreras, Presidente a la sazon del Consejo real de Castilla, y de los primeros hombres que tuvo la monarquía: «Hoy ha perdido el freno nuestro Consejo,» no porque le necesitase, sino porque sabian la entereza con que el P. Mariana decia su parecer y la verdad desnuda, sin respeto alguno.

Pero si es verdad que el Padre la dijo siempre, tambien es verdad el proverbio que dice:

Obsequium amicos, veritas odium parit.

La lisonja gana amigos y la verdad enemigos, y así, los tuvo el buen Padre pasando por este contraste, en cuyo crisol se refinó su paciencia, hizo alarde su valor y aumentó los méritos de su corona.

Hay algunos que, como dice Plauto, se quieren acreditar oponiéndose á hombres grandes, y de ordinario pierden más que ganan, como las aves ínfimas que se oponen á las águilas, y los martillos que hieren á los diamantes y quedan deshechos sin hacer mella en ellos; lo mismo sucedió en este insigne varon, de más firmeza y valor que los diamantes, en quien algunos descargaron sus golpes como martillos de hierro; pero fueron de hierro, y así, erraron y quedaron hechos pedazos, y tan invencible su constancia, que nunca más descubrió su firmeza y los quilates de su valor.

Llegó su osadía á escribir libros contra él y á delatarle y perseguirle; vióse preso, y acusado, y perseguido, trabajado y denostado, todo lo cual llevó con suma paciencia y con tan grande entereza que admiró á los jueces de su causa: respondió con el valor que siempre la verdad, la cual es como el sol, que, aunque tal vez se anubla, nunca muere, y, como dice el *Eclesiástico*, renace de su propio ocaso; y así, la verdad sale más clara y brillante cuanto más la oscurecen.

Lo mismo sucedió al P. Juan de Mariana, que de todos sus trabajos le sacó Dios con nuevos resplandores; porque el rey D. Felipe IV, en tomando la posesion de sus reinos, le llamó á su corte y le honró, haciéndole su coronista por lo que habia honrado á España, y le mandó que prosiguiese la *Historia* hasta su tiempo, honrándose de alcanzarle, para que pudiese ser empleo de su pluma.

A todo obedeció, y prosiguió la *Historia de España,* aunque brevemente, hasta los tiempos del rey D. Felipe IV, el cual la imprimió á su costa por tener alguna parte en obra tan grande; y nuestro P. Mariana, siempre el mismo, imprimió algunos libros, en que como siempre dijo desnudas y claras las verdades, no obstante que le oimos decir muchas veces: «Yo sabia que la verdad amargaba á quien la oia; pero ya sé que tambien amarga á quien la dice,» pero no por eso la calló en todo cuanto dijo y escribió: varon verdaderamente grande, á quien ni los premios, ni las amenazas, ni los amigos, ni los enemigos pudieron desquiciarle de la verdad un punto.

Fué hombre de grande ánimo y de mayor corazon que cuerpo, acérrimo defensor de lo justo y verdadero, de pocas palabras, porque las vendia muy caras, y con razon, porque fueron muy preciosas cuantas salieron de su boca: todas eran sentencias como de un Caton ó un Séneca, los cuales le llevaron su ventaja en sólo el tiempo; nunca usó de burlas ni le perdió alguno el respeto, porque fué en todas las ocasiones hombre muy de veras, si bien no era

pesado ni demasiadamente grave, ántes en las recreaciones ordinarias era un grano de sal, sazonando con su gran prudencia aquel rato; de manera que á todos nos tenia gustosos y suspensos, aprendiendo de su boca sentencias y parábolas útiles para el alma; y, si hubiéramos recogido sus sentencias, tuviéramos un riquísimo tesoro de que valernos, así para el aprovechamiento del espíritu, como para la policía y buen gobierno.

Escribió diez y seis libros el tiempo que estuvo en Toledo, los cuales refiere el P. Felipe Alegambe en su *Biblioteca*, adonde hace honorífica mencion del P. Mariana; los principales son: *La Historia de España* en latin en un tomo, y en romance en dos. *La Exposicion sobre toda la Sagrada Escritura*, en un tomo, obra doctísima de igual utilidad y trabajo. *De Regis institutione*, tres libros *De Ponderibus et mensuris*, siete libros ó tratados impresos en Colonia en un cuerpo el año de 1609, que son:

De Adventu Beati Iacobi in Hispaniam.
Pro editione vulgata SS. Bibliorum.
De Spectaculis.
De Monetae mutatione.
De Die mortis Christi et anno.
De Annis Arabum cum annis nostris comparatis.
De Morte et immortalitate, tres libros.

Y otros libros y tratados de ménos cuerpo, aunque dos de mucho precio, como de tal autor, entre los cuales fueron unas advertencias ó sentimientos acerca del modo del gobierno de la Religion, los cuales tomaron algunos malévolos entre manos y los viciaron, añadiendo y quitando lo que quisieron conforme á su afecto y bautizándolo con nombre del P. Mariana, no siendo suyo, con descrédito de su opinion, por lo cual los vedó el Tribunal de la santa Inquisicion á instancia de la Compañía, que mostró el original del Padre Mariana, tan modesto y ajustado como fué siempre en todas sus cosas, con que se hizo evidencia de las imposturas calumniosas de los mal intencionados, ajenas de la verdad y perjudiciales á la Religion.

Llegó con el buen recogimiento que siempre guardó, á ochenta y ocho años de edad, y lleno de merecimientos pasó de esta vida á la eterna el año de mil y seiscientos y veinte y cuatro, á diez y seis de febrero.

Fué tan sentida su muerte cuanto era estimada su vida y su persona de los mayores hombres del mundo; porque en todas partes era conocido y estimado por sus obras y más en las naciones extranjeras, de donde venian muchos, atravesando reinos y provincias á costa de grandes gastos y trabajos, sólo á ver y tratar á un varon tan prodigioso como alcanzó nuestra edad; y no les sucedia lo que suele ordinariamente, que los hombres son mayore-

en su fama que en sus obras, y, tratados, parecen menores que oidos, porque a todos pareció mayor el P. Mariana y que su opinion fué menor que su persona.

El Cardenal Cesar Baronio deseó mucho conocerle, y, ya que no pudo á boca, le comunicó por cartas, y se valió de sus escritos, y nunca le cita en sus obras sin grandes elogios, especialmente en el tomo octavo, adonde le llama el *erudito*, el *amador de la verdad* y el *famoso honrador de la piedad; el historiador de las Españas; el español sin pasion ni afecto particular ni á su patria ni á su gente, sino á la verdad y sinceridad;* el *dignísimo profesor de la Compañía de Jesus* y otros muchos elogios concernientes á estos.

El P. Cárlos Escribano en el libro que intituló *Amphitheatrum honoris,* empieza y no acaba las alabanzas del P. Mariana, levantando hasta el cielo la gravedad y elegancia de su estilo, la propiedad de las palabras, el esplendor y sutileza en el pensar y decir lo que refiere la grandiosidad del ingenio, superior á las materias que trata, dignísimo de toda estimacion y reverencia; y últimamente concluye diciendo que es mayor que todas sus alabanzas con estos versos:

Promptius imponam glaciali Pelion ossae,
Si partem tacuisse velim; quodcumque relinquam,
Maius erit.

Con la misma estimacion habla el P. Andrés Scoto y no se contenta con decir sus elogios, sino que refiere buena parte de su vida y de sus libros, diciendo que ha ilustrado las lenguas hebrea, griega y latina á su nacion y á las extrañas, y enseñado á todos con la erudicion de sus libros; y últimamente le dedicó el tercero tomo de su *Biblioteca,* juzgando que no podia dar mayor honra á su libro que ponerle en manos de varon tan eminente.

Y de la misma manera hablan todos los que le citan en sus obras, teniendo por su mayor crédito al P. Mariana por maestro y apoyo de su doctrina.

Don Tomás Tamayo de Vargas, coronista del rey D. Felipe IV, escribió un libro en su defensa contra los que pretendieron impugnar su *Historia,* porque el P. Mariana no hizo caso de ellos, como las águilas no le hacen de las ínfimas aves; y su mucha religion y la grandeza de su corazon despreció aquellas oposiciones, las cuales no han servido sino de hacerle más ilustre, viendo que enemigos conjurados no pudieron hacer mella ni en su persona, ni en sus letras, ni en sus escritos, ni en su sangre, que á todo tiraron sus flechas; pero fueron como las que dice David: *Sagittae parvulorum factae sunt plagae eorum.*

Ellos mismos se desacreditaron con sus escritos y el oro finísimo de los de nuestro Padre quedó más acreditado y descubrió el timbre de su fineza.

Escribieron del P. Mariana, fuera de los referidos, D. Antonio de Covarrubias, Oidor del Consejo real, Canónigo y Maestrescuela de Toledo; el Doctor D. Francisco de Padilla, Tesorero de la santa iglesia de Málaga; el doctor Bernardo de Alderete, Canónigo de Córdoba; el Dr. Francisco de Pisa; Abrahan Ortelio y otros muchos que cita D. Tomás Tamayo en su libro impreso en Toledo, año de 1616.

P. ANDRADE.

P. GONZALO MARIN

FUÉ este siervo de Dios maestro mio en el aula de Menores, y siempre le veneré por santo y lo hicieron así todos sus discípulos que fueron testigos continuos de sus grandes y heróicas virtudes.

Era natural de Caravaca, y ya hombre desengañado del mundo, entró en la Compañía, en la cual estuvo cuarenta y tres años. Casi todos ellos los gastó en diferentes colegios de esta provincia de Toledo, en leer siempre las mas ínfimas clases de latinidad, y en el de Madrid los treinta y uno continuos con tanto fruto, edificacion, fervor y asistencia en los postreros como si comenzara de nuevo.

Criaba á la juventud con tanto celo que por el fruto que de él han tenido las Religiones se podrá conocer, pues apénas hay ninguna que no haya estado llena de discípulos suyos, con tanta memoria, estima y agradecimiento, que todos le tenian por santo y le llamaban con este nombre; y hasta los seglares que más presto se suelen olvidar, tenian muy en la memoria los consejos que les daba y acciones que le veian hacer, y entre otras, que cuando pasaban de su aula á otra superior los niños, les pedia perdon de las faltas que les habia hecho, y, bajándose de la cátedra, les besaba los piés.

Lo mismo solia hacer cuando, despues de haber reprendido á alguno demasiadamente travieso ó inquieto, le parecia se aprovechaba poco de sus consejos; hincándose de rodillas á sus piés, se los besaba derramando muchas lágrimas, alcanzando con este ejemplo lo que no habia podido con su reprension, reduciéndolos á que anduviesen más solícitos en su estudio y tratasen de su aprovechamiento en la virtud, que era lo que principalmente deseaba.

cumpliendo con el fin principal para que la Compañía se encargó de criar y enseñar á la juventud, que es el imprimir en ella la virtud y temor de Dios.

Por lo cual él se dedicó á este ministerio de manera que no faltó á él, sino ocho dias que tiene de vacaciones en la corte, y esos dias se recogia á hacer los Ejercicios de S. Ignacio, por no faltar en otro tiempo á los niños y no querer alivio en esta vida ni recreacion alguna de la tierra.

Este mismo celo mostraba este siervo de Dios en todas sus acciones y le tenia de todos los ministerios de la Compañía, y muy en particular de los misioneros de las Indias, encomendándoles de ordinario á nuestro Señor. Los ratos que le sobraban de su aula los gastaba en escribir ejemplos, y hacia de ellos sus cuadernos, y unas veces los daba á los que pasaban por el colegio de Madrid á las Indias, otras se los enviaba á los misioneros con los Padres Procuradores que de aquellas provincias suelen venir; y solia decir con mucha humildad que, ya que él no habia sido para ir á estas misiones, queria ayudar en algo á los que en ellas se ocupaban.

Era muy obediente este venerable Padre; al primer toque de campana era puntualísimo no sólo en su ocupacion, sino en todas las cosas de la comunidad, siendo siempre el primero en todas ellas. Era muy humilde y despreciador de sí mismo, y le parecia que todo cuanto hacia era nada, siendo así, que el trabajo que él tenia bastaba para rendir otros de mayores fuerzas que las suyas.

De esta estima tan humilde de sí, le nacia la grande pobreza que guardaba en su persona y aposento, sin tener alhaja, cuadros, ni cartapacios, ni libros, sino los necesarios y más viejos de casa, y un rosario de palo que usaba y cuadritos de nuestra Señora en tabla bien pobre; porque, si alguna cosa de devocion le daban, juntamente pedia licencia para recibirla y para darla luego, y si acaso le enviaban algun regalo de fuera, sin verlo lo enviaba al Superior, sin querer que se le enviase cosa alguna de él, y si el Superior se la enviaba, habia de ser con licencia para repartirlo luego; lo mismo hacia si acaso se le enviaba á la mesa, teniendo por sobrado lo de la comunidad.

Todas estas virtudes le nacian á este religioso varon del trato tan familiar y continuo que tuvo con nuestro Señor, porque era hombre de mucha oracion y recogimiento, apartado de todo género de cumplimiento del mundo; porque con confesar mucha gente y haber tenido muchos de los caballeros y señores de la corte por discípulos, jamás los visitaba, si no era en alguna enfermedad grave, enviándole ellos á llamar.

Era muy recatado en el hablar, y sus palabras eran siempre ó del aprovechamiento de los estudiantes ó del propio, sin divertirse á otras pláticas. Este mismo recato tenia con sus estudiantes, tratándoles de cosas de Dios

con mucha afabilidad y amor, pero acompañado con mucha gravedad. Con estas y otras virtudes de su vida inculpable, se dispuso el P. Gonzalo Marin para que nuestro Señor le hiciese algunos favores particulares, los cuales él tenia apuntados en un cartapacillo con título de *Obligvciones para servir más á nuestro Señor*, librándole unas veces milagrosamente de aflicciones y escrúpulos que padecia interiormente, otras previniéndole de algunas cosas que era servicio suyo hiciese.

Estando á la muerte el P. Miguel de Reina su confidente y leal amigo, por su medio Dios le previno para las muchas contradicciones y pesadumbres que despues de su muerte habia de pasar, como adivinando el P. Reina que una persecucion le habia de ser ocasion para pedir el salir de Madrid, y, sin decirle nada, le aconsejó que no tratase de mudanza ni de salir de Madrid, sino que perseverase de buena gana en su ocupacion, que Dios miraria por su causa.

Y esto se lo dijo con rostro tan apacible que bien parecia que otro habia ba por él, y más estando, como estuvo, frenético todo el tiempo de su enfermedad hasta que murió, y aquel rato que estuvo con él le habló con tanto acuerdo y seso como si tal no tuviera, y con mayor y más tierno amor que jamás le habia hablado: despues todo le sucedió al P. Marin como se lo habia dicho el P. Reina, y por su devocion pidió le pasasen á leer la ínfima clase de todas, donde perseveró hasta la muerte leyendo el aula que llaman de *Reminimos*.

Mayor favor de Dios fué que, estando muy congojado, se le apareció nuestro P. S. Ignacio en la figura del retrato que dicen ser más parecido a él, el cual, mostrándole con el dedo la causa y raíz de su inquietud y escrúpulos que es la ilusion de la imaginacion, le señaló hacia la frente, dándole á entender que, curada la imaginacion, cesaria la borrasca de temores y quedaria en paz.

Tambien se le apareció el venerable P. Gil Martinez despues de su muerte á este siervo de Dios, para alentar sus caimientos y desconfianzas, con un semblante bañado de aquella alegría y gozo de que su alma gozaba en el cielo, diciéndole sólamente: «Ea, ea,» moviéndole con esto á un aliento y contentamiento del cielo, ó para recibir la muerte con alegría, ó para padecer más por el Señor en esta vida.

Pocos meses antes de su muerte, estando este devoto Padre en su recogimiento y oracion, en el mayor fervor de ella se le apareció uno de la Compañía que le parecia ser S. Francisco Borja, alentándole mucho y afervorizándole para el poco tiempo que le quedaba; y deseando el P. Gonzalo Marin con grandes ansias saber si se habia de salvar, la respuesta fué que sir

viese á nuestro Señor como hasta entónces lo habia hecho, y confiase en Su Majestad que se salvaria.

Tambien le hizo favor semejante S. Francisco Javier dignándose de consolarle con su visita. Consolado con esto, comenzó con nuevo fervor á servir á nuestro Señor, cercenando de todas las cosas que sin ofensa suya le podian ser de algun alivio, como son las recreaciones ordinarias de los nuestros de casa y fuera de ella; tomando este tiempo sólo para consolar algun enfermo, cuando lo habia, y, cumplido esto, se retiraba á su aposento.

Con esta continua mortificacion y trabajo cuotidiano se vino á debilitar de manera, que cinco dias antes que muriese, estando diciendo Misa, en acabando de consagrar se cayó de su estado con un desmayo que le dió tan repentinamente, que ninguno de los circunstantes le pudo socorrer para que no diese un grande golpe en tierra con todo el cuerpo.

Lleváronle desde allí á la cama, y en cinco dias que en ella estuvo apénas sintió otro mal más que cansancio de esta vida y deseo de gozar de la eterna, porque, desahuciándole los médicos al tercero dia, y mandándole dar los Sacramentos, él decia que no sentia dolor ni congoja alguna, sino ántes le parecia que cada dia se hallaba mejor y con muy poca y casi ninguna calentura, pero estaba con suma flaqueza.

Finalmente, recibidos los Sacramentos, llegó la hora de su dichosa partida, la cual fué con tanta paz y sosiego como si no hubiera en ella más dificultades de las que él significó; porque un cuarto de hora antes dijo á los que con él estaban que queria reposar un poco, y, puesta la mano en la mejilla como muchas veces acostumbraba cuando se ponia delante de nuestro Señor, sin accion ni congoja ni meneo de rostro, le entregó su alma con tanta paz, que a todos los de este colegio que se hallaron presentes á la recomendacion del alma, los tuvo suspensos un grande rato pensando no era muerto.

Dejólos á todos muy envidiosos de su dichosa muerte, la cual fué en este colegio de Madrid, viérnes, á 4 de diciembre de 1626, siendo de edad de sesenta y cuatro años y cuarenta y tres de Compañía.

P. NIEREMBERG.

P. RODRIGO NIÑO DE GUZMAN

FUÉ el P. Rodrigo Niño de Guzman natural de Toledo, hijo de los condes de Villaverde, rama de la nobilísima casa de los duques de Medina-Sidonia, sobrino del Cardenal D. Fernando Niño de Guevara, Arzobispo de Sevilla é Inquisidor general en los reinos y señoríos de España, en cuya casa se crió desde pequeño; porque el Cardenal, su tio, deseó criarle para la Iglesia, lo uno, por ser hijo segundo de sus padres; lo otro, por verle tan docil y modesto y tan inclinado á la virtud desde su tierna edad, que parecia haberla mamado en la leche y aprendídola desde el vientre de su madre: tal era su modestia, su compostura, su devocion y el cariño que mostró desde niño á todas las cosas de piedad y al culto y reverencia de los santos.

Aplicóse con grande gusto al ejercicio de las letras y aprendió las latinas en Granada, siendo su tio presidente de aquella Chancillería, cursando en nuestras escuelas, adonde con el trato y buen ejemplo de los de la Compañía se aficionó á ser de nuestra Religion. Entendiéndolo el Cardenal, que era muy devoto nuestro, aunque no le pesó de ver á su sobrino inclinado á dejar el mundo y consagrarse á Dios en el ara de la Religion de la Compañía, no quiso que lo hiciese desde su casa sin dar cuenta á sus padres que se le habian entregado, y así, se le remitió luego á Toledo, diciéndoles los intentos de su hijo.

Su sentimiento fué á medida del amor que le tenian, porque le amaban tiernamente por su buen natural y muchas prendas, y tenian esperanzas que á la sombra del Cardenal, su tio, y con su buena direccion habia de seguir sus pisadas y alcanzar grandes puestos por la Iglesia y ser honra de su casa, que todo lo merecia, no ménos por su virtud que por su sangre, y por el caudal de ingenio y prudencia que mostraba.

Mas como eran tan temerosos de Dios, no quisieron violentar la voluntad de su hijo, ni quitarle el estado de perfeccion á que Dios le llamaba. Propusieronle sus intentos y las esperanzas que tenian en su persona, y los Estados que tenian y estribaban en su hermano, del cual era heredero si faltaba, y el desconsuelo de su madre, que le amaba más que á hijo y le habló con más lagrimas que palabras.

A todo respondió el P. Rodrigo con la modestia y respeto que á sus padres debia, y con razones, no de niño, sino de muy anciano, porque nunca fué niño más que en el nombre, siempre grande en la virtud, en el seso, en

la religion, en el celo de las almas, en la predicacion, y en la prudencia, y en el gobierno y aplicacion á todo género de trabajo.

Y lo mostró bien en esta ocasion, pues, poniéndole delante tantos honores, riquezas, delicias, regalos, honras y comodidades en el siglo y la cruz de la Religion, con tanto número de afanes, obediencia, mortificacion, desprecios, vigilias y continuo trabajo, y, estando en su albedrío escoger lo uno ó lo otro; echó mano de la cruz y de los desprecios de Cristo, dejando, como otro Moisés, las delicias del mundo y los honores de Faraon; y así, recibida la bendicion de sus padres, se ofreció en holocausto á Dios en la cruz de la Religion, adonde fué recibido teniendo diez y seis años.

Recibido, pues, en la Compañía, fué enviado por los Superiores al noviciado de Villarejo de Fuentes, adonde estuvo dos años debajo de la enseñanza del P. Nicolás de Almazan, diestrísimo maestro de espíritu, y mostró su gran talento en la cultura y aprovechamiento del discípulo, en quien como en cera blanda ejercitó su mano y labró un novicio santo con toda la perfeccion que se pudo desear en un observantísimo religioso.

No se puede decir fácilmente la renunciacion tan entera que hizo de sí mismo, entregándose todo á Dios sin reservar ninguna cosa de sí para sí, y puso todo su estudio en humillarse y mortificarse tanto, cuanto era más alto y más regalado en el siglo.

No se vió criatura más humilde, siempre á los piés de todos y en los oficios más bajos y en los más trabajosos, aliviando á los demás por tomar sobre sus hombros el trabajo: besaba los piés, postrábase en el suelo, comia de rodillas, pedia de limosna lo que habia de comer, y muchas veces era de lo que sobraba á los demás, y no pocas salia á la puerta reglar á tomar en la escudilla de la comida que daban á los pobres, y luego se sentaba en el suelo en medio de la calle á comer con ellos como si fuera mendigo.

Barria, fregaba, traia sobre sus hombros agua y carbon y la leña que habia de servir en la cocina, como si fuera esclavo del cocinero, á quien obedecia y respetaba por la sombra que tenia de superior, como si tuviera presente á Cristo; y para humillarse más, decia públicamente sus faltas y pedia á sus connovicios que le dijesen las que le notasen, recibiéndolas con agradecimiento y haciendo penitencia pública por ellas.

No hubo linaje de humillacion que no ejecutase, ni mortificacion que no hiciese; ninguno más rendido ni obediente, ninguno más vil en sus ojos, respetando á todos como á Superiores suyos, mortificadísimo por extremo, y tanto, que fué necesario mandarle por obediencia que tomase el sustento necesario para sustentar la vida y tasarle las penitencias, porque las hacia tales, que excedian á sus fuerzas y á las de otros más robustos que él, inven-

tando cada dia nuevos géneros de disciplinas y cilicios con que martirizarse

Las disciplinas eran tan recias y sangrientas que se oian en toda la casa y hacia estremecer los tránsitos; los cilicios asperísimos, no se los quitando sino era por obediencia de sus Prelados. En cuanto hacia, hallaba modos de mortificarse y humillarse, viviendo continuamente con esta sed insaciable de verse crucificado con Cristo: guardó inviolable silencio sin faltar en nuestras reglas un ápice: sus palabras eran raras y siempre de cosas del cielo y de las vidas de los santos.

Su modestia componia á todos, porque andaba con tal encogimiento y tan enfrenados los sentidos, que no parecia usaba de ellos; los ojos tan bajos, el rostro tan humilde, los pasos tan medidos, el espíritu interior que parecia iba diciendo que no merecia pisar la tierra en que andaba; virtud que conservó toda su vida, porque así como cuando novicio fué anciano en la perfeccion, así tambien cuando anciano fué novicio en fervor, hallando cada dia nuevos modos de humillarse.

Y no fué ménos perfecto en la oracion, y vigilias, y en la presencia de Dios, y en la conformidad con su santa voluntad, que en el resto de las otras virtudes, porque tenia siempre la oracion de rodillas delante del Santísimo Sacramento ó en la capilla en la presencia de la imágen de nuestra Señora con tal respeto y reverencia, como si la viera presente con los ojos del cuerpo; y no era mucho porque tenia más vivos y vigilantes los del alma.

Ni era sólo el tiempo diputado á la oracion el que gastaba en ella, porque todo el dia era para el siervo de Dios tiempo de oracion, hablando con Dios y viviendo como los ángeles, siempre en su presencia, ajustado y conforme en todas las cosas con la voluntad de Dios.

Esta vida de ángel hizo en su noviciado el P. Rodrigo Niño, niño en la inocencia, en la pureza, rendimiento y humildad, y grande en todas las virtudes, en quien se miraban los demás como en espejo cristalino de perfeccion y santidad.

Habiendo, pues, echado tan hondos y firmes cimientos de humildad y santidad en su noviciado, hizo los primeros votos de la Religion con gran jubilo de su alma por verse incorporado en ella, y luego le enviaron al seminario de Huete á refinarse en la lengua latina, para que pudiese enseñarla como maestro.

De este colegio pasó al de Ocaña á oir la filosofía del P. Pedro de Arrubal, insigne maestro, que despues lo fué de Prima de Teología en varias partes, y la leyó en Roma y Alcalá, sucediendo en la cátedra al P. Gabriel Vazquez, y últimamente remató el curso de su vida leyendo en Salamanca con el crédito que declaran sus doctos libros; así se hubieran impreso como dejo

dispuesta toda la Teología; tan insigne maestro preparó Dios á tan insigne discípulo.

Acabado el curso de Artes, entró en el de Teología, la cual oyó en nuestro colegio de Alcalá del P. Gabriel Vazquez, sapientísimo maestro; y aunque aprovechó mucho en las letras, mucho más aprovechó en el espíritu, cuyo estudio fué siempre su principal ocupacion, enderezando todas las obras á Dios y esmerándose en la observancia religiosa, en la oracion y penitencia, con una humildad tan profunda que á todos confundia.

Esta le movió á no inclinarse á las letras ni seguir el curso de las lecturas como otros condiscípulos suyos, teniéndole por muy lustroso y autorizado y más expuesto al viento de la vanidad con la honra que en todas partes alcanzan los lectores; y como él era tan ambicioso de la humildad y desprecios, como otros de las honras y estimaciones de los hombres, todas sus ansias eran en alcanzar lo más bajo y abatido, y ejercitarse en los ministerios más humildes.

Con este afecto santo pidió con toda instancia á los Superiores que le pusiesen á leer gramática en la más ínfima clase todos los dias de su vida, y por darle consuelo condescendieron con sus ruegos, y le señalaron para leer la cátedra de *Mínimos* en el colegio de Belmonte, á donde fué en ordenándose, y la leyó mucho tiempo con tan grande sentimiento de sus padres como gusto suyo, porque le deseaban tener consigo y lo pidieron con tan repetidas instancias, que no fué posible negárselo, y así, le sacaron de Belmonte y le trajeron á Toledo, con riguroso mandato para su mortificado espíritu tan enemigo del regalo, como amigo de la penitencia y mortificacion, si bien no le fué pequeña venir á su patria y vivir con sus parientes y amigos, pero hubo de bajar la cerviz al yugo de la obediencia, y vivir como otro S. Alejo á vista de sus padres y en medio de sus delicias, sin gustarlas ni admitirlas ni servirle más que de tormento y de mayor mortificacion teniéndolas á la vista.

A esta sazon era el Cardenal D. Fernando Niño de Guevara, su tio, Inquisidor general en estos reinos, y para honrar el gremio de los Calificadores le hizo Calificador del Consejo Supremo, dignidad que admitió por obediencia, pero con tal humildad que le sirvió de hacer alarde de la suya, porque la encubrió de manera que jamás hizo acto de Calificador, ni fué á las juntas de Inquisicion, ni se puso la insignia, ni la tomó en la boca; y aunque estimó la dignidad por ser de tan santo tribunal, digno de toda estimacion, la calló y encubrió tanto que vino á olvidarse y sepultarse sin que alguno lo supiera: y fué en tanto grado, que cuando D. Andrés Pacheco Giron, Obispo de Cuenca, entró á ser Inquisidor general, conociendo las prendas del P. Rodrigo Niño, le hizo gracia de Calificador del Consejo con otros de la Compañía, y

entónces descubrió cómo habia años què lo era, porque estaba tan oculto que los mismos del Consejo no lo sabian: tanto como esto huia las honras y afectaba los desprecios.

Y porque no volvamos á esta materia, fué tan extremado en ella, que todo el resto de su vida fué un continuo ejercicio de humildad, inclinándose á los pobres y á los humildes, mostrándolo en el vestido y aposento, en las alhajas y en todo cuanto trataba.

A los seglares y á los de casa hacia suma cortesía, mirándolos á todos como á Superiores suyos, dándoles el mejor lugar y llevándolos á la mano derecha; en tanto grado que, siendo Superior de la Casa Profesa, llevaba á los Hermanos Coadjutores á la mano derecha por las calles y plazas de la ciudad, y andaba tan humillado que, al parecer, se queria poner debajo de los piés de todos.

No habia pobre oficial ó desvalido que, en estando enfermo, no le tuviese á su cabecera, huyendo con tanto cuidado de los muy nobles y grandes, como buscaba á los humildes y pequeños; de suerte que sus parientes decian que para verle ó hablarle, el medio era ir á las casas de los pobres oficiales, adonde le hallarian con facilidad y los ciudadanos de Toledo, viendo su grande sumision y encogimiento, decian por gracia que el P. Rodrigo Niño habia hecho estanco y alzádose con toda la humildad de su linaje, la cual era de mayor estima por ser de tan ilustre sangre.

El fuego no puede encubrirse sin brotar por todas partes, y así, tampoco pudo encubrirse el fuego divino de ardentísima caridad que Dios encendió en el corazon de este siervo fidelísimo suyo; porque luego empezó á arrojar llamas y á encender el mundo en el amor de Dios y á purificar los fieles de la escoria de los vicios.

Asentó confesonario, no de mujeres, las cuales huyó siempre, sino de hombres en la Casa Profesa de Toledo, poniendo tienda pública para los pobres y desvalidos, de quien fué amoroso padre: recibíalos con entrañas de tal; agasajábalos y acariciábalos de manera que todos se venian á él, y tenia continuamente á la puerta de su aposento una rueda de pobres y oficiales que venian á confesarse, á los cuales preferia á los ricos y poderosos, porque decia que estos hallarian muchos confesores fácilmente, y los pobres pocos que los quisiesen confesar.

En órden á esto fué muy sabido lo que le sucedió estándole visitando un gran señor en la corte: entró un pobre en su aposento y le preguntó cuál era el confesor de los pobres: «Yo soy,» respondió el Padre con su acostumbrada afabilidad, prepárese, hijo, y no se vaya, que el conde dará lugar para que le confiese; y así lo hizo, dejando al P. Rodrigo con su mendigo

para que le confesase, partiendo de su presencia tan edificado de su celo como admirado de su humildad.

No se limitaba su celo á las puertas de su casa, sino que con la misma caridad visitaba las ajenas y buscaba los enfermos para consolarlos y confesarlos; recorria los hospitales y las cárceles; iba de tienda en tienda convidando á los oficiales para que viniesen á confesar en las fiestas y á oir sermon y plática por la tarde; trataba á los clérigos y estudiantes y traíalos á la oracion y disciplina, y á los ejercicios espirituales, andando á caza de almas como otros á caza de fieras, sin dejar piedra por mover, ni perdonar á trabajo ni á cansancio por recoger las ovejas de Cristo y traerlas á su rebaño.

Juntó con esta solicitud el ejercicio de la predicacion, que fué la más continua y fervorosa que vió su siglo: llamas le salian de la boca que abrasaban los corazones: hablo de experiencia porque le oí seglar y religioso, y siempre admiré su celo, su espíritu, su elocuencia, su continuidad en el trabajo, las ansias tan vivas y la sed de las almas con que predicaba, por la mañana y por la tarde, en el invierno y en verano, en la ciudad y fuera de ella, á todo género de personas en lo más ilustre y en lo más bajo de los arrabales, en las ciudades, y en las villas, y en las aldeas y cortijos, atendiendo al valor de las margaritas preciosas de las almas, y no á las conchas toscas de los cuerpos, que aquellas tienen su estima siempre en los ojos del Altísimo, y estos son un poco de tierra y de ceniza.

El fruto que hizo con sus sermones sólo le puede decir el que le dió el espíritu y la gracia para hacerle. Diez y siete años continuos predicó en Toledo con tal aceptacion, que cada dia era más oido y estimado, y experimentó aquella república tal reformacion de costumbres y tanto aumento de piedad, de limosnas, de frecuencia de Sacramentos, de casas y Hermandades de oracion y penitencia, de Congregaciones y culto del Santísimo Sacramento y veneracion de los santos, que decian en el reino que todo Toledo estaba hecho una Religion y para ser un monasterio no le faltaba más que poner celosías en los muros y porteros en las puertas.

Cerráronse muchas casas de juego; desterráronse muchas malas mujeres; los teatros de las comedias los vi por muchos meses vacíos y huir los representantes, porque se perdian los que venian, y habiendo publicado sus comedias no las representaban por falta de gente y volvian á los pocos que entraban su dinero, porque la gente estaba ocupada en las fiestas del Santísimo, que se hacian muy de ordinario solemnísimas, y en los hospitales, carceles y juntas de Congregaciones con gran provecho de sus almas.

El P. Rodrigo fundó en la Casa Profesa una lucidísima Congregacion con título de la Anunciata, de lo más granado de la ciudad, y otra de sacerdotes

en el colegio, aunque, en dejándola él, no tuvo perseverancia: pobláronse muchos conventos así de religiosos como de monjas, de las personas que se reducian con la fuerza de su doctrina, y no pocos entraron en la Compañia, que son ahora el lustre de ella.

Ni paró aquí su fervoroso espíritu, sino que como un fuego sagrado extendió la esfera de su actividad por todo el reino y la comarca, saliendo á predicar por los lugares y haciendo misiones en varias partes con admirable fruto, como se vé hoy en la Membrilla y Manzanares despues de setenta años que predicó en aquellos pueblos, á donde hizo tanto fruto, que ni la injuria de los tiempos, ni la flaqueza humana han podido borrarle, y hoy vive tan entera su memoria, como si ahora hubiera predicado.

Era tal su fervor que ni por ser Prepósito, ni Rector, ni Provincial, ni todas las ocupaciones del gobierno, eran parte para menoscabar la continuidad en la predicacion, ni la asistencia en el confesionario, ni las pláticas á las Congregaciones, ni el consuelo á los enfermos.

Era proverbio en la provincia que el P. Rodrigo sólo era un colegio entero, porque él solo hacia todos los oficios, predicando como si no confesara, y confesando como si no predicara, y gobernando como si no hiciera otra cosa, y acudiendo á los de fuera como si no trabajara en casa, y á los de casa como si no saliera á los de fuera, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos.

Acontecióle estar confesando desde amanecer y luego salir á predicar, y á la tarde hacer plática á una Congregacion, y en acabándola, salir á confesar á un pobre enfermo á lo último del lugar, y venir al anochecer y hacer plática á los de casa, y luego ponerse á rezar y orar, y disponer las cosas del gobierno con admiracion de todos, dando mil gracias á Dios que tal espíritu le daba y tan robusta santidad, que supliese las fuerzas de su delicado natural para tantas obras juntas.

Los tres años que fué Provincial, hizo oficio de predicador el uno en Madrid y los dos en Alcalá, y, cuando visitaba la provincia era raro el colegio á donde no predicaba; y le acontecia no pocas veces llegar á un pueblo á hora de Misa mayor ó cuando tocaban á vísperas, despues de haber caminado muchas leguas, y el alivio que tomaba era subir á predicar una hora con el fervor de su espíritu; porque su mayor descanso era aprovechar á las almas y ganar alguna para Dios, el cual le daba este espíritu y fervor en la oracion y trato que tenia con Su Divina Majestad, porque era tan continuo que nunca parece que apartaba los ojos de Dios.

Yo caminé en su compañía algun tiempo, y la mayor parte de él le gastaba en oracion; y fué fama, aunque lo encubrió por su humildad, que le habló y

recreó el Niño Jesus, dándole aliento para las empresas que tomaba en su servicio.

Recogíase entre año á los Ejercicios de S. Ignacio, los cuales hacia con gran devocion y recogimiento, sin dar oidos á negocios, por graves que fuesen, atendiendo al más importante que era el aprovechamiento de su alma; y algunas veces se retiraba al noviciado á renovar su espíritu, y estaba en él haciendo vida de novicio por muchos meses, edificando á todos con su ejemplo, porque ninguno era tan fervoroso que le llevase el pié adelante, y él le llevaba á todos en la oracion y silencio, en las mortificaciones públicas y secretas y en toda la disciplina religiosa.

Nunca se encargó de negocios seglares, ni tuvo otros más que los de su Religion y del bien de las almas, ni salia de casa sino era á los ministerios y á cosas tocantes á su oficio. Cuando era Superior y cuando salia de casa, aunque fuese á predicar, visitaba primero al Santísimo, como pidiendo licencia á Dios y gracia para servirle en aquella jornada, ofreciéndolo todo á su servicio; y en volviendo, entraba de la misma manera en su presencia á darle gracias, y luego en su aposento se hincaba de rodillas delante de un santo Crucifijo por un buen espacio, y examinaba lo que habia hecho y dicho con grande rigor y vigilancia, porque la tenia grandísima de su conciencia, velando á todas horas porque no le cayese alguna mancha de culpa, por leve que fuese.

Llegóse el año de 1615 en que se juntó en Roma Congregacion general para elegir sucesor al P. Cláudio Aquaviva que habia muerto poco antes, y fué electo para ella el Prepósito de Toledo que á la sazon era el P. Alonso Carrillo, que fué Asistente por las provincias de España, y en su ausencia le ordenaron al P. Rodrigo Niño que fuese Viceprepósito, cosa que sintió á par de muerte, porque todo su deseo fué siempre de obedecer y nunca le tuvo de mandar; pero nuestro Señor que se queria servir de él en este ministerio, puso en corazon á los Superiores que le hiciesen Superior, para descubrir el talento de gobierno que tenia encubierto.

Y lució de manera puesta la luz sobre este candelero, que con universal aplauso quedó por propietario en el oficio de Prepósito, en que dió nuevos rayos de luz de su fervor, de su celo y del espíritu de su humildad, abatiéndose más cuanto más alto se hallaba, dando á todos ejemplos de observancia, de mortificacion, penitencia y de celo de las almas, porque no le detuvo el nuevo cargo para no proseguir con la carga que habia tomado, confesando y predicando como si no gobernara.

Y tenia tal celo en esto, que despidiendo á un penitente tal vez por estar muy ocupado, le remordió la conciencia y se halló tan corrido por haberle

despedido, que luego dejó cuanto tenia entre manos, y le buscó, y halló, y pidió perdon de la poca caridad que habia tenido con él, y le confesó, y consoló con mucha afabilidad, ofreciéndose á servirle en adelante siempre que quisiese confesar; gananciosa respuesta la que tuvo tal logro.

Pero no era mucho que hiciese esto estando sano el que cuando estaba enfermo no perdonaba el trabajo; pues no pocas veces le hallaban con las calenturas y dolores confesando á los penitentes arrodillados á los piés de su cama, porque todo su alivio era hacer bien á las almas y ganar alguna para Dios; y era de suerte que en las visitas y campos y en todas partes andaba siempre con este cuidado, sin perder lance que pudiese lograr.

Y le dió el cielo á manos muchos de importancia, entre los cuales fué uno que, saliendo á la vega de Toledo á hacer ejercicio por mandado de los médicos, vió de léjos á un ciudadano conocido que estaba en un terrero paseándose, al parecer muy pensativo, como quien maquinaba algo; sintióse mover interiormente el P. Rodrigo y fuese para él saludándole caritativamente; el caballero le respondió con cariño y el Padre dobló la benevolencia y cortesía, porque ninguno la tuvo mayor que él, y hablándole con blandura palabras santas de amistad, le vino á rendir la voluntad y á sacar lo que tenia en el pecho, que era un rencor mortal con otro caballero á quien habia desafiado y esperaba para matarle.

El buen Padre no se apartó del puesto, jugando en otro mejor duelo contra su ira y enojo la espada de la caridad, hasta que los rindió á ambos y los hizo amigos y se volvieron á sus casas acompañando al Padre en buena conformidad.

Habia en Toledo un jurado, persona principal y temeroso de Dios, el cual tenia un hijo notablemente distraido, porque, como mozo, habia dado larga rienda á todo género de vicios, juntándose con malas compañías, que le llevaban como caballo desbocado á mil despeñaderos de pecados é insultos, sin que se hallase medio para reducirle al camino de la vida.

Habiendo, pues, su padre usado de todos los posibles sin fruto, apeló como al último y más eficaz, al P. Rodrigo Niño, á quien pidió con lágrimas que se doliese de la perdicion de su hijo y que procurase con su buen espíritu y prudencia traerle al servicio de Dios y sacarle del cieno de vicios en que estaba metido.

El buen Padre se encargó de hacer las diligencias posibles para reducirle como oveja perdida al rebaño de Cristo; valióse en primer lugar de la oracion y penitencia, que eran sus armas ordinarias de que usaba en estas lides; procuró hablarle por medio de amigos; mostróle mucho amor tratándole con cariño; y habiéndole ganado la voluntad, le comenzó á persuadir que dejase

la vida perdida que traia y que tomase el camino verdadero de su salvacion; mas, como el mozo estaba tan encarnizado en sus vicios, aunque le oia con respeto no recibia sus amonestaciones, replicando y resistiendo á todo lo que le decia.

Viéndole, pues, el bendito Padre tan obstinado en sus vicios, hallándose á solas con él en su aposento, le dijo que no se moviese de la silla; levantóse luego y retiróse detrás de una cortina que cubria su pobre cama, y desnudándose el medio cuerpo, comenzó á herir sus espaldas con una recia disciplina.

El mozo estaba atónito oyendo los azotes y viendo la sangre que salpicaba las paredes, y, lleno de temor y espanto y compungido de los clamores que daba á Dios por él aquel inocente cordero, se ablandó con su sangre su pecho de diamante, y, vertiendo lágrimas de sus ojos, se arrojó á sus piés pidiendo á Dios perdon de sus pecados y al P. Rodrigo que cesase de tan rigurosa penitencia como hacia por sus culpas, prometiendo muy de veras la enmienda de su vida, la cual cumplió desde aquella hora, haciendo una confesion general, dejando los malos amigos y juntándose con buenos que le ayudaron á salir de sus vicios y trocar las malas costumbres pasadas en santas y edificativas, y fué uno de los hijos espirituales del P. Rodrigo.

Su blandura en el gobierno, la afabilidad de su trato y el amor y cariño que mostraba á todos era tal, que cautivaba los corazones, y con una dulce violencia los traia á todo cuanto queria; y así, vivian religiosísimamente y llevaban la cruz de Cristo gustosos y consolados con la suavidad y dulzura de su capitan.

No era ménos vigilante en lo temporal de la casa que en la observancia del espíritu; porque era liberalísimo con todos, cuidando como solícito y amoroso Padre que no les faltase nada, descuidando de sí por cuidar de los suyos. A los huéspedes recibia como si fueran ángeles del cielo, y él mismo solicitaba su regalo y los servia por su persona.

Trató luego con calor de edificar aposento para Dios, porque no le pareció decente el que tenia; y así, dió luego órden de traer materiales y edificar la iglesia. Los oficiales no se contentaron de él porque le impedia un hospital antiguo que alindaba con nuestra casa, y dijeron que no se podia levantar cumplidamente sin tomar parte del hospital. Aquí fué adonde mostró el nuevo Prepósito la magnanimidad de su corazon, porque emprendió una de las cosas más árduas que se le pudieron ofrecer.

Habian sido las casas del hospital de unos grandes caballeros, que, movidos de piedad, mandaron en su testamento que se fundase un hospital de nuestra Señora de la Misericordia para curar los pobres enfermos, á quien

vincularon toda su hacienda con cláusula expresa que no se pudiese enajenar; y para mayor firmeza habian dejado por patrones al Cabildo de la santa iglesia de Toledo, á la ciudad y á una Cofradía de la nobleza, fundada en el mismo hospital, muros tan inexpugnables que parecia imposible poderlos vencer.

Pero más invencible fué el ánimo del P. Rodrigo, porque con todas las armas de la oracion y la paciencia y con esfuerzo varonil trabajó por más de un año, sin perdonar á trabajo ni desvelo, con ánimo infatigable, batallando de dia y de noche, hasta vencer todas las dificultades y mudar el hospital á otra casa mejor de los condes de los Arcos, adonde los llevó, y acomodó, y sirvió aquella noche, dándoles de cenar, y tomó posesion del hospital, y abrió puertas á la Casa Profesa, y le incorporó, y dispuso para vivienda de los religiosos, y luego trató de levantar la iglesia, que fué su primer intento, aunque no le pudo cumplir por lo que luego diré.

Habiendo salido con gloriosa victoria en tan árdua y dificultosa lid, y ostentando en ella el gran talento que Dios le habia dado para el gobierno, antes de acabar el de Toledo le eligió nuestro P. General por Provincial de su provincia con grande gusto y consuelo de todos, gloriándose de tener un Provincial santo, afable, liberal, cortés y de conocida prudencia y acierto en su gobierno.

Sólo él lloraba cuando todos se gozaban, porque su deseo era darse á la oracion y al estudio, y emplearse en los ministerios de la Compañía, cumpliendo con su vocacion; pero no le valieron sus diligencias para no tomar el cargo que él tenia por gran carga; y así, abajó la cerviz á la obediencia y tomó posesion de su oficio, el cual ejercitó con el celo y vigilancia con que habia empezado á gobernar, atendiendo siempre á honrar á los humildes, alentar á los observantes y poner en las ocupaciones á los beneméritos, sin rendirse á intercesiones ni ruegos de los que se mueven por pasion.

Alentó los ministerios en todas partes y dió gran calor á las misiones, porque, en tomando la posesion de su oficio, estrenó la vara, enviando doce Padres por varias partes á fructificar en la viña del Señor, esperando todos de tan buen principio gloriosos fines.

Su blandura y mansedumbre le hizo siempre muy afable; y, aunque nunca más la mostró que cuando fué Provincial, no le faltó valor y brío para oponerse á los rebeldes y refrenar á los osados y hacer entrar por la carrera de la observancia á los díscolos, castigando severamente á los que, usando mal de su blandura, la tomaban por ocasion para empeorarse y despreciar la obediencia; por donde contra un Padre, mozo de buen ingenio y letras, á quien amonestó caritativamente que se enmendase de algunas faltas, y el

empezase á bravear aprovechándose mal de su blandura, desenvainó la espada del rigor y le castigó; y, como no se corrigiese, le echó de la Compañía; con que declaró á todos que era como la abeja, que aunque tiene panales de miel, no le falta aguijon con que avivar y castigar al lerdo y al culpado, pero de esta nunca usaba sino forzado de la necesidad y del remordimiento de su conciencia.

No le faltaron á nuestro nuevo Provincial ocasiones en que mostrar su paciencia, porque la corona de sus amigos se la labra Cristo de la misma pieza y materiales que la suya, de juncos y espinas; porque, fuera de las muchas enfermedades que padeció en el discurso de su vida, que llevó con grande igualdad y gusto, conformándose en todo con la voluntad de Dios, tuvo no pocos combates de émulos y atrevidos, que refinaron el oro de su constancia con el fuego de sus injurias.

Yendo á predicar dia de S. Miguel Arcángel á una parroquia de Toledo, y llegando un poco tarde por haber estado confesando, el cura, arrojado y atrevido, se encolerizó contra el Padre, y delante de todos le dijo mil injurias tratándole peor que si fuera su criado, siendo así, que él no merecia serlo suyo, á que el bendito Padre estuvo inmoble sin alterarse ni mudarse en el rostro ni el semblante, y, lo que es de más estima, sin destemplarse para predicar, porque enmudeció la lengua para responder á aquel atrevido y sólo la movió para hablar á Dios, á quien ofreció aquella ocasion de sufrimiento; y llevándola con mansedumbre, subió en el púlpito y predicó su sermon con la misma sazon y buena gracia que si tal cosa no hubiera sucedido.

Mayor ocasion fué la que le dió un predicador de la Compañía de más presuncion que letras, el cual, movido de la ambicion de los sermones, siendo mozo é inexperto, pretendia los mejores y de más autoridad en casa y fuera de ella; mas, como nuestro P. Rodrigo Niño le hacia incomparables ventajas más que maestro á discípulo, traíanselos á él, y apurado el predicador moderno de esta envidia, no dudó de poner la lengua en el Padre que á la sazon era Superior suyo, y en el púlpito predicando y en las conversaciones platicando dijo muchas cosas de él, tan ajenas de la verdad como de su persona, con no pequeño escándalo del pueblo.

Fué lance inexcusable corregirle, mas él con la correccion dió mayores voces, como los malos cuando los castigan; y fué cosa admirable la paciencia y mansedumbre del P. Rodrigo Niño, que, con ser Superior y el ofendido sin haberle dado causa para sus desórdenes, se le rindió y humilló, entrándosele por sus puertas y ofreciéndose á su servicio, haciéndole caricias como pudiera á su mayor amigo.

Pero el mal aconsejado como mozo, sin prudencia y sin espíritu, aunque

fingió pesarle de lo hecho, fué arrepentimiento fingido, y dejando la raíz en el corazon brotó presto por la boca y volvió á sus ambiciones, hasta que, avisado y reprendido muchas veces, por incorregible fué despedido de la Compañía, llevando como ambicioso y soberbio su merecido castigo.

Siendo Rector del colegio de Madrid, se levantó una borrasca contra la Compañía de las más pesadas que ha tenido en este siglo, y el vulgo, como ignorante y novelero, perdió el freno y se movió contra nosotros con atrevimiento popular, corriéndonos por las calles y diciendo injurias á todos los de la Compañía en cualquiera parte que estaban.

Saliendo, pues, un dia de casa á los ministerios que ejercitaba el P. Rodrigo Niño, le siguió una tropa de mozuelos silbándole y gritándole, graznando como cuervos y diciéndole injurias, las cuales el bendito Padre llevó con una boca de risa ofreciéndolas á Dios, y alegrándose de verse denostado, corrido y mofado por su amor, y, cuando volvió al colegio contó á los Padres lo que habia pasado con tan alegre semblante, como si fuera alguna cosa de mucha honra y gusto, de que todos quedaron igualmente edificados de su paciencia, y enseñados á sufrir injurias de su constancia.

A esta mansedumbre y humildad pertenece lo que le sucedió, siendo Superior, con uno de la Compañía súbdito suyo, con quien altercando sobre un negocio grave que le tocaba, entró en calor y habló con más brío y sentimiento que solia; y, aunque no resbaló en palabra alguna injuriosa ni que le pudiese molestar, con todo esto, recobrándose el siervo de Dios, sintió mucho la viveza con que le habia hablado, y, como si fuera grave culpa, se arrojó á sus piés y le pidió perdon y la mano para besársela, de que el súbdito quedó corrido de ver á sus piés al Superior, y admirado de su humildad se arrojó en el suelo armando entre los dos santa porfía sobre quién habia de besar la mano á quién, la cual se apaciguó, pidiéndole el P. Rodrigo por amor de Cristo que no dijese nada de lo referido en toda su vida.

Tenia gran viveza natural y era tan mortificado que los que más le trataban le juzgaban por flemático; tal era su mortificacion y el freno con que traia sus pasiones refrenadas; sólo se aprovechaba de ella para trabajar con fervor y cuidar con eficacia de lo que tenia á su cargo; y cuando era Provincial, parecia que como el alma en el cuerpo estaba todo en todo y todo en cualquiera parte de la provincia, andando como ángel con suma velocidad visitándola

En los diez meses primeros la visitó toda y anduvo más de cuatrocientas leguas, y en estos viajes le sucedió una cosa que se tuvo por milagro; y fue que, saliendo á visitar, le avisaron que en el colegio de Cuenca habia muchos enfermos, y el Rector habia sesenta dias que padecia unas peligrosas tercianas, y al punto dejó la vereda que llevaba y tomó la de Cuenca.

Entró en el colegio y, habiendo visitado el Santísimo, que era siempre lo primero, fué á visitar al Rector, que era el P. Alonso Ezquerra: hallóle fatigado, tomóle el pulso y díjole un Evangelio, púsole la mano sobre la cabeza y con ella la salud, de manera que luego se halló libre de la calentura, y el mismo Padre le dió la buena nueva, diciendo: «Ya está bueno V. R., dé gracias á Dios por ello:» y fué así, porque desde aquella hora se sintió bueno y reconoció la salud por milagrosa y por merced singular recibida de la mano de Dios por la intercesion y méritos de su siervo.

Y no se le hará nuevo que alcanzase de Dios esta merced, al que sin pasion considerare la vida de este bendito Padre desde que abrió los ojos á la razon hasta que los cerró á este mundo para caminar al cielo, llena toda de santas obras y de altos merecimientos.

Curado el Rector, trató de curar á los súbditos, asistiéndolos y regalándolos, sirviéndolos y consolándolos, haciendo oficio de enfermero para sanar el cuerpo, y de Padre espiritual para afervorizar el alma.

La vida que hacia en los caminos y en los colegios que visitaba era una continua leccion de santidad; porque no se aprovechó de la autoridad de Provincial sino para humillarse más y tenerse por obligado á dar mayor ejemplo, como le daba en todas partes, tratándose pobremente y hablando á todos de Dios.

En las ventas y mesones guardaba el recogimiento que en casa. Nunca salia fuera, porque siempre estaba dentro de sí mismo. Comia lo que hallaba, como pobre, y ninguna cosa de regalo, y siempre partia de su comida con los pobres. Oraba, y rezaba, y lograba el tiempo, como si se hallara en el colegio más retirado.

A todos edificaba y á todos dejaba contentos, y ni por llegar tarde ó cansado remitia un punto de sus penitencias, guardando su distribucion en todas partes: tenia la oracion con todos, y en la iglesia con suma reverencia el rezo y la Misa, y los exámenes, la leccion espiritual y los ejercicios religiosos, haciendo de las ventas y mesones casas de Religion, como los reyes hacen corte los cortijos y aldeas en que se hospedan.

Y causaba admiracion á los mesoneros oir al Provincial martirizarse á azotes antes de amanecer, habiendo llegado tarde y bien cansado á su casa; pero el siervo de Dios parece que hallaba en la penitencia el descanso, y si habia de predicar, aquel dia era la disciplina más larga; de manera que los vecinos decian que no necesitaban de campana para saber cuándo tenia sermon el P. Rodrigo, porque su disciplina se lo avisaba.

Usaba de varios cilicios, todos asperísimos, y treinta años tuvo un corcho por cama. Sus vigilias eran tan dilatadas que no se sabia cuándo dormia,

porque á todas horas le hallaban velando, orando, rezando, estudiando y escribiendo: y, pidiéndole algunos que mirase por su salud, respondió que harto miraba por ella y que el cuerpo se hacia á lo que le enseñaban.

Cuando se ponia á la mesa, besaba el pan como quien lo recibia de limosna por amor de Dios. Era parcísimo en la comida y no admitia el extraordinario que dan á los huéspedes cuando llegan de camino, ántes lo repartia con los del colegio, diciendo que lo merecian mejor y lo habian menester más.

Supo con la dignidad de Provincial juntar la humildad y rendimiento de súbdito, porque ninguno lo fué más que él á las órdenes de sus Prelados, obedeciendo á todos puntualmente. Nunca hizo cosa sin tomar consejo y seguia con grande gusto el que le daban. Inclinábase siempre á lo más blando y benigno.

Nunca se precipitaba en las determinaciones, si bien era constante en ejercitar las que tomaba, no se rindiendo á ningunas dificultades.

El vestido era tal, especialmente el interior, que más parecia de pobre mendigo que de un hijo de tan gran Señor, porque se preciaba más de pobre que de noble: un coletillo trajo muchos años para el abrigo, remendándole tantas veces, que ya no se conocia la primera materia de que se habia hecho, porque tenia tantas y tan diferentes que cada parte era de su metal, parte era de badana, parte de lienzo, parte de paño, parte de sayal, y todo raido y hecho de pedazos.

En todo buscaba su mortificacion y humillacion; y era tal su caridad, que tomaba la penitencia á su cargo por los pecados de sus penitentes, para facilitarles la confesion y enviarles consolados, y la que merecian los súbditos por sus faltas, imitando á Cristo, que tomó sobre sí las penas que merecíamos por nuestros pecados.

Finalmente, se dió tal vida que enfermó varias veces de puro trabajado, lo cual sabiendo nuestro P. General le señaló un Padre anciano á quien obedeciese en las penitencias, tasándole las que habia de hacer, porque no acabase con su vida.

Hallábase tan cargado con la dignidad de Provincial, que un año antes de acabar, hizo instancia al General para que le enviase sucesor y que no le mandase gobernar más en adelante; lo primero le concedió, pero lo segundo no, por no privar á la Religion de un tan excelente Prelado.

La patente para el sucesor llegó á la una del dia, y á las dos le habia puesto en posesion; tal era su deseo de verse súbdito, cuanto suelen tener otros sentimiento en dejar ser Superiores.

El conde, su padre, que aún vivia en los últimos años de su edad, hizo tal instancia por tenerle consigo que no se le pudo negar, y así, le ordenó la obe-

diencia que volviese á Toledo á predicar como antes. Obedeció el siervo de Dios y ató el hilo de su predicacion con el mismo fervor y fruto que cuando era mozo.

Hubo una Congregacion en este tiempo y eligiéronle para ir á Roma por Procurador de la provincia á instancia de nuestro P. Mucio, General de la Compañía, por el deseo que tenia de conocerle y de tenerle cerca de su persona, para valerse de su consejo en el gobierno de la Religion. Pero el conde, su padre, que se hallaba enfermo y cercano á la muerte, impidió con sus instancias esta ejecucion; mas, en pasando de esta vida, le señaló el General por Rector del colegio de Madrid, el cual vino á gobernar con tanto gusto de todos como mortificacion suya.

El rey nuestro señor D. Felipe IV, que le habia oido predicar y le estimaba como á santo, le hizo su predicador, y el conde duque de Olivares, su primo, se valió de su consejo para cosas gravísimas tocantes á la monarquía, y todas tuvieron bonísimos sucesos; pero el P. Rodrigo, siempre el mismo, ejercitó sus fervores en este oficio como en los demás, confesando á los pobres y mendigos, predicando en todas partes á los grandes y á los chicos, en casa y fuera de casa, en los arrabales y en las cárceles; y diciéndole algunos que mirase por la autoridad de predicador del rey que la hacia desestimar, respondia con su mucha gracia que nunca estaba en más estima que sirviendo á los pobres de Cristo, y que estimaba más un alma que viniese movida de sus sermones, que cuantas honras tenia el mundo, las cuales aprovechaban holladas y despreciadas debajo de los piés y envanecian puestas sobre la cabeza; y así, él queria hollar la dignidad de predicador del rey, para que le aprovechase y no le pudiese dañar.

No le faltaron ocasiones en este gobierno en que ejercitar su celo y su paciencia; porque con ocasion de los estudios reales que la magnificencia del rey nuestro señor fundó en el Colegio Imperial, se armaron las Universidades de España contra la Compañía, y levantaron una de las mayores guerras que ha padecido en estos tiempos.

Como el bendito Padre era tan hijo de su Religion, sintió estas batallas y persecuciones en lo íntimo de su corazon, y sólo para volver por su madre y aclarar la verdad, usó del valimiento que tenia con el conde de Olivares y con otros de los mayores ministros, con los cuales nunca intercedió por sus parientes ni se metió en pretensiones seculares; esta tomó muy á pechos hasta salir con ella y sacar á su Religion á paz y á salvo.

Fué mucho lo que trabajó en defender la Compañía; y, con estar lleno de achaques y la corte tan lodosa, y los oficios y secretarios en que negociaba distantes, nunca le pudieron vencer á que subiese en un coche, aunque fuese

por breve tiempo, juzgando que desdecia de la pobreza y humildad de su estado.

Fué devotísimo del Santísimo Sacramento, y más de veinte y cinco años tuvo el aposento junto al coro y ventana á su altar, viviendo en su presencia y como en su compañía, como los ángeles en la presencia de Dios; y cuando le descubrian en casa, que era muchas veces, gastaba lo más de la tarde de rodillas orando en su presencia hasta que le encerraban; y era raro el año que no predicaba treinta y más sermones de este sagrado misterio.

No tuvo ménos devocion con la Santísima Vírgen á quien amó como á madre desde sus tiernos años, criándose con la leche de su devocion en todas edades; y mostró bien su afecto en la colocacion de nuestra Señora del Sagrario de la santa iglesia de Toledo en la nueva capilla que edificó el Cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval, su Arzobispo, con la mayor grandeza y suntuosidad que se pudo desear.

Fué la primera vez que salió por las calles la santa imágen; vino por la Compañía, y su Prepósito el P. Rodrigo Niño le hizo un recibimiento y un altar de lo mayor, más rico y curioso que han visto nuestros tiempos, sin perdonar á gasto, ni á trabajo ni á desvelo, asistiendo por su persona, sin fiar de ajenas diligencias esta accion de tanto lustre y cuidado en servicio de la Reina de los ángeles.

La devocion que tuvo con las almas del purgatorio fué muy notoria, hija de la caridad ardiente para con todos, que vivió en su pecho, y más con quien tanto necesita el alivio y está en amistad de Dios; oraba todos los dias por ellas, ofrecia muchas Misas, sufragios y penitencias, y ordenó que en su provincia se tocase todos los dias á hora señalada á rezar por las almas del purgatorio, como se usaba en otras provincias, y en esta entabló la santa costumbre que dura y durará eternamente, con usura de los que rezan y alivio de los difuntos con los sufragios de tantos religiosos que ruegan á Dios por ellos.

Llegó el último año de su oficio y el de su vida juntamente; porque vida tan trabajada bien se deja entender que no pudo ser muy larga; dióle un dolor de costado de las continuas fatigas, á tiempo que salia de unos largos y devotos Ejercicios con que Dios le previno para su muerte. Cuando le dieron la nueva de su llegada, entonó con mucho júbilo aquellas palabras del salmo: *Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus:* tal fué siempre el deseo que tuvo de verse con Dios y el gozo de verle cumplido.

Recibió todos los Sacramentos de la Iglesia con admirable devocion; despidióse de los religiosos ofreciéndoles de hacer oficio de abogado por la Compañía y defenderla en el tribunal de Dios, como lo experimentaron dando fin

a las persecuciones con su muerte, la cual fué lúnes, 25 de noviembre de 1627, teniendo cincuenta y seis años de edad y cuarenta de Compañía.

Su muerte fué celebrada con lágrimas y concurso de su Religion y de la corte, aclamándole todos por santo y procurando á porfía tener algo de sus reliquias, estimándolas como de tal; y los que más no podian, besaban sus manos y sus piés y le tocaban sus rosarios, para lo cual estuvieron cuatro Padres todo el tiempo del entierro guardando el cuerpo porque no le despedazase el pueblo, y tocando las coronas y rosarios.

El Oficio del entierro y la Misa hizo el Patriarca de las Indias de Pontifical, y fué colocado en una caja de madera en parte donde pudiese ser conocido, si conviniese mudarlo.

La opinion que siempre tuvo de santo en vida y muerte fué tan constante, que le oí decir á D. Gabriel Ortiz de Sotomayor, canónigo y Obispo de Badajoz, que le trató más de treinta años, que, si fuera Pontífice, con las noticias que tenia de su vida, sin otras informaciones le pusiera en el catálogo de los santos; y el mismo concepto tuvieron de él otras muchas personas graves.

Su vida escribió brevemente el P. Pedro Benedicto de Rada, que fué su Ministro en el Colegio Imperial, y más largamente el P. Alonso Ezquerra en el segundo tomo de la *Historia del colegio de Alcalá.*

P. ANDRADE.

P. GASPAR SANCHEZ

El humilde y erudito P. Gaspar Sanchez, fué natural de la villa de Cienpozuelos en el arzobispado de Toledo.

Tuvo este siervo de Dios padres santísimos y que le criaron con su santo temor; la madre fué tan aventajada en santidad como se ve en los *Comentarios del* cap. IV *de Tobías*, que imprimió el año antes de su muerte su santo hijo, donde refiere algunos milagros con que acreditó Dios la misericordia y caridad de esta honestísima y piadosísima mujer para con los pobres y ánimas del purgatorio, y el dichoso fin con que la remuneró, revelándole dos meses antes el dia y hora de su muerte.

Antes de morir, fué visitada de las santas vírgenes Marta y Catalina, y vió á la Santísima Trinidad sobre el hospital donde ella más fervorosamente ejer-

citaba con los enfermos las obras de misericordia. Y el P. Gaspar, como buen hijo, queriendo hallarse presente al tránsito de su madre, fué á pié desde Alcalá á su patria, para ayudarla en aquella ocasion, y ser testigo de lo que queda referido, y de lo demás que escribió en el lugar alegado de Tobías.

El marido era semejante en virtud, y así, solia decir el P. Gaspar que jamas oyó en su casa maldicion ni voz airada ó desentonada de sus padres, ni advirtió en culpa alguna de sus hermanos; tal habia de ser el árbol que habia de producir tan precioso fruto, para que por todos los primeros años de su edad no viese ninguna cosa mala del mundo, ni tuviese quien se la enseñase.

Estudió la lengua latina en Ocaña, y procedió con el mismo encogimiento, pureza y santidad que despues conservó en la Religion. Esta virtud de sus primeros años fué causa de que Dios le hiciese tan señalada merced, como fué alumbrarle de repente y darle una tan extraordinaria suficiencia y luz, que dentro de muy pocas semanas se igualó á sus maestros, habiendo pasado primero algunos años sin poder hacer progreso ni concepto de las artes y facultades que le enseñaban.

Quiso el Señor desde entónces apoderarse de su siervo, y que él con humilde agradecimiento reconociese por lo restante de su vida cómo no era a propósito para el estudio de las letras, si con particular favor del cielo no hubiera sido ayudado y alumbrado. Acabados estos primeros estudios, entró en la Compañía á la edad de diez y siete años, en Ocaña, y despues de algunos meses de probacion fué enviado á Oropesa, para dar buen principio á aquellos estudios, en los cuales enseñó seis años las letras humanas; de allí vino al colegio de Madrid, donde leyó retórica otros dos años; de aquí fué enviado a Huete donde tuvo la misma ocupacion por otros tres años.

Era humildísimo sobremanera y no ménos obediente. Once años leyó latin á los niños, sin que los Superiores le diesen estudio ni sacerdocio; y viendo que otros ménos antiguos que él eran adelantados, aunque tenian ménos caudal y prendas, no tuvo lengua para hablar ni consideracion para pensar que harian de él, y cuanto es de su parte, como él decia, sin sentimiento alguno se dejara para siempre en el mismo estado y ocupacion.

Queria Dios fundar en humildad á quien habia de honrar mucho, y probar en el crisol al que queria muy puro y consumado en toda virtud; y así, permitió tan notable olvido en los Superiores, hasta que, al fin, edificados de su profundo silencio, le mandaron ordenar de sacerdote y le enviaron á leer otro año á Talavera.

Despues oyó tres años de Filosofía en Múrcia y cuatro de Teología en Alcalá: acabados estos estudios, le volvieron á Huete, donde enseñó letras hu-

manas por espacio de diez y ocho años, sin interrumpir este humilde ejercicio en tres años que fué Rector de aquel colegio.

Como era tan humilde, cuando le vino patente de Rector, quedó asombrado; y aunque cosa muy repugnante á su humildad é inclinacion, la aceptó por obediencia. En la primera plática que hizo á los suyos, dijo que no habia en sí prenda ninguna por la cual le pudiesen haber dado aquel cargo, ni sabia qué pretendiese el P. General en ordenar una cosa tan desproporcionada. «Sola una utilidad tiene esta eleccion (dijo con gran encogimiento) y es que en mí será obedecido Cristo por sí mismo, pues yo por mi caudal no lo merezco.»

Mientras fué Rector, no se diferenció de los demás sino en el mayor trabajo; porque, fuera de leer el Seminario, todo lo más trabajoso tomaba para sí. Acaeció varias veces que, pidiendo á media noche confesor para algun enfermo, él era el que se levantaba; y si llamaban algun otro Padre determinadamente, porque no llevase otro mala noche, él hacia oficio del Hermano compañero.

Aquí en Huete, los demonios, forzados de Dios, confesaron su pureza; porque, habiendo entrado en el cuerpo de una mujer de poca edad, dijeron con grande exclamacion del P. Gaspar que estaba presente: «¡Oh qué limpia y pura alma tiene este!» Diciendo el exhorcista á los mismos demonios que fuesen á besar los piés al más santo y humilde de aquella iglesia, se fueron derechos al P. Gaspar.

Desde aquí, despues de un profundo silencio y olvido de casi treinta años que habia gastado en el humilde oficio de leer letras humanas, á semejanza de la Sabiduría encarnada, que por otros treinta años estuvo escondida con humildad y silencio; quiso Dios sacarle á luz, y para este efecto movió á los Superiores á que le señalasen una cátedra de Escritura, y él se tuvo por tan insuficiente para ella, que dijo varias veces le habia causado esta nueva eleccion una de las mayores aflicciones de su vida. En sola esta ocasion se sabe que replicase ó pusiese dificultad á los Superiores en lo que le mandaban.

Leyó Escritura en Múrcia dos años, y despues en Alcalá casi todo el tiempo que le quedó de vida, dando por toda ella ejemplos de excelentes virtudes, y enseñando al mundo con sus eruditos escritos. Escribió diez tomos, cinco sobre los Profetas mayores y menores, otro sobre los Reyes, otro sobre Job, otro sobre los Historiadores que hay desde Ruth hasta el fin del viejo Testamento, otro sobre los Actos y de la venida á España de los tres Apóstoles Santiago, S. Pedro y S. Pablo.

Dejó limados y de última mano para imprimirse dos tomos, uno sobre la *Sabiduría* y los tres primeros capítulos del *Génesis*, y el otro sobre el *Eclesiástico* hasta el cap. XXIV. Todos estos escritos han puesto á este humilde

siervo de Dios en los ojos de la Iglesia, y así los naturales como los extraños los alaban con palabras mayores, y no acaban de decir de la dulzura, suavidad y elegancia de su estilo, de la gravedad de sus exposiciones, del acierto de su eleccion, de la fuerza de sus discursos, del peso de sus razones, de las salidas maravillosas que halla para lugares enmarañados, de la invencion rara de su ingenio, del perfecto conocimiento de las lenguas, latina, griega, hebrea y caldea, de la eminencia de su poesía de que dejó muestra al fin de los Trenos, y, finalmente, de su infinita erudicion en historiadores, oradores, poetas griegos y latinos y en los demás autores sagrados y profanos.

Todo lo que se puede pedir para fomar un grande doctor y expositor, de memoria, entendimiento, ciencia, estudio, aplicacion y humildad, para que Dios revele sus secretos, se halló con grandes ventajas en este santo varon cuya pluma parece la movia el Espíritu Santo con particular providencia porque de otra suerte ¿cómo fuera posible que asuntos tan limados y perfectos saliesen de la primera mano sin hallarse apénas un borron ó algo enmendado en los originales que escribió, ni haber cláusula en tanto número de libros que no muestre la piedad de su autor?

Esto se conoce por la causa que le movió principalmente á comentar los Actos de los Apóstoles, que fué librar al Santo Protomártir Estéban de un pequeño yerro de memoria, que algunos le imputaron. Favorecia el Señor esta piedad y religion con extraordinarios socorros; porque dijo varias veces que, habiendo procurado traer á la memoria algunos puntos que treinta años antes habia visto y leido cuando enseñaba letras humanas; no podia acordarse por más diligencias que hacia; mas, cuando los habia menester para el estudio de la Escritura que comentaba, le venia luego á la memoria teniendo la pluma en la mano é instando la necesidad.

No habia para él mayor tormento en esta vida que tener ocioso algun breve rato del dia, segun él mismo confesaba, y por esta causa era perpétuo estudiante sin reparar en la incomodidad de los tiempos, ni en los riesgos de la salud, ni en algun otro impedimento. Esta diligencia y trabajo de su parte ayudaron mucho para que se le lograsen y aumentasen en él los socorros de la divina luz, y él saliese tan insigne y consumado doctor.

Con ser tan grande y tan maravillosa su doctrina, fué mucho más su santidad, porque hizo nuestro Señor admirable á este su siervo desde los primeros años, creciendo en él la gracia de Dios y manifestándose con evidentes señales. Y ¿qué mayor que con tan grandes talentos sintiese tan indignamente de sí? Fué hombre de profunda humildad, que no supo en tantos años hasta la muerte, sino sentir y hablar bajamente de sí y de sus talentos y escritos.

Fué esto con tanto exceso y continuidad, que no se alcanza cómo en tan

grande entendimiento podian caber juicios tan desproporcionados en el conocimiento de su persona, sino es cerrándole Dios los ojos para que no se conociese á sí mismo.

De esta suerte nació el aborrecimiento que tenia á mandar por su persona, y el decir con admiracion que religioso que deseaba dignidad ó precedencia merecia nombre de bestia, pues no le faltaba nada para serlo. Por esto no admitió honra ni precedencia de lugares, ni acabó de saber cuál era mayor ó menor urbanidad, ni cuándo habia de entrar antes ó despues, y se le pegó tan poco de esto que murió con una santa ingnorancia de cumplimientos y extraordinarias cortesías.

Cuando estaba con personas graves, les preguntaba con santa simplicidad cuál era el puesto mejor, para escojer él el más humilde. Con ser persona tan codiciosa del tiempo para su oracion y estudio, que madrugaba y trasnochaba por tener más, nunca se vió que tuviese lengua para despedir á nadie de su aposento, aunque fuese de muy poca edad; ellos se estaban hasta que ellos mismos se despedian.

Queriéndole retratar el rostro en Alcalá, se tomó por medio que le llamasen unos colegiales artistas de poca edad, estando muy seguros el pintor y los demás que el P. Gaspar no se apartaria de aquel lugar si primero ellos no se despedian, y para este efecto estaban avisados que no se fuesen hasta haber acabado la pintura. Hízose así, y le entretuvieron por mucho tiempo en el patio sin saber él para qué se detenia, más que para satisfacer á los que le habian llamado.

Siempre se ejercitó en oficios bajos y abatidos, y apénas hubo dia de toda su vida hasta la muerte en que no ayudase al refitolero á desembarazar las mesas y alhajas de su oficina, nunca saliendo del refectorio sin dejarle desembarazado y recogido.

Importunáronle algunos para que dijese si era verdad que un demonio, que estaba en el cuerpo de una mujer de la ciudad de Huete, le habia ido á besar los piés, porque el exhorcista habia mandado que se los besase al más humilde de cuantos estaban en aquella iglesia. El respondió que era así, mas que en ninguna cosa habia echado de ver mejor que Satanás es padre de mentiras.

Remuneró el Señor esta humildad de su siervo con darle tan grande nombre de santidad y doctrina por todo el mundo. Si no se hubiera empleado treinta años en la humilde ocupacion de leer letras humanas, sin duda hubiera dejado otros diez tomos más, sobre los doce con que nos ha enriquecido. Pero ordenó nuestro Señor esta disposicion de los Superiores, para que campease más la humildad de tan fiel siervo suyo en la Iglesia, y constase cuán precioso ha sido en los ojos de Dios este ejemplo, pues ha hecho de él más

estima que de la honra y utilidad que se podia seguir de muchos volúmenes tan doctos que salieran sobre la Escritura divina.

Su pobreza fué igual con la humildad, porque tanto se preció de ella que en los *Comentarios de Tobías,* para haber de alabar á su madre de los bienes eternos, escribe que era mujer muy pobre de los temporales. Nunca tuvo alhaja de valor ni otras imágenes que de papel, ni supo en tiempo alguno escoger para sí sino lo peor de la casa, y, como con la falta de lo necesario se hallaba contento, nunca se sintió que pidiese cosa alguna para su comodidad, ni de aposento, ni de vestido, ni de comida, ni otra cosa alguna.

Por esto no permitió, aun estando enfermo, que hubiese cosa de regalo en su aposento, y, si le dejaban algo para los dias siguientes, hacia que se volviese luego al Superior, diciendo què le diesen cada dia de limosna lo que quisiesen y entrase de nuevo en su aposento á cada comida todo lo que habia de comer.

Cuando tenia necesidad de algun libro, y le decian los de casa que le hiciese comprar, respondia que hacia demasiado el colegio en sustentarle comiendo de balde el pan. No se mostró menesteroso de nada el que con la nada se contentaba.

En las enfermedades graves que tuvo, y principalmente en la última, siempre que le preguntaban cómo se hallaba, respondia que bien; y si le decian qué queria, no daba otra respuesta sino que lo que quisiesen. Cuando le instaban para que declarase si tenia necesidad de algo, siempre respondia que nada habia menester; su gran pobreza y deseo de padecer le hacia abundante y sobrado en cualquier suceso y disposicion.

Con el deseo grande que de su salud se tenia, fueron llamados muchos é insignes médicos, y ellos, echándolo de ver el Padre, hicieron varias juntas y consultas. Fué tanto el sentimiento del santo varon por esto, que muchas veces con lágrimas en los ojos dijo que se avergonzaba y corria de que, siendo él tan inútil y supérfluo, se hiciesen tan particulares diligencias para alargarle la vida.

Este mismo espíritu de tomar lo peor se veia en la prontitud con que aceptaba cualquier sermon en que constaba habria poca gente, y en la dificultad que mostraba para admitir otros de mayor aplauso y reputacion.

La castidad fué de ángel con una vergüenza tan virginal, que aun en su última vejez se corria de que le mirasen. Era tanto su encogimiento, que por él no se atrevió á escupir delante de nadie. La pureza de su alma al mismo infierno fué admirable y confesada por los mismos demonios.

Este espíritu virginal se ve en todos sus libros y principalmente en la exposicion de los *Cantares,* para los cuales con mucho ingenio y erudicion in

ventó y fundó una nueva declaracion, en la cual no se puede ofrecer indecencia alguna en las cláusulas misteriosas que escribió Salomon de los cuerpos del esposo y de la esposa. De esta pureza están llenos sus libros, particularmente sobre el cap. VI de Isaías y sobre muchos del Profeta Ezequiel.

De este recato hay muchos ejemplos singulares y suyos, entre los cuales uno es no haber mirado á ninguna mujer en el rostro, ni conocídola de vista. Cuando en las conferencias se disputaban ó examinaban casos de conciencia en materia de sensualidad, bajaba los ojos y se le cubria el rostro de vergüenza, y en premio y señal de esta pureza quedaron sus santas manos muy blandas y flexibles despues de la muerte.

La obediencia fué en él consumada hasta la muerte, y se vió en el horror que tuvo á mandar. Para quietarle fué necesario que el P. Claudio Aquaviva con carta le asegurase de que no le haria jamás Superior. El mismo temor tenia de quebrar cualquiera obediencia pequeña que pueden tener varones muy santos de cometer contra Dios ofensas muy graves. Y así, dijo una vez con mucho fervor en una plática que hacia al colegio de la Compañía de Alcalá, que pensara se le habia de entrar un demonio en el cuerpo, si tomara una pasa sin licencia.

Siendo Rector de Huete y sabiendo que habian entrado en casa unos bizcochos sin entenderlo el Superior, los cogió y echó en la noria diciendo que no podia hacer provecho á nadie cosa que habia entrado sin licencia.

Esta fe en la santa obediencia le libró, entre otras, una vez de manifiesto riesgo de su vida. Porque, mientras comió, se le atravesó una espina algo mayor que un ordinario alfiler, y viendo que muchas diligencias se habian puesto en vano, acudió á la hora acostumbrada de la noche á cumplir con su ordinaria obediencia de oir las confesiones de los domésticos en la víspera de la comunion, y luego en el mismo ejercicio de confesar se le salió á la boca de repente la espina, sin haber experimentado ningun dolor. En reconocimiento de tan señalada merced guardó la misma espina en un papel, donde escribió de su mano este beneficio de Dios. Son tantos los ilustres ejemplos que de esta virtud dejó, cuantos son los dias que vivió en la Compañía.

El rigor de sus penitencias duró hasta lo último de su vejez; porque cada dia tomaba rigurosa disciplina y traia cilicio; y, lo que aún es penitencia mayor estaba perpetuamente encerrado en su aposento como si fuera cárcel ó sepultura. Sus vigilias fueron continuas, levantándose mucho antes que la Comunidad, para darse á la contemplacion y estudio de las cosas divinas.

Su verdad fué tan cabal, que preguntado con justa ocasion de su Superior un dia antes de su muerte, respondió que pensaba no haber dicho en toda su vida mentira alguna. Y la mansedumbre de sus palabras era tan rara,

que no se le oyó jamás voz desentonada, ni palabra que mostrase mal afecto ó perturbacion.

Erale como natural entristecerse y congojarse en oyendo murmurar de los ausentes, y hablaba con tal cordura en todas las pláticas ocasionadas á culpa, que bien se echaba de ver que el espíritu de Dios regia esta santa alma y bendita lengua. Todo esto hace muy fácil de creer que en toda su vida no cometiese culpa mortal, como él mismo dijo á sus confesores.

De su caridad no sólo para con Dios, sino tambien para con sus prójimos y Hermanos, dió continuos y muy ilustres ejemplos. La cual se descubrió bien en las varias y fervorosas misiones que pidió y pretendió para ir á predicar á los bárbaros y gentiles; en los Ejercicios espirituales que todos los años daba á todas edades, condiciones y estados; en las pláticas que hacia por los pueblos pequeños y por las plazas y por los colegios menores de la Universidad de Alcalá, sin reparar que los oyentes muchas veces no llegaban á catorce.

En las muchas confesiones generales y particulares que oia se veia más este celo, porque él tenia de su parte mayor dolor y vergüenza de las culpas que los penitentes. En estos y otros ministerios de almas fué extraordinaria su blandura, su paciencia, su afabilidad y caridad; no se cansaba de los escrupulosos, ni apresuraba á los penitentes, ni les decia palabra que pudiesen sentir, ni usaba de otro género de reprension con los grandes pecadores que declarar el peligroso estado en que vivian, y darles los medios necesarios para su reparo; tenia por mejor dejar abierta y fácil la puerta para que volviesen, si como flacos tornaban á caer.

Jamás le pidió nadie que le oyese de confesion que se lo negase ni aun dilatase para otro tiempo, sino era impedido por otra ocupacion forzosa de obediencia. Sólo por dar consuelo á los penitentes les dejaba leer muy despacio muchos pliegos de papel impertinentes y prolijos en que traian escritas sus confesiones generales, sin dar muestra ninguna de priesa ó interrupcion ó impaciencia en las tres ó cuatro horas continuas que le gastaban, ántes con gran compasion les convidaba á que por un rato estuviesen sentados, porque no fuese tanto su cansacio. Otras partia la penitencia satisfactoria con los penitentes, encargándose él de tomar por ellos muchos cilicios y disciplinas.

Usó mucho algunas misiones á los lugares cercanos del colegio en que estaba, é iba á pié y en ayunas las mañanas de las fiestas por no faltar á las lecciones; decíales la Misa mayor, y al ofertorio, quitada la casulla, les predicaba muy de propósito. Y acabados los Oficios divinos, se ofrecia á confesar á los presentes, y despues de hecha otra plática á la tarde, se volvia á su cole

gio. Y á veces, como era tan encogido, por no pedir á nadie, se volvia sin haber comido, ni sido hospedado de los vecinos.

Hablaba con profundo sentimiento de los que se predicaban á sí mismos en el púlpito usando de estilo y frase particular, con novedad y afectacion, y llegó á decir muchas veces que esta manera de predicar era la mayor persecucion que tenia la Iglesia de Dios.

Este su celo se ve muy á menudo en sus escritos y, últimamente, por tres veces en los *Comentarios sobre el Eclesiástico*, donde, abominando de los afeites y colores críticos que se ponen sobre la divina palabra, declara muy de propósito la luz que Dios le habia dado contra estos abusos y vicios dulces de la predicacion. Por esta causa deseó mucho en sus últimos años que los Superiores le ocupasen en misiones, así por emplearse en el provecho de las almas, como por ir á predicar el Evangelio de Cristo con la llaneza y simplicidad que se fundó.

En varias misiones de mucho tiempo, que hizo á pueblos mayores, se declaró mucho la fuerza de su espíritu y celo de la salvacion ajena. Una vez que estuvo en una mision de un lugar de la Mancha, se encendió tanto en el púlpito, reprendiendo la pública y escandalosa costumbre de tratarse antes de tiempo los desposados por palabras de futuro, que le vieron resplandeciente el rostro con rayos y luces que enseñaban cómo el Espíritu Santo movia aquella santa alma y daba palabras á aquella lengua para desterrar tan abominable costumbre. El efecto de la enmienda que se siguió mostró bien que el dedo de Dios la obraba por medio de este santo varon.

Estando en otra mision, cuyo lugar por el honor ajeno nunca nombró, murió un hombre noble y rico, pero de vida muy desconcertada y con señales de reprobacion; al tiempo que con grande pompa funeral le sacaban de su casa, se levantó una terrible tempestad que obligó á deshacer el acompañamiento y á que le llevasen dos ó tres hombres ordinarios, atado con sogas el ataúd, y arrastrándole por las calles por no dar lugar para más la ira y tempestad del cielo con sus truenos, relámpagos y rayos, ni el hedor del cuerpo difunto.

Pusiéronle como pudieron en la cueva de una capilla que él ó sus antecesores habian edificado; al punto mostró Dios su indignacion echando un rayo del cielo, que dando en la capilla y abrasando las armas de su nobleza, entró en el sótano y abrasó el cuerpo, dejando los huesos negros y desnudos.

Este santo varon, como tenia su corazon y confianza en Dios, no tuvo miedo de entrar poco despues en el lugar de la bóveda donde estaba este difunto; allí consideró muy despacio y advirtió este efecto espantoso de la divina venganza.

El mismo celo y caridad convidaba á todos para que se ayudasen de él

teniéndole por confesor mucho número de gente, y tratando con él las cosas de su alma personas de mucha autoridad. Los de casa que más le conocian, no se acomodaban á confesarse con otros, por más que para sus estudios le procuraron desembarazar de esta ocupacion los Superiores.

Tenian bien conocida la caridad del que decia se holgaba de ver entrar en su aposento á los religiosos de casa como si fuesen los ángeles del cielo, y echando de ver que algunos reparaban por si le interrumpian el estudio, les decia que por ningun caso dejasen de venir, porque recibia gran gusto en verlos, y que sólo sentia su mal, cuando iban con escrúpulos ó afligidos, aunque juntamente le causaba gran confusion ver en sí tan grande tibieza y en ellos tanto fervor.

Toda esta estima y aprecio nacia del amor que á los de su Religion tenia, á los cuales acudia más cuando tenian mayor necesidad y trabajo. El H. Pedro de Leon murió, siendo estudiante en Alcalá, con raro ejemplo de santidad; estuvo con él mucho tiempo el P. Gaspar en su última enfermedad, así por su rara virtud como por el peligro que tenia. Díjole el enfermo: «Váyase V. R., mi P. Gaspar, á su aposento, que yo le avisaré de mi muerte.»

Fué así, porque, habiendo espirado, pasó por el aposento é hizo un grande ruido como de palmada sobre el atril en que el Padre estudiaba. Maravillado del ruido y de no saber la causa, estando en mayor atencion, oyó segunda vez lo mismo sobre el mismo lugar, y tuvo conocimiento de la muerte del buen Hermano y de su salvacion, y se levantó luego para ver y reverenciar el cuerpo difunto como cuerpo de predestinado. Duróle la estima y memoria de este siervo de Dios hasta que, mudándose los huesos de la iglesia antigua á la nueva del colegio de Alcalá, cuidó de quitar la calavera y llevársela á su aposento, á donde la guardó siempre con grande estima y reverencia.

Y buen argumento fué de su gran caridad tomar para sí los trabajos de otros y no querer ser él á ninguno de trabajo. Llegó una vez al colegio de Almonacid poco despues de haber tocado á acostar, mas, por no inquietar la casa ni quitar el sueño á ninguno de ella, se estuvo toda la noche á la puerta hasta que tocaron á levantar. Tenia en esta sazon el P. Gaspar más de sesenta y seis años de edad.

Era el consuelo de los enfermos, á los cuales daba muy saludables consideraciones para llevar bien la enfermedad; y porque en la última que tuvo le pidieron muchos que las diese por escrito, me ha parecido poner aquí un breve sumario de ellas, pues por la doctrina y piedad que en ellas se ve, se conoce la paciencia y conformidad que este santo varon tenia con Dios en sus dolores: son las siguientes:

1. No pensar en las causas naturales de donde suelen y pueden provenir

las enfermedades, sino en Dios, que por ellas me quiere labrar para mayor corona mia, ó me quiere castigar por mis culpas y darme en esta vida purgatorio. Diré con el santo Job: *Manus Domini tetigit me.*

2. Considerar que Dios tiene algo que curar en mí y que me ha tomado el pulso, y conforme á mi necesidad aplicó la medicina, que se la he de agradecer, aunque sea penosa, y pagársela con humilde reconocimiento, como el enfermo da dineros por la purga, sangría y cauterio.

3. No padecer á solas sino considerar que estoy crucificado al lado de Cristo, y mirar cómo padece, y procurar imitarle en su paciencia y obediencia, y acordarme que, si me pareciere á Él en el sufrimiento, tambien me pareceré en la gloria de la resurreccion.

4. Considerar que así como el médico anda rodeando el lecho del enfermo, así anda Dios nuestro Señor mediante su divina proteccion, y la Vírgen nuestra Señora, como enfermera nuestra; y agradecérselo muy de corazon.

5. Considerar que Dios me da esta enfermedad como purgatorio, en el cual tengo de estar con paciencia, como las ánimas que allí padecen, amando á Dios y llevando con conformidad el trabajo, pues es la paga que le debo.

6. Es buen medio, antes que venga el dolor, tenerle ya ofrecido, y despues llevarle con paciencia y mirarle como cosa sagrada, pues se le he ofrecido á Dios nuestro Señor.

Cuando las ocupaciones faltaban al fervor de su gran caridad, empleábase todo en estarse con solo Dios y sus libros. Y así, su vida fué una perpétua oracion, leccion y consideracion de las divinas letras. Despues de haber gastado en orar y estudiar el tiempo que hay desde las tres de la mañana hasta las once y media, se volvia á la misma ocupacion desde la una del dia hasta las ocho y media de la noche.

Finalmente, su vida fué tal y los ejemplos continuos tan grandes y tan raros, que todos los que le conocieron dicen que por sóla su virtud merece ser cononizado, y que no se ofrece de qué otra manera pudieron vivir irreprensiblemente los santos Doctores de la Iglesia y los grandes Patriarcas de las Religiones. Ninguno de cuantos le conocieron por espacio de una vida tan larga, se atreverá á decir una culpa venial suya ni una imperfeccion de las ligeras.

Esto puedo yo afirmar y tambien las virtudes que vi resplandecer en este siervo de Dios, que me parecia que no podian ser de otra manera las de los Padres antiguos. Daba á Dios mil gracias y se las doy ahora porque me le dejó conocer y tratar, porque en Alcalá fué mi maestro, mi Padre espiritual y mi confesor, Dios sabe con cuanto consuelo de mi alma. Y aseguro que lo

que hallo escrito de este insigne varon no llega á lo que era, y no sabré decir el concepto que hice y tengo de sus raras virtudes.

Estando, pues, este fiel siervo en vigilia continua y esperanzas de la hora en que el Señor le habia de tocar á la puerta con fiesta y placer de bodas, fueron los primeros recados y mensajeros que le envió el año de 1626 por los meses de setiembre y octubre; porque entónces tuvo una gravísima enfermedad desde la cual recibió singulares favores é ilustraciones del cielo; y con el rocío de la divina gracia que por dos años le cayó, estuvo tan blanda esta espiga que pudo entrar la hoz de la muerte con facilidad, y el segador hacer su oficio con más gusto en apartarla de la tierra.

Declaró bien este santo Padre su muerte en las palabras de Job que comentó: *Et ros morabiturin messione mea,* ponderando que el justo muere tan favorecido de Dios por el rocío de la gracia, que no hay resistencia ántes particular consuelo de su siega. Y así, dijo, preguntado en la enfermedad, que no haria en él más sentimiento el morir, que el mudarse de un aposento á otro.

Experimentóse esta verdad en el fallecimiento y postrera enfermedad del P. Gaspar, por el gusto y satisfaccion que mostró en salir de esta vida mortal, derramando á veces lágrimas de devocion y verdadera alegría por el albo rozo de verse tan cerca del fin que deseaba. Este rocío de gracias singulares para disponerse á la muerte, empezó á llover con más abundancia en aquella grande enfermedad que tuvo dos años antes, porque, cuando en ella todos le daban por muerto, salió de repente hablando con Dios y diciéndole: «Gracias os doy, Señor, porque ya habeis alzado de mí vuestra mano.»

Siguióse luego su sanidad perfecta, muy contra todo lo que se podia esperar.

Con estos y otros maravillosos efectos y accidentes, se tomaron varios medios para saber del santo varon las ilustraciones divinas que habia tenido y fueron necesarios todos para hacerle decir lo que habia pasado. Uno le dijo «Mire V. R. que es mucho lo que se dice cerca de esta enfermedad de que Dios le ha librado; humildad seria decir lo que en esto hubo, porque no se piense ni juzgue más de lo que hay, pues no puede ser tanto lo que acaeció como lo que se dice.» Con estas piadosas fraudes y artificios y con otros semejantes, y con persuadirle á que, para asegurarse de ilusiones, se declarase con el Superior, se sacó el conocimiento de las cosas siguientes:

Vió en la mayor fuerza de la enfermedad á Cristo nuestro Señor y á su Madre vestidos de ropas blancas y de excesiva claridad, pero él rendido en humilde conocimiento de tan señalado beneficio y en agradecimiento de los favores que recibia, considerando la indignidad de su persona, no se atre-

vió á levantar los ojos para mirarles á la cara. Vió tambien otra vez á nuestros santos Padres S. Ignacio y S. Francisco Javier: representáronsele tambien dentro de su aposento varias luces maravillosas que juzgó tenian en sí los santos Profetas, á los cuales él habia comentado por espacio de veinte años con singular afecto y devocion.

Fué otra vez llevado en espíritu á un campo grande y muy ameno, donde con mucha orden y concierto habia innumerables luces en figura de cruz que consolaron sobremanera al siervo de Dios; porque, como su ordinaria oracion y presencia del Señor era contemplándole con la cruz á cuestas y diciendo aquellas palabras: «Quien quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame;» diéronle particular consuelo aquellas gloriosas imágenes, y las altas ilustraciones que por ellas se le comunicaron de los misterios de nuestra redencion.

Con estas representaciones hechas á los sentidos interiores ó exteriores, se juntaron otras hablas interiores, conocimientos altísimos de Dios, declaraciones de lugares de la Escritura, inteligencias soberanas, afectos fervorosísimos, ansiosos suspiros y continuas lágrimas con un gozo tan extraordinario que parecia le llevaba las entrañas al cielo.

Dijo varias veces que no se le ofrecia en la lengua española palabra ó cláusula con que dar á entender la grandeza de este su gozo, porque él estaba tan bañado de él, que sólamente se podia declarar con las voces latinas: *Gaudio delibutos*. Duróle esta marea del cielo por los dos años últimos hasta la postrera enfermedad; en consecuencia de lo cual dijo seis meses despues de la convalecencia, que ya se le representaban de otra manera superior las criaturas que miraba, y las divinas letras que leia, y las consideraciones en que antes contemplaba.

La causa de tan grande consuelo fué el haberle Dios quitado tres penas grandes que le habian afligido en vida. Una era si al tiempo de arrancársele el alma tendria el debido sufrimiento y conformidad para llevar tan excesivo dolor. De este cuidado le libró Dios, asegurándole que tendria muerte dichosa, quieta y ajustada á su divina voluntad. Esto se experimentó en la última enfermedad, en la cual siempre estuvo hasta morir con una exterior postura tan quieta y sosegada como si durmiera.

Quien le veia con tanta serenidad siempre vuelto el rostro y los ojos al cielo, no dudará de los grandes placeres en que le tenia Dios; ni podia ser de otra suerte que estuviese tan olvidado, ó tan insensible á su enfermedad. De esta revelacion é ilustracion divina con que Dios le habia asegurado que le daria muerte tan sosegada, se ocasionó que, siendo para él ántes una consideracion muy congojosa la del punto cuando se le habia de arrancar el alma, ya por estos dos años, segun él dijo, era la que más le consolaba.

La segunda pena que Dios le quitó entre aquellas visiones de la primera enfermedad, fué un continuo temor y sobresalto que padecia sobre el ministerio de oir confesiones, que, si bien en todas era muy exacto en advertir las obligaciones de los penitentes y declararles sus peligros; pero como siempre su espíritu habia sido de blandura y benignidad para admitirlos y consolarlos, temia no hubiese desperdiciado y franqueado mal la sangre de Jesucristo; pero este mismo Señor le declaró que habia procedido bien, y le aseguró que de aquella manera se habia de administrar el Sacramento de la Penitencia.

Conocióse bien en sus dos postreros años la seguridad de este santo varon, así en el no haber hecho mundanza en el ejercicio de este ministerio, como en haber crecido en él la benignidad y clemencia mayor con que le ejercitó.

La tercera pena que el Señor le quitó fué cerca de su salvacion y predestinacion, de la cual quedó tan asegurado, que no dudaba de ser uno de los predestinados de Jesucristo. Fuera de esto, le dieron prendas de que le quedaban muy cortos plazos de vida, y así, dijo muchas veces que no acabaria de comentar el *Eclesiástico*.

De estas tres cosas no quiso decir del todo la tercera hasta la última enfermedad. Tuvo tambien de otras cosas conocimientos sobrenaturales y don de profecía; y el P. Gonzalo de Buitrago, persona de mucho crédito y virtud y Maestro de novicios en el nuevo reino de Granada, me escribió lo que con él le habia pasado, afirmándolo con juramento, cuyas formales palabras quiero poner aquí:

«El V. P. Gaspar Sanchez me dió en cierta ocasion unos Ejercicios, y en ellos (á lo que yo creo por sus oraciones) me dió nuestro Señor unos afectos fervorosos y ansias de padecer mucho, por medio de ciertas personas de la Compañía (que no lo explica más, porque no es aún tiempo) y en ese mismo dia se llegó á mi aposento el santo Padre, y preguntándome cómo me hallaba, le dije mis deseos. Díjome entónces: Hermano, estos deseos no los ha de haber menester hasta tal dia; desde entónces en adelante los habra menester, consérvelos para entónces.

«Hubo algunos dos ó tres años, á lo que me parece, desde el dia en que me lo dijo hasta el dia que me señaló. Llegóse aquel dia, y desde aquel tiempo hasta hoy he experimentado con toda la claridad posible ser verdad lo que me dijo, porque ha ya diez y nueve años que padezco por medio del género de personas que me dijo, sin culpa mia que yo sepa, trabajos tan de marca mayor, que dudo que haya habido en la Compañía quien los haya pasado tan grandes en el género que los he pasado, y todavía duran.

«Ha trazado nuestro Señor que las personas que me han afligido sean de

las más santas que se conocen en esta provincia, y que me persuado que ni aun venialmente han pecado en eso, que así habian de ser, siendo trabajos alcanzados por oraciones de tan gran varon.» Todo esto es del dicho Padre.

La última enfermedad del P. Gaspar Sanchez sucedió en Madrid tres semanas despues que llegó á la corte, por mandado de la majestad de Felipe IV, para que diese principio en los estudios reales que fundó allí, leyendo en ellos Escritura. Fué tan ardiente la calentura, que en once dias le llevó á la corte del cielo, el 16 de noviembre de 1628, con gran desconsuelo y sentimiento de todos.

En esta postrera enfermedad, la noche antes que muriese, uno de nuestros Padres, que habia sido Superior y á quien él habia dado parte de aquella visitacion celestial, queriéndose certificar de este tercer punto, le preguntó si se acordaba de aquella enfermedad que habia tenido y de la visitacion celestial con que habia sanado de ella, y respondió que sí. Y para afirmarse más, le replicó el Padre si le habian dado seguridad de su salvacion, y respondió afirmándose en ello, diciendo: *Sí, sí, eso es.*

Todas estas cosas fueron causa de la paz que tenia y de los encendidos deseos de verse con Dios, que le causaban fastidio general de todo lo de la tierra. Fué su muerte con grande opinion de santidad, y así como la enfermedad no le quitó la gravedad y sosiego de su persona, así en la muerte no le dejó mal afeado ó señalado, sino aun más agraciado que era en vida, mostrando Dios en el cuerpo la gloria de que ya gozaba.

Vino para el entierro el Patriarca de las Indias con la real capilla, y sabiéndose de la hora en que habian de ser los Oficios funerales, vinieron tambien á honrarle de todas Religiones. Fué grande la conmocion de los presentes al tiempo de la sepultura; unos le quitaban por reliquias las flores que en las manos llevaba; otros tocaban los rosarios en el cuerpo; otros quitaban cabellos de su cabeza, y se detuvieron un rato, cortándoselos para satisfacer á la devocion de los presentes; otros llevaban parte de los aforros de sus ornamentos; otros besaban sus manos y sus piés, y con sus lágrimas y sentimiento testificaban su grande santidad.

El lugar de su sepultura fué en la peana del altar de S. Juan Evangelista donde, á instancia de uno de los señores del supremo Consejo de Castilla, se hizo un arco de ladrillo porque estuviese el cuerpo santo en el ataúd, sin que sobre él se cargase la tierra. Y los oficiales que vinieron á hacerle dan testimonio de un grande y suavísimo olor que salia de aquel lugar, el cual les hizo reparar y les puso en admiracion.

Ocho dias despues de su muerte se hicieron unas grandes honras en la

Universidad de Alcalá por la memoria de este santo varon, y en ellas asistió el Rector é insigne colegio mayor de la misma Universidad, y el Cabildo de la iglesia de S. Justo y Pastor, que hizo los Oficios llevando su capilla á nuestro colegio, y autorizando las exequias con su presencia: concurrieron juntamente todas las Religiones, y todos los estudiantes y graduados de aquellas escuelas. Asistió tambien la villa de Alcalá con sus regidores y corregidor, y otra innumerable gente secular.

Predicó en este tan grande y tan autorizado auditorio, el P. Francisco Aguado, Provincial de esta provincia de Toledo. Aunque lo que se dijo de las virtudes y merecimientos del P. Gaspar era mucho, el concepto que de él tenian los oyentes es sin comparacion mayor, y muchos dudaban si le acudirian con los sufragios que se hacen por las ánimas del purgatorio, pareciéndoles que una inocencia tan rara luego fué remunerada del Señor. Y no pocos que se han encomendado á él han sentido su favor y ayuda, y por algunas reliquias han sucedido raras maravillas.

La vida de este humilde Padre publicó el P. Jerónimo de Florencia, fuera del P. Francisco Aguado, que en un sermon que imprimió de sus alabanzas, la divulgó.

De otros dos Gaspares Sanchez hace mencion el P. Pedro de Rivadeneira en el libro de los *Escritores de la Compañía,* los cuales tambien fueron hombres insignes, pero todos son muy diversos. Mas del que ahora tratamos hace más célebre memoria el P. Felipe Alagambe en su *Biblioteca.*

P. NIEREMBERG.

P. JUAN LUCAS ESQUEX

El P. Lúcas Esquex fué natural de la ciudad de Zaragoza, cabeza del reino de Aragon, hijo de padres nobles, ricos de los bienes de fortuna y no ménos de los espirituales y verdaderos, porque fueron personas ejemplares y pías, y, como tales, criaron á su hijo en el temor santo de Dios, desde su primera edad, en la cual dió muestras de lo que habia de ser despues, porque desde niño fué inclinado á las obras de virtud, al culto divino y á la piedad con los pobres, haciéndoles la limosna que podia.

Aprendió en Zaragoza las letras humanas en los estudios de la Compañía.

y desde aquel tiempo se inclinó á la Religion, movido del buen ejemplo de sus maestros. Concluidos los primeros estudios de las letras humanas, le enviaron sus padres á estudiar las divinas á la Universidad de Alcalá, á donde le llamó Dios con voz más clara á llevar su cruz y seguirle en la Compañía de Jesus, á que respondió como fiel siervo suyo, tratando luego de tomar su cruz y seguir á Cristo desnudo.

No faltó quien, habiendo entendido sus designios, diese noticia á sus padres, los cuales, aunque tan píos y cristianos, tuvieron el natural sentimiento de padres en privarse de su hijo en quien tenian puestas las esperanzas de su casa, y cincuenta mil ducados que darle de patrimonio, y una canongía y dignidad en la iglesia Catedral de Zaragoza, que le ofreció un pariente suyo, de cuatro mil ducados de renta, con que pudiera vivir rico, próspero, honrado y descansado, y dar descansada vejez á sus padres.

Todo esto le propusieron al virtuoso mancebo para detenerle en sus intentos y volverle á su tierra á gozar de su descanso; pero estaba su corazon tan prendado del amor divino y tan deseoso de consagrarse á Cristo en el ara de la Religion que, desnudándose del amor de padre y madre y de la aficion á todas las cosas terrenas, pisando las riquezas, honras y comodidades que el mundo ofrece, se abrazó con la cruz de Cristo nuestro Redentor, alistándose en su milicia debajo de la bandera de la Compañía de Jesus, de edad de diez y ocho años, la más florida de su vida, en el de 1594, en que fué recibido en el colegio de Alcalá.

No se puede fácilmente decir el fervor con que empezó su noviciado, el aliento con que le prosiguió y el caudal de virtudes y santidad que en breve tiempo alcanzó; humilde, pobre, obediente, resignado totalmente en la voluntad del Superior, callado, contemplativo, modesto y tan devoto que á todos movia á devocion; y, para decirlo en una palabra, fué un espejo de perfeccion, y un dechado de religiosos observantes, y el ejemplo de todos sus connovicios, virtud que le duró toda la vida.

Así en el seminario como en los estudios de Artes y Teología, y despues en cuantos colegios vivió fué el ejemplo de la casa, el alivio de los Superiores y la edificacion de todos, persuadiéndoles la observancia y la vida religiosa con la que el santo varon hacia de penitencia, silencio, mortificacion y oracion, en que gastaba muchas horas al dia, quitándolas del sueño necesario, el cual tomaba siempre vestido en una pobre cama sin género de abrigo ó reparo, así para mortificarse, como para levantarse con más presteza y facilidad á la oracion.

Siempre anduvo vestido de cilicios y todos los dias tomaba por lo ménos una rigurosa disciplina y guardó por mucho tiempo tan extraordinaria absti-

nencia que, pareciendo imposible conservar con ella la vida, le pusieron los Superiores moderacion, y esta fué más rigurosa que un continuo ayuno, porque á mediodia comia moderadísimamente, y á la noche por grande regalo tomaba una corta colacion.

Su bebida fué siempre agua cruda, sin aflojar en este rigor ni por la edad ni por un dolor de estómago continuo que padecia, y los muchos achaques de orina, pecho y piés que le sobrevinieron con la edad; y aunque por estos y otros estaba excusado de las cargas de la comunidad, su fervor fué siempre tal que á todos dejó atrás en la observancia; y no sólo no admitió dispensacion, sino que añadió nuevas cargas de penitencia, oracion y mortificacion, que llevaba con alegría por el grande amor que tenia á Dios.

En ordenándose de sacerdote, se entregó al ministerio de los prójimos con el mismo conato que habia tomado el estudio de su perfeccion, predicando, confesando, doctrinando y enseñando con grandísimo fervor. Salió a misiones por los pueblos, á donde hizo grande fruto y fundó algunas Congregaciones de mucha importancia, que fuesen como fuentes perpetuas que regasen y conservasen la semilla del cielo que dejaba plantada en las almas de los fieles, y los despertasen y animasen á la frecuencia de los Sacramentos y á las obras de piedad y devocion, de cuyo fruto cogió grande cosecha de almas para el cielo.

El tiempo que leyó gramática en el colegio de Ocaña fué grande el ejemplo y edificacion que dió á los estudiantes, á quien hacia continuas pláticas de la devocion de nuestra Señora, en que siempre se esmeró, celebrando sus fiestas con el aparato posible y con su vigilia y fervor; y la afabilidad con que trataba á todos afervorizó los estudios y ganó muchos estudiantes para Dios.

Mas, como sus talentos eran superiores, y sus virtudes muy de marca mayor, valiéronse de sus prendas para el gobierno de la Religion. Era mayor su prudencia que sus años, y más su cordura que su edad, y así, computándole por anciano, como en la verdad lo era en la virtud y santidad, le pusieron en el gobierno de los novicios, á que se escoge siempre lo más acendrado de la Religion, haciéndole Ministro del noviciado y ayudante del Maestro principal, para que, cobrando experiencia, lograse despues su buen caudal en la crianza de la juventud, como lo hizo con grande satisfacion.

Fué Ministro en ambos noviciados de Villarejo y de Madrid, y de aquí pasó á Rector del seminario que tiene la provincia en la ciudad de Huete, y de aquí vino por Rector del noviciado de Madrid, adonde vivió el resto de su vida con admirable ejemplo y santidad.

Su vida fué dechado de un perfecto religioso, porque no salia de su celda sino con precisa necesidad; siempre estaba ocupado en obras santas, leyendo,

estudiando, escribiendo y orando, que era su más continua ocupacion; nunca le vieron ocioso ni tomando alivio en sus trabajos; visitaba muchas veces el Santísimo Sacramento del altar, delante del cual tuvo siempre oracion cuando estudiante y sacerdote, y en la capilla con los novicios cuando le hicieron su Maestro.

Ayudaba muchas veces á Misa, devocion que tomó cuando estudiante, en que gastaba todas las mañanas; daba muchas veces la comida á los pobres, y algunas entre año iba á hacer la cocina, sirviendo y obedeciendo en todo lo que el cocinero le ordenaba: todos los domingos salia del noviciado la doctrina con los niños á la plazuela que llaman Sto. Domingo, y él era el más ordinario en enseñarla, y hacia pláticas fervorosas á la gente de la plaza.

En la crianza y gobierno de los novicios tuvo mucha destreza, así en enseñarlos como en mortificarlos y quebrantar su voluntad, con que los sacó muy bien aprovechados: juntaba el amor de padre con la fuerza de Superior, haciéndose amar y respetar, querer y obedecer, premiando y castigando con la medida que pide la discrecion; ejercitábalos en las mortificaciones públicas, para enseñarlos á pisar la honra del mundo y amar los desprecios de él, y á pasar afrentas y baldones por Cristo.

Algunas veces los mandaba á ejemplo de S. Juan Damasceno ir á vender lechugas á la plaza, pidiendo por ellas excesivo precio, para sufrir los baldones de la gente que se las queria comprar; otras los sacaba en la doctrina con los niños, ceñidas las ropas con orillos, y cantando como ellos la doctrina cristiana; otras les hacia ir por agua á las fuentes públicas, y traerla sobre los hombros por las calles y plazas de la corte, con admiracion de los que los conocian, viendo á hijos de personas honradas, y muchos de ellos estudiantes graduados y de colegios autorizados, andar con tanto desprecio de sí y del mundo con el hábito de la Religion.

Con estas y otras mortificaciones públicas y domésticas criaba á sus novicios robustos en el espíritu, fuertes y constantes en su vocacion, y hechos á padecer con paciencia y alegría oprobios é injurias por amor de Dios; pero lo que más les aprovechaba era el ejemplo de vida que miraban en su Maestro, el cual iba delante en todo, enseñándolos con palabras y obras muchas y santas devociones, y en particular la de la Santísima Vírgen, que tuvo cordialísima (como despues diremos) y la imprimió en los corazones de sus novicios, que por su órden le hacian por cuadrillas octavas fervorosísimas, en que tenian muchas horas de oracion de los misterios de su vida, y hacian muchas penitencias y mortificaciones públicas y secretas por su amor, y en acabando unos la semana, sucedian otros á lo mismo, esmerándose á porfía en su servicio.

Andaba siempre á su vista cuanto le era posible, y no fiaba de hombros ajenos la carga que le tocaba llevar por su oficio, porque sabia la diferencia que hay entre el pastor y el mercenario, que este huye del trabajo por buscar su comodidad, y aquel se pone á cualquiera riesgo por sus ovejas, como lo hacia este siervo de Dios por las suyas.

Acudia por su persona á los enfermos, asistiéndolos con el mismo amor y cuidado que si fuera madre de cada uno, y por su consuelo y salud pasaba á su cabecera muchas horas del dia y de la noche, y por velarlos y consolarlos se le pegó la enfermedad de que murió, como luego veremos.

Esta caridad ejercitó no sólo con los de casa sino tambien con los de fuera, asistiéndolos con mucho amor; fué muy liberal con todos, y más con los pobres, á quien repartia con larga mano copiosas limosnas; y no por esto le faltó para sustentar su casa, ántes cuanto más repartia más le daba Dios; y así, era de corazon magnánimo, como lo mostró en las obras que hizo en las partes adonde fué Superior, y particularmente en el noviciado de Madrid, cuya fábrica, cuando entró, estaba informe y de corta y mala habitacion, y el P. Juan Esquex, con la grandeza de su corazon y la confianza que tenia en Dios, edificó desde sus cimientos el cuarto principal que hoy tiene la casa, que es una de las fábricas ilustres que hay en toda la corte, en que habitan antiguos y novicios, y sobra para oficinas y galería de mucha recreacion.

Fué asimismo hombre de resolucion y de valor para defender la justicia y mirar por el honor de los suyos, el cual mostró en sacar á luz la verdad y defender á un Hermano de su noviciado, de quien seglares movidos de pasion hablaron siniestramente, pretendiendo que los Superiores le echasen de la Compañía, y el prudente y celoso Rector se opuso como fuerte muro á sus calumnias, y sacó en limpio la verdad, probando con evidencia la falsedad de sus delaciones, y mantuvo con mucha honra al súbdito en la Religion, como verdadero Padre y solícito pastor del rebaño que le entregó nuestro Señor, dando ejemplo á todos de honrar á los suyos, y no creer fácilmente semejantes delaciones sin rigurosa inquisicion.

Tuvo honradísimos respetos, nacidos de la nobleza de su sangre esmaltada con el oro fino de la santidad y religion, atendiendo siempre á ser agradecido y á honrar y respetar á los que honraban la Compañía con sus buenos talentos y lucidos trabajos, y á los que lo merecian por su ancianidad.

Sabiendo que un Padre anciano, que habia gobernado muchos años nuestra Religion, habia dias que estaba desacomodado más como huésped que como morador en una casa de la provincia, en que acaso se habia quedado despues de una Congregacion provincial; el P. Juan Lúcas Esquex, movido así de caridad como del honrado respeto que se debia á tal persona, envió lue-

go de los graves del noviciado con el carruaje necesario y cartas muy caritativas y corteses, pidiéndole y suplicándole que viniese á su casa, en la cual le recibió y agasajó cuanto la caridad religiosa permite, dándole el mejor aposento que tenia, y persona que cuidase de lo que hubiese menester, segun nuestra moderacion.

No quiso Su Divina Majestad reservarle enteramente el premio á nuestro buen Rector para la bienaventuranza que merecia por esta y otras virtudes en que resplandeció con el grande ejemplo de su santa vida; y, aunque no tenemos entera noticia de los favores y mercedes que le hizo, consta de algunas por haber sido públicas, como fueron las que recibia en la oracion.

Porque como la tenia ordinariamente con los novicios, no pocas le vieron transportado y elevado en altísima contemplacion, comunicándole nuestro Señor el don de agilidad que da á los bienaventurados en el cielo, porque le vieron levantado de la tierra, y tan ágil, que le movian sin sentirlo, ó como si fuera un papel, que fácilmente se mueve á cualquiera viento, por la grandeza de su espíritu y la fuerza de su oracion.

Y si en lo exterior del cuerpo hacia estos efectos, ¿qué podemos creer que haria en lo interior de su alma, el que la tenia tan pura, que afirman sus confesores que jamás tuvo escrúpulo de pecado mortal? Y, estando juntamente tan adornado de tantas y tan heróicas virtudes, las calló por su humildad, y sólo el que se las dió las puede manifestar.

Siete años estuvo en este noviciado criando los novicios con toda perfeccion y en particular con la leche de la devocion cordial con la Santísima Vírgen, de quien fué devotísimo; y queriendo nuestra Señora premiar sus merecimientos, cuando llegó á los cincuenta y dos de su edad, dió una enfermedad contagiosa en el noviciado, de que enfermaron muchos y murieron algunos.

Aquí ostentó el fervoroso Rector los primores de su caridad, acudiendo á todos con admirable solicitud, diligencia y vigilancia á todas horas y tiempos á medicinarlos, consolarlos y esforzarlos con santísimos consejos, á llevar con paciencia sus dolores y conformarse en todo con la voluntad de Dios, el cual le premió este afecto y fervor de caridad con el mérito de la misma enfermedad y el premio de su eterna gloria.

Porque, habiéndose recogido entrada la noche á descansar un poco del continuo trabajo de todo el dia, le despertaron á instancia de un novicio enfermo que le llamó para confesarse: levantóse el bendito Padre, y vino á confesar y consolar á su hijo espiritual, con el cual estuvo grande parte de la noche, y con la asistencia y el molimiento del trabajo continuo se le pegó la enfermedad.

Los médicos reconocieron desde luego el peligro y le avisaron de él: no se turbó con la nueva, ántes se consoló viendo que se abreviaba su destierro, y trató de disponerse para la muerte, muy conforme con la divina voluntad; hizo una confesion general de toda su vida, y recibió muy con tiempo y con gran devocion los Santos Sacramentos de la Iglesia.

No se olvidó el comun enemigo del género humano de combatir á este fiel siervo de Dios en el trance de su muerte; porque le acometió dias antes con sobresaltos y tentaciones vehementes de su condenacion. Y, habiendo sido su vida tan inculpable, padeció una oscuridad en su entendimiento y unas grandes congojas en su alma, moviéndole á desesperacion con vehementísimos temores de su salvacion.

Como en todos sus trabajos habia tenido recurso á la serenísima Vírgen y valídose de su favor, en éste, que fué el más recio y peligroso, acudió á su amparo, pidiéndole con lágrimas que no le desamparase en la mayor ocasion. La Vírgen le oyó, y defendió y le esforzó, no sólo interiormente con santas inspiraciones, sino exteriormente, visitándole y apareciéndole con su santísimo Hijo en los brazos, más hermosa que la luna, y más resplandeciente que el sol, acompañada de ángeles y serafines.

Con tan celestial visita sintió un consuelo inefable en su corazon, y no se hartaba de mirar á quien tanto amaba y á quien con su vista recreaba su alma, con un gozo tan grande, que faltan palabras para poderle explicar, el cual creció más cuando le habló la soberana Vírgen, y le dijo: *Confide, fili, quia fides tua te salvum fecit.* Confía, hijo, y despide el temor que te congoja, que por tu fe y confianza alcanzarás la salvacion; y luego, hablando con su santísimo Hijo le pidió por él, diciendo: «Dulcísimo Hijo y Señor mio, no permitais que se condene quien con tanta fidelidad os ha servido.» A que Cristo respondió: «Téngole escrito en el libro de la vida, que gozará eternamente.»

Todo lo cual oyó clara y distintamente el bendito Rector: y no paró aquí este favor, porque, multiplicando mercedes á mercedes, le hizo una representacion de la Santísima Trinidad, con que se ilustró su entendimiento; deshiciéronse los nublados que le oscurecian, y, desterrados los demonios que le combatian, quedó su alma con grande seguridad, y tan bañada en gozo y alegría, que no hay lengua que la pueda declarar.

Tres dias tuvo de vida despues de esta revelacion, y todos los gastó en dar gracias á Dios y á su Santísima Madre por la singular merced que le habian hecho, cantando himnos, y salmos, y alabanzas de loor á la divina Majestad.

Dió parte á su confesor de esta merced, y fué tanta su humildad, que para

que no le tuviesen en mayor opinion por ella, y para confusion suya, quiso hacer en presencia de todos una confesion pública de todos sus pecados, y aunque eran tan leves, que ántes ocasionaran á los oyentes estima que desestimacion, reconociendo por ellos la pureza de su vida; no se lo permitió el confesor, con el cual se recogió aquellos dias en que se confesó dos veces.

Haciendo tiernos coloquios con Cristo y su Santísima Madre, diciéndole aquellas palabras: *Maria Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe,* dió su espíritu á su Criador á los treinta de noviembre de mil y seiscientos y veinte y ocho años, habiendo gastado los treinta y cuatro en la Compañía.

Luego dió el cielo testimonio de su gloria, cesando las enfermedades que afligian á aquella casa, como lo habia ofrecido alcanzar de Dios en llegando á su presencia.

Su vida escribió el P. Alonso Ezquerra en la segunda parte de la *Historia del colegio de Alcalá*, y el P. Juan Eusebio en el tomo manuscrito de los *Varones ilustres de la Compañía*, y yo la he referido brevemente, así para comun edificacion, como agradecido por haber sido su novicio en Madrid.

P. ANDRADE.

P. JUAN GONDINO

NACIÓ el P. Juan Gondino, infatigable obrero del Evangelio, el año de 1569 en Aragon, en un pueblo llamado Munebrega, del obispado de Tarazona, de padres honestos, devotos y de lo más honrado de aquel lugar, y criáronle como tales en santa doctrina y buenas costumbres.

Con las muestras que iba dando de su buen ingenio, capacidad y loables inclinaciones, le dedicaron con santo afecto al servicio de Dios nuestro Señor, y, proporcionando medios para estos fines, le enviaron á la Universidad de Alcalá á estudiar Artes y Teología. Aquí fué creciendo en virtudes; porque, conservando siempre los buenos dictámenes con que se habia criado, frecuentaba los Sacramentos y pasaba las lecciones en nuestro colegio.

Acabadas las Artes, empezó á llamarle el Señor á que tomase estado de religioso, y él que experimentaba la novedad de la vocacion divina, atento á respetos humanos la resistió poderosamente; pero aprovechan poco las fuer-

zas de nuestra voluntad contra la de Dios. Apretóle un dia tan declarada la providencia del Altísimo, que se entró por la puerta de su confesor, diciéndole que él venia determinado á pedir le recibiesen en la Compañía y se holgaria se lo negasen.

Replicóle su confesor que, si venia de mala gana, por qué venia, y respondió: «Yo no vengo, que á mí me traen,» dando á entender manifiestamente que fuerza superior le traia. Conocido, pues, el divino impulso, fué recibido á los 4 de diciembre del año de 1581.

Tuvo su noviciado en Villarejo, donde ya prometia copiosos frutos el hermoso plantel que creció en su alma con todas las flores de las virtudes. Oyó luego la Teología en que salió muy aventajado, y al fin, ordenado de sacerdote, la obediencia le ocupó en leer dos cursos y medio de Artes.

Pero, reconociendo los Superiores el particular talento y espíritu que nuestro Señor le habia comunicado para predicar su Evangelio, y mucho más para las misiones, le aliviaron de los demás ejercicios de letras, como tambien de los del gobierno en que le habian empezado á ocupar. Con que, libre de otros cuidados y desasido del todo, se entregó totalmente á los ministerios de predicar y confesar en los mejores puestos de la provincia y en las misiones de muchos lugares. Hizo su profesion de los cuatro votos en Múrcia en tiempo del Obispo D. Alonso Coloma, que predicó en ella por la estima que tenia del P. Gondino, y encareció en el sermon muchas y muy sólidas alabanzas suyas.

Este talento de predicar se le comunicó nuestro Señor sobrenaturalmente; porque todo el tiempo que fué estudiante, aunque se conocia su buen ingenio y caudal para las letras, nadie le miraba como á persona que podia ser á propósito para el púlpito, tanto que nunca los Superiores se atrevieron á fiarle una plática, ni en las plazas ni las cárceles donde los estudiantes suelen hacerlas, hasta que, despues de ordenado, para suplir la falta de otro le mandaron en Múrcia que hiciese una á los presos de aquella cárcel, donde mostró tanto fervor y espíritu, que admirados los oyentes y más que todos el compañero, dió cuenta á los Superiores del gran tesoro escondido que Dios guardaba en aqueste Padre.

De esta pequeña luz como de principio creció su predicacion á la de un perfecto dia, como en las noticias de sus sermones y de los casos maravillosos que de ellos resultaron iremos viendo. Era su elocuencia grande, y rara la facilidad con que lo explicaba y ponderaba todo sin cansancio de los oyentes, y con gracia singularísima declaraba á los más rudos los más altos misterios de nuestra fe.

Era particular la destreza y admirable el magisterio con que ingeria en cada

sermon las materias morales, que convencian á los entendimientos más obstinados y voluntades más duras, tocando siempre con su doctrina á todos estados de pecadores. Con lo cual eran sus auditorios muy copiosos y muy frecuentes, aun en tiempo de caniculares, siendo universales en todos las admiraciones y los aplausos, aunque en su aprecio sólo lo eran las lágrimas y gemidos de los que le oian, como se lo escribe S. Jerónimo á Nepociano. Muchas veces fué necesario sacar el púlpito á la puerta de la iglesia para que en la plaza de ella cupiese la gente, como no pocas veces lo experimentó Madrid.

II

Su fervoroso celo y apostólica predicacion.

Su modo de predicar era eficacísimo en reprender pecados y alentar á las virtudes; y donde ponia mayor conato era en persuadir confesiones generales, porque la experiencia le habia enseñado lo que necesitan las almas de este remedio, especialmente todas aquellas que, despues de haberse confesado muchas veces, no han enmendado sus vidas, y para seguridad de los penitentes deseaba suplir los defectos que en el Sacramento de la Penitencia suelen intervenir, particularmente en los pecados de la primera edad, y en muchas suertes de personas que tienen vergüenza de confesar lo que sin vergüenza pecaron.

En todos los puntos de esta materia tenia muy visto y muy ponderado lo que dejaron escrito Gerson, Sto. Tomás de Villanueva, el P. Maestro Avila y otros doctores santos y celosos, y en esto hablaba con gran fervor, ponderacion y claridad el P. Gondino, tocando siempre en todos sus sermones aqueste punto, y encareciendo cuán grave culpa es faltar á la entereza de la confesion; y porque los auditorios se moviesen más y temiesen, solia confirmar lo que predicaba con alguna historia y ejemplo con que quedaban instruidos todos, y muchos de nuevo se confesaban conociendo sus errores y sus miserias, y fué increible el provecho que en esto hizo en innumerables personas.

Algunos curiosos que consideraron lo mucho que en confesiones generales se ocupó este siervo de Dios, hicieron un cómputo razonable de su trabajo y ocupacion en este ejercicio, y juzgaron que en cuarenta años que se dió á él, le vendrian á salir un dia con otro á tres ó cuatro confesiones generales cada dia. Por lo ménos él confesó que en espacio de once años habia oido al pié de diez y siete mil confesiones generales, que no parece que se encarecen con otras tantas admiraciones, pues si en los once años de los cuarenta hizo diez

y siete mil confesiones generales, en los veinte y nueve que restan, casi innumerables debian de ser; tanto puede un hombre á quien Dios ayuda.

No perdia ocasion, ántes las buscaba, para exhortar á estas confesiones. Pasando por el colegio de Belmonte cierta vez que iba de camino, pidió le dejasen hacer una plática á los estudiantes; hízola con fervor tan maravilloso que aquella misma noche y todo el siguiente dia se confesaron muchos generalmente. En Oropesa estuvo enfermo con unas tercianas dobles, y en habiéndosele pasado el frio, hacia que le trajesen los muchachos de la escuela, y confesó entónces más de trescientos.

En el ejercicio de predicar le habia dado Dios verdadera luz, siendo todos sus sermones de ministro evangélico y apostólico. El ingenio era agudo, el caudal grande y la elocuencia singular con que movia á lágrimas. Muchos mancebos descompuestos entraron para entretenerse á oir al P. Gondino cuando predicaba, los cuales se trocaban muy presto y movidos con las palabras que oian de Dios, lloraban hilo á hilo; tal era su elocuencia y espíritu.

Un dia de Pascua de Resureccion representando en el púlpito la gloria de Cristo con que se apareció aquel dia á su Madre Santísima, movió á todo el auditorio á tantas lágrimas de ternura y gozo, que parecia por la abundancia de ellas ser el sermon de Pasion, y no podia acabar consigo gastar el tiempo en puntos curiosos; y si alguna vez en la introduccion empezaba con algo de más estudio y curiosidad que provecho, como cosa violenta en él luego lo dejaba; porque «aquella hora, decia, no es para leer cátedra de Escritura sino para adelantar virtudes y extirpar vicios.»

Tenia gran sentimiento y dolor de los muchos sermones que se pierden por atender más los predicadores á la sutileza de los conceptos que á la utilidad de que las almas necesitan; y añadia con grande severidad que por sóla esta causa permitia Dios que muchos predicadores muy aplaudidos se perdiesen engañados y condenasen.

Parece que la justicia divina habia escogido á este Padre por su pregonero en aqueste siglo, porque la ponia delante de los ojos con tanto afecto y tan celosa eficacia, que, compungidos los auditorios, salian de sus sermones llenos de temor de Dios y arrepentimiento de los pecados, y con propósito firme de enmendar costumbres y mudar vidas.

Este, pues, ministro de la verdad intrépido y devoto la predicaba, perseguia vicios públicos y celaba muy en particular el silencio y reverencia que se debe á los templos y Sacramentos, y siempre hizo guerra muy declarada á las comedias y bailes indecentes y á todos los concursos de mujeres y hombres, á los trajes profanos y descompuestos y otros desórdenes semejantes, y en razon de remediar estos abusos y ocasiones de pecados, hizo mu-

cho, dijo mucho, padeció mucho y viéronle algunas veces que predicando le salia de la boca uno como rayo muy vistoso y resplandeciente á la manera de un pedazo de oro, y lo atribuian á la claridad y caridad con que predicaba.

Era tal su constancia en este ejercicio, que con ser sujeto muy flaco y haber echado sangre del pecho, que algunas veces le puso en peligro de morir, jamás dejó la predicacion, porque le daba fuerzas el santo celo y el deseo insaciable que tenia del provecho y bien de las almas.

Muy de ordinario, y especialmente cuando estaba en las misiones, predicaba todos los dias dos, tres sermones y á veces más. Su prevencion cuando subia al púlpito y su descanso cuando bajaba, era antes y despues el confesonario, donde perseveraba sin levantarse desde el punto de amanecer hasta la hora de predicar, y en acabando el sermon, se iba á decir Misa por no faltar á los penitentes que habian de comulgar aquella mañana.

Luego, en dando gracias, se volvia otra vez á las confesiones, consolando á todos y oyendo á todos sin que la fatiga del cuerpo ni el ser ya muy tarde se lo impidiese; y si esto era en la mision, á la una, y á las dos se iba á comer y, apenas habia tomado el sustento necesario para la vida, cuando con sed y hambre de salvar almas tornaba al confesonario con perseverancia y teson de muchas horas hasta la noche; y luego, en vez de tomar alivio para reparar la naturaleza tan fatigada, se ponia muy despacio en su aposento á oir á los hombres que no habia podido confesar entre dia, quedándole apénas un breve término antes de la media noche para tomar alguna refeccion, y muchas veces ya no era hora porque habia de decir Misa.

No pocas le sucedió estarse toda la noche entera y algunas noches continuas, oyendo confesiones sin tomar para su reparo ni un solo punto, y porque el sueño no le venciese mientras se confesaba el penitente, se paseaban ambos.

Finalmente, la asistencia del P. Gondino en este ministerio, seria, cuando menor, como en los demás confesores lo suelen ser en la Semana Santa ó en el tiempo de algun jubileo grande, y aun mayor; y esta continuacion y trabajo no era sólo en las misiones, sino tambien en los colegios, sin que jamás se divirtiese á visitas ni á otros desahogos, ni recreaciones por no perder ni un pequeño rato, pareciéndole que le hurtaba á la confesion de alguno ó á otra obra de caridad.

Lo más que se concedia de refrigerio era despues de comer hallarse un breve rato en las quietes, en que mostraba la apacibilidad de su conversacion y juntamente su mucho espíritu. En lo demás nunca se le vió que tomase otro alivio ni descanso de tan grandes y tan continuas ocupaciones; y así, fué voz y constante fama entre todos los que le conocieron, que no ha

tenido en estos tiempos obrero la Compañía que haya trabajado con mayor teson por la salud de las almas; y verdaderamente no parece posible que fuerzas humanas hubiesen llevado trabajo tan perseverante y tan excesivo, sin algun singular socorro, ó por lo ménos favor, de Dios muy extraordinario.

Todos los tiempos eran iguales á lo animoso de su devocion, porque soplaba y encendia este fuego aquel espíritu de verdad que se conservaba y alimentaba con el increible fruto que en todas partes hacia, igual al trabajo y ocupacion.

Innumerables fueron las almas que por su medio se convirtieron, y muchos los millares de confesiones generales, que por su diligencia y predicacion se hicieron, como hemos dicho; porque apénas llegaba á sus piés alguno que no le alentase y le dispusiese con singular destreza á una confesion de toda su vida, para seguridad y desahogo del penitente, si ya no es que no la hubiese hecho en otra ocasion, y sazonábale la asistencia divina para todos los ministerios tan provechoso y tan dulce, que aunque asombraba en el púlpito el rigor ordinario de su celo, en el confesonario atraia la dulzura eficaz de su caridad, porque á todos los consolaba, y de una vez dejaba bien instruidos en el camino de la virtud.

Añádese á los demás medios proporcionados que este varon santo aplicaba á su fin principalísimo, que era ganar almas para Dios, el hablar siempre de espíritu, y tan provechosamente y en todas las ocasiones que se ofrecian, que ponia atentos á todos, teniendo maravillosa facilidad y ánimo intrépido para hacerlo en todas partes y con todo género de personas, sin que le embarazase el respeto de unos, ni desembarazase la humildad de otros; porque con todos se habia con notable gracia y suavidad, siendo alivio y alegria de cuantos le comunicaban con su sal y apacible conversacion.

Pero juntamente con deleitarlos los fervorizaba y pegaba un calor celestial y un celo de las almas maravilloso, y muchos se andaban tras él, y le oian con ansia y afecto grande, atraidos del gusto y provecho espiritual, que comunmente sacaban de su trato y familiaridad.

Y esta benevolencia y agrado no sólo le tenia el P. Gondino en las conversaciones y juntas en que se hallaba, sino tambien en las calles y en los caminos, en los pueblos y en los campos, deteniéndose más ó ménos, segun la ocasion, circunstancias ó gente con quien encontraba, á veces haciendo pláticas, ó de un cuarto de hora, ó más largas, si habia alguna junta de gente, á veces contando algun ejemplo, y otras dando alguna breve instruccion para ejercitar la virtud, ó reprendiendo algun vicio ó desórden que veia en los circunstantes, y siempre exhortando al temor de Dios, y a

la confesion entera de sus pecados, y á otras obras de piedad, segun le parecia que necesitaban más las personas á quien entónces hablaba.

Y en los mozos y otras personas que en sus caminos le acompañaron, hizo siempre grande fruto, y en algunos maravillosas mudanzas de vida.

En el último camino que hizo desde Huete á Extremadura, contaba el mozo que le acompañó muchos prodigios en este género, y la mudanza y reformacion del mismo mozo lo fué tan grande que merece entera fe.

Llegaba el Padre á los mesones ó las ventas, y luego juntaba á los huéspedes y pasajeros, y en las de Extremadura hacia tambien llamar á los pastores y vaqueros vecinos, y juntos les hacia una breve plática ó contaba algun ejemplo de la justicia ó misericordia divina, y los movia con gran consuelo suyo al temor de Dios y al deseo de confesar sus pecados, y luego se ponia muy de propósito á oirlos de penitencia, y gastaba en esto casi toda la noche, y, si era necesario, parte tambien del dia siguiente, con que los dejaba reducidos al camino de su salvacion y tan aficionados á su santidad, que los mismos venteros y mesoneros no sólo no querian que los pagase el interés de las posadas, sino le ofrecian y daban con grande gusto cuanto habia menester para su viaje, y muchos deseaban irse tras el siervo de Dios, y acariciaban al mozo, teniendo una santa envidia porque iba en compañía de tan santo varon.

Celebróse mucho lo que le sucedió una vez en una venta del camino de Múrcia, bien que semejantes sucesos eran en el Padre muy ordinarios. Una noche concurrieron allí con él, entre otros pasajeros, más de veinte carreteros, corsarios de aquel camino, los cuales mientras cenaban y sobre cena se comenzaron á entretener descompuestamente con unas mujercillas, que estaban en la misma venta en aquella sazon.

Celoso de la honra de Dios el Padre y lastimado de sus ofensas, llegóse adonde los carreteros estaban, reportólos con caridad, hablóles de nuestro Señor, propúsolos la importancia de su eterna salud y la gravedad del pecado, y aunque al principio lo empezaron á llevar mal, respondiéndole desabridos, él con su fervor y gracia lo venció todo, y los redujo y movió á mucho sentimiento de su descompostura y de todas las culpas de su vida y al deseo de confesarlas, y con efecto se confesaron con el mismo Padre, y gastaron en esto toda la noche, y por la mañana se partieron todos con diferentes intentos de los que hasta allí habian traido; que la gracia divina hace nuevos hombres; y porque se lograse cumplidamente el fervoroso deseo que el Padre tuvo, despues hizo Dios por él la mudanza misma en la demás gente que quedaba.

Resplandeció tambien la eficacia santa de sus palabras y de su trato en

los mismos Padres que en las misiones le acompañaron, porque á pocos dias de su ejemplo y conversacion los encendia en su mismo fuego, y les infundia parte de aquel su espíritu, y los hacia del todo verdaderos varones de Dios, con que algunos de ellos quedaron hechos misioneros insignes, y aun recobraron algunos la salud corporal con los mismos trabajos.

El que causó más admiracion fué el P. Juan Martinez de Bilbao, el cual todo el tiempo que fué estudiante tuvo tan corta salud y tan flaca la cabeza que mucha parte del año se veia obligado á hacer cama, y casi en todo él no le era posible atender á cosa de estudio, y con la experiencia de sus males temian todos que nunca habia de estar para servir de ministerio alguno. Con todo esto, recien ordenado, se le dieron por compañero de una mision al P. Gondino.

Salió el P. Bilbao en su compañía, y con este trato y ejemplo, dentro de muy pocos dias empezó á trabajar casi tanto como el mismo Padre, y, aunque su vida habia sido siempre de muy ejemplar religioso, entónces se fervorizó con tan conocidos aumentos, que parecia abrasarse continuamente en el celo de las almas, y, pasados algunos meses, no sólo volvió con salud del cuerpo sino con fervor tan ardiente, que encendia á cuantos con él trataban, y de esta forma procedió todo el tiempo que vivió en esta provincia hasta que su celo le incitó tanto, que pidió con grande instancia le enviasen á las Filipinas, y partió en aquella armada que se perdió en las costas de España, donde murió una muerte como martirio; porque, pudiendo salvar su vida quiso más quedarse á perderla por confesar y ayudar á los que quedaban.

Tambien fué fruto de las palabras, trato y comunicacion del P. Gondino la entrada en la Compañía del P. Diego de Ocampo que llamaban el *Moso*, a diferencia de otro Padre del mismo nombre; porque, siendo muy niño en Múrcia, y yéndose á ordenar de corona á un pueblo donde estaba visitando el Obispo y el P. Gondino y su compañero en una mision, los dias que se detuvo en aquel lugar comunicó mucho con los Padres, de cuya conversacion quedó tan encendido y tan fervoroso, que se confesó luego generalmente (diligencia que de ordinario hacia este santo varon con los que se iban á ordenar) y, vuelto á Múrcia, pasó adelante frecuentando los Sacramentos y otros ejercicios devotos, con que se resolvió á dejar el mundo, y con efecto lo consiguió, entrándose, siendo mayor, en la Compañía, donde vivió y murió con mucha virtud y fué grande bienhechor de la casa de Vilarejo.

Gran parte de su celo y caridad y de su industria y trabajo, empleaba el P. Gondino en confesar á los niños muy de propósito, instruirlos y encaminarlos en el servicio de Dios y santo temor de ofenderle; porque le tenia la experiencia muy enseñado cuánta suele ser la dificultad de confesarse bien

en aquellos años, en que el miedo y la vergüenza generalmente los embaraza.

A esto se llegaba el conocimiento de que son muy pocos los que con veras se aplican al trabajo y solicitud que requieren aquestas confesiones para hacerse como conviene, y del lamentable descuido que comunmente tienen los padres en la instruccion y crianza de sus hijos, dando toda la diligencia á sus medras temporales y muy poca, ó quizá ninguna, en la correccion de sus vicios y enmienda de sus costumbres, como si no fuera afecto mejor que de padre negociarles lo permanente y eterno, que lo caduco y tan corruptible.

De esto, pues, cuidaba este ministro evangélico en todas partes y en todas ocasiones, y en esto trabajaba incansablemente hablando siempre de la importancia de esta materia con grande encarecimiento.

De aquí nacia que en las misiones y donde quiera que estaba, solia buscar tiempo para acudir á las escuelas de los niños y juntarlos de todas partes, y les hacia pláticas acomodadas, los instruia y los confesaba muy de propósito usando de mil mañas é industrias santas para que le dijesen sin miedo los pecados más ocultos; y esto mismo hacia aun con más cuidado en Múrcia y en las visitas del Obispo con los que habia de confirmar, porque recibiesen en gracia este Sacramento.

Finalmente, en todos tiempos y en todas partes trabajó mucho con los de esta edad, é hizo en ellos increible provecho; y solia decir que era de suma importancia para los niños este primer baño de la cristiana educacion y temor de Dios, porque en los vasos recientes se conserva el bueno ó el mal olor de los primeros licores.

Mas ¿para qué nos detenemos en especificar tan menudamente los diversos géneros de personas á que acudia tan fervoroso aqueste santo varon? tan en general acudia á todas como si todo se empleara en cada una de ellas, así cuando estaba de asiento en las ciudades, como cuando iba á las misiones, de que será buen ejemplo la que hizo á Cartagena.

Hacia innumerables confesiones y las más de ellas generales. Predicaba tres y cuatro horas cada dia con muy grandes concursos, quitaba muchas ignorancias, desterraba muhos vicios, plantaba muchas obras de virtud, fundaba Congregaciones, entre las cuales la de Albacete es tan devota y tan ejemplar, que se juntan en ella más de quinientas personas á frecuentar los Sacramentos y ejercer otras obras de piedad.

Ahora, sobre esto que era comun en todas partes, añadiré el singularísimo fruto que hizo el P. Gondino con la gente de Cartagena y con los muchos y varios pasajeros que suelen acudir á aquel puerto.

En aquella sazon tenia el príncipe Filiberto aquí las galeras de España, y los moriscos del valle de Ricuode, que entónces con los demás salian expeli-

dos del reino, esperaban embarcacion. Estos padecian increibles necesidades espirituales y corporales y estaban sumamente afligidos, desamparados de todos y aun agraviados injustamente de muchos; y como habian tenido fama de verdaderos cristianos y se veian echar fuera del reino, y, lo que es más, sin saber adonde, congojábalos extrañamente el cuidado de sus almas.

A estos, pues, acudió el Padre y su compañero con entrañas de verdadera caridad, consolándolos, animándolos, socorriéndolos y amparándolos y, sobre todo, confesándolos muy de propósito, y disponiéndolos para morir como valérosos fieles á manos de los moros en Africa. Ni puede referirse ni fácilmente creerse el trabajo del P. Gondino en esta ocupacion ni el fruto que hizo en ella; el que quisiere considerarlo, mida el trabajo y la diligencia á la necesidad y á la importancia.

En esta misma sazon hizo en las galeras diversas pláticas, y con aquel su espíritu que quebrantaba las piedras, movió Dios maravillosamente á más de mil galeotes cristianos que en ellas habia; y fué tal la mocion y la conversion de aquellos miserables forzados, que apénas hubo entre mil alguno que se quedase sin confesar, y los más de ellos generalmente, y todos con dolor tan grande de sus pecados, que solia decir el mismo Padre que le causaban confusion y le enseñaban á él á llorar los suyos.

Estaba el siervo de Dios confesándolos todo el dia y toda la noche, y cuando le venia á vencer el sueño, se recostaba algun rato entre ellos sobre un banco de la galera; pero despertábale muy aprisa aquel su cuidado interior, y volvia luego á continuar la tarea empezada.

Salieron todos á comulgar á tierra con licencia del príncipe, admirado y edificado de lo que veia y oia; y así, estimó y favoreció mucho al P. Gondino, y trató muy de propósito de llevarle siempre consigo, y con efecto le hubiera llevado, si el Obispo no hubiera instado con grandes veras suplicando á su Alteza que no privase á su obispado de una persona que hacia en él tanto fruto, y más entónces que estaba la visita de él en su fervor, con que el príncipe desistió de lo que pretendia.

Dejó el Padre entabladas en las galeras muchas cosas del servicio de nuestro Señor, y en cada una fundó una Congregacion, cuyo prefecto era el capellan, y repartió entre todos los soldados y galeotes muchos catecismos, rosarios y otras cosas de devocion, y quedó asentado que cada dia se juntasen todos á sus horas á rezar las letanías y otras oraciones, y á decir con sentimiento el acto de contricion, y á oir la leccion y declaracion de alguna parte del catecismo, y que en comunidad se confesasen á sus tiempos señalados, todo con admiracion y edificacion de los que lo veian, conociendo que era mudanza de la diestra del Excelso la reformacion espantosa que

en las galeras se conoció en juramentos, blasfemias y en otros vicios que suelen allí reinar.

Bien semejante á lo dicho fué lo que otra vez le sucedió al mismo Padre en la misma ciudad de Cartagena yendo á mision. Halló que tenian recogidos y como presos en la casa del rey á los soldados de cuatro ó cinco compañías, para pasarlos á los presidios de Africa. No se puede encarecer la desesperacion de esta gente, irritada entónces y despechada, blasfemando casi todos, y algunos de ellos con determinacion de entrarse en tierra de moros en llegando á Africa, y renegar por librarse de aquella opresion: ¡Bendito sea Dios tan bueno, que con tanta misericordia socorre al malo!

Llegó el P. Gondino á este tiempo á hablarles y hacerles pláticas; y aunque al principio parecian fieras indómitas, poco á poco las fué amansando con tanta gracia y artificio, que comenzaron á oir con gusto la palabra de Dios, y se sazonaron de tal manera, que todos, fuera de tres ó cuatro conocidos por hombres desalmados y rematados, se determinaron á confesarse luego, y á disponerse con resignacion á todo lo que les sucediese. Confesáronse, pues, aquellos dias con ternura y devocion, gran mudanza de costumbres, y no menor edificacion de los ministros del rey y de toda la ciudad.

III

Maravillas con que le ilustró nuestro Señor.

Con estos casos tan prodigiosos y obras verdaderamente insignes, era muy grande la autoridad que el P. Gondino cobraba, y la estima de sus virtudes, de su santidad y doctrina, realzándose esta opinion con algunas maravillas sobrenaturales con que el Señor le ilustraba.

El año de 1613 en la ciudad de Múrcia predicó una vez con más eficacia y fervor que otras contra las comedias y contra un nuevo corral, que para representarlas más acomodada ó más libremente, la ciudad habia edificado pocos años antes. Llegó en esta ocasion una compañía de representantes, y el Padre, celoso de la honra divina, amenazó al pueblo que los habia Dios de castigar severamente, si iban á las comedias, y que la justicia de este Señor habia de hacer muy presto demostracion en aquel corral, y que él lo sentiria con gran dolor, pero que ellos lo pagarian muy á su costa.

Sucedió, pues, que de allí á dos dias, que fué el primero en que se habia de representar, habiendo ya entrado en el teatro gran golpe de gente, un cuarto de él se vino abajo súbitamente, é hizo gran destrozo en los que cogió, matando á muchos y estropeando á otros.

Acudió á la ruina el P. Gondino con otros religiosos, por si podian socorrer á los oprimidos, y el pueblo derramado por las calles, pasmado con el suceso, le aclamaba por santo, y le confesaba por profeta, y se lamentaban unos con otros de que habiéndoles anunciado tan claramente aquel castigo, no le habian querido creer. ¡Incomprensible es Dios! Sacó de este daño grandes provechos de algunos que se confesaron y retiraron de semejantes excesos.

Entre otros aprovechados, fué un comediante, que librándose milagrosamente del peligro, se vino derecho al Padre, y se confesó generalmente con él y mudó de vida y ocupacion.

En la ciudad de Huete hubo un caballero bien conocido en ella y en toda aquella tierra por distraido y travieso: este oyó á caso predicar al P. Juan Gondino el misterio de la Pasion, y con admirable mudanza se trocó en otro nuevo hombre. Cortóse honestamente el cabello que traia muy indecente; recogióse por quince dias á nuestro colegio, donde hizo unos Ejercicios y se confesó generalmente, y el que era escándalo universal, se redujo á vivir con ejemplo con su mujer.

Quedó tan aficionado al siervo de Dios y á su doctrina, que fué siempre grande defensor suyo, y decia que habia de ir á oirle cada año, aunque fuese cuarenta leguas de allí. Con esto se le fué inclinando el Padre, y le encomendaba á nuestro Señor con particular cuidado. Un dia, acabando de decir Misa, le encontró junto á la sacristía, y le dijo muy aseveradamente: «Señor fulano, no hay sino perseverar en lo comenzado, y darse prisa á ser santo, que antes de dos años ha de haber dado cuenta á nuestro Señor.»

Turbóse algun tanto el caballero, y el Padre, reparando en lo que le habia dicho y en el amor natural que á esta vida del cuerpo tenemos todos, con gran caridad procuró animarle. De allí á año y medio le dió al caballero una enfermedad, y dijo á los suyos resueltamente que él se habia de morir de aquella, porque el P. Gondino se lo habia profetizado.

Apretóle el mal con rigor, y llegó á estar desahuciado y casi agonizando. Mas fué nuestro Señor servido que mejoró y empezó á convalecer y a levantarse, y estando ya casi del todo bueno, le decian todos que viese cómo habia sido engaño la profecía, y él, constante en su fe, respondia siempre que aún no eran cumplidos los dos años, ni él estaba sano del todo; y fué así como lo pensó, que cuando todos creian que ya lo estaba, volvió otra vez poco á poco al trance último de la muerte, y murió muy conforme con la voluntad de nuestro Señor y con especial contento de ver cómo se cumplia en él la profecía de su santo P. Gondino.

En Talavera le sucedió otro caso bien singular. Predicando un dia, vió

desde el púlpito que un caballero asistia en la puerta de la iglesia, mirando ó hablando con las mujeres que entraban y salian. Picóle á este imitador de Cristo el celo de la casa de Dios y la veneracion con que en el templo se debe estar, y reprendió desde el mismo púlpito al caballero, que lo sintió con exceso grande, y, yéndose el Padre á su casa y el caballero en su coche por la misma calle, se apeó y se fué para él, puesta la mano en la espada.

Miróle el Padre con entereza, y con semblante severo y fe confiada le dijo: ¿Hombre, sabes que soy ministro y sacerdote de Dios? Dió el Señor tanta fuerza á estas palabras, que al punto se hincó el caballero de rodillas, y le pidió perdon, y besó la mano. El Padre le abrazó más apacible, y habló más en particular, y le hizo hacer una confesion general, y le dió saludáble direccion para lo restante de su vida.

Predicando en Madrid, entró una cortesana á oirle con gran desenfado y con muchas galas, y reprendiendo el Padre estos trajes tan profanos, enderezó su doctrina contra esta mujer: ella, muy ofendida y colérica, le aguardó acabado el sermon, y le dijo muchas injurias. El santo varon con ardiente celo y espíritu fervoroso, se volvió á ella, y la dijo que era lazo de Satanás y tizon del infierno; que temiese un gran castigo de Dios sino trataba de conocer sus culpas y enmendarse. Esta sentencia divina se la intimó con tal sentimiento y con afecto tan encendido, que la mujer se mudó de repente, é hincada de rodillas, le pidió perdon y confesion.

Otra vez predicando en el mismo lugar y al mismo intento, entró un caballero con grandes rizos y melenas contra quien el Padre enderezó su doctrina. El caballero mudaba colores y estaba pensando qué haria en semejante ocasion. Tocóle nuestro Señor en lo íntimo del alma, y, acabado el sermon, se fué tras el siervo de Dios, y quedándose á la puerta, aguardó á que no hubiese nadie; mas, sabiendo el Padre que estaba allí, aunque el compañero temia, le mandó que entrara en su aposento, y, en entrando, se echó á sus piés, y dándole unas tijeras le dijo: «Tome, Padre, y corte por donde mandare, y déjeme á su voluntad, y oígame de penitencia, y enséñeme á ser cristiano y á salvarme, y, pues me ha herido, cúreme que aquí estoy.»

Estando en Alcalá, le sucedió que yendo al púlpito despues de haber tomado la bendicion y con intento de predicar un sermon que llevaba estudiado sobre el Evangelio del dia, desde el altar hasta el púlpito le dió Dios tal batería en el pensamiento para que predicase otra cosa, que sin poder resistir lo hubo de hacer.

Predicó contra los obstinados en sus culpas y de la vergüenza de confesarlas. Experimentó haber sido inspiracion del Espíritu Santo; porque, en bajando del púlpito, apénas habia llegado á su aposento, cuando vino á él un hom-

bre que habia muchos años que estaba endurecido en pecados graves y con resolucion de no confesarlos tomando por mejor partido irse al infierno que hacer la confesion; echóse á sus piés y pidióle le oyese de penitencia diciéndole el gran temor que en su corazon habia puesto el sermon que acababa de predicar.

Confesóse con muchas lágrimas y manifiestas demostraciones de verdadero dolor. El Padre le animó y consoló, y, para que advirtiese y agradeciese las misericordias divinas, le dijo la fuerza que le habia hecho Dios para que tratase de aquella materia y dejase el sermon que llevaba estudiado, porque habia en el auditorio quien tenia necesidad de la doctrina que predicó, y que se persuadiese que este era él, con que quedó el hombre reconocido á favor tan extraordinario, pues por la salud de su alma impelió al médico á que mudase de estudio y de medicina.

Quedó sabroso el Padre con este suceso y alentado á seguir su mina de las confesiones generales, y trabajó tan valerosamente en ella, que en ménos de tres meses hizo por su persona más de quinientas, y las más de mucha importancia; y dió tanto que hacer á todos los confesores de casa y de fuera, que todo este tiempo estuvieron bien ocupados, y algunos de ellos que solian murmurar de lo mucho que el Padre hablaba de esta materia en todos sus sermones, viendo á sus piés el copioso fruto que este operario de Dios les enviaba tan sazonado, se hicieron pregoneros del acierto é importancia de su doctrina enderezada siempre á plantar en los corazones el santo temor de Dios.

Fué milagroso otro ejemplo de un estudiante de la Universidad de Alcala que, ciego de su pasion, gastó mucho tiempo en solicitar á una mujer. Oyó un dia un sermon del P. Gondino en que ponderó vivamente el peligro á que se pone el que se atreve á dormir en pecado mortal. ¡Oh fuerza de la divina palabra! hizo tan maravilloso efecto en el estudiante, que conoció en sí un corazon nuevo y se confesó con el siervo de Dios, haciendo propósito firme de no ver más á aquella mujer ni pasar por su puerta.

Cumpliólo todo hasta que un dia yendo descuidado con otro amigo, entró en casa de otro estudiante tambien amigo suyo, sin saber que aquella mujer estuviese allí; hallóla en aquella casa, y el demonio rodea las cosas de manera que le puso en ocasion de ofender á Dios, y queriendo ejecutar este mal intento, se le apareció el apostólico varon con un semblante tan airado y espantoso, que juzgó que abiertos los infiernos no le causaran el temor que le causó el verle. Escapóse de las manos de la mujercilla y juntamente de las del demonio, y confesóse luego, proponiendo segunda vez con mayor escarmiento la enmienda.

En Arganda hizo increibles provechos á aquella gente, instruyendo á todos en la doctrina cristiana, y repartiendo muchos catecismos entre los que sabian leer, y encargando que estos la enseñasen á los que no sabian. Ordenó una doctrina general, pidiendo á todos se hallasen en ella. Hiciéronlo con tanta puntualidad que no faltó nadie, y entre los demás asistió un grande de Castilla y otros caballeros, que se acertaron á hallar presentes y fueron entre los niños.

Predicando en este lugar, sucedió que, yendo un hombre á su casa ya de noche rezando el Rosario, llegó por detrás un enemigo suyo y le dió dos puñaladas. El delincuente se fué á su casa corriendo y se entró en la cama por poder probar la coartada. Fué misericordia de la Vírgen Santísima á quien el acometido se iba encomendando, que la daga no hiciese más daño que en la capa.

Al punto, pues, que se entró en la cama el que, á su parecer, era matador, vió claramente al P. Gondino en el púlpito y oyó que le reprendia su pecado y le exhortaba á penitencia; y, movido poderosamente de impulso tan raro y tan prodigioso, pasó toda la noche llorando sin cesar. En amaneciendo, se entró por las puertas de su enemigo y se echó á sus piés para que hiciese de él lo que quisiese, y, pidiéndole perdon, le contó lo que le habia sucedido aquella noche; él le perdonó y le dijo que sola la capa era la herida, y dando gracias á Dios, se abrazaron y confesaron ambos generalmente.

En este mismo lugar de Arganda un padre muy afrentado de la liviandad de una hija suya quiso darla de puñaladas, y habiendo levantado el brazo dos veces para ejecutar con la daga aquella resolucion, sintió que le detenian, y ni veia quién ni sabia cómo, pero oyó que le repetian una sentencia que aquel dia habia oido á este apostólico Padre en el sermon que habia predicado, y esta oculta voz fué tan poderosa, que el hombre volvió sobre sí y se confesaron padre é hija generalmente, y al fin las cosas se dispusieron con tan suave y tan fuerte providencia, que el padre quedó enmendado y la hija se entró religiosa.

En el monte de Toledo en Navalucillo estaba á la muerte un hombre de una puñalada que le habian dado en el lado. Pidiéronle al P. Gondino que fuese con toda brevedad porque hallase vivo al enfermo, y antes de morir perdonase al delincuente.

Movido este siervo de Dios de necesidad tan apretada, apresuró el paso y llegó á hora de decir Misa y predicó luego con gran fervor, y á la tarde volvió á predicar, siendo así que á todas horas le daban prisa porque fuese á ver al herido que estaba ya agonizando, y sin embargo el Padre dilató su ida hasta haber acabado el sermon, y muchas confesiones que entónces hizo, hasta que ya muy tarde le pareció que era hora de ver al enfermo.

Entró á verle con muchos que le acompañaban, convocados por él para testigos del milagro que esperaba obraria nuestro Señor. Hallóle muy debilitado, como quien estaba ya en el trance último de su vida, y luego, habiéndole consolado espiritualmente, ordenó que todos los circunstantes se pusiesen de rodillas y encomendasen á Dios al enfermo, y aplicóle una reliquia del saco de nuestro P. S. Ignacio y una medalla de su imágen.

Habiéndosela puesto, dijo el herído que se sentia tan aliviado que repentinamente le pareció que le habian sacado las tripas en que antes padecia gran dolor, y que le habian puesto otras en su lugar en que no tenia dolor alguno, y añadió últimamente que estaba bueno. Durmió aquella noche con gran quietud, y despertó al amanecer del todo sano, cerrada la herida y tan ágil, que se levantó de la cama y no sólo estuvo en pié, sino de rodillas mucho tiempo.

Otros dos milagros hizo en Navalmoral con la misma reliquia de nuestro P. S. Ignacio. Un hombre estaba muy apretado de una calentura maliciosa y ya con intercadencias en el pulso y fuera de juicio. Dió al cura la santa reliquia y medalla, por no faltar el siervo de Dios á sus ministerios en provecho de las almas. Púsosela por la noche, y á la mañana estaba el enfermo sin calentura, y quedó tan sano y convalecido como si no hubiera tenido ningun achaque.

Casi esto mismo le sucedió á una piadosa viuda, que habiendo recibido á los Padres por huéspedes en su casa, y estando en ella, la dieron unas tercianas dobles muy congojosas. Llegóse el dia de nuestro P. S. Ignacio, y el P. Gondino reservó para entónces el ponerle la reliquia. Púsosela con su acostumbrada devocion y nunca más le vino terciana alguna, y quedó sana de todo punto y bien pagada del hospedaje.

En todos estos lugares en que el Padre discurria predicando y confesando, se repartieron entónces copiosas limosnas, con que quedaron todos consolados temporal y espiritualmente; efectos todos bien conocidos de la cordial devocion que este varon apostólico tuvo á nuestro P. S. Ignacio, á quien siempre se encomendaba en todas sus dificultades y trabajos.

Y en prueba ó correspondencia de esta devocion tan afectuosa parece que el Santo Patriarca los tomaba por su cuenta; porque un retrato suyo que estaba en la sacristía de Muñebrega, patria del P. Juan Gondino é iglesia donde fué bautizado, sudaba copiosamente al tiempo que él padecia algun trabajo ó dificultad, y perseveró este sudor por más de dos años. Demostracion semejante á la que hizo la imágen de Cristo crucificado en el reino de Navarra, cuando S. Francisco Javier trabajaba y padecia en la India.

Padeció el P. Gondino muchas y grandes persecuciones, principalmente

las de la envidia contra su doctrina apostólica, que como se solia practicar poco en aquellas tierras donde él la enseñaba, los perseguidores le dieron nombre de novedad escrupulosa, oponiéndose á las confesiones generales; porque los que cerraban los ojos á los rayos de la divina luz, y se veian acomodados con las haciendas ajenas y las liviandades propias, hallaban que se oponia á la quietud y gusto con que pasaban.

Entre este tumulto de sus afectos, sordos á las voces de sus conciencias, decian que el Padre las inquietaba, y que introducia doctrinas poco prudentes y muy peligrosas para los que van seguros por el carril ordinario; y como comunmente es mayor el número de los malos que de los buenos, hacia más ruido la murmuracion que aplauso la verdad.

De esta cavilacion y astucia parece se valió el demonio para vengarse del Padre, como se lo tenia amenazado cuando pasó á Extremadura; y echóse de ver la amenaza, porque duró hasta que murió.

La santa Iglesia de Plasencia y la de Múrcia, y otras muchas personas calificadas, le defendieron y ampararon con letras muy honoríficas en algunas contradicciones que algunos apasionados y de ménos buen ejemplo hicieron al P. Gondino; y estima igual y veneracion mostraron en todas partes todas las comunidades que experimentaron y conocieron su ardiente celo y santidad verdadera, clamando todos que por su medio eran ayudadas las almas y la Majestad de Dios muy servida.

Pero ¿qué prueba mayor de que eran ministros del demonio los que le contradijeron y persiguieron? pues comunmente eran personas, ó de ménos ejemplar vida, ó de ménos noticia de las verdades, ó de más prudencia humana de la que ordinariamente requiere la ciencia de Dios, ó, finalmente, de diferentes dictámenes y sentimientos en materias opinables y sujetas á eleccion; mas en la opinion de los cuerdos estaba reputado el P. Gondino por hombre santo, por varon apostólico y por reformador de las repúblicas; tal opinion tuvo en Madrid.

El tiempo que fué predicador de la Casa Profesa de esta corte, hizo muy grande ruido con su fervoroso espíritu en toda ella, y le seguian grandes concursos de toda suerte de gente en todas las partes en que predicaba, y de verdad todos le aplaudian y celebraban como á verdadero santo y predicador apostólico.

Cuando se fué de Madrid, fué tal el concepto que dejó, que tratándose despues de reformar muy de veras las costumbres de la corte, personas celosas del bien comun dieron memoriales á su majestad y á sus ministros, diciendo que uno de los medios más eficaces para la reformacion que se deseaba, seria mandar que volviese el P. Juan Gondino: y, á la verdad, el tiempo que él

vivió en la corte hizo singular provecho y acudió á tantas obras de piedad y ministerios de almas en casi todos los hospitales, en las escuelas de niños, en los monasterios de monjas y en todas las parroquias, que muchos obreros juntos muy fervorosos, parece no pudieran bastar para tantas obras, y hasta hoy dura muy viva la memoria de este siervo de Dios.

Este mismo celo de instruir y aprovechar á las almas, le hizo tomar la pluma en medio de sus inmensas ocupaciones y escribir algunos tratados muy espirituales y fervorosos, y entre los demás un *Directorio* de todo lo que ha de hacer un cristiano en cualquier estado que tenga, el cual salió á luz en nombre de un hermano suyo, y ha corrido con mucho nombre y hecho en las almas fruto muy grande.

IV

Algunas de sus virtudes y su muerte.

Pero no sólamente con sus escritos instruyó, aprovechó y fervorizó á muchos, y con sus razonamientos y pláticas y sermones, sino tambien, y con mayor logro, con los muchos y admirables ejemplos de sus heróicas virtudes y con la fuerza eficaz que le daban ellas para todo lo que emprendia en las árduas dificultades que se le ofrecieron en las misiones y en otras partes.

Fué varon verdaderamente de inculpable vida, de admirable pureza de conciencia, de constante observancia religiosa y, por decirlo en una palabra, de santidad conocida. Tuvo muy prudente juicio, y, como tal, hizo estima grande del instituto de la Compañía y de sus reglas, y se esmeraba muy puntual en no quebrantar la más mínima; y tratándose de una en cierta ocasion, que era al parecer de menor substancia, acerca de la modestia que los de la Compañía deben guardar, dijo que, si él la quebrantara de propósito, temiera que nuestro Señor habia de desampararle y permitir que se perdiese

Confesábase todos los dias de cualquier sombra de culpa ó falta, y con vivir con tan gran cuidado y tan inculpablemente, andaba siempre temeroso de la cuenta que habia de dar á nuestro Señor, y solia decir que tomara de partido estar en el purgatorio hasta el juicio final, por asegurar su salvacion; y en los casos ajenos y negocios de las almas que trataba, siempre temia que por sus pecados habian de tener algunos malos sucesos, y que nuestro Señor, para castigarle, habia de permitir al demonio que los perturbase ó los divirtiese.

Su alimento cuotidiano era la oracion, que no dejaba á su alma padecer

hambre de este soberano manjar, que vivifica y fortalece el espíritu; y en medio de las más apretadas ocupaciones tenia á Dios muy presente, y con fervor incansable le pedia favor y ayuda.

Todo el tiempo que no gastaba en acudir á los prójimos, lo empleaba en la soledad, donde trataba íntimamente con su amado Esposo Jesus; y así, á cualquiera hora de la noche que llegase alguno á su aposento, le hallaba rezando ú orando delante de un crucifijo; que esta prenda divina era su tesoro, sin que tuviese otra alhaja de valor grande ni pequeña.

Allí buscaba el descanso de sus trabajos, allí hallaba el consuelo de sus persecuciones, allí comunicaba sus dudas y allanaba sus dificultades, allí cobraba nuevos alientos para trabajar incansablemente, y allí tambien estudiaba sus sermones y sus materias morales, en que era muy eminente, y allí, finalmente, recibia el sustento sólido de su alma, y aun tambien el vigor de su cuerpo.

Díjole una vez uno de los nuestros que, segun oraba despacio y con tan gran frecuencia, debia de tener en la oracion grandes consuelos, gustos y regalos de nuestro Señor, y respondió que él tuviera por tentacion conocida que el Señor sintiese en él el menor deseo de esos gustos y ternuras sensibles, que algunos desean y estiman tanto; que lo que él procuraba hacer en su oracion y con ahinco solicitaba, era sacar deseos vivos de trabajar y de padecer en provecho de las almas, á imitacion de Cristo Salvador nuestro.

El sacrificio de la Misa era el plato más regalado con que se sustentaba y fortalecia. Acontecióle muchas veces caminar á pié y con mucho trabajo dos ó tres leguas por no perder este pasto espiritual. Siempre decia la Misa muy despacio y con atenta preparacion y gracias antes y despues de ella.

Y era cosa bien singular y de grande edicacion que, con estar ordinariamente tan embarazado en las confesiones y trato de las almas necesitadas, que le faltaba el tiempo no pocas veces para el sueño ordinario, y aun tambien para la comida y otras precisas necesidades; con todo esto jamás dejó de tomar tiempo muy cumplido para decir su Misa con devocion y con tanto sosiego y quietud, como si no tuviera más que hacer, y gastaba siempre en decirla cerca de tres cuartos de hora, y en esto, aunque fuese muy tarde, jamás hubo remision, ni porque fuese camino y hubiese de desacomodar la jornada, ni por cualquier otra causa ni embarazo.

Este mismo teson y constancia grande guardaba en sus penitencias exteriores, principalmente en las disciplinas. Sucedíale recogerse en los colegios ó en las misiones muy noche y hecho mil pedazos de predicar y confesar, mas nunca dejó ni olvidó de tomar con rigor severo este cuotidiano ejercicio,

cosa que á todos los que lo veian ó alcanzaban á saberlo, era de igual admiracion y edificacion.

Era consigo muy riguroso, y con tener tan quebrantado el pecho y tantos otros achaques, sus disciplinas, como he dicho, eran cuotidianas, sus cilicios continuos, su sueño muy poco, su cama muy dura; y cuando andaba en las misiones, aquello poco que dormia solia ser sobre un banco ó sobre algun poyo, sin más reparo ni comodidad, y sin admitir regalo ni extraordinario alguno, aunque hubiese predicado, ni en su aposento jamás le tuvo ni consintio, con ser sujeto tan flaco y tan quebrantado.

Al púlpito se iba siempre sin desayunarse, aunque fuese muy tarde cuando predicaba, y en las misiones era forzoso que muchas veces padeciese mayores descomodidades, por ser él poco cuidadoso de su regalo y comida, y ser inclinado notablemente á toda edificacion religiosa. Su vestido era muy pobre; y muchas veces necesitando de lo preciso, por andar en las misiones fuera de los colegios donde no habia Superior, que con caridad lo advirtiese, jamás pidió cosa alguna á los seglares, ni la recibia de ellos, y aun en los colegios mismos parece que nunca queria nada; á lo ménos cosa de lustre ó precio no la admitió en su vestido, ni en su persona ni en su aposento.

Con tan estrecha pobreza y tan gran mortificacion, juntaba un recato tan advertido y circunspeccion tan atenta, que en todas las partes adonde estaba, esparcia olor de su santidad y opinion de una pureza angélica; y como él era tan parco en todo y practicaba en sí mismo la aspereza y decencia que predicaba, mostraba celo ardiente y rigor severo contra los trajes profanos de las mujeres, sin respetar calidades, y finalmente, reprendia con justa indignacion y coraje santo cualquier género de exceso que pudiese ofender á la honestidad tan conveniente á todo fiel y mucho más á las personas dedicadas á Dios, cuales son religiosas y sacerdotes.

Su obediencia fué puntual y humilde, como debe ser la de un religioso que cautivó su entendimiento y sujetó su voluntad en obsequio de Dios y de sus ministros, en quien reconocia al mismo Señor. Nunca resistió á los Superiores, ni replicó á lo que le ordenaban. Su prontitud en ejecutarlo hacia facil lo más difícil.

Jamás tuvo por puesto bajo, ni por lugar abatido, ni ocupacion de poco lustre lo que era órden de sus Prelados; porque era hombre muy humilde y gran despreciador de todas las honras humanas, y en todos sus ministerios y ejercicios buscaba puramente la gloria de Dios, olvidándose de la propia, sin buscarse á sí en cosa alguna; y en esto tenia ya tan asentada resolucion, que no parecia obraba con libertad sino naturalmente, y como si no tuviera apetito ni otras pasiones.

Teníase por el menor de la casa donde vivia, y dos hermanicos que tuviese por oyentes en sus sermones, decia que le encogian y acobardaban, y que le parecia que descontentos le volvian á la cara su misma doctrina, y le daban en rostro con ella. Y, con haber sido este siervo de Dios trabajador tan incansable, solia decir con llaneza que se holgaria saliese comido por servido, y que lo que más deseaba era que, si habia trabajado algo para gloria de Dios y provecho de las almas, no se lo pagase con honra y aplauso humano, ántes la desapareciese á los ojos de los hombres y para el mundo lo deshiciese como la sal en el agua.

Como no estuviese en la cama, con salud ó sin salud trabajaba siempre. Habiendo estado en Oropesa muy apretado de unas tercianas dobles de que quedó tan flaco que no tenia sobre los huesos más que la piel, sin poder estar en pié ni por un momento; hizo que le llevasen á caballo á la iglesia del pueblo donde se hallaba, porque queria probar si podia tenerse en el púlpito; subió á él casi sin esperanza de poderlo conseguir segun la naturaleza, pero dándole Dios nuestro Señor fuerzas, al parecer milagrosas, predicó la hora entera con valiente fervor y espíritu.

Con esta profunda humildad y bajo concepto de sí tenia magnanimidad admirable y libertad apostólica para oponerse resuelto á cualesquier dificultades y contradicciones, y para sufrir todos los trabajos, injurias y menosprecios en razon de la verdad y doctrina evangélica y de ayudar á las almas.

Padeció tanto en esta materia, que pudiera acobardar y retirar á los más gigantes; pero salia de todo el siervo de Dios con mayores bríos y alientos, como que las batallas pasadas fuesen empeño de las futuras, porque la experiencia de las unas le daban confianza para las otras; y el Señor, por quien él obraba y en cuya fe padecia, le sacó siempre triunfante de cuantos en todas partes se le opusieron, contradijeron y persiguieron; mostrando el Padre con estos singularmente su sencillez y su caridad, porque los encomendaba á nuestro Señor, les daba la satisfaccion posible y los excusaba en cuanto podia.

Finalmente, en los últimos años de su vida corrió por Extremadura con extraordinario fervor y no con pequeñas contradicciones, y fué el trabajo tan excesivo, que le sobrevino una enfermedad peligrosa y larga; y porque Dios queria que padeciese este siervo suyo, enfermó juntamente su compañero con que en aquel tiempo le era forzoso pasar muchas descomodidades.

Quedáronle unas cuartanas que le quebrantaron mucho, y no bien convalecido, se volvió á sus ministerios á la misma tierra con el mismo aliento y fervor que antes, hasta que la ciudad de Plasencia le pidió por su predicador, y empezó en ella tan felizmente á sembrar la palabra de Dios, que todos se prometian grande cosecha. Pero la infinita sabiduría cuyo gobierno provi-

dentísimo es tan superior al discurso humano, cortó estas esperanzas en flor.

Al principio de cuaresma se sintió ya tan flaco, tan débiles las fuerzas y tan postradas que no pudo acabar el primer sermon de Ceniza, y permitió desde entónces la divina Majestad que á este varon apostólico y tan celador de su gloria se le destemplasen todos los humores y se le lisiase la imaginacion, ardid sin duda de Satanás por el odio que tenia á sus santas obras y empleos.

El caso fué, que estando el P. Portocartero en Medellin, envió á pedir al P. Gondino, que era predicador de Huete, fuese á hacer mision á Extremadura que necesitaba mucho de su enseñanza. El Padre se excusó por el provecho que en Huete y en su comarca hacia; y estando un dia en oracion, se le apareció el demonio, amenazándole que, si iba á Extremadura, se lo habia de pagar.

Pero el siervo de Dios que hizo poca cuenta de esta amenaza diabólica, por el mismo caso resolvió ir donde le llamaban para gloria del Señor y provecho de las almas, aunque le costase la vida como de verdad le costó. Fue, pues, á Extremadura y volvió de allá con la enfermedad de la muerte.

Habia perseguido mucho á unas hechiceras hasta que las desterraron, y una de ellas le amenazó, ó por mejor decir, fué instrumento con que se cumplió la amenaza que el demonio le hizo. Quiso acabar con él y dióle unos hechizos, haciéndole que se estremeciese de los mismos ministerios, que tanto habia amado y ejercitado.

El mal le derribó en la cama, aunque sin rastro de calentura, pero con unos dolores en las entrañas, como si se las despedazasen perros. El accidente que padecia hizo rapto á la cabeza y le enloqueció del todo; y aunque es comun en los que así enferman con este género de locura presumir altamente de sí, en el P. Gondino se vió todo lo contrario; porque todo era deshacerse y cargar la mano contra sí mismo y contra sus muchos pecados, diciendo que por ellos padecia él, la Compañía y toda la Iglesia, y que todo estaba á pique de perderse y acabarse por su causa.

Y repararon muchos en una cosa, con razon digna de notarse, que con hablar ordinariamente y hacer con grandes extremos todas estas lamentaciones con los de casa, jamás en presencia de los seglares habló palabra, ni hizo accion que desdijese de un religioso muy cuerdo, muy compuesto y muy recatado; tal era el hábito que habia adquirido de mirar por la modestia y edificacion religiosa.

Admirable es Dios en sus santos y profundo en su providencia. El delirio del P. Gondino llegó á tan conocido extremo, que una noche se hirió (algunos dijeron que la herida la hizo el demonio), mas quiso la divina Majestad,

que suele sacar bienes de los males, que con la sangre que le salió, volviese en sí, y conociendo el gran peligro en que estaba, se dispuso para morir. Recibió todos los Sacramentos, y pasó lo restante de la noche y de toda la enfermedad con admirable paciencia y grande conformidad con la voluntad de nuestro Señor, que fué servido dentro de poco que sanase milagrosamente de sus heridas, juzgándolo así, y afirmándolo los cirujanos y médicos.

La ciudad de Plasencia se lastimó mucho del caso, y era voz comun de todos que por sus pecados les habia quitado Dios varon tan santo y predicador tan apostólico; y al paso de esta estima y amor, fué el alegría y contento de su mejoría y salud. Pero duró poco aquesta bonanza, porque revolvió el accidente, é hizo los mismos efectos con las mismas ansias y congojas.

Mudáronle de Plasencia á la Casa Profesa de Toledo, para ver si mejoraba con la mudanza del aire; pero Dios queria premiar á su siervo; y así, con los remedios empeoró, y del hastío que le causó una purga vino á morir á los 2 de julio del año de 1629.

Tiénese por cierto que nuestro Señor, que en la vida y en la muerte de los suyos suele hacer tantas maravillas, las hizo muy singulares en la de este insigne varon, habiendo dispuesto Su Majestad que sacerdote tan apostólico y que trabajó en su servicio tan infatigablemente cuarenta años con tanto celo de su gloria, y le ganó tantas almas, viniese á tener una muerte con tanto desamparo y deslucimiento.

Pero la de los justos siempre es preciosa en los ojos del Señor: fué uno de ellos este fervoroso Padre, pues Dios sin duda le concedió lo que le pidió siempre con tanta instancia, que fué ser despreciado de los hombres, y que ni áun despues de muerto le hiciesen honras; y el que así deseó escurecerse en la opinion del mundo, por ventura delante de Dios tendrá premio semejante á mártir de Cristo; pues por odio de la predicacion evangélica fué tan perseguido y padeció tanto, que lo mismo era ser atormentado del demonio (como se ha visto) que de un tirano.

Por tan glorioso fin yerran algunos juicios escrupulosos, que deslucen la piedad por las apariencias, y á vista de heróicas virtudes las dejan tímidos de creer, si ven deslucimientos en el morir; pero adviertan que de S. Melito monje escribe S. Gregorio en sus *Diálogos* que murió de repente. Fr. Juan Tocacio, varon de maravillosa santidad y milagros conocidos, fué hallado muerto en la celda sin Sacramentos.

Semejante fué la muerte de Fr. Juan Hurtado de la sagrada Religion de Sto. Domingo, y de tan rara virtud, que no quiso aceptar los arzobispados de Granada y Toledo, con que el emperador le convidaba. San Severino se

ahogó pasando el vado de un rio. San Agatónico murió despedazado de los leones, que mucho tiempo le habian abrigado y defendido, y S. Belino del mismo modo fué despedazado de perros. S. Geron, Arzobispo de Colonia, fué enterrado vivo. Uno de los santos Estilitas fué muerto por un rayo, y despues vió el santo Abad Julian que los ángeles llevaban su alma al cielo. El santo Fr. Jordan fué sorbido de las aguas del mar repentinamente.

El espiritualísimo siervo de Dios Fr. Juan Taulero, de la Orden de Predicadores, segun lo refiere su historia, tuvo una muerte horrible y tremenda, con tales visajes y muestras de desesperacion, que los religiosos que le vieron juzgaron se habia condenado. Pero fué vano temor y juicio de hombres, que su alma se apareció despues á una persona muy devota, y la dijo que al salir del cuerpo, fué recibida en manos de ángeles, y que el trabajo de su muerte la habia servido de satisfaccion por lo que debia padecer en el purgatorio.

Llenas están de semejantes ejemplos las historias de los tiempos pasados y las experiencias de los presentes, y á esto miró el Espíritu Santo cuando por el Sabio dijo que el justo tendrá buen fin con cualquier condicion ó género de muerte que tuviere. No dejamos de tener por santo al otro Profeta de quien cuenta la sacra Historia de los libros de los Reyes que por una culpa ligera le mató un leon; pues, como consta del mismo texto, el mismo leon que le quitó la vida le reverenció como á justo, sin atreverse á llegar á él ni á la bestia en que caminaba. El santo rey Josías murió de una saeta que tiraron los del ejército del rey de Egipto.

Fué providencia particular ó purgatorio del P. Gondino el fin de su vida menos plausible; que quien sirvió tanto á Dios triunfará en el cielo con la corona que corresponde al ánimo y valentía con que trabajó y militó en la Iglesia.

Escribió la vida de este fervoroso varon el P. Alonso de Ezquerra, y trata de él largamente Felipe Alegambe en su *Bibliotcca,* y el P. Juan de Rho en su *Varia historia* engrandece sus virtudes.

P. NIEREMBERG.

P. JERONIMO DE FLORENCIA

ALCALÁ de Henares se puede honrar con mucha razon en ser patria del gran dechado de predicadores, el P. Jerónimo de Florencia. Nació allí de padres muy cristianos y honrados: su madre mostró bien su virtud en un caso que le sucedió.

Era de muy hermosa gracia, pero honestísima, y habiéndola solicitado un mancebo atrevido por mucho tiempo, ella siempre se resistió cristiana y varonilmente; mas una vez que hizo ausencia su marido, cuando lo supo aquel mozo, propuso y juró de aquella misma noche entrar en casa de aquella honesta casada, y, aunque fuese con violencia, cumplir su desenfrenado apetito.

No faltó quien avisase de este dañado intento á la casta matrona, la cual no se turbó, sino, poniendo la confianza en Dios, acudió á Él para que la librase de aquel peligro.

Estuvo toda la noche de rodillas en oracion delante de un crucifijo temiendo aquel terrible combate. Cuando amaneció, abrió la ventana y oyó decir en la calle cómo aquel mancebo habia muerto aquella noche antes de repente, con espanto de todos y escarmiento de muchos; y, aunque lastimada del alma de aquel miserable hombre, dió á Dios tiernísimas gracias por la providencia con que habia mirado por su honra y castidad, virtud que amaba muchísimo y que dejó como por herencia á sus hijos, porque de siete que tuvo, tres hijos y cuatro hijas, todos vivieron castamente é hicieron voto de profesar esta virtud.

Los hijos todos tres entraron en la Compañía y lucieron en ella mucho. Las hijas todas cuatro, habiendo hecho voto de castidad, se dedicaron á ser beatas de la Compañía, y vivieron toda su vida virtuosa y ejemplarmente.

Estudió en Ocaña las primeras letras el P. Jerónimo de Florencia; despues entró en la Compañía de edad catorce años, y, como tan niño, le vino en el noviciado una gran tentacion de que se dejó vencer, y determinó volverse á casa de sus padres. Fué á decirlo al Maestro de novicios que era un santo varon, pidiéndole sus vestidos para irse: respondióle: «Bien está esto, hijo, que no os lo puedo negar, pero será razon que no os vais sin la bendicion de Jesucristo, porque sin ella nada os podrá suceder bien; andad, y delante del altar de Cristo crucificado pedidle licencia para volveros á vuestra casa y juntamente su bendicion.»

Fué el novicio al altar, mas apénas se hincó de rodillas, cuando sintió trocado su corazon y sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas; allí ofreció el perseverar en la Compañía y ser muy hijo de ella, como lo cumplió; volvió luego á decir á su Maestro su nueva determinacion.

Acabado su noviciado, dió en los estudios muestras de singular ingenio, porque le dotó nuestro Señor de raras prendas y mucho lucimiento; y así, en sus estudios tuvo siempre fama de grande estudiante; hizo acto de Teología en Alcalá, y salió tan ventajoso que confesaban todos no habian visto cosa semejante en aquella Universidad hasta entónces.

Tenia grande talento para maestro por ser hombre de aventajado entendi-

miento, profundo, agudo, presto y claro, y tenia gran destreza en dar á entender lo que enseñaba, que por dificultosas que fuesen las cosas, las hacia palmarias, no sólo para los buenos entendimientos, sino para los medianos. Señalóle la obediencia para leer curso de Artes; leyóle en la ciudad de Huete, y fué de lo muy bueno que ha salido en la provincia, y en tiempo que no habia tantas y tan buenas ayudas como ahora.

Acabado su curso, le señalaron para leer Teología en Alcalá, é hizo este oficio con mucha satisfaccion y ostentacion, así en el argüir y replicar, como en el presidir y responder.

El talento que le dió nuestro Señor para predicar fué singularísimo; unos le llamaban prodigio de la predicacion, otros pasmo, otros dechado y maestro de predicadores, otros su idea, otros decian que no podian imaginar cosa más cabal, perfecta y prima; en sólo en la verbosidad de palabras no fué aventajado, pero esto mismo alababan en él, y decian que por esto eran mejores sus sermones.

Tenia las tres partes de enseñar, deleitar y mover en grado superior; enseñaba con magisterio, claridad, agudeza y religiosa gravedad; deleitaba con los conceptos buenos y bien fundados que daba, con la suavidad de la voz con que los predicaba, y con la ternura y deseos del bien de las almas que mostraba; movia con la eficacia de las razones con que persuadia, con los afectos grandes de mocion que en sus sermones ejercitaba y con los coloquios tiernos de que usaba.

Comenzó á ejercitar este talento leyendo Teología en Alcalá y aficionóse le mucho toda la gente; y así, donde quiera que predicaba, se llevaba tras la Universidad, nobleza y pueblo. El reconocer en el Padre los Superiores dos talentos tan grandes y tan lucidos, uno para cátedra y otro para púlpito, le hizo dudar por qué camino seria bien guiarle por lector ó por predicador; y para determinar con más acierto, el P. Luis de Guzman, de santa memoria, que entónces hacia oficio de Provincial, quiso saber su inclinacion, y llamándole, le preguntó por qué camino de los dos gustaria más de servir á la Compañía.

El respondió como buen religioso que por el que gustase la obediencia, no pudo sacarle otra respuesta sino que seria para él de mucho consuelo el estar cierto y seguro de que la santa obediencia y no su propio gusto le habia puesto en aquella ocupacion que ejercitaba. Con esto el P. Provincial le encomendó mucho á nuestro Señor. Tuvo mucha oracion y dijo algunas misas, pidiendo á Su Majestad le diese luz para determinar lo que habia de ser de mayor gloria suya y bien de las almas; diósela nuestro Señor, y, llamándole, le dijo: «P. Florencia, Dios quiere á V. R. por su predicador.»

Rindióse luego como buen súbdito á la voz de su Prelado, y descargándole del oficio de lector le señaló púlpito en Alcalá, donde comenzó con tan grande aplauso como otros grandes predicadores suelen acabar; y conformes á este principio fueron los medios y fines, de suerte que el efecto ha mostrado que la eleccion fué hecha con particular luz de nuestro Señor, porque el P. Florencia ha sido uno de los mejores y más provechosos predicadores de muchos siglos.

Dos solos años predicó en Alcalá con los mayores concursos que allí suele haber, y luego, el año de seiscientos, siendo bien mozo, le señalaron por predicador de Madrid, donde entró con buen pié; pues por espacio de treinta años predicó con el mayor séquito, estimacion y aplauso que se ha visto, y esto no sólo del vulgo y gente cortesana, sino de la nobleza, títulos y grandes y hasta del mismo rey que le escogió por su predicador, preciándose de tenerle más aventajado que sus antecesores; y aun los predicadores de fama le honraban y decian ser en el oficio primer maestro; que parece era señor de los corazones de todos, y que para con todos tenia estrella en su predicacion.

Fué varon apostólico, teniendo siempre por blanco de sus sermones la gloria de nuestro Señor y la conversion y aumento en la virtud de las almas; y todos sus conceptos por agudos que fuesen, iban siempre enderezados á este fin y venian nacidos para él. Predicó siempre una doctrina muy autorizada, fundando todo lo que decia en testimonios de los Santos Padres de la Iglesia, cuyas palabras referia y ponderaba con mucha agudeza.

Sobre el auditorio, por grave que fuese, tenia muy grande autoridad y superioridad religiosa, de suerte que predicaba *tanquam potestatem habens*, guardando las leyes de la gravedad cristiana y libertad religiosa que pide tal oficio. Tenia un modo de decir tan agradable y una voz tan devota y suave que se pegaba al corazon cuanto decia, y era copioso el fruto que hacia en las almas; de suerte que se solia decir en la corte que era muy grande el provecho que Florencia hacia con sus sermones y muchas las almas que para Dios ganaba.

En reprender los vicios y faltas tuvo extraña prudencia, por usar de una reprension tan sazonada, que decia cuanto queria con energía y viveza, mocion y fruto y sin ofension alguna; y hasta á las mismas personas reales y privados no perdonaba, pero sabia en estos casos guisarlo con tanta humildad y respeto, y con tales muestras del deseo del bien de sus almas y del provecho de la república, que nadie se sentia; y habiendo desterrado algunos predicadores por lo que habian dicho contra el Gobierno con ménos prudencia y tiento que convenia, dijo el rey D. Felipe III: «El que más verdades nos dice y más claras es Florencia, pero dícelas de manera que no sólo no me exas-

peran, ántes tengo gusto en oírselas y saberlas, para procurar que se enmienden las faltas en que repara.»

El trato ordinario con los seglares fué siempre muy religioso, hablándoles de Dios nuestro Señor y de las cosas que pertenecian á sus almas, de manera que decian personas muy entendidas que era tan buena la silla de Florencia como el púlpito. Sus visitas eran pocas y no largas, y aunque trataba en ellas de nuestro Señor, no cansaba porque sabia entremeter en las pláticas espirituales algunos dichos tan agudos y graciosos, que hacia la conversacion provechosa y gustosa, y no cansada de puro grave.

Y aunque el trato que tenia con los seglares olia á santidad, pero particularmente cuando trataba con mujeres, las cuales le estimaban y veneraban como á santo, y con tratarlas con mucha familiaridad, jamás se dijo de él cosa que oliese á ménos recato y circunspeccion. Era en esta parte tan mirado que jamás se pudo alcanzar de él que diese á besar la mano á ninguna, por mucha instancia que se le hiciese, y cuando decia algun Evangelio á las que estaban enfermas, no les ponia la mano sobre la cabeza, y, si insistian en que lo hiciese, les ponia el manteo y con aquello se partia.

A sus Superiores les tenia gran respeto y reverencia y gran recurso á ellos en todas las cosas, guardando en todo mucha claridad; era singular el temor que tenia de no darles gusto, y el recato con que andaba de no hacer cosa contra sus órdenes y obediencias, regateando el no dar epiqueyas de que otros de ménos porte usan con facilidad. Pedíales licencia para cosas muy menudas, y, si alguna cosa le daban fuera, antes de llegar á su aposento, iba al Superior y la registraba, pidiendo licencia para usar de ella; y si no lo hallaba, antes de acostarse enviaba á su compañero para que lo hiciese en su nombre; la misma licencia pedia para dar cualquier cosa, que así en el recibir como en el dar fué muy escrupuloso.

Hallóse en su atril una carta de nuestro P. General, por la cual consta que envió á rogarle que ratificase algunas licencias que tenia de los Superiores para dar algunas cosillas á sus hermanas, á fin de que las pusiesen en la capilla que para su entierro tienen en nuestra iglesia de Alcalá; y su Paternidad le dice que esté sin escrúpulo, que él lo da por bien hecho todo.

Fué muy compasivo con los pobres, y sentia grandemente sus necesidades, y procuraba en cuanto podia remediarlas; encomendábalas en el púlpito con grande eficacia y tiernísimo afecto, y movia á muchos á enviarle limosnas gruesas con que remediaba muchas y muy graves necesidades, particularmente de personas calificadas que estaban en grande pobreza. Para estas cosas pedia á príncipes y señores con grande desahogo, pero para sí ni sus parientes nunca pidió nada.

Sucedióle un dia que, estando rezando maitines con su compañero, á la mitad de ellos comenzó á sollozar y derramar lágrimas; preguntóle el Padre la causa, y él le respondió que tenia el corazon lastimado porque una persona calificada habia estado con él, y certificádole que en todo aquel dia no se habia desayunado ni alcanzado siquiera un poco de pan, á la cual despues procuró remediar.

Acudiéronle á él dos personas muy nobles y dijéronle que estaban en tan grande aprieto, que no sólo perecian de hambre, sino que no podian salir de casa por no tener hábito decente. Fué á predicar otro dia á la capilla real, y era viérnes de enemigos, y predicó un sermon famoso y de tanta mocion que, habiéndole oido, entre otros, un caballero muy calificado, dijo que se holgara que alguno le hubiera dado un bofeton para abrazarle y perdonarle por amor de Jesucristo.

Hecho este sermon, le convidó á comer el duque de Lerma, el cual comia carne por sus graves achaques; díjole el duque que sentia mucho su poca salud por no poder guardar cuaresma y verse obligado á comer los manjares que la santa Iglesia prohibia. Díjole entónces el Padre: «Con otras cosas puede muy bien V. E. suplir esta falta de la observancia del ayuno:» «¿De qué manera?» replicó el duque; respondió el Padre: «Perdonando enemigos y haciendo limosnas.»

Acabada la comida se quedaron solos los dos y volvieron á la plática, y le movió en el discurso de ella á las dos cosas dichas con tanta eficacia, que le hizo perdonase á un señor que tenia justamente preso en un castillo, y que le enviase una gruesa limosna para aquellas dos personas nobles que padecian tan extrema necesidad, con la cual quedaron remediados.

Y, aunque sentia tanto las necesidades del cuerpo, mucho más sentia las de las almas, porque le daban gran pena los pecados de sus prójimos, y procuraba con todas sus fuerzas remediarlos por su persona en el púlpito, enderezando á este fin sus sermones y pidiéndole á nuestro Señor en sus sacrificios y oraciones y por los demás predicadores, deseando que todos predicasen á provecho, estimando y alabando á los que así lo hacian, y alentándolos á la perseverancia; y reprendiendo á los que tenian un modo de predicar sin fruto, que algunos usan, poniendo la fuerza del sermon en las palabras que se las lleva el aire, y no en la mocion á santos afectos y mudanza de vida, que es á lo que la predicacion se ordena.

Tambien procuraba que los pecados públicos y escandalosos los remediasen con efecto los jueces á quien esto pertenecia; y no perdonaba á trabajo, cuando lo pedia el remedio de alguna alma enferma, como se colige del caso siguiente:

Predicando cierto dia de cuaresma un fervoroso sermon, le estaba oyendo un hombre que habia cuatro años que no se confesaba por estar amancebado; y fueron tan eficaces las voces que por medio del sermon nuestro Señor le dió en el corazon, que le hizo resolverse en ir á confesarse con aquel predicador; y aunque el demonio usó de sus artes y puso toda la repugnancia posible para impedir la ejecucion de tan buen propósito, fué tan eficaz el impulso de la divina gracia, que le forzó, rompiendo con todo, á venir en seguimiento del que tal mudanza habia causado en su corazon.

Llegó á nuestro colegio, habló con el portero y díjole cómo tenia necesidad de hablar á solas con el P. Florencia; púsole el portero dificultad de poderle hablar por entónces, por estar en la cama y ser persona de corta salud y que habia menester descansar. Replicó el hombre, y díjole: «Padre, vaya y dígale que vengo forzado de su sermon, y que es negocio de mucha importancia que se vista y me oiga, y sino, que á su cuenta, que con esto cumplo.

Movióse el Hermano mucho con lo que el hombre le dijo y con el modo con que se lo dijo; fuese al aposento del Padre, contóle lo que le habia pasado, y que juzgaba era negocio de mucha importancia y del servicio de nuestro Señor. El Padre dijo entónces: «Pues, Hermano, si va la salud de esta alma, levantémonos y oigámosle.» Levantóse, bajó al hombre y entróse con él en un confesonario, y estando dentro, le dió á aquel hombre un extraño temblor y estremecimiento de todo el cuerpo: «¿Qué es esto, hermano?» dijo el Padre, respondió: «Háseme aparecido el demonio amenazándome que, si doy á V. P. cuenta de lo que por mí pasa, se lo tengo de pagar.»

Animóle el Padre mucho, y el hombre le comenzó á dar cuenta de su alma, diciendo: «Padre, yo soy un gran pecador sobremanera deshonesto, y ha llegado á tanto mi desdicha, que un dia se me apareció el demonio feísimo y comencé, en viéndole, á temblar; díjome: «No temas, aguarda, que yo tomaré figura que te cause placer;» y en diciendo esto se me puso delante en figura de una doncella hermosísima y ricamente ataviada; solicitóme á que tomase mala amistad con ella, que estaria á mi gusto y mandar. Hícelo, y he estado amancebado con el demonio cuatro años, sin confesarme ni hacer cosa de cristiano, y hoy con el sermon de V. P. nuestro Señor me ha movido de manera que no puedo resistir, así, me vengo á confesar con propósito de salir y no volver jamas á tan mal estado.»

Animóle el Padre, y viéndole tan bien dispuesto, empezó á confesarle, ayudándole lo mejor que supo á decir todos sus pecados: obligóle á hacer más riguroso exámen de sus culpas y volver otro dia á confesar lo que se acordase, y dar cuenta de lo que con el demonio habia pasado. Fuese el hombre, y aquella noche se le apareció la amiga; dióle grandes quejas, solicitóle,

hízole terribles amenazas, y viéndole constante, sacó un manojo de látigos que llevaba y con él le dió una fuerte disciplina, la cual sufrió el hombre con mucha firmeza en su buen propósito y en penitencia de sus gravísimos pecados; vino otro dia y dió al Padre cuenta de lo que por él habia pasado.

Animóle el P. Florencia, y armóle con saludables consejos, y echóle la absolucion, ordenándole que volviese hasta que nuestro Señor le diese total victoria de su enemigo. Por treinta noches se le apareció y solicitó á mal, y viendo que no queria, siempre le disciplinó y él estuvo siempre fuerte en no dejar á Dios y admitir la amistad de Satanás, valiéndose de los buenos consejos que el Padre le daba, y al fin de estos dias quiso nuestro Señor que el demonio no volviese más, y el hombre convertido entabló una vida santa, penitente, frecuentadora de los Sacramentos y muy agradable á Dios nuestro Señor, y de allí adelante fué perpétuo oyente de quien tanto bien habia causado en su alma.

Era extraordinariamente aficionado á los virtuosos; íbansele los ojos tras ellos; tratábalos con familiaridad, hacia por ellos cuanto podia, honrábalos en vida y en muerte; así, cuando en el colegio moria alguno de cuya virtud el tuviese particular estimacion, aunque fuese el Hermano más humilde de la casa, él le hacia el oficio de la sepultura, y le cantaba la Misa, y era pregonero de sus alabanzas; y era tan conocido de todos este afecto que tenia á los buenos, que para moverle á que favoreciese á alguno que no conocia, se tenia por medio eficaz decirle que era muy siervo de nuestro Señor y muy mortificado.

Vino á él un dia una persona de quien tenia el dicho concepto, y venia con necesidad de hallar mil ducados prestados; habiendo comunicado esta su necesidad con algunos Padres de casa, le aconsejaron que no se lo pidiese al P. Florencia porque seria en vano, que era una cosa que tenia mucha dificultad y gran repugnancia en hacerla; con todo, porque habia gran falta de dinero, y sino era por medio de persona tan grave no esperaba hallarle, hizo su peticion.

Oyóle el Padre y no respondió: salióse la persona y movióle la peticion de manera que fué á un grande amigo suyo y le dijo: «Señor, yo tengo necesidad de que á un siervo de nuestro Señor, que yo le tengo por tal, le preste Vm. mil ducados por un año y sin interés.» Respondió el caballero: «Padre Florencia, ¿pídelo V. P. de veras ó por cumplimiento?» dijo entónces: «Señor, el dármelos será echarme una S y un clavo.» Oyendo esto, le dijo: «Padre, vengan luego por ellos, y hago más en darle á V. P. ahora mil, que si en otro tiempo le diera veinte mil.» Este ejemplo muestra claramente la grande aficion que tenia á los buenos.

De todas las sagradas Religiones fué devotísimo, estimándolas y honrándolas con grande afecto, no sólo en las ocasiones de sermones que le daban, sino en cualquier otra que se le ofrecia acaso; y muchas veces él las buscaba de propósito para alabarlas. A la Religion del seráfico P. S. Francisco tuvo particularísima aficion, y solia él decir que veneraba más las alpargatas del más humilde lego de esta Religion sagrada, que las coronas y cetros de los reyes.

Pero la estimacion y aprecio que tuvo de su Religion fué grandísimo; guardó para con ella afecto de verdadero hijo, procurando siempre su buen nombre y aumentos, volviendo por ella con mucha eficacia en todas las persecuciones que padecia y necesidades que se le ofrecian, no queriendo sus propios aumentos, sino que creciese ella; porque, convidándole algunas veces el rey nuestro señor D. Felipe III que mirase si queria algo, que pidiese lo que gustase, respondió que lo que suplicaba á su majestad encarecidamente era que favoreciese y amparase á la Compañía; que él no tenia otra cosa que suplicarle; con lo cual no sólo mostró el amor que tenia á su Religion, sino cuán enfrenado tenia el apetito de sus propios aumentos y honras mundanas.

Estimaba mucho su vocacion, reconociéndola por un beneficio grandísimo que nuestro Señor le habia hecho, y dándole por él muchas gracias; y hasta los lugares que le habian ocasionado el aficionarse á la Compañía y disponerse para entrar en ella los veneraba; y así aconteció que, yendo á Ocaña los últimos años de su vida, quiso ver el convictorio donde habia estudiado las primeras letras, y entró en el aposento en que habia vivido, y se hincó de rodillas, y besó la tierra, agradeciendo á nuestro Señor el bien que allí le habia hecho.

Sentia gravemente cuando veia que alguno, con falta de conocimiento del gran bien que en esta santa Religion tenia, desamparado de Dios, la dejaba y no gustaba de ayudar á los tales, juzgando que los que dejan á Dios, no es bien ayudarlos sino dejarlos; y así, habiendo recabado del señor infante Cardenal cien ducados de renta para la madre de uno de la Compañía que queria salir á remediarla, para que con esto se quietase y perseverase en ella; y habiéndolos gozado algunos años, en los cuales se quietó; viendo que finalmente habia salido, no quiso ayudarle más, y así, dijo á su alteza que ya no era necesaria aquella limosna, que la diese á quien gustase, y el señor infante respondió que la aplicase á la persona que le pareciese, y él la aplicó á una persona pobre y necesitada.

Salió otro de la Compañía y vino á valerse de un gran ministro de los reyes, y para dorar su salida, decia algunas cosas ajenas de verdad contra su Religion, y supo componerlas de manera que aquel señor le dió acogida y

crédito: supo esto el Padre, y fuese al expulso, y afeóle su mal término, la ruin paga que daba á la buena madre que le habia criado y enseñado, y esto tomando medios tan ajenos de verdad, llenos de ficcion y engaño: luego habló al señor y le dijo la verdad de lo que habia pasado y que era embeleco cuanto habia oido. Habló á entrambos con tanto espíritu y eficacia, que desengañó al uno y corrigió al otro.

Era muy humilde: reconocióse siempre en el espíritu de la predicacion por discípulo del P. Millan García; confesaba haberse aprovechado mucho de sus escritos; admitia de buena gana para predicar cualquier buen concepto que otro le diese, y cuando oia á algun Hermano estudiante predicar en el refectorio, se aprovechaba de lo que en el sermon le parecia bien, y así, confesaba que de todos aprendia, y á todos alababa, y decia que no habia ninguno que no tuviese cosas dignas de alabanza.

Pero muy particularmente resplandeció en él la humildad en los años últimos de su vida en los cuales estaba rendido á todos como un niño, y si alguien le alababa, decia que habia sido nada y era nada, y cuanto habia hecho no valia nada. Era muy ajeno de pretensiones; y así, no habia remedio que para sí ó para sus deudos pidiese nada. Viendo esto un criado de su padre, pareciéndole que sus hermanas no estaban tan acomodadas como merecian, sin autoridad ni órden del P. Florencia, hizo un memorial para la majestad de Felipe III en que le pedia que, atento á lo que el Padre habia servido y á la necesidad que padecian sus hermanas, mandase darlas alguna ayuda, que seria cosa de mucho servicio de nuestro Señor.

Supo el Padre lo que pasaba despues de dado el memorial, y estuvo inconsolable, pareciéndole que se les quitaba gran gloria á los ministerios de la Compañía en pedir por ellos premio temporal, porque él sólo pretendia la gloria de nuestro Señor y bien de las almas. Estando con esta tristeza y melancolía, llegó el duque del Infantado á su celda; saludóle y, reparando en que estaba triste, le preguntó la causa de su tristeza: díjosela, y con el donaire y gracia que solia tener, añadió: «V. E. puede remediar esto haciendo lo que diré. Olvídese V. E. de que es duque del Infantado, y vaya y sáqueme este memorial de donde quiera que estuviere, porque moriré de pena si no llega á mis manos.» Fue el duque en persona, y andando por los escritorios, halló el memorial que aún no se habia presentado á su majestad; trájole y el Padre alegrísimo le rasgó, dando mil gracias á Dios nuestro Señor y al duque por la merced que le habia hecho.

Tuvo grande don de consolar atribulados y afligidos dejándolos con sus prudentes, amorosas y santas razones, alentados y desahogados que ellos mismos no se conocian y juzgaban que ya eran otros. A los enfermos de ca-

sa visitaba muchas veces y los alegraba; y cuando no podia hacerlo por su persona, enviaba á su compañero para que los visitase de parte suya y les preguntase cómo estaban, y en esto tenia particular cuidado.

Fué muy devoto de la Vírgen nuestra Señora; rezábale cada dia su rosario, teníala por Madre, encomendábase mucho á ella. Antes que fuese á predicar, se hincaba de rodillas delante de una imágen que tenia de nuestra Señora, y la rezaba una *Salve* pidiéndola su favor y encomendandole el fruto del sermon; y cuando volvia de predicar, en entrando en su aposento, antes de quitarse el manteo, se volvia á hincar de rodillas y le rezaba otra *Salve* en accion de gracias, reconociendo por merced y favor suyo el buen suceso.

Predicaba sus alabanzas con grande gusto, y parecia cosa milagrosa verle la víspera del sermon tan apretado de sus achaques que se juzgaba no habia de poder predicar, y verle el dia siguiente en el púlpito que parecia otro hombre, lo cual le sucedia con particularidad cuando el sermon era de nuestra Señora; y el afecto grande que le tenia le movió á no querer imprimir otra cosa sino lo que toca á sus alabanzas, como lo hizo en los dos tomos de su *Marial,* que tan bien han parecido.

Los sábados en el refectorio, mientras le dieron lugar sus achaques y enfermedades, hincado de rodillas decia un Ave María, unas veces cantada, otras rezada, y luego besaba á todos los piés; y en su última enfermedad acudia muchas veces á esta Señora, pidiéndole su favor y ayuda con aquellas palabras: *María, Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege et hora mortis suscipe.*

Fué tambien devotísimo del Santísimo Sacramento; hacíale sus visitas pidiéndole su favor. Predicaba con grande gusto suyo y de los oyentes de este misterio. En la procesion de Juéves y Viérnes Santo llevaba siempre el incensario, y hacíalo de manera que ponia devocion el verle. Decia que en todo tiempo y en todo lugar deseaba él tener grande respeto y reverencia á nuestro Señor; pero particularmente en el altar, en el confesonario y en el púlpito, en las cuales partes siempre guardó mucha entereza y gravedad religiosa.

Todos los seglares le tenian extraña veneracion, estimándole por muy docto, muy santo y muy prudente, y esto no sólo la gente comun, sino toda la nobleza, hasta los mismos reyes y personas reales. La reina doña Isabel de Borbon tenia señalado cada semana dia y hora en que le fuese á hablar, en la cual comunicaba con él las cosas de su alma y conciencia. Tambien la reina doña Margarita de Austria le tuvo notable amor y una estimacion extraordinaria de su santidad, religion y prudencia.

Comunicaba con él todas las cosas de su alma y hacia grandes demostraciones significadoras de la estima grande que de él tenia; habíale tambien se-

ñalado dia y hora para que la fuese á hablar, y sucedió que, yendo una vez tarde, cuando se habia pasado la hora y estaba su majestad ocupada en otra cosa de importancia, dándole el recaudo de cómo ya estaba allí el P. Florencia, respondió: «Sea muy en hora buena; dejemos esto que por un rato de Florencia todo se ha de dejar.»

El rey Felipe III (que esté en gloria) gastaba con el Padre grandes ratos; comunicábale las elecciones de oficios, dignidades y prelacías, estimando en mucho su consejo y parecer; y fué causa de muchas buenas elecciones y promociones por tener, como tenia, un consejo prudencial libre de toda pasion, hijo de sola la razon y verdad, que son fuentes del acierto y enderezan siempre semejantes acciones á la mayor gloria de Dios nuestro Señor y al mayor bien del rey y reino, que era el blanco al cual el Padre en todos sus consejos tiraba.

Mandaba su majestad que se hallase en las juntas graves que de las cosas pertenecientes al reino se hacian, y en todas era estimado y alabado su parecer, por ser dicho con mucha claridad, distincion, bien fundado, apoyando las utilidades que en aquello hallaba y satisfaciendo á las dificultades que habia en contrario; y vez hubo en que dijo una persona muy grave que se podia venir muchas leguas por oirle decir su dicho al P. Florencia.

Cuando el rey le hizo su predicador, ordenó que se le diesen los mejores sermones; dióle tambien licencia para que predicase delante de su majestad sentado á título de su poca salud, cosa que no se habia hecho con predicador ninguno.

Cuando estuvo para morir el rey Felipe III, mandó le llamasen al P. Florencia: vinieron por él muy apriesa con un coche, enviando el del Infantado tres recados unos tras otros. En entrando, le salió á recibir al antecamara el Inquisidor general, confesor del rey, y á apercibir de que tratase á su majestad sólo de cosas de confianza, porque estaba algo descaecido, y dejase lo demas: respondió Florencia: «Señor, yo soy muy poco entremetido, y de esto V. S. I. es buen testigo, pues ha visto que en dos años no he entrado por sus puertas, y ahora vengo la primera vez á ver á su majestad (q. D. g.) llamado con tres arqueros.»

Con esto entraron en el retrete donde uno á grandes voces leia la Pasion. Tomó Florencia la mano é hizo un razonamiento, que á cuantos estaban allí les hizo llorar á hilo, y salió el Inquisidor general enjugando los ojos y diciendo: «En mi vida he oido cosa más discreta y espiritual que este razonamiento.» El rey se dió por muy servido, y dijo: «¡Ah buen Florencia! no os aparteis de aquí, hasta que me cerreis los ojos y será presto, que ya he dicho que me vayan á hacer el ataúd. Florencia, si yo me hubiera aprovechado de

vuestra doctrina, con qué otro consuelo me viera ahora,» y esto lo repitió en varias ocasiones muchas veces, tomándole las manos al Padre y apretandoselas con muestras de grande amor.

Hízole hacer muchos actos de contricion, repitiendo el piadoso rey como si fuera un niño cuanto le decia. Hízole pedir perdon á todos los que hubiese dado algun pesar. Pidiósele á Dios de las omisiones que habia tenido en el reinar y de no haber gobernado por su persona; de haber entregado su voluntad á otro que á Dios del cielo; de no haber sido cuidadoso en sus obligaciones; de no haber sido muy agradecido á sus criados y de no haberles hablado con mucho agrado.

Y despues de haberse arrepentido en público con grandísima humildad de todas estas cosas y otras que allí dijo, le suplicó el P. Florencia se quedase solo con su confesor, y de esto y lo demás que se acordase se reconciliase para recibir nuevas gracias, é hízolo así. Trajéronle las reliquias de S. Isidro, y llegándoselas á la cama, le suplicó fuese diciendo con él, y agradeció al Santo la salud que le habia dado en Casarrubios, y pidióle perdon de no haberla empleado como en aquella hora quisiera, é hízole un voto de labrarle una suntuosísima capilla, si ahora se la alcanzaba de Dios.

Tenia el rey sobre la cama una imágen de nuestra Señora; hizo la misma oracion y, doliéndose de no haber procurado con muchas veras se definiese su Inmaculada Concepcion, hizo voto de procurarlo con alma y vida, si le daba salud, delante de los dos confesores del rey y príncipe. Repitió muchas veces su majestad: «¡Ah, si Dios me diera vida, cuán diferentemente gobernara!»

Y volviéndose al P. Florencia le dijo: «¿Quién os puso á vos en la boca el miércoles de Ceniza: Alguno de los que me oyen no saldrá de la cuaresma? En mí se cumplió la sentencia, Florencia.» «Señor (dijo el Padre) cierto es que antes quisiera se cumpliera en mí, mas quiere Dios coronar á V. M. en el cielo.» «¡Ah! en otro tiempo así lo entendia yo (dijo el rey) cuando yo no veia tan cerca mis pecados; ahora no hallo cosa buena que me aliente, ni vos, cuando prediqueis en mis honras, hallareis qué decir, pero encárgoos que mireis por la honra de los muertos; yo confieso que no merezco me entierren en sagrado, que soy el mayor pecador del mundo.»

A estas palabras dichas con la mayor devocion que pudo imaginarse, salieron por los ojos de los presentes los corazones convertidos en agua. Entónces el diestro piloto, á quien regia el cielo, viendo lo que le combatia esta pasion de desconfianza: «¿Es poco, señor, dijo haber regido un reino veinte y dos años con tanta entereza, que V. M. decia que siempre ha hecho lo que entendia ser lo mejor y más justicia, y con tal ejemplo personal

como todo el mundo sabe, y á mí me ha dicho V. M. muchas veces que por todo el mundo no haria un pecado mortal?» ¿Esto no es así? «¿Y cómo?» respondió el rey. «¿Tras esto es poco, dijo el Padre, lo que V. M. ha hecho en Alemania, sustentando aquellas guerras con dineros y gente, y asegurando por este camino la cristiandad en Italia y España? ¿Fué poco echar de España los moriscos, perdiendo tanto de sus reales rentas por no tener en el reino quien no servia á Dios?»

»Dios os lo pague, Florencia, no os canseis, dijo el rey, que ya vamos ganando tierra; más alentado me siento; ¿qué merced quereis que os haga? decídmelo por vuestra vida.» Besóle la mano y agradeció aquel favor, y dijo que no queria una sino dos, dijo el rey tan presto: «¿En qué?» «¿Qué? me las concederá V. M. (dijo el Padre) y me da su real palabra?» Sí. Pues no quiero otra sino que haga un acto de verdadera contricion, y prometa que, dando Dios á V. M. salud, ha de castigar ruines y premiar buenos.» ¡Varon verdaderamente apostólico! pues teniendo en empeño la palabra de un rey que le deseaba gratificar un importantísimo y muy acepto servicio, no quiso amancillar la gloria de esto con premio que no fuera eterno.

Y fué más de alabar esta entereza en tiempo que el rey hablaba tan de veras y estaba repartiendo mercedes. Al de Uceda dió el de Consejo de Estado, aunque no lo aceptó, diciendo que nada podia recompensar lo que perdia, y muerto el rey, no queria más negocios. Al Prior del Escorial hizo Obispo de Tuy; á su confesor dió cuatro mil ducados de renta de por vida; proveyó dos plàzas del Consejo real en D. Juan de Frias del Consejo de Hacienda, y en D. Vereguel oidor de Valladolid, hombres muy beneméritos.

Como el P. Florencia estaba de rodillas más cerca de la cama, lo más de la conversacion era con él. Deciale: «Padre mio Florencia, no prediqueis ya otra cosa sino este espectáculo que veis; decid que digo yo que no sirve el ser rey en esta hora más que para atormentar el haberlo sido. ¡Quién hubiera vivido estos veinte y dos años en las Tebaidas, que estoy á riesgo de tormentos eternos! Decidme de esto vos que lo teneis bien ponderado:» «Señor, ¿quiere V. M. hacer ahora un acto que le valga más que lo que hubiera hecho todo ese tiempo en el yermo?» «¿Y cómo?» «Pues tome la monarquía y la vida y póngasela á Dios en las manos, resignándose en ella de todo corazon y verdad para hacer su voluntad. Sí hago ¿y esto basta? Sí señor, porque ¿cuál quisiera V. M., vivir ó estar estos años en el yermo?» respondió: «Vivir.» Luego ofrece V. M. á Dios cosa que estima más que el padecer como los anacoretas, que es la vida. Fuera de que Cristo, que es el supremo Rey del cielo, se precia mucho de ver á sus piés rendidos los reyes de la tierra, y los ángeles le están ahora dando el parabien de ver á V. M. rendido.

Y el rey repetia con gran ternura: «Sí lo estoy por cierto á estos piés, como el más vil gusano de la tierra,» besando los piés de un Cristo con que murió su padre y abuelo; fué la alhaja que dejó al príncipe más encargada que trajese en el corazon y memoria, y no dejó de sus manos mientras pudo sustentarle en ellas, diciéndole palabras devotísimas.

Entró el gobernador del arzobispado, y díjole: «Encárgoos mucho la buena educacion de Fernando, que le llevo atravesado en el corazon.» Pidióle el P. Florencia que llamase al príncipe y le diese buenos consejos, avisándole de los barrancos que hay en el gobierno, para que no perdiera en ellos los estribos, y como se enternecia mucho en verlo, dijo: «Vos se los dareis despues en mi nombre, y mirad que lo hagais, que tiene buen natural y lo sabrá aprovechar el príncipe; ¿qué digo, el príncipe? el rey, que yo no soy sino un monton de tierra.»

Esto pasó hasta las ocho del miércoles por la mañana, en que fué perdiendo el sentido. Decíale el confesor al P. Florencia que se echase sobre la cama y le dijese al oido «Jesus,» que hasta en aquel paso reconoceria la voz que tantas muestras habia dado de gustar de ella en vida; y fué así, que casi siempre que le decia, hasta muy tarde, mostraba sentido. A las nueve y media espiró, ya gozando de mucha paz y quietud. Salió el P. Florencia á una puerta que sale á los corredores del patio segundo, y dijo: «Encomendemos á Dios el alma de su majestad, que acaba de espirar ahora.»

Despues de la muerte de este piadoso rey, su hijo y sucesor, el rey Felipe IV, le hizo al P. Florencia confesor de sus hermanos los serenísimos infantes D. Cárlos y D. Fernando, que fué Cardenal de la Santa Iglesia, y mandó que predicase á las honras de su padre, y le hizo muchos favores, con los cuales mostró la grande estimacion que hacia de su persona.

La emperatriz doña María é infanta Sor Margarita de la Cruz, su hija, le quisieron y estimaron con extremo, llamándole muchas veces para comunicar sus cosas y tomar sus consejos y direcciones en materia de su espíritu. El señor infante Cardenal le tuvo particularísimo amor y aficion, estimaba sus consejos, guiábase por ellos, dábale gusto en las cosas que le pedia, cuando estaba enfermo le enviaba á visitar á menudo con los de su cámara, mandando que se le acudiese en cuanto hubiese menester; y una vez que estuvo de peligro le envió á decir de parte suya que descuidase de la comodidad y sustento de sus hermanas, que su Alteza cuidaria de ellas si sucediese que Dios nuestro Señor le llevase para sí, por haberle dicho que estaba con mucho peligro; y otras muchas demostraciones hizo con él, con las cuales claramente mostró lo mucho que le estimaba y el grande amor que su Alteza le tenia.

El duque de Lerma en tiempo de su valimiento y privanza le tuvo en gran veneracion é hizo mucho caudal de sus consejos; seguíale en su predicacion y con tan particulares demostraciones, que dejaba muchas veces los sermones de la capilla real, y se los venia á oir al Padre en nuestra casa, y, en oyéndoselos, hacia con él extraordinarias demostraciones, abrazándole al bajar del púlpito, pidiéndole la mano para besársela hincado de rodillas, acompañándole á su aposento y haciendo otras demostraciones semejantes á estas.

El conde de Olivares dió tambien muestras de lo que le estimaba y queria, enviándole á visitar muchas veces y enviándole cuanto hubiese menester para su regalo, dando órden á los médicos de la cámara para que lo visitasen y curasen con gran cuidado, y dándole gusto en lo que le pedia.

Finalmente, tuvieron la misma estimacion de su persona otros muchos grandes señores eclesiásticos y seglares; y no sólo en España, sino en los reinos extraños era célebre su nombre; y cuando venian á esta corte señores de Alemania, Francia é Italia acudian á visitarle y recibian gran gusto y contento en verle y comunicarle.

Al fin de su vida quiso nuestro Señor purificarle y acrisolarle para adornar su alma con aquel candor y pureza que pide el estado de la gloria; y en órden á esto le dió una perlesía con que le quitó el predicar, y quebró las alas con que tan gallardamente volaba, y le tuvo cuatro años lo más del tiempo en una cama tan olvidado de todos como si tal Florencia no hubiera en el mundo, y le labró y humilló de manera que estaba tan humilde como un niño, rendido á Dios, desengañado del mundo que desampara en la mayor necesidad, permitiendo nuestro Señor este desamparo de los hombres, para ejercicio del Padre y enseñanza nuestra.

Todo lo que hasta aquí habemos referido se lo habia en comun profetizado el P. Millan García, de buena memoria; porque, comenzando el P. Florencia á predicar en Alcalá con mucho concurso de la Universidad y villa, le oyó este Padre, y habiéndole contentado, dijo á un Padre grave de nuestra Compañía: «Este mozo predica á provecho y ha de ser grande en este oficio; ha de hacer mucho fruto en las almas y ha de ser muy seguido y aplaudido, pero al fin le labrará nuestro Señor algunos años con mucho desamparo y olvido de los que le estimaban y honraban; y así, al que con tanta aprobacion predicaba á tantos, le predicará nuestro Señor despacio en una cama y á solas;» todo lo cual al pié de la letra lo hemos visto cumplido.

Fuera de lo dicho, padeció muchos escrúpulos en este tiempo y se vió muy necesitado de consuelo y de consejo el que en otros tiempos los daba tan acertado á todos; acudia á su confesor con un rendimiento como si fuera una criatura ó un hombre sin letras ignorante. Esta humildad se la premió el

cielo con darle gran quietud y serenidad de conciencia en su última enfermedad, la cual fué unos recios dolores de estómago y una calentura continua con sus crecimientos.

Recibió el Viático con mucho gusto y devocion. Pidió perdon á los presentes del mal ejemplo que les habia dado, rogándoles que le encomendasen á nuestro Señor, para que Su Majestad le perdonase y diese por sus oraciones lo que él por sus pecados no merecia. Pidió el Sacramento de la Extremauncion muchas veces, y á su peticion y ordenándolo los médicos, un dia antes que muriese se le dió, estando muy en su sentido y recibiéndole con mucha devocion.

Este último dia de su vida le gastó en actos muy fervorosos de amor de Dios, de conformidad con su santísima voluntad, de contricion y dolor de sus pecados, de paciencia en sus dolores y otros semejantes; y poco antes de morir, tornó á pedir á los de casa que le encomendasen á Dios nuestro Señor, á quien dió su alma con mucha serenidad á las doce de la noche, sin haber perdido el juicio ni el hablar hasta espirar.

Su muerte fué muy sentida de los de casa y de los de fuera. Dijéronla los predicadores en los púlpitos, y hubo grande sentimiento y lágrimas en los oyentes, que aunque habia dias no gozaban de su doctrina, pero amábanle y estimábanle por lo que habia sido y por el gran provecho que con sus sermones habia hecho, y se consolaban en saber que vivia.

El Gobernador del arzobispado, D. Francisco de Mendoza, vino luego por la mañana á nuestra casa y quiso ver el cuerpo difunto; vióle, díjole un responso y, acabado, se hincó de rodillas y le besó la mano; esto mismo hicieron otros prelados y religiosos graves. A la tarde fué grande el concurso de gente que vino á su entierro, muchos Prelados, señores, caballeros, todas las Religiones é infinito pueblo.

Lleváronle en hombros los predicadores del rey, y enterróle la capilla real, y el dia siguiente se le hicieron las honras, á las cuales acudió toda la nobleza de la corte, muchos grandes y señores de título.

Fué su muerte el año de 1633 á 13 de marzo, que fué dia de sábado dedicado á la Vírgen, de quien fué devotísimo. Murió de sesenta y ocho años de edad y cincuenta y cuatro de Compañía.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE MONTALVO

UNO de los varones espirituales y doctos que ha tenido en este siglo nuestra Religion de la Compañía de Jesus fué el P. Juan del Montalvo, escogido de la mano del Señor para grande siervo suyo; porque, estando su madre preñada de él tuvo un grave accidente que la puso en peligro de la vida, y, volviéndose á Dios, le ofreció muy de corazon el hijo que tenia en sus entrañas para que le sirviese perpetuamente en su templo, si le sacaba de aquel riesgo, como le ofreció Ana, madre de Samuel, el suyo; y cumplió su promesa, criándole siempre con la leche de la devocion de la Santísima Vírgen, de quien era muy devota, y en cuyas manos le ofreció para el servicio de Dios; y así lo mostró en el discurso de su vida, siéndole siempre devotísimo, indicio manifiesto de haberle escogido Dios para su casa y servicio desde el vientre de su madre, como antiguamente á Samuel y á S. Juan Bautista, cuyo nombre tuvo y con el nombre las virtudes.

Dotóle Dios de un ingenio tan vivo y claro y tan inclinado á las letras y al estudio, que habiendo tenido tantos y tan excelentes discípulos el P. Gabriel Vazquez, luz y gloria de la sabiduría de nuestro siglo, afirmó varias veces que ninguno fué más aventajado que el P. Juan de Montalvo, y él aventajado á muchos, cuyo testimonio vale por mil, y es bastante para calificar las letras, ingenio y sabiduría de este insigne varon cuya vida aquí escribimos.

I

Su patria, padres, nacimiento y educacion hasta ser recibido en la Compañía.

Nació el P. Juan de Montalvo en la rica villa de Villatobas, lugar principal y populoso del arzobispado de Toledo; su nacimiento fué por octubre de 1572; su padre se llamó Juan García Morato, y su madre Isabel de Montalvo, ambos personas honradas y de lo más calificado de su pueblo, y, lo que más importa, muy cristianas y pías, y que como tales criaron á su hijo en el temor santo de Dios, enseñándole desde la cuna las oraciones de la Iglesia y el camino de la virtud.

Tuvieron poco que trabajar en su educacion, porque nació con él la piedad y religion, y la inclinacion á lo bueno, y una aversion á lo malo, que mostraba bien ser escogido de la mano del Señor.

Habia en su lugar dos ermitas, una de la Concepcion de nuestra Señora y otra de la Pasion de Cristo nuestro Señor, con una imágen devota que le representaba cuando fué con la cruz á cuestas; en ambas cursó este ángel los años de su niñez, gastando en ellas el tiempo que los otros niños gastaban en juegos y travesuras.

Requebrábase mucho, como con su propia madre, con la imágen de la Santísima Vírgen, y no se hartaba de mirarla ni quisiera salir de su presencia, y mirando á la de Cristo tan dolorido, lloraba de sentimiento, viendo y contemplando lo que habia padecido por él, y quisiera quitarle la cruz para que descansase y llevarla en su lugar, comenzando la contemplacion de los pasos de la vida del Redentor desde que tuvo el uso de la razon.

Aprendió las primeras letras con igual facilidad y presteza, dando muestras en los primeros rudimentos de la niñez de la felicidad de su ingenio. Su padre deseó que le ayudase á la labranza de las tierras en que se ocupaba: y aunque el tierno infante iba con él al campo por obedecerle, su inclinacion le tiraba al estudio de las letras, y la ocupacion de labrador le era muy contraria, y así lo significó á su padre, pidiéndole con humildad que le diese estudio, porque en él esperaba servir más á nuestro Señor que en la labranza.

No fué menester mucho para que su padre lo hiciese, así por el amor que le tenia, como porque, como tan pío, antepuso siempre el bien espiritual de su hijo á su comodidad y á las riquezas temporales; y así, le dió por maestro á un preceptor de gramática que habia en su lugar, y, viendo su buena habilidad para el estudio, le envió á la villa da Ocaña para que prosiguiese en los estudios que tiene allí la Compañía, á donde conoció á los nuestros, y se pagó mucho de su religioso trato, y quedó muy aficionado á la Religion.

En breve tiempo aprendió la gramática y retórica con grande suficiencia: y aunque aprovechó mucho en los estudios, aprovechó más en la virtud, ostentándose siempre ejemplo de todos los demás y esmerándose en la devocion de la Santísima Vírgen, á quien miró siempre como á madre, y así por esto como por su buena habilidad y su natural blando y suave, fué muy amado de todos sus maestros.

Acabados los estudios de gramática, volvió á su tierra y de allí le envió su padre á estudiar ciencias mayores á la Universidad de Alcalá con muchas lágrimas de su buena madre, que pronosticó lo que en la verdad sucedió, que no le habia de ver más; porque estuvo dos años en Alcalá, en los cuales murió su madre, echándole á la partida de este mundo, aunque desde léjos, su bendicion, que no dejó de caerle aunque no estaba presente, porque á todas partes alcanzan las bendiciones y las maldiciones de los padres; y aunque tu-

vo noticia de la muerte de su madre, no por esto interrumpió el estudio, anteponiendo el mayor servicio de Dios al consuelo de su padre.

En Alcalá fué el mismo que habia sido en Ocaña y en su tierra, virtuoso, ejemplar y santo y un dechado de un estudiante perfecto, haciendo en hábito secular una vida religiosa y ejemplarísima para todos los estudiantes, así en las confesiones á menudo, como en la honestidad y modestia y en el trato con religiosos y virtuosas compañías, huyendo como de la peste de las malas.

Era muy caritativo, y tanto, que se quitaba el bocado de la boca para darlo de limosna á los pobres; y le sucedió aquí lo que al glorioso Sto. Domingo en Osma, cuando era estudiante; porque, siendo el año muy estéril y padeciendo grande necesidad los pobres, fué tan grande su caridad, que vendió los libros para socorrer á los necesitados, no teniendo dineros que darles, que fué acto de extremada caridad y digno de un hombre santo como lo fué siempre el P. Juan de Montalvo.

Acabados los dos cursos, volvió á su tierra, y entrando en la casa de su padre, halló en lugar de madre una madrastra, porque el padre, hallándose solo y sin quien cuidase de su casa y hacienda, se habia casado.

Abrióle los ojos esta rueda de fortuna para conocer la inconstancia del mundo y para buscar madre que no le pudiese faltar; y tuvo buena ocasion, porque á la misma sazon vino á visitar aquel pueblo un Obispo sufragáneo del Arzobispo de Toledo, el cuál comunicó al P. Montalvo, y reconociendo su buena habilidad y mucha virtud, se le aficionó de manera que le pidió se fuese en su compañía, ofreciéndole estudio y toda comodidad en su casa.

Su padre tuvo gusto en ello y más el hijo por salir del poder de la madrastra y tambien por proseguir los estudios á la sombra de aquel Prelado, el cual le trató como á hijo y le estimó como á hermano, viendo que con su ejemplo y santa conversacion traia enfrenada su casa.

Fué á Toledo en compañía del Obispo, á donde prosiguió sus estudios y mucho más los de su virtud, en que aprovechando cada dia, le llamó nuestro Señor para la Religion de la Compañía, y respondiendo á su divina voz como siervo fiel y diligente, con presteza pidió ser recibido en ella.

Dióle cuenta al Obispo el cual vino en ello fácilmente, juzgando que habia de ser para mucha gloria de Dios; ofrecióle todo lo necesario para la jornada que habia de hacer al noviciado de Villarejo, adonde le enviaron á recibir la ropa; pero el siervo de Dios, ostentando desde luego el amor que tenia á la santa pobreza y á seguir á Cristo desnudo, no quiso admitir la oferta del Obispo, ántes repartió á sus criados las pobres alhajas que tenia, y despidién-

dose de todos con tantas lágrimas de sus compañeros como alegría suya, partió con otro compañero al noviciado.

Siendo forzoso pasar por su tierra, estuvo tan léjos del amor de sus padres y parientes, que al pasar por su propia puerta, dijo al compañero: «Aquí vive mi padre, piquemos y caminemos, no sea que salga y nos detenga;» y así, pasaron sin verle, y cuando el padre lo supo, lo sintió de manera que estuvo cerca de sacarle de la Religion por vía del Nuncio de Su Santidad; pero, acordándose de la oferta que habia hecho su madre á Dios de él cuando le tenia en las entrañas, se reportó, y conociendo que pagaba á Dios lo que le habia prometido, se conformó con su santa voluntad y le escribió una carta significándole su sentimiento por no haberle visto, y juntamente exhortándole a la perseverancia, en que mostró ser verdadero padre.

En el noviciado fué recibido de su santo Maestro el P. Nicolás Almazan como si llegara un ángel, y luego le dió la ropa de la Compañía en 27 de febrero de 1592, teniendo de edad veinte años no cumplidos y muchos de aprovechamiento, porque comenzó su noviciado con tan gran fervor y tan adelantado en todo género de virtudes, que parecia más acabarle que empezarle.

II

Su noviciado y estudios hasta ordenarse de sacerdote.

Como su muy diestro y espiritual Maestro del noviciado conoció la fortaleza del sujeto para sufrir la labor de la mortificacion y el pulimento del espíritu, labróle con toda seguridad de que por ningunos golpes faltaria en su firmeza, sino que ántes se perfeccionaria más en ella; y así, no perdonó a género de mortificacion y deshonra, dolor y amargura en que no le ejercitase, labrando con aquella generosa piedra un santo que fuese el ejemplo de todos y la honra de la Compañía; porque, sin duda, honra más la Religion un varon santo, que muchos de vida ordinaria, por muchas prendas que tengan.

Mandábale cosas opuestas, reprendíale las bien hechas, enviábale por las plázas y calles con un sayo jironado para que le gritasen como á loco y se ejercitase en paciencia y en los desprecios del mundo, y otras veces á la fuente por un cántaro de agua, mandándole que le llenase con una criba, y á barrer las ermitas con los palos de las escobas, y cosas semejantes, en que mortificaba su juicio, y le enseñaba á sufrir los desprecios del mundo y pisar sus honras y la estimacion de los hombres; todo lo cual hacia el fervoroso novicio con admirable alegría, creciendo su gozo al paso que se aumentaban los oprobios, tan léjos de excusarlos, que instaba á su Maestro por ellos,

acompañando estas mortificaciones con el riguroso tratamiento de su cuerpo, el cual martirizaba con asperísimos cilicios, rigurosos ayunos y cotidianas disciplinas, que continuó todos los dias de su vida, sin perdonar alguno, aunque fuese Pascua ó fiesta de las más solemnes del año.

Luego que fué recibido, se entró en la capilla de nuestra Señora adonde cursan los novicios, y postrado con lágrimas en su presencia, se ofreció á su servicio y le pidió que le recibiese debajo de sus alas y proteccion, y que como Madre piadosa le tuviese por su hijo, ofreciéndole de su parte serle fidelísimo esclavo suyo.

Y sin duda fué oido y aceptada esta ofrenda por la Reina del cielo, como lo declararon los continuos favores que recibió de su mano, como se verán en el discurso de su vida. A esta sazon llegó al noviciado el P. Miguel Rogerio, que fué el primero de la Compañía que entró á predicar en la China, y venia por sujetos que fuesen á convertir á la fe aquellos tan populosos como extendidos reinos.

Oyendo el fervoroso novicio la puerta que se abria al Evangelio y la necesidad de obreros para cultivar aquella viña, luego el primero de todos se ofreció á los Superiores para ir á la China á predicar á los gentiles y á dar la vida con gusto, si fuese necesario, por la fe de Cristo; mas, como Dios le tenia destinado para otros empleos de su servicio, no le cumplió esta peticion, contentándose con el deseo y aceptando la voluntad por la obra, como lo hizo con Abrahan en el sacrificio de su hijo, y lo hace muchas veces con otros siervos suyos; adonde podemos decir de este fervoroso novicio lo que de S. Martin dice la Iglesia, que faltó el martirio á la voluntad, pero no la voluntad al martirio; y si este fervor tenia en su noviciado, ¿cuál podremos creer le tendria cuando varon consumado, perfecto, maestro y dechado de todos?

A los ejercicios del Maestro de novicios le añadió otros Dios de no pequeña paciencia y sentimiento. El primero fué la muerte desgraciada de su padre y hermano menor llamado Baltasar; porque, saliendo ambos de su lugar para Toledo, á las primeras leguas se levantó una recia tempestad de agua, granizo, truenos y rayos, y queriendo favorecerse debajo de un árbol, cayó un rayo sobre los dos y les quitó las vidas, no perdonando á los animales que llevaban.

Cuando llegó esta nueva á los oidos de su buen hijo y hermano, sintiólo como tal, que no quiere Dios á sus siervos insensatos, sino sufridos y constantes en los trabajos, y tomó muy á pechos el hacer bien por sus almas, que fué lo que mayor pena le causaba haberlos cogido de repente, y la duda de si estaban en gracia y si se habian salvado.

Este dolor atravesaba su corazon y pedia á Dios por ambos, haciendo ri-

gurosa penitencia por sus almas y pidiendo á todos sus amigos y condiscípulos que le ayudasen á sacarlas del purgatorio; y quiso Su Divina Majestad pagarle esta obra de tanta piedad enviándole á su padre y hermano del purgatorio adonde estaban, los cuales, estando un dia en oracion, se le aparecieron los rostros tristes, como de hombres que penaban, y le agradecieron lo que por ellos hacia, pidiéndole que lo continuase.

Espantóse con su vista, y, sin reparar en ello, habló alto de manera que los demás novicios reconocieron que habia visto alguna cosa desacostumbrada. El siervo de Dios calló y disimuló la vision que manifestó despues á su Padre espiritual, por cuyo consejo continuó sus ejercicios y oraciones, y dentro de breve tiempo los vió ir gloriosos al cielo en forma de luz ó resplandor, con lo cual quedó muy consolado.

La segunda prueba que le envió Dios fueron muchas y graves enfermedades que le ocasionaron las continuas penitencias y la tarea de los estudios; porque, en acabando su noviciado, le enviaron á estudiar á Huete las letras humanas, y á Alcalá las divinas de la sagrada Teología, adonde con su fervoroso ejemplo despertó á los tibios y afervorizó á todos sus condiscípulos; porque su teson en la virtud fué de manera que nunca remitió un punto al fervor del noviciado, y hasta la muerte en todos los colegios y ocupaciones fué el ejemplo y dechado de su casa.

Cargáronle, pues, en los estudios tan penosas y continuas enfermedades, que á no ser su ingenio tan feliz, le hubiera impedido totalmente proseguirlos. Viéndose tan apurado, cayó en su corazon una tristeza grande, temiendo que habia de ser inutil en la Religion y que sólo habia de servir de carga, y con esta afliccion se juntó otra de escrúpulos y vehementes temores de condenarse.

Acometido con esta espada de dos filos, padecia grandes tristezas, las cuales reconoció un grande amigo suyo muy espiritual y santo, que fué el Padre Francisco de Otazo, que era su condiscípulo, y pasó á Filipinas, adonde trabajó apostólicamente por espacio de casi treinta años: declaróse con el el P. Montalvo, y el siervo de Dios le consoló en su afliccion y le pidió tuviese paciencia y confianza mientras encomendaba á Dios aquel negocio tan importante á la quietud de su alma.

El buen amigo oró por su amigo, y el fruto de su oracion fué como se pudiera desear; porque le apareció un ángel cuando oraba y le mostró el libro de los predestinados para el cielo, en el cual leyó algunos nombres, y entre ellos el de Juan de Montalvo, religioso de la Compañía de Jesus, y juntamente le declaró cómo sanaria de aquellas enfermedades que al presente padecia, y viviria muchos años, y seria hombre de letras y de gobierno en la Religion,

y luego desapareció, dejándole muy consolado con las noticias de esta revelacion, la cual manifestó al P. Montalvo con igual gozo de ambos, que dieron gracias á Dios por aquella merced, la cual vieron cumplida con el tiempo, como abajo se dirá.

Acabados sus estudios, se ordenó de sacerdote y tuvo aquel dia un gozo tan excesivo, que no le podia declarar ni juzgaba que le cabia en el corazon; y le pareció que interiormente le vistieron una vestidura admirable, que le apretaba y ceñia estrechamente. Con el nuevo estado se dió por obligado á nueva vida de mayor perfeccion, y así lo propuso en su alma, y lo ejecutó cuanto le dió lugar la enfermedad.

La primera Misa dijo de nuestra Señora, ofreciéndole como á madre y señora las primicias de su sacerdocio; siempre procuró disponerse para decirla con oracion y confesion, purificando su alma de cualquiera polvo de imperfeccion que sintiese en ella; decíala despacio y con tanta devocion, que la ponia á los oyentes.

Derramaba ordinariamente muchas lágrimas por verse en la presencia de su Dios, todo lo cual creció en adelante desde que una persona muy espiritual y de calificada santidad le dijo que, estando en oracion, le habia dado á entender Cristo nuestro Señor, que pendiente en la cruz le habia tenido presente en su memoria, y le habia escogido para sacerdote y para que con sus Misas y sacrificios volviese por sus agravios y aprovechase á los vivos y difuntos.

Con este aviso del cielo se enterneció el nuevo sacerdote, y de allí adelante procuró disponerse más para la Misa y decirla con mayor espacio, atencion, devocion y entera pronunciacion, y algunas veces la decia en una capilla retirada, adonde desplegaba sin nota las velas de su devocion al viento del Espíritu Santo, y se estaba dos horas y más regalándose con su Dios, en quien tenia libradas todas sus delicias.

Era tan devoto del Santísimo Sacramento del altar, que muchas veces al dia le visitaba y veneraba, no faltando en esto, por muchas ocupaciones que tuviese.

La noche de Navidad era muy grande la dulzura de devocion que bañaba su espíritu considerando aquel tiernísimo misterio; cantaba los maitines como si estuviera en los coros de los ángeles, y, acabados, decia una Misa con gran ternura y atencion, y luego volvia á la sacristía, y se desnudaba, y daba gracias con mucho espacio cerca de una hora, y volvia á vestirse, y decia la segunda Misa, y se tornaba á desnudar y á dar gracias con el mismo espacio, y volvia á vestirse y á decir la tercera Misa y terceras gracias, en que gastaba toda la noche y la mañana con singular gozo y consuelo de su alma.

III

Comienza á ejercitar los ministerios de la Compañía, y las cátedras que leyó.

Los hijos verdaderos de la Compañía son como los alcones generosos, que desde que nacen se abalanzan á la caza; así los hijos de S. Ignacio desde que entran en la Religion se abalanzan á la caza de las almas, que es el blanco de nuestra Religion; y así, nació en ella este hijo verdadero de S. Ignacio inclinado desde el primero dia que se vistió su librea y abrazó su instituto a buscar las almas perdidas y traerlas al servicio de su Dios con un celo ardiente de la salvacion de sus prójimos y ansias vivas de convertir todo el mundo, si le fuese posible.

Movido de este celo, siendo novicio, enseñaba la doctrina cristiana á los niños, y decia ejemplos de edificacion á los criados de casa, y hacia platicas espirituales á los pobres que venian á comer á nuestra puerta, y no perdonaba ocasion en que pudiese hacer algun fruto en sus prójimos que no lo hiciese, y por esto todas sus conversaciones con los de casa y de fuera eran espirituales y de cosas santas, especialmente de la devocion de nuestra Señora, que, como la tenia tan arraigada en el corazon, brotaba por la boca y procuraba imprimirla en los corazones de todos cuantos trataba.

Y, si cuando era novicio recien cortado del siglo y trasplantado en la Religion, tenia este celo santo ¿qué podemos creer haria despues cuando mayor y cuando antiguo y profeso, creciendo siempre con la edad el espíritu y el celo en este siervo de Dios?

Siendo estudiante y tan aquejado de enfermedades como se ha dicho, siempre que le daban treguas, salia á los pueblos de la comarca con otro compañero de su mismo espíritu, y enseñaban la doctrina á los labradores y á la gente del campo, y les hacian pláticas fervorosas, en especial de la confesion, de que cogieron copioso fruto los confesores, reduciendo muchas almas perdidas al rebaño del Señor.

En ordenándose, salió á una mision con otro Padre anciano; anduvieron muchos pueblos predicando, confesando y enseñando la doctrina que Cristo enseñó, y con ser la primera vez que predicó en forma despues de sacerdote, lo hizo con tan grande espíritu y con tanto sentimiento y mocion del pueblo, que la gente se deshacia en lágrimas, y venian las almas heridas á sus piés á pedir remedio y perdon de sus pecados.

El fruto que cogieron fué tan copioso y abundante, que de dia y de noche

estaban ocupados en las confesiones, reduciendo las almas á su Criador con tan grande gozo de su alma, como el que tienen los que siegan y cogen las mieses y con ellas el fruto de los trabajos de todo el año, segun lo ponderó el Profeta Isaías; y por esto llamó Cristo á sus Apóstoles y en ellos á todos los predicadores, segadores; *ego misi vos metere,* yo os envié á segar; y no dijo á sembrar, porque el sembrador no coge el fruto de su trabajo hasta pasados muchos meses en que rinde el fruto la semilla, pero el segador al paso que trabaja coge juntamente el fruto y tiene las manos llenas de la miés, sin esperar á más plazos.

Así son los misioneros de la Iglesia, que predicando y doctrinando cogen el fruto de su trabajo á manos llenas, y en bajando del púlpito al confesonario, no se dan manos á recoger las almas que Dios les dá por medio de su predicacion, como le sucedió al P. Juan de Montalvo en esta primera mision, de la cual quedó tan picado y tan codicioso de este ministerio y del fruto que se hace con él en los pueblos adonde se recibe esta lluvia del cielo á deseo y con sed de su salvacion, que pidió á los Superiores dedicarse toda su vida á las misiones; y verdaderamente hubiera hecho grandísimo fruto en ellas; pero atendiendo á su corta salud y á la necesidad que tenian de su persona para otros empleos, no se lo concedieron.

Aquí volvió á renovar las ansias de ir á las Indias á predicar á los infieles y á padecer martirio por Cristo, y fueron tan continuas las instancias que hizo por alcanzar esta licencia, que si en alguna cosa excedió en la obediencia, fué en esto, desconsolándose porque no alcanzaba el logro de sus deseos, hasta que, clamando á Dios en la oracion, le dió á entender que no era aquella su voluntad, sino que se rindiese totalmente á la de los Superiores, con que se quietó y sujetó á la obediencia, que es el camino de acertar y lo que Dios pide á todos, y en especial á los religiosos que le han sacrificado su voluntad por voto.

La primera ocupacion que le dieron de asiento fué Ministro y ayudante del Maestro de novicios, para que con su fervor los afervorizase, y con su prudencia los gobernase, y con su santa doctrina los instruyese en la observancia de la Religion.

En este ministerio gastó dos años instruyéndolos más con su ejemplo que con sus palabras, porque iba siempre delante de todos en la mortificacion, en la oracion, en la modestia, en el silencio y en todas las observancias de la Religion; y como era tan humilde, trabajador y tan afable en sus palabras y acciones, cándido como la paloma y prudente como la serpiente, robaba los corazones de todos, y los novicios le amaban como á padre, porque siempre hallaban en él entrañas de tal, y todos los de casa le miraban como á her-

mano, porque lo era más de todos que si hubieran nacido de un mismo vientre.

Mas como su ingenio era tan superior y sus letras tan aventajadas, en reparándose de salud, le ordenaron los Superiores que leyese Teología, y la primera cátedra que le dieron fué la de moral en el colegio de Ocaña, que fué la primera que tuvo el P. Gabriel Vazquez, para que en todo siguiese el discípulo al maestro.

Aquí leyó con suma aceptacion y dió tales muestras de su sabiduría, que en breve tiempo le dieron la cátedra de Vísperas de Teología escolástica de Múrcia, y despues la de Prima que leyó muchos años, hasta que le hicieron Rector del mismo colegio y Calificador de la santa Inquisicion, y despues lo fué del Supremo Consejo, pretendiendo todos á porfía aprovecharse de sus buenas letras y acertado parecer. Sus materias fueron siempre muy estimadas y se valieron de ellas otros buenos maestros para enseñar á sus discípulos.

Pero no es justo que pasemos tan de corrida por el discurso de la vida de un tan señalado varon, sepultando en silencio los ejemplos de virtud que nos dió en ella; porque, dejando á parte el teson que guardó siempre en la observancia religiosa que (como dijimos) fué el mismo que comenzó en el noviciado, así en el silencio, como en la oracion y mortificacion, y en la caridad para con todos, así de fuera como de casa; hizo otras acciones ejemplares que causaron admiracion, entre las cuales fué la que ahora diré.

Viéndose en Ocaña muy aplaudido y estimado así por su lectura como por sus sermones, porque siempre hizo á dos manos leyendo y predicando, sin olvidar la asistencia al confesonario para aprovechar en cuanto podia á sus prójimos; fuera de esto, para resguardo de su humildad hacia mortificaciones públicas para que le tuviesen en poco, entre las cuales fué una que se concertó con otro Padre espiritual, predicador del colegio, y ambos se vistieron sotanas pardas y en lugar de bonetes unos sombreros viejos; tomaron dos escudillas debajo del brazo, como pobres, un dia de grande solemnidad en que predicaba un famoso predicador y concurrió toda la villa á oirle en Sta. María, que es la iglesia principal.

Salieron en cuerpo pidiendo limosna por las calles, y fueron á la dicha iglesia en la mayor frecuencia del pueblo, y se hincaron de rodillas, y estuvieron á vista de todos una hora en oracion, y saliendo el predicador al púlpito, se levantaron y sentaron con los muchachos y pobres en las gradas del altar, y habiendo oido el sermon con mucha modestia, volvieron pidiendo limosna por las calles, con tan grande admiracion de todas las personas que los conocian, cuanta era la estima en que los tenian, la cual no perdieron sino au

mentaron, teniéndolos en mayor aprecio por su grande humildad; que cuanto los soberbios pierden por su jactancia, tanto ganan los humildes por su humillacion.

Siendo catedrático de Prima en Múrcia el siervo de Dios, esperaba á que se recogiese la casa, y cuando ninguno le veia, barria y limpiaba los lugares humildes de la comunidad y todos los vasos inmundos, y se volvia con disimulo á su aposento, lo cual como reparase el Ministro, le esperó encubierto para conocer quién era el bienhechor de aquella obra de humildad, y cuando vió al catedrático de Prima, aunque no se le hizo nuevo por saber su humildad, procuró moderarle en ella, con igual empacho y dolor del siervo de Dios, que como á su centro se inclinaba siempre al lugar más bajo y humilde, y se corria de verse en alto y honrado, recelando su caida y asegurando su firmeza con las obras de humildad.

Por este motivo visitaba á los enfermos, y les barria los aposentos, y hacia las camas, y limpiaba los vasos humildes, y les curaba las llagas; y hubo vez que, dándole asco, para vencerse, á ejemplo de otros santos, puso la boca en ella y la regaló con la lengua, alcanzando esta gloriosa victoria de sí mismo, con que venció aquella repugnancia, sin padecerla en adelante más.

Y no fué esta merced sola la que recibió de Dios en premio de su mortificacion y humildad, sino muchas ilustraciones y consuelos interiores con que se afervorizaba y animaba á mayores obras de penitencia y humildad.

Acabando un dia la Misa y recogiéndose á dar gracias con el reposo y espacio que solia, se transportó en Dios, y enajenado de los sentidos, fué llevado en espíritu de un varon venerable que le guiaba á una sala grande y bien aderezada, en la cual habia variedad de riquísimos vestidos de mucho precio y artificiosas labores, bordados de primorosos matices en campo de oro.

Convidóle aquel varon con todas aquellas riquezas, diciéndole que usase de ellas, y él respondió que no podia por ser pobre religioso: replicóle que por eso mismo podia mejor que otros; y estando en este coloquio, volvió á sus sentidos, y mirándose vestido de su pobre sotana, sonriéndose dijo: «Tan pobre me hallo como antes despues de tantas riquezas, que tales son las del mundo, aparentes y soñadas, tan frágiles y quebradizas, que en un punto pasan como una apresurada corriente.»

Pero en la verdad lo que le mostraron en aquellas ricas vestiduras fué las preciosas virtudes cón que su alma estaba interiormente adornada, aunque él no lo atribuyó á esto por su profunda humildad, con que siempre sintió muy bajamente de sí y muy bien de los demás.

IV

Es Rector del colegio de Múrcia y despues del noviciado de Villarejo, y los varios sucesos que tuvo en su gobierno.

Despues de haber leido doce años Teología con el crédito y estimacion que se ha dicho, fué electo Rector del mismo colegio de Múrcia, adonde habia leido con aplauso universal y gozo de todos, así religiosos como seglares, del Obispo y de la iglesia Catedral, porque como santo, docto y apacible, á todos era muy acepto.

Húbose en el gobierno no como Superior sino como súbdito y como hermano de todos; no mudó estilo en su vida ni en su modo de proceder, estudiando en dar gusto y tener consolados y en paz á los suyos.

Como era de su natural manso y amoroso y juntaba con estas virtudes la humildad y mortificacion y el ejemplo de la vida, robaba los corazones de todos con una dulce violencia con que por una parte era amado como padre, y por otra estimado como santo y respetado como Superior; porque con esta afabilidad no le faltaba valor para refrenar á los osados y castigar á los tibios, cuando era menester; porque el buen Superior (como enseña S. Gregorio) debe ser como la abeja, que tenga miel y aguijon; la miel de la suavidad y blandura, y el aguijon del castigo y el rigor cuando fuere menester.

Cumpliendo, pues, con esta obligacion el nuevo Rector, sucedió que el predicador de su colegio con más celo que prudencia habló en la iglesia Catedral, predicando sangrientamente de los canónigos y su Cabildo, el cual dió sus quejas al Rector, y, averiguada la verdad, le castigó severamente, y le privó del púlpito, y sacó de la ciudad para escarmiento suyo y de los demas predicadores que tenia debajo de su obediencia, con que el Cabildo quedó satisfecho y alabó el valor y rectitud del Superior.

Otro maestro en quien corrian parejas las letras de la cátedra y la destreza en el púlpito, dijo predicando algunas palabras ménos ajustadas y más ofensivas que debia de la dignidad de los grandes de España. Hallóse presente uno de ellos que, ofendido del predicador, tomó la causa por todos y vino acompañado á dar sus quejas al Rector, antes que llegase á su noticia el arrojo de su predicador.

Aunque le cogió desprevenido del caso, su prudencia dió buen corte á la indignacion del grande, porque, dándole sus quejas con mucho sentimiento del agravio, respondió: «Cuando yo, señor, tomé el rectorado, no me obligué á defender todos los yerros de mis súbditos, á corregirlos sí, como lo har

con este;» á que el grande señor le atajó diciendo: «V. P. no diga más, que con tan discreta razon yo quedo muy satisfecho y obligado á servir así á V. P. como á toda la Religion, y no quiero del predicador más de que reconozca la verdad, para que otra vez no se arroje á decir semejante razon,» y de allí adelante quedó muy amigo suyo, y se apagó el fuego que se iba encendiendo, que como tocaba en el honor y autoridad de tantos y de tan grandes señores, podia causar grande daño así al colegio como á la Compañía.

Aumentó con su fervor lo espiritual y temporal del colegio y los ministerios con los prójimos, porque al paso que se encienden las ascuas, dan calor, y como encendió á todos en espíritu y fervor de observancia, oracion y penitencia, arrojaron llamas de caridad en los corazones de los seglares; nunca se vieron en el colegio mayores auditorios, ni más frecuencia de confesiones, ni más ejemplares conversiones.

El predicaba los ejemplos por las tardes con tan grande fuego de espíritu que aterraba y compungia á los oyentes; envió misiones por la comarca, para que el fruto no se limitase á sola la ciudad. Aumentó las cátedras de Filosofía y las de Teología con nuevos y buenos maestros, y á uno de los más doctos, que no daba el ejemplo que debia á los discípulos, castigó ejemplarmente; y no se corrigiendo, dió órden de cortarle como á miembro podrido y despedirle de la Religion, porque no inficionase á los demás, anteponiendo la virtud á las letras y la observancia religiosa á todo el lustre temporal.

Era muy liberal, así con los de casa, dándoles lo que habia menester cumplidamente, como con los de fuera, gratificando á nuestros bienhechores y haciendo largas limosnas á los pobres; y á los que le iban á la mano alegando la necesidad del colegio, respondia que ningun medio habia mejor para remediarle que aumentar la limosna de los pobres, porque son la tierra fértil que da ciento por uno.

Traia el ejemplo del colegio de Madrid que en un año muy estéril padeció gran necesidad, y juntándóse los Padres á consulta para buscar medios con que poderle remediar, despues de haber dado algunos, dió el mejor un Padre anciano espiritual, diciendo que se doblase la limosna que se daba á los pobres y por este medio les socorreria Dios, y todos le abrazaron, ejecutaron y tuvieron abundancia y les sobró; que de esta suerte paga Dios á los que confian en su piedad y la tienen para con sus prójimos; y así, dejó grandes aumentos en el de Múrcia este siervo de Dios cuando acabó su rectorado.

Llegó el año de ventiuno, en que acababa su oficio, y antes que le dejase, estuvo elegido para Rector del Villarejo de Fuentes y Maestro de los novicios que tiene la Compañía en aquella casa, en la cual entró por noviembre

del dicho año á criar aquella juventud, en que hizo alarde del fervor de su espíritu y del grande caudal de su prudencia.

No parecia que habia venido por Maestro sino por novicio, segun el denuedo con que comenzó la mortificacion de su cuerpo, el silencio, la oracion, las mortificaciones públicas y secretas, dejando atrás á todos los novicios más fervorosos y más codiciosos de su aprovechamiento.

Guardó tal clausura en su aposento, que sin urgente causa ninguno le vió andar por la casa, ni en el patio, ni en la huerta, ni en la galería ó mirador, y mucho ménos fuera de casa; ya se sabia que sus estancias eran en el coro con el Santísimo Sacramento, ó en la capilla con nuestra Señora, y, fuera de estos dos nidos, siempre estaba en su aposento.

Era el primero en las mortificaciones públicas en el refectorio, besando los piés á todos, diciendo sus faltas, saliendo con disciplina muchas veces y haciendo otras mortificaciones, y en especial las vísperas de nuestra Señora, como luego diremos. Ayunaba todos los dias con lo que daba la Comunidad por excusar la nota de la singularidad, comiendo á mediodia parcamente y tomando por la noche una corta colacion de dos ó tres onzas de pan y alguna vianda para beber.

Usaba siempre de un saco de cilicio de cerdas largo que traia á raíz de las carnes sin quitársele dia alguno sino era para limpiarle, y traia una cruz de una tercia en el pecho sembrada de puntas de acero; dormia muchas veces en el suelo, y, por grande regalo vestido, sobre un colchonzuelo; levantábase dos horas antes que la Comunidad, y cada dia tenia tres y cuatro horas de oracion, sin la vocal que eran pocas ménos, porque rezaba cada dia de rodillas el Rosario entero á nuestra Señora y las horas Canónicas tambien; las disciplinas eran cotidianas hasta derramar sangre.

Esta vida entabló para sí el nuevo Maestro de novicios, exhortándolos con su ejemplo á la perfeccion, que es la más eficaz exhortacion, como enseña S. Gregorio; y con esta y las pláticas que les hacia encendidas en fuego de caridad, se afervorizaban de manera que era necesario tirarles la rienda de la penitencia para poderla llevar; y como era tan afable, manso y caritativo, su trato era como de leche y miel, y hallaban en él padre y madre que los consolaba y alentaba para servir á Dios con alegría y consuelo de sus almas.

Con esta leche dulcísima criaba á sus novicios y alimentaba á sus súbditos, persuadiendo á todos que fuesen devotísimos de la Sacratísima Vírgen, sin dejar piedra por mover para imprimir en sus corazones esta tierna y fructuosa devocion en muy subido grado.

Hay en la capilla del noviciado de Villarejo de Fuentes una imágen devotísima de nuestra Señora del Populo, que por tradicion se sabe que la tra

jo de Roma S. Francisco de Borja: está rica y curiosamente adornada y es la Madre de aquel devoto noviciado, seminario de lo más lustroso y ejemplar en religion y letras que ha tenido esta provincia.

Su vocacion es la Asuncion á los cielos de la Santísima Vírgen, la cual celebró el devoto Superior los años que estuvo en aquella casa con toda la devocion que alcanzaron sus fuerzas, gastando muchas horas en oracion en su presencia todos los dias de su octava, añadiendo muchas penitencias y mortificaciones, así secretas como públicas, y convidando á todos para lo mismo; que estos son los festines y banquetes con que los verdaderos siervos de Dios celebran dignamente sus fiestas.

Para mayor solemnidad repartia á todo el noviciado en cuadrillas, señalando ocho cuadrilleros para los ocho dias, y él lo era de los antiguos y profesos de la casa, que era la del mayor número, siendo el primero siempre en estos santos ejercicios.

Los que cada cuadrilla hacia en su dia eran los siguientes: cuatro horas de oracion mental delante de la santa imágen de la capilla, disciplina en despertando, cilicio de todo el dia, silencio inviolable sin hablar palabra con persona alguna, guardando la lengua y el corazon para sólo Dios.

Hacian en el refectorio todas las mortificaciones públicas que acostumbra la Religion, postrábanse en el suelo para que todos pasasen por encima, luego salia toda la cuadrilla siguiendo á su cuadrillero con disciplina pública; volvian con el mismo órden todos en cuerpo y daban una vuelta al refectorio, hincábanse de rodillas y cantaban juntos con mucha devocion el *Ave María;* luego tomaban sus sotanas, y volvian al refectorio, y decian sus faltas, y besaban los piés á los que estaban sentados.

Ayunaban aquel dia y comian unos en pié, otros de rodillas y otros debajo de las mesas; otros pedian la comida de limosna y la suya daban á los pobres, porque para todo se les concedia larga licencia; y el santo Rector hacia en esta octava pláticas de nuestra Señora con tal ternura y devocion, que la ponia cordialísima á todos cuantos le oíamos, y digo oíamos, porque hablo de experiencia por haberme hallado en alguno de estos festines espirituales con grande usura mia.

No podia quedar sin premio tan fervorosa accion y servicio tan grato á la beatísima Vírgen, siendo, como es, sumamente agradecida, y así, le pagó á su fidelísimo siervo con la merced siguiente: estando en oracion delante de aquella sagrada imágen el dia siguiente á su Asuncion bien entrada la noche, con la fuerza de la oracion quedó absorto de sus sentidos y vió á la Sacratísima Vírgen María sobre el altar y cerca de donde estaba, más hermosa y resplandeciente que el sol.

Careóse con él mirándole con ojos amorosos, con cuya vista se bañó su alma de una inefable dulzura; mirábala humilde, encogido y agradecido á tan grande favor, el cual no paró en sólo mirarle, sino que pasó á lo interior de su alma ilustrándola con luces celestiales, con las cuales le comunicó la inteligencia de muchos misterios divinos y un conocimiento grande de su bajeza, fundándole de nuevo en humildad, para que no le envaneciesen los favores que le hacia, porque los diestros artífices tanto más ahondan los fundamentos cuanto más alto levantan el edificio, y si S. Pablo temia ser derribado del viento de la estimacion, que engendran las revelaciones y los favores de Dios, ¿quien no lo temerá? ¿y quién no se resguardará en ellos?

Y así, la beatísima Vírgen resguardó á su siervo con el lastre del conocimiento propio cuando le hacia tan singulares mercedes, las cuales pasaron tan adelante en esta ocasion, que llegándose á él, le tomó el rosario que tenia en las manos, porque este era el timon y gobernalle con que enderezaba su espíritu á Dios y á su Santísima Madre, la cual se le puso en su propio cuello adornándose con él como con rica cadena de perlas y diamantes; que tal estima hace de las oraciones de sus siervos.

Túvole un rato, y luego se le quitó y le volvió á poner en las manos de su siervo, el cual quedó desde aquel dia como abrasado en la devocion de esta celestial Señora, y con una ternura tan grande en su corazon que, siempre que la oia nombrar, se derretia en lágrimas, acordándose de esta merced y de las demás que le hizo, y nunca negó cosa que le pidiesen por ella.

Tuvo aquel rosario en tal estimacion, que jamás le apartó de sí en vida, ni en muerte, ni despues de muerto; porque, como veremos, se hizo enterrar con él, llevándole como un amante por prenda del amor de quien tanto ama, y por escudo y defensa para salir victorioso de todos sus enemigos, sabiendo por experiencia cuán poderoso es contra las furias infernales y de cuanta estima y valor en el acatamiento de Dios.

V

Las batallas que tuvo con el demonio y casos que sucedieron á sus novicios.

No pudo el comun enemigo sufrir tales favores y tales aumentos de virtud sin hacer guerra mortal á este siervo de Dios; y así, tocó el arma contra él, moviendo todo el infierno para derribarle; y fué esto tan cierto y sabido que, estando una noche orando en la capilla delante de la imágen de nuestra Señora, oyó unas voces sensibles que decian: *Guerra, guerra*, las cuales sintie-

ron los vecinos, pero no las entendieron como él, que conoció tocaba al arma el infierno para hacerle guerra.

No por esto desmayó, ántes se preparó para la batalla con nuevas penitencia y oracion, y desde aquella hora comenzó á sentir importunas tentaciones, primero de vanidad, luego de escrúpulos, despues de lascivia, de que con la gracia divina salió vencedor.

Luego empezó la guerra más al descubierto, apareciéndosele el demonio en varias figuras espantosas, y haciendo espantoso ruido para aterrarle en la oracion, pero él, sin hacer caso del demonio, perseveraba más tiempo cuanto más le procuraba impedir.

Una noche bajó á tomar disciplina á la bóveda por no ser sentido de los de casa, y, queriéndola empezar, oyó ruido; estuvo suspenso sospechando que habia alguno que le oyese, y como no oyese nada, comenzó su disciplina y luego oyó que le decian: «Miserable, ten lástima de ti que te consumes sin provecho, mira por tu salud, que la habrás menester para adelante, y pues que estás tan galan, bailemos los dos un poco.»

Conoció el Padre que eran voces de su enemigo, y, sin turbarse, respondió: «Baila tú, que yo te haré el son,» y prosiguió su disciplina con grandísimo fervor, y el demonio huyó corrido, viendo que no le podia vencer.

Pasando otra noche al coro, vió al demonio en un rincon para espantarle, y sin hacer caso de él prosiguió á su oracion, diciéndole por desprecio: «¿Ahí estais, calcillas? como sois enemigo de luz, estais en el rincon,» y como se vió despreciado, huyó corrido y le dejó.

Por estas victorias le dotó nuestro Señor de un don de discernir espíritus, dándole singularmente luz para conocer el bueno, que proviene de Dios y el malo, que es hijo del demonio; y en esto sirvió mucho á la Religion para conocer los sujetos que eran dignos de ella, y al tribunal del santo Oficio de la Inquisicion en materias gravísimas y de mucha dificultad, las cuales aclaró con la luz que tenia del cielo, y en prueba de esta verdad me ha parecido poner aquí el caso siguiente:

Fué recibido en la Compañía un estudiante hijo de buenos padres con opinion de virtuoso; tal se mostró al principio debajo de la disciplina de nuestro Maestro, el cual á pocos lances fué descubriendo el mal espíritu de aquel mozo y calando sus fingimientos, porque en la verdad su virtud era sólo en la apariencia, y debajo de piel de oveja traia corazon de lobo, y, como tal, empezó á hacer riza en el rebaño del Señor, inquietando el noviciado con embustes y mentiras.

Mas el buen pastor que le regia y estaba siempre en centinela sobre sus ovejas, le apartó luego con presteza despidiéndole de la Religion, porque no

pegase la roña á su ganado. Tenia en ella parientes, á los cuales dió muchas quejas del Rector el despedido, justificando su causa y culpando al Superior.

Sus padres tambien, como eran honrados, se dieron por sentidos y unos con otros acudieron al Provincial, el cual, deseoso de satisfacer á todos, dió un corte en este caso y fué recibirle segunda vez y ponerle en el noviciado de Madrid, adonde habia otro diferente Maestro, con el cual esperaba que se hallaria mejor.

El P. Juan de Montalvo resistió á esta determinacion, avisando que aquel mozo no tenia buen espíritu y que no convenia recibirle en la Compañía; pero al fin vencieron las lágrimas del pretendiente juntas con las de sus padres y las instancias de los parientes que tenia en la Religion, y fué recibido en ella; porque á una violencia mal se puede resistir, y, como enseña el Derecho, los ruegos importunos son un linaje de violencia que no se puede resistir.

Pero el nuevo novicio volvió presto por su antiguo Maestro, porque hizo tales cosas movido del mal espíritu, que en pocos meses se dió claramente á conocer y fué segunda vez despedido como planta adulterina, indigno de ser plantado en el paraíso de la Religion, alabando todos la luz y la destreza del P. Juan de Montalvo en conocer el bueno y mal espíritu, por muy disimulado que estuviese; y, para que se vea más claro, proseguiré los sucesos bien extraños que tuvo este desdichado expulso.

Afrentado su padre de verle despedido dos veces de la Compañía, no quiso recibirle en su casa; que tal amparo hallan los que dejan la de Dios. Sus parientes le volvieron las espaldas, y el pobre, despechado y aburrido, resolvió de entrarse en otra Religion más acosado de la necesidad, que movido de la devocion.

Eligió la de los Padres Descalzos de S. Francisco; fué admitido y despedido en poco tiempo, porque Religion tan santa no pudo sufrir tan mal espíritu. Hallándose así afrentado, pobre y desamparado de los suyos, entró en otra Religion bien grave, en la cual, usando de sus malas mañas, hizo tales embustes, asentando pacto con Satanás, que fué tenido por santo y por varon milagroso y estimado como tal en su noviciado, porque se mostraba elevado y absorto, y algunas veces le resplandecia el rostro en la oracion despidiendo rayos de luz como pintan á los santos.

De noche sentian ruidos tremendos en su celda, y él daba lastimosos gemidos que atemorizaban á sus connovicios, y á la mañana amanecia acardenalado, y decia que le atormentaban los demonios; y aconteció tal vez acudir los frailes al ruido y hallarle hecho un ovillo enlazados los piés y las manos

tan fuertemente, que muchos de gran fuerza no podian desasirle, y dándose por vencidos, hacia el fingido santo y verdadero embustero que le rociasen con agua bendita, y al punto se desenlazaba, y extendia, y quedaba bueno y sano con pasmo y admiracion de los frailes que no cesaban de venerarle como á santo, y como á tal le dieron la profesion con grandísima solemnidad, esperando de tales príncipios un santo canonizado en él que honrase su Religion.

Pero desengañólos presto, porque el árbol malo no puede dar buen fruto, y el que dió este descubrió su corazon; porque, dándole licencia para ir á visitar sus parientes, entró en casa de un caballero, que era Hermano de la Orden y hospedaba á los religiosos: tenia una hija casadera de igual honestidad y hermosura; enamoróse de ella y, para conquistar á padre y á hija, pasó su camino, y dentro de breves dias volvió al mismo lugar vestido ricamente con hábito de Alcántara en los pechos, con aparato de criados, caballos y dineros que gastar; ayudándole el demonio á todo para despeñarle en el abismo de la maldad.

Fué á visitar al caballero y diósele á conocer, diciéndole que él era el fraile que poco antes habia hospedado en su casa, pero que le hacia saber que no era fraile sino criado del infante Cardenal y muy valido suyo, y que por una pendencia con otro caballero á quien dejó herido, habia salido de Madrid disimulado en hábito de fraile, y que el infante y su padre (fingiendo ser un gran caballero) le escribian cómo ya se componia aquel negocio y volveria á la corte.

De todo le mostró cartas fingidas, á que el caballero dió crédito, ofreciéndole cortés su casa, si queria venirse á ella: admitióla con gusto, entró repartiendo joyas y dineros á los criados, con que cautivó sus voluntades, que no hay tirano más dulce que el dinero, ni que más esclavos haga: últimamente le pidió á su hija por mujer y el caballero se la dió, ciego con el resplandor de la nobleza y hacienda que publicaba.

Tres meses hizo vida con ella, fingiendo cartas cada dia del infante Cardenal y de los señores de la corte, hasta que el suegro entró en sospechas con la dilacion, y quiso venir á Madrid á enterarse de la verdad.

Aplaudió á ello el fingido y alevoso, para deslumbrarle; vinieron á la corte, y á pocos lances se desapareció, dejándole burlado; acudió á la Religion á informarse si era fraile; conociéronle por las señas que dió, lloró su desdicha y dió parte á la Inquisicion de lo que pasaba, la cual prendió al mal religioso, y, sustanciada su causa, le sacaron al auto que se hizo en Madrid en presencia de los reyes el año de 1632, en que fué el primero penitenciado y sentenciado á azotes y galeras, con dolor suyo y afrenta de su linaje.

Este caso está en el cuarto diálogo añadido á los tres del P. Pedro Rivadeneira de los casos trágicos sucedidos á los expulsos de la Compañía, y yo le he querido referir aquí por haber sido novicio y despedido del Padre Montalvo, así para escarmiento de los que le leyeren, como para testigo de su sabiduría y de la luz y destreza que tuvo en discernir espíritus, al cual quiero añadir otros dos sucesos desastrados de dos novicios suyos, nobles caballeros principales, de ingenio y prendas para aprovechar en la Compañía.

Faltóles lo mejor, que fué la perseverancia, y tomar como debieran la doctrina de su santo Maestro, y seguir las huellas de sus ejemplos y santa vida, por lo cual, viendo que no se ajustaban á la observancia religiosa, no dudó despedirlos de la Religion, anteponiendo la virtud á la nobleza, y el espíritu de la Religion á todos los haberes del siglo.

Ambos salieron ufanos y gustosos, porque, como no tenían espíritu, suspiraban en el paraíso de la Compañía por las ollas de Egipto, y, ciegos con la pasion y el deseo de la libertad, no miraban su daño, prometiéndose grandes felicidades en el mundo; pero dióles las que siempre da á sus amadores, á quien saca de la casa de Dios con el oropel que brilla en las honras y deleites del siglo, muriendo ambos brevemente con infelicísimos sucesos.

El primero, que conocí y traté, se dió como caballo desbocado á los vicios, consumida su corta hacienda, vivió como de limosna pocos años á merced de sus deudos, y, mal aconsejado, se casó por amores con una dama pobre y se lograron tan poco, que en breves dias le mataron á puñaladas en la casa del juego, desde donde partió su alma á dar cuenta de su vida al tribunal de Cristo, que sin duda partiera más seguro de la Religion de la Compañía; y su triste esposa vino por su cuerpo difunto y le llevó en un carro á enterrar con más lágrimas que pompa; que á tales hombres ni vivos ni muertos no hay quien los mire.

El segundo fué á su tierra, la cual dentro de pocos dias se abrasó de peste, cuyo contagio entró en su casa y dió á él el primero, y viéndose desamparado de los suyos, rogó á un amigo que tomase su hacienda y le curase, pero tampoco quiso, temiendo participar de la peste con su dinero, y así, murió desamparado de todos, amigos y parientes, y le sacaron al campo en un carro con otros cuerpos apestados á echarle en una profunda hoya, y por llegar de noche los carreteros, dejaron los cuerpos en el campo para enterrarlos por la mañana: ¡cosa notable! salieron perros de la ciudad á cebarse en los cuerpos, y, siendo tantos, los dejaron todos y sólo comieron el de este caballero expulso, novicio que habia sido del P. Montalvo, castigándole Dios manifiestamente por haber despreciado su doctrina y sus consejos.

VI

Va del noviciado por compañero del Provincial; es Rector de los colegios de Alcalá y Madrid, y pasa á Roma Procurador de la provincia.

Estando nuestro santo Rector gozando en quietud del paraíso de su noviciado, que por tal tenia y como á tal amaba aquella retirada y devota casa del Villarejo, le vino una obediencia para el deseo de su quietud harto pesada, y fué que luego dejase aquella ocupacion y se partiese á verse con su Provincial, porque nuestro P. General, á instancia del Provincial, le habia señalado por secretario de ella.

Aunque la nueva ocupacion era tan repugnante á sus intentos y al amor que tenia á su recogimiento, pero, como tan obediente, bajó la cabeza al yugo, y salió de su amado retiro, y fué á ser compañero Admonitor, confesor y secretario del Provincial, que tenia tal estima de su persona, mirando juntos en él tantos y tan lucidos talentos de santidad, letras, púlpito, gobierno, discrecion, afabilidad y trato religioso, que cada uno era bastante para hacer un gran sujeto, y repartidos entre muchos hicieran muchos hombres grandes.

Conociendo, pues, su grande eminencia el Provincial, no se ofreció cosa grande para que no le consultase, y así, le propuso para Rector del colegio de Alcalá, que es el máximo de la provincia, y para el de Madrid, que es el más autorizado, y para Provincial y Asistente, y para confesor del infante Cardenal á falta del P. Florencia; y todo lo merecia, y, sino fueron los dos últimos, todos los puestos ocupó empezando por el de secretario que le duró poco tiempo; pero el que le duró le hizo con gran satisfaccion y con igual gusto del Provincial y consuelo de toda la provincia, porque era madre piadosa en las visitas, que templaba al Superior, y ángel de paz que la ponia entre los desavenidos, y juntamente hacia pláticas, y predicaba á los seglares, y confesaba á cuantos venian, como si ir á visitar á la provincia fuera ir á hacer mision, la cual hacia tambien á los de casa, predicándoles con su ejemplo y afervorizándoles con su edificacion.

No duró seis meses cabales en esta ocupacion, porque nuestro P. General le envió patente de Rector del colegio de Alcalá, adonde entró el año de 1624 y fué recibido como un ángel del cielo con gozo universal de todos; sólo faltó el suyo, que apetecia más obedecer que mandar, y ser súbdito que Superior; pero trájole Dios á esta casa para hacer alarde de su paciencia, religion y caridad en las grandes ocasiones que tuvo.

Aquí trasladó la vida que habia entablado en el noviciado, añadiendo nue-

vas penitencias y mortificaciones, así públicas como secretas, para afervorizar á los discípulos y maestros. Notaron que echaba chinas en los zapatos para no dar paso sin dolor, y, que nunca se defendia del sol, ni del aire, ni del frio, ni del calor para padecer más por Dios.

Fué vigilantísimo en la observancia religiosa, celándola siempre á costa de sus desvelos, y en particular de la oracion, que es como el alma del religioso y como el calor natural que da vida al corazon. Anteponia siempre los mas observantes á los mas tibios, aunque no fuesen tan aventajados estudiantes, y decia que los talentos sin virtud son como las hojarascas que se las lleva el aire y dañan más que aprovechan; y por esto se inclinaba siempre á los más devotos, humildes, callados y ejemplares; que cada ave (como dice el Espíritu Santo) se junta á su semejante.

El primer año de su gobierno dió un contagio en el colegio de un pestilencial tabardillo que cundió como landres, y fué de manera que pasaron de sesenta los enfermos, y se hallaron cuarenta juntos en las camas y más de veinte convalecientes al mismo tiempo; murieron trece, y fué raro á quien no tocó el contagio, que duró por cuatro meses.

Aquí ostentó el santo Rector su caridad, su liberalidad, su amor, su humildad y su piedad para con todos, porque se trocó de Rector en enfermero, sirviendo y asistiendo á todos con admirable solicitud, diligencia y caridad. Estuvo á la cabecera de los moribundos ayudándolos y esforzándolos en aquel trance, y, despues de muertos, á enterrarlos; á los enfermos daba la comida, las medicinas y los regalos, comprándolos á precios excesivos porque no les faltase.

Andaba con los médicos, cirujanos y barberos, y con los enfermeros y cocineros solicitando la comida y salud de los suyos, hecho todo á todos, porque nada les faltase; tomó dineros á censo y no reparó en gasto de medicina, por costosa que fuese, para curarlos, y siempre con una boca de risa y una afabilidad y gusto, que le ponia á todos en el trabajo.

Entró el curso del estudio, y faltando un maestro de Teología, porque no faltasen las lecciones, sustituyó la cátedra, y leyó á los de casa y de fuera, y arguyó en los actos de las Religiones con tanto lustre y crédito del colegio, como sino tuviera otra cosa á su cargo.

Con el aliento y espíritu con que acudia á todo, obligaba á nuestro Señor á que le conservase la salud que le dió en tantos y tan desmedidos trabajos, que á juicio de los que le miraban, tenian por imposible llevar naturalmente tantas y tan pesadas cargas juntas, sino fuera socorrido con milagrosas fuerzas de la divina mano.

Ni paró aquí el crisol de su paciencia y el timbre de su caridad, porque se

extendió á los de fuera, acudiendo á confesar á los enfermos seglares, supliendo la falta que habia en el colegio de operarios; y sucedió un dia que le encontró en la calle un opositor que habia perdido una cátedra y estaba en persuasion de que los nuestros se la habian quitado, y con la indignacion que tenia, embistió ciego de cólera con el Rector, y le dijo gravísimas injurias y cuantos oprobios fueron imaginables contra él y contra la Compañía.

El santo varon estuvo inmoble y sufrió aquellas afrentas como si fuera de mármol, y, en derramando toda la ponzoña aquel mal informado pretendiente, con grande paz y sosiego dijo: «Dios le dé la felicidad y dicha que yo y toda mi Religion le deseamos, que será muy grande,» y pasó adelante en su camino dejándole confunso; y Dios castigó su atrevimiento con una grave enfermedad dentro de pocos dias, en que perdió el poco juicio que tenia y murió sin él desdichadamente, y algunos que le acompañaban, y aplaudieron, y fomentaron esta accion, vivieron en trabajos sin alcanzar puesto de importancia en su vida.

Otro clérigo vino á pedirle una cosa á su parecer fácil y al del Padre imposible, porque juzgaba que tenia muy grande inconveniente concederla, y así, no vino en lo que pedia; tomó el sacerdote esto por agravio, y encendido en cólera, con una furia infernal dijo inauditos oprobios al Rector, y ciego con la pasion, pasó de las palabras á las obras, y puso las manos sacrílegamente en él, haciéndole malos tratamientos, los cuales sufrió como un cordero con admirable paciencia.

En saliendo el agresor de su aposento, se hincó el Padre de rodillas delante de una imágen de Cristo y de su Santísima Madre, y les suplicó ahincadamente por el alma de aquel clérigo y por su arrepentimiento; y su oracion fué tan grata á la Majestad divina, que antes de la noche volvió al colegio arrepentido, y por medio de un religioso nuestro se reconcilió con el Padre, entrando en su aposento, y arrodillándose á sus piés, y pidiéndole perdon de las injurias que ciego con la pasion le habia hecho.

El siervo de Dios se le arrodilló tambien como si fuera el ofensor y no el ofendido, y de allí adelante quedaron ambos muy amigos; que estos frutos se sacan de la paciencia y mansedumbre y de las injurias sufridas por Dios.

Habiendo dado fin al gobierno de Alcalá felizmente, fué asignado por morador y operario de la Casa Profesa de Toledo, adonde trabajó como un apóstol, predicando, enseñando, confesando y doctrinando incansablemente á todas horas, ocasiones y tiempos, con una sed insaciable del bien de las almas de sus prójimos, de los cuales era amado como Padre, y venerado como santo, y estimado como maestro, y respetado como Superior en todo.

Predicaba con tan grande fuego y fervor, que parecia querer llevar como

por fuerza á los oyentes al cielo; el séquito que tuvo fué grande, y el fruto al paso del séquito, el crédito y estimacion como de insigne predicador, y era más admirable no habiendo ejercitado hasta entónces la predicacion de propósito; y personas cuerdas y doctas decian que habian errado los Superiores en no echarle desde sus primeros años por el púlpito, teniendo para él tan escogido talento, y habiendo tantos en la Compañía que pudieran ocupar las cátedras que habia ocupado este sujeto.

Estando ocupado en estos santos ministerios con los de fuera y dando ejemplo de observancia con su santa vida á los de dentro, le vino patente de Rector del colegio de Madrid con tanta mortificacion suya, como gusto del colegio, porque siempre se inclinó al retiro y quietud, y le dió en rostro el tráfago y bullicio de la corte, y por esto huyó de ella, y, como le forzaron á encargarse del colegio, fué su mortificacion á medida de su sentimiento. El cargo y dignidad que otros estimaran en mucho, para el siervo de Dios fué carga pesada y áspera penitencia, más, sujetando el cuello al yugo de la obediencia, tomó la posesion el año de 1632.

Comenzó á gobernar con el acierto que siempre, más como hermano y amigo de los de casa, que como Superior y Prelado, porque, como era tan humilde, parecia quererse poner debajo de los piés de todos, y su santidad y y afable trato le hacia más amable y respetado cuanto más se humillaba.

Era tan liberal y caritativo que dió órden al portero que ningun pobre se fuese sin limosna de cuantos viniesen á la puerta y que le avisase de ello; que para Madrid es mucho por ser nuestra portería un continuo hormiguero de mendigos, pero su caridad hallaba limosna para todos sin empeñar el colegio.

Llegóse el año de treinta y tres, en que se celebró la Congregacion provincial, y en ella fué electo de comun consentimiento para ir á Roma por Procurador de la provincia. Hallóle este cargo muy gastado con los estudios y predicacion, y en especial con las grandes penitencias que habia hecho, y quisiera excusarle, pero no pudo porque la provincia le obligó á ello.

Fue á Roma, derramando en todas partes el olor de santidad de su santa vida, entró en la Casa Profesa, y lo primero que hizo, fué visitar el Santísimo Sacramento y luego el cuerpo de S. Ignacio nuestro Padre con la ternura y devocion de hijo, y, hecho esto, fué á recibir la bendicion de nuestro P. General, que le recibió con mucho agrado por la estima que tenia de su religion, letras y prudencia.

Aquí entabló para los meses que estuvo la misma distribucion que tuvo en el noviciado, guardando el aposento y vacando al silencio y oracion como si hubiera ido á Roma á sólo dar ejemplo de observancia; y con haber tantas cosas curiosas antigüas y modernas en aquella gran ciudad, no se movió

á ver alguna de ellas; sólo visitó las siete iglesias y algunos santuarios de mucha devocion.

Acabada la Congregacion de los Procuradores, fué el primero que salió de Roma, sin traer más que el breviario con que entró en ella. Visitó la Casa angelical de Loreto con igual dulzura y consuelo de su alma, regando con lágrimas el suelo que habia pisado viviendo la Reina de los ángeles, de quien recibió muchos favores y consuelos en su alma, que hubo bien menester para llevar con paciencia y conformidad las enfermedades y dolores que le sobrevinieron á este tiempo, que fueron muchos y muy graves; porque en este camino granjeó enfermedades y dolencias que le duraron toda la vida, en especial un mal de orina que le traia atravesado, sin dejarle caminar á pié ni á caballo, ni darle tregua de dia ni de noche para reposar un rato.

En Leon de Francia le sobrevino una gravísima enfermedad que le puso en las puertas de la muerte, la cual llevó con admirable paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, en quien puso toda su esperanza, y no la perdió, porque en premio de su grande rendimiento y paciencia le visitó Cristo nuestro Señor, apareciéndosele llagado y corriendo sangre como cuando le azotaron.

Grande consuelo recibió con su visita y no menor sentimiento en su alma viendo á su Redentor tan llagado y dolorido, y herido de compasion su espíritu, no cesaba de verter lágrimas de sus ojos, y todos sus dolores y enfermedades le parecian nada respecto de los que Cristo padecia por él.

Quedó con esta visita confortado y con un denuedo y aliento que todo su deseo era dar la vida por su amor; luego comenzó á mejorar, y en alcanzando salud, prosiguió su camino y llegó á su colegio de Madrid, no á descansar, sino á comenzar á trabajar en nuevos cargos y oficios como ahora veremos.

VII

Es electo Provincial de su provincia de Toledo, y lo que obró en este oficio.

Quedó con tanta satisfaccion de su persona el P. General de la Compañía, cuando le trató en Roma, y tan pagado de su santidad y prudencia, que con la consulta de sus Asistentes le eligió luego Provincial de su provincia, y despachó la patente tan á tiempo que llegó con él á Madrid.

Bien quisiera el siervo de Dios excusarse de este cargo, para entregarse á la oracion y recogimiento, y atender al provecho de su alma; pero no pudo huir el cuerpo á la obediencia; y así, hubo de poner el hombro á la carga

para él harto pesada; luego salió á visitar los colegios, consolando y animando á todos á la observancia religiosa y al estudio de la perfeccion no ménos con sus obras que con sus palabras, y corriendo felizmente su carrera, se halló forzado á interrumpirla y venir á la corte con la ocasion que diré.

Con la ocasion de los estudios reales, que el rey nuestro señor con el santo celo que tuvo de que todos sus vasallos, y en especial los nobles y señores de sus reinos, aprovechasen en virtud y en las letras que fueren convenientes á su estado y profesion, fundó en nuestro colegio imperial de la corte de Madrid; temiendo las Universidades de España su menoscabo por los estudiantes que vendrian á nuestra casa á cursar, escribieron muchos papeles contra los dichos estudios y fundacion.

Para desacreditarlos más, hombres atrevidos y desbocados, sin temor de Dios ni de la justicia real, sacaron papeles impresos y de mano sin nombre de autor contra los maestros de la Compañía y contra su doctrina, poniendo dolo en todos con grandes calumnias, injurias y falsedades; lo cual visto por el nuevo Provincial, y que como á padre le pertenecia volver por su Religion, cuya honra y crédito tenia en las médulas de su corazon, sintiendo más que propias todas estas injurias; vino con presteza á la corte á tratar del remedio y á atajar el fuego que nuestros enemigos encendian.

Como celoso y solícito pastor, no dejó piedra por mover, sin perdonar á trabajo ni cuidado, por volver por su Religion. Habló al rey y á los presidentes de los Consejos, á quien pudo tocar el conocimiento de la causa, y en particular al de la santa general Inquisicion.

Escribió doctísimos papeles en respuesta de los calumniosos, haciendo evidencia de la verdad, la cual conocida por los juéces, dieron sentencia en favor de la Compañía contra los calumniadores y sus escritos, mandándolos quemar públicamente por mano del verdugo de la corte, como se ejecutó en 29 de junio de 1634.

Y para mayor fe y memoria de este hecho, pondré aquí á la letra el testimonio que dió de todo el secretario de la Inquisicion, que es del tenor siguiente:

TESTIMONIO DEL SECRETARIO DE LA INQUISICION

«Yo D. Juan de Mendoza, canónigo de la santa iglesia Catedral de Leon y secretario del secreto del santo Oficio de la Inquisicion de Toledo, certifico y doy fe de que el juéves, dia de la festividad de S. Pedro Apóstol, que se contaron 29 de junio de 1634 años, á las seis horas de la tarde nos junta

mos en la posada del Sr. Licenciado D. Juan Dionisio Fernandez Portocartero, Inquisidor apostólico del reino de Toledo, que es en la calle de Valverde de esta villa de Madrid, D. Juan de Santa Cruz, alguacil mayor del dicho santo Oficio de la Inquisicion de Toledo y Luis Malo, familiar del dicho santo Oficio y mayordomo de la Congregacion de los ministros del dicho santo Oficio de esta villa, y mucho número de familiares; y estando todos á caballo, y el dicho mayordomo con el estandarte de la dicha Congregacion, puestos en órden, llevando delante trompetas y atabales y una acémila cubierta con un terliz de terciopelo carmesí, y encima de ella una caja grande pintada con llamas de fuego, en que iban los tratados, que por el auto de los señores del Consejo de su Majestad de la santa y general Inquisicion de 9 de marzo de este dicho año de 1634 se mandan quemar, y antes de apartarnos de la puerta de la posada del dicho señor inquisidor, se dió por voz del pregonero del tenor siguiente:

PREGON

Notorio y manifiesto sea á todos, cómo el santo Oficio de la Inquisicion contra la herética pravedad y apostasía, considerando los atrevimientos que estos dias se han visto publicando libros sin autor, lugar ni impresor, contra la Religion de la Compañía de Jesus y sus santos institutos, imponiéndoles falsamente leyes é instituciones políticas indignas de tan sagrada Religion con ánimo de infamarla y desacreditarla con los fieles (á lo que parece) y estorbar el fruto que hace en servicio de Dios y de su Iglesia, y para evitar de todo punto su memoria y castigar en ellos á sus autores en lo que se puede; manda que el tratado que se intitula: *Singulares y secretas admoniciones,* etc., y otro intitulado: *Avisos secretos á los bien entendidos,* etc., y el que últimamente se ha esparcido, que comienza con medio renglon, con caracteres griegos, y luego dice: *Magistri Francisci Robles, hoc est manifestatio et satisfactio in lucem totius Ecclesiae sanctae Dei,* etc., y al fin está firmado con una firma de imprenta que dice: *Magister Franciscus Robles,* sean quemados públicamente por impíos, calumniosos, ajenos de toda verdad, llenos de detracciones contra algunos religiosos, y tan santa Religion benemérita de la Iglesia, que tan conocidos beneficios le está haciendo. Y para que venga á noticia de todos se manda pregonar públicamente.

»Y habiéndose dado dicho pregon, fuimos por la dicha calle de Valverde adelante, y de ella pasamos á la de Fuencarral, por donde llegamos á la Red de S. Luis, y de allí á la Puerta del Sol, y por la calle Mayor adelante, y pa-

sando por la Puerta de Guadalajara, llegamos á la plazuela de S. Salvador, que llaman de la Villa, y en ella estaba hecha una grande hoguera de leña, junto á la cual se dió otro pregon semejante; y habiéndose dado, bajó un verdugo la caja que iba sobre la dicha acémila, y habiéndola abierto, fueron echados en la hoguera los dichos papeles que iban dentro, y luego la misma caja, todo lo cual se quemó, y de allí volvimos en la misma forma hasta el convento de Sto. Tomás, donde se quedó el dicho estandarte, y se volvió el acompañamiento.

»Y para que de ello conste, doy este testimonio firmado y sellado con el sello del santo Oficio. En Madrid á 30 de junio de 1634 años.—*D. Juan de Mendoza.*»

Alcanzada esta victoria con tanta gloria de Dios y de la Compañía, se dieron por ella muchas gracias á la divina Majestad, y nuestro P. General envió muchos agradecimientos al Inquisidor general y á todo su Consejo, y mandó que en toda la universal Compañía les dijesen tres Misas cada sacerdote y tres coronas cada Hermano, como á insignes benefactores de la Religion.

El santo Provincial prosiguió su gobierno, en que tuvo bien que hacer y que padecer, porque un Maestro mozo inquietó á algunos Hermanos estudiantes del colegio de Alcalá, y se dividieron en bandos y causaron no poco ruido y escándalo, inventando embustes y apariciones falsas para poner temor á los Superiores; pero el Provincial, como santo, conoció la maldad de los inquietos, y los castigó severamente como su delito merecia.

Echó de la Compañía al Maestro, fautor de aquella inquietud, y á algunos de los más culpados, entre los cuales fué un sobrino suyo, sin tener respeto á carne y sangre ni doblegar la vara de la justicia por aficion ó temor; los expulsos se quejaron en varios tribunales, y se vieron juntos armados pleito contra el Provincial en los tribunales del Nuncio de su Santidad, en el Real de Castilla y en el de la santa Inquisicion.

Algunos celosos de la provincia sintieron mal del rigor del Provincial y escribieron al General sus pareceres juntos con las quejas de los castigados, y para satisfacer á todos, envió por Visitador á la provincia al P. Alonso del Caño, Provincial que fué de Castilla, persona de toda satisfaccion, el cual estuvo dos años visitándola, y enterado de la verdad, informó al General de la inocencia y santo celo del Provincial y cómo habia procedido rectamente, y para satisfaccion de su crédito, cuando acabó el oficio, le envió segunda vez patente de Rector del colegio de Madrid, que fué el último gobierno de su vida, como ahora se verá.

VIII

Es electo Rector segunda vez del colegio de Madrid, y el resto de su vida hasta su santa muerte.

Pasaba de sesenta y cuatro años cuando acabó el oficio de Provincial y le vino la patente de Rector del colegio de Madrid, lleno de enfermedades y dolores, y deseoso de recogerse, no tanto para descansar cuanto para prepararse para morir y entregarse todo á Dios, libre de las ocupaciones de letras y gobierno, en que habia gastado su vida. Comenzó el de su colegio con tanta repugnancia y dificultad, que dentro de pocos meses enfermó gravemente, y habiéndole curado y recobrádose algun tanto, pidió á los Superiores con lágrimas que le vi derramar por sus mejillas, que diesen el oficio de Rector á otro, porque donde no le descargasen de él, no podria tener salud.

Tantas fueron las instancias, que por consolarle y aliviarle pusieron otro en su lugar, que fué el P. Francisco Aguado, en el ínterin que convalecia y se daba parte á nuestro P. General. Con este alivio respiró el siervo de Dios, atendiendo sólamente al trato familiar con Dios y al aprovechamiento de su alma. Lo más del dia gastaba en oracion y leccion de santos libros y en rezar rosarios á la Santísima Vírgen María, con quien era toda su recreacion.

Pero, aunque se retiró de todos los negocios exteriores y de los domésticos del gobierno por entregarse á la contemplacion y devocion, no por esto le olvidó el Consejo de la santa y general Inquisicion, el cual, pagado de su santidad y prudencia junta con su sabiduría, le consultó siempre en los casos más graves y de mayor monta que se le ofrecieron.

Sucedió tal vez juntarse muchos calificadores sobre un negocio de gran peso y votar casi todos unánimes una misma cosa, y, llegando á votar el P. Juan de Montalvo, ser de contrario parecer, el cual apoyó con tantas autoridades y tan vivas y eficaces razones, que todos los hombres doctos que habian votado lo contrario, reformaron sus votos y pidieron por escrito la censura del P. Montalvo, á quien siguieron todos.

Poco tiempo le duró esta quietud, porque, habiéndose reparado, y al parecer más fuerte, aunque no sin dolores, que padecia vehementes, volvió á su oficio de Rector con tanta mortificacion suya como gusto de los súbditos; y no fué por mucho tiempo, porque, aumentándose los calores, crecieron sus enfermedades, y dia de S. Ignacio nuestro Padre cayó en la cama de una calentura ardiente, que tuvo por aviso de su muerte y por mensajero de su partida á la patria celestial, adonde con tantas ansias deseaba ir.

Pareció tener noticia cierta de su partida, porque luego se preparó para ella con una confesion general de todo el discurso de su vida, que hizo con mas lágrimas que palabras, y con tanto sentimiento, como si fuera el mayor pecador del mundo.

Recibió los Sacramentos de la Iglesia con extraordinaria devocion, y cuando le trajeron el Viático, se quiso arrojar en el suelo para recibirle con mayor reverencia, pero ni las fuerzas le dieron lugar ni los enfermeros lo permitieron; y así, se hincó de rodillas en la cama, y con la mayor devocion y reverencia que pudo, bañado en dulces lágrimas, recibió á su Redentor.

Luego hizo señas para que saliesen y le dejasen solo, y un Hermano por el amor que le tenia se quedó en parte adonde no le pudo divisar, y atendiendo desde allí á lo que hacia, vió que, puesto en oracion, se quedó absorto y elevado en Dios, dándole gracias por la merced que le habia hecho en venirle á visitar.

Volviendo en su acuerdo despues de un gran rato, comenzó á tener coloquios dulcísimos con Dios, que duraron por dos horas, á los cuales siguieron los que tuvo con la Santísima Vírgen, á quien hablaba como si realmente la tuviera presente; y aunque el Hermano no la veia, no se pudo persuadir á que no estaba allí, oyéndole dar gracias porque le venia á confortar en aquel trance y decirle como á presente mil ternuras nacidas del afecto de su amor con grande copia de lágrimas y dulcísimas palabras que salian de su boca; y el mismo confesó despues á su confesor, que en todo aquel tiempo no habia sentido el dolor de la piedra ni de las otras enfermedades que padecia.

Pidió que le leyesen el martirio de S. Lorenzo, y oyendo lo que el santo padeció en el fuego por Cristo, cobró nuevo aliento para sufrir sus dolores por el mismo Señor, y al mismo santo le pidió que le fuese intercesor con Dios.

Recibió la Extremauncion con mucha advertencia y devocion, respondiendo á todo como si estuviera sano; luego pidió á los Superiores que le enterrasen con su rosario, porque deseaba tenerle por compañero en la muerte, como le habia tenido en vida, y tambien pidió que no le tratasen de cosa alguna más que de su salvacion, y le ayudasen á disponerse para aquella última hora, como lo hicieron, asistiéndole y confortándole con santas razones.

El siervo de Dios no cesó de hacer fervorosos actos de todas las virtudes, y con dulces y continuados coloquios dió su alma á su Criador, sábado 13 de agosto de 1639, á los sesenta y siete de su edad, de los cuales gastó en la Compañía los cuarenta y siete con el ejemplo de vida que se ha visto.

Su muerte lloraron los religiosos por perder su Padre, los pobres porque perdian su amparo, los seglares porque perdieron su maestro, que con santos consejos y espiritual doctrina los enseñaba el camino del cielo.

Pusieron el cuerpo en una caja decente cuanto permitió la moderacion que la Compañía acostumbra; sus alhajas pidieron muchos por reliquias, pero fueron pocas y tan pobres, que cupieron á muy pocos, y, para satisfacer la devocion de algunos, les dieron las imágenes de papel que usaba.

Su entierro celebraron las personas más graves de la corte, Arzobispos y Obispos con el Patriarca de las Indias, títulos y grandes y con los consejeros de su Majestad, la Inquisicion y las Religiones que le llevaron en hombros, aplaudiéndole todos por santo, besándole como á tal los piés y las manos.

No se cuentan milagros de este siervo de Dios, pero ningunos mejores ni más abonados testigos de su santidad que sus heróicas virtudes, que son los más seguros y ménos expuestos á contradiccion; porque, si miramos á su humildad, que es la raíz de todas las virtudes, ¿cuál mayor que la de este santo varon? el cual siendo en todo tan grande, se humilló en todo tanto, que siempre se puso en el último lugar y en lo profundo de la tierra, teniéndose por el más indigno y vil de todos.

Siendo lector de Prima en Múrcia, le antepusieron el de Vísperas, que era ménos antiguo en Religion y lectura y no superior en letras, señalándole por lector de Roma y de Alcalá contra el estilo de todas las Universidades y Religiones que siempre prefieren al superior en cátedra y antigüedad; y el humilde Padre calló y sufrió aquel menosprecio con igual paciencia y humildad, sin despegar su boca ni oírsele palabra de queja ó sentimiento; punto que no le pueden ponderar sino los que han pasado por él.

¿Qué diré del amor de Dios y del prójimo que ardió siempre en su corazon? El cual declararon las ánsias que tuvo de padecer martirio por Cristo, las diligencias que hizo para ir á predicar á tierra de infieles y la sed insaciable que padeció toda su vida de la salud de las almas, la cual procuró por todos los medios posibles de predicacion, enseñanza, confesion, pláticas y exhortaciones, misiones por palabra y por escritos, sin perdonar á diligencia ni trabajo por traerlas á Dios.

¿Qué mayor milagro que su admirable pobreza, y el despego que tuvo de sus parientes? pues no se le vió jamás, en puestos tan honrosos como tuvo, cosa alguna de precio, y ménos cosa supérflua, ántes falta de muchas necesarias, y las que usaba tan pobres, que mendigos las suelen tener mejores.

Con el mismo vestido que vivió le enterraron, porque no se halló otro más traido en el colegio: jamás dió á sus parientes cosa de valor, y, lo que es más, no sólo no los fué á ver, pero, pasando por su tierra forzosamente cuando Provincial, y en otras ocasiones, y á vista de la casa de sus padres,

jamás se detuvo á verlos, ni á hablar alguno de sus parientes, ántes pasaba con más prisa, y disponia las jornadas de manera que no fuese necesario detenerse un punto en su pueblo, que es todo lo que se puede decir en la materia.

Su obediencia fué otro milagro, pues que en tantos años no se le conoció más voluntad que la de su Superior, obedeciendo siempre á la primera señal; y cuando fué Superior, tuvo siempre una persona espiritual, á quien dió la obediencia por no vivir sin ella, y le obedecia como si oyera la misma voz de Dios.

Su pureza fué angelical, y podemos decir que milagrosa, pues á tiro de tantas ocasiones, conservó toda su vida sin mancilla la entereza virginal de alma y cuerpo, con tan admirable modestia y recato, que componia á cuantos le miraban; y andaba con tal encogimiento y compostura, que causaba devocion.

No fué ménos milagrosa su paciencia en tantas y tan continuas enfermedades y la conformidad que tuvo en ellas con la voluntad de Dios; el sufrimiento en tantas injurias, y las que sufrió de malévolos y expulsos, levantándole pleitos y testimonios, y diciéndole oprobios y baldones, que llevó con admirable sufrimiento, retornándoles por ellos oraciones, sacrificios y buenas obras, dándoles bien por mal, y alcanzándoles muchas mercedes de Dios.

En esta lista puede entrar la cordialísima devocion que tuvo siempre con la Santísima Vírgen María, de quien recibió tantos y tan grandes favores, testigos de su santidad y de lo mucho que le agradaban sus servicios y penitencias, y el estudio que ponia en encender en todos el fuego de su santa devocion: y, á mi corto juicio, el milagro mayor y el testigo más abonado de su santidad, fué (como dije arriba) el teson en la virtud y la igualdad de su vida, sin aflojar ni variar un punto desde casi que nació, así al mundo como á Cristo en la Religion, de que hablo como testigo de vista, por haberle comunicado muchos años, y experimentádole siempre el mismo, y cada dia mayor en la observancia religiosa, en la penitencia y devocion, en el sufrimiento y humildad y en el fervor de la vida, sin desdecir ni variar un punto con los oficios y ocupaciones que tuvo.

Todos los dias por mañana y tarde apuntó el exámen particular hasta el dia en que murió, como se cuenta de S. Ignacio nuestro Padre, de quien fue verdadero hijo imitador de sus virtudes; Dios nos las dé para que sigamos sus pisadas, imitemos sus ejemplos, y alcancemos la corona que goza en el cielo. Amen.

Su vida sucintamente escribió el P. Hernando de Valdés, Provincial de su

provincia de Toledo, y más lata el P. Eusebio Nieremberg en sus fragmentos manuscritos; hace honorífica mencion de él el P. Felipe Alegambe en la *Biblioteca de los Escritores de la Compañía de Jesus.*

P. ANDRADE.

P. LUIS DE LA PALMA

EL P. Luis de la Palma fué de los llamados á la hora de prima, y trabajó hasta la nona y undécima, llevando el peso y trabajo de todo el dia en la viña del Señor, porque se crió en la Religion desde el pecho de su madre y entró en ella luego que dió lugar la edad, y perseveró toda su vida, que fué de más de ochenta años, caminando siempre á largos pasos en el camino de la perfeccion.

Nació en Toledo el año de 1560 de padres nobles y ricos de los bienes de fortuna y mucho más de los espirituales y eternos, que son los verdaderos; porque fueron ambos de singular virtud y ejemplo de santos casados en aquella ciudad.

Su padre se llamó Gonzalo de la Palma, y su madre doña Marina Hurtado; y se puede decir de ellos lo que dice S. Lúcas de los padres del Bautista, que eran justos y buenos, y procedian delante de Dios sin queja de nadie; porque ninguno la tuvo de los dos, ántes su vida fué un ejemplo y dechado de virtud á todos los que las conocieron, porque vivian en suma paz y conformidad, ejercitándose en todo género de virtudes, en mucha oracion y frecuencia de Sacramentos, haciendo bien á todos y mal á ninguno.

Fueron grandes limosneros, repartiendo con liberalísima mano las riquezas que Dios les daba á los pobres, mendigos y vergonzantes, y á las pobres viudas y hospitales, sin despedir á alguno ni permitir que saliese de su casa pobre sin limosna á cualquier tiempo que fuese.

Fué tan extremado su padre en esta virtud, que en la hora de la muerte tuvo escrúpulo de lo mucho que habia dado de limosna quitándoselo á sus hijos, y les pidió perdon de ello; que es cosa bien singular y testimonio de su grande virtud.

De su madre sabemos los que la conocimos que, habiendo vivido cerca de noventa años en Toledo, vivió con tan raro recogimiento y su alma tan ocu-

pada con Dios, que nunca salió de las puertas de la ciudad, ni vió el campo, ni el rio, ni espectáculos, ni fiestas, ni supo más que dos calles, que fueron las que iban de su casa á la iglesia Catedral y á la de la Compañía, adonde iba ordinariamente á Misa y sermon, y á confesar y comulgar, y darse á la oracion y devocion.

El cuidado que tuvieron con sus almas tuvieron con las de sus hijos, criándolos en el santo temor de Dios y en todo género de virtudes, como se vió en el P. Luis y en otros hijos que tuvieron religiosos; que de tal árbol habia de salir tal fruto.

Criado, pues, nuestro P. Luis con tal leche de doctrina y ejemplo de santidad, siempre fué grande en la virtud, porque siempre se ejercitó en grandes virtudes, rayando en su alma la luz de la sabiduría celestial al mismo tiempo que la luz de la razon, corriendo parejas en él el ser racional con el ser espiritual.

Como Dios le habia elegido para maestro de espíritu, desde luego adornó el suyo con sentimientos divinos y luces celestiales, con que despreció el mundo y conoció sus vanidades, y sólo apreció en su corazon los bienes eternos y verdaderos.

Movido con la codicia de ellos y del amor de Dios que ardia en su pecho, siendo de sólos trece años, buscó á los Superiores de la Compañía y les pidió ser recibido en ella; mas, como su padre era tan bienhechor nuestro porque socorria con gruesas limosnas á la Casa Profesa de Toledo, y hubo vez que, para comprar las casas que hoy poseen, les ayudó con diez y siete mil ducados pagados luego, y como por otra parte la edad era tan poca, no se resolvieron á recibirle sin darle primero cuenta.

El padre estimó el respeto que los nuestros le tuvieron, y, agradeciendo la cortesía que se habia usado con él, respondió, como tan cuerdo y virtuoso, que holgaba mucho de ver á su hijo inclinado á la Compañía, y que desde luego le daba su bendicion y grata licencia para entrar en ella, pero que juzgaba seria más acertada y constante su vocacion, si se detuviese la ejecucion hasta el tiempo que pide el Concilio Tridentino para poder profesar en acabando el noviciado, y que hasta entónces le tendria como en depósito en su casa, como si estuviera en el noviciado de la Compañía.

Ella era tan religiosa que los Padres juzgaron que no perderia, sino que ganaria mucho en ella, y así, vinieron con gusto en lo que su padre dijo, y quedó el P. Luis en casa de sus padres dos años, desde los trece á los quince, ejercitándose en mortificacion, obediencia y oracion, en leccion de santos libros, en su estudio de letras humanas y en obras de piedad para con los prójimos no ménos que si estuviera en el noviciado más observante de la Religion, em-

pezando la suya desde la casa de sus padres, industriándose como buen soldado en las armas de su milicia antes de entrar en la batalla, con lo cual no entró bisoño sino veterano y diestro en la milicia espiritual de la Religion, á la cual le trujo su propio padre, luego que cumplió los quince años de su edad, restituyendo el depósito que le habian entregado los Superiores, los cuales le recibieron con igual consuelo suyo y del P. Luis, que por tanto tiempo lo habia deseado, y dilatádose el cumplimiento de su buen deseo.

Recibióle el P. Antonio de Cordeses, que era á la sazon Provincial de la provincia de Toledo, y el primero de ella despues que se dividió de la provincia de Castilla, y luego le envió al noviciado, que estaba en Navalcarnero, adonde no es fácil declarar los progresos que hizo en el camino de la perfeccion; porque, como de suyo era tan inclinado á la virtud, criado, como el pez en el agua, siempre en ella, y traia tantos y tan firmes fundamentos como habia echado en la casa de sus padres, en breve tiempo creció tanto el edificio, que se adelantó á los demás, y siendo novicio, le juzgaban por digno de ser Maestro de espíritu y de enseñar á los demás novicios.

Acabado su noviciado, hizo los votos y vino al colegio de Alcalá, adonde dió muestras del grande caudal de ingenio de que Dios le habia dotado, así en la Filosofía como en la Teología, saliendo en ámbas facultades aventajadísimo estudiante, y con tal opinion entre los discípulos y maestros que, hecho su acto, le señalaron para leer un curso de Filosofía, y acabado este, el de Teología en Múrcia.

Su corta salud no le dió lugar á consumarlos, porque le ejercitó Dios continuamente en dolores y enfermedades, dándole tan corta salud y tan continuos achaques que, como le oí decir, no entendió poder llegar á ordenarse; pero Dios que todo lo ordena para mayor gloria suya, sacó de estos males grandes bienes, así para su espíritu como para el de otros muchos, ejercitandose en paciencia y confianza, y aprendiendo con su experiencia lo que habia de enseñar á otros, porque siempre el mejor maestro es el más experimentado.

Padeció gravísimos dolores de cabeza, apreturas de pecho, falta de respiracion, copia de flemas que le ahogaban, y ni le dejaban reposar ni estudiar, ni le permitian estar con quietud en oracion, cosa que sentia mucho, por ser muy dado á ella.

Todas estas enfermedades tenian su raíz en la falta que padecia de calor del estómago, grandes frialdades y flatos, que no le dejaba abrazar la comida, ni poderla digerir; y, como el estudio es un ladron oculto y doméstico que roba el calor del estómago, y con la lectura no podia dar treguas á los libros ni á la ocupacion de las letras, la cual le iba menoscabando la salud y aca-

bando la vida; porque no la rematase del todo resolvieron los Superiores que dejase la cátedra y diese treguas al estudio; y porque tan aventajado caudal no estuviese ocioso del todo, le señalaron por predicador del colegio de Madrid, corte de los reyes de España, que fué el mayor puesto que le pudieron señalar.

Aquí hizo alarde, lo uno de su grande paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, llevando tantas y tan continuas enfermedades no sólo con paciencia sino con alegría, como mercedes de la mano del Señor; lo otro de la elocuencia y retórica natural de que le dotó el cielo, que á juicio de los que le oimos y tratamos, mereció ser comparado con Tulio y con los mayores oradores antiguos que habia, los cuales le llevaron poca ó ninguna ventaja en la fuerza del persuadir, en la propiedad del hablar, en la elocuencia de las palabras, en la viveza de las razones y en el artificio retórico con que usaba de ellas; y si la flaqueza del pecho no le impidiera, fuera admiracion de estos siglos.

Mas el nervio de sus razones era tal que, con tener la voz corta, persuadia y deleitaba juntamente, y movia los corazones de los que le oian á lo que pretendia con una fuerza suave y eficaz, nacida de la grandeza de su espíritu.

Con la retórica natural juntaba la espiritual y el fuego del Espíritu Santo que moraba en su pecho, del cual salian las razones como llamas abrasadoras, que encendian á los oyentes en deseos del cielo y en fuego del amor divino.

Corrió en la corte su carrera con los mayores predicadores de aquella edad, y, con no pasar la suya de treinta y tres años, ninguno le llevó la ventaja ni en el séquito, ni en la opinion, ni en la estimacion de su persona porque pesaba las razones como cuerdo, y decia las verdades como santo, sin que se oyese palabra de su boca ménos ajustada, ni que oliese á lisonja ó liviandad, ni ménos grave de lo que pide aquel lugar.

Era seguido y estimado de los mayores hombres que tenia la corte, que sin duda fué de los mayores siglos y de sujetos más grandes que ha tenido España; y siendo el predicador mozo, y ellos nevados de canas y de larga experiencia, aprendian como discípulos de sus consejos y razones la más alta filosofía, que es la ciencia de salvarse y el camino de la verdadera vida, y salian de sus sermones compungidos, humillados y enseñados con la luz que les daban sus consejos y la fuerza de sus razones.

Llegó su fama á los oidos del rey D. Felipe II, y mandó que le viniese á predicar á su capilla: obedeció el Padre, y el rey, que como tan prudente y cristiano no se pagaba de poco, admiró en tan pocos años tantas canas de prudencia, tanto espíritu y elocuencia, y deseó oirle más veces, pero su corta salud no le dió lugar á ello.

II

Es electo Rector de Talavera, y despues de Villarejo y de Madrid.

Habiendo dado tan buen principio al curso de su predicacion, le acometió el ejército de enemigos domésticos de sus enfermedades con tal fuerza, que se halló forzado á hacer treguas con él y cesar por algun tiempo, porque fué grande el aprieto en que le pusieron, lo cual visto por los Superiores y el caudal tan conocido de espíritu, ciencia y prudencia que Dios le habia dado para el gobierno, le hicieron Rector del colegio de Talavera, el cual admitió contra su voluntad, por obedecer á los Superiores, porque su deseo fué siempre ántes de obedecer á todos, que de mandar á sólo uno.

Entró en este oficio por la voluntad de Dios, y puesto en él por su mano, y echóse de ver que habia sido eleccion suya en el acierto y cordura con que le ejercitó.

Entre otras virtudes tuvo una el P. Luis de la Palma muy estimada en las Religiones, y fué haber sido en todas partes y ocupaciones ejemplo de observancia y una viva regla á todos los que le miraban; y, como dijo de Moisés Clemente Alejandrino: *Fuit lex animata,* fué la ley con alma y la regla viva que mudó á todos.

Persuadia su observancia, y la que tuvo cuando súbdito prosiguió cuando Superior, siendo ejemplar de observancia á todos los de su colegio, persuadiéndoles más con las obras que con las palabras.

El iba siempre delante de todos en toda la observancia regular. El primero en la oracion, y en los ejercicios espirituales, y en las acciones de humildad, y el capitan en los ministerios con los prójimos de confesar y predicar, acudir á las cárceles y hospitales y enseñar la doctrina á los niños cuanto sus fuerzas le permitian.

La blandura y afabilidad era sobremanera grande, y juntaba con ella la modestia y gravedad religiosa con el peso de sus palabras tan discretas y sentenciosas, que se hacia amar y desear, porque nunca cansaba.

Su conversacion era como una dulce leccion de cosas espirituales y doctas, de que siempre sacaban provecho los que le trataban.

En el trato de las cosas temporales se inclinó siempre á la liberalidad, deseando que á los suyos no les faltase nada, y ser ántes reprendido de largo que de estrecho en la comida y el vestido de sus súbditos, á los cuales miró siempre como á hermanos, y amó como á hijos, y trató con suma cortesía, sin que jamás se oyese de su boca palabra aceda ó ménos ajustada.

Y, porque quede dicho, ya que tocamos esta materia, todos los que le trataron largos años afirman que, habiendo gobernado cerca de cincuenta años en varios gobiernos, que diremos en su vida, y habiendo sido tantas las ocasiones que en ellos se le ofrecieron, fué tal su cordura, la moderacion y templanza de su ánimo, que nadie le vió enojado, ni alterado, ni hablar una palabra más alta que otra; cosa bien rara y que denota la tranquilidad interior de que gozaba su alma y la mortificacion de sus pasiones.

Las tuvo siempre tan enfrenadas y fué tan señor de ellas, que nunca les permitió pasar un ápice la raya de la modestia, teniendo continuamente de su parte la razon; cosa que si nos la escribieran Casiano ó Sofronio de algun Padre antiguo de la Tebayda, nos causara admiracion y quedara escrita como en bronce, para eterna memoria y ejemplo de los venideros, como lo están otras cosas menores que esta; y por haber sido en estos tiempos, en que la naturaleza está más gastada y el fuego del espíritu más remiso, no debe ser de ménos, sino de más estimacion.

Finalmente, las muestras que dió de su talento para el gobierno en este colegio fueron tales, y el modo con que se portó en él fué tan cabal y ajustado al que S. Ignacio nuestro Padre enseña, y con tanto consuelo y buen proceder de los súbditos, que llegando á visitar á aquella casa el P. Garcia de Alarcon, Visitador de esta provincia, no halló cosa alguna que reprender ni que advertir, ni cosa que mudar ó reparar, con gran admiracion y edificacion de su alma, de ver un Superior tan vigilante en su oficio y tan espiritual y prudente en sus acciones, el colegio tan pacífico y á todos tan gustosos y observantes, que ni el Rector de los súbditos, ni los súbditos del Rector, tuviesen cosa alguna que decir; accion que no la sabe estimar sino quien ha gobernado.

Esto supe de la boca del P. Pedro Fernandez Mudarra, que á la sazon era compañero y secretario del Visitador, y despues fué Provincial de Cerdeña y Superior muchos años en su provincia, el cual lo referia muchas veces con grande admiracion y como por una rara maravilla en materia de gobierno.

Acabado el Rectorado de Talavera, volvió al colegio de Madrid á continuar el oficio de predicador, si la salud le diese lugar; porque como la primera vez fué tan bien recibido, siempre quedaron con deseo de oirle, y el colegio de tenerle por el ejemplo que les daba con su grande religion.

No fué su crédito inferior esta segunda vez, que habia sido la primera; y como era conocido, muchos señores de los primeros de la corte que andaban al lado del rey y tenian parte en el gobierno, le eligieron por su confesor y todos por su consejero, valiéndose de su prudencia para sus aciertos y como los maestros primos en sus artes, estándose en sus casas son busca

dos y consultados de la frecuencia del pueblo, así el P. Luis de la Palma, de tres años de experiencia y muchos de prudencia, era buscado y consultado de los señores de la corte en materias gravísimas y estimadas.

Sus respuestas, como fueron las de Séneca desde sus primeros años, por el grande caudal de sabiduría y prudencia de que el cielo le dotó, y no sólo tuvo séquito de los señores de la corte, sino tambien de las señoras más ilustres que habia en ella, las cuales le buscaron y consultaron para salud de sus almas, pidiéndole consejo en sus dudas, y luz en sus dificultades, y direccion en sus espíritus para no errar y adelantarse en el camino de la perfeccion.

A todos acudia, enseñaba y consolaba con admirable destreza, como un maestro anciano de larga y continua experiencia, supliendo su grande caudal de ingenio y sabiduría la experiencia que le faltaba.

Y no fué ménos lo que ayudó á los domésticos que á los de fuera, porque los religiosos del colegio, que ordinariamente pasaban de ciento, se valian de él para las cosas tocantes al espíritu, oyendo sus palabras como palabras de Dios, porque en el consuelo que les daban, reconocian que hablaba Dios por su boca y que moraba en su alma.

Los Superiores del colegio se valian tambien de su consejo, tomando su parecer para el buen acierto de su gobierno en las materias de importancia que se ofrecian, y á todos servia y acudia con unas entrañas de padre, con todo el agrado y diligencia que se podia desear.

En este tiempo comunicó íntimamente al P. Pedro de Rivadeneira, secretario que fué de nuestro P. S. Ignacio, Provincial y Asistente muchos años de la Compañía, y de él supo muchas cosas tocantes al gobierno de la Religion y dictámenes espirituales de S. Ignacio, y se vistió de su espíritu de manera, que muchos de los que le trataban afirmaron que, en oirle, les parecia que oian á S. Ignacio cuando estaba vivo, porque le bebió el espíritu y el modo de gobernar tan paternal y eficaz y tan puntual en todo, tan ajustado á sus dictámenes y sentimientos, y al modo que tenia de gobernar, que el alma del Santo parecia haberse transformado en el del Padre Palma.

El mismo P. Rivadeneira se pagó de manera de su caudal, y prudencia, y del metal del espíritu que reconoció en él, que se le oyó decir varias veces la siguiente sentencia: «Si á mí me preguntáran quién de toda la Compañía es dignísimo de ser General de ella, respondiera del P. Luis de la Palma lo que S. Agustin respondió de la humildad, el cual dijo: «Si me preguntáredes cuál es la mayor de las virtudes, responderé que la humildad; y si segunda vez me preguntáredes cuál es la mayor, responderé que la humildad; y si me pre-

guntáredes tercera vez, responderé la mismo, que la humildad, y lo mismo responderé si me lo preguntais mil veces.»

«Lo mismo digo, decia el P. Pedro de Rivadeneira, del P. Palma (y conocia bien toda la Compañía, por ser entónces el más antiguo de ella), si me preguntáredes una vez quién es dignísimo de ser General de toda la Compañía, responderé que el P. Luis de la Palma; y si me preguntáredes segunda, responderé que Palma; y si tercera, que Palma, y si mil veces me preguntáredes, á todas responderé que el P. Luis de la Palma, porque no hallo otro sujeto, ni más espiritual, ni más prudente, ni más celoso, ni más vigilante, ni que más haya bebido el espíritu de S. Ignacio, ni más sin pasion, ni que con más acierto gobierne y pueda gobernar que él.»

Y si esto decia de este insigne varon cuando no tenia más que treinta y siete años de edad y tres de experiencia en el gobierno, ¿qué dijera si le alcanzara en su edad mayor, despues de larga experiencia, asi en el gobierno de la Compañía, como en el magisterio espiritual de las almas?

Con el abono, pues, de tal testigo tan sabio y desapasionado, ninguno nos tendrá por demasiados en lo que dijérémos de este incomparable varon.

Estando en estas ocupaciones tan del servicio de Dios, trabajando en la cultura de su alma, que fué siempre su mayor cuidado, y en las de sus prójimos en los ministerios que hemos dicho, se llegó el año de 1598, en que llevó Dios para su reino celestial del reino de la tierra al rey D. Felipe II con llanto universal de sus vasallos y de toda la cristiandad, y entró á reinar su hijo D. Felipe III, y se mudó el gobierno, entrando con él otros ministros, y saliendo de la corte los antiguos; porque, como dió vuelta la rueda, cayeron los que estaban arriba, y subieron los que estaban abajo.

Estos no quisieron ver cabe sí á los que juzgaban por validos de los primeros y, como (segun dijimos) muchos de ellos se confesaban con el Padre, y los más tomaban su consejo, tuvieron gusto y le mostraron de que saliese de la corte, y es bien cierto que le tenia mucho mayor nuestro Padre de retirarse de su bullicio que ellos de que le dejase.

Conformáronse presto en las voluntades, y, habiendo vacado el Rectorado del Villarejo de Fuentes, que es casa de noviciado y muy á propósito para la oracion y devocion, fué electo el P. Luis de la Palma para Rector de esta casa, juzgando los Superiores que ninguno podia mejor encargarse de criar la juventud para la Religion, que quien era tan grande religioso, ni enseñar las materias del espíritu que quien era tan diestro maestro en ellas.

El Padre, obedeciendo á su mandato, tomó aquel cargo por obediencia y salió con mucho gusto de la corte, prometiéndose en aquel retiro más quietud y más tiempo para darse á la oracion y al espíritu; pero, si fué mucho el gu-

to que tuvo de retirarse de la corte, no fué menor el sentimiento que tuvieron, así los seglares como los del colegio, por privarse de un varon consumado que con su doctrina los alumbraba, y con sus consejos los enderezaba, y con su ejemplo los movia, y con sus pláticas y sermones los afervorizaba en el servicio de Dios, y era un consuelo universal de todos; pero fué inexcusable su partida, y así, la llevaron en paciencia y no tuvieron poco que ofrecer á Dios.

Entró en el noviciado de Villarejo con grande gusto y consuelo de aquella casa, y fué bien menester el suyo para llenar el vacío de su antecesor y enjugar las lágrimas que causó su partida, porque le antecedió el P. Nicolás de Almazan, que despues fué Provincial de Andalucía y Asistente y Secretario de toda la Compañía, uno de los varones más consumados y mejor recibidos que ha tenido en esta edad, y, como tal, fué amado de religiosos y seglares todo el tiempo que gobernó aquella casa, sin quedarles esperanza de hallar quien supliese su ausencia ni llenase el vacío que dejaba.

Pero desengañóles la experiencia, porque á pocos meses que empezó nuestro Padre á gobernar, se hallaron tan gustosos y satisfechos, que olvidaron al antecesor, aunque no era de olvidar, dándonos á entender Dios que ninguno hace falta en este mundo, por grande que sea, y que por un Moisés halló Dios setenta ancianos en que poder escoger, para que supliesen por él.

Pero ¿qué lengua podrá decir los progresos que hizo en este noviciado, el espíritu y prudencia con que le gobernó, la comprension del instituto de nuestra Religion que tuvo? ¿Su magisterio en enseñar la vigilancia y cuidado en todas las cosas, así espirituales como temporales que tocaban á la casa, la providencia con que prevenia los lances que se podian ofrecer, las entrañas tan de padre que tenia para con todos, y el consuelo y aliento que hallaban en sus palabras?

Cuanto se dijere es poco, y cualquiera encarecimiento no lo es; porque, á juicio de los que hoy viven y se hallaron presentes, no llega la pluma, por mucho que se adelante, á escribir lo que en la verdad fué, y lo que dicen es que todos le miraban y respetaban como á un S. Basilio ó S. Bernardo ó alguno de los Padres antiguos de la Iglesia, ni sabian cómo pudieron ser aquellos vivos, sino como era y procedia el P. Luis de la Palma en su gobierno, dando á todos tan grande ejemplo, que sólo con él los componia, corregia y movia á devocion.

Juntaba la gravedad religiosa con la afabilidad y llaneza de hermano y compañero. En el púlpito era un Profeta, en las pláticas domésticas un Apóstol que los encendia con la viveza de sus razones en llamas de amor de Dios. En las conversaciones familiares, jovial, entretenido y sazonado; y, como ellos decian, era un terron de sal.

Con todos era blando, y sólo consigo riguroso y áspero. Cuidaba con toda vigilancia que no les faltase nada ni faltasen en nada. Reparaba en cosas pequeñas. Fué siempre liberal é inclinado á que no faltase nada á los súbditos, porque no se regalasen ellos; porque la austeridad del Superior ocasiona en los súbditos apetito de buscar su consuelo, y, si él los mortifica en todo, les ahorra del cuidado de mortificarse ellos.

Con los flacos era muy compasivo; con los enfermos era la misma caridad: no hay madre tan piadosa y cuidadosa de sus hijos cómo el Padre era de los suyos, asistiéndolos, sirviéndolos, consolándolos, entreteniéndolos y dándolos de comer con su propia mano, y con esto vivian consoladísimos, porque hallaban en la Religion padre y madre tan amoroso como le tenian en el siglo.

En las correcciones era notablemente blando, cortés y remirado, pesando y repesando las palabras, porque ninguna fuese pesada y todas saludables, ninguna amarga y todas provechosas al reprendido, sazonando las píldoras de las reprensiones de tal suerte, que aprovechasen y no amargasen.

Como sabio médico, tomaba primero el pulso al enfermo, y esperaba tiempo y sazon para darle la medicina de la correccion y el castigo de manera que no le empeorase, como suele acontecer cuando no se guarda esta regla, y se da sin tiempo y sin sazon.

Nunca amenazó á alguno con el castigo, porque las amenazas no corrigen, sino exasperan á los culpados, y muchas veces el temor que conciben les hace caer en mayores faltas que las primeras que cometieron.

Cuando alguno faltaba, enmudecia su boca y le encomendaba á Dios, pidiéndole su enmienda y luz para corregirle; y despues de haberle advertido de su falta, le hablaba aparte y le suavificaba la correccion, y con toda blandura procuraba enderezarle y quitarle la amargura que le pudiera causar la reprension.

Fué siempre muy detenido y de grande espera, sin precipitarse jamas en negocio alguno, y mucho ménos en romper con los que á los principios no se ajustaban con la Religion, usando de todos los medios posibles para detenerlos en ella.

Hubo sujeto á quien detuvo treinta años, instando muchos que le despidiesen, esperando á que se mejorase, porque no se perdiese.

Esto usaba con los que reconocia que faltaban por flaqueza sin perjuicio de otros; porque, si hallaba inconvenientes para los demás, los cortaba del cuerpo de la Religion y los echaba fuera con presteza, porque no pegasen la roña de sus ruines costumbres á los otros.

No hay palabras para explicar el fervor del noviciado todo el tiempo que

le gobernó, la paz y el espíritu con que todos vivian, el aliento en la mortificacion, el desprecio del mundo, y el aprecio del cielo que engendró en los corazones de todos con su ejemplo, con sus palabras y con la destreza de su gobierno.

Todos eran un corazon y un alma, y todas sus almas y sus corazones estaban abrasados en Dios, procurando todos esmerarse en su servicio y adelantarse con santa emulacion en la penitencia, silencio, oracion, mortificacion y en todas las virtudes religiosas; y ninguno, por fervoroso que fuese, podia atener al paso de su Maestro, que iba delante de todos, guiándolos y facilitándolos el camino de la perfeccion.

No le faltaron en este gobierno ocasiones en que ejercitar su paciencia; porque la casa de Villarejo se halló tan empeñada con los malos años y pleitos que se le ofrecieron, que no pudo sustentar el noviciado; y aunque el P. Luis de la Palma buscó entre sus parientes y conocidos algunas cantidades considerables con que le mantuvo un tiempo, no fué posible doce años que duró en su gobierno.

Viendo su necesidad, se resolvió la provincia de sacar los novicios del Villarejo: trajéronlos á Alcalá y con ellos á su Maestro á una casa de seglares, del todo incómoda para religiosos y mucho más para novicios; y aunque allí hubo esperanzas de nueva fundacion, se desvaneció luego, y todo fué pobreza y mendiguez, incomodidades y trabajos que cargaron sobre sus hombros, llevando en ellos á sus hijos y sustentándolos con el sudor de su rostro.

De Alcalá vinieron á Madrid á la nueva fundacion de la marquesa de Camarasa, que estaba tan al principio, que no habia sino una casa vieja y una huerta para todo el noviciado. Aquí entró el buen Rector con toda su familia el año de mil y seiscientos y tres, sin tener dónde albergarlos.

Acomodáronse con suma pobreza del modo que pudieron, y por grande regalo le cupo un aposentillo oscuro, frio y tal, que luego le dió mal de pecho, y se renovaron las antiguas enfermedades, y pasó tan adelante su falta de salud, que habiendo pasado con estas incomodidades un año, fué necesario volverle al Villarejo, repartiendo los novicios en las dos casas para alivio de ambas.

En la de Madrid quedó por Rector el P. Francisco Aguado, y en la del Villarejo el P. Luis de la Palma, hasta que vino á gobernar el colegio de Alcalá, como ahora diremos.

III

Viene por Rector al colegio de Alcalá, pasa de este al de Múrcia, y lo que en ellos obró.

Despues de haber gobernado doce años los noviciados referidos, y haber criado en ellos al pié de doscientos novicios que han sido el lustre de la provincia, y muchos de ellos Provinciales, lectores, predicadores y grandes operarios en Europa y en las Indias, le ordenó la obediencia dejar su amado retiro y venir á gobernar el colegio de Alcalá, que es el principal seminario de la provincia y uno de los más esclarecidos que tiene la Compañía.

A este colegio vino el año de mil y seiscientos y siete y se encargó de su gobierno, el cual ejercitó con el mismo espíritu y vigilancia que los demás, atendiendo á promover á los maestros y estudiantes no ménos en el espíritu que en las letras.

Túvole como un noviciado, conservando aquel espíritu fervoroso que siempre habia tenido, llevando á todos con una suave blandura y una eficaz dulzura, cual dice S. Bernardo que han de usar los Superiores, á los cuales, como dice el Santo, llamó Dios pescadores, no de anzuelo, que prende con hierro, dolor y sangre, sino de red, que atrae la pesca sin sentir y sin dolor, ántes con deleite, hallándose cautivos y nadando en el agua: así el buen Superior ha de procurar atraer á los súbditos con tal blandura y destreza, que se hallen cautivos de su voluntad y presos de su amor, y mucho más del de Dios y la observancia regular, sin hierro, ni dolor, ni derramamiento de sangre, ántes con deleite, blandura y suavidad, cuanto permitiere la disposicion de las cosas, sin que se falte á la observancia regular, lo cual ejercitaba nuestro Padre poniendo el hombro al trabajo, por quitársele á los suyos, y usando de toda blandura en su gobierno.

Mas no por esto le faltaba valor para refrenar á los que, ó por autoridad, ó por regalo, ó con pretexto de necesidad, pasaban los límites de la razon, atropellando las reglas y aportillando el muro de la observancia, que guarda y conserva en su entereza la Religion, como se vió en algunos casos que le sucedieron en este colegio, de los cuales referiré dos para ejemplo de los venideros y testigos de la entereza del Rector.

Un Padre grave que habia leido Teología y sido diez y nueve años Secretario en Roma de nuestro General en la Asistencia de España, morador de aquel colegio, tenia de costumbre salir todas las tardes de casa á recorrer las personas que confesaba; juzgó el P. Luis de la Palma que

debiera moderar las visitas, pues cada dia era fácil hablarlas en el confesonario para el gobierno de sus almas; y aunque era persona de tantas canas y autoridad y benemérito de cualquiera indulgencia por lo que habia trabajado, no dudó de negarle las licencias cuando no eran precisas, ó habia causa bastante para hacerlas de ministerios nuestros ó alguna necesidad.

Aunque el buen anciano lo sintió, el Rector tuvo valor para limitar sus salidas, así por su recogimiento como por el ejemplo de la juventud de aquella casa, que se impresiona de lo que ve en los ancianos, y toma con más facilidad lo ancho que lo estrecho para su desahogo y libertad.

Otro caso quiero referir que, aunque parece de poca monta, no lo fué el suceso de él, y se verá cuánto importa en las Religiones reparar en cosas pequeñas.

Estando un domingo en las conclusiones ordinarias, que se hacen públicamente todo el curso en aquel colegio, salió un Hermano estudiante del General, adonde se hacian, á hablar á un estudiante seglar en sazon que el P. Luis de la Palma salió del aula, y le encontró á la puerta.

Hablóle con severidad, culpándole por haber salido de las conclusiones adonde los demás estaban. El Hermano recibió la reprension con humildad, y entró en el aula. Estaban presentes algunos estudiantes seglares, de los cuales uno dijo: «Riguroso ha estado el P. Rector con este Hermano en cosa tan leve, como es salir un paso del aula á hablar á quien le buscaba.»

A lo cual respondió su compañero, que era teólogo y de más edad y buen juicio: «En esto se conoce la observancia y perfeccion de esta Religion, porque, si tan seriamente reprenden cosas tan leves, mucho ménos permitirá las graves;» palabra fué esta que se le imprimió en su corazon al que lo habia notado, de manera que no la pudo olvidar, y rumiándola en su corazon, le movió de manera que, deseando agradar á Dios y conseguir su salvacion, juzgó por muy observante de sus reglas á la Compañía, y la pidió y entró en ella; y ha cerca de cincuenta años que persevera con mucho consuelo de su alma, como lo he sabido de su boca, tomando Dios por instrumento de su felicidad, la vigilancia en su oficio de nuestro santo Rector.

No puso ménos cuidado en alentar los ministerios que los estudios de las letras, y de aprovechar á los de fuera que á los de dentro de casa. Distribuyó los hospitales y las cárceles entre los operarios.

Afervorizó las doctrinas y las pláticas de las plazas, autorizándolas con su persona, honrándose de regir á los niños por las calles, y enseñarlos las oraciones, como lo habia hecho S. Ignacio nuestro Padre.

Trajo muy buenos predicadores, que fueron bien oidos, é hicieron grande fruto con sus sermones. Alentó mucho la Congregacion de los estudiantes, á

los cuales hacia pláticas muchas veces con igual gusto de todos y provecho de sus almas.

Hizo su Prefecto al Dr. D. Gaspar de Borja, entónces Canónigo de Toledo, y despues su Arzobispo y Cardenal de la Santa Iglesia de Roma. Fundó otras dos nuevas Congregaciones, una de seglares, en que entraron los más principales de la villa y grande número del pueblo, que persevera hasta hoy con gran usura de sus almas y reformacion de las costumbres; otra de sacerdotes seglares, la cual floreció en su tiempo y algunos años despues, hasta que, resfriándose con el tiempo, se incorporó en la de los estudiantes por medio de un operario fervoroso que trajo para estas obras, y con su direccion y consejo se fundó un recogimiento ó beaterio que dura hoy para recoger las mujeres arrepentidas, obra de grande piedad y servicio de Dios.

Y no paró aquí su santo celo, que no se limitaba en tan corta esfera como la villa de Alcalá; porque, pasando sus límites, se extendió muchas leguas á los lugares comarcanos, á los cuales envió religiosos de su casa á predicar, y confesar, y enseñar la doctrina cristiana, y á ejercitar los ministerios que usa la Compañía.

Por este medio redujo muchos millares de almas á su Criador, y reformo las costumbres, quitó abusos y plantó virtudes, poblando el cielo de las almas, que estaban en la sombra de la muerte, con grande gozo de los ángeles y gloria de Dios nuestro Señor.

Otra obra hizo que fué de mucho servicio de Dios y medio para la conversion de muchos estudiantes, que dieron de mano á todas las pretensiones del siglo y se consagraron á Dios en el ara de la Religion, y no pocos entraron en la Compañía, que hoy son el lustre de la provincia; y fué los Ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre, los cuales adelantó con todas sus fuerzas, disponiendo más de veinte aposentos en la casa, para que entrasen á hacerlos los que gustasen.

Él mismo por su persona se los daba á muchos, como tan insigne maestro de esta celestial teología, que á juicio de los más versados en esta ciencia, desde S. Ignacio acá no ha habido quien más haya penetrado su mente, y calado lo profundo de su espíritu, y alcanzado la inteligencia de esta ciencia oculta á los sabios del mundo, como lo declara el libro que imprimió de este argumento y otros tratados que hizo sobre estos Ejercicios, todos llenos de celestial sabiduría.

Estando en el gobierno de este colegio, sucedió la beatificacion de S. Ignacio nuestro Padre, decretada por la Santidad de Paulo V, que fué muy celebre en toda la Compañía, y pudo ser que nuestro Padre hiciese ventaja á muchos en el acierto de la fiesta que refiero aquí, para que tomen enseñan-

za con su prudencia y buena disposicion los que desearen acertar, porque, aunque mirando siempre el mayor servicio de Dios, puso la mira más en lo que conducia á la devocion y culto espiritual de los santos, que á lo ruidoso y exterior, que sirve más para el vulgo, y acarrea inquietudes, gastos y otros mayores inconvenientes.

Así, dispuso las cosas acertadísimamente, haciendo dueños de la fiesta al patron del colegio, que era el marqués de Mondéjar, D. Iñigo de Mendoza, y el cabildo de la santa Iglesia Colegial de S. Justo, y á la Universidad, poniéndola en manos del Rector y colegio mayor.

Juntáronse todos por sus comisarios en nuestro colegio, y de comun acuerdo se encargó la iglesia de S. Justo de la Misa y el sermon, el cual se encargó al Dr. Luis Montesinos, catedrático de Prima de Teología, y el más primo catedrático de aquella Universidad, maestro de nuestro siglo y ejemplo de sacerdotes, que no admitió el obispado de Salamanca por asegurar el del cielo, esperando en él los premios de cuarenta años de lectura con suma aclamacion de todos.

El colegio mayor asistió con su Rector á los Oficios en forma de Comunidad; la villa de la misma manera, y el marqués, como patron, tomó á su cargo acomodar á todos, dándoles su debido lugar en la iglesia y refectorio, lo cual hizo con tal gala y cortesía, que á todos dejó contentos y obligados, tomando para sí el último lugar, como en casa propia suya, no obstante que acertó á ser aquel año un vasallo suyo Rector de la Universidad, ganando más de honra y aprecio con esta accion, que otros suelen pretender con pundonores de antecedencias y porfías contenciosas, que engendran fastidio y causan indignacion.

De esta manera se celebró la fiesta santa, devota, quieta y prudentemente, sin procesiones, ni danzas, ni máscaras, ni exterioridades vanas, que sirven más al ruido y á la inquietud, que al culto y devocion.

Acabó su rectorado con tanto sentimiento del colegio por perderle, como gusto suyo por verse libre de aquella carga, y pidiendo licencia á los Superiores, se recogió en el noviciado de Madrid á hacer vida de novicio, empleándose todo en el silencio, recogimiento, oracion y devocion, con gran júbilo de su espíritu; que los santos y personas espirituales siempre codician el retiro y afectan la soledad de los hombres para gozar con más quietud de la compañía y conversacion de Dios.

Aquí estuvo algunos meses, en los cuales dispuso el libro que imprimió del *Camino de perfeccion* por los Ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre, y cuando á juicio de toda la provincia le esperaba el mayor puesto de ella, le mandó la obediencia tomar el menor, si hay alguno pequeño en la casa de Dios.

Mandáronle ir á Múrcia, sesenta leguas de la corte, á ser operario de aquel colegio, y ocuparse en confesar á los pobres, y salir á las doctrinas á los hospitales, cárceles y enfermos á todas horas como operario mozo, porque si el cuerpo estaba viejo, el espíritu estaba jóven; y juntamente le dieron oficio de Prefecto de las cosas espirituales y confesor de los de casa.

A esta obediencia no pensada de los hombres y ordenada de Dios para hacer alarde de su rendimiento y humildad, abajó la cabeza, y la tomó, y ejecutó con el mismo gusto y alegría que si le dieran la cosa mayor de la Religion; y así, luego sin tardanza se partió al colegio de Múrcia, en el cual fué recibido con universal aclamacion, como si vieran entrar por sus puertas á un ángel del cielo.

Tomó su oficio y ejercitóle por dos años con grande aplicacion, asistiendo á todas horas al confesonario, sin rehusar á persona chica ó grande que gustase de confesarse con él.

Ganó muchas almas para Dios con ese trato espiritual y con los sermones que predicaba, cuanto sus cortas fuerzas y poca salud le daban lugar, y puso por obra fundar una Congregacion de sacerdotes en aquel colegio, la cual tomó á su cargo, y sustentó sobre sus hombros, haciéndoles pláticas, y buscándolos, y trayéndolos, y dándoles el pasto del cielo.

Y dije que la trajo sobre sus hombros, porque no duró más de lo que la sustentó; que este tan noble y entendido rebaño pide tan entendido y sabio pastor.

Por este tiempo acabó su oficio el Rector de aquel colegio, y nuestro P. General le puso sobre los hombros del P. Luis de la Palma con gran consuelo de todos, gozándose de tenerle por Padre: sólo él tenia pesar, deseando obedecer ántes que mandar, porque le habia enseñado la experiencia que es más fácil y seguro obedecer que mandar.

Luego mostró su talento, y puso en gran fervor el colegio, y aplicó todas sus fuerzas para adelantar los ministerios cuanto fuese posible.

Juntó á los sacerdotes, hízoles un razonamiento tan discreto como espiritual, poniéndoles delante la obligacion de nuestro instituto, y la importancia del negocio, y la miés tan copiosa como habia en aquella ciudad y reino, en todo el cual no habia más que aquel colegio de la Compañía, á quien tocaba cultivarle y fertilizarle con el grano de su doctrina.

Luego repartió los ministerios como las hazas de la miés, para que cada cual cuidase más de cultivar su parte; á los maestros las clases de sus discípulos; á los predicadores los púlpitos de casa y de fuera; á los operarios las doctrinas de los niños y las pláticas en las plazas; y porque en aquella ciudad hay muchedumbre de negros y mestizos necesitados de doctrina, seña-

ló un Padre que los juntase los domingos y las fiestas, y se la enseñase, y todo lo que condujese para su salvacion, y otro que diligenciase la conversion de los moros esclavos, de que tambien hay cantidad allí.

A los Hermanos teólogos enviaba los domingos á predicar y doctrinar por las aldeas. Iban por la mañana á pié, predicaban á mediodia, hacian la doctrina á la tarde y volvian á la noche á casa.

Dedicó dos Padres de mucho celo y espíritu para que anduviesen en continua mision por el obispado, y él tomó para sí predicar en el colegio los domingos por las tardes; y los sermones fueron de las Epístolas de S. Pablo, con tal erudicion, espíritu y elegancia, que atraia los corazones y los confortaba y encendia en llamas de deseos de los bienes celestiales, con una dulzura y eficacia más que humana.

Acometidos, pues, la ciudad y reino por tantas partes de tan esforzados escuadrones de la milicia de Cristo, pusieron en huida á los vicios, desterraron las tinieblas de las ignorancias, destruyeron las malas costumbres y entablaron las buenas con la frecuencia de los Sacramentos y las Congregaciones, que afervorizó con la grandeza de su espíritu, y nunca se vió el colegio más frecuentado ni con más copioso fruto que el tiempo que le rigió por su vigilancia y cuidado.

IV

Es electo Provincial, va á Roma á la eleccion del General y lo demás que obró en su provincialato.

Al primer año del rectorado de Múrcia, acabó su trienio el Provincial de la provincia, y el P. General Cláudio Aquaviva le envió patente de Provincial para que la gobernase sin otras informaciones más de las que ya tenia, las cuales eran tales, que el P. Bartolomé Perez Nueros, que fué Provincial de Andalucía, y Asistente diez años, y antecesor en el provincialato al P. Palma, escribió de él á nuestro P. General que no habia otro sujeto que pudiese hacer el oficio de Provincial como él.

Y aunque parece que se adelantó mucho por tener la provincia muchos y muy aventajados, de los cuales unos lo habian sido y otros lo fueron despues con toda satisfaccion; pero declárase el alto concepto en que estaba en el aprecio de todos, segun el cual, luego sin controversia fué promovido á esta dignidad, la cual rehusó cuanto pudo, proponiendo su insuficiencia y su corta salud; pero, como Dios le habia escogido para este oficio, cumplióse su divina voluntad.

Publicóse en la provincia con grande aceptacion de todos, y especialmente en su colegio de Múrcia, en el cual me hallé presente, y, leida la carta del Provincial antecedente, en que le declaraba por Provincial; segun el uso de la Compañía, fuimos todos á buscarle y á traerle para darle la posesion, porque, como otro S. Gregorio, huia de la dignidad; y hallado en lo más retirado de la huerta, le trujimos como por fuerza y le sentamos en medio de todos, y yo le vi llorar amargamente y correr arroyos de lágrimas por las mejillas.

Habló tan pocas palabras y con tanto sentimiento, que enterneció á los presentes, causando en todos igual edificacion y ternura y no poco sentimiento del que mostraba; no dijo más de que no era para ello, que obedecia á lo que le mandaban y que le encomendasen á Dios para que le diese acierto. Con estas tres palabras cerró su razonamiento, y se retiró á sólas á tomar consejo con Dios, que es el medio más seguro para todo buen acierto.

Constituido, pues, en esta dignidad y prelacía, empezó luego á hacer su oficio por el mismo colegio que habia regido, visitándole y dejando santísimas órdenes para su reformacion y buen gobierno.

Dejó por Rector al catedrático de Prima de Teología, el P. Juan de Montalvo, que despues fué su secretario y Provincial de la provincia, y recibió tres sujetos de prendas, de los cuales el uno gobierna hoy la primera casa de su provincia; y, porque le llamaban negocios de mucha monta, partió á Madrid á tratarlos con sus Consultores.

Fué recibido con universal aplauso y gozo de todos, si bien no faltaron algunos pocos que juzgaron su modo de gobierno muy menudo para Superior mayor; que nunca fueron totalmente unos los dictámenes de los hombres, como ni los rostros, ni los metales de las voces, aunque sean hermanos de un vientre.

No dejaré en silencio lo que pasó en este caso, para que campee más la caridad y humildad de nuestro Padre. Pasó por un colegio adonde dos Padres graves eran del dicho sentimiento, y tenian alguno con él por no condescender en todo con sus voluntades, los cuales, saliéndole á recibir todos los del colegio, ellos se quedaron en sus aposentos.

Fue el nuevo Provincial, como lo tenia de costumbre, á visitar, en llegando, el Santísimo Sacramento; guiaron luego todos al aposento que le tenian preparado, pero el guió al de los dos Padres, y se entró por sus puertas, y, las rodillas en tierra, les pidió los brazos y les besara los piés, si se lo permitieran.

Causó esta accion suma edificacion en todos los que la vieron, y aquellos dos ancianos quedaron tan edificados de la humildad del Provincial, cuanto corridos por verse vencidos de él en caridad y cortesía; que en esta guerra,

el primero que acomete, vence, y el que espera á ser prevenido, es vencido ignominiosamente.

A mediados de enero de 1615 tomó la posesion de su oficio, y el mes siguiente vino aviso de la muerte de nuestro P. General Cláudio Aquaviva, de eterna memoria; diósela el rey D. Felipe III, viniendo á nuestro colegio á celebrar el jubileo de las Cuarenta Horas de las Carnestolendas, con que se halló obligado á partir á Roma con sus dos compañeros, que fueron el Prepósito de Toledo y el Rector de Madrid, á la eleccion del nuevo General.

Hicieron su viaje por Barcelona, adonde se embarcaron en una mala chalupa, y tal que, alterándose la mar, se vieron á riesgo de ahogarse; pero las oraciones de los religiosos pasajeros alcanzaron de Dios bonanza para desembarcar en Francia, porque la navecilla era tal, que no se atrevieron á pasar en ella á Italia.

Aquí sucedió que el primero lugar en que entraron era de herejes hugonotes, los cuales vinieron luego á disputar con los Padres, que los oyeron y arguyeron, deseando reducirlos á la Iglesia Católica; pero ellos estaban tan empedernidos y ciegos con las tinieblas de su perversa secta, que despues de largas disputas y mucho cansancio, los herejes se quedaron en su perfidia, y, pareciéndoles doctos y sabios nuestros Padres, les ofrecieron riquezas, grandes partidos, comodidades y buenos casamientos, si quisiesen tomar su falsa religion, porque no tenian hombres de letras que los defendiesen, que fué lo mismo que sacó el seráfico P. S. Francisco cuando fue á predicar al Soldan de Persia; porque estos duros pedernales con los golpes no se ablandan, ántes arrojan encendidas centellas.

Llegaron á Roma despues de muchos trabajos, y hallóse en la séptima Congregacion General que tuvo la Compañía, en que fué electo por General el P. Mucio Viteleschi, romano, y dignísimo de aquella dignidad.

Fué grande la edificacion que dió nuestro Provincial con su modestia y modo de proceder; y su parecer fué muy estimado de todas las naciones que se juntaron en aquella Congregacion. Entró en las principales disputaciones y consultas de ella, y en todos los negocios campeaba su sentencia como de hombre verdaderamente grande y versado en el instituto de la Compañía.

Acabada la Congregacion, le dió facultad el nuevo General para que pusiese de su mano Rectores en todos los colegios que faltaban, que no eran pocos, como lo hizo, confirmándolos el General despues: tal fué el aprecio que hizo de su persona y la estima de su religion y prudencia.

En llegando á la provincia, empezó á visitarla como solícito pastor, consolando á todos y dándoles santísimos documentos y muy saludables consejos

para mantenerse en la observancia religiosa y caminar por ella á la perfeccion; y el primero que los cumplia era él mismo, caminando delante de todos con el ejemplo, que es la más eficaz exhortacion.

Era el primero en la oracion y el último que se levantaba de ella, en la modestia y silencio, en la mortificacion y penitencia, en el desprecio de sí mismo y de todo lo terreno, en la humildad y caridad para con todos, ostentándose en todas sus acciones un dechado perfectísimo de un observante religioso.

El era en todos los colegios el primero en las mortificaciones públicas; y antes de sentarse á comer, se arrodillaba delante de todos y les besaba los piés de uno en uno, y decia su culpa, por las faltas que cometia en la observancia de las reglas.

En la comida era moderadísimo, sin admitir regalo ni cosa singular que no se diese á los demás; y dándole en un colegio por regalo un plato bien aderezado, le oí decir: «Ya vienen nuestros enemigos», que por tales tenia á los regalos, como contrarios al espíritu; y no le quiso gustar, ántes dió órden al Ministro que no le diese otro manjar más que á todos los demás, y le tenia dicho á su compañero que, en entrando en los colegios, quitase y sacase de su aposento todo cuanto desdijese de la pobreza y mortificacion religiosa, como se hacia con efecto.

De esta manera tenia fuerza para ceñir á los demás con la observancia religiosa; que los que dicen y no hacen, no la tienen, ántes, como dice San Gregorio en su Pastoral, destruyen con las obras lo que edifican con las palabras, y causan más daño que provecho, porque los hombres se mueven más por lo que ven, que lo que oyen; mas, cuando las obras y las palabras van á una, es el Superior *ambidexter*, porque pelea con ambas manos y juega juntamente dos espadas, de obra y palabra, que hacen grande operacion, como la hizo nuestro Padre en toda la provincia con el ejemplo de sus obras y la fuerza de sus palabras, no sólo en las pláticas públicas, sino en las exhortaciones secretas, que todas eran llamas que encendian los corazones en el amor de Dios y en el odio santo de sí mismos.

Y, si se hubieran guardado las sentencias de este nuevo Séneca como se guardaron las del antiguo, tuviéramos un rico tesoro para nuestros espíritus, mas, porque no queden todas sepultadas en olvido, pondré aquí algunas pocas de las que oí de su boca en las pláticas que hacia.

V

Algunas sentencias de este prudentísimo Prelado.

Exhortando á los novicios á no juzgar mal de los antiguos por algunos defectos que viesen, les decia: «Más valen con estas faltas, que sin ellas los novicios, como hay árboles en las huertas, unos nuevecitos, muy verdes y muy pálidos, pero no tienen más fruto que la vista, porque no ha llegado su tiempo; y hay otros viéjos, los corazones carcomidos, algunas ramas secas y llenas de ñudos; pero son tan fecundos, que llevan fruto para mucha parte del pueblo y enriquecen á su dueño.»

«De la misma manera son los novicios respecto de los antiguos, arbolitos recien plantados en la huerta de la Religion, modestos, callados, rendidos, devotos y como unos santicos; pero no dan más fruto á la Religion ni á los prójimos, porque no ha llegado su tiempo, y sólo sirven de esta buena apariencia exterior; pero los religiosos antiguos, cada uno conforme su estado, son árboles fructuosísimos á la Religion y á los prójimos, y hay religioso que convierte millares de almas al año y mantiene en la fe reinos enteros, y otros que alumbran el mundo con la luz de su doctrina; los cuales, aunque tengan algunas faltas, son de mucho más valor que los novicios que no las tienen, y deben estimarlos más y humillarse delante de ellos, por el gran fruto que dan con sus trabajos.»

Exhortándoles al silencio, les decia que era la guarda del espíritu y el temple de la devocion, la cual perdia el que le perdia, como las guitarras y cítaras de los barberos y oficiales que las tocan todo el dia, y, por buenas que sean, se destemplan y atormentan los oidos en lugar de dar música; pero las que están guardadas y las tocan á sus tiempos, conservan su buen temple y la dan muy suave á quien las oye.

Así sucede á los religiosos, que los que hablan entre dia con este y con el otro, se destemplan y pierden el calor del espíritu, y caen en muchas faltas, y son molestos y aun ofensivos á los otros; pero los que guardan el silencio, guardan su temple y la devocion del alma, y dan suave música de santas palabras cuando hablan.

Añadia que los que hablaban entre dia, callaban en los tiempos de hablar, porque iban gastados y los corazones secos y desazonados, y los que callaban á su tiempo, hablaban á su tiempo con sazon y fruto suyo y ajeno.

Muchas veces le oimos decir, exhortando á la paciencia y longanimidad con los otros, que *dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios,*

sentencia que la dijo no sólo con la boca sino tambien con las obras, haciéndolas buenas á quien se las hacia malas, y dándoles muchas gracias por muchos agravios; y de esta manera los venció y los ganó para Dios y para sí.

Persuadiendo el recogimiento en casa á los operarios que con ocasion de hacer bien á los prójimos salian mucho fuera, les decia que, si fuesen oficiales primos en sus ministerios, no tendrian necesidad de salir á buscar los prójimos, porque ellos los vendrian á buscar á sus aposentos para tomar consejo y direccion de sus almas, como se ve en los oficiales primos en cualquiera arte, cuyas casas son frecuentadas de todos, y á pié quedo hacen más y ganan más que los remendones y aprendices, los cuales se hallan forzados á salir por las calles dando voces á buscar quién los quiera.

Así, repetia muchas veces á los suyos: «Si fuéredes religiosos primos en el arte de confesar, predicar, y en el orar y encaminar las almas al cielo, y en la resolucion de casos y desmarañar conciencias, á pié quedo hareis grande fruto, y estándoos en casa sereis frecuentados de todos y servireis mucho á Dios y á la república; pero sino lo sois ni vienen á buscaros, y os hallais obligados á salir de ordinario para los ministerios que no piden forzosas salidas, indicicio es manifiesto de que no haceis buena harina, y que vuestra obra no es perfecta, pues os hallais obligado á salir á pregonarla y diligenciar parroquianos como los adobasillas.»

Diciéndole tal vez de una persona religiosa que en la sustancia de la virtud era muy calificada y conocida, no obstante que tenia algun desahogo y libertad en su trato, y algunos donaires y palabras de entretenimiento en su conversacion; oyendo esto se suspendió un rato, y rompiendo el silencio dijo con ponderacion: «Maravilla será lo que se dice de esta persona, *porque, sino es por milagro, no hay sustancia sin accidentes, ni accidentes sin sustancia.* Y así lo será que se hallen en este sujeto tantos accidentes no buenos sin mala sustancia, y sustancia buena sin malos accidentes,» sentencia digna de tan grande varon, la cual confirmó la experiencia dentro de poco tiempo en la misma persona de quien se dijo y se calla por justos respetos.

Estas y otras muchas sentencias oímos de su boca, todas de saludable doctrina; y con ser tan sabio y tan ilustrado de Dios, leia ordinariamente en *Contemptus mundi*, y sabia y repetia sus sentencias para dar pasto al espíritu.

Tambien era versado en las *Colaciones* de Casiano, y se valia de las sentencias y doctrina de los Padres antiguos en sus pláticas y exhortaciones, y siempre que podia remediar las faltas por medio de ellas, no usaba de penitencias, dándoles como en dulce bebida la purga en polvos en la suavidad de sus pláticas, afeando el vicio y exhortando á la virtud.

Y á los que le decian que no se cansase porque, aunque más predicase, ha

bia de correr el rio por donde corria, respondió sabiamente: «Para esto se hace, para que corra el rio por donde corria, y, sino se advirtieran estas cosas, el rio hubiera salido de madre, é inundádolo todo, y no hubiera regla ni observancia en la Religion; conviene levantar las pesas del reloj á sus tiempos, porque con su peso van siempre cayendo, y así, conviene levantar la observancia renovando á su tiempo los mismos órdenes y observancias, porque nuestra flaca naturaleza, mal inclinada, siempre se viene hacia abajo y lucha contra la observancia en favor de la anchura y relajacion.»

Guardó suma igualdad con todos, sin ladearse más á unos que á otros, teniendo la vara recta y distribuyendo los oficios segun los merecimientos. Buscaba siempre no los oficios para los hombres, sino los hombres para los oficios, poniendo en ellos á los beneméritos, sin atender á respeto alguno más que al servicio de Dios y al bien de la Religion.

Era muy circunspecto en recibir los sujetos para la Compañía, haciendo riguroso exámen y no admitiendo al que no juzgaba con prendas para ella, aunque tuviese mucho favor.

Un sacerdote de buenas letras y de mucha virtud le pidió en la ciudad de Cuenca que le recibiese en la Compañía, y, aunque era á propósito para ella, porque tenia hermanas y sobrinas pobres y honradas á quien podia socorrer, no le quiso recibir, juzgando por mayor servicio de Dios que favoreciese á sus deudos, viviendo virtuosamente en el siglo, que dejarlos desamparados por entrar en la Religion.

Alentó cuanto pudo los ministerios con los prójimos, poniendo el hombro á ellos, sin perdonar á diligencia ni á trabajo. Confesaba en los colegios que visitaba, siempre que habia frecuencia de pueblo; y yo le vi estar confesando desde el amanecer hasta las once del dia. Hacia pláticas y sermones y salia con las doctrinas á la plaza.

Hacia pláticas á los estudiantes, y donde no habia Congregaciones, él mismo las fundaba, convocando la gente y dando principio á ellas, y, levantados los cimientos, las entregaba á buenos operarios que las llevasen adelante, como lo hizo en la villa de Belmonte y en otras partes.

Envió muchas misiones, y hubo vez que salieron veinte religiosos juntos á varias partes, y los trabajó de manera con el fervor de su espíritu, que rindiéndose á tan continuo trabajo les sucedió lo que á S. Pedro y los demás Apóstoles, que por la mucha pesca se hallaron forzados á pedir ayuda á los de otra nave, porque llamaron á los de otras provincias que los ayudasen, como lo hicieron, viniendo ocho Padres de Castilla, escogidos obreros de la viña del Señor; á todos los cuales dió ocupacion en su provincia, discurriendo por varias partes con igual edificacion y provecho de sus pueblos.

VI

Otras obras que hizo en el trienio de su provincialato.

No le faltaron ocasiones en que mostrar su paciencia y su valor, el cual tuvo para defender á los suyos, refrenar á los osados, oponiéndose á los poderosos por el buen nombre y decoro de su Religion, como lo hizo en Madrid con un gran señor muy valido del rey D. Felipe III, el cual por los respetos particulares suyos pretendió echar de la corte á un Padre religioso, morador del colegio de Madrid.

Como estos grandes señores quieren ser obedecidos de todos, y no tienen por caso de ménos valer ser resistidos de alguno, escribió con grande imperio al P. Luis de la Palma, que, como Superior, le mandase salir luego, y que sino él le sacaria más que de paso.

No se acobardó con esta carta ni temió su potencia el que sólo temia la de Dios, á quien tenia ante sus ojos en todas sus acciones; y así, mirando este negocio delante de Él, respondió con entereza y cortesía que en todo lo que no fuese contra Dios y su conciencia le obedeceria y serviria con todo gusto y voluntad; y en lo contrario, que ni su Excelencia se lo mandaria ni él le podria obedecer; y que así, le diese las causas por qué mandaba sacar á aquel Padre de la corte; porque habiéndolas, no era necesario su mandato, porque él de oficio le sacaria sin tardanza; pero no las habiendo, habia de ser mucha nota del Padre y desdoro de la Religion, el cual corria por su cuenta y le habia de defender conforme á su obligacion.

El señor llevó mal la respuesta, juzgándola por demasiada, y tomó otros medios para desterrar al Padre; pero no le valieron en todo su valimiento; porque el Provincial le defendió y le mantuvo en su colegio y ocupacion, mirando en todo el mayor servicio de Dios, el cual quietó al poderoso y le hizo reconocer la razon.

Otro Padre de grandes prendas, en el mismo colegio de Madrid, entró en grande valimiento con el rey; introdújose demasiado en palacio, adonde estaba por mañana y tarde y muchas veces hasta muy noche, y con la voz de válido, era visitado de todos los señores y pretendientes de la corte, con que causaba inquietud en el colegio y turbacion en la observancia regular.

Entraba en consultas de negocios gravísimos tocantes á la monarquía, y comunmente le llamaban el *teólogo de su Majestad,* porque rara ó ninguna cosa se hacia que no se consultase con él; y, aunque no se le notó falta grave en la observancia de sus votos, el Provincial la tuvo por bien grave tanto

tropel de negocios, y los más seglares, en un religioso que habia dejado el mundo para vacar á solo Dios y al bien de su alma, y tantas y tan graves ocupaciones era fuerza que le ahogasen el espíritu y no le diesen lugar para su primera y más principal ocupacion, que era la de su alma y perfeccion.

Juntóse á esto las quejas de los pretendientes, que siempre las tienen de los que manejan el gobierno, y las envidias y emulaciones inseparables de los validos de los reyes; y juzgó el Provincial que le corria obligacion de mirar por aquel súbdito, que, como oveja descarriada, se apartaba del rebaño con riesgo de perderse.

Disponiendo las cosas, esperó tiempo y sazon, y llamándole aparte cuando ménos lo pensaba, le propuso con toda blandura la obligacion de su estado, la inmensidad de negocios que tenia sobre sus hombros, y ninguno de la Religion; el riesgo de su espíritu en ellos y la necesidad de mirar por su alma; y que así, le convenia retirarse de ellos, y dejar á los muertos cuidar de sus muertos, como dijo Cristo nuestro Redentor, y que luego se partiese sesenta leguas de allí, y para excusar dilaciones, tenia ya preparado en qué habia de ir.

El religioso obedeció, y sin detenerse un punto, se partió á cumplir su obediencia, y el Padre dió cuenta al rey de su partida y de las causas que habia tenido para ella, las cuales admitió el rey, y tuvo por bien lo hecho, como tan cristiano y deseoso del servicio de Dios y aprovechamiento de sus vasallos; que los príncipes cristianos, como quieren á los soldados buenos soldados, quieren á los religiosos buenos religiosos, y á los que no son tales, los desprecian, aunque muestren alguna estima exterior para servirse de ellos en sus negocios.

Antepuso siempre el bien de la Religion al propio suyo, y no dudó de poner á riesgo su honra y crédito por el de los que tenia á cargo, y mucho más por la salud de sus almas, como lo declaró el caso que le sucedió con un ministro de los mayores de la chancillería de Valladolid, adonde sus hermanos y parientes traian un pleito gravísimo, en que iba la honra de todo su linaje, y un sobrino del dicho ministro, tocado de la mano de Dios, pretendió la Compañía.

Habló á nuestro Provincial, pidiéndole con lágrimas que le recibiese en ella, porque le llamaba Dios á su servicio y le iba su salvacion en recibirle. Examinó su vocacion el prudente Provincial, y hallando que era firme y verdadera, no obstante que reconoció el sentimiento que podia tener su padre y la contradiccion que podia hacer á sus deudos, mirando más por el bien espiritual del pretendiente que por su propio interés, le recibió en la Compañía y le envió luego al noviciado.

En sabiéndolo su padre, empezó á bravear como un leon, y escribió una carta al Provincial llena de amenazas, sino le enviaba luego á su hijo, y lo ménos era quitar la honra y hacienda á todos sus parientes, y cortar por el pié todo su linaje.

El Provincial, vista la carta, dijo á los presentes: «Ahora conocerá este caballero que yo no tengo pleito en Valladolid ni más linaje que el de mi Religion, á quien miro como á padre, madre, hermanos y parientes; y á él le respondió con entereza y cortesía que, si bien lo miraba, en ninguna cosa le podia haber obligado más que en poner á su hijo en el camino seguro de su salvacion; pero que, pues no se daba por obligado de este servicio, desde luego entendiese que él no tenia más honra que la de Dios, y que por el bien del alma de su hijo daria con alegría cuantos intereses podia tener en el mundo, y que Dios volveria por sus hermanos si él los quisiese atropellar.

No se aplacó aquel ministro con respuesta tan cristiana y discreta, ántes, enfureciéndose más cuanto más cerrada hallaba la puerta para sacar á su hijo de la Religion, volviendo la espada contra los deudos del Padre, hizo el último esfuerzo para destruirlos, y en breve tiempo sacó dos autos de la chancillería contra ellos, y puso el negocio en términos de perderse; pero Dios volvió por la verdad, y le dió su castigo, y á los deudos del buen Provincial victoria con grandísima honra, no permitiendo Su Divina Majestad que la perdiese por su causa quien con tantas veras procuraba la suya y el bien espiritual de las almas.

Otras muchas ocasiones tuvo en su trienio en que hacer alarde de su valor y prudencia, porque se le ofrecieron cuatro fundaciones de importancia, en que tuvo que padecer y que vencer. La primera fué la de la Casa Profesa de Madrid, que fundó el duque de Lerma, D. Francisco de Sandoval y Rojas, para colocar el cuerpo de S. Francisco de Borja, su abuelo, que trajo de Roma para este efecto, en que se ofrecieron muchas dificultades; pero todas las venció el valor y paciencia del Provincial, y la Casa se fundó cerca de la del mismo duque, que quiso tener por vecino á su santo abuelo así para su consuelo, como para honrar su casa con tan honrada vecindad; que la primera y verdadera honra es la que nace de la misma santidad.

La segunda fué del colegio de Alcaráz que D. Juan de Córdoba, caballero principal y regidor de la primera nobleza de aquella antigua ciudad, fundó en ella, dándole sus casas principales y su hacienda, que era gruesa, para el sustento de los religiosos; mas como el demonio se opone con todas sus artes á los siervos de Dios, usó de todas sus armas para derribar este nuevo castillo que se levantaba para defensa de las almas y bien de aquella ciudad, la cual, mal informada y movida por los parientes del fundador, que sen

tian vivamente perder la hacienda y que se diese á la Religion, hicieron la contradiccion posible y movieron tal guerra, que duró por muchos años y se vió varias veces á pique de arruinarse aquella fundacion.

Pero la constancia de nuestro buen Provincial, y su prudencia, y buen gobierno venció estas contradicciones con paciencia y oracion, hasta que salió victorioso; y el colegio está fundado con universal gusto de todos, que le tienen con el fruto que sienten en su república de los nuevos vecinos que se emplean en su servicio, enseñando á la juventud y ayudando mucho á todos en el ministerio de su salvacion.

Tambien admitió el colegio de Guadalajara que doña Mencia de Yasarte fundó en aquella ciudad, venciendo montes de dificultades y ejércitos de enemigos que se opusieron á aquella fundacion, como si entráran los de la Compañía á saquear sus tierras ó á echarlos de sus casas; porque, así eclesiásticos como seglares se opusieron de manera, que escribieron á todas las ciudades de España, pidiéndoles que negasen sus votos á la fundacion de este colegio, y mancomunaron sus haciendas para contradecirle y hacerle guerra por todos caminos.

Pero no quebrantó el ánimo invencible de nuestro Provincial el ejército de contradicciones que se levantó contra él, ántes cobrando nuevo aliento, como lo hacen los capitanes esforzados cuando ven los enemigos, se alentó á la pelea, y corrió á la defensa armado con las armas de la paciencia y la oracion.

Envió á la ciudad Padres misioneros, que cultivasen con su doctrina aquella heredad de Dios, los cuales dieron tan buenas muestras de los empleos de la Religion, y la ciudad sintió tanto provecho en sus almas, que perdieron el acedía que habian cobrado, y trocaron el temor en amor de la nueva fundacion; y vencidas con paciencia y longanimidad las contradicciones, se fundó el colegio, y persevera con gusto y utilidad de todos, para mucha gloria de Dios.

Otra cuarta fundacion se ofreció en la villa de Brozas, en Extremadura, en el Priorato de Alcántara, que la piedad de D. Pedro Flores Montenegro, Arzobispo de Santa Fe, quiso fundar en aquella villa, como natural de ella.

Para utilidad de sus moradores y para que tuviese efecto, envió buena cantidad de hacienda para el edificio y sustento de los religiosos. Admitióla el P. Luis de la Palma, respondiendo al Arzobispo con toda cortesía y agradecimiento, pero quiso ver la disposicion de la tierra y dar órden á la fundacion por su propia persona; que los buenos jueces y los celosos Prelados no cometen los negocios á diligencias ajenas cuando ellos las pueden hacer, y los ojos de su dueño son de suma importancia para todo buen acierto.

Por lo cual el vigilante y celoso Provincial no quiso cometer este negocio á otros, aunque pudiera fácilmente, sino verle y disponerle por su persona, aunque á costa de trabajo, porque le padeció grande en esta fundacion.

Está más de cincuenta leguas de Madrid, y luego se puso en camino, en el cual padecieron naufragios él y sus compañeros, porque se les volcó el carro, y perdieron el camino varias veces, y caminando por el puerto de Mirabete, que es el de Extremadura, al pasar unas quebradas hondas, rodó el carro hasta el profundo, habiendo entrado la noche.

Halláronse sin ayuda imposibilitados de sacarle, sin guía, ni noticia de camino, ni de lugar adonde pudiesen ir; encomendáronse á Dios, que es la guía de todos y el amparo de los que confían en Él, y fué servido de oir sus oraciones y darles la mano en aquel naufragio, porque, en cerrando la noche y acabando su oracion, vieron una pequeña luz: fuérohse para ella, y hallaron un pastor de ganado con un zagalejo, los cuales habian hecho lumbre para el reparo de la noche: compadeciéronse de su trabajo, y el pastor vino guiándoles y alumbrándoles por montes y valles, caminando á pié con harto trabajo.

El buen Provincial con su buen aliento y alegría alentaba á los demás: llegaron á una pequeña aldea, y como los vió el mesonero pobres y desvalidos, no los queria recibir; que así son admitidos los pobres forasteros, cuando no llevan qué dar.

Los nuestros alcanzaron con dificultad que los permitiese en su casa albergarse aquella noche en un rincon, en el suelo, sin tener otro alivio ni sustento más que el de su paciencia y la memoria del portal en que se albergó nuestro Señor cuando vino á redimir el mundo.

Allí estuvieron aquella noche, y á la mañana les trajo Dios el carro, que con industria y trabajo del criado salió de aquel atolladero; pero no permitió el P. Provincial que el pastor se quedase sin galardon, porque tenia una pretension con el conde de Oropesa y un sobrino que pretendió la Compañía, y en premio de su caridad recibió luego al sobrino, y recabó del conde lo que pretendia el pastor; que así paga Dios lo que se hace con sus siervos.

Ultimamente llegaron á las Brozas, y vista la disposicion de la villa, la distancia de la provincia y el temple de la tierra, hubo varios pareceres sobre si convenia fundar ó no; y últimamente, pasados algunos años, mandó el P. General Mucio Viteleschi, que se dejase aquella fundacion, como en efecto se dejó.

VII

Es electo Rector del colegio de Madrid, y segunda vez Provincial.

Acabado el provincialato con tan felices progresos, deseó el siervo de Dios recogerse á un noviciado á darse á la oracion y devocion, y así lo pidió al General, pero no pudo alcanzarlo; porque, deseando dar buen Prelado al Colegio Imperial de Madrid, que es el primero y como la metrópoli de la provincia, le señaló por Rector de él, con órden tan apretado que no pudo replicar.

Abajó la cabeza y puso el yugo en la cerviz, encargándose de aquel colegio, que, á juicio de muchos, es carga más pesada que la de toda la provincia. Gobernóle tres años con igual satisfaccion y gusto de sus moradores, á los cuales miró siempre, no como á súbditos, sino como á Superiores suyos y como á hermanos mayores, por sus letras, por su prudencia, por su religion y autoridad; porque este colegio está poblado de los más graves sujetos que tienen las provincias de España, porque de todas hay en él.

Cautivóles sumamente la cortesía y moderacion con que trataba á todos, la blandura y rendimiento con que daba las órdenes para el gobierno, la facilidad en mudarlas cuando le proponian razones en contrario, el cuidado y vigilancia en lo espiritual y temporal de la casa, la providencia con los enfermos y la caridad con los huéspedes, junta con la liberalidad con que servia á todos, siendo el primero en la observancia y un ejemplo vivo de un perfecto Prelado, mirando siempre por el honor de su casa y el buen nombre de los suyos, como se verá en los casos siguientes:

«Envió dos Padres misioneros durante la Cuaresma á un lugar grande de la comarca, á predicar y ejercitar los ministerios de la Compañía. Los Padres procedieron con toda edificacion é hicieron mucho fruto en las almas.

Entre otras, redujeron la de una mujer amistada con un sacerdote, el cual, sentido de la prenda que le habian quitado, trató de vengarse de los Padres y juntamente recobrarla, si pudiese; y para lo uno y lo otro tomó un medio diabólico, que fué escribir á su Rector que daban mal ejemplo y escandalizaban al pueblo en lugar de edificarle; y en especial del predicador, que habia obrado más en la conversion de aquella mujer, escribió que estaba amancebado con ella, y que no habia dia que no se viesen á solas con nota y murmuracion de todo el lugar, y que aquello escribia por lo que estimaba á la Compañía y el deseo que tenia de su honra y opinion.

Carta fué ésta que turbara al más seguro y desatentara al más considera-

do, pues con mucho ménos, como en la Compañía es tan detestable este vicio, sólo con su sombra hemos visto moverse á algunos Superiores y atropellar con los súbditos, por quitar el mal sabor del qué dirán.

Pero nuestro Superior, como tan cuerdo y experimentado, no hizo movimiento alguno ni consultó la carta más que con Dios, pidiéndole luz para lo que debia hacer, mirando por su honra y por la de la Religion y de sus súbditos.

Para proceder con maduro consejo, quiso oir á la parte acusada primero; y para esto llamó con todo secreto á un Padre anciano, de ciencia y prudencia, y le ordenó que fuese al pueblo, adonde estaban los misioneros, con ocasion de comprar ciertos materiales para la obra de la casa, y que con todo secreto se informase de cómo procedian, en especial el predicador, que fruto hacian y qué opinion tenian con la gente del lugar, y tambien la que tenia aquel sacerdote y la mujer que le nombraba en la carta.

El Padre fue y lo hizo con toda destreza, porque la tenia en el manejo de negocios, y averiguó la verdad, que los Padres procedian muy bien y con mucha edificacion de todo el pueblo, y que el clérigo estaba amancebado públicamente con aquella mujer, aunque, despues que los Padres vinieron, era fama que se habia mejorado ella y apartádose y reducídose á mejor vida.

Esto trajo probado con muchos testigos cómo era la verdad; y el buen Rector dió muchas gracias á Dios por ello, y escribió al sacerdote que mirase por su alma y enmendase su vida, y que, si no lo hacia, temiese el castigo de Dios, que está muy atento á volver por la honra de los suyos y á castigar semejantes testimonios.

Este ejemplo de justicia y rectitud dió nuestro Rector á los Prelados, para no partir con la primera informacion, sin averiguar la causa, y defender al inocente con valor, como lo hizo en otro caso semejante, en que le delataron de un Padre, que cuidaba de las cárceles, que tenia mal trato con una mujer presa, movidos de verle hablar con ella con llaneza y sencillez, consolándola en su trabajo y buscándola alguna limosna.

Como la hablaba con frecuencia y alguna vez á solas, los seglares que estan más en las malicias que los religiosos, atribuyeron á mal lo que el buen religioso hacia por bien de aquella pobre mujer con ménos cautela y más candidez de la que pide el trato de semejantes personas.

Hablóle el Rector á solas, y díjole lo que pasaba, y la delacion que tenia contra él, golpe tan duro para su inocencia que no lo fuera más el de la muerte. Respondió la verdad, y el Padre le consoló y cometió la causa á un religioso de prendas que hoy vive en este colegio imperial, adonde esto se

escribe, el cual averiguó muy de raíz la verdad del caso, y que hombres de mala vida, que juzgan todas las cosas como ellos son, habian delatado del Padre lo que no le habia pasado por el pensamiento cometer.

El buen Rector le absolvió de la instancia y le exhortó á vivir con más cautela, y más con gente de tal porte, y en esta materia de mujeres, en que ninguna es sobrada, y cualquiera recato es loable, y más en los religiosos que están puestos en los ojos de todos.

En este gobierno hizo una cosa memorable y digna de su magnanimidad, que fué elegir la traza y echar los fundamentos de la iglesia del colegio, que es uno de los edificios lucidos y de grande y curiosa arquitectura que se conocen en Europa, y la mayor y más lustrosa iglesia que hay en la corte, digna de una emperatriz tan augusta como fué quien la fundó.

Hallóse el rey D. Felipe IV al poner la primera piedra, como patron del colegio, y fué de las primeras acciones públicas que hizo despues de haberse coronado el año de mil y seiscientos y veinte y dos.

Dedicóse á S. Francisco Javier, Apóstol de la India; acabóse el año de mil y seiscientos y cincuenta, en que fué consagrada por el Cardenal Julio Rospillosi, á la sazon Nuncio de España; púsose el Santísimo Sacramento el domingo, veinte y cuatro de setiembre, y celebróse la dedicacion los nueve dias siguientes con toda la solemnidad posible, á que asistieron los reyes y el concurso de toda la corte, la cual persevera en frecuentar este templo como un nuevo santuario, adonde Dios es honrado, y venerados sus santos, y los fieles aprovechados con grande frecuencia de Sacramentos y consuelo universal de los que vienen á él.

Todo lo cual se debe como en raíz á la vigilancia y cuidado del P. Luis de la Palma, que la fundó y dispuso en la forma que está hoy, venciendo montes de dificultades y mares de contradicciones que se le ofrecieron en los principios de su fundacion, y sola su constancia pudiera emprender y salir con obra tan heróica, y vencer tantas dificultades como tuvo en ella.

Otra hazaña hizo en este gobierno, que á juicio de los que entienden la materia, no fué menor ni más fácil de acabar, y fué conquistar las voluntades de muchos y grandes señores que habian entrado en valimiento y tenian el gobierno en la monarquía de D. Felipe III, los cuales, mal informados, estaban aversos á la Compañía: el prudente Rector con su cordura y cortesía, y con su mucha religion y buen espíritu, supo desengañarlos y hacerles tales obras, que conquistó sus voluntades, y les quitó la aversion que tenian contra la Religion, y los ganó para ella y para Dios con tal fineza, que se entraron por nuestras puertas, y entregaron sus almas á la direccion de los nuestros, y, enterados de la verdad, fueron nuestros protectores, y nos ayu-

daron para conseguir muchas cosas importantes al servicio de Dios; todo lo cual se debió á la prudente disposicion del Rector.

Cuando acabó su trienio y entró el sucesor en su oficio, quedó por morador del colegio, y como si fuera mozo y estuviera en los primeros años de su juventud, se ofreció por ayudante del predicador principal, y lo pidió con tantas veras, que no se le pudo negar; y así, quedó por segundo predicador.

Seis años estuvo en esta ocasion por segundo predicador y operario del colegio de Madrid, en los cuales no estuvo ocioso, porque no hubo alguno que le llevase la ventaja en el trabajo. Predicaba con el espíritu y elocuencia que siempre los sermones que le tocaban.

Hacia frecuentes pláticas á la Comunidad, y más ordinarias á cuatro Congregaciones que hay en el colegio, de sacerdotes, de estudiantes, de seglares y abogados, y no se limitaba su caridad de las puertas adentro, sino que tambien se extendia á los conventos de monjas, y á las Congregaciones y Hermandades fundadas en otras partes, que son muchas las de la corte.

Confesaba con grande amor y caridad á cuantos venian á él. Llevaba buena parte de la carga del gobierno, así de la provincia como del colegio, asistiendo á las consultas, en que fué siempre su voto el primero.

Tenia á su cargo el gobierno de muchas almas de personas nobilísimas y de grandes puestos en la corte, y que se preciaban de ser sus hijos espirituales, y se gobernaban por su consejo. Era consultado en materias gravísimas, no sólo de la corte, sino de varias partes, cuyas respuestas le llevaban buena parte del tiempo.

Y si como con todas estas ocupaciones estuviera ocioso, tomó nuevas tareas en su aposento, y se dió tan de veras al estudio, que en este tiempo sacó á luz el libro de la *Pasion de Cristo nuestro Señor*, que es una de las obras consumadas que han salido en estos tiempos; y, como dice bien el Dr. Cristóbal de Zamora, á quien le cometió el Consejo real de Castilla, en la censura que dió para imprimirse, si como compuso sola la *Pasion de Cristo* hubiera compuesto toda su vida, nos quitara el trabajo de estudiar en otros libros, porque el suyo sólo bastara para tener la noticia entera y puntual de todo lo que obró y dijo, con tanta propiedad y tan elegante estilo, que ninguno le hace ventaja, y él la hace á muchos de los más aplaudidos que han escrito.

Escribió tambien en este tiempo una práctica breve del ejercicio de la oracion, con algunas meditaciones espirituales, obra muy provechosa y que, como tal, se ha traducido é impreso en varias lenguas para utilidad de los fieles.

Compuso tambien el *Oficio de la muerte* que ha sido tan estimado de todas

las personas pías, así religiosas como seglares, que le rezan cada dia y no le apartan de sí, como antídoto y preparativo para aquel último trance en que nos va la eterna vida.

Aquí empezó á traducir el libro del *Médico religioso*, que compuso en latin el P. Escribanio, de nuestra Religion, el cual acabó despues, no se dedignando de mostrarse discípulo el que era tan gran maestro, rigiendo su pluma por líneas ajenas y traduciendo lo que habia escrito; si bien á los preceptos de curar las enfermedades espirituales añadió las medicinas que les han de aplicar, digna enseñanza de su mucha erudicion y buen espíritu.

Estando, pues, ocupado en estos empleos de tanto servicio de Dios y provecho de los prójimos, y predicando más con el ejemplo de su santa vida que con sus palabras, le vino obediencia de nuestro P. General Mucio Viteleschi en que le mandaba tomase segunda vez el cargo de la provincia; duro precepto para quien tanto amaba la soledad y vacar á la oracion, pero no pudo resistir á su obediencia, y así, tomó el cargo de gobernar la provincia con tanto consuelo de todos como mortificacion suya.

Empezó luego á visitar, y dió tres veces vuelta á toda la provincia, consolando y afervorizando á todos con su ejemplo y exhortaciones espirituales. Tuvo hartos empleos de importancia en que fué bien necesaria su paciencia, su prudencia, y el valor y constancia de que le habia dotado el cielo; entre los cuales fué la mudanza de la Casa Profesa de Madrid al sitio que hoy tiene, porque estaba en lo último del lugar, y, como en los arrabales de la corte, no conveniente á nuestros ministerios, y el P. Luis de la Palma, que la habia fundado, quiso darle el último complemento y no dejarla en sitio tan apartado de la frecuencia del pueblo.

Tuvo mucho que vencer dentro y fuera de casa, alegando que no se debia dejar lo cierto por lo incierto y lo que tenian allí ganado por lo que pensaban adquirir en otra parte.

Los vecinos tambien por su parte hacian diligencias para no perder los que tanto les importaban; los nuevos gastos tambien dificultaban la mudanza, pero sobre todos el duque de Lerma y su familia hacian la mayor contradiccion, sintiendo mucho apartar de su casa los huesos de su santo abuelo que á tanta costa habian traido de Roma, y retirar aquella casa que tanto honraba la suya y era todo su consuelo.

Pero la constancia y prudencia de nuestro Provincial venció todas estas dificultades que parecian insuperables, y con gusto y beneplácito del duque pasó la Casa Profesa al sitio que hoy goza, que es de los mejores de la corte, en la mayor frecuencia de ella y muy á propósito para nuestros ministerios, los cuales se han aumentado incomparablemente despues que están en ella.

VIII

Es Prepósito de la Casa Profesa de Madrid, y segunda vez Rector del colegio de Alcalá, que fué su último gobierno.

La experiencia nos enseña que es mayor el amor que tienen las madres que los padres á los hijos por los dolores que les cuestan y el tiempo que les dan leche; y así, la naturaleza se los entrega para que los crien y alimenten cuando están pequeños.

La misma regla usó con nuestro P. Luis de la Palma la Religion, entregándole la Casa Profesa de Madrid cuando era recien nacida y estaba en sus principios, juzgando que, como madre á quien tantos dolores habia costado, la tendria más amor que otros, y la alimentaria y criaria con la leche de su doctrina y con su acertado gobierno, y así, le hizo nuestro P. General Prepósito de ella.

Tomó esta obediencia con el rendimiento que las demás, y puso el hombro al trabajo, que por estar en sus principios necesitó de hombros tales para que la sustentase. Trabajó en acomodar la casa, disponer las oficinas, labrar la iglesia y entablar los ministerios, que todo padeció dificultades, rompiendo siempre tierra nueva, hasta que vino á enfermar del continuo trabajo, y fue lance forzoso sacarle de aquella casa, porque no acabase la vida que era tan preciosa en los ojos de Dios y de los hombres.

Luego hubo oposicion entre los colegios de la provincia sobre llevarse esta prenda, pretendiéndola cada uno para sí por lo mucho que se interesaban en tenerla. El Padre se ofreció á los Superiores para volver al noviciado de Villarejo á retirarse con los novicios, y á volver á la ocupacion de criarlos, si le juzgasen para ello, hablando siempre con esta indiferencia y desprecio de sí mismo.

El Provincial lo admitió como cosa convenientísima á la provincia y de igual ejemplo á los venideros; mas nuestro P. General no vino en ello, ántes absolutamente juzgó que no convenia, y le envió patente de Rector del colegio de Alcalá, para que gobernase aquel seminario, que, como dijimos, es de los más ilustres que tiene la Compañía.

Recibida esta obediencia, se encargó de su gobierno el año de 1629, y estuvo hasta el de 33, espacio de cuatro años, gobernándole con suma vigilancia, como lo habia hecho en otro tiempo.

Su primer cuidado fué afervorizar á los de casa en la observancia religiosa, la cual adelantó en tanto grado que no le hacia ventaja el más observante

noviciado, ni en la oracion, ni en el silencio, ni en la mortificacion, así interior como exterior y pública, ni en el recogimiento, ni en la caridad fraterna, ni en el estudio de la propia perfeccion, corriendo en los estudiantes parejas con el de las letras.

Celó mucho la eleccion de las opiniones, no permitiendo nuevas doctrinas ni peligrosas, que sirven más de admiracion que de enseñanza; y en las disputas y argumentos celaba con gran vigilancia que ninguno se desmandase en palabra ménos ajustada y que pudiese causar alguna ofension, porque en esto era riguroso y no perdonaba el castigo, porque no se menoscabase la fraterna caridad.

A un maestro de muchas prendas que, advertido, no se corrigió en esto, le quitó la cátedra, porque con la Teología escolástica no enseñase á sus discípulos tan mala Teología mística.

Trajo á su colegio personas de mucha religion para que la enseñasen á la juventud, y entre ellos al P. Alonso Ezquerra, que entró en la Compañía electo Obispo de Viserta, persona de conocida santidad, el cual por órden de nuestro Padre escribió la segunda parte de la *Historia del Colegio de Alcalá.*

Ordenado, pues, su colegio en la observancia regular, trató de adelantar los ministerios cuanto fuese posible. Empezó por los Ejercicios de S. Ignacio, y dispuso que los hiciesen muchos cada año, dándolos él por su persona á los que entraban á hacerlos.

Trajo predicadores y operarios de toda satisfaccion; avivó las Congregaciones, así de los seglares como de los estudiantes, á los cuales hacia frecuentes exhortaciones en los colegios artistas y en otros que las admitian.

Dió calor á las doctrinas y pláticas de la plaza. Predicábase en todas partes de la villa con grande fruto y edificacion de todos, y, no se limitando el fervor y celo de su pecho á los muros del lugar, envió muchas misiones á los pueblos de la comarca.

En primero lugar se hizo una en Guadalajara y Viruega, por espacio de dos meses, en que se hizo mucho servicio á Dios, y fué gran parte para allanar las dificultades que se ofrecian en aquella fundacion. Otra envió á la villa de Illescas, que duró otros dos meses, de no ménos importancia.

En la primavera siguiente del año de treinta, envió otra mision á Torrija y su tierra, y á la comarca de Jesus del Monte, adonde los misioneros hicieron mucho fruto y fundaron algunas Congregaciones; pero más copioso fué el que cogieron por el otoño los que envió á las sierras de Guadarrama y valle de Lozoya por espacio de tres meses, en los cuales predicaron y doctrinaron aquellos pueblos, tanto más necesitados de doctrina cuanto más apartados del comercio del arzobispado, sepultados en nieve grande parte

del año, que dificulta la entrada á los predicadores; pero los nuestros restaron sus vidas por el bien de aquellas almas, y en el corazon del invierno perseveraron doctrinándolos.

Fundaron siete Congregaciones y establecieron en muchos pueblos el jubileo de la Comunion general para todos los meses, haciendo el fruto de su mision permanente por este medio, como dura hasta hoy con igual consuelo y fruto de sus moradores.

Pero lo que pone admiracion es, que no se limitase su espíritu ni á la comarca de su colegio, ni á toda su provincia, ni á la redondez de España, sino que, traspasando sus lindes, llegase á las islas remotas, adonde tuvo noticia que padecian necesidad de doctrina y que deseaban y pedian la de la Compañía, que fueron las islas Canarias, á las cuales el segundo año de su gobierno, que fué el de treinta y uno, envió á mision dos Padres, dándoles por viático su bendicion y la confianza en Dios, que nunca falta á los que no le faltan.

Así los envió, sin alforja ni dinero, al principio de febrero de mil y seiscientos y treinta y un años, y Dios los amparó como á hijos suyos, dándoles todo lo necesario cumplidamente por espacio de dos años que duraron en la mision, en que anduvieron mil y quinientas leguas por mar y por tierra, alumbrando con la luz de su enseñanza grande suma de lugares y de gente, que vivian en las sierras y campos y en partes remotísimas, destituidos de doctrina.

Hicieron un número sinnúmero de confesiones generales, necesarias para la salvacion de las almas. Fundaron diez y ocho Congregaciones, entablando en los pueblos el jubileo de la Comunion general, cuyo nombre nunca se habia oido en aquellas tierras hasta entónces, y fué muy importante para introducir la frecuencia de los Sacramentos, tan importante para conservar la gracia divina y adquirir las virtudes.

Dieron á conocer á nuestros santos Padres S. Ignacio y S. Francisco Javier, cuyos nombres ignoraban, haciéndoles fiestas con procesiones y misas muy solemnes, y predicando al pueblo su santidad, vidas y milagros; y, para que fuese perpetua su memoria y devocion, levantaron altares y consagraron aras á los Santos, colocando en ellos sus imágenes, para que les dijesen Misas y celebrasen su fiesta todos los años.

La santa Inquisicion se valió de los Padres misioneros, y los llevó en su visita por sus Calificadores, predicando los edictos, y calificando los libros y la doctrina que se delataba, y sirviendo en todo á este santo tribunal. Y fué tal la estimacion y concepto que los isleños tuvieron de los Padres misioneros, que los miraban como á unos santos bajados del cielo.

Cuando pasaban por los campos, corria la gente á porfía á verlos y se hincaban de rodillas dándose golpes en los pechos, como si vieran pasar el Santísimo Sacramento ó alguna imágen de suma devocion, y los pueblos andaban á porfía sobre cuál los habia de llevar al suyo; y cuando los esperaban, salian á recibirlos, y aderezaban los caminos, y adornaban las iglesias con ramos y colgaduras y los altares con ramilletes de flores, como si los hubieran de poner en ellos.

Y, lo que excede á todo lo referido, era tan alto el aprecio que hicieron de su virtud, que les trajeron los enfermos y endemoniados, y algunos que estaban espritados con demonios arrimadizos, como lo hicieron antiguamente con Cristo y sus Apóstoles, para que los sanasen, creyendo que con sólo ponerlos las manos, alcanzarian salud.

En la isla de la Palma trajeron de lo fragoso de la sierra, dos leguas de camino, á un pueblo que se llama los Llanos, una mujer tullida y baldada de todo el cuerpo en una cama como escalera ancha, y la pusieron en la iglesia á vista de todo el pueblo, ofreciéndola á los Padres, como los que refiere S. Lúcas que trajeron á Cristo el paralítico en la cama, pidiéndoles que la sanasen, y Dios premió su fe, dando á muchos salud por intercesion de S. Ignacio, aplicándoles su imágen.

De esta mision hace relacion copiosa el P. Alonso Ezquerra en el libro citado de la *Historia de Alcalá,* que por la breveded no se puede ingerir aquí, aunque toca á la vida de nuestro Padre, que fué el Moisés que permaneció orando por sus soldados, y les alcanzó fuerzas de Dios mientras ellos peleaban; mas por no dejarlos todos, referiremos algunos casos de los más doctrinales y útiles para quien los leyere.

IX

Refiérense algunos casos singulares sucedidos en esta mision.

Haciendo la fiesta de S. Ignacio y S. Francisco Javier en la ciudad de Tenerife, estaba de parto muy apretada y peligrosa la mujer de un honrado labrador en unas caserías del campo á vista de la ciudad; oyendo tocar las campanas, empezó á clamar con la fuerza de los dolores á los Santos que la favoreciesen, y no sabiendo su nombre porque (como dije) no eran conocidos en aquella tierra, clamaba y decia: «Santos de la fiesta, tened misericordia de mí.»

De esta manera estuvo llamándolos con buena fe, y sintiendo con su invocacion disminucion de sus dolores, hasta que llegó un pariente suyo que ha-

bia estado en el sermon y supo de su boca que se llamaba S. Ignacio el principal de los Santos, y ella, cobrando aliento y esperanza, le invocó con mayor fe pidiéndole su favor.

Fué oida del Santo y favorecida con tanta presteza que, en pronunciando su nombre, se halló libre de los dolores y del peligro, pariendo un hijo á quien llamó Ignacio en reconocimiento de esta merced, y fué el primero de este nombre en las islas y vino á ofrecerle al Santo y á darle gracias á su altar por la merced recibida.

Divulgóse este caso y todos los pueblos cobraron gran devocion con S. Ignacio, y en el tiempo de la mision hubo muchos partos milagrosos por medio de su santa imágen, dándoles salud el Santo á madres y á hijos en premio de su devocion.

En la isla de la Palma, en un lugar que se llama Mazo, dos leguas de la ciudad, trajo un hombre á su mujer baldada y sin habla por espacio de ocho meses á los Padres misioneros, rogándoles que la diesen salud. Compadecidos de la enfermedad de la mujer y de las lágrimas del marido, le dijeron los Evangelios y le aplicaron una imágen de S. Ignacio á la boca, y sin más dilacion se la abrió el Santo y le quitó el impedimento de la lengua, y confesó y comulgó, y ganó el jubileo de la mision, cobrando la salud de cuerpo y alma con indecible gozo de los dos.

En Tenerife les trajeron otra mujer casada, que á juicio de todos estaba endemoniada, aunque algunos la tenian por loca, porque andaba tan melancólica y como fuera de sí, que no parecia racional, sin poderla reducir á la razon, y daba indicios de tener algun demonio arrimadizo en las obras que hacia, y mucho más en la raíz de su mal, que fué la siguiente.

Los años de treinta y uno y treinta y dos fueron tan estériles en aquella tierra que llegó á valer cien reales de plata una fanega de trigo, y ciento y veinte deshecha y vendida en pan, y se hallaba con dificultad; los pobres perecian y comian raíces de helecho tostadas en los hornos, de que enfermaban y morian mortalmente.

Estando, pues, esta pobre mujer un dia en su casa triste y llorosa por no tener un bocado de pan que dar á su marido ni á sus hijos, le apareció el demonio en forma de un hombre ordinario y la consoló, diciendo que no llorase porque él le daria tres almudes de trigo para aquella semana y otros tres para cada una hasta el agosto.

Agradecióle mucho la merced, y preguntóle por su casa para enviarle el dinero; el demonio respondió que no queria más paga que su amistad, y con esto desapareció, dejándola confusa, aunque sencillamente pensó que era algun hombre pío que se compadecia de su trabajo.

Llegó la noche y oyó una voz que le dijo: «Toma este pan,» alargó la mano y, sin ver quién le daba, le pusieron en la mano un pan como de estopa, y oyó otra voz que le dijo: «No le tomes, que te engaña.» Cobró temor y encendió luz, y vió un bulto negro y feo cerca de sí, y espantada con su vista, llamó con ánsias en su favor á la Santísima Vírgen, de quien era devota, y vino á su invocacion.

Vióla vestida de blanco, y mandó al demonio que se fuese y que no la hiciese mal, con que recibió gran consuelo, pero quedó como asombrada del espanto: y el demonio que nunca se cansa de perseguirnos, le apareció otra vez y ella se valió de la invocacion de la Vírgen, pero quedó tal que no se podia distinguir si estaba loca ó si estaba endemoniada.

Conjurábanla como á tal, pero con poco fruto, hasta que la trajeron á los Padres misioneros, los cuales dijeron los Evangelios sobre ella y le pusieron sobre la cabeza una medalla con la imágen de S. Ignacio, dijéronle una Misa del Santo, y fué libre de aquella sugestion, y confesó y comulgó, y quedó del todo sana y muy devota de S. Ignacio, por cuyo medio recibió la salud.

Otro muchacho de diez y seis años trajeron sus padres con opinion de endemoniado, y él estaba tal en el cuerpo y en el alma que lo parecia, porque estaba confundido y espantado sin ser señor de sí, ni dar muestras de cristiano. Tenia costumbre de maldecirse y darse al diablo, el cual juzgaban todos que tenia dominio sobre él.

Apareciósele en figura espantosa, el cuerpo de hombre y la cabeza de ciervo, y hablóle con voz humana, diciéndole que le siguiese; estaba entre unos riscos, y el mozo quedó temblando, temiendo que pretendia despeñarle; así quedó como espiritado sin ser señor de sí, y los Padres misioneros le aplicaron la misma medicina de la imágen de S. Ignacio, dándole su medalla, que es el arnés contra los golpes y persecuciones del enemigo, como se ha experimentado no sólo en este sino en otros muchos.

Entre los cuales fué una negra, que con diabólica ira ofreció al demonio su cuerpo y su alma; no tardó en venir por ella, porque á poco tiempo le apareció en figura de un gran perro negro y feísimo, y la habló con voz clara, diciéndola que le siguiese y haciéndola grandes ofertas.

Ella se santiguó y llamó á Jesus María, turbada con el espanto; mas, aunque la dejó por entónces, no desistió de su pretension, teniéndola en su cuerpo y alma por la maldicion que se habia echado; aparecióle varias veces por espacio de cinco meses, llamándola y amenazándola, con que la pobre esclava andaba como fuera de sí, temerosísima y asombrada, hasta que llegaron los Padres, y le dieron remedio y armas contra su enemigo con la imágen de S. Ignacio y la invocacion de su nombre.

Confesáronla de sus pecados, y libre de estas cadenas, lo fué tambien de la sugestion del demonio, que no tiene más dominio sobre nosotros que el que le dan nuestros pecados; y tomando ocasion de este y de otros casos, predicaron contra el abuso de los juramentos y maldiciones, desterrando estos vicios, que son orígen de muchos pecados y de infelices sucesos en el cuerpo y en el alma, como se vió en los casos siguientes.

Una mujer tenia costumbre de jurar y maldecir, y un dia se echó una maldicion, diciendo: «No reciba agua de bautismo el hijo que tengo en mis entrañas, sino es verdad lo que digo;» no debia de ser tanta como era razon, porque dentro de pocos dias se llegó el tiempo del parto, en que padeció recios dolores: parió dos hijos, y vió entrar por sus puertas dos gatos negros, los cuales se llegaron á ellos, y espiraron muriendo sin bautismo, cumpliendose la maldicion que se habia echado

Más público y más ejemplar fué un funesto caso que sucedió en el mismo lugar y tiempo á un hombre de Canarias, el cual juraba muchas veces: «Sin Viático muera yo, si esto no es verdad;» no debia de jurar siempre verdad por lo que á vista de todos sucedió, y fué, que llevándole el Viático en la última enfermedad, y habiendo respondido al cura á las preguntas ordinarias y á la última diciendo que le queria recibir, cuando se le fué á dar el cura, diciendo: *Accipe Viaticum Corporis Christi,* etc., se le cerró la boca sin poderle recibir.

Esperó el cura juzgando que era algun accidente ocasionado de la enfermedad; hablaron al enfermo, y respondió, y, viendo suelta la lengua, volvió á querérsele dar; pero no fué posible, porque volvió á cerrársele la boca, lo cual sucedió varias veces, hasta que el cura, vencido de la dificultad, se volvió sin darle el Viático, tan admirado como temeroso de lo sucedido, si bien por la honra del enfermo echaron fama que le habian dado parasismos.

Los parientes instaron el dia siguiente en que se le volviese á dar: vencido el cura de sus ruegos, volvió, y tuvo el mismo suceso, cerrándosele la boca cuando le queria comulgar; y últimamente, teniendo el Santísimo en la mano, espiró el jurador á su vista, sin poderle recibir, y murió sin Viático, como lo habia jurado, viniendo aquel Señor en persona á juzgarle.

Mejor le sucedió á otro soldado noble, á quien castigó el Obispo por los desórdenes de su vida, y él, como bravo y arriscado, se volvió contra el Prelado, y publicó de él cosas indignas de su dignidad y persona; dióle el mal de la muerte, y, aunque se confesó de sus culpas y las lloró amargamente, no restituyó la honra que habia quitado al Obispo injustamente, y cuatro horas despues de muerto, volvió á la vida, con temor y espanto de los que le querian amortajar y le lloraban difunto.

Habló á todos con voz llorosa, y agradecióles el bien que habian hecho por su alma; llamó á los eclesiásticos y nobles del lugar, y, estando presentes, dijo cómo habia sido llevado al tribunal de Dios y acusado de sus pecados, de los cuales fué absuelto por haberlo sido primero en el tribunal de la confesion. Sólo á un cargo no pudo satisfacer, por no haber dado de él la debida satisfaccion, que fué de la murmuracion del Obispo, y que por dispensacion de Dios venia á volverle la honra, y se desdecia de todo lo dicho, porque lo habia dicho con pasion, y le pedia perdon delante de todos; y que en testimonio de esto, el dia siguiente á aquella misma hora se oirian los cánticos en aquel aposento de los que le venian á enterrar.

Dicho esto, los despidió, admiradísimos del caso, y él se quedó á solas con su confesor, y se volvió á confesar con muchas lágrimas, haciendo fervorosísimos actos de contricion y coloquios ternísimos con Dios y su Santísima Madre, hasta que volvió á morir; y el dia siguiente á la misma hora que dijo, le vinieron á enterrar, dejando á todos ejemplo de recibir con humildad la correccion de los Prelados que pretenden nuestro bien, y de no volverse contra ellos, ni de obra, ni palabra, temiendo los castigos del Señor.

Otro mozo habia hecho voto de entrar en una Religion y lo dilataba, dando largas como mal pagador; pero Dios le ejecutó aprisionándole con una grave enfermedad en el potro de una cama, y le apretó los cordeles, hasta que últimamente espiró.

Fué llevado al Tribunal de Cristo, adonde le hicieron cargo de toda su vida, y especialmente del voto que no habia cumplido. Hallóse atajado y triste sin tener qué responder, volvióse á la Reina de los Angeles pidiéndole su favor, y la piadosísima Señora se la dió con tan buen suceso, que le alcanzó prolongacion de la vida, y, mirándole con ojos amorosos, le dijo: «Sígueme, hijo, sígueme,» y, diciendo esto, se halló vivo, y entendiendo que la Beatísima Vírgen le llamaba para su servicio, se levantó en pudiendo, y se consagró á su servicio en una santa Religion, ayudándole á ello los Padres misioneros con su consejo y direccion.

Otras personas les trajo á los Padres misioneros la Reina del cielo, á quien tomaron por Patrona, para que las remediasen en el alma y en el cuerpo, que no es justo pasar en silencio.

La primera fué una doncella que, como flaca, amancilló su pureza, y viéndose preñada, le causó tal despecho, que estuvo cerca de matarse; detúvola el espanto; llegó el parto, y como una fiera, añadiendo pecados á pecados, hizo pedazos la criatura y la enterró, y tras el hijo quiso matarse la madre.

Instigada de Satanás y ciega con la tristeza, tomó rejalgar en la mano

para quitarse la vida, batallando en su corazon el temor con la tristeza y el dolor con la osadía; cuando se quedó dormida, y vió entre sueños á la Beatísima Vírgen más resplandeciente que el sol, que llegándose á ella, le quitó el tosigo de la mano, y la exhortó á penitencia y á ganar el jubileo que los Padres misioneros publicaron en aquella ocasion.

Volvió en su acuerdo la que habia estado fuera de él, hallóse trocado el corazon, y dando gracias á la Santísima Vírgen por aquella merced, buscó á los Padres, y se confesó con ellos, y tomó el camino del cielo, dejando el torcido que la llevaba á su condenacion.

Más pecados habia cometido otro hombre que Dios trajo por medio de su Santísima Madre á los médicos de su alma para que le sanasen; porque, teniendo el nombre de cristiano, en las obras era gentil, soltando la rienda como tal á todo género de vicios.

Llegó una vez á confesarse, y el confesor, que no parece era muy sabio, oyendo tantos y tan enormes pecados, no se atrevió á darle la absolucion; salió como desesperado de sus piés, y, como por vengarse de Dios, cometio muchos y más enormes delitos, y no pudiendo ya llevar la carga tan pesada de tantos y tan graves pecados, instigado de Satanás, determinó ahorcarse.

Echó el lazo en una viga, arrojóse de ella y, sin saber cómo, ni quién, le halló deshecho y no tuvo logro su intento; probó en un árbol y tampoco pudo ahorcarse; diez veces echó el cordel y otras tantas le deshicieron el lazo.

Púsose á pensar en el suceso, y vino á entender que la Beatísima Vírgen y el Angel de su Guarda á quien tenia una centella de devocion y los rezaba cada dia, le habian hecho aquella merced.

Causóle alguna ternura, y andando pensando en esto, oyó publicar el jubileo á los Padres misioneros, y que ofrecian perdon de todos los pecados, por enormes que fuesen, y de las penas debidas por ellos, y con este pregon tan saludable concibió esperanza en su corazon de alcanzar remedio para su alma.

Buscó á los Padres, confesóse con ellos muy á su satisfaccion, recibió la absolucion de sus pecados, y con ella luz, libertad, consuelo y alegría para caminar al cielo, trocando la vida de gran pecador en grande siervo de Dios.

Más expresamente les trajo la Beatísima Vírgen á otra mujer noble, la cual era devota suya, pero teníala presa el demonio con un pecado de lascivia, que habia cometido siendo doncella y no se habia confesado, haciendo continuos sacrilegios en las confesiones.

Remordíale la conciencia, que estas espinas atraviesan siempre el corazon: dábale Dios aldabadas y voces para que se confesase, y no se atrevia por el empacho, hasta que llegaron los Padres á la ciudad y publicaron el jubileo.

Aquella noche le apareció en sueños la Reina de los ángeles, vertiendo de su rostro resplandores y de sus ojos lágrimas que corrian por sus mejillas; fué su gozo igual á su admiracion: gozóse de verla y admiróse de sus lágrimas y preguntóle: «Señora, ¿cómo y por quién en tanta gloria verteis tan copiosas lágrimas?» «Hija (respondió la Vírgen) lloro por ti, porque ha tanto tiempo que no confiesas ese pecado que tienes en el corazon; ven mañana á la iglesia y confiésate enteramente con el religioso que hallares sentado de la Compañía de mi Hijo.»

Dicho esto, desapareció, y la mujer despertó, y se halló bañada en lágrimas y con el fuego de la contricion en el alma y el dolor de los pecados en que perseveró toda la noche, y en amaneciendo el dia, fué á la iglesia y se confesó con el Padre misionero de todos sus pecados generalmente con más lágrimas que palabras, con que declaraba bien quién la habia convertido y la merced que habia recibido de la Vírgen Santísima, que con tanta solicitud ayudaba á la mision.

Y no sólamente ayudó trayéndoles los pecadores y ayudando á su conversion, sino defendiéndolos de engaños, y contradicciones, y peligros, y de grandes riesgos en que se vieron de perecer, ya en despeñaderos, ya de dar en manos de corsarios en que se vieron una vez casi cautivos de moros, ya de naufragios, sacando al uno de las olas de la mar en que se vió anegado al saltar en la isla de la Palma, y le dió mano en el abismo por medio de un mulato que le sacó del agua, ya de persecuciones de enemigos que el demonio movió contra quien le hacia tanta guerra y le sacaba de los lazos tanto número de almas.

Una cosa no dejaré de decir por ser de mucha enseñanza y rara en la materia, y que declara esta verdad, y fué así que en un lugar pequeño de Tenerife, que se llama el Realejo, estando una mujer labradora para confesarse, de mejor intencion que entendimiento, aprovechándose el demonio de su simplicidad, tomó forma de uno de los Padres misioneros, y, permitiéndoselo Dios, se puso en el confesonario como si fuera verdadero confesor, porque así como algunas veces se transforma en ángel de luz, como enseña S. Pablo, otras toma forma de personas espirituales para engañar con sus errores, como lo hizo en esta ocasion, á la sazon que los Padres misioneros andaban por aquella tierra predicando.

La buena mujer se llegó á confesar con el fingido confesor y verdadero engañador, el cual la ensanchó la conciencia largamente en todo lo que confesó, y le enseñó muchos errores y, entre ellos, que la absolvia de todos sus pecados, hechos y por hacer, y que ya quedaba santificada y no tenia necesidad de confesar más en su vida; que para todo traia plena potestad por

ser de la Compañía de Jesus; que le daba licencia para no oir Misa las fiestas, y que si alguna vez la oyese, no mirase á la hostia ni al cáliz cuando alzasen; que dejase el rezo que ya no le habia menester y otros errores de este mismo jaez, los cuales tomó la simple paloma sin género de recelo, como si los oyera de la boca de Dios, aunque en su corazon sintió grande sequedad, cual la causa el demonio con sus astucias y depravados consejos, y, si Dios le permitiera que la solicitara á lascivia, pudiera hacer gran daño á los misioneros quitándoles la honra y atajando el fruto de la mision; pero no se lo permitió Dios por la providencia singular que tiene con ellos.

Pasó el jubileo y los misioneros discurrieron por la isla. Llegóse la Semana Santa, y, como la mujer no cumpliese con la Iglesia, citóla el cura, que era docto, y ella dijo lo que pasaba, y cómo los Padres de la Compañía la habian santificado para siempre y no tenia necesidad de confesar ni comulgar en toda su vida.

Luego conoció el cura que era ardid de Satanás, y por lo demás que dijo conjeturó que tenia algun demonio arrimadizo, y sin más tardanza la exorcizó con los conjuros y exorcismos de la Iglesia, aplicándole algunas reliquias; y la mujer sintió quitársele una carga pesada de los hombros y unos como nublados espesos del corazon, efectos del mal espíritu que la poseia.

Hallándose libre, abrió los ojos, como quien despierta de un sueño pesado, y cobró aliento y espíritu y luz con los buenos consejos del confesor, para vivir santamente, como lo hizo en adelante, dejando aquellos engaños y siguiendo el camino de la verdad; y el cura dió cuenta á los Padres misioneros de todo, para que estuviesen sobreaviso de la guerra que el demonio les hacia por todas partes y para impedir la mision.

Fuera cosa muy larga y fuera de mi propósito referir todos los casos y el fruto que en ella hicieron, porque no hay materia alguna en que no aprovechasen á los fieles.

Para los sacerdotes ordenaron una conferencia de casos de conciencia por las tardes, con que suave y fructuosamente los entretenian en las ciudades grandes, excusando por este medio juegos, corrillos, murmuraciones, visitas ocasionadas, malas amistades y otros vicios que trae consigo la ociosidad; dándoles tan honesta ocupacion, quitaron muchas malas amistades y muchas enemistades, reduciendo á concordia los desavenidos.

Pasando de camino por unas sierras, dieron en un campo adonde hallaron dos pueblos armados para darse la batalla de poder á poder, y, al tiempo de jugar las armas, se pusieron en medio y detuvieron su furor, y en breve tiempo los redujeron á paz y concordia con igual gusto de todos y consuelo suyo, por haber tenido aquella ocasion en que hacer servicio á Dios.

Otras veces, caminando á un pueblo, los llevaba Dios á otro, haciendo que las guías prácticas en la tierra errasen el camino (que los yerros de los hombres suelen ser aciertos de Dios), el cual les puso en las manos almas perdidas que remediaron.

Una de estas hallaron en un campo á una mujer preñada, medio muerta, que habia dos dias que no gustaba bocado, y la remediaron y llevaron al lugar, adonde se confesó y recibió el alimento del cuerpo y el del alma. Otras veces encontraron personas enfermas con pecados callados de muchos años, y, en absolviéndolas, dieron su alma á Dios, el cual las guardó hasta aquel punto, para lograr por su medio su salvacion.

Quitaron muchos abusos, desterraron ignorancias, deshicieron hechicerías, bautizaron algunos negros infieles, catequizaron los ya bautizados, descubrieron muchos pactos implícitos del demonio, que entre aquellas breñas estaba más seguro y escondido; y dejándolos todos, sólo diré uno que estaba tan introducido en todos los lugares, como decir Misas de salud por los enfermos, y era el siguiente:

Cuando alguno estaba muy agravado de la enfermedad, de cuya vida se tenia poca esperanza, buscaban nueve mujeres que tuviesen estado de doncellas y se llamasen todas Marías; estas salian juntas de casa del enfermo en romería á todas las iglesias, conventos y ermitas del lugar; llevaban bien qué cómer, y en todas rezaban por el enfermo; y si en alguna iglesia hallaban acaso sepultura abierta y encontraban algun difunto ó tocaban las campanas á muerto, lo tenian por señal infalible de muerte, y sino encontraban cosa de estas, por señal de vida.

La accion, aunque parecia buena, habia tenido muy malos efectos por el riesgo á que iban tantas mujeres mozas por todas las calles y arrabales del pueblo y á las ermitas de los campos.

La supersticion era conocida, pues no tenia conexion natural ni espiritual con la salud, vida ó muerte del enfermo, y los inconvenientes declaraban que era traza del demonio para hacerlas caer en graves pecados.

Mas, como esta costumbre estaba tan recibida de el pueblo, los Padres misioneros con prudencia callaron á los principios, y poco á poco fueron mostrando su reparo con personas doctas, las cuales vinieron fácilmente en su opinion, que fué como dar jarabes al enfermo y atenuar los humores para purgarle despues.

Pasados algunos meses en que ya habia perdido gran parte de crédito esta supersticion, predicando una mañana de la Resurreccion en la fiesta solemnísima que se hace en aquella tierra, con ocasion de las Marías que fueron al sepulcro de Cristo á ungirle difunto y le merecieron ver resucitado, predica-

ron de estas Marías, reprendiendo esta costumbre y enseñando la verdad á todo el pueblo, el cual tenia tal crédito de los Padres, que sin poner duda ni mostrar dificultad, dejaron aquella supersticion, desarraigando de cuajo la raíz que era causa de tantos pecados.

Finalmente, quitados otros muchos abusos y establecidas muchas buenas costumbres, con órden que tuvieron de su Provincial dieron fin á su mision y se partieron para España con increible dolor de todas las islas, que por escritura pública les ofrecieron veinte mil ducados para fundar un colegio porque no se fuesen y perseverasen allí, sobre lo cual escribieron al rey y á nuestro General y al Provincial; pero los Padres cumplieron su obediencia, ofreciéndoles volver con la obediencia de sus Prelados, y con feliz navegacion llegaron á Lisboa, y de allí al colegio de Alcalá á la obediencia de nuestro Padre.

Recibiólos con sumo gozo y agradecimiento de lo que habian trabajado, y ordenó escribir la relacion de toda la mision en la historia de aquel colegio para memoria y ejemplo de los venideros; pero los Padres misioneros, despues de Dios, dieron las gracias á nuestro Padre, á cuyas oraciones confesaron deber lo que habian hecho, y á los alientos que con sus frecuentes cartas y santos consejos habian recibido para trabajar en la viña del Señor; porque, así como el águila cuando amaestra á volar á sus hijos no aparta de ellos los ojos, de la misma manera este águila caudal no apartaba los suyos de los hijos que enviaba á volar por el mundo, y los amaestraba en la caza espiritual de las almas, enseñándolos, animándolos, dirigiéndolos, consolándolos, orando por ellos y trabajando con las manos de todos en el servicio de Dios y bien de los prójimos.

X

El resto de su vida hasta su muerte.

Setenta y cuatro años tenia cuando acabó el rectorado de Alcalá, pero el juicio tan entero y prudente como en lo mejor de su vida; muchos achaques en el cuerpo, pero muchas más virtudes en el alma, por lo cual deseó la provincia que continuase el gobierno en otras casas y colegios, deseando todos tenerle por Padre.

Pero el siervo de Dios pidió con instancia que le dejasen preparar para la muerte, la cual tuvo siempre ante sus ojos, viviendo cada dia como si hubiera de morir y fuera el último de su vida: los Superiores vinieron en darle este gusto; mas por no privarse del todo de su direccion y consejo, le traje-

ron al colegio de Madrid, para valerse de su prudencia y experiencia y tenerle á mano, para tomar su consejo en los negocios que se ofreciesen.

Aquí estuvo siete años, que le restaron de vida, ocupado en oracion, y leccion de libros santos, y en confesar, y hacer pláticas á los de casa y de fuera, cuanto su corta salud le permitia, y resolver casos, y dar pareceres en todas materias, y especialmente en las espirituales, en que era consultado, así de las personas mas graves de la corte, como de fuera de ella, y de todo el reino, que acudian á él como á un oráculo, estimando sus palabras como si las oyeran de Dios, dictadas por su boca.

Quiso nuestro Señor aumentar su corona é imposibilitarle para el gobierno, como él lo deseaba, y dar á todos ejemplo de paciencia y de conformidad con su santa voluntad; y para esto le dió una debilidad en los ojos, que casi le privó de la vista cinco años ántes de su muerte, en que tuvo mucho que padecer y mucho que ofrecer á Dios, hallándose imposibilitado de leer, y necesitado de ojos ajenos y de manos para escribir las obras que tenia empezadas, que fué para el siervo de Dios materia de grande mortificacion, por el amor que tenia á los libros y el celo de aprovechar con sus escritos á los prójimos.

Santo era Tobías, y sentia la ceguedad que Dios le habia dado, porque no podia ver la luz de el cielo; mas dióle aquella ceguedad por tiempo limitado, para hacer alarde de su paciencia y aumentar su corona, y así le dijo el Angel S. Rafael: *Porque eras acepto á Dios, fué necesario que te probase la tentacion*, porque es gran prueba de paciencia y ocasion de igual mérito la privacion de la vista en quien tanto la estima.

Esta prueba hizo Dios de nuestro Padre, porque era acepto á Su Divina Majestad, privándole de la vista no por tiempo limitado como á Tobías, sino por todo el de su vida, mortificacion que llevó, no sólo con paciencia, sino tambien con alegría, como don enviado de la mano del Señor.

Ninguno le vió triste por ello, ni oyó queja de su boca, sino alabanzas de Dios, porque le regalaba con aquella enfermedad, conformándose íntimamente con su santa voluntad.

Y parece que Dios se conformó tambien con la del P. Palma, en darle este género de mortificacion, por lo que aquí diré. Tuvo una cuestion con el P. Alonso Ezquerra, sobre cuál de dos cosas se debia escoger, la ceguedad ó la sordez.

El P. Luis de la Palma fué de parecer que la ceguedad, porque se podia suplir valiéndose de ajenos ojos para leer, y escribir, y andar, y la sordez no se podia suplir con oidos ajenos, y estaba un sordo entre los hombres como un tronco irracional, sin poder oir ni responder.

El P. Alonso Ezquerra juzgó que era ménos inconveniente estar sordo que ciego, porque vivia á ménos riesgo de caer y tropezar, gozaba de la luz del cielo y de todo lo visible, y lo que era de más monta, podia librar el tiempo leyendo, y escribiendo, y trabajando en cosas del servicio de Dios, el cual parece que oyó á ambos, y dió á cada cual lo que escogió, porque al P. Luis de la Palma le dió la ceguedad, como se ha visto, y al P. Alonso Ezquerra la sordez, de manera que en los últimos años de su vida estuvo tan sordo que no pudo oir cosa alguna, y traia consigo una tablilla bañada en cera y un buril para que le escribiesen allí lo que le querian decir, y de esta manera le hablaban y respondia.

Ambos llevaron su trabajo con paciencia y alegría, conformes con la voluntad de Dios; y el P. Francisco Aguado afirma de nuestro Padre que habia tenido aviso interior de Dios que le habia de faltar la vista, y que él se lo oyó decir, previniéndole Su Divina Majestad, para que no le cogiese descuidado esta tribulacion.

Cumplidos ochenta y un años, lleno de virtudes y merecimientos, le dió un grande catarro con un corrimiento á los costados, que fué la última enfermedad de su vida y precursor de su muerte.

No le cogió descuidado, porque siete años enteros gastó en prepararse para ella, esperándola cada dia; y así, cuando vino la recibió con alegria, como fin de su destierro.

Entró con tanta fuerza la enfermedad, que el primero dia fué necesario darle el Viático y la Extrema-Uncion, que recibió con igual serenidad y devocion, respondiendo á todo como si estuviera sano.

Cuatro dias le dió de término, los cuales gastó con Dios en dulces coloquios, gozándose de acercarse á su patria y caminar al paso que nuestro Señor le llevaba: despidióse de todos con afecto paternal, no como quien moria, sino como quien pasaba de un lugar á otro. Faltóle pocas horas antes de morir el sentido, pero en esas estaba repitiendo versos de salmos, con admirable devocion.

Dos veces le dijeron sus hijos, que le cercaban, la recomendacion del alma; y á la segunda, llegando á aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum,* dió la suya á Dios, que para tanta gloria suya le habia criado, un sábado, dia dedicado á nuestra Señora, como lo habia profetizado, en veinte de abril de mil y seiscientos y cuarenta y uno: varon verdaderamente santo, pío y grave, adornado de muchas y heróicas virtudes, cuyo valor conoce sólo el que se las dió.

Mas, por lo que podemos conjeturar de sus acciones, sabemos que fué temerosísimo de Dios, y de tan pura conciencia, que certifican los que le

confesaron generalmente que nunca cometió pecado mortal, y que se atreven á jurar que murió con la gracia bautismal, conservando toda su vida la que recibió en el bautismo.

Fué hombre de rara prudencia y de gran consejo, y juntamente de una mansedumbre y candidez columbina, juntando en su alma la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma, como lo aconseja Cristo nuestro Redentor, sin hiel de amargura ni de torcida intencion, porque en todas sus obras no tenia otro blanco sino la mayor gloria de Dios y el cumplimiento de sus obligaciones.

Por esta causa nunca tomó venganza de los que se le opusieron ó sintieron siniestramente de sus acciones, aunque pudo fácilmente con la vara del gobierno que Dios le puso en la mano, ántes como verdadero imitador de Cristo, siempre hizo bien á los que le hicieron mal.

Nunca perdió la paz de su alma, ni le vimos alterado, ni de mal temple para negociar con él, ni fué necesario esperar á tiempo de sazon, porque siempre la tenia para los que acudian á él: virtud singular y deseada en cualquiera Superior.

A todos recibia como padre, y ninguno salió desconsolado de su presencia; porque, sino podia hacer lo que pedian, respondia con tan dulces y discretas razones, que daba más consuelo con ellas que otros cuando conceden lo que les piden; y era proverbio suyo, que cuando se niega lo que se pide, se ha de recompensar con suaves respuestas y dulces y corteses palabras, segun el consejo de S. Bernardo: *Da verba, si opus non potes.*

Al paso de su mansedumbre fué su paciencia, sin mudarse ni alterarse interior ni exteriormente, así en las enfermedades que padeció toda su vida, como en las adversidades que tuvo, y ocasiones de sufrimiento que fueron muchas y en materias muy graves, en que dió ejemplo de constancia, estando inmoble y superior á todas, unido y conforme con la voluntad de Dios, de cuya mano las recibia.

Su mortificacion se colige del señorío que tuvo sobre sus pasiones, tan superior á todas, como si no las tuviera; tan enfrenada la ira, que como dijimos, ninguno le vió enojado; tan sin ambicion, que no se le sintió inclinacion á cosa de honra ó dignidad, y en todas las que tuvo, entró forzado, tan humilde, que siempre se tenia por el menor de todos.

Siendo de tan alto consejo, cuando le daba, nunca decia: «Esto me parece, ó esto se debe hacer,» sino: «Yo dijera, si hubiera de dar mi parecer, que se hiciera esto, ó esto,» remitiéndose siempre á los demás; y en cosas propias, tomaba consejo con sus propios discípulos, y seguia el que le daban, no se fiando del suyo propio, con ser tan acertado que todos se regian por él.

Fué verdadero pobre de espíritu, sin pegársele al corazon cosa alguna de este mundo, porque todas sus riquezas tenia puestas en Dios; y así, no cuidaba de vestido, ni comida, ni alhajas, sino con santa sencillez tomaba las que le daban, sin hacer reparo alguno en que fuesen buenas ó malas, como lo hacia S. Agustin.

Cuando acabó segunda vez el rectorado del colegio de Alcalá, le pidió por su confesor el conde duque de Olivares, estando en toda su privanza, juzgando, que así para el bien de su alma como para el peso de los negocios que tenia entre manos, no podia tener persona ni de más espíritu ni de mayor consejo á su lado.

Joya era esta apetecida y aun pretendida de grandes personas en la corte y fuera de ella, y que si el Padre la admitiera, tuviera ocasion de acomodar á sus deudos altamente, y tenia muchos muy honrados y capaces de puestos grandes; pero estuvo tan fundado en su humildad y en el desprecio del mundo, que con toda resolucion la despidió, excusándose cortesmente con su poca salud y muchos años para tarea tan continua y tan pesada.

El mismo ejemplo dió en la obediencia, guardando siempre á sus Prelados el rendimiento de novicio, y dándoles cuenta de su conciencia con la misma puntualidad en la vejez, que si fuera principiante.

Fué hombre de gran recogimiento, y le exhortó siempre á los de la Compañía, ponderando que las salidas de casa necesarias eran muchas, y, si á estas se añadian las supérfluas y las que eran excusables, perderíamos el espíritu y dariamos armas á nuestros émulos para murmurar de nosotros y atribuirnos escándalos; y por esto salia rarísimas veces de casa, y cuando no podia excusarlo, y del aposento no sin razonable causa.

Estimaba el tiempo como joya preciosísima, y decia que era como el agua del rio, que nunca para, y, una vez pasada, nunca vuelve; por lo cual nunca estaba ocioso, siempre estudiando ó leyendo, escribiendo ó dictando, y lo más del tiempo orando, porque fué hombre de alta y continua oracion.

Nunca perdia á Dios de vista, ofreciéndole todas sus obras; trabajando con las manos, oraba con el corazon; todas las mañanas gastaba dos ó tres horas en la oracion retirada, en que no admitia negocio, por grave que fuese, y decia que con este negocio se hacian bien todos los negocios, y era la oracion el alma de la vida religiosa.

Tuvo grande amor á Cristo nuestro Señor, y, para tenerle presente, ponia una medalla grande de su rostro en el atril donde escribia, y una imágen de Cristo crucificado en frente para carearse con él Regalábase en sus misterios ternísimamente, en especial su nacimiento y Pasion, de que era de-

votísimo; y siempre que pudo, dijo la Misa de Navidad y los Oficios la Semana Santa.

Con la Vírgen Santísima tuvo tambien ternísima devocion, y la enseñó á sus discípulos, deseando entrañarla en los corazones de todos; y esta celestial Señora le remuneró sus servicios, llevándole en su dia al cielo á gozar de su gloria eternamente.

Su vida escribió brevemente el P. Francisco Aguado, que le acompañó muchos en su gobierno, y siempre se preció de su díscípulo; y el P. Felipe Alegambe hace de él honorífica mencion en su *Biblioteca*, adonde dice que fué el más eminente de su siglo en entender y practicar nuestro instituto.

P. ANDRADE.

H. LAURENCIO ORTEGA

FUÉ el H. Laurencio natural de Toledo, desde donde vino admitido en la Compañía al colegio de Plasencia al principio de febrero del año de 1600, donde prosiguió y perseveró morador lo restante de su vida, sin mudar otro colegio, siendo verdaderamente el consuelo y alivio de él y un perpétuo esclavo suyo, pues trabajó infatigable y continuamente por espacio de cuarenta y cinco años, llevando sobre sus hombros casi todas las cargas y oficios domésticos con grande edificacion y perseverancia.

No sabia estar ocioso un punto, sino siempre bien ocupado, y podemos muy bien decir que el trabajar era en él cosa tan natural como en otro el holgar, y tanta repugnancia mostraba tener al ocio, como otro al trabajo.

Encargóle la obediencia el cuidado de despertar á los de casa por las mañanas, lo cual el devoto Hermano ejecutó con tanta exaccion y vigilancia que, con acostarse (habiendo enfermos) de ordinario á la media noche y muchas veces despues de las doce, con todo esto, siempre tocaba á levantar la comunidad á su hora y con grande puntualidad; cosa que verdaderamente causaba admiracion.

En este oficio perseveró todo el tiempo que vivió en la Compañía con grande teson y constancia hasta un dia antes que cayese malo en la cama de la enfermedad que murió, con ser viejo y estar ya quebrantado de los trabajos pasados y lleno de achaques, y con hacer las mañanas desacomodadas y

frias; pero todo lo vencia y suplia su mucha mortificacion y fervor de espiritu.

Fuera de este oficio, tuvo el H. Laurencio otros muchos domésticos; fu muchos años relojero, lamparero y algunos portero y sacristan, oficios tod trabajosos y humildes, y por espacio de treinta años y más ejerció el de en fermero, donde se esmeró y sin duda se puede decir fué dechado y ejemplar de enfermeros, pues este oficio lo usó siempre con grande asistencia y cuida do, no encomendando á otros las cargas anejas á esta ocupacion, sino ha ciéndolas y ejecutándolas por su misma persona con toda sumision y humi dad, aunque fuesen penosas, humildes y á la naturaleza repugnantes.

En la caridad con los enfermos se aventajó grandemente, acudiéndoles todas horas en sus necesidades y aflicciones con grande afecto, gusto y amor sin perdonar á incomodidad ni á trabajo propio, y por esta causa no repara ba de quitar del sueño por consolar al doliente y por prevenir lo necesario para el dia siguiente, de modo que no hubiese falta en el regalo y comida del enfermo.

De esta caridad le nacia el sufrir con silencio y buen semblante las pe jidades, importunidades y quejas ordinarias de los enfermos, sin entibiarse acudirles con la misma caridad, bondad y asistencia que antes, aunque le c jesen palabras ásperas y sentidas.

Por esta caridad que tenia con los enfermos y con los de fuera de casa, sucedieron dos casos raros á este caritativo Hermano. El primero fué, que vivia en el colegio de Plasencia un Padre muy viejo y que por cinco años c continuos hizo cama de una enfermedad penosísima y muy asquerosa, en yo discurso de tiempo le asistió y ayudó con toda caridad el H. Laurenc

Cinco años despues de muerto este Padre, ya acostado el Hermano, aca volvió la cabeza á escupir hacia en medio del aposento, y vió claramente Padre tendido sobre una alfombra en la forma que él le puso acabándole amortajar.

Sentóse en la cama asustado y dijo: Padre fulano, llamándole por su n bre; apénas le nombró, cuando le halló junto á su cama con rostro alegre y en diferente traje, cruzándole por el pecho una banda de un color az leste hermosísimo, y abrazando al H. Laurencio, le dijo: «Hermano Lau cio, yo vengo á agradecerle la caridad grande, amor y cuidado con que tantos años me acudió en enfermedad tan penosa para los dos; no hay perseverar en lo mismo, que á Dios le es muy agradable en su oficio, y cierto de hoy más no se le perderá su trabajo y su premio,» y dándole ósculo de paz en la frente, desapareció, dejando el caso al H. Laurenci fuso en sí mismo por su humildad y desvelado.

Apénas tocaron á levantar, cuando se fué al P. Blas Sanchez, que era

tor de aquel colegio, y, contándole lo sucedido, le rogó con todo encarecimiento no lo dijese á nadie.

El P. Rector, cierto de que aquel favor habia sido muy conforme á la virtud del Hermano, y tenerle en aquella ciudad todos por santo, lo publicó el mismo dia por ella, y el humilde Hermano aún más confuso por verse descubierto que se vió cuando tan favorecido, dió quejas al P. Rector, y despues decia él por gracia: «Cuando pensé que el P. Rector lo callara, dió con todo en la calle, mire quién se fiará de hombre.»

El segundo caso fué que, saliendo una tarde este santo Hermano acompañando á un Padre, de repente en medio de la calle por donde iban vió á su lado un sacerdote siervo de Dios que pocos dias antes habia muerto en la misma ciudad de Plasencia, y muy devoto y amigo del H. Laurencio, en traje de sacerdote como cuando vivia, pero el color del rostro como quedó cuando murió, y, tomándole con su mano al H. Laurencio la suya, sintió que se la abrasaba, y le dijo: «Hermano Laurencio, sepa que estoy en el purgatorio, y para salir de él me falta se digan por mí catorce Misas; de su caridad fío y amistad que tuvimos viviendo yo, la mostrará mejor socorriéndome en este trabajo;» y desapareciendo, quedó el H. Laurencio por muchas horas sintiendo el calor que le dejó el difunto en la mano cuando se la tuvo y apretó.

Al punto el caritativo Hermano buscó la limosna é hizo se dijesen las Misas.

Y no por ocuparse en obras exteriores se olvidaba de las interiores; porque siempre fué muy devoto religioso, y vivió con una conciencia pura y sincera, desembarazada de afectos y cuidados terrenos, sin dársele nada de cosa gustosa de este mundo.

De aquí le procedia no gustar de asistir ni de ir á diálogos, entretenimientos, ni fiestas, aunque fuesen devotas y santas, ni gustaba tampoco de ir al campo las veces que iba la comunidad, ni echaba de ménos las recreaciones y quietes ordinarias de cada dia; su gusto y entretenimiento era estarse recogido en casa sirviendo á la Religion á todas horas con humildad, y cumplir á tiempo con sus tareas y oficios.

Amó la pobreza en gran manera, así en lo que tocaba á su persona como en su aposento, pues aun una silla no tenia.

Toda la vida de este Hermano fué una continua mortificacion, que cuando no hubiera tenido otra sino el grande trabajo y teson perpétuo que mostró en los oficios domésticos que ejerció, bastaba. A que se añade una cosa rara y prodigiosa que todos los que le conocieron la experimentaron.

Contaba el H. Laurencio varias veces que, siendo muchacho y sintiendo que el beber le hacia mal estómago, él mismo, sin parecer ni consejo de nadie, se privó totalmente de la bebida, y desde entónces hasta el último año

en que murió, casi nunca ó raras veces bebió, aunque fuese verano; y estando enfermo este Hermano en caniculares, mandóle el médico tomar algunos tragos de agua; los tomó por obedecer, pero con la dificultad y fastidio que otro tomara si fueran de jarabe ó purga.

Los últimos meses de su vida, como ya andaban los humores del cuerpo desconcertados, sentia algunas veces ánsias de beber, y, en efecto, algunas veces bebia algo.

Del trato y comunicacion de las mujeres fué muy retirado, en cuya presencia (cuando se ofrecia ocasion) estaba con mucha modestia y silencio y siendo sacristan, ántes las hablaba ó respondia con gravedad y despego que con blandura y modos afectuosos, y no por eso ellas le estimaban menos, pues lo tenian en posesion de santo, y en esta opinion le tuvo comunmente toda la ciudad de Plasencia.

Finalmente, le sobrevino la muerte á este humilde Hermano de habérsele hinchado todo el cuerpo, y el rostro se le abultó grandemente por muchos humores que le cargaron, y, apretándose demasiadamente el pecho, vino á faltarle la respiracion y á morir en el Señor, viérnes 16 de diciembre á las tres de la mañana del año de 1644, á los sesenta y dos años de su edad y cuarenta y cinco de Compañía.

Toda la ciudad sintió mucho su muerte, porque le querian y veneraban todos, no tanto por el conocimiento antiguo cuanto por verle tan religioso, tan llano, humilde y tan caritativo con todos, dando de varias partes el pésame de su muerte.

A su entierro acudió mucha gente grave eclesiástica y seglar, con mucho sentimiento y dolor de haber perdido tan buen Hermano.

P. NIEREMBERG.

P. BENITO DE HARO

EL muy religioso y observante P. Benito de Haro nació en Monreal, jurisdiccion de Belmonte, del obispado de Cuenca, de padres honrados y ricos y de lo más lustroso de su pueblo; su padre se llamó Melchor Lopez de Haro, y su madre Quiteria de Auñon, de un lugar cercano á Monreal que llaman de los Hidalgos, porque lo son la mayor parte de él.

Fueron ambos virtuosos dados á la piedad y temerosos de Dios. Entre otros hijos, tuvieron al P. Benito, á quien parece que escogió Dios desde el vientre de su madre para santo; porque, estando muy apretada en la hora del parto con vehementes dolores y riesgo de la vida, se encomendó afectuosamente al glorioso S. Benito, de quien era devota, prometiéndole llamar de su nombre al hijo que pariese, y criarle para su servicio.

Oyóla el santo y dióle feliz alumbramiento, y ella, reconocida al beneficio recibido, le puso su nombre y desde luego le ofreció á su servicio. Llevábale á Misa todos los dias, siendo de pecho, y teniéndole en sus brazos, se le ofrecia como prenda suya, y le suplicaba que, pues se le habia dado, extendiese su mano y le amparase y guiase como á hijo suyo.

Las primeras palabras que le enseñó á pronunciar fueron las de Jesus y María, sabiendo antes rezar que hablar, y empezando desde el pecho á asistir al santo sacrificio de la Misa, de que fué tan devoto que no se sabe que la dejase de oir algun dia de su vida, que no estuviese impedido; y fué en tanto grado que siendo niño, por burla le escondieron los vestidos, diciéndole que aquel dia no podria ir á Misa, y él con gran resolucion más de hombre que de niño, les dijo que, aunque fuese desnudo, no habia de perder la Misa, y diciendo y haciendo, se levantó con denuedo para irse á la iglesia, y los de su casa le dieron los vestidos porque no fuese desnudo; tan hondas raíces habia echado la devocion en el tierno corazon de aquella criatura.

Como la madre era santa, crió al hijo con la leche de sus buenas costumbres, enseñándole desde muy niño á reverenciar las imágenes, frecuentar los templos, ayudar á las Misas, asistir en los divinos Oficios, á hacer penitencias, ejercitándole en ayunos, mortificaciones, limosnas, disciplinas y cilicios, en que fué admirable su ejemplo en esta edad, porque ayunaba las vísperas de nuestra Señora y de los santos.

Quitábase la comida de la boca para darla de limosna, asistia á las Misas cantadas, á las vísperas y á todos los Oficios divinos; y en saliendo de la escuela, cuando los otros de su edad iban á los juegos y travesuras de niños, él, con más seso que años, se retiraba á una devota ermita de S. Benito que está á linde del lugar, y allí á solas con Dios, hincado de rodillas delante de la imágen de la Santísima Vírgen y del santo de su nombre, rezaba el Rosario, y en acabándole, tomaba disciplina con los cordeles ó correas que hallaba.

No teniendo cilicios, se ponia sogas de esparto á raíz de las carnes para hacer penitencia de los pecados que habia cometido.

Viéndole tan empleado en tan tiernos años en obras tan virtuosas, decian todos los que le conocian que Dios le habia escogido para santo desde el vientre de su madre, y preguntaban lo que de S. Juan Bautista en su naci-

miento: *¿Quis putas puer iste erit?* ¿Qué será este niño cuando grande, si es tal cuando pequeño? Y pudieron con razon añadir lo que dice S. Lúcas del Bautista: *Etenim manus Domini erat cum illo.* La mano del Señor estaba con él, porque Dios le tuvo de su mano para que nunca pecase gravemente y fuese creciendo en la virtud sin perder jamas su gracia, como no la perdió el Bautista.

En sabiendo escribir, le enviaron sus padres á Belmonte á estudiar gramatica en el colegio de la Compañía; allí continuó sus devociones y crecieron con los años los fervores de la penitencia, haciéndola tan rigurosa, que cayó enfermo, no pudiendo llevar su delicado cuerpo carga tan pesada y desigual á sus fuerzas.

Sabiendo esto el Padre confesor de los estudiantes, tomó muy á su cargo su gobierno, y, pidiéndole cuenta de su conciencia, supo los excesos que hacia y le tasó las penitencias que habia de hacer, las devociones y los tiempos de oracion y los que habia de gastar en el estudio; y todo fué necesario para que no acabase con la vida, la cual era entónces más de fervorosísimo religioso que de estudiante seglar.

Tenia el ingenio vivo, acre y despierto, muy claro y presto en discurrir y entender, y grande viveza y energía en el decir; y así, en breve tiempo salió excelente gramático y buen retórico, y le enviaron sus padres á la Universidad de Alcalá á que estudiase ciencias mayores con designio de que pudiese alcanzar los puestos de autoridad, honra y hacienda, que sus buenas prendas le prometian.

Pero Dios le llevó con otros intentos diferentes, ordenando su viaje para dignidades más altas y honras más verdaderas y de más valor que las humanas, cuales fueron las que alcanzó en la Religion.

Fué á Alcalá en compañía de otro condiscípulo suyo que se llamaba Juan del Castillo, natural de Belmonte, que despues fué mártir de Cristo; y en aquella Universidad, adonde con la libertad y el fervor de la juventud suelen los estudiantes divertir en las costumbres, nuestro Benito se mejoró en ellas porque se habia teñido en lana en la púrpura de Cristo, y mamado la virtud con la leche, y siempre fué adelantándose en ella.

Era rara su modestia, compuesta su risa, vigilante su cuidado no ménos en la virtud que en el estudio. Frecuentaba los Sacramentos, fomentaba las Congregaciones de la Santísima Vírgen, hacia penitencias y mortificaciones, ayunando y disciplinándose con igual admiracion y edificacion de sus condiscípulos, á todos los cuales traia enfrenados con su ejemplo y con las palabras santas, que salian de su boca, llamas del fuego de amor de Dios y de la devocion que ardia en su pecho.

Era tan temeroso de Dios en aquel tiempo, que no podia entender cómo habia hombres que pecasen con advertencia mortalmente, y se le oyó decir que, si él cometiera un pecado mortal, creyera que luego al punto cayeran sobre su cabeza rayos del cielo, ó que se abriera la tierra y le tragara vivo el infierno.

Viviendo con este fervor, le llamó Dios para la Compañía, y obedeciendo á la voz del Altísimo, pidió con suma humildad ser admitido en nuestra Religion; y como el fuego no se puede ocultar en el seno sin que se comunique á los que están próximos, no se pudo ocultar el de nuestro Benito sin comunicarse á su amigo y compañero Juan del Castillo; díjole su determinacion y las razones que tenia para tomar el estado religioso, y las que le movian para entrar en la Compañía, persuadiéndole á seguirle.

El compañero tambien era virtuoso y estaba en dejar el siglo, pero no en la Compañía, sino en la Religion de S. Bernardo, á que era muy inclinado; pero el buen Benito le dió tales razones y tan fuertes, dichas con su grande energía, que le trocó el corazon y le persuadió á entrar en la Compañía con él.

Ambos juntos fueron recibidos en Alcalá el año de 1614 á 28 de marzo, debiéndole la Religion este mártir que la honró con su vida y con su sangre, y fué el primero fruto de su buen espíritu.

El P. Juan del Castillo fué enviado al noviado de Madrid, y el P. Benito de Haro al de Villarejo de Fuentes, adonde tuvo su noviciado.

Pero ¿quién podrá fácilmente decir el fervor con que empezó, medió, acabó su noviciado en que hizo la planta de toda su vida?, la cual fué toda un continuado noviciado, creciendo siempre en fervor, y hallando cada dia nuevos modos de humillarse, de mortificarse y adelantarse en la virtud; y bien se deja entender cuál seria en la Religion quien desde sus tiernos años fué tan fervoroso en el siglo.

Lo primero que hizo fué una tan total renunciacion de sí mismo y de cuanto tenia y podia tener en el siglo, que no reservó cosa de sí para sí, ni se le sintió jamás aficion á cosa criada, ni á padre, ni á madre, ni á pariente, ni alhaja, ni á casa ó colegio, y, lo que es más, ni á sí mismo, renunciando su voluntad, su entendimiento, sus fuerzas, su salud y su vida en manos de la Religion y en la voluntad de su Superior, á quien miró y respetó siempre como á Dios, sin tener otro querer ó no querer, más de lo que él queria ó no queria.

Desde luego publicó guerra contra su carne, con tan grande resolucion que no hubo cosa en que pudiese mortificarse y contradecir sus apetitos, que no se mortificase y les hiciese guerra campal, sin darse gusto en cosa alguna.

En treinta y tres años que vivió en la Religion, así en el noviciado como en todas las casas y colegios que vivió, súbdito y Superior, siempre fué el ejemplo de todos, el más humilde, el más pobre, el más obediente, el más devoto, el más contemplativo y observante, y el que á todos animaba con el resplandor de sus virtudes á procurar la perfeccion, como se verá en el discurso de su vida, descendiendo por cada virtud en singular.

Luego que hizo los votos y fué incorporado en la Religion, le enviaron a leer gramática, y acabada esta, á estudiar Filosofía y Teología á los estudios de Múrcia, y en ambas facultades salió insigne estudiante.

Como era de tan grande ingenio, y no se divertia en otra cosa, y tenia por blanco en sus estudios la mayor gloria de Dios, el mismo Señor le ayudaba, y él cooperaba con su gracia, y aprendia con mucha facilidad, y como en tabla limpia y bruñida asentaban las letras y aprovechaba en el estudio y no ménos en la virtud, á cuyo estudio atendia tanto como al de los maestros, cursando en la escuela de Cristo crucificado, que enseña la más alta sabiduría desde la cátedra de su cruz, prosiguiendo siempre en los fervores primeros y adelantándose cada dia en la observancia religiosa.

Hizo acto en ambas facultades y de discípulo pasó á ser maestro, porque le mandaron leer un curso de Filosofía en Alcalá, y regentó aquella cátedra con tanta satisfaccion que, en acabando aquel curso, le llevaron á que leyese otro en los estudios reales de Madrid, y despues de este, dos cátedras de Teología moral y escolástica en Múrcia por espacio de catorce años.

Algun tiempo fué Ministro del noviciado, y otro gastó en misiones con mucho fruto de los pueblos, que á todo se extendia su fervor, hasta que fué por Rector á Caravaca, y de allí al noviciado, adonde dió fin al curso de su vida.

Ahora veamos brevemente los ejemplos de virtud y perfeccion que en estos empleos y ocupaciones nos dejó.

Empezando por la humildad, que es el fundamento de las demás, echó tan hondas raíces en el corazon de este siervo de Dios, cuanto descollaron en las plantas de las demás virtudes; porque, lo primero, tuvo tan bajo concepto de sí, que se tenia por el más inútil, vil y desechado de la Religion, y nunca se persuadió que le habian de tener en ella, sino que como á inútil y malo le habian de echar y desechar por indigno del hábito que traia y de estar con los demás.

Con esta persuasion andaba humilladísimo y encogido y no se atrevia á hablar en público, ocupándose siempre en los oficios más humildes de la casa, y teniéndose por indigno de subir á más.

Vivió siempre temeroso de lo que habia de ser de él, esperando el golpe

de cuándo le habian de despedir, pues ninguno de todos los expulsos era ménos malo que él, hasta que vió que le mandaban ordenar, porque entónces cobró alguna seguridad, persuadiéndose que no le ordenaran de sacerdote, si le quisieran echar de la Religion.

Siempre hablaba bien de todos y sólo mal de sí mismo. Nunca se le oyó palabra de su alabanza, muchas de su vituperio; y habiendo leido tantos años, no se le oyó nombrar cosa que aludiese á esto, ocultando con santa sagacidad lo que podia redundar en su aprecio ó estimacion.

De aquí nació el estudio tan singular que puso en ocultar las penitencias que hacia, y las obras de mortificacion y de caridad, y las horas que tenia de oracion, para no ser conocido ni estimado de los hombres, obrando siempre en los ojos de solo Dios y procurando agradar á Él solamente.

San Buenaventura compara la humildad á la raíz, que siempre va á lo bajo y ahonda en lo más profundo de la tierra; así este siervo de Dios, como verdadero humilde, siempre se inclinó á lo más bajo y oculto, más despreciado y abatido de la Religion, á barrer, á fregar, á ser cocinero y hacer los oficios más humildes, ayudando en ellos á los que los tenian á cargo, al enfermero, al despensero, al portero, y á todos los que le habian menester, y esto no sólo siendo súbdito, sino tambien siendo Superior, como se experimentó en Villarejo.

Enfermó un novicio gravemente, llenóse de llagas de pestilencial olor, y viendo la dificultad de curarle y asistirle, el buen Rector lleno de caridad y humildad, se encargó de su enfermedad y le asistió y curó por su propia persona, limpiándole las llagas, aplicándole las medicinas, atándole las vendas, llevando los vasos humildes, barriéndole el aposento y haciéndole la cama, con tanto consuelo del enfermo, como edificacion y ejemplo de todo el noviciado.

Ninguna cosa tenia más debajo de los piés que las honras y pundonores del mundo, porque toda su honra tenia en los desprecios de Cristo y en las acciones de humildad, y por esto, siendo Rector, caminaba unas veces á pié, otras en un pobre jumento sobre una albarda, como el más humilde de la casa, sin más criado ni aparato ni fausto de Superior.

Postrábase para que todos le pisasen; besaba los piés á los de casa, decia sus faltas públicamente muchas veces, y no dejaba pasar ocasion de humillarse, que no pusiese en ejecucion.

Siendo lector de Teología en Múrcia, faltó un maestro de Artes, y habiéndolos leido dos veces, cosa bien molesta para quien lo sabe, le significó el Superior que gustaria de que supliese aquella falta, y sin más precepto ni órden que la seña de su voluntad, leyendo las ciencias mayores de la sagrada

Teología, luego con suma prontitud y gusto tomó la cátedra de Artes y la regentó tres años, acudiendo á ambas con sumo gusto y voluntad.

Ocho años leyó Teología, y todo este tiempo tuvo á cargo hacer las doctrinas en las plazas á los niños, y pobres y gente ruda, cargo que nuestro P. Benito tenia por el mayor y más honroso.

No ejercitó en esto solo la virtud de la humildad sino tambien en la paciencia, sufriendo desprecios, humillaciones y malos tratamientos, llevándolos con silencio y humildad de corazon.

Siendo seminarista en Huete, habia un Hermano díscolo, que por incorregible fué despedido de la Religion, y por último remedio para curarle y reformarle le hicieron compañero del P. Benito, juzgando que con su ejemplo y á vista de su grande observancia, se reduciria aquel Hermano y entraria en devocion.

Pero como ya estaba avinagrado, todo le daba en rostro; y como los animales ponzoñosos convierten en veneno los buenos manjares, así este mal religioso convertia en ponzoña los ejemplos de virtud que le daba su compañero, retornándole afrentas, oprobios, malas palabras por las obras de caridad y las exhortaciones de observancia y devocion; y pasó tan adelante que puso las manos y los piés en él, pisándole y ultrajándole con diabólico furor.

El manso cordero jamás abrió su boca, ni para responderle ni quejarse, ni hizo más que callar y sufrir y humillarse y encomendarse á Dios, el cual volvió por su inocencia; y sabida la obstinacion del díscolo, fué lanzado de la Compañía, porque no contaminase con sus malas costumbres el rebaño del Señor; que no es descrédito de una Religion haber algunas faltas en ella, sino permitirlas sin castigo, que como los religiosos no se desnudan de la flaca naturaleza de hombres, no es maravilla que alguno caiga en faltas, ni por el pierden los que no las cometen.

Otro religioso poco observante á quien el P. Benito siendo Rector habia castigado por sus faltas con deseo de su enmienda, indignado contra el medico de su alma, á quien debia agradecimiento por lo que le habia curado, cuando se vió en otro colegio, á su parecer en salvo, le escribió una carta por vengarse de lo que llamaba agravio, llena de injurias y oprobios, llamándole Neron, tirano y demonio que tentaba á los religiosos y los ponia en estado de condenacion, y otros desatinos á este talle.

El buen padre la leyó con grande igualdad de ánimo sin alterarse, ni airarse, ni moverse á indignacion, ántes con sumo encogimiento se humilló delante de Dios, confesándose por mucho peor de lo que allí le decian, y pidiéndole perdon de sus yerros, se hincó de rodillas y pidió á nuestro Señor que hicie-

se tantas mercedes á su ofensor cuantas eran las injurias que le decia en aquella carta, la cual no rompió ni mostró á nadie, sino que como una rica joya la guardó para aumento de su humildad, y la sacaba y leia muchas veces como si fuera el espejo en que miraba sus faltas para corregirlas y la imágen en que á su parecer estaba retratada su alma. Tal concepto tenia de sí este siervo del Señor.

A esta clase pertenece lo que le sucedió en Alicante presidiendo á unas conclusiones en las cuales arguyó un religioso Capuchino, y con el calor del argumento se mezclaron algunas palabras excusadas á que el P. Benito respondió con entereza, porque la tenia siempre que era menester; pero quedó con el escrúpulo de si habia excedido y de si aquel religioso iria sentido de su modo de responder, y contrito de lo que habia dicho, se arrojó de la cátedra, y delante de todos se echó á sus piés y le pidió perdon. Humildad que admiró á todos y puso en confusion al religioso, que corrido de verle, le levantó del suelo pidiéndole perdon de la ocasion que le habia dado.

La misma humildad tuvo con un hermano suyo menor que hoy está en la Compañía, á quien pidió perdon, hincándose de rodillas, por algun rigor y demasiada resolucion que á su parecer habia tenido con él en una cosa que le habia pedido y habia excusado hacer.

De esta raíz brotaron las grandes virtudes en que floreció este siervo de Dios; y lo primero, fué extremado en la observancia de las reglas y costumbres de la Religion, no traspasando la más mínima por todos los intereses humanos.

En treinta y tres años no se sabe que hablase una palabra fuera de tiempo advertidamente, sino es, conforme á la regla, forzado de la necesidad, ni que entrase en aposento ajeno un solo paso sin expresa licencia del Superior.

Siendo lector de Teología y estando su hermano enfermo, no pudieron recabar con él que entrase á verle hasta que pudiese entrar; y saliendo á la doctrina con los niños y estando con la caña en la mano en los ocho años que las hizo en Múrcia, llegaba siempre al portero, á cuya vista salia, á decirle cómo iba á la doctrina, por cumplir la regla que ordena que, cuando salen fuera, digan al portero adonde van.

Cuando estaba en las misiones, lo decia al ama por la sombra que tenia de guarda de la casa; y lo que es más, todos los dias hacia la cama sin haber de dormir en ella, y barria el aposento á tercero dia, aunque no tuviese necesidad, sólo por cumplir la regla que lo manda, obedeciendo á ojos cerrados sin disputas ni epiqueyas, ni más inteligencia que hacer lo que ordena, sin excepcion alguna.

Habiendo de hacer acto su hermano cuando él era lector de Teología, le

pidió que le presidiese; y aunque los otros maestros vinieron en ello, sólo él no vino en hacerlo, porque no se seguia, segun la costumbre de la escuela, hasta que el P. Provincial le mandó que presidiese.

Viniendo de Ocaña al Villarejo á tercera probacion y siendo el camino derecho por su tierra, no entró en su lugar, aunque habia ocho años que no veia á sus padres y pasó alinde por las cercas de las casas, porque no llevaba licencia expresa de los Superiores.

Era tan puntual á la voz de la campana que, si estaba escribiendo, dejaba la letra comenzada; y si fregando, el plato á medio fregar; y si leyendo, no acababa de pronunciar la palabra; y en la quiete enmudecia en oyendo tocar á salir, sin pronunciar más palabra; y este teson de vida guardó desde el primero dia que entró en la Religion hasta el último en que murió.

A ejemplo de S. Ignacio nuestro Padre, apuntaba todos los dias el exámen particular, no sólo sano sino enfermo, hasta el mismo dia en que murió, y se halló el librito á sú cabecera, por el cual se conoció esta puntualidad, hecho obediente hasta la muerte.

Un dia le tuvo ocupado el Superior hasta muy noche leyendo Artes en Alcalá; tocaron á acostar y no habia rezado el Rosario, y no se atrevió á rezarle sin licencia por no contravenir á la puntualidad de la obediencia.

Pidió licencia á el Superior para rezarle, el cual juzgando que estaba muy cansado y que no era necesario, no se la dió sino le mandó que se acostase, que otro dia le rezaria. Obedeció el religioso Padre con gran dolor de su alma por verse privado aquel dia de su devocion, la cual restauró el dia siguiente doblando la tarea y rezando por ambos dias.

De lo dicho se colige cuán rendido y puntual seria en la obediencia expresa de los Superiores el que en las reglas y señales lo era tanto. Un papel se halló de su mano despues de muerto, en que se pone las leyes que habia de guardar con sus Prelados y con los que tuviesen cualquiera sombra de Superior, adonde dice, que ni de palabra, ni de obra, ni de pensamiento habia de resistir en cosa alguna al Superior, ni tener más voluntad que la suya, como no la tiene un muerto.

Y así lo cumplió portándose no como mortificado, sino como muerto en la Religion, sin voluntad, ni sentido, ni dolor, ni repugnancia, ni muestras de ella en cosa que le ordenasen; y cumpliólo tan perfectamente que nunca propuso, ni resistió, ni se tardó en cosa que le mandasen siendo súbdito, ni pidió mudanza de colegio, ni de aposento, ni de ocupacion, dejándose totalmente en las manos y voluntad del Superior.

Y fué esto en tanto grado, que mandándole ir á Múrcia segunda y tercera vez, habiendo perdido la primera la mayor parte de la vista por ser aquel

temple contrario á su complexion, le instaron muchos que propusiese esto al Provincial, porque se ponia en manifiesto peligro de quedar ciego: respondió estas palabras: *Quedar ciego importa poco, y obedecer á ciegas importa mucho:* sentencia digna de tan santo varon; y así, se partió luego sin contradecir ni replicar á lo que le ordenaban, con la misma prontitud y alegría que si recibiera la obediendia de la boca de Dios.

Dije cuando súbdito, y en lo que le ordenaban tocante á su persona por no ocultar la verdad, y es, que cuando fué Superior, algunas veces proponia á los Superiores mal informados en lo que ordenaban acerca del gobierno, reconociendo que importaba para los aciertos, y que lo contrario no era servicio de Dios, porque si bien están en su lugar, no son ángeles que lo alcancen todo y necesitan de noticias para la buena disposicion, y no es el dárselas contra la obediencia, sino muy conforme á ella.

Este ejemplo nos dejó de obediencia y no fué menor el que nos dió de pureza y de recato en la virtud de la castidad, en que imitó la de los ángeles viviendo en cuerpo como si fuera todo espíritu, porque ni en un mínimo pensamiento faltó en esta virtud, portándose consigo con el mayor recato y pureza que se puede imaginar.

Quien era tan recatado consigo, ¿cuánto creemos que lo seria con los demás? Fué tan riguroso consigo en esta materia, que parece extremo, porque en veinte y ocho años de súbdito no visitó á hombre, ni á mujer, ni entró en casa de seglar, sino enviado por la obediencia á confesarle ó asistirle en alguna enfermedad.

Y es buen testigo de esto Múrcia, pues, habiendo estado catorce años en aquella ciudad leyendo, predicando, confesando y teniendo tantos discípulos y penitentes, cuyas almas gobernaba, cuando partió de Caravaca con el oficio de Rector, no fué á despedirse de nadie ni dejó por esto quejosos, porque nunca los comunicó sino en el confesonario ó en la cátedra cuando venian á oir la leccion.

Fué tal su recato, que cuando por obediencia fué á su tierra á visitar á sus padres, no permitió que su madre le abrazase por lo que tenia de mujer, siguiendo el ejemplo de S. Luis, Obispo de Tolosa, de quien se dice lo mismo, porque aspiró siempre á lo más perfecto en que los santos se esmeraron en todo género de virtudes.

Tuvo tan refrenados los sentidos, que son los portillos por donde el demonio suele aportillar esta virtud, que muchas veces no usaba de ellos más que sino los tuviera, y especialmente los ojos, cuando salia de casa ó á la iglesia, porque no miraba á nadie y raras veces distinguia si era hombre ó mujer el que encontraba.

Aunque caia en falta alguna vez que era persona á quien tenia obligacion no le hablando ó no le haciendo el agasajo que otros, no por esto perdia su modestia, diciendo que ménos inconvenitente era faltar en un punto de policía seglar, que en los de la modestia religiosa.

Nunca se movió á ver fiestas de danzas ó saraos, aunque se tuviesen por festejar á los santos, y mucho ménos diálogos ó comedias, ni florestas de jardines, ó huertas, ó cosas deleitosas ó curiosas; y era tan extremado en esto, que cuando andaba las estaciones de la Semana Santa, no miraba los monumentos por no divertirse en su curiosidad, sino, cerrados los ojos del cuerpo, abria los del alma, mirando con ellos á sólo Dios, á quien iba á visitar.

Teniendo en Múrcia ocho años el aposento sobre la huerta que señoreaba gran parte de la amenidad del campo que es de lo más hermoso de España, en todo este tiempo fué tal su mortificacion, que rara ó ninguna vez tendio la vista á mirarla, siendo la cosa que más apetecia y que más gusto le daba, refrenando la vista de las cosas terrenas para mirar más de lleno las celestiales, adonde tenia su corazon.

Hallándose por la fiesta del Corpus en una mision, le pidieron que llevase el Santísimo Sacramento como Preste en la procesion; el buen Padre, como era tan agradable y amigo de dar gusto, vino en ello atendiendo tambien á hacer aquel servicio á Dios y carearse de cerca todo aquel tiempo con Cristo Sacramentado, con quien tenia grandísima devocion.

Pero sucedió que el pueblo, siguiendo su antigua costumbre, tenia un auto sacramental en la plaza, adonde llegando con la procesion, le colocaron en un trono de majestad que tenian preparado, y luego se sentaron todos á oir la representacion.

No pudo, aunque quisiera, el buen Padre excusar su asistencia, como hacia el oficio principal; pero su devocion halló modo cómo privarse de aquel gusto y convertirle en provecho de su alma, porque todo el tiempo que duró la representacion estuvo como absorto, los ojos del cuerpo y del alma en el Santísimo Sacramento que tenia presente, contemplando intensamente aquel divino misterio, sin atender á otra cosa más que si estuviera en un desierto; y así, ni vió, ni gustó, ni supo de qué fué la representacion, ni pudo dar razon de ella, aunque le preguntaban su parecer.

Con esta vigilancia y recato vivia para guardar la pureza de su alma y no dar lugar á pensamientos ni representaciones contrarias, que se originan de la vista de los ojos y de la libertad de los sentidos; y parece que le dió nuestro Señor la gracia que á S. Felipe Neri, que no sólamente fué casto y puro en su alma y en su cuerpo, sino que hacia castos á los que comunicaba, y en especial á los que se confesaban con él, persuadiéndoles esta virtud y alcan-

zandosela de Dios, de que tenemos un ejemplo bien singular, que fué el siguiente:

Siendo Rector de Caravaca, predicaba y hacia las doctrinas en la plaza con el fervor que siempre; oyóle, entre otros, un hombre que tenia amistad ilícita con una mujer; movióse de manera á contricion, que vino despues á confesarse con el Padre con lágrimas y contricion de sus pecados, y el P. Benito le recibió con su acostumbrada benignidad, y le animó y esforzó á dejar aquella mala amistad, como en efecto la dejó; pero la amiga, que no se habia convertido, quedó tan sentida con el Padre, viéndose dejada por su causa, que como una víbora pisada se volvió contra él, resolviéndose con furiosa rabia de vengarse de la manera que pudiese.

Habia en aquella villa á la sazon visita de la santa y general Inquisicion, y aprovechándose de ella, concertó con otra amiga suya de acusar al P. Benito a la Inquisicion, diciendo que, llegándose á confesar, la habia solicitado á deshonestos actos; y la amiga, que estando á la puerta del confesonario habia oido las palabras que le habia dicho, conviniendo ambas en las que habian de delatar.

Tramada esta maldad entre las dos, fueron al secretario de la visita y delataron al inocente Rector por solicitante, no sin admiracion de aquel santo tribunal, que le conocia desde Múrcia, adonde habia sido tantos años Rector, y sabian la opinion de santidad tan constante que tenia en toda la ciudad y el ejemplo con que siempre habia vivido.

Pero oyendo jurar á dos testigos, no pudieron ménos de hacer causa y proceder contra él, y como en todo es tan acertado este santo tribunal, para proceder con más maduro consejo, dieron parte al Supremo para proseguir con su acuerdo en lo que se habia de hacer.

Los señores del Consejo, oida la delacion, no pudieron ménos de mandar que, siendo tan plena, fuese presto, y se hiciesen con el Padre las audiencias ordinarias, tomando su confesion y haciendo sus probanzas, hasta llegar á sustanciar la causa, todas cosas molestísimas y de mucha deshonra para el Padre y para su Religion; pero la providencia divina que la tiene de sus siervos y mira siempre por la honra de los que miran por la suya, miró por la del P. Benito, disponiendo que se hallase presente el P. Hernando de Salazar, que era uno de los consejeros, el cual habia sido su maestro y le conocia muy bien, y como testigo de vista informó á todo el Consejo de la santidad del Padre y del ejemplo tan grande que habia dado siempre de su vida, y añadió que le parecia increible lo que se delataba de él, porque le tenia en tal opinion, que pondria las manos en un fuego en abono de su inocencia.

Oida esta informacion, como el Consejo siempre busca la verdad desapa-

sionadamente y hace las diligencias posibles por averiguarla, mandó que, atenta la grande opinion de virtud que siempre habia tenido y tenia al presente el Rector de Caravaca, de quien se hacia la delacion, se hiciesen nuevas diligencias sobre su causa con todo el secreto posible porque no manchase su fama, y que en particular se averiguasen las vidas y proceder de las mujeres que delataban, y si habian tenido algun disgusto con el Rector ó colegio de la Compañía.

Llegada esta resolucion al tribunal de Múrcia, envió á un secretario, persona de toda satisfaccion, á Caravaca con pretexto de otros negocios tocantes á la Inquisicion, y con toda la sagacidad y prudencia posible averiguó el negocio de raíz y sacó en limpio la verdad.

Porque, ordenándolo así Dios, las dos mujeres que delataron al Padre riñeron entre sí, y la solicitada para levantarle el testimonio le dió con ello en la cara á la agresora, y por este camino se vino á saber, lo cual averiguó el secretario tomando los testigos bastantes y entre ellos á la que habia sido cómplice en la delacion, con que el santo Tribunal quedó satisfecho de la verdad, el Padre en mayór estima y opinion, Dios servido y deshecha aquella mala amistad de los que estaban amancebados.

Todo lo cual he referido como pasó, porque se vea por una parte el celo santo del P. Benito de Haro, la fuerza de su predicacion, la enemiga que le tuvo el demonio, y cómo Dios le defendió, para que ninguno se acobarde en su servicio por miedo de la persecucion.

Castitas dicitur a castigando; la castidad tomó este nombre del castigo, porque sin él no se puede conservar; y por esto los antiguos pintaron de ella un geroglífico, en el cual pusieron las castañas en su erizo con un mote que decia: *Castaneae castum fructum cutis aspera servat.* El casto fruto de esta fruta conserva la áspera cáscara á quien la naturaleza vistió de asperísimo cilicio.

Vióse esta verdad practicada en este siervo fidelísimo de Cristo, el cual fué tan casto y puro como se ha visto, pero á costa de rigurosas y muy asperas penitencias; porque desde el dia que empezó á servir á Dios, empezó á martirizar su cuerpo y á sujetarle al espíritu con rigurosas penitencias.

Todos los dias, en levantándose, tomaba una sangrienta disciplina, sin perdonar á pascuas ó fiestas, por solemnes que fuesen; usó continuamente de ásperos cilicios de rallos, de cadenas de hierro, de cerdas tejidas con alambre y puntas de acero: hizo dos capotes cumplidos de esta librea, que es la de los siervos de Cristo, los cuales traia siempre mudándoselos el sábado como otros la camisa.

Para los brazos y los muslos tenia tambien sus particulares cilicios, los

cuales se vestia siempre como si sin ellos anduviera desnudo; y fué de manera que se le vino á pasmar una pierna de la continuidad de traerlos, y fué necesario curarle y ponerle límite en las penitencias; en los zapatos echaba chinas y piedras pequeñas para que le estuviesen hiriendo.

Su cama no era cama sino un potro de tormento, porque ordinariamente dormia sobre los cordeles, pautándose el cuerpo con los ñudos, y por grande regalo ponia la esterilla, y si se sentia indispuesto, añadia una manta vieja encima de ella, y esta era su cama de regalo, aunque por encubrir su penitencia, la tenia en lo exterior como los demás. Dormia poco y velaba mucho, gastando buena parte de la noche en oracion.

Su comida era un continuo ayuno, porque raras veces comia más que alguna fruta ó yerbas, si las daban en la comunidad, un poco de caldo y cuatro aceitunas sin llegar á la porcion; y si por alguna fiesta ó accidente se daba extraordinario á la comunidad, entónces comia ménos que los otros dias, celebrando las fiestas con ayunos, como otros con regalos y mayores comidas; y repetia muchas veces que el pan y el caldo era comida de pobres y que esa le bastaba como á tal, pues lo era por su profesion.

Nunca usó de salsa ni probó limon ó naranja, habiendo en Múrcia tan grande abundancia, que de las sobras provee á media España. Las yerbas comia como las traian á la mesa, sin aceite, ni vinagre, ni sal.

Cuando caminaba, no comia más que pan, y lo que habia de gastar en su comida daba de limosna á los pobres. La mortificacion era la virtud trascendente y como el pan con que comia todos los manjares de su alma, porque rara ó ninguna cosa hacia que no fuese con mortificacion y dándose alguna pena; en la mesa estaba siempre un pié levantado para trabajarse. Rara vez se sentaba á comer sin hacer una mortificacion pública.

Cuando hacia plática, tenia levantada una pierna ó atravesada de manera que le afligiese. Si hacia frio, no se ponia á la lumbre, ni metió las manos en el manguillo de la ropa para abrigarlas, trayéndolas siempre al yelo. Si hacia calor, no buscaba frescuras, ni alivios, ni se limpiaba el sudor, ni tomaba cosa que le pudiese dar gusto, ántes andaba siempre á caza de las que le daban disgusto, y por esto sufria las picaduras de las moscas, mosquitos, tábanos, chinches y otros animalejos que molestan, sin quitarlos.

Y hubo vez que, como Múrcia es tan abundante de esta gente, viniendo de la heredad, se dejó picar de manera, que cuando llegó al colegio, vino con el rostro hinchado como si tuviera erisipela, y al principio dió cuidado, hasta que conocieron que era efecto de su mortificacion.

Siempre bebió agua cruda, hasta que los médicos el último año de su vida le ordenaron que la mezclase con unas gotas de vino por su debilidad, y él

lo hizo sólo por obedecer. Cuando le hicieron Rector y le pareció que tenia más licencia, la tomó para doblar las penitencias y la mortificacion, y fué de manera que temieron que acabara con su vida; y á los que le iban á la mano en ellas, respondia: «Vivir mucho importa poco, y vivir bien importa mucho: y puede seguramente cualquiera quitarse diez y doce años de vida por la mortificacion y penitencia, que muchos más se quitó Cristo por la que hizo por nosotros.»

Pero los celosos de su vida avisaron al P. Provincial, y le tasó las penitencias, escribiéndole las que habia de hacer; mas el siervo de Dios, pareciéndole pocas, escribió á nuestro P. General pidiéndole que no le atasen las manos, porque le importaba para su aprevechamiento, y el General le señaló un Padre anciano á quien estuviese sujeto en cuanto al tratamiento de su cuerpo, á quien no perdonaba nada, porque si estaba enfermo algunos dias, en viéndose sano, restauraba las disciplinas y cilicios que habia dejado en la enfermedad, doblándolos en salud, pareciéndole que para todos aquellos tenia licencia del Superior.

A todo lo dicho añadia una cruz de muchos clavos y púas que se ponia siempre en el pecho en memoria de la cruz de Cristo nuestro Redentor. Y una persona de las más graves que tuvo la Compañía afirmó varias veces que el P. Benito era religioso que con mayores veras trataba de crecer en virtud por medio de la mortificacion de cuantos habia en la Religion conocidos.

Al mismo paso corrió en las demás virtudes, siendo pobrísimo en su persona sin mudar ni adelantar en toda la vida el vestido que le dieron en el noviciado, en la cantidad y calidad, ántes escogiendo siempre lo peor de casa.

No tuvo en su aposento sino una silla vieja de costillas y una estampa de papel, y esta era de la casa, y la dejaba en el aposento cuando partia á otro colegio; un manteo viejo y unas medias y sayo de cordellate, cuando no le podia excusar para el abrigo; unos zapatos viejos traidos de uno y dos años, y un orillo, á veces con tantos ñudos, que se le quebraba á cada paso; y á este modo eran todas sus alhajas.

El papel era de cartas viejas, y en materia de dar ó tomar fué extremado, porque para medio pliego de papel pedia licencia al Superior. Nunca bebió una gota de agua fuera de tiempo ni comió cosa alguna sin licencia expresa de la obediencia.

¿Qué diré de su oracion que podemos decir fué continua, porque siempre andaba en la presencia de Dios? Cada dia se levantaba dos horas antes de la comunidad á gastarlas en la contemplacion. Nunca dejó de examinarse dos veces al dia, como manda la regla, ni de tener la leccion espiritual, y para esto traia consigo á *Contemptus mundi*, como si fuera novicio.

El rezo divino cumplia de rodillas y á sus horas con gran devocion, y cada dia rezaba el rosario de nuestra Señora, y, cuando podia, entero delante de su imágen.

Para la Misa se preparaba cada dia con oracion mental y confesion, y no permitia que le hablasen palabra en este tiempo. Decíala con mucho espacio y atencion, y daba gracias con el mismo.

Nunca dejó de decirla, pudiendo; y cuando estuvo baldado, la oia con todos y comulgaba todos los dias con mucha devocion, porque la tuvo grande á este misterio, celebrando su fiesta cuanto sus fuerzas alcanzaban, no con festines campanudos, sino con ayuno de pan y agua. Su víspera salia con disciplina pública al refectorio, hacia otras mortificaciones y añadia muchas horas de oracion.

Todos los viérnes ayunaba en memoria de la Pasion de Cristo, y los sábados por nuestra Señora, cuyas fiestas celebraba como las de Cristo con pan, agua, penitencias y largas horas de oracion, y cada fiesta celebraba con dos octavas, una ántes y otra despues, de manera que casi se alcanzaban las unas á las otras.

Fuera de esto, tenia particulares santos devotos para las obras cuotidianas á quien las encomendaba. Al ángel de la Guarda tenia para levantar y acostar; para comer, á S. Juan Bautista; para servir, á Sta. Marta; para fregar y barrer, á S. Alejo; para las quietes, á S. Ignacio; para el camino, á S. Rafael; para el estudio, á Sto. Tomás; para el rosario, á Sto. Domingo; para la oracion, á S. Bernardo; para el exámen, á Sta. María Magdalena; para leccion espiritual, á S. Luis Gonzaga; para la Misa, á la Beatísima Vírgen; y para las gracias, á S. Francisco Javier, y tambien para la presencia de Dios y oraciones jaculatorias.

Con esta tarea andaba siempre su espíritu bañado en devocion y en todo muy conforme con la voluntad de Dios, virtud en que se esmeró grandemente, sin alterarse por sucesos prósperos ni contrarios.

Estando en una mision en la villa de Alcázar, corte del gran Prior de S. Juan, le vino un propio con obediencia del Provincial para que luego partiese á su tierra, porque estaba su madre á la muerte y necesitaba de su consuelo.

Eran las ocho de la mañana cuando llegó, no habia dicho Misa, y para decirla se recogió como solia á la oracion, y en acabándola, sin más movimiento que si tal no hubiera sucedido, se vistió y dijo Misa de *Requiem* por su madre difunta, no sin reparo de los que la oyeron.

Segun parece, tuvo revelacion ó luz particular del cielo para decirla, porque á la misma hora espiró siete leguas de allí, adonde llegó al anochecer

cuando la tenian amortajada; y aunque habia caminado el dia, no reposó la noche, gastándola toda en velar á su madre, rezando de rodillas y en pié por su alma y haciendo penitencias por ella.

El dia siguiente por la mañana la enterró y dijo Misa, y luego, sin detenerse un punto, se volvió á su mision, diciendo que no le habian mandado mas de que viniese á ver á su madre, y que ya habia cumplido con su obediencia

Otra cosa le sucedió que se tuvo por milagrosa, y fué que, estando diciendo Misa y llegando á partir la hostia y decir: *Pax Domini sit semper vobiscum*, se le fué la partícula de los dedos y no cayó en el cáliz; buscóla con todo cuidado en la patena y debajo, y en los corporales, y en el altar, encima y debajo de la hostia, y no la pudo hallar: se recogió á la oracion, pidiendo á la Beatísima Vírgen y al santo Angel, que ofrece el sacrificio, que remediasen aquella falta.

En acabando su oracion, abrió los ojos y vió la partícula encima de la hostia adonde la habia buscado, y dió muchas gracias á Dios, y acabó su Misa, y tratando del caso, se le oyó decir: «Para las ocasiones son los ángeles amigos,» reconociendo aquella merced del santo Angel, á quien se encomendó.

Pocos meses antes de morir, levantando el cáliz en la Misa, le dió una suspension tal, que los presentes juzgaron que se habia elevado, porque se tardó mucho más que solia, y despues anduvo como suspenso, contemplando y rumiando lo que habia sentido y visto, aunque siempre lo encubrió su humildad pero los que le trataban más de cerca conocieron que habia recibido alguna grande merced del Señor.

A la medida del fuego de amor divino que ardia en su pecho, fué el que tuvo de caridad para con sus prójimos, doliéndose de sus necesidades y trabajos, y el celo en que se abrasaba de la salvacion de sus almas; y si por su voluntad fuera, desde luego hubiera dejado á España y entrádose por la infidelidad de la China y Japon y los reinos de las Indias á convertir el mundo á la fe de Cristo.

Pero como asentó en su corazon no tener voluntad en nada, ni mostrarla, ni hacer, ni procurar más de lo que le mandasen, resignándose todo en manos del Superior, como si fuera un cuerpo muerto; cumpliólo tan á la letra, que no halló más en esto que si estuviera muerto, y sólo estuvo vivo para moverse con presteza á lo que se le ordenó.

Pocas misiones hizo, pero estas con grande fruto, no ménos con la fuerza de la predicacion que con la edificacion de su vida, que fué siempre á todos de admiracion; y aunque consigo era rígido, era con todos jovial y alegre, y con su buen ingenio hacia buenos versos, con que alegraba á todos en el tiempo de recreacion.

Fué celosísimo de la observancia religiosa, y no dejaba piedra por mover para refrenar el paso á la relajacion. Daba penitencias á los que faltaban en ella, y alentaba cuanto podia á los que eran observantes; y aunque algunos le tenian por riguroso, no por eso aflojaba en la disciplina religiosa, mezclando con prudencia el rigor con la suavidad.

Finalmente, lleno de virtudes y merecimientos, llegando á los cincuenta años de su edad, cuando estaba más maduro para el gobierno, le halló Dios más sazonado para su gloria, y quiso darle el premio de sus merecimientos, sacándole de esta miserable vida, para llevarle á la eterna, de que le envió como precursor una caida que dió viniendo de la granja al noviciado de negocios tocantes al gobierno.

Desconcertóse un brazo, y quedó todo el cuerpo atormentado, padeciendo gravísimos dolores con admirable paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, que poco á poco le fué sacando de este penoso destierro, de que siempre deseó salir para gozar de su Dios en la bienaventuranza.

Estaba tan resignado en su santa voluntad, que diciendo el Ministro á los novicios que rogasen á Dios por su salud, él dijo que no lo hiciesen, sino que dejasen á Dios hacer su santa voluntad, que era lo acertado y lo que siempre deseaba; y al médico dijo tambien que ni deseaba vivir, ni morir, sino que se cumpliese en él la voluntad de Dios.

Esta fué llevarle á su descanso, como se cumplió en mártes á 21 de mayo de 1647, habiendo recibido todos los Sacramentos de la Iglesia con mucha devocion, repitiendo continuamente los salmos penitenciales, como S. Agustin, clavados los ojos y el corazon en una imágen devotísima de Cristo, cercado de sus hijos y diciéndole la recomendacion del alma, dejándonos por herencia un rico tesoro de maravillosos ejemplos de virtudes que imitar.

Porque si miramos el discurso de la vida de este siervo de Dios, hallaremos en el una imágen perfectísima de un observante religioso, en quien resplandecieron todas las virtudes en tan alto grado cual se pudieron desear en un perfecto varon, porque, si bien no referimos ostentosos milagros de sus manos, referimos milagrosas virtudes, las cuales, como enseñó la gloriosa Sta. Teresa de Jesus, son las que debemos imitar, y los milagros y éxtasis admirar en las personas de conocida santidad.

Y no son de menor estima aquéllas que estos, ni de ménos crédito para la santidad, como lo advirtió S. Pedro Damiano, hablando de un santo religioso de su Orden, en quien resplandecieron semejantes virtudes que en el nuestro, por las cuales mereció la estima y aclamacion de santo.

Y quien quisiere apreciar con justas balanzas el valor de estas virtudes, tómelas á peso en sus propias manos, procurando ejecutarlas en su persona

y practicarlas en su vida, no faltando en una inmodestia, ni en un levantar de ojos, ni una leve impaciencia, ni en una palabra ociosa ó ménos ajustada; accion tan difícil y de tan subido valor, que el Apóstol Santiago califica al que la hiciere por perfecto varon. *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir.*

Y no da esta calificacion al que hace grandes milagros y recibe estos favores de Dios, aunque son grande argumento de santidad y dignos de toda estimacion; pero esto he querido decir, así para el crédito de este siervo fidelísimo de Dios, como para el de otros de semejantes virtudes, cuyas vidas referimos aquí.

La del P. Benito de Haro escribió copiosamente el P. Pedro de Almarza, como testigo de vista, porque fué su Ministro algunos años, y la resumió el P. Juan de Piña, Provincial que fué de esta provincia de Toledo, y la envio á las demás de la Compañía para comun edificacion.

P. ANDRADE.

P. FRANCISCO AGUADO

La vida del muy erudito, espiritual y penitente P. Francisco Aguado, sacada de sus confesiones y de lo que de él escribieron las personas que le conocieron y trataron, es la siguiente:

Nació este siervo de Dios en la villa de Torrejon de Ardoz, jurisdiccion de Madrid, de padres nobles por su sangre, descendientes de los ilustres Aguados de las montañas de Búrgos, caballeros de la Banda, y de grandes puestos en la guerra y casa real.

Si bien por su pobreza y humildad perdió esta rama los privilegios que merecia por su sangre, pero no perdieron los que merecian por su virtud, por la cual fueron estimados como siervos de Dios, porque fueron personas ejemplares, piadosas para con los prójimos y religiosas para con Dios.

Hallándose cercana al parto su madre, tuvo vehementes deseos de oir Misa y comulgar; fué á la iglesia, y cumplió su antojo con la devocion que acostumbraba, y luego, en llegando á su casa, parió á nuestro Francisco con más gozo de el alma, que dolores del cuerpo, porque fueron pocos y muy leves los que en su parto padeció.

Desde que nació, le vieron inclinado á todas las obras de piedad y religion, gastando en el servicio del altar, en la frecuencia de los templos y el culto de las imágenes el tiempo que los de su edad suelen gastar en juegos, travesuras y entretenimientos pueriles.

Criáronle sus padres con mayor cuidado, como hijo dedicado á Dios y escogido de su mano para su santo servicio. Murió el padre dejándole de seis años, y al tiempo de morir, encargó á su madre que diese estudios á su hijo y diligenciase que fuese sacerdote, porque así lo habia ofrecido á nuestro Señor, lo cual cumplió con todo cuidado, dándole estudios, hasta graduarle de maestro por la Universidad de Alcalá.

Salió aventajado estudiante, buen poeta y buen latino; fué siempre bien inclinado, enemigo de ruines compañías y amigo de los virtuosos. Usaba en aquel tiempo el cilicio, y la disciplina, y la frecuencia de los santos Sacramentos. Cursaba los hospitales y hacia las limosnas que permitia su posibilidad.

No tenia inclinacion á la Compañía, ántes algun género de aversion, por ser de natural desahogado, jovial, y de buena conversacion; pero trocóle Dios fácilmente, entrando á hacer unos Ejercicios en nuestro colegio de Alcalá, en los cuales le dió tal batería que, como á otro Saulo, le rindió y le trujo como de la melena contra toda su inclinacion á la milicia á que ménos se inclinaba.

Costóle mucho el vencerse, pero fué más poderosa la mano de Dios que su contradiccion; y así, aunque á costa de muchas lágrimas, se rindió á los piés de Cristo, y pidió la Compañía, y fué recibido en ella siendo de diez y siete años, el de 1589 á 12 de abril, y vivió en la Religion sesenta y cinco con raro ejemplo de virtud, como veremos.

Tuvo su noviciado en el Villarejo de Fuentes debajo de la disciplina del P. Nicolás de Almazan, insigne Maestro de novicios, y mostrólo bien en su discípulo, sacándole tan perfecto, que pudo ser dechado de perfeccion á los antiguos. Era un espejo de obediencia, de humildad, caridad, pobreza y desprecio de sí mismo, tan modesto y espiritual, que con su presencia predicaba religion y movia á devocion á todos los que le miraban.

Desde luego fué varon contemplativo, dándose á la oracion con todas las fuerzas de su alma, y á la mortificacion y penitencia con admirable fervor, haciendo una planta en el principio de su conversion del alto edificio de santidad que habia de levantar en el discurso de su vida.

Fué de tan feliz memoria, que aprendió todo el Testamento nuevo en el poco tiempo que dan á los novicios para ejercitar la memoria, aprendiendo las reglas y la doctrina cristiana que han de enseñar despues.

Corriendo, pues, nuestro novicio con tan ligero vuelo á la cumbre de la perfeccion, le armó un lazo el enemigo para detenerle, y, si pudiera, aprisionarle y hacerle caer; y fué de un religioso noble, ménos ajustado á su regla de lo que convenia, que á la sazon estaba en el noviciado penitenciado por sus faltas, tomando este medio la obediencia para reformarle y mejorarle con el calor del noviciado y el fervor de los novicios; pero este vino cuando se hace vinagre no se mejora y corrompe á los demás, como se vió en este sujeto, el cual últimamente fué despedido por incorregible de la Religion.

Arrimósele, pues, esta rémora, instigado de Satanás, al nuevo soldado de Cristo, y como él procedia sinceramente, no concibió malicia alguna, admitiendo sin recelo la voluntad que le mostraba. Rindióle la suya, gastaba muchos ratos con él; su ausencia le entristecia y su presencia le alegraba, y con un dulce veneno iba prendando su alma y cautivando su corazon con amistad particular; y aunque no habia falta grave, no faltaban las leves que traen consigo estos retiros, y los dictámenes que aprenden y la libertad que toman son bien perjudiciales y de mucho inconveniente á las plantas recientes del jardin de la Religion.

Llegó el expulso á quererle regalar, y reconociendo el novicio el veneno en el manjar de la falta de la regla y de la mortificacion y el tomarlo sin licencia y á escondidas del Superior, extrañó el regalo de manera que no le quiso recibir, y con el remordimiento de conciencia que tenia de lo pasado, abrió los ojos y conoció su peligro, si daba más oidos á aquella dulce sirena que pretendia detenerle con su canto; y, dándole Dios valor, le echó de sí, y sacó los piés del lazo en que le metia Satanás, y se descubrió á su Maestro, que es el total remedio de semejante tentacion, con que, alumbrado de Dios prosiguió con nuevo fervor la vida comenzada, y quedó enseñado en adelante á no fiarse de amistades de hombres, ni tener familiaridad más que con Dios y sus Prelados, á quien tiene en su lugar, lo cual cumplió perfectamente todo el resto de su vida, y quedó enseñado para sí y para los suyos lo que dañan este género de amistades.

Salió á peregrinar y encontró á un amigo suyo que habia sido su compañero en Alcalá, el cual, como le vió pobre y mendigo, le volvió las espaldas y no se dignó de mirarle; pero miróle Dios que nunca desampara á sus amigos, y dióle luz para conocer la inconstancia del mundo y el engaño de los hombres, y cuán poco hay que fiarse de alguno; y así, se volvió á Dios de todo su corazon, poniendo toda su confianza en Él, el cual nunca le faltó.

Los progresos que hizo en su noviciado fueron tales que, hallándole muy aprovechado, le sacaron al año y medio, y, siendo novicio, le llevaron á Al-

calá á proseguir sus estudios, adonde hizo los primeros votos y acabó la Teología con opinion de grande estudiante y digno de ser maestro.

Y fué mucho, porque le faltó la salud desde que empezó á estudiar, sin tener un dia de treguas, padeciendo muchos meses de calenturas, dolores de cabeza, apretura de pechos, abundancia de sangre hasta llegar á desencajarse los huesos con vehementísimos dolores; todo lo cual sufrió con admirable paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, el cual le enseñaba en esta cátedra de su cruz para maestro de otra Teología importantísima diferente que la de escuelas, con que le sacó eminente para maestro de muchos.

Y fué obra de la divina diestra y prueba de su gran caudal que pudiese á un mismo tiempo cursar en ambas facultades, padeciendo tanto en la cruz de sus dolores y aprendiendo tanto de la doctrina de sus maestros, que entre sus condiscípulos le diesen el acto general de Teología, el cual hizo con grande satisfaccion y crédito de sus letras.

De veinte y dos años era cuando acabó la Teología, y luego le destinaron para leer una cátedra de Artes, si la salud le diese lugar á ello; pero túvola tan corta y hallóse tan alcanzado de fuerzas que no pudo atender al estudio, y, valiéndose de su debilidad, pidió con instancia hacer oficio de Coadjutor temporal, sirviendo en la cocina, ó en la portería, ó en otro oficio humilde de la casa.

Tal fué siempre su humildad y el desprecio que tuvo de sí mismo; y los Superiores, condescendiendo en parte con sus deseos y tambien por entender que dejando la tarea del estudio podria recuperar la salud, le trujeron al colegio de Madrid á que acompañase á los Padres y se ejercitase en ocupaciones manuales, propias de Coadjutores temporales.

Dos años estuvo en esta ocupacion y colegio sirviendo y edificando á todos con suma humildad y rendimiento. Aquí se ordenó de sacerdote y dijo su primera Misa con suma devocion y reverencia; y, pidiendo un P. Procurador de la China sujetos para aquella conversion, pidió con instancia ir á ella; y aunque los Superiores se inclinaron á concedérselo, Dios que le tenia preparado otro martirio diferente del que pretendia, ordenó que se quedase en Europa, adonde le señaló su apostolado.

Enviáronle por Ministro del colegio de Belmonte, y desde allí al de Viana, adonde fué Vice-rector mucho tiempo y operario fervoroso, predicando, confesando y ejercitando todos nuestros ministerios con gran fruto de las almas.

Llegóse el año de 1598 en que cundió por España el contagio de la peste; tocó en Ocaña, y empezó por nuestro colegio, en el cual arrebató á un Padre operario. Fué grande la tribulacion de todos y la instancia de la villa para tapiarnos la casa.

Era Superior el P. Aguado, mozo y con poca experiencia; pero suplíala su seso y buen espíritu, y hallándose sin consejo, dividido el colegio en pareceres, le fué á tomar con Dios en la oracion delante de la imágen de Cristo nuestro Señor, el cual es fama constante que le habló con voz sensible y le animó á pasar adelante y á no temer aquella tribulacion, ofreciéndole su favor; con que, animado y esforzado, dió aliento á todos los demás; que cuando el capitan desmaya, todos desmayan, y cuando va adelante, todos le siguen y cobran ánimo.

El nuestro, aunque mozo, le tuvo tan alentado que le pegó á los demás; y no se limitando al contagio de Ocaña, pasó al de otras partes á ejercitar con los enfermos su fervorosa caridad; y fué así, que aquel colegio tenia en la villa de Tarancon un beneficio eclesiástico, y embistiendo en ella la peste, enviaron á pedir sacerdotes que les administrasen los Sacramentos, porque no los tenian.

Bien pudiera, como Superior, enviar á otros, pero no le permitió su espíritu echar carga tan arriesgada y pesada sobre hombros ajenos, pudiéndola llevar en los propios, ni que otro alguno le llevase el pié adelante en el trabajo ni en las obras de piedad; y así, la tomó por su cuenta, ofreciendo su vida en sacrificio á Dios por el bien de sus prójimos.

Salió con disciplina pública, pidió á todos perdon de sus faltas, despidiéronle con lágrimas como sino le hubieran de ver más; y llorando todos, él los consolaba con semblante risueño y rostro alegre, como quien veia cumplido el logro de sus deseos y se hallaba á las puertas del cielo y cerca de ver á Dios.

Dos meses duró la mision en que estuvo con otro Padre sacramentando y curando á aquella populosa villa tan ocupada de la peste, que rara ó ninguna casa se halló exenta de ella.

En diciendo Misa al amanecer, salia vestido de bocaci, con el Santísimo en el pecho y una bujeta con el santo oleo, acompañado de un sacristan con una linterna, tocando una campanilla para que le llamasen adonde hubiese enfermo, y eran tantos, que podia ir entrando en todas las casas arreo.

Confesábalos, sacramentábalos y socorria sus necesidades lo mejor que podia; y si morian, diligenciaba su entierro, trabajando de dia y de noche en tan santo ministerio, el cual fué nuestro Señor servido que acabase con salud y volviese á su colegio.

Pero la villa de Ocaña no le quiso recibir sin que hiciese la cuarentena en un mal cercadillo apartado, adonde padeció más que en la peste; porque fueron tantas las incomodidades de la casa, que era un mal sotechado á teja vana que ni defendia de la lluvia, ni de los aires, ni del sol, y la cama y la co-

mida todo pobre y miserable, embestido de ejércitos de sabandijas que habitaban aquel portal, ménos limpio que el de Belen, y parecia que se armaban para defender su habitacion y lanzar de ella á los huéspedes con tal porfía de dia y de noche que, acosados de su guerra los pobres misioneros, enfermaron, y corriendo riesgo sus vidas, los llevaron al colegio, adonde los curaron con mucha caridad; y en convaleciendo, el P. Aguado volvió á continuar sus ejercicios de oracion y mortificacion, y á trabajar en provecho de los prójimos con el mismo fervor que á los principios, haciendo grandes progresos en el servicio de Dios.

II

Va por Ministro al noviciado, y por Rector de Huete, y por Maestro de novicios y Rector á Madrid.

Habiendo gobernado en los dos colegios referidos con tanto acierto y prudencia, y descubierto el gran talento de que Dios le habia dotado, junto con su mucho espíritu, le eligieron los Superiores para Maestro de novicios, y porque su edad era poca, pues no llegaba á los veinte y siete años, le hicieron Ministro y ayudante del noviciado de Villarejo, para que cobrase experiencia y se actuase en el gobierno.

Cuatro años estuvo en este ministerio, en que le ejercitó nuestro Señor no ménos en el alma que en el cuerpo; porque mudó todo el noviciado dos veces de Villarejo á Alcalá, y de Alcalá á Madrid con inexplicable trabajo, pendiendo todo de su cuidado y pasando por su mano, que junto con sus continuas enfermedades, bastaran á rendir los hombros de un gigante.

Pero Dios ponia los suyos para que no descaeciese con la carga, la cual llevó con grande igualdad de ánimo y conformidad con la voluntad de Dios. Entró el noviciado en la casa de Madrid el año de 1603, á 27 de setiembre, dia de S. Cosme y S. Damian, célebre en la Compañía por haber sido este dia su primera confirmacion.

Dispuestas todas las cosas como la cortedad de la casa permitia, y entablada la disciplina religiosa con la exaccion y fervor que pedia á costa de su desvelo, le ordenó la obediencia ir por Rector al colegio y seminario de Huete, adonde entró siendo de treinta y un años, y gobernó como si fuera de setenta con igual prudencia y espíritu, caminando delante de todos con el ejemplo, y ejercitando á la observancia religiosa más con obras que con palabras, como enseña S. Gregorio que debe gobernar el buen Prelado: *Forma factus gregis ex animo,* como dice S. Pablo, siendo dechado de perfeccion á los súbditos, como lo fué nuestro Padre siempre á los suyos.

Aquí se le ofreció una ocasion en que hacer alarde de su mucha caridad, y fué que á un H. Coadjutor se le hizo un granillo en el rostro, y sin reparar en ello, le abrió con un corchete de la sotana; enconósele y encanceróse de manera, que se le hinchó el rostro y parte de la cabeza con riesgo de la vida, y despedia tan pestilencial olor, que encalabriaba á los que llegaban á curarle; pero la caridad del P. Aguado fué mayor que su cáncer, porque venció todas sus dificultades, curándole, y asistiéndole, y regalándole y consolándole.

Trujo á mucha costa cirujanos que le curasen, y dejándole casi sano, volvió á reverdecer la enfermedad, y no queriendo volver los cirujanos vencidos de la dificultad, el bendito Padre no se venció, sino que ántes, cobrando nuevos alientos, ostentó fineza, porque tomó carruaje y regalos, y envió al enfermo, acompañándole con toda comodidad desde Huete hasta Múrcia, adonde estaba el cirujano, para que le curase, sustentándole en todas partes á su costa con gran liberalidad, hasta que Dios fué servido de llevarle á descansar á la bienaventuranza, á donde, como dice S. Juan, ni hay enfermedad, ni muerte, ni dolor, ni pesar, sino eterno gozo y elegría, en compañía del Cordero, por toda la eternidad.

No era á la sazon profeso, pero fué ejemplo de profesos; porque, siendo Rector, renovaba con los seminaristas, como si fuera uno de ellos. Hacia la plática antecedentemente, y luego decia la Misa, y al tiempo de renovar se hincaba de rodillas, y hacia su renovacion, y luego se levantaba y recibia las que hacian los demás, moviendo á todos á devocion con la que el Rector mostraba, y á humildad con su humildad.

Aquí edificó una capilla á S. Ignacio antes de ser beatificado, en la forma que permitian aquellos tiempos; y Dios obró por su imágen muchos milagros, y lanzó los demonios de los cuerpos, los cuales salieron dando aullidos, y publicándole á voces por Santo, diciendo que estaba en el cielo entre los otros fundadores de las Religiones, y que su nombre les atormentaba en la tierra, y los echaba de sus casas: testimonio tanto más calificado, cuanto de mayores enemigos atormentados del Santo.

Llegó el año de 1606, en que fué nombrado por Rector del noviciado de Villarejo, para Maestro de novicios, y para que con su santo espíritu criase la juventud que Dios traia á la Compañía; pero duró poco en este gobierno, porque el mismo año le mudaron al noviciado de Madrid, adonde estuvo desde el año dicho hasta el de 616, que salió para secretario de la provincia y compañero del Provincial.

Pero ¿quién podrá decir lo que hizo, y trabajó, y padeció en la cultura de este nuevo paraíso espiritual del noviciado que Dios le entregó? Porque fue

tanto como si le plantara de nuevo, y de un campo yermo hiciera un jardin de flores amenísimo.

Cuando entró en él, ni tenia casa, ni iglesia, ni más forma de Religion que un hospicio, en una corta habitacion de seglares, un oratorio en un estrecho aposento que servia de capilla y de iglesia para las pláticas y juntas de los novicios, sin forma de oficinas, ni disposicion para ellas; y el bendíto Padre, con más ánimo y confianza en Dios, que posibilidad de hacienda, levantó un cuarto muy cumplido de tres altos, con bóvedas tan capaces, que se dispuso en ellas una buena capilla para el noviciado, y en lo restante la iglesia bien capaz, y encima habitacion para los novicios.

Fabricó tránsitos y sacristía; puso retablo, colaterales y capillas, muchas reliquias y todo género de ornamentos para el culto divino y servicio de la iglesia. Fabricó una hermosa pieza para refectorio, y dispuso todas las oficinas.

Dió forma de Religion á la casa, que la tenia de seglar, y fuera de esto, compró sitio á buena distancia en el campo, y edificó casa en una viña, para que tuviesen los novicios adonde ir á divertirse, cuando fuese necesario; todo sin nuevos empeños, favoreciendo Dios su confianza, y dando cumplido logro á sus intentos.

Y si fué mucho lo que hizo y trabajó en la fábrica material, mucho más fué lo que obró en la espiritual de la Religion, poniéndola en toda observancia y perfección, no ménos con su ejemplo que con sus palabras, caminando delante en todas las observancias religiosas. El era el primero en la penitencia, y el más continuo en la oracion, y el más exacto en el silencio y en la guarda de todas las reglas, á quien seguian los demás, como los corderos al pastor; que el ejemplo del Prelado es mandamiento de apremio para los súbditos, y con el de nuestro Padre se vió aquel noviciado en breve tiempo en alto grado de observancia y perfeccion.

Entabló tambien los ministerios, cuanto permite el recogimiento del noviciado, abriendo confesonarios y predicando todas las fiestas y domingos, confesando y consolando á los pobres y enfermos de la comarca y á los de los hospitales, adonde enviaba sus novicios y Padres que los confesasen.

Entabló las doctrinas por las calles y las pláticas en la plaza, en que iban los novicios con públicas mortificaciones, y él iba el primero en ellas facilitándoles con su ejemplo el camino, venciendo las dificultades; de todo lo cual redundó grande gloria para Dios, grande fruto para las almas y edificacion para la corte que nunca habia gozado de semejantes acciones, flores y fruto de aquel nuevo paraíso, cultivado por sus manos y regado con la gracia del Altísimo.

Pero no pudo oro tan fino dejar de ser probado en el crisol del fuego de los trabajos y en el contraste de la mortificacion, para ostentar, como en la piedra del toque, los quilates de su fineza, como los mostró en las muchas y graves ocasiones que se le ofrecieron en este gobierno.

Levantáronse tan recias persecuciones que estuvo á pique de quitársele el rectorado, con descrédito de su honra y afliccion de su espíritu, juzgándole por pródigo, indiscreto y temerario en sus acciones, duro de juicio para con los Superiores y no á propósito para criar los novicios, y que, como tal, debia ser removido de su oficio; gajes que tiran ordinariamente los siervos de Dios en el mundo de lo mucho que le sirven, reservando para el cielo el premio de sus servicios.

Pero el buen P. Aguado llevó estas contradicciones con suma paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, el cual le sacó de todas con ganancia y con mayor estima de su persona, como sale el oro fino del fuego de su crisol; porque, conocida la verdad, se desengañaron los que juzgaban mal de su gobierno, y le estimaron en más, y de perseguidores se trocaron en defensores, apoyando y defendiendo sus acciones; que estos efectos tiene la humildad y la paciencia en los siervos del Señor.

Otras pruebas tuvo no menores, que fueron muchas y muy graves enfermedades que embistieron al noviciado, en que tuvo mucho que pasar y que sufrir y en que ejercitar su caridad; y fué así, que para ejercitar á los novicios, los enviaba al hospital general adonde suele haber quinientos y más enfermos de todas enfermedades; iban por la mañana y volvian por la noche, sirviendo y curando todo el dia á los pobres.

Un hermano fervoroso se abrazó con un atabardillado para acostarle en la cama, y tomándole el aliento tomó con él el tabardillo; vino enfermo á casa y la enfermedad venció á las medicinas de suerte que murió de ella; y como era contagiosa, pegóse como un fuego á los demás, y en poco tiempo se halló el noviciado tan enfermo, que apénas quedaban algunos sanos que curasen á los demás, ni perdonó al Rector ni al Ministro, y éste con otros once murieron en pocos dias, y corrió fama por la corte que estaba apestada la casa, y hubo votos de la misma Compañía que deshiciesen el noviciado.

Pero Dios volvió por él, dándole entera salud por las oraciones y méritos de su Rector, el cual no cesaba de orar y clamar desde la cama á la divina Majestad por su rebaño, poniendo por intercesora á la Beatísima Vírgen, la cual le apareció en sueños, le consoló y ofreció que cesaria aquel contagio y su casa tendria salud, como en la verdad se cumplió.

Pero no es bien pasar en silencio lo que sucedió á un novicio escocés de singular virtud, el cual estaba enfermo en el cuerpo, pero muy sano en el

alma; porque, olvidado de sí mismo, tenia tan gran sentimiento de la enfermedad de sus hermanos que no cesaba un punto de clamar á Dios por ella; porque la fina caridad (como dice S. Pablo) no busca el propio interés sino el ajeno; y como era de subidos quilates la de este siervo de Dios, olvidado de su propia salud, procuraba la de sus hermanos, y llegó á tan alto grado, que ofreció á Dios su vida por la de los enfermos y Su Divina Majestad la aceptó, apareciéndole visiblemente crucificado en la cruz; y le dijo que él solo moriria de los que á la sazon estaban enfermos y sanarian los demás, aceptando el sacrificio que le hacia de sí mismo por la salud de todos.

Quedó el buen novicio consolado con esta visita del Señor y alegre con la esperanza de verse presto en su gloria: llamó á los Superiores y contóles lo que habia pasado, y luego se dispuso para la partida, y recibidos con mucha devocion los santos Sacramentos de la Iglesia, asistiéndole los de casa, se despidió de todos y durmió en el Señor, y luego mejoraron todos, y dió fin aquella tempestad que por tantos meses afligió al noviciado, en el cual se hizo una solemne fiesta á la Beatísima Vírgen en su capilla en accion de gracias por la salud recibida; y el aposento en que el buen novicio tuvo la dicha vision y visita del Señor fué desde allí adelante tan venerado, que siempre que pasaban por su puerta, se arrodillaban todos venerando aquel lugar en que Dios puso los piés.

Muchos fueron los casos ejemplares que sucedieron en el noviciado el tiempo de su gobierno y las vocaciones admirables de muchos á quien Dios trujo por varios modos á ser discípulos de este gran maestro, los cuales se refieren largamente en el libro de su vida, y por esto no se ponen aquí; y por no dejarlos todos referiré dos para enseñanza y edificacion de quien los leyere.

El primero fué de un sacerdote novicio, persona de letras y de edad, que entró á servir á Dios en la Compañía, y empezó su noviciado debajo de la disciplina del P. Aguado; mas como era hombre mayor, hecho á seguir su voluntad y más á mandar que á ser mandado, tuvo mucha dificultad en sujetarse al yugo de la Religion.

Dábanle en rostro las menudencias del noviciado, afligíale la sujecion, entristecíale el encerramiento y todo le daba en rostro; y acosado de la melancolía, deseaba sacudir el yugo, y sólo le detenia el empacho de manifestarse al Superior, y para excusar este, se resolvió de salirse por la noche, despues de tocado á recoger, por parte excusada sin que ninguno lo viese; dispuso todas cosas de manera que pudiese ejecutar su intento, y á la misma hora que él lo ponia en ejecucion, estaba el P. Aguado velando por su ganado en devota oracion.

Parece que Dios le reveló el intento de su novicio y oyó la oracion que hacia por él; porque, en saliendo de su aposento para ejecutar su intento, á pocos pasos se le puso delante su santo Maestro, y sin mover la lengua le habló y reprendió con los ojos, mirándole severísimamente y con acciones de amenazarle con el castigo de Dios, de que el novicio quedó tan asombrado que, lleno de pavor y temblando, se volvió á su aposento y lloró su pecado en el acatamiento de Dios, y á la mañana declaró al confesor lo que le habia pasado por la noche con grande copia de lágrimas y contricion de su mal intento.

El confesor dudó mucho de la verdad, porque el P. Aguado habia perseverado en su oracion, sin salir de su aposento; mas el novicio lo certificó y afirmó con tales veras, que el confesor le dió crédito, reconociendo aquel efecto por fruto de su oracion y que Dios por aquel medio habia recogido aquella oveja, que, engañada del comun enemigo, se iba al despeñadero.

El segundo fué de dos novicios de singular religion, tan conformes en las voluntades como en la observancia y fervor: enfermó el uno de muerte, disponiéndose como un santo para ir desde el noviciado á Dios, y el amigo, envidioso de su suerte, y que, arrebatando el cielo, le dejase á él en la tierra, despidiéndose de él en la hora de la muerte, le pidió afectuosamente que, pues habian sido amigos sin apartarse en la vida, lo fuesen tambien en la muerte, y que le alcanzase de Dios que fuese en su compañía á gozar de su eterna gloria.

El amigo lo ofreció en viéndose delante de Dios, y el suceso declaró la brevedad de su gloria, porque el mismo dia que murió, estando el vivo en su entierro, le dió una lenta calentura, de que en breve tiempo murió, y fue en compañía de su amigo á gozar de la presencia de Dios, dejando á sus connovicios tan gozosos de su gloria, cuanto envidiosos de su dicha, y á su buen Maestro consolado, por haber dado al cielo aquellos dos nuevos ángeles, que alaben eternamente á Dios.

III

Es secretario de tres Provinciales; va á Roma, entra en otros gobiernos, y llega al de Provincial.

Diez años y más estuvo en el noviciado de Madrid, hasta que la obediencia le sacó para compañero del Provincial y secretario de la provincia, en que duró siete años, y lo fué de tres Provinciales, con toda la satisfaccion que se pudo desear; guardó inviolable secreto en todas las cosas de su oficio.

Fué obedientísimo á los Provinciales, sin replicar á sus determinaciones ni serles molesto con intercesiones porfiadas; porque, como tenia por blanco en todas sus acciones la mayor gloria de Dios, sólo se movia por estar ajeno de toda pasion ó aficion humana; y así, en las consultas daba su parecer ingenuamente, sin acobardarle respetos humanos, ni moverle pretensiones ó instancias de hombres, mirando sólamente á Dios y al bien de la Religion.

Cinco fundaciones nuevas se ofrecieron por este tiempo, y todas corrieron por su mano con admirable acierto. Las tres se admitieron, y las dos se repudiaron por ser en lugares cortos y retirados, adonde los de la Compañía habian de tener poca miés y mucho ocio, y por la distancia habian de ser dificultosos de gobernar; porque fué siempre de parecer que no se admitiesen colegios muy cortos, adonde con dificultad se mantiene la disciplina religiosa, ni en lugares pequeños, adonde lo más del tiempo están ociosos y ménos consolados de lo que conviene. Nuestro coro está en labrar y cultivar la viña del Señor; y cuando esta labor falta, falta el espíritu de la Religion.

Siendo secretario, fué electo para ir á Roma por Procurador de la provincia el año de 1620, y aunque estaba cargado de achaques y fuentes, hizo este camino con la prontitud con que ejecutaba todas las obediencias.

Tuvo gran consuelo en visitar el cuerpo de S. Ignacio nuestro Padre, á cuyo altar postrado gastó la mayor parte del tiempo que estuvo en Roma, regalando su espíritu con su dulce memoria, con la meditacion de su vida y dulces coloquios con su amado Padre.

De allí pasó á Loreto á visitar la Casa angelical de la Reina de los Angeles, adonde fué admirable su devocion, y la ternura de corazon con que veneró aquella santa Casa, y las misericordias que recibió de su mano.

En todas partes fué venerada su santidad y estimada su modestia y el encogimiento y humildad con que procedió, dejando siempre fragrantísimo olor de virtud y ejemplo de religion; y ni llevó cosa, ni trajo cosa alguna, más que su breviario, los cilicios y disciplinas que usaba.

Pero no es de pasar en silencio el porte de vida que guardaba en los caminos; porque, lo primero, decia con mucha devocion el itinerario, como lo ordenan nuestras reglas, y la mayor parte del tiempo gastaba en oracion y contemplacion de las cosas divinas, subiendo con el corazon al cielo de la vista y consideracion de las humanas, que miraba. Todo le servia de motivo para alabar á Dios; los rios, las fuentes, los montes y los valles, los animales, los peces y las aves, en todo hallaba motivos de bendecir al Criador, y así, todo el camino era una oracion continuada.

Tenia horas diputadas para el silencio, y horas para el rezo canónico, cumpliéndole con toda exaccion. Si acontecia hablar, siempre sus palabras

eran santas y de cosas espirituales. En los trabajos y fatigas del camino estaba con una boca de risa, llevándolas con alegría por amor de Dios, alegrándose de tener algo que ofrecerle en memoria de su cruz.

De las ventas y hosterías hacia casas de Religion, guardando el mismo recogimiento que en los colegios, retirándose á lugares apartados del bullicio comun, para darse á la oracion.

Su comida era pobrísima y de cosas ordinarias, sin llevar alforja ni provision de unos lugares á otros, enseñando que la mejor alforja era la confianza en Dios: y de lo que comia partia siempre con los pobres, teniendo por convidado al Señor, que le daba de comer. Dejaba gustosos á los huéspedes, agradeciéndoles la posada y pagándoles á satisfaccion, dejando á todos edificados y con grande estima de su Religion.

Este ejemplo daba el siervo de Dios por los caminos; y no fué menor el que daba en los colegios y en las casas de la Compañía, adonde nunca por llegar cansado alteró su distribucion, levantándose con todos á la oracion y á la Misa, la cual nunca dejó, pudiendo decirla, ni la atropelló, por larga que fuese la jornada; y tenia dictámen que era mejor no decirla que decirla mal y atropelladamente, porque entónces se pierde el respeto á Dios; y acontecia muchas veces caminar en compañía de otros y hallarle retirado antes de amanecer, hincado de rodillas en profunda oracion, y llegar cansado y postrarse en el refectorio, y besar los piés á todos, tomando aquella mortificacion por alivio de su cansancio; porque todo su descanso hallaba en la cruz de su Señor.

En llegando de esta jornada, continuó su oficio de secretario, y en acabándole, fué electo por Rector del colegio de Alcalá, el cual gobernó cuatro años con toda satisfaccion.

Alargó el General de Teología que estaba corto, y le dispuso en la forma que hoy está, bien capaz para los actos y concursos de la Universidad é hizo otras obras útiles para el colegio; pero en lo que más puso la mira fué en adelantar la disciplina religiosa, lo primero con su ejemplo, lo segundo con su vigilancia y exhortaciones ordinarias hechas con tanto fervor, que todo el colegio se encendió en un fuego divino y en tan grande devocion, que más parecia casa de fervorosísimo noviciado, que de estudio de letras; porque el mayor que tenian todos era el de su mortificacion y perfeccion, corriendo á porfía á su cumbre en seguimiento de su maestro, el cual fué siempre adelante como esforzado capitan.

No fué menor el fuego que encendió en los estudiantes de fuera y en la gente seglar; porque puso el mismo conato en adelantar los ministerios de la predicacion, doctrina y pláticas en las plazas, cárceles, hospitales y colegios.

y en la frecuencia de las confesiones y comuniones; avivó las Congregaciones antiguas, haciéndoles pláticas y exhortaciones espirituales con todo el fervor de su espíritu, y, sobre todo, dió grande realce á los Ejercicios de nuestro P. S. Ignacio, que hasta entónces habian estado difíciles entre los seglares por el empacho que el demonio les ponia para recogerse á hacerlos, el cual desterró el P. Aguado quitando este impedimento y facilitando el camino con su prudencia y buena disposicion.

Preparó veinte aposentos en que pudiesen entrar los seglares para hacerlos; alhajólos bien y señaló quien los sirviese con todo cuidado. Tomó á su cargo platicar el Ejercicio, señalando hora y lugar adonde concurrian todos juntos, sin empacharse el uno del otro. Por la mañana les hacia una plática espiritual despues de Misa, y por la tarde les platicaba el Ejercicio del dia siguiente, y entre dia los hablaba y los instruia en el espíritu.

De esta manera proseguia todas las semanas de Cuaresma; porque, en acabando los veinte, entraban otros veinte, y así, pasaban de ciento los que hacian cada año Ejercicios y muchos de ellos entraban en Religion y buen número en la Compañía, dando este fruto al cielo para tanta gloria suya.

Y con ser esta obra de tanta edificacion y servicio de Dios, no le faltaron contradicciones que vencer; porque el oro de la virtud quiere Dios que pase por el fuego de la contradiccion para mayor crisol, y así, le pasó esta accion tan de oro y de tan subido valor, porque muchos la quisieron estorbar con pretexto de que el Rector se alzaba con el ministerio de más monta, y que no se hacian maestros ni adquirian otros destreza en platicar los Ejercicios, platicándolos él solo, y otras razones de tan poca fuerza como estas, las cuales se desvanecieron á la luz de la verdad, como las nieblas á los rayos del sol.

Visto por los Superiores el caudal de letras, la erudicion de santos y el gran magisterio en las cosas espirituales que habia acaudalado en este tiempo, porque le lograba siempre de manera que no perdia partícula sin aprovecharle fructuosamente; le ordenaron que ordenase sus escritos y compusiese algunos libros para comun utilidad de los fieles.

Recibida esta obediencia, en acabando su rectorado, pidió que le dejasen retirarse del bullicio de la corte adonde pudiese con quietud darse á la devocion y al estudio para ejecutar su obediencia. Señaláronle por esta causa por morador de la Casa Profesa de Toledo, adonde, si bien no se negó á los ministerios de la predicacion y confesiones, su principal empleo fué el de sus libros.

Allí compuso el del *Perfecto religioso*, dibujándose á sí mismo, y el libro del *Cristiano sabio*, que fueron los primeros partos de su ingenio; y teniendo ya dispuestos otros para darles la última mano y sacarlos á luz, no le dieron

lugar á ello las ocupaciones de la obediencia, porque la tuvo de nuestro General para que se encargase de toda la provincia, haciéndole Prelado de ella; obediencia de gran mortificacion para quien tanto amaba el estudio y el recogimiento, y obedecer á todos ántes que mandar á uno; pero hubo de bajar la cervíz y obedecer al Superior, tomando á su cargo esta carga tan pesada para sus hombros y tan repugnante á su humildad.

Mostró gran valor en defender á los súbditos cuando sin razon los atropellaban los Superiores, como se vió en un predicador de canas á quien su Rector deshonró sin causa suficiente, quitándole el puesto, el aposento, la casa y desterrándole por delaciones inciertas y mal averiguadas, á quien el nuevo Provincial á pesar de su Prelado restituyó en su puesto, casa y aposento, volviéndole su honra y autoridad, en que le mantuvo todo el tiempo que le duró la vida.

Celó mucho que los religiosos no se ocupasen en negocios seglares sino en los ministerios propios de su profesion, por lo cual á un Padre grave de muchas letras y autoridad, que estaba muy introducido en palacio, le arrancó de la corte y le envió á un colegio separado, adonde atendiese á su alma y á los ministerios de la Religion.

Y á otros que se embarazaban en pretensiones de parientes y amigos, los refrenó en este linaje de ambicion y los mudó á otras partes á donde no pudiesen ocuparse en cosas semejantes; porque, «si nuestra regla manda que no pretendamos para nosotros, porque estemos libres y desocupados para ejercitar nuestros ministerios, y exentos de toda ambicion, ¿cuánta mayor razon es (decia) que no nos ocupemos en negocios y pretensiones ajenas, gastando en ellas el tiempo que habiamos de gastar en el servicio de Dios y provecho de los prójimos?»

Fué acérrimo defensor de nuestro instituto, y así, se opuso con esfuerzo al obispado, que quiso dar el rey al P. Hernando de Salazar, haciendo las diligencias posibles para estorbarlo y cerrar la puerta de la Compañía para estas dignidades.

Alentó los ministerios cuanto fué posible, y puso gran fervor en las misiones, y hubo vez que envió veinte y cuatro religiosos por varias partes á fructificar en la viña del Señor, dándoles santísimos documentos, como lo hizo Cristo con sus discípulos, cuando los envió á predicar.

Y no se limitó la grandeza de su espíritu á la redondez de España, sino que, traspasando sus lindes y atravesando los mares, envió sus hijos allende el mar Mediterráneo, á los confines de África y plazas de Orán, adonde hicieron gran fruto, no sólamente en los cristianos, sino tambien en los moros y judíos, que están en aquellas plazas, predicándoles todas las semanas en

sus sinagogas, introduciendo esta costumbre tan útil, que se guarda hoy con gran fruto y edificacion.

Cuando volvian los misioneros, los recibia con grande agrado, como Cristo á sus discípulos, y los acomodaba y premiaba en el repartimiento de los puestos y comodidad de los colegios, cuanto permitia la Religion; con que todos iban gustosos, sabiendo que por salir á estas conquistas espirituales, no habian de perder, sino ganar para con el Superior.

Tuvo grande atencion á no recibir en la Compañía sujetos que no fuesen á propósito para ella, no se rindiendo por ningunos ruegos, aunque fuesen de personas grandes, á lo contrario, de que hablo como testigo de vista; porque, estando con él en el colegio de Alcalá, pretendiendo la Compañía un estudiante, hijo de padres ricos y honrados, y su propio padre le escribió aprobando su pretension y aunque tenia en la Religion parientes cercanos de mucha autoridad, que lo pedian, no se rindió á recibirle, por juzgar que no era á propósito para la Compañía.

Y el suceso lo declaró, porque luego dejó el estudio, y se hizo soldado, y salió de España con ménos medras de las que pensó alcanzar; y fué más acertado que hiciese esta mudanza en el siglo que no en la Religion; y, por el contrario, recibió en el mismo tiempo á un pobre *sumulista* de poca edad y ménos valimiento, porque le juzgó hábil para nuestra vocacion.

Un canónigo de una iglesia principal de España, que estudiaba en Alcalá, le pidió con repetidas instancias que le recibiese en la Compañía, y el P. Francisco Aguado, que conocia á sus padres, que eran nobles y tenian muchos hijos, y la esperanza en este, que habia de abrigar á los demás, no le quiso recibir sino traia licencia de sus padres, la cual el dicho canónigo sabia de cierto que no habia de alcanzar; y viéndose como imposibilitado en su pretension, se entró en un aposento del colegio, y se vistió la ropa de la Compañía, y se puso nuestro bonete; y así vestido, como Jacob con las vestiduras de Esaú, se vino al aposento del Provincial, y, estando yo presente, se arrojó á sus piés, rogándole con lágrimas que le echase su bendicion y no le quitase el hábito que tenia, porque deseaba morir en él.

Mas el prudente Prelado no se rindió á esta nueva estratagema, juzgando que la ropa de la Compañía no se habia de dar por estos ardides ó diligencias peregrinas, sino por la verdad y la razon, si convenia conforme á la prudencia recibirle ó despedirle, y que era abrir puerta para que hiciesen otro tanto los que no convenia que entrasen en la Compañía; y así, aunque estimó su fervor, y le alabó sus deseos, y le hizo caricias, levantándole del suelo y consolándole con buenas esperanzas, le hizo desnudar nuestros vestidos y ponerse los suyos, y le envió á su casa á que sirviese en ella á Dios,

el cual le dió sin duda particular luz en esta ocasion, porque el pretendiente fué tan inconstante, que dentro de breve tiempo no sólo dejó sus buenos propósitos, sino tambien la canongía, y se casó á despecho de sus padres, con mal logro de sus acciones.

Pero en lo que más mostró su pecho y su valor fué en hacer rostro á muchas y grandes contradicciones que en su trienio se levantaron contra la Compañía; porque, con ocasion de los estudios reales que el rey nuestro señor fundó en el colegio Imperial de Madrid, para que los mayorazgos de los señores de su corte que no van á las universidades, estudiasen letras humanas y políticas, para hacerse aptos ministros en la monarquía; se armaron las Universidades de España contra la Compañía, y movieron una de las mayores persecuciones que ha tenido, dando memoriales al rey y á sus Consejos, imprimiendo tratados y libros contra nuestra doctrina, hasta poner dolo en los maestros y en la forma de enseñar á los discípulos.

Viendo, pues, nuestro buen Padre la nave de la Religion combatida de todas partes con tan deshecha borrasca, como diestro piloto á quien tocaba su gobierno, no quiso dar oidos á los que le pedian que desenvainase la espada y saliese á la defensa, hiriendo y maltratando á los enemigos; sino, siguiendo el ejemplo y doctrina de Cristo, ordenó que todos callasen, y que el tiempo que habian de gastar en escribir y responder á las calumnias que nos oponian, gastasen en todas partes en orar y clamar á Dios nuestro Señor con lágrimas, sacrificios, limosnas y penitencias, pidiendo á la Divina Majestad que mirase por su familia, y defendiese su causa, volviendo por la verdad, pues la Compañía no hacia más que obedecer á su rey, y ofrecer el hombro al trabajo para el útil de las almas.

Dios oyó sus plegarias y aplacó aquella tempestad, trocándola en bonanza, y dando paz á la Religion y buen logro á los intentos del rey; porque los estudios se fundaron, aunque con ménos cátedras por falta de la renta, y las Universidades se desengañaron de la desmedra que temieron, y la Compañía quedó en paz con todos y con más lustre, saliendo como el oro más resplandeciente del fuego de este crisol.

IV

De otros gobiernos que tuvo y cómo el conde duque de Olivares le escogió por su confesor y el rey por su predicador.

Acabado el trienio de su provincialato, quisiera el siervo de Dios recogerse á su rincon y retirarse á entregar todo su espíritu á la devocion, y oracion y al estudio de las letras; pero no le dió lugar la obediencia, ni Dios quiso

que se escondiese la luz que crió para alumbrar al mundo; y así como el sol, en alumbrando un hemisferio, pasa luego á dar sus resplandores al otro, así quiere Dios que sus siervos á quien puso en el cielo de su Iglesia por antorchas resplandecientes, alumbren el mundo con los resplandores de su doctrina; y en dando su luz en un oficio, los pone en otro para que alumbren á todos los hemisferios, como se vió en el P. Francisco Aguado, á quien, luego que acabó el oficio de Provincial, puso en el de Prepósito de la Casa Profesa de la corte y en el de predicador del rey y confesor de su ministro el conde duque de Olivares, sobre cuyos hombros cargaba el mayor peso de la monarquía, y segunda vez en el oficio de Provincial de su provincia, y últimamente en el de Rector de Alcalá, que fué el último de su vida. Ahora veamos brevemente cómo se portó en estos cargos y los ejemplos que dió de vivir religiosamente.

El primero cargo en que le ocupó la obediencia fué de Prepósito de la Casa Profesa de Madrid, que estaba muy pobre y alcanzada y con muchas deudas, en la cual entró el siervo de Dios á padecer y trabajar, llevando sobre sus hombros aquella carga.

Su primer estudio fué el que siempre, afervorizar en los suyos la observancia religiosa, la cual procuró adelantar con palabras y obras, moviendo á todos con su ejemplo y exhortándolos con sus santas palabras; y así como encendidas las ascuas en el fuego abrasan cuanto hallan, de la misma manera los siervos de Dios, encendidos en fuego de su amor, abrasan en llamas de caridad á los prójimos que tratan, como se vió en esta casa, en que se experimentó gran fervor con el nuevo Prepósito y juntamente grande fruto en el trato de los prójimos.

Alentó los ministerios de la predicacion y confesiones de los hospitales y cárceles; resucitó las doctrinas y pláticas en la plaza, que estaban olvidadas; avivó la congregacion; acudió á los enfermos y en todos encendió un fuego sagrado de amor divino con gran gozo de sus almas.

Y Dios nuestro Señor premió su trabajo y vigilancia, dándole á manos llenas la miés en que ejercitarla con numerosos concursos y frecuencia del pueblo, y juntamente el sustento temporal á la medida que él daba el espiritual á sus hermanos; porque tuvo en su trienio tantas limosnas, que incorporó una casa principal en la Profesa, que fué aumento bien considerable por ser grande el sitio y en el corazon de la corte.

Por este tiempo tuvo necesidad el conde duque de Olivares de elegir confesor, y como era tan devoto de la Compañía, no quiso salir de ella; y así, puso los ojos en el P. Francisco Aguado, por santo, por docto, por cuerdo y por desinteresado.

Pidiólo al Padre y á la Religion. La Compañía vino más fácilmente en ello que no él, porque, reconociendo las dificultades del oficio y la pension que traia de cursar todos los dias en palacio, cosa sobre manera contraria á su deseo, procuró cortesmente excusarse; pero no le valió, porque el conde juzgó que le importaba para el bien de su alma, y así, cerró la puerta á las excusas, y el Padre obedeció á lo que los Superiores le ordenaron.

Catorce años confesó al conde duque en todo su valimiento, y en todos ellos no le pidió cosa temporal para sí ni para otro, ni recibió de persona valía de un alfiler, ni intervino en materia que tocase al gobierno de la monarquía ó de palacio; sólo daba su parecer sencillamente, cuando le preguntaban alguna cosa tocante á la conciencia, y en esta materia con sinceridad lo que importaba.

Conocida esta verdad, cesaron las intercesiones de los seglares, viendo que de ninguna se encargaba; porque los hombres nos dejan cuando los dejamos; y se halló tan solo como si estuviera en algun colegio retirado, de suerte que pudo componer la mayor parte de sus libros, los cuales sacó en este tiempo á luz, como fueron las *Exhortaciones espirituales,* el *De la Eucaristía*, el *Símbolo de la fe* y los *Apólogos de S. Cirilo;* tan desocupado se halló en medio del mayor bullicio de la corte, porque los negocios espirituales ocupan poco á los hombres cuando los religiosos no dan lugar á los seglares.

Supo el rey la entereza y buen espíritu del confesor del conde y quiso valerse de él en materias eclesiásticas de importancia, en las cuales tomó por mucho tiempo su consejo, y con grande acierto, porque le tenia muy acertado y le dió siempre con toda ingenuidad y verdad; virtud preciosísima en palacio por la dificultad con que se halla; y aconteció estar el rey resuelto en un negocio, y pedir su parecer al P. Aguado, y mudarse por él en lo contrario, tal era la estimacion y crédito que tenia para con su persona.

Quiso el conde duque, fiado de su caridad, darle gruesas cantidades que repartiese en limosnas á pobres vergonzantes; pero el siervo de Dios no admitió este cargo por los visos que tenia de recibir, aunque fuese para limosnas; mas diole persona de toda confianza que lo hiciese, logrando por una parte la buena obra, y por otra excusándose de recibirla y darla por su mano.

Dos cosas sucedieron por este tiempo, que no es justo pasar en silencio. La primera fué, que unos caballeros nobles de Alcaráz, del apellido de Aguado, viendo en tan alto puesto á uno de su nombre y que, á su juicio, era rama del árbol de su linaje, quisieron valerse de la ocasion y tener entrada por esta puerta á sus pretensiones, hallándose capaces de cualquiera honra grande, y con este designio vinieron á la corte á reconocer al P. Francisco Aguado por sangre de su casa.

Visitáronle con mucha cortesía; dijéronle cómo eran sus parientes, subiendo por una larga lista de grandes caballeros, sus ascendientes, al tronco de su prosapia, añadiendo que, pues se hallaba en tal altura, les diese la mano y adelantase su sangre.

El Padre los oyó con el encogimiento que solia, y, estimando sus personas, respondió en pocas palabras que á tan grandes caballeros no les estaba bien profesarse por sus parientes, porque él era hijo de unos padres humildes de Torrejon de Ardoz, cuatro leguas de Madrid, conocidos por labradores de todos sus vecinos, y que esotras noblezas no hablaban con su persona; de que los buenos caballeros quedaron suspensos, tan admirados de su entereza como edificados de su humildad; y creció más su estimacion cuando averiguaron que verdaderamente habian venido sus abuelos del mismo lugar de las montañas de Vizcaya, de donde ellos descendian, y que era rama de su casa.

Partiéronse de su presencia sin hacerle más réplicas, conociendo que no las admitiria; y pidiéndole que los encomendase á Dios en sus santas oraciones, fueron en adelante perpétuos pregoneros de su santidad.

La segunda fué, que el siervo de Dios, cuando iba á palacio, se recogia en la capilla real todos los ratos que tenia desocupados, y hacíale mucha soledad la falta del Santísimo, de quien era muy devoto; y, despertando este deseo en su corazon, le tuvo grande de que no faltase el Rey del cielo en el palacio del rey de la tierra, para lo cual hizo un papel de las conveniencias que habia para esto y los inconvenientes que se experimentaban en lo contrario.

Este papel dió al conde duque, y el conde duque al rey, y el rey le remitió al Patriarca, y á su confesor, y á otras personas eclesiásticas, y todos aprobaron la propuesta del Padre y el rey la abrazó con mucho gusto, y luego se dispuso un rico y muy curioso sagrario en la capilla para colocar el Santísimo, el cual se trajo de la parroquia de S. Juan con la mayor pompa y aparato que fué posible.

Aderezáronse los claustros de palacio con toda la riqueza real y cuatro altares tan ricos como curiosos en los cuatro ángulos, y fué la fiesta de las más solemnes que ha visto este siglo, debiéndose todo á la devocion de nuestro Padre, que la despertó en el rey y en todo su palacio para gran consuelo suyo.

Predicóle algunas veces en su capilla, y pagado de sus letras y buen espíritu, le hizo su predicador; y como si le diera alguna muy alta dignidad de muchos millares de renta, así se afligió y turbó, y la repudió, haciendo un papel de tres pliegos, en que probaba con muchas razones que de ninguna manera convenia admitir tal plaza, representando gran suma de inconvenientes

que, á su parecer, intervenian en admitirla, nacidos más de su humildad que de la plaza de predicador, aunque es de mucha estimacion.

El rey y el conde se edificaron de su modestia y le ordenaron por última resolucion que la admitiese, porque así era la voluntad de su majestad, á quien luego obedeció

Tres veces se despidió del conde duque, apurado de las ceremonias de palacio y de algunos escrúpulos de su espíritu; pero el conde hizo otros tres papeles mostrando en ellos cómo le iba su honra, no sólo temporal sino eterna en que no le dejase mientras viviese, y tomólo tan á pechos que el buen Padre hubo de obedecer, aunque con grande mortificacion suya; pero miraba á la mayor gloria de Dios y al bien de la monarquía y de aquel caballero que llevaba el mayor peso de ella y le pedia que pusiese sus hombros para dar á su espíritu algun alivio.

Acabado el gobierno de la Casa Profesa, le dió nuestro General el del colegio, y dentro de tres meses el de toda la provincia, haciéndole segunda vez Provincial, en que se portó con la equidad y rectitud que la primera.

Murió el P. Mucio Viteleschi, General de la Compañía, y fué electo para ir á Roma por vocal á la eleccion del sucesor, y en aquella Congregacion tuvo mucha estimacion su voto, y de su persona se hizo tanto caudal, que entró en casi todas las diputaciones que hubo en ella; y eligiendo la Congregacion ocho Definidores para que por votos decisivos determinasen muchos puntos que no podia toda la Congregacion, fué uno de ellos el P. Francisco Aguado como persona de las primeras y de mayor caudal que habia en aquella junta.

Ultimamente, concluida la Congregacion volvió á España, padeciendo muchos trabajos en el camino; y en llegando, halló otro no menor para su espíritu, que fué la patente de Rector segunda vez del colegio de Alcalá, materia para él de mucha mortificacion por el deseo que tenia de retirarse á darse á la oracion y penitencia y disponerse para la muerte, aunque toda su vida fué una continua disposicion para ella.

Hallóse perplejo con tan impensada obediencia, pero resolvióse fácilmente en poniéndose en oracion y viendo que era obediencia del Superior, que estaba en lugar de Dios, á que nunca habia propuesto ni replicado; y así, abajó la cabeza y obedeció á lo que le ordenaron, tomando aquel cargo que era tan pesada carga para su vejez.

Allí renovó los fervores antiguos, así con los de casa como con los de fuera; la primera accion fué entrar con todos en unos fervorosos Ejercicios para avivar el espíritu y despertar el fervor de la observancia religiosa; luego dió aliento á los ministerios y entabló los Ejercicios con los seglares, como lo habia hecho antes.

Envió muchas misiones por la comarca, y viendo el fruto que se hacia en ellas, determinó de hacer mision en la misma villa de Alcalá, adonde moraba, cosa bien nueva y que nunca se habia visto en ella; y para que fuese más célebre y fructuosa, trajo los mejores predicadores que teniamos en Madrid.

Duró nueve dias en la iglesia colegial de S. Justo y en la parroquia de Sta. María, haciendo todos los dias doctrinas y predicando por mañana y tarde con grandes concursos de gente y frecuencia de comuniones.

Hiciéronse muchas confesiones generales; quitáronse pecados públicos y remediáronse muchas almas con grande gozo del lugar, cual le causa siempre la buena conciencia y salir de la cautividad del demonio á la libertad de hijos de Dios.

Algunos casos sucedieron ejemplares en estas misiones, que no es justo sepultarlos en silencio. El primero fué que un hombre de sesenta años, oyendo los sermones, salió de la ceguedad de infiel á la luz del Evangelio y fe de Cristo, porque habia siempre vivido entre los fieles como fiel, y en la verdad no lo era ni estaba bautizado, y en su corazon era moro, profesando la secta de Mahoma.

Tocóle Dios el corazon para que se convirtiese; mas, como estaba tan ciego y arraigado en su infidelidad, no acababa de resolverse; dióle el Señor una grave enfermedad, trayéndole como de los cabellos á su conocimiento; abrió los ojos con la fuerza del dolor y llamó á uno de los Padres misioneros á quien descubrió su pecho, pidiendo salvacion para su alma; catequizóle con la brevedad que la enfermedad pedia, dióle el bautismo y espiró, volando su alma al cielo y pasando en un momento de la fuente de la gracia al mar inmenso de la gloria.

Otro hombre se halló en estas misiones, que por casos adversos en que habia perdido su hacienda y se hallaba en suma miseria, llegó á términos de desesperacion; porque, acosado de su desdicha, salió al campo, y como hombre furioso, empezó á voces á llamar al demonio y á todas las furias infernales. Vino el demonio á su voz en forma de hombre ordinario, y hablándole como á tal, le refirió sus desgracias.

El demonio las acriminó de manera, apretándole los cordeles, que le vino á persuadir que no tenia otro remedio sino acabar con la vida y salir de tan penosa muerte como al presente padecia sin linaje de alivio para ella; y diciendo y haciendo, le puso un cordel en la mano para que se ahorcase de un árbol.

El hombre estaba tan ciego, que sin mirar lo que hacia, le tomó y subió á desesperarse. Al levantar las manos y los ojos para echar el cordel, los puso en el cielo y Dios en su alma, teniendo misericordia de ella: miró lo

que perdia, y representósele lo que ganaba, que era el infierno para siempre.

Obró la doctrina que habia oido en la mision; invocó los nombres de Jesus y de María, repitiéndolos muchas veces, á cuya invocacion huyó el demonio, y él, libre de sus engaños, bajó del árbol, y vino á uno de los Padres misioneros, con quien hizo una confesion general de toda su vida pasada, y rayó la luz del cielo en lo íntimo de su corazon; con que alumbrado y consolado, mudó de vida, y experimentó en adelante las misericordias de Dios.

No le sucedió tan bien á otro mozo jurador, á quien, andando en mision, reprendió su mala costumbre un hijo espiritual del P. Aguado, amenazándole con el castigo divino sino tomaba su correccion; y vínole tan de contado que, haciendo burla de la amenaza, le castigó Dios en la misma lengua con que juraba; porque, descargando un costal, se asió un cordel al gatillo de la escopeta que traia consigo, y la disparó, metiéndole las balas por la boca, abrasándole la lengua y el paladar, y dejándole allí muerto para público escarmiento de los que no se enmiendan del escandaloso vicio de jurar y perjurar.

V

De sus virtudes, y en primero lugar de su humildad y despego de sus parientes.

Resta que digamos algo de las heróicas virtudes en que floreció este siervo del Señor; y, empezando por la humildad, que es el fundamento de ellas, podemos decir de él lo que la Iglesia dice de S. Agustin: *Nihil fuit illo humilius:* con dificultad se hallará hombre más humilde que él, tan vil en sus ojos cuanto precioso en los ajenos; y cuanto más le honraban y ensalzaban, tanto más se abatia y humillaba debajo de los piés de todos.

Siendo superior, era el primero en las humillaciones públicas: barria, fregaba, besaba los piés á los religiosos, y con los novicios iba á la huerta á atar escarolas, y á llevar tierra y basura, y entónces obedecia al Prefecto de oficio manual, que era un novicio, como si fuera su Provincial.

Jamás se le oyó palabra de su alabanza, muchas sí de su desprecio y humillacion; y si alguno le alababa, mudaba la plática y hacia que la dejase. Si le vituperaban, se humillaba y recibia aquella humillacion con encogimiento y humildad.

Un Padre, que habia sido su novicio, escribió un papel de muchos pliegos contra él con pretexto de avisarle ó amonestarle lo que le importaba, notándole de ignorante y de incapaz para los puestos que tenia, y dándole muchos consejos sin consejo; el buen Padre recibió el papel, y despues de ha-

berle leido, respondió con toda mansedumbre y humildad por escrito, diciendo en pocas palabras que él hacia lo que le mandaban, que avisase á los Superiores para que no le pusiesen en lo que no merecia. Respuesta digna de un S. Francisco, y testimonio sellado de su profunda humildad.

Tenia tan bajo concepto de sí, que nunca se fiaba de sus obras, y por esto tomaba consejo con todos, hasta de sus novicios, siendo él Maestro y ellos discípulos, y se regia en muchas cosas por ellos.

Los sermones daba á ver antes de predicarlos, para que le avisasen y corrigiesen lo que juzgasen era digno de correccion; enmendando y corrigiendo cuanto le advertian. Siendo anciano, en el último tercio de la vida, se sujetó como un niño al P. Eusebio Nieremberg, que habia sido su novicio, y le tomó por su Padre espiritual, y se rigió y gobernó por él en todas sus acciones como una criatura.

De esta humildad le nació la resistencia que hizo á ser predicador del rey y á recibir otros honores que deseó darle el conde duque para sí y para sus parientes, como lo habia hecho con otros confesores suyos; y no fué posible recabar con él que recibiese alguno, ántes se portó en esta parte con extraño despego, como sino hubiera nacido de mujer, ni tuviera parientes en el mundo, porque no se le conocieron, ni él los conoció, sino para su humildad.

Siendo Rector de Alcalá, le pidieron que socorriese á un primo suyo que estaba muy alcanzado, dándole algo de las limosnas que repartia de la casa; y lo más que recabaron fué que permitiese darle algo, como á los demás pobres mendigos, preciándose de serlo para imitar á Jesucristo.

Estando en Madrid, le pidieron en nuestra presencia alguna limosna para hacer bien por el alma de una sobrina suya difunta, y, encogiéndose de hombros, respondió que era pobre y no tenia que darle, y que la encomendaria á Dios; y como instásemos los presentes rogándole que de las limosnas que repartia como Superior le diese para el entierro, condescendiendo á los ruegos, le dió dos reales para que le dijesen una Misa.

Estando otro primo suyo preso, no fué posible alcanzar de él que intercediese por él á la justicia: sólo por un sobrino suyo pequeño intercedió con el Rector de Madrid para que le hiciese monacillo de la sacristía, lo uno, porque estuviese recogido, y lo otro, por tener á los ojos aquella ocasion de humillarse, de un pariente tan cercano en tan humilde ocupacion.

A esta clase pertenece la mansedumbre y paciencia en las ocasiones de humillarse, que en este varon fueron grandes, dándoselas nuestro Señor para que ejercitase su paciencia y mostrase su humildad.

Predicando en la corte un religioso con más celos que celo de la gloria de Dios, llevado de su pasion, armó toda su artillería contra el P. Aguado, re-

prendiendo sus acciones con más acrimonia y severidad que convenia; y habló tan claro, que todos conocieron por quién lo decia, y la pasion con que hablaba á ninguno pareció bien, y al Superior peor, porque semejantes acciones desdoran al que las hace, y no edifican á los que las oyen.

Quiso darle una penitencia por ello, mas el buen P. Francisco Aguado se puso de por medio, y rogó á los Superiores por el agresor de aquella falta, alegando que habia tenido buen celo, y que, en cuanto á su persona, le quedaba obligado, porque ninguno le habia honrado más, pues le habia comparado á Samuel, uno de los mayores santos de la ley antigua.

Tan léjos estuvo de airarse ni de moverse á venganza, que ántes se movió á mansedumbre y agradecimiento, como si le hubiera hecho algun grande beneficio; que por tales tienen los siervos de Dios las ocasiones que les dan de humillarse.

Siendo Rector de Alcalá, le escribió otro Padre una carta bien severa, y con palabras mayores, en defensa de un díscolo, que por sus faltas castigó el P. Aguado, y últimamente por incorregible fué despedido de la Compañía; mas el dicho Padre mal informado, volvió por él con buen celo, porque era mozo de prendas, si las lograra como era razon.

El buen Rector, recibida la carta, no se alteró ni se disgustó por ella, sino, como verdaderamente humilde y manso de corazon, respondió con mucha blandura y cortesía la verdad, y ofreciéndose á cualquiera penitencia, si hubiese excedido en sus acciones; con que aquel Padre quedó desengañado y edificado de tan humilde respuesta de un hombre superior y tan anciano.

Con esta igualdad de ánimo se portó en todas sus acciones, sin alterarse, ni mudarse en los sucesos adversos, ni envanecerse en los prósperos, y humillándose más cuanto más alto estaba. Siendo Rector, lavaba los piés á los súbditos, á ejemplo de Cristo, y en el interin que hacia esto estaban leyendo el Evangelio de S. Juan: *Ante diem festum Paschae*, en que refiere cómo Cristo lavó los piés á sus discípulos, para darles ejemplo de humildad.

Cuando alguno de los súbditos le hablaba con superioridad ó altivez arrastrado de alguna pasion, no respondia con ira, ni se alteraba por ello, sino con mayor blandura y mansedumbre procuraba amansarle, sufriendo por entónces como humilde, y esperando á mejor ocasion para curarle; que cuando está con el ardor del crecimiento, no es tiempo ni sazon de medicinar al enfermo, ni de corregir al súbdito, cuando está con el ardor de su pasion.

El mismo tenor guardó en los casos adversos, que llaman de fortuna, humillandose en ellos, y conformándose con la voluntad de Dios. Siendo Rector de Alcalá, se cayó á plomo una capilla interior, en que se hacian las plá-

ticas á la comunidad y se juntaban de ordinario, y una mañana amaneció helado todo el esquilmo de las heredades, que eran el sustento del colegio, y en ambos casos no se le vió el rostro mudado, ni señal de tristeza, ni palabra de sentimiento, repitiendo con encogimiento y humildad las palabras del santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* Dios nos lo dió, y Dios lo quitó, hágase su santa voluntad, y sea su nombre bendito para siempre jamás: de esta manera sentia quien estaba tan fundado en paciencia y humildad.

VI

De su oracion y penitencia, y algunas mercedes que recibió de la mano del Señor.

Aunque, como habemos dicho, su oracion era tan continua que nunca la interrumpia, porque siempre estaba en la presencia de Dios; todos los dias tenia cuatro ó cinco horas de oracion retirada, tres por la mañana, levantándose dos horas antes que la comunidad, una antes de cenar y otra en tocando á acostar, dando primero el reposo á su alma que á su cuerpo, hallando más descanso en la oracion que en el sueño.

Cuando podia, estaba delante del Santísimo Sacramento, y cuando le impedia la cortedad de su salud, estaba de rodillas con suma reverencia delante de una imágen devotísima de Cristo crucificado, y otras veces de su Santísima Madre.

Lo que en la oracion pasaba y las mercedes que recibia no las sabemos, porque siempre las callaba; pero viéronse algunos indicios, por los cuales podemos rastrear la alteza de su oracion.

Estando en el colegio de Madrid, entró un Padre á deshora á rezar en la iglesia vieja, y vió á los piés de nuestra Señora del Buen Consejo un religioso orando, cercado de resplandor y muchedumbre de sabandijas, como culebras, lagartos y lagartijas, bullendo hacia sus piés.

Quiso conocerle y no pudo bien, porque le miraba de lado; y aunque en el aspecto juzgó que era el P. Aguado, no se afirmó en ello, hasta que, acabada la oracion, se levantó y le vió venir, y se certificó que era él, y mucho más de la alteza de su oracion, pues tantas sabandijas, que eran los demonios, que le contradecian, no eran bastantes para turbarle un punto, ni divertirle en la contemplacion.

Estando en Toledo enfermo, á la sazon que su noviciado padeció el contagio que dijimos, de que murieron muchos; no cesaba el siervo de Dios de

orar y clamar al cielo por la salud de su casa, porque le daba más cuidado la ajena que la propia, y Dios le llevó en espíritu al noviciado, y lo primero que le mostraba fué á su Vice Rector difunto, y luego algunos enfermos de los que habia dejado.

Quedó suspenso con esta vista, y, para certificarse de ella, preguntó á un Padre que llegó de Madrid por la salud de su Vice-Rector, y supo de su boca cómo acababa de morir, reconociendo que Dios se le habia mostrado difunto para que orase por él, como lo hizo con grande afecto y cuidado, aunque estaba tan enfermo; y diligenció que otros le dijesen muchas Misas, y ofreciesen penitencias y oraciones por su alma y la del difunto.

Agradecida le vino á visitar gloriosa dentro de tres semanas, y le agradeció lo que habia hecho por él, y le consoló, asegurándole de parte de nuestra Señora que cesarian las enfermedades de su casa desde aquel dia, y que la Santísima Vírgen la cubriria con su manto, y cuidaria en adelante de ella, con que el buen Padre quedó consoladísimo y muy agradecido á esta celestial Señora.

El año de 1638 enfermó en el colegio de Madrid el P. Juan Antonio Uson, catedrático de Prima de Teología en nuestro colegio de Alcalá, y uno de los grandes ingenios y de más lucidas prendas, así de letras como de púlpito, prudencia y religion que ha tenido la Compañía en esta edad. Fué novicio del P. Aguado, y muy estimado, como su persona merecia.

Sintió tanto su enfermedad, que ofreció á Dios su vida por la de su hijo, juzgando, como humilde, que seria más útil y de más importancia que la suya para el servicio de Dios, mas no recibió esta oferta por lo que su Majestad sabe, y, habiéndose cumplido los dias del P. Uson, pasó de esta á mejor vida.

Tomó muy á pechos su santo Maestro encomendarle á Dios, haciendo muchas rogativas y penitencias por él, y el agradecido discípulo vino á darle las gracias, apareciéndole en sueños hermoso y resplandeciente. Preguntóle el P. Aguado por su suerte, y respondió que habia estado en el purgatorio y que iba á gozar de Dios.» ¿Y las cosas de por allá (replicó el Padre) son como acá las dicen? A que respondió estas palabras: *Las cosas de por acá no se pueden saber cómo son hasta que se vean.* Y con esto desapareció, dejándole muy consolado por su dichosa suerte.

Aconteció contar esta vision en el colegio de Alcalá, y oirla un Hermano estudiante tentado en su vocacion y moverle de manera que se dolió de su inconstancia y se ofreció á Dios muy de veras con firmísimo propósito de perseverar hasta la muerte en su santo servicio, como en efecto lo cumplió, usando Dios de este medio para su salvacion.

Otro novicio tuvo el P. Francisco Aguado de singular virtud, el cual perseveró en ella, estudiante, sacerdote y obrero en la viña del Señor. Murió en el colegio de Madrid en lo mejor de sus años y apareció al P. Aguado pisando ascuas encendidas, con muestras de gran tormento que padecia en el purgatorio porque salia mucho de casa, dando trazas todas ó las más tardes de salir con pretexto de necesidad ó ministerios, y muchas pudo excusar; y por esta falta de recogimiento y sobra de salidas le dieron aquel tormento en los piés con que las habia cometido, y quiso Dios manifestarlo á su siervo para el escarmiento de los que faltan en esto, dorando sus divertimientos con capa de necesidad y de servicio de Dios.

El rezo divino rezaba con mucha devocion y siempre que podia acompañado, porque le despertaba á la atencion. Tenia gran cuidado con la pronunciacion y mayor con el sentido y el espíritu que encierra, saboreándose en las palabras como con panal de miel.

Para mayor atencion y devocion tenia hecho un tratado de todos los salmos de David, notando los sentidos de sus palabras y el espíritu con que los dijo, y procuraba siempre rezar las Horas á sus horas, los maitines por la noche, la prima y tercia al amanecer y así las demás Horas en su distribucion.

En la Misa desplegaba las velas de su alma al viento del Espíritu Santo para entregarse todo á Dios. Preparábase con la oracion mental y con la sagrada confesion, y luego se vestia con profundo silencio, y decia su Misa con mucha pausa y reposo, con el encogimiento y respeto que tuviera, si mirara presente al mismo Cristo en el altar, como le tenia encubierto con el velo de los accidentes del pan; daba gracias por espacio de media hora, regalándose con su Dios, en quien tenia todas sus delicias y el alivio de su corazon.

Fué devotísimo del Santísimo Sacramento del altar á quien tenia por Señor, por Padre y por vecino; todos los ratos que podia los lograba en su presencia, especialmente por la noche, cuando todos estaban recogidos; y así, le hallaban á deshora en el coro y en las tribunas orando en aquellas horas y gastándolas con Dios.

Tambien le suspendia mucho el misterio altísimo de la Encarnacion del Verbo Eterno, y no acababa de maravillarse de ver la grandeza inmensa de Dios unida y encerrada en la cortedad del hombre; y en esta contemplacion se enajenaba de sí mismo, haciéndose todo lenguas para engrandecer á Dios, el cual le pagó su devocion representándole como en un espejo la inmensidad del Verbo Eterno en una luz inaccesible y mostrándole cómo se unió hipostáticamente á la naturaleza humana, quedando como fuera de sí con la alteza de esta vision.

Fué asimismo muy devoto de nuestra Señora, ayunando sus vísperas y

los sábados, siempre que podia, y haciendo alguna mortificacion pública y muchas secretas, alargando la oracion en la contemplacion de sus misterios, y cada dia le rezaba un Rosario entero con la mayor devocion que podia.

La misma tuvo al santo Angel de su Guarda, viviendo en su compañía como si fuera su hermano ó compañero, aconsejándose con él y encomendándole todas sus acciones; y fué fama constante que por muchos años le despertó á la oracion, y bien cierto es que no le dejaria en ella sino que le acompañaria y ofreceria sus plegarias á Dios.

A S. Ignacio, S. Francisco Javier y á todos los santos nuestros tuvo asimismo cordialísima devocion, y á S. Francisco de Asís, que era el santo de su nombre y le traia esculpido en una cruz de alquimia que tenia junto á su pecho; y ningun dia dejó de rezar á estos santos y al que le cupo por suerte al principio del año y en el mes, no permitiendo que álguno le llevase el paso adelante en la observancia de estas devociones, las cuales enseñó á sus novicios y á todos los seglares que trató.

Hermana de la oracion es la mortificacion y penitencia, porque ambas se dan las manos y caminan á un paso, y en este santo varon caminaron tan parejas, que no se pueden averiguar cuál de las dos fué mayor; porque, así como fué continua su oracion, de la misma manera fué continua su mortificacion, sin hacer treguas con su carne por un momento; porque orando, estudiando, comiendo y leyendo, en casa y en el campo, caminando y navegando, en todos tiempos y ocupaciones se estaba mortificando y haciendo penitencia.

La cama, que se hizo para descansar, era cruz de mortificacion para él, porque era una dura tabla que ponia entre las mantas; en lo exterior parecia cama de colchones y en la verdad una dura tabla y un potro de tormento, en que se le daba á su cuerpo cuando habia de descansar.

Todos los dias tomaba una ó dos disciplinas rigurosas hasta derramar sangre, porque eran de abrojos, rosetas y de cuerdas de vihuela tejidas con alambre; y como eran continuas y estaba tan llagado, andaba remudándolas para hallar parte sana en que martirizarse, y llegó á tanto rigor, que se le pudrieron varias veces las espaldas de azotarse, y á la sazon que esto escribo están vivos los cirujanos que le curaron las llagas, y cuando las tenia más abiertas, la medicina que usaba era ponerse un áspero cilicio con que se renovaban los dolores y andaba continuamente espinado.

Era su mortificacion de manera que raro ó ningun dia dejó de ponérselo, aunque estuviese indispuesto, si la enfermedad no era muy grave, y eran tan ásperos los cilicios, que ponia grima mirarlos, porque los ordinarios eran unos sacos ó capotes largos, que le tomaban desde los hombros hasta cerca

de las rodillas, unos tejidos de cerdas con púas aceradas, otros de cardos, otros de hierro, á modo de cotas de malla, otros de cadenillas con puntas agudas; y para remudar tenia una arquilla llena de estas armas del espíritu contra la carne.

Y para ir á Roma la segunda vez en su ancianidad, labró una soga ó faja de cerdas esmaltada de púas de acero, que le daba seis vueltas al cuerpo, con que se armó todo el camino, como sino bastara el cansancio y la fatiga que trae de su cosecha tan larga jornada.

No contento con esto, tenia para los brazos hechas unas como mangas ó brazaletes de hierro con muchas puntas, y para los muslos otros varios cilicios, y un instrumento á modo de cinta de hierro con unos muellecillos que se movian como relojes de cuerda, y tenian un aguijon como acicate agudo que continuamente le estaban punzando y como despertando para acordarse de Dios el que nunca se olvidaba, y necesitaba más de freno que de acicate, para caminar en su servicio: y siempre que disparaba, hacia un ruido lento, el cual sentian los que estaban cerca, y le tenian por movimiento de reloj.

Los dias que habia de dar alguna penitencia á los súbditos, doblaba las suyas, tomándolas primero que las diese, para obligar á nuestro Señor que les aprovechasen; y así, sus compañeros echaban de ver cuándo habia de haber penitencias, por las que el Padre hacia de antemano.

De esta manera domaba su carne y suplia los deseos que siempre tuvo del martirio, haciéndose Neron de sí mismo; y al mismo paso caminó en la mortificacion de los sentidos, trayéndolos tan enfrenados, que no usaba de ellos más que para el servicio de Dios y lo precisamente necesario; los ojos, los oidos, el olfato y la lengua, y todas las potencias de su alma tenia sacrificadas á Dios, empleándolas en su servicio continuamente, sin darles rienda para cosa de gusto ni de alivio.

Sus palabras fueron siempre pocas, graves, verdaderas y de cosas espirituales y provechosas al alma. Su recogimiento fué grande, no sólamente en casa, sino en su aposento, adonde estaba continuamente leyendo, estudiando, escribiendo, rezando y orando, cuando los ministerios ó el gobierno no le obligaban á dejarlo.

No perdió partícula de tiempo que no lograse, y en los caminos llevaba tinta, pluma, papel y tarea empezada que acabar, en que trabajaba los breves ratos que se detenia en las lecciones del breviario, y apuntaba lo que hallaba.

Y son buenos testigos de esta santa codicia los libros que dejó escritos de su mano, porque, fuera de siete impresos, dejó otros diez grandes de á fólio

bien cumplidos, y quince de á cuarto, que en todos son veinte y cinco de su letra, sin otros muchos tratados sueltos de varias materias, que con tantos años de gobierno es cosa admirable y que declara su fervor y el trabajo infatigable que tuvo siempre en el servicio de Dios y provecho de las almas.

VII

Del resto de sus virtudes y feliz tránsito de esta vida á la eterna.

Larga tela empezaríamos, si quisiésemos escribir á la larga sus virtudes, porque en todas fué tan extremado, que cada una parece la mayor; porque, si hablamos de la pobreza, fué tan superior á todo lo terreno, que nunca se le sintió afecto á cosa de la tierra, ni tuvo jamás alhaja de precio, mas que las ordinarias que le daba la Religion, una imágen de Cristo Crucificado y otra muy ordinaria de la Santísima Vírgen, y lo precisamente necesario para vivir; tan despegado el corazon de todo, como si no estuviera en el mundo.

La mayor riqueza que se halló en su aposento despues de su muerte fueron los cilicios y disciplinas, tantos y tan extraordinarios, que no se comprarán tan fácilmente.

Cuando entró en la Compañía renunció toda su legítima en el colegio de Madrid, sin reservar cosa alguna, aunque era considerable, ni para sí, ni para sus parientes, aunque los tenia pobres. Los gajes de predicador del rey y cuanto sacó de sus impresiones, lo dejó asimismo siempre á disposicion de los Superiores, como cosa propia de la Religion, sin recibir ni dar jamás sin su licencia un sólo pliego de papel.

Y lo que mucho declara la alteza de esta virtud en este siervo de Dios, es que, hallándose en tanta altura con el privado del rey, y ofreciéndole grandes dones, así él como los pretendientes, jamás abrió la mano para tomar valía de un alfiler, ni permitió que otro la tomase en su nombre, despreciando con generoso corazon todo cuanto el mundo adora, que en su aprecio era un poco de basura y digno de ser hollado, y sólo apreciaba lo eterno y celestial, que son las riquezas verdaderas y dignas de desear.

Si hablamos de la pureza de su alma y cuerpo, fué un remedo de los ángeles del cielo, tan modesto, que su aspecto componia á los que le miraban, tan recatado, que no levantaba los ojos á mirar á nadie. No se le vió tocar á persona al hilo de la ropa, ni poner una mano sobre la cabeza de un niño, ni aun para decirle un Evangelio.

Su cuerpo trataba como ajeno, sin mirar parte alguna, guardando suma honestidad; y esto mismo enseñaba á todos. No tuvo familiaridad con muje

res, por buenas que fuesen, ni quiso recibir sus dádivas; y era tal su pureza, que se recataba de tocar cosa que hubiesen tocado; y si tal era la pureza exterior ¿cuál pensamos que seria la interior de su alma, en pensamientos, imaginaciones y voluntad, que ni aún por sueños le pasó caer en la menor falta contra esta virtud?

Y si hablamos de la obediencia y de la observancia de las reglas, podemos decir de este siervo de Dios lo que Clemente Alejandrino de Moisés, que fué la ley animada y la misma regla, y la obediencia de la Religion, y, como dice S. Gregorio Nacianceno de S. Basilio, fué regla y modelo de obediencia á los demás, porque todos los colores retóricos no pueden pintar un perfecto obediente más que lo fué siempre desde el primero dia que entró en la Religion, hasta la hora en que murió.

Como dijimos, jamás replicó, ni propuso á cosa que le mandasen, ni tuvo parecer contrario, ni se opuso ó habló ménos bien de las órdenes de los Superiores, poniéndolas sobre su cabeza y juntamente en ejecucion, mirando no á los hombres sino en los hombres á Dios; y así, no hacia diferencia de unos á otros, mas á todos respetaba y obedecia igualmente.

Despues de haber sido dos veces Provincial y más de cuarenta Superior de los colegios más principales, le sucedió en el Rectorado de Madrid un Padre mozo que habia sido su novicio, y se notó que le obedecia y respetaba con más exaccion que á los demás, porque, en viéndole, desde léjos se quitaba el bonete y se estaba descubierto hasta que habia pasado, admirando todos su humildad y el respeto con que miraba al que habia reengendrado en la Religion, por tener el lugar de Superior.

Ya se dijo cómo dió la obediencia al P. Juan Eusebio, que habia sido su novicio, y se rigió en todo por él; pero más es lo que diré, y fué que, siendo Maestro de novicios, la dió á uno de ellos, que era su compañero de aposento, de edad de quince años, y vive á la sazon que esto escribo, obedeciéndole en todo lo que tocaba al regimiento de su persona y á las penitencias que habia de hacer, y el Padre le obedecia como si fuera su General ó Provincial, y sentia tanto consuelo en tener aquella obediencia, que no sabia vivir sin ella, juzgando que por aquel medio ejecutaba con más certeza la voluntad de Dios; tan desnudo estaba de la suya y tan rendido y deseoso de hacer la del Superior.

Tuvo don de consejo, y por el suyo se hicieron en la corte muchas obras de gran servicio de Dios, entre las cuales fueron las que aconsejó al P. Bernardino de Antequera, su hijo espiritual; conviene á saber, la Hermandad del Refugio debajo de la advocacion de la Purísima Concepcion de nuestra Señora, que es una de las más esclarecidas y de mayor utilidad de estos reinos,

y en que están alistados la majestad del rey nuestro señor y la mayor parte de los grandes señores y nobleza de la corte.

Tambien se instituyó por su consejo el Seminario de niñas huérfanas que fundó doña Policena Espínola, marquesa de Leganés, adonde se crian en mucha virtud y recogimiento grande número de niñas pobres, de donde salen á tomar estado y son el ejemplo del lugar.

Fundóse tambien por su órden un recogimiento ó beaterio que está en la calle de los Preciados, más preciado por su virtud que rico por sus rentas, pero tiene la mayor, que es la providencia divina, que le sustenta con limosnas y viven en él muchas mujeres pobres y honradas con grande ejemplo de virtud.

Y no se limitó su esfera á los extraños, porque tambien por su consejo y santo celo sacaron á luz muchos libros personas doctas de la Religion, como fueron el P. Gaspar Sanchez, insigne Escriturario de la Compañía; el P. Gaspar Hurtado, á quien persuadió que diese á luz la Teología que imprimió; el P. Francisco Alonso, catedrático de Prima de Teología en nuestro colegio de Alcalá, el cual por consejo del P. Aguado dispuso é imprimió los cuatro libros de Filosofía que han tenido tanto aplauso en todas partes; y si la temprana muerte no le atajara los pasos, hubiera sacado toda la Teología.

Tambien fueron hijos de su celo los libros que sacó el P. Juan Luis de la Cerda, comentando á Tertuliano y explicando á S. Anselmo, lo cual hizo á instancia de nuestro Padre, que no dejaba piedra por mover para ayudar á las almas en el camino de su salvacion, trabajando con sus manos y con las manos de todos.

Ocupado, pues, en estas obras tan santas, llegó á los ochenta y dos años, habiendo gastado en la Compañía los sesenta y cinco loabilísimamente con grande ejemplo de vida y opinion de santidad; y dos años antes de morir parece que le avisó nuestro Señor que se llegaba el fin de su destierro; porque, hallándose en una consulta, le faltaron los sentidos y se enajenó totalmente, dándole uno como paroxismo, sin haber precedido enfermedad.

Volvió en su acuerdo y túvole por recuerdo de Dios para disponer su alma á la jornada del cielo; y aunque estaba tan dispuesto, pues toda su vida había sido una continua preparacion para aquella hora, se dispuso con mayor cuidado, recogiéndose á unos largos y devotos Ejercicios y entregándose muy de veras al trato interior y á la oracion.

A todos hablaba de su muerte como suelen de su jornada los que tratan de partirse. No dejó las penitencias ni el trato espiritual con los prójimos juzgando que cumplir con la obligacion de nuestros ministerios es muy buena disposicion para dar la cuenta ajustada en el tribunal de Dios, como de

buena cuenta de sí el soldado que muere peleando; y por esto platicaba y confesaba en los últimos años de su edad como si fueran los primeros.

Una cosa sucedió por este tiempo que se tuvo por milagro y tiene aquí su lugar, y fué que una hija suya de confesion vino á confesarse con él con un dolor de cabeza que con dificultad se podia tener en pié; y como tenia tanto concepto de la santidad de su confesor, movida de su piedad, se llegó á su silla, y sin verlo el Padre, tomó la manga de su ropa y la puso sobre su cabeza pidiendo á Dios por sus merecimientos que le quitase aquel dolor; y fué cosa admirable que luego al punto se halló libre de él y con entera salud, de que dió muchas gracias á la Majestad de Dios y quedó con nuevo aprecio de la virtud de su confesor.

Esta misma persona, que hoy vive, padecia crudas guerras del demonio apareciéndole en figuras espantosas y dándole grandes tormentos; vino á favorecerse del P. Aguado, el cual le dió medios saludables con que desterró á Satanás en cuanto aquellas visiones formidables con que la solia espantar, pero no la libró de los tormentos que la daba, porque sin verla la atormentaba de manera que la dejaba señalada las más veces con tantas cicatrices y cardenales que atestiguaban la gravedad de los tormentos que la daba.

Viéndola el Padre afligida, la dijo que, si viniesen los demonios, les dijese de su parte que fuesen á su confesor; hízolo así, y ellos obedecieron, aunque forzados, á la voz del confesor, el cual llevó sobre sí los golpes que la habian de dar, tomando esta dura penitencia por librar de ella á su prójimo.

Estó duró algun tiempo hasta que adoleció el P. Aguado de la enfermedad de que murió, y cuando la buena mujer sintió venir al enemigo, como su confesor estaba enfermo, no se atrevió á decirle que fuese á él, y así, descargó su ira sobre la pobre de manera que la dejó casi muerta y tan rendida y quebrantada, que con dificultad se podia mover.

Tomó la pluma como pudo, y escribió en pocos renglones al Padre lo que pasaba, el cual la respondió de palabra, porque no podia escribir, que tuviese paciencia y se consolase, porque, en viéndose delante de Dios, que esperaba seria muy presto, acabaria su combate. No tardó veinte y cuatro horas de salir de esta vida, y la sierva de Dios nunca más padeció aquellas batallas, indicio manifiesto de que, en muriendo, fué á gozar de la presencia de su Dios.

Su muerte fué como la de los justos, preciosa en los ojos del Señor: ocasionóse de un corrimiento al pecho, el cual se le apretó, y le acabó en cuatro dias, á los 15 de enero de 1654, recibidos los santos Sacramentos, cercado de los religiosos, y haciendo fervorosos actos de amor de Dios.

Las últimas palabras que dijo fueron las del Psal. 88: *Misericordias Do-*

mini in aeternum cantabo anunciando, que desde aquella hora pasaba á bendecir á Dios con los santos y bienaventurados eternamente en el cielo.

El mismo dia que murió apareció á una hija suya espiritual con señales de glorioso, y le dijo cómo en el último trance se habia juntado el infierno, para impedirle el paso á la bienaventuranza; pero que, aunque le habian hecho guerra, los habia vencido, y pasaba por la misericordia de Dios á gozar de su vista para siempre. Y despues le apareció otra vez, consolándola y animándola en una grave afliccion, y dándole saludables consejos, como lo hacia en vida.

Confesóse tres horas antes de espirar, reconciliándose para morir como para decir Misa; y no fué mucho, pues todos los dias se reconciliaba para decir Misa como para morir.

Su muerte fué celebrada de sus hijos con lágrimas, por la pérdida de tal padre, y de los seglares con cánticos, trayendo la música de la capilla del rey para sus honras, y las mayores y más calificadas fueron la comun aclamacion del pueblo, predicándole y venerándole como á santo, que este nombre le dieron todos á boca llena, merecido por su inculpable vida y el porte de santidad tan constante que guardó en todas sus acciones desde el principio de su Religion hasta el último dia de su feliz tránsito.

Aplicáronle, y con razon, las palabras que canta la Iglesia del glorioso S. Francisco en la festividad de su dia: *Franciscus pauper et humilis coelum dives ingreditur, hymnis coelestibus honoratur.* Francisco, pobre y humilde entra rico en el cielo, honrándole con celestiales cánticos; porque todo se verificó en este último Francisco, tan imitador del primero, y como lo fué en la vida, quiso Dios honrarle como á él en la muerte, trayendo la nobleza de la corte, así eclesiásticos como seglares, para honrar su entierro y celebrar su memoria como de hombre santo, de vida ejemplarísima, despreciador del mundo y de sí mismo, en cuyo corazon sólo tuvieron precio las riquezas del cielo.

Tomáronse por escrito y de palabra varios testimonios de su santidad, de las personas más graves de la corte, y todas le llamaban *varon perfectísimo, apostólico, santo, ejemplo de religiosos, dechado de perfeccion y digno de ser escrito en el catálogo de los santos.*

Pero el mayor y más auténtico testimonio fué el que dió el pueblo, de su vida inculpable y entereza de costumbres, cuando cayó de su valimiento el conde duque de Olivares, porque, moviendo sus lenguas y cortando sus plumas contra el conde y contra todos sus ministros el vulgo, como atrevido y desenfrenado del freno que tuvo con su potencia, sin perdonar á criado, ni á valido, ni á ministro ó familiar suyo en quien no descargase su ira, diciendo

y escribiendo mal de todos; no hubo persona que con verdad ó con mentira, de palabra ó por escrito, en público ó en secreto hablase ó dijese mal del P. Aguado, habiendo sido su confesor catorce años, que ordinariamente suele ser la persona más inmediata á sus resoluciones y á quien se atribuyen sus órdenes y mandatos.

Pero el Padre se portó con tal prudencia y con tal desinterés y entereza en su oficio, que inmensos enemigos conjurados no pudieron hallar qué calumniarle ni en su vida, ni en sus costumbres, ni en su modo de proceder, ántes, reconociendo sus acciones tan ajustadas todas á la verdad y sinceridad, enderezadas al servicio y gloria de Dios, le publicaron por santo al mismo tiempo que no cesaban de murmurar y dar quejas de los ministros del conde; testimonio grande de su virtud, y de la integridad de sus costumbres, y pureza de su vida verdaderamente inculpable.

Demos gracias al Altísimo que le hizo tan perfecto; y pues fué ejemplo de santidad y dechado de religiosos observantes, pidamos á la Divina Majestad que nos dé parte de su espíritu para poder imitarle.

Su vida escribió sucintamente el P. Pedro de Vivero, Rector del Colegio Imperial de Madrid, y más extensamente el P. Alonso de Andrada, que la imprimió el año de 1658, cuatro despues de su muerte. Hace de el honorífica mencion el P. Felipe Alegambe en su *Biblioteca,* aunque con pocas palabras, por vivir á la sazon que la escribió.

P. ANDRADE.

P. JUAN DE GUADARRAMA

COMPARÓ Cristo nuestro Redentor el reino del cielo al grano de mostaza, porque siendo el más pequeño de las semillas, crece y descuella y se hace árbol en que hallan habitacion y pasto las aves del cielo, lo cual se verifica en los siervos de Dios, que siendo pequeños y desconocidos en la tierra, son grandes y estimados en los ojos de Dios, y descuellan en la virtud sobre los grandes del mundo, haciendo sombra y dando pasto saludable á los fieles.

Todo lo cual veremos cumplido en un siervo fidelísimo de Dios, que fué el P. Juan de Guadarrama, á quien trujo en estos años á la Compañía, pequeño en su nacimiento, más pequeño en su aprecio y grande en el de Dios.

Nació el P. Juan de Guadarrama en Fresnedillas, lugar del arzobispado de Toledo, no léjos del Escorial, y parece que desde la cuna le escogió Dios para singular siervo suyo, previniéndole desde niño con la inclinacion á la virtud y el aborrecimiento de los vicios como se conoció; pues desde su tierna edad como planta del jardin de Dios, empezaba á dar fragante olor de buen ejemplo á todos los de su edad, apartándose de juegos y travesuras de muchachos y gastando el tiempo útilmente en la iglesia en rezar y ayudar á misas y servir al culto divino, como escogido por la mano del Señor.

Aprendió la gramática en el estudio que los religiosos de S. Jerónimo tienen en S. Lorenzo el Real, y con las letras, las virtudes que resplandecian en sus maestros.

En siendo buen latino determinó estudiar ciencia, no para alcanzar honores y dignidades ni estimacion en el mundo, sino para servir á Dios y á los prójimos y hacerse apto ministro del Evangelio de Cristo.

Con tan santa y levantada intencion con que emprendió sus estudios, consultó con Dios muy despacio en la oracion á qué Universidad iria para lograr sus intentos, de manera que saliese con las letras y aumentase la virtud, porque son muchos los mozos que en las Universidades se pervierten, y por adquirir las ciencias pierden las conciencias y se acostumbran á los vicios.

Aunque conoció nuestro estudiante que eran más aventajadas las universidades de Salamanca y Alcalá para aprender las Artes y Teología que habia de estudiar, pero no le parecieron tan á propósito para adelantarse en el espíritu y crecer en la perfeccion, y anteponiendo ésta á aquéllas, teniendo noticia de la gran sabiduría y ejemplar vida del Dr. Martin Ramirez, varon admirable y de conocida santidad y espíritu que á la sazon leia cátedra de Prima de Teología en la universidad de Toledo, antepuso ésta á las demás y vino á ella el año de 1616.

Allí oyó Artes cuatro años y luego entró á ser discípulo del Dr. Martin Ramirez, no sólo de la Teología escolástica, sino tambien de la mística, que pertenece al aprovechamiento del espíritu, aprendiendo de su santo maestro las leyes de la perfeccion, aprovechando con igual cuidado en el estudio de las letras y en el de la virtud, la cual le enseñaba con la palabra y el ejemplo.

Mirábase el buen discípulo en él como en un espejo de perfeccion y santidad, y no fué mucho que de tan insigne maestro saliese en ambas facultades de la ciencia y el espíritu tan aventajado discípulo.

Acabada la Teología, aunque pudiera graduarse con ventajas en las ciencias que habia estudiado, no quiso recibir algun grado, juzgando que aquellos eran honores de mundo que no servian más que de estimacion de los hombres, la cual tenia debajo de los piés y sólo pretendia la honra y gloria de Dios.

Mirando, pues, á este blanco se ordenó de sacerdote y sacó licencia para predicar y confesar en su pueblo, adonde fué con un pequeño beneficio suficiente para sustentarse y poder servir á Dios.

Doce años gastó en su tierra dedicado al servicio de todos en el ministerio espiritual de sus almas, predicando y confesando á todas horas y personas, curando y sacramentando los enfermos, enseñando la doctrina cristiana á los pequeños y á los grandes, ejercitándose de dia y de noche en obras de piedad sin perdonar á cuidado ni á trabajo, teniendo por dulces las fatigas por el bien espiritual de sus prójimos, á los cuales edificaba más con el ejemplo de su vida que con las palabras, porque era muy callado y penitente.

Gastaba cada dia muchas horas en la oracion retirada con Dios; no le veian sino en la iglesia orando y trabajando en el bien de las almas ó en obras de piedad con los pobres y enfermos. Era ángel de paz para con todos, concordando los enemistados, socorriendo con limosnas á los pobres, consolando y curando los enfermos, sirviendo á todos con una alegría y afabilidad admirable; testimonio de su buena conciencia y de la paz que gozaba su alma, por lo cual era amado de todos como Padre universal de la patria.

Ocupado, pues, en tan santos ejercicios, le llamó Dios nuestro Señor para estado más perfecto, y para que saliendo de aquel pequeño charco, echase las redes en el mar alto del mundo y cogiese grande pesca de almas para Dios.

Sintió en sí un desprecio grande de todas las cosas del mundo y un deseo vivo de sacrificarse á Cristo y darle no sólo el fruto de sus obras sino el árbol de su persona, de su vida y voluntad, arrancándole de raíz de la tierra de su nacimiento, y trasplantándole en el paraíso de la Religion, para morir (como él decia) cercado de Religiosos y libre de todos los haberes del siglo; y como su vocacion habia sido siempre no sólo de buscar su perfeccion sino tambien la de sus prójimos, juzgando que la lograria en la Compañía de Jesus, cuyo instituto mira á este blanco en que se emplea con gran gloria de Dios y utilidad de los fieles, se resolvió á dedicarse en ella, y así pidió con toda humildad ser alistado en su milicia, siendo de treinta y seis años.

Recibiéronle en Madrid, adonde tuvo su noviciado, y vino tan labrada esta piedra de la cantera del siglo al templo de la Religion, que no se oyó martillo ni golpe en su pulimento, ni fué necesario escoplo ni buril para su labor, porque ajustó tanto al instituto y santa vida de esta Religion, como si hubiera nacido en ella, hallándose tan hallado con todos y todos con él desde el primero dia que entró, como si fuera profeso de muchos años y muy antiguo en la Religion, la cual, aunque por su instituto tiene dos años de noviciado, el nuevo novicio aprovechó tanto en breve tiempo ó por mejor decir, entró tan aprovechado, que pasó el pié adelante á muchos de los antiguos.

Viéndole tan aprovechado, los Superiores le sacaron del noviciado á los diez meses y le ocuparon en los ministerios con los prójimos, enviándole al colegio de Oropesa á leer gramática, á donde estuvo diez y siete años con sumo silencio y humildad, leyendo una cátedra de *Mínimos*, como si no tuviera talento para otra cosa, enterrados los aventajados que Dios le dió, juzgándose por indigno de aquel pequeño ministerio, hasta que plugo á la Majestad divina descubrir el tesoro de ricas prendas que habia depositado en su pecho, como descubrió los que encubrió tantos años S. Antonio de Pádua, para tanta gloria suya y provecho de las almas.

Porque faltando predicador para un sermon del colegio, el Rector le ordenó que supliese aquella falta, y el humilde y obediente Padre cumplió su mandato con tanta satisfaccion, que admiró á los oyentes y edificó á todos con su santa doctrina; y reconociendo el buen talento que tenia encubierto, le ordenaron que predicase, y lo hizo el tiempo que le duró la vida con gran fruto de las almas.

Pero ¿qué lengua podrá decir el caudal de altas virtudes que alcanzó en la Religion y los progresos que hizo en ella hasta llegar á la cumbre de la perfeccion? Porque lo primero tomó tan á pechos la observancia de las constituciones y reglas de la Orden, que no se le notó la más mínima falta en ellas en todo el tiempo que vivió; y es mucho, porque son muchas y muy menudas las que profesa la Compañía; y así, le tenian por la regla viva de S. Ignacio, y decian que para aprender á ser observantes, mirasen al P. Juan de Guadarrama, porque era la misma observancia y un espejo vivo de perfeccion, y no sólamente las reglas escritas, pero las órdenes y muestras de la voluntad del Superior observaba y obedecia con la misma puntualidad que si fueran obediencias expresas, so pena de pecado mortal.

Buena prueba es de esto lo que le sucedió varias veces, y fué que por yerro tocaron á leccion cuando no la habia de haber y otras veces los estudiantes por ocasiones de regocijos no vinieron, pero el obediente maestro sin atender más que á la obediencia de la voz que le llamaba, obedecia y bajaba como si fuera voz de Dios, y se estaba en el aula solo todas las dos horas, haciendo lo que le mandaban, con tanto gusto y consuelo como si tuviera mil discípulos á quien leer, porque no miraba á lo que hacia sino por quien lo hacia, que era por servir á Dios; y como juzgaba que cumplia su voluntad en aquello, quedaba tan satisfecho como si hubiera hecho las obras más heróicas que pudiera hacer.

Estando enfermo abrasándose de calenturas, le dijo un Padre que se enjuagase para aliviar aquel ardor; vino en ello el enfermo, mas al tomar el vaso reparó que podria tragar alguna gota de agua y quebrantar la regla, que man

da que ninguno beba sin licencia del Superior, y no se atrevió á enjuagarse por no ponerse á riesgo de quebrantar la regla en una gota de agua. ¡Oh cuán léjos estaria de traspasar la obediencia en cosa que fuese mayor, quien estando enfermo en esto reparaba!

Nunca propuso ni replicó á cosa que le mandasen, ni habló palabra en contrario, ni tuvo juicio diferente de lo que ordenaba el Superior; en tocando la campana á cualquiera obediencia, dejaba la letra comenzada y partia á lo que llamaban; si alguna vez dudaba de la voluntad del Superior, le preguntaba su sentir, y le obedecia á la primera seña con toda puntualidad.

La pureza de su alma fué angelical cual lo mostraba la compostura exterior del cuerpo, con tal modestia que componia y edificaba á cuantos le miraban, y sólo con la vista movia á devocion; nunca alzó los ojos á mirar el rostro de alguna mujer, y confesando muchas, á ninguna conocia sino por la voz.

Cuatro años habia estado en el colegio de Oropesa, y con estar las aulas de gramática en un patio, no sabia más que á la suya; y convidándole á unas conclusiones, fué necesario que le enseñasen al aula donde se hacian. Nunca pedia licencia para salir de casa ni salia sino por obediencia á los ministerios que le enviaban, pero no era mucho que no saliese de casa quien guardaba su aposento de manerà que nunca salia de él, sino era por obediencia ó á cosas precisamente necesarias.

Nunca le vieron ni en la huerta ni en el patio, y ménos por los tránsitos; siempre vivia recogido en su celda, teniéndola como enseña S. Bernardo, por cielo, adonde moraba con Dios y con sus ángeles, siempre alabándole y bendiciéndole con obras y palabras; y cuando salia de esta oficina de santidad, salia tan encendido en el fuego del espíritu, que sus palabras eran llamas de un dulcísimo fuego, que inflamaban las almas en el amor de Dios; porque todas sus palabras eran santas y de las cosas del cielo.

Esta pureza y angélico trato aseguraba con asperísimas penitencias: traia el cuerpo ceñido con una cadena ancha de púas, que no se quitaba ni de dia ni de noche, ni en salud, ni enfermedad, ni caminando á pié muchas leguas, en el ministerio de las misiones.

Las disciplinas eran cotidianas, por espacio de media hora hasta derramar sangre; su cama era una tabla ñudosa y desigual; por almohada una piedra ó un madero; nunca se desnudaba, aunque estuviese sudado de los sermones ó mojado de los caminos.

Aconteciόle, andando en mision, cogerle la noche en despoblado, y pasar en el campo lloviendo recísimamente toda la noche, calado sobre los charcos de agua, y llegar á la mañana al pueblo, y por grande regalo recostarse

en una tabla, sin mudarse ni enjugarse, padeciendo aquella mortificacion por amor á Dios con alegría admirable.

Su comida era un ayuno continuado, comiendo una vez al dia, y á la noche tomaba una ligera colacion; el sueño de tan pocas horas, que apénas bastaba al descanso forzoso para sustentar la vida; pasaba horas enteras en oracion en cruz, ó cosida la boca con la tierra: nunca se arrimaba, y en todo hallaba mortificacion, y todas estas penitancias continuaba en el trabajo infatigable de las misiones, predicando dos y tres sermones al dia, y confesando mañana, tarde y noche: su vestido era pobrísimo, siempre roto y remendado, lo más desechado de la casa; y para que se mejorase en algo, era forzoso mandárselo por obediencia.

Su oracion se puede con verdad decir que era continua, porque siempre tenia á Dios á la vista, orando con el alma, y obrando con el cuerpo; el rezo divino rezaba siempre de rodillas, y el Rosario de nuestra Señora, de quien era devotísimo, y otras muchas devociones que tenia, y los exámenes de la conciencia á mediodia, y á la noche, segun la regla de la Compañía.

Era tan exacto en estos ejercicios espirituales, que si le cogia fuera de casa ó en las misiones la hora de examinar la conciencia, miraba poco mas ó ménos el tiempo en que tocaban á ellos en los colegios, y se recogia en la iglesia, ó en el aposento, ó sinó dentro de sí mismo, y hacia su exámen de la misma manera que si se hallara en las casas de la Compañía.

Toda su conversacion era en el cielo, y su gusto en las cosas espirituales; y habia perdido tan de raíz el de las cosas del mundo, que ni haciéndose fuerza podia tomarle en ellas, y así nunca iba á jardines, ni á recreaciones, por honestas que fuesen, y mucho ménos á músicas, diálogos ó fiestas, porque no gustaba de ellos, sino como los bienaventurados de vivir y estar con Dios, alabándole y bendiciéndole siempre como ellos.

De aquí le nació la extremada pobreza con que vivió siempre, sin tener en su aposento más menaje que una silla de costillas, una pobre mesa, una imágen de papel, el breviario y dos libros, uno espiritual para alimento de su alma, y otro de casos morales para el provecho de los prójimos.

Con este espíritu de pobreza salió del colegio de Oropesa á predicar por los pueblos, y evangelizar á los fieles apostólicamente, á pié, con su breviario para rezar, y algunos premios para dar á los niños en las doctrinas: y aunque personas devotas le ofrecieron dineros para ir con algun alivio, nos los quiso admitir por no menoscabar la firme confianza que tenia en la providencia de Dios.

Vivia en los hospitales con los pobres mendigos de buena voluntad, sustentándose como ellos de limosnas, y como al principio no era conocido, en

muchas partes no le querian admitir, y se hallaba forzado á quedarse en los portales de las iglesias por no haber hospital; tan cortos y pobres eran los lugares en que andaba, creciendo el gozo de su espíritu al paso que crecian las ocasiones de padecer por Dios.

De tanto malpasar se le abrieron unas llagas en las piernas, que llevó con igual paciencia y alegría. De esta manera discurrió por los obispados de Avila, Plasencia y Toledo, con gran fruto de los fieles, porque predicaba como un Apóstol, siempre al alma, ponderando la gravedad del pecado, la brevedad de esta vida, y la eternidad de la otra; pero la mayor exhortacion era el ejemplo de su santa vida, con que admiraba y edificaba los pueblos.

Movido de su grande opinion el Arzobispo de Toledo, D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, le envió sus letras patentes para que discurriese por todo su distrito, y concedió ochenta dias de indulgencia á quien se confesase con él; pero el humilde siervo de Dios nunca publicó esta gracia, temiendo la estimacion que de ella le podia resultar.

Hizo conversiones admirables y padeció mucho por la honra de Dios. En Oropesa un discípulo suyo, instigado del demonio por el castigo que le dió, alzó la mano y le dió una bofetada, y el santo varon sin alterarse, se hincó de rodillas y volvió la otra mejilla para que le diese otra, pidiéndole perdon como si fuera el agresor, y puso todo cuidado en que no se supiese aquel suceso, así por el que le habia cometido, como por la estimacion que le podia venir á él.

Discurriendo por el arzobispado de Toledo, quitó una ocasion de grave escándalo á un hombre poderoso, el cual salió de sí con el enojo, y tomado de una furia infernal, juró que habia de matar al Padre si no le volvia la mujer que le habia quitado.

Con esta resolucion vino una noche al hospital donde se albergaba, lleno de armas para la ejecucion, quebrantó la puerta con violencia, y hallóle de rodillas en oracion: volvió el siervo de Dios la cabeza sin alterarse ni moverse, y díjole con mucha paz: «No saldrá con la suya el demonio esta vez, venga Vm. muy enhorabuena, que el que le redimió me le trae para mucho bien de su alma: espere un poco, que ya voy;» y continuó su oracion por un cuarto de hora.

Aquel caballero estuvo como yerto en su presencia, y le cobró tal respeto y temor, que en levantándose el Padre se arrojó á sus piés temblando, y tan deshecho en lágrimas, que no podia formar palabra, sirviendo los ojos de lengua para manifestar su contricion.

Levantóle del suelo el siervo de Dios, consolóle, y animóle, y gastó aquella noche en confesarle generalmente, y darle saludables consejos para vivir

en adelante; y el que era el escándalo del pueblo, fué la edificacion de todos.

En otro lugar del obispado de Plasencia estaba hospedado en casa de un hombre piadoso, y á las doce de la noche, en el corazon del invierno salió de su aposento, y pidió que le abriesen la puerta de la calle; no se atrevió el huésped á preguntarle para qué, por el respeto con que le miraba, como á varon alumbrado con luz superior del cielo.

Salió con presteza al campo, y el huésped siguiéndole á larga distancia, entró por un sembrado; y habiendo caminado un cuarto de legua, llegó á un pastor que estaba mal herido de la pendencia que habia tenido con otro, y llegándose á él, le animó y exhortó á confesarse, porque estaba muy cerca de dar cuenta á Dios de su vida.

Creyó al Padre, y confesóse con muestras de grande contricion, y dentro de poco tiempo dió su espíritu al Señor en manos del buen P. Guadarrama, el cual con ayuda de su huésped le llevó al lugar, no rehusando este trabajo por usar con él de piedad, y le hizo enterrar en sagrado, diciendo Misa por su alma, con admiracion del pueblo, reconociendo que moraba Dios en él y que le revelaba estos secretos para bien de las almas en el fervor de su oracion.

El crédito que alcanzó con el celo de su espíritu y con el ejemplo de su santa vida, fué tan grande, que los que más le conocian afirmaban que no creciera en su estimacion, aunque le vieran hacer muchos milagros, porque ninguno tenian por mayor que el porte tan igual de tan relevantes virtudes, sin descaecer un punto en su fervor.

Y fué de suerte, que hallándose en Llerena á la sazon que toda la comarca estaba inficionada de pestilencia, y no entrando en aquel lugar, todos lo atribuyeron á tener en él al P. Juan de Guadarrama, varon santo, y que como tal habia sido su ángel de guarda para librarles de la peste.

De esta estimacion nació el deseo que tuvo el Cardenal de Toledo de llevarle por su confesor, y el que tuvieron los Obispos de Avila y Plasencia de tenerle consigo, y mucho más los condes de Oropesa, á cuya instancia estuvo tantos años en sus tierras, asegurando por sus méritos alcanzar muchas mercedes de Dios, hasta que la Religion recabó su beneplácito para llevarle á Madrid, adonde como en patria comun le gozasen todos.

En aquel mar de ministerios se engolfó de manera con el celo y sed que padecia de las almas, que se encargó del hospital general, donde suele haber seiscientos pobres, y de hacer las doctrinas en las plazas, y las pláticas muchas veces cada semana, y de enseñar la doctrina cristiana á los niños en las escuelas, y de confesarlos, y á los hombres y mujeres que acudian al colegio, que eran muchos, y juntamente tomó á su cuenta algunos conventos de monjas y las tres cárceles que hay en la corte.

Todo le parecia poco para el ánsia que tenia de servir á Dios y á sus prójimos; y como el trabajo sobrepujó á las fuerzas, vinieron á faltarle, y cayó enfermo de tan recia enfermedad, que en breves dias desató el alma del cuerpo, y lleno de merecimientos pasó al cielo á recibir el premio de sus trabajos, con la misma opinion de santo que siempre habia tenido.

Su dichosa muerte fué en el colegio nuestro de Madrid á 9 de noviembre de 1655, de cincuenta y seis años de edad y veinte de Religion, y muchos más de aprovechamiento y ejemplo.

Su vida escribió el P. Diego de Celada, Rector á la sazon de aquel colegio, de donde la copió el P. Fr. Alonso Ramirez de Zayas, y la puso en el libro que imprimió *De la vida del Dr. Martin Ramirez*, adonde le da renombres de *Santo y de varon apostólico, digno de toda veneracion.*

P. ANDRADE.

P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG

I

Su patria, padres, nacimiento y su infancia.

NACIÓ el P. Juan Eusebio en Madrid, corte de los reyes de España, el año de 1595, de padres nobles, alemanes, criados de mucha valía de la emperatriz doña María de Austria, hija del emperador Cárlos V y mujer del emperador D. Maximiliano de Austria el II, la cual los trajo consigo cuando volvió á España por el amor que les tenia y la estima de su fidelidad y personas.

Su padre se llamó Gotfrid Nieremberg, y su madre Regina Otin, y fué camarera de la emperatriz, y aunque fueron nobles por su sangre, lo fueron mucho más por sus virtudes, porque ambos eran temerosos de Dios, de vida inculpable, religiosos para con Dios, devotos del culto divino, frecuentaban los santos Sacramentos, eran piadosos para con los pobres, gastando buena parte de su hacienda en limosnas y en medicinas para curar á los necesitados, las cuales aplicaban con sus propias manos, como si vieran en los pobres á Cristo, que tal habia de ser el árbol que habia de dar tal fruto de bendicion y santidad á la Iglesia de Cristo.

Tuvieron una hija á quien llamaron María, por la singular devocion que tenian á la Santísima Vírgen María nuestra Señora, á quien criaron en el temor del Señor, instruyéndola en todo género de virtudes, así de devocion para con Dios y sus santos como de piedad para con los pobres, y la mayor persuasion era el ejemplo que le daban con su santa vida, que no hay más eficaz sermon para los hijos que la santa vida y el buen ejemplo de sus padres, el cual siguen mucho más que sus palabras, como se vió en esta doncella, la cual siguiendo el ejemplo de sus padres, lo más del tiempo gastaba en hacer medicinas para los pobres y en curarlos, servirlos y socorrer sus necesidades con limosnas.

Era inclinadísima á todo género de virtudes y un dechado de humildad y honestidad de santas doncellas, y parece que le robó á Dios los ojos la pureza de su alma, porque en la flor de su edad la cortó de las espinas del mundo para trasplantarla en el jardin de los cielos con el sentimiento que se deja entender tendrian sus padres, quitándoles una hija sola que tenian, heredera de su casa, tan digna de ser amada por sus virtudes; aunque como santos se conformaron con la voluntad de Dios, el cual los consoló dándoles prendas ciertas de su gloria, porque á la hora de su muerte se vieron bajar del cielo compañías de almas de los pobres á quien habia servido con tunicelas blancas, como los vió S. Juan en su *Apocalipsis* y con luces encendidas en las manos, los cuales cercaron su cama, y en espirando, la acompañaron al cielo, adonde entró triunfando, celebrando su gloria los espíritus angélicos, que de esta manera premia Dios á los limosneros.

Quedaron los padres de nuestro Eusebio consolados con la gloria de su hija, pero solos y como huérfanos con su ausencia; y aunque perdieron su compañía, no perdieron las esperanzas de recuperarla en algun hijo que le diese Dios para su alivio y consuelo, como le dió siete á Job en premio de su paciencia siendo de mucha edad, creyendo que como dice el Arcangel S. Gabriel no hay cosa imposible á la mano poderosa de Dios, y en especial Regina tenia esta esperanza viva dentro de su corazon; y aunque tenia á esta sazon cincuenta años, y su marido más edad, confiaba en la misericordia de Dios que los habia de consolar dándoles un hijo que fuese la honra de su casa y el alivio de su vejez.

Con esta intencion hizo largas novenas por espacio de un año á una devota imágen de Cristo crucificado que está en la parroquia y convento de S. Martin de Madrid, visitándole cada dia, haciendo decir Misas, orando y clamando á la Majestad de Dios por la sucesion de su casa.

Acompañó sus oraciones con muchas limosnas, ayunos y penitencias, son las que dan fuerza á la oracion; y como otra Ana, madre de Samuel, cu-

ció á Dios consagrar el hijo que le diese á su servicio desde su primera edad.

Y porque no faltase la intercesion de la Santísima Vírgen, que es la poderosa para con Dios, hizo las mismas novenas el dicho año á una muy devota imágen suya que está en el hospital real de la Inclusa adonde crian los niños expósitos, y á devocion suya tomó uno y le crió en su casa como si fuera hijo suyo; llamábase Enrique y era huérfano de padre y madre, pero la buena Regina le recibió como si se le hubiera dado la misma Vírgen por su mano, criándole aquel hijo porque le diese un hijo para consuelo de su casa.

Estos medios puso la devota Regina para alcanzar de Dios la merced que pretendia, y no le salieron vanas sus esperanzas, porque la divina bondad oyó sus ruegos y aceptó sus limosnas, y se movió con sus ayunos y penitencias y dió buen logro á sus deseos, concediéndole un hijo que valiese por muchos hijos y que fuese más hijo de la gracia que de la naturaleza, porque segun los fueros naturales, siendo de tan crecida edad estaba imposibilitada de tenerle.

Y estando una noche en su cama le apareció la santa imágen del Crucifijo como estaba en el altar de S. Martin y la consoló, diciéndole que sus deseos eran cumplidos, pues tenia un hijo en sus entrañas que seria honra de su casa y santo, si no no le apartaba de sí, pero que si le alejaba, seria prosperado de los bienes temporales y malograria sus años. Y diciendo esto, se le mostró en un caballo, herido de una bala pasando un rio, profetizándole la muerte que habia de tener.

Hizo tal impresion en su corazon esta vision, que sin poder más prorrumpió en afectos de agradecimiento y gozo, con tales voces y gemidos de dulces lágrimas, que su marido despertó, y preguntándole la causa de su alborozo, le contó lo que habia visto y oido de la boca de Cristo nuestro Señor, pero él lo tuvo por sueño y no dió crédito al oráculo divino, como no le dió Zacarías á la concepcion de su hijo S. Juan, porque se pareciese en esto como en otras virtudes nuestro Juan al primero Juan, naciendo como él de madre anciana, y segun la edad, estéril, hijo de oraciones, ayunos, limosnas, lágrimas y penitencias, que este principio tienen las fuentes que riegan el vergel de la ciudad de Dios, sellándolas el cordero desde su orígen y nacimiento con los dones celestiales de su gracia.

La madre se sintió desde aquel dia preñada, y cumplidos los nueve meses parió el hijo deseado y anunciado del mismo Cristo en la cruz, como quien habia de ser tan devoto de ella y llevarla todos los dias de su vida con admirable paciencia, llamándole Juan y Eusebio, pronosticando que habia de tener la gracia de ambos santos, de S. Juan, la penitencia la predicacion y el

celo de las almas, y de S. Eusebio la sabiduría y constancia en defender las verdades católicas y alumbrar el mundo con la luz de su doctrina.

Mostró ambas á dos cosas desde la cuna, en la cual le hallaban ordinariamente hecha la cruz con los dedos y sonriéndose con ella, denotando el alegría con que la habia de llevar toda su vida. Fué siempre de muy blando natural, muy dócil y muy inclinado á la virtud, con la sangre heredó la piedad de sus padres para con los pobres, partiendo con ellos la merienda y los regalillos que le daban.

Asistíale en su niñez aquel pobrecico Enrique que criaban de limosna, y más le servia de cruz que de compañía, porque era travieso y atrevido; y como si fuera su hermano mayor le maltrataba y le mandaba con más imperio que si fuera su amo, lo cual llevaba el buen Eusebio con admirable paciencia en aquella tierna edad, en la cual dió muestras de lo que despues habia de ser, porque se retiraba al oratorio de su casa y á los aposentos retirados á rezar, en el tiempo que los otros niños de su edad se iban á jugar y entretener como muchachos.

Gustaba mucho de oir Misas, servir á los altares, estar en los Oficios divinos y en los sermones, con la atencion que pudiera si fuera de mucha edad; y lo que aprovechó en esto se puede colegir por lo que ahora diré.

Siendo de seis años comenzó á reparar, cómo unos nombraban á Dios y otros á Cristo, siendo ambos Dios. Con este pensamiento anduvo muchos dias sin hallar salida á su dificultad, hasta que, sacando agua de un pozo levantó los ojos al cielo y recibió una luz superior que le arrebató el espíritu y le ilustró el entendimiento con un conocimiento grande de la grandeza de Dios y de lo que era Cristo, Dios y hombre verdadero.

Desde aquel punto se inflamó su alma en el fuego del amor de Dios, y la persona de Cristo de tal manera, que no le podia apartar de su memoria ni dejar de amarle con su voluntad, y este entendimiento le duró toda la vida, siempre que se acordaba de la ilustracion que entónces habia tenido, que es indicio manifiesto del amor que tuvo á Dios desde su primer principio.

II

De sus estudios y vocacion á la Compañía.

Cuidadosos sus padres no ménos de sus aumentos espirituales que de los temporales, luego que tuvo edad, le enviaron á estudiar latinidad y letras humanas al colegio Imperial que la Compañía tiene en la corte, con designio

que aprovechase en la virtud con la buena educacion de los religiosos y en las letras con su enseñanza.

En ambas cosas hizo tan grandes progresos con su buena inclinacion y su feliz ingenio, que se aventajó á todos sus condiscípulos, siendo ejemplo de virtud y lustre de los estudios en que salió tan aventajado como lo declaran sus eruditos libros; y para mayor aumento le dieron ayos de toda satisfaccion así en la vida como en la ciencia, que no son de ménos importancia á la juventud que los maestros, tratándolos tan continua y tan inmediatamente, con que en aquella tierna edad beben sus costumbres y se impresionan de sus ejemplos.

Los que tuvo nuestro Eusebio fueron tales que le aprovecharon mucho para todo, y el uno fué religioso del Cármen Descalzo, adonde vivió y murió con opinion de santidad, y el otro fué catedrático de Filosofía y Teología y canónigo en Alcalá, y colegial mayor en Salamanca y Obispo de Cartagena de las Indias, tan ejemplar como docto y tan docto como ejemplar, y en la hora de la muerte recibió el hábito de la Compañía, para ser en la muerte religioso el que siempre lo fué en la vida.

Estos ayos y maestros tuvo este santo varon en su juventud, de quien no sabremos decir si le aprovecharon ellos á él ó él á ellos, con los ejemplos que les dió de virtud para hacer en ella tales y tan grandes progresos.

Saliendo, pues, tan eminente en las primeras letras, le enviaron sus padres á la Universidad de Alcalá, y despues á la de Salamanca á estudiar ciencias mayores, pero en lo que más se esmeró fué en la de las virtudes, verificándose en él lo que dice S. Lúcas de Cristo, que al paso que crecia en edad, crecia en gracia y santidad para con Dios y los hombres, porque en los otros parecia adquirida la virtud y en nuestro Eusebio connatural, y que habia nacido con él la modestia, el silencio, la honestidad, la cordura de anciano en la mocedad, la piedad para con los pobres, el sufrimiento, la paciencia, la templanza en la comida, el recogimiento y la aplicacion á las letras, el respeto á sus maestros, la devocion, oracion y la frecuencia de los santos Sacramentos, que en todo era una idea de un estudiante perfecto.

Todo su gusto era tratar con religiosos y leer buenos libros, oir sermones y pláticas espirituales, huir de malas compañías y conversar con los buenos y virtuosos, que es medio importantísimo para aprovechar en la virtud y no despeñarse en vicios, de que es buen testigo el caso que se sigue.

Cuando sus padres le enviaron á Salamanca á estudiar cánones y leyes, puso grande cuidado en buscar compañeros virtuosos que le ayudasen con su buen proceder á sus santos intentos, para lo cual puso los ojos en dos caballeros de su porte, hijos de un consejero del rey, de cuya virtud estaba muy satisfecho, porque los habia tratado en sus estudios.

Hizo sus diligencias para lograr sus deseos, pero no alcanzó lo que pretendia, porque aquellos caballeros aunque estimaban su persona, no se inclinaban á tener más compañeros. Sintió esto el siervo de Dios, juzgando que perdia grande ocasion de vivir con quietud y aprovechar en las letras y el espíritu, y no le habiendo valido las diligencias humanas apeló á las divinas.

Como era tan devoto de la Santísima Vírgen, acogióse á su favor y amparo, y fué á su santa imágen de la Inclusa, de quien se valió su madre para tenerle por hijo, hincóse de rodillas en su presencia y rogóle con larga oracion y muchas lágrimas que le hiciese aquella merced de darle los compañeros que deseaba, pues le importaban tanto para su espíritu.

Oyóle la beatísima Vírgen que le amaba como á hijo, cumplió su deseo tan cumplida y felizmente, que en acabando su oracion, al salir de su capilla halló un criado de los dichos caballeros que le dijo de su parte, cómo estaban muy gustosos de llevarle por compañero, y que dispusiese luego las cosas para partir con ellos.

Su gozo fué igual á su deseo oyendo tan buena nueva, y reconociendo que era merced que le hacia la Santísima Vírgen, volvió á entrar en su capilla á darle las gracias por ella, con grande afecto de servirla.

Partió á Salamanca con sus buenos compañeros, con los cuales entabló una vida más de monjes penitentes que de estudiantes del siglo; porque todos eran de un mismo intento declarados por el bando de la virtud, sin recelarse el uno del otro, que en el siglo suele ser grande impedimento, ántes como los querubines que vió Ezequiel llevar el trono de Dios, incitándose el uno al otro, se incitaban á las obras de virtud.

Hicieron su distribucion de tiempo, repartiendo el que les quedaba del estudio en las obras de virtud, señalando horas para la oracion mental, horas para la vocal del Rosario y horas de nuestra Señora, horas para la leccion espiritual, para la Misa, devociones y otros ejercicios santos, para ir á los hospitales á servir á los pobres.

Tenian sus dias y tiempos señalados para tomar disciplina y para traer cilicios, sus dias de ayuno cada semana, sus confesiones y comuniones á menudo, y sus gustos y entretenimientos eran siempre tratar de cosas espirituales, y conversar con los religiosos más ejemplares y de más santa vida.

Tal era la que entónces hacian, cual pluguiera á Dios la hicieran todos que estudian, y de tales principios ¿qué se pudo esperar sino tan gloriosos fines como todos tuvieron? Los dos entraron en la Compañía, y el uno pasó á las Indias adonde ha trabajado y trabaja apostólicamente en la conversion de los infieles y provecho de las almas, cuyo nombre callo por vivir como esto escribo.

Por este tiempo cumplidos los diez y seis años, le visitó nuestro Señor con una gravísima enfermedad que le duró tres meses, padeciendo vehementísimos dolores en todo el cuerpo, sin poderse valer de las manos ni de sus miembros para moverse de una parte á otra; mas como el corazon quedó libre, nunca le apartó de Dios, amándole con todas sus fuerzas, aceptando aquella enfermedad como don de su divina mano, y sufriéndola por su amor, en memoria de su Pasion y satisfaccion de sus pecados.

Pagóle Su Divina Majestad su paciencia y conformidad con su santa voluntad, dándole un don de lágrimas que le duró toda la vida; porque, estando descuidado, le sobrevino de repente un ímpetu de amor divino y con él un arrepentimiento de sus pecados, con dolor intensísimo de haber ofendido á tan buen Dios, que sus ojos se hicieron dos fuentes de lágrimas, tan abundantes, que bañaron las almohadas de la cama, como si las hubieran metido en agua, y en su corazon quedó un aborrecimiento al pecado, que quisiera morir ántes mil muertes que cometerle. Y como se dice de S. Pedro, que siempre que se acordaba de su negacion, derramaba arroyos de lágrimas, lo mismo le sucedió á nuestro Eusebio, porque desde aquel dia que Dios le hizo esta merced, siempre que se acordaba de ella y de los pecados con que le habia ofendido, derramaba arroyos de lágrimas con entrañable contricion de su alma.

Imprimióle Dios (como él confiesa en los apuntamientos que hizo de las mercedes que recibió de su mano) tres conocimientos en esta ocasion, que fueron como tres fundamentos para el edificio de perfeccion, que levantó despues en el discurso de su vida: el primero fué de la fealdad y gravedad del pecado, de que cobró tal horror, que no quisiera ser nacido por no verse en peligro de pecar. El segundo, del conocimiento propio de su miseria y vileza, que le importó mucho para lastre de su humildad y no envanecerse con tantas y tan grandes mercedes como el Señor le hizo. El tercero fué de su infinidad y grandeza, en que se anegaba sin hallar pié, ni fondo, ni medida á su inmensidad.

Y como testigo de vista, puedo certificar que le oí algunas veces hablar de esta materia con tal ponderacion, que parecia salir de sí, y enagenarse de sí mismo, contemplando aquel infinito bien, sin principio ni sin fin, anegado y sumido en el abismo de su ser, con que se encendia en su amor, y todo le parecia nada cuanto hacia en su servicio, clamando á los cielos y pidiendo á los ángeles y santos y á todas las criaturas, que alabasen, y bendijesen, y engrandeciesen á tan grande y sumo bien.

Este fruto sacó de aquella enfermedad, y estos cimientos echó de edad de diez y seis años en el edificio de la perfeccion; tres estuvo en Salamanca con

los compañeros referidos, haciendo la vida que se ha dicho; y cuando llegó á los diez y nueve de su edad, le dió deseo Dios de hacer unos Ejercicios en la Compañía, con designio de resignar más su espíritu, y gozar aquellos dias á solas de Dios.

Pero Su Divina Majestad que le habia escogido para ministro suyo en nuestra santa Religion, le trajo por este medio á ella, porque en estos Ejercicios le llamó para su milicia, dándole continuas voces para que dejase el mundo y cuanto en él esperaba, y se dedicase todo á su servicio.

Tuvo en esto mucho que vencer, porque, aunque estaba tan prendado del amor de Dios, pero tambien le tiraba el de sus padres, viéndose único y heredero de sus bienes; y el demonio que temia la guerra que le habia de hacer en la Religion, atizaba el fuego, representándole vivamente el dolor y sentimiento que habian de tener sus padres, la ruina de su linaje, que todo estribaba en él; la esperanza de un título, que un tio suyo de gran puesto en Flandes y valimiento con el rey, le habia ofrecido darle, las dificultades en que entraba y la quietud y tranquilidad con que servia á Dios en el siglo, que no era la menor cadena para detenerle en él y estorbarle la Religion.

Acometido, pues, de estos combates el nuevo soldado de Cristo, padecia grandes angustias y queria y no queria, deseaba y no sabia cómo determinarse á lo que más le convenia. Salióse al campo solo, y dió voces á Dios y á sus santos, pidiéndoles favor y consejo en su duda; y estando á solas pensando lo que habia de hacer, se acordó de la vision que habia tenido su madre antes que naciese, y se la habia referido; y mirándose pasado con la bala como se le mostró Cristo si se alejaba de ella, temió su perdicion, que le amenazaba en la opulencia del siglo, y se resolvió á tomar estado religioso, consagrándose á Dios en el ara de la Religion.

Pero luego le salteó otra duda, y fué en cuál Religion habia de hacer á Dios este sacrificio; porque, como era tan dado á la oracion, se inclinaba mucho á las Religiones monásticas, que profesan el retiro, y la soledad, y el coro, en que alaban á Dios; tambien se inclinaba á la Compañía, cuadrándole su modo de vida, y la paz, y perfeccion que profesa.

Para salir de esta duda, se fué á la Santísima Vírgen, y con todo el afecto de su alma se puso en sus manos, suplicándole que le alumbrase para escoger el estado en que más habia de servir á su Santísimo Hijo.

La Reina del cielo le oyó y le dió clara luz de que era su voluntad que entrase en la Compañía, y que perseverase en ella todos los dias de su vida, y allí se resolvió de ejecutar su mandato, y abrazar la cruz de Cristo en esta santa Religion, haciendo en ella á Dios holocausto de sí mismo.

Tomada esta resolucion, hizo dos cosas: la primera fué dar parte á un

compañero suyo de su determinacion, y de las razones que tenia para ella, persuadiéndole que le siguiese y asegurase su partido, que corria tan grande riesgo en el siglo.

Sus palabras fueron tan eficaces, que el compañero se convenció con ellas y vino con él á la Religion, y ambos fueron recibidos en un dia, comenzando desde luego á traer almas á Dios, como lo habia de hacer despues; y el que trajo consigo fué varon espiritual y grande obrero en la viña del Señor, y fué predicador del rey D. Felipe IV nuestro señor.

La segunda cosa que hizo fué dar sus vestidos á Enrique, el huérfano, á quien criaron sus padres de limosna y le tenia consigo, pagándole los disgustos y malos dias que le habia dado con este beneficio; que este pago dan los siervos de Dios por agravios, á imitacion de Cristo.

Hecho esto, pidió con mucha humildad entrar en la Compañía, y fué recibido en ella en el colegio de Salamanca año de 1614 á 2 de abril, teniendo diez y nueve de edad, y muchos de virtud y prudencia, con igual júbilo suyo y de nuestros religiosos, por tener tal prenda, de quien se prometieron desde luego gloriosos aumentos en honra de toda la Religion.

III

Los combates que padeció de su padre y parientes, y los progresos de su noviciado, hasta ser incorporado en la Religion.

Luego que supo su padre la determinacion de su hijo, mostró grande sentimiento de ella, porque tenia resuelto de enviarle á Flandes con su tio el maese de campo, persona de gran puesto (como dijimos), igualmente valido del emperador de Alemania y del rey de España, rico y poderoso, y que le deseaba hacer heredero de sus bienes; y como el padre vió frustrados sus intentos, sintiólo grandísimamente; dió grandes quejas de la Religion por haberle recibido; habló á la infanta Sor Margarita de Cruz, hija de la emperatriz y á su confesor, y no hallando el despacho que deseaba, sacó un Breve del Nuncio para ponerle en libertad, esperando por este medio reducirle á su casa.

La madre, que le habia ofrecido á Dios desde su concepcion y se acordaba de lo que nuestro Señor le habia dicho, llevó mejor la entrada en la Religion, esperando por este medio el cumplimiento de la promesa de Cristo, que si quedaba en España seria santo; mas el padre, con peor acuerdo, llevado de su pasion pasó adelante en sus intentos, y con el Breve del Nuncio sacó á su

hijo del noviciado de Villagarcía, adonde estaba, y le trajo á Navalcarnero a la residencia que tiene allí la Compañía.

El buen Eusebio sintió, como cuerdo, los sentimientos de su padre, y en tan pocos dias habia echado tan hondas raíces en la Religion, que arrancándole por fuerza de ella, trajo consigo un pedazo de la puerta de su aposento, como el árbol arraigado trae consigo la tierra en que se plantó, y dijo: «Esta astilla llevo como reliquia de esta santa casa, y hago oferta á Dios de volverla yo mismo como la llevo.»

Llegado á Navalcarnero, le pusieron en una casa seglar, si bien para él fue de Religion, porque guardó en ella sus reglas y distribucion como si estuviera en el noviciado. Aquí fué grande la batería que padeció de su padre y parientes para que dejase el hábito y se volviese á su casa, á que resistió como una roca á las olas tempestuosas de la mar; y viendo su firmeza y el sentimiento de su padre, no rehusó la Religion entregársele, para que le trajese á Madrid como lo pedia.

Habida esta licencia, vino con él á su casa con grande alborozo, teniendo por suya la victoria; pero aquí fué adonde ostentó el nuevo soldado de Cristo los quilates de su constancia en las recias baterías que padeció de padre, madre, parientes y conocidos, hallándose de dia y de noche á todas horas y tiempos, combatido de razones, lágrimas y sollozos, y no ménos de los regalos y delicias, dádivas, ofertas y promesas para en adelante.

Pero si Moisés (como dice S. Pablo) hallándose en el palacio de Faraon despreció sus honras y regalos por las deshonras y cruz de Cristo, con igual valor nuestro Eusebio despreció los de la casa de su padre por la mortificacion de la Religion abrazando la cruz de Jesucristo; y si estuvo constante entre los religiosos, no lo estuvo ménos entre sus padres y parientes sin hacer mella sus lágrimas y exhortaciones en aquel pecho de diamante.

Al Patriarca Abrahan (como ponderó S. Pedro Damiano) le sacó Dios de su tierra y sus parientes y de la casa de su padre, para que le siguiese por el camino de la perfeccion, librándole de estos grillos y cadenas que suelen aprisionar al más esforzado, y á nuestro Eusebio, novicio de pocos dias en la Religion, le dejó Dios en la casa de sus padres y en sus delicias y compañía, fiando de la grandeza de su espíritu que no flaquearia en tan recia batería, como no flaqueó, saliendo de todas victorioso.

Tal fué su virtud y santidad en sus principios; y ¿cuál podemos creer que seria despues de muchos años en sus fines continuada sin interrupcion con santísimos ejercicios? Finalmente, así como el diamante no se vence con los golpes, ántes vence á los martillos, de la misma manera la fortaleza de Eusebio no se venció, mas venció á la importunidad de su padre, el cual, vista su

constancia y juzgándola por más divina que humana, se dió á partido, pidiendo que perseverase en la Religion á que Dios le habia llamado, pero que se quedase en la corte en el noviciado que hay en ella para alivio suyo y consuelo de su madre.

Puso por medianera á la infanta, á quien no pudo perder el respeto la Religion, y así, le ordenaron bien contra su voluntad que se quedase en Madrid, adonde tuvo por Maestro al P. Francisco Aguado, varon consumado en religion y letras, y grande maestro de espíritu cual le pedia tan excelente discípulo.

Aquí comenzó su noviciado el nuevo soldado de Cristo con tanto fervor y aliento y tan subidos quilates de perfeccion, que más parecia acabarle que empezarle, aventajándose desde luego á los muy antiguos y aprovechados en la Religion.

Los muros que han padecido batería quedan siempre atormentados, tan flacos y derrotados que amenazan ruina, así ha mostrado la experiencia que quedan los novicios que han padecido baterías de sus parientes al entrar en la Religion, tan flacos en su vocacion que á cualquiera tiro ó golpe dan en tierra, y los que estuvieron constantes á la batería de sus padres flaquean á menores golpes despues.

Pero la fortaleza de nuestro Eusebio fué tal y de tan subidos quilates la estima que tuvo de su Religion, que habiendo padecido la guerra y contradiccion que se ha dicho, quedó con ella más fuerte; y, así como los árboles echan más hondas raíces con las heladas y nieves, así este siervo de Dios las echó en el amor y estima de su Religion con las contradicciones; y en volviendo á ella gozoso con la victoria y temeroso del peligro en que se habia visto, hizo voto á Dios nuestro Señor de perseverar en la Compañía todos los dias de su vida, y añadió que en caso que la Religion no le quisiese admitir por sus faltas ó por ser inútil para ella, hacia voto de quedarse en alguna de sus casas para servir de criado á los de la Compañía; item, que si llegaba á ser profeso, hacia voto de no pasar á otra Religion, sino perseverar eternamente en la que Dios le habia dado sin merecerla.

Estos votos hizo luego que entró en el noviciado mostrando el aprecio que tenia de su vocacion y cuán léjos se hallaba de flaquear en ella con las baterías que habia padecido, pues ántes salia de ellas más constante y alentado, como los soldados cuando alcanzan la victoria.

Pero ¿qué pluma podrá escribir los progresos que hizo en su noviciado en todo género de virtudes y la perfeccion de vida que en breve tiempo alcanzó? Corria á pasos de gigante, adelantándose cada dia á sí mismo en la obediencia, oracion, silencio, mortificacion y penitencia, en la humildad y desprecio de sí mismo.

Fué observantísimo de las reglas y cada una era para él un precepto estrechísimo; tenia á todos por espejo de su vida y por maestros de su espíritu, contemplando la virtud en que resplandecia más cada uno, y como solicita abeja recogia las flores de todos para fabricar su panal y enriquecer su espíritu.

Ayudábale á esto su sabio Maestro, ejercitándole en muchas y grandes pruebas de mortificacion y obediencia, para refinar el oro de su virtud; unas veces le mandaba cosas contrarias, para tener ocasion de reprenderle sin culpa suya; otras le afeaba las que habia hecho bien, para mortificar su juicio; otras le alababa, para probar su humildad; y ni en éstas se envanecia, ni en aquéllas se entristecia; en todas era el mismo, como tan fundado en Dios, a quien tenia siempre á la vista.

Para humillarle más, le hacia salir por las calles y plazas con mortificaciones públicas delante de sus parientes y amigos; y para facilitarle estas ocasiones, de suyo tan difíciles, salia el mismo Maestro con él, con el mismo disfraz y mortificacion, como el águila que saca en sus hombros á volar á sus hijos.

El mayor sacrificio de la Religion es el de la obediencia, en que se ofrece un religioso todo en holocausto á su Dios, sin reservar cosa de sí para sí; entendimiento, voluntad, obras, palabras, deseos y la libertad que Dios le dió; y aunque esta es una mortificacion que las abraza todas, pero cuando el Superior es cuerdo, diestro en su gobierno y bien acondicionado, se suavifica mucho esta mortificacion; pero cuando es imprudente, sin experiencia y de mala condicion, se dobla su aspereza, y crece de manera su dificultad, que hombros de grandes gigantes en el espíritu no la han podido llevar.

Pues esta prueba hizo su buen Maestro en su santo discípulo, dándole por Superior á otro novicio, sin ciencia, sin experiencia ni gobierno, con órden expresa de que le obedeciese en todo, como á su propio Superior y Maestro. Bien se deja entender lo que padeceria el buen novicio debajo de la disciplina de tal Superior, ordenándole por momentos cosas fuera de razon, y tan ajenas de la prudencia humana, como lo estaba el Superior que se las mandaba; á que el buen Eusebio obedecia con tanto rendimiento, prontitud y alegría, como si se las ordenara el mismo Cristo, á quien miraba en él.

Hubo vez, que le mandó callar hasta que le ordenase otra cosa, y le obedeció con tal exaccion, que en veinte dias no habló una sola palabra, sino fué en la confesion, y de este jaez le puso otras obediencias tan dificultosas como ásperas, que dejo por excusar prolijidad, llevándolas todas con mucho gusto y alegría.

Mas como es costumbre de Dios acrisolar á sus siervos en el fuego de la

tribulacion, no quiso que tan fiel siervo suyo pasase sin esta prueba, para hacer ostentacion de su constancia; y así, permitió que fuese combatido del comun enemigo, con asaltos de tentaciones en su vocacion.

Padeció grandes melancolías y tristezas; vióse combatido de aflicciones y pensamientos de tedio y fastidio en las cosas de la Religion; y aunque nunca se dió por vencido, padeció prolija guerra en la cosa que tanto amaba, la cual se aumentó con un caso que sucedió á su vista de una persona tenida por santa, que se descubrió no serlo, sino ántes hipócrita y fingida, y castigada por tal. Este caso le turbó y le dió mucho que pensar, aprovechándose el demonio de esta ocasion para inquietarle y hacerle creer que él era de aquella manera, y que toda su vida era hipocresía y fingimiento.

Cargáronle muchos escrúpulos, con que perdió la tranquilidad de su alma y se inquietó de manera, que no tenia hora de gusto ni reposo, ni le podia tomar; y aunque se valió de la oracion y penitencia y de las otras armas espirituales, no se dió por vencido el enemigo, hasta que descubrió su pecho á su Padre espiritual, que es el eficaz remedio para estas enfermedades, con el cual sanó el siervo de Dios de la que padecia, con los buenos consejos que le dió y con la obediencia que le impuso, de que no hiciese caso de aquellos acometimientos, ni se pusiese en defensa por su persona, batallando con tan astuto enemigo, porque le engañaria fácilmente.

Con esto depuso los escrúpulos, sujetándose al Superior; y descubierto el enemigo, cesó la tentacion, en la cual reconoció que su perseverancia era don de la mano poderosa de Dios, y que si se dejaba de ella, caeria como flaco y miserable, que le aprovechó mucho para vivir siempre con temor y humillarse en la presencia de Dios.

Aquí le consoló Dios, dándole por compañero de aposento al invicto mártir Juan del Castillo, que despues de haber trabajado apostólicamente en las Indias, convirtiendo muchos infieles é instruyéndolos en la fe santa de Cristo, firmó la doctrina que predicaba con su propia sangre, derramándola por Cristo en los reinos del Paraguay, adonde padeció muchos y grandes martirios con admirable constancia, la cual debió en gran parte á la buena compañía, ejemplo y santa conversacion del P. Eusebio, que vivió siempre envidioso de su suerte.

Y aunque pidió varias veces ir á las Indias á convertir á los infieles con ansias de padecer martirio por Cristo, no le fué concedido, conmutándosele Dios en las obras que hizo y en los libros que escribió, y los trabajos que padeció en su servicio escribiendo las vidas de su santo compañero y de otros mártires de la Compañía, para comun edificacion del mundo.

IV

Acaba su noviciado, pasa sus estudios, y ordénase de sacerdote.

Pasado su noviciado felizmente y con los aumentos de santidad y perfeccion que se ha dicho, y cumplidos los dos años, hizo sus primeros votos en manos del P. Francisco Aguado el año de 1616, á 3 de abril, con igual gozo de ambos; del Padre, por haber dado tal hijo á la Religion, y del hijo, por verse incorporado en ella y hecho verdadero religioso.

Luego le enviaron á refinarse en la lengua latina al seminario de Huete, adonde estudió griego y algo de la lengua hebrea, y salió en poco tiempo tan eminente en estas lenguas, en la retórica y humanidad, que pudo con mucha satisfaccion pasar de discípulo á maestro, como lo fué despues, con grande aprovechamiento de sus discípulos.

Acabado este estudio, fué al colegio y Universidad de Alcalá á estudiar Artes y Teología, y los progresos que en estas ciencias hizo, y en especial en el espíritu, fueron los mismos que en su noviciado, sin remitir un punto el estudio de su perfeccion por el estudio de las letras, valiéndose de las unas para las otras, aumentando las virtudes con las letras y las letras con las virtudes.

Y lo primero que resplandeció en este insigne varon fué el cuidado y atencion en lograr el tiempo que Dios le daba para trabajar, no perdiendo jamás la menor partícula de él, obrando en todas alguna cosa en servicio de Dios y en provecho de su alma, con que iba siempre aumentando su caudal, así en la virtud como en las letras, en que salió tan aventajado y erudito, como lo declaran sus libros y las ocupaciones que tuvo.

En el tiempo de recreacion que se gasta comunmente despues de comer en tomar algun alivio para el trabajo, le gastaba el P. Eusebio en la librería mirando y revolviendo libros, y notando lo que cada uno de los autores trataba en ellos, con que cobró grande noticia de todos, que le aprovechó mucho en adelante para las obras que compuso; porque, como tenia tan feliz memoria, para cualquiera cosa que disponia tenia presente cuanto habian escrito los otros autores de aquella materia, y como el artífice que tiene copia de materiales á la mano levanta con facilidad su edificio, así el P. Eusebio componia con igual presteza y facilidad sus obras por las muchas noticias que presentes tenia; era presto en aprender, agudo en disputar, acre en argüir y fácil en responder, con que hacia ventaja á muchos de sus condiscípulos.

Aquí le sucedieron dos cosas que no es justo pasar en silencio. La primera fué que, por no ser expedito en la lengua castellana, como hijo de padres extranjeros, no le seguian los estudiantes seglares como á sus condiscípulos, á los cuales se allegaban para pasar y repasar las lecciones.

El buen Eusebio sentia perder aquella ocasion de aprovecharlos, así en la virtud como en las letras, por lo cual hizo una novena á las almas del purgatorio, de quien fué siempre muy devoto, ofreciendo por ellas muchas penitencias, oraciones, misas y sufragios en órden á conseguir aquella gracia de poder tratar á los estudiantes seglares como sus condiscípulos.

Vióse la fuerza de su oracion, porque luego que la acabó vinieron muchos á buscarle y hacerse discípulos suyos, cursando como tales en su escuela para aprender las ciencias que profesaban, á los cuales acudió con igual cuidado, caridad y diligencia, y juntamente con las letras les enseñó la virtud y ejemplo, que trajo muchos á la Religion y no pocos á la Compañía, que han sido despues el lustre de ella.

La segunda fué que, predicando un dia en el refectorio, como se acostumbra en la Compañía, puso grande cuidado en la policía de las palabras y en la delgadeza de los pensamientos, cosa que dió muy en el rostro á las personas graves y espirituales que no esperaban aquellas delicadezas de su boca, y el santo P. Gaspar Sanchez, que se halló presente y era su maestro en las letras y en el espíritu, en saliendo del refectorio le dijo: «¿Tambien el H. Eusebio habla crítico y dice delicados pensamientos y conceptos sin provecho?»

Oi las estas palabras, quedó mudo y suspenso y tan arrepentido de su falta que la lloró amargamente, y propuso delante de Dios la enmienda en adelante; y para quitar de raíz la ocasion de caer en ella, quemó cuantos apuntamientos habia hecho de conceptos curiosos predicables, y puso todo su estudio en usar de las verdades llanas y las razones sólidas y espirituales que pueden aprovechar á las almas, lo cual guardó todos los dias de su vida.

Pero, si puso mucho conato en el estudio de las letras, no le puso ménos en el de la perfeccion, creciendo á una en edad, letras y virtud, para lo cual se concertó con otro religioso concurrente suyo, muy espiritual y observante, que le avisase de su faltas y le despertase con sus avisos para el servicio de Dios y para afervorizarse por momentos en su amor, y lo mismo era verse que espolearse en este santo ejercicio.

Alcanzó licencia de los Superiores para tener más oracion que la ordinaria cada dia, juzgando que no aprenderia ménos en la escuela de Cristo que en la de los maestros; y porque oia cuatro lecciones de ellos cada dia, determinó de oir otras cuatro de su Dios, que es el supremo Maestro, y el que enseña más en una hora que todos los maestros en muchos años.

Así, tenia cuatro horas cada dia de oracion mental sin otras que gastaba en la vocal y en sus devociones, que juntas con las tareas que tienen los estudiantes, es maravilla poderlas cumplir; pero acortando del sueño tenia tiempo para todo y alargaba la vida, porque como dijo Séneca: *Non vitam brevem habemus sed facimus,* no es breve nuestra vida, sino que nosotros la abreviamos perdiendo con el sueño y con el ocio la mayor parte de ella, y los que logran el tiempo la alargan, como lo hizo este ejemplar varon, el cual ordinariamente dormia tres horas cada dia, y cuando más cuatro, con que tenia tiempo para orar y estudiar y servir en los oficios de la Religion, y juntamente aprovechar á los prójimos.

En los estudios prosiguió la regla que comenzó en el noviciado, dando á todos ejemplo de observancia, afervorizando á los de casa y edificando á los de fuera. Era rara su modestia y más raras sus palabras, siempre mansas, graves, de peso, aunque no pesadas, y de las cosas del cielo y de provecho de las almas.

Conversaba siempre con los más espirituales, huia de los díscolos y divertidos, servia á los pobres llevándoles la comida y repartiéndosela á la puerta reglar, y juntamente les daba otra comida y refeccion á su alma, declarándoles la doctrina cristiana, contándoles ejemplos y haciéndoles exhortaciones espirituales; y como concurren de todas partes á aquella Universidad estudiantes pobres, recogió algunos, los de mejores costumbres y más aplicados al estudio, de los cuales hizo uno como colegio, retirándolos en una saleta con sus mesas á modo de refectorio, adonde les daba de comer, presidiendo uno de los más aprovechados, á quien dió nombre de Rector y cuidaba de los demás para que no se desmandasen en vicios.

Leíanles un libro espiritual á la mesa como si fueran religiosos, y si alguno no vivia ajustadamente, le despedia y recibia otro en su lugar con que los traia enfrenados y compuestos; frecuentaban los Sacramentos y acudian á pasar las lecciones, y esto se entabló con tan buenos fundamentos, que dura hasta hoy en aquel colegio y han salido de este gremio muchos y muy aventajados estudiantes, que por sus letras y virtud han alcanzado grandes premios y dignidades en la Iglesia y muchos han honrado las Religiones siendo Prelados y maestros en ellas.

Pero volviendo al hilo de nuestra historia y al porte de vida que guardó en los estudios, entabló en su corazon una cosa que tiene en sus apuntamientos como muy importante para el aprovechamiento espiritual, y fué hacer cada obra como si fuera la última de su vida y como si en acabándola hubiera de dar cuenta á Dios de ella, conforme á lo que S. Bernardo aconseja á sus monjes, á quien dice: *¿In omni opere suo dicat sibi, si modo moriturus esses,*

faceres istud? ¿Pregúntese en todas sus obras á sí mismo, si luego hubieras de morir hicieras esto? Y obrólas todas como si cada una fuera la postrera de su vida.

Este cuidado tuvo siempre nuestro Eusebio, y con este pensamiento se ponia á orar, y á leer, y á estudiar, y á trabajar y comunicar con los prójimos, y por este medio subió á la cumbre de la perfeccion, sacando todas sus obras tan consumadas y perfectas.

Rara ó ninguna vez se asentó á comer que no acompañase la comida con alguna mortificacion pública y secreta, llevando estas lechugas amargas por sal de su manjar; ó besaba los piés á los demás, ó comia de rodillas, ó decia sus faltas, ó pedia de limosma la comida, ó salia en cuerpo á rezar Ave Marías, ó se postraba á la puerta para que todos le pisasen: lo ménos era comer en pié, y no pocas veces hacia muchas mortificaciones juntas, y todos los sábados ayunaba en reverencia de nuestra Señora, y salia con pública disciplina, en que perseveró todo el tiempo que le duró la salud.

Este porte de vida guardó en sus estudios para hacerse apto ministro de la Iglesia en la Compañía; y llegado el año de mil y seiscientos y veinte y tres, en que acabó los cursos de Artes y Teología, se ordenó por obediencia de sacerdote.

Y aunque sus padres desearon llevarle á Madrid á cantar su primera Misa con grande fiesta y aparato, no lo permitió su humildad y modestia, y así, conmutó los gastos y ostentacion en recogimiento y oracion, retirándose á hacer unos devotos Ejercicios, y preparándose con mucha penitencia y ayunos para aquel sacrosanto sacrificio, el cual celebró en su colegio sin ostentacion ni ruido, con tal reverencia y devocion, que la puso á todos los que se hallaron presentes.

V

De su porte de vida despues de sacerdote, y cómo empezó á ejercitar los ministerios de la Compañía.

Ordenado de sacerdote, no tomó autoridad y libertad para anchuras y excepciones, ántes, dándose por obligado á nueva vida con la nueva dignidad, se puso más estrechas leyes de recogimiento, oracion, sujecion y penitencia.

Hallándose con más licencia para los ejercicios espirituales, añadió á las cuatro horas que hasta allí habia tenido de oracion cada dia; otras tres; la una, para prepararse á la confesion por la mañana, doliéndose de sus pecados en el acatamiento de Dios; la otra, para disponerse á la Misa, contem-

plando en la inmensa grandeza del Señor, que habia de recibir; y la tercera, para darle gracias por las mercedes recibidas: con que tenia todos los dias siete horas de oracion retirada, ó por mejor decir, todo el dia era de oracion, porque todo le gastaba en alabar y bendecir á Dios, y en avivarse con oraciones jaculatorias en su amor.

Añadió más penitencia, más silencio, más humildad, levantándose de las ocupaciones ordinarias para ir á la cocina, y al refectorio, y á las otras oficinas á servir en los oficios humildes de la casa, ayudando á los oficiales de ella.

Decia Misa todos los dias indefectiblemente, sino es que estuviese imposibilitado con alguna grave enfermedad, y dije grave, porque sino era peligrosa, se levantaba muchas veces con calentura á decirla, y á los que le detenian, solia decir que era medicina la Misa para la salud.

Tardaba ordinariamente media hora, poco más, conforme á la regla de la Compañía; pero en los tiempos que se recogia á Ejercicios, que eran dos cada año, tardaba dos y más horas, regalándose con Dios nuestro Señor; y para excusar la nota, la decia en una capilla retirada, y siempre con mucha pausa, atencion y devocion; y con la misma rezó las Horas canónicas siempre que pudo, de rodillas, con la misma reverencia que si visiblemente se viera delante de Dios.

Alargó las vigilias, y acortó el sueño, reduciéndole á dos ó tres horas no más, para gastar más tiempo en la contemplacion. Trájole la obediencia á leer Gramática á Madrid, y despues erudicion y la Sagrada Escritura en los estudios reales, que fundó la piedad del rey D. Felipe IV nuestro señor, y vivió entre sus deudos como sino los tuviera ni los hubiera conocido: tan descarnado estaba de todo amor terreno y tan prendado del divino, que no pensaba, ni queria, ni amaba sino á Dios.

Aquí dió el ejemplo de virtud y religion á los seglares y á los de casa, que habia dado en todas partes; y por retirarse del bullicio de la corte, tomó un aposento en lo más retirado de la casa, cuatrocientos y más pasos de la portería, que hoy está desmembrado del colegio: allí vivia como en soledad del yermo, entregándose todo á la contemplacion y leccion y al estudio de los libros; no salia de casa sino era compelido de gravísima causa, y tan interior caminaba por las calles, que no podia dar, cuando volvia, noticia de cosa que hubiese visto.

A esta sazon fundó el rey los estudios reales dichos, y trajeron buen número de Hermanos. Estudiantes para ellos recien salidos del noviciado; y para que conservaran su fervor y devocion, los entregó la obediencia al P. Juan Eusebio, como á su instructor y Maestro de novicios, debajo de cuya disciplina aumentaron el espíritu y devocion que habian aprendido.

Tambien le dieron cargo de confesor de los de casa y Prefecto de las cosas espirituales, que siendo tan mozo y en un colegio tan grave y numeroso, adornado de tantas personas tan doctas y ancianas, de tanto espíritu y tan aprobada religion, declara bien el caudal tan crecido que en tan poco tiempo habia adquirido de virtud y santidad, y el alto concepto que los Superiores tuvieron siempre de su prudencia y discrecion.

Ocupaciones y cargos eran estos bastantes para los hombros del más alentado sujeto que tuviera la Religion; pero el espíriru del P. Eusebio era tan robusto y la sed de ganar almas para Dios tan ardiente, que como el fuego nunca dice, basta, y cuanto más le ceban más se enciende, así el que ardia en su pecho de la salvacion de las almas nunca se satisfacia, cuanto más obraba por ellas más se encendia, y por esto juntaba lo ocupacion de Padre espiritual de los de casa con la de obrero de los prójimos, acudiendo á los hospitales y á las cárceles á confesarlos y consolarlos, y hacerles pláticas espirituales, y á los enfermos en sus casas, y en la nuestra á todos los que venian á buscar el bien de sus almas.

Y era tal la afabilidad y dulzura de su trato y el consuelo que recibian los que confesaba con sus santas palabras, que todos quedaban prendados de ella y le buscaban para su consuelo y aprovechamiento, con que en pocos dias tuvo muchos hijos espirituales y muy aprovechados.

Ni se estrechaba la grandeza de su espíritu á solo el colegio y corte de Madrid con ser un mar tan ancho, sino que se explayaba por la comarca y por tierras más remotas, saliendo á misiones cuanto su ocupacion le permitia, en las cuales trabajó apostólicamente y convirtió á Dios muchas almas, que sino fuera por su medio probablemente se condenaran.

En una que hizo en los montes de Toledo por espacio de muchos meses predicaba dos y tres veces cada dia, y asistia por mañana y tarde al confesonario, y por la noche continuaba las confesiones en casa hasta las diez y las once, y hubo vez que estuvo diez y ocho horas en el confesonario sin comer ni beber, asistiendo á los penitentes de manera, que de veinte y cuatro horas que tiene el dia gastaba las catorce confesando.

Las que quedaban las empleaba en la predicacion, y la doctrina que hacia á los niños y á los grandes, y en el rezo divino y en la Misa, que decia siempre con el mismo espacio y devocion como sino estuviera ocupado, y en la oracion mental retirada que tenia en lo más profundo de la noche, tratando primero con Dios lo que habia de tratar con los prójimos, porque en la oracion se enciende el fuego que da fuerza al predicador y vida á sus palabras, las cuales si salen de pecho frio no pueden encender las almas; y como el del santo Padre ardia en vivas llamas de caridad, eran fuego sus palabras que

abrasaban los oyentes y los encendian en fuego de verdadera contricion y deseos vivos del cielo, como lo testificaban sus lágrimas.

Sea testigo de esta verdad lo que le sucedió en esta mision con un pecador envejecido en sus vicios y muy adverso á la Compañía, poseido de Satanás por muchos años sin querer confesarse, y aunque veia el fervor con que todo el pueblo ganaba el jubileo, él estaba tan léjos de seguir su ejemplo, que ántes hacia burla de ellos y de los Padres que le predicaban.

Mas pasando un dia acaso por cerca de la iglesia adonde el P. Eusebio predicaba del Santísimo Sacramento, le dió curiosidad de oir lo que decia, y diciendo entre sí: «Veamos que hace este Padre impertinente aquí dentro dando voces,» caminó á la iglesia, pero en llegando á la puerta, sintió un impulso vehemente que le arrojó en la calle.

Fué grande la admiracion y turbacion que tuvo de tan inopinado caso, y faltándole el consejo, quiso volverse á su casa, pero al tiempo que volvia las espaldas para irse, sintió otro impulso contrario al primero que le volvió al templo, y luego del templo otro que le volvió á la calle segunda vez, y queriendo irse, sintió otro impulso mayor que le arrojó dentro de la iglesia, adonde parece que estuvo seguro como en sagrado, que sin duda eran el ángel bueno y el malo que batallaron, el uno por ganarle y el otro por perderle.

Al fin, venciendo el bueno, comenzó á oir el sermon del P. Juan Eusebio, más por curiosidad que con deseo de querer aprovecharse; pero sus palabras eran tan encendidas en el fuego del amor divino, que cada una era una brasa que le encendia el corazon, y no parecia sino que en todas hablaba con él, afeándole su mala vida y moviéndole á contricion de sus pecados, siendo así que no habló palabra de esto, sino de la alteza del Santísimo Sacramento del altar.

Pero verificóse aquí lo que dice Orígenes que la palabra de Dios es como el maná que á cada uno sabia conforme á la disposicion de su paladar y á la necesidad que tenia; así, la palabra de Dios sabe á cada uno segun su necesidad, á la doncella á recogimiento, á la casada á sufrimiento, á la viuda á honestidad, al justo á aprovechamiento, y al pecador á arrepentimiento y contricion de sus pecados como le sucedió á éste, el cual la tuvo tan grande de su vida pasada que todo se deshacia en lágrimas.

En acabando el sermon, se arrojó á los piés del P. Eusebio y le contó lo que le habia pasado, pidiéndole remedio para su alma; el Padre le animó y consoló con la dulzura de sus palabras, y le confesó generalmente de toda su vida, y le dió órden para vivir santamente en adelante, ganando aquel alma perdida con otras muchas para Dios.

VI

Vuelve á Madrid de la mision, hace la última profesion de la Compañía, su penitencia, mansedumbre y la paciencia en los trabajos.

Victorioso con tan felices sucesos y rico de los despojos de tantas almas como habia ganado para el cielo, aunque á costa de muchos afanes, incomodidades y trabajos, volvió á su colegio de Madrid no acobardado con las fatigas que habia padecido, sino encendido en vivos deseos de emplearse toda su vida en la predicacion y conversion de los pecadores.

Viendo por una parte la cosecha tan copiosa que se cogia en las misiones de almas perdidas y rematadas en sus vicios, que sino fuera por los misioneros probabilísimamente se condenaran, y por otra tan pocos que se aplicasen con perseverancia á este santo ministerio, lloraba amargamente el descuido de los predicadores que no se empleaban de veras en ganarlas, por lo cual rogó y pidió con mucha instancia á los Superiores que le diesen licencia para ir á las Indias á convertir los infieles, adonde esperaba mayor fruto, ó por lo ménos para dedicarse en España á las misiones, codicioso del fruto que habia experimentado en esta.

Pero no pudo lograr su buen deseo, porque, conocidos sus talentos y cuán importantes eran para las cátedras y el gobierno espiritual de los nuestros, le ordenaron que prosiguiese en su lectura y que juntamente ayudase al erudito P. Juan de la Cerda á sacar los *Comentarios sobre Tertuliano y S. Anselmo,* que imprimió por aquel tiempo.

Obediencia fué esta de mucha mortificacion para su fervoroso espíritu y como quitarle el agua de la boca á quien estaba tan sediento de las almas de los pecadores, y tan dolorido de verlas perecer sin remedio; y aunque, como obediente, bajó la cabeza al precepto del Superior, apeló de Dios á Dios y del que estaba en su lugar al mismo Señor, á quien con lágrimas suplicó en la oracion que no impidiesen sus pecados el logro de sus deseos, ni le privase de aquel empleo que esperaba habia de ser para tanta gloria suya y provecho de las almas; pero estando en esta oracion, oyó una voz interior que le dijo claramente: *No busques servir á Dios sino como El quiere, ni porfies en andar el camino que Dios te cierra.*

Y fué cosa admirable que luego se quietó y halló una tranquilidad como del cielo en su alma, y un gozo grande en cumplir la voluntad de Dios en lo que le mandaban, en que no tenia rastro alguno de la suya; que como los siervos de Dios no pretenden más que agradarle, todo su gusto tienen en

cumplir su voluntad, en que saben que se agrada, como la cumplen los ángeles; y así la cumplió nuestro Eusebio, como si fuera un ángel del cielo que oyera la voz de Dios.

Luego que se supo en la corte que habia vuelto á ella y que estaba de asiento, fué grande el número de personas graves, espirituales y doctas que vinieron á buscarle para tomar su consejo en el gobierno de sus almas, y no sólo de la corte, sino tambien de la comarca, teniéndose por dichosos los que alcanzaban lugar para comunicarle.

A todos servia y acudia con igual consuelo suyo y provecho de sus almas, y no fueron solos hombres de todos estados, así seglares como sacerdotes, religiosos y eclesiásticos, y no pocos Obispos y Prelados, sino tambien señoras de la primera nobleza de la corte, entre las cuales fué la serenísima duquesa de Mántua, nieta del rey Felipe II y prima del IV, que hoy reina, el cual con decreto particular le dió al P. Eusebio por confesor, eligiéndole entre cuantos habia en la corte para este oficio, que ejercitó con la exaccion que todos los demás, con igual satisfaccion de la princesa y consuelo de su espíritu.

Fueron tantas las personas de todos estados que vinieron á alistarse en el catálogo de sus hijos espirituales, movidos de la opinion de su santidad, que muchos confesores no pudieran satisfacer á su deseo, y se hizo pretension como de grande dignidad, gozándose, como si hubiera alcanzado una grande prebenda, el que alcanzaba á asentar plaza de discípulo suyo.

Y yo vi á una señora de las mayores de la corte pretenderlo por muchos dias; y como el Padre rehusase encargarse de su alma por razones que tenia, puso por intercesor al P. Provincial de esta provincia de Toledo y á otras personas grandes para que recabasen del P. Eusebio que la admitiese por penitenta suya, como de hecho lo consiguió, y le tuvo por Padre espiritual todo lo que le dûró la vida, con tan grande consuelo de su espíritu, que cuando le perdió por su muerte, quedó inconsolable, sin enjugarse sus ojos por muchos dias.

Fuera de los penitentes ordinarios, que á título de hijos espirituales frecuentaban su confesonario, era un enjambre lo que acudia ordinariamente a consultarle.

Ocupado en estos ejercicios y santos ministerios, y en leer las cátedras que dijimos, y acudir á los de casa en las cosas espirituales y juntamente en componer sus libros, en que Dios le conmutó los deseos de ir á las Indias y de salir á las misiones, dándole á pié quedo la miés que habia de tener en ellas, se llegó el año de mil y seiscientos y treinta y tres, en que informado el P. General de la Compañía de su santa vida y gloriosos empleos, le envio

la profesion de cuatro votos, que es el supremo grado y el más honorífico de la Religion, que no se da sino á los varones señalados en virtud y letras, y probados con largas experiencias por más de veinte años.

Este grado recibió con grande humildad y reconocimiento, teniéndose por indigno de él, y obedeciendo á su Prelado, hizo la última profesion en el colegio Imperial de Madrid en manos de su Provincial el dia de S. Felipe y Santiago del año referido; y se dió por obligado á dar mayores ejemplos de observancia y religion, reputándose por inferior de todos, de que fué buen testigo la vida que entabló desde este dia, que parece más admirable que imitable, porque cargado de todas las ocupaciones dichas, se puso las leyes siguientes:

Lo primero, perpetuó ayunos, y por excusar la singularidad, que es ocasion de nota y turbacion en la Religion, y trae resabios de vanidad, como dice Gerson, porque se admiran todos del que no sigue á los demás: *Qui facit quod nemo, mirantur omnes,* disimulaba su ayuno, comiendo á mediodia con la Comunidad, y tomando á la noche una leve colacion de las yerbas ó legumbres que daban á los demás las Vísperas de Nuestra Señora y de los Santos de su devocion, que eran muchos.

En los tiempos que hacia Ejercicios ayunaba á pan y agua; era ordinario en las mortificaciones públicas, y todas las semanas, por lo ménos una vez los sábados, á devocion de Nuestra Señora, salia con disciplina pública como lo hacia cuando era estudiante.

Comia de rodillas, y besaba los piés y hacia otras penitencias; y en las fiestas principales de Nuestra Señora, convidaba á todos sus devotos á festejarlas con mortificaciones, y salia al refectorio con disciplina, acompañado de una numerosa cuadrilla de treinta y cuarenta que le seguian, afervorizando á todos con su ejemplo.

Su cama era una tabla con una manta vieja, y muchos años usó de un banquillo, en que se recostaba un poco para satisfacer á la naturaleza y volver al trabajo, aunque por evitar la singularidad, tenia en la apariencia cama como los demás; pero en la verdad no era para su descanso, sino para su humildad, ocultando la que usaba, que era un potro de tormento.

Siempre andaba vestido de cilicios asperísimos de cerdas y cadenas aceradas; tres cruces con clavos que le taladraban las carnes, y sogas de cerdas tejidas con púas, fajas y capotillos, y otros cilicios tan ásperos y pesados, que le quebrantaron los huesos, en tanto grado, que cuando murió, le hallaron las costillas quebradas cerca del estómago, y un hoyo tan capaz, que cabia en él un puño; porque como arrimaba el cuerpo á la mesa para escribir, hacia fuerza contra sí con las cadenas y hierros de cilicio con tanto ri-

gor, que se quebrantó los huesos escribiendo libros y martirizando su cuerpo.

No tenia miembro que no martirizase con particular penitencia: para los brazos y los muslos usaba de brazaletes de hierro y cadenas con púas agudas; para las muñecas, de manillas de cerdas y cadenillas de acero; para los piés echaba chinas y garbanzos duros en los zapatos, que le atormentaban como clavos, padeciendo tantas heridas cuantos pasos daba; al cuello traia una soga de cerdas tejida con puntas de alambre, que le cruzaba por el pecho y la cintura, las fajas y cruces en el pecho y las espaldas, y sobre todo, los capotillos de cerdas que le llegaban á las rodillas.

De esta manera se armaba todos los dias el soldado de Cristo para salir á campaña contra los vicios y para seguir con su cruz á su capitan Cristo; y porque no faltase mortificacion para el rostro, y la cabeza y las manos, estaba descubierto, abierta puerta y ventana, sufriendo el aire y los frios en invierno y los calores en verano, en un aposentillo de los más incómodos de la casa.

A los que le decian que le mudase ó que pusiese algun encerado, respondia que necesitaba de toda aquella luz para su estudio.

Á todo lo dicho añadia rigurosas disciplinas todos los dias, de rosetas, y alambres, y cadenillas de hierro, con que despedazaba sus delicadas carnes, y al mismo paso mortificaba los sentidos, trayéndolos siempre enfrenados, sin tomar cosa de gusto; por esto nunca usó de sal, ni de algun condimento de sal, aceite ó vinagre ó naranja en la comida, tomándola como se la daban.

Con vivir en la corte cerca de cuarenta años, adonde hay frecuentemente muchas cosas grandes que ver, nunca salió á mirar alguna, ni se halló en fiestas de músicas, ó espectáculos, ó entradas de príncipes ó señores grandes, viviendo en su retiro como si estuviera en la Tebayda ó en los yermos de Egipto, porque todas sus delicias eran el trato con Dios y ocuparse de dia y de noche en su santo servicio, y á quien Dios sabe bien (como dice S. Gregorio), todas las delicias del mundo son amargas.

En estas y otras penitencias y mortificaciones conmutó los vivos deseos que tuvo siempre de padecer martirio por Cristo, haciéndose Neron de sí mismo y atormentando su cuerpo con un tan prolongado martirio.

Comunicando á tantos grandes señores tan familiarmente como el maestro á los discípulps, jamás les pidió cosa alguna temporal para sí ni para otros, ni se metió en pretensiones de alguno, por más que le importunasen á ello, guardando perfectamente su regla, que ordena á los de la Compañia que no se encarguen de negocios seglares ni se muestren inclinados á ellos. Y el valor que tuvo en esto el P. Eusebio, se verá por lo que ahora diré.

Un caballero de los de primera clase de la corte vino á pedirle que hicie-

se una intercesion por él para un grande cargo que pretendia; el Padre se excusó humildemente con su falta de salud, y lo poco que valia para ello. El caballero instó una y otra vez, teniendo por caso de ménos valer, que habiendo venido á verle, no hiciese lo que le pedia; que semejantes señores reputan por grande injuria no ser obedecidos de todos; pero el Padre, que deseaba obedecer más á Dios que á los hombres, no se rindió á sus instancias.

El caballero, tomado de la ira, se descompuso contra el Padre tan desmedidamente, que no hubo palabra indigna, no sólo respecto del siervo de Dios, sino de cualquiera otro que no le dijese, tratándole de embustero, engañador, hipócrita, indigno de que persona como él le hubiese venido á ver y á valerse de su favor; y el que tenia con personas grandes, le guardaba para sus estimaciones y comodidades no más, y que si hubiera traido con qué cebar su codicia, hubiera salido á la diligencia; y amenazábale tan furioso, que fué mucho no hubiese puesto las manos en él.

No se alteró el buen Padre oyendo tantas injurias y con tanta sinrazon; mas respondió con humildad pocas palabras, diciendo que le pesaba de haberle dado ocasion para aquel enojo; pero él estaba tan fuera de sí, que le volvió las espaldas sin oirle para mayor desprecio, todo lo cual llevó con mucha paciencia, ofreciéndolo á Dios por no faltar á su servicio.

Su Divina Majestad volvió por su siervo, porque el mismo dia se halló casualmente en una pendencia y le hirieron malamente, y reconociendo aquella desgracia por castigo de su pecado, pidió perdon á Dios, y llamando á un confidente suyo le contó lo que le habia pasado, y le envió al P. Eusebio á que se echase á sus piés y le pidiese perdon de su parte, ofreciéndole toda la satisfaccion que quisiese.

El caballero lo hizo, y el Padre se avergonzó, como humilde, de verle á sus piés, y oyó sus palabras con más mortificacion que habia oido las injurias, y levantándole del suelo le suplicó que se fuese y no dijese á nadie lo que habia pasado, ofreciendo de encomendar á Dios á aquel caballero, para que le diese muy entera salud, que de esta manera pagan los verdaderos siervos de Dios las injurias que les hacen.

VII

La puntualidad y rigor con que guardó los votos y virtudes religiosas.

De esta manera se humilló el bendito Padre cuando su Religion le honraba, cumpliendo lo que el Espíritu Santo aconseja por el *Eclesiástico:* «Cuanto fueres mayor, humíllate en todo, y hallarás gracia en el acatamiento de

Dios;» así lo hizo este siervo suyo, y la halló tan colmada, que se adelantó en todo género de virtudes, y más en las que votó de pobreza, obediencia y castidad, y en la observancia de las reglas y mandatos de su Religion, en que fué exactísimo, sin que alguno le viese quebrantar alguna, por mínima que fuese, ni traspasar un punto cualquiera ordenacion.

Y descendiendo en particular en cuanto á la pobreza, reconocimos siempre los que le tratamos singular afecto á ella, inclinándose siempre á los pobres y á todo lo que concernia con la pobreza. De este afecto le nació distribuir á los pobres su patrimonio, que era cuantioso, cuando hizo su renunciacion; y tambien salir muchas veces como pobre con su escudilla á la puerta reglar, á recibir la comida que repartian á los mendigos, y sentarse en la calle á comer entre ellos, y salir otras veces á pedir limosna de puerta en puerta; y cuando no tenia licencia para esto, pedir la comida de limosna á los religiosos de casa en el refectorio, gozándose de comer lo que le daban por amor de Dios como á pobre mendigo.

Sus alhajas, y su vestido y todo cuanto usaba, publicaban el amor que tenia á la santa pobreza, porque todo el tiempo que tuvo salud, no tuvo más alhajas que dos estampas de papel, una de Cristo crucificado, y otra de su Santísima Madre, una mesa de pino vieja, un banquillo que le servia (como dijimos) de cama, y una ó dos sillejas de costillas para los que iban á comunicarle, las cuales conservó siempre, de que no poco se edificaban los grandes señores y los Prelados que le visitaban y se sentaban en ellas, diciendo que aquellas eran las que usaban los primeros Padres que fundaron la Compañía, y que se holgaban de ver que perseverasen en ella.

El vestido exterior é interior era pobrísimo; pretendió y consiguió vestirse siempre de viejo y de lo que desechaban los demás con pretexto de que era mejor para él, y que los vestidos nuevos los deslustraba su desaliño; y dejábase estar con el vestido interior viejo tanto tiempo que, á no advertirlo los Superiores, anduviera casi desnudo.

Para tomar cualquiera cosa de abrigo en el invierno era necesario que lo mandase el Superior; su gozo mayor era cuando le faltaban las cosas necesarias para su vestido y sustento, por sentir algunos efectos de la santa pobreza.

Las flores y láminas que le enviaban las señoras y religiosas que confesaba, por no volverlas con esquivez y falta de cortesía, las enviaba á la sacristía para el servicio de la iglesia. Si alguna cosa de comida ó bebida entraba en su aposento, no permitia que estuviese un instante en él, y luego lo remitia al Superior, para que lo repartiese á los enfermos.

Nunca dió ni tomó cosa alguna sin licencia; y aunque por hacer tantas y

tan costosas impresiones fué inexcusable tener dineros para ellas y gastarlos en los impresores y escribientes; pero siempre los tuvo en poder de los Superiores y á disposicion suya, gastándolos con su licencia y no de otra manera, por no faltar un ápice á la perfeccion de la pobreza.

No fué ménos exacto y puntual en la virtud de la obediencia, á que estuvo rendido como un niño en las manos de su padre ó maestro, porque, como este siervo de Dios tuvo por blanco de sus acciones hacer siempre la divina voluntad, y miraba al Superior como al mismo Dios, que representaba, era un retrato de los ángeles del cielo en obedecer á su voz, sin replicar, ni dudar, ni detenerse, ni juzgar cosa en contrario, con una elegría y prontitud, como si viera y oyera al mismo Dios que se lo mandaba.

Por esta causa nunca propuso á cosa que le ordenasen; á todo obedeció con alegría, saboreándose en hacer la voluntad de Dios, declarada por el Superior; y con ser tan grande maestro en las materias espirituales, declaraba su conciencia como un novicio á su Superior, para ser enseñado de él; y en acabando un libro, iba á consultarle cuál haria, y no se determinaba hasta que se lo ordenaba el Superior, y con su obediencia iba gustoso y seguro de que le habia de suceder bien, pues emprendia aquella obra por obediencia de Dios, el cual en una balanza pone el precepto y en otra la gracia para cumplirle.

Nunca usaba de epiqueyas ni de interpretaciones de la voluntad del Prelado, y decia que eran la ruina de la Religion y la obediencia ciega de la restauracion.

En oyendo la voz de la campana dejaba cualquiera cosa que tuviese entre manos, aunque fuese una letra comenzada, y corria con presteza á lo que era mandado; y aconteciόle estar con Prelados y señores grandes, y tocar á una obediencia, y levantarse, y despedirlos con humildad y cortesía, diciéndoles que le llamaba Dios, de que no poco se edificaban de verle tan observante; que estos señores y príncipes, como estiman á los soldados por grandes soldados, estiman á los religiosos por grandes religiosos, y á los desahogados y libres los califican por relajados y los desprecian como á tales.

Estaba tan rendido á esta obediencia, que no parece que podia vivir sin ella, y aunque los Superiores le habian dado algunas licencias generales por los negocios tan graves que traia entre manos, en ofreciéndose usar de ellas, no acertaba ni se resolvia á cosa alguna sin pedir nueva licencia al Superior, aun en cosas muy menudas, como era dar una devocion ó un *agnus*, ó algun librico pequeño.

Cuando confesó á la princesa de Mántua, á la camarera mayor de la reina y otras señoras grandes, dispuso las cosas con todas de manera que no

faltase á la distribucion religiosa, y en llegando la hora de venir á cualquiera obediencia, se despedia con humildad, y venia á tiempo que pudiese cumplirla.

Finalmente, fué este siervo de Dios un dechado de un perfecto obediente, cual le pinta S. Ignacio nuestro Padre en las constituciones, de quien todos podemos aprender.

Si fué extremado y perfecto en la pobreza y obediencia, no lo fué ménos en la pureza y castidad de su alma y de su cuerpo, y lo ménos que podemos decir es que guardó toda su vida la entereza virginal, sin amancillarla en el más mínimo pensamiento, como lo testifican los que le confesaron generalmente.

El porte de vida que guardó desde su niñez es abonadísimo testigo, porque desde la cuna fué santo y criado de padres santos en el temor de Dios, y desde seis años ilustrado del cielo con noticias divinas, comenzando adonde otros acaban despues de muchos años de oracion y religion; y desde sus tiernos años maceró su cuerpo con rigurosas penitencias, sujetándole al espíritu; y así, no podia tener resabios de carne quien no servia á la carne, y la tenia tan domada y sujeta como si todo fuera espíritu.

San Cipriano y S. Bernardo enseñan que, aunque la pureza y castidad en los ángeles es más feliz porque nació con ellos mismos, pero que en los hombres es más loable, porque es ganada en peligrosa y continua lid, á costa de grande mortificacion y penitencia; y S. Jerónimo añade que los que guardan pureza sin amancillar su castidad, corren parejas con los ángeles: *In carne sine carne vivere, angelica est vita:* vivir en cuerpo de carne sin resabios de carne, es propia vida de ángeles.

Pues ¿de quién mejor se pudo decir esta sentencia que de este siervo del Señor, ángel en la vida y ángel en la pureza, pues en cuerpo de carne vivió como si fuera ángel, y en medio de tantas ocasiones, como si conversara en el cielo?

Los ángeles no pueden amancillar su castidad, y así, es felicísima su pureza; pero la de nuestro Eusebio tiene esta prerrogativa que en carne flaca y en las mayores ocasiones de la corte, conversando familiarmente con mujeres de las más estimadas del mundo, y muchas veces á solas con ocasion de las confesiones y de tratar las cosas de sus almas, y otras veces en las misiones viviendo con ellas de unas puertas adentro de la casa; conservase su pureza sin caer ni deslizar en un solo pensamiento: verdaderamente es virtud angélica de suma alabanza y de alto merecimiento: y que declara bien la fortaleza de su espíritu, el afecto de su penitencia y las mercedes tan crecidas que recibia de la mano de Dios y de su Santísima Madre, cuya devocion cor-

dialísima le mantenia en tan grande virtud y le daba fuerzas para vencer y rendir á su enemigo.

Para llegar á este grado de perfeccion, fuera de las penitencias que hacia, vivia con grandísimo recato, guardaba recogimiento no sólo en la casa sino en su aposento, nunca saliendo de él sin grave causa; y cuando salia de casa, iba con tal modestia y compostura que no miraba sino lo que era inexcusable.

Huia de las plazas y de los concursos, aunque fuesen en fiestas de santos, adonde se juntan muchedumbres de hombres y mujeres compuestas, adonde dice Tertuliano que tiene sus ferias la lascivia y sus pérdidas la honestidad.

Excusaba cuanto podia la conversacion de las mujeres, y nunca las visitaba sino para confesarlas ó instruirlas en el espíritu, y siempre con ellas tenia los ojos bajos, por santas que fuesen, y abreviaba cuanto podia, aunque más procuraban detenerle.

Nunca estaba ocioso, porque, como dice S. Jerónimo, el ocio es peste de la castidad y reclamo del demonio, y como humilde siempre andaba temeroso de sí mismo y receloso de caer, orando continuamente á Dios que le tuviese de su mano.

Y con todos estos pertrechos padeció muchas luchas del demonio, las cuales venció con la gracia de Dios, y de esta manera armado alcanzó gloriosas victorias del enemigo, y conservó toda su vida la angélica pureza de la castidad de cuerpo y mente.

VIII

De su profunda humildad y desprecio de sí mismo.

No es mucho (dice S. Ambrosio) ser humilde en la humillacion, pero es rara virtud serlo en la honra y desestimacion: *Rara est virtus humilitas honorata.* La humillacion y desestima de los hombres, el puesto bajo y humilde traen consigo la humildad, pero el alto y la estimacion y loa humana engendran aprecio de sí mismo, que hace guerra á la humildad, y vencer en esta lid, teniéndose en poco y humillándose de corazon cuando todos le ensalzan, es rara y grande virtud.

Esta se halló con eminencia en el P. Juan Eusebio, de que somos testigos oculares todos los que le tratamos; porque, hallándose estimado de los Pontífices y reyes de la tierra, y de los príncipes y señores de la corte, y de los varones más sabios y doctos de su tiempo, así de España como de las otras naciones que le escribian y consultaban como á varon sapientísimo é ilustrado del Espíritu Santo, engrandeciendo su sabiduría y sus libros hasta las nubes con altísimos elogios y palabras de suma estimacion; él se abatia hasta la

tierra sintiendo tan bajamente de sí, como si fuera el más ignorante del mundo.

Jamás le oimos palabra de propia estimacion, muchas sí de su desprecio, todos eran buenos y grandes en su boca sino él mismo, porque de todos decia bien sino de sí.

Cuando algunos le alababan sus escritos, mudaba la plática con disimulacion y pasaba á otra cosa diferente por no oir su alabanza; y cuando alguno ponderaba el provecho que habia hecho con sus libros, y se hallaba forzado á responder, decia: «Temo mucho que no sean para mi confusion, pues aprovechándose otros no me he sabido aprovechar á mí,» sacando de las alabanzas humildad y desprecios de la estimacion.

Y verdaderamente causa admiracion que siendo por una parte tan erudito y por otra tan diestro y aprobado maestro de las cosas espirituales, se trataba en todo como si fuera discípulo, porque en las materias de letras comunicaba sus estudios y papeles, no sólamente con los hombres doctos y maestros; sino tambien con los discípulos y principiantes, y tomaba su parecer como si fuera él su discípulo, y se valia de lo que le enseñaban, prefiriéndolo á lo que habia pensado en aquella materia, y con humilde rendimiento les decia: «Si me da licencia, me valdré de esto que es muy bueno, si yo no lo echo á perder con mi mal estilo.»

En las materias espirituales se sujetaba á otros como un novicio á su maestro, y se regia por lo que le enseñaban, aunque fuesen más mozos y poco ejercitados en el espíritu, persuadido por su humildad que todos eran mejores y más prudentes y acertados que él, y que les daba Dios más luz para gobernar las almas y mayor discrecion de espíritu.

Deseando el rey D. Felipe IV, que hoy reina en España, concluir la determinacion de la Concepcion de nuestra Señora sin pecado original, para la expedicion de cosa tan importante hizo una junta particular en que presidia el Arzobispo de Toledo, y juntó para ella las personas de más letras y autoridad que halló en su reino, una de las cuales fué el P. Juan Eusebio, como tan erudito, sabio y prudente en esta y en otras materias, cuyo parecer fué siempre de gran peso en aquella grave junta, y por él se hicieron algunos decretos de mucha importancia, cosa que al más fundado en humildad pudiera causar propia estimacion.

El Padre estuvo tan léjos de tenerla de sí, que hablando de esto, decia: *Allí voy por trasto viejo de ninguna utilidad.* De esta manera sentia y hablaba de sí en la mayor alteza de su estimacion.

Fundado en esta misma humildad y bajo concepto de sí, le sucedió, estando otro dia conversando con una persona grave acerca de un negocio de mu-

cha importancia para la república y bien del reino, y el servicio de Dios, que le dijo: «Padre, aquí importa tomarlo muy á pechos y sin cesar en la oracion, porque como dice Santiago: *Multum valet deprccatio iusti apud Deum.*» A que el humilde Padre replicó luego, diciendo: «¿Y quién, señor, será justo en los ojos de Dios? ¿Quién podrá presumir de sí que está en su gracia, y que merece ser oido de Su Divina Majestad? Lo cierto es que yo siempre vivo con temor de si estoy en su gracia ó no, y que, si supiera que vivia en su desgracia, bastara para acabar mi vida de dolor; oren los justos, que yo soy un pecador indigno de ser oido de Dios.»

Del bajo concepto que tenia de sí y del amor á la humildad le nació rehusar los cargos honrosos, y buscar siempre los humildes y los puestos más bajos, y encubrir las virtudes y las grandes penitencias que hacia, porque no le estimasen por ellas como á penitente y santo.

Movido de este afecto, calló en todos sus libros los títulos honrosos que tenia de catedrático de erudicion y de la Sagrada Escritura en los estudios reales, con que otros se honraran y dieran autoridad á sus escritos; y si le fuera posible, callara tambien su nombre, para que hicieran provecho y no se supiera si eran suyos.

Informado de sus grandes prendas el P. General de la Compañía le envió la patente de Rector de la Casa de Probacion de Madrid, que es una de las mejores de la provincia, y juntamente le hizo Maestro de novicios, para que criase la juventud de la Religion en santidad y espíritu, con el que Dios le habia dado.

El humilde Padre se acongojó de manera, viéndose honrado con aquella dignidad, que siendo tan obediente, no pudo dejar de pedir á los Superiores treguas de aquella ejecucion; y con todo el rendimiento que pudo rogó humildemente al General diese á otro más digno aquel rectorado, porque él no lo merecia ni habia nacido para mandar á nadie, sino para obedecer á todos, juzgándose por inepto y sin talento para el oficio, que sin duda ejercitara con grande satisfaccion, por el grande caudal de espíritu, letras y prudencia de que Dios le dotó.

Cuando le preguntaban si leia alguna cátedra, excusando con santa sagacidad su honra y oficio, respondia: «Sustituyo la de Escritura en el ínterin que viene otro que la lea mejor;» y á este modo encubria todo lo que podia ser de honor; y si alguno le vituperaba ó decia mal de sus libros, no se defendia, ántes solia decir: «Mucho más dijera de mí, si me conociera bien.»

Tuvo noticia en una ocasion que se examinaba uno de sus libros y se censuraban algunas proposiciones de él, y teniendo razon que dar de todas, estuvo dudoso si prevendria la censura, representando por escrito su defensa,

á que se le ofreció oportunidad, mirando al decoro de su Religion, que era lo que le movia, ó si seria mejor dejar correr aquella nota en sus libros, logrando la ocasion que se le ofrecia en aquella humillacion de ser notado y despreciado.

No atreviéndose á tomar resolucion, comunicó el caso con persona de mucha autoridad, que le aconsejó hiciese en todo caso su defensa, porque así convenia al servicio de Dios; mas, como estaba tan inclinado á la humildad y ser despreciado de los hombres, no se resolvió con esto, sino oidas las razones de aquel Padre se fué á encomendarlo á Dios en la oracion, pidiéndole humildemente que le diese luz para hacer en aquel negocio lo que fuese de su mayor gloria y servicio.

Despues de larga oracion y penitencia se resolvió callar y dejar su causa en las manos de Dios, para que ordenase lo que fuese su santa voluntad; y si quisiese humillarle con aquel golpe, recibirle como de su mano con rendida voluntad.

En esta resolucion perseveró hasta que por otro camino llegó á noticia de los Superiores la inquisicion que se hacia de su doctrinã, y le ordenaron seriamente que hiciese su defensa y diese razon de sí á los jueces, para que, oida la parte, juzgasen rectamente; y aunque pidió con instancia que le dejasen lograr aquella confusion, porque la necesitaba para lastre de su vanidad, le obligaron á que diese su razon.

Obedeció el humilde Padre, y dióla con tanta claridad como rendimiento, y pidió antes de entregarla, que la viesen hombres doctos y no se fiase de solo su parecer, con que sin perder el fruto de su afecto á la santa humildad, adquirió nuevo crédito en la estimacion de humilde y docto; porque es muy ordinaria condicion de Dios, trazar las cosas de manera, que los humildes salgan con más honra de su humillacion, y los soberbios con mayor confusion de su hinchada presuncion.

Es confirmacion de esta verdad y de la humildad de nuestro Eusebio, lo que le pasó con uno que en Venecia imprimió una *Apología* contra él con las más injuriosas palabras que se pudieron decir: era notado de hereje, y como tal se desbocó contra el católico y santo escritor, y no sólo contra él y su doctrina, sino contra sus padres y su sangre, poniendo dolo en ellos, en que declaró la malicia y la pasion con que escribia.

El libro vino á manos del siervo de Dios, y pudiendo responder con grande satisfaccion y castigar la osadía de aquel pérfido maldiciente, escogió el silencio y la humildad, y dejar su causa á Dios, el cual volvió por su honor y castigó al atrevido con más piedad que merecia su malicia.

Otro caso algo semejante á este sucedió en Roma, adonde alguno con

más celos que celo de la gloria de Dios, delató algunas obras suyas, escribiendo contra ellas; y aunque el siervo de Dios lo supo, no se defendió, y Dios tomó la mano y defendió al que se habia puesto en sus manos, y le sacó con más honra de la contradiccion como al oro del crisol.

IX

De su oracion y amor á Dios, y la devocion con las almas del purgatorio.

De la oracion retirada que tenia el P. Eusebio dijimos, que, cuando ménos, eran siete horas cada dia, gastando la mayor parte de la noche en coloquios con Dios y en la contemplacion de los misterios divinos; y fuera de esto, todo el dia era como una oracion continuada, porque nunca cesaba de alabar á Dios, teniéndole presente en su corazon y careándose como los ángeles con él.

Pero la alteza de su oracion y el linaje de contemplacion suyo, no le sabemos, porque, como fué tan humilde, siempre ocultó los dones de Dios; y así, nos encubrió este y el grado de oracion que alcanzó, por lo cual nos hallamos forzados á rastrearle por los efectos que conocimos y vimos en este santo varon.

Y el primero fué un fuego grande de amor divino que ardia siempre en su pecho, de que brotaba por la boca centellas y llamas que encendian á los que conversaban con él, y continuamente se le oian aquellas palabras: «Amemos á Dios, amemos á Dios,» nacidas del afecto de su amor, y por los mismos filos amaba la humanidad de Cristo nuestro bien.

Estaba tan tomado de este vino celestial, que como hombre embriagado muchas veces se transportaba, y parecia salir de sí, y los que le asistian afirman que no estaba en lo que hacia, y que, andando por la casa algunas veces, no sabia adonde iba, porque estaban todos sus sentidos y potencias poseidas del divino amor, del que hablaba y trataba con todos, y en tomando la pluma empezaba y no acababa á escribir del amor de Dios.

Buenos testigos son de esta verdad sus mismas obras, no sólo la del *Prodigio del amor de Dios*, y la de *Su hermosura*, y la de el *Aprecio de su gracia*, y la de adoracion en espíritu y verdad, y las otras de este género, pero los demás libros, que tienen tanto de erudicion y curiosidad, pues aun el de historia natural y peregrina le hizo escuela de enseñanza para subir por él, como por escala, á la cumbre del amor de Dios.

Como abrasado maestro de amor, hizo aquel admirable arte de la voluntad, en que con tanta diligencia y comprehension, distingue, declara y define

todos sus afectos, y con tan grande destreza los encamina al sumo Bien, descubriendo para cada uno avisos que los despierten, motivos que los aviven; y tan eficazmente los persuade á su mejor empleo, que siendo obra que por los discretos discursos del entendimiento, parece que habia de ocupar todo el lleno de la estimacion, campean más en ella las abrasadoras llamas de su encendida voluntad y amor de Dios, y todo él es un testimonio irrefragrable de la eminencia de sus perfectísimas virtudes.

Dijo una vez á un grande amigo suyo, despues de haber ponderado las misericordias que Dios habia usado con él cuando escribia, asegurando que todo cuanto habia dictado era suyo; que con particularidad, los dos libros de la *Hermosura de Dios* y *Prodigios del amor divino,* se le habian quedado tan impresos en el alma, que siempre los traia presentes; y es sin duda, que estaba siempre amando con un continuo ejercicio de la voluntad, abrasada en Dios y unida á él, sin que divertimiento de ocupaciones, ni distraccion alguna borrase por breve espacio esta primera impresion, que habia hecho en sí mismo de estas obras, quien traia siempre presente la hermosura de sus perfecciones y el prodigio de su amor. Tales efectos causaba en su alma la virtud de su oracion y la alteza de la contemplacion, á que le sublimó Dios.

Y si paramos mientes á otros efectos no ménos altos que raros, que supimos de su oracion, nos darán alguna noticia de los quilates de perfeccion á que llegó; y sea el primero el que le sucedió en su colegio de Madrid, estando en oracion al amanecer en la iglesia antigua, que pasó por la puerta á la misma sazon un hombre, que, agraviado de otro, iba á buscarle con un puñal desnudo en la mano, para vengar su agravio, quitándole la vida.

Esto reveló Dios al P. Eusebio, y movido del divino espíritu que le descubrió este secreto para remedio de ambos, del agraviado y del que le agravió, se levantó con presteza y bajó á la puerta, y encontrando al que pasaba le llamó, y pasando por toda la iglesia, le entró en el tránsito de el colegio, y le preguntó con imperio de siervo de Dios, adónde y á qué iba. Turbóse con esta pregunta, y viéndole mudo, le desembozó el siervo de Dios y le quitó la daga de la mano, diciéndole: «Id al aposento de tal Padre, que por ayudar á los ajusticiados era muy conocido en la corte, y esperadme allí.

El Padre se fué y el hombre obedeció, y contó al dicho Padre lo que le habia pasado, declarándole cómo en la verdad iba á matar á su ofensor; preguntóle si conocia al religioso que le habia detenido, y le enviaba á su aposento; respondió que no; informóse de las señas, y por ellas conoció que era el P. Juan Eusebio, que á semejantes tiempos estaba en oracion, y dándole noticia de su mucha santidad, y que sin duda alguna era enviado de Dios para remedio de su alma, le exhortó á penitencia de sus pecados, y á perdo-

nar á su enemigo, y hacer una buena confesion, la cual hizo con el mismo Padre, y dejando la enemistad antigua, se reconcilió con su enemigo y se puso en carrera de salvacion.

Era este siervo de Dios muy devoto de las almas del purgatorio, y ofrecia por ellas muchas Misas, penitencias, oraciones y sufragios, y estando una noche bien tarde orando en el coro de la dicha iglesia antigua del colegio cuando los demás dormian, le apareció el alma de un Padre lector de Teología que habia muerto en el dicho colegio, y le pidió que le favoreciese con sus oraciones, porque padecia gravísimas penas por algunas faltas de otros que habia sindicado á los Superiores, acriminándolas mucho, y no con tan pura intencion como debia de verdadera caridad, y que Dios le daba licencia para venir á decírselo, así para escarmiento de otros, como para alivio suyo; que se acordase de la amistad que habian tenido y de lo que le habia ayudado acreditando sus libros; que no dejase de ayudarle y de publicar la causa de sus penas, porque así lo queria Dios.

El P. Eusebio no se turbó con la visita de aquel alma, ni interrumpió su oracion, ántes ofreciéndole lo que pedia, prosiguió rogando á Dios por ella, y luego en amaneciendo dijo Misa y diligenció que otros muchos la dijesen; hizo muchas penitencias y ofreció muchos sufragios por su satisfaccion, y dentro de pocos dias le apareció en uno como globo de luz, que ya libre de las penas subia al cielo á gozar de Dios, dándole gracias por el favor que le habia hecho.

Y porque hemos tocado esta materia de la devocion que tenia con las almas del purgatorio, referiré un caso que le sucedió con ellas.

Tenia un rosario con algunas medallas de indulgencias, y con ellas procuraba cada dia ganar algunas en la forma de aplicacion que enseñó despues en su tratado que imprimió para mover á todos á su devocion.

Este rosario se le perdió, y dolorido por la falta de las medallas, buscó otro prestado con las mismas que él tenia, y le rezó dos dias, y luego le volvió á su dueño. El tercero dia, con los negocios que traia entre manos se le olvidó de pedirle, y cuando daban las once de la noche, el reloj le acordó su olvido, y muy pesaroso de haber faltado aquel dia en su devocion, pidió perdon á las santas almas de su descuido ofreciéndoles que, si tuviera rosario le rezara por ellas: al punto oyó un lento ruido en el techo, y levantando los ojos, vió su rosario con sus medallas que cayó en el suelo, traido por las almas por quien oraba, que como tan interesadas en sus oraciones, se le ofrecieron para que no les faltase aquel dia.

Levantóle, dándoles muchas gracias, y rezólo, como solia, con la mayor devocion que pudo por las que le habian traido, confirmando y afervorizando

en su devocion, reconociendo que sus oraciones les eran provechosas y gratas á la Majestad de Dios.

Algo toca en esta materia y en la fuerza de la oracion del P. Eusebio lo que le pasó con una señora ilustre de la corte, penitenta suya, la cual enfermó gravemente, y los médicos, desconfiados de su salud, la dijeron que se dispusiese para la muerte, porque corria manifiesto riesgo su vida.

Recibió pesadamente este aviso, y no sintiendo en sí accidentes tan mortales como le decian, no daba crédito á sus palabras, á que ayudaba el grande temor que tenia de las penas del purgatorio, y creerse dificultosamente lo que no se quiere.

Como el buen Padre la asistia y miraba su peligro, diligenciaba su remedio, persuadiéndola que se confesase y recibiese los Santos Sacramentos de la Iglesia, para dar ejemplar remate á su buena vida; mas estaba tan temerosa, que habiéndole obedecido siempre, sólo en esta ocacion no siguió su consejo, ántes, mostrando enfado á sus exhortaciones, dió muestras de no querer oirle

En estos lances se le agravó la enfermedad y le sobrevino un accidente mortal que le privó de los sentidos, con gran dolor del siervo de Dios, por el buen olor de santidad que habia dado hasta allí y el riesgo de morir sin la disposicion debida.

Duró el accidente seis dias, no tanto como quien vive como quien no acaba de morir, agonizando con la muerte; y el último en que aseguraban los médicos que habia de espirar, se entró el P. Eusebio en su oratorio á orar y decir Misa por su alma y por su vida, suplicando á Su Divina Majestad que se la diese siquiera por poco tiempo para disponer su muerte; y fué fama constante que ofreció á Dios padecer por ella en esta vida las penas que debia por sus pecados en el purgatorio.

Su oracion llegó á los oidos del Altísimo, y fué tan grata á Su Divina Majestad, que le concedió cuanto pedia; y así, en acabando la Misa, halló á la marquesa en sus sentidos y tan trocada en su dictámen, que luego de su voluntad pidió los Santos Sacramentos, y, muy conforme con la voluntad de Dios, se resignó en sus manos para que le diese la muerte ó la vida, segun su santa voluntad, y libre de los temores pasados, dispuso su testamento y murió con grande confianza de alcanzar su salvacion, asistiéndola y confortándola el siervo de Dios con sus palabras y con la promesa que le dió de tomar sobre sí las deudas de sus pecados, y padecer por ella las penas del purgatorio.

Y el efecto declaró haber sido oido de Dios, porque desde aquel dia le sobrevinieron tantos y tan graves accidentes, con dolores tan vehementes en

todas las partes de su cuerpo, que estuvo en un penoso purgatorio todo el tiempo que le duró la vida, sin que hallasen los médicos medicinas á tan extrañas dolencias, y las que le hicieron, que fueron muchas, no sirvieron sino de aumentarle las penas; porque, como venian de mano superior, no alcanzaba su ciencia á mitigarlas: en que resplandece por una parte la fuerza de su oracion para con Dios, y por otra la grandeza de su caridad para con sus prójimos, pues no dudó de pasar tantos y tan graves dolores por tan dilatado tiempo por el bien de aquel alma, y porque no muriese sin consuelo.

X

La devocion que tuvo con la Santísima Vírgen María, y algunas de las mercedes que de su mano recibió.

La devocion que tuvo este varon de Dios á la beatísima Vírgen, declaran los muchos libros que compuso en su alabanza, que pasaron de veinte, entre grandes y pequeños; y como dice S. Ambrosio de Cristo, que para dar dulce remate á su vida, la acabó honrando á su Madre y careándose con ella, lo mismo hizo este discípulo suyo siguiendo su ejemplo; porque, aunque siempre se empleó en servirla y alabarla, sin perder ocasion en todos sus escritos de hablar de su devocion y ensalzar sus virtudes y persuadir á todos su devocion, pero al remate de su vida se esmeró particularmente, escribiendo muchos libros para su servicio.

Seis de buen volúmen fueron los últimos y unas devotas meditaciones de sus misterios, sin otros varios tratados concernientes á su Purísima Concepcion sin pecado original, con que remató su vida dulcísimamente, como dejando el mas sabroso bocado para la postre.

En solo un tomo se imprimieron en Leon despues de su muerte, el año de 1659, diez tratados ó libros pequeños acerca del misterio de su Purísima Concepcion, habiendo impreso en su vida muchos más de su devocion y patrocinio, y de sus prerrogativas y excelencias; porque, como tenia tan estampada en su corazon la imágen de esta Señora celestial, no parece que pensaba de dia y de noche en otra cosa, sino en amarla y servirla, y cada dia daba nuevas trazas cómo adelantarse en su servicio y devocion.

Las vigilias de sus fiestas celebraba con ayunos rigurosos y muchas y grandes penitencias. Sus dias con larga y devota meditacion de sus misterios, y haciendo por su amor el bien que podia á sus prójimos.

A todos exhortaba á su devocion, y hablaba con tal ternura y afecto de su

vida y excelencias, que enternecia á todos cuantos le oian, y con el fuego que ardia en su pecho inflamaba á todos en su amor.

El que le tuvo este santo varon comenzó con su vida, porque su madre le alcanzó de Dios por intercesion de la beatísima Vírgen (como dijimos al principio) y en naciendo se le ofreció por hijo, y le crió con la leche de su devocion, y luego que abrió los ojos á la razon, la tomó por Madre, amparo y maestra suya, consultándola en todas sus dudas y valiéndose de su favor en todas sus necesidades.

Por su medio guardó perpetua virginidad; por su medio hizo vida religiosa en sus estudios; por su medio alcanzó tan virtuosos compañeros que le ayudasen á servirla; por su medio entró en la Compañía, y por su medio perseveró en ella y venció tantas dificultades como se le ofrecieron; por su medio y con la luz de su enseñanza compuso todos sus libros, porque antes de comenzarlos se encomendaba en su favor y le pedia su luz y su asistencia, haciéndole algun servicio, y así, fué nuestra Señora el norte de todas sus acciones y la estrella por quien se gobernó en ellas y á quien reconocido daba gracias por todas, como dones recibidos de su mano.

Cuando el rey le señaló para la junta de la Concepcion que dijimos, fué singular su gozo, viendo que le ordenaban lo que intensamente deseaba, y fué igual á su gozo el cuidado que puso en todo lo que se trataba en ella tocante á su servicio y á la determinacion de aquel misterio, para que hizo varios tratados eruditos y un libro entre otros, que intituló: *De perpetuo obiecto Festi Inmaculatae Conceptionis Virginis*, probando con suma erudicion de santos Concilios, Pontífices, Doctores y razones cómo siempre la Iglesia y los Padres antiguos habian tenido por blanco de esta festividad la Concepcion purísima de la Santísima Vírgen sin pecado original en el primer instante de su animacion, que fué gran parte para la declaracion que hizo despues, en conformidad de esta verdad, la Santidad de Alejandro VII, que hoy tiene la silla de S. Pedro, con tanta gloria y honra de la Vírgen, y tan grande gozo de todos sus devotos, y especialmente de España.

Pero en lo que fué único y se le debe singularmente á este hijo fidelísimo de María, fué en la fiesta de su Patrocinio la cual singularmente se debe á la devocion y diligencia del P. Juan Eusebio; porque, hallándose en aquella grave junta y considerando las dificultades insuperables que se ofrecian cada dia acerca del punto principal de definir su Concepcion Inmaculada; con la luz que tenia del cielo y como siempre pensaba trazas cómo adelantar la devocion de la Vírgen en el mundo, dió esta de que en agradecimiento de las mercedes que los reinos y señoríos de España habian recibido y recibian continuamente de su mano, se instituyese una fiesta particular solemne y perpe-

tua con jubileo universal para todos con título del Patrocinio de nuestra Señora, para que los fieles le diesen gracias por el que tenia de las Españas.

Para esto hizo un tratado en forma de memorial y le presentó á la junta, la cual, convencida de tantas y tan fuertes razones con que la persuadia, le aprobó y presentó á la majestad del rey nuestro señor, que como tan piadoso y católico, le abrazó con mucho gusto y despachó luego á Roma pidiendo al Sumo Pontífice esta gracia, jubileo, rezó y Misa de esta fiesta, la cual se ha entablado en todas partes con grande gloria de Dios, devocion de la Santísima Vírgen y provecho de los fieles, que en el segundo domingo de noviembre en que se celebra en este arzobispado de Toledo, confiesan y comulgan con grande frecuencia y hacen otras obras de grande piedad en servicio de esta grande Señora, todo lo cual se debe á la diligencia y devocion de nuestro Eusebio, que no cabia de gozo cuando vió logrado con tanta gloria de la Vírgen su deseo.

¿Pero quién podrá decir las misericordias y mercedes que obró la Reina del cielo en aquella bendita alma en retorno de tantos y tan continuos servicios? El siervo de Dios las recibió y las calló, y así, se dejan al discurso y consideracion de sus devotos.

Algo de esto dijo á un confidente suyo el último año de su vida con quien declarándose un dia, dijo: «No pensará cuál ando estos dias,» y creyendo que era alguna nueva enfermedad que le habia sobrevenido, le preguntó con cuidado qué tenia. A que respondió con presteza: «Amor de la Vírgen, que estoy como loco.» Replicóle el amigo, ¿pues esto es nuevo? Respondió: «Como ahora sí, porque ni yo pudiera vivir, ni sé cómo ando ni cómo escribo, que despues de este nuevo favor me espanto de ver que no digo disparates, por que estoy hecho un loco.»

Preguntándole de dónde habia nacido este exceso y novedad, cuando le iba á responder, entró una persona que les atajó la plática. El modo de hablar en ella tan extraordinario y desusado en el P. Eusebio fué tal, que desde entónces comenzó á temer este confidente suyo que Dios le queria llevar para sí, y lo dijo á sus hijos espirituales para que lograsen con diligencia su doctrina el tiempo que Dios les concedia aprovecharse de ella; y, conforme á lo referido, dice en uno de sus apuntamientos: *Lo que debo á la intercesion de la Vírgen, para decirlo en una palabra, es cuanto no sé decir y cuanto me ha concedido nuestro Señor.*

Pero cuántas y cuáles fueron las mercedes que recibió calla; algunas exteriores hubo que no las pudo encubrir, como fueron traerle algunas almas perdidas para que las remediase y las pusiese en camino de salvacion, de que pondremos las más sabidas.

Un sábado dedicado á nuestra Señora, á las nueve de la mañana entró en su aposento un hombre alterado y congojado, el rostro encendido y la garganta desollada, con muestras de grande afliccion; el bendito Padre le recibió y animó con la piedad que acostumbraba, y le exhortó con dulces palabras á que descubriese su pecho y le diese parte de su afliccion.

Animado, pues, y confiado con la buena acogida que halló en el confesor, tomando aliento, habló de esta manera: «Padre, yo soy de Valladolid, hijo de padres honrados, y por desdicha me casé desigualmente con despecho y á pesar de mis parientes, los cuales me aborrecieron y dejaron en suma miseria.

»Hallándome pobre y deshonrado, salí un dia al campo pensando en mi desventura, y á pocos pasos vi un hombre atezado, que tuve por esclavo de algun señor; llegóse á mí, y con mejores palabras que aspecto, comenzó á consolarme, y de uno en otro lance me sacó cuanto tenia en el pecho; y habiéndome oido, dijo: «Pues yo daré remedio á tu afliccion si quieres tener mi amistad y fiarte de mí.»

»El que se ahoga se ase de una espada, y como yo me estaba ahogando extendí la mano para valerme de él, dándosela de amigo y ofreciendo de servirle. «Pues si te he de ayudar y dar riquezas, ha de ser (dijo) con una condicion, que me dés tu alma;» turbéme oyendo esto, y no supe qué responder, mas el malvado me facilitaba las dificultades para ello, haciéndome nuevas ofertas.

»A todo respondí que daria mañana la respuesta, y el maldito me conjuró de guardarle secreto, amenazándome si lo decia; con esto se fué, y yo tan temeroso como espantado, me volví á la ciudad y fuí á una Religion adonde conté á un confesor lo que me habia pasado; exhortóme á penitencia y a confiar en Dios y no volver más á verle, y dióme un rosario, encargándome que le rezase todos los dias, valiéndome del favor de la Santísima Vírgen para no caer en los lazos del diablo.

»Yo andaba temerosísimo y no dejaba el rosario de la mano, y subiendo una escalera, vi al etiope, que mirándome con ojos airados, dijo: «Mal hombre, ¿por qué me habeis quebrado la palabra y descubierto el secreto? Agradeced al rosario que rezais, aunque con tan poca devocion, que sino yo os diera el pago.»

»Con esto desapareció dejándome triste y temeroso, y yo sin remedio ni consejo, pobre y desdichado, me resolví á venir á Madrid á buscar ventura, si la hallaba, y algun remedio á mis males; pero sucedióme lo que á un hombre que anegándose en un rio se lanza en la mar, que halla un profundo abismo en que anegarse; así es la corte respecto de otras ciudades, adonde pensando hallar remedio, se me doblaron mis afanes.

»Estando, pues, una noche en el aposento de una corta posada leyendo en un libro para divertirme, entró á mí un hombre barbado, que en el aspecto parecia ermitaño; preguntéle qué queria: respondió que era forastero y huésped en aquella posada, y que salia á pasar tiempo y desahogarse un rato; trabamos pláticas.

»El triste es como el encancerado, que toma alivio vomitando la ponzoña de su cuidado; yo vomité la mia con el fingido ermitaño, declarándole todas mis desgracias y el aprieto en que me hallaba. «Pues yo, dijo mostrándome voluntad, salgo á dar corte á vuestros males si quereis fiaros de mí.»

»Admití la oferta, y dijo: «Ya es muy noche, no es tiempo de hacer algo; mañana al amanecer nos veamos junto al convento de los Agustinos de doña María de Aragon.» Admití el plazo y le cumplí, porque la siguiente mañana fuí temprano al puesto señalado, y acordándome que el dia antecedente no habia rezado el rosario, le fuí rezando desde mi casa al convento, adonde hallé al ermitaño que ya me estaba esperando.

»Recibióme con gusto, y á pocos lances me dijo que bajásemos al parque; en el camino me fué acriminando mis desdichas con tanta fuerza de razones y con tanto encarecimiento, que concluyó diciendo que no tenia otro remedio sino ahorcarme y acabar de una vez con tantos males; pues era menor una breve muerte, que una vida tan triste y desdichada, llena de tantos afanes.

»Creíle como ciego y sin consejo, y tomando el suyo y una soga que me puso en la mano, subí en un árbol, y puesto un lazo al cuello, la até de una rama alta y me arrojé desesperado.

»A esta sazon vi cerca de mí á la Santísima Vírgen, á quien invoqué cuando me echaba, la cual me detuvo y dijo las siguientes palabras: «En estado de condenacion estás; pero por la devocion de mi Rosario, mi Hijo ha usado de misericordia contigo para que no mueras. Ve luego á la Compañía de mi Hijo y pregunta por el P. Eusebio, que él te consolará.»

»Luego no la vi más, pero hice pié en una rama del árbol, y cobrando aliento, levanté las manos y deshice el lazo, y le saqué del cuello, que me quedó, como se ve, desollado. Mi engañador me dejó, y yo he venido rezando mi rosario á buscar á Vuestra Paternidad, como me lo mandó la Vírgen, para que dé remedio á mi alma.»

Aquí acabó el razonamiento y empezó de nuevo el llanto, y el bendito Padre le consoló y exhortó á ser agradecido á la Vírgen y huir de los lazos del demonio. Confesóle generalmente, dióle saludables consejos, hízole esclavo de la Reina del cielo, y envióle contento y consolado.

Este pecador le envió la Santísima Vírgen para que le remediase, y, aunque en su conversion hubo muchas circunstancias dignas de ponderacion,

que dejo por brevedad, sólo reparo en una que declara la grande santidad de este espiritual varon y la estima que hacia el cielo de él; y es que, habiendo en la corte á esta sazon tantos y tan esclarecidos varones en espíritu, en letras, en prudencia y celo de las almas, y algunos de tan relevante espíritu, que despues de su vida tratan de canonizarlos por su notoria santidad, con todo eso no le remitió nuestra Señora á ninguno de ellos, sino que entre millares de confesores, así religiosos como seglares, escogió al bendito Eusebio para remedio y direccion de aquella alma, y le mandó que le buscase, aunque no le conocia ni le habia oido nombrar, y se le dió por médico de su alma y por maestro de su vida para llevarle á la eterna; indicio manifiesto que declara bien la alteza de su espíritu y la grandeza de su santidad, y el cariño con que le miraba esta celestial Señora, merecido por su devocion.

No le fué al bendito Padre de ménos alborozo que el pasado otro pecador que le trajo la Reina de los ángeles para que sacase su alma del infierno y la condujese al cielo.

Fué un hombre de vida tan estragada y tan rematado en sus pecados, que, excepto el de herejía, en todos habia caido, hasta en el odio formal de Dios, aborreciéndole, y maldiciéndole y ofendiéndole por sólo ofenderle.

Entre tanto incendio de vicios, le habia quedado una sola centella de virtud y muestra de cristiano, y era rezar cada dia una Ave María á la Reina del cielo para que se acordase de él.

Fué tan agradecida esta celestial Señora á tan corto servicio en medio de tantas ofensas, que siendo ya viejo y cercano á la muerte, le apareció en sueños y le miró amorosamente, representándole juntamente todos sus grandes pecados, el riesgo de su condenacion, y al P. Juan Eusebio, cuya opinion de santidad volaba por el mundo, como al remedio de su alma, diciéndole en su corazon que se valiese de él para no caer en las penas y castigos acerbísimos que le amenazaban.

Este aviso le dió la piadosísima Vírgen, como Madre y amparo de pecadores, á este que parecia ser uno de los mayores del mundo, y para tal enfermo le dió tal médico como el P. Eusebio.

Desapareció la Vírgen, y aquel mal hombre despertó tan temeroso y espantado de la amenaza que le habia hecho, que toda la noche gastó en llorar sus pecados, y, en rayando la luz del dia, envió á llamar al P. Juan Eusebio, y le contó la vision que habia tenido, pidiéndole que le confesase, porque se sentia muy enfermo; y fué así, que con el aviso le dió la enfermedad de la muerte, enfermando Dios el cuerpo para sanarle el alma.

El Padre le alentó y animó con sus santas palabras; y como la confesion habia de ser de tan larga vida, le dijo que seria acertado tomar tiempo para

recorrerla toda y confesar enteramente sus pecados. A que el penitente respondió que era imposible acordarse mejor de ellos, que la Vírgen se los habia ácordado, y así, que fuese luego la confesion, porque los tenia todos en la memoria.

Oido esto, le confesó generalmente de toda su vida, refiriendo sus culpas con tanta distincion y claridad, que ningun teólogo las pudiera decir mejor, y con tantas lágrimas y contricion, que declaraba bien la merced que habia recibido de su mano, y estaba tan conforme con la voluntad de Dios, que rogó al Padre no le pidiese salud para él, sino que le llevase de aquella enfermedad, porque no se viese otra vez en riesgo de volver á pecar.

Cumplióle nuestro Señor sus deseos, porque dentro de cinco dias murió, haciendo actos de contricion tan fervorosos, que movia á lágrimas á todos los presentes y el Padre las derramaba de gozo por ver á un tan rematado pecador tan arrepentido de sus culpas y morir con tan buena disposicion, dejando prendas ciertísimas de su salvacion. Tal es la virtud y eficacia de la devocion de nuestra Señora, si bien no deben asegurarse los pecadores en sus vicios con ella sola, como si tuvieran cierta su salvacion.

Estas almas traia la Reina del cielo á su fiel siervo para encaminarlas á Dios, como á médico tan diestro en sacarlas de pecados y reducirlas á la gracia; y si por sola una Ave María que le rezaba este pecador, enfrascado en tantos vicios, le hizo tan singular merced, visitándole y reduciéndole á su salvacion, ¿qué mercedes haria, y qué gracias y consuelos obraria en el alma del P. Eusebio por tantas y tan fervorosas oraciones como le ofrecia todos los dias, y por tantos libros como escribió en su alabanza, y tantas obras tan heróicas que hizo en su servicio, engendrando en los corazones de todos cuantos comunicaba su santa devocion? Esto se queda á la consideracion de los devotos que miran por una parte la grande liberalidad de la Reina de los ángeles, y por otra la santidad de este siervo, merecedor de los favores de Dios nuestro Señor.

XI

Su devocion con los ángeles, y en especial con el Arcángel S. Miguel, y el espíritu de profecía de que Dios le dotó.

Conocida fué en este siervo de Dios la devocion y familiaridad que tuvo con los santos ángeles, y en particular con el de su Guarda, y con el Arcángel S Miguel; y comenzando de éste, es abonado testigo el libro que escribió de sus prerrogativas, excelencias y de la importancia de su patrocinio y su favor, la cual prueba con tantas y tan sólidas razones y con tan grande

erudicion, que admira y convence á todos cuantos le leen, cerrando la puerta á cualquiera género de duda que se pueda ofrecer.

Trataron los reinos de España por órden de nuestro catolicísimo rey de tomarle por Patron especial, como lo era de toda la Iglesia, y para salir con su intento y engendrar en los corazones de los vasallos su devocion, tomaron por medio que se escribiese un libro de este argumento, que fuese continuo predicador de las excelencias del Arcángel, y despertase á todos á su servicio y devocion.

Y aunque habia en estos reinos muchos y muy insignes varones en letras y prudencia, en sabiduría y espíritu, entre todos escogió el Consejo real y el reino al P. Juan Eusebio para esta empresa, juzgando que ninguno les pudiera desempeñar de ella mejor; y no se engañaron, porque dentro de tres meses dió el libro que deseaban, acabado con toda perfeccion.

Aunque ningunos libros, annque sean de los hombres más doctos del reino, se permiten imprimir sin que primero se revean por personas de satisfaccion y que dén sus censuras y pareceres firmados de aprobacion; el Consejo de su Majestad mandó que este libro se imprimiese luego al punto, sin más exámen ni censura que la firma del P. Eusebio, de quien tenia tan grande satisfaccion, que no habia quien censurase sus obras, y él habia de censurar las de todos, y que bastaba ser suya para su calificacion; y así, se dió luego á la estampa con tanta usura y provecho de los fieles, que ninguno le ha leido que no quede prendado de la estima y devocion de S. Miguel.

No fué menor su afecto al santo Angel de su Guarda, de quien confiesa en sus apuntamientos que recibió singularísimos favores, y con quien (á lo que entendemos) tuvo estrecha familiaridad, aunque, como tan humilde, procuró encubrirla; pero no pudo del todo, porque le vimos muchas veces llamarle, y hablarle y carearse con él; y así, reconocimos que le traia siempre á la vista, y le consultaba sus dudas, y le invocaba como á valedor suyo dado de la mano de Dios para sus aciertos, los cuales debió á su consejo, y en todas las acciones experimentó su ayuda y su favor.

En el lugar citado confiesa que en la caida que dió estando enfermo, que despues diré, le asistió su santo Angel y le confortó para llevar con paciencia aquel trabajo, diciéndole que no le detenia, porque le convenia padecer, y así era la voluntad de Dios; y asimismo le enseñó lo que habia de hacer, para llevar con fruto y mérito de su alma aquel golpe que le venia de la mano del Señor, al modo que el Angel S. Rafael confortó á Tobías, para que llevase la ceguedad con paciencia, porque se la enviaba Dios para su prueba y merecimiento, como envió los trabajos al santo Job, que fué mayor merced que si le diera vista, privándole de tan gran bien; así fué mayor

merced la que hizo el Angel al P. Eusebio, confortándole en la caida, para llevar los dolores con paciencia y alegría, que si le detuviera para no caer ni padecerlos, privándole de los méritos que atesoró con ellos en el cielo.

Hallándose otra vez dudoso en un negocio de importancia, y padeciendo molestas perplejidades, sin saberse resolver, invocó el favor de su Angel, pidiéndole luz en aquel negocio, y el santo Angel le respondió luego, y hablándole al corazon, y le enseñó claramente la resolucion de aquella duda y el camino que habia de tomar para acertar en ella, con grande gozo de su alma y acierto en lo que deseaba.

Con esta y otras experiencias semejantes de la merced que le hacia, conferia siempre con él sus negocios y tomaba resolucion en sus dudas, y así tuvo tan continuados aciertos en ellas.

Caso fué bien singular el que se supo de persona de gran crédito, y autoridad por sus letras y alto puesto, y fué que por medio de su Angel comunicó nuestro Señor á persona de mucha virtud algunas cosas misteriosas, de que no hizo concepto bastante para entenderlas como convenia, ó porque el medio de esta participacion era tambien enigmas y símbolos, por los cuales suele Su Majestad significar algunas verdades, de que está llena la sagrada Escritura, y la inteligencia del que oia estas no alcanzaba á tomar toda la inteligencia, como convenia para su conocimiento; y reconociéndolo así el Angel, le dijo: «Quien hará concepto cabal de lo que te digo es el P. Eusebio; ve y dile que si gusta de que yo vaya á decírselo, lo haré, y despues él te lo declarará.»

Bien se deja entender que podia el Angel por sí mismo poner inteligencia cabal de lo que le decia á quien hablaba, ó declararse con él sin enigmas ni oscuridades sin remitirle á otro, pero debió Dios por este medio dar á entender á aquella persona las ventajas y altura de espíritu del P. Eusebio, por el conocimiento mayor de cosas oscuras y dificultosas, ó porque la más frecuente comunicacion de los ángeles le habia facilitado la inteligencia de su estilo y modo de declararse.

Contó al Padre lo que le habia sucedido, y la respuesta fué que él no era digno de que le visitasen ángeles y mucho ménos de que se le pidiese declaracion de lo que ellos decian; que la pidiese á nuestro Señor, que siendo de su servicio, Él se la daria como más conviniese. Respuesta digna de un varon tan humilde y consumado en la virtud, y tan diestro en las materias de espíritu: de quien debemos aprender á no presumir altamente de nosotros, sino á humillarnos y tenernos por ménos, cuanto mayores mercedes recibimos de Dios y de sus ángeles, con los cuales tuvo tanta familiaridad y recibió tantas mercedes cuantas merecieron sus servicios y su devocion, entre las cua-

les podremos contar el espíritu de profecía y el conocimiento de cosas ocultas que por su medio le comunicó Dios, de que diremos ahora.

El don de la profecía es una merced tan singular que no la hace Dios á todos sino á personas muy raras y muy señaladas en santidad; y porque no faltase esta prerrogativa de santo á siervo tan fiel suyo y que tanto se esmeró en su servicio, le quiso honrar con ella, dándole luz para conocer las cosas futuras y las ocultas y distantes, y decirlas cuando convenia, como se verá en los casos siguientes:

Una señora de título que comunicaba su alma con el P. Eusebio, por consejo suyo resolvió dejar el mundo y sacrificarse á Dios en el muy observante monasterio de las Descalzas Franciscas de la corte, á quien llaman las Descalzas Reales, así por haberlas fundado persona real, como por las muchas de real sangre que le han honrado tomando su santo hábito.

La ejecucion en esta señora tenia muchas dificultades, así de parte de su padre que la contradecia, como de parte del convento que tenia dada á otras la palabra primero, por lo cual padecia mucha tristeza temiendo que se frustrasen sus intentos; mas el buen Padre le encomendó á Dios, y aseverantemente, como quien lo sabia de cierto, le dijo: «Tenga confianza en el Señor, que ninguna entrará en este monasterio primero que ella;» y como lo dijo se cumplió, porque su padre mudó de parecer, y solicitó su entrada, y la alcanzó, y entró monja ántes que otra alguna en el dicho monasterio, con igual gozo suyo y estimacion del espíritu profético del P. Eusebio.

A una hija de un consejero del rey llamaba Dios para ser monja, dándole voces al corazon para que dejase el mundo y le sirviese en Religion; pero ella se hacia sorda y no respondia á tan santa vocacion, la cual tenia oculta, sin dar parte de ella á padre, ni á madre, ni á su confesor.

Confesábase su madre con el P. Juan Eusebio, y llevándola consigo un dia, le dijo mirándola con algun cuidado: «Inés (que así se llamaba), oiga lo que nuestro Señor le dice al corazon, y sino es monja, padecerá mucho por el trabajo que vendrá á esta casa dentro de poco tiempo.»

Quedó atónita y suspensa viendo que le habia leido el corazon, y sin haberle dado parte sabia lo que pasaba en lo interior de su alma, y temblando de su amenaza se resolvió á ser monja y tomó el hábito en el monasterio del Sacramento de la corte, adonde persevera hoy, de cuya boca oí lo que escribo, y dentro de seis meses murió su padre en su mayor valimiento, y con su muerte vinieron á su casa grandes trabajos é inquietudes, como el santo Padre lo profetizó.

A otra señora muy principal de la corte, hija espiritual del P. Ensebio, siendo viuda y moza se le ofreció un casamiento de los grandes de la corte, y

que á juicio de todos le estaba muy bien, así por la persona como por el cargo que tenia, que era muy grande y muy cercano á la persona del rey.

Vino á tomar consejo con su confesor, el cual, habiéndolo encomendado á Dios, la respondió estando en el confesonario: «No le conviene casarse con esa persona, sino con la que ahora entra en la iglesia (que era un caballero noble que estaba en menor fortuna); este será su marido y tendrá el oficio que tiene ese otro.»

Siguió su consejo por el respeto tan grande que le tenia, y todo se cumplió como lo dijo; porque el primero murió y su marido entró en su oficio, que tiene con grande crédito cuando esto escribo, y reconociendo esta señora el espíritu de profecía que Dios habia dado al P. Eusebio, todo lo cual supe de su propia boca y otras cosas en confirmacion de esta verdad que le pasaron con el mismo Padre, pronosticándole las cosas futuras que le sucedieron.

A un hijo de una señora noble, hija espiritual suya, hacian pruebas para un hábito; los informantes, como suelen, se tardaban, y por presto que despachen siempre les parece á los pretendientes que se tardan.

La buena madre vino á la Compañía á consolarse con el P. Eusebio, el cual la certificó que vendrian muy presto, y que dentro de muy corto plazo veria á su hijo con el hábito, y añadió: «Váyase Vm. á su casa, que hay en ella cosa que le dé más cuidado.»

Admiróse de esto, porque acababa de venir de ella; pero, dando crédito á sus palabras, abrevió sus devociones y se partió con diligencia y halló á su marido enfermo de un repentino accidente que le habia dado, y á la tarde llegaron los informantes, y dentro de cuatro dias se despachó el hábito con admiracion suya y de todos cuantos supieron lo que el siervo de Dios le habia pronosticado, viéndolo cumplido todo como lo habia dicho.

Otro hijo de confesion cuenta otros dos casos que le sucedieron en confirmacion del espíritu profético que tenia. El uno fué que, estando para partirse fuera del reino á negocios importantísimos á su hacienda, quiso dejar la jornada, temiendo una pasion de escrúpulos que padecia y que juzgaba no podria vencer sin el ayuda y direccion de su confesor, á quien dió parte de la nueva resolucion que tomaba de quedarse, y la causa de ella.

El Padre le dijo: «Vaya y no la deje, que mientras le durare no tendrá escrúpulos hasta que vuelva.» No parece creible sino que se lo habia revelado Dios nuestro Señor, porque en todo el tiempo que duró, que fué bien largo, no tuvo escrúpulo alguno, y en volviendo á Madrid, le volvieron los escrúpulos, como si vinieran á sólo verificar lo que habia dicho el santo Padre.

El segundo caso fué, que estando para comulgar le vino un vehemente escrúpulo, y quiso levantarse del paño en que estaba; pero detúvole la nota

de la gente, y hallándose dudoso y batallando con esta perplejidad, llegó el P. Eusebio, como si le llamaran, y leyéndole el corazon, dijo: «Quiétese y comulgue y no haga caso de eso;» obedeció y comulgó, admirado de que le hubiese conocido el pensamiento oculto en su corazon: con que se comprueba claramente el espíritu de profecía que Dios le dió para regir y consolar las almas.

XII

El celo que tuvo de las almas y el fruto que hizo en ellas.

Sal y luz llamó Cristo á sus Apóstoles y á todos los que los imitan; porque la sal (como dice S. Crisóstomo) da sed, y así la tienen sus discípulos de la salvacion del mundo; y la luz destierra las tinieblas y alumbra á los vivientes para caminar y no caer, y los varones apostólicos alumbran á los hombres en el camino del cielo, destierran las tinieblas de los errores, y no les dejan caer en despeñaderos de falsas doctrinas.

Todo lo cual se verificó en este apostólico varon, que abrasado en el fuego del amor de Dios y bien de las almas de sus prójimos, padeció siempre sed ardiente de su salvacion, y con la luz de su predicacion y sus escritos no cesó un punto de alumbrarlos, para caminar al cielo y desterrar las tinieblas de los errores, porque no cayesen en ellos.

Fué buen testigo de esta verdad lo que sucedió á una persona muy espiritual y santa de la corte y muy devota del P. Eusebio, la cual, en tiempo que los de la Compañía hacian en ella las misiones con inmenso fruto de las almas y no menor gozo de los celosos de la gloria de Dios, los encomendaba en sus oraciones con encendidos deseos de que les diese Su Divina Majestad el fuego de su santo espíritu, para que le emprendiesen en todos los pecadores.

Perseverando en esta oracion, la quiso Dios regalar, mostrándole en una vision á todos los religiosos que trabajan en la mision, repartiendo luces á los hombres y alumbrándolos en el camino de su salvacion; y aunque se consoló mucho de verlos, reparó que no estaba con ellos el P. Eusebio, á quien tenia cordialísima devocion; y, como desconsolada de no verle en accion tan gloriosa, no pudo reprimirse sin preguntar al Señor por él; y para consolarla, la respondió: «Vente conmigo y le verás.»

Trájola á su aposento y mostrósele repartiendo luces con sus escritos, no sólo á la corte, como los misioneros, sino á todo el mundo, como los Apóstoles, á quien por esto llamó Cristo luz del mundo, porque sin límite ni tasa le habian de alumbrar todo; y el santo P. Eusebio fué como un sol espiri-

tual de la Iglesia que alumbra el mundo con sus escritos, desterrando las tinieblas de las ignorancias y los vicios, y dándoles la luz clara de la verdad y las virtudes.

Viviendo este varon del cielo, sucedió en esta corte que un católico disputó con un hereje sobre la verdad de nuestra santa fe, y el hereje estuvo tan obstinado y pertinaz en sus errores, que nunca se dió por vencido.

Tenia el católico un libro del P. Juan Eusebio, y pidió al hereje que siquiera por curiosidad y novedad leyese aquel libro que se acababa de imprimir; el hereje le leyó, y á pocos lances sintió con sus razones tal luz en el entendimiento y tal fuego en la voluntad, que salió de las tinieblas en que estaba, y detestando sus errores, se reconcilió con la Iglesia; y á quien no pudieron rendir los argumentos de los doctos, rindieron las vivas y espirituales razones de su libro, llamas del fuego divino que ardia en su corazon, con que abrasaba en vivo amor de Dios á todos cuantos le leian.

Y si esto hacia un solo libro, ¿qué incendio habrá causado tanto número de libros como ha impreso para salvacion del mundo? Pues hecha la cuenta de los que imprimió en vida y los que dejó para imprimir, de los cuales se han impreso ya más de diez de varios argumentos, son más de sesenta los libros que compuso: y de sólo el *Crisol de desengaños* y *Diferencia de lo temporal y eterno,* ha hecho uno en esta corte arriba de diez impresiones, y en ellas más de quince mil libros, sin otros muchos que se han impreso en otras partes y especialmente en Valencia, en Francia, en Nápoles y en otras tierras de Italia, adonde corren como en España.

¿Qué diré de su predicacion y la asistencia en el confesonario, y del don que tuvo de gobernar almas y deshacer escrúpulos y quitarlos, asistiendo todo á cualquiera de estos ministerios, como si fuera á la única ocupacion suya y no tuviera otra en qué emplearse? y como hacia á tantas manos, fueron innumerables las almas que sacó de pecados y encaminó al cielo.

Dejo lo que hizo en las misiones que ya tocamos arriba, y vengo á lo que trabajó en la corte, adonde á pié quedo tuvo una mision perpetua, y con una sed insaciable de las almas, le hallaban prontísimo todos los que le buscaban á cualquiera tiempo y hora, de dia y de noche, sin rehusar cansancio ni trabajo por aprovecharlas en el bien de sus almas, dejando con gusto el estudio para coger el fruto de sus trabajos.

Su trato con los prójimos fué un traslado fiel de aquella primera forma de los antiguos padres que fundaron la Compañía, y pudo darla con el suyo á los operarios de la Religion y á los ministros evangélicos de la Iglesia, porque fué incansable en el trabajo, ardiente en el celo, fervoroso en la obra, un fuego en las palabras, su conversacion provechosa, su exhortacion fre-

cuente, su consejo acertado, y siempre dado en ocasion oportuna y con mucha prudencia; su trato apacible y sus razones eficaces, y el modo manso y afable.

Fué hombre de grande tolerancia, fácil al ruego de los justos, piadoso para la necesidad, docto con los sabios, pero con la templanza de humilde, sufrido con los ignorantes y muy inclinado á su enseñanza; con los que trataban de virtud más compañero que maestro; con los pecadores manso y benévolo y de corazon dilatado, que convidaba con la gracia.

Usaba con todos de medios tan eficaces, mezclados con una suavidad admirable, que sin duda la escuela de su enseñanza en todo género de personas fué de muy adelantados progresos, de gran fruto en los fieles y de grande gloria de Dios.

Entre otras obras de grande gloria divina que permanecen suyas, podemos contar la Congregacion de los que se intitulan en la corte *Indignos ministros del Salvador,* no porque la fundase, sino por lo mucho que atendió á su fundacion; porque los sacerdotes que dieron principio á esta obra de tanta piedad y ejemplo, eran alumnos suyos, y como tales le consultaron sus intentos y tomaron en todo su consejo como de persona tan alumbrada de Dios, y despues de larga conferencia hicieron sus ordenaciones con la direccion del P. Eusebio, las cuales guardan con grande utilidad y ejemplo, porque le dan con sus vidas todos los que la profesan, y como buenos ministros del Salvador del mundo, recogen los pobres y los enseñan la doctrina cristiana y exhortan á confesar y á retirarse de vicios; y con esta limosna espiritual les dan tambien la corporal, como lo hizo Cristo con los que oyeron su predicacion en el desierto, que es un señuelo de mucha piedad para atraerlos á la virtud.

Júntanse las noches á oracion vocal y mental; y los oficiales, que en alzando de obra se iban á jugar y rondar con riesgo de sus almas, van á esta santa Congregacion á rezar el Rosario, y á disciplina y obras de santidad; y no para aquí su fervor, sino que salen todos los años á mision por los pueblos, la cual hacen apostólicamente, sin admitir regalo, ni limosna, ni recompensa alguna por predicar ni confesar, ni el sustento necesario, porque llevan con qué pasar, por no ser cargosos á los pueblos en que han hecho y hacen admirable fruto, con gran edificacion.

Todo lo cual dispusieron y ejecutan por el consejo y direccion de este santo varon, el cual fué adelante, no sólo con la palabra, sino tambien con la obra, haciendo sus misiones con el mismo desinterés, y buscando la salvacion de las almas por todos los medios posibles.

Fué tan extremado en este santo celo, que hallándose imposibilitado á sa-

lir á las misiones, solicitó á muchos que saliesen y compuso grande número de libritos de á pliego de varias devociones, y contra los vicios ordinarios de jurar, y maldecir, y hacer malas confesiones, etc., y los imprimió varias veces á su costa, y los dió de gracia á todos los que los querian, y á los misioneros, para que los repartiesen en los pueblos, porque no pretendia otro interés más que la gloria de Dios y el provecho de las almas.

Y fué tan grande el celo que tuvo de su salvacion, que no acabó con su vida; porque, deseando perpetuar esta accion, alcanzó licencia de los Superiores, y puso renta perpetua para que se imprimiesen estos devocionarios, y se diesen á los misioneros y á todos los que quisiesen, sin interés alguno, para que se aprovechasen de ellos, como se hace siempre en el Colegio Imperial.

Los libros grandes que imprimió á su costa, ordenaba á los libreros que los diesen muy baratos, y á los religiosos y personas pobres por cualquiera cosa, porque su intento no era ganar dinero, sino ganar almas para Dios: y con este blanco los daba muchas veees de gracia, porque se aprovechasen de ellos.

Pero viniendo al fruto de su predicacion, aunque habia mucho que decir del grande que hizo con ella el tiempo que la ejercitó, que no fué mucho, porque le atajó la obediencia de las cátedras y la falta de salud, se vieron efectos maravillosos de ella; uno de los cuales fué el que le pasó con un grande pecador, á quien Dios castigaba por sus muchos pecados, no le permitiendo ver la hostia consagrada en la Misa; que no quiere Dios mostrarse á los ojos sacrílegos y lascivos, sino á los limpios y puros de pecados.

Venia á oir Misa, hacia diligencias para ver la hostia consagrada como la miraban los demás, veia las manos del sacerdote cuando alzaba, y no la hostia que tenia en ellas. Admirábase de esto, pero no hacia la más eficaz diligencia para verla, que era limpiar el alma de las manchas de sus culpas, que eran las nubes que le impedian ver á Dios.

Acertó un dia á oir predicar al P. Juan Eusebio, y movido con la fuerza de sus razones, y encendido con el fuego de su espíritu, se dolió de sus culpas, y vertiendo lágrimas de sus ojos, se arrojó á sus piés, confesándose por grande pecador.

El Padre le recibió con su acostumbrada mansedumbre y caridad, y le animó y esforzó á salir de pecado. Díjole el penitente con gran dolor la afliccion que padecia por no ver la hostia consagrada, y el Padre le ofreció que la veria si se confesaba enteramente de todos sus pecados, y mudaba la vida en adelante.

Prometió de hacerlo con fervorosa resolucion; confesóse luego con mucho

dolor de sus pecados; y, en acabando, dijo el P. Eusebio Misa, y vió la hostia consagrada con gran júbilo de su alma, y entendió que nuestro Señor le habia perdonado sus pecados.

Acabada la Misa, le dió el Padre saludables consejos para mejorar la vida; y él tan agradecido á su caridad, como arrepentido de los pecados pasados, partió gozoso y alegre, pidiéndole que contase este suceso á todos, para escarmiento de sus pecados.

Más notable fué la conversion de otro pecador que Dios le trajo á sus piés para sacarle de un abismo de pecados, en que estaba sepultado. Eran tantos y tan graves, que en castigo de ellos habia permitido Dios á muchos demonios que se apoderasen de su cuerpo y le atormentasen gravemente, comenzando aquí las penas que debia continuar allá; pero aún obstinado en sus vicios y no enmendado con tan grande castigo, venciendo la piedad divina su malicia, le llevó en vision á las penas del infierno, y le mostró las que en aquel tremendo lugar se dan á cada pecado, y las que merecian los suyos, de que volvió tan espantado y temeroso, que se deshacia en lágrimas.

Buscando alguna persona de alto espíritu que le sacase de aquel abismo de males en que estaba, vino al buen P. Eusebio, á quien refirió el discurso de su mala vida con más lágrimas que palabras, pidiéndole remedio, si le habia de sus muchos pecados.

El bendito Padre le animó para hacer una buena confesion, ofreciéndole de parte de Dios el perdon de sus culpas y la libertad de los demonios que le atormentaban. Hizo muchas penitencias por él, dijo Misas y oró á Dios por su alma, porque este género de demonios no se echan (como dijo Cristo) sino con oracion y ayuno, no sólo de quien los padece, sino tambien de quien los lanza.

Con estas diligencias lanzó los que padecia este pecador, y dejó libre su cuerpo de aquellos malos espíritus, y su alma de los pecados. Dióle muchos y santos consejos para corregir su vida en adelante, la cual trocó en otra muy estrecha, y penitente y muy ajustada á los preceptos divinos, dando tan grande ejemplo á todos, cuanto habia sido el escándalo que habia dado ántes.

Tales y tan fructuosos efectos tuvo la predicacion y doctrina de este apostólico varon; este fruto sacó de los libros que sembró por el mundo, con que pobló el cielo, y despojó el infierno de un número sin número de almas que ganó para Dios, y siempre gana y lleva al cielo con las fuentes de su santa doctrina, que corre perpetuamente de sus libros.

Otros muchos casos le sucedieron semejantes á este, que omito por brevedad. Ahora pasemos al remate de su vida y á las enfermedades que padeció al salir de ella.

XIII

Las enfermedades que padeció con invencible paciencia hasta su dichosa muerte.

Labra Dios la corona en esta vida á los justos más que de flores de espinas, dándoles como amigos parte de su cruz, poniéndola sobre sus hombros para que la lleven y los lleve al cielo en su compañía; y por esto no hay cruz sin santo, ni santo sin cruz en esta vida.

Aunque la del bendito P. Eusebio fué una continua cruz por los trabajos que padeció, la penitencia tan rigurosa que hizo siempre, tantas y tan pesadas cargas como llevó sobre sus hombros de estudio continuo, ocupaciones encontradas y trabajosos ministerios, no se contentó Dios con esta cruz, sin dársela de su propia mano como á los otros santos, á quien dijo con S. Pedro, que cuando mozos se ceñirian con sus manos, tomando las penitencias y cruces que querian; pero cuando ancianos, los ceñirian otros y los llevarian adonde no pensaban ni querian, significando con esto los dolores y la muerte que habian de padecer por Él.

Esto que se verificó en S. Pedro y en los demás Apóstoles, se verificó en este varon apostólico y fidelísimo siervo del Señor, porque, viviendo siempre con vivas ansias y deseos del martirio, y deseando padecer mucho por Cristo, y viendo frustrado el cumplimiento de sus deseos, él mismo fué su verdugo y se ciñó con tantas y tan terribles penitencias como vimos, y se cargó la cruz pesada de tan graves y continuas tareas, que cada una sola pedia hombros alentadísimos para llevarla.

Y era tal su fervor y el amor que tenia á Cristo crucificado, y el deseo de imitarle, que decia y pedia muchas veces que su muerte fuese de enfermedades muy penosas y de agudísimos dolores, y que quisiera morir aserrado con una sierra de palo, para que fuese su dolor más prolijo y vehemente: y Dios le cumplió estos deseos, dándole catorce años de enfermedades gravísimas y dolores acerbísimos, ciñéndole de su mano tan apretadamente como ahora veremos.

En la forma de vida que hemos dicho y en los ejercicios santos referidos, pasó hasta los cincuenta años de su edad con entera y robusta salud, ocupado en un movimiento continuo de santas obras, juntando en un mismo tiempo diferentes ejercicios, con que doblaba muchas veces en cada uno el caudal de sus merecimientos, los del estudio con la oracion, el ejercicio de los ministerios con las penitencias, buscando su provecho espiritual con el

ajeno, hallando á Dios en todos y en todo, y no hallándose sino solo en Él.

Trocóle á este tiempo Su Majestad el modo de vida y los empleos, cortando el hilo de acciones tan heróicas sin dejarle alguna, entregándole todo á la paciencia; porque hace y obra mucho quien padece, y una grave enfermedad es una gran penitencia: ésta le dió á nuestro Eusebio, cuyas calidades pinta en uno de sus apuntamientos, que pondré aquí por sus palabras, que son las siguientes:

«Cuando llegaba á los cincuenta años, me dió tal enfermedad, que me ha privado del estudio y puesto en un estado que parece purgatorio; y así, cuando los dolores me apretaban, me consideraba entre los hombres como alma en pena, sin uso de esta vida y del trato humano, pero con este privilegio que no espantaba ni atemorizaba. Dejóme sin poder hacer nada, sin servirme los ojos para ver, ni las manos para escribir, ni la lengua para tratar con hombres, sin quedarme cosa de gusto.»

No dice más, aunque pudiera añadir mucho de la terribilidad que padecia de dolores, como los conociamos los que los mirábamos, como en un potro de tormento, sin haber parte de su cuerpo que no padeciese; y las señales eran tales que, aunque más las encubria su paciencia, no podia del todo, porque le salian al rostro, y á las manos y al resto de todo el cuerpo.

Las rigurosas medicinas que le aplicaron fueron otro segundo martirio y no ménos penoso que la misma enfermedad, porque le dieron sudores y unciones á fuego manso, que fué como asarle vivo; quitáronle las fuerzas y quedó por mucho tiempo como inútil; añadieron á esto muchas medicinas amarguísimas y otras dolorosas; y todas sin fruto en cuanto al cuerpo, pero con muy colmado en cuanto al alma, por la admirable paciencia con que las llevaba, edificando á todos los que le miraban y siempre con una boca de risa, como si estuviera en una cama de flores, bendiciendo y alabando á Dios porque le daba aquella ocasion de padecer, como lo hacian los mártires en sus tormentos.

Para que llevase los suyos con tanta paciencia y alegría, le previno nuestro Señor avisándole con mucho tiempo de lo que habia de padecer, como lo hizo con los Apóstoles, para que se hallasen más fuertes en sus trabajos. Así lo confiesa en un capítulo de sus apuntamientos por estas palabras:

«Estoy muy reconocido al Señor de la particular providencia que en esta parte ha usado conmigo, porque para tan larga y molesta dolencia me previno, y juntamente para otro trabajo en materia de reputacion, avisándome ántes por una persona á quien Su Divina Majestad favorecia mucho; y en señal de que seria así, me descubrió un secreto del corazon que sólo Dios y yo lo sabiamos.»

Este testimonio da del aviso que le dió nuestro Señor, que fué otro nuevo favor que declara bien el amor que le tenia y la providencia paternal con que cuidaba de él para que todo aprovechase para aumento de su espíritu.

Pasó de esta manera algunos años privado totalmente del uso de la lengua, porque la fuerza de los corrimientos que con más vehemencia cargaron á la cabeza, se le quitaron; entretenido en este tiempo en más levantado ejercicio en todo género de virtudes que iba perfeccionando al compás de los golpes repetidos de tantos males como se repetian en su paciencia; y fué providencia divina que dejase dicho algo de lo que le pasaba en este tiempo, por lo que nos puede aprovechar; y por esta razon pondré aquí alguna cláusula que dijo en sus apuntamientos, adonde dice de esta manera:

«Debo dar infinitas gracias á Dios, porque habiéndome dejado sin cosa de gusto, no me quitó la materia de merecer, ántes la añadió; porque, fuera de tener este bien de servir á Dios como Él quiere, porque antes le servia como yo queria, lo cual es ménos seguro, hallo campo grande donde ejercitar las virtudes con mucha mejoría, si yo no lo echo á perder; sin duda que se pudiera entender de la enfermedad aquel dicho: *Virtus in infirmitate perficitur*.

»Yo experimento en mi, que para ser prudente tengo mas aparejo que nunca, pues mi dolencia me ha traido tan grande desengaño, y mayor conocimiento de las cosas, especialmente de la vileza y miseria del hombre, y de la vanidad del mundo.

»Para cumplir con la justicia, he hallado linda ocasion, pues puedo satisfacer á la divina, pagando por mis culpas lo que debo. La fortaleza en nada mejor se ejercita que con la paciencia, y así, tiene gran campo esta virtud en el sufrimiento de los dolores; para la templanza lo hallo casi todo hecho, pues ni capacidad de gusto he tenido.

»La pobreza nunca la he experimentado mayor, al paso que un enfermo necesita de mas; y yo aún de mis sentidos me sentia necesitado y pobre; pues, pará decirlo de una vez, toda la cabeza me faltaba, y necesitaba de otra mejor.

»La obediencia se ha extendido á más, á médicos, á cirujanos y enfermeros; la penitencia nunca tal como la que con dolores, y remedios y otras circunstancias se padece; al fin podria ser haber encontrado enfermo otras virtudes, aunque mal ejercitadas; mas cuando sano, me faltaban todas; despues de todo esto estoy reconocido, y doy muchas gracias á Dios nuestro Señor, etc.»

Esta es la cláusula de sus apuntamientos, adonde, aunque más procuró encubrirlo su humildad, se deja conocer el ejercicio de virtudes que hacia en

la enfermedad, en que ordinariamente todos, obligados de la necesidad, dan alguna rienda al gusto, y al alivio; é impedidos con los dolores, hacen tre guas con los ejercicios espirituales.

Este bendito Padre estaba tan léjos de remitirlos, que ántes los doblaba, tomando por alivio de los males del cuerpo los aumentos de espíritu; y que así como el agua cuanto más apretada y oprimida de su propio peso sube mas alta, así este bendito Padre, cuanto más acosado de dolores y enfermedades en el cuerpo, subia su alma con mayor ímpetu al cielo, en que nos dejó grande enseñanza, y juntamente ostentó la grandeza de su espíritu.

Sucedióle, estando en este lastimoso estado, otro accidente de penalidad nueva, porque dió una peligrosa caida, de que se le lisió un brazo de suerte, que en algunos años no le pudo gobernar, ni mover; pero este daño que pareció casual, le sirvió de medicina, porque se le divirtió el humor que le impedia la lengua, al brazo que se maltrató con el golpe, y así, desocupó la cabeza, dejándola con mejoría conocida que tuvo por algun tiempo; porque, como este era el determinado para que padeciese, la mejoría de un mal era por otro que le sobrevenia, no teniendo más alivio en casi quince años, que el corto que sentia en la mudanza de los dolores cuando se variaban.

Para ayudar con diligencia suya á la voluntad Divina, que tan maravillosamente por los fines de su providencia le atormentaba, no contentándose de padecer sin muestra de sentimiento los dolores; entre los remedios de que podia usar cuando le apretaban sus achaques, se valia siempre de los que podian ser más penosos, diciendo que eran más eficaces; y éranlo sin duda para lo que pretendia, que era el aumento de paciencia; de manera que se admiraban los enfermeros que le curaban de la impiedad piadosa que usaba consigo para la medicina de sus llagas, añadiendo tormentos á tormentos con sobrescrito de beneficios.

Pasaba á tanto, que para recibir la materia y sangre de que se bañaba frecuentemente, nunca quiso admitir más defensa que poder mudar el vestido tosco interior, que despues enjugándose en él la sangre, quedaba tan intratable y duro, que pudiera servir de cilicio á cualquiera mortificado, y él se le ponia con gusto y alegría, tomándola en el dolor que le causaba en las llagas abiertas y enconadas que tenia, que llegaba á parecer insensibilidad.

De esta manera pasó el siervo de Dios los años de su enfermedad, dando á todos ejemplo de constancia y paciencia, alabando y glorificando á Dios con sus dolores. Como la cítara cuando la hieren, da dulce música á todos los que la oyen, así este siervo fidelísimo del Señor daba dulce música de alabanzas divinas, y de santa edificacion cuando era tocado y herido con tan graves dolores de la mano del Señor.

Llegóse el año de mil y seiscientos y cincuenta y ocho, en que Dios habia decretado trasladarle á mejor vida y darle la corona de sus trabajos, y como á hijo querido le avisó por medio de una gran sierva suya que se llegaba ya al término de su partida, y que aquella enfermedad seria la última de su vida.

Recibió esta nueva con igual alegría de ver acortarse su destierro y agradecimiento á quien se la daba, y la respuesta fué decir: «Pluguiera á Dios fuera mañana:» tan descarnado estaba del mundo, y tan deseoso de ceñirse con su Dios.

Luego se le fué agravando la enfermedad, y, disponiendo su partida, confesó todos los dias, y algunos dos veces. Recibió con gran devocion los Santos Sacramentos de la Iglesia, respondiendo á todo como si estuviera sano; y los últimos tres dias se recogió interiormente, conversando con Dios en su corazon, y sólo pidió á los que le asistíamos, que de cuándo en cuándo le dijésemos alguna palabra espiritual, la cual recibia como un panal de miel, y la rumiaba en su corazon.

Pero fué cosa notable que, aunque despidió todos los negocios exteriores, no despidió los que tocaban al aprovechamiento de los prójimos, que juzgaba eran de gloria de Dios, y así, confesó dos veces á un señor de gran puesto, hijo espiritual suyo, que quiso en aquella hora confesarse con él, y recibir su última bendicion.

Y lo que admira más es, que hasta el último artículo de su vida no dejó la pluma de la mano para utilidad de las almas. Hablo como testigo de vista, que vi cuando estaba con el Cristo agonizando y diciéndole la recomendacion del alma, que tenia á la vista un escribiente copiando unas meditaciones espirituales para dar á la estampa; que podemos decir de él, que murió como valiente soldado de Cristo, peleando en servicio de su Dios con la espada de la pluma en la mano.

Ultimamente, entretenido en dulces coloquios con Cristo y su Santísima Madre, y sus ángeles, que siempre le fueron muy familiares, entre una y dos de la noche dió su espíritu á su Criador, domingo siete de abril, con la misma paz y tranquilidad de ánimo que habia tenido siempre.

Su muerte fué tan sentida de sus hijos en la tierra, como festejada de los ángeles y bienaventurados en el cielo; y para testimonio de su gloria, porque no le faltase esta prerrogativa de santo, apareció glorioso á la persona que le dió la nueva de su muerte, en agradecimiento de la buena obra que le hizo en avisarle; tambien apareció á otros, para grande bien suyo, como diremos luego, celando desde el cielo su salvacion, como la habia celado en la tierra.

XIV

De su entierro y honras funerales y algunas maravillas que sucedieron en ellas.

Luego que se supo en la corte la muerte del siervo de Dios, se conmovió de manera que no quedó gremio grande ni pequeño que no viniese á venerar su cuerpo como de santo, diciendo todos: «Vamos al santo, vamos á ver el santo antes que le entierren.»

Llenóse la casa y el aposento adonde habia vivido y estaba el cuerpo difunto, de innumerable gente, que movidos de su devocion y de la estima en que le tenian, le besaban los piés y las manos y tocaban sus rosarios, y luego con un piadoso robo saquearon el aposento tomando de sus pobres alhajas lo que podian para reliquias como de santo canonizado, no del Sumo Pontífice sino de la aclamacion del pueblo que en vida y en muerte le tuvo por tal.

Los religiosos del colegio, valiéndose de algunos seglares, detuvieron por entónces el raudal de la gente y despejaron, aunque con mucha dificultad, el aposento y le cerraron con llave, el cual no se abria sino por grande indulgencia á personas gravísimas, y las primeras de la corte en nobleza y autoridad, á quien no se les pudo perder el respeto, y todos se arrodillaban y le besaban los piés y las manos, y pedian alguna cosa de sus vestidos para llevarla por reliquia.

Cuando llegó la nueva al palacio real, tuvieron mucho sentimiento de su muerte todas las personas reales que le conocian por su santidad, y habian perdido un vasallo de tan grande estimacion, si bien les consolaba la certidumbre de su gloria y saber que le tenian en el cielo para que los encomendase á Dios.

La camarera mayor de la reina y las otras señoras de palacio enviaron á pedir reliquias de sus alhajas, que recibieron con grande estima y las tuvieron por un rico tesoro.

Dilatóse el entierro dia y medio por satisfacer á la devocion de tantos que deseaban ver y tocar aquel santo cuerpo, y cuando le sacaron bien de mañana para llevarle á la capilla de la Congregacion, adonde ponen los religiosos difuntos para llevarlos á enterrar á la iglesia, fué tan grande la muchedumbre que cargó de religiosos y personas graves y multitud del pueblo á tomar algo para reliquias, que no eran poderosos los de casa á defenderle, y temieron que no le hiciesen pedazos, por lo cual trajeron una escuadra de la guarda española del rey para que guardasen el cuerpo.

Con ellos estuvieron los religiosos de casa cercándole, así para guardarle como para tocar rosarios, coronas, camándulas, cuentas y medallas que daba el pueblo por su devocion.

Juntáronse sin ser llamadas todas las Religiones y personas de puesto y nobleza de la corte; Obispos, Prelados, Presidentes, Consejeros del rey y la capilla real, que ofició la Misa.

Lleváronle en hombros los Prelados de las Religiones, procurando á porfía honrar á quien á todos habia honrado. Hizo el oficio D. Francisco de Borja, capellan mayor de las Descalzas reales é hijo espiritual del Padre.

Al levantar la caja para enterrarle, fué tal la mocion del pueblo que con ser nuestra iglesia la más capaz de la corte, no cabia en ella, y los distantes creyeron que habia sucedido alguna novedad grande, y no fué sino de ver que llegaba aquel sol á su ocaso en quien todos se miraban y que no habian de ver más á quien tan tiernamente amaban; y como Eliseo clamó cuando su padre Elías se remontó de su vista pidiéndole su santo espíritu, así los hijos de este segundo y espiritual Elías clamaron cuando le vieron remontarse de su vista, pidiéndole su espíritu y que no los dejase huérfanos en la tierra, la cual regaron con lágrimas y el aire llenaron de suspiros.

A este tiempo sucedió una maravilla con que Dios quiso consolar á los presentes y honrar de contado á su siervo que tan fiel le habia sido, y fué que una doncella que se llamaba doña Felipa de Robles, hija de un devoto del P. Eusebio y el que más habia trabajado en sus impresiones, estaba medio ciega de corrimientos que por muchos dias le habia corrido á los ojos sin haber podido mejorar con cuantos remedios le habian hecho.

Con la estima que ella y sus padres tenian del P. Eusebio, no podian apartarse de su lado y la doncella pidió con grande instancia que la dejasen tocar su santo cuerpo, lo cual alcanzó de las guardas á costa de muchas lágrimas y de importunos ruegos.

Puso los ojos sobre las manos del difunto y no lo estuvo para darle vista, porque, llegando medio ciega, quedó con ella sana y buena, con grande gozo de sus padres y admiracion del pueblo, si bien á los que más le conocian no se les hizo nuevo, que el que habia dado á tantos salud en el alma la diese á uno en el cuerpo.

Llevaron el bendito cuerpo con la pompa y solemnidad que le trajeron á la capilla que está debajo del presbiterio del colegio Imperial adonde entierran á los religiosos de él, pero no le enterraron en sepultura como á los demás, sino en una bóveda que se hizo capaz para el cuerpo, arrimada á la pared, adonde no pudiese ser pisado, juzgando que no debia correr los fueros ordinarios el que habia hecho vida tan particular, y que no era justo fue-

sen pisadas las reliquias del que pisaba las estrellas y tenian esperanzas muy fundadas de que seria escrito en el catálogo de los santos y le adorarian en un altar.

Encima del sepulcro pusieron para eterna memoria una lámina de bronce pequeña en que está grabado un letrero que dice el año que murió y cómo descansa allí su venerable cuerpo, sin algunos elogios de los muchos que merece su santidad, porque la modestia de la Compañía no los permitió, y fué cosa muy desusada poner semejante lámina, la cual no tiene otro alguno de los muchos y muy insignes varones en santidad y letras, que están enterrados en aquel lugar haciendo esta singular demostracion con este santo Padre en señal de la grande opinion de santidad con que vió y murió, aclamándole todos por santo y confirmándola el cielo con muchos patentes milagros, como luego veremos.

Siete dias despues de su entierro se hicieron unas solemnísimas honras á instancia del muy ilustre caballero D. Cristóbal Crespi de Valdaura, Vice canciller, Presidente del real Consejo de Aragon, dilectísimo hijo suyo.

Convidóse á decir la Misa de su propia voluntad y por la estima y devocion que tenia al Padre, el Emmo. Sr. D. Pascual de Aragon, hermano del duque de Cardona, Cardenal de la santa Iglesia de Roma, y concurrió toda la corte, así los grandes señores como los Obispos, Presidentes, Generales y Prelados que se hallaron en Madrid, con todos los hombres doctos y graves que habia en ella; y el concurso fué tan grande á oir las alabanzas del siervo de Dios, que sólo en esta ocasion fué corta nuestra iglesia, con ser de las mayores que se conocen en el reino de Religion particular.

Predicó el P. Manuel de Nájera, predicador del rey nuestro señor; y aunque satisfizo á su obligacion cumplidamente, no excedió en las alabanzas ni en lo que dijo de su vida, la cual fué tal, que cualquiera cosa que dijera, no la tuvieran por excesiva los oyentes.

El sermon se imprimió á instancia del Vice-Canciller, Presidente de Aragon, el cual hizo abrir una lámina de su estampa y repartir grande número de imágenes por el mundo, para que le tuviesen en ellas los que le conocian por sus obras y le deseaban conocer, venerándole como á tan gran siervo de Dios; y despues en Leon estamparon otra mayor sus devotos, que anda en manos de todos y yo tengo en mi poder, que todo declara la opinion y estima que se tuvo y tiene de este santo varon.

El cielo se hizo pregonero de su gloria con un raro caso que sucedió en Madrid dos dias despues de su entierro, que quiero poner aquí y fué de esta manera:

«En la parroquia de S. Luis, que hasta ahora ha sido anexa á la de S. Gi-

nés, vivia una mujer moza, casada, que nunca habia conocido al P. Eusebio ni confesádose en la Compañía; antes de casarse con el marido que tenia, habia tenido voluntad de casarse con otro, y el amor que se tuvieron duró despues de casada, y solicitada de él, le dió entrada en su casa.

Era su marido oficial, iba todas las tardes á trabajar en casa de su maestro á las dos, y volvia á su casa á las nueve de la noche, acabada su tarea, con que la mujer quedaba libre para conversar con el galan.

Estando con él á las cinco de la tarde, miércoles 10 de abril, habiendo muerto el P. Eusebio á 7 del mismo mes, entró de improviso el demonio en forma de su marido en su casa; ella se cortó de muerte, y el agresor huyó y el dicho fué tras él; la pobre, temerosa, creyendo que vendria luego á matarla, quiso huir, y fué á sacar de un cofre algunas joyas y vestidos que llevarse, y lo primero que topó fué un puñal de su marido.

Tomóle despechada, y ciega con la pasion, le desenvainó, y con la fuerza que pudo, puesto al pecho, se arrojó sobre la punta para quitarse la vida, por no venir viva á manos de su marido. Al tiempo que llegaba al pecho, se le apareció el P. Eusebio en hábito de la Compañía, y la detuvo diciendo: «¿Qué haces, mujer ciega y engañada del demonio, el cual vino á tu casa en forma de tu marido para hacerte condenar, que tu marido vendrá á su hora como siempre? Por la devocion que has tenido á la Santísima Vírgen María, ha recabado de Dios que me envíe á desengañarte. Ve luego á los Capuchinos y confiesa tus pecados con el confesor de la infanta (que era Fr. Leandro de Valencia) ó con su compañero, y llévale el puñal y cuéntale lo que te he dicho, y dile que el P. Eusebio, de la Compañía de Jesus, que murió el domingo, te envía, y que en testimonio de esto, el príncipe de España enfermará presto gravemente, pero que no morirá de esta enfermedad.»

Todo esto le dijo y desapareció, dejándola atónita y suspensa, pero algo consolada, por ver que era engaño lo que pensó que era verdad. Animóse como pudo, encomendándose á Dios y á la Santísima Vírgen, por cuyo medio se habia librado de caer en el infierno; tomó el puñal y fué al convento de la Paciencia, de los PP. Capuchinos, que no estaba léjos de su casa; preguntó por el confesor de la infanta, y respondieron que no vivia allí, sino en el convento de S. Antonio, que está cerca del prado.

Cayósele el corazon á la buena mujer, porque la vieron aquellos santos religiosos tan desmayada, que fué necesario darle alguna refeccion para animarla; y no se hallando con fuerzas para tan largo camino, se volvió á su casa. El marido vino á las nueve de la noche y conoció la mudanza en su mujer; preguntóle la causa, y respondió que estaba mala de un accidente que le habia dado aquella tarde.

En amaneciendo, fué á S. Antonio, y porque el confesor de la infanta estaba enfermo, salió á oirla su compañero, que se llamaba Fr. Juan de Almansa, á quien refirió todo lo dicho, y de cuya boca supe lo que escribo.

Confesóse y comulgó con mucha devocion, y habiéndole dado saludables consejos, volvió á su casa tan cortada y sin aliento, que enfermó de muerte, y recibidos los Sacramentos, murió el domingo siguiente por la noche, y á la misma hora apareció el santo P. Eusebio, llevándola en su compañía á una gran sierva de Dios devota suya que estaba orando, y le dijo cómo llevaba aquel alma al cielo, que habia sacado de los lazos del demonio que la pretendió engañar y desesperar con el ardid referido, y con grande júbilo y gozo voló con ella al cielo.

La sierva de Dios fué por la mañana á la parroquia y se halló en su entierro, y mirándola con atencion conoció con evidencia que era la que le habia mostrado, y así lo dijo á su confesor de la Compañía, que vive al presente en este mismo colegio adonde se escribe esta historia.

Y para mayor testimonio de la verdad, enfermó el príncipe de España dentro de poco tiempo, y aunque estuvo de cuidado, sanó presto, como lo habia profetizado el P. Eusebio.

Las circunstancias de esta historia son tales, que no dejan lugar á duda en su verdad, porque queda al parecer evidente, habiéndose verificado todo cuanto en ella hay presentaneamente; sólo se ofrece á la vista averiguar por qué no vino la misma Vírgen á socorrer á esta mujer cuando estuvo en tan arriesgado peligro de la vida, como vino á socorrer á otros devotos suyos ó envió á otro de los Santos ó conocidos de esta mujer para que la esforzasen con su vista y sus palabras, sino al P. Eusebio á quien no conocia.

No alcanzó otra razon, sino porque quiso Dios dar testimonio tan manifiesto de la gloria que ya gozaba en el cielo y de que con poco ó ningun purgatorio habia entrado en la bienaventuranza de que gozaba con los otros santos, y que, como en esta vida habia sido tan celoso de la salvacion de las almas, tambien lo era en la otra, y le habia dado facultad para libertar aquella de las cadenas infernales del demonio, en la cual resplandece su misericordia y su piedad; pues hallándose el miércoles sumida en tantos pecados, el domingo siguiente se halló en la gloria, gozando de la bienaventuranza con los santos, por haber tenido verdadera contricion de sus pecados.

Dios nos la dé á todos y la devocion cordial con la Sacratísima Vírgen María que tantos y tan grandes bienes acarrea á todos los que la sirven.

XV

Algunos de los milagros que hizo Dios por los méritos é intercesion de su siervo.

Tambien ha querido nuestro Señor declarar la santidad de su siervo y el valor de sus merecimientos con milagrosos sucesos, dando salud á unos, y quietud á otros, como lo ha hecho por medio de otros santos.

Y porque son muchos los milagros que se refieren del nuestro, solo diré los más averiguados, entre los cuales tiene el primero lugar el que, viviendo, hizo en una religiosa de las Descalzas reales de la corte que se llama Sor Catalina de la Madre de Dios, la cual tuvo seis años impedida una mano con una llaga desde los dedos hasta la muñeca.

Habiéndola hecho dos fuentes y otros muchos remedios, como se deja entender de enfermedad tan prolija, causábale gran dolor y no ménos mortificacion por hallarse impedida á ir á servir á la cocina y á los otros ejercicios de humildad á que van por semanas aquellas esposas de Cristo con admirable ejemplo, habiendo dejado la grandeza de sus casas donde estaban tan servidas para despreciar más el mundo.

Vínole deseo un dia de tener un rosario del P. Eusebio, á quien estimaba por santo, y tuvo traza cómo alcanzarle, sin entender el Padre con qué fin le pedia. Tomóle con reverencia como si fuera la reliquia de algun santo, y con fe y esperanza de conseguir la salud que con tantas medicinas no habia podido alcanzar, le revolvió á la mano por la tarde; túvole aquella noche, y quitándose por la mañana los paños de la llaga para curarse, la halló buena y sana y tan fuerte que le pareció podia muy bien trabajar en los oficios domésticos del convento.

Dió muchas gracias á Dios y con grande alborozo fué á dar parte á su Prelada, pidiéndole licencia para ir á la cocina. Gozóse mucho la Abadesa de verla sana y todos los médicos y cirujanos testificaron que habia sido salud milagrosa; no obstante que para certificarse más la detuvo algunos dias sin pejarla trabajar, hasta que reconocida su entera salud, le dió licencia para ir á los ejercicios que pedia, sin que sintiese daño ni algun impedimento en ellos hallándose sana.

Lo dicho sucedió (como dije) estando vivo en la tierra, pero despues que reina en el cielo ha hecho Dios por su medio muchas maravillas, y sea la primera la que sucedió en el monasterio de S. Benito de Cuenca, adonde estaba una religiosa que se llamaba Sor Catalina de Sandoval, gafa de piés y

manos, con tan vehementes dolores, que cada hora parecia que habia de ser la última de su vida, porque le faltaban el aliento y las fuerzas y no se hallaban medicinas con que sanarla.

Corria la fama de la santidad del P. Eusebio y de las maravillas que Dios obraba por sus merecimientos. Tuvo acaso la Abadesa un pedazo pequeño del vestido del P. Eusebio, que guardaba entre otras reliquias, y dolorida de lo que padecia aquella buena religiosa, se la aplicó con grande fe, invocando el favor del P. Eusebio, y diciéndole á la enferma que se encomendase á él.

Oyólas á entrambas el bendito Padre, porque, en aplicando su reliquia á las manos y á los piés, sanó enteramente de la enfermedad, y la dejaron los dolores con igual admiracion y gozo de ambas y de todo el convento, que con toda la solemnidad posible dieron gracias á Dios por la milagrosa salud que le habia dado, y no cesaban de ensalzar la santidad y méritos de su siervo.

Sucedió este milagro cuatro meses despues de su muerte, y aunque enviaron del monasterio la relacion autorizada, no me contenté con ella para ponerla aquí, porque, ofreciéndose ocasion, fuí al mismo monasterio de Cuenca y me informé de todo de la Abadesa y de la religiosa en quien se obró esta maravilla, y ambas convinieron en ello y ofrecieron afirmarlo con juramento si fuese necesario.

Por el mismo tiempo, en esta corte de Madrid vivia Catalina de Campaya, la cual tenia un nieto de diez y seis años que se llamaba Miguel de Poveda, que habia tres años que padecia una carnosidad en lo interior de las narices que le impedia la respiracion, y como iba creciendo, le ponia á riesgo la vida.

Habia hecho cuantos remedios habia podido sin fruto, y estando notablemente afligido: su buena abuela, oyendo los milagros que Dios obraba por el P. Juan Eusebio, procuró alguna reliquia suya, y con grande fe se la aplicó al nieto á las narices, invocando ambos su favor y rogando á Dios que le diese salud por sus merecimientos, y juntamente ofrecieron traer un voto á su sepulcro si les hacia esta merced, y fué Dios servido de concedérsela con grande alegría suya.

Vinieron luego á darle las gracias á su sepulcro y á ofrecer el voto que prometieron, como si fuera santo canonizado, pero no se admitió este ni otro alguno, hasta que la Santa Sede Apostólica dé licencia para ello.

A esta sazon padecia la marquesa de Malagon un corrimiento al rostro que le daba mucha pena; diéronle un pedazo de la vestidura del P. Eusebio, aplicóle á la parte enferma y fué Dios servido por los méritos de su siervo, que luego cesó el corrimiento y se le aplacó la hinchazon y estuvo buena, atribuyendo la salud que Dios la dió á los méritos de su siervo. Sucedió esto á 16 de abril, diez dias despues de su muerte.

En el mismo tiempo, Domingo Alvarez, parroquiano de S. Ginés de Madrid, padecia una grave enfermedad de perlesía y tenia un ojo ciego sin poderle abrir; oyendo las maravillas que Dios obraba por su siervo, concibió gran deseo de tener alguna reliquia suya, confiando en la piedad de Dios que le daria salud por sus merecimientos; y no le engañó su esperanza, porque habida la reliquia con grande diligencia la tomó con mucha devocion y se la aplicó á la cabeza, invocando el favor del P. Eusebio, y luego sanó de la perlesía, y abrió el ojo cerrado y se halló bueno y sano, con tanto gozo suyo, cuanta fué la admiracion de los que el mismo dia y hora le habian visto enfermo.

Don Miguel de Montalvo, consejero del rey nuestro señor en el Consejo de Hacienda, estaba enfermo de unas tercianas tan recias y molestas, que le pusieron á riesgo de la vida, sin poder vencerlas con cuantas medicinas le recetó la ciencia de los médicos.

Conoció, viviendo, al P. Juan Eusebio, y con la grande estima que siempre tuvo de su santidad, invocó su favor, pidiéndole que intercediese delante de Dios por su vida y salud, y juntamente se aplicó una reliquia suya á la cabeza y ojos, besándola muchas veces con la devocion y aprecio que pudiera hacer de la reliquia del mayor santo del cielo, y luego le faltó la calentura, y comenzó á mejorar, y quedó libre de las tercianas, y muy devoto y agradecido al siervo de Dios, por cuya intercesion habia alcanzado la salud, y á su parecer la vida.

Otros muchos milagros se cuentan de este santo varon, que por no estar del todo averiguados no se ponen aquí, si bien los referidos bastan para que se vea con cuánta razon tiene en el mundo la aclamacion de santo.

Escribió, aunque cortamente de él el P. Felipe Alegambe en su *Biblioteca de los Escritores de la Compañía,* y calló sus elogios por vivir á la sazon que escribia, cumpliendo lo que dice el Espíritu Santo por el *Eclesiástico: Ante mortem ne laudes quemquam,* no alabes á alguno antes de su muerte; pero con seguridad pudo alabarle, por estar muerto al mundo, y sólo vivo para Dios.

Fiados de esta seguridad, escribieron del P. Eusebio subidos encomios y grandes alabanzas, viviendo, Aloisio Novarino en una carta que le envió, y está en el último tomo de sus obras, cuyo sobrescrito dice: *R. P. Ioanni Eusebio Nierembergi, Societatis Iesu, in summa eruditione constituto.* Al Reverendísimo P. Juan Eusebio Nieremberg, varon eruditísimo; y en la carta dice tantos y tan grandes elogios, así de su persona, como de sus escritos, que ella sola bastaba, por ser de tan docto y señalado escritor, á darle crédito en el mundo.

Póstumos despues de su muerte impresos en Leon de Francia.

55 Doctrina et Doctor Evangelicus.

56 Succus prudentiae sacropoliticae.

57 Sylua Catechistica.

58 Syllogae Axiomatum et institutionum spiritualium Christianae Philosophiae.

59 Hieromelissa Bibliotheca de doctrina Evangelii, imitatione Christi et perfectione spirituali.

Algunos de los cuales no están acabados de imprimir cuando esto se escribe, y se guardan de mano en la librería del Colegio Imperial de Madrid, con los siguientes que dejó el mismo P. Juan Eusebio.

60 Un tomo grande de Varones Ilustres de la Compañía de Jesus.

61 Otro de Varones ilustres seculares del Japon.

62 De Antro Toletano, y otros tratados que refiere el P. Felipe de Alegambe en su *Biblioteca*, que todos son sesenta y dos tomos grandes y pequeños, que como se dice de Orígenes, solas sus obras bastan para formar una librería.

P. ANDRADE

FIN DEL TOMO VIII

INDICE DEL TOMO VIII

TOLEDO

	Páginas.
P. Francisco de Villanueva	5
P. Antonio de Madrid	69
H. Pedro Gomez	80
P. Diego Suarez	83
P. Bartolomé de Bustamante	85
P. Pedro de Balbas	94
P. Pedro de Saavedra	101
P. Juan Bautista Sanchez	116
P. Pedro Manrique	126
H. Juan de Briones	144
P. Juan Maldonado	147
P. Vicente Zapata	151
P. Juan Ramirez	154
P. Juan Manuel	190
P. Juan de Peralta	193
P. Maestro Alonso Deza	199
P. Miguel de Torres	215
P. Gil Gonzalez Dávila	242
P. Antonio de Mendoza	247
P. Diego Salazar	250
PP. Jorge Valier y Francisco Rosillo	266
P. García de Alarcon	268
P. Millan García	272
H. Luis Ruiz	282
P. Tomás de Soto	300
P. Luis de Molina	315
H. Francisco de Moscoso	343
H. Pedro de Vellon	346
P. Manuel Lopez	347
P. Gabriel Vazquez	355
P. Luis de Guzman	379
H. Francisco Diaz	408
H. Francisco Moreno	410
P. Francisco de Benavides	439
P. Pedro Rivadeneira	442
H. Pedro Carrillo	455

P. Juan de Mariana 459
P. Gonzalo Marin 470
P. Rodrigo Niño de Guzman 474
P. Gaspar Sanchez 491
P. Juan Lucas Esquex 506
P. Juan Gondino 513
P. Jerónimo de Florencia 536
P. Juan de Montalvo 553
P. Luis de la Palma 585
H. Laurencio Ortega 635
P. Benito de Haro 638
P. Francisco Aguado 656
P. Juan de Guadarrama 691
P. Juan Eusebio Nieremberg 699

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACION

Autobiografía de la B. Margarita María Alacoque, traducida del original francés por el P. Angel Sanchez Teruel, de la Compañía de Jesus.
Esmerada edicion en 8.º de 253 páginas, á dos tintas y en excelente papel.
Lleva ademas un exquisito grabado *al agua fuerte*, copia exacta del retrato de la B. Margarita, segun se venera en Paray-le-Monial.

Precios: En rústica, 2 pesetas; en tela, 3

Tres niños admirables: José D.***—Alejandro Bercio.—San Pelayo, mártir.—Un tomo en 8.º de 120 páginas.

Precios: En rústica, 1 peseta; en tela, 1,50

Los Angeles custodios, por el P. Rafael Perez, de la Compañía de Jesus, con una heliografía del Angel de la Guarda.

Precios: En rústica, 1,25 pesetas; en tela, 2.

Alianza de amor con el Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Precios: en rústica, 1,50 pesetas; en tela, 2.

Mes del Corazon de Jesus, por el P. Francisco Javier Gautrelet, traducido por el P. Francisco de P. Maruri, ambos de la Compañía de Jesus. Va precedido de la Vida de dicho P. Gautrelet, fundador del Apostolado de la Oracion.

Precios: en rústica, 1 peseta; en tela, 1,50.

Vida del P. Bernardo Francisco de Hoyos, de la Compañía de Jesus, arreglada y aumentada de como la escribió y dejó inédita el P. Juan de Loyola, por el P. José Eugenio de Uriarte, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 4 pesetas. A todos los suscritores de EL MENSAJERO les ofrecemos un ejemplar á 3 pesetas.

Tesoro escondido en el Corazon de Jesus, por el P. Juan de Loyola, de la Compañía de Jesus.

Precios: en rústica, 0,75 pesetas; en tela, 1,25.

El País de la Gracia, cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas, por el P. José María Castillo, de la Compañía de Jesus.

Contiene: La Vírgen de la Vega —Mala-lengua.—El Farolon.—Doble conquista *(diálogo edificante)*.—La niña penitente.—Corazon de oro *(leyenda)*.—El aprendiz de Santo.—Navarra por Santa María ó Apóstoles y Cruceros *(tradiciones españolas)*.—Pepe bronce *(simple historia)*—La Pascua en Taravilla *(cuento provenzal)*.

Precio: en rústica, 1 peseta.

Reseña histórica de los Mártires ingleses de la Compañía de Jesus, cuyo culto ha sido recientemente aprobado por el Sumo Pontífice Leon XIII, escrita por el P. Cecilio Gomez Rodeles, de la misma Compañía.

Precio: en rústica, 1,50 pesetas.

Meditaciones del Corazon de Jesus, obra escrita en francés por el P. Enrique Ramière, de la Compañía de Jesus, y traducida al castellano por el P. Francisco de P. Maruri, de la misma Compañía.

Contiene esta obra tres novenas de meditaciones, que con otras tres forman un *Mes del Corazon de Jesus.*

Precio: en tela, 1,50 pesetas.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

Form 410